





**ESCRITOS ESPIRITUALES
P. EMMANUEL D'ALZON**







ESCRITOS ESPIRITUALES
del Venerable
MANUEL D'ALZON



BEATIFICATIONIS ET CANONIZATIONIS SERVI DEI
EMMANUELIS MAURITII D'ALZON
FUND. PIAE SOC. PRESBYTERORUM AB ASSUMPTIONE

Decretum Approbationis Scriptorum

Instante Rev.mo P. Romualdo Souarn, Postulatore legitime constituto causae Beatificationis Servi Dei Emmanuelis Maurittii d'Alzon, fund. Piae Societatis Presbyterorum ab Assumptione, E.mus ac Rev.mus D. Card. Granito Pignatelli di Belmonte, ejusdem causae Ponens seu Relator; in Ordinaria Sacrorum Rituum Congregatione ad Vaticanum habita subsignata die, discutiendam proposuit quaestionem de scriptis quae tribuuntur praefato Servo Dei.

Et E.mi ac Rev.mi Patres, sacris tuendis Ritibus praepositi, post relationem E.mi Ponentis praefati, audito quoque R. P. D. Salvatore Natucci, Fidei Promotore gen., rescribendum censuerunt: «Nil obstare quominus ad ulteriora procedi possit, salvo jure Promotoris generalis objiciendi si et quatenus de jure». Die 12 Novembris 1940.

Facta postmodum relatione SS.MO D. N. PIO PAPAE XII, per infra-scriptum S. R. C. Card. Praefectum, in audientia diei 20 Novembris 1940, SANCTITAS SUA responsum Purpuratorum Patrum ratum habuit ac confirmavit.

20 Novembris 1940,
(L. † S.)

CAROLUS Card. SALOTTI,
S. R. C. Praefectus
† A. Carinci, S. R. C.

Nihil obstat ex parte Congregationis

Romae, die 6a Januarii 1956
E. BORNAND, A. A.

Imprimi potest

Romae, die 18a Januarii 1956
Wilfrid J. DUFAULT, A. A.
Sup. Gen.lis.

Nihil obstat

Viroduni, die 27a Januarii 1956
L. CHOPPIN
Vic. Gen.lis

Imprimatur

Viroduni, die 2a Februarii 1956
† M. P. Georgius PETIT Episc.
Virodun.



ADVENIAT REGNUM TUUM

ESCRITOS ESPIRITUALES

del Venerable

MANUEL D'ALZON

FUNDADOR

de los Agustinos de la Asunción

y

de las Oblatas de la Asunción

(Para uso privado)

ROMA

CASA GENERALICIA

1956



Título original: *Écrits Spirituels du Serviteur de Dieu Emmanuel d'Alzon, Fondateur des Augustins de l'Assomption et des Oblates de l'Assomption*. Rome, Maison Généraleice, 1956.
(Para uso privado)

Traducción: P. Tomás González Herrero, a.a.

Diagramación: Srta. Loredana Giannetti

Revisiones: P. Julio Navarro Román, a.a.

Edición: Agustinos de la Asunción
Casa Generalicia, Roma, 2016
@: assunzione@mclink.it

PREFACIO

Nuestra Congregación, cuyo nacimiento selló la noche de Navidad del 1850, con la emisión de los primeros votos, ha tenido recientemente el gozo de celebrar su primer centenario con fervor y solemnidad. Este acontecimiento inspiró numerosas reuniones académicas y religiosas que ilustraron estudios profundos sobre el pensamiento y la obra del Fundador. En plena actividad en todos los continentes, nuestros religiosos vieron en tales solemnidades la invitación providencial a tomar más profunda conciencia de todo el patrimonio espiritual y apostólico que nos ha legado el P. d'Alzon. De ahí germinó el deseo de poner, de un modo práctico, al alcance de todos los nuestros, ante todo de cuantos están entregados al ministerio bajo tantas formas, los escritos de nuestro Padre, tan ricos en consignas y directrices, muy precisas, clarividentes y perfectamente adaptadas a todas las facetas del apostolado moderno.

Varias obras, por ejemplo las *Circulares* y las *Meditaciones* debiendo reeditarse, parecía ocasión propicia para publicar al mismo tiempo un buen número de textos inéditos, en los cuales circula siempre una abundante savia de vida asuncionista.

Ya fue una feliz consecuencia del Centenario la publicación de obras espirituales del P. d'Alzon en bien de tantas almas deseosas de perfección y de alimento sustancial, realizada por iniciativa del R. P. H. Bisson, en la elegante serie: *Les Cahiers d'Alzon*.

Pero, en el momento en que estamos empujando activamente el proceso de la causa de beatificación del P. d'Alzon, en que estamos examinando oficialmente sus escritos, en que escrutamos los secretos, los móviles de su vida espiritual y de toda su actividad, para despejar lecciones de heroísmo sobrenatural, el Consejo general ha juzgado oportuno agrupar en un único volumen



PREFACIO

(muy manejable pese a sus 1500 páginas: ventaja particularmente apreciada por los sacerdotes llamados a los desplazamientos del ministerio) y de una presentación cuidada, un conjunto de escritos destinados más directamente a guiar la formación y la actividad de los religiosos de la Asunción. Otros textos podrán aún, más adelante, ser reunidos en otro volumen y dispuestos en forma de meditaciones cotidianas, para uso de todas las almas fervorosas.

Hemos podido confiar felizmente al R.P. Athanase Sage la elección y el control de estos textos. Ya muy ducho en las obras y el pensamiento del P. d'Alzon por sus trabajos anteriores, tenía la ventaja de poder aprovechar su permanencia en Roma para consultar directamente los documentos auténticos de nuestros archivos, para trabajar en colaboración con el Postulador de la causa del P. d'Alzon, el P. Aubain Colette y los demás Padres de la Curia general. Por eso, me hago el deber de expresar aquí mi religiosa gratitud al R.P. Athanase por el amor filial y el sentido crítico con que ha llevado a cabo su trabajo.

Agradeciendo a la divina Providencia que nos ha permitido sacar adelante este proyecto, me alegro sólo con pensar que este volumen llegará a ser para todos los religiosos de la Congregación un auténtico libro de cabecera, estímulo diario para una mayor perfección, para un estudio más activo cada día de nuestro espíritu, para una entrega renovada sin tregua al servicio de la Iglesia.

Roma, 18 de enero del 1956.

Wilfrid J. DUFAULT, A.A.
Superior General

PRÓLOGO

En varias ocasiones, en tiempos del P. Picard y del P. Emmanuel Bailly, se pensó seriamente en publicar las obras completas del P. d'Alzon, pero las dificultades de los tiempos y la envergadura de la empresa desalentaron tales proyectos. Bajo el Generalato del M. R. P. Gervais Quénard, el P. Siméon Vailhé iniciaba la publicación de la correspondencia del P. d'Alzon: las cartas de 1822 a 1850 nos han ayudado admirablemente a comprender las primeras etapas de la vida del Fundador, de las que le somos deudores.

Estos Escritos Espirituales del Padre d'Alzon tienen un objetivo más modesto. A falta de las obras completas, ofrecen a los Religiosos de la Asunción, a quienes van dedicados más especialmente, un elenco ya bastante compacto de documentos conocidos o inéditos. No reflejan toda la actividad literaria del Fundador; la correspondencia de 1851 a 1880 –de la que algún día habrá que, si no proseguir la publicación, al menos publicar amplios extractos, como los Souvenirs intimes del P. Gervais Quénard ya nos han abierto el apetito– no ha sido casi ni tocada; lo mismo sucede con los escritos de controversia que evocan tantos trabajos emprendidos en pro de la causa de la Iglesia.

En la Primera Parte de esta obra encontrarán, junto con el Directorio, los escritos oficiales del Fundador: Instrucciones a los Capítulos, Circulares, Meditaciones,

cuyas ediciones están agotadas. Hemos adjuntado a éstos, documentos que tratan también, bajo diferentes aspectos, del fin y del espíritu de la Asunción. La Segunda Parte de esta selección se inspira, en cuanto al plan, de una página en la que el Fundador fijaba a sus Religiosos bajo tres acápites los objetivos mayores de la Asunción: Piedad, Instituciones, Combates. Esta parte comienza con notas íntimas y confidencias extraídas de la correspondencia del P. d'Alzon, que mostrarán, si fuera necesario, cómo todas sus consignas emanaban de una vida religiosa y apostólica ejemplarmente vivida.

Toda elección se expone a críticas. Algunos se mostrarán decepcionados por no encontrar aquella pieza más reveladora a sus ojos del espíritu del P. d'Alzon. Deben saber que deliberadamente hemos prescindido de aquellos documentos ya publicados y fáciles de conseguir, como las Instrucciones del sábado o las Instrucciones a los Terciarios de la Asunción, cuyas ediciones están lejos de agotarse, o ya recogidas en la colección en curso de los Cahiers d'Alzon. Algunas piezas de esta selección, de forma más o menos incompleta, podrán parecer inútiles; pero las más de las veces han sido incluidas porque marcan una etapa del desarrollo de nuestra espiritualidad y serán apreciadas por los religiosos interesados en la historia más íntima de la Congregación. Finalmente, muchos documentos menos conocidos se dirigen a religiosas: Religiosas de la Asunción y Oblatas, o bien a piadosas personas del mundo. Que los Religiosos no se enfaden por ello, más bien que lamenten el hecho de que nuestros primeros Padres no hayan transcrito con la misma piedad filial más numerosos ecos de las consignas que el Padre les dirigía con mayor generosidad aún en sus

improvisaciones bajo el encanto de un pensamiento original, a veces lleno de humor, siempre amplio y profundo. El P. d'Alzon, por un sentimiento de especial devoción a María, cultivaba las vocaciones virginales; contaba ante todo con la ayuda de sus oraciones y las mantenía en el fervor de su estado con una energía perseverante; ellas le han inspirado algunas de sus obras más logradas.

La publicación de estos documentos, algunos de los cuales serán para muchos religiosos una feliz revelación, no modifica en nada, sino que confirma en todos sus puntos nuestra tradicional concepción de los principios de la Congregación. El P. d'Alzon había impregnado tan intensamente de ellos a sus primeros discípulos, que ellos nos los han transmitido fielmente; las nuevas generaciones que no han visto ni oído encontrarán en los Escritos Espirituales del Padre d'Alzon algo de la frescura, en sus primeros brotes, de nuestro espíritu.

El P. d'Alzon siempre andaba en busca de fórmulas más felices que, fáciles de retener, nos llamarían continuamente al fervor. En 1858, en una carta dirigida al P. Picard, aparece por primera vez la fórmula visiblemente inspirada que contenía ya en germen todo nuestro Directorio: "Recuerde que el espíritu de la Asunción es el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa". En 1868, en su instrucción al Capítulo General, corona el triple amor de un modo más explícito mediante lo que él llama el amor principal, el amor a las tres augustas Personas de la Santísima Trinidad, del que se le ve más fervientemente preocupado durante los últimos años de su vida.

Nuestro espíritu está dirigido por nuestra meta. La meta de la Asunción se ha expresado desde la fundación en nuestra divisa: Adveniat Regnum Tuum; se precisó a lo largo de la elaboración de nuestras primeras Constituciones; pero es sobre todo a partir de 1868, bajo el estímulo del amor de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo y en medio de las alegrías y los quebrantos de la Iglesia, cuando el P. d'Alzon ha sondeado todas sus riquezas. El vigor de nuestra propia vida religiosa, la búsqueda y la formación más exigente de las vocaciones, la organización más definitiva del Instituto, la promoción de las Órdenes Terceras y de las élites cristianas en pro de una acción más eficaz, los combates a emprender para la defensa de la Iglesia frente a los triunfos de la Revolución y de la llegada de las democracias modernas, todos estos objetivos de soberana importancia se clarificaban a la luz de nuestra divisa cada vez más desplegada.

Quiera Dios que estos Escritos Espirituales del Padre d'Alzon, al tornarse el libro de cabecera de los religiosos de la Asunción, les mantenga en el deseo de una muy alta perfección y en los ardores de un celo que se entrega a la más santa de las causas: ¡la Iglesia de Jesucristo!

Roma, 21 de noviembre del 1955.

Athanase SAGE, A.A.



PRIMERA PARTE

META Y ESPÍRITU
DE LA ASUNCIÓN



PRIMERA PARTE

- I. - Directorio (1859-1865).
- II. - Instrucciones de clausura de los Capítulos generales (1868 y 1873) y cuatro cartas al Maestro de novicios (1868-1869).
- III. - Circulares a los miembros de los Capítulos generales (1874-1875).
- IV. - Novissima verba (1877-1879).
- V. - Meditaciones destinadas a los Agustinos de la Asunción (1879-1880).
- VI. - Complementos diversos.



I.


DIRECTORIO
DE LOS
AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN




*El Directorio debe ser el objeto habitual
de nuestras meditaciones y de nuestros
exámenes.*

P. Picard






El P. d'Alzon adoptó para sus religiosos el Directorio que había redactado en 1859 para las Damas de la Asunción. Las Constituciones entonces vigentes en el Instituto contenían también numerosas orientaciones espirituales. Por respeto hacia estos textos oficiales en los que se precisaba ya el espíritu de la Asunción, el P. d'Alzon los incluyó en la segunda y tercera parte de su Directorio, encabezando los capítulos que tratan acerca de esos mismos temas. La presente edición subrayará estas dos series de textos.



Las breves explicaciones que anuncian cada capítulo, así como las divisiones marginales, no son del Padre d'Alzon.



Se ha dejado para el final de cada parte del Directorio algunas notas críticas y explicativas.



PREÁMBULO

El Padre d'Alzon precisa en este preámbulo la originalidad, el alcance y la manera de utilizar este Directorio.

Mis queridos Hijos:

**Originalidad de
nuestro Directorio**

El *Directorio* que os presento es resultado de las observaciones que he podido hacer desde hace

ya bastantes años.

Me han venido llamando poderosamente la atención ciertos hechos providenciales (1) que, a mi parecer, han contribuido a dar una dirección más especial al desarrollo de nuestra Congregación: de ello resulta que, aun siendo semejantes a todos los religiosos por nuestros santos votos, sin embargo tenemos nuestro carácter particular como religiosos de la Asunción.

Esto nada tiene de extraordinario; si la existencia de nuestra familia, por modesta que pueda ser, es, como debéis creerlo, querida por Dios, debe ella tener su propia finalidad y tender hacia ese fin.

Solamente, penetrando en el pensamiento que presidió a nuestra fundación, progresaréis según toda la perfección a la que habéis sido llamados. El *Directorio*, que pongo en vuestras manos, tiende a facilitar ese trabajo de toda vuestra vida.

**Observaciones
preliminares**

Para comprender bien su utilidad, son necesarias tres observaciones:

La primera es que no ha de ser sino el comentario práctico de la Regla; de tal suerte, que si de ella se apartara,

debería decirse que está hecho en sentido contrario del que se había propuesto.

La segunda, que se ha querido sobre todo enseñaros con cuáles intenciones y con qué espíritu debéis cumplir vuestras obligaciones, a fin de vivificarlas siempre con un pensamiento sobrenatural.

La tercera, que, mientras la Regla se dirige a los miembros de la Congregación en general, el *Directorio* se dirige a cada religioso en particular, y llega a lo más profundo de su alma para indicarle los sentimientos de que se debe compenetrar y las virtudes que debe adquirir con un trabajo más oculto, y como en relación más íntima con Nuestro Señor.

**Presentación del
Directorio**

Se ha dispuesto este pequeño trabajo en capítulos muy cortos; se ha sentado en ellos algunos principios de los que se deducen ciertas consecuencias prácticas en forma de examen. Con esto se ha creído ayudar a los que de él se sirvan, poniéndoles ante los ojos, de una manera más clara, el medio de adquirir las virtudes de que se juzgaran desprovistos y corregir los defectos de los que quisieran triunfar; facilitándoles así el trabajo interior y la reflexión personal sin la que nada son las más bellas consideraciones.

Distribuimos el todo en tres partes: en la primera hablamos del *espíritu de la Asunción*; en la segunda, tratamos de las *virtudes religiosas*; la tercera muestra *los medios de santificación* puestos al alcance de las almas en la vida más perfecta que habéis abrazado y la intención sobrenatural en la que debéis cumplir las principales obligaciones de la Regla.

Si leéis este pequeño *Directorio* un tanto rápidamente, os llamarán la atención algunas repeticiones; pero si lo meditáis tramo a tramo, comprenderéis en qué medida dichas repeticiones son, si no necesarias, al menos útiles

para forzaros a reflexionar sobre ciertos puntos que son la base de la vida religiosa.

¡Ojalá, Nuestro Señor, de quien sois más particularmente los imitadores y los instrumentos (2), y su divina Madre, bendiga estas breves líneas y os haga encontrar en ellas un mayor deseo de llegar a toda la santidad a la que estáis llamados!

E. D'ALZON.



PRIMERA PARTE

SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

La Asunción está esencialmente consagrada a Nuestro Señor. El culto que le tributa desde lo más íntimo de su ser, desborda naturalmente en el amor a la Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa. Este triple amor a Nuestro Señor, a la Virgen y la Iglesia constituye, para el Padre d'Alzon, uno de los sellos particulares del Religioso de la Asunción.

El espíritu de la Asunción se resume en estas pocas palabras: el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa (3).

Amor a Nuestro Señor En cuanto religioso, yo soy de una manera más especial siervo de Jesucristo, y todos los afectos de mi corazón, todas las potencias de mi ser deben tender a él; he ahí mi vida: *“Mihi vivere Christus est: Para mí vivir es Cristo”*¹⁾.

¿Es Jesucristo mi todo?... ¿El único objeto de mis deseos?... ¿Estoy pronto a sacrificar todo por él?... ¿Sólo quiero tender únicamente a él?... ¿No estoy apegado a cosa alguna?... ¿Está mi corazón enteramente libre?...

¹⁾ Filipenses 1, 21.



¿No se inclinan mis afectos hacia alguna persona u objeto, que pudiera entorpecer en mí el amor a Jesucristo?...

Me es indispensable la más absoluta libertad de corazón, y mientras no la haya adquirido, no seré un verdadero religioso de la Asunción.

Amor a la Virgen y a la Iglesia

No solamente no debo apegarme a nada que me impida amar a Jesús con todas las fuerzas de mi ser, sino que, por amor a él, debo amar todo lo que él más amó. Ahora bien, los dos grandes amores de Nuestro Señor en este mundo son María, su Madre, y la Iglesia, su Esposa, que él adquirió con su sangre.

¿Cómo es mi devoción a la Virgen María?... ¿Puedo llamarme hijo suyo?... ¿Qué he hecho hasta el presente para honrarla de una manera práctica?... ¿No ha consistido mi devoción en algunas fórmulas o sentimientos estériles?... ¿Me he formado una idea suficiente de las relaciones maravillosas que, a través de Jesús, mi Maestro, podrían existir entre María y yo?...

Después de su Madre, Jesús a nadie amó tanto como a su Iglesia. Ella es su Esposa, su Cuerpo. ¿Qué es para mí la Iglesia de Jesucristo y qué sentimientos de amor me ha inspirado hasta este día?... ¿Me he consagrado a ella en una entrega total?... ¿Qué agradecimiento le he demostrado?



CAPÍTULO II

AMOR A NUESTRO SEÑOR

Nuestro Señor es el modelo por excelencia de toda vida interior; como Dios primeramente, ya que la vida interior es una participación de la vida misma de Dios; luego en cuanto Hombre, puesto que en su humanidad santísima se reflejan todas las perfecciones divinas. De ahí, los tres capítulos que el P. d'Alzon consagra al amor de Nuestro Señor.

El amor a Nuestro Señor implica:

1° La adoración de la Santísima Trinidad, con la cual, en cuanto Dios, él forma una sola sustancia; 2° el hábito de la presencia de Dios; 3° el estudio de su santa humanidad, cuyo espíritu debo trabajar por apropiarme; 4° el culto al Santísimo Sacramento del altar, en el que él mora siempre como verdadero Dios y verdadero hombre (4).

Adoración de la Santísima Trinidad

En Nuestro Señor amamos principalmente a Dios. Amar a Dios es amarlo como corresponde a las criaturas: la adoración es la primera actitud que reviste nuestro amor a Nuestro Señor. Adoramos al Padre en su Hijo, que nos lo revela, y en el Espíritu de amor, que nos es dado: las tres augustas Personas se dignan hacernos partícipe de su inefable intimidad.

¿Estoy suficientemente convencido de que Jesucristo es mi Dios?... Si lo estoy, ¿por qué no estoy más com-



penetrado del abismo que separa su perfección de mi nada?... ¿Por qué todavía soy un orgulloso ante semejante Maestro?...

Adoración del Padre Jesucristo es mi Dios, y bajó a la tierra únicamente para enseñarme a adorar a *su Padre en espíritu y en verdad* [Juan 4, 23], después de haber reconciliado al mundo con su Creador ofendido. ¿Qué sentimientos tengo con respecto a Dios Padre, autor y principio de todo bien y de todo don perfecto?... ¿Qué idea me he formado del homenaje, culto, veneración y gloria que le debo, en unión con la adoración y la gloria que le tributa su Hijo Jesús?...

Adoración del Hijo La vida eterna de los ángeles y de los santos consiste en conocer al único verdadero Dios y a Jesucristo, que él envió para manifestarse a los hombres. ¿Qué agradecimiento no le debo yo a mi divino Salvador por una vocación tan magnífica?... ¿Cómo se lo he demostrado hasta el presente y cómo quiero demostrárselo en adelante?... “Dios Padre amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único” [Juan 3, 16]; ¿cuándo me daré yo a Dios enteramente, sin reservas ni particiones, en unión con su Hijo y en el amor que este Hijo enciende en mi alma, a través de su Santo Espíritu?

Adoración del Espíritu Santo El amor que une a Dios Padre y a Dios Hijo, es Dios también, y precisamente por este amor, que es el Espíritu Santo, yo puedo amar a Dios, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” [Romanos 5, 5]. Dios Padre me dio a su Hijo; Dios Hijo se entregó a mí y me dio el amor que le une al Padre; me ha hecho templo de ese amor. Mi corazón es un santuario donde Dios depositó su amor, que es Dios. ¿Qué debe ser mi corazón y

en dónde encontrar ya cabida para un sentimiento que no puede ser abrasado por el amor de Dios?

Conclusión

Dios Padre, después de haberme creado, me dio a su Hijo. Dios Hijo se entrega a mí para enseñarme a conocer y adorar a su Padre, y me da su Espíritu, que es Dios, que suplirá lo que falta a mi ignorancia y clamará en mí: “Padre mío, Padre mío”. Pero, ¿cuándo voy a entrar en esa vida nueva?... ¿Cuándo dejaré de resistir al torrente de amor que la Santísima Trinidad vuelca en mí?... ¿Cuándo iré al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por Jesucristo, con él y en él?... ¿Cuándo rendiré a Dios todopoderoso todo honor y toda gloria, ya en el tiempo, ya en la eternidad (5)?



CAPÍTULO III

SENTIMIENTO DE LA PRESENCIA DE DIOS

La adoración de las infinitas perfecciones de Dios y la contemplación de sus obras nos fijan en un sentimiento habitual de la presencia de Dios: señal de un auténtico amor a Nuestro Señor y prenda segura de progreso espiritual.

Debo pensar incesantemente en lo que atrae todos los afectos de mi alma. Si amo a Nuestro Señor debo sin cesar pensar en él; pero, puesto que es Dios, debo incesantemente tener su pensamiento, sobre todo en cuanto Dios, presente en el espíritu y en el corazón.

Perfecciones divinas de Jesucristo

Jesús es mi Dios y, como Dios, *es la plenitud del ser*: “En él tenemos la vida, la respiración y todas las cosas; en él vivimos, nos movemos y existimos”¹⁾.

Él es la *perfección infinita, la belleza por excelencia*, y esta belleza de su ser él la imprime en nuestras almas: “*Signatum est super nos lumen vultus tui*: La luz de tu rostro está impresa en nuestras almas”²⁾. Ahora bien, el pecado ha mancillado esta alma creada a su imagen, y el mejor medio de restaurar esa belleza perdida es permanecer bajo el peso de mi nada y abandonarme a la acción divina de la gracia por una atención constante a la presencia de Dios.

¹⁾ Hechos 17, 25-28.

²⁾ Salmo 4, 7.



Dios es mi *bien supremo*; debo, pues, buscar acercarme a él; mi felicidad debe consistir en poseerlo.

Mi vida en presencia de Dios:

a) plenitud del ser ¿Estoy habitualmente en presencia de Dios?... ¿Estoy en su presencia consciente de que le debo todo?... ¿Estoy convencido –tanto cuanto puedo estarlo por la fe– de la plenitud de su ser y también, si puedo decirlo así, de la plenitud de mi nada?... ¿He pensado lo bastante que mi cuerpo, mis sentidos, mi corazón, mi inteligencia, todo me viene de él y en él subsiste y dejaría de existir al primer signo de su voluntad infinita?

No me puedo llegar a cosa alguna que no sea obra de Dios, posesión de Dios. Todo me recuerda a Dios o, por lo menos, debería recordármelo.

¿Soy fiel a esa voz de todos los seres que me llevan a su Creador?... ¿Con qué respeto estoy en la presencia de un Dios que siempre me ve?... ¿Con qué amor y con qué agradecimiento estoy en la presencia de un Dios que todo me lo ha dado?...

b) belleza infinita Dios es la belleza infinita y ha querido comunicar esa belleza a mi alma; pero, el pecado original la destruyó una vez y el pecado actual la destruye todos los días. En su inefable bondad, quiere volver a otorgarme esa belleza inicial, por medio de su gracia, y también quiere que yo trabaje en recobrarla mediante mis esfuerzos; pero quiere que, para conseguirlo, yo me acerque a él y que, estudiando sus perfecciones, las copie en mí, en cuanto soy capaz de hacerlo, por medio de las virtudes que debo adquirir.

¿He realizado ese trabajo?... Tengo los ojos fijos en mi divino modelo para, tratando de imitarle, reparar las ruinas de mi alma?... ¿He dirigido mi esfuerzo, mi estudio, a unirme a Dios por el pensamiento, de tal suerte que, *adhi-*

riéndome a Dios, no haga con él sino un mismo espíritu [1 Corintios 6, 17], como dice el Apóstol?...

c) bien supremo Dios es la bondad por excelencia, el bien supremo; en poseerlo eternamente debe consistir mi felicidad. Ahora bien, si mi dicha está en la posesión de un tal bien, ¿por qué no me preocupo más de ello en esta vida, por qué no pienso en ello incesantemente?... ¿Por qué mis pensamientos se descarrían en otras direcciones?... ¿Por qué, para alcanzar la posesión del don perfecto, no procuro hacerme yo mismo más perfecto?...

¡Haz, Señor, que yo camine sin cesar en tu presencia y de ese modo llegue a la perfección!



CAPÍTULO IV

ESPÍRITU DE NUESTRO SEÑOR

Por medio de la Santísima Humanidad de su Hijo, Dios imprime en nuestras almas la semejanza de su adorable Trinidad. Si el primer rasgo característico de la perfección está en la más rendida adoración de Dios, el segundo está en la imitación, a través de Jesucristo, de la belleza y perfecciones de Dios. El estudio amoroso de la doctrina, de los misterios y de las acciones de Nuestro Señor, para apropiarnos su espíritu, debe ser nuestra ocupación constante.

Para amar a Jesucristo hay que conocerle, y para conocerle hay que estudiar sus perfecciones. Ellas nos son reveladas en la Sagrada Escritura, cuyo objeto final es Jesucristo: "*Finis legis Christus: El fin de la ley es Cristo*"¹⁾.

Puedo estudiar a Jesucristo, ya en su doctrina, ya en sus misterios, ya en los hechos de su vida.

1° *Su doctrina*. La encontraré o en sus propias palabras o en lo que de ella nos han dejado los apóstoles en sus escritos. Siendo Jesucristo, como Dios que es, la verdad eterna, la palabra por excelencia, cuanto más yo medite la verdad divina, más me acercaré a Jesucristo, a Dios mismo.

Habiendo Jesucristo descendido a la tierra para traerme

¹⁾ Romanos 10, 4.



la luz y la fuerza que me ayudarán a subir hacia Dios, [todos mis esfuerzos deben tender a consumir esta unión, que es el término de mi destinación sobrenatural y que se realizará con la gracia de mi Salvador (6)].

¿Qué veneración he mostrado hasta el presente hacia las enseñanzas de Jesucristo?... ¿Qué caso he hecho del Evangelio?... ¿Con que sentimientos lo he leído?... ¿Cómo he considerado la bondad misericordiosa de un Dios, que no contento con encarnarse haciéndose hombre, también se encarna en una palabra humana para ponerla al alcance de mi inteligencia e iluminarla?...

¿Qué he hecho de tantas luces?... ¿Cómo he tomado las explicaciones de la doctrina de Jesucristo que me eran impartidas por sus ministros?... ¿Qué esfuerzos he realizado para meditar sobre esta doctrina, aplicármela, apropiármela y hacer de ella mi alimento?... Y si no he hecho ningún caso, o casi ninguno, ¿cabe asombrarse de que yo esté tan lleno de ideas humanas y que no comprenda nada de las cosas del cielo?...

2° *Sus misterios.* Siendo la vida de Jesucristo por una parte vida divina, toca a lo infinito y, por consiguiente, está llena de misterios. Pero estos misterios, incomprensibles sin duda, y, por ende, objeto de mi fe, son para mi alma una enseñanza maravillosa. Por su lado humano, poniéndose a mi alcance, se apoderan de mí; por su lado divino, me elevan y transportan a las más íntimas relaciones con Dios.

El estudio de estos misterios debería ser empeño de toda mi vida; ya que, a través de Jesucristo, aprenderé a conocer a Dios tanto como nos es posible conocerle en este mundo. Pero, como en la vida de Jesucristo los misterios se suceden a cada paso, puedo aficionarme a tal o cual misterio, según mi inclinación; la encarnación,



el nacimiento, la vida oculta, la predicación, los sufrimientos, los anonadamientos, la muerte, la resurrección, pueden sucesivamente actuar en mi pensamiento; o bien, si me siento a ello movido por un atractivo interior, puedo detenerme durante cierto tiempo en un determinado misterio, en el cual hallaré el alimento más apropiado a mi alma.

¿Cómo he considerado los misterios?... ¿No he hecho de ellos más bien el objeto de estudios curiosos que el de una búsqueda amorosa de los beneficios de Nuestro Señor?... ¿Qué adoración (7) han suscitado en mi alma?... ¿No me han sido causa de fastidio?... ¿No me he contentado con decir que no podía comprender nada, en vez de intentar con humilde fe extraer las enseñanzas particulares que Nuestro Señor quiso encerrar en ellos?

3° *Los hechos de la vida de Nuestro Señor.* Todo lo que Jesucristo hizo en este mundo, lo hizo para enseñanza nuestra. No hay un solo momento de nuestra vida personal que no se pueda cotejar con esa vida divina, cuyo menor detalle nos enseña con qué espíritu debemos ejecutar nuestras acciones.

No hay palabra que pronunciemos, petición que formulemos o sentimiento que abriguemos, que no podamos santificar, uniéndolos a los sentimientos, palabras y acciones del divino Maestro. Jesucristo consumó toda justicia para enseñarnos a hacer lo mismo. Para conseguirlo, no tengo más que entrar con Nuestro Señor en su vida mortal.

¿Cómo he intentado conformar mi vida con la vida de Jesucristo?... ¿Cómo he estudiado los detalles de esa vida, modelo de la mía?... ¿Me he compenetrado de que nada había en mí tan insignificante que no pudiera ser su-



blimado por una intención sobrenatural?... “*Os he dado ejemplo –dice Nuestro Señor– para que, como yo he hecho, así hagáis también vosotros*”¹⁾.

Por consiguiente, mi vida debería ser una copia de ese divino original. ¿Lo es efectivamente?... Y ¿por qué no lo es?... ¿No temo hallar detalles que me condenarían o me obligarían a la práctica de virtudes que espantan a mi naturaleza? ¿Cuándo querré de una vez ir hasta donde Jesús quiera llevarme?

¹⁾ Juan 13, 15.



CAPÍTULO V

AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN

El amor a la Virgen procede de nuestro amor a Jesucristo: amamos a María porque ella es el primero de los amores de Jesús en la tierra. Nos es dada como el modelo plenamente adaptado a nuestra condición de criaturas y como Madre nuestra rebosante de ternura y de poder. Su amor confiere a nuestro amor a Jesucristo su mismo frescor, sus delicadezas, sus ardores apostólicos.

Por una misericordiosísima condescendencia, Nuestro Señor no se contentó con ofrecérsenos como modelo, ya sea en cuanto Dios, ya en cuanto hombre; quiso darnos otro modelo en la persona de la Santísima Virgen, su Madre, que es nuestra Madre también, y la más perfecta de las obras del Altísimo.

María es mi modelo y al mismo tiempo es mi Madre. Mi modelo: debo procurar imitarla tanto como un religioso consagrado a la perfección es capaz de imitar a la Reina de cielo y tierra; mi Madre: para con ella debo tener la ternura y la confianza más absolutas.

María: mi Modelo 1° Aunque sólo pudiera conocer de las virtudes de la Santísima Virgen lo que de ellas dice el Evangelio, eso me bastaría y no es necesario más.

a) en el misterio de la Encarnación Admiro primeramente su prudencia en la pregunta que hizo al ángel enviado para saludarla en nombre de Dios. Su obediencia y su fe resplandecen no menos en esta respuesta: “He aquí la esclava del Señor” [Lucas 1, 38]. Esta fe es el principio de todos los



prodigios que por su medio se realizaron, como Isabel se lo reveló al declararle “dichosa por haber creído, pues en ella se cumplirán todas las cosas que le han sido anunciadas de parte del Señor” [Lucas 1, 45].

b) en su Magnificat Mas, donde se revela hasta lo más hondo el alma de María es en la manera como responde a su prima: “Mi alma glorifica al Señor” [Lucas 1, 47]. El fin de la vida de María es la gloria de Dios; su dicha, servirle y publicar su agradecimiento por los dones que de él ha recibido. Esa manifestación de todo lo que Dios hace por el alma fiel, la esperanza y la confianza en medio de las mayores pruebas, eso es lo que yo descubro en el cántico de María.

c) en todos los pasos de su vida La observaré en Nazaret, en su trabajo humilde, junto a José; en Belén, donde da a luz al Hijo de Dios en un establo; en el Templo, donde ella lo ofrece a Dios; en Egipto, a donde huye para librarlo del furor de Herodes; en Jerusalén, donde le pierde por espacio de tres días; en el taller de José, donde ella vive dieciocho años una vida oculta hasta el momento de la separación, sea al inicio de la evangelización, sea para subir al Calvario (8). En todo ello, ¡cuántos ejemplos, cuántas enseñanzas!

Como María: ¿Tengo la prudencia de María
a) en la Anunciación en las circunstancias importantes de mi vida?... ¿La tengo en mis habituales relaciones con mi prójimo?...

¿Tengo su obediencia, luego que la voluntad de Dios me es conocida, no solamente por medio de mis Superiores, sino también de aquellos que me los representan?...

¿Tengo esa fe que me haría aceptar los mandatos más difíciles?... ¿Me hallo dispuesto a entrar de veras en la vida interior y a dejar cumplirse en mí todo lo que el

Señor espera de mi subordinación a sus deseos?... ¿No temo?... ¿No tengo dudas?... ¿No soy cobarde en nada de lo que se me ordena?...

b) en su Magnificat ¿No tengo yo, a lo largo de mi vida, otro objetivo que el de la gloria de Dios?... ¿Es el anhelo de procurar esa gloria lo que absorbe mis esfuerzos?...

¿He puesto en Dios toda mi felicidad?... ¿No he puesto en mí o en las criaturas mi confianza?... ¿Tengo fuertemente arraigada en el fondo de mi alma esa pureza de intención que va directamente a Dios, sin mirar a mi derecha ni a mi izquierda?...

¿He procurado hacerme una idea de todo lo que Dios realizaría en mí con el poder de su brazo, si yo quisiera dejarle obrar?... ¿Cómo disiparía él todo lo que hay de impureza, de vanidad, de orgullo en mi corazón, si yo no temiera dejarle reinar en él como soberano!

c) en todos los pasos de su vida En los trances difíciles, ¿he puesto toda mi esperanza y mi confianza en mi soberano Señor?... ¿Sólo me he apoyado en él?... ¿Soy pobre con la pobreza de Belén?... ¿Es mi laboriosidad la de Nazaret?... ¿Me he consagrado realmente a Dios?... ¿Se lo he dado todo, como María se lo dio todo a Jesús?... ¿Me ha gustado la vida oculta?... ¿He aceptado generosamente las separaciones que la Providencia me ha impuesto o puede imponerme cada día?... ¿He aceptado incluso la separación de Jesús?... Meditando la vida de este admirable modelo iré adquiriendo el espíritu de un verdadero religioso.

**María:
mi Madre** 2º Pero, María no es solamente un modelo para mí, ella es mi Madre. Ella me adopta en el Calvario, al pie de la cruz de su Hijo. Me recibe como tal cuando, en cierto modo, está todavía empapada en la san-

gre que Jesús derramó por mí; y, a pesar del horror que debo causarle, pues si Jesús muere, es por causa de mis pecados que muere, ella me acepta por hijo suyo. Desde aquel momento yo soy su hijo (9).

¡Qué honor tener una tal Madre! ¡Qué dicha la de una semejante relación mutua!... ¿Qué agradecimiento y qué ternura no le debo?... Pero, ¿qué son esa ternura y esa gratitud, si los desmiento todos los días con una vida en todo opuesta a la vida de María?...

Si de veras la amo, debo probárselo cumpliendo en mí todo lo que le es agradable; desterrando de mi corazón y de mi espíritu, todo pensamiento y todo sentimiento indignos de ella; procurando obsequiarla con todas las delicadezas del afecto, que le demuestren que tiene en mí un verdadero hijo. ¿Puede mi vida probárselo?



CAPÍTULO VI

AMOR A LA IGLESIA

Amamos igualmente a la Iglesia porque Jesús la amó; el amor a la Iglesia dilata nuestro amor a Nuestro Señor, dándole las dimensiones del mundo. El Padre d'Alzon insiste en la adhesión profunda y en la entrega total que ha de inspirarnos la Iglesia.

Este amor está en el origen del voto que se concede hacer, después de un cierto tiempo, a los religiosos de la Asunción, y que consiste en consagrarse a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas (10).

1º ¿Por qué debo amar a la Iglesia?

Lo que la Iglesia es: ¿Qué es el reino de Nuestro Señor, sino su acción sobre la Iglesia?... Para saber cómo él la amó, debo considerar todo lo que hizo por ella.

Por ella, bajó del cielo, se encarnó, nació en un establo, pasó treinta años en los trabajos de una vida penosa, pobre y oscura; sufrió la calumnia, las persecuciones, los insultos, los más atroces sufrimientos, la muerte en cruz; todo esto por la Iglesia, su Cuerpo místico.

Si yo amo a Jesucristo, ¿cuánto debo amar lo que es el objeto de su predilección?...

b) para mí Y además, ¿qué es la Iglesia para mí?... Es mi madre. En ella y por ella he nacido a una vida nueva en las aguas del santo bautismo; por su medio, mantiene Jesucristo en mí la vida divina, gracias a los sacramentos de los que



es la Iglesia la dispensadora. Por ella es mi inteligencia iluminada por la luz de la verdad eterna, que ella tiene la misión de enseñar con una autoridad infalible. Por su medio obtengo incesantemente un sinnúmero de auxilios que me ayudan y me estimulan al bien. Por ella es bendecida la pequeña Congregación a la que pertenezco, esta familia que yo he elegido para mejor amar y mejor servir a Nuestro Señor. Sin ella, no podría yo conocer tan perfectamente ni servir tan bien a Dios, a quien estoy consagrado.

c) para todas las almas deseosas de perfección La Iglesia, Esposa por excelencia de Jesucristo, llama a las almas privilegiadas a convertirse, a su vez, en esposas, y en este misterio admirable me invita también a mí a consumir en las llamas del Espíritu Santo esta incomprensible unión entre la criatura y su Creador. Lo que Jesucristo ama ante todo en su Iglesia, son las almas que en ella se santifican. No todas son elevadas al mismo grado de perfección, pero todas son llamadas. Ahora bien, Nuestro Señor, en su infinita bondad, no quiere obrar él solo en el trabajo de la conversión y santificación de las almas. A ello invita a los cristianos, y por eso instituyó el sacerdocio, y permite a todos, según su posición, sus fuerzas, y a medida de las gracias que han recibido, el trabajar en la misma obra.

2º ¿Cómo debo yo amar a la Iglesia?

a) como a mi patria y a mi madre En primer lugar, debo amarla como a mi patria. Es, en efecto, la patria de mi alma, la sociedad por la cual estoy unido a Dios. Y debo amarla también como a mi madre, por ser hijo de Dios, ya que el mismo sacramento que me hace hijo de Dios, me hace a la vez hijo de la Iglesia.

b) en todos sus miembros Debo amar todo lo que la hace vivir: a su jefe visible, Nuestro Santo Padre el Papa, quien, sucesor de San Pedro, es la piedra inmovible sobre la cual está la Iglesia edificada. Mi amor a Jesucristo debe extenderse en particular a su Vicario en la tierra. Debo amar igualmente a toda la jerarquía eclesiástica y rogar mucho para que sus miembros tengan las ayudas y las gracias necesarias para su misión.

Debo amar a las almas que en las llamas del purgatorio se purifican para ser dignas de gozar de la visión de Dios. Debo amar e invocar a las almas de los justos que reinan con Jesucristo en la Iglesia triunfante. Mi amor debe unir esas diversas partes de la única Iglesia.

c) con una entrega total Pero, no obstante, debo sobre todo y en cuanto de mí dependa, según mis limitaciones, entregarme al servicio de la Iglesia que milita en la tierra. Mis oraciones, mis mortificaciones, deben caracterizarse por un fervor más especial cuando pienso que puedo contribuir a salvar las almas.

Mi conducta, mis acciones, mis palabras, mi enseñanza, cualesquiera funciones o cometidos que se me encarguen y que directa o indirectamente se relacionen con ese mismo fin, se deben impregnar del mismo sentimiento y del mismo amor.

Examen:
a) por amor a Jesús ¿He amado a la Iglesia por amor a Jesucristo?... ¿He agradecido a este buen Maestro todo lo que él hizo para fundar la Iglesia Católica, a la que tengo la dicha de pertenecer?... ¿He meditado de vez en cuando en el cúmulo de fatigas, humillaciones y sufrimientos que él padeció para establecerla?...

b) como a mi Madre Yo soy hijo de la Iglesia; ¿la he amado como a mi madre?...
 ¿Le estoy suficientemente agradecido por la nueva vida que de ella recibí... por las gracias que constituyen el alimento espiritual de mi alma... por la dicha incomparable de poder en ella alimentarme con el cuerpo y sangre de mi Dios?...

c) en todos sus miembros ¿Me conmueven las persecuciones contra la Iglesia?... ¿He pedido suficientemente a Dios que le conceda la paz y la libertad que ella necesita?... ¿He rogado con bastante fervor a los santos del cielo pidiéndoles su intervención en ayuda nuestra?... ¿He rogado convenientemente por las almas del purgatorio?... ¿Tengo suficiente compasión por estas pobres almas?... ¿He rogado por nuestro Santo Padre el Papa, para que Dios le conceda el gobernar la Iglesia como conviene?... ¿He rogado por los obispos y por los sacerdotes consagrados a la salvación de las almas?...

d) con una entrega total ¿Me he mortificado con el fervor suficiente para obtener la conversión de las almas, y sobre todo la de aquellas con las que estoy más en relación y que me habían sido más especialmente confiadas?... ¿He tenido aquel celo que consumía al santo rey David en presencia de los pecadores?... ¿Me he esforzado suficientemente para hacerme a toda la bondad, delicadezas y atenciones que me pedía la conversión de un alma, y que yo no lograba por faltarme el valor de hacerme mejor a mí mismo? (11).



CAPÍTULO VII

DESEO DE PERFECCIÓN

El Padre d'Alzon vivió en el fulgor deslumbrante del triple amor, cuyas consecuencias prácticas percibía claramente. El amor tiende a la semejanza: Nuestro Señor, la Virgen, la Iglesia, nos repiten incesantemente: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Este último capítulo sirve de conclusión a la primera parte del Directorio.

Consecuencia del triple amor

Se desea ser agradable a los que se ama. Si mi corazón pertenece por entero a Nuestro Señor, debo desear agradarle, y ese de-

seo debe ser igual al amor que le profeso. Ahora bien, lo que él más desea es que yo sea santo. Luego, si no tengo más que un deseo lánguido de perfección, es porque le amo demasiado poco.

El dechado de esa perfección lo encuentro en el mismo Dios, que es el solo perfecto con perfección absoluta y, sin embargo, quiere Nuestro Señor que yo le imite, pues dice: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” [Mateo 5, 48]. La santa humanidad del Salvador es también mi modelo. En fin, se me dio a María para que la imite. ¿Cuándo, pues, trataré de hacerlo seriamente?... ¿Por ventura, la vida religiosa no es el camino de la perfección?...

¿Me he formado una idea exacta de la perfección que Dios espera de mí?... ¿Esa perfección, a la que debo aspirar, la he estudiado en las perfecciones de Dios mismo y en las de su Hijo, y en las virtudes de María?... ¿Me he formado una idea exacta de todos mis deberes y de todo lo que comprenden?... ¿No soy, por el contrario, un re-



ligioso tibio, perezoso, adormilado?... ¿He escuchado la voz interior que me reprocha mis continuas cobardías?... ¿He renunciado a todo lo que es estorbo para mi libertad de corazón?... ¿He apartado los obstáculos que se oponen a mi progreso espiritual?... ¿He procurado conocer esos obstáculos?... ¿He puesto decididamente manos a la obra?... ¡Quizá no estoy ni siquiera en los comienzos!

Perfección y total entrega El sentimiento de la perfección y la entrega total son, por así decir, lo mismo. ¿Soy abnegado, soy entusiasta por el bien?... ¿Estoy dispuesto a sacrificarlo todo para llegar a la perfección que Nuestro Señor quiere de mí?

Si no puedo de una vez hacer grandes sacrificios, ¿no puedo ejercitarme continuamente en los pequeños y merecer, por esa buena voluntad inicial, que Dios la fortifique y le dé una victoria completa sobre mi naturaleza y sus repugnancias? (12).

NOTAS

Los diversos manuscritos del Directorio, ya se trate del Directorio de las Religiosas (D.F.) o bien de nuestro Directorio (D.H.), comportan numerosísimas variantes de pura forma. La presente edición reproduce el texto de 1935 con muy ligeras modificaciones. Señalaremos de paso las variantes más notables.

(1) Como hechos providenciales, el P. d'Alzon pensaba, entre otros, en las tentativas de unión con otras Congregaciones, tentativas todas que chocaron con la originalidad del nuevo Instituto.

(2) Las Religiosas siempre son presentadas en el D.F. como las esposas de Jesucristo. Para caracterizar nuestras propias relaciones con Nuestro Señor, el P. d'Alzon se sirve de los términos de servidores, imitadores o instrumentos.

(3) El P. d'Alzon quizá haya conocido aquel pasaje de una carta de la Madre María Eugenia de Jesús al abate Combalot, fechada en 1837, dos años antes de la erección canónica de la Asunción de las Damas: "Jesucristo, María, la Iglesia: he ahí nuestra divisa. ¿Por qué buscar otra?". Pero de hecho, fue poco a poco, como dan fe de ello sus escritos, que el P. d'Alzon llegó, hacia 1858, a la fórmula que guía todo el desarrollo de nuestro Directorio.

(4) He aquí según todos los antiguos manuscritos del D.H. el orden de los capítulos que siguen:

Adoración de la Santísima Trinidad.

Amor a la Santísima Virgen.

Amor a la Iglesia.

Deseo de perfección.

Sentimiento de la presencia de Dios.

Espíritu de Nuestro Señor.

El P. d'Alzon había adoptado este orden en armonía con el capítulo de las Constituciones: "Las disposiciones que hay que tener para entrar en la Orden" que, en un primer intento de adaptación del D.F. a sus religiosos, había insertado entre el primero y el segundo capítulo. Ha mantenido este orden en todas las sucesivas revisiones de nuestro Directorio, para insistir, al parecer, sobre la unidad del triple amor, amor total a Nuestro Señor, que nos estimula al deseo de la más alta perfección y que se cultiva mediante el sentimiento de la presencia de Dios, el estudio de la Santísima Humanidad y el culto al Santísimo Sacramento. Este último capítulo anunciado, probablemente nunca fue redactado.

La presente edición ha conservado el orden primitivo del D.F., al que la edición del P. Picard nos ha acostumbrado.

(5) Reaccionando contra el espíritu de rebelión, el P. d'Alzon ha insistido mucho y cada vez más sobre el espíritu de adoración. La adoración bajo todas sus formas: adoración de la Santísima Trinidad, de los derechos de Dios, del Santísimo Sacramento, es uno de los rasgos esenciales de nuestra espiritualidad. En este espíritu de adoración de la Santísima Trinidad, entre otras cosas, es donde el P. d'Alzon ha concebido sus ideas más profundas y las más originales sobre la oración, la educación, el apostolado moderno y la devoción eucarística.

(6) El final de la frase, entre corchetes, está ausente en todos los manuscritos del D.H.

(7) Encontramos "Qué admiración", que parece armonizarse

mejor con el contexto, pero únicamente en el primer manuscrito del D.F.

(8) Hasta el momento de la separación “que terminará después de tres años de evangelización en las ignominias y los dolores del Calvario” (D.F.).

(9) Encontramos en la mayor parte de los manuscritos del D.H. una redacción menos elegante, pero más incisiva: “Me toma, todavía completamente cubierta con la sangre de Jesús derramada por mí; y, pese al horror que le debo causar, ya que, si Jesús muere, se debe a mis pecados, me adopta: en adelante soy su hijo”.

(10) Voto propuesto al comienzo del Instituto y que no fue autorizado por la Santa Sede.



(11) El P. d’Alzon, sin tocar el texto, ya había modificado su disposición en el D.F. (Véase el Directorio de las Oblatas). En el D.H. ha mantenido el desarrollo primitivo de este capítulo.

(12) Este último párrafo se encuentra sólo en el D.F. El P. d’Alzon, por otra parte, lo había añadido más tarde, cuando redactaba el capítulo sobre: La Vida interior.




SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES



El Padre d'Alzon se fija en las virtudes que más inmediatamente se derivan de nuestro amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen y que ante todo la Iglesia exige de sus apóstoles. La vida del religioso de la Asunción, floración del triple amor, es una vida teologal; nos unimos a Dios y le servimos mediante la fe, la esperanza y la caridad. Cada una de estas tres virtudes va acompañada de virtudes anejas, típicamente cristianas, más perfectamente en consonancia con nuestro doble programa de santificación personal y de apostolado.



CAPÍTULO I

LA FE

La fe es puesta aquí de relieve por su referencia al amor a Nuestro Señor. De ella emanan la esperanza y la caridad, como del amor a Nuestro Señor proceden el amor a la Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa. Es la fe, en el plano de las virtudes, la primera característica del espíritu de la Asunción.

La fe es una virtud por la cual yo creo todas las verdades que la Iglesia me propone creer, porque es Dios, verdad infalible, quien las ha revelado.

Atrae a Jesús a mí En cierto sentido, Jesús, autor y consumidor de mi fe, no puede ser mi modelo en la práctica de la fe. Pero tengo a María, que mereció llegar a ser la Madre de un Dios por el acto de fe más sublime que haya podido hacer una criatura, al cooperar con toda la potencia de su ser en el misterio de la Encarnación. La fe puede realizar en mí un misterio análogo.

¿Cuál es el objeto de mi fe?... ¿No es la verdad divina? ¿Y acaso no creo precisamente gracias a la luz de Jesucristo, Verbo eterno, Verdad infinita?... Yo atraigo a Jesucristo a mi corazón por la fe; por la fe, él habita en mí, según aquel deseo del Apóstol: “Que permanezca Jesucristo en vuestros corazones por la fe” [Efesios 3, 17].

¿Cuál es la fuerza de mi fe, cuál su energía?... ¿He comprendido la dicha de creer y de ser cristiano católico?... ¿Me he formado una idea de lo que vale la verdad (1)?... ¿Me he compenetrado de que, gracias al magiste-

rio de la Iglesia, conozco a Dios como debo conocerle?... ¿He hecho con frecuencia actos de fe en los principales misterios, cuya meditación debería ser, al fin y al cabo, el principal alimento de mi alma?... ¿He agradecido a Dios con el debido reconocimiento el haberme hecho hijo de la Iglesia católica?... ¿Me he afanado en el estudio de las verdades de la fe como conviene a un religioso?...

Si he tenido que enseñar esas verdades, ¿no he expuesto a veces mis pensamientos e incluso mis divagaciones personales en lugar de la doctrina misma de la Iglesia, sea por apego a mis propias ideas, sea por la idea falsa de ciertas personas piadosas que, por seguir las prácticas de la Iglesia, se creen tener la ciencia de su doctrina (2)?...

**Me eleva al orden
sobrenatural**

La primera consecuencia de la fe es revelarme el orden sobrenatural y adentrarme en él, si yo lo quiero. La fe me hace ver las cosas tal y como Dios mismo las ve y las juzga, por lo menos aquellas que tienen relación directa con mi salvación.

¿He procurado apreciar las cosas como Dios mismo las aprecia, y sacar de los grandes misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la vida de Nuestro Señor, las enseñanzas prácticas que en esos misterios se me proponen, para dar un sentido a cada una de mis acciones, uniéndolas a Dios y a las intenciones de su Hijo hecho hombre por mí?

Quizás bajo el influjo de una educación poco cristiana, ¿no he tratado con ligereza lo que se refiere, ya a las verdades que la Iglesia predica, ya a las prácticas que ella aconseja, ya a los objetos que venera?... En cosas que me parecían de poca importancia, ¿no he levantado el tribunal de mi razón frente a su tribunal y no me he complacido en ciertas objeciones?...

Por fin, ¿estaría yo dispuesto, si fuera necesario, a derramar mi sangre para dar, como los mártires, testimonio de mi fe en Nuestro Señor y en su Iglesia?... Y el respeto humano, ¿no me ha hecho sonrojar, aun delante de mis hermanos, cuando se trataba de realizar ciertas prácticas que, testimoniando mi adhesión a la vida de la fe, herían mi amor propio?



CAPÍTULO II

LA HUMILDAD

Dos virtudes destacan en el fulgor de la fe: la humildad y la obediencia. En la Asunción tenemos nuestro modo particular de entender y practicar estas virtudes que nos modelan en Cristo, fundamento de nuestra vida religiosa, y nos confieren nuestro distintivo sobrenatural.

I

Su práctica en la Asunción¹⁾

De todas las virtudes, ciertamente es la humildad la más indispensable para los religiosos de la Asunción; porque, si es cierto, como dice San Pablo, que la ciencia hincha, es indiscutible que nosotros estamos expuestos a muy grandes peligros, a causa de los trabajos en los que estaremos ocupados. Se encontrará el peligro en el bien mismo que estaremos llamados a realizar, y precisamente por eso debemos esforzarnos continuamente en poner, mediante la humildad, una muy gran pureza de intención en todas las acciones de nuestra vida; no sea que introduzcamos nuestro amor propio en el lugar de la gloria de Dios, que es lo único que debemos buscar exclusivamente. Elevaremos, por tanto, nuestros pensamientos constantemente hacia Aquél que debe ser el principio y fin de todos nuestros movimientos, temerosos de encontrar nuestra recompensa en la satisfacción personal que hayamos puesto en cumplir tal o cual acción, buena en sí misma, pero sin haberla dirigido lo suficiente hacia Dios.

¹⁾ Todos los títulos al margen donde se encuentra la palabra “Asunción” señalan los textos tomados de nuestras Constituciones primitivas.



**Fundamento de
nuestra vida religiosa**

La humildad nos desprenderá de nuestra propia voluntad, por temor de que, aferrándonos demasiado al bien por afección personal y no por agradecer sólo a Dios, nos expongamos a oír aquellas palabras terribles: “*Ecce in sacrificiis vestris invenitur voluntas vestris*: He aquí que en vuestros sacrificios se encuentra vuestra propia voluntad” [Isaías 58, 3].

La humildad será el fundamento de nuestra obediencia, por duros que sean los sacrificios que se nos impongan, ya que la desconfianza de nosotros mismos nos hará comprender la necesidad que tenemos de ser dirigidos, y el sentimiento de nuestra debilidad hará nacer en nosotros una mayor confianza en Dios.

Con relación a nuestros Superiores, la humildad será el principio de la transparencia de nuestro corazón en las cuentas de conciencia, en el reconocimiento de nuestras faltas, de nuestras tentaciones, de nuestras penas, de nuestras necesidades y de todas nuestras enfermedades interiores. Ella nos hará aceptar todas las órdenes, todos los empleos más bajos y la situación más desestimable. Nos hará aceptar respetuosamente los usos establecidos en la comunidad, aun cuando no los comprendamos. Ella pondrá un freno a nuestra lengua y nos inspirará la seriedad que conviene a un religioso. Ella será el origen de la modestia que el religioso debe mantener en sus relaciones con sus hermanos y con el prójimo.

La humildad, por fin, haciéndole continuamente ver al religioso lo despreciable que él es, le hará amar el menosprecio por amor a Nuestro Señor, que fue saciado de oprobios, y le dará la fuerza indispensable para llegar a ser, entre las manos del Señor y las de aquellos que lo representan, un instrumento dócil, dispuesto a lo que sea por extender el reino de Dios.

II

**La humildad procede
de la fe que me
muestra
a) mi nada**

Con su luz me descubre la fe el todo de Dios y mi nada. Dios es por sí mismo la plenitud del ser y yo, por mí mismo, no soy nada. Cuanto más procuro, con la ayuda de la fe, conocer a Dios, más abrumado me veo bajo el peso de su gloria y, en su comparación, me parece mi nada más nada todavía, si puedo hablar así.

Con la convicción que brota de ese conocimiento, ¿dónde hay lugar para el orgullo?... No lo sé, y por eso justamente mi orgullo es más insoportable, ya se complazca en sí mismo, ya busque la aprobación y los aplausos de los demás, ya se deje llevar de las propias exigencias y susceptibilidades, ya se encierre en un egoísmo solitario y sombrío.

Si Dios es todo, yo soy nada; debo referirlo todo a Dios y no gloriarme en nada. Sin embargo, yo soy orgulloso, vanidoso, exigente, quisquilloso; y si todos esos rasgos no se manifiestan al mismo tiempo en mí, o bien yo los descubro en mí sucesivamente, o bien mi alma se ve más particularmente afeada por alguno de ellos.

b) mi pecado

Pero, no solamente yo soy nada por mi origen, sino que mi ser está además envilecido por el pecado. En el ser que Dios me dio, ha introducido el pecado un desorden del que yo no sería capaz de hacerme una idea cabal. Pecador, no tengo más derecho que a la cólera de Dios y a los castigos de su justicia. Dios me ha perdonado, me ha purificado en la sangre de su Hijo, y en retorno de un tal beneficio me rebelo todos los días; por mis pecados soy un monstruo de rebeldía.

Nada, pecado, ingratitud, he aquí la más exacta definición de lo que yo soy con relación a Dios.

Examen

Cuando entro en mí mismo, ¿sé por lo menos humillarme, permanecer en mi lugar, sentir vergüenza de mi situación?... En una palabra, ¿soy humilde?... ¿Sé comprender que, por mis faltas y mi ingratitud, estoy en deuda con la justicia y el amor divino ofendidos?... ¿Sé abajarme hasta la nada?... ¿Sé avergonzarme de mis pecados?... ¿Sé mantenerme en mi lugar, que debería ser el último?... Para aniquilar mi orgullo quiso Jesucristo sufrir todas las injurias; ¿qué hago yo para imitar a mi Maestro?... ¿He aceptado las heridas inevitables de mi amor propio?... ¿He aceptado las humillaciones?... ¿Las he buscado para destruir mi orgullo?... ¿Me he complacido en el proceder de los demás que mortificaba mi vanidad?... Exigente como soy, ¿he llegado a comprender que a nada tengo derecho?... Susceptible, ¿he tomado a bien lo que irritaba mi susceptibilidad?... Egoísta, ¿he consentido en que no se ordenase todo a mí?...

Una vez más, ¿soy humilde?... ¿Me ejercito en prácticas de humildad?... ¿Voy al encuentro de las humillaciones para imitar la humildad de Jesús? (3)



CAPÍTULO III

LA OBEDIENCIA

I

Su práctica en la Asunción, bajo el modelo de Cristo

Si el religioso da por la pobreza lo que tiene y por la castidad su cuerpo y sus sentidos, se da a sí mismo todo entero mediante la obediencia. Esta virtud, cuyo voto es el vínculo de la vida religiosa, consume el sacrificio de todo su ser, y por tanto debe el religioso buscar el fundamento de la obediencia en el seno mismo de la adorable Trinidad y en la obediencia eterna de Dios Hijo, Verbo increado, a la voluntad de Dios, su Padre (4).

Precisamente por eso quiso Jesucristo ser llamado el Cordero inmolado desde el principio del mundo y él mismo nos declara por el profeta que él quiere cuanto quiere el Padre y que la ley del Padre está escrita en el fondo de su corazón: *“Deus, Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei: En hacer tu voluntad, Dios mío, tengo mi complacencia, y muy dentro de mi corazón está tu ley”*¹⁾.

Por eso, nos enseña San Pablo y la Iglesia nos repite constantemente en sus oraciones de Semana Santa, que Jesucristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Para que nuestra obediencia sea acepta a Dios es necesario que sea humilde, amable, pronta, fiel, sin murmuración y sin cobardías.

¹⁾ Salmo 40 (39), 9.



II

Homenaje a los derechos de Dios revelados por la fe

La fe es un acto de sumisión de nuestra inteligencia a la verdad revelada por Dios; pero, al enseñarnos lo que hay que creer, nos enseña la fe lo que es necesario practicar. Haciéndonos ver las relaciones que subsisten entre Dios y nosotros, nos manifiesta la fe nuestros deberes para con él. Si Dios es el Dueño soberano de todas las cosas y si nosotros somos sus siervos; si, por la gracia, somos también hijos suyos, le debemos por este doble título la dependencia más absoluta.

Pero, nuestro afán en mostrarle nuestra sumisión puede ir más allá de sus órdenes; podemos averiguar sus deseos y tomarlos como leyes. La obediencia toma entonces un carácter particular de perfección y de amor que se manifiesta mediante un voto: ése es el primer vínculo de la vida religiosa.

Tomada en este sentido, la obediencia es el sacrificio de mi voluntad, a la que renuncio para no hacer ya sino la voluntad de Dios, que se me manifiesta por medio de mis Superiores.

Examen

Hice voto de obediencia; ¿cómo lo he cumplido hasta el presente?... ¿Está mi voluntad enteramente sacrificada?... ¿Obedezco sin restricciones ni distinguos?...¿Por ventura, no discuto conmigo mismo muy frecuentemente la autoridad de mis Superiores, sus derechos, sus abusos de poder?... ¿Someto acaso mi juicio, aun en las cuestiones de regla?... ¿No he discutido a veces con mis hermanos los actos de autoridad?... ¿Soy sumiso al Superior inmediato que por disposición de mis Superiores me fue designado?... ¿En los cargos a los que se me destina, soy sumiso a los que, en el mismo empleo, están por encima de mí?... ¿He llevado las disposiciones de María, que dijo: “He

aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra?” [Lucas 1, 38].

¿Recuerdo, en las tentaciones contra la obediencia, que Jesucristo, con ser Dios, se dejó dar [órdenes] (5) por su Padre, y que fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz, aunque no estaba obligado a ello?...

¿Me he persuadido de que, sin duda alguna, aun no estando rigurosamente obligado a obedecer más que los preceptos formales, la verdadera obediencia acepta hasta las menores indicaciones?... ¿No he debido, por el contrario, hacer que me repitan una y varias veces la misma cosa? O bien, ¿no me he perdido en explicaciones para conseguir permisos que no se me quería conceder?... ¿No he tergiversado y, por decirlo así, embrollado con sutilezas las órdenes recibidas o algún texto de la Regla?



CAPÍTULO IV

LA ESPERANZA

La esperanza, virtud medianera, como es María la Virgen mediadora, se funda en la omnipotencia misericordiosa de Dios. Ella nos sostiene en todos los contratiempos y nos asegura el auxilio inestimable de la gracia.

La esperanza es una virtud por la cual se tiene, fundada en los méritos de Jesucristo, una firme confianza en que, usando bien las gracias de Dios en esta vida, llegaremos a poseerlo eternamente en la otra.

I

Su práctica en la Asunción

Pondremos, pues, nuestra confianza en solo Dios, jamás en los medios humanos. La pobreza evangélica ha de ser para nosotros como la prueba tangible de la práctica de la esperanza. De ella también sacaremos el verdadero espíritu de humildad, es decir, el menosprecio y desestima de nosotros mismos: y en fin el espíritu de oración, por el que pediremos las gracias necesarias para cumplir la ley de Dios y sus consejos, convencidos de que no es digno de nosotros lo que no es Dios ni se refiere a Dios.

Sus efectos más particulares

Así practicada la esperanza, nos inspirará el más profundo agradecimiento por los dones de Dios, recordándonos siempre las palabras del Apóstol, que nos exhorta a dar gracias por todo lo que nos suceda:



*“In omnibus gratias agentes: Dad gracias por todas las cosas”*¹⁾ (6).

La esperanza será para nosotros el principio de una absoluta confianza en Nuestro Señor en todos los contratiempos. Precisamente fue en el momento de su Pasión cuando él dijo a sus apóstoles: *“Non turbetur cor vestrum, neque formidet: creditis in Deum, et in me credite: No se turbe vuestro corazón ni se intimide; vosotros creéis en Dios, creed también en mí”*²⁾. Cualesquiera que sean las pruebas que nos sobrevengan, tendremos confianza en que, si le somos fieles, no nos abandonará, puesto que él mismo nos prometió la persecución al mismo tiempo que la victoria: *“Si me persecuti sunt, et vos persequentur; in mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum: Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. En el mundo habéis de tener tribulación; pero tened confianza, yo he vencido al mundo”*³⁾.

Disposiciones que nos exige

Que ante todo se acuerden los religiosos de nuestra pequeña familia:

1° De no pedir jamás en sus oraciones cosa que no tienda a la mayor gloria de Dios.

2° De no pedir jamás, en medio de las tribulaciones que Dios nos envíe, el vernos libres de ellas, sino en cuanto esa liberación contribuya a la mayor extensión del reino de Jesucristo.

3° Que, aun intentando verse libres de esas pruebas temporales, únicamente se propongan una mayor facilidad para entregarse al servicio de Dios, al que deben estar entera y absolutamente consagrados.

¹⁾ Efesios 5, 20.

²⁾ Juan 14, 1 y 27.

³⁾ Juan 15, 20 y 16, 33.

4° Que recuerden que, si el Señor Jesús salvó al mundo por la cruz, en el amor de la cruz deben ellos encontrar su bien, su fuerza y su descanso.

Que, finalmente, deben estar profundamente convencidos de que sus pruebas nada son en comparación de las que sufrió Nuestro Señor Jesucristo, y de que, si aman a este buen Maestro, deben olvidar sus propias tribulaciones, a la vista de las que él sufrió en persona y de las que todos los días está expuesta a sufrir la Iglesia, su celestial Esposa; algo así como el niño que sufre un ligero dolor, lo olvida todo enseguida para no ocuparse más que de su madre, víctima repentina de una grave enfermedad. Con estos sentimientos deberán los religiosos de la Asunción —ejercitándose en el mayor olvido de sí mismos— ofrecer en el Santo Sacrificio y a Nuestro Señor presente en el sagrario, su corazón y su capacidad de sufrir, en expiación de tantos crímenes como se cometen contra Dios y contra la Iglesia.

II

Dios: primer objeto de la esperanza La esperanza nos muestra a Dios como término de nuestros afanes. Por nosotros mismos no podemos alcanzarlo; la gracia de Dios nos merece su posesión. Dios, bien supremo al cual aspiramos por un deseo innato de felicidad, aun sin conocerlo, quiere darse a nosotros como recompensa: “Yo seré tu recompensa sobreabundante” [Génesis 15, 1]. La fe nos muestra lo que él es y lo que le debemos; la esperanza nos muestra como blanco de todos nuestros afanes esa fuente de toda perfección y riqueza, esa belleza infinita, ese esplendor de la gloria eterna, ese principio de todo gozo, ese abismo de amor.

La gracia: su objeto secundario No solamente puedo poseer a Dios, sino que debo esperar poseerlo un día, si quiero valerme de los medios que su bondad pone a mi disposición para ir hasta él. Por mí mismo yo no lo puedo en modo alguno, pero lo puedo todo en Aquél que me conforta con su gracia. La esperanza se asienta sobre la gracia que mereció para mí Nuestro Señor Jesucristo. Sin la gracia nada puedo; todo lo puedo con la gracia: de aquí resultan dos consecuencias prácticas importantísimas:

1° Si nada puedo sin la gracia, soy un presuntuoso cuando espero poder algo por mí mismo. La gracia me basta, pero tengo necesidad de ella. Debo hacer los mayores esfuerzos por atraerla a mí y apoyarme en ella en todas las circunstancias de mi vida.

2° Si todo lo puedo con la gracia, soy un insensato y un ingrato si me entrego al desaliento y a la desesperación. El Señor está conmigo, ¿a quién temeré? No debo, pues, permitir ni al desaliento ni a la desesperación llegar a mi corazón.

Pero, lo que más resalta en todo lo que precede es la estima en que debo tener la gracia que en la cruz me adquirieron los méritos infinitos de mi divino Salvador. Ella es el precio de su sangre y es también el precio del cielo, que ella me procura. Si me valgo de la gracia para realizar en mí los designios de mi Salvador, nada debe ser para mí más precioso en este mundo que la gracia; todo me viene por ella; es mi tesoro en este mundo, como Dios lo será en el cielo.

Examen: ¿Está la esperanza tan anclada en mi alma como conviene a un religioso?... ¿Tengo deseos del cielo?... ¿Es la posesión de Dios mi único anhelo?... ¿Me he aplicado suficientemente a compenetrarme de que Dios es mi único bien, mi sola herencia por toda la eternidad, y que

a) Sobre Dios, primer objeto de mi esperanza

si me apego a cualquier objeto en este mundo, sin que sea por Dios, me aparto de mi fin?...

¿He comprendido bien la locura de dejar cautivar mi corazón en este mundo por cualquier cosa creada, sea la que sea, y que todo lo que me sujeta a la tierra es una atadura que me impide remontarme hacia el cielo?... ¿No he puesto jamás mi confianza más que en solo Dios?... ¿He pedido a Dios su gracia?... ¿No he confiado más que en ella?... ¿No he tenido a veces sentimientos de presunción?... ¿No me he juzgado, en el fondo de mi corazón, bueno por mí mismo?... Indudablemente que he podido proferir palabras de humildad; pero, ¿cuál era, muy frecuentemente, el sentimiento que yo abrigaba en el fondo de mi ser?... He presumido de mis fuerzas, y ¿no es esa la razón por la que frecuentemente Nuestro Señor permitió que yo cayese?...

**b) Sobre la gracia,
objeto secundario
de la esperanza:
¡Confianza!**

¿Tengo, por otra parte, una confianza suficiente en la gracia?... Mi naturaleza, inclinada al desaliento y arrastrada a él por el demonio, me ha hecho frecuen-

temente creer que no era yo capaz ya de nada o que había abusado en demasía de la gracia, o que Dios me la negaba, o que no me la daba en suficiente abundancia; y con todas esas falsas ideas, ¿no he estado con frecuente expuesto a rodar hasta el fondo del abismo de la desesperación?...

¡Estima!

En fin, ¿me he comportado con la gracia de Nuestro Señor con todo el respeto que ella merece?... ¿La he recibido como conviene?... ¿No la he menospreciado?... ¿No la he hallado demasiado exigente?... ¿No he apartado mi atención de los buenos pensamientos que me han sido sugeridos en mis lecturas, meditaciones y comuniones?... ¿No he hallado que me sería preciso ir demasiado lejos, si hacía



lo que la gracia me pedía?... ¿No me he sentido acobardado ante la multitud de sacrificios, que yo debería hacer, una vez que la gracia se hubiera apoderado completamente de mí?...

¡Abandono!

¿En qué estado de abandono me encuentro actualmente?... ¿Estoy por fin resuelto a no poner el menor obstáculo a la acción de la gracia en mí?... Ofreciéndose como se me ofrece Dios para ser mi eterna felicidad, y ofreciéndome Jesucristo su gracia adquirida a costa de su sangre para ayudarme a conquistar esa felicidad eterna, ¿estoy por fin persuadido de que lo menos que debo hacer es decidirme de una vez a abandonarme sin reservas a todas las santas exigencias de la gracia, en la esperanza de lo que con la gracia mereceré?





CAPÍTULO V

LA ORACIÓN

La oración es el grito de la esperanza. Si nada podemos sin la gracia, la gracia nos está asegurada por la oración y la gracia inicial de la oración no se nos niega nunca: nuestra arma por excelencia es la oración.

I

Su práctica en la Asunción

La vida de los Religiosos Asuncionistas ha de ser una vida de oración y de recogimiento en

presencia de Dios.

La oración debe ser su arma por excelencia para rechazar las tentaciones, combatir al enemigo de la salvación y triunfar de todos los obstáculos que se opongan al bien obrar. Se tendrán por felices de hacer progresos en la vida interior. Y siendo la oración el medio principal para conseguirlo, vivirán siempre en la presencia de Dios, para ser perfectos; este sentimiento de la presencia divina será para ellos la fuente de su recogimiento y de su modestia.

Procurarán orar a Dios en todas partes, para poder así adorar a Dios donde quiera que sea y poder ofrecerle en toda ocasión acciones de gracias por sus beneficios o expiaciones por los escándalos que por todas partes nos rodean. Rogarán sobre todo según las intenciones de Nuestro Señor, encontrando su dicha en unir sus plegarias a las que el eterno Pontífice ofrece sin cesar a su Padre por los pecadores. Rogarán por todas las necesidades de la Iglesia y así, en esta oración de hijos abnegados, encontrarán el impulso que inflame su celo por la extensión del reino de Jesucristo.



Si su oración está compenetrada del espíritu de fe que conviene a los religiosos, tengan por cierto que ella será más poderosa que todos los medios humanos inspirados en la prudencia de la carne. No han de emprender cosa alguna sin haberse encomendado a Dios; pero, también han de recordar que nada atrae tanto las gracias de lo alto como la gratitud. Han de orar, pues, para agradecer a Nuestro Señor cuanto les suceda, bueno o malo; ya que, si de una parte, todo redunda en bien de los que aman a Dios, por otra, nos recomienda el Apóstol dar gracias a Dios por todo: “*In omnibus gratias agentes: Dad gracias por todas las cosas*”¹⁾.

II

La oración a la luz de la esperanza

Aunque la gracia de Dios, sobre la que se basa la esperanza del cielo, llega a nosotros adelantándose necesariamente, Dios, que nos otorga la gracia primera de la oración, quiere que le pidamos todas las gracias que necesitamos, incluso la de orar mejor cada día. “Pedid y recibiréis” [Mateo 7, 7], nos dice él. Debemos, pues, pedir y cuanto más pidamos, más escuchados seremos, con tal que pidamos bien. Tiene Dios las manos llenas de beneficios y no desea sino abrirlas sobre nosotros; y, si las tiene cerradas, es porque prevé que, mal dispuestos para aprovecharnos de sus dones, añadiríamos, si nos los concediese, a todos los demás pecados nuestros el de la ingratitud. Él quiere que tengamos deseos de su gracia; quiere que se la pidamos y que nos preparemos con las disposiciones necesarias para aprovecharnos de ella.

Considerada así, la oración es una aspiración de mi alma hacia Dios; es el clamor de mi indigencia y de mi miseria, que surge de lo más hondo del abismo de mis

¹⁾ Efesios 5, 20.

pecados y se esfuerza por subir hasta el trono de la divina misericordia. Bajo este punto de vista, la oración consiste ante todo en pedir, pero puede también expiar y purificarme. Ella puede agradecer los dones ya recibidos, para merecer recibir aún más abundantes; ella también adora a Dios, Dueño soberano de todos los bienes y Bien Supremo, él mismo, por excelencia; pero, bajo el punto de vista de la esperanza, la oración tiene como fin primordial el de pedir. Mi alma debe presentarse a Dios con el más profundo convencimiento de que nada tiene y que lo tiene todo de él. Ese sentimiento agrada a Dios: él se complace en escuchar el clamor del pobre.

Examen

¿Cómo he orado yo hasta el presente?... ¿He estimado la gracia como el más preciado de todos los dones, ya que por ella puedo merecer el poseer a Dios?... ¿He puesto toda mi atención en no perder ninguna de las gracias que se me concedían?... ¿He puesto en mi oración toda la pureza de intención necesaria para que fuese agradable a Dios?... ¿He deseado sinceramente ser escuchado?... ¿No he tenido más de una vez miedo de la gracia y, por consiguiente, miedo de pedirla?... ¿He orado con perseverancia?... ¿No me he cansado muchas veces de orar, porque me parecía que yo no era escuchado?... ¿He orado con el suficiente respeto?... ¿No me he dejado llevar a menudo por mi imaginación o adormecer por la pereza?... ¡Y encuentro cosa extraordinaria que Dios no me escuche!...

¿Tengo el suficiente deseo de poseer a Dios?... ¿Tengo un deseo grande de unirme a él y de gozar de él por toda la eternidad?... ¿Estoy resuelto a hacer todos los sacrificios que él exija de mí para lograr de él esa intimidad que él concede a las almas fieles a su gracia y que sería una de las prendas más seguras de mi eterna unión con él?



CAPÍTULO VI

LA POBREZA

La pobreza es la contraprueba de la esperanza. Ella nos desprende de la tierra; nos pone, a ejemplo de Jesucristo, al servicio de los pobres; nos reduce a sólo contar con medios pobres, los únicos que reciben las bendiciones de Dios; nos estimula al trabajo, forja los caracteres y asegura a nuestro apostolado su independencia.

I

Su práctica en la Asunción

La riqueza de nuestra familia debe consistir en el desapego más absoluto de los bienes de la tierra. Habiendo dicho Nuestro Señor: “Las aves del cielo tienen nidos y las zorras madrigueras, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza¹⁾”, deberíamos avergonzarnos de todas las satisfacciones inútiles que damos a nuestro cuerpo. No habiendo querido Nuestro Señor darnos, durante su vida apostólica, ejemplo de mortificaciones exteriores demasiado grandes, debiéramos por lo menos imitarle en su desprendimiento de todas las cosas. Por este motivo precisamente hemos de ser muy severos por lo que se refiere al empleo de nuestro tiempo. Somos como pobres que tienen necesidad de trabajar para ganarse la vida.

II

La pobreza a la luz de la esperanza

El aprecio de la posesión de Dios debe hacerme despreciar todo lo que no es él o no se refiere a él. Puedo desasir mi corazón de toda propiedad

¹⁾ Mateo 8, 20.



material y gozar de ella; pero, más perfecto es renunciar a todo, sea lo que sea, y santificar esta segunda disposición haciendo el voto de pobreza. A partir de entonces, ya no puedo disponer de cosa alguna sino en cuanto me lo permitan mis Superiores y, sea que haya traído a la Congregación sumas considerables, sea que no le haya hecho ofrenda más que de mi persona y de mi trabajo, nada tengo en propiedad.

Si soy un buen religioso, esta pobreza debe ser causa de mi alegría; y debo no solamente practicarla según lo que la Regla me prescribe, sino que me es permitido llevar esta pobreza interiormente tan lejos como el amor a Dios me inspire. Nadie puede servir a dos señores, y mi desprendimiento interior será el medio más eficaz de hacer penetrar a Dios más profundamente en mi alma. Tengo que ver, pues, hasta qué grado soy pobre.

¿No echo de menos algunas veces ciertas comodidades que la riqueza procura?... ¿No estaría yo apegado a algún objeto, por insignificante que sea?... ¿Estoy desapegado de todas las cosas?... ¿No dejo formarse en mí ciertos deseos o ciertas añoranzas de lo que ya no poseo?... ¿Estoy unido a Jesucristo, pobre en el establo de Belén, pobre en el trabajo de Nazaret y que, durante su vida pública, no tenía ni una piedra donde reclinar la cabeza?... Esta santa pobreza de mi Maestro, ¿me seduce, me encanta, me arrebatada por el deseo de hacer como él?... ¿Qué cuidado tengo, por espíritu de pobreza, de los objetos, libros, ropas que se me han confiado?...

La pobreza y el trabajo

La pobreza lleva consigo el trabajo. Si soy pobre, debo trabajar para ganarme la vida. Así como el trabajo es castigo del pecado, es la condición normal de una vida pobre. ¿Cómo he empleado mi tiempo?... ¿Con qué escrúpulo?... ¿No soy perezoso?... ¿No me he dejado



llevar de mi cobardía en no pocas circunstancias?... El hastío del trabajo, ¿no me ha conducido muy frecuentemente a perder mi tiempo?... ¿Qué cuenta no tendré que dar un día de todo ese tiempo que he perdido?... ¿Cómo quiero yo emplearlo de aquí en adelante, considerando que si pierdo mi tiempo en conversaciones inútiles o de otra manera cualquiera, falto y hago faltar a mis hermanos a la pobreza?... ¿No tengo, bajo este aspecto, muchos malos ejemplos que reprocharme y de qué manera los quiero reparar?





CAPÍTULO VII

LA CARIDAD

La caridad, por su relación al amor de la Iglesia, perfecciona nuestra semejanza con Cristo en la entrega total de nuestra capacidad de amar. A los ojos del Padre d'Alzon, es un gran misterio de unidad: unidad de todos los miembros de la santa Ciudad; inefable unidad del alma con Dios; unidad llena de cordialidad de nuestra pequeña familia de la Asunción.

I

Su práctica en la Asunción

La caridad comprende más especialmente para nosotros: el amor a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo y nuestra especial patrona; el amor a la Iglesia, cuyos intereses todos son los nuestros; la devoción a los santos ángeles y sobre todo a los ángeles custodios de nuestros hermanos, y el afecto a las almas que nos están confiadas.

El amor al prójimo se manifestará por nuestra mansedumbre en soportar el mal que pudiera hacernos; por nuestra disposición a prestarle todos los servicios que lleva consigo nuestra vocación; por nuestra cordialidad y espíritu de franqueza; y sobre todo, por nuestro celo en todas las obras que emprendamos por el bien de las almas.

La caridad, por fin, nos descubrirá ese espíritu de unidad que Nuestro Señor pedía a su Padre en el momento en que acababa de instituir el sacramento de la Eucaristía y se disponía a derramar su sangre por la salvación de



los hombres: “*Ut omnes unum sint...: A fin de que todos sean uno*”¹⁾. “*Ut dilectio, qua dilexisti me in ipsis sit, et ego in ipsis: A fin de que el amor con que tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos*”²⁾ (7).

Como, según las palabras de San Juan, Dios es amor y quien permanece en su amor permanece en él, hemos de pedir continuamente al Espíritu de amor, que eternamente procede del Padre y del Hijo, que nos una con indisoluble vínculo a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia, a nuestros hermanos y a todas las almas que nos están confiadas.

II

Dios: primer objeto de la caridad Yo no debo solamente esperar poseer a Dios; debo también, por medio de la gracia de Nuestro Señor, amarle con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y unirme a él por la caridad. Dios es amor y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él. He aquí toda mi vida: permanecer en Dios por la caridad.

Por mí mismo nada soy, nada puedo; pero, merced a la gracia de Dios, puedo ensanchar los límites de mi corazón y obtener que se haga conmigo como con Salomón, de quien se dice que Dios le dilató el corazón como la arena de las playas del mar. Mi corazón puede contener el océano del amor; puedo ser unido a Dios, puedo ser consumado en la unidad, según la expresión del divino Salvador.

En qué consiste esa unión, es ciertamente un misterio; pero, en fin, todos los días, el sacerdote, al mezclar en el cáliz el agua con el vino, pide que lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina, como Jesucristo se hizo partícipe de la naturaleza humana. Precisamente a eso debo llegar. Todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis aspiraciones deben tender a ese fin sublime.

¹⁾ Juan 17, 21.

²⁾ Juan 17, 26.

Si la esperanza me presenta a Dios como mi bien supremo, la caridad me lo presenta como el único objeto de mi amor. He dicho al Señor: “Tú eres mi Dios”. Es él, y esto me basta. No hay cosa que yo no deba estar dispuesto a darle y, si todo cristiano está obligado a amar a Dios sobre todas las cosas, ¿cómo debe estarlo un religioso que, por su consagración, se ha hecho servidor suyo! ¡Cuál debe ser la pureza de mi corazón! ¡En qué llamas no ha de arder, y cuán presto debo estar a sacrificar todo lo que no es Dios!

¿Es mi corazón enteramente puro?... Lo más hondo de mi ser ¿es del todo y absolutamente posesión de Dios?... ¿Todo en mí está bien ordenado por la caridad?... ¿No me he vuelto a apoderar más de una vez de algunas partes, por así decirlo de mi corazón, para dárselas a las criaturas?... ¿No hay entre Dios y yo algún obstáculo?...

Obstáculos a la caridad

El pecado mortal destruye en el alma el amor a Dios. No quiero detenerme en el pensamiento horrible de que he llegado a destruir el amor de Dios en mí por alguna falta; pero, ¿no he debilitado con demasiada frecuencia ese amor por el pecado venial?... ¿No tendría yo que reprocharme alguna falta habitual que, no por ser venial, mancha menos mi alma de una manera muy peligrosa para el amor que debo a mi Dios?...

Ese amor es celoso. ¿Me he sometido siempre a las santas exigencias del amor divino?... ¿No he tenido miedo de ellas?... ¿No me he refugiado en una muchedumbre de pretextos para evitar comprender y hacer lo que el Espíritu Santo me pedía imperiosamente en el fondo de mi alma?...

El amor a Dios es una llama que se extingue cuando no se aviva; ¿he avivado suficientemente en mí la llama del amor divino?... ¿Puedo decir que ella es más viva en mí de día en día?... ¿No me he dejado ir hacia una tibieza

culpable?... ¿Dónde me encuentro con respecto a mi primer fervor?... ¿Qué es lo que he hecho para conservarlo y aumentarlo?... En una palabra, ante el amor que Dios me tiene, ¿puedo decir que amo a Dios?

III

**Práctica de la caridad
fraterna en la
Asunción**

Si el amor de las almas es uno de los caracteres distintivos de nuestra pequeña familia, los religiosos deben sobre todo amar las almas de sus hermanos y de sus Superiores, como también los Superiores deben tener un afecto especial a los religiosos que les están confiados. Que todos, por tanto, se esmeren en tener los unos hacia los otros una caridad llena de cariño, de estima, de respeto, de seriedad; que todos vean en los miembros de nuestra pequeña Sociedad vivas imágenes de Jesucristo, templos del Espíritu Santo, hijos de la Santísima Virgen, nuestra Madre común. Que huyan de toda familiaridad inconveniente, de todo afecto particular, que es la peste de las comunidades, de toda antipatía que tendería a desatar los lazos de un santo afecto, de toda palabra hiriente, de todo trato capaz de producir disensiones escandalosas. Que mutuamente se hagan advertencias entre sí, cuando sea necesario; y, a menos que se trate de algo público, guárdense de repetir cosa alguna de lo que hubieran visto y pudiera escandalizar, a no ser a los que sea del todo necesario decírselo, para que el mal pueda ser reparado lo más pronto y eficazmente posible, sin que la caridad se resienta en demasía.

En sus relaciones de todos los días, acuérdense los hermanos de que, después de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de la Iglesia y de nuestro Santo Padre el Papa, su amor más grande ha de ser el de nuestra pequeña Congregación; pero deben amarla en Dios, evitando ese amor de exclusivismo que sólo vería el bien que se hiciera entre nosotros y por nuestro medio.

Que en sus conversaciones hablen principalmente de cosas útiles y edificantes, y eviten las críticas, las discusiones violentas y todo lo que pudiera herir la modestia y el decoro religioso. Que sin permiso no entren en las celdas de los demás. Que eviten cuanto pudiera mortificar a los hermanos de nacionalidad diferente. Que, en fin, se pueda decir de nosotros con verdad lo que el Espíritu Santo afirma de los primeros cristianos: “*Et multitudinis credentium erat cor unum, et anima una*: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y un alma sola”¹⁾.

¹⁾ Hechos 4, 32.



CAPÍTULO VIII

EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO

La caridad es el fuego del holocausto que se alimenta de sacrificios.

“Ejemplo os he dado para que, como yo he hecho así hagáis también vosotros”¹⁾. Estas son las palabras de Nuestro Señor dispuesto ya a subir al Calvario y ofrecer por los hombres el sacrificio de la cruz. Este sacrificio, incesantemente renovado sobre el altar, debe ser modelo del mío. Es necesario que yo me sacrifique por Dios. Tengo inútilmente en el fondo del corazón los sentimientos todos de ternura hacia Aquél a quien me consagré si, al mismo tiempo, no estoy en disposición de sacrificárselo todo, si no le sacrifico las debilidades de mi naturaleza siempre dispuestas a rebrotar, si no me entrego del todo a su servicio, si hago cálculos, si pongo restricciones, si no me inclino hacia lo más penoso, según que la obediencia me lo muestre, entonces no soy digno de él.

Después de tantas misas donde he participado del sacrificio de la cruz, y de tantas comuniones en que recibí dentro de mi corazón a la divina Víctima, ¿en qué tengo espíritu de sacrificio, en qué soy yo mismo víctima? Puedo serlo de mil maneras: mediante la obediencia, la caridad, la mortificación, el celo y mediante todas las virtudes que un religioso debe practicar con la mayor perfección.

¿Soy, en una palabra, sacrificado?... ¿Me he puesto de una vez para siempre sobre el altar del holocausto y he dicho a Nuestro Señor: “Inmólamme, Señor, como tú te inmolestaste, para que yo te pruebe mi amor como tú me has probado el tuyo”?...

¿Soy realmente víctima?

¹⁾ Juan 13, 15.





CAPÍTULO IX

LA CASTIDAD

La castidad nos es muy querida, porque ella es de una manera muy especial la prueba de nuestro amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen, y el fruto por excelencia de nuestra devoción al Santísimo Sacramento.

I

Su práctica en la Asunción

En su devoción a Jesús en el sagrario y en su ternura filial hacia la Virgen Santísima hallarán los miembros de nuestra pequeña familia las fuerzas necesarias para observar este voto. Es necesario que eviten las conversaciones inútiles, que su vida esté sin cesar ocupada, que tengan verdadero horror a toda conversación peligrosa; que estén siempre dispuestos a dar cuenta de todas sus acciones; que se acuerden de que, en definitiva, la vida apostólica es la vida de los ángeles, cuya virtud deben tener. Solamente en un corazón transparente de inocencia pueden recibir las comunicaciones de Aquél que es el esplendor eterno y purísimo del Padre.

De una manera muy especial están los Superiores encargados no sólo de velar por la observancia de esta virtud entre sus hermanos, sino también de prevenir las ocasiones y de alejar las circunstancias que pudieran empañar su reputación.

Acuérdense los religiosos que, siendo Dios y la eterna posesión de Dios el objetivo final de su vocación, sólo podrán conseguirlo por medio de la pureza más absoluta, conforme a estas palabras de Nuestro Señor: "*Beati mun-*



*do corde, quoniam ipsi Deum videbunt: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹⁾.

II

La castidad a la luz de la caridad La mayor prueba que puedo dar a Dios del amor que le tengo, es renunciar por él a todo afecto, aun legítimo, por medio de la castidad. Debo tener en mucho la castidad, porque me hace más y más hijo de María y amigo de Jesús.

¿Qué decir de esta virtud que me dispone a ver a Dios más de cerca? ¿No debo más bien callarme y deplorar en el fondo de mi corazón los menores actos, palabras y sentimientos que hayan podido ajar la galanura de esta bella flor?

En mis adoraciones ante el Santísimo Sacramento, pediré a mi divino Maestro que me embriague con el vino que engendra vírgenes, y a los santos ángeles, que rodean su trono, les pediré que hagan mi corazón y mi alma tan puros como ellos.

¹⁾ Mateo 5, 8.



CAPÍTULO X

LA MORTIFICACIÓN

La fecundidad de la caridad se encuentra, para el Padre d'Alzon, en la aptitud para sufrir. "María fue, según él escribió, la más pura de las criaturas, precisamente por ser, por su Compasión, la más perfecta cooperadora de Cristo en el misterio de la Redención".

I

Su práctica en la Asunción

Sean los religiosos que, al entrar en la Congregación, han hecho a Dios el sacrificio de su vida. Esta vida, por tanto, ya no les pertenece; debe importarles poco que sea larga o que sea corta, con tal de que esté empleada en la consecución del fin querido por Dios. Por consiguiente, no será admitido pretexto alguno de salud para no hacer lo que haya sido mandado; como también, desde que se les mande cuidarse, deberán obedecer para hacer lo que es más agradable a Dios.

Es el religioso un soldado que debe luchar o descansar sobre las armas, según se lo imponga la voz de su jefe. Debe siempre tener ante los ojos el fin de su vocación, que es la victoria sobre el mundo y sobre sí mismo, y la manifestación de Jesús crucificado. Para llegar al triunfo sobre sí mismo, le es necesaria la penitencia, pero tal que sea conforme con el espíritu de nuestro Instituto. Consistirá, por tanto, sobre todo en la pobreza, la oración, el estudio, la paciencia en las buenas obras, la tolerancia de los demás y la regularidad.

No le serán tan necesarios, como lo son en otros Institutos, los ayunos y demás austeridades, porque él debe extenuar su cuerpo en los trabajos encaminados a la sal-



vación de las almas. Sin embargo, lejos de estarle prohibidas, le son esas penitencias aconsejadas.

Uno de los motivos que nos han de llevar a practicar algunas penitencias extraordinarias será conseguir, ya el éxito de nuestras buenas obras, ya la conversión de los pecadores, ya la reparación de los escándalos que afligen a la Iglesia y, precisamente para excitarnos a esa penitencia, hemos de meditar a menudo en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

II

La mortificación como exigencia de la castidad y del amor

“Mi amada es como un lirio entre espinas”¹⁾, dice el celestial Esposo. Si quiero que la flor de mi castidad conserve su lozanía,

debo cercarla de espinas, es decir, del espíritu y las prácticas de la mortificación; y, aunque no sea la austeridad corporal una de las peculiares características de la Asunción, sí que se me presenta como condición de toda vida cristiana, como guardiana de mi castidad y como prueba del fervor que debe abrasar a un ministro de Jesucristo.

Como cristiano, debo acordarme de que soy pecador y de que debo saldar, mediante la penitencia, la deuda de mis pecados. Como amigo de Jesús, debo velar con todo el ardor de que soy capaz por conservar mi más preciado tesoro. Como religioso, debo penetrar en los sentimientos de Nuestro Señor, y completar en mi carne lo que falta a la Pasión de Jesucristo.

Examen
preservación y de amor.

Mi mortificación debe ser una penitencia de satisfacción, de

¹⁾ Cantar de los Cantares 2, 2.

a) de satisfacción ¿Me he dado cuenta de lo que he de pagar por mí mismo?... ¿Qué purgatorio sería el mío, si yo muriese, cuánto tiempo tendría que sufrir en él, y qué dolores me vería condenado a soportar allí?... Y, sin embargo, me atemoriza la menor molestia, la menor incomodidad. No acierto a soportar cosa alguna; solamente con una extrema repugnancia llevo a ofrecer algo de las mil oportunidades meritorias que se presentan en la vida y que, si yo quisiera, serían valiosísimas mortificaciones.

b) de preservación ¿Qué hago por conservar la virtud santa de la castidad?... ¿Por medio de qué cautelas la he conservado al abrigo de todo hálito impuro?... ¿Nada hay que cercenar en mis conversaciones, lecturas, miradas y en los impulsos de mi imaginación?... ¿Cómo he tomado lo que hay de austero en la vida religiosa?... ¿No he evitado cuidadosamente todo lo que pudiera molestarme, cansarme?... ¿Qué temor no he tenido de esas espinas, con las que, sin embargo, quiere Jesús que yo cerque mi corazón?...

c) de amor Si estoy entera y particularmente consagrado al servicio del altar, no puedo presentarme ante mi divino Maestro sin pedirle que tenga compasión de su pueblo, y sin ofrecerme como víctima para aplacar su cólera. ¿Qué quiero yo añadir a mi oración para que sea escuchada?... En medio de los más vivos dolores de alma y cuerpo, Jesús en la cruz obtiene la salvación de los pecadores; ¿qué quiero yo ofrecer por los pecadores, en unión con Jesús?...

Si llevo más especialmente una vida contemplativa ante el Santísimo Sacramento, debe ser la mía una vida de oración y de penitencia; ¿qué he hecho yo hasta el presente por vivir esa vida y prepararme a ella según el espíritu de la Regla?



CAPÍTULO XI

EL CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Por vocación, por nuestra divisa: “Venga a nosotros tu reino”, estamos al servicio de las almas. El celo, fruto eminente de la caridad, corona todas nuestras virtudes y pone de relieve el carácter apostólico que ellas revisten en la Asunción.

I

Su práctica en la Asunción

Ya que el espíritu de nuestra Orden (8) es más particularmente un espíritu apostólico, debemos poner, tanto cuanto dependa de nosotros, una gran diligencia en adquirir las virtudes que exige esta sublime vocación. Por eso, nos hemos de acordar que Jesucristo vino a este mundo no para ser servido, sino para servir, y nos hemos de afanar en ponernos a nosotros mismos en el estado de una humilde dependencia de las almas, a las que seamos llamados a hacerles el bien. Nos hemos de acordar de que estas almas tienen derecho sobre nosotros, y que nosotros no tenemos otro derecho sobre ellas que el que Jesucristo nos confió para, según los medios puestos a nuestra disposición, conducir las a la perfección que les es propia.

De un tal sentimiento de dependencia brota el respeto, que será una salvaguardia para ellas y para nosotros. Tan sólo en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo deben estas almas ser queridas, y únicamente el amor que Jesucristo les manifestó, derramando por ellas su sangre, debe ser la medida de los esfuerzos que hemos de hacer para conducir las, según su vocación, a la santidad.

Aunque todos los religiosos deben estar dispuestos a



entregarse de lleno a cualesquiera obras que los Superiores les propongan, dentro de los límites de nuestro Instituto, sin embargo, los Superiores tendrán cuidado de examinar con atención en cuáles obras más en particular se desenvuelven mejor estos o aquellos religiosos, de acuerdo con sus aptitudes, con sus cualidades naturales y, sobre todo, de acuerdo con las gracias de que se ven favorecidos en orden a la acción.

Cualidades de nuestro celo Hemos de poner en el bien que hagamos todo el desinterés posible, principalmente el de la vanagloria; nos hemos de alegrar del bien que otros hubieran hecho y que nosotros no hubiéramos sido juzgados dignos de hacer; y en las circunstancias en que otros hubieran hecho la obra de Dios, aun en los casos en que pareciera que a nosotros nos correspondía ese trabajo, digamos con Moisés: “*Utinam et omnes prophetent: ¡Quiera el cielo que todos profeticen!*” [Números 11,29].

Nuestro celo será humilde, acordándonos de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles: “Cuando hubiereis hecho todo lo que se os mandó, volved y decid: siervos inútiles somos”¹⁾.

Nuestro celo, en fin, ha de ser perseverante, puesto que las Sagradas Escrituras nos dan continuamente ejemplos de la manera con que Dios hace llegar a feliz término las obras queridas por él, cuando parecían lo más desesperadas; porque a medida que se evidencia que el hombre pone menos en ellas de su propio yo, Dios pone más de su parte.

II

La contemplación y la acción para nosotros están unidas en un mismo fin: cooperar en la extensión del reino

¹⁾ Lucas 17, 10.

de Jesucristo, rogando en el silencio, como María nuestra Madre, o bien, ocupándonos de obras que contribuyan al bien de la Iglesia. Por consiguiente, en cualquier casa en que yo esté, trabajaré para testimoniar mi amor a Jesucristo y llevar almas hacia él.

Disposiciones más personales que dimanar del cuarto voto

Me ocuparé en particular de esos diversos fines (9), pero, antes quiero examinar en la presencia de Dios cuáles deben ser las disposiciones de un religioso

que se prepara a hacer o ha hecho su cuarto voto (10).

1° Debo compenetrarme de todos los sentimientos de Nuestro Señor cuando vino a este mundo: “He venido –dijo– a poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?”¹⁾ Debo querer abrasar las almas con ese fuego divino, y mi vida debería ser una aspiración permanente hacia ese objetivo.

2° Debo adentrarme en todos los sufrimientos padecidos por Jesucristo durante su vida mortal. Sus trabajos, sudores y fatigas apostólicas; los desprecios, contradicciones, persecuciones e ingratitudes de que fue objeto; la oración de su agonía en el Huerto de los Olivos, los dolores de su Pasión, los tormentos, la sed, los desamparos de su muerte: todo eso debiera estar siempre delante de mis ojos para darme una idea del amor que tuvo Nuestro Señor a las almas rescatadas con su sangre y del precio que pagó por ellas.

3° Debo amar a las almas y desvivirme sin cesar por ellas: amando a las almas justas por sus virtudes y deseando que se santifiquen más y más para consuelo de Nuestro Señor y para su gloria; amando a las almas pecadoras y deseando con toda mi alma su conversión, a fin de que el sacrificio del Calvario no sea inútil para ellas.

¹⁾ Lucas 12, 49.

Por eso, mi celo debe ser prudente, si tengo que ocuparme de niños, de ejercitantes, o de cualquier alma a la que quiero hacer el bien. Debe también mi celo ser dirigido por la obediencia, y debo tener en cuenta que, por querer hacer demasiado o con prisa en demasía, no se hace nada o se hace mal; pero, debe al mismo tiempo mi celo ser ardiente como el de mi divino Maestro. Tengo que estar dispuesto a todo para salvar las almas, de acuerdo con las indicaciones de mi Regla y de mis Superiores.

Si estoy en una casa de noviciado, debo, por medio de la oración y la penitencia, si ésta me está permitida, probar mi amor hacia las almas; y es junto al Santísimo Sacramento donde yo debo dar rienda suelta a mis deseos y a mis lágrimas, por la santificación de los justos, la conversión de los pecadores, la exaltación de la Santa Sede, la santidad del clero, la libertad de la Iglesia, la confusión de los enemigos de Dios, el triunfo de Jesucristo, aun en este mundo.

He aquí lo que mis disposiciones deberían ser; ¿qué son en efecto?... ¿No es mi piedad completamente egoísta?... ¿No hay en mi obrar algo del exclusivismo que se adhiere a tal o cual persona, no por Dios, sino por ella?... ¿Amo con ardor a Jesucristo y todo lo que él ama?... ¿Quiero de veras orar?... ¿Quiero sufrir?... ¿Quiero luchar?... ¿Quiero, con arreglo a mi debilidad, ser su apóstol?

NOTAS

SEGUNDA PARTE

(1) Esta frase había sido tachada por el P. d'Alzon.

(2) “Ya sea por aquella idea falsa de ciertas personas piadosas que: puesto que siguen las prácticas de la Iglesia, creen que tienen la ciencia de su doctrina” D.H.

(3) El D.F. suprime ciertas expresiones más mortificantes que chocaron a las primeras destinatarias del Directorio.

(4) Este texto tomado de nuestras Constituciones primitivas, cuya audacia no debería presentar problemas, ha sido retocado como sigue en la edición del P. Picard: "... debe buscar su principio en la admirable obediencia del Hijo, Verbo encarnado, a la voluntad divina: *In capite libri scriptum est de me ut faciam, Deus, voluntatem tuam*" (Hebreos 10, 7). El P. d'Alzon mismo ha dado, en su gran meditación sobre la Excelencia de la obediencia, un comentario autorizado de este pasaje de nuestro Directorio (pg. 543). Desde toda la eternidad, al adoptar juntamente con el Padre y el Espíritu Santo el decreto de la Encarnación redentora, el Verbo de Dios se coloca personalmente en el principio de nuestra obediencia.

(5) Las palabras entre corchetes no se encuentran en ninguno de los manuscritos del D.H. Cristo, nos dice el P. d'Alzon, se ha dejado dar, es decir, entregar totalmente por su Padre a sus enemigos...

(6) Este párrafo, suprimido por el P. d'Alzon en la última redacción del Directorio, ha sido retomado por la edición del P. Picard.

(7) Lo mismo hay que decir de los tres primeros párrafos de este capítulo.

(8) Palabra que indica el deseo que tenía el Fundador de ligarse mediante votos solemnes y crear auténticos monjes.

(9) El Padre d'Alzon acababa de enumerar las distintas actividades de las Damas de la Asunción; del texto primitivo no ha conservado más que aquello que se podía aplicar a sus religiosos.

(10) Siguiendo el deseo expresado en las primeras Constituciones.

TERCERA PARTE

MEDIOS

DE SANTIFICACIÓN

Desde el plano de las virtudes que elevan al plano sobrenatural nuestras capacidades de actuar, el Padre d'Alzon pasa a las acciones que, en el desarrollo de la vida cotidiana, las ponen en ejercicio y las hacen crecer. La franqueza y la lealtad, tan frecuentemente recomendadas por el Fundador, son distintivos de nuestro estilo de vida.

Los tres primeros capítulos describen el clima de toda vida de perfección: vida reglada, sometida al control de los superiores e inmersa en el silencio.

Los quince capítulos que siguen nos sugieren las disposiciones interiores que deben animar todos nuestros pasos, desde un levantarse matinal, pronto y generoso, hasta el acostarse, “en que hacemos el aprendizaje del sepulcro”. Los capítulos XIX al XXII tratan de los medios de comprobación y purificación que se imponen a religiosos consagrados a la perfección.

Finalmente, el capítulo sobre “la vida interior”, se presenta como la conclusión normal de nuestro Directorio.



CAPÍTULO I

LA REGLA

¡Nuestra vida diaria ha de ser una vida reglamentada, sujeta al control de nuestros Superiores, bañada de silencio!

Son dos los puntos de vista que puede ofrecer la Regla a nuestra consideración: el cuerpo de la Regla y el espíritu de la Regla.

El *cuerpo* de la Regla es el conjunto de leyes establecidas por la Iglesia para fijar las obligaciones generales de la vida religiosa, a lo cual hay que añadir las observancias generales de la Congregación. Son disposiciones que la experiencia, el tiempo, la prudencia de los fundadores, la aprobación de la Iglesia han demostrado ser las más útiles para la santificación de las almas; y, pues tengo la dicha de ser llamado a la vida religiosa para alcanzar la santificación de mi alma en particular, desde este primer punto de vista le debo a mi Regla el máximo respeto.

Pero, el segundo y más importante punto de vista es el *espíritu* de la Regla, es ella un comentario del Evangelio, que expone no solamente lo que él prescribe para entrar en el cielo, sino también lo que aconseja para llegar a la perfección; es además un comentario adaptado a las necesidades de mi alma con respecto a mi vocación particular. No pueden todos los anhelos de santidad tener cabida en todas las Reglas; indudablemente hay diversos atractivos; pero lo que exigen todas las Reglas es la práctica de la Regla según el espíritu de la Regla.

¿Dónde me encuentro yo con relación a esta práctica?... ¿No ha sido mi Regla violada muy frecuentemente por mí, con los más fútiles pretextos?... ¿No ha sido mi Regla puesta demasiado frecuentemente en práctica con una increíble pusilanimidad?... ¿No la he practica-



do muy a menudo de una manera totalmente farisaica?...
¿No ha sido objeto para mí de muchas murmuraciones y
rebeldías?... ¿Cuándo me decidiré a practicarla con amor,
por mi propia santificación y edificación de mis herma-
nos?... ¿Cuándo me haré una idea del mal que causo con
el escándalo que doy con mis ejemplos de infracción a
mi Regla?



CAPÍTULO II

LOS SUPERIORES

Nuestra vida religiosa no sólo debe estar sometida al mudo control de la Regla, sino también y principalmente al control vivo de nuestros Superiores.

Dice San Pablo: *“Obedeced a vuestros Superiores y estadles sumisos, pues ellos velan sobre vosotros, como quien ha de dar cuenta de vuestras almas, para que desempeñen su cargo con alegría y no gimiendo; que esto en manera alguna os conviene”*¹⁾.

¿Qué son, en efecto, mis Superiores? Son los representantes de Dios, responsables ante él de mi salvación y de la Congregación, o de la parte de la Congregación que les está confiada. Responden de mi alma, y ésta es una de las razones más fuertes de mi obediencia. Yo no puedo, por mi independencia, descargarles de la responsabilidad de mi alma, ya que el voto que me liga a ellos les liga a ellos conmigo. Formo parte de una asociación; yo no soy libre, ni tampoco mi Superior es libre. Si ha recibido el poder de la Congregación, está obligado a ejercerlo. Es necesario que él vele, conforme a su función, por el bien general, o de todas las comunidades, o de la casa particular que se le ha confiado; y, si yo no soy libre de perturbar el orden, él no es libre de dejar que se perturbe.

¿No he hecho gemir, con mucha frecuencia, a mis Superiores?... ¿No he censurado, criticado, estimado que el gobierno de las casas, de los diversos oficios, de las clases, de los religiosos, iría mucho mejor si me hubieran consultado?... ¿No he comunicado mis impresiones a

¹⁾ Hebreos 13, 17.



otros?... ¿No me he gozado al descubrir las debilidades, los defectos de mis Superiores?... ¿De qué me ha servido todo eso sino para lisonjear mi independencia?... ¿Qué he podido yo ganar en perfección con todas esas rebeldías, mal humor, caprichos, rabietas, que de vez en cuando me han colmado?... He hecho gemir a mis Superiores, he ensombrecido a la comunidad, he faltado a la obediencia; he relajado, sino roto, el lazo de mis votos.

¿Cuándo seré sencillo, manso, dócil, solícito en mi obediencia con quienes responden de mí y que, teniendo mayor responsabilidad a medida que están encargados de un número mayor de almas llamadas a la perfección, deben encontrar su gozo en ofrecer a Jesucristo, —al que representan y al que yo debería más frecuentemente ver en ellos—, servidores llenos de fervor en la dirección que este buen Maestro quiere darles por medio de sus enviados?



CAPÍTULO III

EL SILENCIO

Nada subraya mejor la importancia del silencio que el lugar privilegiado que el P. d'Alzon asigna a este capítulo.

I

Su práctica en la Asunción

Cuanto más obligados estamos a vivir en el mundo, más debemos afanarnos en buscar la so-

ledad en ciertas temporadas.

Cada año, los hermanos harán un retiro de diez días, y cada mes tendrán un día de retiro, en la forma que su Superior lo prescriba; pero, sobre todo piensen que sólo por su diligencia en recogerse podrán mantenerse en la unión con Dios y en el amor de Nuestro Señor Jesucristo, que debe ser el objeto constante de sus esfuerzos.

Precisamente con este objetivo observarán, tanto como sus obligaciones se lo permitan, el silencio de Regla, ejercitándose en entrar siempre dentro de sí mismos, aun en medio de las distracciones que sus deberes les impongan algunas veces, para que sea evidente que, cuando rompen el silencio, es porque a ello están absolutamente obligados.

II

Importancia del silencio

Una de las fuerzas más grandes del alma religiosa es el silencio.

Dijo el Profeta: "*Vuestra fuerza estará en el silencio y la esperanza*"¹⁾, o sea, la ora-

¹⁾ Isaías 30, 15.



ción. Estos dos grandes medios de santificación se dan la mano: sin silencio, recogimiento imposible; sin recogimiento, nada de vida interior. En efecto, si hablo demasiado, ¿cómo puedo esperar escuchar dentro de mí lo que me diga el Señor, mi Dios?... ¿Cómo puedo esperar estar unido a él?... ¿Cómo puedo prepararme a esa unión, sea por medio de reflexiones sobre el pasado que me hagan detestar mis faltas y purificar mi alma, sea por medio de actos de adoración y de amor que requieren mucha paz y una gran soledad del alma?...

Violaciones del silencio ¿Cuáles son en la actualidad las causas por las que falto al silencio? Si me pongo a buscarlas, encontraré: 1° mi ligereza; no quiero fijar mi atención en nada; poco a poco me disgustan las ideas serias, me cansan, me extenuan y no puedo soportar su peso; 2° mi imaginación, que gusta perderse en divagaciones y comunicarlas a otros; mi curiosidad, que lo quiere saber todo y preguntar sobre todo lo que le atañe y lo que no le atañe; mi espíritu crítico, cuyo tribunal está siempre en pie para juzgar lo que se hace y se dice a mi alrededor; mi independencia, que siempre tiene mil objeciones que presentar a las órdenes que se me dan, cuando yo haría mucho mejor callándome y obedeciendo, uniéndome a la obediencia de Jesús y de María; el horror que tengo a conocerme, y que hace que me ocupe de todo, menos de mis defectos; la necesidad que siento de extenderme en explicaciones sobre el estado de mi alma, a fin de justificarme, cuando pudiera todo decirse en pocas palabras, si confesara llanamente mi orgullo, mi cobardía, mi mal carácter o cualquier otro defecto que pueda tener.

¿Cuándo imitaré el silencio de Jesús en su Pasión o en el Sagrario?... ¿Cuándo trataré de hablar un poco menos con las criaturas y de escuchar a Dios un poco más?



CAPÍTULO IV

LEVANTARSE

Levantarse habitualmente a una hora fija es un sacrificio que asegura todo el desarrollo de un día consagrado a Dios.

El primer sacrificio que he de ofrecer a Dios es el sacrificio de mi sueño; y ya que mi salud es con frecuencia un pretexto para prolongar un poco más el descanso, la obediencia, y ella sola, debe zanjar la cuestión entre la pereza y la imprudencia.

Al levantarme pensaré, después de haber ofrecido mi corazón a Dios, que salgo del lecho como Nuestro Señor salió del sepulcro, es decir, completamente renovado y con la resolución de llevar una vida nueva.

Pediré a Nuestro Señor que me revista con sus virtudes y su gracia, conforme a las palabras del Apóstol que nos recomienda revestirnos de Jesucristo; y le pediré que tome la parte bendecida de mis hábitos como armadura que me recuerde que, a pesar de mi debilidad, mi vida está consagrada por mi entrega al servicio de la Iglesia. Y si algún pensamiento de vanidad me pudiera venir, pensaré que a los ojos de Dios los hábitos son el signo humillante del pecado en que nací; invocaré a la Santísima Virgen, a mi buen ángel, a mis santos patronos, y haré un examen de previsión.





CAPÍTULO V

LA ORACION

Tres ejercicios de suma importancia inauguran nuestro día: la oración, la Misa y la comunión.

La oración es una lucha entre Dios y el alma, hasta que el alma, subyugada por Dios y purificada por todas las pruebas que plazca a Dios imponerle, llegue a la unión perfecta entre nuestra nada y el Ser infinito, en la medida en que dicha unión pueda realizarse en este mundo. Por consiguiente, no debo extrañarme de que la oración me cause fatiga, tedio, disgusto, sequedades, sufrimiento; mas, lo que importa es superar todas esas dificultades e ir a Dios como él quiere que yo vaya a él.

¿Soy exacto en mi oración?... ¿No estoy en ella a menudo como si no estuviese?... ¿No he perdido en ella mi tiempo?... ¿Cuáles son mis divagaciones?... Ocupo mi tiempo en ella, pero ¿en qué?... ¿Voy en busca de lo que me es útil y no a perderme en fútiles contemplaciones que a nada práctico conducen?...

Si no salgo de la oración con un sentimiento más profundo de fe, de esperanza, de caridad, de humildad y de contrición de mis faltas, debo con razón temer que mi tiempo en la oración haya sido tiempo perdido. Si mi vida no se hace más santa de día en día, si mis defectos no desaparecen, si mi carácter no mejora, si las virtudes religiosas no se desarrollan, ¿no será que mis oraciones, aún las más largas y aparentemente más fervorosas, no son, después de todo, más que oraciones estériles?...

¿Cuáles son las resoluciones que he tomado al salir de la oración?... ¿Y qué ha pasado con ellas, después de tanto tiempo que me dedico a la meditación?...





CAPÍTULO VI

LA MISA

La Misa es la reproducción incruenta del sacrificio sangriento de la cruz. Es el momento de inmolarme.

¿Qué sería de mi vida durante el resto de la jornada, después de lo que la fe me hubiese mostrado y de las promesas que yo hubiera hecho si, asistiendo a la Misa o celebrándola, yo subiese cada día con el pensamiento hasta el Calvario, me tendiese en la cruz con mi divino Maestro, me compenetrase de todos sus sufrimientos, su oblación, su muerte, que él padeció por mí; si yo le renovase la expresión de amor en que deseo arder por él en lo sucesivo; si aceptase, en unión con sus sufrimientos, sin reserva ni restricciones, todo lo que él quisiera enviarme; si rogase por todas estas intenciones: por los pecadores, las almas del purgatorio, nuestro Santo Padre el Papa, la Iglesia; si le ofreciese mi vida y todos los pormenores de mi vida; si luego me retirase como María, al descender del Calvario, con las mismas impresiones que esta divina Madre debió llevarse de aquel terrible y solemne momento?

¿Cómo he asistido a la Misa hasta el presente?... ¿Con qué ánimo?... ¿Qué tibieza?... ¿Qué indiferencia?... ¿Qué distracciones no he tenido?... ¿Qué resoluciones he tomado en ella?... ¿Con qué energía las he asumido y cómo las he cumplido?...





CAPÍTULO VII

LA COMUNIÓN

Si la comunión es en este mundo el momento más precioso en la vida de todo cristiano, ¿con cuánta mayor razón no debiera serlo para un religioso cuyo espíritu tiene que ser el de un amor muy especial al divino Salvador?

Comulgo varias veces por semana, todos los días si celebro Misa, ¡y no soy otro Jesucristo! Sin embargo, el misterio de la comunión consiste en esto: en llegar a no ser más que uno con el Hombre Dios.

Cuando él va a hospedarse en mí, ¿cuál es mi preparación?... ¿Cuál la pureza de mi corazón?... ¿Qué llamarradas lo abrazan?...

¿Qué sucede cuando él está en mí?... ¿Es él el maestro, el dueño absoluto?... ¿No le niego jamás nada?... ¿Puede él penetrar hasta los últimos repliegues de mi ser, sin que yo tenga que avergonzarme de los sentimientos que allí se esconden?... ¿Siento el deseo de que mi alma sea como el cristal, para que él la penetre enteramente con sus rayos?... ¿Soy todo suyo, como él es todo mío?

Después de la comunión, ¿cuál es mi acción de gracias?... ¿Cuáles son sus consecuencias?... Alimentado con la sustancia de todo un Dios, debería ser mi vida completamente divina. ¿Quién, desde fuera, al ver la transformación de mi vida, llegará a sospechar que Dios me ha visitado? (1)





CAPÍTULO VIII

EL ESTUDIO

El estudio es el primero de nuestros deberes en función de la enseñanza que, bajo todas sus formas, consideramos como el más potente medio para extender el reino de Jesucristo.

Dios dijo al hombre, al arrojarlo del paraíso terrenal: “Comerás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19] y, aunque estas palabras se apliquen al trabajo en general, pueden tener para mí una significación particular, si estoy destinado a estudiar. El estudio debe, pues, ser para mí un castigo, una penitencia; y eso es precisamente lo que debe inducirme a trabajar esforzadamente en los estudios que me repugnen, ya que no se trata de algo que se hace por gusto, sino por rigurosa obligación.

Un obrero del campo no elige su labor; tampoco yo tengo que escoger la mía; no tengo más que aceptar en el campo de los conocimientos la porción que se me encomienda cultivar. Además, habiendo Nuestro Señor santificado el trabajo con los dieciocho años de su estancia en Nazaret, no tengo más que caminar tras sus pasos; y, si él trabajó por amor a mí, bien puedo yo trabajar por amor a él.

Finalmente, siendo Dios el Dios de las ciencias y siendo la ciencia uno de los dones del Espíritu Santo, puedo unirme a ese divino Espíritu de una manera especial, estudiando con las disposiciones de fe y de humildad, que él me comunicará, si se las pido.

¿Cómo he estudiado?... ¿No he descuidado los estudios que me estaban encomendados?... ¿No he intentado escogerlos, según mi antojo?... ¿No he perdido el tiempo con estudios inútiles?... ¿He estudiado con espíritu de



penitencia y de mortificación?... ¿He estudiado en unión con Nuestro Señor, cuando él estaba en Nazaret?... ¿He estudiado bajo la acción del Espíritu Santo, invocándolo siempre al comienzo de mis estudios?... ¿No me ha desanimado el estudio?... ¿No me ha envanecido?... ¿He trabajado por Dios o he trabajado siempre por mí?... ¿He buscado en mis estudios a Jesucristo, Verdad eterna, que se oculta dentro de toda verdad?... ¿En qué me he esforzado por encontrarle en todas las cosas, conforme a la palabra de la Sagrada Escritura: “*Finis legis Christus: El fin de la Ley es Cristo*”¹⁾?

Si amo a este divino Maestro, debo gustar hallarle bajo cualquier forma que él se me aparezca, y ciertamente el estudio es, gracias a la fe, un medio de unirme a él.

¹⁾ Romanos 10, 4.



CAPÍTULO IX

LA ENSEÑANZA

I. Su lugar en la Asunción

Nos proponemos más especialmente extender el reino de Jesucristo por medio de las siguientes obras:

tes obras:

La enseñanza entendida en el sentido más amplio de la palabra, es decir, los colegios, los Seminarios, la enseñanza superior. No nos dedicaremos a la enseñanza primaria, si no es para darla gratuitamente. (2)

Intentaremos formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y mostrar la absoluta necesidad de una real unidad, no solamente en el dogma, sino también en la disciplina, bajo la dirección siempre más y más venerada del Soberano Pontífice.

Porque, si uno de los mayores males de los tiempos modernos es el espíritu de separación, que tiende a disolver los vínculos de la sociedad intelectual, es necesario que una de las razones de ser de nuestra pequeña Asociación se encuentre en los esfuerzos de sus miembros por obtener, valiéndose de la enseñanza, un mayor acercamiento de las inteligencias y de los corazones al centro común que Jesucristo dio a su Iglesia.

II. Disposiciones respecto de la enseñanza

La enseñanza es, pues, uno de los más eficaces medios de cumplir el voto de extender el reino de Jesucristo; y que esté yo más

o menos directamente ocupado en ella, debo tenerme por muy dichoso de ser juzgado digno de semejante honor.

Sin embargo, ¿con qué disposiciones me he preparado para enseñar?... ¿He estudiado con tesón las materias a veces difíciles y áridas de las que debía tomar mis lecciones?... ¿He considerado suficientemente que, sin un espí-



ritu de fe y de humildad muy grande, yo podría enseñar mis propios pensamientos y no los de Nuestro Señor, y que, de no mantenerme continuamente bajo la acción del Espíritu Santo, me expondría a dejar entrever mi propio espíritu a cada instante?...

Durante el curso escolar, ¿no he sentido en demasía la satisfacción de mis éxitos y el abatimiento por mis fracasos?... ¿No me he atribuido a mí el contento que he podido procurar a los niños enseñándoles bien?... ¿No he achacado a otro cualquiera, y no a mí, su fastidio en mis clases, cuando, después de todo, se debía únicamente a que enseñe mal?...

¿Cuál ha sido el espíritu de mi enseñanza?... ¿Ha sido el conocimiento de Jesucristo y el amor a la Iglesia?... ¿Me he preocupado bastante de mejorar a los niños?... ¿No me he preferido a otros, cuando les he hecho algún bien?... ¿No me he sentido celoso del bien que otros les hacían?...

**Disposición
fundamental**

No hay lugar aquí para examinar los grandes principios de la educación cristiana; pero, ¿no

es evidente que, por encima de toda teoría, hay una enseñanza práctica que resulta de la entrega de sí mismo que hace, por amor a Dios, un maestro a sus discípulos, y que los atrae, no hacia el que les enseña, sino hacia Aquél en cuyo nombre él enseña? ¿Tengo yo esa disposición universal del olvido personal?... ¿Es mi única preocupación el triunfo de Nuestro Señor en las almas?... Si no es eso lo que verdaderamente me preocupa, ¿debo extrañarme de que, hasta el presente, haya hecho yo tan poco bien y de que mi enseñanza haya producido tan escasos frutos para la vida eterna?...

¿He enseñado con espíritu de mansedumbre, como quiere San Pablo o, por el contrario, he dejado traslucir, al enseñar, los defectos de mi carácter, de tal suerte que los niños han podido ver en mí la ciencia que hincha, pero no la caridad que edifica?...



CAPÍTULO X

LA VIGILANCIA DE LOS NIÑOS

No basta con dar clase a las horas determinadas: si se quiere formar a los niños, es necesario vigilarles siempre. Y ésta es quizás la parte más penosa y terrible de la educación.

Vigilar a los niños lo bastante para impedirles hacer el mal y apartar cualquier lazo tendido a su inocencia; hacerles amar al maestro que les vigila; no hacerles molesta en demasía esta vida, en la que un ojo vigilante debe estar siempre alerta sobre sus menores movimientos; poner en las relaciones de cada instante ese espíritu de iniciativa, ese ardor que impide ocuparse en otra cosa más que en los buenos pensamientos que se les sugiere; frenar ciertos abusos en aquellos que están más adelantados, sin despertar imaginaciones todavía no despiertas; hacerles el yugo amable y, eso no obstante, hacérselo sentir si es necesario, para acostumbrarlos al reglamento, a la práctica del deber y, si fuera posible, al amor del esfuerzo; estudiar los caracteres y formarlos en la medida que lo exige el propio cargo: he aquí una tarea por cierto difícil y que es precisamente la que me está encomendada siempre que se me encarga vigilar a los niños.

¡Cuántas dificultades y qué atención constante no debo ejercer sobre mí mismo, a fin de hacer todo el bien que puedo, sin dejarme sorprender por un paso en falso o un arrebato de cólera que me desacreditaría!

¿Están los niños persuadidos de que me entrego a ellos por Nuestro Señor?... ¿No notan en mí alguna preferencia?... ¿No hallan en mí un humor cambiante?... ¿Soy lo bastante ejemplar a sus ojos?... ¿Actúo sobre ellos, tanto como puedo hacerlo, por su bien?... En una

palabra, ¿tengo por ellos aquel desasosiego del Apóstol que ansiaba engendrar a Jesucristo en las almas que él estaba encargado de evangelizar?... ¿En cuántas almas he contribuido, por medio del cumplimiento de mis deberes de vigilante, a que nazca Nuestro Señor? (3)



CAPÍTULO XI

EL TRABAJO MANUAL

Quizás estoy llamado a ejecutar mi tarea en la Congregación solamente por medio del trabajo manual; por ejemplo, si soy sacristán, enfermero, Hermano coadjutor, etc.; pero, no por eso debo estimar en menos mi estado.

¿Qué hicieron durante su vida la Santísima Virgen y San José? ¿Qué hizo Nuestro Señor mismo durante los primeros años de su vida? San José trabajaba para ganar el pan de su familia; María atendía la casa para Jesús y José; el mismo Jesús, desde su más tierna edad, ayudaba a su madre y a su padre nutricio. ¡Qué modelos y qué compañía si trabajo en unión con ellos, si me alimento de los pensamientos que debieron preocuparles, si trato de penetrar en todas sus intenciones, si imito su recogimiento y su silencio, si trabajo como ellos trabajaban!

No hay trabajo para el que Jesús, María y José no me den ejemplo. Trabajo penoso, trabajo oscuro, trabajo poco apreciado por los hombres: Jesús, María y José conocieron todo eso. José derramó sudores para alimentar al Hijo de Dios, como yo trabajo para alimentar a los servidores de Jesucristo. María se ocupó hasta de los detalles más humildes que tienen que ver con el cuidado material, como yo debo hacerlo en vista del bien que hace la Congregación a la que pertenezco. Jesús mismo, entregándose a rudas labores, me enseña que nada debe parecerme difícil, si quiero asemejarme a él.

Cuando trabajo manualmente, ¿tengo la costumbre de hacerlo en compañía de la Sagrada Familia?... ¿No he murmurado en contra de mi tarea?... ¿La he realizado



con espíritu de penitencia, de humildad y de caridad?...
Y, si no he santificado mi trabajo valiéndome de los
pensamientos que la fe me sugiere, ¿no he de temer que
sea, a los ojos de Dios, un trabajo perdido? (4)



CAPÍTULO XII

LAS COMIDAS

La refacción del cuerpo mediante las comidas y la del espíritu mediante los recreos ha de ser tal que nos permita volver a nuestro trabajo con mayor empeño y espíritu sobrenatural.

I

**Recuerdo a la
Asunción de algunas
advertencias**

Acuérdense los religiosos de todo lo que los grandes siervos de Dios han enseñado sobre los peligros que encierra la comida.

Precisamente por ahí tentó Satán al primer hombre; por motivo de sus alimentos se atrajeron los judíos tan frecuentemente la cólera de Dios en el desierto; y cuando el Hijo de Dios tuvo hambre, permitió al demonio que le tentara. Por otra parte, Nuestro Señor nos advierte que sólo con la oración y el ayuno se puede triunfar de cierta clase de demonios. Vigilen, pues, los religiosos con gran cuidado sobre sí mismos para conservar en sus comidas la sobriedad y la mortificación que convienen a su estado.

II

**Santificación de las
comidas**

Mi vocación no consiste en esas terribles austeridades ni en esos ayunos continuos que se nos relatan en la vida de los primeros religiosos; pero, sin pretender llegar a sus terribles abstinencias, es muy cierto que la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, y que estos dos principios se harán una guerra eterna. ¿Cuál de los dos domina en mí?...



¿Con qué sentimientos he tomado mis comidas?... A imitación de San Bernardo, ¿voy al refectorio como al suplicio?... ¿Estoy contento con lo que me sirven?... ¿No soy imprudente y no he comprometido mi salud comiendo manjares agradables o nocivos?... ¿He practicado la mortificación de atenerme a un régimen, si me lo han prescrito?... ¿No me he permitido ciertos actos de sensualidad, que me parecían compensación por ciertos gustos que la vida religiosa me prohíbe?... ¿He estado atento a la lectura?... ¿He llegado con puntualidad?... ¿No he buscado pretextos para llegar a la segunda mesa, pudiendo llegar a la primera?... ¿He comido sin necesidad y sin permiso, fuera de las comidas?... En una palabra, ¿soy dueño de los caprichos de mi apetito?...



CAPÍTULO XIII

LOS RECREOS

I

Dos clases de recreos en la Asunción Los recreos de los religiosos son de dos clases: los que toman con los alumnos y los que toman juntos entre ellos.

Los recreos con los alumnos deben ser para los religiosos objeto de un cuidado muy particular. Se abstendrán en ellos de toda familiaridad, de toda brusquedad. Podrán jugar; incluso deberán hacerlo para animar los juegos. Tratarán de que los alumnos no conversen entre sí largamente ni formen grupos con demasiada frecuencia. Vigilarán con toda diligencia a los alumnos sospechosos. Evitarán las palabras groseras y toda conversación que pudiera oler a crítica y murmuración. De vez en cuando hablarán de Dios a los niños, pero sin afectación; y les manifestarán una gran cordialidad. Evitarán proceder con ellos con doblez, a fin de inspirarles siempre la más grande confianza. Precisamente es en los recreos donde con frecuencia se puede hacer el mayor bien a los niños y también el mayor mal, porque en esos momentos de expansión se abre el alma con más facilidad a las influencias favorables o funestas.

En los recreos que pasen los religiosos entre sí, procuren estrechar los lazos de la unión fraterna y de un afecto que les proporcione el mejor descanso que ellos puedan procurarse en tal momento. Haga cuanto pueda el Superior por asistir a los recreos de los religiosos. En esos momentos de expansión, se está frecuentemente expuesto a herir la caridad y la obediencia con juicios poco cristianos: la sola presencia del Superior deberá impedir



tales abusos. Que nadie falte a la recreación sin haber pedido permiso, que no deberá ser concedido sino por motivos serios.

II

Santificación de los recreos

Puedo santificar mis recreos de la misma manera que los demás ejercicios del día. Mientras tomo un descanso necesario, puedo siempre en los recreos edificar por mi compostura religiosa, precisamente cuando más naturalmente se está propenso a faltar a ella; mediante la facilidad de mi carácter, cuyas rudezas aparecerán más fácilmente en esos momentos de expansión; mediante la práctica de toda suerte de atenciones y delicadezas, pero sin sobrepasar los límites de la cortesía cristiana; y en fin, mediante mi disposición a aceptar todas las pequeñas molestias que son consecuencia involuntaria de una prolongada intimidad.

Mi perfección puede estar en callarme o en hablar, según convenga: sabiendo escuchar cuando otros son interesantes y procurando animar la conversación cuando el recreo amenaza con languidecer; convencido como debo estar de que, entre las diversas clases de ofrendas, una de las más agradables a Nuestro Señor es la de la amabilidad que se prodiga con los amigos, a fin de ponerlos contentos de estar a su servicio y de animarlos a dedicarse con energía a las ocupaciones más serias que siguen a la recreación.

Examen

¿Qué son los recreos para mí?...
 ¿No me he dejado llevar demasiado en ellos por mi disipación?... ¿No soy en ellos demasiado locuaz?... ¿No tengo la pretensión de que sólo se me escuche a mí o, por el contrario, no estoy en los



recreos demasiado reconcentrado?... ¿No he llevado muchas veces a los recreos un aspecto sombrío y malhumorado?... ¿No he guardado en ellos un silencio contagioso?... ¿No he hecho gala de mis caprichos, de mis antipatías, de mis melancolías, de mis rabietas?... ¿He sido siempre caritativo, bueno, amable, humilde, servicial?... ¿He hecho de los recreos un verdadero descanso para mí y para los demás, con objeto de prepararme así a servir mejor a Nuestro Señor durante el resto de la jornada?





CAPÍTULO XIV

RELACIONES CON EL PRÓJIMO

Nunca debemos olvidar en nuestras relaciones con el prójimo las exigencias de nuestra divisa: “Venga a nosotros tu reino”.

I

Las relaciones externas en la Asunción

Que en todas sus relaciones con el exterior tengan presente los Hermanos la edificación que pueden procurar, como también el escándalo del que pueden ser causa, si en todo no se comportan como verdaderos religiosos.

Que todo sea modesto en los modales de los religiosos, en su vestimenta, en su mobiliario; que sobre todo se haga sentir esa modestia en sus relaciones con el prójimo. Recuerden que la modestia les hace aparecer ante los hombres como dueños de sí mismos y copias vivas de Jesucristo, y hace de su sola presencia una predicación, frecuentemente más eficaz que la de los discursos.

II

Santificación de esas relaciones

No debe transcurrir mi vida dentro de un claustro y, puesto que estoy llamado a tener ciertas relaciones, el cuarto voto me obliga a santificarlas tanto como de mí dependa. ¿Qué santo hay que haya amado a Nuestro Señor y no haya ansiado ardientemente ganarle almas, ya sea mediante la oración, ya mediante la austeridad, ya mediante la palabra?



El sonido de mis palabras es limitado, sin duda; pero, si en las visitas que recibo, yo hablase un poco más de temas relacionados con la salvación, ¡cuántos peligros conjuraría, cuántas conversaciones inútiles eliminaría y cuánto tiempo perdido ahorraría! Sin duda que puedo hablar de otros asuntos no piadosos; pero olvido quizás demasiado que, si la piedad no es el alma de la conversación de un religioso, las personas del mundo se quedarán al principio extrañadas de eso y después satisfechas viendo cómo una conversación mundana, tenida en un locutorio, justifica sus conversaciones habituales. De ello sacan una especie de ventaja, cuyo resultado no es ciertamente la estima de aquel que, por su lenguaje, autoriza un lenguaje que muchas veces termina siendo cualquier cosa menos cristiano.

Si, por el contrario, en mi trato con el prójimo sólo me propongo el bien de las almas y el triunfo de Nuestro Señor, ¡cuántas cosas buenas y provechosas diré sin apariencias de proponérmelo; cuántos buenos sentimientos comunicaré con sola mi compostura; cuántos juicios poco caritativos detendré, con solo mi silencio!

Puedo, indudablemente, no tener el don de hablar bien a cerca de Dios, pero puedo tener la virtud de callarme; y, si puedo esperar que mi intervención sea útil, ¿por qué el celo en que debo arder por Jesucristo y por su Iglesia no me va a inspirar el medio de edificar a los que estoy obligado a ver?

Sobre todo a los miembros de mi familia puedo hacer mucho bien, y ya que vienen a verme, ¿podré no aprovechar mi condición de religioso para hablarles, sin duda con afecto, pero con energía, de su salvación? De todos modos, debo persuadirme muy bien de que su cariño les vuelve muy exigentes, y que la menor imperfección que descubran en mí será para ellos una especie de triunfo que les compense de la pena que pudieron tener al dejarme entrar en religión.

¿Los locutorios no han entibiado con frecuencia mi corazón, sea por la duración de algunas visitas, sea por las conversaciones prolongadas y a la vez inútiles?... ¿No me he dejado llevar por la curiosidad, y mis preguntas no han sobrepasado los límites de la discreción religiosa?...

Control de las relaciones

El bien que puedo hacer y el mal que puedo cometer en mis relaciones con el exterior me prueban la necesidad de la prudencia y cuánto importa que en esto la obediencia me guíe, por boca de mis Superiores. Muestra la experiencia de todos los días que, por querer hacer algo demasiado bien, se hace frecuentemente muy mal, y ésta es la razón por la que, mientras no me aseguren mis Superiores de que puedo proceder por mí mismo, debo dejarme guiar, y al efecto abrirme a ellos con la mayor sinceridad en todo lo referente a mis relaciones con el prójimo como, por lo demás, la Regla me lo prescribe.



CAPÍTULO XV

LECTURAS ESPIRITUALES

Tres nuevos ejercicios de piedad concluyen nuestra jornada: pueden también intercalarse muy bien en medio de nuestras ocupaciones para mantenernos bajo el sentimiento de la presencia de Dios.

Me lo han dicho frecuentemente: en la oración, yo hablo con Dios; en las instrucciones que oigo y en las lecturas que hago, es Dios quien me habla. Para sacar provecho de mis lecturas debo tener:

1° Un sentimiento de obediencia en la elección de los libros que se me dan. Tomándolos de la mano de mis Superiores, me hallo más cerca de la voz (5) de Dios.

2° Un sentimiento de fe, que me haga aceptar desde el punto de vista sobrenatural las cosas que son dichas y me aleje de todas las cuestiones promovidas por la humana curiosidad. Jesucristo es el término de la ley. Todo, en mis lecturas, debe llevarme a él; y si no me dirijo, con la ayuda de este ejercicio, a esa verdad eterna, he perdido el tiempo y lo he malgastado quizás peligrosamente.

3° Un sentimiento de sencillez que me haga tomar las cosas lisa y llanamente y sin los escrúpulos de una mente estrecha.

4° Un sentimiento de sinceridad, que me ponga al abrigo de toda ilusión y me permita aprovechar las luces que las lecturas espirituales pudieran aportar a mi conciencia, para hacerme ir a donde Dios me lleva y donde yo no quiero ir.

5° Y por último, una atención grande que me ayude a conservar en mi corazón, como María, lo que me haya



impresionado, y a meditarlo como ella, a fin de sacar un fruto práctico para mi adelantamiento espiritual.

¿Es así como leo?... ¿No es la curiosidad el móvil de mis lecturas?... ¿He aceptado siempre sinceramente las luces que en ellas recibía?... ¿Únicamente he buscado en ellas a Jesucristo y sus enseñanzas?... ¿En qué soy más perfecto, desde que estudio, en mis lecturas, los principios y los medios de perfección?



CAPÍTULO XVI

EL ROSARIO

El rosario me recuerda los principales misterios de la vida de Jesucristo y de su divina Madre. Si lo rezo con atención y recogimiento, puedo encontrar en él tema de excelentes meditaciones: con tal que siga el orden de los misterios y sepa hacer de ellos las aplicaciones más útiles para mi alma, de manera que el rosario venga a ser para mí algo así como la revista de las virtudes religiosas, en la que examino cómo las practico y en qué falto a ellas, y en la que pido luego la gracia de adquirir las virtudes que me faltan todavía (6).

Con María, mi Madre, discuro sobre estas virtudes, cuyo modelo para mí es ella misma, y sobre las perfecciones de su Hijo. Debería el rosario ayudarme a penetrar de una manera más íntima en la vida de Jesús y de María.

¿Cómo he cumplido con este piadoso ejercicio?... ¿Acaso rutinariamente, sin atención, y con todas las distracciones que me salían al paso?... ¿Ha sido el rosario para mí un verdadero ejercicio de devoción y no, más bien y a menudo, una especie de ocupación completamente maquinal?... ¿Qué veneración he tenido en él a la Santísima Virgen, a quien yo invocaba, y qué respeto a la alteza de los misterios, sobre los que debía reflexionar, y cuya atenta meditación hubiera podido hacerme tanto bien?





CAPÍTULO XVII

EL OFICIO DIVINO

Es la gran oración litúrgica. Después del culto al Santísimo Sacramento, es la expresión por excelencia de nuestra piedad: es la escuela de Cristo donde nos formamos al espíritu sobrenatural.

I

Su práctica en la Asunción

Al rezar el Oficio en público, nos proponemos:

1° Una mortificación para nosotros, por el aumento de fatiga que el Oficio puede causarnos.

2° Un motivo de edificación para los niños de nuestros colegios en que se reza el Oficio.

3° En nuestras relaciones con el prójimo, la estima que quisiéramos despertar por las grandes oraciones de la Iglesia, por encima de una multitud de prácticas, que no criticamos, pero que nosotros colocamos después de esta oración solemne que es la oración pública por excelencia.

II

Belleza del Oficio

El Oficio en la tierra es la función de los ángeles en el cielo: alaban a Dios bajo las inspiraciones de Dios. ¿Qué otra cosa hago yo cuando alabo a Dios con las palabras de la Sagrada Escritura y con las oraciones autorizadas por la Iglesia? Debo aportar a la recitación del Oficio una preparación angélica.

Oficio quiere decir deber. El Oficio es, en cierto sentido, el deber por excelencia que la Iglesia entrega a Dios,



es decir, la adoración pública, la oración, el culto universal.

Cuando recito el Oficio, debo penetrar en todas las intenciones de la Iglesia, esta sociedad de los santos que salda su deuda con Dios, y que pide la perseverancia de los justos y la conversión de los pecadores. La misma Iglesia no reza sino en nombre de Jesucristo, cuya oración prolonga sobre la tierra, como este sumo Pontífice presenta sin cesar las oraciones de la Iglesia en lo más alto de los cielos, a Dios su Padre. Yo rezo en unión con Jesucristo y, si efectivamente estoy unido al divino Mediador entre Dios y los hombres, mi oración será escuchada.

Examen

¿Con qué respeto he rezado el Oficio hasta ahora?... ¿He comprendido el honor de pertenecer a una Congregación en que se recita en común la gran oración de la Iglesia?... ¿Cómo me he adentrado en las intenciones que esta oración supone?... ¿Con qué fervor me he unido a los coros de los ángeles y de los santos que están en el cielo, alabando a Dios sin cesar?... ¿He tratado de no llegar a ser más que uno con Jesucristo, siempre vivo para interceder por nosotros?... ¿No me he dejado llevar bien a menudo por las disipaciones, las distracciones, el aburrimiento?... Y esta vida totalmente celestial, a la que me invita la recitación del Oficio, ¿no ha sido para mí una fuente de hastíos y de irreverencias?

CAPÍTULO XVIII

ACOSTARSE

Un día tendré que morir, y cada vez que me acuesto, hago un aprendizaje de la tumba. Algún día ya no me levantaré; me extenderán sobre la tierra del reposo, a la espera del eterno despertar.

Pero, cada vez que me voy a dormir, ¿estoy seguro que me despertaré en este mundo y que el Esposo no vendrá a sorprenderme como a las vírgenes de la parábola?... ¿Está mi lámpara preparada?... ¿No estará por el contrario a punto de extinguirse?... ¿No está completamente apagada?... He ahí lo que debo preguntarme cada vez que me voy a dormir. ¡Ah!, y si en vez de la campana fuera, como ocurrirá un día, la trompeta del juicio la que venga a arrancarme del sueño, ¿cómo compareceré ante el justo Juez?... ¿Estoy preparado?... Y si no lo estoy, ¿cómo tengo valor para dormirme con una conciencia turbada?...

El silencio de la noche puede ser una cosa santa y provechosa para mí. “*Duermo, pero mi corazón vela*”¹⁾, dice la Esposa del Cantar de los Cantares. He ahí un auténtico sosiego, del que puedo aprovechar para unirme más aún a mi divino Maestro. En el silencio es donde puedo rezar con el mayor recogimiento. “*En la paz y en él me reposaré y me dormiré*”²⁾, y esta separación de las criaturas, exigida por la debilidad de la naturaleza, puede ser para mí como un entrenamiento para la separación más completa que, despierto y en la plenitud de mi voluntad, llevaré a cabo mañana para encontrar mi descanso sólo en Dios.

¹⁾ Cantar de los Cantares 5, 2.

²⁾ Salmo 4, 9.



CAPÍTULO XIX

EL EXAMEN PARTICULAR

El P. d'Alzon agrupó, al final del Directorio, los medios de control y de purificación que se imponen a los religiosos, dedicados a la perfección.

No llegaré a conocerme bien sino a condición de estudiarme continuamente. El examen particular es un ejercicio utilísimo para darme ese conocimiento de mí mismo que, revelándome mi nada y mis pecados (7) y los defectos, origen de mis pecados, me descubrirá también, con el germen del mal, su conveniente remedio.

¿Qué hago yo para conocerme bien?... ¿Con qué sinceridad y con qué rigor hago mi examen?... ¿Qué horror tengo de las cobardías y de las caídas (8) diarias que este examen me descubre?... ¿No lo he descuidado muy frecuentemente?... ¿Lo he hecho con la resolución enérgica de extirpar todo lo defectuoso que él me ayudare a descubrir en mí?... ¿Me he impuesto alguna útil penitencia, al advertir algunas frecuentes recaídas?... O más bien, ¿no soy yo siempre el mismo, porque temo a la luz que me descubriría mis defectos, y me falta la energía necesaria para arrancarlos de raíz?...





CAPÍTULO XX

LA CONFESIÓN

La confesión frecuente se impone a las almas preocupadas de su perfección: ella las mantiene en espíritu de humildad, de contrición y de reparación.

Soy pecador, y Dios, en su misericordia, me ofrece constantemente la sangre de su Hijo para purificarme en la piscina de la penitencia. ¡Con qué respeto no debo yo acercarme a un sacramento en el que recibo el perdón de mis faltas por los méritos de la sangre de un Dios!

Debe mi examen ser diligente; mi confesión sincera y franca, y eso la hará corta. La contrición debe sobre todo ser objeto de mi mayor atención; ya que si, por la gracia de Dios, no tengo en general más que faltas veniales de las que acusarme, no es tanto la enumeración detallada de esas faltas lo que importa, cuanto el sentimiento de dolor con el que las acuso y el propósito firme que debo tener de no cometerlas más.

¿Qué son mis confesiones?... ¿No son más bien narración de historias que acusaciones?... ¿No me he complacido frecuentemente en pormenores inútiles?... ¿He recurrido a la confesión únicamente como medio de obtener el perdón de mis faltas, y no como satisfacción humana de poder desahogar mi corazón?... ¿No he visto en ella más que a mi Maestro dispuesto a perdonarme en el tribunal de la penitencia?...

¿He llevado siempre a mis confesiones una sincera contrición?... ¿He sabido encontrar en la gracia del perdón y en el aguijón del remordimiento un motivo para amar más a Nuestro Señor, que se entrega por mí, para probarme su amor?...





¿Cómo he cumplido la penitencia impuesta?... ¿No ha sido muy frecuentemente sólo de labios afuera, cuando hubiera debido cumplirla con todo el fervor de que soy capaz, agradeciendo a Dios el haberse tomado una tan dulce venganza de las faltas que yo acababa de confesar?





CAPÍTULO XXI

LA CUENTA DE CONCIENCIA

La cuenta de conciencia es ciertamente uno de los medios más eficaces de santificación en la vida religiosa; mas, para que ella produzca los efectos apetecidos, es necesario que yo la realice:

1° Con espíritu de fe. Aunque la persona a quien le damos la cuenta de conciencia pueda equivocarse, para mí representa a Dios. Por lo tanto, no es tan sólo a esa persona a la que yo debo ver, sino a Dios, a quien le pido ayuda, luz y consejo.

2° Mi cuenta de conciencia debe ser sencilla, clara, precisa. Todos los circunloquios en que se pierden mis palabras no son, en fin de cuentas, más que subterfugios del amor propio, invenciones de una fatua habilidad, efecto de una exagerada necesidad de que se ocupen de uno o resultado triste de un espíritu complicado.

3° Debo evitar las explicaciones inútiles y las excusas interminables, pues la experiencia demuestra que, por lo general, sólo conducen a una gran pérdida de tiempo. El tiempo de mis Superiores es precioso, sobre todo en las comunidades numerosas, y lo que de este tiempo me tomo en demasía e inútilmente para mí, se lo quito a mis hermanos que pueden necesitarlo. No consistiendo la franqueza en la duración, cuanto más breve sea, si lo soy con buen espíritu, más franco seré por regla general. Ahora bien, si no reina la franqueza más completa en mis cuentas de conciencia, es perfectamente inútil que yo las haga.

Si debo evitar, so pretexto de decirlo todo, el volver una y otra vez sobre los mismos temas, haciendo así interminables mis relaciones de conciencia con mis Superiores, evidente es también que debo tomar todo el tiempo que me convenga, cuando sea necesario. La mejor regla en



estos casos es atenerme a su juicio. Cuando hayan comprendido, ya me lo dirán, y entonces es perfectamente inútil querer hacerles ver que no comprenden; no hago más que exponerlos a la tentación de darme, para que los deje en paz, la respuesta que yo quiero y que, en tales circunstancias, casi nunca es la respuesta de Nuestro Señor.

Eliminados estos defectos, es cierto que la cuenta de conciencia puede serme de gran utilidad. Abre y sosiega mi alma, la pone mucho más apaciblemente en manos de aquellos a quienes está confiada; esclarece mis dudas, me conforta, me anima y me estimula a darme con mayor generosidad y ardor; finalmente, me acerca al corazón de Nuestro Señor, cuyas palabras creo recoger de labios de los que me dirigen.



CAPÍTULO XXII

EL CAPÍTULO DE CULPAS

Este capítulo nos recuerda el deber de la corrección fraterna, tan fácilmente eludido, siendo como es uno de los frutos más delicados de la caridad.

El Capítulo de culpas se halla establecido para ejercitarme en la humildad. Es una práctica repugnante a la naturaleza, que se complace poco en reconocer sus defectos; es, a la vez, un ejercicio en el que debo practicar la caridad en las manifestaciones que allí tenga que hacer.

Esa práctica tan importante de la vida religiosa puede ser para mí un acto sin valor alguno, una fórmula ridícula, objeto de una rebeldía interior, una profunda humillación, si tomo parte en ella con disposiciones del todo humanas. Puede, por el contrario, tener los más felices resultados, si acudo a ella con fe, caridad y humildad.

La fe puede en ella unirme a las humillaciones de Nuestro Señor ante los tribunales de Jerusalén; la caridad puede llevarme a dar advertencias penosas, pero en las que puedo mostrar bastante disposiciones sobrenaturales como para hacerlas aceptar; la humildad, por fin, me animará a recibir las advertencias que se me hagan, como también a confesar mis defectos, de manera que eso me ayude a corregirme.

¿Qué ha sido para mí el Capítulo de culpas?... ¿Con qué disposiciones me he acusado en él?... ¿He aceptado las advertencias y las penitencias que han tenido que imponerme?...





CAPÍTULO XXIII

LA VIDA INTERIOR

El Directorio no es más que una exhortación a vivir de la vida de Jesucristo. Esta vida nos es dada de lo Alto, pero con la condición y en la medida de nuestra renuncia; la piedad no ha de ser blandengue so pretexto de ser tierna; el camino de la auténtica piedad es el camino del Calvario.

Sus condiciones ineludibles

La vida religiosa, propiamente hablando, no es sino la vida más perfecta de Jesucristo en nuestras almas, y esta vida no se puede establecer si no es mediante la muerte completa a nosotros mismos. Para morir a sí mismo es necesario practicar:

La muerte de los sentidos, subyugándolos de tal suerte que estén enteramente sometidos y no ejerzan imperio alguno sobre nosotros.

La muerte de los deseos. Mientras yo desee otra cosa fuera de Dios o de lo que se relaciona con la gloria de Dios, no estaré muerto a mis deseos.

La muerte de los afectos. La palabra de Dios penetra más profundamente que una espada de doble filo, y llega hasta la división del alma; Dios [es un Dios celoso y él] quiere ser el único dueño de mi corazón. (9)

La muerte a las criaturas. Desde que soy religioso, el mundo está muerto para mí y yo estoy muerto para el mundo. Mientras haya alguna cosa a la cual yo no hubiese renunciado, seguiré viviendo de la vida humana y no podré llegar a la perfección de la vida interior.



La muerte a sí mismo. Ahí está lo más duro y, sin embargo, es necesario llegar a eso. Esta muerte, indudablemente, no se realiza sino a costa de grandes sufrimientos; ahí hay que sufrir como una agonía del alma en que ésta se purifica. Hay que pasar por la fatiga, el tedio, las sequedades, las tentaciones de toda especie.

Tales son las condiciones de la vida interior.

Examen ¿Estoy por fin decidido a pasar por eso?... ¿Quiero renunciar a mis sentidos y sacudir su tiranía?... ¿Quiero no tener más deseos que los del cielo, ni más afectos que los de Dios?... ¿Tengo dominados mis deseos?... ¿Están bien sometidos mis afectos?... ¿Todo mi corazón está abrasado por el amor de Dios?... ¿Qué son para mí las criaturas?... ¿Me preocupan todavía?... ¿He renunciado a todo en mí y alrededor de mí?... ¿Tengo el valor de aceptar todas las condiciones de ese desprendimiento absoluto, de esa desnudez del alma, a que debo someterme, si quiero revestirme de Nuestro Señor?... ¿Estoy muerto, para que mi vida esté escondida con Jesucristo en Dios?...

Pero, no puedo amar a Jesucristo sin querer que todas las criaturas le amen, y ésta es la razón de todo lo que debe constituir el carácter apostólico de mi vida.

Oración final Tal es, Dios mío, el fin de mi vida: ser despojado, separado de todo, para ser revestido de tu divino Hijo y estar eternamente unido a ti. Ilumíname, para ver lo que me falta; fortaléceme, para adquirir las virtudes que no tengo. Dame la gracia de seguir mi vocación, a fin de que, como verdadero hijo de la Iglesia y de la Santísima Virgen, no sea demasiado indigno imitador de las virtudes de Jesús, mi Maestro.

¡Que mi unión contigo, Dios mío, comenzada en este mundo, se consuma durante la eternidad en el océano de tus misericordias, de tu amor y de tus infinitas perfecciones! Así sea.

NOTAS

TERCERA PARTE

- (1) Este último apartado sólo se encuentra en el D.F.
- (2) Como el capítulo correspondiente de las Constituciones no ha sido retomado en su totalidad, el Directorio sólo señala de nuestras obras la enseñanza. Las Constituciones indicaban además la publicación de libros, las obras de caridad, los retiros, las misiones extranjeras... La enseñanza no limita nuestro celo; pero sigue estando a la cabeza de nuestras obras, como aquella de la que brotan todas las demás, que las inspira a todas y les imprime un sello especial. El Religioso de la Asunción es ante todo hombre de doctrina.
- (3) En todos los manuscritos D.H. este capítulo está reunido con el precedente: lo cual daba 22 capítulos en vez de 23 en la tercera parte del Directorio.
- (4) En todos los manuscritos D.H. este capítulo sigue inmediatamente al del Estudio. El Padre d'Alzon pensaba más especialmente al noviciado, cuando adaptaba el Directorio de las Damas a sus religiosos. Para los hermanos legos, el trabajo manual es, como el estudio para los religiosos de coro, su principal ocupación. Desde el noviciado, todos, novicios de coro y novicios legos, han de tomar clara conciencia de sus obligaciones esenciales.
- (5) Camino: variante que se encuentra en muchos manuscritos.
- (6) El P. d'Alzon, en el primer impulso de su inspiración, redactó mal esta frase: después nunca logró corregirla. He aquí una variante más notable: "Si lo recito con atención y recogimiento, podría hacer excelentes meditaciones; siguiendo el orden de los misterios, debería hacerme las aplicaciones más útilmente para mi alma y, bajo este punto de vista, el rosario se convierte, si así lo quiero, en una especie de revisión de las virtudes religiosas, donde examino cómo las practico, en qué fallo y donde pido, después, la gracia de adquirir las que todavía no tengo."
- (7) Otra variante: y mis pensamientos.
- (8) Otra variante: y de los combates.
- (9) Las palabras entre corchetes sólo se encuentran en D.F.



INDICE

PRIMERA PARTE

Sobre el espíritu de la Asunción

Preámbulo.....	17
I. El espíritu de la Asunción.....	20
II. Amor a Nuestro Señor.....	22
III. Sentimiento de la presencia de Dios.....	25
IV. Espíritu de Nuestro Señor.....	28
V. Amor a la Santísima Virgen.....	32
VI. Amor a la Iglesia.....	36
VII. Deseo de perfección.....	40

SEGUNDA PARTE

Las virtudes

I. La fe.....	45
II. La humildad.....	48
III. La obediencia.....	52
IV. La esperanza.....	55
V. La oración.....	61
VI. La pobreza.....	64
VII. La caridad.....	67
VIII. El espíritu de sacrificio.....	72
IX. La castidad.....	73
X. La mortificación.....	75
XI. El celo por la salvación de las almas.....	78

TERCERA PARTE

Medios de santificación

I. La Regla.....	84
II. Los Superiores.....	86
III. El silencio.....	88

IV.	Levantarse	90
V.	La oración.....	91
VI.	La misa	92
VII.	La comunión.....	93
VIII.	El estudio.....	94
IX.	La enseñanza	96
X.	La vigilancia de los niños.....	98
XI.	El trabajo manual.....	100
XII.	Las comidas.....	102
XIII.	Los recreos	104
XIV.	Relaciones con el prójimo	107
XV.	Lecturas espirituales.....	110
XVI.	El Rosario	112
XVII.	El Oficio divino	113
XVIII.	Acostarse	115
XIX.	El examen particular.....	116
XX.	La confesión	117
XXI.	La cuenta de conciencia	119
XXII.	El Capítulo de culpas.....	121
XXIII.	La vida interior	122



II.

INSTRUCCIONES DE CLAUSURA
de los Capítulos Generales
de 1868 y de 1873

y



CUATRO CARTAS
al Maestro de Novicios
(1868-1869)



Primera Instrucción

La Instrucción pronunciada el 17 de septiembre de 1868, en la clausura del Capítulo General, y las “Cartas al Maestro de novicios” redactadas en 1868-1869, se relacionan estrechamente con el Directorio, que acababa de ser oficialmente aprobado. La Instrucción se desarrolla, como el Directorio, en el cuadro del triple amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa, pero ya se nos recuerda claramente la importancia que reviste para nosotros el Adveniat Regnum Tuum. Desde los inicios de la fundación, la segunda petición del Pater había sido adoptada casi instintivamente como divisa del nuevo Instituto; el triple amor sólo se formulará más tarde, a lo largo de los quebrantos de salud entre 1854 y 1858, como una profundización espiritual del A.R.T.: el caballeresco servicio al Reino supone un amor total a Cristo. El P. d’Alzon quería introducir en el Directorio el tema del Reino; pero juzgó preferible tratarlo más ampliamente aparte, en el momento oportuno. Es lo que hizo como respuesta a un deseo del Capítulo de 1868, de un modo más familiar aunque no menos profundo, en sus “Cartas al Maestro de novicios”.

INSTRUCCIÓN

**pronunciada en la clausura del Capítulo General
de los Agustinos de la Asunción
el 17 de septiembre de 1868**

*Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis
(Efesios 4, 3)*

Esta Instrucción, que por lo demás se había deslizado muy hábilmente casi entera en le edición del P. Picard, en 1884, es el comentario especialmente cualificado de la primera parte del Directorio.

El P. d'Alzon insiste, a partir de nuestra divisa, sobre las notas más características de nuestro amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su Esposa, y destaca, siempre a partir de nuestra divisa, las principales preocupaciones apostólicas que se imponen a nosotros, en las pruebas actuales de la Iglesia, en la más perfecta armonía con el triple amor.

Acción de gracias por la celebración del Capítulo

Tomo con alegría, Padres e Hijos míos, estas palabras del Apóstol, porque en ellas encuentro el resumen de nuestros trabajos y de las reuniones tan preciosas a las que ponemos fin hoy; un espíritu más enérgicamente unido en unos principios más claramente establecidos, el lazo de la caridad hecho más fuerte, más íntimo, más fecundo, gracias a estas comunicaciones fraternas en que nos aplicamos a dar a nuestras inteligencias y a nuestros corazones la transparencia del cristal, porque nada teníamos que esconder, nada que callar: he ahí lo que será, y por

mucho tiempo, el objeto de nuestras acciones de gracias al Padre de las luces, de quien procede todo don perfecto y de quien hemos recibido, durante estos días benditos, tan abundantes favores.

**La intención del P.
d'Alzon**

Quiero, en el momento de separarnos, confiaros, si puedo expresarme así, el testamento de nuestros pensamientos comunes y de nuestros comunes sentimientos, recordándoos una vez más, quizá la última, sobre qué base reposa la obra de la Asunción y mediante qué medios deseamos más que nunca desarrollarla.

No os enseñaré nada nuevo, sin duda; no os diré nada que no hayáis pensado vosotros mucho mejor de lo que yo pueda expresar. Sin embargo, mis palabras pueden extraer de esta ceremonia una solemnidad más imponente y pueden además adoptar de nuestra próxima separación un cierto aire de tristeza por causa de la partida, pero también un acento de confianza en los lazos que nos estrechan, porque nada como el alejamiento enseña a los hermanos cuánto son capaces de amarse.

I

Sobre qué pilar reposa la obra de la Asunción

**El A.R.T. y el triple
amor en la base de la
obra**

Nuestra vida espiritual, nuestra sustancia religiosa, nuestra razón de ser como Agustinos de la Asunción se encuentra en nuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. El advenimiento del reino de Dios en nuestras almas, mediante la práctica de las virtudes cristianas y de los consejos evangélicos, conforme a nuestra vocación; el advenimiento del reino de Dios en el mundo mediante la lucha contra Satanás y la conquista de las almas rescatadas por Nuestro Señor

y sin embargo hundidas en las tinieblas del error y del pecado; ¡nada más sencillo! ¡Nada más vulgar, si puedo decir así, que esta forma de amor de Dios! Si, a este amor principal, añadís el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa, conoceréis bajo su expresión más breve el espíritu de la Asunción.

**Nada más sencillo
y más francamente
católico**

¿Pero, qué hay ahí de especial, de característico? ¿Qué se puede ver ahí que todos los verdaderos cristianos no puedan aceptar? ¿Qué pensamientos, bajo estos pensamientos fundamentales, nos pueden distinguir de las demás familias religiosas? ¿No repiten todos los días religiosos y cristianos, con la Oración dominical, este grito del que queremos hacer nuestro grito de guerra: *Adveniat regnum tuum*? ¿Cristianos y religiosos no deben todos ellos amar a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a la Iglesia? Una vez más, ¿por qué reclamar como un bien propio lo que es el patrimonio de todos?

Hay que reconocer de entrada este primer sello de nuestro Instituto: la sencillez de medios.

Se dice que el *sentido común* es la cosa más rara del mundo. ¿Sería paradójico afirmar que en el mundo católico la cosa más rara es el sentido común católico? Por eso tratamos de apropiárnoslo como un sello original. Somos sencillamente católicos, pero católicos tanto como se puede serlo; somos católicos de una sola pieza, y como hay en estos tiempos que corren muchos católicos a medias, católicos de su tiempo, católicos acomodaticios, católicos que creen serlo, nosotros que lo somos francamente, ante todo, completamente, pasamos a los ojos de la gente como hombres aparte, si no extraordinarios. Tal

es el primer rasgo de nuestro carácter en tanto que Agustinos de la Asunción.

**A/ Nuestro amor a
Nuestro Señor. Frente
a la incredulidad
moderna, el
reconocimiento de los
derechos de Nuestro
Señor...**

Se pone aún más de manifiesto si hablamos de nuestro amor a Nuestro Señor Jesucristo. Atacado por todas partes, este divino Maestro es la gran locura de los hábiles de la ciencia moderna; es el escándalo del judaísmo legal, sensualista, brutal o

refinado.

¿Quién, pues, hoy, quiere algo con Jesucristo? ¿Por quién no es rechazado? “Es esta piedra, decía el príncipe de los Apóstoles a los habitantes de Jerusalén, cincuenta días después de la muerte del Salvador, es esta piedra, ¡oh, constructores imprudentes!, que vosotros habéis desechado, la que ha sido puesta como piedra angular: *Hic est lapis qui reprobatus est a vobis ædificantibus, qui factus est in caput anguli*” (Hechos 4, 11). Sí, se trata siempre de la misma piedra terrible, de la que el Salvador mismo decía: “Quien tropiece en ella se partirá, y sobre quien caiga será aplastado: *Et qui ceciderit super lapidem istum confringetur, super quem autem ceciderit, conteret eum*” (Mateo 21, 44). Pues bien, sobre esta piedra es sobre la que, siguiendo el ejemplo de Dios, nosotros queremos construir, porque es la base de nuestra fe, *auctorem fidei et consummatorem Jesum* [Hebreos 12, 2]. Para nosotros todo se renueva en Jesucristo, *omnia in Christo* [Efesios 1, 10], es nuestra única predicación, *nos autem predicamus Christum* [1 Corintios 1, 23], porque es nuestra única ciencia, *non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]; por él, y sólo por él, vamos al Padre, *nemo venit ad Patrem nisi per me* [Juan 14, 6], y sólo en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina, *in quo sunt thesauri sapientiæ et scientiæ*

absconditi [Colosenses 2, 3]. En él reside la plenitud de toda perfección: *In ipso enim complacuit omnem plenitudinem inhabitare* [Colosenses 1, 19]. Le hemos visto lleno de gracia y de verdad, de verdad para disipar nuestras tinieblas, de gracia para liberarnos del mal. No tenemos que escuchar a ningún otro maestro, él tiene palabras de vida eterna: *Domine, ad quem ibimus?* [Juan 6, 68].

**tanto más franco y
más ardiente cuanto
más ignorado y
rechazado es Nuestro
Señor**

Sí, vamos a Jesucristo, afirmamos a Jesucristo frente a quienes le niegan, o le detestan, o le abandonan; la negación del incrédulo, el odio del impío, el abandono del indiferente o

del traidor son para nosotros otros tantos motivos para rodear a Jesucristo con un amor más ardiente, más activo, más tierno y más solemnemente manifestado. En él amamos a Dios, y aunque indignos, proclamamos su divinidad; amamos al hombre, es decir al más perfecto de los modelos y al más tierno de los amigos; amamos al Hombre-Dios, es decir al pacificador del cielo y de la tierra, el doctor de la verdadera ley, *finis legis Christus* [Romanos 10, 4], el iniciador del mundo sobrenatural que, al lavarnos en su sangre, nos transporta mediante su poder y su misericordia a las esferas superiores, de las que hoy ya nada se quiere saber, porque son el auténtico imperio de un soberano a quien tampoco se quiere, precisamente a causa de sus beneficios. Sí, nosotros le amamos porque nos trae la verdadera luz y los verdaderos bienes, le amamos con aquel amor de los primeros tiempos, porque encuentra los mismos enemigos de antaño, con aquel amor que hacía exclamar al Apóstol: “Si alguno no ama a Jesucristo, sea anatema: *Si quis non amat Dominum Jesum Christum, sit anathema!*” [1 Corintios 16, 22]. Esto no es muy tolerante, quizá, pero sabéis que los que aman mucho toleran poco y que, hablando con propiedad, la auténtica naturaleza del amor consiste en

el vigor de una noble y franca intolerancia. En estos días en que, careciendo de energía para amar o para odiar, los hombres ya no ven que su tolerancia es una nueva forma de su debilidad, nosotros nos mostramos intolerantes, porque sacamos nuestra fuerza de nuestro amor a Jesucristo. Otra distinción bien clara que nos separa de mucha gente.

B/ Nuestro amor a la Santísima Virgen nuestro modelo más cercano

El amor al Hijo nos lleva al amor de la Madre. Nuestra ternura por la Santísima Virgen no tiene límites, lo mismo que su ternura para con nosotros. Jesucristo es nuestro modelo el más perfecto de todos, pero Jesucristo es Dios; María, pura criatura, es, también ella, un modelo, pero, si puedo decirlo, menos desalentador para nuestra debilidad a causa de su menos absoluta perfección; modelo que imitar por parte de sus hijos de adopción, que quieren a su zaga subir los peldaños de la santidad y de todas las virtudes que la santidad entraña; modelo para proponerlo a todos los cristianos, sobre todo a aquellas almas de élite a quienes atormenta la necesidad de una vida más perfecta, más pura, más inmolada y cuya dirección nos es a menudo confiada.

en las pruebas de la vida sobrenatural

La vida de María, colocada entre la belleza privilegiada de su concepción sin mancha y la transformación casi divina de su triunfante Asunción, nos muestra hasta dónde puede elevarse una criatura mediante la humillación, el sacrificio, el sufrimiento, los abandonos y las torturas más vivas del corazón. Esta vida nos muestra de qué rigores inexorables se sirve Dios frente a las almas elegidas; se trata de la perfección, de la delicadeza y de las pruebas de orden sobrenatural puestas a nuestro alcance; se trata también de la enseñanza que es-

tamos encargados de revelar a todos aquellos que quieran ver resumidas en una sola alma todas las complacencias de un Dios hacia la criatura a la que más ha amado.

en los sufrimientos del apostolado La incomparable inocencia de María y sus no menos incomparables dolores nos dan, en su aparente contradicción, la idea de un misterio que el mundo no puede entender, la felicidad de probar el amor mediante el sufrimiento y el poder del sacrificio cuando el amor es su principio. Además, María, madre de Jesús, ¿no podrá ser para nosotros un modelo en el misterio de la Encarnación? Sí, también ahí lo será para nosotros mediante el ardor que nos inspirará y el deseo de engendrar almas para Jesucristo y de engendrar a Jesucristo en las almas: *Filioli quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]. Se trata del grito de aquellas angustias apostólicas que, para nosotros como para María, comienzan en el pesebre y sólo terminan en la cruz. Ahora bien, la piedad así entendida está quizá muy lejos de aquella devoción blanda so pretexto de ser tierna, sin energía, por miedo al escándalo; cuyas concesiones y traiciones diarias ya no saben mostrar la cruz si no es rodeada de flores y de perfumes y el Calvario ahogado en vapores indecisos.

C/Nuestro amor a la Iglesia. El misterio de la Iglesia ¿Qué diré de nuestro amor a la Iglesia? La Iglesia es algo tan admirable que las expresiones parecen muy informes en la pluma de los escritores sagrados para describir sus grandezas, sus riquezas, su poder, su belleza, su gloria. Escuchadles decir que la Iglesia es el tabernáculo de Dios con los hombres, la columna y la base inmovible de la eterna verdad; que es el cuerpo místico y la última perfección de Jesucristo; que es además su esposa sin mancha y completamente bella. Por ella, el Hijo de Dios ha

venido a la tierra y se ha unido a la humanidad; es ella cuyas tiendas quiere dilatar, es su ciudad preferida, es el ejército mediante el que derribará a sus enemigos. De todos los títulos de la Iglesia, el que más nos llena es el de Esposa. Es el objeto de las predilecciones más celosas de su Esposo divino; amamos a la Iglesia porque Jesucristo la ha amado. Ahora bien, nuestro amor tiene un carácter triple: *es sobrenatural, audaz y desinteresado.*

Caracteres de este amor: Sobrenatural frente al naturalismo moderno

Es sobrenatural. El orden sobrenatural nos arrebatara de admiración hacia la Iglesia. Todo ha sido hecho para los elegidos que sólo existen en la Iglesia; si

alguna vez la lucha entre el bien y el mal, la verdad y el error, Jerusalén y Babilonia, el cielo y el infierno, la Iglesia y la Revolución ha sido manifiesta, es ciertamente en nuestros días. Escuchad al hombre repetir a zaga de Satanás: “No obedeceré, subiré a los cielos y seré como el Altísimo: *Non serviam, in cælum conscendam, et similis ero Altissimo*” [Isaías 14, 14]. El hombre va hasta negar a Dios, porque Dios le coarta imponiéndole el yugo de la conciencia, del deber, de la virtud. Para romper este yugo, el hombre no tiene más recurso que decir: Dios no existe; y nosotros frente a semejantes blasfemias, como el jefe de los ejércitos celestiales, hemos de repetir sin cesar: “¿Quién como Dios?: *Quis ut Deus?*” [Apocalipsis 12, 7-9]. Satanás, para derribar a la Iglesia, se emplea en derribar todo el orden social, y los cincuenta o sesenta tronos que de un siglo a esta parte se han derrumbado bajo sus golpes son el ensayo de sus últimos esfuerzos por derribar el trono del Vicario de Jesucristo en la tierra, al no poder derribar el trono de Jesucristo mismo en el cielo. *Nolumus hunc regnare super nos!* [Lucas 19, 14], exclaman las cohortes infernales y, a su zaga, la turba de los incrédulos, de los impíos, de los hombres de todos los desórdenes y de todas las inmoralidades, todos los escl-

vos de aquella cortesana que el Apóstol vio sentada sobre la bestia llena de blasfemias; estaba cubierta de púrpura, su mano sostenía una copa llena de abominaciones y de las inmundicias de su fornicación, y en su frente estaba escrito este nombre: *¡Misterio! Babilonia la grande, la madre de todas las abominaciones de la tierra* [Apocalipsis 17, 5].

¿Podéis ver una pintura más profética, más exacta de la Revolución? Tal es la gran enemiga de Dios y de su Iglesia. Nuestro amor a la Iglesia encontrará su medida en nuestro celo por combatir a la Revolución. Ahora bien, amamos a la Iglesia, porque encierra todos los tesoros del orden sobrenatural que le han sido confiados por su Esposo divino y que la Revolución detesta. En ella encontramos la predicación de la verdad, la ley perfecta, el germen de todas las virtudes; en ella encontramos el verdadero reino de Dios aquí abajo, la asamblea de los santos y de los discípulos de Jesucristo; en ella contemplamos la estabilidad en medio de las sociedades que se derrumban; por su medio, tenemos la divina esperanza de una felicidad inaccesible al hombre aislado; por ella sentimos la fuerza para lanzarnos desde el destierro de la tierra hacia el cielo, nuestra eterna y gloriosa patria. Pero, todo eso está por encima de la naturaleza, todo eso pertenece al orden divino, al que Jesucristo sólo mediante su Iglesia nos inicia, y por ello nuestro amor a la Iglesia es ante todo sobrenatural.

**Audaz frente a una
prudencia demasiado
humana**

Además, *es audaz*. Cuando los peligros son tan apremiantes, cuando los abismos se abren tan profundos bajo nuestros pies, cuando las esperanzas del infierno se manifiestan mediante esos gritos funestos como los que escuchamos todos los días estallar con alegría salvaje, seguir las prudentes teorías de la carne, es decir, de los intereses humanos y de las componendas políticas, sería más que

cobardía, sería traición, sería sacrilegio. Nos acusan de comprometernos demasiado, y esa es nuestra gloria. ¡Oh, hombres prudentes, sospecho que encontraréis a Jesucristo muy temerario cuando comprometía la obra de su Iglesia muriendo en la cruz! Los mártires también estaban locos y los apóstoles insensatos, cuando con una gran valentía daban testimonio, bajo la persecución de los judíos y de los paganos, de la resurrección del Salvador. Por nuestra parte, en nuestra demencia, estamos celosos de la audacia de los mártires y de la temeridad de los apóstoles, y con esta audacia es como pretendemos amar a la Iglesia, servirla con todos nuestros esfuerzos, inquietándonos poco de los juicios tan contradictorios de los hombres, y recordando sobre todo que el mundo ha sido salvado por la necedad de la predicación y la audacia imprudente de los predicadores.

Así era el amor del príncipe de los apóstoles y del gran doctor de las naciones. Es inútil agregar que este amor audaz es muy raro en nuestros días, pero también que nos imprime un sello original, y resulta una razón más para ser lo que queremos ser.

Desinteresado como todo amor auténtico Finalmente, nuestro amor es *desinteresado*, por no decir caballeresco, como el de todas las grandes instituciones religiosas en sus comienzos. Es triste ver cómo el hombre se apresura a apropiarse el escaso bien que es capaz de hacer, y cuánto aspira a ser el único que lo hace y a impedir a los demás hacerlo cuando él mismo no puede hacerlo todo. ¡Oh, hermanos míos, que ésa no sea nunca nuestra tentación! Amemos bastante a la Iglesia para alegrarnos de todo el bien que llevan a cabo sus hijos y para su triunfo; no excluyamos ninguna forma de santidad ni de caridad; no podemos tomarlas todas para nosotros; amemos, admiremos, estimulemos en los demás todo aquello de lo que nosotros mismos somos incapaces. Que el bien general sea

nuestra única preocupación; como Moisés digamos: *Utinam et omnes prophetent; ¡Ojalá todos profeticen!* [Números 11, 29]. Las victorias de la Iglesia serían más numerosas y nuestro amor por ella más consolado si, dejando las consideraciones mezquinas y personales, el triunfo de la Iglesia fuera el exclusivo deseo de nuestro corazón. Este desinterés en el amor es lo que no sabría recomendaros suficientemente. Si me decís que es poco común, os repetiré una vez más que, poseyéndolo en toda su amplitud y generosidad, seremos mucho más fácilmente identificables y fáciles de reconocer en la vía en que queremos avanzar.

Amemos a la Iglesia sobrenaturalmente, audazmente, generosamente, y veréis qué bendiciones aquí en la tierra y qué recompensas en el cielo Dios dispensará a nuestros trabajos, y si no somos hallados hábiles, como otras personas, no tendremos que avergonzarnos del motivo.

II

Medios para desarrollar más que nunca la Obra de la Asunción

¿Me permitiréis ahora indicaros en muy pocas palabras las conclusiones prácticas que podemos sacar para nosotros de las ideas fundamentales que acabo de exponer?

**Nuestra divisa
nos consagra a
un apostolado tan
ferviente como
desinteresado**

De nuestra divisa *Adveniat regnum tuum*, se sigue evidentemente que somos un Instituto apostólico. El celo por los derechos de Dios en la tierra y la salvación de las almas, he ahí la

forma esencial de nuestra caridad; el olvido de nosotros mismos y la abnegación nos son ante todo impuestos; da-

mos poca importancia a todo lo que nos atañe, con tal que Jesucristo sea anunciado: *dummodo Christus annuntietur* [Filipenses 1, 18]. Tratamos de no tener en cuenta todas las causas de disensiones internas entre los hijos de Dios, que so pretexto de derecho o de dignidad cristiana, desvían los más útiles esfuerzos de la guerra contra el enemigo común para ocuparse de luchas entre hermanos. Cuando los cristianos y sus jefes no nos quieran más en un país, iremos a otro, es el mandato de Nuestro Señor, que bien aplicado siempre nos dejará la necesaria libertad para ser obreros apostólicos.

**A/ Nuestro amor a
Nuestro Señor nos
exige el estudio de sus
perfecciones**

Ignoti nulla cupido. Jesucristo, para ser amado, quiere ser conocido. Lo estudiaremos sobre todo en los libros inspirados. Jesucristo será para nosotros el

tesoro buscado bajo los velos de las Sagradas Escrituras. Nos dedicaremos a conocerlo como Dios, como hombre y como autor de los dones sobrenaturales que nos reconcilian con el Padre. San Agustín, nuestro patriarca, será nuestro principal guía. Su tratado de la Trinidad y sus libros admirables, que le han granjeado por parte de la Iglesia entera el título de doctor de la gracia, son los grandes jalones de nuestros estudios sobre estas importantes cuestiones. Añadimos a esto la carta a Volusiano, en que trata de la Encarnación y, como introducción a la verdadera filosofía, los tratados *Contra los académicos*, *Sobre el libre albedrío* y la carta a Dióscoro.

**para comunicar su
ciencia mediante
la predicación, la
educación...**

Jesucristo, conocido por nosotros, es la ciencia que tratamos de comunicar ante todo, en primer lugar mediante la predicación: *Nos autem praedicamus*

Christum crucifixum [1 Corintios 1, 23], y ese es el rasgo distintivo que nos separa de aquella predicación insípida,

humana, naturalista, en que no se osa casi predicar a Jesucristo, ni sobre todo hablar de su cruz; luego, mediante la educación y la enseñanza. Si nos preguntan qué es para nosotros la educación, respondemos: La educación es la formación de Jesucristo en las almas como la enseñanza es la iluminación de las almas mediante el esplendor de Jesucristo. No tenemos otro pensamiento matriz en las escuelas que formamos y si algún día nos es dado tener una Universidad católica, en su frontispicio escribiremos: *Ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum* [Juan 17, 3].

B/ Nuestro amor a la Santísima Virgen nos invita a una alta perfección

El amor a Jesús y a María su madre constituye para nosotros toda la ciencia de la vida mística. Las perfecciones de Jesucristo manifestadas en el Nuevo Testamento, las virtudes de María que se revelan al alma interior pese a los velos de la humildad, constituyen como un doble libro en que meditamos sobre la santidad a que estamos llamados.

y nos consagra al culto de las vocaciones virginales

El amor a la Santísima Virgen nos inspira otro amor que se perpetúa en el mundo mediante el culto a la Madre de Dios, estoy hablando del amor a la pureza y a la castidad. Desde los comienzos fue uno de los rasgos sobresalientes de los hombres apostólicos y los historiadores eclesiásticos nos enseñan que la causa inmediata del martirio de San Pedro y de San Pablo fue el esfuerzo constante de los dos apóstoles para formar vírgenes en la Roma pagana y hasta en el palacio de Nerón.

Queremos ayudar a María, nuestra Reina, a llevar muchas vírgenes al Rey inmortal de los siglos: *Adducentur Regi virgines post eam* [Salmo 45, 15], y la estima de las bellezas que encierra un alma casta y pura contribuye a

elevarnos a nosotros mismos más alto, como sobre alas de ángeles, hacia el trono del Cordero sin mancha. Y si nos reprochan que favorecemos demasiado las vocaciones religiosas, respondemos que nuestro único pesar es no favorecerlas suficientemente.

C/Nuestro amor a la Iglesia nos consagra a su defensa en nuestros tiempos tan confusos de nuevo

Finalmente, el amor a la Iglesia nos brinda en los tiempos presentes un horizonte completamente nuevo. Mirad en torno vuestro: ¿no notáis que los abismos se hacen más profundos, que las ruinas se amontonan, que las catástrofes se preparan? En medio de todos estos trastornos, la Iglesia, estable sobre su roca, ve cómo el viejo mundo se hunde, como desde las riveras de Hipona San Agustín contemplaba la Roma de los Césares hundiéndose bajo las sucesivas oleadas de los bárbaros.

El libro de la *Ciudad de Dios* es para nosotros como una segunda revelación, y cuanto más lo estudiemos, más podemos por analogía encontrar allí el secreto del porvenir. ¿Cuántas tristezas, cuántos desalientos no brotaban de aquellos inmensos escombros causados por la espada y la tea de un Atila y de un Genserico? Sin embargo, se trataba de Dios barriendo una sociedad podrida, para preparar otra nueva. Los obispos de las Galias sobre todo no se engañaron: tengamos la inteligencia de nuestros Padres. Ellos saludaban y transformaban la barbarie feudal; por nuestra parte, saludemos y transformemos la barbarie democrática. Sin duda, también había entre nuestros viejos pontífices galorromanos algunos lamentos por las grandezas desaparecidas; no por eso dejaron de formar a Francia, como las abejas la colmena. Hagamos lo mismo: sin lamentos demasiado inútiles por el pasado, sin esperanzas demasiado engañosas por el futuro, prosigamos nuestra obra tal como nos la propone Dios. Quizá sea ma-

yor con los pueblos recristianizados que con los bárbaros arrancados de la grosería del mundo salvaje.

Aquí nos planteamos dos preguntas: ¿Quién será nuestro guía? ¿Qué trabajos serán los nuestros?

con el Papa como guía ¿Quién será nuestro guía? El Papa. Se puede decir que la política, desde Felipe el Hermoso, ha sido una inmensa conspiración contra el papado. Los reyes no han querido saber nada del Papa; estamos viendo en nuestros días cómo los pueblos no quieren saber nada de los reyes. ¿Dónde iremos con este odio antimonárquico? ¿Qué importa? Un poder es necesario, pero no es preciso que esté confiado a una cabeza coronada. Dios consideró como un insulto la petición de los hijos de Jacob que deseaban un rey. No insistamos. ¿Pero por qué negarlo? Si hay un hecho manifiesto, es que la ola democrática aumenta cada día, y está preñada de revoluciones; ¿quién sabe dónde está el grano de arena contra el que vendrá a estrellarse la espuma de sus tempestades? Por mi parte, veo lo que la Iglesia ha hecho antaño y espero.

Ni excesiva tristeza ni excesiva esperanza; confianza en Jesucristo, en María, en la Iglesia; trabajo perseverante, ¿qué importa lo demás? Me equivoco: ¿quién puede asegurar que nuestros esfuerzos no resulten exitosos, con tal que sean inteligentes? Y por ahí va la respuesta a la segunda pregunta que planteaba antes: ¿Qué trabajos serán los nuestros?

mediante toda obra de recristianización de pobres y ricos Fuera de las que ya he indicado, todas las obras mediante las cuales el pueblo pueda ser levantado, instruido, moralizado, mediante las que la democracia pueda ser cristianizada, son nuestras obras; y ved, por lo tanto, qué campo inmenso se abre ante nosotros mediante la visita de los enfermos, la evangelización de los pobres, la dirección

de orfanatos, la propagación de los buenos libros y las demás obras imposibles de enumerar porque cada día nacen nuevas; con una condición sin embargo, y es que para nosotros la limosna material sea el medio de ofrecer la limosna espiritual. Aliviamos los cuerpos para tener derecho a llegar hasta las almas. Algunas monedas presentadas a la mano indigente, son el preludio de los tesoros de la fe entregados a las almas hambrientas de verdad y que ya no sienten la necesidad a fuerza de privaciones.

Mediante estas obras de los pobres, llegaremos a los ricos y la experiencia nos prueba que se les alcanza con mayor facilidad y de un modo más digno de nosotros y de Jesucristo cuando se les cita en el campo de la caridad.

mediante las misiones El amor a la Iglesia suscita otro amor en los corazones. Los apóstoles debían llevar el testimonio de Jesucristo no sólo a Jerusalén, sino hasta los confines del mundo: *usque ad ultimum terrae* [Hechos 1, 8]. Sí, las misiones extranjeras son nuestra ambición. ¿Mediante qué disposición providencial sucede que, siendo tan pocos, tengamos ya tantos misioneros? Mirad al mismo tiempo a qué auxiliares hemos recurrido. Antaño, se escondía a las vírgenes consagradas al Señor tras las clausuras más severas. Hoy se les dice: “Hijas mías, iréis allende los mares”.

¡Qué cambio el producido, tanto por una misericordia de parte de Dios como por una gran entrega por parte de sus esposas que quieren santificarse como nosotros en un inmenso y apostólico amor a la Iglesia! Su sello, en este aspecto, profundiza en cierto modo mucho mejor nuestro propio sello.

en perfecta fidelidad, a la espera del Concilio, a las directivas de la Iglesia

Ciertamente, todo esto es muy grave, y las cuestiones que acabo de evocar y que atañen a lo que nuestra vocación tiene de característico, nos turbarían si

no viéramos al Jefe de la Iglesia convocar a todos los obispos de los cuatro vientos de la tierra e invitarlos a tratar de la manera más solemne estos mismos problemas que preocupan a la humanidad entera y de los que sólo la Iglesia puede aportar la última palabra.

Esperemos aquellas soluciones capitales, pero compenetrándonos con todo aquello que los pontífices romanos han enseñado siempre, y no temamos prever en qué sentido serán determinadas las cuestiones más difíciles. Podrán manifestarse algunos roces, no nos preocupemos demasiado de ello; esforcémonos por suavizar el correspondiente dolor mediante una paciente caridad; dejemos a todos la libertad cuando la Iglesia la concede, pero sepamos defender la doctrina que ella afirma, las verdades que define, las leyes que promulga, las condenas que pronuncia. Sus actos siempre han obrado en pro de la vida y de la felicidad de los pueblos; nuestra gloria debe consistir en servir según nuestra debilidad para la consumación de la obra que se propone, sin inquietarnos por los obstáculos que hay que superar, ni de los enemigos a vencer, ni de las consecuencias que nuestra entrega a su causa nos expondría a sufrir; por ahí, quizá acentuaríamos un poco más el lugar que queremos ocupar.

Conclusión: Unión de corazones

Ahora, Padres y Hermanos míos, nuestra obra está terminada; bendigamos a Dios por habernos inspirado estas visiones unánimes, estas resoluciones enérgicas que todos prometemos desarrollar y mantener con fervor e inteligencia. Tengamos siempre los unos para con los otros aquel afecto de auténticos religiosos, basado en el respeto y la necesidad de man-

tenernos fuertemente unidos; no formemos sino un solo cuerpo en la sinceridad de nuestras almas y la franqueza leal de nuestras relaciones; que nuestro lazo indisoluble sea Jesucristo.

**En torno al trono
eucarístico de Nuestro
Señor**

El Apóstol decía: *Unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamos* [1 Corintios 10, 17]. Que el altar sea nuestro centro, porque allí encontramos a Jesucristo; que sea también para nosotros el trono de nuestro Rey. Es notable el hecho que la Víctima por excelencia recibe de un tiempo a esta parte los homenajes más universales en el sacramento de su amor. Conviene que sea así. Cuando el trono del representante del rey parece sacudido, ¿no es bueno que el trono del Soberano mismo aparezca más resplandeciente por nuestras adoraciones? Y no es para nosotros un mediocre honor el haber contribuido según nuestra debilidad a la extensión de este culto reparador. Ahí, en efecto, encontramos de nuevo a Jesucristo, nuestro amor, dándose a nosotros y enseñándonos a darnos a él y al servicio de su Iglesia por él. Persigamos, pues, nuestra meta con alegría y confianza y merezcamos así, tras haber trabajado en acrecentar el reino de Dios en la tierra, disfrutar de él en el cielo durante la eternidad. Así sea.

Cuatro cartas al Maestro de novicios

Han sido redactadas a petición del Capítulo General de 1868. La carta introductoria, fechada en Lavagnac, es del 8 de octubre de 1868. Las dos primeras cartas se recibieron en Le Vigan, donde estaba el noviciado a la sazón, el 22 de noviembre de 1868. La tercera carta, ciertamente comunicada también, no fue recopiada a continuación de las dos primeras: escapó, en 1912, a la edición de las "Circulares del P. d'Alzon". En cuanto a la cuarta, recuperada en 1926, estaba en elaboración en julio de 1869, pero permaneció inconclusa: el P. d'Alzon estaría totalmente acaparado por la preparación del Concilio.

Estas cartas completan, desde un punto de vista nuevo, nuestro Directorio. Un espíritu, para ser perfectamente captado, debe ser considerado desde varios ángulos. El espíritu de la Asunción es presentado aquí a la luz de nuestra divisa; el tema del Reino, que se remonta a los orígenes de la obra, recibe en estas páginas preciosas explicaciones.

CARTA DE INTRODUCCION

Mis muy queridos Hermanos,

Objeto de estas cartas El Capítulo General que acabamos de celebrar me ha invitado a dirigir al noviciado una serie de instrucciones en que resumiría, en cuanto de mí dependiera, el espíritu de nuestra Congregación; es lo que voy a esforzarme por hacer, trazándoos sucesivamente las diversas ideas sobre las que reposa nuestra obra. Ya en el *Directorio* yo había establecido algunos jalones, pero quizá sea oportuno desarrollar lo que se dice allí. Por otra parte, a medida que los mismos pensamientos son presentados desde diferentes puntos de vista, pueden penetrar en los espíritus que no siempre los han captado al primer intento. Me parece, pues, muy útil brindaros una serie de consideraciones cuyo resultado, eso espero, sea daros más claramente la auténtica noción de vuestros deberes de religiosos Agustinos de la Asunción.

Su presentación He adoptado la forma de carta, porque así puedo ponerme más en relación directa con vosotros. No pudiendo hablaros, puedo escribiros, y teneros más presentes en la mente y en el corazón: lo que os diga tendrá quizás más vida y, por ende, os será más provechoso. Dividiré el trabajo en cuatro partes principales, que serán subdivididas a su vez de acuerdo con la extensión y el número de consideraciones que vendrán a agruparse en torno a las ideas madre (1).

Estableceré primero los principios sobre los que reposa nuestro espíritu; indicaré luego algunas prácticas útiles

para adquirirlo, luego trataré de las virtudes que os son más particularmente necesarias; finalmente, examinaré la acción que debemos ejercer fuera y los medios por los que debemos ejercerla.

Coloco este trabajo bajo la protección de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de San Agustín y de todos nuestros Patronos, con el fin de que mis palabras os instruyan, os edifiquen y os inflamen en el deseo de procurar la gloria de Dios, al mismo tiempo que trabajaréis con mayor fervor en vuestra santificación personal.

[Lavagnac], a 8 de octubre de 1868.

(1) El P. d'Alzon se propone un plan que no será seguido sino parcialmente. La primera carta no trata sino de "lo que concierne a nuestra santificación personal"; la segunda: "la acción que hemos de ejercer hacia fuera"; la tercera: "los medios por los que debemos ejercerla". La cuarta inauguraba una nueva serie sobre "las virtudes que nos son más particularmente necesarias".

Los principios de la Congregación

PRIMERA CARTA

El advenimiento del reino de Dios en nosotros

Mis muy queridos Hermanos,

Los principios de nuestra Congregación se encuentran, propiamente hablando, en nuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. Esta palabra de la Oración dominical encierra toda perfección para nosotros, la vida apostólica y el celo en nuestras relaciones con el prójimo.

Voy a detenerme hoy en lo que concierne a nuestra propia santificación.

I

Nuestra divisa nos pide instaurar el reino de Dios primeramente en nuestras almas:

**mediante un
trabajo personal de
santificación**

“*Regnum Dei intra vos est*, nos dice el Apóstol: el reino de Dios está dentro de vosotros mismos” [Lucas 17, 21]. No es necesario ir a buscarlo a otra parte. ¿Cuál es, pues, este reino de Dios? Es el estado de relaciones íntimas a donde debemos llegar, según lo que Dios es y lo que nosotros somos. Pero Dios, infinitamente perfecto, es inmutable. De su parte no puede haber cambio, de la nuestra sí, en el sentido de que despojándonos cada día de nuestros defectos, de nuestros hábitos culpables, nos hagamos menos indignos de aquellas comunicaciones inefables que Dios no desdeña hacer mediante su gracia a las almas que, en la sinceridad y generosidad del esfuerzo, se emplean en darle un poder absoluto sobre sí mismas.

**con la ayuda de las
luces de Nuestro Señor** A medida que el alma se purifica por la destrucción de las manchas que detecta, Jesucristo, la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, le manifiesta de un modo más admirable tanto las perfecciones de Dios, como lo que ella le debe, y le da al mismo tiempo una energía más grande para cumplir sus deberes mejor conocidos. El alma, al conocer mejor lo que aquí abajo le es dado saber sobre Dios y sus perfecciones, desea conocer siempre más, se inflama con un amor más grande, proclama con mayor dicha sus derechos y se abandona más completamente a su imperio soberano.

**con generosidad,
presteza y valor** Este trabajo se realiza de una manera más o menos rápida, según la generosidad del alma y su presteza en responder a la llamada, su fervor en obedecer a cuanto le es ordenado, su valor en superar las pruebas que le son enviadas; pero si avanza, si para acercarse a Dios se separa de las criaturas y de sí misma, nota que Dios se le acerca y se une a ella de una manera inefable, y entonces es consumado, en la medida de lo posible aquí abajo, el reino de Dios en lo más secreto de su corazón y como en las profundidades de su ser. Entonces dice como San Francisco de Asís: “Dios mío y mi todo. *Deus meus et omnia*”. Pero, para llegar a eso hay que luchar mucho y sufrir mucho. Se avanza lentamente, a veces se cree no avanzar en absoluto, Dios parece retirarse, Satanás empuja al desaliento, las resoluciones tomadas con el fervor del espíritu no siempre se cumplen a causa de la debilidad de la carne. Tal es la causa de tantas caídas más o menos graves, que paralizan en las almas mejor dispuestas por la soberana Bondad el crecimiento interior del reino de Dios.

y el indefectible deseo de una alta perfección Por eso, mis queridísimos Hermanos, no sabría recomendaros demasiado que reflexionéis seriamente antes de poner manos a la obra. Si os sentís llamados a la perfección, no vaciléis. Pero, recordad que una vez puesta la mano en el arado, ya no deberéis mirar atrás. Una vez enganchados en el ejército de Jesucristo, huir sería para vosotros un oprobio eterno. Todos no están llamados a la misma perfección, y no pretendo que el reino de Dios imponga a todos las mismas obligaciones. Hay muchas estancias en la casa del Padre celestial, pero el religioso que, por la santidad de su estado, es llamado a penetrar en las moradas secretas del gran Rey, debe recordar sin cesar que, mientras no haya llegado a la cumbre de la perfección, no ha hecho nada; y que puede llegar a ella, ya que esta perfección no es otra cosa que la imitación perfecta de las virtudes de las que Nuestro Señor nos ha dado el modelo durante su vida en la tierra.

II

El Reino que Dios desea instaurar en nuestras almas se impone a nosotros en nombre:

A/ de los derechos de nuestro divino Rey a una sumisión libremente aceptada

El reino de Dios en nosotros es, pues, la dependencia más absoluta de todo nuestro ser y de todas nuestras facultades de la acción íntima de Dios. Dios es el dueño, nosotros somos los súbditos: *Ego autem servus tuus et filius ancillæ tuæ* [Salmo 116, 16]. Si Dios es nuestro rey y si tiene derecho a mandarnos de acuerdo con la extensión de su poder, de su inteligencia y de su amor para con nosotros, estamos obligados a obedecer-

le según toda la amplitud de nuestro agradecimiento por sus beneficios y del conocimiento que tengamos de sus derechos y de sus dones, y según toda la capacidad de actuar que nos ha concedido. ¿Qué nos queda que no le pertenezca? ¿Qué tenemos que no debemos consagrarle muy libremente y muy voluntariamente? Porque, de todos sus dones, el más precioso es quizá la libertad y, como tiene derecho a lo más excelente que hay en nosotros, mediante nuestra libertad sobre todo es como más podemos honrarle. Misterio admirable, en que Dios nos hace cada vez más libres, a medida que le hacemos reinar más perfectamente en nosotros, y en que la perfección de nuestra obediencia es el principio de la perfección misma de nuestra libertad.

Busquemos, pues, mis queridos Hermanos, este reino de Dios, proclamémoslo con toda la plenitud tanto de nuestra libertad como de nuestro amor, porque Dios no quiere reinar sobre esclavos, sino sobre almas libres, sobre hijos a quienes pueda amar con toda la ternura paternal y a quienes pueda, en su reino, sentar sobre su trono para reinar con él.

**B/ de nuestros
deberes de criaturas,
de cristianos y de
religiosos**

Criaturas de Dios sacadas de la nada mediante su poder omnímodo y su infinita misericordia, todo en nosotros, hasta el átomo más pequeño de nuestro cuerpo, hasta el más inasible de nuestros pensamientos, hasta el más delicado de los sentimientos de nuestro corazón, todo le pertenece de un modo absoluto, soberano; cristianos rescatados por la sangre de su Hijo, tiene derecho a todo el agradecimiento del que seamos capaces y al cumplimiento más generoso de la ley que nos ha revelado; religiosos llamados a la perfección evangélica, no sólo debemos ejecutar sus órdenes, sino que debemos adelantarnos a sus deseos; en fin, llamados a la gloria de una unión incomprensible sin final, toda nuestra vida debe

ser transformada aquí abajo mediante la dependencia, la adoración, el amor, para merecer compartir su reino y su gloria durante la eternidad.

Una meta así es admirable; pero, ¡qué de esfuerzos, luchas, combates para alcanzarla! Se trata precisamente de la prueba de toda nuestra vida, y por eso tenemos la obligación de trabajar sin tregua y no perder ni un momento.

SEGUNDA CARTA

El advenimiento del reino de Dios a nuestro alrededor

Mis queridos Hermanos,

No sólo en nuestro interior hemos de esforzarnos por hacer triunfar el reino de Dios, sino también mediante nuestra acción a nuestro alrededor.

I

Oportunidad de la Asunción

**Razón de ser de los
Institutos antiguos**

Daos cuenta de que todas las familias religiosas han tenido su razón de ser en la época en que Dios colocó su cuna. ¿Cuál es la razón de ser de nuestra Congregación? ¿Quién puede negar que el mal de nuestros días haya hecho espantosos progresos? ¿Quién va a negar que Dios, en su misericordia, siga queriendo colocar nuevas barreras a las invasiones del mal, siempre renovado bajo formas diversas? Cuando los bárbaros aparecieron para destruir el imperio romano, San Benito se escondió con algunos religiosos en la soledad y en los bosques, para conservar los vestigios de la perfección cristiana. Cuando los albigenses intentaron hacer volver el paganismo de las ideas y el paganismo de las costumbres, Santo Domingo y San Francisco aparecieron para sostener a la Iglesia amenazada y defenderla mediante la predicación y la santidad de la renuncia. Más tarde, contra la Reforma, Dios suscitó la gran familia de los clérigos regulares.

Necesidades actuales de la Iglesia Hoy día, tenemos que habér-noslas con la Revolución. Dios, mediante Satanás, jefe de la Revolución, es expulsado de las sociedades modernas; se le reconoce en ellas a penas bajo la forma de no sé qué providencia indefinida, pero la noción de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo se conserva a penas en el encabezamiento de no sé qué tratado de la diplomacia, cuyos agentes parecen invocar a esta Trinidad divina en la que muchos ya no creen y como para constatar que sus convenciones internacionales no son más que una serie de mentiras.

Dios es expulsado de los Estados, de la sociedad, de la familia, de las costumbres, he ahí lo que constatamos cada día más abiertamente. Ahora bien, si las leyes de la Providencia divina no han cambiado, nos amenazan los más terribles castigos, a menos que en su misericordia Dios imprima un movimiento de arrepentimiento y de vuelta hacia él a las inteligencias y a los corazones de los hombres culpables.

Grandeza de nuestra vocación Desde este punto de vista, si es cierto, como confiamos, que Dios nos llama, nuestra vocación es admirable, tanto por su oportunidad como por la grandeza de la meta que se le asigna. Pero, importa enfocarla de una manera clara y precisa, con el fin de asimilar bien los medios más eficaces de conseguirla y no desviar-nos ni a derecha ni a izquierda en trabajos útiles, incluso excelentes, pero que nos desviarían tanto de la línea a seguir como de los esfuerzos que debemos intentar y de los éxitos que con la gracia de Dios estamos obligados a proponernos.

II

Las exigencias de nuestra vocación

A/ En cuanto a virtudes: consagración al servicio de Dios “Por nuestra parte, nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra”, decía antaño San Pedro: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Hechos 6, 4).

desapego de cualquier preocupación material Este desapego respecto de las preocupaciones humanas nos parece indispensable y por eso, sin ser mendigos como los hijos de San Francisco, no nos ocuparemos de regar el suelo con nuestros sudores como los hijos de San Benito; seremos ante todo apóstoles. Buscaremos para eso la libertad y la independencia que da la ausencia de preocupaciones materiales. Lo que se dice en las Constituciones sobre la pobreza debe entenderse en este sentido. Amaremos esta virtud como una de las condiciones de toda liberación moral. El hombre que ama los bienes terrenales es el esclavo de quienes se los pueden procurar; el hombre que no desea más que su pan de cada día y con qué cubrirse: *victum et quibus tegamur* [1 Timoteo 6, 8], es muy fuerte frente a los obstáculos y las seducciones. La pobreza apostólica es para nosotros la garantía de la grandeza y de la dignidad del carácter. Ahora bien, el apóstol que no tiene un grande y hermoso carácter nunca será un auténtico apóstol, porque no ejercerá la influencia del desinterés, sin la cual no es posible convertir.

Os conjuro, pues, mis queridos Hermanos, a que huyáis del amor a las riquezas y que protestéis así contra aquella tendencia al bienestar material que es uno de los grandes envilecimientos de la época presente y la destrucción de todas las aspiraciones a la perfección cristiana y al orden sobrenatural.

En vez de amar el oro y la plata, amad a las almas, tened hambre y sed de conquistar el mayor número posible de ellas para Nuestro Señor Jesucristo, y así mereceréis ser efectivamente sus apóstoles.

aceptación de las pruebas apostólicas Si queréis extender el reino de Dios, –no os lo ocultéis–, tendréis grandes decepciones, grandes persecuciones, grandes sufrimientos: *in mundo pressuram habebitis* [Juan 16, 33]; el apóstol que no ha sufrido, ¿qué hace? y el que no ha sido tentado, ¿qué sabe? *Qui non est tentatus quid scit?* [Eclesiástico 34, 10].

La valentía es para vosotros una condición absolutamente indispensable. Iré más lejos, y recordad esto: Si queréis ser obreros del reino de Dios, necesitáis conservar la alegría en medio de los oprobios y el dolor: “*Ibant apostoli gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.*” [Hechos 5, 41]. Sí, la alegría en la prueba y las humillaciones, porque extenderéis por este medio apostólico, del modo más seguro, el reino de Dios.

B/ Como trabajos más claramente orientados al advenimiento del Reino La predicación, la enseñanza, la dirección de almas, las obras de caridad serán nuestros principales medios de acción; los combinaréis según el resultado final que nos proponemos dentro de la mayor unidad de conducta, y esforzándoos en marchar como un ejército cuya fuerza estriba en la unidad de mando, y cuya pérdida está asegurada cuando los soldados combaten según sus antojos. Que la hermosura del reino de Dios os llene de ardor. ¿Para qué se creó el mundo sino para el reino de Dios? ¿Por qué se hizo hombre Nuestro Señor sino para reparar las ruinas de esta reino devastado por Satanás?

Misterio insondable sin duda, pero misterio lleno de divinas incitaciones para quienes estiman de ningún valor lo transitorio, y cuya ambición ansía algo infinito como las perfecciones divinas y como la eternidad.



TERCERA CARTA

El advenimiento del reino de Dios

Algunos medios

Mis queridísimos Hermanos,

En el principio de todas nuestras obras: la preocupación por el advenimiento del reino de Dios

La meta que Dios parece querer asignar a nuestra pequeña Congregación se caracteriza cada día por las diversas obras que, sin iniciativa por nuestra parte, vienen a agruparse a nuestro

derredor. Un colegio en Nimes, una residencia en París, las misiones rurales, residencias en las grandes ciudades, Asociaciones generales como las de la observancia del domingo y la adoración nocturna, una escuela en Filipópolis, un seminario en Andrinópolis, misiones en Australia, la Congregación de las Damas de la Asunción, la de las Oblatas, la de las Enfermeras de los pobres, son campos diversos de nuestra actividad. Pero, ¿no es de temer que, dedicando nuestro pensamiento a tantos puntos distintos, dispersemos nuestras fuerzas y terminemos por disminuirlas? Por eso mismo me parece importante recordaros, de una manera más positiva y más precisa, que nuestra vida estriba en una idea general, que ha de dar forma a nuestra vida común y agrupar en un solo conjunto todos nuestros esfuerzos mediante un lazo común.



I

**El reino de las tres personas
de la Santísima Trinidad**

Nuestra divisa *Adveniat regnum tuum* nos ofrece ese pensamiento general. Deseamos concurrir, en cuanto de nosotros dependa, al advenimiento del reino de las tres personas de la Santísima Trinidad y, de este modo, combatimos los tres grandes errores de los tiempos modernos. Queremos ayudar a realizarse:

1° *El reino de Dios Padre*. Ya no se quiere nada con Dios, se niega su existencia, se profesa una moral independiente y se rechaza la Providencia divina. De ahí las convulsiones de la sociedad. La proclamación de los derechos de Dios, de su soberano dominio sobre todas las criaturas, tal es nuestro primer deber.

2° *El reino de Dios Hijo* que se ha hecho hombre y que es, en cuanto hombre, el rey de la humanidad regenerada. Su reino es el reino de la verdad revelada; su reino es la Iglesia, en que Jesucristo Verbo eterno, vive una triple vida entre nosotros: mediante la predicación de la verdad, mediante el Santísimo Sacramento y mediante su Vicario, el Soberano Pontífice. Ved qué segunda serie de deberes se siguen de estos principios: la defensa de la verdad revelada, el culto a la Eucaristía, la adhesión a la Santa Sede.

3° *El reino del Espíritu Santo* que, mediante la gracia, nos introduce en el mundo sobrenatural de la santidad y nos propone el modelo humano más acabado en la Santísima Virgen, su esposa. La proclamación del orden sobrenatural, la imitación de las virtudes de la Santísima Virgen, el servicio a las Congregaciones femeninas que nos piden ayuda y apoyo, tal es la tercera serie de deberes a los que, para ser fieles a nuestra divisa, debemos consagrarnos.

Reino de Dios Padre en el universo, reino de Dios Hijo en la Iglesia, reino de Dios Espíritu Santo en las almas, tal ha de ser, me parece, el pensamiento matriz de la familia de la Asunción.

II

Postura de la Iglesia en el mundo actual

A estas consideraciones generales (1), añadiré otras dos, sobre las que me permitiréis volver sin cesar: 1º la postura que debe tomar la Iglesia frente a las sociedades que desaparecen; 2º la iniciativa de la Iglesia frente a la democracia que avanza.

1º La postura de la Iglesia frente a las sociedades que desaparecen. La Iglesia siempre ha sostenido el elemento de la autoridad. Es su principio fundamental. No puede abandonarlo, sin dejar de ser lo que es. No debe preparar la ruina de nada; debe atenerse a lo establecido, incluso cuando sufra por eso. Tal es el espíritu de Dios. Tenemos de ello ejemplos demasiado impactantes cuando estudiamos con atención los libros de los Macabeos. Vemos allí cómo los judíos mantenían sus juramentos incluso frente a los príncipes que los habían sometido. Pero cuando las guerras rompían su yugo, o bien prestaban obediencia a los vencedores o bien retenían la libertad reconquistada.

Así hace la Iglesia. No desea la caída de nadie. Pero si se producen trastornos, los deja cumplirse y trata de aprovecharlos. Daré de ello un ejemplo. Las revoluciones rompen los concordatos en Italia, en Austria, en España. ¿Creéis que la Iglesia tenga algo que ver en esto? Evidentemente no. Pero cuando el hecho haya sido consumado sin ella e incluso a pesar suyo, ¿por qué no buscaría aprovecharlo y sacar de esta violenta y revolucionaria separación de entre ella y el Estado, el bien que pueda conseguir

de un Estado menos perfecto, absolutamente hablando, pero relativamente mejor, mediante la libertad?

Resumiendo, no es la Iglesia la que ha buscado el divorcio; pero, una vez consumado [este divorcio] a su pesar, ¿por qué acusarla si lo aprovecha? ¿Qué sucederá efectivamente? Las sociedades podridas caerán en el abismo y la Iglesia, liberada de todo lazo con estos cadáveres, se unirá a sociedades más jóvenes mediante lazos nuevos adaptados a nuevas formas. Y de ahí se sigue lógicamente una segunda observación.

2º He dicho: *la iniciativa de la Iglesia frente a la democracia que avanza*. En efecto, los reyes se han ido, las aristocracias desaparecen o han desaparecido, la burguesía es muy débil frente a la ola invasora. Es evidente que la democracia avanza cada día más fuerte, más irresistible, a menos que, en los planes providenciales, no deba ser aplastada por algún despotismo inaudito. ¿Debe la Iglesia desesperar del porvenir? No, mil veces no. Pero, mis queridos Hermanos, y no sabría repetíroslo en demasía, es necesario que nos hagamos todo a todos. Y por eso es necesario que nos esforcemos por entrar lo más posible en contacto con el pueblo. Y por eso también, me parece que debemos entregarnos mediante todos los esfuerzos posibles a las obras populares. La evangelización del mundo comenzó por la evangelización de los pobres. Seamos en este aspecto fieles a nuestra vocación.

III

Nuestra meta más particular

Podemos incluso decir esto: Las Órdenes religiosas en la Iglesia han tenido cada una su meta, y cuando esta meta ha sido alcanzada, su misión ha parecido terminar. ¡Pues bien!, nuestra meta es:

1º Ayudar a la Iglesia, tanto como seamos capaces, en la lucha contra los principios satánicos de la Revolución.

2º Dejar caer las viejas sociedades condenadas y, una vez hechas las reservas del *Syllabus* sobre los grandes e inmutables principios de autoridad, aceptar la libertad francamente, lealmente, para un periodo del que nadie puede saber el término, y mostrar a la democracia todo cuanto el cristianismo ha aportado al mundo en cuanto a fraternidad e igualdad católica. Porque, no lo olvidemos, nosotros tenemos igualdades incomparables y a las que la igualdad política no puede ni acercarse: igualdad de nacimiento, a la que no pueden pretender quienes niegan la unidad de raza; igualdad sin duda en el pecado original, pero también igualdad en la redención; igualdad en la adopción; igualdad en el alimento, la Eucaristía; igualdad en la llamada a la perfección: Nuestro Señor declara que es cuestión de voluntad personal: *si vis perfectus esse* [Mateo 19, 21]; notad: *si vis*; igualdad en las esperanzas; igualdad en el juicio. Ahí, es verdad, comenzará la desigualdad eterna según los méritos.

Ya veis, mis queridísimos Hermanos, estos pensamientos deben animaros a dirigir vuestras miradas a lo más alto. Tenéis magníficas cosas que llevar a cabo, para hacer llegar el reino de Dios según vuestra divisa.

NOTA

(1) Hasta las palabras: “A estas consideraciones generales”, la escritura es de una mano desconocida; a partir de estas palabras y en la misma hoja de un cuaderno enviado a las Oblatas en 1869, el P. d’Alzon mismo transcribe la carta de la que había precisado el título.



CUARTA CARTA

Nuestro amor a Nuestro Señor

La carta sobre el advenimiento del reino de Dios está escrita. Comienzo aquí lo que quiero decir sobre el amor a Nuestro Señor (1).

Mis muy queridos Hermanos,

Siendo el amor a Nuestro Señor un rasgo fundamental de nuestra Congregación, importa mucho inspirároslo mediante los medios más eficaces.

No conozco ninguno más poderoso que la meditación de todo lo que ha hecho por nosotros durante su vida en la tierra.

El religioso de la Asunción no puede tener modelo más perfecto. La vida de Jesucristo es para él el libro vivo de su regla. Y, al mismo tiempo, encuentra en cada detalle de esta vida admirable, junto con la prueba del amor que Jesucristo le atestigua, los motivos más fecundos para amarle a su vez con un amor sin división.

Me detendré en aquellas circunstancias principales de los misterios del Hijo de Dios hecho hombre y me dedicaré a hacer resaltar muy rápidamente para vosotros las enseñanzas más prácticas de la perfección religiosa.

Anunciación

La misión del Ángel El tiempo se ha cumplido; el ángel del Señor es enviado a María. Un Dios va a hacerse hombre en el seno de una virgen, criatura liberada de toda mancha, incluso de la



mancha original, un privilegio el más grande de todos entre los hijos de Adán.

Un ángel me ha sido enviado a mí también. Dios ha puesto también a mi disposición uno de los espíritus administradores encargado de hacerme partícipe de la herencia de la salvación¹⁾.

Además, me ha dado un guía para ejercitarme en el cumplimiento de mis deberes, para ayudarme a formar a Jesucristo en mí. Me ha purificado de la mancha original, me llama a la perfección de los ángeles en la tierra.

El saludo del Ángel María es saludada mediante estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum*²⁾. ¿Acaso también yo no estoy lleno de las gracias celestiales, no sólo como cristiano, sino también como religioso?

Sin duda la capacidad del corazón de María para recibir la gracia es mil veces más grande que la capacidad de mi corazón; pero mi propio corazón, ¿no puede, bajo la acción de esta misma gracia, tomar proporciones incomparables?

Dominus tecum. ¿No es éste todo el misterio de la vida religiosa: formar a Jesucristo en mí de la manera más perfecta?

¿Qué es el tiempo de mi noviciado, sino una época semejante a aquella en que Jesús se formaba en el seno de María, no que el divino Maestro no haya sido hombre perfecto desde el primer instante de su concepción, sino porque ha querido, para servirme de modelo, experimentar externamente las leyes de la naturaleza?

El asombro de María María se turba, solicita luces, y entonces se le revela la adorable Trinidad. Veo la persona del Hijo encarnado, la acción

¹⁾ Hebreros 1,14.

²⁾ Lucas 1, 28.

del Espíritu Santo, el poder del Padre: *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* ¹⁾.

Dios Hijo le pide a María tomar cuerpo en ella y, por ella, aparecer en el mundo. Para el cumplimiento de un tal prodigio el concurso del amor infinito y la omnipotencia divina no están de más.

El mismo prodigio en mí.

Jesucristo quiere formarse en mi alma. Ahí reside toda la perfección de la vida interior del religioso. Jesucristo quiere nacer en el mundo por medio de mí, es decir, quiere ser manifestado, predicado, anunciado mediante todas mis acciones y todas mis palabras.

He ahí la perfección del apóstol.

Los privilegios del amor divino

El principio de este misterio no puede ser otro que el amor divino y, efectivamente, viene

puesto a mi disposición: *Spiritus sanctus superveniet in te* [Lucas 1, 35].

El hombre es incapaz de llevar a cabo un milagro semejante; el poder eterno se pone a mi disposición: *et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [ibid.].

¡Oh, Dios!, me das a tu Hijo mediante tu omnipotencia, y como prueba de tu amor, que al mismo tiempo le forma en mí, el poder del Padre, los abajamientos del Hijo, el amor del Espíritu Santo. He ahí lo que se me ofrece, si quiero entrar en esta vida divina participando, en cuanto de mí dependa, en la renovación del misterio de la Encarnación en lo más íntimo de mi alma.

Las revelaciones de la Trinidad del cielo...

¿Pero qué son estas comunicaciones de la adorable Trinidad inclinándose hacia un pecador

como yo, hacia mi nada? El ángel anuncia un trono y un reino eterno al Hijo de María. Efectivamente, Jesucristo

¹⁾ Lucas 1, 35.

será rey, y su reino es la Iglesia. Viene para reinar y, de entre todas las criaturas, ninguna le ayudará a tomar posesión de su reino como María.

Ahora bien, he aquí de nuevo la palabra de mi vocación. Soy cristiano, pero sobre todo religioso y religioso de la Asunción para hacer reinar a Jesucristo en el mundo a imitación de María.

El poder del Padre, la Encarnación del Hijo, el amor del Espíritu Santo: tal es la manifestación de la adorable Trinidad del cielo.

y de la Trinidad de la tierra Jesús, María, la Iglesia: tal es, si puedo decirlo así, la manifestación de otra Trinidad en la

tierra. Y, si esta expresión carece de exactitud, no es menos cierto que en Jesús, María y la Iglesia se unen de un modo inefable y no forman, por así decir, sino una sola cosa. María, la Madre, da lo más puro de su sangre para formar la humanidad de Jesús; la Iglesia, esposa de Jesucristo, no forma más que uno con su Esposo.

He ahí en lo que debo trabajar sin cesar: formar a Jesucristo en mí, formar a Jesús en la Iglesia. He ahí lo que se me pide como Gabriel se lo pidió a María.

La respuesta de María ¿Qué responde María? *Ecce ancilla Domini*¹⁾. Palabra de obediencia. ¿Quiero obedecer? ¿Quiero adherirme a este maravilloso y terrible trabajo mediante el que Jesucristo tomará posesión de mí, será mi vida íntima? ¿Quiero añadir como María: *Fiat mihi secundum verbum tuum*²⁾? Es decir, quiero que toda mi formación espiritual se lleve a cabo según la dirección del guía que se me ha dado?

¹⁾ Lucas 1, 38.

²⁾ Ibid.

Visitación

Fijaos bien: 1º *el bien que podéis hacer mediante la más sencilla de vuestras relaciones*. El saludo dirigido por María a su prima santifica a Juan en el seno de Isabel y le prepara para ser un día el más grande de los hijos de los hombres. Eso mismo sucede con las más sencillas gestiones de un religioso si son edificantes.

2º *La explicación de las perfecciones y de los privilegios de María* nos viene dada por Isabel: *Et beata quae credidisti*. El espíritu de fe nos hará hacer prodigios, formará a Jesucristo en nosotros, nos hará apóstoles. Cuando queramos, nuestra fe permitirá a Dios cumplir en nosotros todas sus promesas: *quoniam perficientur ea quae dicta sunt tibi a Domino*¹.

3º *María completa la explicación* mostrándonos en su respuesta, de la que la Iglesia ha hecho el más hermoso de sus cánticos, la meta de su vida: *Magnificat anima mea Dominum*; la exultación de su alma: *et exultavit spiritus meus*; la dicha del sentimiento de su nada: *quia respexit humilitatem ancillae suae*; el plan divino frente a los orgullosos y su misericordia hacia sus servidores: *et misericordia ejus... timentibus eum*, y para siempre: *in saecula*².

Si quiero ser perfecto como María, debo trabajar sólo por Dios, no tener ímpetu sino para él, gozarme de mi nada, destruir en mí todo orgullo, entregarme a los servidores de Dios, a su Iglesia, y para siempre: *in saecula*.

Nacimiento de Jesucristo

Escuchemos: *Verbum caro factum est*³. Dos nacimientos en Jesucristo: en el seno de María, del que sale para

1) Lucas 1, 45.

2) Lucas 1, 46-55.

3) Juan 1, 14.

el pesebre; y su nacimiento según un más alto sentido, al decir de San Ambrosio: “*Ubi enim, secundum altiore rationem, nascitur Christus nisi in corde tuo et in pectore tuo?: ¿Dónde, pues, nace Cristo según un sentido más alto, sino en tu corazón y en tu pecho?*”¹⁾.

De este nacimiento más profundo en mi pecho, en mi corazón, quiero ocuparme. Quiero dedicarme sobre todo a los efectos que produce en mí. Los reduciré hoy a dos.

A/ sus efectos en mí: Jesucristo se encarna en mí: para hacer en mí un hombre nuevo; para hacer de mí un hijo de Dios.

1º *Me comunica su nacimiento mediante el bautismo.* Al nacer en mí me obliga a renacer a todo el orden sobrenatural. Escucho a San León: *Universa summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac natiuitate congeniti.* “Así como todos los fieles nacidos de las fuentes bautismales están crucificados con Cristo en la Pasión, resucitados en la Resurrección, colocados en la Ascensión a la derecha del Padre, así nacen junto con él en esta fiesta de la Natividad”²⁾.

Nuevo nacimiento que nos obliga a convertirnos en los imitadores de Jesucristo: *Frustra enim appellamur christiani, si imitatores non sumus Christi.* “En vano nos llamamos cristianos si no somos imitadores de Cristo”³⁾.

2º *Destruye en mí el pecado: Omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem spiritu*

1) Ambrosio, Expos. Evang. sec. Lucam, lib. II, – P.L., XV, 1647.

2) León, Serm. XXVI, In Nativ. Dom., VI, 88. – P.L., LIV, 213.

3) León, Serm. XXV, In Nativ. Dom., V, 87. – P.L., LIV, 212.

sancto replente fontem qui replevit et virginem: ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio: “Para todo hombre, en su nuevo nacimiento, el agua del bautismo es semejante al seno de la Virgen; la fuente está llena del mismo espíritu que llenó a la Virgen; así el pecado abolido con vistas a la santa concepción de Cristo es aquí eliminado por la ablución bautismal”¹⁾.

3° *Me da la humildad.* Es el mismo Dios, anonadado en un pesebre, anonadado en todas las miserias y las manchas de mi corazón. *Ipsae vobis ostendat gratiam humilitatis qui coepit habitare in cordibus vestris:* “Que aquél mismo os muestre la gracia de la humildad que comienza a habitar en vuestros corazones”²⁾.

4° Cambiando la meta de la vida, *da la luz y la fuerza* para alcanzarla: *In ipso vita erat, et vita erat lux hominum*³⁾.

¿Qué es la vida sobrenatural, sino la luz, la fuerza, la conciencia? La luz que muestra la meta, la fuerza que da el medio para alcanzarla, la conciencia que resulta de esta fuerza y de esta luz, y que nos imprime el sentimiento de la obligación en que estamos de perseguir una meta infinita. Hombre renovado, me convierto en hijo de Dios: *Quotquot autem receperunt eum dedit eis filios Dei fieri*⁴⁾.

B/ mediante un prodigio del amor divino

¿Cómo se cumplirá este misterio? Dios enviará a su Hijo a nacer en nosotros.

Teniendo a Jesucristo en mí, nazco de Dios: *ex Deo nati sunt*⁵⁾. Dios me otorga el beneficio de un nacimiento divino: *ex Deo nati sunt*. El Ver-

1) León, Serm. XXIV, In Nativ. Dom., IV, 80. – P.L., LIV, 206.

2) San Agustín.

3) Juan 1, 4.

4) Juan 1, 12.

5) Juan 1, 13.

bo eterno está en mí, y Dios, viendo en mí a su Hijo, me acepta como su hijo, me da todo lo que puede darme de su Hijo.

Me da todos los derechos de adopción: *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi*¹⁾.

El manuscrito termina bruscamente con esta cita.

NOTA

(1) El P. d'Alzon se refiere aquí al voto del Capítulo General de 1868: "El M. R. P. d'Alzon escribirá al Maestro de novicios una carta en la que expresará los principios de la Congregación y los métodos que hay que seguir para enseñar a los novicios la práctica de la oración". Las tres primeras cartas se agrupan aquí bajo el título de "cartas sobre el advenimiento del Reino de Dios". El Fundador aborda, en una cuarta carta, el segundo tema anunciado y trata primeramente, —otras cartas debían seguir—, del amor a Nuestro Señor, que nos impele a trabajar en la instauración de su Reino en nosotros y a nuestro derredor mediante todos los medios más perfectamente adaptados a los tiempos que vivimos. Habla del amor a Nuestro Señor de forma que pueda, como se le pedía, facilitar a los novicios la práctica de la oración.

¹⁾ Romanos 8, 17.

Segunda Instrucción

La celebración del Concilio Vaticano, en el que el P. d'Alzon tomó una parte oficiosa tan activa, las adversidades de Francia en 1870-1871, la reanudación a partir de Prusia de la lucha anticristiana que iba a ensombrecer a la Iglesia de Francia durante tantos años, suscita en el espíritu del Fundador un germinar de pensamientos, de proyectos, de resoluciones y de compromisos que encontramos, decantados y luminosamente expuestos, en la alocución de clausura del Capítulo General de 1873. Tras haber dibujado un cuadro de la situación de la Iglesia en Francia, el P. d'Alzon hace el balance de los trabajos emprendidos por la Asunción después del último Capítulo y traza con acento vigoroso un plan de acción externa y un programa más definitivo de organización interna de la Congregación.



INSTRUCCIÓN

**pronunciada en la clausura del Capítulo General
de los Agustinos de la Asunción
el 18 de septiembre de 1873**

Mis queridísimos Hermanos:

**Acciones de gracias
por la celebración del
Capítulo**

Todavía una más de estas preciosas reuniones, en que vuestra vida religiosa se crece, vuestro celo se inflama, donde os com-
penetráis más y más de los principios que forman nuestra razón de ser, donde vuestra meta se muestra más clara y los medios de alcanzarla se precisan, y donde yo mismo, fortalecido por vuestra ayuda, vuestras luces y vuestra admirable unidad de miras y de afectos, he bendecido a Dios por ser el padre de una familia poco numerosa, sin duda, pero en que las depuraciones permiten una elección más exquisita de miembros capaces de un mayor bien.

**La intención del Padre
d'Alzon**

Y ahora que vamos a separarnos para retomar nuestras distintas obras y nuestros múltiples trabajos, permitidme añadir algunos breves complementos a las palabras que os dirigía hace ya cinco años. Entonces os hablaba del espíritu de la Asunción. Quisiera deciros hoy algunas palabras sobre la acción que tal espíritu debe producir y de la que podemos ver como un preludio en lo realizado durante el intervalo transcurrido.

I

Una mirada al pasado

A

La Iglesia y la Asunción desde 1868

El movimiento democrático

En la época del último Capítulo estábamos sobre todo preocupados por el movimiento democrático que se llevaba a cabo y parecía dominar todo lo demás. Al mismo tiempo, el Soberano Pontífice convocaba a los obispos del mundo católico a un Concilio universal, tan grave le parecía la situación, profundos los males de la Iglesia y las conspiraciones del infierno hábilmente urdidas por parte de los enemigos declarados y también por parte de los falsos hermanos; así de urgente le parecía el oponer la plenitud de la verdad a aquel absolutismo de negaciones mediante las que la Revolución, bajo todas sus formas, pretende aplastar las diversas afirmaciones de nuestra fe. Ya entonces, bajo la preocupación de la invasión democrática, habíais juzgado útil ofrecer vuestra colaboración a una obra esencialmente popular, a ese orfanato de Arras cuyo director, al unirse a nosotros, nos aportaba el tesoro de su experiencia, de sus trabajos y de su iniciativa, y nos mostraba cómo, con afecto paternal, se pule las naturalezas más toscas, se suaviza los caracteres más rudos, se santifica a las almas más rebeldes. No era sino un jalón, pero un jalón colocado para indicar un camino inmenso que recorrer, el camino real del amor a los pequeños, a los pobres, a todos los abandonados.

El Concilio

Mientras tanto los obispos iban a Roma; yo tenía el honor de acompañar allí al mío. Iba también como creían deber

ir los jefes de jóvenes Congregaciones, con el fin de estudiar lo que el Concilio decidiera respecto de su existencia. Los acontecimientos no permitieron abordar las cuestiones relativas a las familias religiosas; pero ya era fácil ver que la sabiduría romana no quería, pese a lo que se hubiese dicho, atentar contra los derechos adquiridos. Protegía más bien un movimiento parecido a aquel que, en tiempos de grandes guerras, modifica y perfecciona la táctica y los instrumentos de destrucción, la disciplina de los ejércitos y hace una ciencia progresiva del arte de matarse unos a otros. Sólo que el movimiento análogo para la Iglesia era el resultado de la experiencia de sus luchas con enemigos sin cesar más tercios, más furiosos y más hábiles. Si las cohortes del poder de las tinieblas eran más numerosas y mejor preparadas, la Iglesia quería tener batallones más firmes, más inteligentes, más enérgicos. Por lo tanto, los nuevos reclutas organizados no podían sino ser de gran ayuda para sus viejas legiones monásticas.

La cuestión pontificia Muy pronto me quedé tranquilo y mis preocupaciones se dirigieron únicamente a la gran cuestión pontificia. ¡Qué fuente de emociones y de angustias, cuántas sutilezas más o menos teológicas! ¡Cuántas estratagemas diplomáticas, cuántas amenazas empleadas, cuántos espantos lanzados al corazón de los pusilánimes! Si, como había dicho Pío IX, un Concilio atraviesa tres fases: la época del hombre, la época de Satanás y la época de Dios, creedme que más de uno tembló viendo al hombre y a Satanás dispuestos en apariencia a dominar y a Dios sin aparecer aún, al menos al gusto de nuestra impaciencia. No sabemos gran cosa bajo qué peso divino el Espíritu Santo pliega la conciencia de un verdadero obispo, incluso cuando sus sentimientos naturales se inclinan hacia pendientes terrenas y decisiones demasiado humanas. En fin, vuestro Padre tuvo la alegría inmensa de asistir a aquella sesión

solemne en que fueron proclamadas y comentadas, en toda su fecundidad, aquellas palabras del Salvador: “Tú eres Pedro. He rogado por ti. Apacienta mis ovejas” [Mateo 16, 18; Lucas 22, 32; Juan 21, 17]. Vio también, en el mismo instante, cómo la tempestad oscurecía la cúpula y las bóvedas de San Pedro; oyó los truenos que algunos comparaban con los del Sinaí: eran los signos precursores de los males fácilmente previsibles y que Dios ha permitido, después de los grandes Concilios, como para fortalecer sus decretos mediante la prueba de la tentación. Toda alianza tenía antiguamente sus sacrificios; y puesto que un Concilio general, que es una nueva alianza en la verdad entre el espíritu del hombre y el espíritu de Dios, siempre ha reclamado sus víctimas, así el Concilio del Vaticano, dos meses más tarde, tenía sus misteriosas inmoluciones, y la Asunción se puede gloriar de haberle aportado la sangre de uno de sus mejores hijos.

La derrota de 1870 No lo olvidemos, sin embargo.

Roma estaba cautiva porque Francia estaba vencida. A la Asunción le había parecido bueno probar su espíritu de combate proporcionando a esta nefasta guerra capellanes militares tanto y tal vez más de lo que era capaz. Sedán, Metz, Maguncia, París os vieron sacrificaros en los campos de batalla, en los dolores de la cautividad, en los horrores de los sitios, expuestos a los golpes de los enemigos de Francia y, desgraciadamente, a las balas de sus hijos. Supisteis probar que teníais la valentía religiosa. Sin embargo, bajo las balas de cañón de los prusianos y de las del ejército de Versalles, católicos atentos se preguntaron si las conspiraciones revolucionarias no podían ser combatidas y desbaratadas mediante una *Liga católica*.

B

Bosquejo de los trabajos llevados a cabo por la Asunción desde 1870

La Liga católica Este pensamiento, cuyo germen fue en cierto modo regado por la hecatombe de La Comuna, creció con una asombrosa rapidez, y el Comité católico de París vio formarse Comités semejantes por todos los rincones de Francia. La savia cristiana circula de nuevo con no sé qué actividad, signo seguro de la potente vitalidad del árbol y de las disposiciones misericordiosas de la Providencia en medio de nuestras más dolorosas humillaciones.

La Revista de la Enseñanza cristiana Una parte del mal que nos gangrena viene sin ninguna duda de la educación. En la *Revue de l'Enseignement chrétien*, lanzando el grito de: *Delenda Carthago*, tratamos de hacer comprender la urgencia de un pronto remedio; y, pese a ciertas vacilaciones por parte de una prudencia demasiado humana, pudimos reunir el Congreso de la enseñanza. Si una segunda sesión no ha tenido aún lugar, es porque queremos, cuando se realice, plantear de un modo más resuelto las bases y los primeros desarrollos de nuestra futura libertad; y eso no lo hubiéramos podido conseguir, en la misma medida y con el interés legítimo que es debido a una cuestión tan importante, en medio de ciertas preocupaciones políticas del momento.

Colaboración con las obras católicas Al mismo tiempo que tratábamos, según nuestra exigüidad, de luchar mediante la pluma, prestábamos también nuestra atención a todas las obras católicas: nos preocupamos de los Círculos obreros, patronatos, obras de juventud. ¿Hemos hecho todo lo que

podíamos? No, evidentemente. Nos faltaban obreros, pero varios de vosotros iban adquiriendo experiencia o llevando los resultados de vuestros trabajos a aquellas reuniones admirables en que los miembros del Congreso de las Asociaciones obreras pasaban, de un salto, de sesenta a trescientos y de trescientos a mil.

**Nuestra Señora de la
Salvación**

Se necesitaban recursos para estimular algunas obras obreras nacientes; se necesitaban oraciones para apaciguar la cólera de Dios. La expiación mediante la oración, la expiación mediante la inteligencia en la limosna, tal ha sido el doble pensamiento reunido en uno solo: la expiación, que ha presidido a la obra de *Notre-Dame de Salut*. Por ella, las oraciones públicas, tan necesarias para Francia, han sido organizadas; por ella, una serie de obras que languidecían por falta de recursos, han sido estimuladas; por su medio, las peregrinaciones, cuya idea había crecido a la sombra de su cuna, han recibido aquel admirable impulso que tocará el corazón de Dios, han forzado a la Madre del Salvador a renovar sus milagros y han tornado muy populares actos públicos de fe, que se decía ya no estaban en nuestras costumbres. He aquí, Hermanos míos, un rápido brochazo de lo que habéis hecho, de los trabajos en los que desde hace cinco años habéis tomado una parte más o menos directa; no lo habéis hecho todo en ellas, por cierto, pero vuestro concurso, en su modestia, ha puesto de manifiesto al menos vuestras intenciones, ha fijado una línea, ha caracterizado vuestro espíritu.

II

Un plan de acción

¿Pero qué son estos primeros intentos frente a lo que os queda por hacer? *Grandis tibi restat via* [1 Reyes 19, 7], os diré como el ángel a Elías. ¡Qué inmensos horizontes se abren ante vosotros! Tratemos de indicar algunos

bosquejos, como los primeros planos. Lo habremos resumido todo en una palabra, cuando hayamos dicho que nuestra meta es la restauración de las costumbres católicas mediante la fe en los principios cristianos.

A.- Acción externa

La restauración de las costumbres cristianas

¡Las costumbres cristianas! Tendían a desaparecer; Voltaire y sus sarcasmos, la prensa y sus obscenidades, el orgullo de la ciencia, la impaciencia del yugo de Dios y de cualquier clase de yugo, la necesidad de no creer en nada para afirmar el derecho a hacerlo todo: tal es el fondo sobre el que las nuevas capas sociales han pretendido establecerse. Burlarse de todo, rebelarse contra todo, quererlo todo: el oro, el placer, el poder; mediante el robo, la orgía y las revoluciones, proceder mediante el odio, la mentira y la violencia, ¿acaso no es éste el resumen de los nuevos derechos? Se necesita o perecer o salir de este abismo, hacia el que Europa parece precipitarse.

1º El viento purificador de las peregrinaciones

Para eso, ¿qué se necesita? Purificar el aire apestando por los miasmas de la inmoralidad.

Hemos entregado esta misión al vapor de las locomotoras, que han llevado hacia una cantidad de santuarios a caravanas de peregrinos; hemos santificado estos instrumentos de una industria a menudo culpable, y les hemos forzado a servir llevando a través de toda Francia nuestro arrepentimiento y nuestras expiaciones. Las peregrinaciones que, sin cesar del todo, disminuirán evidentemente cuando otras manifestaciones sean más oportunas, no son a fin de cuentas sino procesiones inmensas, más prolongadas y más eficaces porque son más penosas. La Iglesia, mediante estos piadosos viajes de sus hijos, retoma posesión del suelo público y del aire libre; nos afirmamos en pleno día. Cristianos que

se afirman están muy cerca de ser cristianos triunfantes. Porque, notadlo bien, los males de Francia parecen haber dado a los católicos el privilegio de no necesitar sino mostrarse para vencer. Ahora bien, nos hemos mostrado en París, en Lyon, en Lourdes, en La Salette, en Marsella y en tantos otros lugares, demasiado largo de enumerar. Nos hemos presentado en Grenoble, para recibir insultos; pero los insultos y las contradicciones también tienen su valor para los cristianos, no lo olvidemos nunca.

2º El desarrollo de la piedad eucarística Solamente que, tras haber afirmado nuestra fe mediante estas carreras purificadoras, después

de haber proclamado nuestro derecho a poder salir de la sacristía, ¿no convendría volver a entrar pronto en el santuario para ofrecer más numerosas adoraciones al Dios que lo habita y lo vivifica? El culto a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, las adoraciones nocturnas, las comuniones frecuentes, ¿acaso no son prácticas a las que hay que volver, porque devuelven a las almas debilitadas, agotadas, al centro mismo de la Iglesia, al principio divino de su vida en la tierra?

3º Orfanatos y colonias agrícolas He dicho una palabra de los orfanatos y de las colonias agrícolas. ¡Oh!, ¿por qué nos faltan

obreros? ¡Cuántas pobres pequeñas almas que rescatar en las clases semejantes a aquellas en las que Jesucristo quiso nacer! Quiera Dios enviar muchos obreros a esta porción de su viña; cuando esté suficientemente cultivada, las revoluciones se habrán tornado imposibles.

4º Las obras sociales: Otro medio para hacer desaparecer las ruinas del infierno son las reuniones populares. Os decía hace un momento una palabra sobre los círculos obreros, y quiero plantear algunas reservas. En efecto, reunir

periódicamente a hombres del pueblo sin una fuerte dirección, es una grave imprudencia a los ojos de quienes no quieren hacer de estas asambleas un instrumento de ambición; pronto, o bien los jefes pierden su popularidad, o no la conservan sino mediante algunos medios de los que tarde o temprano tienen remordimientos. Después de todo, la experiencia muestra que se reúnen en tiempos de perturbación social; más tarde se disuelven, cuando ya no hay necesidad de protegerse mediante la unión o de servir a algún partido político; pero es en ese momento de la descomposición de los círculos (y no creo que ese momento esté lejos) que nosotros tendremos que fundar varias obras.

b) círculos militares La nueva organización del ejército crea nuevas obligaciones para el clero; todas las nuevas generaciones tienen que pasar por el cuartel. ¡Cuánto mal o cuanto bien no debería salir de ahí, si somos fieles a nuestra vocación! Aquellos de entre vosotros que han confesado entre ocho mil a diez mil prisioneros de guerra, como término medio, saben muy bien que el soldado no es inaccesible al sacerdote que sabe utilizar con él un lenguaje digno de un militar y sobre todo digno de Dios. Una vez más, somos muy pocos para poder decir que esta obra será la nuestra, pero la simpatía que habéis tenido la dicha de inspirar a los admirables oficiales que aspiran a ejercer más que un mando en el ejército y a ejercer en él un apostolado, os facilitará los medios para realizar mucho más de lo que sois capaces de hacer. Porque, ya lo sabéis, un religioso de la Asunción debe estar descontento de sí mismo mientras no haya hecho cien veces más de lo que puede, y su descanso entonces consiste en tratar de hacer mil veces más. Invito a los novicios a compenetrarse de esta máxima fundamental de nuestra asociación. Así, no siendo apenas más que cincuenta, deberíamos poder contarnos por miles.

c) corporaciones Al lado de estos círculos militares, sobre los que atraigo toda vuestra atención, y para sustituir, tarde o temprano, a los círculos de obreros, quisiera ver surgir corporaciones. Quién de vosotros no ha oído hablar de aquellas admirables familias de obreros que, bajo la protección de un santo o de uno de nuestros grandes misterios, formaban corporaciones en que, desde el aprendiz hasta el compañero emérito, todos encontraban su lugar, su estímulo. Conozco los abusos, conozco lo arbitrario, impuesto por una legislación regia y demasiado opresiva; pero en fin, algo tendrían de excelente las corporaciones obreras puesto que fueron uno de los primeros objetivos en estar en la mira de los destructores revolucionarios.

¿Por qué no restaurarlas, aprovechando de los errores del pasado, evitando los abusos, flexibilizándolas según las necesidades presentes, pero haciendo penetrar en ellas ante todo el elemento divino de la fe que llama a Dios: “Padre mío”; de la esperanza que cuenta ante todo con los bienes del cielo; de la caridad, que agrupa los corazones frente a los grandes odios sociales de los que París contempla aún las devastaciones?

Uno de nosotros decía antaño que hay obras que podemos hacer y que hay otras que podemos solamente aconsejar. Formaremos esas corporaciones cuando podamos, pero aconsejémoslas lo más a menudo posible. Un consejo parece poca cosa; si cae en un alma activa, será una semilla muy fecunda.

El espíritu que debe animar estos trabajos: la valiente afirmación de la fe...

Pero esta acción que os propongo está basada en otro orden de ideas: en los principios de la fe. Ya sé que tales principios están excluidos hoy de las sociedades modernas, y no tengo otras pruebas que aportar sino el vergonzoso abandono del Soberano

Pontífice. Jesucristo, en Pío IX, es el cautivo de la Revolución, y los reyes no quieren pensar que, desde la predicación del Evangelio, sus derechos reposan sobre la justicia divina, cuya enseñanza, en su máxima expresión, está confiada a la Sede apostólica. Sí, el esfuerzo al que os invito reposa sobre un conjunto de ideas cristianas, sobre una doctrina que ayer todavía era objeto de una gran decisión, que Prusia se ha empleado en perseguir a falta de poder destruirla, incluso después de haber vencido a Francia, y que, bajo la burla, la persecución de la prensa, las balas de la Comuna, crece porque Dios parece haberle dicho: “La hora del triunfo ha sonado para ti”.

en las obras sociales Estas ideas hay que esparcirlas; esta doctrina hay que hacerla accesible a todos; y para llevarla a cabo hay que aplicar los medios convenientes. Uno de vosotros ha intentado con éxito dar cursos a los obreros; multipliquémoslos por medio de nosotros o de nuestros amigos. Después del obrero vendrá el burgués; con ser más vanidoso no es menos ignorante de su religión. El obrero ha sido educado con los Hermanos, mientras que el burgués en algún Liceo, y sabemos bastante de lo que el capellán ha podido enseñarle y lo que los profesores le han desaprendido. Por lo tanto, si se puede hacer, abrid cursos para la burguesía. ¿Quién sabe si el miedo que la domina aún no la agrupe alrededor de vuestra palabra?

en nuestras casas de educación Qué voy a decir de la educación, sino que más que nunca hemos de atenernos a los principios de la Asunción y apartar con la más viva atención todo espíritu falso que rehúse aceptar tanto nuestro punto de partida como nuestros planes y nuestra meta.

**en nuestras
publicaciones**

Diré otro tanto de las publicaciones a las que se han consagrado algunos de nosotros.

Confesemos que la *Revue de l'enseignement chrétien* no ha hecho todo lo que se podía hacer; yo soy el primero en acusarme, con el fin de tener derecho a acusar a otros. Es necesario que esta situación cese; prometo por mi parte poner en ello todo mi cuidado; porque, a fin de cuentas, ¿qué frutos maravillosos no ha producido? Le debemos este primer Congreso, que ha establecido principios tan católicos, pese a la liberal moderación de muchos. Si el segundo Congreso no se ha reunido, esperemos que lo será pronto; si es posible, tendrá lugar antes de que transcurra un año. Lo prepararemos en cuanto dependerá de nosotros y quizá, si el movimiento religioso corresponde a otros movimientos, podremos esperar que nos compense con sus resultados por las molestias de una espera tan prolongada. ¿Cuándo, pues, llegará el día en que estos esfuerzos múltiples vengán a desembocar en una Universidad católica? Cierto, las dificultades que hay que superar son numerosas y las oposiciones vigorosas, pero me parece que, desde comienzos de siglo, hemos vencido más que eso.

En 1801, la Iglesia estaba cautiva; de repente, un hombre suscitado para aplastar la Revolución, y que más tarde consintió en ser su esclavo, reabre nuestros templos, libera el culto de mil vejaciones; y, desde entonces, la Iglesia de Dios no ha cesado de conquistar una mayor libertad, ha roto por sí misma un montón de barreras, y romperá muchas otras, si sabemos quererlo.

**5º La misión eslava en
marcha hacia Rusia** No he hablado aún de nuestras misiones extranjeras. Si Australia está dejada de lado por el momento porque algunos compromisos no han sido cumplidos aún, un bien real se está haciendo en Bulgaria: subsisten, con un éxito duradero, una asociación de pa-

tronos y aprendices y una escuela con doscientos muchachos. Nuestras Oblatas nos han secundado eficazmente mediante un hospital, un dispensario, un pensionado y escuelas. Todo eso está en pañales, pero ¡qué preciosa avanzadilla contra el cisma griego y ruso! Ya pueden acusar nuestra ambición de temeridad; ¿qué somos nosotros frente al gigante que atacamos?

La Iglesia tiene hoy tres grandes enemigos: la Revolución, Prusia y Rusia, y Rusia no es la menos temible. Y sin embargo, ¡qué campo inmenso se abre a nuestros trabajos en esa dirección! Como Jesús a sus rudos discípulos, me atrevo a deciros: *Messis multa* [Mateo 9, 37]. Los discípulos, una vez apóstoles, conquistaron el mundo. Ved, Hermanos míos, si queréis conquistar Rusia y llevar la abundante cosecha a los graneros del Padre de familia. Tiemblo al hablaros así, y sin embargo, algo me dice que si la Asunción lo quiere, con la ayuda de Dios, la cosecha le pertenecerá.

B.- Acción interna

La organización más definitiva del Instituto

1º La formación de una aristocracia Acabo de hablar de la acción externa y de qué manera hay que prepararla; ¿pero de qué preparación no tenemos necesidad nosotros mismos? Por eso, habéis pensado conmigo que la meta principal del Capítulo era ante todo la constitución de una aristocracia de capacidad, de ciencia y de virtud, colocada a la cabeza de nuestra familia religiosa. Es osado hablar así, cuando se tiene el honor de presidir un grupo semejante; pero si no digo lo que es, digo lo que debe ser.

2º La preparación de los miembros: alumnistas y otras vocaciones Luego, la preparación de los miembros de la Congregación, tomados (a ser posible) desde la infancia. Esta idea, que fue la del Concilio de Trento cuando se trató de la transformación del clero, en estos tiempos dolorosos se ve estimulada evidentemente por semejante precedente. Recibiremos en nuestros Alumnados, desde la primera adolescencia, a todos los niños que nuestros esfuerzos o la caridad de los fieles nos permitan acoger; ¡y qué numerosos serían estos niños predestinados, si los recursos fueran tan numerosos como sus vocaciones!

En fin, contando con la Providencia, hemos comenzado, y Dios nos ha bendecido y gracias a los primeros éxitos parece invitarnos a proseguir. Proseguiremos, y así podremos añadir nuestros niños a los que, de diversos lugares y distintas edades, vendrán a golpear a nuestras puertas y a pedir sitio en nuestro hogar. Los introduciremos a todos, con cuidados distintos, en la casa de prueba: tanto a aquellos que antes de venir a nosotros se han entregado al goce, amargo muchas veces, de saber lo que es una tormenta y, por desgracia, lo que es también un naufragio, como a aquellos que, celosos de ser un poco más hermanos menores de los ángeles, no han creído necesario manchar en el mundo la blancura de su túnica, con el riesgo de saborear más tarde un pan empapado en las lágrimas de la penitencia.

Severidad en las admisiones La formación de unos y otros se hará cada día más fuerte, más seguida, más atenta, más severa. La experiencia nos ha advertido; queremos aprovechar sus tristes lecciones; somos aún hoy una familia, mañana seremos un pueblo; esta transformación pide una vigilancia más enérgica. Será una transformación afortu-

nada, no lo dudemos, pero a condición de que se cumpla como se cumplen los auténticos desarrollos religiosos.

Necesidad de estudios más exigentes He hablado de la necesidad de resucitar las costumbres cristianas con la ayuda de los grandes principios de la fe; por lo tanto, necesitamos santos, pero santos iluminados por la ciencia católica. Por eso, al término del noviciado y para aquellos que han terminado los estudios clásicos, establezcamos un número considerable de años en que el estudio de la Sagrada Escritura, de la filosofía y de la teología, con numerosos exámenes, nos dará como resultado —es de esperar— a hombres a quienes sin embargo la ciencia no embriagará, como habéis podido ver algunas veces, porque la habrán colocado bajo la protección de la santidad religiosa.

Conclusiones

1º Tres advertencias contra: Os he dicho más o menos lo que hemos realizado desde el último Capítulo; os he indicado asimismo lo que quisiéramos hacer, y es casi infinito. Dejadme daros, antes de terminar, tres consejos principales.

una cierta estrechez de espíritu El primero surge en cierto modo de la situación presente; estamos en plena crisis cristiana, ya hemos sufrido mucho y sentimos la victoria acercarse. Aprovechemos para no rechazar a los que quieren acercarse a nuestras filas. Veo a ciertas personas tan convencidas de la perfección de su línea de conducta, que todo aquello que no se adapta a ella lo rechazan; se trata de una especie de puritanismo moderno que, a fuerza de eliminaciones, terminará en el egoísmo de las camarillas. Por nuestra parte, tratemos de atraer, dejemos de lado la

desconfianza que empequeñece; que la confianza sea uno de nuestros grandes medios para hacer triunfar la causa de la verdad. No somos sus propietarios, sólo somos sus servidores; ¿acaso la causa de la verdad no es la causa de Dios? ¿Y la causa de Dios a quién pertenece, sino sólo a él?

un falso optimismo Mi segundo consejo es no contar demasiado con el triunfo. Abrid la historia. ¿Qué veis sino a pueblos victoriosos que prontamente se tornan pueblos en decadencia? Sin duda podemos contar, según la marcha de las cosas, con éxitos cercanos. ¿Os diré que me hacen temblar? ¡Oh!, vigilemos, permanezcamos siempre en la verdadera luz: “*Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis*: Aprovechemos la luz, creamos en la luz, seamos hijos de la luz” [Juan 12, 36]. El gran mal del tiempo presente, son las tinieblas, es la mentira; permanezcamos en la verdad, sirvamos a la verdad, rindámosle testimonio, propaguémosla, y nuestra tarea estará cumplida, y no habremos cedido a las ilusiones.

una falsa prudencia Mi tercer consejo os invita a sacudir una cierta prudencia, refugio demasiado a menudo de una pereza avergonzada de sí misma. Se dicen prudentes porque no se atreven; pero es más que nunca el momento de repetir el dicho de Bossuet: “La fe es audaz”. Tengamos pues la audacia de la fe, poco importa que la llamen temeridad. Perdonadme la familiaridad de la comparación. La verdadera prudencia es la reina de las virtudes morales: pero una reina manda, actúa y si es necesario combate. Algunos han hecho de ella una mujer avejentada por el miedo; esta prudencia, lleva babuchas y una bata de andar por casa, está acatarrada y tose mucho. Prudencia de convención, no la quiero; no es esa prudencia a la que debéis escuchar. Por mi parte, quisiera confiarme siempre perdidamente a

la providencia de Dios, ¡así tuviera que, abandonado de todos, ir a morir al hospital!

2º Dedicación a los religiosos jóvenes

No quisiera callarme, mis jóvenes Hermanos, sin dirigiros algunas palabras. Por lo que ha hecho la Asunción, habéis visto que, con la gracia de Dios, puede hacer más aún; pero eso depende de vosotros. Vuestros hermanos mayores os han dado ejemplo, ahora os toca a vosotros seguirlo. Lo que han hecho ellos ¿por qué no lo haríais vosotros? Sin duda tienen, más que vosotros, la experiencia del bien; ¿por qué no tendríais vosotros el ardor? Ellos os comunicarán la experiencia, mientras que vuestro ardor, puesto a su disposición, duplicará las fuerzas de unos y otros. ¿Encontraréis en la tierra algo más noble, más bello, más grande que la carrera a la que ellos os invitan? Por mi parte, busco y no puedo encontrar.

Marchad, pues, tras sus huellas y sobrepasadlos, no se pondrán celosos. Ellos han pasado por pruebas que vosotros no parecéis destinados a conocer, pero ¿eso qué importa después de todo? Todos alcanzaremos las recompensas de Dios; y sea cual sea el número de coronas, estarán siempre por encima de todo lo que podamos pretender, ya que Dios las hará bellas y gloriosas, no como nuestros méritos, sino según su misericordia y su amor.



III.

CIRCULARES
a los miembros
de los Capítulos Generales

mayo de 1874 - septiembre de 1875



Para preparar el Capítulo General que iba a celebrarse en 1876, el P. d'Alzon, a partir del mes de mayo de 1874, dirige a los miembros del Capítulo una importante serie de circulares, en que llama sucesivamente su atención sobre los distintos puntos de primera importancia para el porvenir de la Congregación. Solicita luces y pareceres, porque no quiere decidir nada que no cuente con la aprobación de sus primeros discípulos. "El P. d'Alzon –decía el P. Picard– rara vez da órdenes; traza una dirección; sabe muy bien que todos estamos dispuestos a acogerla inmediatamente... A él le vienen todas las luces y a él incumbe toda la responsabilidad; pero como el Padre nos consulta a menudo sobre estos puntos delicados, desea que los Superiores mayores los estudien y se formen una opinión".

A la luz del Concilio Vaticano, que subrayaba tan providencialmente el milagro de la perpetuidad de la Iglesia, y frente a la lucha anticristiana que se desencadena de nuevo, esta tercera serie de textos aporta nuevas precisiones sobre el espíritu de la Asunción y de sus obras. El espíritu de la Asunción se forma en el crisol de la oración y del estudio; su meta más precisa es la defensa de la Iglesia; su preocupación dominante, la formación, mediante las Ordenes Terceras y la educación bajo todas sus formas, de una élite preocupada tanto por la santificación personal como por los intereses superiores de la Iglesia. La Iglesia necesita más que nunca de milicias nuevas, audaces, generosas y desinteresadas.



PRIMERA CIRCULAR (1)

Nimes, 24 de mayo del 1874.

Dentro del triple apostolado al que nos consagra el triple amor, tenemos que dedicarnos más especialmente a la defensa de la Iglesia, para contrarrestar la lucha anticristiana.

Mis muy queridos Hermanos,

Triple amor y triple apostolado

El espíritu de la Asunción, como queda sentado en el Directorio, lo constituyen el amor a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen, su Madre, y a la Iglesia, su esposa. A Nuestro Señor, Verbo eterno, Verdad infinita, lo tenemos que adorar con una fe muy honda en las verdades reveladas; la devoción a la Santísima Virgen, cuyas virtudes deben ser para nosotros modelo de vida interior y de oración, corresponde a la esperanza; en cuanto a la caridad, podemos ensanchar su ámbito mediante nuestro ardor en pro de la defensa y triunfo de la Iglesia.

Ahora bien, a estos tres caracteres corresponde una triple acción y como un triple apostolado: el amor a Nuestro Señor Jesucristo nos infundirá deseos de darle a conocer mediante la enseñanza y la predicación; la devoción filial a la Santísima Virgen tiene que inspirarnos deseos de trabajar en la dirección y santificación de las almas llama-



das a una cierta perfección, tarea, al parecer, demasiado descuidada en nuestros días.

Ya he tratado con vosotros algunas de estas cuestiones, y las meditaciones que ahora mismo estoy redactando podrán tener, al menos para los más jóvenes, cierta utilidad como modelo de los temas que tenéis que asimilar así como de la manera de proponérselos como sustento a las almas que más tarde tengáis a vuestro cargo (2).

La defensa de la Iglesia

Mas, hoy me propongo subrayar la necesidad que os incumbe, debido a vuestro amor por la Iglesia, de consagraros a los trabajos más idóneos para repeler los ataques de los que hoy más especialmente es objeto. Pues bien, se ataca a la Iglesia en la actualidad: 1° mediante la incredulidad, bajo la denominación de libertad de pensamiento o de moral independiente; 2° mediante las Sociedades secretas; 3° mediante la Revolución, cuyos errores se van difundiendo cada vez más en las masas; en consecuencia, si queremos promover el bien, hemos de fijar a nuestros trabajos un triple objetivo, que venga a ser algo así como la razón de ser de nuestra Congregación.

1.- Contra la incredulidad, tenemos que propagar la fe, sentar sus pruebas, comunicar su espíritu y predicar el amor a Jesucristo, Cabeza de la Iglesia; al Papa, su Vicario; al cuerpo episcopal en comunión con el Papa, a la unidad de la Iglesia y al retorno a la práctica de los mandamientos de Dios, comentados en el Evangelio.

La predicación, los colegios, los cursillos, las Universidades católicas son otros tantos medios que nos ayudarán grandemente a lograr este objetivo.

2.- Contra las Sociedades secretas, considerad si no sería muy importante restaurar una Orden Tercera de va-

rones, gracias a los cuales se influiría, por una parte, en las diversas ramas del saber humano y, por otra, nos haríamos con todas las agrupaciones obreras para oponerlas a las Sociedades secretas, de forma que organizaríamos el ejército del bien frente al ejército del mal.

3.- Por último, mientras las ideas revolucionarias, al penetrar en el pueblo, van perturbando la sociedad y maleándola hasta sus raíces más profundas, dado por sentado el hecho del establecimiento de una detestable demagogia, ¿no cabría examinar si no se podría cristianizar más a la democracia por medio de la expansión de todas las obras sociales que fundáramos o promoviéramos nosotros? Estamos oyendo continuos lamentos sobre el avance del mal; y yo me pregunto qué hacemos para combatirlo. Surgen esfuerzos individuales, ¿hay que dejar que se desparramen? ¿Y no entrará en los designios de Dios el dar a los Agustinos de la Asunción este objetivo más especializado y coordinado tal como yo os lo indico?

Consecuencias prácticas

I.- 1° En primer lugar, el estudio; trabajo previo: conocer la Verdad.

2° Conocida la Verdad, la piedad y su desarrollo mediante la práctica de las virtudes.

3° Nuestro carácter apostólico, manifestado por nuestra entrega a la Iglesia.

A nuestros estudios personales corresponden:

La enseñanza, según la capacidad de cada cual;

La dirección y formación espiritual, fundamentada en la teología mística, derivación de la teología escolástica (3);

Por último, las obras apostólicas, exponente de nuestro amor a la Iglesia, que implica la enseñanza en todos sus grados, como consta en nuestras Constituciones.

II.- La formación de una Orden Tercera de cristianos capacitados y la de corporaciones obreras.

III.- Por último, una evangelización popular, bajo todas sus formas.

Me he permitido estas repeticiones con el fin de explicar mejor mi pensamiento y destacar aún más la importancia que tiene para mí. Os ruego lo meditéis, y si os chocan el orden en que lo desarrollo o la precisión que trato de darle, tened a bien preparar apuntes que podríais remitirme para que formen uno de los temas de nuestro próximo Capítulo, o al menos de una próxima junta.

Recibid, queridos Hermanos, mi más respetuoso y tierno afecto en Nuestro Señor (4).

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) Esta circular ha recibido diversos nombres; podríamos titularla: Nuestra meta más especial: la defensa de la Iglesia.

(2) El P. d'Alzon estaba entonces redactando "las meditaciones sobre la perfección religiosa".

(3) El P. d'Alzon acababa de impartir a las Oblatas y a los novicios de la Asunción un curso muy valorado de teología mística.

(4) Esta circular ha sido esquematizada a partir de 1874, en la famosa pancarta titulada: "Nuestra Meta".

SEGUNDA CIRCULAR (1)

Nimes, 1° de junio de 1874.

A la cabeza de una milicia de Cristo, destinada más especialmente a la defensa de la Iglesia, se impone un grupo selecto de religiosos, fieles a su vocación, piadosos y sabios.

Mis muy queridos Hermanos,

Oportunidad de un grupo selecto En el Capítulo de 1873, sentamos algunas bases sobre el gobierno de la Congregación, referentes a la elección de los miembros que deberían formar parte de los Capítulos generales y desempeñar los cargos más importantes. Permitidme que trate nuevamente de este tema, tan transcendental para el porvenir de la obra.

Si, como os decía en la circular del 24 de mayo, el fin de los Agustinos de la Asunción debe orientarles en parte hacia las obras populares, no sería nada extraño que los religiosos empleados en esas obras terminasen un día por dejarse arrastrar bajo la influencia del medio ambiente en el que vivirán y, con el pretexto de la caridad, descuidasen las condiciones que elevan a una Sociedad religiosa hacia un nivel superior e impiden que sucumba bajo el peso de ideas vulgares, síntomas inequívocos de decadencia.

Cualidades requeridas a los miembros de los Capítulos generales ¿No opináis que sería sumamente necesario formular poco más o menos así los requisitos indispensables para formar parte de los Capítulos generales: 1° perseverancia; 2° santidad; 3° ciencia?

I.- Perseverancia

Es menester que el religioso haya dado pruebas, y pruebas duraderas. Sin duda, ninguna edad está exenta de caídas, pero es mucho más probable que un religioso de larga vida edificante siga siéndolo, antes que un religioso que acaba de iniciarse en el camino de la perfección. No lamentamos en absoluto lo que hemos hecho tocante a la elección de alguno de los nuestros. Observamos que el Beato Jordano de Sajonia fue nombrado prior de Lombardía a los dos meses de tomar el hábito de Hermano Predicador, y que, antes de cumplirse el segundo año de su ingreso en la Orden, fue proclamado sucesor inmediato de Santo Domingo. Sin embargo, lo que puede ser necesario en los comienzos de una Orden, puede ser asimismo grave inconveniente conforme se va desarrollando. Os ruego, pues, examinéis si, además de los diez años de rigor fijados para tener derecho a ser elegido para el Capítulo, no tendríamos que establecer normas o al menos un Directorio más estricto a este respecto.

II.- Santidad

Su necesidad para quienes están a la cabeza del Instituto

Ni que decir tiene que sólo Dios puede ver el fondo de los corazones, pero hay casos en que la caridad nos obliga a emitir un juicio sobre nuestros hermanos, por ejemplo tratándose del bien general de la Congregación. Ahora bien, es incontestable que debemos colocar entre nuestros deberes más esenciales la obligación de comunicar a nuestra Congregación un fervor cada día más ardiente y eficaz en atención a nuestro provecho personal, al de nuestros hermanos y al de las almas que hemos de atender. Mas, el mantenimiento y acrecentamiento del fervor dependen ante todo de quienes están a la cabeza de la obra, de aquí que, en la admisión al Capítulo general, hay que tener bien

en cuenta que lo de menos es el número y que lo esencial es contar con modelos vivos de santidad religiosa.

**La santidad exigida
a los miembros del
Capítulo**

Nuestro fin no implica grandes austeridades: exigimos oración, trabajo, un carácter generoso y franco, espíritu sobrenatural y, por encima de todo, entrega total de uno mismo a Dios, por medio de los Superiores; tal es, a mi juicio, el tipo conforme al cual debemos juzgar a los religiosos aptos para participar en el gobierno de la Congregación. No he mencionado la prudencia, el valor, la entereza ni el espíritu de iniciativa, condiciones éstas indispensables a todas luces. No exijamos nada más, pero tampoco nada menos en las opciones que haga el Capítulo general. De cualquier manera, me remito a vuestro parecer, si creéis que se ha de añadir o suprimir algo de lo que os señalo referente a la santidad de los religiosos. Recordemos tan sólo que no basta tener virtudes personales, se necesitan las de un hombre destinado al mando o a participar en él.

III.- Ciencia

La ciencia hincha, pero si se aúnan espíritu de ciencia y piedad, entonces se protegen y se refuerzan recíprocamente. Ahora bien, después del requisito de la santidad que acabo de apuntar, el de la ciencia me parece imprescindible.

**Necesidad para los
religiosos de estudiar
siempre**

Reconozco que algunos de los nuestros no poseen toda la ciencia necesaria, y sin embargo, siguen con nosotros. Ya tendrán la oportunidad de adquirirla, contrariamente a los sacerdotes diocesanos que, generalmente (y lo sé por los exámenes que estoy haciendo pasar a los jóvenes sacerdotes desde hace veinticinco años) no consideran nada más ur-

gente que olvidar en la parroquia lo que aprendieron en el Seminario. El sacerdote religioso tiene, en virtud del voto, la obligación estricta de ganarse el pan con el sudor de su frente, y el estudio forma parte integrante del trabajo al que está sometido a tenor de los votos sagrados. A nosotros nos incumbe el disipar la ilusión que se forjan varios al respecto.

Organización de los estudios

Para obtener este resultado, además de los cursos que se van estableciendo poco a poco, son imprescindibles exámenes rigurosos. Uno de los nuestros, encargado de establecer el plan de estudios (2), os propondrá en breve, a vosotros y al conjunto de religiosos, algunas medidas que se han de tomar para mantener a la Congregación a un nivel suficientemente alto.

Permitidme, sin embargo, una advertencia, a mi juicio importante. Habida cuenta de la insuficiencia de alguno de los nuestros con que habremos de cargar como secuela de nuestros comienzos dificultosos, sería sumamente peligroso admitir que entre nosotros en general no se estudia (3), concesión ésta que no puedo hacer en absoluto. No se ha estudiado siempre normalmente; algunas naturalezas son perezosas, incapaces, enfermizas; están con nosotros, hay que tolerarlas y sacar de ellas el mejor partido.

Mas, considerando todo el trabajo llevado a cabo por la mayoría de los nuestros, no puedo conceder que no se estudia, pues se estudia y no poco. Que los estudios tienen que ser dirigidos, reglamentados para obviar los inconvenientes de la negligencia, de cierta pedantería y de la confusión de ideas, es evidente, y precisamente por eso, estamos preparando un plan de estudios. Lo que venimos aplicando desde hace dos años y medio ha dado buenos resultados, y sobre todo nos da pie para abrigar fundadas esperanzas acerca de lo que conseguiremos más tarde. Esto es lo que me importa constatar en contra de ciertos temores, a mi parecer, extemporáneos y henchidos de peligrós.

Rigor en lo tocante a los estudios

Pienso que hemos llegado a un punto de nuestra existencia religiosa en que se impone el paso lento. Podemos replegarnos sobre nosotros mismos, recogernos y, teniendo en cuenta que la mayoría de los jóvenes a quienes se les podría juzgar severamente son novicios que no pueden dedicarse plenamente al estudio, tomar disposiciones rigurosas contra los ignorantes, perezosos e incapaces. Se castigará a unos, se amonestará a otros; se recurrirá incluso al despido, si fuese necesario. No le vendrán mal a la Congregación ciertas exclusiones; de todos modos, jamás los convocaremos a un Capítulo.

Estas son, mis queridos Hermanos, las consideraciones que me parece muy oportuno someteros, para llamar vuestra atención, reclamar vuestras luces y vuestros pareceres sobre un asunto tan importante como es la formación de los religiosos destinados al gobierno.

Os reitero mi más respetuoso afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) “Aristocracia en la Asunción”, ése era el título que el P. d'Alzon mismo daba a esta segunda circular en su correspondencia. Los miembros de los Capítulos generales, que se reclutaban entre sí, eran vitalicios y constituían, fuera de la celebración de los Capítulos, al lado de los Asistentes generales, un grupo de consultores cualificados a la disposición del Superior General.

(2) Se trata del P. Laurent.

(3) Ese era el reproche que se le hacía, desde París sobre todo, al joven Instituto. El P. Picard hubiera deseado una reglamentación más severa de los estudios; el P. d'Alzon la reserva para más tarde; pero volverá en la cuarta circular, tratándolo con mayor altura, sobre este tema capital de los estudios en la Asunción.

TERCERA CIRCULAR (1)

Nimes, 8 de junio de 1874.

“La Iglesia, al tener que librar continuamente nuevos combates, necesita nuevas tropas”. Los terciarios de la Asunción tienen que atender tanto a la defensa de la Iglesia como a su propia santificación.

Mis muy queridos Hermanos,

I.- Las Terceras Órdenes primitivas

**Santidad personal
en la escuela de los
grandes fundadores**

Una de las más bellas intuiciones de Santo Domingo y de San Francisco de Asís fue ciertamente la institución de sus Ór-

denes Terceras.

1° De esta forma, brindaban a innumerables cristianos que, debido a su posición, salud o cualquier otro motivo legítimo no podían ingresar en religión, la posibilidad de asumir todo cuanto de la vida religiosa les era compatible y, mientras la Orden daba ejemplo de prácticas más austeras, de compromisos más estrictos, de un alejamiento del mundo más absoluto, los terciarios, yendo afanosamente tras las huellas de modelos más perfectos, lograban a veces santidades que la Iglesia ha canonizado. Magnífico resultado, a la verdad, el de infundir el espíritu de los fundadores en todas las capas de la sociedad cristiana y animar a sus miembros a probar un estilo de vida que, sin imponer los vínculos de los consejos evangélicos, les incitaba a rebasar el simple cumplimiento de la ley cristiana.

Santidad comunicativa 2° Las Órdenes Terceras eran, además, una enseñanza práctica. La familia espiritual en cuyo entorno se agrupaban tenía derecho a exigir más a sus miembros; había ayunos, oraciones, obras pías cuya obligación determinaba la regla y que, al interesar a la vida entera, producían conversiones mediante el ejemplo. El nivel de las costumbres se elevaba forzosamente bajo el influjo de la santidad que, desde el claustro, alcanzaba a través de la Orden Tercera al común de los cristianos. La vida austera, penitente del religioso era como para asustar. La vida del terciario ponía al alcance de los débiles ciertos tanteos de reforma. El fruto de las asociaciones se palpaba casi hasta en la intimidad del hogar; se iba desarrollando el espíritu cristiano, a la par que retrocedía el respeto humano; mientras tanto, a Cristo se le iba conociendo, obedeciendo y amando cada vez más.

La defensa de la Iglesia 3° La Orden Tercera de Santo Domingo, especialmente antes de transformarse en Orden Tercera de penitencia, se denominaba Orden Tercera de los caballeros de Jesucristo. El título de por sí ya indicaba su finalidad: se trataba de defender a la Iglesia contra ciertas pretensiones de los lombardos, bastante semejantes a las que se alzan actualmente contra ella en Italia, Alemania y otras naciones. Se invitaba a todos los cristianos a un nuevo tipo de cruzada. Concluidas las de Tierra Santa y las de los albigenses, en las que tan activamente participó Santo Domingo, se consideraba muy útil la que defendiera los derechos de la Iglesia contra las pretensiones irrefrenables del poder temporal. Posteriormente, la Orden Tercera vino a ser sólo una forma de vida piadosa y austera de algunos cristianos; mas, ¿por qué no se podrían reasumir esas formas enérgicas y tan favorecidas por la unión que generan? *Frater, qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma* [Proverbios 18, 19]. ¡Ah!, ¡cuán necesitados

estamos de esas ciudades fortificadas en las fronteras del reino de Jesucristo para repeler las invasiones del enemigo y para preparar incursiones a tierras que nos han usurpado!

II.- Las Órdenes Terceras de la Asunción

Los grandes males de la sociedad moderna 4° Las breves consideraciones anteriores os dan la clave de los motivos muy legítimos para plantearnos un grave problema: el de asociar a algunos hombres para trabajar en lo que parece indispensable en la actualidad: la defensa activa de la Iglesia. Resulta doloroso ver cómo se desparraman las fuerzas y se malogran abundantes frutos, al faltar un plan de conjunto juiciosamente preparado. Celebraremos con mucho entusiasmo que tanto las Órdenes Terceras de Santo Domingo y de San Francisco como la Congregación de San Ignacio y otras tantas piadosas asociaciones revitalicen a sus miembros; mas, nosotros ¿no tenemos nada que hacer a tenor de nuestras obligaciones y de las luces que Dios nos ha dado acerca de nuestra vocación? Efectivamente, ¿qué observamos en multitud de hombres de recta intención? 1° Una profunda ignorancia; 2° una ciencia maleada por las ideas más falsas; 3° los efectos, —no os asuste la palabra—, del liberalismo católico más falaz; 4° los peligros siempre crecientes de la Universidad estatal y de la enseñanza legal; 5° teorías agnósticas, antisociales; 6° en el aspecto religioso, toda la piedad arruinada por la molicie de la vida, por la imposibilidad de someterse a yugo alguno; 7° las vocaciones perdidas por el apego al bienestar, incompatible con la idea de llevar una vida mortificada.

Objetivos propuestos ¿Cómo combatir males tan grandes? ¿No creéis que una Orden Tercera o cualquier otra asociación, que bautiza-

ríais a vuestro antojo, sería sumamente útil?, agrupando en ella a hombres inteligentes y preparando con ellos:

la propaganda de ideas cristianas a) Cursillos o debates a los que se invitaría a todos los hombres de buena voluntad deseosos de ilustrarse sobre los grandes temas suscitados, sea por el Syllabus, sea por el Concilio, sea por la guerra declarada contra la Iglesia en todo el orbe.

la preparación de Universidades católicas b) Universidades católicas. Se crean Universidades con mucho dinero, otras se hacen con ideas, con hombres y poco dinero; el dinero viene más tarde, en el momento oportuno. No estaría nada mal semejante resultado, y no dudo de que una Orden Tercera contribuiría eficazmente a su consecución.

el apoyo a las obras populares c) Pero, más copiosos serían aún los frutos si las Órdenes Terceras vinieran a considerarse como el núcleo de todas las obras sociales de las que tenemos que ocuparnos. ¡Cuántos estudios interesantísimos por hacer, cuántas discusiones cuya solución acarrearía los más bellos resultados! ¡Qué medio tan poderoso para encender, mantener y desarrollar el celo de esos dinámicos grupos!

la organización de la acción católica d) La caridad requiere orden. ¿No creéis que las Órdenes Terceras tendrían la magnífica ventaja de poner mucho más orden y de solucionar un sinfín de puntos difíciles mediante la obediencia? De consagrarse algunos de nuestros religiosos a la dirección de esas Órdenes Terceras, ¡qué legiones no prepararían para la causa de Dios!

**la protesta contras
las ideas mundanas
y el fomento de las
vocaciones**

e) Se seguiría otra ventaja: al imponer la Orden Tercera una regla severa, impondría esfuerzos de mortificación, sacrificios en el deseo del bienestar y de la

comodidad; semejante protesta constituiría sin duda una predicación; pero, ¿no podría transformarse en fuente de vocaciones religiosas? Desde este punto de vista, lejos de demorar, tendríamos que acelerar la propuesta de la Orden Tercera a la juventud; las almas más lozanas quedarían fascinadas, seducidas en la lucha contra la carne y frente a las victorias por conseguir, así como en el entrenamiento de sus fuerzas. Hablándoles más enérgicamente de la vida de penitencia, se estimularía su apetencia. Cuando San Pablo decía que no había creído tener que conocer otra cosa que no fuera Jesucristo y Jesucristo crucificado, ¿no ponía las condiciones de esas vidas abnegadas que hallan su estabilidad en la vida religiosa?

Conclusión

Desde el triple punto de vista de la difusión del pensamiento cristiano, de las obras populares y sociales y del fomento de las vocaciones, se me antoja que las Órdenes Terceras ofrecen ventajas sobre las que me parece importante reflexionar. Hemos tenido una Orden Tercera femenina; la masculina podría dar excelentes frutos, sea en sacerdotes, sea en laicos fervorosos, a los que se podría animar a una vida más austera.

Mas, por encima de todo, prepararíamos una organización contra las Sociedades secretas. Ya os dije unas palabras sobre este tema en una circular anterior; desearía que ésta os hiciera comprender con mayor nitidez mi sentir acerca de este asunto. Os ruego la meditéis, me comunicuéis vuestro parecer, y creáis en mi más respetuosa unión en Nuestro Señor (2).

E. d'ALZON.

NOTAS

(1) El P. d'Alzon había anunciado al P. Picard una circular “sobre una mayor precisión de la meta de la Congregación: la enseñanza, la predicación, la dirección de las almas, las Órdenes Terceras: seminarios para directores de obras obreras y de la enseñanza popular. Todo eso me parece, añadía, bastante bien ordenado”. Esta tercera circular no trata más que de las Órdenes Terceras. Fieles a sus lejanos orígenes, las Órdenes Terceras nuevas deben preocuparse más especialmente, de acuerdo con el espíritu de la Asunción, de la defensa de la Iglesia.

(2) Dos documentos —que se encuentran más adelante— acompañaban a esta circular: un proyecto de Reglamento para la Orden Tercera de los Agustinos de la Asunción y la Regla de la Orden Tercera de los Sacerdotes de la Asunción.

CUARTA CIRCULAR (1)

Nimes, 18 de junio de 1874.

Nuestras armas son armas de luz: el estudio es algo imprescindible.

Mis muy queridos Hermanos,

En el último Capítulo general encargamos al P. Laurent la preparación de un plan de estudios, y estoy seguro de que obrará en vuestras manos antes del próximo Capítulo que, de realizarse mi deseo, se celebraría de aquí a dos años. Mas, creo indispensable someter a vuestra consideración algunos principios en virtud de los cuales tenemos que estudiar.

A. - Necesidad del estudio

**Quien no trabaja:
se condena** I. El estudio es ineludible para el religioso que no trabaja manualmente. Es su medio de ganarse el pan con el sudor de su frente. Quien no trabaja se condena. No es el estudio el único requisito para la salvación, pero podemos decir que, cuando se deje de estudiar en la Congregación, es que su tiempo habrá pasado y habrá recibido la maldición de Dios.

El estudio es penitencia, expiación y preservación. Estudiando expiamos por nuestros pecados; adquirimos, si queremos, méritos para satisfacer por los pecados de las almas cuya evangelización corre a nuestro cargo; nos preservamos de todos los vicios cuya madre es la ociosidad; mantenemos nuestro espíritu a un nivel superior, muy importante para reaccionar contra la vulgaridad y

mediocridad de las ideas modernas. Tan manifiestas son estas verdades que es inútil desarrollarlas, pero os exhorto a que las meditéis a menudo.

se expone a todas las tentaciones

II. El estudio, por ser una ocupación, nos preserva de las tentaciones que acechan a quien se entrega el servicio de Dios. A este respecto, jamás os encarecería debidamente el compromiso de no perder ni un solo minuto; el empleo de los instantes más breves produce abundantes beneficios. Uno se dice: sólo dispongo de pocos minutos, no merece la pena que me ponga a estudiar. Ahora bien, además de exponerse a no mantener la mente en forma para el trabajo ya iniciado, además de dejarse arrastrar a un auténtico matar el tiempo, contrario al voto de pobreza, se abre la puerta a las tentaciones que suscita el demonio precisamente en las horas de ociosidad.

se hunde más en la ignorancia

III. ¿Os hablaré de la ignorancia en que caen mentes preclaras por no imponerse la cultura intelectual requerida por su vocación? Pasó el tiempo en que el hábito religioso inspiraba respeto por sí mismo. Hoy en día sólo se le respeta si el que lo lleva es el primero en respetarlo. Os ruego respetéis y hagáis respetar vuestro hábito en cualquier manifestación externa vuestra, ante todo y por supuesto en las referentes a la virtud, pero también a los conocimientos útiles para la causa de la Iglesia y de Nuestro Señor Jesucristo.

B. - Finalidad de nuestros estudios

IV. No basta con estudiar; hay que dar una finalidad al estudio. Ahora bien, para nosotros, todo debe referirse a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia.

1° *A Dios*, conocido mediante el estudio de los preámbulos de la fe: *praeambula fidei* como dice la teología; a Dios en sus atributos, en la producción de sus obras: en la creación; en la conservación de los seres: la Providencia. Así es como todas las ciencias se iluminan con la idea de Dios y remontan a él como a su origen. ¿Y qué se puede estudiar fuera de Dios, del universo que es su obra y de las leyes que lo rigen?

2° *A Jesucristo: Deum nemo vidit unquam; unigenitus Dei filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit.* [A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado] [Juan 1, 18]. Es a Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe: *auctorem fidei et consummatorem Jesum* [Hebreos 12, 2], a quien tenemos que estudiar. *In Christo omnia* [Efesios 1, 10], todo está en Jesucristo pero en su estado revelado, regenerado, sobrenaturalizado. La fe nos descubre por Jesucristo verdades inasequibles a la sola razón; mas, es en la doctrina de Jesucristo donde debemos hallar el conocimiento de un mundo nuevo, superior a nuestras investigaciones y cuyas luces, concedidas mediante un don totalmente gratuito, se reflejan no obstante en el mundo natural, y nos enseñan a conocerlo y juzgarlo desde un enfoque, por decirlo así, más divino. En Jesucristo se halla la ciencia de Dios en su esencia; la del hombre caído, rescatado, reconciliado, regenerado; la de los derechos de Dios sobre el hombre y la de los deberes del hombre para con Dios. Estudiemos a Jesucristo en sí mismo, en la ley, cuyo término es él mismo; en su verdad, que se confunde con él mismo; en las verdades que de él dimanar, y que son únicamente tales en la medida en que se remontan a él. Estudiemos a Jesucristo en su soberanía: *Christum Dei virtutem* [1 Corintios 1, 24] y, puesto que actualmente se ataca más su obra, consideremos todo lo que le debemos dar para ser ministros suyos: *ut ministros Christi* [1 Corintios 4, 1].

3° *Por último, a la Iglesia.* Si Dios se manifiesta en el universo: *Coeli enarrant gloriam Dei* [Salmo 19, 2], Jesu-

cristo se manifiesta en su Iglesia; Jesucristo posee la clave de toda la historia humana que se identifica con el plan divino de la Iglesia. La Iglesia es una sociedad, *tabernaculum Dei cum hominibus* [Apocalipsis 21, 3], y en ella todo se refiere a los elegidos de Jesucristo: *omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei* [todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios] [1 Corintios 3, 23]; tal es la concatenación y, si os parece bien, la última palabra. Dios hizo todo para sí: *omnia propter semetipsum operatus est Dominus* [Proverbios 16, 4] y olvidándose en cierto modo de sí mismo, nos declarará que ha hecho todo por los elegidos: *omnia propter electos* [2 Timoteo 2, 10]. Dios, Jesucristo, los elegidos, he ahí la última palabra de la Iglesia, de su historia, de la historia de la humanidad y de todas las ciencias históricas y sociales. La sociedad y la historia tienen su fuente en la sociedad de los elegidos, la Iglesia celestial, que tiene su base en Jesucristo: *ipso summo angulari lapide Christo Jesu* [Efesios 2, 20], el cual se remonta a Dios: *Christus autem Dei* [1 Corintios 3, 23]. No creo que pueda proponerse al religioso de la Asunción conjunto más vasto que éste.

Ciertamente la mente humana, para llegar a una ciencia más completa, necesita de ciertos conocimientos instrumentales; mas, al igual que cada oficio necesita herramientas propias, veis inmediatamente que los conocimientos necesarios para adquirir la ciencia, tal como nos la proponemos, deben adecuarse al fin que tenemos ante la vista; así es como, sin censurar a nadie, nos asiste el derecho de introducir en nuestros estudios clásicos las preparaciones más conformes al fin absoluto de nuestros estudios religiosos.

C. - Condiciones de nuestros estudios

V. Tengamos presente que los estudios de un religioso requieren ciertas condiciones, sin las cuales éstos resultan inútiles y hasta peligrosos.

Fin sobrenatural Inútiles resultan, si el religioso no persigue constantemente un fin sobrenatural. El profeta decía a los judíos esto que cuadra perfectamente a los religiosos que no elevan sus estudios con el pensamiento de Dios: *Seminastis multum et intulistis parum, comedistis et non estis satiati, bibistis et non estis inebriati, operuistis vos et non estis calefacti, et qui mercedes congregavit misit eas in sacculum pertusum* (Ageo 1, 6). ¡Ay, cuántas vidas inútiles, si bien atareadas, por no orientarse hacia Dios! *Seminastis multum et intulistis parum.*

Humildad Los estudios son peligrosos si, según la expresión del Apóstol, la ciencia que nos procura, acaba por hincharnos: *scientia inflat* [1 Corintios 8, 1]. ¡Ah! Si logramos alcanzar por la ciencia un conocimiento más perfecto del Ser de Dios, de su bondad, de su amor, de sus perfecciones; si aprendemos a conocer mejor a Jesucristo y a Jesucristo crucificado: *Jesum Christum et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]; si reparamos en la historia de la Iglesia en que los mayores obstáculos para su triunfo y los mayores peligros han provenido de los falsos hermanos: *periculum ex falsis fratribus* [2 Corintios 11, 26], es decir, de los malos sacerdotes y de los malos religiosos, aprenderemos a temblar, a humillarnos, a anonadarnos ante la plenitud de Dios y ante la nada de sus criaturas y la fragilidad, cuando no la corrupción, de los instrumentos empleados por él.

Caridad apostólica Mas, si la ciencia infla, la caridad edifica: *charitas autem aedificat* [1 Corintios 8, 1]. Impregnemos nuestros estudios de caridad, es decir, de amor de Dios, de Nuestro Señor y de la Iglesia, a quienes amaremos más conforme los vayamos conociendo mejor. Impregnemos nuestros estudios de amor al prójimo, es decir, de celo por la salvación de las almas que nos confien. Soportemos la aridez,

la desgana, la larga duración de nuestros trabajos con la idea de que así llegaremos a ser obreros que desconocerán la confusión, semejantes al discípulo de San Pablo: *operarium inconfusibilem* [2 Timoteo 2, 15]. El estudio acrecentará nuestra caridad, y ésta el afán por el estudio. Entonces, aunándose al amor a la ciencia, se convertirá en su aroma y estímulo; estudiaremos porque amaremos; el estudio vendrá a ser una forma de orar, cuyo fruto será la mayor gloria de Dios y para nosotros una mayor aptitud para salvar almas.

D. - Fuentes de la ciencia religiosa

VI. Para terminar os diré unas palabras sobre las fuentes de la ciencia religiosa. Más de una vez he llegado a la conclusión de que no se necesitan muchos libros, por ser éstos frecuentemente equipaje inútil.

Nuestros autores La Biblia con un buen comentario, y ¿por qué no pedírselo a San Agustín o a Santo Tomás? Las obras de nuestro patriarca, las dos Sumas del Ángel de la escuela, una historia eclesiástica, Baronio, Rohrbacher o Darras, según las aptitudes personales; Bourdaloue o Bossuet como modelos de oratoria, Bossuet controversista, algunos autores ascéticos, San Buenaventura, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguorio, con su teología moral, algún que otro autor moderno en el que se expongan los errores recientes, con el fin de enterarse de su cómoda refutación; tal debería ser, a mi juicio, la biblioteca de cabecera de nuestros religiosos.

Los estudios canónicos Si no menciono ningún autor de derecho canónico, es que, según apunta uno de los maestros de la ciencia canónica, en la Edad Media se formó el *jus*; en el Concilio de Trento, el

jus novum; ahora estamos aguardando el *jus novissimum*. Al señalarme en 1855 el cardenal Berardi esta transformación del derecho, no se imaginaba que la revolución forzaría al Concilio Vaticano a sentar las bases del nuevo trabajo que esperamos con ilusión. Puesta la vista en estos cambios hemos de estudiar el derecho canónico y adherirnos siempre más al papado.

No excluyo otros autores, pero estoy persuadido de que éstos son suficientes. No condeno lo que no menciono, mas, si queremos tener un espíritu propio, estamos en nuestro perfecto derecho al indicar los doctores que nos ayudarán a moldearlo de una manera más característica.

Conclusión

Quizás vuelva a tratar de pasada del estudio, pero hoy no digo más. Esta carta tendrá, dentro de su brevedad, junto con la ventaja de una mayor precisión, la de mantenernos en un marco más amplio en el que la mente, adherida a la verdad, pueda considerarla a la luz del triple aspecto de la razón, de la revelación y de la historia, donde se unen, sin confundirse, el saber humano y la ciencia revelada. ¡Quiera Dios que estos apuntes os ayuden a ser religiosos sabios en la medida en que Jesucristo, nuestro guía, nuestra luz y nuestra vida, lo juzgue útil para la extensión de su reino!

Os ruego, mis queridos Hermanos, aceptéis la expresión de mi más afectuosa solicitud.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) Para terminar con el reproche de que en la Asunción no se estudiaba, el P. d'Alzon, que acababa de imprimir al noviciado un impulso más enérgico, nos exhorta, mediante elevadas consideraciones sobre el estudio, a tornarnos religiosos sabios, para trabajar con mayor eficacia en la defensa de la Iglesia y en la extensión del Reino de Dios en las almas.

QUINTA CIRCULAR (1)

Nimes, 27 de junio de 1874.

Para los Religiosos de la Asunción, la oración es el estudio de la Verdad divina, para conocer mejor sus deberes y cumplirlos, con un amor más grande, para el mayor beneficio de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

Me pedisteis en el Capítulo General que estableciera algunos principios acerca de la oración. Cuanto más pienso en dar cumplimiento a vuestro deseo, más envuelto me veo en una cierta oscuridad. Habiendo escrito sobre este tema tantos maestros, no sé qué podría añadir yo a lo dicho. Lo que me retrae no es la materia a tratar, sino la dificultad de elegir entre tantos temas. No obstante, trataré de daros algunas indicaciones que os ayuden a plasmar algo así como el espíritu de nuestra oración, antes que vaciarla en un molde tan uniforme que viniera a ser como una operación mecánica.

A. - Consideraciones previas sobre el espíritu de nuestra oración

Tres verdades incontrovertibles

Arranquemos de tres verdades incontrovertibles:

I.-El término de la vida de perfección es la unión con Dios, unión iniciada en la tierra mediante la fe y que culmina en la gloria con la visión beatífica.

II.-El Espíritu Santo sopla donde quiere y, para unir a sí a las almas, usa los medios por él sólo conocidos y que nadie tiene derecho a imponerle.

III.-Sin embargo, la oración posee su ciencia y, por lo tanto, tiene un método basado en las enseñanzas de la Sagrada Escritura, la doctrina y la experiencia de los santos.

La ciencia de la oración Establecidos estos puntos incontrovertibles, permitidme que aborde diversos aspectos del espíritu de oración, tal como yo lo concibo para nosotros, y os señale el resultado que desearía alcanzar.

a) su método En primer lugar, es indispensable tener un método de oración. Hay muchos y no insisto más de la cuenta sobre su elección. Con todo, no estaría de más que el Maestro de novicios propusiera el método de San Francisco de Sales, tal como aparece en la *Introducción a la vida devota*. Se puede y se debe a veces hacer oración delante de los novicios a fin de iniciarlos en las consideraciones en las que importa se compenetren. En cuanto a la elección de las meditaciones, confío en que os pueda ofrecer en breve meditaciones para cada día del año. Hasta entonces, os dejo libres en la elección de los temas de meditación.

b) sus principios básicos, con la ayuda de San Juan de la Cruz y de San Francisco de Sales Existen, además, ciertos principios que tienen que ser estudiados por aquellos de entre vosotros que no sólo quieren hacer oración sino que quieren también formar en ella a otros en el día de mañana. Me permitiría señalaros dos autores: San Juan de la Cruz y San Francisco de Sales. No excluyo a los demás, no nos vendrá mal el consultarlos, pero los dos doctores mencionados están canonizados. El primero pertenece a una Orden contemplativa, el segundo vivió en medio del quehacer apostólico, tratando con toda clase de cristianos. Al colocar a ambos en los altares, la Iglesia nos avala la pureza de su doctrina. Un Maestro de novicios, un

confesor, imbuidos de sus enseñanzas, pueden, sin temor a extraviarse, guiar a las almas a la cima de la perfección no sólo en el claustro sino también en el mundo.

B. - Pasos de nuestra oración

Mas, percibo que no son éstas las explicaciones que estáis aguardando de mí; queréis algo más preciso, queréis que os exponga lo que no me atrevo a llamar el espíritu de nuestra oración. Voy a tratar de deciros algunas palabras al respecto, en la medida en que yo mismo pueda comprender este espíritu.

Partiendo de que nuestra vida ha de ser una vida de oración, que dejamos a las almas plena libertad en su caminar hacia Dios, y que la oración constituye para nosotros la manera más perfecta de unirnos a Dios, nuestro único término, ¿no creéis que nuestro empeño ha de consistir en ir a Dios mediante el conocimiento del Hijo en el amor del Espíritu Santo?

Se nos pide un conocimiento más perfecto de Dios junto con la generosa aceptación de todas sus consecuencias prácticas.

I.- *Hay que ir a Dios*, y para eso, vivir una vida de fe: *Quicumque vult accedere ad Deum, oportet credere quia est* [Hebreos 11, 6]. ¡Cuántas ilusiones nos forjamos al respecto! Que el modesto artesano, que la sencilla obrera se contenten con los rudimentos del catecismo y así vayan a Dios; podemos afirmar que, de deber Dios algo a sus criaturas, sería precisamente eso. Mas, que el religioso, cuya vida se consagra al estudio, no se ocupe ante todo de la Verdad primera y del primero de los seres, resulta algo inconcebible. Teniendo cada cual la obligación de servir a Dios según su vocación y, dado que la vocación de los religiosos de nuestra familia es el estudio y el estudio sagrado, tengo para mí que nos incumbe la

obligación de estudiar a Dios en su esencia, según los principios de la revelación. Finalmente, seamos sinceros, ¿por qué se habla tan poco y tan mal de Dios? Porque no se piensa en él, y eso ocurre sea por desconocerlo debido a la pereza, sea por miedo a conocerlo demasiado.

Del conocimiento de Dios dimanaban ciertas consecuencias terribles para la conciencia tentada de cauterizarse; resulta muy cómodo desviar el pensamiento de esas consecuencias, reñidas como están con la tibieza, no fijando la mente en el principio que las origina. No digo que, con respecto a Dios, sea necesario so pretexto de conocerlo mejor plantearse en la oración cuestiones curiosas, encaminadas más a satisfacer la hinchazón de la ciencia que a edificar la caridad.

Pero sí afirmo que la contemplación del ser de Dios, del bien infinito, que no es otro que Dios mismo, de sus perfecciones, de su poder, de su justicia, de su misericordia, nos infundirá, a buen seguro, el sentimiento de sus derechos sobre nosotros, de nuestras obligaciones para con él, nos enseñará a adorarlo, a anonadarnos, a darle gracias, a detestar el pecado, a combatir cualquier mal en nuestras almas. Afirmo que cuanto más conozcamos a Dios, a cuya imagen hemos sido creados, más nos enardecerá el deseo de realizar su mandato: *estote ergo vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est* [sed perfectos como es perfecto vuestro Padre del cielo] [Mateo 5, 48].

San Pablo, hablando de Dios, decía a los Atenienses: *In ipso enim et vivimos, et movemur, et sumus* [pues en él vivimos, nos movemos y existimos] [Hechos 17, 28]. Tal es nuestra situación con Dios en el orden de la naturaleza. ¿Cuál no será un día en el orden de la gloria? Mas, para que dicha unión llegue a ser tan grande como posible, preciso es, en el orden de la fe, cooperar con la gracia mediante un concurso libre a la par que eficaz. Ahora bien, para eso hay que estudiar a Dios, estudiarlo teológicamente, para estudiarlo prácticamente en la oración

y cosechar los frutos que él desea producir en nosotros. Estudio profundo de los atributos de Dios, fuente del conocimiento de nuestras relaciones y deberes para con él.

Sólo conocemos perfectamente a Dios por medio de Jesucristo, Dios puesto a nuestro alcance, para estampar su sello divino en todos los pormenores de nuestra vida.

II.- Hay que ir a Dios *mediante el conocimiento de su Hijo*. El Verbo eterno corresponde en Dios a la inteligencia divina; y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Con qué fin? Para amoldarse a nuestra debilidad, para manifestarnos todo cuanto podemos conocer acerca de Dios aquí abajo. La meditación sin Jesucristo es una meditación huera; pues, por una parte Jesucristo es Dios, pero Dios puesto a nuestro alcance, Dios conocido en la medida que podemos conocerle mediante su Hijo, que nos lo revela: *ipse enarravit* [Juan 1, 18]; mas, él se encarnó para enseñarnos a divinizar la vida; de aquí que necesitemos meditar la vida de Jesucristo. Por otra parte, Jesucristo es hombre, pero su persona es divina; es la Persona divina que encumbra a la naturaleza humana a su propia dignidad. Como todo cuanto hizo Jesucristo en la tierra fue divino, para estampar su sello divino en nuestros sentimientos, pensamientos, palabras y obras, basta con que tomemos por modelo a Jesucristo, y de esta forma, imitando a un hombre, restauraremos en nuestras almas la imagen de Dios destruida por el pecado.

He aquí, ciertamente, un amplio tema para nuestra reflexión: buscar, en el conocimiento de Jesucristo, el medio para conocer mejor a Dios, para asemejarnos más a él y para reconciliarnos con él, ya que el gran mediador entre Dios y los hombres es Jesucristo en su humanidad: *unus mediator Dei et hominum, homo Christus Jesus* [1 Timoteo 2, 5]. ¿Puede el pensamiento humano sumergir-

se en una contemplación más elevada, más conforme a su naturaleza, más santificante, más práctica?

Así es como veréis desplegarse ante vuestros ojos todos los misterios de la vida del Salvador. Son los detalles de la vida de un hombre, y cada uno de ellos encierra la enseñanza de una virtud en el cumplimiento de un deber practicado más santamente. La unidad infinita de Dios parece demasiado misteriosa para nuestra flaqueza; aquí tenemos detalles y detalles divinos, que pueden penetrar hasta los últimos recovecos de vuestra existencia. Jesucristo, hombre perfecto, sigue estando ante vosotros; concedlo más íntimamente e imitadlo más divinamente cada día.

III.- Ir a Dios mediante el conocimiento del Hijo *en el amor del Espíritu Santo*.

Necesidad del don por excelencia: a) espíritu de amor y de oración

No basta con conocer; el alma, guiada por su deseo irresistible del bien, lo contempla en Dios a través de la santa humanidad

del Salvador y lo ama conforme al conocimiento que de él posee; la inteligencia iluminada contempla en un horizonte más vasto las perfecciones de Dios y aspira a una unión más íntima. Mas, al igual que el alma es incapaz de ver a Dios mediante sus solas luces, tal como nos lo muestra la revelación aquí abajo, del mismo modo es incapaz el corazón de amar a Dios como lo amará cuando sea ayudado por la gracia. De aquí que el Espíritu divino venga en ayuda de nuestra debilidad: *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram* [Romanos 8, 26]. Él es quien ora en nosotros con gemidos inenarrables; en él podemos pronunciar debidamente el nombre de nuestro divino Maestro, y orar con su omnipotente intercesión; por él la plegaria se transforma en acto de amor y prelude de la unión eterna con Dios.

La parte de los sentidos en la oración No obstante, permitidme una advertencia muy grave, que os ruego meditéis, para que me transmitáis luego vuestras observaciones. Santo Tomás hace notar que el corazón es el principio de la vida animal; por otra parte, en Dios el amor dimana, según dice, de la voluntad. Mas, en el hombre el alma y el cuerpo están íntimamente unidos, y por ende las impresiones del cuerpo actúan sobre la voluntad, como los actos de la voluntad reaccionan bajo las impresiones del cuerpo y de los órganos que, en el cuerpo, como sigue afirmando Santo Tomás, son instrumentos del alma. De todo esto podéis inferir que lo referente al campo del sentimiento, y por lo tanto de los sentidos, ocupa un grado inferior que lo referente al campo de la voluntad; y que, en consecuencia, en lo relativo a la oración no hemos de dar prioridad a las impresiones sensibles ni a los sentimientos, antes bien, pese a que el alma puede elevarse hacia Dios mediante las criaturas, al llegar a cierta altura, hay que abandonar el orden sensible, animal, pues el Apóstol nos tiene dicho: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei* [1 Corintios 2, 14], y someter nuestra voluntad al espíritu de Dios y a su amor, para que saque de ella el amor más puro que podamos ofrecerle.

La parte principal del espíritu Que nos sirvamos de los sentidos para ir a Dios, es algo casi indispensable, pero que, para hacer que nuestra oración sea más perfecta y nuestro amor menos indigno de Dios busquemos a Dios en la desnudez de la inteligencia y de la voluntad, es algo que me parece seguirse de toda la doctrina de los santos. Siendo Dios un espíritu puro, debemos adherirnos a su substancia, en la medida en que podemos captarla aquí abajo, sobre todo mediante lo que hay en nosotros de más elevado: la inteligencia y la voluntad.

Siendo cierto lo que digo, y dejando para los incipientes las impresiones sensibles más acordes con su debili-

dad, la conclusión es que hemos de ir a Dios sobre todo mediante lo más profundo del alma.

b) espíritu de verdad: para un conocimiento más fecundo de Dios A punto de subir al Calvario, Jesús promete a sus discípulos el Espíritu consolador, que es al mismo tiempo el Espíritu de verdad, y agrega: *Cum autem venerit Spiritus ille veritatis, docebit vos omnem veritatem* [Juan 16, 13]. Lo que puede interpretarse acerca de la asistencia del Espíritu Santo con respecto a la enseñanza de la Iglesia, pero también acerca de las luces que derrama el Espíritu Santo en el alma que, compenetrada con las verdades de la fe, trata de comprenderlas mejor para realizar sus consecuencias prácticas. Se contempla la verdad en la oración, y se pone en práctica con la caridad; *veritatem in caritate facientes* [Efesios 4, 15]. La oración es entonces estudio de la verdad divina para conocer mejor nuestros deberes y cumplirlos con más amor mediante la gracia del Espíritu Santo.

El amor divino renueva todos los movimientos de nuestra alma, y llegamos paulatinamente, en la oración, a formar en cierto modo un solo espíritu con él: *qui adhæret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17].

para una defensa más eficaz de la Iglesia El religioso de la Asunción no ha de rezar sólo para sí, ha de rezar por los demás; de aquí fluye, desde otro punto de vista, la necesidad de una oración basada en el conocimiento de la doctrina sagrada. Inocencio III, cuando la herejía maniquea invadía el mediodía de Francia e Italia, aseguraba que la liga más fuerte contra los enemigos de la fe era una instrucción sólida. Ahora bien, aquellos enemigos de la fe eran sencillamente predecesores de las sectas secretas y revolucionarias. Por tanto la instrucción sólida nos es tan indispensable ahora como en la época de los albigenses; pero hay que

triturlarla, por decirlo así, para comunicarla, y la mayor calamidad es que, con harta frecuencia, la transmitimos *in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis* [1 Corintios 2, 4], y no *in ostensione spiritus et virtutis* [ibid.]. Para ello, hay que prepararla en la oración, y aquí tenéis un poderoso motivo entre otros para que os comprometáis a hacer oración, no sólo sobre puntos referentes a la piedad, sino también sobre verdades dogmáticas, fuente, al fin y al cabo, de las consecuencias, si no las más sentimentales, al menos las más fecundas para la verdadera perfección. Cuanto más hayáis rumiado el conjunto de las verdades reveladas en la oración, más preparados estaréis para comunicar ese carácter vivo que nos vivificará primeramente a nosotros mismos y vivificará además nuestra acción en favor del prójimo.

La oración tiene que introducirnos paulatinamente en el sentimiento habitual de la presencia de Dios.

Conclusión

No quisiera concluir sin hablaros de esa continuidad en la oración que se confunde con el ejercicio de la presencia de Dios. La oración debería ser habitual. Cuanto más empeño pongamos en desterrar la concentración austera y lo que yo denominaría recogimiento exagerado, con el fin de ir a Dios en medio de una gran alegría y con el gozo de estar a su servicio, más debemos actuar en todo nuestro ser con la máxima sencillez, bajo la mirada de Dios. *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]; estas palabras conllevan, por parte nuestra, un infinito respeto, pero un respeto filial y confiado. El pensamiento continuo de Dios nos infunde recogimiento a la par que regocijo. Ante él hemos de caminar con ardor, pero tenemos que obrar por nuestro Padre y en su presencia con amor y ternura. Su mirada imprimirá en nosotros los sentimientos más delicados de la pureza de intención y

de toda pureza; debe constituir para nosotros un acicate para superarnos continuamente a fin de complacerle.

Cultivemos, pues, el espíritu de oración, la práctica de la oración; vivamos continuamente en presencia de Dios cual siervos fieles, para obedecerle; cual discípulos ávidos de recoger su enseñanza; cual soldados dispuestos al primer toque de clarín a empuñar las armas para sus combates. Busquemos a Dios, objeto eterno de nuestro ser; aprendamos a conocerle con las luces de su Hijo, abrasémonos en las llamas de su Espíritu, y nuestra oración, uniéndonos a la adorable Trinidad, nos brindará un goce anticipado de lo que nos reserva Dios en la patria.

Os ruego aceptéis, mis muy queridos Hermanos, la expresión de mi más afectuosa solicitud.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) Escrita de un solo tirón, tras una larga deliberación, esta circular de una muy tradicional y muy alta inspiración, imprime a nuestra espiritualidad un sello original. Contemplar a Dios, no para transmitir a los demás inmediatamente los frutos, *—aliis contemplata tradere*, según la divisa de los Hermanos Predicadores—, sino para instalarnos lo más sólidamente posible en una relación íntima con Dios, preludio del cielo: tal debe ser nuestra primera preocupación espiritual. Atraídos personalmente por Dios, con toda naturalidad y como por instinto, atraeremos a los demás hacia él.

SEXTA CIRCULAR (1)

Nimes, 2 de julio de 1874.

Con la democracia en marcha, la política lo invade todo. Más que nunca, para dominar las Babeles modernas, una sola política se nos recomienda: la política de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

Las cuestiones sociales se hallan tan agitadas en este momento, que las mentes más preclaras parecen extrañarse por los más opuestos derroteros. Las opiniones se contraponen, surgen sistemas antagónicos, y nos vamos encaminando hacia la confusión de Babel. Sin embargo, parece bastante fácil dar con el camino, si uno opta por liberarse de las intrigas políticas, de las luchas partidistas, de las ambiciones personales, establecerse en el terreno sólido de la verdad religiosa y adherirse a la causa del Rey inmortal de los siglos. Permitidme plantar algunos cuantos jalones, gracias a los cuales os resultará siempre posible, cuando no fácil, orientaros en medio del laberinto de tantos problemas, al parecer, inextricables para las mentes más esclarecidas.

I.- En el origen de las cuestiones sociales:

**Dios, por la creación,
es el Soberano Señor
de todo**

1.- Dios es el soberano Señor de todas las cosas: *Domini est terra et plenitudo eius, orbis terrarum et universi qui habitant in eo* [Salmo 24, 1]. El mundo con sus habitantes es propiedad de Dios; lo que incumbe al hombre, habitante del mundo, es someterse a la eterna Majestad. Si, para

regular su conducta, sus relaciones sociales y su política, arrancasen los hombres de este principio, ¡cuántas calamidades no se evitarían! Ahora bien, siendo la Revolución esencialmente negación radical de los derechos de Dios, ¿no establece una rebelión continua del hombre contra Dios, de la que Dios, en su paciencia, al fin y a la postre terminará por triunfar? De aquí se sigue: 1° el crimen de la Revolución, al negar los derechos de Dios; 2° la estricta obligación de defender los derechos de Dios atacados; 3° la posibilidad de un triunfo momentáneo de los malos, triunfo en el que hallan, en definitiva, un castigo providencial, aunque sólo sea por la desaparición de las sociedades envenenadas con sus doctrinas y crímenes, como nos lo muestra la historia con tanta frecuencia; 4° la certeza del triunfo definitivo de Dios, que aguarda mucho, incluso para juzgar a la misma justicia: *cum accepero tempus, ego justitias judicabo* [Salmo 75, 3].

**Dios, con su
Providencia, ordena
todo sabiamente**

2.- Pero Dios no sólo es señor del universo; es asimismo su sapientísimo ordenador. Quienes tejen toda clase de combinaciones más o menos artificiosas, no reparan demasiado en que existe una sagacidad superior a la suya, la de la eterna Sabiduría. Y por último, ¿no se diría, al ver una infinidad de proyectos, que se da por descontada la abdicación de la Providencia? Pues no, la Providencia divina no ha abdicado y, según el pensamiento de Santo Tomás, la última palabra de cualquier acción superior es la voluntad infinita de Dios, movida por su infinita inteligencia; voluntad infinita, inteligencia infinita, ¿qué puede oponerse a semejante poder? ¿Y no es verdad que quienes tratan de enjuiciar todo desde el punto de vista divino y providencial gozan de la posibilidad de tener una visión más clara que quienes, so pretexto de descartar el milagro de los asuntos de este mundo, sólo echan el ancla en no sé qué

fondeadero desde donde únicamente perciben las vanas convulsiones humanas, provocadas exclusivamente por intereses presuntuosos y personalistas?

Dios, con una serie impresionante de milagros, constituye a su Hijo Señor de todas las naciones

3.- Pero, por más que se haga para eliminar el milagro, Jesucristo se presenta con todo su imperio y toda su fuerza divina. ¡El milagro! Reside en Jesucristo, redentor del género humano.

¿Nacen los hombres con el pecado original? ¿Son por naturaleza hijos de la ira? ¿Envió Dios a su Hijo para rescatarlos? ¿No adquirió Jesucristo a la humanidad con su sangre? Dios, soberano señor de todas las cosas, ¿no dijo a su Hijo: “Pídeme y te daré las naciones en heredad; las gobernarás con cetro de hierro, y las quebrarás como vasija de alfarero” [Salmo 2, 8-9]?

Jesucristo, pues, es el señor de las naciones; es su señor, y hay naciones que ha de gobernar fuertemente y quebrar cual vasijas de arcilla; mas, esto constituye el milagro por excelencia, la continuación del milagro de la Redención. Un Dios hecho hombre, primer milagro; un Dios hombre muriendo en una cruz para salvar al género humano, segundo milagro; este Dios hombre constituido por su Padre señor de todas las naciones, tercer milagro; este Dios hombre disponiendo de todas las cosas a su gusto, llamando a unos a la luz y dejando a otros en las tinieblas, cuarto milagro; este mismo Dios hecho hombre ordenando a algunos siervos selectos a trabajar en la defensa o en la extensión de su dominio a través del mundo hasta los últimos confines de la tierra, quinto milagro; y lo más asombroso es que estos milagros, a fuerza de herir la vista con su deslumbrante claridad, ya no la impresionan.

Consecuencias del Señorío de Cristo No obstante, cabe sacar consecuencias de estos hechos divinos, milagrosos, incontrovertibles para el cristiano. En primer lugar, la obligación de juzgarlo todo no sólo desde el enfoque general de la Providencia divina, sino también desde el punto de vista más particular de lo sobrenatural milagroso de Nuestro Señor Jesucristo. En segundo lugar, la necesidad de aceptar la existencia constante del milagro social donde quiera que actúe Jesucristo. Por último, el deber de dirigirse con fe absoluta a todos los puntos señalados por Jesucristo, de tal modo que cuando nos diga: *laxate retia vestra* [lanzad vuestras redes], le respondamos como San Pedro: *Domine, per totam noctem laborantes nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete* [Maestro, hemos estado toda la noche intentando pescar...] [Lucas 5, 4-5], y comprobaremos cómo surgen los resultados más insospechados, fruto de las órdenes del Salvador obedecidas.

De este modo, lejos de eliminar el milagro, o hay que negar a Jesucristo y su acción sobrenatural en el seno de la humanidad, o admitir la permanencia milagrosa de su acción divina en la sociedad. Con todo, el milagro no siempre es patente; se oculta a los ojos de quienes dudan. Cuando se apareció Jesucristo a sus apóstoles después de la Resurrección, muchos creyeron, algunos dudaron. Es lo que sigue ocurriendo todavía; se duda, se niega, como, al ver a Jesucristo resucitado, se ponía en tela de juicio su triunfo sobre la muerte. ¿Es de extrañar que se dude de su triunfo sobre el pecado, porque no aniquila de un modo terrible a todos los pecadores?

II.- La política de la Iglesia

Si Jesucristo gobierna el mundo, se ha de seguir una política bien sencilla: la de Jesucristo. Ahora bien, esa política se afirma de forma muy peculiar, se manifiesta irrecusablemente en la sociedad fundada por él y en la

que han de agruparse quienes son suyos de modo singular. Me refiero a la política de la Iglesia.

A) Sus objetivos 4.- ¿Tiene la Iglesia una política? Desde luego que sí, y con

dos objetivos: 1° la predicación de la verdad; 2° la enseñanza de la moral que fluye de la verdad divina y que no es otra que la ley de Dios. La predicación de la verdad y la proclamación de la ley divina, tal es la razón de ser de la Iglesia, y como para ello se necesita de un poder, el mantenimiento de dicho poder y de la jerarquía que del mismo se deriva, y la integridad de los derechos relativos a la distribución de los dones divinos transmitidos a los hombres por la sagrada jerarquía, tal es el fin de la política eclesiástica.

a) la predicación de la verdad El siglo actual no lo entiende así. Como Pilato, no quiere la verdad como base de la sociedad y, desde que la sociedad no se asienta sobre este fundamento dogmático, por las convulsiones ya habidas podemos ver qué nuevos trastornos hemos de temer.

Nuestra política, ante todo, es la defensa de la verdad social, cuyo depósito se halla exclusivamente en manos de la Iglesia. De aquí la rigurosa obligación de reimplantar la noción de la verdad en el seno de una sociedad que la rechaza.

b) la defensa de la ley de Dios Mas, lo que no le va a la zaga en importancia es la defensa de la ley de Dios. Ya no la quiere

la razón humana, es un yugo odioso que hay que sacudir. Ahora bien, nosotros tenemos que defender todo lo referente a la ley de Dios, ya que toda ley humana contraria a esta ley superior es mala de por sí, perniciosa, subversiva y conduce a los pueblos a la muerte. ¡Oh!, si pudiéramos constituirnos en defensores acérrimos de la

ley de Dios, ¡cuántos males podríamos prevenir! ¡Cuántos elementos de disolución social no apartaríamos! ¡Y qué cercana y segura estaría la curación de los pueblos tan enfermos!

B) El milagro de la Iglesia

a) intervenciones divinas en su favor

Hemos escogido a Jesucristo por rey nuestro, y no sólo le pertenece la humanidad toda, sino que su reino predilecto es la Iglesia. Y, como Jesucristo es el milagro perpetuo, el destino de la Iglesia es vivir de milagros: milagro en su fundación por un Crucificado, milagro en los gérmenes de su expansión, que es la sangre derramada por un Dios; milagro en sus conquistas, llevadas a cabo por la locura de la predicación: *per stultitiam praedicationis* [1 Corintios 1, 21]; milagro en su conservación en medio de toda clase de causas disolventes; milagro por el hecho de los sacramentos, efusión constantemente milagrosa del amor de Dios a los hombres; milagro en la perpetuidad de las promesas hechas a la Iglesia y su cumplimiento tan fuera de toda previsión humana. Tras esto, negar el milagro en el desarrollo del acontecer humano, no sólo es negar a Jesucristo, sino también el hecho, tan visible como el sol, de la existencia de la Iglesia.

b) su divina perpetuidad

Sí, la Iglesia estudiada sólo por la razón, constituye un hecho a la vez tan incontestable y tan repleto de aparentes contradicciones, una institución tan fuera de todos los postulados de la sabiduría mundana, que admitir el hecho de su existencia y no hallar la razón de su supervivencia en una causa divina, es aceptar en el seno de la humanidad la mayor locura en estado permanente y triunfador; es el máximo insulto cometido por algún genio maléfico a la dignidad humana.

C) Conclusión**a) la duración de las naciones en función de la Iglesia**

Comprenderéis que no me corresponde desarrollar esta proposición, sería extralimitarme. Por lo demás, para vosotros es algo evidente. Pero, ¿qué hemos de concluir? Que en medio del nacimiento, de las enfermedades y de la muerte de los pueblos, siendo la Iglesia eterna como la verdad en que se funda, la gran causa que debemos abrazar es la causa de la Iglesia junto con el milagro de su perpetuidad. Insisto a propósito en este aspecto milagroso, primeramente porque el respeto humano de ciertos católicos se obstina culpablemente en no tenerlo en cuenta; en segundo lugar, porque indudablemente el milagro no está prometido a ninguna otra sociedad sino a la Iglesia, y porque las sociedades que se adhieren a la Iglesia, aun sin contar con promesas de inmortalidad, hallan en su contacto con una institución imperecedera principios de duración que, desde el cristianismo en adelante, no encontrarán jamás en otra parte. El Apóstol vio en medio de la Jerusalén celeste el árbol de la vida, cuyos frutos son para los elegidos, pero cuyas hojas se destinan a la salud de las naciones: *et folia ejus ad sanitatem gentium* [Apocalipsis 22, 2]: los frutos para los elegidos, las hojas para los pueblos que quieren disfrutar de buena salud o recuperarla si la han perdido: *et folia ejus ad sanitatem gentium*. Nuestra política consistirá en recoger esas hojas saludables y llevárselas a los pueblos enfermos pero capaces de recobrar la vida gracias a ellas.

b) la política de la Iglesia por encima de todos los partidos, la única digna del religioso

La política, así considerada, se sitúa en niveles convenientes para los religiosos que pueden agruparse de todos los confines de la tierra; nadie se siente herido en su pundonor nacional. Pregonar los derechos de Dios, de Jesucristo, de su Iglesia

en todas las partes del mundo, tal ha de ser nuestro máximo afán. Quienes los propugnan son nuestros aliados; quienes los combaten son nuestros adversarios. En lo que la Iglesia, órgano de Dios, deja libertad, respetamos la libertad de cada cual; donde proclama obligaciones, con ella las proclamamos; donde condena, condenamos; donde declara la guerra, luchamos, sin preocuparnos por ver el fin de la batalla, seguros como estamos de la victoria final y sabedores de que, como San Pablo, si combatimos el buen combate, recibiremos la corona de la justicia de manos del justo Juez, en el día que él conoce.

III.- Dos advertencias finales

A) Unión posible entre la Ciudad de Dios y tales ciudades terrenas 5.- De todos modos y antes de concluir, tengo que hacer dos advertencias. La primera es que, aun desinteresándonos de los problemas netamente humanos, nos resultará imposible no toparnos con ciertas situaciones en las que la causa de la Iglesia y la de ciertos pueblos parecen estar íntimamente unidas. La Edad Media nos ha ofrecido no pocos ejemplos. ¿El primer emperador que tomó la cruz como estandarte de sus ejércitos debía recibir un trato diferente por parte de los cristianos, so pretexto de que él se estaba beneficiando con el triunfo seguro de la Iglesia? Los acontecimientos ulteriores nos han mostrado a los jefes de la Iglesia solicitando el apoyo de la espada temporal. ¿Podemos afirmar que se equivocó la Iglesia? Pero en ese caso, ¿en qué quedan las promesas de la asistencia divina: *omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*, si erró por tanto tiempo en asunto tan capital, desde el punto de vista humano, como es el de la unión de la Iglesia y del Estado? Mas, si llevaba razón, ¿por qué no la seguiría teniendo?

No olvidemos que Jesucristo no abandona a su Iglesia; que siendo la causa de la Iglesia la del rey Jesús, es por consiguiente la causa de Dios, es la causa de la verdad y del bien, y que siempre que veamos a un pueblo defender dicha causa sincera y lealmente, podemos, con la Iglesia, tomar partido por ese pueblo.

B) Los pueblos, en especial Francia, se juzgan por la idea que los anima

La segunda advertencia es que los pueblos sólo viven como tales por un interés o por un ideal. Si viven por un interés, son comerciantes que hacen sus negocios. No tenemos que ocuparnos de sus ganancias o de sus pérdidas. ¿Tal vez roban? Entonces, a nosotros nos incumbe velar porque no roben más de la cuenta, y a ellos, que no se excedan en sus latrocinios. Pero, hay otros pueblos que viven por un ideal. Si éste es malo, hay que combatirlo sin cuartel; si es auténtico, el pueblo que lo defiende cuenta con la bendición de Dios.

¡Ay! Francia había recibido esta bendición, ¿qué ha hecho de ella? ¡Francia!, nació el día en que Clodoveo tomó en manos la causa de la divinidad de Cristo frente al caduco mundo romano y a la barbarie, sumidos ambos en el arrianismo. Se desarrolló en la planicie de Poitiers, cuando Carlos Martel hizo retroceder al islamismo que se cernía sobre Europa. Adquirió mucha gloria el día en que, mediante Carlomagno, afianzó el poderío externo del papado. Llegó a su apogeo el día en que San Luis, expirando sobre cenizas, exhalaba el último suspiro por la causa del sepulcro de Cristo en las playas africanas. Su misión fue siempre clara. La hija mayor de la Iglesia sabía, pese a algunas contiendas domésticas, defender por fuera la causa de su madre. ¿Habría dimitido de esa misión sin par en la historia? Observando lo que está ocurriendo podríamos temerle, y el ver a algún pueblo preparado para remplazarla, constituiría para nosotros momento de honda aflicción. Afortunadamente, no sur-

gen sucesores nuestros para tan noble tarea; la plaza sigue vacante, ocupémosla de nuevo y sepamos guardarla; ésta es nuestra única política como religiosos franceses, política en la que cualquier hombre verdaderamente cristiano no dejará de ayudarnos, si cumplimos nuestra tarea desinteresadamente, con fe, amor y veneración para con Jesucristo y su Iglesia.

Perdonadme si no soy más explícito. Situándome en el terreno que he elegido, hay que dejar cierta libertad de acción, con tal de mostrar inflexibilidad respecto a las grandes líneas que creo haberos trazado.

No olvidemos que si hemos de contar con el milagro en el destino de la Iglesia, el milagro tiene evidentemente influencia directa en lo tocante a la protección, recompensa o castigo de los pueblos fieles, indiferentes u hostiles. Desde semejante atalaya resulta fácil vislumbrar acontecimientos aciagos o gratificantes. Sea lo que fuere, acordémonos de que somos ante todo vasallos de Jesucristo, nuestro rey, ciudadanos de la Iglesia, nuestra patria, y que a ambos, a Jesucristo y a su Iglesia, debemos fidelidad, servicio, amor y hasta la vida.

Recibid, mis muy queridos Hermanos, el testimonio de mis sentimientos más respetuosos y tiernos en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTA

(1) A la luz de la Revelación, de las enseñanzas de San Agustín en su "Ciudad de Dios" y del Concilio Vaticano sobre el misterio de la Iglesia, el P. d'Alzon bosqueja, en esta circular, una rápida, pero sugestiva teología de la Historia, para iluminar desde arriba los combates que emprendía entonces la Asunción en defensa de la Iglesia.

SÉPTIMA CIRCULAR

Nimes, 13 de julio de 1874.

La educación sigue pareciéndonos el medio más perfecto para preparar, en el mundo, en la vida religiosa y en el clero, una élite plenamente entregada a los intereses superiores de la Iglesia.

Mis muy queridos Hermanos,

He estado dudando bastante y por largo tiempo acerca de cuál sería el mejor plan a seguir en lo que tengo que exponeros tocante a la educación. ¿Debía considerar aparte la educación en los colegios y la de los Alumnos? ¿Debía plantear el problema en su conjunto, y demorarme en lo que de común tienen ambas modalidades de formación juvenil? Tras larga reflexión, he preferido partir de una base común y considerar luego ordenadamente las diversas facetas que presenta el gran problema de la educación cristiana y religiosa.

Voy a tratar: 1° del fin de la educación; 2° del maestro; 3° del colegio; 4° del primer Alumnado (Alumnado de gramática); 5° del segundo Alumnado (Alumnado de humanidades).

I.- Fin de la educación

Formación de Jesucristo en las almas Toda la educación cristiana y religiosa se resume en estas palabras de San Pablo a los Gálatas: *Filioli mei quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* [¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros] [Gálatas 4, 19]. Formar a Jesucristo en las almas, tal

es el único objetivo de la educación; y, como Jesucristo alcanzó el estado de hombre perfecto: *in virum perfectum* [Efesios 4, 13], cuando hayamos situado a los jóvenes en el camino donde tengan la posibilidad de acercarse a las perfecciones del Hombre-Dios, les habremos procurado la más admirable preparación para la vida. A mi parecer, el objetivo más perfecto de la educación es: el conocimiento de Jesucristo, según todo lo que él es y según su acción humana y divina; el amor a Jesucristo, partiendo de las huellas de sus beneficios para con nosotros y de su belleza teándrica; la entrega a Jesucristo, según los derechos soberanos de nuestro Rey; las recompensas que nos ofrece y la práctica de los deberes y virtudes que fluyen de nuestro trato con Jesucristo así considerado.

Tomando por modelo a Jesús adolescente Y como, para no desviarnos, es útil ir tras sus huellas, ¿comprendemos por qué no quiso el

Hijo de Dios salir perfecto, al igual que el primer Adán, de manos de su Padre, sino que prefirió nacer de una humilde mujer, experimentar los pañales e imperfecciones de la niñez, ir creciendo poco a poco y manifestarse así gradualmente a los hombres? La formación de la niñez revestía demasiada importancia para que dejase el niño Jesús de proponerse como modelo de esta formación. El misterio de la santa infancia y de todo cuanto a la misma se refiere debe ser objeto frecuente de meditación por parte del maestro cristiano. ¡Cuántas enseñanzas no sacará de esos detalles que, a primera vista, parecen no tener nada que ver con la educación!

II.- El maestro

A) Su vida tiene que ser: Jesucristo “Yo os he dado ejemplo, decía el divino Maestro a sus apóstoles, a fin de que hagáis vosotros lo que yo he hecho” [Juan 13, 15]. Y en otro lugar: “Jesús

empezó a obrar y a enseñar: *cæpit Jesus facere et docere*" [Hechos 1, 1]. La educación, lejos de ser pura teoría, es ante todo enseñanza práctica de cada día y de cada momento. No me cabe en la mente que un maestro cristiano no tenga continuamente, no sólo en los labios, sino en el corazón estas palabras del Apóstol: *vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus* [y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí] [Gálatas 2, 20]. Cuando Jesucristo vive en un maestro, a éste le resulta fácil mostrar constantemente al divino Modelo, máxime si añade: *mihi vivere Christus est et mori lucrum* [para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia] [Filipenses 1, 21]. El maestro, para quien vivir es Jesucristo, lleva consigo el doble sello del espíritu sobrenatural y del desinterés.

**Por encima de todas
las miserias de este
mundo**

Si su vida entera es Jesucristo, si está con Jesucristo escondida en Dios, ella se eleva necesariamente por encima de todas las

miserias de la tierra y adquiere en Dios, por Jesucristo, un sello divino; y si la muerte es para él una ganancia, es que está enteramente desprendido de todo lo terreno; su galardón no es de este mundo. Si lo pusiera en las cosas perecederas, al arrebatárselas la muerte, ésta no representaría para él ganancia alguna. Mas, si por el contrario, se nota en él menosprecio por lo caduco, la gloria, el pundonor, por toda susceptibilidad, todo beneficio, todo interés material, toda satisfacción de bienestar; si ninguna mancha de lodo humano empaña el cristal de pureza a través del cual Jesucristo, al vivir en él, lanza los rayos suaves y fuertes de su luz y de sus llamas, ¡oh!, entonces será fuerte, fecundo, apto para formar a Jesucristo en los niños, por quienes su cariño se complacerá en sufrir no sé qué alumbramiento misterioso cuyo fruto será algo así como una nueva encarnación de Jesucristo en las almas: *donec formetur Christus in vobis* [Gálatas 4, 19].

B) Grandeza de su misión Ciertamente, hay que arrostrar aquí una tarea ardua, pero ¡qué honor para un hombre sentir el llamamiento de Cristo para la más admirable de las tareas! ¿Qué es la obra de los seis días, si la comparamos con la de la educación cristiana? Y si nos enseña la teología que el acto de la Redención supera con mucho al de la creación, ¿cómo hemos de ponderar el honor que se nos hace de ser colaboradores en la salvación de los hombres?

comparada con la de los apóstoles Mas, ¿acaso no se podría decir que todas estas observaciones se aplican a cualquier hombre revestido de un carácter o de una misión apostólica? Por supuesto, y de por sí ya es un gran honor que se nos compare con los apóstoles: tenemos que serlo efectivamente. Con todo, importa reseñar algunos matices positivos. El maestro cristiano es apóstol por su celo, las virtudes y el objetivo; sólo que el apóstol como tal tiene un campo de acción más vasto, el del maestro cristiano es más reducido; el apóstol se dirige a las masas de las que surgirán los santos, el maestro cristiano tiene que esforzarse por formar santos, aunque no siempre lo logre; por tener menos almas que modelar, ha de formarlas con mayor esmero; es un escultor cuyo cincel presuroso no labra en piedra vulgar numerosas estatuas esbozadas para que las contemplen de lejos; su buril ha de penetrar en el mármol, y su obra está reservada para ornamento del templo de Dios, y tal vez incluso de su santuario; lo que le obliga a trabajar con mayor perfección, ya que se le exige, por decirlo así, no tanto obras sin más, sino algunas obras maestras. El apóstol actúa sobre el conjunto, aunque tenga luego que retomar su trabajo con algunos en particular; el maestro cristiano actúa ante todo sobre un conjunto muy reducido, cuyos miembros ha de retomar individualmente si desea realmente formar a Jesucristo

en esos corazoncitos, en los que tiene que extirpar tantos gérmenes nocivos unos tras otros antes de poder esparcir en ellos el grano de trigo candeal por excelencia, Jesucristo, semilla de santos.

de entrega absoluta Después de todo esto, declaro muy gustosamente que el maestro cristiano tiene que ser, por encima de todo, hombre apostólico. ¡Con qué oraciones, con qué llantos, con qué penitencias no debe acompañar su acción externa! El maestro que no reza mucho, que no padece mucho por los niños, que no se desvive por la educación, será un hombre brillante, distinguido, aplaudido y exitoso; mirándolo bien, no dejará de ser un maestro mediocre, común, estéril para Dios; será un mercenario. ¡Dios nos libre de semejantes maestros! La esencia del maestro auténtico se encierra en esta única palabra: entrega, saber entregarse totalmente: *libenter impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris* [2 Corintios 12, 15].

III.- El colegio

A) Su fin: con mucha paciencia Esperar convertir el colegio en antesala celestial para cuantos vinieren a llamar a su puerta, sería una pretensión absurda que Jesucristo, para consuelo nuestro, ha iluminado poderosamente al decir: *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* [Juan 6, 70]. Por lo tanto, hagamos lo que hagamos, entre nuestros alumnos tendremos demonios, lo que no ha de ser óbice para que trabajemos porque sean ángeles. Jamás han de detenernos las dificultades. ¿No tuvo que cargar Nuestro Señor con la rusticidad, torpeza e incredulidad hasta de los mismos apóstoles? A cada instante saltaban con las más absurdas aspiraciones de precedencia, de dignidad, de ambición, de rivalidad; a cada paso nos percatamos de que no entendían: *ipsi autem nihil horum in-*

tellexerunt [Lucas 9, 45]. Ciertamente, el maestro cristiano tiene que ser paciente, pero jamás lo será tanto como su divino Maestro.

Demos por sentado que los niños que tenemos a nuestro cargo no son perfectos. De serlo, ¿para qué nos los habrían confiado? ¿Para que les enseñemos algo de latín, de griego, de historia o de física? Para eso serían más que suficientes profesores contratados que enseñan por dinero.

formar al “hombre nuevo”

El primer hombre fue modelado por la mano creadora a partir de un poco de lodo. Pues sí, los alumnos de un colegio son esa masa, a veces y desgraciadamente fangosa, pero en la que el maestro cristiano, imitando a Dios, insufla el espíritu de vida: *spiraculum vitae* [Génesis 2, 7]. Mas, para comunicarlo hay que poseer este soplo. ¡Ay! ¡Cuántos maestros carecen de él y ni siquiera se dan cuenta que están desprovistos de él!

Fijaos, os lo ruego, en una diferencia, que honra al maestro cristiano, entre la formación del hombre en el paraíso terrenal y la del hombre nuevo en la Iglesia. *Primus homo de terra terrenus, secundus homo de caelo caelestis* [1 Corintios 15, 47]: por muchas vueltas que le deis al término *terrestris*, vosotros tenéis que formar hombres celestes, según vuestro modelo, Jesucristo, que está en vosotros y ante vosotros: *aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum* [fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe] [Hebreos 12, 2]. Para alcanzar una obra tan sublime, se impone una ardua tarea.

**B) Sus medios: 1°
el conocimiento de
Jesucristo**

Hay que conocer a Jesucristo y, como lo decía en otro lugar, sólo se habla convenientemente de lo que se conoce bien. Aprendemos a conocer a Jesucristo por el estudio y la meditación: imposible, sin la conjunción de ambos medios, conocer bastante al divino Maestro como para hablar de él adecuadamente.

El estudio de Jesucristo es algo bueno, pero no exento de cierta aridez. La meditación sin estudio concreto se difumina en una vaguedad de falso misticismo. El estudio y la oración aunados producen óptimos frutos. ¡Ay! ¿acaso no nos enseña la experiencia que, si se forma tan mal a Jesucristo en el corazón de los niños, es porque se confía el trabajo de la formación a maestros que no rezan o no estudian o bien que muy a menudo ni rezaron ni estudiaron?

2º el amor a Jesucristo Hay que amar a Jesucristo: cuestión trascendental. ¿Cómo es que, en general, los niños aman tan poco a Nuestro Señor? Cabría dar una punzante razón contestando que ya no quieren a aquél que se complace en solazarse en medio de azucenas, por haber perdido ellos la azucena de la inocencia; ¡qué amarga verdad! ¿Podemos afirmar que los alumnos no aman a Jesucristo porque los maestros le aman demasiado poco? Ya que, en estos coloquios íntimos, debemos ir al fondo, ocultemos el rostro y confesemos que tal es la verdadera causa del menguado amor de nuestros niños para con el divino Maestro. El maestro cristiano, en medio de los niños, debería tener siempre presente en la mente a Jesucristo cuando interroga a San Pedro en el momento en que va a confiarle el magisterio supremo de la Iglesia: *Simon Joannis, diligis me plus his?* [Juan 21, 15]. Una primera y una segunda vez le confía el Señor los corderos del redil. A la tercera pregunta se entristece Pedro y, en un arrebato amoroso, exclama: *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te, y Jesucristo le replica: Pasce oves meas* [Juan 21, 17]. La medida del amor a Jesucristo debería ser y será siempre la de la acción sobre las almas en la Iglesia y en la escuela.

3º el espíritu de oración Obras son amores. Si formamos a Jesucristo en las almas de los alumnos, no sólo lo amarán sino que lo invocarán. Permitidme que os haga una confesión

en forma de pregunta. ¿No os he dado un mal ejemplo al no haberos exhortado un poco más a formar a los niños en el espíritu de oración? Y si los formamos tan poco a este espíritu, ¿no será debido a que nosotros mismos somos demasiado poco hombres de oración? Os ruego encarecidamente que penséis en ello y ponderéis las consecuencias tan terribles para los educandos y la responsabilidad con que cargamos desarrollando tan poco en nosotros la vida de oración, lo que hace que sea casi nula en los demás; y siendo así, ¿cómo vamos a esperar que se forme Jesucristo en las almas que tenemos a nuestro cargo?

4º la práctica de las virtudes Obras son amores. El conjunto de esas obras constituye la práctica de las virtudes, siendo cada una de ellas una imitación más particular de las perfecciones de Jesucristo. ¡Qué materia de perfección para nosotros mismos! ¡Qué predicación más viva para los niños! ¡Ah, es verdaderamente la ocasión de volver a Jesucristo, actuando primero y enseñando después!

según el espíritu de la Asunción No necesito recordar las virtudes más particulares que constituyen el espíritu de la Asunción; ya hablé de esto en otro lugar, inútil insistir de nuevo. Sólo recordaré que, ante todo, hemos de cultivar nosotros mismos y hacer cultivar a nuestros niños un gran espíritu de fe, de franqueza, de sacrificio y de iniciativa. Aparte de esto, me parece absolutamente indispensable que les dejemos cierta libertad de desarrollo y no les aplastemos bajo un molde idéntico.

resumido en el triple amor No olvidemos, sin embargo, los tres grandes principios que hemos de inculcarles sin cesar: el amor a Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, guardia-

na de su pureza, y el amor a la Iglesia, noble causa por la que enardecerles, con la seguridad de que la preocupación por los futuros combates los reconfortaría en medio del aburrimiento de ciertos estudios, les proporcionaría sanas distracciones, un refugio contra el hervor de la sangre juvenil y contra las seducciones del mundo y de Satanás.

¡Cuántas vocaciones se formarían entonces espontáneamente! ¡Cuántos jóvenes llegarían fácilmente a ser héroes, seducidos por la grandeza, por la belleza del objetivo, por los peligros a superar para su logro, movidos por este triple móvil: el amor a Jesucristo, que les habríamos inculcado, el amor a la Santísima Virgen y a todas las virtudes escondidas bajo su regio manto celestial, el amor a los combates de la Iglesia y a las persecución que habrá que sufrir por ella! Sería fácil, en verdad, pero bajo una condición: que seamos nosotros mismos héroes por Jesucristo.

5° La corrección de los defectos, gracias sobre todo a la Eucaristía

He omitido hablaros de los defectos por corregir, de los abusos por reformar; esto está supeditado a una vigilancia constante y a un trabajo perseverante. El amor a Jesucristo, fuente de todo bien para el hombre regenerado por él, implica odio al mal y su extirpación del corazón. Dios pronunció la última palabra acerca de la educación cuando, arrojando a Adán del paraíso, le anunció que la tierra no le produciría más que espinas y abrojos: *tribulos et spinas germinabit tibi* [Génesis 3, 18]; que él necesitaría pan para vivir y que se lo ganaría con el sudor de su frente: *in sudore vultus tui vesceris pane* [Génesis 3, 19]. Nosotros también necesitamos pan; y no menos los niños. A nosotros nos incumbe proporcionárselo, y al mismo tiempo enseñarles a procurárselo más tarde. Este pan, tan necesario para nosotros y para nuestros alumnos, es ese pan supersubstancial del que se habla en San Mateo. Tal es nuestra piedra de toque; impulsemos hacia ese

pan, inspiremos hambre de él; que con nuestras lecciones y mediante nuestros ejemplos, sobre todo, aprendan nuestros queridos jóvenes a ganárselo con el sudor de su frente, mediante la lucha contra sus defectos, sus vicios, sus hábitos culpables; formémoslos para estos íntimos quehaceres, pero mostrándoles ese pan admirable, fuerza de los débiles, alimento de los fuertes, verdadero pan de los ángeles. El joven que comulga a menudo y por propia iniciativa, bajo el único impulso de la gracia de Dios, lleva en sí mismo el germen de la perfección. Nos dejará y seguirá queriéndonos; mas, aunque nos olvidara, extremo éste al fin y al cabo sin importancia, habremos cumplido nuestra misión, ya que lo que falte seguirá completándolo Jesucristo en la comunión. Habremos hecho de él un cristiano, habremos formado en él a Jesucristo; éste, volviendo a él mediante la Eucaristía, se encargará de transformarle en santo.

**C) Dos breves
consignas:**

**a) estudiar las
peculiaridades de cada
niño**

Naturalmente, lo que os estoy esbozando acerca de la educación está lleno de lagunas. No he mentado, por ejemplo, cómo ha de estudiar el maestro las peculiaridades de cada niño,

extirpar ciertos defectos, reparar en lo bueno de su naturaleza para desarrollarlo, y forjar caracteres según un patrón común, a la par que diverso. Jesucristo posee en sí todas las perfecciones; los santos, sólo ciertas virtudes en grado eminente, reproduciendo así al divino Modelo bajo muchos aspectos. Lo que vemos en los santos hemos de verlo en las almas de los niños. Los santos tuvieron que dominar ciertos vicios innatos, rechazar ciertas tentaciones, y así adquirieron un orden especial de méritos. Lo mismo se impone en la tarea educacional. Importa formar a Jesucristo, pero conforme a la naturaleza en la que se le pueda reproducir: oro, plata, bronce, mármol, piedra o madera.

Esto constituye el objeto de un estudio muy asiduo. Con todo, no dejará de ser cierto que, cuando el maestro, con su entrega y santidad, haya inspirado una gran confianza en sus alumnos, lo que éstos reproducirán más fielmente y más fácilmente, será su propia persona.

b) instruir partiendo sobre todo de la belleza cristiana No tengo que tratar aquí de la instrucción; quiero, sin embargo, que os fijéis en el hecho de que el estudio de Jesucristo, si

se lo realiza bien, puede ser fuente de inspiración cristiana. ¿Hay algo más bello y admirable que Dios, accesible al hombre gracias a su unión con la humanidad? ¿Hay algo más grande que la proyección de dicha belleza divina a través de todos los tipos de belleza, de grandeza, de finura moral que nos brindan todos los santos? Y teniendo que estudiar estos modelos, me pregunto si a uno le queda tiempo para estudiar los modelos paganos. Quizá radique en este punto la última palabra de una célebre controversia.

No proscribimos todo lo que no sea literariamente cristiano; admitimos que se puedan hallar en esos escritos lo que algunos estudiosos pretenden descubrir. Mas, los filones cristianos por explotar son tan ricos y la mina tan inagotable, que no disponemos de tiempo para dedicarnos a otra cosa. Cuando hayamos escudriñado todo el ámbito de las bellezas sobrenaturales y nos hayamos compenetrado de este orden admirable, situado sin duda por la revelación bajo el cielo, pero muy por encima de la tierra, podremos echar una ojeada a la estética naturalista, conforme la entiende el mundo pagano. Mientras tanto, nos pasaremos de ella, tan sólo porque sería malgastar tiempo.

La noción de belleza cristiana, estudiada en su aspecto más eminente, constituye evidentemente un modelo de educación muy poderoso. En el momento en que el alma se prenda de los encantos de la verdad y se abandona

a las emociones de un orden más puro, entonces ella se purifica, se perfecciona, encuentra en sí misma menos gusto y atractivo por las sensaciones inferiores. Mucho tiempo sería necesario tal vez para explicar las relaciones entre el ser, la verdad, el bien y la belleza, tales como componen la substancia divina y se revelan en Jesucristo. No obstante, cabe encontrar en estos breves apuntes, infinitos temas para una literatura sana, tonificante, superior, elemento precioso de la educación tal como deseáramos poderla realizar. Por Dios, mis queridos Hermanos, estudiad el tema de la enseñanza bajo este enfoque; os quedaréis asombrados de los resultados que obtendréis.

IV.- El Alumnado de gramática

Finalidad de los Alumnados

No os he hablado más que de la educación en los colegios; huelga agregar que la esencia de lo que he estatuido se aplica también a los Alumnados. Sin embargo, es necesario precisar algo más las peculiaridades de esta institución especial.

Al fundar los Alumnados, nos hemos propuesto formar niños con miras al sacerdocio, sea en el ministerio parroquial, sea en el clero regular. Nos hemos dirigido a las familias que, dado sus haberes modestos, no pueden sufragar el coste total de la pensión de sus hijos, dejando los Seminarios Menores para los niños cuyos padres disfrutaban de suficiente desahogo económico como para correr con los gastos de la educación.

Mas, ¿no es arriesgado hacerse cargo de los niños expuestos por su misma pobreza a carecer de una cierta nobleza de sentimientos? A esta objeción hemos respondido primeramente que Jesucristo, nuestro modelo, formó el primero de todos los seminarios, siendo él mismo su Superior, con artesanos bien pobres e incultos, y en segundo lugar, que la educación tal como la ideábamos en los Alumnados se orientaba precisamente a obviar semejan-

te escollo, tan real, desgraciadamente, en los Seminarios Mayores y Menores.

Su sello particular El Alumnado, formado de niños pobres que desean ser sacerdotes e incluso religiosos, ha de tener su carácter particular.

1° Importa que se cultive en él la piedad con toda sencillez y franqueza.

2° Ha de exigirse una vida austera, dura, cual conviene a niños educados pobremente.

3° Los estudios cristianos han de ocupar aquí un puesto casi exclusivo, especialmente el estudio del latín y del griego, las dos lenguas de la Iglesia.

4° El trabajo manual ha de preparar para los trabajos de los futuros misioneros.

5° Las ceremonias de la Iglesia constituirán sus mayores alegrías y, como decía un ilustre obispo, los niños habrán de ser hombres de Iglesia, viviendo sobre todo muy eclesiásticamente.

6° Los Superiores de los Alumnados deberán devolver a sus familias a los niños que consideren poco aptos a recibir el espíritu de la institución y a plegarse a la regla común: *nonne modicum fermentum totam massam corrumpit?* [1 Corintios 5, 6].

Cualidades requeridas a los alumnos 7° Importa exigir a los niños una cierta capacidad. De aquí la necesidad de exámenes previos

a la admisión en el Alumnado. Para admitir a un niño, además de los requisitos consignados en el pliego de condiciones, ha de gozar de buena salud, de una inteligencia superior a la normal, tener un carácter dócil y sobre todo franco, y demostrar un muy hondo aprecio por la grandeza de su vocación; necesita tener una perseverancia constante, cierta alegría en el servicio de Dios, prontitud en obedecer, estima del reglamento, un espíritu abierto a la par que serio, y como rezan nuestras Constituciones, estar

dispuesto a hacer el sacrificio de sí mismo. Si al término del primer Alumnado, se presentan los alumnos al segundo con estos requisitos, cabe esperar que se mantengan sus progresos, y que su vocación afianzada los disponga a ser sacerdotes fervorosos y útiles, santos religiosos, en una palabra, varones auténticamente apostólicos.

V.- El Alumnado de humanidades

Examen de las disposiciones de los alumnos

No viene al caso tratar aquí de los conocimientos requeridos para pasar del primer Alumnado al segundo. Lo que ha de acaparar nuestra atención es saber si todos los alumnos han de pasar de una casa a otra sin previo examen. La atención de los Superiores se mantendrá muy alerta al respecto. Un niño que ingresa en el segundo Alumnado se eleva a un mundo nuevo; ha de ser, por lo tanto, objeto de un estudio muy riguroso; el Superior de la Obra tiene el deber de averiguar con sumo cuidado y detenimiento:

1° Cuál es el carácter del recién llegado; cuáles sus inclinaciones; qué combates ha entablado contra sus defectos; qué derrotas ha sufrido y qué victorias ha logrado; qué virtudes empiezan ya, no sólo a germinar, sino a crecer en su alma.

2° Hacia qué objetivo científico propende con más gusto su inteligencia: literatura, historia, filosofía, ciencias sagradas, matemáticas o naturales; qué aptitud tiene para hablar o escribir; cuál es el alcance de su mente, su constancia en el trabajo, su tenacidad ante los obstáculos.

3° A qué grado de piedad ha llegado, cuáles son: su gusto en frecuentar los sacramentos, el fruto que saca de las lecturas piadosas, su deseo de vivir mortificado,

los sacrificios que se impone, su asiduidad en visitar al Santísimo, su disposición para una vida sacrificada.

4° Es el momento de inculcarle amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Su corazón debe inflamarse ya en la oración por todo lo referente a los intereses de Dios. Siempre que lo permitan la disposición de los locales y el número de profesores, es el momento de formarle a la vida de oración, facilitándole de vez en cuando algunos retiros. Es la hora también de hacerle sentir de una manera reflexiva y concienzuda la belleza de su vocación, la grandeza del objetivo que se da a su vida, la bondad de Dios, que tiene a bien servirse de un instrumento tan miserable como él, el convencimiento íntimo de su nada y, sobre todo, el celo inmenso que ha de animarle en el servicio de Nuestro Señor.

5° El término del segundo Alumnado corresponde a la edad de las pasiones. No es extraño que los chicos, al entrar en la juventud, comiencen a sentir ciertas rebeliones de los sentidos. Quizá acarreen éstas abandonos dolorosos; quizá una sabia dirección transforme también en provechosa alguna prueba como necesaria. En esta etapa tan importante, gravísimos son los deberes que pesan sobre los religiosos encargados de esas almas sometidas a una crisis, origen de tantos desastres. La devoción a la Santísima Virgen, la frecuencia de los sacramentos, algunas práctica de penitencia y estudios más tenaces, pueden constituir medios poderosos para vencerse a sí mismo. En esos momentos se necesita sobre todo una inmensa compasión, un corazón magnánimo y muy paternal, ternura y fuerza, prudencia a la par que audacia, pero principalmente es necesaria una gran unión con Nuestro Señor y una profunda pureza de alma. Es la hora del alumbramiento. Tal estado se prolongará sin duda en el noviciado; mas, tengo la certeza que a los novicios educados por nosotros en los Alumnados, el noviciado

les resultará mucho más fácil y más seguro su resultado, sea cual fuere el camino que elijan bajo la mirada de Nuestro Señor. Podrán militar en distintas armas; pero siempre tendrán el mismo espíritu, siempre se les encontrará en la brecha.

Retrato del joven al salir del Alumnado

Podríamos representarnos ahora no sólo al estudiante que sale de las manos de sus primeros maestros para pasar de manera más o menos natural de la vida preparatoria de los estudios clásicos a los estudios teológicos en el Seminario, sino también al joven tal como le han debido de formar auténticos Superiores de Alumnado. Todo lo habré compendiado al presentarlo como bello esbozo de Jesucristo, preparado para recibir en el Seminario o en el Noviciado trazos más puros, más nobles, más delicados, más distintivos. La perfección ha de manifestarse desde sus albores: es una cierta lozanía de virtud, de impulso hacia el don de sí mismo, de pasión por el sacrificio, de disposiciones generosas, que al regularlas el Noviciado las hará más fecundas. Del joven al salir del Alumnado ha de poder afirmarse lo que en el libro de Job el Espíritu Santo dice del caballo: *Ubi audierit buccinam, dicit: Vah? Procul odoratur bellum* [Job 39, 25].

No vayáis a creer, mis queridos Hermanos, que me lanzo aquí a descripciones más o menos poéticas. El joven, dispuesto a ingresar al Noviciado, sin la llama sagrada del amor a Nuestro Señor y sin entusiasmo por los combates de la Iglesia, quizá llegue a ser un sacerdote bueno, piadoso, regular, modesto, mediocre y común; jamás será un verdadero hijo de la Asunción. No me lo figuro, ciertamente, como ya perfecto, pero sí lo quiero con los elementos necesarios para llegar a serlo. ¿Cómo podrá comunicar la llama si no la tiene? ¿Y cómo impulsará a la acción, si está dormido? ¿Inspirará grandes empresas

para defender a la Iglesia, sin estar al tanto de las pequeñas? ¿Formará santos, no siendo él mismo santo, o al menos, capaz de serlo rápidamente, en el momento en que me lo imagino?

Si Dios, en su misericordia, bendice nuestros esfuerzos en la organización de los Alumnados, tengamos mucha esperanza. La Congregación, dirigiéndose a los encargados de estos plantíos de religiosos, podrá decirles: *Filii tui sicut novellæ olivarum in circuito mensæ tuæ* [Salmo 128, 3] y estos renuevos vigorosos serán, no para ellos, sino para toda nuestra familia.

**Obligaciones
impuestas por la obra
de los Alumnados**

De aquí los deberes que se nos imponen a todos:

1° Hemos de convencernos de que Dios, merced a un beneplácito en todo y por todo providencial, ha querido depositar el futuro de la Congregación especialmente en los Alumnados. Algo inimaginable hace tres o cuatro años. Un ave de paso sembró esta idea cual semilla extraña; mas, gracias a Dios, ha fructificado. Demos gracias a Dios por haberla hecho germinar tan bien.

2° Hemos de pedir mucho por los Superiores de los Alumnados por ser inmensos su trabajo y su responsabilidad. Siendo cierto cuanto acabo de establecer, de ellos depende sobre todo el fervor o la decadencia, el florecimiento o la muerte de la Congregación.

3° Hemos de rezar y hacer rezar por los muchachos de los Alumnados. Se merecen todos nuestros desvelos y todo nuestro cariño. Los Alumnados son como los nidos de nuestra familia espiritual. En ellos se van preparando las generaciones que recogerán nuestra herencia. Tenemos que encomendarlos a Dios continuamente en la oración, el Oficio, la Misa, en nuestras penitencias, trabajos y buenas obras. Una vez más, el Alumnado bien llevado

facilitará Noviciados llevaderos en los que el desarrollo de las virtudes religiosas se operará como naturalmente, bajo el impulso del primer movimiento bien dado, y que se irá prolongando a lo largo de los últimos años de probación de nuestros jóvenes religiosos.

4° Por último, hemos de procurar a nuestros Alumna- dos, –puesto que el hombre necesita pan, aunque no sólo viva de pan–, recursos materiales, sin excesivas preocupaciones, pero sí con una previsión que no excluye el abandono a la voluntad de Dios. No nos faltan, al parecer, dichos recursos, y la Providencia va abriendo cada día más generosamente su mano sobre estas casas tan queridas. No seamos ávidos en demasía, antes bien, con el pensamiento puesto en estos pobres niños que cuentan con nosotros, sepamos decir a veces: *Unde ememus panes, ut manducent hi?* [Juan 6, 5]. Necesitan cobijo, vestido, pan. Digamos a la Providencia: *Unde ememus?* Dirijámonos siempre a ella y oremos. Dios se encargará de lo demás, con tal que, desde nuestra pobreza religiosa, digamos con fe: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie* [Mateo 6, 11].

Conclusión general Me he alargado más de la cuenta, queridísimos Hermanos, no me lo echéis demasiado en cara. ¿Existe pensamiento más dulce que el de trabajar en la preparación de las almas para la perfección del santuario o del claustro? ¿Es muy temerario afirmar que, si el clero secular no es todo lo que podría ser, el mal proviene de los Seminarios Menores? ¿Podríamos preciarnos de ayudar a una reforma indispensable, si no queremos que la sal de la tierra se vaya volviendo más insípida? ¿Podrá el ejemplo de la educación impartida en nuestros Alumnados influir favorablemente en la renovación de los años iniciales de la educación eclesiástica?

Mas, esto sólo nos atañe indirectamente. Lo que sí nos importa ante todo es la renovación de nuestro espíritu religioso.

El deber de preparar una generación de santos nos obliga a comprometernos a una mayor santidad. Si la vista de los mayores constituye un elemento de formación para los más jóvenes, la necesidad de edificar a estos queridos muchachos nos impulsará a darles más numerosos ejemplos de virtud. Que Nuestro Señor, a quien ellos conocerán por medio de nosotros, se comunique a vuestros corazones e inteligencias, de tal forma que todo cuanto vean en vosotros se convierta en una formación perpetua de Jesucristo en lo más íntimo de su ser.

Recibid, mis muy queridos Hermanos, la expresión de todo mi respetuoso afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

Formación de los religiosos jóvenes

El tema de la formación de los religiosos jóvenes se volvía una de las grandes preocupaciones del momento. El noviciado de Le Vigan había visto desfilar como un relámpago a un buen número de vocaciones y se deploraba más de una defección entre los religiosos jóvenes. El P. Hippolyte, que acumulaba las funciones de ecónomo general, maestro de novicios, Superior de las Oblatas de Le Vigan, y que encontraba el medio de entregarse a múltiples ministerios externos, se veía claramente desbordado. A todo esto, los Alumnados aportaban sus primeros contingentes preciosos que no se podían desperdiciar mediante una formación más o menos acelerada. Era hora de organizar las bases mismas del Instituto.

Una reunión a cuatro bandas, –los Padres d’Alzon, Picard, Hippolyte y Manuel Bailly–, es convocada en Nimes para los días 26 a 28 de octubre de 1874. Para orientar esos debates, el Padre d’Alzon redactó esta octava circular, desde Lavagnac, a principios de octubre. Tras la reunión de Nimes, la mandó a los demás miembros de los Capítulos Generales.

OCTAVA CIRCULAR

Nimes, 8 de noviembre de 1874.

Mis muy queridos Hermanos,

Abordo aquí uno de los asuntos más importantes que podemos tratar, quizá el más importante, ya que de él depende todo el fervor e incluso la vida misma de nuestra familia. Os voy a hablar del noviciado. Dividiré todo lo que voy a someter a vuestra consideración en cuatro puntos principales. Hablaré:

- 1° Del noviciado en general.
- 2° Del Maestro de novicios.
- 3° De los novicios.
- 4° De la formación de las almas en el noviciado.

I.- El noviciado

Interés por el noviciado

De aquí en adelante el noviciado tiene que ser el nido de la Congregación; a él deben volver todos los religiosos gozosamente como al lugar de su formación religiosa. Fomentarán su prosperidad, sea preocupándose por preparar candidatos, sea procurándole los recursos indispensables.

Os ruego examinéis si es preferible tener noviciados establecidos o dejar este asunto en manos de la Providencia. Si no se fundan los noviciados, huelgan los bienes raíces.

Grave es el interrogante que se nos plantea, averiguar si es oportuno multiplicar los noviciados. Posiblemente sea preferible tener uno solo, al menos en los comienzos. Es el medio más eficaz para mantener el espíritu de unidad, que se vería menos favorecido en la multiplicidad

de noviciados. La única ventaja de varios noviciados es la de poder enviar a un candidato de un noviciado a otro para probarlo de nuevo; mas, enseña la experiencia que un aspirante que fracasa en uno rara vez da satisfacción en otro (1).

Los religiosos mayores, sobre todo, han de sentir especial cariño por los noviciados. Sin entrometerse en la intimidad del gobierno, tomarán a pecho cuanto se encamine a erradicar los abusos nacientes y avivar el fervor y el espíritu de la Congregación. Pero, con el fin de evitar conversaciones inútiles, conténtense con informar al Superior General de lo que saben (2). Éste, hecha la averiguación, se servirá de esas confidencias con la prudencia de rigor y en el momento oportuno. Es muy de desear que esté abierto el noviciado a frecuentes visitas del Superior General, con el fin de que pueda darse cuenta personalmente de lo que cabría hacer en él para mayor beneficio, sea de los novicios que en él residen, sea de la Congregación para la que son tan necesarios jóvenes religiosos fervorosos e inteligentes.

El tiempo del noviciado ha de emplearse en una esmeradísima formación para la vida religiosa. En consecuencia, en cuanto exista la posibilidad de pasar allí los dos años fijados en las Constituciones, será de suma importancia imponérselos a los novicios.

Aspecto del noviciado El noviciado ha de ser un lugar donde se practiquen escrupulosamente:

1° El silencio y el recogimiento. Sin el hábito del silencio, jamás habrá vida interior, ni esa vida apartada del mundo indispensable al religioso que ha de conversar con el cielo.

2° La oración. A los novicios se les darán diversas ocupaciones, pero la más importante para ellos es la de aprender a rezar, con el objeto de que puedan hallar en

la oración las luces y las fuerzas que tanto necesitarán más tarde como religiosos en las difíciles coyunturas de la vida apostólica a la que se destinan.

3° La obediencia. Cuanto más se desarrolle la Congregación, más necesario será el vínculo de la obediencia. Lo que se hace actualmente por afecto a los Superiores tendrá que hacerse ante todo por espíritu de fe, base de la verdadera obediencia, y por un sentimiento de caridad sobrenatural, despojado a veces de toda suavidad. Al salir del noviciado, los jóvenes religiosos tendrán que tener una voluntad tan moldeada que anhelan una sola cosa: cumplir la voluntad de Dios, manifestada por los Superiores.

4° La más absoluta pobreza, según el espíritu de la Regla.

5° La reforma del carácter. Tarea indiscutiblemente de toda la vida. No obstante, sabido es que, si esta reforma es emprendida enérgicamente durante el noviciado, los esfuerzos serán más tarde mucho más fáciles de traducir en todos los detalles de la vida.

6° Las costumbres religiosas. Cada Orden, cada Congregación tiene sus propios hábitos. Nosotros empezamos a tener los nuestros, ¡aunque necesitan modificaciones y mejoras! Es imperioso preparar reglamentos particulares que no voy a explicitar en esta carta, pero cuya necesidad me interesa hacer constar.

7° La vida de sacrificio y de absoluta renuncia al amor propio. Lo que más hemos de detestar es el espíritu personal. Hay que esforzarse por descubrirlo, acosarlo y aplastarlo mediante la humildad; de lo contrario, los candidatos serán expulsados del noviciado sin contemplaciones, luego de haber referido el caso al Superior General.

8° El afecto cordial de los novicios entre sí y el respeto hacia los mayores. Tenemos que querernos y respetarnos

mucho. Tal es el espíritu sugerido por Nuestro Señor a los apóstoles en sus recomendaciones más encarecidas.

9° Finalmente, el aprendizaje de toda perfección, según el espíritu de la Asunción. Palabra que lo abarca todo. No por eso deja de ser cierto que poseemos nuestra razón de ser, y que sería arriesgadísimo no dejarse formar conforme a los principios que presidieron al nacimiento de nuestra familia. Interesa no permitir que, bajo ciertos pretextos, se salga de nuestros principios característicos, sin cuya aplicación nada somos como Congregación.

II.- El Maestro de novicios

Su deferencia para con el Superior General El Maestro de novicios es para el noviciado el brazo derecho del Superior General, por recaer en éste la responsabilidad del noviciado, ya que es de su incumbencia decidir la admisión de postulantes y novicios, incluso tras el voto de las dos Comisiones exigidas por la Santa Sede (3).

De aquí que el Maestro de novicios le tenga que rendir cuentas escrupulosamente de todos los pormenores que puedan facilitarle el conocimiento de los candidatos.

Su responsabilidad La responsabilidad del Maestro de novicios comprende:

1° Informar frecuente y detalladamente acerca del noviciado y los novicios, conforme a lo que se estipule ulteriormente.

2° Formar a la más alta perfección posible a los jóvenes que se le confien.

3° Poner la sinceridad más juiciosa en las razones que presente al Superior General para la admisión, razones para ser remitidas a las Comisiones de votos al iniciar y finalizar el noviciado.

Su virtud El Maestro de novicios tiene que ser la regla viva del noviciado, lo que no obstará para que comprenda que los jóvenes, con sendos caracteres particulares, no tienen por qué amoldarse de manera absolutamente servil sobre el suyo, sino más bien sobre Nuestro Señor Jesucristo, de quien el Maestro ha de ser la copia más parecida, que permita a los otros imitar rasgos distintos, si bien dentro de la dirección general del espíritu de la Congregación,

Informes que ha de suministrar Cada trimestre enviará un informe al Superior General sobre el conjunto del noviciado y otro sobre cada novicio, conforme al esquema que se redactará más tarde. Entre tanto, como orientación para este trabajo, puede tomar los tres principales puntos señalados en el apartado sobre el noviciado en general y los que luego se indiquen.

Los informes para los comisionados serán detallados e irán acompañados de los documentos requeridos. El Maestro de novicios dirigirá muy concienzudamente al joven que se presenta las preguntas que fijan las Constituciones; avisará a los comisionados si se cumplen o no los requisitos, especificando los que no se cumplan.

Sus principales obligaciones Caso de producirse algún hecho grave, lo notificará a quien compete. No obstante, a no ser por escándalo inminente, no expulsará a nadie del noviciado sin prevenir al Superior General. Puede, bajo su responsabilidad, despedir a los postulantes no admitidos aún en el noviciado. Respecto a los novicios que desearan retirarse, compete a su prudencia examinar si realmente no están hechos para la vida religiosa o si son únicamente víctimas de una tentación pasajera. Obrará en consecuencia, sea abriéndoles la puerta, sea reteniéndolos amablemente lo más posible.

Excepto en contadas ocasiones, presidirá los ejercicios, siempre el Capítulo de culpas, casi siempre los recreos. Sus instrucciones serán frecuentes, múltiples sus avisos, sea acerca de las faltas contra la Regla, las Constituciones, las prescripciones particulares, sea acerca de las virtudes, el espíritu, el comportamiento de un buen religioso, sea acerca del fervor y la santidad que han de penetrar el conjunto de la vida y las más mínimas acciones del hombre llamado a la perfección.

Tratará de conquistar el corazón de los novicios, no con un afecto dulzón, sino con una caridad superabundante, captada como en su manantial en el amor de Nuestro Señor por las almas y especialmente por sus discípulos.

Vivirá ante todo de la vida sobrenatural, actuando exclusivamente a tenor de ideas y motivos inspirados en la fe. En una palabra, su modelo será Jesucristo mientras vivía en medio de sus apóstoles y los iba formando a la vida evangélica.

Dispondrá, en la medida de lo posible, de los ayudantes que requiera el número de novicios.

Pregunta: En un noviciado numeroso, ¿conviene que haya, además del Maestro de novicios, un Superior encargado más especialmente de las cosas externas? (4).

III.- Los novicios

A todos nos interesa buscar y preparar herederos espirituales de nuestra obra. Algunos fundadores de Órdenes o Congregaciones preferían aguardar a los que les enviara la Providencia. Nosotros tendremos presente que el Concilio de Trento ordenó a los obispos que preparasen las vocaciones eclesiásticas, señalándoles las normas generales para lograr dicho objetivo; y que Nuestro Señor llamó a sus primeros apóstoles y les dijo: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos* [Juan 15, 16]. Ante estas dos

grandes autoridades como son un Concilio general y el proceder de Nuestro Señor, trataremos de comprender con qué esmero y prudencia se han de buscar, preparar y seleccionar definitivamente las vocaciones religiosas. Las buscamos fuera del noviciado, las preparamos durante el noviciado, las seleccionamos al finalizar el noviciado. Podemos afirmar que la preparación de las vocaciones, sea en los colegios, sea en los Alumnados, sea mediante la dirección de jóvenes en el mundo es una obra excelente; sólo que hay que esmerarse en escoger bien, extremando a tal efecto observaciones, circunspección y espíritu de fe.

Cualidades requeridas Las Constituciones tienen ya señaladas las condiciones fundamentales requeridas del joven que se presenta al noviciado. Mas, no tengo reparo en insistir aquí en algunos puntos esenciales:

1° El espíritu sobrenatural o al menos las disposiciones para adquirirlo. Ahora más que nunca tenemos que luchar contra el naturalismo. Si no nos empeñamos en formar hombres capaces de combatir en pro de las ideas sobrenaturales, podemos declararnos de antemano vencidos, ya que renunciamos a nuestra razón de ser.

2° La sinceridad. No sabremos nunca deplorar suficientemente la falta de sinceridad por parte de algunos candidatos a la vida religiosa. ¿Por qué vienen a nosotros? ¿Tal vez buscan un tipo de futuro que no han analizado suficientemente? Hallan aquí ciertas ventajas de las que esperan beneficiarse, sin aceptar algunas duras condiciones que desearían poder rechazar. De aquí esos cálculos íntimos y muy humanos que ellos están persuadidos de haber ocultado por haberlos callado, pero que un ojo experto descubre rápidamente, y contra los que hemos de mostrarnos inexorables, ya que de la falta de sinceridad a la hipocresía no hay más que un paso.

3° El don de sí mismo. No es necesario que este don de sí mismo sea completo desde el primer día. Mas, el postulante a quien vemos calcular, hacer combinaciones, tratar de poner condiciones, solicitar privilegios y dispensas inútiles, es un sujeto poco envidiable, y si al cabo de escaso tiempo, dos o tres meses a lo más, no empieza a hacerse a todo: privaciones, sacrificios, humillaciones, molestias por parte de los Superiores y connovicios, debe ser despedido irremisiblemente. O jamás entenderá la vida religiosa, y es incapaz, o carecerá del coraje para actuar, y es un obrero demasiado haragán, demasiado cobarde para nosotros: lo mejor es deshacerse cuanto antes de él.

4° No me detengo de nuevo en los exámenes de aptitud intelectual que hay que hacer pasar antes del noviciado. Hagamos constar tan sólo que los jóvenes educados fuera de nuestras casas han de poseer en adelante, para entrar en el noviciado, el mismo nivel de inteligencia e instrucción que nuestros estudiantes de retórica. Hay que facilitar una transición, pero es de desear que sea muy breve y que en este punto desaparezcan pronto las excepciones.

5° Damos por supuesto que el Maestro de novicios examinará con sumo cuidado la manera de ser de los postulantes y novicios, en el recreo y donde quiera que puedan comunicarse, para dar con los espíritus falsos, extravagantes, indisciplinados, litigantes, taciturnos, obstinados; se les ha de apartar cual auténticos demoledores de las Congregaciones.

6° Exigirá, por encima de todo, aceptación humilde y cordial de los reproches, flexibilidad bajo la dirección establecida, confianza en los Superiores, afecto gozoso para con los Hermanos, estima de su vocación, deseo de adquirir en sí el espíritu en el más alto grado mediante el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia.

IV.- Formación de las almas

Decía San Pablo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi* [1Corintios 11, 1]. Tal debe ser el lema del Maestro de novicios en su tarea de forjar religiosos. ¡Cuál no será la constante vigilancia que ha de ejercer sobre su persona, siendo su vida el libro vivo que siempre tendrán los novicios ante sus ojos!

La formación de las almas en el noviciado implica:

1° *La práctica puntual, inteligente, amorosa de la Regla.* Práctica puntual, sin ella no hay vida religiosa; práctica inteligente, que proviene del espíritu de fe y sin la cual la Regla no es más que un ejercicio automático, en vez de infundir luz y fuerza en los momentos de prueba; práctica amorosa: si no se quiere el estado religioso ¿por qué abrazarlo? Es precipitarse en el infierno a sabiendas y exponerse a arrastrar en él con el escándalo a almas llamadas a la corona de la santidad.

2° *La lucha contra los defectos.* Todos llevamos su germen, pero el estudio de uno mismo, la vigilancia, la oración, la penitencia y sobre todo la humildad, constituyen importantes medios de cercenarlos, cuando no de extirparlos completamente. El Maestro de novicios, obligado a conocer las almas a él encomendadas, tiene que realizar un trabajo particular sobre cada una de ellas, servirse de los consejos dados por los maestros de vida espiritual, ayudarlas en sus luchas interiores, sostenerlas cuando arrecia el peligro, levantarlas en sus caídas, examinar las causas de las mismas para atacar el mal de raíz, y afianzarlas especialmente mediante la confianza en la bondad de Dios.

3° *El deseo cada vez más vivo de la perfección.* El lema del novicio debe ser: *Caritas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Jesucristo es su modelo y Jesucristo es su amor. El noviciado es un tiempo de transformación y el novicio no ha de tener sino un deseo: transformarse

en Jesucristo: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21], tiene que repetir con el Apóstol. ¡Ah, qué perfecto ha de ser personalmente un Maestro de novicios para encender esas llamas, mantenerlas y avivarlas sin cesar! Quien carece del deseo de la perfección jamás será auténtico religioso; al Maestro de novicios le incumbe fomentar ese deseo con todos los medios espirituales a su alcance, sea con sus instrucciones especiales, sea con una palabra dicha de paso, sea con una legítima emulación establecida entre los miembros del noviciado, sea con prácticas más difíciles, no impuestas sino propuestas prudentemente. Lo que importa es inspirar entusiasmo, ardor, vida, sin lo cual todo se va secando, helando, abotagando hasta acabar en la muerte.

Entre todos los medios para intensificar el fervor, el más poderoso es indiscutiblemente la comunión; pero sólo apunto aquí este importante tema, por haberlo tratado en otro lugar (5); me limito a llamar nuevamente la atención del Maestro de novicios sobre la preparación de sus alumnos a la comunión, sobre los frutos que de la misma sacan y sobre los permisos más raros o más frecuentes que puede conceder.

4° *La profunda convicción* de que, actualmente y de cara a la clase obrera, al proletariado y al pauperismo, no hay nada más eficaz para un religioso como la imitación de Nuestro Señor que no tenía donde reclinar la cabeza, es decir, nada como la práctica de la pobreza.

5° *Una grandísima apertura de corazón.* Los novicios se ejercitarán en ella. Empujarlos a ello como a pesar suyo acarrearía graves inconvenientes; pero, si carecen de facilidad para abrirse, si no la adquieren rápidamente, jamás tendrán el espíritu de la vida comunitaria; conservarán su espíritu propio, fuente futura de tantas miserias y sobre todo de una funesta independencia de carácter. O doblegamos las naturalezas susceptibles o nos deshacemos de ellas.

6° *Los estudios.* Los estudios como tal no son el objetivo del noviciado. Sin embargo, puesto que los novicios han de ser instruidos acerca de la Sagrada Escritura, la historia de la Iglesia, la teología mística, las ceremonias sagradas, su Maestro aprovechará de estos diversos trabajos para darles: 1° la más sublime idea del culto divino, de la recitación del Oficio, de la observancia de las rúbricas, de la ejecución del canto sagrado, siempre según el espíritu de la Asunción; 2° el deseo de conocer lo que les convenga de las normas de la vida ascética, con el fin de que logren en ella los progresos más fructíferos; 3° en lo referente a la Sagrada Escritura y a la Historia de la Iglesia, debe enseñarles a estudiarlas como verdaderos religiosos, sin espíritu de vana curiosidad ni bajo el peso de una pereza culpable, sino con ansias de conocer mejor a Dios y sus obras, a Jesucristo, su amor al hombre, lo que hizo para manifestárselo, su acción en el mundo; con ansias asimismo de conocer lo que puede hacer un religioso por Dios y por Nuestro Señor Jesucristo.

7° *La vigilancia del Maestro de novicios.* Se ejercerá en la capilla, donde la compostura de los novicios manifestará sus disposiciones interiores; en el estudio, donde su comportamiento revelará su pereza o su ardor por el trabajo; en las celdas, en el dormitorio, donde se puede juzgar su modestia, y a veces sus costumbres; en el comedor, donde se impartirán frecuentes lecciones de urbanidad; en el recreo, donde se enseñarán o se mantendrán las leyes de los buenos modales, tan a menudo olvidados.

8° *La formación a la pulcritud y a la cortesía.* Punto capital para hombres que tal vez no hayan tenido siempre este hábito. Ejercítese a los novicios a que adquieran modales sencillos a la vez que corteses; que se les haga comprender claramente que las maneras toscas y groseras son más bien propias de un carácter indómito, sin cultura, pagado de sí mismo en demasía como para

hacer jamás el bien a los demás. Sea Jesús, manso y humilde de corazón, el modelo de los religiosos deseosos de conquistar almas. Nada mejor para inculcar la cortesía cristiana que la mansedumbre y la humildad.

Por lo demás, la cortesía es una forma de respeto, y éste tiende demasiado a desaparecer para que no se lo encuentre, en lo que de cristiano tiene, entre los religiosos de la Asunción. Que el Maestro de novicios se esfuerce por entregar la noción e inspirar la práctica seria de la cortesía durante el noviciado. Las formas de respeto resultan a veces penosas y cuesta doblegarse a ellas; acostúmbrense a ellas los novicios convirtiéndolas en materia de mortificación, de edificación, en medio para atraer a las almas y en arma de propaganda. No ha de confundirse la ignorancia de las formas de la buena educación con cierto espíritu de mala educación que casi siempre denota inclinaciones groseras, complacencia en pasatiempos vulgares, vanidad ridícula e imposibilidad de hacerse todo a todos, grave obstáculo para poder ganar almas para Cristo.

¡Cuántas cosas podríamos añadir! Mas, hemos de limitarnos. La experiencia irá indicando sin duda muchas más e importantes recomendaciones. Me parece, sin embargo, que con las nociones apuntadas es posible dar un desarrollo completo al Directorio del noviciado. Baste, pues, lo consignado por ahora, y que, partiendo de lo que acabo de establecer, tomen los noviciados nuevo impulso y renovado fervor.

Conclusión: los cuadros anejos

Con el fin de trazar una pauta global al Maestro de novicios, adjunto aquí cuatro cuestionarios que llenará oportunamente. El primero le ayudará en las preguntas que ha de hacer y en las opiniones que ha de dar, al hacer la dirección personal de los candidatos. Aquí todo es facultativo; puede suprimir o añadir, pero no está de más que disponga de hitos para llegar al conocimiento de las almas y procurar su perfección. El segundo cues-

tionario tiene por objeto determinar los temas que debe tratar el Maestro de novicios en su informe trimestral sobre el conjunto del noviciado. El tercero indica los puntos que debe señalar en el informe trimestral sobre cada novicio o postulante. El cuarto es el marco del informe que debe presentar a los escrutadores acerca de cada aspirante al noviciado o a la profesión.

Si se preocupa constantemente el Maestro de novicios en ir adquiriendo las luces necesarias sobre los temas incluidos en estos cuestionarios, es imposible que no logre conocer perfectamente a los candidatos confiados a su solicitud y que no los dé a conocer como importa a quien incumba.

Os ruego, mis muy queridos Hermanos, aceptéis mi afecto más respetuoso en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

I.- Dirección de los novicios

PREGUNTAS

- 1° ¿Sigue sintiendo el novicio la vocación religiosa?
- 2° ¿Cuáles son sus tentaciones al respeto?
- 3° ¿Cómo reza? ¿Camina en la presencia de Dios?
- 4° ¿Su afición a la oración? ¿De qué temas saca mayor provecho?
- 5° ¿Cuál es su fervor en el Oficio y en las prácticas religiosas?
- 6° ¿Cuáles son sus sentimientos para con Nuestro Señor, especialmente al comulgar?
- 7° ¿Qué energía pone en el trabajo, en el estudio o en lo demás?
- 8° ¿Cuál es su silencio y recogimiento?
- 9° ¿Cómo observa la Regla?
- 10° ¿Cuáles son sus amistades y sus antipatías?
- 11° ¿Su espíritu de propiedad?
- 12° ¿Sus mortificaciones?
- 13° ¿Sus repugnancias?
- 14° ¿La inclinación de su celo?

OPINIONES SOBRE

- 1° La obediencia.
- 2° La pereza en el trabajo.
- 3° El amor propio, el egoísmo, la personalidad.
- 4° La humildad.
- 5° El celo por las almas.
- 6° Los defectos del carácter.
- 7° Las infracciones de la Regla.
- 8° Las faltas en el trato.
- 9° Los modales religiosos, el comportamiento, la cortesía.
- 10° La tibieza.
- 11° La falta de sinceridad.
- 12° Los progresos o retrocesos.
- 13° Algún hecho grave que haya ocurrido.

II.- Informe trimestral sobre el noviciado en general

- 1° ¿Cuál es el espíritu general?
- 2° ¿Se va elevando el nivel de fervor?
- 3° ¿Qué comportamiento hay en el Oficio, en la meditación, en la Misa?
- 4° ¿Qué entusiasmo se pone en el estudio y en el cumplimiento de los cargos?
- 5° ¿Cómo se desarrollan los recreos?
- 6° ¿Se observa el silencio?
- 7° ¿Cuáles son globalmente la compostura y la urbanidad?
- 8° ¿Se muestran los novicios firmes ante una obligación penosa?
- 9° ¿Se abren con el Maestro?
- 10° ¿Son sinceros?
- 11° ¿Hay entre ellos intrigas? ¿Les gustan?
- 12° ¿Se aceptan las humillaciones, y cómo?
- 13° ¿Piden penitencias y austeridades?
- 14° ¿Reina cordialidad entre los novicios?
- 15° ¿Obedecen con presteza?
- 16° ¿Se observa la Regla a la fuerza o con alegría?
- 17° ¿Se respira entusiasmo en el noviciado? ¿Se percibe en él una vida sobrenatural y religiosa?

Observaciones particulares

III.- Informe trimestral sobre cada novicio

- 1° ¿Cuáles son las motivaciones de la vocación del postulante o novicio?
- 2° ¿Cuál es su carácter?
- 3° ¿Su defecto dominante? ¿Lucha contra él? ¿Con qué éxito?
- 4° ¿Su inteligencia?
- 5° ¿Sus conocimientos?
- 6° ¿Sus progresos en el estudio?
- 7° ¿Su salud?
- 8° ¿Su situación familiar?
- 9° ¿Sus progresos en las tres virtudes relativas a los votos?
- 10° ¿Su piedad, su fervor o su tibieza?
- 11° ¿Su práctica de la Regla?
- 12° ¿Sus modales religiosos?
- 13° ¿Su comportamiento en los ejercicios?
- 14° ¿Su cortesía?
- 15° ¿Su actitud en los recreos?
- 16° ¿Sus amistades y sus antipatías?
- 17° ¿Su espíritu de fe?
- 18° ¿Se muestra edificante?
- 19° ¿Es humilde, mortificado?
- 20° ¿Es abierto y franco?

Observaciones particulares

Nota: El Maestro de novicios no tiene por qué contestar cada trimestre a cada pregunta. Si no tiene una opinión suficientemente clara, no pone nada. Si no tiene nuevas observaciones que hacer, se contenta con escribir: como en el informe anterior.

IV.- Informe para los escrutadores

- 1° ¿Se ha interrogado escrupulosamente al postulante o al novicio sobre los puntos determinados en las Constituciones?
- 2° ¿Qué respuestas ha dado?
- 3° ¿Ha entregado los documentos exigidos?
- 4° ¿Cuánto tiempo de postulante ha hecho?
- 5° ¿Cuánto tiempo de noviciado y dónde?
- 6° ¿Cuáles son las motivaciones de su vocación?

- 7° ¿Se puede asegurar que tiene espíritu religioso?
 8° ¿Cómo es su salud?
 9° ¿Qué carácter tiene?
 10° ¿Cuál es su defecto dominante? ¿Lo va corrigiendo?
 11° ¿Practica puntualmente la Regla?
 12° ¿Cuál es su inclinación especial?
 13° ¿Qué inteligencia tiene?
 14° ¿Qué estudios ha cursado?
 15° ¿Cuáles son los resultados de sus estudios desde su ingreso?
 16° ¿Está hecho para la vida comunitaria?
 17° ¿Se muestra generoso en el sacrificio?
 18° ¿Posee los principios de la Congregación?
 19° ¿Cuál es su actitud en los ejercicios?
 20° ¿Su educación, su urbanidad en el trato?
 21° ¿Quiere a la Congregación? ¿Se hace querer en ella?
 22° ¿Cómo practica las virtudes relativas a los votos?
 23° ¿Hace con facilidad la cuenta de conciencia?
 24° ¿Qué se ha de opinar acerca de su sinceridad?

Observaciones particulares

NOTAS

(1) “La cuestión de la unidad o de la pluralidad de los noviciados, —se dice en el Acta de la reunión del 16 de octubre del 1874—, queda reservada para la época en que se establezcan las Provincias; sin embargo, se ha insistido en las ventajas que representa un solo noviciado, ya sea desde el punto de vista del personal, ya sea desde el punto de vista del espíritu”.

(2) En la misma reunión se ha recordado el principio de la rigurosa separación de los novicios: los profesos no tienen derecho a ir al noviciado sin un permiso especial: “del Superior General, precisa de su puño y letra el P. d’Alzon, excepto en caso de urgencia”.

(3) Ver *Collectanea (MCMXX) p. 6: Rescriptum de Constitutione Novitiatu* (11 de diciembre de 1857).

(4) El P. d’Alzon pedirá al P. Picard con ocasión de estas reuniones que asuma el cargo de Maestro de novicios. Una elección semejante subraya la importancia que el P. d’Alzon atribuía a este cargo. Como consecuencia de este nombramiento el noviciado se traslada de Le Vigan a París.

(5) Ver las meditaciones sobre Nuestro Señor en la Eucaristía, para el tiempo del Corpus (*Nota del P. d’Alzon*).

Deberes de los Superiores

La expulsión de un religioso joven, profesor en el colegio de Nimes, revela al P. d'Alzon en junio de 1875 hechos lamentables de los que el noviciado de Le Vigan, a espaldas de los Superiores, había sido teatro. Bajo el choque de la emoción, redacta una circular que no es enviada sino a algunos religiosos. El P. Hippolyte particularmente preocupado la acepta con toda humildad. El P. Picard encuentra las ideas excelentes, pero pide con toda sencillez que cambie el tono; teme que se confunda, –en contra del espíritu de la Asunción–, “la vigilancia con la inquisición, la caridad con la debilidad, la franqueza con el derecho de decirlo todo y de hacerlo todo y el deber de callarlo todo, cuando no se tiene el encargo de revelarlo”. El P. d'Alzon tuvo en cuenta estas observaciones: “He rehecho la circular, escribe el 18 de julio. Será quizá un poco más dulzona, pero puede no alcanzar su meta”. Nuestra circular número 9 es, pues, una segunda edición; –la primera, que el P. Picard había anotado profusamente, ha sido descartada–; iba dirigida a todos los Superiores.

NOVENA CIRCULAR

Deberes de los Superiores

para con sus religiosos en particular
y la comunidad en su conjunto

Julio de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,

Los lamentables sucesos que acaban de partirnos el alma me han obligado a concentrarme en mí mismo y a preguntarme cuál es la parte de responsabilidad que podría tener en ellos.

Sea cual fuere esa responsabilidad en el pasado, considero ante Dios que tengo una obligación estricta de examinar con vosotros y de indicaros vuestras obligaciones como Superiores, obligaciones tanto más severas cuanto que os es dado medir las consecuencias que ciertas ilusiones de celo externo confundieron a varios de vosotros, pero cuyo horror se puede uno imaginar a la vista de unos hechos por los que hemos de lamentarnos desgraciadamente.

Permitidme, pues, os exponga vuestros deberes como Superiores y os conjure a meditarlos muy a menudo ante Dios. A mi juicio en ello os va la salvación. Me veo obligado a cargar vuestras almas por salvar la mía.

Reduzco estas obligaciones a dieciséis puntos principales.

I.- Ante todo: sentimiento de vuestra responsabilidad. No pudiendo hacerlo todo personalmente, tenéis que mandar que se haga y velar porque se haga bien, ya que de nada estáis tan encargados personalmente como de vuestra Comunidad. Tal es el asunto capital sobre el que se os

juzgará. Os condenaréis si, por ir vuestra Comunidad a la decadencia, se pierden las almas de vuestros religiosos. En este caso se perderán únicamente por vuestra culpa.

II.- El amor a las almas de las que sois más especialmente padres y hermanos. Tenéis que vivir en medio de ellas como Jesucristo en medio de los apóstoles. Para vuestro consuelo, entre los doce apóstoles se contaba a un Judas, aunque ¡cuál no sería el amor de Jesucristo para con el propio Judas! *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* [Juan 10, 11]. ¿Tenéis esa solicitud, tierna, amorosa y perseverante que, cual Jacob sobre los rebaños de Labán [Génesis 30, 40], vela día y noche? Esas son las almas que por la obediencia tenéis a vuestro cargo y no otras. ¿Qué importa que salvéis muchas de éstas, si ocupaciones extrañas os impidieron velar debidamente sobre aquellas?

III.- El ejemplo. Las ocupaciones de un Superior lo dispensan de no pocos ejercicios comunitarios. No puede llevar a cabo una vigilancia provechosa, si están al tanto los religiosos del momento preciso en que se le retiene acá o acullá. No es menos cierto que los miembros de la Comunidad tienen que decir ante todo: el Padre está haciendo lo que puede, e incluso más de lo que puede, por ser nuestro Superior y cumplir con las obligaciones de su cargo. Cuando, en una casa religiosa, merece el Superior semejante elogio, su trabajo se ha aliviado grandemente. Es la imagen viva de quien se dice que empezó por hacer antes que a enseñar.

IV.- La oración. El Evangelio nos muestra a Nuestro Señor pasando noches enteras en oración: *Et erat per noctem in oratione Dei* [Lucas 6, 12]. ¿Con qué fin? Para preparar la elección de los apóstoles. No que necesitase atraer sobre su humanidad luces cuyo foco era él mismo, sino para enseñar a los Superiores uno de sus deberes

más rigurosos. Si quieren los Superiores obrar conforme y en el mismo espíritu de Nuestro Señor, han de meditar las advertencias que tengan que hacer y las medidas a tomar, al pie del crucifijo o ante el Santísimo Sacramento.

V.- Los avisos generales. Nada se olvida tan fácilmente como lo que constituye la esencia de la vida religiosa. Ese principio de unión, ese vínculo de caridad, ese espíritu de abnegación, de sacrificio, de obediencia, ese sentimiento sobrenatural de la perfección, esos santos anhelos de superación, sin lo cual es imposible que subsista la vida religiosa, todo esto se olvida con suma facilidad, si no se recuerda constantemente en todas las ocasiones: en el comedor, en los recreos, en la Obediencia, en el Capítulo. ¿Acaso no decía el Apóstol: *Insta opportune, importune?* [2 Timoteo 4, 2]. Es menester hablar, advertir, reiterar constantemente las advertencias.

VI.- Los avisos particulares. Algunos sacan más provecho de las advertencias generales, por el hecho mismo que parecen dirigirse menos directamente a ellos. Hay otros para quienes los avisos particulares son indispensables. Jamás toman para sí lo que va para todos. Hay que ir a decirles como Natán a David: *tu es ille vir* [2 Samuel 12, 7]. Sin contar que muy a menudo hay llagas que han de curarse a la sombra. La altivez se subleva a veces por ciertas manifestaciones de faltas a la luz meridiana; y aunque no siempre haya que tener en cuenta la susceptibilidad de los caracteres propensos a la irritación, ocurre sin embargo que la dulzura produce resultados que la publicidad del Capítulo sería incapaz de producir. Sopesen los Superiores lo más conveniente. De todos modos, tienen la obligación de advertir, privada o públicamente, según el dictamen de la prudencia.

VII.- La vigilancia de todo y de todos. Nuestra delicadeza se asusta ante esta obligación, odiosa para los

inferiores, que se complacen en designar con el nombre de espionaje. Desconfiad del religioso que habla contra los espías, nadie como él necesita que se le vigile. Ahora bien, ¡qué pesado resulta vigilar continuamente!, ¡harto más cómodo es dejar que las personas y cosas se deslicen hacia la decadencia! Con todo, ¿por qué la Iglesia ha dado a sus pontífices el nombre de obispos (vigilantes), sino por ser la vigilancia el primer deber de quien ostenta un cargo? ¿No llama San Pedro a Nuestro Señor mismo vigilante de nuestras almas: *episcopum animarum nostrarum*? [1 Pedro 2, 25].

VIII.- Severidad para mantener la regularidad en los ejercicios. De por sí y bajo cierto aspecto, los ejercicios no son nada. Para muchos son una rutina. No obstante, dicha rutina mantiene alerta y en vela, y brinda la oportunidad al Superior (por no considerar más que este aspecto) de comprobar el fervor y la perseverancia de sus religiosos. Pero, ¡cuántas dificultades! El Superior no puede estar en todas partes. De aquí que necesite un ayudante que le tenga al corriente de todas las infracciones. Si en algunas casas no basta con uno, que haya varios. Por otra parte, puede darse la máxima regularidad junto con ciertas irregularidades aparentes. Por ejemplo, en los colegios, los vigilantes o profesores están ausentes por fuerza en algunos ejercicios, pero la regularidad no deja por eso de mantenerse mediante reglamentos especiales según las diferentes funciones, y en último término, mediante la comprobación de las dispensas necesarias en beneficio del colegio. Es el momento de aplicar la comparación hecho por San Pablo entre el cuerpo y la Iglesia.

IX.- Tesón en hacer trabajar mucho. Tal es nuestro espíritu, y tal es para nosotros una importantísima salvaguarda. Como lo apuntan las Constituciones, no tenemos grandes austeridades, pero sí la obstinación por el trabajo. ¡Ay del religioso holgazán! Sobre él se cierne la

maldición de Dios. ¡Ay del Superior que no hace trabajar mucho! Cada religioso es para él el talento que le confía el Padre de familia y que debe, mediante el trabajo que le imponga, no solo duplicar sino centuplicar. Sin duda, sería un error aplastar, pero su obligación consiste en hacer que cada cual trabaje según su capacidad; y como quiera que la capacidad operativa del obrero aumenta mediante una buena dirección del trabajo, nadie puede decir, por una parte, lo que se va a conseguir, si se empeña el Superior, y por otra, los peligros evitados, las tentaciones vencidas, los pecados borrados, las virtudes acrecentadas, los méritos adquiridos gracias a un pensamiento sobrenatural en medio del trabajo incesante. Yo no pretendo que no sea necesario un poco de descanso, pero con tal de que el descanso del religioso acreciente en el Superior el ejercicio de la vigilancia.

X.- Mas, ¿para qué serviría el trabajo si no estuviera animado por un pensamiento divino? Nueva obligación del Superior la de velar por el *mantenimiento del celo según el espíritu de nuestra Congregación*. ¿Cuándo se inicia la decadencia de las familias religiosas? Cuando penetra en ellas la rutina. Se camina, pero maquinalmente. Si no está apagado, el fuego sagrado se esconde bajo la ceniza. AvíVELO constantemente el Superior, sea mediante nuevas ocupaciones, sea dando nuevo ardor para las tareas ya emprendidas. Todo esto ha de ser objeto de examen constante e incesante observación. No basta con deplorar los progresos de la decadencia, es preciso eliminar las causas: hay que resucitar el espíritu de Dios, atizar la lumbre en el hogar, y los Superiores que, sin poner remedio a la rutina de sus súbditos, se lamentan de su escaso celo, posiblemente sean ellos mismos los menos celosos de la Comunidad. Confieso que es preciso tener cierto don de inventiva, pero agregó que el Superior debe concentrar su celo especialmente sobre los suyos, antes de dilatarlo sobre personas del exterior. No

enumero los medios para mantener el fervor. Las Constituciones los señalan convenientemente. Mas, respeto la iniciativa personal, en el sentido que las aptitudes son diversas y que se correría el riesgo de agobiar demasiado a los Superiores bajo el peso de una uniformidad demasiado absoluta.

XI.- Quizá no hayamos determinado suficientemente en qué medida *los Superiores locales deban dar cuenta de sus casas al Superior General*. Este asunto se examinará en el próximo Capítulo. Por ahora, algunos Superiores ponen sumo empeño en este punto, otros piensan poco en él, otros nada. En este momento sólo puedo dar una recomendación general, en espera del establecimiento de una norma positiva. Es evidente que el Superior local, obligado a hacer esta especie de rendimiento de cuentas, se ve forzado por el hecho mismo a ponerse en frente de la autoridad que le han confiado y del modo con que se sirve de ella. Por eso, está obligado a usar de ella con más prudencia, inteligencia, actividad y éxito.

XII.- Hoy en día, creo firmemente que los lamentables sucesos que han dado pie a esta circular constituirán para vosotros un poderoso acicate. Mas, si no fijamos continuamente nuestra atención en las *precauciones que se han de tomar* constantemente, ¿por cuánto tiempo se mantendrá viva esta atención, pese a que se despertó tan amargamente? No constituye falta por parte de los Superiores el permitirse ciertas sospechas, incluso con escaso fundamento, si van inspiradas en una auténtica caridad. Sin duda, importa reprimir un espíritu persistentemente receloso, que malogra su influencia por el malestar que causa su excesiva desconfianza, pero ahí están los hechos. Es evidente que, si se cometieron faltas de las más graves, se debe a que faltó vigilancia. Esta vez lo hemos comprobado, mas, ¡cuántas ocasiones no se habrán dado en que faltó la vigilancia necesaria! No hemos visto el

mal porque no se tomaron las oportunas diligencias para descubrirlo. Damos por descontado que jamás se conocerán todas las miserias e incluso ciertos desórdenes, pero queda una cuestión de buena fe: ¿es suficiente la vigilancia y tratamos honradamente de alejar todas las ocasiones de caída? ¡Ay!, ¿quién de nosotros, y yo el primero, puede proclamarse libre de reproche?

XIII.- Inspirar una preocupación sobrenatural, para obviar ciertas tentaciones. Es algo difícil, y sin embargo, ¿cuántos males no se evitarían si supieran los Superiores ofrecer a sus religiosos materia constante a preocupaciones piadosas! Los medios se les antojarán a veces monótonos, pues no se pueden inventar a diario: que no se desanimen por eso, que estén atentos a todas las ocasiones que les brinde la Providencia, que tengan previsión y buena voluntad. Estoy convencido de que los medios providenciales para mantener a los espíritus en una especie de alerta continua se presentarán numerosos.

XIV.- El valor para advertir a tiempo. El mundo está plagado de hombres encadenados por el respeto humano. Los Superiores no están exentos de esta clase de cadenas: no siempre se atreven. Se necesita entereza para decirle a alguien: Amigo, estás yendo a la deriva; las caídas están a punto de lastimarte gravemente; te caes, te levantas, pero para volver a caer de nuevo; estás perjudicando a tu alma; perjudicas a la de los demás; cuidado, que tu conducta poco edificante puede afectar a toda la Comunidad. Si un Superior no tiene el valor de advertir así, cuando las circunstancias lo obligan a hacerlo, ¿para qué es Superior? Desgraciadamente, esta clase de reproches se dirige a los religiosos en persona, ya lo sé, y estos miembros, atacados ya de gangrena, consideran tales observaciones ofensivas, injustas y calumniosas. Muy a menudo los resultados son nulos. Sin embargo, importa no cejar: *clama, ne cesses; quasi tuba*

exalta vocem tuam [Isaías 58, 1]. Lo dicho al profeta se aplica también a los Superiores.

XV.- *La firmeza en sancionar las faltas pequeñas, para evitar las mayores.* No hay nada tan aflictivo como castigar continuamente. ¿Por qué representan los antiguos cuadros a San Benito con una vara en la mano, sino para indicar lo que ha de ser constantemente un verdadero Superior? Sin embargo, ocurre con los religiosos lo que pasa con los tiros de caballos. El buen cochero, que no deja pasar las pequeñas torpezas de sus animales, evita las grandes. Sujeta siempre sus caballos con la brida, y no se ve en la obligación de pegarles excesivamente, ya que al mínimo traspíe sienten el látigo en el lomo. ¡Comparación humillante, pero tristemente verdadera, reconozcámoslo! Mas, nos permite comprender cómo podríamos atajar, —la experiencia no miente—, las faltas más mortificantes, mediante el castigo de las faltas menores, extirpando así el mal de raíz.

XVI.- Por último, poco logrará el Superior con todas las severidades que indico, si no deja traslucir *una cordialidad tal que provoque las confesiones*. Las confesiones voluntarias constituyen la curación de las tres cuartas partes de las faltas que, encubiertas, se van desarrollando en las tinieblas hasta que, ya incurables, estallan en escándalos, con harta frecuencia contagiosos.

Os conjuro, pues, carísimos Hermanos, a que utilizéis todos los medios que os doy a conocer con gran amor, con ternura verdaderamente paternal. Vigilad, pero amad. Pensad en vuestra responsabilidad y, traduciendo el término en su sentido primitivo, permitidme que os diga con San Pablo: *attendite vobis et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos* [tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes] [Hechos 20, 28]. Sed

vigilantes, pero vigilantes constituidos por el Espíritu Santo, es decir, en la caridad que brota del corazón del divino Maestro.

Recibid, os ruego, mis muy queridos Hermanos, la expresión de todo mi afecto en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

P.S.: Me tomo la libertad de enviar esta circular sólo a los Superiores locales. El escaso número de observaciones que me han transmitido sobre las circulares anteriores me hace temer que se les haya prestado un interés demasiado mediocre. Ellas son, sin embargo, algo así como el programa del próximo Capítulo y, si no se las ha estudiado, el Capítulo no producirá todos los frutos que legítimamente podemos esperar.

DECIMA CIRCULAR

Cuatro cuestiones por examinar

Siempre bajo el efecto de los lamentables sucesos de Le Vigan, el P. d'Alzon sigue en búsqueda de medios prácticos para evitar la repetición de tales desórdenes.

1° de agosto de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,

Si amamos a Dios, todo redundará en beneficio nuestro. Por eso, bajo el efecto de los lamentables sucesos de estos últimos tiempos, vengo a proponeros el estudio de cuatro preguntas que habrá que consignar al final de nuestras Constituciones.

1° ¿Qué se ha de hacer para dar más eficacia a la vigilancia a la que está rigurosamente obligado todo Superior local si quiere salvar su alma?

2° ¿Cómo acrecentar, sin caer en arbitrariedades, la autoridad y la acción del Superior?

3° ¿Cómo prevenir ciertos desórdenes?

4° ¿Qué sanción de nuestros reglamentos es la más útil a nuestra Congregación?

I.- Por una vigilancia más eficaz

¿Qué hemos de hacer para incrementar la eficacia de la vigilancia a la que está obligado el Superior local, si quiere salvar su alma? El facilitar la vigilancia, a mi juicio, depende ante todo del Maestro de novicios, que tiene que cumplir dos deberes fundamentales.

a) formar las conciencias de los religiosos jóvenes

El primer deber es el de hablar continuamente sobre la necesidad de una conciencia recta. Fácil es comprobar que el mundo está plagado de conciencias erróneas. La educación defectuosa, los malos ejemplos dados, los hábitos de disimulación tolerados, tales son los escollos terribles contra los que se estrellan las conciencias en formación. Si el Maestro de novicios se muestra inexorable ante cualquier apariencia de menosprecio de la verdad, si se niega a admitir a todo postulante o novicio falto de franqueza, si inspira el más profundo horror a la mentira y a cuanto huele de lejos o de cerca a hipocresía, habrá hecho mucho. Más, debe sobre todo hacer comprender a los jóvenes que están a su cargo cuánta necesidad tienen de fortalecer su conciencia. El hombre vale principalmente por su carácter, y ¿qué es un carácter que no se cimienta en la conciencia? Con mayor razón, es indispensable para quien aspira a la perfección poseer una conciencia pura, recta, delicada, enérgica. Pues bien, el religioso formado a base de estos principios apenas precisa vigilancia. Su mejor vigilante es su propia conciencia, y el Superior se enterará por él de todo cuanto quiera; basta con que se lo pregunte.

b) no dejar ninguno de los medios previstos por la Regla para conocerlos bien

Pero, ¿podemos esperar que todos los jóvenes profesos vayan a presentarse ante sus Superiores locales en condiciones tan favorables? ¡Desgraciadamente, no! Confesémoslo, hemos creído más de la cuenta en la conciencia de algunos sujetos, cuando sólo obraban por temor servil. Al Superior incumbe estudiar los caracteres y tratar a unos con más confianza y a otros más severamente. Además, si estamos convencidos de que el Superior debe estar al tanto de todo, quienes enmudecen ante la autoridad comprenderán que la franqueza de sus

hermanos los desenmascarará naturalmente, y aprenderán a poner coto a sus maliciosos discursos, al menos por no exponerse a que se repitan sus palabras.

El Maestro de novicios (y esto se aplica igualmente a todo Superior) ha de ir más lejos. Descartará, por supuesto, el sistema del espionaje, pero mediante la asiduidad en la rendición de cuentas, la vigilancia de los locutorios, de la correspondencia, de las visitas, en una palabra, de todas las relaciones; junto con la prohibición reiterada de visitarse en las celdas, por el rigor de exigir el cumplimiento del silencio mayor y menor, y por la frecuente inspección de las celdas, llegará necesariamente a disponer de una información muy superior a la habida habitualmente por los Superiores, y aunque no sepa todo, sabrá en todo caso lo suficiente para adivinar no pocos abusos y prevenirlos a menudo con el solo temor de que se descubran.

II.- Para acrecentar la autoridad y la acción del Superior

¿Cómo acrecentar, sin caer en arbitrariedades, la autoridad y la acción del Superior?

a) La autoridad del Superior requiere un conocimiento perfecto de las Constituciones Existe un don de mando que no se adquiere. Quienes de él carecen creen poder suplirlo con un sinfín de castigos. Hay que castigar desde luego, como lo diremos en breve, pero hay que saber mandar. A veces basta con una mirada. Entonces, no cabe arbitrariedad; la acción moral del Superior campea señeramente. Ahora bien, para obviar la arbitrariedad, el Superior ha de saber de memoria las Constituciones y estar impregnado de su espíritu, de manera que, en todo cuanto ordene, prescriba o prohíba, se eche de ver que sus palabras y mandatos son mera aplicación de lo que está establecido.

b) Su autoridad, paternal o rigurosa, se apoya en la del Superior General

Si no se consideran legítimas sus interpretaciones, cabe notificárselo a los Superiores Generales. Mas, si el Superior local muestra que no tiene por qué temer una interpretación distinta de la suya, si actúa con fuerza cuando es necesario y con compasión y misericordia cuando advierte en los culpables más debilidad que malicia, se convertirá en muy útil a las almas que tiene encomendadas. No olvide, sin embargo, que la debilidad es a veces muy culpable. Pero, de todos modos, este proceder reforzará su autoridad.

Vemos (y la experiencia confirma mi aserto) a culpables que niegan los cargos de que son acusados. Se les puede proponer que elijan, ya sea el proceder paternalmente con ellos, bajo la condición de que digan todo lo que saben, ya sea, en el caso de que no confiesen, el actuar con ellos *ad strictos juris apices*. ¡Cuántas veces aceptan el procedimiento paternal, evitando así el escándalo público! Mas, en tales casos, importa poner al tanto de todo al Superior General, pues si la misericordia resulta provechosa una vez o dos veces, a la larga genera males muy deplorables, y el Superior local no tiene derecho a asumir la responsabilidad.

En cuanto a las revelaciones que tienen obligación de hacer los religiosos, y que en definitiva han de llegar al Superior General, tengan muy en cuenta que no hay nada más funesto como ver a algunos religiosos anteponer el bien particular al bien general y zanjar ellos mismos la cuestión de lo que hay que decir o lo que hay que callar. Cabe suponer que el Superior local, alterado por una emoción legítima, se halle expuesto a actuar con excesiva dureza; pero hay un remedio para tal inconveniente: dar cuenta de esto al Superior General, a no ser que la gravedad del escándalo requiera medidas urgentísimas contra los culpables.

III.- ¿Cómo prevenir los desórdenes?

a) mediante una diligente y constante atención a todo principio de desorden Se previenen los desórdenes atajando los abusos desde el comienzo, no tratando nada a la ligera, sancionando las faltas pequeñas para no tener que castigar las grandes. No es que tengamos que manifestar siempre a los inferiores los temores que abrigamos sobre ellos. Hay desórdenes que adquieren importancia porque se les da, y se puede obrar mal al dársela. A pesar de todo, el Superior ha de estar siempre con el ojo avizor.

b) una vigilancia impregnada de gran caridad Dicho esto, una gran caridad del Superior local para con su comunidad le infundirá esos temores henchidos de ternura que hacen presentir la enfermedad e impulsan a buscar todos los medios de combatirla antes de que alcance proporciones incurables.

Se necesitaría, pues, vigilancia y atención severa sobre todo principio de desorden, de decadencia, de caída; un amor en cierto modo maternal, que no excluye el rigor justo, sino que, incluso empleando el castigo, sabe suavizar el golpe cuando es necesario, y que al mismo tiempo y en nombre del bien común informa a la autoridad superior, ya que es ella la que tiene la responsabilidad general.

IV.- Sanciones a prever

¿Qué sanción de nuestros reglamentos es la más útil a nuestra Congregación?

a) para los novicios No tengo por qué hablar aquí de los novicios. Mi circular sobre el noviciado es bastante explícita. Además, en los novicios no sólo tenemos que sancionar sus faltas; hemos de

considerar sobre todo sus defectos, para asegurarnos si son corregibles o no.

b) para los profesos En cuanto a los religiosos profesos, se trata de algo totalmente distinto. Contrajeron compromisos de por vida y estos compromisos merecen ser tratados con respeto. Con todo, dada la legislación civil de los tiempos modernos, sólo disponemos de una sanción definitiva: la expulsión. Y hemos de situarnos ante esa medida suprema.

Sin entrar en detalles, os ruego examinéis para el próximo Capítulo:

- 1° Los casos de expulsión reservados a Roma.
- 2° Los reservados al Capítulo general.
- 3° Los casos en que el Superior General está obligación a decidir rápidamente.
- 4° Aquellos en que el Superior solicita autorización a Roma.
- 5° Aquellos en que el Superior ha de dejar que el religioso mismo curse la solicitud de dispensa de los votos.
- 6° Faltas para cuyo castigo se requiere consultar al Superior General.
- 7° Aquellas para las que es suficiente la autoridad del Superior local.

El trabajo que os propongo ha de ser objeto de reflexiones muy serias por vuestra parte, con el fin de que, dentro de un año, podáis discutir sobre ellas con conocimiento de causa.

Ruego a Nuestro Señor que os ilumine sobre estos puntos de los que posiblemente dependa nuestro porvenir.

Que, tomadas vuestras resoluciones, se pueda decir: *“Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt: ¡Que Dios os otorgue la paz en la misericordia, la verdad y la justicia!”* [Salmo 85, 11].

Os ruego, mis muy queridos Hermanos, aceptéis la expresión de mi más respetuoso cariño en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

UNDECIMA CIRCULAR

Nimes, 15 de septiembre de 1875.

Mis muy queridos Hermanos,

La presente circular es la última que pienso dirigiros antes del Capítulo general, al que os convoco para el mes de septiembre del 1876.

En mis anteriores circulares os he ido trazando el bosquejo de vuestras futuras deliberaciones. Deberéis agregar dos puntos que no requieren trabajo preparatorio por mi parte.

Programa del próximo Capítulo Tendréis, pues, que examinar los temas siguientes:
1° Modo de combatir las Sociedades secretas y la Revolución.

2° Requisitos para ser un buen religioso capitular.

3° Progresos prácticos que se han de hacer en la oración.

4° Órdenes Terceras.

5° Postura a tomar frente a la política.

6° Estudios.

7° Alumnados.

8° Noviciados.

9° Deberes de los Superiores.

10° Penas regulares y expulsiones.

Asuntos financieros Habiendo solicitado el Padre Hippolyte se le releve del economato general, he creído conveniente reservarme un año; no sólo para permitirle que presente al Capítulo una cuenta exacta de su gestión, sino también para rogarle nos indique cómo se han de determinar definitivamente

las normas del economato general. Me dirijo especialmente a los profesos de París, para exhortarles a que estudien este asunto con el P. Hippolyte, a que reciban sus luces y le sometan sus propias observaciones. Me alegraría mucho si durante este año el P. Hippolyte, el P. Picard y el P. Vicente de Paúl Bailly, prepararan los elementos para un trabajo completo sobre este asunto tan importante.

Por último, es indispensable que presente cada Superior local el estado general y detallado de la situación financiera de su casa.

Confío poder, con la bendición de Dios, regularizar completamente en el curso de este año la situación de la casa de Nimes. En adelante, todo deberá seguir su marcha uniforme.

Parece que la Providencia quiere protegernos muy a las claras; démosle gracias por ello y no la tentemos más.

Preparación espiritual del próximo Capítulo Permitidme que os diga con cuánta alegría veo aproximarse esta futura reunión. Aunque nos han sobrevenido no pocos sufrimientos desde el último Capítulo, han sobreabundado por otra parte los consue-
los.

Que el próximo Capítulo nos brinde la oportunidad de renovarnos y, a tal efecto, preparémonos a sus trabajos con renovado fervor.

En consecuencia, a partir de la recepción de esta circular y hasta el 1° de septiembre de 1876:

Profesos y novicios rezarán diariamente el *Veni Creator* y el *Memorare* por los religiosos capitulares.

Se impondrán cada día una leve mortificación y se privarán del postre una vez a la semana.

Celebrarán en el curso del presente año al menos seis misas; no siendo sacerdotes, ofrecerán doce comuniones para impetrar las luces del Espíritu Santo.

Durante la Cuaresma de 1876, pedirán a los amigos de la Congregación redoblar sus oraciones, penitencias y comuniones por el éxito del Capítulo.

Durante esa misma Cuaresma, se rezará en todas las casas y cada día el *Miserere* para pedir perdón por las faltas cometidas en la Congregación y los escándalos provocados por las mismas.

Que Nuestro Señor, muy queridos Hermanos, os depare abundantes luces, para que el Capítulo que os notifico constituya la ocasión de una reforma completa para todos.

Recibid la expresión de mis sentimientos afectuosos en Nuestro Señor.

E. d'ALZON.

NOTA

Estas once Circulares tenían esencialmente como meta dirigir las deliberaciones del Capítulo de 1876. Y conforme a ellas se fijó el orden del día en la primera sesión, el 11 de septiembre. No se leyeron, pero los miembros del Capítulo estaban perfectamente preparados para iniciar las discusiones. Los temas discutidos fueron sobre todo: los Alumnados, los noviciados, los estudios, y se trataron también largamente otras cuestiones que las Circulares no habían previsto: la división de la Congregación en tres provincias, las relaciones con las Congregaciones femeninas... Después del Capítulo, como antes, estas Circulares del P. d'Alzon siguen siendo para nosotros preciosas directivas.

Dos circulares inéditas

I.

Sobre la oración

En la primera sesión del Capítulo de 1876, el 11 de septiembre, en el momento de fijar el orden del día de las deliberaciones de acuerdo con las Circulares de 1874-1875, se dice que “el Capítulo no creyó deber ocuparse de la oración y deja al Superior General la tarea de desarrollar lo que ya ha escrito en una de las circulares”. El P. d’Alzon cumplió este cometido en el curso del mismo Capítulo, en una alocución sobre la oración, que reproducimos aquí bajo el título, sin duda impropio, de Segunda Circular sobre la Oración, pero que se justifica en el contexto: no debe separársela de la primera. Al parecer hubo otras alocuciones durante el Capítulo General; por desgracia, no fueron conservadas. Ver, sin embargo, las páginas 687 y 692 de estos Escritos Espirituales.

SEGUNDA CIRCULAR SOBRE LA ORACIÓN

1876

“Erat pernoctans in oratione Dei”
(Lucas 6, 12).

Mis muy queridos Hermanos,

No basta que los religiosos establezcan las más sabias reglas, si no los anima un espíritu de perfección. Por eso vengo a proponeros, durante este Capítulo, diversos puntos sobre los que os ruego meditéis, para que, mientras desarrollamos las leyes de nuestra familia religiosa, podamos al mismo tiempo llegar a las condiciones de fervor que nos hagan más fácil su observancia.

Os hablaré hoy de la oración. Ya he indicado en una Circular el espíritu con que debemos hacer oración. Consideraré hoy las condiciones mediante las que nuestra oración entrará en este espíritu. Estas condiciones son:

1° El hábito de la presencia de Dios; 2° la humildad; 3° el silencio; 4° la austeridad; 5° la devoción al Espíritu Santo.

I.- El hábito de la presencia de Dios

“*Ambula coram me et esto perfectus*: Camina en mi presencia y sé perfecto” [Génesis 17, 1]. Esta palabra dirigida a Abraham es la recomendación más solemne de este ejercicio, presentado como el principio de la santificación de este gran patriarca. Quien tiene sin cesar a Dios presente en su espíritu no puede dejar de ser perfecto, ya que todas sus acciones toman un tinte singular de seriedad, respeto y confianza.

a) impregna nuestra oración *De seriedad.* Lleva a cabo el acto más grande de que un hombre sea capaz: estar con Dios, vivir con quien es su fin último, su recompensa sobrea-bundante.

De respeto. Efectivamente, se halla ante su Creador. Por lo tanto ¡ay del religioso que ya no posee este sentimiento y vulgariza las acciones más santas, en lugar de elevarlas cada vez más!

De confianza. Dios creador es también nuestro padre, y en él es en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser; en él nos transformamos, a él nos uniremos, rechazando con facilidad mediante el ejercicio de la presencia de Dios las distracciones que nos asaltan durante la oración.

b) eleva a un estado habitual de oración Tras haber planteado que mediante la fe, la esperanza y la caridad rezamos con deseo continuo, San Agustín hace notar que el alma debe buscar este estado habitual de oración y añade: “*Dignior enim sequetur effectus, quem ferventior praecedat affectus; ac per hoc et quod ait Apostolus: sine intermissione orate, quid est aliud quam beatam vitam, quae nulla nisi aeterna est, ab eo qui eam solus dare potest, sine intermissione desiderare?*”: El efecto subsiguiente será tanto más digno cuanto más intenso sea el fervor que le precede; por eso dice el Apóstol: rezar sin cesar, ¿qué otra cosa puede ser sino desear sin cesar, de quien sólo puede darla, esa vida feliz que no puede ser sino eterna?”. Y eso no es desobedecer a la palabra de Nuestro Señor y rezar *in multiloquio*, ya que, continúa el gran doctor: “*aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus: una cosa es la multitud de las palabras y otra el fervor que dura*” (1).

II.- La humildad

San Agustín escribiendo a Dióscoro, dice que los filósofos paganos han buscado en vano la verdad en el placer, en la ambición, en el orgullo. Para ir a la verdad que es Jesucristo, no hay más que un camino, la humildad, y se puede decir de esta virtud lo que Demóstenes decía de la elocución oratoria: es la condición única e indispensable del éxito (2).

El hombre que reza con humildad ya está en la verdad, pues se halla ante Dios *tanquam nihilum* [Salmo 39, 6]. Pero, ¡qué rara es esta convicción! Y con todo, desde el momento en que uno se coloca ante las perfecciones divinas, la oración mana de la comparación entre lo que nosotros somos y lo que Dios es, y nuestras resoluciones se arraigan en el sentimiento de nuestra nada.

III.- El silencio

Es indispensable para la oración, puesto que el religioso que se ocupa demasiado de las cosas de la tierra ya no encuentra tiempo para ocuparse de las cosas de Dios. Incluso en el cielo, la adoración va acompañada del silencio, y San Juan nos habla en el Apocalipsis del gran silencio que se produjo en el momento en que los espíritus celestiales se inclinaron ante el trono de Dios para adorarlo. Hablar mucho, si no se habla de Dios, es no hacer oración. Además, nada extingue al Espíritu Santo en nosotros como la maledicencia y las faltas contra la caridad, y es imposible no caer en esas faltas, si se habla mucho. La llama del Espíritu Santo disminuye entonces y la oración desaparece, ya que mediante el Espíritu Santo es como rezamos. En fin, no debemos impedir a nuestros hermanos hacerse hombres de oración y sembrar de obstáculos su camino, lo que sucede siempre a causa de las conversaciones inútiles o frívolas que se hacen fuera

de la regla. Hemos de aprender, pues, a callarnos y observar rigurosamente el silencio si queremos llegar a ser hombres de oración.

IV.- La austeridad

“Vis orationem tuam volare ad Deum?, dice San Agustín, fac illi duas alas, ieiunium et eleemosynam: ¿Quieres que tu oración vuele hacia Dios? Ponle dos alas: el ayuno y la limosna” (3). La limosna es como la consecuencia del ayuno, que representa aquí todos las restricciones que se impone el hombre. La austeridad y la oración son hermanas en cierto modo. La sabiduría, que es el gusto por las cosas divinas, que prepara maravillosamente para la oración y que al mismo tiempo es su fruto, la sabiduría, digo, siguiendo la palabra de Job, no se da en la tierra de quienes viven en la blandura: *“nec invenitur in terra suaviter viventium”* (Job, 28, 13). Se necesita un esfuerzo para romper las cadenas de la tierra y subir hacia Dios. La austeridad nos permite hacerlo.

San Agustín nos presenta al Apóstol caminando hacia la perfección (Filipenses 3, 12-13): *“Dicit se nondum esse perfectum...; dicit se extendi, dicit se sequi ad palmam supernae vocationis. In via est... Nihil illi tam magnae morae est quam dissolvi et esse cum Christo: Dice que todavía no es perfecto...; se dice en tensión, se dice en persecución de la palma de su llamada de lo alto. Está en camino... nada anhela tanto como volver al polvo y unirse a Cristo”* (4). La debilidad humana, prosigue, necesita el alimento material; *“est autem caelestibus quibus pietas mentis impletur: como existe un alimento celeste del que se nutre la piedad del espíritu”*. Cada uno de estos alimentos mantiene una vida distinta: una es la vida de los hombres, la otra es la vida de los ángeles. Podemos tender hacia la vida de los ángeles

mediante la privación del alimento terrestre. “*Gubernare itaque debemus nostra ieiunia: debemus, pues, regular nuestros ayunos*”. Anotad esta expresión. No se trata de la situación de los ángeles, tampoco es la de los hombres que no sirven más que a su propio vientre, es una situación intermedia de austeridad. “*Medietatis nostrae res est; vivimos separados de los infieles, asociados a los ángeles en la aspiración: qua vivimus secreti ab infidelibus, coniungi angelis inhiantes*. No hemos llegado aún, estamos en camino: *nondum pervenimus, sed jam imus*” (5). Por lo tanto, aunque no estemos llamados a grandes austeridades, no debemos descuidar ciertas penitencias y, acercándonos así a los ángeles, nos será más fácil cumplir su ministerio de oración.

V.- La devoción al Espíritu Santo

Aquí está el punto importante, ya que si no nos dirigimos a Dios, nos será imposible rezarle: “*quid oremus si-cut oportet nescimus: no sabemos lo que conviene pedir*” [Romanos 8, 26]. Es el Espíritu Santo mismo quien tiene que rezar en nosotros, “*postulat in nobis gemitibus innarrabilibus*” [ibid.], y no pensamos bastante que le poseemos realmente mediante el bautismo, la confirmación y el orden. Somos templos suyos y debemos adorar a este Dios que reside en cada uno de nosotros; que está todo en todos y que, cuanto más le amemos y dilatemos nuestro templo interior, tanto más nos hará sentir su presencia. “*Cum igitur ubique est non in omnibus habitat, etiam in quibus habitat non aequaliter habitat: Dios está en todas partes, pero no habita en todos, y aun en quienes habita, no habita en todos de la misma manera. Todo entero en todos, quamvis in quibus hábitat, habeant eum pro suae capacitatis diversitate, alii amplius, alii minus, quos sibi dilectissimum templum gratia suae bonitatis aedificat: aun que aquellos en quienes habita no le poseen sino en*

la diversidad de su capacidad, unos más y otros menos, a todos ellos mediante la gracia de su bondad les hace su templo muy querido” (6).

Dios quiere nuestra cooperación. En el plano de la naturaleza, la Providencia coopera con nuestra libertad; en el plano sobrenatural, somos nosotros los llamados a cooperar con la gracia. “*Quando enim cum Spiritu Dei operante spiritus hominis cooperatur, tunc quod Deus jussit impletur*. Cuando el espíritu del hombre coopera con el Espíritu de Dios que actúa, entonces se cumple lo que Dios ha mandado” (7). La oración nos resultará fácil, si permitimos al Espíritu Santo actuar en nosotros y si le ofrecemos como templo un corazón puro. Digámosle, pues, con la Iglesia: *Tua nos, quaesumus, Domine, gratia semper et praeveniat et sequatur ac bonis operibus jugiter praestet esse intentos*. [Te pedimos, Señor, que tu gracia continuamente nos preceda y acompañe, de manera que estemos dispuestos a obrar siempre el bien] (8).

NOTAS

(1) Carta 130, 18-19, dirigida a la viuda Proba. El texto ha sido establecido según los Mauristas. Migne, P.L. 33-501.

(2) Carta 118. Migne, P.L. 33-431. La copia de la alocución reproduce aquí, al margen, el comienzo del n° 22, col. 442, en que San Agustín insiste sobre la humildad. “No que otros preceptos no hayan sido dados, sino que éste es el más esencial”.

(3) In Ps. 42-8. P.L. 36-482.

(4) De la utilidad del ayuno, cap. I, P.L. 40-708.

(5) *Ibid.* cap. II.

(6) Carta 187, 17 y 19. P.L. 33-838-839.

(7) In Ps. 77-8. P.L. 36-988.

(8) Oración del Domingo 16 después de Pentecostés [actualmente en el Domingo 28 del tiempo ordinario].

II.

Sobre el Ceremonial

La circular sobre el Ceremonial, reproducida aquí, presentaba a la Congregación naciente “algunos preliminares para ser desarrollados y completados poco a poco”. El P. Cusse había sido encargado de este trabajo; puso en ello tan escaso celo que el P. d’Alzon se dirigió en 1859, al P. Galabert.

En el Capítulo de 1876, se trata de un trabajo sobre las formas monásticas presentado a los capitulares y el Capítulo decide: “A lo largo del año, el P. Germer presentará al Superior General un proyecto de ceremonial según los usos del noviciado. Este ceremonial, promulgado por el Superior General, será obligatorio para los noviciados y los alumnados y pasará así poco a poco a ser de uso en las casas profesas”. El P. Germer presentó efectivamente durante el año el ceremonial entre otros del comedor tal como está más o menos en uso entre nosotros.

En la carta escrita al P. Picard el 17 de abril de 1856 decía el P. d’Alzon: “Entiendo por formas monásticas: 1° el Oficio; 2° el Capítulo; 3° los usos más severos en el comedor; 4° el silencio regular; 5° todo el conjunto de las prácticas menores a las que las Órdenes y las Congregaciones modernas han prestado poca atención”.

Estos diversos documentos nos muestran la importancia que el P. d’Alzon atribuía a la perfecta organización de nuestra vida monástica.

CIRCULAR INÉDITA SOBRE EL CEREMONIAL

1855

Hermano Emmanuel d'Alzon, Superior General de los Agustinos de la Asunción, a los Padres y a los Hermanos de nuestra Congregación, salud.

La obligación de la oración y sobre todo de la oración pública es con toda certeza lo que hay de más excelente en la vida religiosa; por eso vemos que casi todas las reglas monásticas entran en los más minuciosos detalles al respecto. La nuestra presenta aún una lamentable laguna en este dominio. Por eso, para no dejar enraizarse los abusos entre nosotros, ya que sería muy difícil destruirlos más tarde, hemos decidido trazaros desde ya algunas normas generales destinadas a servir de base a nuestro futuro ceremonial. Y ya que, conforme al capítulo trece de nuestras Constituciones, estamos obligados a seguir el rito romano, nuestras prescripciones se basarán sobre los libros litúrgicos de la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las demás. Sin embargo, como no podemos olvidar que somos monjes, no deberéis asombraros al encontrar algunas normas que van, no contra las rúbricas, —no hay ninguna—, sino un tanto fuera de ellas. Estas prescripciones tienen como finalidad hacer penetrar más y más entre nosotros el espíritu monástico que estamos lejos aún de poseer en un grado conveniente.

Nos contentamos por hoy con ciertos preliminares, que desarrollaremos y complementaremos poco a poco.

El capítulo primero, bajo el título de reglas generales, recuerda ante todo la obligación de los religiosos respecto del Oficio y la misa conventual, según el derecho común. Esta parte no tiene necesidad de comentario. Proponiéndonos predicar a los demás el retorno al derecho común, no podemos pensar en sustraernos a él. Os recomendamos luego la recitación o el canto del Oficio en dos coros, según el uso de los maestros de la vida religiosa, tan olvidado en nuestros días. En lo tocante al canto, hemos dado reglas que impedirán que se introduzca entre nosotros cualquier diversidad inaceptable. Notad lo que hemos regulado respecto al canto del Credo: la fe que es invariable debe ser expresada de la misma manera. Cualquier canto en lengua vernácula, cualquier pretendida música religiosa queda proscrita entre nosotros como indigna de la magnífica sencillez de los usos monásticos. Toleramos, aunque a regañadientes, el uso del órgano desconocido por la pobreza de nuestros antepasados, pero proscribimos cualquier otro instrumento y el violín más que los demás. El uso de los hebdomadarios es demasiado antiguo en las órdenes religiosas para que tengamos que justificarlo.

El capítulo segundo trata de la entrada y de la salida del coro. Aquí es donde hemos querido imponer una práctica verdaderamente monástica. Cuanto más os moleste más deberéis ateneros a ella, aunque sólo sea para quebrantar vuestra voluntad. Por otra parte, esta entrada procesional, además de las ventajas que presenta desde el punto de vista simbólico, tendrá como efecto habituarnos a un poco más de puntualidad, y las oraciones que precederán al Oficio nos prepararán al recogimiento, así como las que seguirán contribuirán a mantenernos en él. Notaréis en este capítulo una prescripción muy importante respecto de los hermanos legos. Si queremos que sean lo que deben ser, hay que saber

mantenerlos en su sitio, y no introducirlos jamás en los lugares donde las antiguas órdenes religiosas siempre los tuvieron alejados. Notaremos de paso que pueden ser empleados como ayudantes del sacristán, pero que no se les puede permitir tocar los vasos sagrados. (*Vir. Dur. auth. v. calix, n°2*).

En el tercer capítulo que trata del comportamiento en el coro y en el capítulo siguiente que trata de algunas ceremonias, sólo hemos recordado las principales reglas generales de los libros litúrgicos. Observaréis escrupulosamente estas reglas de la Iglesia universal, y especialmente la que prescribe de cubrirse cuando se está sentado y descubrirse cuando se está de pie o de rodillas. Si algunos os molestan, no olvidéis que las Constituciones nos proponen la recitación del Oficio como un medio de mortificación, y que por otra parte nuestra misión no es discutir las prescripciones de la Iglesia, sino la de someternos y observarlas humildemente.

En el capítulo quinto ordenamos el establecimiento de algunas penitencias monásticas, a la espera de que ordenemos otras. Si queremos ser religiosos es necesario que nos sometamos un poco a las prácticas de humildad. Es muy de desear, que abracéis con alegría las humillaciones, si deseáis caminar tras los pasos de nuestro divino modelo.

En el capítulo sexto trazamos algunas normas sobre la comunión, que retomaremos más tarde.

Tales son las reglas generales que hemos creído nuestro deber trazarlos hoy, y que os ordenamos observar exactamente.

Con el fin de que nadie las ignore y en virtud de la santa Obediencia, mandamos a todos los Superiores locales que convoquen inmediatamente sus Capítulos para hacer la lectura pública de las mismas y prescribir su ejecución. Os ordenamos, además, que toméis cada uno una copia completa en el plazo de ocho días. Los Superiores locales, lo mismo que los religiosos, podrán enviarnos sus observaciones, si tienen alguna que hacer; pero mientras no hayamos regulado nada nuevo, se deberá observar lo que hemos establecido a partir de hoy.

En cuanto a los puntos que no han sido tratados en las normas que os dirigimos, ordenamos que cada casa siga sus usos, sin permitirse ninguna innovación, incluso aunque el Superior local lo apruebe.

Dado en nuestro convento de la Asunción de la Inmaculada Virgen María, en Nimes, el año de Nuestro Señor 1855, el día del mes de , en la fiesta de .

Siguen los varios capítulos del Ceremonial primitivo.

IV.

NOVISSIMA VERBA

En 1877, el P. d'Alzon estrena un grueso cuaderno que titula Novissima verba, pero que no pasará de la quinta página. El cuaderno contiene cuatro documentos. Los tres primeros, a los que el P. d'Alzon atribuía una "importancia vital", son ya conocidos; el cuarto lo publicamos aquí por primera vez.

En el mismo cuaderno encontramos, en hojas sueltas, dos notas íntimas que datan de los últimos años de la vida del Padre d'Alzon. Las editamos aquí para no separarlas de su contexto.



1° de marzo de 1877.

El mes de San José comienza y hemos rezado las primeras vísperas de la fiesta del Santo Sudario.

¡Qué buen momento para pensar en la muerte, que San José convierte en dulce para sus clientes! ¡Qué buen tema de meditación, cuando llega la hora de pensar en la tumba, el del lienzo en que Jesucristo muerto quiso que envolvieran su cuerpo!

Entro en mí mismo y, en la ignorancia en que estoy del tiempo que me es concedido para prepararme a mi juicio, me pregunto en qué puedo emplear estos días, que pasarán rápido.

Recuerdo la divisa de la Asunción: *¡Adveniat regnum tuum!* y, para serle fiel, me propongo tres medios principales:

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de San Agustín y de Santo Tomás.

2° Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia dedicándome a la extinción del cisma. Para mí en adelante, ahí está todo.

1° de junio de 1878.

A mi sucesor en la Congregación quienquiera que sea

Ha pasado más de un año desde que escribí la página precedente. Resume muy bien mi pensamiento sobre el fin de nuestra Orden, y la transcribo de nuevo para hacer sentir su vital importancia.



Recuerdo la divisa de la Asunción: *¡Adveniat regnum tuum!* y, para serle fiel, me propongo tres medios principales:

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de San Agustín y de Santo Tomás. Eso en cuanto a la doctrina.

2° Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución. Esto en cuanto al orden social.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia, dedicándonos a la extinción del cisma. He aquí los tres grandes medios que hemos de proponernos para realizar nuestra divisa.

25 de mayo de 1879.

Aniversario de la muerte de Monseñor Plantier

Quisiera, en la fiesta de San Gregorio VII, obtener para todos los religiosos de la Asunción, el más ardiente amor a la Iglesia y la resolución de ofrecerse como víctimas perfectas para el bien de las almas y el reinado de Nuestro Señor.

Leyendo el comentario de la regla de San Benito, me impacta el espíritu vigoroso del señor de Rancé, y sobre todo, la manera admirable como aplica a los religiosos lo que, en la Sagrada Escritura, parece no estar dicho sino para los simples fieles. He aquí la prueba evidente de la regla establecida por San Agustín, cuando plantea los diversos y tan verídicos sentidos de la Escritura. Lo que es un consejo de vida cristiana se transforma de golpe en precepto para la vida perfecta.

Cuanto más leo a San Agustín, más me impacta la verdad de esta sentencia suya: que la vida religiosa descansa sobre la práctica de los consejos, y los consejos sobre la caridad, y la caridad sobre Dios, a quien nos une la caridad, y que la vida religiosa es el medio de unirnos más particularmente a Dios mediante la caridad. Lo demás son medios para la perfección.

En una hoja suelta (hacia el final de su vida)

No sé ni cuándo, ni dónde, ni cómo moriré. Por tanto, he de estar siempre dispuesto. Habiéndome llamado Jesús su amigo, en cuanto cristiano, sacerdote y religioso, he de actuar ante todo con miras a la amistad de Jesús.

Abajarme en todo.

Olvidarme de todo para no pensar más que en dejarme guiar por el amor y el espíritu de Jesús.

Ser más dueño de mí mismo.

Vivir mucho más de oración.

En una hoja suelta (hacia el final de su vida)

Abandonar gran parte de mis estudios, vivir ante todo de oración.

Ocuparme exclusivamente de la Asunción:

1° Del noviciado;

2° Del colegio, tocante a la dirección general;

3° De las misiones;

4° Dejar las Religiosas de la Asunción al P. Picard, las Hermanitas al P. Pernet; conservar aún durante algún tiempo a las Oblatas.

5° Ocuparme de una Orden Tercera de hombres, luego de mujeres.

Meditaciones

En 1878, el P. d'Alzon fuertemente quebrantado en su salud se muestra cada vez más preocupado por su fin cercano. Dios, tanto más dadivoso cuanto más generosamente se entrega uno a su servicio, le había favorecido en su apostolado con muchas luces. Por áridas que nos parezcan, las notas que le quedaban evocaban en su espíritu todas estas riquezas espirituales de las que había sido constituido administrador a favor sobre todo de sus religiosos. Bajo el soplo de Dios, de estos fragmentos dispersos, de estas hojas muertas podían salir todavía hermosos brotes florales. Dios se lo pedía y sus religiosos estaban a la espera. Se pone de nuevo al trabajo; no pudiendo ya predicar mucho, escribe nuevamente Meditaciones, pero en ellas da a su pensamiento un desarrollo bastante largo.

Estas meditaciones, que llenan un grueso cuaderno de una escritura más cuidada, aunque siempre tan rápida, forman como el Testamento espiritual del Fundador. Escribe con la total autoridad de una larga experiencia; insiste en una sincera conversión del corazón y una sólida formación en todas las virtudes religiosas; reacciona contra las vocaciones de pacotilla; estimula a un apostolado tan adaptado como sea posible a las necesidades actuales de la Iglesia. Tender generosamente y de una manera totalmente sobrenatural al advenimiento del Reino de Dios, así suena la última consigna de nuestro Fundador.

V.

MEDITACIONES

DESTINADAS

A LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

Encontramos en la solapa del cuaderno la recomendación siguiente del P. d'Alzon:

En caso de fallecimiento, este cuaderno únicamente reservado a los novicios y a los religiosos deberá ser revisado por los Padres Picard y Emmanuel Bailly, de tal manera que no se añada nada, pero que cada uno pueda recortar lo que juzgue pertinente; y que, si tras examen común, uno creyera deber conservar y el otro recortar, el parecer de la supresión deberá prevalecer.

E. D'ALZON.

Temas de meditación
sobre la vida religiosa
en la Asunción

Desearía, si Dios me concede el tiempo necesario, encerrar en estos cuadernos mis ideas principales sobre la Asunción y su obra.

Ya he escrito apuntes, circulares, temas de retiro: se me antoja no haber dicho todo, ni haberlo dicho bien. ¿Lo diré mejor? Muy encarecidamente se lo pido a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

En los dos cuadernos que empiezo y en la cartera negra hallaréis todo lo que me parece más importante. No me sujetaré a un orden estricto, al menos en cuanto a los temas. He predicado no pocos retiros a base únicamente de guiones muy breves. Sin dar a dichos guiones la extensión de un sermón, me parece útil tomar los más importantes y desarrollarlos, de modo que la meditación de los mismos se haga más asequible a los principiantes. Estos desarrollos tendrán además la ventaja de exponer no lo que es común a todos los religiosos, sino lo que mejor cuadra a nuestra familia. Si, gracias a estas indicaciones, pueden los maestros de novicios comunicar a los jóvenes que les son encomendados lo que les haga más aptos para ser auténticos Agustinos de la Asunción, habré logrado mi objetivo.



PRIMERA MEDITACIÓN

NECESIDAD DE LA SOLEDAD PARA HACER UN BUEN RETIRO

*“Et erat pernoctans in oratione
Dei. Pasaba la noche en oración”
(Lucas 6, 12).*

¡Qué modelo más hermoso el de Jesucristo preparando su vida evangélica en medio de la soledad, para un religioso que se dispone a ser no sólo perfecto sino también apóstol!

Por lo tanto, si estamos resueltos a tomar al divino Maestro por modelo, adentrémonos como él en esta noche de retiro, de meditación, de silencio, de penitencia, de examen de nuestras obligaciones y tratemos de encender nuestros corazones con el fuego que abrasaba al salmista en sus éxtasis, cuando decía: *“Et in meditatione mea, exardescet ignis: mi corazón se inflama en la meditación”* (Salmo 39, 4).

¿Cuáles son los caracteres de la soledad?

1º Separarse: *“Exiit in montem: se retiró al monte”* [Lucas 6, 12].

2º Separarse para elevarse: *“Exiit in montem orare: se retiró al monte a orar”*.

3º La vigilia: *“Et erat pernoctans: y pasaba la noche”*.

4º *“In oratione Dei: en la oración a Dios”*. ¿Qué se entiende por esta oración?

I.- Separarse

1º de mi vida ordinaria Tengo que separarme: ¿de qué? De mi vida ordinaria, de mis ideas, de mis costumbres. ¡Ah, qué combate tan recio si mis hábitos son inveterados, si mis ideas forman parte,



en cierto modo, de mi propio ser! No nos figuramos debidamente el mal que causan al alma religiosa las ideas honestas, pero naturales, sin más. Ahora bien, ¡qué fácil es caer en tales ideas, si no sentimos algún aguijón que nos espolee, y qué importante es darse cuenta de la obligación que pesa sobre el alma religiosa de separarse completamente de toda la serie de pensamientos que abrazó para justificar, a sus propios ojos, un sinfín de faltas indignas de la perfección a la que Dios la llama desde hace tiempo!

2° de mis hábitos El alma religiosa tiene que despojarse de sus hábitos. Todo retiro es adentrarse en un mundo nuevo. Por muchos progresos que hubiese hecho yo en un año, más quedarían aún por hacer; mas, ciertos hábitos muelles y laxos, ¿no han levantado una barrera entre mis resoluciones de antaño y mi rutina actual? Jesucristo se retiró. Él vivía, a la verdad, de manera bastante perfecta y el hecho de retirarse en nada podía acrecentar su perfección, pero quería darme el ejemplo. Y se retira. ¡Qué pesada resulta esta separación para quien no ama profundamente la soledad y las comunicaciones divinas que en la misma se originan!

3° de mis afectos Tengo que separarme de mis afectos. ¡Ah!, sí, exclama el Profeta: “*Redite, praevaricatores, ad cor: peccatores, adentraos en vuestro corazón*” (Isaías 46, 8). Y esto constituye para mí a veces objeto de remordimiento. ¡Ah!, ¿soy verdaderamente libre en lo más íntimo de mi corazón? ¿No arrastro ninguna cadena? ¿No tengo ninguna ligadura imperceptible? ¡Y qué fundamental es examinar hasta qué punto tengo que cortar, romper, cercenar, con el fin de que sólo me preocupe de Dios y no de afectos in-

dignos de él, y que todas mis aficiones pasen únicamente por él, y en él sólo encuentren reposo!

II.- Elevación

1º por encima de toda vulgaridad “*Exiit in montem*: se retiró al monte”. Abordo desde hoy mismo un punto que tendré que tratar a menudo.

Quien desea acercarse a Dios ha de subir desde la hondonada de la llanura, a menudo infecta, hacia la atmósfera impoluta de la montaña. ¿De qué se nutren muchísimos cristianos? De ideas mezquinas, abyectas, groseras, vulgares e interesadas. Tal es en dos palabras el alimento habitual de personas con prácticas piadosas pero carentes de verdadera piedad; de sacerdotes honorables, si sólo fueran hombres de mundo, pero sin ninguna santidad. Todo este conglomerado de personas decentes echa a perder, en definitiva, la religión con la estrechez de sus ideas, la vulgaridad de sus sentimientos, la complacencia de su manera de proceder, por no decir, en sus costumbres, que sin ser culpables, tampoco son nada edificantes.

¿Es la masa de cristianos y de sacerdotes seculares la que está así? ¿No ha penetrado esa misma vulgaridad en el claustro? ¿Se afanan siempre y todos los religiosos en superarse?

¡Interrogante desolador! Pues, ¿por qué he querido emprender la vida de perfección si no aspiro a elevarme continuamente sobre mí mismo? Entro en retiro para elevarme. Es preciso que puedan decir de mí: “*Levavit se super se*: se elevó sobre sí mismo”. ¿Y qué sentimientos más elevados tengo que tomar? Nada más fácil.

¿No dice el Apóstol a todos los cristianos: “*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu*: tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús”? (Filipenses 2, 5). A los sentimientos, ideas y juicios de Jesucristo es donde tengo que elevarme continuamente.

2° al monte santo Apunta San Agustín que en múltiples pasajes de los Libros Sagrados, el monte santo es el mismo Jesucristo en cuanto Dios; de tal forma que podemos decir que, cuando iba al monte, era su humanidad la que entraba en comunicación, en cierto modo más íntima, con la divinidad; lo mismo y con mayor razón me ocurre a mí: tengo que ir a ese monte santo que es Jesucristo.

“Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula: Señor, ¿quién morará en tu tienda?, ¿quién habitará en tu santo monte? El que anda sin tacha” (Salmo 15, 1-2). La purificación de las manchas ha de efectuarse mediante el abandono de las ideas, hábitos y aficiones humanas; es menester algo más: hacerse con sentimientos, ideas y hábitos divinos.

3° con gran tesón Pero, si para alejarse hay que esforzarse, para subir se precisarán nuevos esfuerzos.

Entonces empieza otro cansancio: *“Corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem:* un cuerpo corruptible agobia el alma y esta tienda terrestre abrumba el espíritu lleno de preocupaciones” (Sabiduría 9, 15). Cosa común en todos los hombres. Pues bien, si quiero ascender, tengo que aprontar convenientemente mi alma para la lucha contra la corrupción de mis sentidos y proseguir intrépidamente hasta dominar esa morada terrestre de mi alma que deprime su sentido sobrenatural. ¡Haz, Señor, que en este retiro domine con tu gracia mis disposiciones, para subir siempre y no bajar en lo sucesivo a la tierra de los muertos!

III.- Oración humilde

“*Exiit in montem orare*: se retiró al monte a orar”. El retiro conlleva dos clases de oración; consideremos, de entrada, la primera: la oración del pobre, del indigente, del pecador.

1º del pobre e indigente con Jesús como modelo

Jesucristo, –de quien afirma San Pablo: “*Quum esset dives, propter nos egenus factus est*: el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (2 Corintios 8, 9); e Isaías: “*Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum*: Dios cargó sobre él el pecado de todos” (Isaías 53, 6)–, Jesucristo conoció, no por él, sino por nosotros esta primera oración. La asumió y se la presentó al Padre; se hizo pobre: “*Egenus et pauper sum ego*: yo soy pobre e indigente” (Salmo 109, 22). Con cuánta mayor razón necesito yo semejantes disposiciones, y en mi angustia, ¿qué gritos no tengo que estar dispuesto a lanzar?

“*Domine, quid multiplicati sunt qui tribulant me? Quoniam tauri pingues obsederunt me*: Señor, ¿por qué se han multiplicado mis enemigos? Me rodean como toros cebados” (Salmo 3, 2; Salmo 22, 13). ¿Acaso no necesito rezar para implorar ayuda en medio de mi indigencia y de mis tribulaciones? El retiro me descubrirá mi total desnudez, mi extrema pobreza, el abismo de miseria en que he caído, y me dará la fuerza de suplicar que vengan a socorrerme.

2º del pecador con Jesús como abogado

Yo no sólo soy pobre e indigente, un abandonado y perseguido; soy pecador y tengo que pedir perdón. Esto es lo que más me ha de impulsar a la oración en el retiro. Contemplaré continuamente y con más claridad mi pecado. “*Et peccatum meum contra me est*

semper: mi pecado está siempre ante mí” (Salmo 51, 5). Echaré de ver cómo las criaturas y el daño que les pueda haber inferido se desvanecen ante mis horribosas faltas contra Dios: “*Tibi soli peccavi et malum coram te feci*: contra ti solo he pecado, lo malo a tus ojos cometí” (Ibid., 6). Tal es la oración del reo que, ante el suplicio merecido, no tiene otro recurso que el de arrojar-se en brazos de la misericordia infinita, ni nada que decir si no es exclamar con lágrimas: “*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*: apiádate de mí, Señor, según la abundancia de tu misericordia” (Ibid., 1). El retiro al que me convoca Jesucristo, es el tiempo destinado a tratar con el Hijo de Dios, mi abogado, del proceso que más tarde tendrá que fallar en su calidad de juez. Pero en estos días benditos se me ofrece una oportunidad; puedo pedirle que borre mi iniquidad, y lo hará, como Dios, según la inmensidad de su perdón, ¡pues ya me ha perdonado tantas y tantas veces! “*Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam*: borra, Señor, mi iniquidad según la inmensidad de tu misericordia” (Ibid., 3).

IV.-Oración perseverante

Hay otra oración importante en el retiro, sin la cual no producirá éste su fruto esencial. Queda dicho que Jesucristo pasaba la noche en la oración de Dios. “*Et erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche en la oración de Dios”. Durante el retiro, el alma se halla con harta frecuencia envuelta en tinieblas.

1º en las tinieblas del castigo Tinieblas correctivas. Ella se había alejado de Dios y Dios se aleja de ella. Jesucristo se aleja para forzarla a buscarlo con más ahínco. No ve nada, no entiende, por decirlo así, nada. Y así conviene que sea: es

la sanción de sus tanteos humanos, terrestres, egoístas; es un castigo purificador, una auténtica tentación en la que surgen a veces vanos fantasmas para importunar la imaginación; tentación en la que el recuerdo retrotrae al pasado y suscita a veces añoranzas. Y es justo que así suceda: en el último día, Dios abandonará a quienes lo hayan abandonado. Algo parecido acontece en el retiro. Dios se oculta, está en la oscuridad, y el alma se ve privada de su experiencia. Describir semejante estado resultaría excesivamente largo; pero, en fin, lo tiene merecido; no tiene más que someterse. Se prolonga más o menos, según la voluntad de Dios, pero también conforme a la generosidad con que se acepta.

2° en la noche de la fe Tinieblas de la prueba. Dicho estado constituye asimismo una prueba. Dios ha permitido que lo experimentasen los santos; se oculta con el fin de que se vaya tras él con mayor empeño; y, al clarear el día, se entrega en conformidad con la vehemencia con que, a lo largo de la noche, se hayan alzado las manos hacia las cosas santas, bendiciendo al Señor incluso de sus aparentes castigos, atendiendo a la invitación del salmista: “*In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum*: por las noches alzad las manos hacia el santuario, y bendecid al Señor” (Salmo 134, 2).

Ahora bien, Jesucristo rezaba con la oración de Dios: “*Et erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche orando”. ¿Cuál es esa oración, sino la de todos los santos mientras viven en el exilio? Después del exilio vendrá la alborada: “*Et in lumine tuo videbimus lumen*: y en tu luz veremos la luz” (Salmo 36, 10). La oración será iluminadora, rebosante de divinas claridades. Pero mientras tanto, es menester proseguir en la oración, y una de las disposiciones más eficaces y más fecundas en el retiro es la de orar en plena oscuridad, en la noche de la fe.

Separación, elevación, oración penitente, oración perseverante en la noche de la fe, tales son las disposiciones con las que he de hacerme, si quiero que me resulte útil el retiro, a imitación del retiro de mi divino Maestro.

Concédeme, Señor, separarme, elevarme como tú, rezar como pecador, orar con espíritu de fe, y así, estoy seguro de que mi retiro producirá ubérrimos frutos.

SEGUNDA MEDITACIÓN

JESUCRISTO Y EL RELIGIOSO EN RETIRO

*“Mihi vivere Christu est.
Para mí la vida es Cristo”
(Filipenses 1, 21).*

La vida del Apóstol era Jesucristo. Jesucristo es también la vida del religioso; ha de tomar partido. Si no es la viva imagen del divino Salvador, no es sino una quimera.

Pero durante el retiro es cuando ante todo la imagen del Hijo de Dios, hecho Hijo de María, ha de hacerse presente; y he aquí qué deberes han de seguirse de su meditación:

- 1º El religioso debe estudiar a Jesucristo toda su vida;
- 2º Conociéndole, ha de amarle siempre más;
- 3º Amándolo, ha de aplicarse a imitarle con toda la perfección de que sea capaz.

Tres reflexiones muy sencillas y que, partiendo de los principios más elementales de la fe, se encadenan de modo irresistible.

I.- Estudiar a Jesucristo

Sin estudio no hay conocimiento de Jesucristo Sin duda, si Dios quisiera podría iluminarnos como a San Pablo, de golpe, sobre las perfecciones del Salvador, o bien como le pasa a los ángeles que le contemplan en Dios, en la palabra divina, y le adoran: *“Dicit: et adorent eum omnes angeli ejus: habla y todos sus ángeles le adoran”* (Hebreos 1, 6).

Cierto que sería un vasto tema de contemplación, pero nos perderíamos en él, tan cegada resultaría nuestra inteligencia en cierto modo por la fuerza de su luz y nuestro corazón abrasado, consumido por su amor. Dios quiere algo distinto de nosotros. Derrama sobre nosotros los dones de la fe, nos muestra a su Hijo a través de una nube; y a la espera de los esplendores de la patria, quiere que avancemos paso a paso en el conocimiento de su Hijo, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la auténtica sabiduría y de la verdadera ciencia, *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi* (Colosenses 2, 3). Estudiar a Jesucristo es, pues, estudiar la sabiduría y la ciencia en su principio. ¿No estamos aquí ante un manantial de estudios suficientemente importante? Así, pues, ¿cree el religioso que puede emplear su vida en algo mejor que profundizar en los tesoros de esta sabiduría y de esta ciencia divina?

El estudio de todos sus misterios:

La Encarnación

¿Y qué estudiaremos? ¡Ciertamente los temas abundan! Ante todo, el misterio mediante el cual un Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus*. ¿Acaso es poca cosa darse cuenta de qué manera un hombre criminal puede acercarse a la divinidad, no del modo mentiroso que la serpiente proponía a Eva en el Paraíso terrenal, sino del modo como Dios mismo lo entiende? ¿No significa nada estudiar el modo como podemos adquirir un nacimiento divino, y que ya hemos adquirido, de acuerdo con San León, mediante el bautismo? Escuchemos a este gran Papa: "*Universa summa fidelium fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in ista nativitate congeniti*": todo el conjunto de los fieles ha nacido en las aguas del bautismo: del mismo modo que todos los cristianos están crucificados con Cristo en su Pasión, están resucitados con

él en su Resurrección, están colocados con él a la derecha del Padre en su Ascensión, así son engendrados con él en este nacimiento del bautismo”.

La Infancia ¿Es poca cosa estudiar una grandeza semejante? El cristiano, y a mayor abundamiento el religioso, estudia la humildad, el silencio de su Dios hecho hombre, su anonadamiento profundo en el seno de María, su pobreza en el Pesebre, la subversión completa de las ideas humanas en el despojamiento absoluto de Aquél por quien todo fue hecho; estudia en Nazaret aquella gran ley del trabajo, de acuerdo con la cual el gran Obrero del universo, Aquél por quien los siglos han sido creados, se obliga a ganar su pan, con el sudor de su frente, en el taller de un pobre artesano, y nos enseña el trabajo y su santificación no tanto con palabras sino mediante sus ejemplos.

La vida pública ¿Qué decir de su vida apostólica, de sus trabajos, de la ingratitud de que fue objeto pese al poder de su palabra, tanto para enseñar como para curar?

¿Qué decir de su vida de sufrimiento, de su muerte, de su sacrificio? ¿Qué decir de su vida en el Sagrario para que se cumpliera la palabra del adiós: “*Non relinquam vos orphanos, veniam ad vos*: no os dejaré huérfanos, volveré a vosotros”? (Juan 14, 18). ¿Vino suficientemente? ¿Está suficientemente con nosotros y en nosotros mediante la Eucaristía? ¿No tendríamos que profundizar sin cesar en el cúmulo inmenso de las riquezas divinas? *O altitudo!*

Con ayuda de los Evangelios y de los libros de los santos Todo esto es puro y simple Evangelio. Sólo tengo que meditarlo. Ahí están las palabras de vida dejadas por el Salvador a sus discípulos. Con ellos, con Pedro, podemos decir:

“*Ad quem ibimus?*: ¿Donde quién vamos a ir?” (Juan 6, 68). ¿Qué doctor más admirable podríamos buscar? “*Ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes*: Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna” (Juan 6, 68).

Pero además hay que estudiar a Jesucristo en los libros de los santos que la Iglesia propone a nuestra meditación.

**Preveniéndose
a) contra la pereza**

Eso cuesta porque se necesita esfuerzo para comprender y a la pereza le gusta poco el esfuerzo.

Es cierto que no todo está en los libros, y eso lo vamos a dejar bien sentado luego; pero hay aquí dos escollos en este estudio del Hijo de Dios hecho hombre: primeramente, la pereza que cree saberlo todo y que piensa que basta con los afectos. Sí, es cierto que por ellos hay que terminar, pero con la condición de asentarlos sobre base firme. El campesino, el obrero, que no pueden estudiar, reciben, si le dedican el tiempo que les dejan sus trabajos, gracias especiales, cuando efectivamente no pueden estudiar mejor a Jesucristo. Para religiosos como nosotros, no puede ser así. La pereza es como una pared entre Jesucristo y nosotros; mientras no la derribemos, no seremos capaces de nada.

**b) contra la
autosuficiencia**

En segundo lugar, los hay que no queriendo estudiar a Jesucristo como se debe, caen en

la vaguedad de no sé qué ensueños estériles. Por eso, ¡cuántas devociones falsas basadas en ideas falsas y en sentimientos falsos! ¡Y qué peligros para el progreso en la perfección! ¿Quién ha llegado alguna vez a la meta siguiendo un camino equivocado? ¡He ahí a qué se exponen un montón de religiosos por no haber estudiado lo suficiente a Jesucristo!

El falso conocimiento de Jesucristo produce un falso cristianismo. ¿Qué luz no proyecta este axioma incontestable sobre el estado de tantos espíritus?

Cuando se tiene de Jesucristo un conocimiento suficiente mediante el estudio, se pueden estudiar los detalles de su vida mediante la meditación y entonces ¡cuántas lecciones prácticas surgen abundantemente de ella! Jesucristo es el auténtico pan supersubstancial del que se habla en el Sermón de la Montaña. Jesucristo es aquél cuyo conocimiento bastaba a San Pablo.

II.- Amor a Jesucristo

**Jesucristo, el objeto
más perfecto de
nuestro amor**

Para amar hay que conocer; tal es la primera condición del amor: el conocimiento del objeto. Pero el conocimiento inspira

la repulsa de lo que es malo, repulsivo; inspira el amor de lo bueno, lo bello, lo deleitoso.

Ahora bien, ¿quién es mejor que Jesucristo? ¿Quién es más bello que Jesucristo? ¿Quién es más perfecto que Jesucristo?

Él es la belleza divina, “*splendor gloriae*: el esplendor de la gloria” (Hebreos 1, 3); “*figura substantiae*: la imagen perfecta de la substancia de Dios” (Ibid.). Tomad todas las perfecciones divinas: todas están en Jesucristo, o más bien son Jesucristo mismo, en cuanto Dios. Tomad las perfecciones creadas: todas se hallan en Jesucristo; sólo que hay que conocerlas. Ahora bien, si la solución de un problema científico, la lectura de una obra maestra de literatura, la vista de un espectáculo de la naturaleza, las inmensas llanuras, las altas montañas, el océano inmenso, conmueven al espíritu y lo colman, ¿cuál es el efecto que produce en mí la grandeza de las bellezas, de las

perfecciones, de los conocimientos que la contemplación de Jesucristo encierra? Ante todo la admiración, una admiración sin término, sin límite, como su mismo objeto. Pero cuando este admirable objeto, esta riqueza sin fronteras, este tesoro de perfecciones, esta belleza modélica de todo cuanto es bello nos ama, se entrega a nosotros, descende a nuestra nada, a nuestro pecado, para borrar nuestro pecado y dar a nuestra nada la vida sobrenatural, y una vida cada vez más abundante ¿qué nos queda sino precipitarnos, mediante un amor inmenso, a sus pies, en sus brazos, en lo más íntimo de su Corazón?

Sí, a menos de estar condenado, es imposible conocerlo y no amarlo.

Y en este amor es donde empieza esa vida nueva que lo hace todo fácil porque amamos, y cada vez más fácil porque amamos cada día más.

Vida nueva en el amor a Jesucristo El amor encuentra en Jesucristo al Santo de los santos bajado a la tierra por nosotros, el puente entre el hombre y Dios. El alma que así empieza a desarrollarse, ama sin duda con las imperfecciones de los iniciados, pero con un ardiente deseo de despojarse de cuanto frena su unión con el objeto de su amor; se lamenta de no amar más, y estos lamentos, humildes como un culpable perdonado, es un aumento de amor. Ama con el sentimiento de las alegrías que aporta Jesucristo con sus dones, y con la liberación del pecado del que la libra. Ama con la esperanza de poseerle eternamente, como una recompensa, no merecida quizá, pero recompensa cierta, ya que ha sido prometida y que la palabra de Dios está ahí; siente, mediante Jesucristo, la gracia que fluye en su corazón; cuenta con su apoyo sobrenatural; no puede menos que amar ese bien, arras de un bien más excelente aún.

“Para mí, la vida es Cristo”

Ama porque es Jesucristo y porque mediante Jesucristo se une a Dios. ¡He ahí la vida de Jesucristo nuestro Dios y nuestro mediador! Su obra consiste en unirse cada día más a nosotros y, para acrecentar el prodigio y el poder de sus efectos, esta alma que ha dispuesto grados de amor en su corazón, no pudiendo subir todavía a la vida eterna, va a la Eucaristía que es su garante. Con el Cuerpo y la Sangre de un Dios, Dios mismo le viene dado; le posee, puede decir: “Mi amado es para mí y yo soy para mi amado; le aprehendí y no le soltaré”[Cantar de los Cantares 2, 16 y 3, 4]. Y el alma, mediante el amor, tiene el poder de obligar a Jesucristo a quedarse con ella. Entonces dice más que nunca: “*Mihi vivere Christus est!*: ¡Para mí vivir es Cristo!”. Vivir en el conocimiento de Jesús, amar a Jesús cada día más conocido, más poseído, más fuente de todo bien, he aquí para mí la vida en el amor. *Mihi vivere Christus est!* Después de esto, sólo queda desear la muerte para tener la plenitud de la felicidad en la plenitud de la vida: “*Mihi vivere Christus est, et mori lucrum!*: Para mí vivir es Cristo y la muerte una ganancia” (Filipenses 1, 21).

III.- Imitación de Jesucristo

Imitación de la vida entera de Jesucristo

Decir que amamos a Jesucristo no lo es todo, hay que probarse-lo del modo que él lo pide; y él mismo es quien ha dicho: “*Si quis diligit me, sermonem meum servabit*: si alguien me ama, guardará mi palabra” (Juan 14, 23). Tal es la mejor prueba de amor que Jesucristo pide.

Ahora bien, la predicación de Jesús es su vida toda. Le hemos escuchado decir: “*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*: os he dado ejem-

plo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho” [Juan 13, 15]. ¿De qué virtud no nos ha dado ejemplo? ¿Qué perfección humana no respira en su vida? Por eso, cada instante de la vida del Salvador es una mina inagotable de actos perfectos que imitar.

Imitación de los sentimientos interiores de Jesucristo

No hay que juzgar solamente el acto externo, sino la perfección de todas las intenciones con las que este acto se realiza.

Tomemos un ejemplo. El divino Salvador fue amarrado a la cruz con otros dos condenados al mismo suplicio que él. Las mismas torturas y los mismos sufrimientos: ¡qué diferencia, sin embargo! Uno de ellos es un desesperado que muere, con la blasfemia en los labios; el otro, sin duda un culpable, pero a quien la gracia del Salvador ha tocado, que se humilla, se arrepiente, confiesa su crimen; y entre los dos, la inocencia misma suspendida entre el cielo y la tierra, para expiar, mediante su sacrificio, los pecados de los hombres y ofrecer a su Padre la víctima más pura. Lo mismo pasa con todos los actos del Salvador, por comunes que parezcan: todos poseen una santidad mil y mil veces superior a cualquier esfuerzo humano, y así conviene que sea, para que se comprenda que la perfección no consiste en el acto mismo, sino en el sentimiento con que se realiza.

Imitación de cada momento

Ahora bien, esta imitación es de cada momento y en cada momento puede ser de la más maravillosa intensidad. ¡Cuántos tesoros de amor más abundantes en un solo acto de amor de Jesucristo, comparado con todos los actos de amor formados durante la eternidad por todos los santos y por todos los ángeles! Lo mismo digo de todas las demás virtudes que, al fin y al cabo, terminan perdiéndose en el amor.

Incluso la incapacidad humana es un principio de progreso en la perfección. Con la ayuda de Dios, se esfuerza y termina por acercarse cada día, mediante intenciones cada vez más puras, mediante una generosidad más absoluta, mediante un abandono más completo a cuanto le es pedido, no sólo de un modo genérico, sino también mediante la atención amorosa a los menores detalles de los actos del Salvador que imitamos.

Así, ésta es la maravilla: el estudio de Jesucristo produce el conocimiento del divino Salvador: cuanto más le conocemos más le amamos; cuanto más le amamos, más deseamos imitarle; pero, para imitarle mejor necesitamos estudiarlo más aún y así el alma avanza sin cesar en el triple esfuerzo del estudio, del amor y de la imitación. Pero ved la consecuencia: Jesucristo ha dicho: “Si alguien me ama, guardará mi palabra”, y añade: “*Et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus et apud eum mansionem faciemus*: y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada en él” (Juan 14, 23).

¡Padre, ama a tu criatura, ven a ella con tu Hijo y el Espíritu que es tu amor, haz en ella tu morada, por los méritos de tu Hijo amado, en el tiempo y para toda la eternidad!



TERCERA MEDITACIÓN

LOS ABUSOS DE LAS GRACIAS

“Expandi manus meas tota die ad populum incredulum, qui graditur in via non bona, post cogitationes suas: Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo incrédulo que camina por un camino detestable, tras sus propias pasiones” (Isaias 65 ,2).

He ahí al Salvador que nos llama, y nosotros nos negamos a ir hacia él. Hace oír sus lamentos y no le prestamos atención. ¿Dónde estamos? ¿Estamos a punto de agotar su paciente bondad? Examinemos atentamente los abusos de la gracia de los que somos culpables; que no tenga que reprocharnos, en el momento del juicio, de haber estado todo el día con las manos tendidas hacia nosotros sin que hayamos dejado de caminar por el mal camino siguiendo nuestros propios pensamientos y caprichos. Tomemos por su orden las principales gracias de las que hemos abusado y veamos a qué reparación estamos obligados.

I.- La gracia del bautismo

Es común a todos los cristianos, pero, ¡cuántas otras gracias no nos han sido ofrecidas por ella! Ninguna mancha, el pecado borrado, la inocencia recobrada, la túnica blanca devuelta. ¡Qué felicidad! Y, sin embargo, ¿qué es todo esto comparado con la adopción por la que Dios me ha introducido en su familia y me ha declarado ser su hijo? Como a la segunda persona de la Santísima Trinidad, el día de mi bautismo, adoptándome, Dios me ha



dicho: “*Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te: tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*” (Salmo 2, 7).

II.- La gracia de la vocación

a) Separación del mundo Pero, del mismo modo que Dios me ha elegido de entre tantos hijos de Adán para arrancarme de la masa del pecado, así me ha tomado de entre los cristianos para elevarme a una dignidad más alta. Cuando me llamó a la vida religiosa me dijo: “*Egredere de domo tua et de cognatione tua: sal de tu casa y de tu parentela*” (Génesis 12, 1). Sin entrar en detalles, yo bien sabía que tendría que romper un montón de lazos: ¿los he roto totalmente? Lo que tenían de legítimos, ¿no ha resultado un buen pretexto para conservarlos mucho más fuertes de lo conveniente? He dejado a mi familia: ¿no he vuelto a menudo mis ojos de ese lado?; y si hubiera roto de modo más categórico, ¿no hubiera podido avanzar mucho más rápidamente en las virtudes de mi estado?

¿De cuántos lazos no ha de liberarse sin cesar el religioso! Tarea que hay que recomenzar a cada instante, porque a cada instante el corazón se siente presionado a echar raíces en esta tierra. Ahora bien, si el religioso todavía no ha alcanzado el cielo, al menos debe estar por encima de las cosas terrestres. ¿Dónde estamos al respecto? ¿Qué libertad hemos conquistado? ¿Ha visto Dios cómo ejecutábamos exactamente la orden que nos ha dado como a Abrahán: “*Egredere de domo tua et de cognatione tua: sal de tu casa y deja a tu familia?*”.

b) Entrada en la tierra de los santos Dios añadió: “*Et veni in terram quam monstrabo tibi: ven a la tierra que te mostraré*” [Génesis 12, 1]. Sí, hay otra tierra, para el religioso, distinta de la

de los demás hombres: la tierra de los santos. Existe allí la soledad, y allí uno se ocupa en deberes de un orden muy diferente, porque el principio de las acciones es muy distinto del de los hombres de la tierra común. En esa tierra hay un reino nuevo, esperanzas contrarias a las que se cultivan aquí abajo; existe el deseo de la felicidad, con la convicción de que se realizará de muy distinto modo; en una palabra, existen horizontes abiertos del lado de la eternidad, del lado de Dios poseído en proporciones incomparablemente mayores de las de los hombres ordinarios, ya que vamos a él mucho más perfectamente. ¿Dónde nos encontramos respecto de esta vocación y qué he hecho con ella? ¿Resuena aún en el fondo de mi corazón o la he dejado dormirse en un silencio culpable?

III.- La gracia del Noviciado

He escuchado la voz divina. Ha habido un momento en mi vida en que he experimentado emociones como las del salmista cuando cantaba: "*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus: me alegré cuando me dijeron: ¡vamos a la casa del Señor!*" (Salmo 122, 1). Sí, fue con alegría que pensé entrar en el noviciado. Me parecía que ponía los pies en el vestíbulo de la casa de mi Padre, de la casa de Dios. ¿Qué más podía esperar? Vivir en una relación más íntima con Dios, ¡qué privilegio!

a) Las expectativas de Dios en el aprendizaje de su servicio Ahora bien, si en la corte de los reyes Caldeos se preparaba mediante largas pruebas a jóvenes como Daniel y sus compañeros para comparecer ante el rey, ¿qué preparación no será necesaria a quien ha de entrar en las relaciones más íntimas e inefables con el Rey de reyes? Pues ésa es la meta

del noviciado religioso. El novicio realiza el aprendizaje para el servicio muy especial de Dios.

En un reino, todos son súbditos del soberano, pero hay súbditos de élite a quienes se confían las misiones más delicadas. Para ser dignos de esas misiones hay que entrenarse en ellas. Ésa es la vida del noviciado: un perpetuo ejercicio para hacerse digno de servir a Dios de acuerdo con la perfección que quiera comunicarnos él mismo. Ahora bien, así como el rey de Babilonia mandaba dar a Daniel y a los otros desterrados de Jerusalén, elegidos de entre los cautivos, cuanto quisieran pedir, así durante el noviciado Dios derrama sobre un alma todas las ayudas que necesite para elevarse hacia él.

b) Abusos de las gracias del noviciado

Feliz generosidad la que, a causa de su misma novedad, produce en el alma elegida arrebatos desconocidos si sabe aprovecharlos, pero que la hace bien culpable si sólo responde a tan preciosos regalos con la torpeza, el aburrimiento, la indiferencia, la ingratitud. Podemos preguntar a ciertos novicios tibios y cobardes, lo que preguntaba el Padre de familia cuando entró en la sala de bodas de su hijo: “*Amice, ad quid venisti?*: Amigo, ¿a qué has venido?” (Mateo 26, 50). ¿Qué ha venido a hacer, efectivamente, si no a ser una piedra de tropiezo para muchas almas jóvenes débiles aún y que, ante el escándalo de su cobardía, se detendrán y quizá den marcha atrás?

Sin embargo, habían sido llamados efectivamente, habían entrado con buenas disposiciones, pero no supieron vencerse en las primeras pruebas: o bien depusieron las armas, o bien no las llevaron más que por una especie de inclinación, sin reflexión alguna sobre la meta que debían alcanzar. Y entonces, ¿qué ha sido el noviciado? Una serie de derrotas, de malos ejemplos, de disgustos, de tentaciones, de remordimientos sofocados. A causa de una

serie de caídas, el noviciado ha sido el preludio de caídas más terribles que tendrán lugar cuando los grandes compromisos sean asumidos. Sin embargo, Jesucristo había hecho las más tiernas ofertas, las más apremiantes, pero tuvieron hastío de Jesucristo, y la vida religiosa se presentaba solamente como un mal menor que se aceptaba porque no se tenía otro refugio para ocultar su incapacidad y su pereza. Y sin embargo, transcurrió el noviciado; se llegó a la profesión, pero os pregunto ¿con qué disposiciones?; se abusó de las gracias, se abusará aún más, hasta el momento en que la gracia de la perseverancia final se haya vuelto como imposible.

IV.- La gracia de la Profesión

a) fervor primero Pero demos por sentado un noviciado fervoroso. Llega el momento de comprometerse para siempre, se han pronunciado los votos perpetuos. Feliz quien pueda exclamar como David: "*Funes ceciderunt mihi in praeclaris, etenim hereditas mea praeclara est mihi*: mis cadenas se me hicieron gloriosas, mi heredad es preciosa para mí" (Salmo 16, 6). Con arrobamiento es como este joven religioso se ha cargado a sí mismo con esas preciosas cadenas; el amor de Jesucristo le ha conducido hasta el altar para inmolarse con él. No tiene otra idea que la de caminar, correr a zaga de aquellos grandes religiosos, sus Padres, que le han transmitido tan hermosos ejemplos de cómo la gracia triunfa sobre la naturaleza.

b) rápida decadencia ¿Cuánto durará su fervor? Ya hace algunos años que hizo la profesión. ¿En qué está? ¿Qué ha sido de su oración, su regla, su espíritu de recogimiento, su silencio, su trabajo? ¿Dónde está aquel hombre apostólico que creíamos

percibir y que por desgracia ha decepcionado tantas esperanzas? Se ha complacido en sí mismo; le ha vuelto las espaldas a Dios; ha murmurado contra sus superiores; le disgusta su celda, los hermanos le son antipáticos; se ha vuelto hacia el mundo y su corazón se ha llenado de pesadumbre. Sin embargo, está comprometido, continuará, seguirá, arrastrando su cadena en medio de la murmuración, de lo que él llama el desencanto.

c) pérdida del espíritu sobrenatural ¡Pobre desdichado! Estaba destinado a ser un serafín, ahora ya no es más que un hombre común y corriente; cualquier sospecha poco delicada sobre los demás le parece bienvenida. Está contento si puede justificar ante sí mismo la vergüenza de su decadencia, pensando que a su alrededor nadie es mejor. Triste consuelo para un apestado pensar que si muere será sobre un montón de víctimas de la peste. Así se desvanecen los últimos ánimos de una vida de perfección; ya no se la desea; y un residuo de honor fuerza a soportarla al menos en lo externo. Pero por debajo, por dentro, ¿qué veríamos si nos estuviera permitido penetrar hasta el fondo? La gracia se ha retirado y este religioso, semejante a los frutos pasados que pudren a todos los otros frutos que tocan, parece no tener otra misión que la de extender la desorganización a su alrededor.

¿Qué ha sucedido? Ha abusado de la gracia. Su regularidad es nula, sus murmuraciones constantes, su oración una prolongación del sueño nocturno, si no es más bien una divagación insultante para Dios, ante quien no ha tenido más remedio que colocarse; su Oficio lo pronuncia con la punta de los labios; los sacramentos que recibe o distribuye los transforma a menudo en fuentes fangosas si no envenenadas: todo el orden sobrenatural se ha evaporado, y por lo tanto ya no se trata de vocación religiosa.

**d) los votos
convertidos en
cadenas**

¿Y los votos? ¡Ah!, sí, son cadenas y se le podría decir: “*Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum*

plaustrum peccatum: ¡Ay de los que arrastran la culpa con coyundas de engaños y están uncidos al pecado como a una carreta” (Isaías 5, 18)! En efecto, ¡qué cadenas las que le hacen desgraciado porque hacen de él un esclavo rebelde! Su convento es una cárcel, la regla un yugo insoportable, sus superiores carceleros, Dios un déspota y un tirano.

Dejemos de lado los escándalos que causa esta vida sin espíritu sobrenatural, esta vida fuente de caídas a su alrededor. Hace como los hijos de Elí cuyo pecado consistía en hacer alejarse del Tabernáculo y del altar del sacrificio: “*Erat ergo peccatum puerorum grande nimis coram Domino, quia retrahebant homines a sacrificio Domini*: el pecado de los jóvenes era muy grande ante el Señor, porque alejaban al pueblo del sacrificio del Señor” (1 Samuel 2, 17).

**e) terrores ante la
cercanía de la muerte**

Y sin embargo, hay que morir, hay que comparecer ante Dios. ¿Con qué sentimientos?

Quizá se dé cierto terror, ya que el abuso de las gracias no ha ahogado completamente un resto de fe: lo que sería perfectamente lógico. Quizá, mediante un supremo esfuerzo, se pueda sacudir el sopor del alma, síntoma siniestro de la muerte eterna; quizá se dé turbación y remordimiento a la vista de una larga existencia en que hubiera podido hacer tantas cosas y no ha hecho nada; en que hubiera podido combatir valientes batallas, mientras se ha quedado bajo la tienda. ¿Quién podrá decir lo que pasa en un alma religiosa que ha abusado constantemente de las gracias cuando llega a la presencia de Dios?

“*Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me*: Señor, no me corrijas en tu cólera y en tu

furor no me castigues” (Salmo 6, 2). ¡Dios mío!, quizá llegue pronto mi última hora. ¿En qué estado me encontraré? ¿Qué talentos puestos a fructificar podré presentarte? ¿Qué virtudes aumentadas, qué sacrificios heroicos, qué buenas obras acumuladas? He ahí lo que esperas de mí; y porque he abusado de tus gracias, ¡lamentablemente, mis manos están vacías!

Perdóname, Señor, y concédeme aprovechar los días que me quedan y, mediante un fervor redoblado, aprovechar tanto más las últimas gracias que todavía me ofreces cuanto más he abusado de ellas hasta ahora: “Ahora empiezo, lo digo firmemente: *et dixi: nunc coepi*. Que se ha cambiado la diestra del Altísimo: *haec mutatio dexteræ Excelsi*” (Salmo 77, 11). Que ésta sea la garantía del socorro que concederás a mi voluntad que va a comenzar, bien tarde sin duda, pero que frente a la eternidad desea recuperar el tiempo perdido.



CUARTA MEDITACIÓN

EL HIJO PRÓDIGO

*“Surgam et ibo ad Patrem meum.
Me levantaré e iré a mi Padre”
(Lucas 15, 18).*

No se necesita haber sido un pecador público, escandaloso, para ser un hijo pródigo. Recordemos aquel refrán: *“Nugae laïcorum, scelera ecclesiasticorum: tonterías en boca de laicos, blasfemias en labios de clérigos”* (San Bernardo).

Para ser hijo pródigo culpable, se necesita haber querido apartarse de Dios por aburrimento, haberse apropiado sus dones, haber perdido la primera inocencia y haberse sumergido en una vida cuya idea directriz era cualquier cosa menos el deseo de perfección.

Para ser un hijo pródigo arrepentido, hay que tener la valentía de volver en sí mismo, de tomar una firme resolución de arrepentimiento y de ejecutarla.

Examinemos al religioso sobre esta doble faceta del hijo pródigo, y veamos qué lecciones podemos sacar durante un retiro.

I.- El pródigo culpable

**Confrontado con las
pruebas de la vida
sobrenatural**

Que Dios haga pasar a las almas más puras y más fervorosas por algunos sufrimientos, nos lo testimonian las vidas de los santos. Los santos aguantan. Pero, ¡cuántos religiosos llamados a una alta perfección sucumben ante una prueba que



hubiera sido para ellos la fuente de numerosos méritos! Es lo que se encuentra demasiado a menudo en la historia de los monasterios. Se empieza con ardor, pero llega la tentación y no se resiste a ella. No pretendo decir que las caídas sean muy severas, ¡pero se necesita tan poca cosa para hacer de un buen religioso un hombre mediocre, y de un hombre mediocre una nulidad! Se le había repetido constantemente durante su noviciado: “*Sursum corda!*: ¡arriba los corazones!” Subid siempre, los bajos fondos no convienen a quien quiere acercarse a Dios. Hay que ser humilde, pero mediante la comparación con las grandes maravillas que descubrimos en el modelo de los hombres, Jesucristo, y en los grandes servidores de Jesucristo, los santos.

se aleja de Dios

¡Qué lejos se halla de estos pensamientos y cómo prefiere dejar sus ideas flotar en puras consideraciones humanas en las que la virtud nada tiene que hacer, en que las pasiones se despiertan, se inflaman y, sin llegar a excesos escandalosos, sin embargo acumulan una serie de faltas que pronto ahogan cualquier energía! Pronto los ejercicios ya no son para el alma una necesidad. Dios parece, aunque en un sentido distinto, haberse tornado cruel, de acuerdo con la expresión del Profeta: “*Mutatus est mihi in crudelem*: se ha vuelto para mí un perseguidor” (Job 30, 21). Y después de todo, ¿de dónde viene esta crueldad? De que se le ha desdeñado y él a su vez nos desdeña: “*Non deserit, nisi deseratur*” [no nos abandona si no le abandonamos] (San Agustín). Pero preferimos quejarnos de Dios, murmuramos, dejamos de rezar, la meditación se torna un ejercicio odioso y, al cabo de cierto tiempo, entre un hombre honrado de los que el mundo está lleno y este religioso, la diferencia es nula, excepto que el hombre honrado del mundo nunca había aspirado a subir muy alto, mientras el religioso, tras elevarse a una cierta altura, empieza a descender, si no a rodar hacia el abismo.

**se irrita contra la
regla**

Entonces empieza la irritación contra la regla. Se habla de ella como San Pedro que, abriendo el Evangelio a los Gentiles, hablaba así de la ley antigua: “*Jugum quod neque patres nostri, neque nos portare potuimus*: es un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos sobrellevar” (Hechos 15, 10). Nos figuramos que el tiempo del fervor ha pasado para todos, y nos gusta imaginar que los demás no lo hacen mucho mejor que nosotros; juzgamos, censuramos, criticamos a los de arriba, a los de al lado, para encontrar una justificación a nuestras rebeldías.

**murmura contra sus
Superiores**

De la antipatía hacia la regla se pasa a la antipatía hacia los Superiores; toda orden es odiosa, toda medida es censurada, criticada, juzgada con severidad; nada de extraño que no queramos seguir más que el propio capricho. Entonces toda clase de suposiciones surgen en una imaginación febril; nada está bien mandado, las murmuraciones se comunican; y si el mal no se contagia como la gangrena, se llega a la conclusión de que es mejor retirarse de la familia espiritual, y se dice: “*Pater, da mihi portionem substantiae quae me contingit*: padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde” (Lucas 15, 12).

multiplica las faltas

Hemos visto ejemplos tristes y muy tristes. Sabemos con qué pretextos se retiran y sabemos a qué degradaciones se exponen. Pero, ¿quién puede retener a ciertas personas en la pendiente? ¿Quién puede, cuando han roto el yugo, impedirles que lo arrojen lejos para siempre? Por desgracia, ¡cuántos excesos no se cometen, a escondidas al principio, luego públicamente! ¿Quién no tiene el recuerdo triste de la historia de algunos grandes escándalos? Pero, antes de llegar tan lejos, ¡cuántos crímenes secre-

tos se habían cometido y antes del crimen, cuántas faltas aparentemente leves habían sido consideradas como actos sin importancia! Y sin embargo, ¡el mal estaba ahí! Sin embargo, la decadencia comenzaba y cuando se han encontrado en el fondo del abismo, han creído poder decir: “*Ignorans feci: yo no sabía*” (1 Timoteo 1, 13).

**con pleno
conocimiento de causa**

Pues bien, sostengo que esto es mentira. Tenían conciencia de su falta. La habían tenido al menos durante cierto tiempo. La pérdida del sentido moral pudo venir luego, pero ciertamente sabían primero lo que hacían. ¿Creéis que, cuando el hijo pródigo fue a decir a su padre: “*Pater, da mihi portionem: padre, dame lo que me pertenece*”, no sabía bien lo que hacía? ¡Ah!, sin duda, para llegar a esta audaz insolencia, tuvo que hacer prolongados esfuerzos sobre sí mismo durante cierto tiempo, pero nos hacemos a todo y un día toda dificultad, todo reparo desapareció de su alma.

**abandona finalmente
el servicio de Dios**

A decir verdad, para escaparse así, todos los religiosos no van a ver a sus superiores; se escapan sin decir nada y le pasan el aviso por el medio indirecto que juzgan más apropiado. Y la separación se consume sin otro procedimiento que el de haberse retirado porque no querían quedarse. Quizá más tarde llega el remordimiento, pero se dicen: “demasiado tarde”, y se precipitan por la pendiente fatal.

Es una tristeza inmensa, para una familia religiosa, ser testigo de semejantes espectáculos; pero, para un religioso animado de espíritu de fe, es una gran y saludable lección que le previene de lo que puede hacer él mismo si no vela cuidadosamente sobre las causas de degradación que todos llevamos dentro con el hogar del pecado.

¡Estemos en guardia! Todos estamos expuestos a los mismos peligros, todos podemos sufrir las mismas caídas.

y se entrega a sus pasiones

No estoy hablando de las fatales consecuencias de aquellas deserciones sacrílegas. Se dice del hijo pródigo: “*Et abiit in regionem longinquam, vivendo luxuriose*: se marchó a una región lejana viviendo lujuriosamente” [Lucas 15, 13]. Casi siempre la lujuria es como el primer castigo del religioso desertor. Comenzó por imaginaciones que creyó permitidas para él, luego vinieron las faltas secretas, después las pasiones se han encendido, luego todo freno se ha roto y entonces ha dicho adiós a todos los compromisos y, con la sonrisa satánica en los labios, no ha temido desafiar al cielo y decir: “*Pec-cavi et quid accidit mihi triste?*: he pecado, pero ¿qué me ha pasado de malo?” (Eclesiástico 5, 4).

Tristeza de un escándalo así

¡Lo que te sucede de triste, desdichado apóstata, es que ni siquiera ves el grado de ruina y de humillación en que te has precipitado! ¡Lo que te sucede de triste es que no ves tu alma manchada, tus hermanos escandalizados, el mundo triunfante, Dios irritado! ¡Lo que te sucede de triste es tu vocación perdida, las gracias profanadas, las ayudas celestiales que se retiran, el Juez eterno preparando su sentencia, las puertas del infierno que se abren, Satanás que te arranca a Jesucristo! Sigue en tu indiferencia, si quieres, pero ten cuidado, Dios no te debe nada: “No abandona si no es abandonado: *non deserit, nisi deseratur*”; pero también ha dicho él mismo: “*Quaeretis me, et in peccato vestro moriemini*: me buscaréis y moriréis en vuestro pecado” (Juan 8, 21). ¿Se puede ver un destino más triste y más deplorable que éste? ¡Oh, religioso apóstata, es el tuyo, si no estás atento!

Pero vosotros no habéis llegado tan lejos. Habéis recibido solamente algunas heridas del enemigo. Veamos cómo habéis de daros prisa en curarlas echándoos en brazos de un Padre que os espera con toda su ternura.

II.- El pródigo penitente

Nuestro Señor nos pinta la abyección a que se ve reducido el pródigo. No quiero detenerme en esto. Sin embargo, esta abyección, si es sentida, es útil; pero, por desgracia, ¡para cuántos son desconocidas las emociones de la vergüenza! El orgullo está ahí para retenerlos; se resisten a confesarse culpables. Entonces, Dios se retira, diciendo: “¡Que se haga como has querido!”. Y vivimos en medio de los cerdos.

A. Los primeros sentimientos de arrepentimiento

Pero si este contacto nos advierte del estado en que hemos caído, sentimientos de arrepentimiento pueden aflorar en el alma.

Al principio sólo se trata de grosera nostalgia: “*Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo!*: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!” (Lucas 15, 17). De este modo Dios acepta estas reflexiones humillantes; no pide otra cosa; pues el sentimiento de la impotencia moral va creciendo cada vez más: “*Ego autem hic fame pereo!*: ¡yo aquí me muero de hambre!”. La debilidad le invade, la vida se retira, la muerte se acerca: ¡dichoso él si tiene un conocimiento meditado de esto! Porque sabe bien que, mientras siga en esta esclavitud, le será imposible obtener el alimento adecuado: “*Hic fame pereo*: me muero de hambre”. ¿Dónde quedó la alegría de los antiguos festines familiares, de aquellas alegrías que, por ser tan dulces, habían terminado por parecerle monótonas? Desgraciadamente, el

hambre y la indigencia que le torturan, le hacen apreciar su encanto; pero no es más que un recuerdo ido. ¿Dónde está, para el religioso prevaricador, la vida regular con sus inconvenientes quizá, pero tan agradable por su paz y por la serenidad comunicativa de los miembros de una misma familia espiritual? ¡Todo eso desapareció! Hubo sus emociones, pero tras las emociones, padeció no sé qué inexorable desprecio, que rodea como un manto de vergüenza a todo apóstata.

**pese a los estragos de
la apostasía**

Pues bien, existe entre la apostasía inicial y la apostasía consumada no sé cuántos grados.

Antes de colgar el hábito del que se ha hecho indigno, para cubrirse con las libreas del mundo; antes de desertar del altar y de profanar los votos, ¡cuántas deserciones más o menos ensayadas, cuántos intentos de romper las cadenas gloriosas de los compromisos asumidos con Dios mismo! Unas veces es la regla que es muy rígida y la salud no puede aguantarla; otras son los Superiores intolerantes y que no tienen en cuenta las debilidades humanas; otras son los hermanos de trato insoportable de quienes conviene alejarse; otras son las pasiones en efervescencia y cuyas exigencias es bueno escuchar por considerarlas legítimas; otras veces se trata de una mezcla de ideas, más extravagantes las unas que las otras, pero que parecen razonables porque hay interés en crearlas razonables, ya que al fin y al cabo ¡alguna razón hay que encontrar aunque no exista! Fatal ceguera a la que el alma se aboca cuando quiere, ante todo, ser libre; pero llega el momento del despertar, en la indigencia a veces material, y ésta es la mayor gracia que Dios pueda otorgarnos. ¿Qué ha sido de los raros apóstatas a quienes la muerte viene a sorprender en medio de los honores y de la dulzura de la fortuna? ¿Qué muerte han tenido? ¿Cómo será su despertar en la eternidad?

en presencia de su miseria Por el contrario, como sucede a menudo, y a Dios gracias, la miseria hace a estos desgraciados recapacitar, del grito del hambre al grito del arrepentimiento la distancia es mucho menor; entre estos dos gritos sólo está el grito de la vergüenza: “*Quanti mercenarii, in domo patris mei, abundant panibus!*: ¡Cuántos criados en casa de mi padre tienen pan en abundancia!”. Y enseguida añade: “*Surgam et ibo ad patrem meum*: ¡me levantaré e iré a mi padre!”. ¡Feliz movimiento! Se levanta, efectivamente; va a buscar a su padre. Y su padre le recibe con ternura olvidando todas sus culpas ante la humillante confesión que de ellas hace.

Examinemos atentamente esta conducta de Dios con el alma que quiere salvar.

B. Su retorno: en la sinceridad de su arrepentimiento En primer lugar, le envía los sentimientos que sea capaz de tener; luego, remueve en el fondo de su corazón los antiguos sentimientos de hijo. No vacilo en decir que ahí está lo esencial. Existen desgraciadamente algunos seres en los que la sinceridad es imposible; ¡no hablemos de ellos! Para éstos el retorno no será posible jamás. Sólo es posible para quienes ven lo horrible de sus culpas, sea cual sea la medida de su decadencia.

Porque, hablando en propiedad, Dios no mira tanto la gravedad de la culpa cuanto el ardor del arrepentimiento: “Mucho se le perdona porque ha amado mucho” [Lucas 7, 47], dice Jesús de la pecadora pública. No nos excusemos diciendo: “La caída es leve”. Digamos a Dios: “¡Padre mío, he pecado contra el cielo y ante ti!”.

¿Quién podrá decir el juicio de Dios sobre los pecadores? Consta tanto de la gravedad de la falta, como de la ingratitud por los beneficios anteriores, de la debilidad de

la naturaleza y de la rebelión del orgullo. No intentemos excusarnos. Confesemos, confesemos que somos auténticos pecadores: es el mejor medio de obtener el perdón. ¡Qué poco valen las vanas excusas a los ojos de Dios, y cuánto mejor es remitirse a él!: “*Pater, peccavi in caelum et coram te!*: ¡padre, pequé contra el cielo y ante ti!”. Nada podemos decirle que le conmueva tanto y le decida a olvidar nuestras pasadas prevaricaciones. Feliz el que entienda que toda habilidad humana sirve de bien poco ante la luminosa justicia de Dios.

El hijo pródigo está a los pies de su padre y se declara indigno de ser llamado hijo suyo y el padre no tiene sino una preocupación: tapar la desnudez de su hijo, reparar sus sufrimientos mediante un festín. Hagamos un alto y saquemos una consecuencia que nos parecerá quizá extraordinaria, pero que será, eso creo, poderosa para asegurar vuestra salvación.

**y la justa apreciación
de su debilidad**

Id a postraros a los pies de vuestro Padre y decidle también vosotros: “*Peccavi in caelum et coram te*: pequé contra el cielo y ante ti”. Y si, a su vez quiere revestiros con vuestra primera túnica, decidle: “Padre, todavía no, soy demasiado indigno de ser llamado hijo tuyo, déjame tiempo para probarte que puedo volver a serlo de nuevo mediante la energía de mi arrepentimiento”.

Sí, la reconciliación sería demasiado pronta. ¡Cuántas veces no nos hemos reconciliado! ¡Cuántas veces no hemos recaído! ¡Ah!, necesitamos un vigor mayor. Hablo de quienes necesitan ser probados porque su caída ha sido más profunda. No olvidéis los primeros siglos de la Iglesia. ¡Qué penitencias infligía! No pretendo que paséis en vuestra vida exterior por una disciplina tan severa; digo que tenéis una grandísima necesidad de no fiaros, en el fondo de vuestra alma, de una misericordia demasiado



inmediata, no a causa de Dios, sino a causa de vosotros mismos. La bondad de Dios es infinita. Vuestra facilidad para caer lo es casi.

Señor, concédenos el arrepentimiento sincero por habernos alejado de ti. Queremos contar con tu ternura de Padre; pero queremos recordar que hemos sido hijos ingratos y queremos demostrarte, recibiendo con reverencia las pruebas de tu perdón, que valoramos el precio, mediante nuestros esfuerzos por merecerlo cada día más.





QUINTA MEDITACIÓN

DISPOSICIONES PARA INGRESAR EN LA VIDA RELIGIOSA

“Propter domum Domini Dei nostri quaesivi bona tibi: Por la casa del Señor nuestro Dios, he buscado procurarte toda clase de bienes”

(Salmo 122, 9).

Tomo estas palabras del último versículo del Salmo 121 [122], porque indican el trabajo de los ministros de la Iglesia por llevarle almas perfectas; y al venir a hablaros de las disposiciones que un joven cristiano ha de llevar a la vida religiosa, me parece que nada mejor que indicaros en qué medida se encuentran unidos tanto el bien de la Iglesia como el bien de quienes están llamados por Dios a ser perfectos.

El sacerdote que cultiva vocaciones ha de buscar ante todo lo que sea útil a la Iglesia, *“propter domum Domini Dei nostri”*, y es ya un gran honor que se diga a un ser creado: “Ven, estarás en condiciones de servir a la obra más excelente de Dios: *propter domum Domini*”. Pero al mismo tiempo recuerda que, al invitarte de este modo, se pone a tu disposición el mayor de todos los bienes y el mayor de todos los honores: *“Propter domum Domini Dei nostri, quaesivi bona tibi: por la casa del Señor, nuestro Dios, he pedido para ti tales bienes”*.

Por otra parte, del Salmo 121 [122], al que pertenecen estas palabras, tomo prestado lo que os voy a decir, para mostraros las disposiciones para la vida perfecta en la que queréis entrar.



I.- Separación de todo afecto terrestre

Hay que subir apoyado en Jesucristo Hago notar ante todo que este salmo es uno de los llamados “salmos graduales”, y si me preguntáis el porqué de tal título os responderé con San Agustín que “*gradus*” quiere decir ascensión y descenso. Estamos invitados a subir, pero poned atención a esta palabra del Salvador: “*Nemo ascendit in coelum nisi qui descendit de coelo, filius hominis qui est in coelo*: nadie puede subir al cielo sino aquél que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo” (Juan 3, 13).

Antes de que pudiéramos subir nosotros, ha hecho falta que el Hijo del hombre bajara hasta nosotros: “*Docuit ipse Dominus a convalle plorationis ascendendum, quando pro nobis humiliari usque ad mortem crucis et pati dignatus est*: el Señor nos enseñó a subir del valle de lágrimas, cuando por nosotros él mismo se humilló hasta la muerte de Cruz y se dignó padecer¹⁾”. Y en otro lugar: “*Quid est vallis plorationis? Verbum caro factum est et habitavit in nobis. Quid est vallis plorationis? Praebuit percutienti maxillam, saturatus est opprobiiis. Quid est vallis plorationis? Colaphizatus est, sputis illinitus, spinis coronatus, crucifixus est: haec est vallis plorationis unde tibi ascendendum est*: ¿Cuál es el valle de lágrimas? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Cuál es el valle de lágrimas? Ofreció su rostro al que le pegaba, quedó saciado de oprobios. ¿Cuál es el valle de lágrimas? Fue abofeteado, escupido, coronado de espinas, crucificado: ése es el valle de lágrimas al que has de subir²⁾”.

1) San Agustín, *In ps. CXX*.

2) *Ibid.*, *In ps. CXIX*.

Mientras que Jesucristo baja para venir a nosotros, nosotros hemos de subir para ir a él, pues si bajó para mostrarnos el camino y si como hombre está en la parte inferior de estas misteriosas gradas, sin embargo está en el cielo como Hombre-Dios: “*Nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, Filius hominis, qui est in coelo*: nadie sube al cielo sino aquél que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo”. Ha bajado, este divino Salvador, pero es para tomarnos de la mano y hacernos remontar hasta él. He ahí la primera disposición. Es importante. Al elevarte por encima de las cosas terrestres, te separas de ellas. ¿Lo deseas? ¿Estás resuelto a abandonarlo todo, a romper cualquier atadura, todo afecto, cualquier sentimiento que no venga de Dios?

Sólo nos elevamos sobre las alas del amor Colócate, pensándolo seriamente, entre estos dos amores, de los que uno arrastra hacia las cosas inferiores, y date cuenta en el fondo de tu corazón del valor que vas a necesitar para elevarte a las cosas superiores: “*Sicut amor immundus inflamat animam, et ad terrena concupiscenda et peritura sectanda perituram vocat, atque in profunda demergit: sic amor sanctus ad superna levat, et ad aeterna inflamat, et ad ea quae non transeunt neque moriuntur, excitat animam, et de profundo inferni levat ad coelum*: como el amor inmundo inflama al alma y la arrastra a la concupiscencia de las cosas terrenas y a perseguir las cosas perecederas, para hacerla perecer, y la sumerge en el abismo, así el amor divino eleva el corazón hacia las cosas de arriba, lo inflama con el deseo de los bienes eternos, lo empuja hacia lo que ni pasa ni muere, y lo levanta desde lo profundo del abismo infernal hasta el cielo”¹⁾.

¹⁾ San Agustín, *In ps. CXXI*.

Tal es la teoría divina del obispo de Hipona; y si deseáis conocer la razón, añade: “*Habet tamen omnis amor vim suam, nec potest vacare amor in anima amantis; necesse est ut ducat, sed vis nosse qualis amor sit? Vide quo ducat. Non ergo monemus ut nihil ametis, sed monemus ne mundum ametis, ut eum qui fecit mundum libere ametis*: Todo amor ejerce necesariamente su acción, y el amor en el alma del que ama no puede permanecer ocioso, necesita arrastrar. ¿Pero quieres saber de qué amor se trata? Mira hacia dónde lleva. No te aconsejamos de que no ames nada, te decimos que no ames al mundo para que puedas amar con mayor libertad al que hizo el mundo”¹⁾. “*Obligata enim anima amore terreno, quasi viscum habet in pennis; volare non potest. Mundata vero ab affectibus sordidissimis saeculi, tanquam extensis pennis et duabus alis resolutis ab omni impedimento, id est, duobus praeceptis dilectionis Dei et dilectionis proximi volat. Quo, nisi ad Deum ascendens volando, quia ascendit amando?: El alma poseída por el amor de las cosas terrenas es como un pájaro con las alas pegadas, no puede volar. Pero purificada de los afectos impuros del mundo, vuela desplegando sus dos alas libres de toda atadura; las alas son los dos preceptos del amor a Dios y el amor al prójimo. ¿A dónde va sino a Dios, hacia el que sube volando porque sube amando?”²⁾.*

Tal es vuestra vocación, si lo queréis. Desplegar vuestras alas y volar, volar siempre con las alas del amor. ¡Volar hacia Dios! ¡Subir sin cesar hacia él, hasta que os perdáis en su seno!

Esto es algo serio, ¿lo deseáis?

¹⁾ San Agustín, *In ps. CXXI*.

²⁾ *Ibid.*, *In ps. CXXI*.

II.- Alegría de la vocación

Subimos a la casa de Dios Y si en vuestro corazón ya habéis respondido “Sí”, comenzad, pues, el cántico gradual: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!” (Salmo 122, 1).

Una inmensa alegría ha de brotar de todo tu ser si piensas que esta casa del Señor es la tuya. Dejas, como Abraham, tu casa, tu familia. Puede que encuentres en ello algunos desgarramientos, ¡pero mira qué felicidad! ¡Tomas a Dios como tu lote! El amor te atrae hacia él y el amor te lleva a él. El amor te atrae porque Dios te ha amado desde toda eternidad. El amor te lleva porque experimentas la necesidad de corresponder a una ternura tan grande de Padre y de Esposo, y por eso estás inundado de alegría y exclamas: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!”.

Vestíbulo del cielo, ciudad de la alegría Esta casa no es de la tierra, pero tiene aquí en cierto modo su vestíbulo, que es el convento. Por eso la primera condición del convento es la alegría: ir al convento sin alegría es mala señal. Toda vocación auténtica debe ser una vocación alegre; no me fio de las vocaciones tristes y sombrías. Los fundadores de familias religiosas las han rechazado siempre; a los religiosos sobre todo es a los que San Pablo dice: “*Fratres, gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete*: hermanos, estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres” (Filipenses 4, 4). No que no existan pruebas y sufrimientos, pero se sobrellevan alegremente. Jesucristo ha dicho: “*Mundus gaudebit, vos*

vero contristabimini: el mundo se alegrará, y vosotros estaréis tristes”. Pero añade enseguida: “*Sed tristitia vestra vertetur in gaudium*: vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16, 20). Así hay que considerar la alegría de ser llamado, la alegría de recibir una gracia fortificante, la alegría del triunfo final: “*Ibant gaudentes apostoli*: los apóstoles marcharon contentos” (Hechos 5, 41).

Para ser como los apóstoles, estemos contentos de sufrir, porque los padecimientos de ahora no tienen comparación con las alegrías de la casa de Dios. Resueltos a tender hacia la perfección, estemos siempre contentos. Hacia la casa del Señor es hacia donde vamos: “*Laetus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*: me alegré de lo que me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!”. Por lo tanto, una gran alegría, porque vamos hacia la patria, vamos a la casa de nuestro Padre, vamos hacia Dios.

III.- Perseverancia en la vocación

“*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*: ¡Se posaban nuestros pies en tus umbrales, Jerusalén!” (Salmo 122, 2). Se necesita constancia en las resoluciones; los pies en la casa de Dios han de ser inamovibles; tal es el constante ejercicio del alma llamada a la perfección, sobre todo durante su noviciado: el afianzamiento de sus pies, el afianzamiento de sus resoluciones; en una palabra, la perseverancia, según el dicho de San Gregorio: “*Virtus enim boni operis, perseverantia est*: la virtud de una obra buena es la perseverancia”. Comenzar bien no lo es todo: la fuerza, la virtud consiste en la perseverancia: *virtus boni operis perseverantia est*.

¡Cuántas cosas tristes podríamos decir a este respecto!
¡Cuántas personas consideran los votos como una obligación sin ningún valor! Se toman como un vestido agradable, se abandonan como un abrigo usado.

Tal es desgraciadamente la condición de un montón de habitantes del claustro que, mediante tales disposiciones, atraen la cólera de Dios sobre los conventos.

Pero para aquellos grupos preciosos de almas abrasadas por el deseo de tender a la vida angélica, nada de eso. Se han establecido en la perfección, tal como se pide a simples cristianos; luego, al resonar la voz de Dios en sus oídos, se han comprometido a subir más alto: “*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*: ¡Se posaban nuestros pies en tus umbrales, Jerusalén!”.

Los conventos no son más que el vestíbulo, el atrio de la ciudad santa; pero allí estaba el altar de los holocaustos, de los sacrificios perfectos, donde la víctima era completamente destruida: *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem!*

IV.- Como una piedra viva

“*Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum*: Jerusalén, edificada como ciudad y cuyas partes forman una perfecta unidad en sí misma”, (como interpreta San Agustín).

La primera condición para progresar en el servicio de Dios, es la alegría. ¡Retrocedan las almas tristes y desanimadas que se pierden en esfuerzos y en nostalgias! La segunda condición es la perseverancia.

Abandonarse entre las manos del arquitecto Y he aquí una tercera no menos importante. Escucha: “Jerusalén edificada como una ciudad: *Jerusalem quae aedificatur ut civitas*”. El trabajo de la

Iglesia consiste en edificarse en un conjunto maravilloso. Jerusalén es la ciudad por excelencia, es la visión de la paz, *pacis visio*. Hay tres Jerusalén: la de la figura, la de la preparación, la del goce. La de la figura ha desaparecido; la del goce no aparece todavía; estamos en el seno de la Jerusalén de la preparación. Tal es nuestro trabajo consistente en construir Jerusalén.

Pero, en esta ciudad cada piedra ha de ser tallada de acuerdo con la forma que le es propia y el trabajo de cada alma consiste en dejarse tallar, pulir y colocar luego en el lugar conveniente. El arquitecto divino dispone los elementos para hacer una ciudad divina. A quien le dice: “quiero estar ahí”, el arquitecto le responde: “quiero que estés en otro sitio”. Existen disposiciones providenciales y obstáculos providenciales, que apuntan en un sentido o en otro, y hay que dejarse llevar, para que Jerusalén sea construida según los planos de Dios.

Jerusalem qui aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum. Aquí os ruego que dobléis vuestra atención. San Agustín se espanta ante la posibilidad de no hacerse comprender. ¿Qué significa, de acuerdo con el gran Doctor, esta palabra *idipsum*? Recordad, os conjuro, dice, aquel momento en que Dios dice a Moisés: “Ve y di a los hijos de Israel: *Aquél que es* me ha enviado a vosotros” [Éxodo 3, 14]. Esta palabra: *Aquél mismo*, significa algo parecido. La distribución de la verdadera Jerusalén se refiere enteramente a su centro y ese centro es Dios. En efecto, si Dios ha hecho todas las cosas para sí mismo, con más razón su ciudad por excelencia, la Jerusalén del cielo; y sabemos que allá arriba todo se refiere a Dios. Pero si los materiales de esta ciudad admirable se preparan aquí abajo, en la Jerusalén de la espera, estos materiales incluso dentro de su imperfección deben tener a Dios por objeto, y la condición de aquellas piedras vivas y elegidas, *vivi et electi lapides*,

es la de estar en tensión perpetua hacia *Aquél mismo* que es Jerusalén: *Quae aedificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.*

**los ojos fijos en el
modelo divino**

¿Cómo hacerlo? Escucha: tú eres una piedra viva, pero Aquél en quien está el plano viviente de todos los seres, el Verbo de Dios, se hizo hombre y vino para ponerse a tu alcance. Y así como el escultor que talla la piedra para hacer la ornamentación del edificio mira constantemente al plano que le han entregado, así debes tú tener siempre los ojos puestos en el modelo divino hacia el que todo debe tender en el conjunto como ciudad, hacia quien debe tender cada parte de la ciudad y, en otras palabras, en quien toda alma que tiende a la perfección debe tener puestos los ojos. Referir todo a Dios, realizar el plan dado por Dios, entrar como una partícula en el plano de la ciudad de Dios, ser una piedra elegida en esta ciudad mediante el esfuerzo constante por realizar en sí las perfecciones de Dios, en la medida en que nos sea permitido imitarlas: tal es el sentido de este pasaje del salmo: *Cujus participatio ejus in idipsum.*

Resumamos. Quien desea subir las gradas misteriosas de la ciudad santa ha de atravesarlas con alegría, con perseverancia, con el sentimiento profundo de aquello en lo que ha de transformarse para ser digno del trato con Dios, para ser admitido entre las piedras vivas de la ciudad de Dios.

V.- Misión de las familias religiosas

“Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini: allá subieron las tribus elegidas, las tribus de Dios mismo”. Ellas son el testimonio de Israel: *Testimonium Israël ad confitendum nomini Domini* [Salmo 122, 4].

Dan testimonio de Dios Bella y magnífica misión la de las verdaderas tribus de Dios, de esas familias religiosas destinadas a llevar su testimonio a todas partes donde Dios les manda formarse. Ocupan la tierra y de todas partes tienden a subir hacia la verdadera Jerusalén: *Illuc ascenderunt tribus, tribus Domini testimonium Israël ad confitendum nomini Domini*. Y por eso un juicio será ejercido, tanto más perfecto cuanto mayor perfección se les haya pedido: *Quia illic sederunt sedes in iudicio, sedes super domum David*. Notad este trono más excelso colocado sobre la casa de David; este trono es aquél del que saldrá todo juicio dado por el Padre al Hijo. Por encima del mundo se encuentra Jerusalén; en la cumbre de Jerusalén está Sion donde está la casa de David, y sobre esta casa, o bien si lo preferís sobre este palacio, está el trono del Hijo de David que es al mismo tiempo el trono del Hijo de Dios, *quia illic*.

Imploran la paz Y ¿cuál será este juicio? Escuchad, tribus elegidas: “*Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te*: pedid la paz para Jerusalén y abundancia para los que te aman”. He ahí la admirable misión de las tribus del Señor, de las almas perfectas; he ahí un trono para el juicio. Pero antes de pronunciar la sentencia, el que está sentado en él no desea sino una cosa, que le pidan misericordia y paz, y así dones siempre nuevos serán concedidos a los que aman a esta ciudad santa. “*Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te*”.

¡Qué misión si sabéis hacerlos dignos de ella! Pedid, pues, pedid mucho. La abundancia de los bienes de Dios está en vuestras manos: distribuidla, estáis encargados de ella. ¡Qué plegaria de paz no debe elevarse de vuestras

bocas y de vuestros corazones, para procurar la abundancia a las almas que aman Jerusalén! ¡Qué trato tan maravilloso si lo deseáis!

paz en la fortaleza Y el profeta a su vez habla a la ciudad santa: *Fiat pax in virtute tua!* Gran lección: la paz en la fortaleza y la abundancia en sus torres, lugares elegidos donde se refugian las tropas de élite. Encuentran en ellas y en abundancia todo cuanto les puede resultar útil para el combate y para la perfección de Jerusalén: “*Fiat pax*: ¡sí, que se conceda la paz!”. En la paz se encuentra el orden, en la paz se encuentra la unión con Dios. Pero esta paz implica esfuerzo: “*Fiat pax in virtute tua*: que haya paz en la fuerza”.

piden vocaciones de élite “*Propter fratres meos et proximos meos*: por mis hermanos y mis compañeros”. He ahí la caridad del Salmista: se olvida de sí para hablar de sus hermanos.

Finalmente, un interlocutor, como se encuentran en los diálogos de los salmos, exclama: “Oh, cómo he deseado la casa de Dios, su santificación, su crecimiento; por eso os deseo toda clase de bienes”. Ya había dicho: “*Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te*: he pedido la paz para mis hermanos y para mi prójimo”. He ahí la vocación especial: *pacem de te*. Ya sé que se puede encontrar otra interpretación. Pero ésta es maravillosa, se trata del grito de la Iglesia pidiendo al Pontífice de los sacerdotes, de las almas perfectas. Necesito vocaciones, y para los miembros de mi familia espiritual pido, en favor de algunas almas privilegiadas, gracias espirituales: *Propter fratres meos et proximos meos*. He ahí el detalle.

Tomemos el conjunto: *Propter domum Domini Dei nostri, quaesivi bona tibi*. Para la Iglesia es para quien los

ministros del altar buscan vocaciones, intentan engendrar almas para la perfección, piden a Dios aquella fecundidad espiritual, no la del Pontífice que engendra sacerdotes, sino la fecundidad del apóstol que engendra, de entre los infieles, cristianos; de entre los cristianos, santos.

Pidamos esta fecundidad tan conforme con nuestro estado: demos a la Iglesia almas a quienes ayudaremos a embellecerse con todas las virtudes. Ahí está el gran trabajo y el fin más elevado de los servidores de Dios en la tierra; es la obra que Jesús recompensará con mayor prodigalidad.



SEXTA MEDITACIÓN

LA VIDA SOBRENATURAL

“Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús”

(Filipenses 2, 5).

Tal es el objetivo del retiro: abandonar vuestros sentimientos y tomar los de Jesucristo.

Empresa grave, que ha de constituir el fondo de nuestras reflexiones.

I.- Sacrificio de nuestros sentimientos humanos

Echemos un vistazo rápido a todo aquello de lo que estamos obligados a despojarnos.

Cuando haya dicho que hemos de despojarnos del hombre viejo, lo habré dicho todo y no habré dicho nada, porque hay que bajar a los detalles.

de nuestras ideas personales

1º Sacrificio de nuestras ideas personales. El ambiente en que hemos nacido, nuestra educación, nuestro carácter, nos dan un cierto número de ideas que parecen hacer un todo con nosotros. Es un conjunto de nociones en las que hemos sido formados y que son para nosotros una segunda naturaleza. Estas ideas nos dominan a nuestro pesar, y cuando nos arrastran nos parece que no hacemos más que seguir la pendiente de nuestra inteligencia, de tal manera se nos han vuelto inherentes.



Ahora bien, de entre estas ideas un buen número surgen de una inteligencia ignorante, falseada por el error o corrompida por las seducciones de los sentidos. No nos hagamos ilusiones. ¿Cuál es la fuente de la mayor parte de las ideas que dirigen nuestra vida? ¡Con qué pavor, si somos sinceros, no deberíamos responder que casi siempre las ideas más falsas, más humanas, han presidido lo que equivocadamente llamamos una vida cristiana!

de nuestros juicios personales 2º Sacrificio de los juicios emitidos desde aquellas ideas. Partimos del principio de que nuestras ideas son buenas. Ahora bien, si son falsas o falsificadas, ¿a dónde iremos a parar? A los juicios más falsos y más errados. Y es precisamente lo que vemos todos los días. Juicios estrechos, pequeños, mezquinos, porque nos complacemos en un orden de ideas muy limitado. Nada más cómodo que este deplorable género. Nos dejamos llevar porque no hace falta esfuerzo alguno. Nada más sencillo que un tal procedimiento. Tenemos ideas estrechas, los juicios son como las ideas. No nos tomamos el trabajo de ensancharnos, nos empequeñecemos todos los días.

Pero cuanto más se encoge un ser, se disminuye, más se acerca a la nada y se aleja de Dios. Ahora bien, hacia allá se dirige la pendiente de nuestra degradación. De ahí es de donde hay que salir. De ese yugo hay que liberar a nuestra inteligencia. ¡Pero qué esfuerzos hay que hacer! ¡Qué trabajos para llegar allá! Sobre todo cuando la consecuencia es ésta: hasta ahora he tenido ideas absurdas y he emitido juicios más absurdos aún. ¿Quién se plegará a una confesión semejante?

¡Pero vamos a ver! ¿Es tan necesario el sacrificio de tales ideas y de semejantes juicios? Desgraciadamente sí, porque mientras vuestras ideas y vuestros juicios sean lo que son, podréis ser hombres honrados, pero no seréis verdaderos cristianos, menos aún religiosos perfectos.

¿En qué consisten esas ideas humanas y esos juicios falsos? Eso os lo revelará el conjunto del retiro. Pero creo que ya empezáis a daros cuenta; y si no lo sospecháis, os compadezco, eso prueba que vuestro mal es incurable.

**de nuestra
impresionabilidad**

3° ¿Qué diré del sacrificio de vuestras impresiones? So pretexto de que uno es impresionable, nos dejamos llevar a todo tipo de sentimientos, unos menos cristianos que los otros. Impresiones de impaciencia, de mal humor, de rencor, de envidia. La nomenclatura sería larga si quisiera decirlo todo. Ahora bien, ¡qué de personas viven de sus impresiones, a menudo tanto más falsas cuanto más vivas! Las impresiones tienen la influencia más nefasta sobre la razón, y a fortiori sobre el mundo sobrenatural en que deberíamos vivir. Y una condición esencial para quien quiera avanzar en la perfección cristiana y religiosa consiste en combatir sus impresiones. No siempre se logra, pero ya es mucho haberlo intentado.

**de nuestras
repugnancias**

4° Añado: la vida sobrenatural exige el sacrificio de vuestras repugnancias. “*Caro enim concupiscit adversus spiritum*: porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu” (Gálatas 5, 17). No nos engañemos. ¡Cuántas repugnancias se levantan ante el hombre que desea vivir sobrenaturalmente! Ante todo, esta razón honrada a la que le repugna todo cuanto le parece exagerado. ¡Y cuántas cosas no le parecen exageradas al cristiano que desea francamente llevar la cruz de Jesucristo, pero que también quiere seguir las ideas del mundo! Entre las dos hay que elegir. Y la debilidad humana está ahí gritando: “¡Piedad!, ¡no acabéis conmigo de una vez!”. Resulta duro, efectivamente, someterse a severas prescripciones que parecen o mezquinas o crueles, porque hasta allá se llega: todo eso quiere ser

sacrificarlo sin piedad, todas las repugnancias quieren ser vencidas. ¿Cuándo comenzaremos de una vez?

**de todos nuestros
deseos humanos**

5° Pero no basta pisotear las propias repugnancias, hay que poner freno a todos los deseos humanos, y ya sabemos cómo la carne se siente atormentada. ¡Cuántos sueños en los que la imaginación se pierde! Hay que cortarles las alas. ¡Sueños de éxito, sueños de dominio, sueños de influencias, sueños de legítimo afecto, sueños de estudio, sueños de soledad, sueños de santidad! Sí, se trata sólo de sueños, pero Dios quiere el cumplimiento purísimo, rectísimo, sencillísimo, amorosísimo de su voluntad, celosa con toda razón de cualquier usurpación más o menos enmascarada por parte de su criatura, bajo la forma de deseos. No, sólo necesitamos la voluntad de Dios: “*Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus*: Señor, todo mi deseo está puesto ante tus ojos y mi gemido no se te oculta a ti” (Salmo 38, 10). Todo cuanto deseo está ante ti, todo cuanto lamento no tener tú lo conoces, nada te oculto: mi deseo, mi único deseo eres tú, no quiero nada más; todo lo demás no es sino un medio que tengo para ir a ti, y ya que tú conoces mejor que yo el modo de unirme a ti, es a ti a quien me dirijo, es a ti a quien deseo, sólo contigo quiero contar para dirigir mis pasos allí donde te poseeré sin divisiones.

de nuestra rutina

6° Eso no basta. En la vida religiosa contraemos ciertos hábitos, pero como se trata de hábitos, la rutina se mezcla con ellos; dejan de ser sobrenaturales si no velamos atentamente. Actos externos excelentes, intenciones vacías: tiempo perdido para el cielo, y no sólo perdido, sino muy a menudo mal empleado. Si no quedara nada de la jor-

nada de un religioso, ya sería triste, pero como su estado implica un esfuerzo continuo hacia la perfección, la costumbre en las buenas obras, al amortiguar el primer empuje, le hace perder su energía para el bien; el tesoro de sus buenas obras disminuye en proporción, sus virtudes de agostan, el abuso de las gracias comienza, la aridez ocupa el fondo de su alma, el árbol no da ya fruto; lo cortarán, lo tirarán al fuego. ¿Por qué? Porque la tiranía de los hábitos, buenos al principio, pero pronto meramente humanos, lo ha vuelto estéril. Pensadlo bien, y si los hábitos de tibieza os han invadido, daos prisa en recuperar vuestro fervor primero.

de toda vulgaridad 7º Finalmente, os diré: ¿queréis entrar en la vida sobrenatural?

Salid del círculo estrecho de esos cristianos bastos, mediocres, vulgares, que sólo toman la ley de Dios por el lado más rebajado. Su aspiración a caminar a ras de tierra es espantosa. Subid más arriba. Ciertamente, como nunca la vida cristiana está necesitada de grandes reformas. Dejemos de lado a los demás, ocupémonos primero de nosotros mismos, veamos cómo nuestro nivel ha bajado y qué importante es elevarlo. ¿Cómo lo conseguiremos si no es mediante un esfuerzo constante hacia la vida sobrenatural?

He ahí lo que habéis de sacrificar. Tengo que deciros tres grandes aceptaciones a las que es importante que os decidáis, si queréis ser hombres realmente sobrenaturales.

II.- Aceptación del espíritu de Jesucristo

Para no resultar demasiado largo me atenderé a tres aceptaciones principales:

las ideas de la fe 1º Aceptación completa de las ideas de la fe. Cuando Nuestro Señor vino al mundo a predicar la Buena Nueva, decía: “*Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris*: Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas” (Juan 8, 12). Venía a disipar las tinieblas extendidas por las pasiones, la vana sabiduría, los vapores inmundos, la carne: “*Et erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Pero, como dice el Evangelista: “*In ipso vita erat, et vita erat lux hominum, et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt*: En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz ha brillado en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron” (Juan 1, 4-5). He ahí la historia a lo largo de los siglos, de la lucha de Dios y de su vida y de su luz contra las tinieblas y la muerte. Dejemos de lado la lucha contra la impiedad, hablemos de nosotros mismos.

El alma que aspira a la perfección sólo es perfecta en la medida en que posee la vida, la vida del Verbo, y esta vida es la luz de la humanidad. Pero esta luz no es aceptada, no es comprendida. Viene y se ve rechazada: “*Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt*: brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden. El Verbo viene a lo suyo, pero los suyos no le reciben: *In propria venit et sui eum non receperunt*”.

Sin duda, no somos de los que rechazan totalmente la luz, pero somos de los que sólo quisieran recibirla en parte. Nos asusta, en su resplandor demasiado acusador. ¡Pues bien! hay que tener el valor, cuando se es hijo de la luz y del día, de contemplar el sol. Dios ha purificado los ojos del auténtico cristiano, del perfecto religioso: miremos todas las cosas a su luz. No cabe duda de que experimentaremos extrañeza, pero ¿qué importa si final-

mente la consecuencia es que veremos todas las cosas como Dios las ve, que juzgaremos como él, que despreciaremos lo que él desprecia, que estaremos lo que él estima, y que la vida y la luz divinas, mediante la fe, van a ser para nosotros en la tierra el preludio de la vida y de la luz en la gloria?

**los impulsos de la
esperanza**

2° Si la fe ilumina nuestros juicios, su luz nos orientará hacia el término de nuestros deseos:

esto será la aceptación de los impulsos de la esperanza. Si Dios es la vida, si Dios es la luz, él es el Bien supremo. A este bien es al que debemos aspirar. ¿Y qué ha venido a hacer el Salvador aquí abajo, si no es a enseñarnos a buscar la felicidad eterna en los bienes sin límites? Ahora bien, ¿dónde está el bien sin límites fuera de Dios, y de sólo Dios?

¡Qué bienhechora es para nosotros la luz de Jesucristo si nos enseña a buscar únicamente aquella piedra preciosa por la que el mercader de la parábola vende con gusto todo lo demás para poder comprarla! ¡Oh, bien sin límites! ¡Oh, belleza incomparable! ¡Oh, fuente de toda alegría inagotable! Hacia ti quiero lanzarme, liberado de todo bien terrestre. Dame alas para que vuele hacia ti, por encima de las mentiras vanas de la tierra, y que no encuentre reposo sino en ti. Sí, acepto que me guíes en busca de la felicidad. Tú eres la meta, tú elevarás mis sentimientos transportándolos en adelante al mundo divino.

**las exigencias del amor
divino**

3° Por fin, aceptación absoluta de todas las exigencias del amor divino. Todo es posible para el

que cree, todo es fácil para el que ama. Pero hay que amar y de eso nuestra alma es incapaz. Nuestro corazón es demasiado estrecho, si Dios no lo ensancha con su poderosa

mano. Ahí está el esfuerzo: abandonarse en Dios y decirle: “¿Qué quieres de mí para probarte que te amo?” Es la pregunta de Pablo derribado en el camino de Damasco. El amor de la criatura tiene preguntas llenas de ardor; el amor del Creador tiene a veces respuestas terribles. Este amor es celoso. ¿Qué no ha exigido de sus grandes servidores? ¿Qué no te pedirá quizás?

A la luz de la fe, pues, es como debéis examinar lo que estas exigencias tienen de legítimo; en los suspiros y las aspiraciones de la esperanza es donde debéis apreciar la medida de vuestros ardores; a la luz y en las llamas del amor es como debéis avanzar hacia esta vida, que se os propone, que parte de las seducciones de Dios, que se persigue con su ayuda y que se consume en su Corazón.



SÉPTIMA MEDITACIÓN

LOS TRES GRADOS DEL PECADO

“Puella, tibi dico, surge! Niña, a ti te digo, ¡levántate!” (Marcos 5, 41).

Los intérpretes han afirmado que las tres resurrecciones de muertos, indicadas en el Evangelio, son los tres grados de la muerte espiritual de la que nos puede arrancar la gracia. Ordinariamente nos muestran el primer grado del pecado mortal en la resurrección de la hija de Jairo, el segundo grado en la del hijo de la viuda de Naím, el tercero en la de Lázaro arrancado de la tumba al cuarto día de su muerte.

No me propongo hablar hoy del pecado mortal. Deseo creer que todos estáis liberados de él. Tampoco seguiré el orden comúnmente adoptado. Prefiero ver en estas tres resurrecciones, tres estados distintos del religioso despertado durante el retiro y saliendo no de diversos grados de muerte sino de enfermedad espiritual, y limitaré lo que tengo que deciros a este estudio tan importante.

I.- Lázaro

*Deterioro de la vida sobrenatural
en los religiosos ancianos*

Lázaro, querido por Jesús, sale de la tumba después de cuatro días. Había caído enfermo y sus hermanas envían un mensajero a Jesús para decirle: *“Domine, ecce quem amas infirmatur:* Señor, aquél a quien tú amas está en-



fermo” (Juan 11, 3). Jesús no va a visitarlo; al contrario se aleja.

¿Qué decir entonces de esta manera de comportarse? Es terrible, no para Lázaro, ya que hará resplandecer el poder y la amistad de Jesús por él, sino para tantas almas amadas de Jesús y luego abandonadas por él en la más deplorable decadencia.

**Cómo llega este
deterioro**

Es incontestable que esta alma, hoy objeto de su disgusto, ha sido amada por el Salvador.

¿Pero cómo ha llegado a esto? ¿Cómo, al avanzar en edad y en los días de su vida religiosa, ha podido caer en un relajamiento que no es aún la muerte, pero que se le parece mucho? ¿Qué esfuerzos ha realizado para huir del pecado, para practicar la regla y desarrollar en ella las virtudes propias de su estado? ¿Por qué ha vestido el santo hábito? ¿Por qué ha pronunciado los votos? Preguntádselo a aquellos que no habiendo podido soportar el yugo han apostatado. ¿A qué profundidad han llegado en su caída? Dios os lo dirá si le preguntáis. Han caído poco a poco, el espíritu de su vocación se ha retirado de ellos porque han sido infieles a la gracia, porque las ideas sobrenaturales les han abandonado, porque la multiplicidad de sus infidelidades, aparentemente leves, les ha rodeado poco a poco, como mil pequeñas ligaduras que no han podido romper cuando llegó el momento de la tentación y el combate.

**Estado de alma de los
religiosos**

Entonces se han encontrado sin fuerza, como Sansón a los pies de la hija de los Filisteos, por quien se había dejado seducir, y llegan las caídas secretas a la espera de las caídas públicas. ¿Cuánto tiempo puede durar este estado? Sólo Dios sabe. Pero, ¡cuán peligroso es! Tanto más cuanto que ya no existe el remordimiento.

Se ha formado una conciencia cauterizada, según la expresión del Apóstol, una conciencia insensible y como paralizada. Ahí es cuando se puede percibir el inmenso peligro de las ideas falsas o falsificadas. ¿Por dónde tomaréis a esa alma? No está muerta, lo reconozco, ¿pero en qué horrendo letargo se ha hundido? ¿Quién la despertará? ¡Y cómo crece la dificultad a medida que pasan los días! Triste destino del alma llamada a tan alta perfección y para quien el número de años pasados en la vida religiosa no sirve más que para agravar el peso de su desgracia y para disminuir las probabilidades de su salvación. Ahora bien, este lamentable espectáculo, ¿no lo tenemos constantemente ante los ojos? Cuanto más se multiplican los beneficios, más aumenta la ingratitud. ¿A dónde irá a parar esta alma con semejantes disposiciones, esta alma que debía hacer tanto para la gloria de su Dios, para el honor de su Esposo celestial, para el cumplimiento de la invitación divina?

Su gravedad ¡Qué humillación profunda debe inspirarnos un estado semejante, si tenemos la desgracia de reconocernos en un cuadro así! ¡Qué escasa probabilidad de presumir tiene el orgullo y qué pocos motivos de exaltación tiene aquella satisfacción de nosotros mismos que nos causa tan secretas alegrías!

Seamos sinceros: el alma religiosa que ha llegado a este estado no está muerta; se está muriendo; y como su estado dura desde hace cierto tiempo, se ha acostumbrado a él y ya no se preocupa, vive en su parálisis espiritual. No siente ningún deseo de pedir la salud; no sufre demasiado, no tiene grandes remordimientos, ya no sabe lo que es el fervor ni la detestación del pecado; trata a la ligera sus faltas; y así transcurren los años que la separan de la tumba y de su juicio. ¿Quién le dirá el momento en que habrá pasado del pecado venial al pecado mortal? Daos cuenta

de que si llega el pecado mortal no será percibido, a tal punto el hábito del pecado venial le ha insensibilizado. ¿Quién le hará notar la diferencia entre una maledicencia más o menos ligera y la maledicencia que causa la muerte al alma? Lo mismo para con los demás pecados.

¿Estáis en ésas, vosotros los que desde hace tiempo, mediante los santos votos, estáis enrolados en el servicio de Nuestro Señor? ¿Qué vais a hacer durante este retiro para liberaros de un estado semejante?

II.- El hijo de la viuda de Naím

Deterioro de la vida sobrenatural en los religiosos jóvenes

El hijo de la viuda de Naím. ¿Por qué se murió este joven? Sólo Dios sabe, pero todos los intérpretes ven en él la figura del alma que acaba de sucumbir a una falta muy grave, aunque el hábito de pecado no haya sido contraído aún como en el caso de Lázaro. Este estado, ¿no será el de un joven religioso o novicio víctima de una reciente prevaricación? Su estado es grave pero es reciente; todavía puede retornar, sobre todo si el pecado mortal no se ha consumado; pero, ¡qué difícil resulta para un ser disminuido, roto, herido! Quiere y no quiere; su voluntad se va como en girones, y ha llegado el momento de llevarlo a la tumba.

Cómo se manifiesta este deterioro ¿Acaso un estado semejante no es el vuestro, vosotros que desde hace algún tiempo habéis dado vuestro nombre a la milicia más perfecta de Jesucristo? Qué otra cosa deseáis después de la advertencia que os hace Nuestro Señor durante este retiro: “Joven, a ti te digo, ¡levántate!” [Lucas 7, 14]. He ahí el mandato de quien es la vida divina, y al comunicarse esta vida al

cadáver, el alma se reúne con el cuerpo, y Jesucristo se lo devuelve a su madre.

¿Esta historia será la vuestra, jóvenes religiosos, novicios al principio llenos de fervor y de repente caídos en la más deplorable apatía? El yugo de la regla os hiere, la idea de obedecer os subleva, la práctica de la caridad os resulta odiosa. ¿Qué he venido yo a hacer aquí?, os preguntáis sin tregua; y si no estáis del todo muertos a la vida de la gracia, sí lo estáis o parecéis estarlo a la vida religiosa. ¿Cuál es la causa de este estado? Una tentación aceptada, una cobardía cometida, una falta acaecida, el abandono del alma a los recuerdos antiguos, no sé qué nostalgias de la libertad perdida; en fin, la vida de fervor se ha transformado en una vida de profunda repugnancia. ¿Qué impide partir? No sabemos. A menudo se parte. Y en vez de ser un santo, consentimos en descender al estado de un cristiano vulgar, y todavía no nos quedaremos ahí. ¿Hasta dónde irá, pues, esta situación?

**Peligros que hace
correr**

Mis queridos Hermanos, estoy espantado, pues si los religiosos jóvenes y los novicios están en ésas, ¿qué va a ser de la Congregación en la que han comprometido sus votos? No os hagáis ilusiones. Este estado no sólo es peligroso para quienes lo sufren, lo es también para los que los rodean. Por eso, nunca podré insistir suficientemente: cambiad, o marchaos, no sólo por vosotros, sino por el escándalo que causáis. Mirad qué son esas conversaciones que no respiran sino veneno; mirad esos ejemplos que hacen decir: “Mi vecino actúa así, yo también puedo hacer lo mismo”. Y fijaos que este proceder es reciente. No hace tanto tiempo que habéis entrado en religión; ayer, sin ir más lejos, estabais abrasados de fervor. ¡Qué corto ha sido ese fervor! La llama de los deseos santos se ha extinguido pronto y de tantas resoluciones magníficas sólo queda un poco de ceniza. ¿Qué hacer?

Esperanza de curación Pues bien, os lo diré: Si Jesucristo ha resucitado al joven de Naím para devolvérselo a su madre, ¿Jesucristo no va a poder resucitaros para devolveros a la Congregación? Para más de uno, estoy seguro, si me he hecho comprender bien, el momento es solemne, no sólo depende de vosotros, pero depende de vosotros. El retiro es el paso de Jesucristo. Está aquí. Te manda que te levantes. ¿Le obedecerás? ¿Renunciarás al triste aparato de la muerte de tu alma? ¿Abandonarás este inicio de corrupción que te penetra y que infecta tu inteligencia? Cuestión de enorme importancia, porque de ti depende volver a tus disposiciones evaporadas; sólo que, después de las experiencias comenzadas, importa reflexionar con madurez; y si resultan humillantes hay que saber tomar valientemente partido. ¡Qué tema de meditación y de resoluciones generosas, si lo queréis!

III.- La hija de Jairo

Caída pasajera - rapidez de contrición

Por fin, existe un tercer estado, menos grave sin duda, pero terrible de todos modos. Sólo el juicio final nos revelará el número de condenados que sólo habían cometido un único pecado mortal. ¡Cuántos religiosos pierden su vocación por una sola infidelidad! ¿Por qué? Porque Dios no nos debe nada y, al no debernos nada, es muy dueño de retirarse en cuanto abusamos de sus dones. ¡Pobre del alma religiosa que no conoce el precio de los favores divinos! ¡Pobre del alma religiosa que habiendo cometido una falta grave no se apresura a repararla, a expiarla, a expulsarla de su ser! Y sin embargo, ¡cuántas advertencias no se le han hecho constantemente! Me dirijo a vosotros que apenas habéis puesto el pie en los caminos

de los santos y a quienes el pecado detiene de repente. Recapacitad, daos prisa, estáis a tiempo.

Pero quizá estas faltas que tanto temo no han sido cometidas por vosotros. ¡Qué suerte! Pero guardaos de abusar. Tenéis la gracia, no la disminuyáis y meditaad a menudo sobre la jovencita de este príncipe de la sinagoga. No estáis muertos, pero dormís. Daos prisa en despertaros y que en adelante vuestro fervor compense al divino Maestro de vuestro letargo.

Conclusiones

¿A cuál de estos tres estados pertenecéis, hermanos míos? ¿Estáis sólo bajo el efecto de una caída pasajera? Admirad la misericordia del Padre que, apenas habéis caído, enseguida os levanta. ¿Estáis en aquella situación humillante en que la decadencia se acentúa más? Pensadlo. Las consecuencias pesan sobre vosotros y sobre vuestra Congregación. ¿Queréis comenzar a ser para los jóvenes miembros de vuestra familia espiritual un escándalo que arrastra cada vez más? ¿Se propagará a causa de vosotros el contagio? Mirad: para producir estos lamentables frutos basta una murmuración, una desobediencia, una de esas rebeliones que no se explican, pero que provocan otras rebeliones a su derredor. Finalmente, ¿estaríais entre aquellos miembros ancianos que se aprovechan de su derecho de progeneración sólo para vivir más relajados?

He ahí tres principales estados del alma que, después de haberse entregado a Dios, ha dado marcha atrás. Los ejemplos no son tan remotos que no se pueda decir: “También yo puedo darlos”. Una vez más, piénsalo y, dirigiéndote a Aquél que ha dicho: “Yo soy la resurrección y la vida”, suplícale que te rescite y te comuniqué, para jamás volverla a perder, la vida de los santos religiosos. ¡Así sea!



OCTAVA MEDITACIÓN

LA PUREZA DE INTENCIÓN

Nada tan delicado como el tema que abordo, no tanto por los principios sobre los que se apoya la pureza de intención, como por las aplicaciones que de ellos se deducen. Examinemos sin embargo estos principios en toda su amplitud, para poder sacar las consecuencias prácticas de que depende la santidad de la vida religiosa.

I.- Principios de la pureza de intención

La pureza de intención es un acto de la voluntad que tiende hacia una meta: *intendere*. Sólo el hombre es capaz de una intención reflexionada. El animal tiene, es cierto, la intención de correr tras su presa para devorarla, hacia el arroyo para saciar su sed, pero no actúa por reflexión y razón; porque, si tiendo hacia una meta, es porque encuentro en ella mi bien, mi ventaja, y si reflexiono, puedo considerar mi meta desde dos puntos de vista: la meta final y la meta intermedia.

**La pureza de intención
excluye cualquier error:
a) sobre la meta que hay
que alcanzar**

La meta final es el fin ulterior que me propongo y que no puede ser más que la felicidad. Todos los seres tienden a él:
Bonum est id quod omnes appetunt.

Sólo que muchos se equivocan; toman la sombra por la realidad, como se suele decir, y por eso, cuando llega el desencanto, sus lamentos son grandes y se ven forzados a repetir con los impíos de los que habla la Escritura Santa: “*Ergo erravimus*: por lo tanto nos hemos equivocado” (Sabiduría 5, 6).



Nada tan espantoso como el número de los que así se equivocan: esa es la historia de todos los que colocan su felicidad en sí mismos, como los egoístas, o por encima de sí mismos, como los avaros, los impúdicos, los ambiciosos, los hombres de la vanagloria. Dios sólo debe ser nuestra meta final, y no pienso que entre vosotros haya uno solo que la coloque en otra cosa. Como el Profeta habéis dicho: *Dominus pars haereditatis meae, et calicis mei, tu es qui restitues haereditatem meam mihi* (Salmo 16, 5).

b) sobre los medios que hay que emplear

Pero uno se equivoca sobre el medio de alcanzar esa meta deseada y ahí es donde se echa en falta la pureza de intención. Tened en cuenta que Dios no llama a todas las personas por el mismo camino. Dice San Pablo que en el cuerpo místico de Jesucristo unos son los ojos, la boca, otros son los pies, las manos. Asimismo, existen distintos servicios que hay que devolver a la voluntad divina que guía sabiamente las cosas en su conjunto. No es sobre este punto que conviene insistir. Pero mientras unos dicen con toda sinceridad: *“Notum fac mihi, Domine, finem meum, et numerum dierum meorum quis est, ut sciam quid desit mihi?”*: Señor, dame a conocer mi fin y el número de mis días; ¿cuál es, pues, para que sepa yo lo que me falta?” (Salmo 39, 5). Otros, sin consultar con Dios, hacen su propia elección y se equivocan. Su intención no es pura.

Ejemplos de error de orientación

Expliquémonos mediante ejemplos. Ahí tenéis a un joven que se cree llamado a entregarse a Dios; pero Dios le quiere en la vida activa; él, por el contrario, movido por no sé qué pereza, se refugia en una Orden contemplativa. ¿Diremos que su intención es pura? ¡No, por desgracia!

Otro está llamado a los trabajos apostólicos, pero en el retiro del claustro. Necesita sumergirse a los pies de Nuestro Señor, en el silencio de su celda, tras haber hecho resonar con los acentos evangélicos el púlpito cristiano; pero le gusta recoger personalmente a cada instante los frutos de sus trabajos y le gusta inmiscuirse en los asuntos del mundo. En vez de hacerse religioso, se hace sacerdote del clero secular. ¿Es su intención pura? Ni mucho menos.

He aquí un hombre demasiado flojo para coger el mango de un arado, demasiado cobarde para sostener un fusil; llama a las puertas de un Seminario. ¿Es pura su intención? ¿Cómo podríamos suponerlo?

¿Y qué decir finalmente de aquellos jóvenes a quienes Dios empuja hacia el santuario, pero a quienes la ambición, la vida cómoda, los placeres, ciertas ataduras del corazón retienen en el mundo, donde tal vez se perderán, o donde en todo caso Dios les hará sentir la dureza de su aguijón, pese a todo? ¿Van a donde les llama la voz del cielo? Siguen el sendero común y, en vez de santificarse mediante una vida más perfecta, privados como estarán de una multitud de gracias, se exponen a oír la sentencia del Señor: “*Amen, dico vobis, quia non novi vos*: en verdad os digo que no os conozco” [Mateo 25, 12].

¡Curiosa situación la de un hombre que podía llegar a las cumbres de la felicidad en la patria y que se expone, por no haber elegido los verdaderos medios para conseguir su meta, a una infelicidad eterna!

El caso del religioso ¡Pues bien!, existe una situación no menos funesta, y sobre la que es indispensable obligaros a reflexionar; es la del religioso que conoce su vocación y que no toma todos los medios para responder a ella de manera digna de la llamada de Dios. Ahora bien, sobre esto principalmente

es importante haceros reflexionar. Estáis al servicio de Dios, empeñados en la senda de la perfección; sólo os queda avanzar con un ardor digno de la meta que deseáis alcanzar. ¿A dónde vais y cuál es vuestra sinceridad?

¿Qué meta persigue? Examinad cuáles son vuestras disposiciones habituales. ¿A quién dirigís el término de vuestras acciones? ¿A Dios o a vosotros mismos? ¡Oh!, ¡qué preguntas terribles son éstas! ¡Y cómo se prestan a la reflexión! He entrado en la vida religiosa por Dios. ¿Puedo afirmar que sigo en ella por Dios? ¿Qué sentimientos humanos vienen a asaltarme sin cesar en el cumplimiento de la regla que practico con tibieza; en la obediencia al yugo de mis superiores que trato de sacudir cuanto de mí depende; en las relaciones con mis hermanos que me preocupan poco de edificar; en las obras de celo en que mi amor propio cuenta mil veces más que la gloria de Nuestro Señor? En todo esto, ¿qué es lo que mi conciencia puede encontrar de puro si se examina sinceramente? Nada, absolutamente nada, por desgracia. Tal es la dolorosa confesión que me veo obligado a hacer.

¿Con qué sinceridad? El hombre, desde el comienzo, ha estado ahí. Apenas Adán, expulsado del paraíso de delicias, tuvo dos hijos, uno y otro ofrecen sus sacrificios, y he aquí que Dios acepta a uno y rechaza al otro. Sin embargo, los dos habían sacrificado sobre el altar del Altísimo. ¿Por qué tal diferencia? Porque la intención de uno era pura y la del otro no. Uno buscaba a Dios y el otro se buscaba a sí mismo. En sí, los dos sacrificios eran excelentes; pero de los que los ofrecían, uno era agradable a causa de su rectitud, el otro era rechazado a causa de sus sentimientos interesados.

Ahí tenéis en una misma casa a dos religiosos bajo el mismo yugo, practicando los mismos ejercicios, los mismos trabajos, las mismas austeridades, y Dios trata a uno con amor y al otro con ira. ¿Por qué? Porque el Señor mira al fondo del corazón: “*Deus autem intuetur cor*” (1 Samuel 16, 7), y mientras el corazón de uno es puro en su intención, el corazón del otro no lo es.

Señor, tiemblo ante tales pensamientos. ¿Es mi corazón suficientemente recto ante ti? ¿Te busco sinceramente en todo cuanto hago y no tengo ningún reproche que hacerme en este espantoso tema? No permitas que me aleje nunca de tu voluntad y haz que, conformando mi intención con tus intenciones divinas sobre mí, seas tú a quien yo busque y sea a ti a quien encuentre al término de mi vida.

II.- Condiciones para la pureza de intención

No conozco ninguna más necesaria que las que os propongo: la sinceridad, la obediencia y la energía.

1º *La sinceridad.* Efectivamente, existe una cuestión de buena fe y a primera vista nada tan fácil como ser sincero, cuando se trata de negocio tan importante. ¡Gran equivocación! Nos hacemos ilusiones muy fácilmente, ya sea por un sentimiento de entusiasmo mal razonado, sea por un movimiento de presunción poco razonable, sea por un repliegue personal y egoísta sobre sí mismo, sea por influencias externas que nos afectan sin saberlo. Ahora bien, con estas condiciones ¿cómo ser sincero, tanto más cuanto que en muchas circunstancias la sinceridad implica un esfuerzo? Tras una comunión fervorosa, estáis en un admirable arrobamiento; como Santo Tomás, decís a vuestros hermanos: “*Eamus et nos et moriamur cum illo*”: vamos también nosotros

y muramos con él” (Juan 11, 16). Pero este hermoso fuego no dura mucho y si llega la hora de la prueba se puede esperar que, como Santo Tomás y los apóstoles, emprenderéis la fuga: aquel fervor no era sincero. O bien, habéis aceptado una vida relativamente penosa, sin entusiasmo, y sin ninguno de los sentimientos elevados que se requieren para que resulte una fuente de verdadera felicidad para vosotros.

Habéis hecho vuestros cálculos humanos y de tales combinaciones resulta que, al no buscar únicamente a Dios y habiendo entrado en la vida religiosa por cálculo, perseveráis en ella sin fervor y termináis por morir en ella sin esperanza y sin consuelo. Habéis vivido en ella de manera mecánica y bien sabéis lo que Dios os reserva después de la tumba. No fuisteis sinceros al entrar, no teníais celo mientras vivíais en ella y os habéis endurecido al morir allí. ¡Qué horizonte aquél!

¿Pero por qué tardarse en tan tristes pensamientos? ¿No será mejor estudiar, para imitarle, al religioso sincero que pide a Dios desde el fondo de su corazón la luz y que dice a Nuestro Señor, como el ciego del Evangelio: “*Domine, fac ut videam!*: ¡Señor, que vea!” (Lucas 18, 41)? Sólo tiene un deseo, seguir siempre la vía recta. ¡Si tal deseo es perseverante, que esté tranquilo, se realizará!

2º *Intención guiada por la obediencia.* Uno de los consuelos de la vida cristiana consiste en que no necesitamos tener siempre razón para ir al cielo. ¿Quién puede presumir de infalible? A lo que sí estamos obligados es a ir de buena fe en nuestro esfuerzo para estar en la verdad. ¡Pues bien! Dios nos da un medio seguro: la obediencia. Mientras no nos manden hacer el mal objetivo, estemos tranquilos y pongámonos en manos de Dios haciendo la voluntad de nuestros superiores. Purifiquemos nuestra intención mediante el sacrificio de nuestra

voluntad propia. Quizá nuestra sabiduría se inclinaría en una dirección distinta de la que nos es indicada: no nos asustemos. Sabemos que seguimos la voluntad de Dios, manifestada por aquellos que Dios ha puesto por encima de nosotros. Que eso nos baste para caminar en la paz.

3° *La energía*. Pero no basta conocer claramente el medio para conseguir la meta de toda creatura razonable, se necesita energía para poner manos a la obra, y lo que muy a menudo frena la pureza de intención es la obligación de obrar según lo que sabemos que hemos de hacer. El Espíritu Santo ha dicho a propósito del impío: “*Noluit intelligere, ut bene ageret*: no quiso comprender, para no tener que actuar bien” (Salmo 36, 4). Actuar bien es muy duro y para excusarse uno se esfuerza por no entender. Espantoso estado que se aplica sin duda a los grandes pecadores, pero que también funciona en muchas circunstancias de la vida. Ausencia de energía para enfocar y conocer el propio deber, falta de energía para poner en práctica aquello que sabemos muy bien. ¿Qué sucede? Que poco a poco nos ejercitamos en ver mal y al final no sabemos ver bien. ¿No es éste el estado de un montón de almas piadosas que veo a mi alrededor? ¿No es acaso el mío? Veo lo que tengo que hacer, pero me falta la energía para poner manos a la obra, y me refugio en un montón de falsas razones que, a fuerza de repetírmelas, termino por suponerlas buenas.

Conclusión. Señor, dame la mayor pureza en mis intenciones y la energía aún mayor para ponerlas por obra. Hazme ver todo lo que tengo que hacer y dame la fuerza de realizarlo. Lo que mandes será duro quizá, pero poco importa con tal de que llegue yo a mi auténtica meta que eres tú. ¡Oh, Señor!, te diré: “*Illumina oculos meos ne*

unquam ab dormiam in morte: ilumina mis ojos, no me duerma yo en la muerte” (Salmo 13, 4). ¡Que mi ojo sea sincero y que, cuando haya conocido mi deber, tenga el valor de cumplirlo!



NOVENA MEDITACIÓN

LA PENITENCIA

“Tunc Jesus ductus est a Spiritu in desertum ut tentaretur a diabolo, et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit. Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, y después de ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre” (Mateo 4, 1).

Jesús quiere ser el modelo de nuestra penitencia y Aquél que ha dicho: “Haced penitencia, porque el Reino de Dios está cerca: *Poenitentiam agite, appropinquavit enim regnum coelorum*” (Mateo 4, 17), quiere enseñarnos, con su ejemplo, en qué consiste esa penitencia. Retengamos algunas notas principales: 1º su carácter sobrenatural; 2º la soledad; 3º el silencio; 4º la lucha; 5º la privación.

I.- El carácter sobrenatural

Porque efectivamente existen muchas penitencias que no tienen ningún rasgo en el que se pueda reconocer la acción del Espíritu Santo. Ved esas penitencias terribles de la India. Examinad aquellos heréticos que se doblegaban bajo el peso de las austeridades; los mismos judíos se sometían a austeridades muy fuertes. ¿Se encuentra en ellas el carácter sobrenatural? No os lo creáis. Se ha visto en el paganismo a ciertos padres inmolar a sus hijos a Moloc. La crueldad está presente en un montón de



prácticas anticristianas. No, la penitencia por sí misma no siempre es sobrenatural. ¿Qué necesita para serlo? Tiene que ser dirigida. “*Tunc Jesus ductus est a Spiritu*: Jesús fue conducido por el Espíritu”. He ahí el impulso del Espíritu divino. En Jesucristo éste podía ser directo; en los cristianos necesita los consejos de una sabia dirección.

Efectivamente, muy a menudo se puede tomar como inspirada por Dios una penitencia que no es sino el efecto de una imaginación más o menos calenturienta, o de nervios más o menos sobreexcitados. Uno se precipita con furor en ciertas maceraciones que no prueban ser sino un ardor excesivo y de corta duración. Se deja uno llevar a excesos y el agotamiento termina pronto con tales ardores inconsiderados. Mirad dónde estáis y no vayáis demasiado lejos, pero mirad también hasta dónde debéis dejaros ir, o mejor hasta dónde debéis dejaros conducir. Aquí todo debe estar por encima de la naturaleza, y para ello todo debe estar, conforme con el espíritu de Dios, gobernado por quienes tienen cargo de almas. Sin exageraciones en un sentido, sin pusilanimidad en otro, y en todo, sumisión a la dirección sobrenatural. *Tunc Jesus ductus est a Spiritu*.

Así es como, hace notar San Agustín, Lázaro es el modelo del alma penitente; es atraído por el poderoso grito de Jesús: “*Lazare, veni foras*: ¡Lázaro, sal fuera!” (Juan 11, 43). Obedece a esta voz; todavía no camina, tienen que desatarlo. ¿Quién? La Iglesia, señala aún el gran Doctor; y en esto el alma debe someterse al poder establecido en esta Iglesia: si se somete, así es como será guiada por el Espíritu Santo hacia la penitencia y hacia el perdón que es la consecuencia.

II.- La soledad

El Espíritu Santo empuja al Salvador a la soledad, al desierto. Felices las almas que, queriendo hacer peniten-

cia, tienen hambre y sed de soledad para considerar su pecado, y dicen con el Profeta: “*Et peccatum meum contra me est semper*: tengo siempre presente mi pecado” (Salmo 51, 5). Sí, se necesita la soledad, la separación del mundo para ponerse frente al propio pecado, para estudiarlo en su fuente, en su malicia, en sus lamentables secuelas. ¿Y quién tiene tiempo, en el mundo, para vivir esta vida de búsqueda interior, de contemplación de la propia miseria y de la degradación en que el pecado le ha puesto?

He ahí por qué tantos anacoretas han poblado el desierto; la vista de los pecadores cuyos excesos habían compartido se les hacía insoportable; o bien se alejaban de los hombres por miedo a cometer las mismas faltas que ellos. La soledad era para ellos una salvaguarda. Decían: lejos de los hombres, Dios es menos ofendido, el pecado y sus ocasiones se alejan y las tentaciones pueden ser combatidas más fácilmente.

Pero sobre todo, y esto es importante, la soledad permite elevarse hacia Dios; calma las pasiones; da cierta audacia para pedir ver. No es que la soledad haga caer todos los velos de la fe, pero la claridad se hace más intensa y el corazón se purifica en ella. ¡Feliz el alma solitaria! Todas no están llamadas al desierto absoluto como aquél al que llevó el Espíritu a Nuestro Señor, pero todas están llamadas a tomar algunos días de retiro: “*Venite seorsum et requiescite pusillum*: venid aparte y descansad un poco” (Marcos 6, 31). Lo importante es aprovechar esta soledad y este reposo para conquistar nuevas fuerzas y así entrar en un mayor horror del pecado y en una idea más perfecta de la reparación debida a Dios.

III.- El silencio

en que se habla con Dios No estoy hablando de aquel silencio al que San Agustín llama “el frío de la caridad, *frigus caritatis*”, sino de aquel silencio que el divino Maestro mismo observó en la soledad del Jordán y en el que, a medida que hablamos menos a los hombres, hablamos más a Dios; y no es que la voz de lo alto se deje oír siempre, por eso la soledad y el silencio parecen unirse para atormentarnos.

Hemos huido de las conversaciones de los hombres; no se oye el lenguaje de Dios. Jamás situación fue más cruel para quien necesita apoyarse en alguien. Esa es precisamente la situación del prisionero condenado a la reflexión, al replegarse sobre sí mismo. Estamos obligados, en efecto, a replegarnos sobre nosotros mismos y estamos abocados a contemplarnos en toda nuestra fealdad. Espectáculo deplorable, pero que impele a la humildad ante la evidencia del desprecio que hemos merecido a causa de la vergüenza de las ingratitudes pasadas. Y no hablo de las culpas.

en que se calman las pasiones El silencio puede ser considerado desde otro punto de vista no menos útil para la penitencia. En la soledad las pasiones se apaciguan. El trato con los hombres suscita los deseos impuros, el amor de las riquezas, la vanagloria, la ambición y todas las impresiones malvadas que forman su triste cortejo.

El silencio de la soledad brinda la ocasión de descubrir la vanidad, la locura, el crimen de todas esas emociones del alma. Salvo lo necesario, ¿qué otra cosa puede desear el alma solitaria y silenciosa? ¡Cuántos objetos de sus deseos desordenados desaparecen por sí mismos!

Añado que este silencio tiene sus encantos; porque si Dios se calla durante cierto tiempo y si ve al alma perse-

guirle con sus deseos, no puede quedar siempre impasible. Responde a la llamada que se le hace; se entrega cuando se alejan todos los obstáculos que se oponían a su manifestación. ¡Qué momento más precioso para pedirle perdón!

Ciertamente, la pecadora pública no estaba en la soledad cuando, con su frasco de perfume, fue a buscar al divino Maestro en casa de Simón el leproso [Mateo 26, 6], pero guardó un profundo silencio. Todo sucedía entre ella y su Salvador. ¡Silencio precioso aquél! Que os sirva de modelo y os enseñe cómo habéis de callaros y esperar, lejos de los discursos de los hombres, a que Dios se digne hablaros. Esta espera silenciosa os purificará y os dispondrá a la conversión, ya que aquí la penitencia es la preparación para un cambio completo.

IV.- La lucha

Jesús mismo tentado por el demonio

Arrepentirse y continuar con la vida de pecado es una profunda contradicción que Dios no puede querer. En esto, el divino Maestro no puede servirnos de modelo del cambio y de la transformación que ha de operarse en el alma del pecador; pero, aunque es la inocencia misma, quiere consentir en ser atacado para servirnos de modelo en nuestros esfuerzos y nuestros combates por recobrar la libertad que el pecado nos ha hecho perder. Por eso es conducido por el Espíritu al desierto “para ser tentado por el demonio: *ut tentaretur a diabolo*”. Queréis llevar una vida más fuerte, más santa, más divina, entonces preparaos para la tentación: *para animam tuam ad tentationem*.

Las sugerencias del demonio

No os hagáis ilusiones, el reino de los cielos sufre violencia [Mateo 11, 12], hay que conquistarlo con las armas en la mano. Y mirad, efectiva-

mente, lo que sucede. Jesús ve al tentador acercarse a él. Satán no le conoce aún; ignora con qué adversario se va a enfrentar. ¿Es el Mesías? Por eso procede con preguntas insidiosas: “*Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*: si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes” [Mateo 4, 3]. Sí, sin duda, pero para eso hay que hacer un milagro, y lo que Jesús quiere ocultar quedará descubierto. Por lo tanto, el milagro no se realizará y Satán será vencido una primera vez por el silencio de Aquél a quien quiere tentar para descubrir su secreto. Que esto representa una derrota concreta para Satán, lo prueban los nuevos ataques que realizará. No recomenzaría con un encarnizamiento tal, si algo no le dijera que está en juego su imperio; y eso es precisamente lo que intenta Satán, con un sentimiento de terror menos profundo sin duda, cada vez que teme que un alma esté dispuesta a escapársele.

Ello no quita que viene a nosotros en cuanto empezamos a realizar ciertas renunciaciones y nos dice: “*Dic ut lapides isti panes fiant*: di que estas piedras se conviertan en panes”. Mira tu situación: mira todo lo que necesitas. ¡Vamos!, no vivas de imprudencias y comienza de una vez por todas a tomar providencias útiles. ¡Ay! ¡Por desgracia, la lucha es difícil y tantas veces nos hemos dejado arrastrar en ella! ¡Cuántas veces hemos cedido por una desesperante cobardía! Esta cobardía, ¿cuántas veces servirá de portavoz al diablo, para hacernos comprender mejor las exigencias de la carne? Sepamos, sepamos vencer todas estas tiranías. La huida, guiados por el Espíritu Santo, nos será muy ventajosa. Vayamos al combate diciendo que lo que necesitamos es un alimento totalmente nuevo, y que tras haber dado al cuerpo el pan que reclama, necesitamos saber alimentar también nuestra alma con la Palabra de Dios.

Diré poca cosa de la tentación de vana gloria que sufrió el Salvador en lo alto del Templo. No, creo que la reflexión nos ha mostrado claramente lo vanas que son

nuestras pretensiones. Paso por encima del espectáculo de todos los reinos mostrados al Salvador. ¿Qué prueba eso? Que Satanás es un agresor muy vulgar y que sería fácil vencerlo si quisiéramos permanecer en la verdad. A eso nos dispone maravillosamente la penitencia.

Destaquemos que Jesús es llevado al desierto para ser tentado. Vayamos donde vayamos la tentación nos perseguirá. La soledad más profunda no podrá librarnos de ella; hay que tener el valor de aguantar las angustias correspondientes, y en esto hay algo maravilloso sin embargo, y es que en la soledad Satanás queda privado de una cantidad de medios para luchar contra nosotros; le faltan las criaturas y eso es mucho.

En todo caso, si la soledad y el silencio nos han preparado, tendremos la probabilidad de salir más fácilmente vencedores de sus ataques.

V.- La privación

“Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit: Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre” [Mateo 4, 2]. Jesús pasa por un ayuno muy riguroso. Pero no es precisamente sobre el ayuno sobre lo que quiero insistir. Quien dice ayuno dice privación, pero importa mucho examinar a qué privaciones hay que recurrir para hacer realmente penitencia. Hay aquí una enorme cuestión que hay que dilucidar: la penitencia del ayuno, hablando con propiedad, ¿no debe acaso ser sustituida por el ayuno de los ojos, de las orejas, de la lengua, de ciertas satisfacciones del corazón, de la imaginación, de la independencia, del legítimo éxito? Me parece que en este aspecto, quien quiera hacer penitencia puede hacer cantidades.

Basta querer y ofrecer a Nuestro Señor un sacrificio muy fecundo, con tal que concierna todo aquello median-

te lo cual pueda ser santificada la vida: “Desgarrad vuestros corazones y no vuestros vestidos”, dice el Profeta: “*Scindite corda vestra et non vestimenta vestra*” (Joel 2, 13). La penitencia del corazón es la que reclama Dios ante todo: “*cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*” (Salmo 51, 19).

Entrad, pues, en vosotros mismos; escuchad la voz de Dios; alejaos por un tiempo de los hombres; guardad silencio alrededor vuestro; luchad con Satanás, con vuestras pasiones: privaos, arrancándolas, de cualquier principio malo; comenzad con confianza la vida que desde hace tanto tiempo Dios os reclama; y cuando volváis a vuestras ocupaciones diarias, edificaréis a vuestro alrededor, porque os habréis convertido en hombres nuevos.



DÉCIMA MEDITACIÓN

LA REGLA

La vida del hombre necesita ser regulada y, fuera de las leyes, existen numerosos reglamentos que fijan las obligaciones que surgen de las diversas situaciones. Lo mismo vale para la vida religiosa. Por eso es bueno volver una y otra vez sobre la gran cuestión de la Regla.

La voy a considerar desde tres puntos de vista: 1º la importancia de la regla; 2º el alcance de la regla; 3º el espíritu de la regla.

I.- Importancia de la Regla

Para muchos, la regla es un librito que dice cosas más o menos claras, más o menos aplicables, y de las que no se hace gran caso, si se juzga oportuno, ya que es sabido que la regla no obliga bajo pena de pecado.

Probada por: La Iglesia no lo cree así, y el modo como ha reducido a unas pocas reglas principales las bases de toda Orden que vaya a ser

a) la estima de la Iglesia

aprobada por ella, muestra a las claras la manera como entiende hacer respetar estas reglas fundamentales.

b) su contenido En segundo lugar, en la regla está la parte que concierne a la ley de Dios, que siempre obliga; luego está lo que concierne a los votos y que no es menos obligatorio, desde el momento en que nos hemos comprometido en ello, y finalmente hay algunas prescripciones cuya violación por



desprecio constituye un pecado más o menos grave, según la gravedad de la prescripción.

c) la santidad de los legisladores Pero si nos colocamos desde el punto de vista de quienes han redactado la regla ¿qué veremos?

Hombres santos que tienden a la perfección mediante esfuerzos comunes, según la palabra del Espíritu Santo: “*Fratres qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma*: aquél que es ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada” (Proverbios 18, 19). Son hermanos que se ayudan mutuamente para buscar la vida incorruptible, mientras otros buscan la vida corruptible: *Illi quidem ut coronam corruptibilem accipiant, nos autem incorruptam*” (1 Corintios 9, 25).

d) la excelencia de los consejos evangélicos De lo cual resulta que toman los medios más excelentes y que, aplicándose a practicar la ley de

Dios en toda su extensión, van más allá y tratan de practicar los consejos dejados por Nuestro Señor a quienes quieran ir más allá de la vida ordinaria, en materia de amor y generosidad. De donde se sigue que la regla comprende no sólo las obligaciones de todos los hombres para con Dios y para con sus hermanos, sino que prescribe el cumplimiento más absoluto, e incluso yendo más lejos, plantea como ley lo que para los demás no era sino un consejo.

¿Y cómo se transforman en ley los consejos en la regla religiosa? Mediante los votos. Podías no hacerlos; podías seguir en la vida común. Pero los has pronunciado. Acepta todas sus consecuencias. Dios te los impone así, y por ello tu vida toma un tinte especial tanto para la recompensa como para el castigo.

e) la excelencia de la vida común Pero hay más. Esta regla no ha sido dada para hombres dedicados a la soledad absoluta. Esta regla ha sido promulgada por legisladores que querían

fundar una familia espiritual mediante una edificación común. Nada tan admirable como esas casas cuyos habitantes no forman más que un solo corazón y un alma sola: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una* (Hechos 4, 32). Esto se ha dicho de los primeros cristianos.

La tradición dice que San Marcos estableció este estilo de vida con muchos cristianos en Alejandría, de donde fue el primer patriarca. Siguieron los Padres del desierto, luego San Agustín en Hipona, San Benito en Italia, y los demás, que sería muy largo de enumerar. Aquellos hombres agruparon a su derredor a otros hombres, unos para la oración y el ayuno, los otros para la oración y el estudio o para la oración y el trabajo manual, todos más o menos directamente para la evangelización y todos con la práctica de los consejos evangélicos.

Ahora bien, existe una gran ventaja en practicar una vida más perfecta, para poder vivir en común; existen ventajas no menores en practicar una regla más austera y sujetarse a prescripciones más penosas, para evangelizar y ejercer en torno a estas aglomeraciones una influencia saludable. De todo lo cual no temo concluir que comete un crimen quien, deliberadamente, desprecia la regla.

**de ahí el horror del
desprecio de la Regla,
ya se la viole por
ligereza**

Se dice: yo no la cumplo por ligereza; he ahí el mal, ya que un religioso debe ser ante todo un hombre serio. ¿Quién será serio si el hombre que aspira a

las más íntimas relaciones con Dios no lo es? Que uno se deje ir a no observar algunos puntos de la regla por debilidad inherente a la corrupción humana, lo acepto; pero la disposición habitual del religioso a no tener en cuenta la regla, eso no lo admitiré jamás.

ya sea so falaz Se dice también que se peca
pretexto de ignorancia por ignorancia. He ahí algo
 que tampoco puedo admitir.

El Salmista ha escrito para los religiosos estas palabras que deben cantar todos los días: “*Quomodo dilexi legem tuam, Domine, tota die meditatio mea est*: ¡Oh, cuánto amo tu ley, Señor!, es el objeto de mi meditación todo el día” (Salmo 119, 97). Y mirad qué ventajas da esta meditación sobre los demás hombres. ¿Por qué? Porque se comprende mejor la prudencia contra los enemigos, la ciencia verdadera por encima de las ciencias exactas, la experiencia de la santidad frente a quienes sólo buscan la sabiduría humana; finalmente desvía nuestros pies de cualquier mal camino: *ab omni via mala*.

ya sea por hastío ¿Me detendré en el desprecio a
 la regla por hastío? ¡Eso sería
 imprimirse a sí mismo el sello de la reprobación eterna!
 ¿Por qué, en efecto, te entra la desgana si no es porque
 aborreces tu vocación? Te vas a alejar de ella, ¡y le se-
 rás infiel! Pronto no te quedará sino el arrepentimiento
 profundo de haber querido llevar tan admirables cadenas.
 ¿Crees que te detendrás allí? ¡No, y no! Tras haber roto la
 regla de los consejos, muy pronto pisotearás la ley de los
 preceptos. ¡Qué gravemente comprometido está tu por-
 venir si no te das prisa en volver sobre tus pasos!

No me detengo ante el espectáculo de religiosos que,
 violando la regla sin cesar, forman comunidades que ya
 no son tales, auténticos destructores de las más hermosas
 partes del templo de la Iglesia. ¡Qué castigos no se pre-
 paran y qué catástrofes no provocan excitando la cólera
 de Dios!

II.- Alcance de la Regla

Que Satanás haga todos los esfuerzos por destruir una regla que es, en cierto modo, el molde en el que se abandonan las almas resueltas a tender hacia la santidad, ¿quién lo duda? ¿Pero quién osaría concluir de ahí que haya que ceder a Satanás? Y hay más. Hay que darse cuenta del total alcance de la regla.

a todos los instantes de la jornada No temo decir que se extiende a todo. Se extiende a todos los momentos del día, al sueño que ella regula, a la vigilia que ella dirige. Nos toma al despertar y todas nuestras acciones están preparadas en cierto modo por sus prescripciones. Mediante la oración fija nuestras obligaciones directas para con Dios, mediante la caridad la ofrenda de nuestros menores movimientos. Esta misma caridad fija, no sólo nuestras relaciones externas, sino también nuestros sentimientos más íntimos para con el prójimo, primero con nuestros hermanos, luego con los demás cristianos, incluso con todos los pecadores y los extraviados, al menos en la medida en que el religioso debe rezar por su retorno a Dios.

La regla fija nuestro trabajo y nuestras menores ocupaciones, nos prescribe nuestras austeridades, entra en la práctica de todas las virtudes según nuestra vocación; pues, en unos se trata de un esfuerzo, en otros de un esfuerzo diferente y, como dice San Agustín: "*Ut in omnibus, quibus utitur transitura necessitas, superemineat quae permanet caritas*: que sobre todas las necesidades que pasan, prevalezca la caridad que permanece"; máxima que debemos tener sin cesar a la vista para ser conscientes de la perfección que se nos pide.

No temo añadir que la regla, cuyo fondo es el amor más perfecto de Dios y del prójimo, no puede ir sin el amor a la regla. No améis más la regla y en la práctica

todo cae inmediatamente. ¿Quieres ser perfecto? Sigue perfectamente una regla perfecta, de lo contrario, ¡desgraciado de ti que tomas una apariencia de perfección sin poseer la realidad! ¿Quieres saber qué es la regla en toda su extensión? Toma una vida humana entera, busca una acción que la regla no dirija; no podrás encontrarla.

**a todas nuestras
acciones que
transforma en
virtudes**

Pero voy a ir más lejos. La regla toma todas vuestras acciones y las transforma en virtudes. San Agustín dice en la *Ciudad de Dios*: “*Virtus est ordo amoris*: la virtud es el orden en el amor”. ¿Qué otra cosa es la regla? Amo, pero debo amar con orden, pues el amor desordenado nunca será amor divino; pero si amo en orden pese a mis repugnancias, y a causa precisamente de mis repugnancias, lo que hago se transforma en virtud. Y por lo tanto, cuanto más amo, más muestro mi amor en el orden, es decir, dentro de la regla; cuanto más me esfuerzo por amar en el orden, más practico la virtud. Tal es la importancia de la regla; para que sea regla religiosa, debe partir del amor; para ser regla, debe ser imagen de un orden superior divino, para ser regla perfecta, tiene que imponer las virtudes ordenadas según el fin propuesto.

Pero esto supone luchas, combates, sacrificios. ¿Quién lo niega? Por algo la regla es la perfección de la práctica de las virtudes. No se trata de decir a Dios que le amamos, hay que probarlo, y la regla sugiere los medios más perfectos de probárselo.

Tomemos, pues, la regla en toda su amplitud y, poniéndola en práctica, comencemos de una vez por todas a ir a todo lo que se nos pide, para hacer de los más mínimos actos de nuestra vida un peldaño más hacia el cielo.

III.- Espíritu de la Regla

**Según nuestra doble
meta, general y
particular**

Toda sociedad humana aquí abajo vive de un pensamiento común, de una meta común, y cuanto más elevada sea la meta, más perfecta es la sociedad. En lo más profundo del bosque, el salvaje vive de la idea de reproducirse, de cazar para vivir de la caza y de matar a sus enemigos. Una sociedad cristiana tiene una idea más elevada. Francia ha querido proclamar el reino de Jesucristo y defender los derechos de la Iglesia: de ahí su misión y su grandeza. Toda familia religiosa tiene la perfección como meta general y una meta particular.

La de nuestra familia es extender el reino de Nuestro Señor en el mundo, y en eso somos esencialmente católicos, tal es nuestro pensamiento dominante.

Ahora bien, todo ha de referirse a este destino principal: queremos tomar lo más posible al pie de la letra el fin principal. “*Estote ergo vos perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est*: sed, pues, perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” [Mateo 5, 48]. He ahí la meta general. Queremos consagrarnos más especialmente a la extensión del reino de Nuestro Señor: “*Adveniat regnum tuum*: ¡Venga Tu Reino!”. He ahí nuestra meta particular. Quitadle la meta a una sociedad, se muere; quitadle a una familia su meta, pronto no será más que una ruina.

Pero, para una sociedad religiosa, la meta ha de ser completamente espiritual; por lo tanto, se designa su meta cuando se habla de su espíritu. Sin embargo, para alcanzar la meta hay que buscar los medios, como hemos indicado; por lo tanto, hay que estudiar los medios más aptos para conseguir la meta.

Pues bien, cada Orden tiene sus medios principales; el principal medio es buscar hacer el mayor número de santos posible, para la causa de Dios, según los tiempos

y las circunstancias en que nos encontramos. Lo esencial es querer tender a la santidad y no temo afirmar que el espíritu principal de la vida religiosa es de engendrar el mayor número posible de santos, y que sean lo más santos posible: hay que vivir en una atmósfera de perfección.

De lo cual se deduce fácilmente que, cuanto más perfecta sea la regla, más perfectos deberán ser los miembros colocados bajo su yugo; con la condición sin embargo de que se apliquen sin cesar a dejarse impregnar de su espíritu, a inculcárselo por todos los medios, sin desanimarse, sin dejarse vencer por ningún obstáculo.

No quiero comparar una familia religiosa fervorosa con otra familia religiosa que no lo sea; pero, ¡cuántas tristezas, problemas, rebeliones, faltas acumuladas en ésta! Por el contrario, ¡cuántas gracias, fervor, paz, alegría permanente en la otra! No vacilemos; abracemos nuestra regla y sepamos practicarla en adelante en todo su alcance.

UNDÉCIMA MEDITACIÓN

LA FE

Dios, que ha querido poner orden en todas las cosas, lo ha puesto también en la ordenación de las virtudes. La primera de todas es la fe. “*Quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt?*: ¿Cómo invocarán a aquél en quien no creen?” (Romanos 10, 14). Cuando se conoce a Dios, es forzoso confesar que es el Bien supremo, y si Dios es el Bien supremo, se desea poseerlo para llegar a disfrutar de la felicidad, y eso es la esperanza. Pero el alma no se queda ahí. Considera la belleza, la bondad y las perfecciones de Dios y desea unirse a él: la caridad se convierte en la coronación de la fe y de la esperanza.

Comencemos hoy hablando de la fe. Examinaremos: 1º su objeto; 2º la noción del acto de fe; 3º cómo ella es una virtud; 4º qué dones corresponden a la fe.

I.- Objeto de la fe

La verdad primera	El objeto de la fe es la verdad
a) vista a la luz de	primera: “ <i>Credere enim oportet</i>
Dios que nos habla por	<i>accedentem ad Deum quia est:</i>
su Hijo	quien quiera acercarse a Dios
	debe creer primero que existe”

(Hebreos 11, 6). Existe lo que los teólogos llaman los preámbulos de la fe, al establecer que por la mera razón se puede demostrar la existencia de Dios; pero de ahí a conocer a Dios tal como la revelación nos lo presenta, hay un abismo, y sólo la fe sobrenatural puede ayudarnos a franquearlo. Sí, sólo la fe puede darnos a conocer de

Dios lo que se ha dignado darnos a conocer de su insondable naturaleza mediante su Hijo.

¿Pero, sobre qué se apoya la fe? Sobre la verdad primera que es Dios. Hay que remontarse hasta esta primera verdad, base de todo conocimiento revelado: él es quien nos enseña; por él creemos.

¿Qué es la fe, en efecto? “*Fides est sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*: la fe es la sustancia de las cosas que hay que esperar y la demostración de las que no vemos” (Hebreos 11, 1). Nada de lo que hemos de creer es visto por nosotros, ya que si lo hubiéramos visto ya no lo creeríamos, lo sabríamos. Ahora bien, con la fe pasa como con la esperanza: “*Spes quae videtur non est spes*”: ver lo que se espera, ya no es esperanza” (Romanos 8, 24). Por eso, para creer necesitamos del mayor apoyo, que es Dios.

**b) vista a la luz de
Cristo**

Mas, ¿cómo alcanzar a Dios? “*Deum nemo vidit unquam, unigenitus Dei Filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit*: a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único de Dios, que está en el seno del Padre, él mismo nos lo manifestó”(Juan 1, 18). Dios es la verdad primera: “Nos habla por su Hijo: *locutus est nobis in Filio*” (Hebreos 1, 2). El Hijo ha enseñado a su Iglesia: “*Sicut misit me Pater, et ego mitto vos: euntes ergo docete omnes gentes*: como el Padre me envió, yo os envió; id, pues, y enseñad a todas las naciones” (Juan 20, 21; Mateo 28, 19). La Iglesia, Jesucristo, Dios: siempre hay que retornar a la verdad primera que es Dios. Ahora bien, en Dios están todas las verdades, y desde este punto de vista, el objeto de la fe no es sólo la verdad primera, sino el conjunto de todos los artículos de la fe que reposan sobre esta verdad primera.

Por eso, repitámoslo, nuestra fe reposa en Dios, verdad primera, que nos ilumina con los medios por él elegidos y que son conformes a nuestra capacidad de conocer la verdad. Ahora bien, nuestra inteligencia aquí abajo no es ni como la inteligencia de Dios, ni como la del ángel, ni siquiera como será en la gloria. Procede paso a paso, de lo conocido a lo desconocido y las verdades se le revelan sucesivamente. Y ahí está el prodigio de la bondad de Dios que ha consentido en revelarse a nuestro primer padre, a los patriarcas, a Moisés, a los profetas, y finalmente mediante su Hijo, la Verdad misma, encarnándose en un hombre, *veritas homine assumpto*, para llegar hasta nosotros.

c) revelándose poco a poco hasta el despliegue actual El objeto de la fe es la verdad primera en el sentido de que, por ella, conocemos todo cuanto necesitamos creer. Pero mi-

rad este maravilloso conjunto, tal como el Símbolo de los apóstoles nos lo ha revelado, y ved también cómo estas verdades fundamentales se presentan más claras, más magníficas, a medida que son más atacadas. Cada siglo parece constatar un esplendor nuevo en los rayos de este sol divino: “*Exultavit ut gigas ad currendam viam et a summo coelo egressio ejus*: se ha lanzado como un gigante que emprende su carrera, y su punto de partida está en lo más alto del cielo” (Salmo 19, 6).

Por lo tanto, cuánta necesidad tenemos de ponernos bajo la acción de esta verdad divina, mediante tres medios principales: 1° mediante una renovación constante de nuestra fe, para que se convierta en nuestra vida; 2° mediante la más viva adhesión a todas las verdades reveladas; 3° mediante el abandono de nuestra inteligencia a la acción de Dios sobre nosotros, para que nos vincule a él y nos permita adherirnos a sus enseñanzas del modo más absoluto.

II.- El acto de fe

¿Qué es el acto de fe mediante el que adherimos a la verdad primera, confiándonos a lo que nos enseña respecto de todas las demás verdades?

Adhesión de la inteligencia

“Creer, dice San Agustín, confirmado por Santo Tomás, es dar su adhesión a lo que se piensa: *credere est cogitare cum assensu*”. Se necesita, en efecto, que el hombre piense, reflexione y que haga de este modo un acto de inteligencia, ya que pensar, es decir pesar los pros y los contras de una opinión, es un acto de inteligencia. Pero eso no basta; se necesita dar una adhesión, en lo cual consiste el acto de la voluntad; la inteligencia y la voluntad se unen, pues, para formar el acto de fe.

Por lo tanto, en el acto de fe hacemos un abandono supremo de nuestra alma a la autoridad de Dios y, bajo este aspecto, se puede decir que el acto de fe es un acto supremo de obediencia, cuyo principio está en la inteligencia, ya que su objeto es la verdad. Así es como Dios, como verdad primera, de acuerdo con los teólogos, es el objeto formal de la fe. Hemos de apoyarnos en él, y ya que por nosotros mismos no podemos elevarnos hasta él, es indispensable que él se abaje hasta nosotros.

a todas las verdades reveladas

Crear en Dios es adherir a todas las verdades que la autoridad divina nos enseña; y nuestra fe acepta todo, ya sea que se nos presenten en su conjunto tal como se encuentran en Dios, ya sea que, de acuerdo con el alcance de nuestra inteligencia, se desarrollen sucesivamente en su orden lógico, dado que las verdades primeras engloban en sí mismas a las verdades segundas; por eso el acto de fe se presenta a nosotros bajo estas

pocas palabras: “Yo creo todo lo que tú nos has revelado”. He ahí al alma apoyándose en Dios, verdad primera; viene luego el objeto material del acto de fe que no es otra cosa que el símbolo de los apóstoles, comentado ya sea por los otros símbolos que la Iglesia ha creído deber proponer como refutación directa de ciertos errores, ya sea por las diversas definiciones de los Concilios que se nos proponen como actos de fe.

**Adhesión de todo
nuestro ser**

Finalmente, se dice: creer en Dios es un acto de confianza en Dios que manifiesta a nuestra miseria el término último a donde nos llama y que no es sino él mismo; tal es el pensamiento de San Juan cuando exclama: “*Haec est victoria quae vincit mundum fides nostra*: la victoria que vence al mundo es nuestra fe” (1 Juan 5, 4).

El mundo se presenta a nosotros con sus mentiras, sus promesas, sus esperanzas, el cortejo de todas sus ambiciones, de sus placeres; ¿todo eso qué es? “*Vapor est ad modicum parens et deinceps exterminabitur*: es humo que aparece un momento y que luego se disipa” (Santiago 4, 14).

Mirad el final. ¿En qué termina todo eso? En un poco de polvo. Mientras que Dios es eterno: *et veritas Domini manet in aeternum*. Ser enseñado por un Maestro eterno, poder decir que este Maestro eterno quiere mostrárenos para toda la eternidad, y no mostrarnos su eternidad sino para hacernos partícipes de sus inagotables delicias, he ahí lo que la fe nos propone; he ahí lo que la hace victoriosa de todos los obstáculos y de todos los enemigos que el mundo me pueda oponer. Que los que desean el mundo y sus engaños vayan al mundo; “para mí, es bueno adherirme al Señor y poner toda mi esperanza en el Señor mi Dios: *Mihi autem adhaerere Domino bonum est, et*

ponere in Domino Deo meo spem meam” (Salmo 73, 28). Por lo tanto, en adelante no quiero más luz que la de la fe.

**a los designios
misericordiosos de
Dios**

Una vez que la poseo, ella es la que debe iluminar mi razón, ella es la que debe transformarme mediante todo lo que me muestra del ser de Dios, de mi ser y de las inefables relaciones que Dios consiente en establecer entre él y yo. ¿Qué puedo buscar en el cielo, sino al Dios infinitamente perfecto que me revela la fe? *Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?* [Salmo 73, 25]. La luz de la fe me muestra lo que Dios es, o al menos lo que él desea que yo conozca de sus perfecciones, ¿qué otra cosa tengo que hacer sino adherirme a él y pensar en esa infinita verdad y en todas las demás verdades que encierra, con una absoluta entrega de mi parte? Así es, Dios mío, como te creeré al pensar en ti con todo el consentimiento de una fe obediente a cuanto deseas enseñarme.

III.- La Virtud de la fe

**La fe es un don de
Dios** La fe es un don, Dios mismo nos lo advierte. Nosotros no podemos entrar en el mundo sobrenatural si no es mediante la fe y la adhesión de nuestra inteligencia a las verdades de la fe. Tal es el don de Dios. Tal es, en cierto sentido, esta enseñanza del Espíritu Santo: “*Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*: cuando haya venido este Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad” (Juan 16, 13). No que la fe me muestre la verdad de manera explícita, pero la fe me da la aptitud para recibirla. No basta que los objetos estén ante mis ojos para que los vea, se necesita además que me sean presentados en la luz para que mis ojos sean

capaces de verlos. Lo mismo pasa con la fe: necesito tener la luz, que me es dada por la gracia de Dios y por la aptitud que hace a mi alma capaz de recibir la verdad.

**y también una
virtud que hay que
desarrollar**

Pero eso no basta, he de adherirme a la verdad. Ahora bien, esta verdad está tan por encima de mi alcance, que siempre necesito esforzarme por elevarme hasta ella, y eso es lo que constituye la virtud de fe; porque la fe quiere ser meritoria, o mejor dicho, Dios quiere que lo sea. El mérito consiste en adherir con cierta dificultad, que no es otra cosa sino la debilidad de la naturaleza humana; por eso la fe puede ser aumentada, de acuerdo con la petición de los apóstoles a Nuestro Señor: “*Domine, adauge nobis fidem*: ¡Señor, auméntanos la fe!” (Lucas 17, 5). Sí, nuestra fe puede ser aumentada sin cesar mediante el esfuerzo, mediante el estudio, mediante la oración, mediante la aplicación de los principios de la fe a toda nuestra vida, mediante la preocupación constante de las verdades que la fe nos enseña, y que penetramos cada vez más a medida que las meditamos, y sobre todo mediante aquel abandono completo a la autoridad divina, a esta Majestad que tiene derecho a mandarnos mientras que nosotros sólo tenemos que someternos y obedecerle.

**una virtud que hay
que defender**

Por lo tanto, ¡qué peligro corremos de perder la fe desde el momento en que nos separamos de la verdad primera, fundamento de todas las demás! Y se entiende que, sea cual sea el desarrollo que la fe haya conocido en nosotros, en el momento en que la abandonamos en un solo artículo, toda la fe desaparece. ¿Por qué? Porque no se trata de discutir con la autoridad divina tal o cual artículo, más o menos difícil de creer; se trata de la autoridad infinita sobre la que reposan todos los artículos de la fe. Importa, pues, no seguir discerniendo. Se puede

muy bien buscar mayor luz sobre tal o cual punto de las verdades reveladas, pero es necesario que la adhesión a las verdades subsista en su conjunto.

Señor, veo oscurecerse las verdades en una multitud de almas, ¡sálvame de una desgracia semejante!; no permitas que la noche que se cierra sobre tantas inteligencias venga a disminuir la luz de mi fe. Las dudas para muchos son enormes. No permitas que lleguen a hacerme vacilar. ¡Que siempre crea, Dios mío, y que adhiriéndome a las enseñanzas de tu Iglesia, mi fe vaya creciendo sin cesar hasta la plena luz de tu gloria en la patria!

IV.- Dones que corresponden a la fe

Don de temor

No hablaré del temor; este don se relaciona más con la esperanza. Y sin embargo, al mostrarnos a Dios como Bien supremo, la fe conlleva cierto temor a perderlo. Pero este temor, sin embargo, es un principio de purificación para el alma, de acuerdo con la palabra del Apóstol: "*Fide purificans corda eorum*: purifica sus corazones mediante la fe" (Hechos 15, 9). Porque si bien la fe nos hace temer perder a Dios, la fe debe inspirarnos todos los sacrificios para poseer a Dios percibido como Bien supremo.

Además, lo que hace impuro a un ser es su mezcla con otro ser inferior; por el contrario, un ser se purifica mediante su mezcla con una naturaleza superior, como la plata al mezclarse con el oro. Lo mismo mi alma, manchada por su contacto con las creaturas, se purifica mediante la unión con Dios en la inteligencia, en cuanto verdad suprema, y así es como la contemplación de la verdad revelada por la fe nos infunde una gran pureza, *fide purificans corda eorum*.

Pero, para llegar a esta fe purificadora, las fuerzas humanas solas son impotentes; se necesita una ayuda de Dios, y esta ayuda es el don de inteligencia: "*Da mihi*

intellectum et scrutabor legem tuam: dame inteligencia y escrutaré tu ley”, exclama el Salmista (Salmo 119, 34). Esta inteligencia está muy por encima de los sentidos, e incluso de la razón humana.

Don de inteligencia Este don, que no es la perfecta inteligencia de los misterios, tal como la tendremos en la gloria, se une a la fe y la aumenta; porque cuanto más entiende el alma humana mediante la luz divina, más se adhiere a lo que no ve, pero que intuye que podrá comprender algún día; y este trabajo de la inteligencia se realiza mediante el estudio, la meditación, la oración que busca a Dios y trata de conocerlo cada vez más desde ahora.

Por otra parte, esta inteligencia anima a actuar mejor: “guardaré tu ley en mi corazón: *da mihi intellectum et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo*” (Salmo 119, 34). Este don está en cualquier cristiano que tiene la gracia, sólo debe desarrollarlo con la ayuda de Dios.

La fe se une además al don de ciencia, mediante el que discernimos lo que hay que creer de lo que no hay que creer. Sin embargo, este don de ciencia se aplica más particularmente al conocimiento de las cosas humanas, pero visto desde el punto de vista sobrenatural, es la ciencia de la vida desde el punto de vista de los intereses de la causa de Dios.

Señor, dame la inteligencia de las cosas divinas y la ciencia de las cosas de la vida, para que a la luz de la fe comprenda, en la medida de lo posible, lo que debo creer y practique lo que debo hacer.



DUODÉCIMA MEDITACIÓN

LA ESPERANZA

*“Spes autem non confundit:
la esperanza no engaña”
(Romanos 5, 5).*

La inteligencia cristiana iluminada por la fe conoce a Dios con una nueva fuerza, conoce de los misterios divinos lo que puede ser penetrado, se da cuenta de los medios puestos a nuestra disposición para alcanzar el bien soberano que es Dios, y avanza así hacia el deseo de poseer a Dios como el bien infinito, el principio de la verdadera felicidad.

Desde este punto de vista, la esperanza es una virtud teologal sobre la que importa meditar para hacernos conscientes, tanto de los bienes que nos alcanza del cielo, como de los deberes que nos impone para alcanzar la meta propuesta.

I.- Los bienes de la esperanza

¿Qué más podemos desear que encontrar la felicidad en el más grande de todos los bienes? ¡Y qué beneficio de Dios cuando nos dice: “Te mando que esperes, y así como soy para tu inteligencia el objeto como verdad primera, así también soy el objeto de todos tus deseos, objeto que te mando buscar y que alcanzarás un día con tal que lo quieras generosamente”. La esperanza es lo que nos sostiene en la prueba de este mundo; en el cielo ya no existirá la esperanza, puesto que para los bienaventurados es una realidad; y tampoco la habrá en el infierno; uno de los suplicios más crueles consistirá en haber perdido la esperanza y verse entregado a la desesperación eterna.



La esperanza nos consuela, nos hace mejores, nos fortifica, nos empuja hacia Dios.

1° *La esperanza nos consuela en medio de las penas de esta vida.* Se presenta a nosotros y nos dice: “*Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis*: los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con la gloria que un día se manifestará en nosotros” (Romanos 8, 18). Sufres, ése es el destino del hombre a causa del pecado desde el primer padre. Pero todo tiene un final. Mira a la recompensa; mira lo que te reserva mi bondad, y si para expiar tus culpas has de sufrir dolores aquí abajo y verter lágrimas, mira a la meta, mira el reposo, mira a la patria, y aprende como el viajero a esperar la hora del retorno.

2° *La esperanza nos hace mejores.* En efecto, el hombre que ya no espera nada se precipita en todo cuanto puede encontrar de malos disfrutes, y es horroroso el espectáculo que dan aquellos a quienes la pérdida de la fe ha arrebatado la esperanza. La vida se convierte para ellos en un infierno; de ahí las murmuraciones malévolas, los odios profundos, las rebeliones, la anarquía.

El trabajo de la esperanza es un trabajo de unión. Dios es un bien que todos pueden recibir, sin que nada les sea quitado. Dios es un bien del que todas las voluntades pueden participar, del que todos los corazones pueden disfrutar, así como todos los ojos gozan de la luz del sol; ya que mi ojo está inundado por su claridad, ¿es razón para que el ojo de otro no lo esté igualmente? Lo mismo pasa con Dios, Bien infinito, omnipresente, todo para todos: *Ut sit Deus omnia in omnibus* (1 Corintios 15, 28).

Nos encontramos en él, y así como para disfrutar de un hermoso espectáculo necesitamos que ese gozo sea

compartido, así para disfrutar de Dios experimentamos la necesidad de no ser los únicos en disfrutar de sus dones.

Además, mientras cualquier otro bien es inestable, fluido, pasajero y aunque cause de la embriaguez, causa luego un desencanto proporcional, sin embargo Dios es siempre el mismo: *Tu autem semper idem ipse es* [Salmo 102, 28]; no conoce ningún cambio: *Ego Dominus et non mutor* [Malaquías 3, 6]; y esta certidumbre de que, una vez en posesión de él, no habrá para el que lo reciba en recompensa más que un aumento de felicidad en una luz siempre creciente, *ibunt de claritate in claritatem* [2 Corintios 3, 18], destruye cualquier envidia, da la paz y empuja únicamente a un crecimiento de nuestra virtud aquí abajo, para acrecentar el premio de la corona allá arriba.

3° *La esperanza nos fortifica*. La vida es un tiempo de combate; se necesita valor para luchar, pero la esperanza nos muestra a los que nos han precedido en la carrera, y nos hace ver cuán valerosamente han combatido: *“Tantum habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus et circumstant nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen*: por tanto, también nosotros, teniendo sobre nosotros una nube tal de testigos, después de haber depuesto todo fardo y el pecado que nos circunda, corramos mediante la paciencia hacia el combate que se nos propone” (Hebreos 12, 1).

Y esto no es todo, la esperanza es muy cierta; supuesta nuestra buena voluntad, es seguro que nadie se pierde sino por su culpa. Por lo tanto, debo contar con el auxilio de Dios, el primer elemento de que consta mi salvación; el segundo es mi voluntad, y mi voluntad depende de mí, sólo tengo que entregarla a la acción de la esperanza y crecerá inmediatamente y se fortalecerá, ya que, segura de la ayuda de Dios, ¿qué puede temer si desea de una vez por todas entregarse al gran asunto de la vida, la conquista del cielo?

4° *La esperanza nos empuja hacia Dios.* En efecto, ¿qué hemos de desear aquí abajo? *Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?* [Salmo 73, 25]. El alma, iluminada con la certeza de que puede poseer a Dios, desdeña cualquier otro objeto; *Deus cordis mei, et pars mea, Deus in aeternum!* [Salmo 73, 26]. Y de inmediato considerad la altura en que se coloca el alma llevada en las alas de la esperanza; busca a Dios sólo, y cuanto más espera bien tan grande, más se desapega de cuanto no es Dios. Sus deseos se acrecientan sin cesar; quiere poseer a Dios y poseerlo para toda la eternidad: “*Deus cordis mei, pars mea in aeternum!*: Dios de mi corazón –dices– ¡eres mi heredad para siempre!” (Salmo 73, 26). Dame los impulsos divinos de la esperanza para que nada de cuanto no seas tú pueda enredarme en sus trampas. ¡A ti te busco, mi alma sólo aspira a tus altares!: *Altaria tua, Deus virtutum!* [Salmo 84, 4].

Pero, poseer tan grandes bienes implica para adquirirlos el cumplimiento de ciertos deberes; examinemos cuáles deban ser.

II.- Deberes de la esperanza

La estima de nuestro Bien supremo 1° El primero de estos deberes es tratar de darse cuenta de lo que Dios es como Bien supremo. Porque no podemos desear lo que no conocemos, y el fallo de muchos cristianos consiste en no buscar suficientemente lo que deben conocer de Dios, a fin de conocer todos los tesoros de su bondad y de su misericordia para con nosotros. No podría insistir bastante sobre este punto. No deseamos suficientemente poseer a Dios porque no nos aplicamos suficientemente a conocerle. Ahora bien, para llegar a este conocimiento hay que estudiarlo en los Libros Santos y en la meditación.

¿Cómo vais a desear adquirir riquezas cuyo valor no conocéis?

La oración

2° Los condenados tienen la suficiente fe para valorar qué bien han perdido al perder a Dios. La fe de los condenados, que constituye su suplicio a causa de su desesperación, debe ser para nosotros un agujón, ya que la esperanza no sólo nos está permitida, sino mandada.

Pero para que esta esperanza sea inconvencible, hemos de pedir su incremento solicitando los auxilios necesarios para la salvación: por lo tanto, el segundo deber que se sigue de la esperanza es la oración, la oración ardiente que brota como un fuego de la meditación: *et in meditatione mea exardescet ignis* [Salmo 39, 4]; la contemplación de la belleza de Dios me abrasa con santos deseos y, poseído por tales deseos, me lanzo hacia Dios para pedirle ayuda, auxilios; las ayudas me han llegado ya, pero he de pedir incesantemente nuevos auxilios. Si dejo de pedir, Dios, desdeñado, apartará de mí su mirada; la ayuda y el apoyo me faltarán y me faltará fuerza para terminar mi carrera. Sí, he de ser un hombre de oración si quiero ser un hombre de esperanza.

La aceptación de los sufrimientos

3° El tercer deber de la esperanza consiste en aceptar las pruebas que Dios nos envíe; hemos no sólo de caminar, sino de correr mediante la paciencia: *per patientiam curramus* [Hebreos 12, 1]. ¡Cuántas murmuraciones no hemos de eliminar! ¡Qué de impacencias ahogar! El camino está abierto para nosotros del lado del cielo, corramos hacia él mediante la paciencia: *per patientiam curramus*. Aquí abajo todo reposa sobre la paciencia que confía en Dios y por ello decimos que la paciencia perfecciona nuestras obras: *patientia autem opus perfectum habet* [Santiago 1, 4].

Por eso, a punto de terminar su carrera, el Apóstol dice: “Sé de quién me he fiado, y estoy persuadido de que poderoso es Dios para guardar mi tesoro hasta el gran día: *scio cui credidi et certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem*” (2 Timoteo 1, 12). Dios guarda nuestro tesoro con tal que se lo confiemos y que sepamos esperar su día para recuperarlo. Seamos, pues, pacientes y que los sufrimientos del tiempo no hagan tambalear más una paciencia que espera en la eternidad. Caminemos con paciencia y por ella caminemos en la perfección, hija de paciencia: *patientia autem opus perfectum habet*.

Por fin, aprendamos a hacer nuestra elección. Por desgracia, ¡cuántos cristianos quieren ser salvados y no toman los medios! No hablaré de ellos, pero sí diré una cosa: ¡cuántos religiosos se han internado por el camino de la perfección y no intentan adquirir las correspondientes virtudes! ¡Pues bien!, hay que poner valientemente manos a la obra siendo hombres de fe y de esperanza. Que los ángeles puedan decir de nosotros, viéndonos seguir nuestra carrera, lo que el Espíritu Santo ha dicho de Abraham: “*Credidit contra spem in spem!*: ¡Esperó contra toda esperanza!” (Romanos 4, 18). Toda esperanza humana estaba perdida para él, era insensato que esperara un hijo, pero, por encima de la esperanza humana, se sumergió en la esperanza divina, creyó, esperó; *credidit contra spem in spem*: su esperanza no fue decepcionada.

Que nos suceda algo parecido, y la esperanza divina, transportándonos por encima de lo que es transitorio, nos abrirá las puertas del cielo; allí se desvanecerá como un vapor luminoso, pero únicamente tras habernos introducido en la realidad.



DÉCIMATERCERA MEDITACIÓN

LA CARIDAD

*“Major autem horum est charitas.
Pero la mayor de las tres es la cari-
dad” (1 Corintios 13, 13).*

Hablemos de la caridad, que es la virtud de las virtudes, y examinemos cuáles son: su excelencia, su santuario y su objeto.

I. - La excelencia de la caridad

La caridad es una muy especial amistad del hombre con Dios, y esta amistad ha de ser recíproca y acompañada de benevolencia, *amor cum benevolentia*, dice Santo Tomás.

en su fuente: el amor de Dios La caridad tiene su fuente en Dios, quien por una parte nos ha dado el poder de amar y por otra nos ha amado desde toda la eternidad: *in caritate perpetua dilexi te* (Jeremías 31, 3) y nos ha demostrado su amor mediante el modo como nos ha atraído a su seno paterno, *ideo attraxi te, miserans tui* (Ibid.).

Pero el hombre, a quien Dios se ha revelado por la fe como verdad infinita, principio de toda verdad, y por la esperanza como Bien supremo, el hombre que encuentra su felicidad en poseer a Dios desea, a causa de su belleza y de sus encantos, unirse a él sin que nada pueda separarle de él, y empieza a amar a Dios por Dios mismo; trata de ofrecerle todo cuanto puede una criatura desde su nada, desea a Dios toda adoración, toda gloria, todo dominio sobre el universo, todo el amor de las creaturas inteligentes.



**en su crecimiento:
el Espíritu de amor
suscitando nuestra
buena voluntad**

Ahora bien, admirad el modo como se forma, crece, se desarrolla, fructifica la caridad.

La caridad es un bello árbol cuya semilla está a la disposición del Espíritu Santo. Su soplo creador la arroja como él quiere en esa tierra que llamamos el corazón del hombre. Cae en ella y, según como esté preparada la tierra, se manifiesta; pero el Espíritu Santo sigue ayudándola; el amor divino, siempre respetando la voluntad humana y su libertad, la incita como el sol incita con sus rayos a las plantas al crecimiento; poco a poco su acción se hace más poderosa, si es escuchada; así es como el amor de Dios ha sido derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo que se nos ha dado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum qui datus est nobis* (Romamos 5, 5).

en sí misma

San Agustín no vacila en llamar a la caridad: “un movimiento del alma que tiende a gozar de Dios por él mismo: *Caritatem voco motum animi ad fruendum Deo propter ipsum*”. Este movimiento es imprimido por Dios, pero es un movimiento muy voluntario del corazón humano, y esto es, como señala Santo Tomás, lo que le da su belleza. Si todo viniera de Dios, ¿qué tendría de maravilloso que se amara a sí mismo en nosotros? Pero no es así como lo entiende. Quiere sin duda, en tanto que autor de todo bien, provocar al hombre a que se lance hacia él, como el águila incita a sus polluelos a volar; pero los que vuelan son los aguiluchos, y somos nosotros los que, mediante nuestro amor, nos lanzamos hacia Dios.

reina de las virtudes

Y este movimiento empuja al alma que ama a poseer todas las virtudes para poseer a Dios; no existe virtud sobrenatural sin amor divino; pero cuando un alma se ha dejado do-

minar por el deseo de amar cada día más, experimenta sobre todo una inmensa necesidad de probar a Dios su amor, y ¿cómo va a hacerlo sino mediante la frecuente renovación de aquellos actos que la hacen en cierto modo divina?

Por otra parte, si la caridad mana de la voluntad del hombre, es evidentemente una virtud por el esfuerzo que exige de la naturaleza corrompida, como también por lo que es en cuanto virtud conforme a la razón; ahora bien, puesto que nada hay tan conforme a la razón como vivir tendiendo a lo más perfecto y nada hay más perfecto que amar a Dios, se sigue que no hay en nosotros virtud más perfecta que la caridad.

Y notad que su perfección consiste en lo que yo llamo su desinterés: busca a Dios por sí mismo; está tan prendada de su belleza y de su misma naturaleza, que olvida cuanto pueda beneficiarla; ama a Dios por Dios y no por otro motivo.

La fe busca a Dios como verdad suprema que la ilumine; la esperanza se une a Dios como Bien infinito; la caridad ama a Dios por Dios y por nada más.

forma de las virtudes Es la forma de las virtudes, como ya he dicho, y por eso las demás virtudes dependen de ella y no tienen valor a los ojos de Dios que si le son ofrecidas por amor y, si puedo hablar así, en la medida en que se transforman en las llamas de la caridad. Entregad una caridad tibia, las demás virtudes languidecen; dad una caridad llena de ardor, las demás virtudes reproducirán sus llamas.

De tal forma que la caridad, la más excelente de todas las virtudes, por su propia esencia, comunica esta excelencia a todas las demás virtudes que, dejando de ser humanas, gracias a ella se elevan hasta Dios.

II.- El santuario de la caridad

La voluntad Si la caridad, en su principio y en su fuente, es el amor de Dios mismo, de tal suerte que no podemos amar a Dios sino porque él nos amó primero, Dios ha puesto en el hombre un santuario para albergar tan precioso tesoro y este santuario no es sino la voluntad en la que reside el poder de amar a su vez.

La voluntad no es aquella impresión sensible mediante la que nos precipitamos como por instinto hacia tal o cual objeto externo; la voluntad y el amor que de ella mana son potencias del alma en lo que tiene de más noble y más elevado; resulta, pues, fácil comprender la diferencia entre dos clases de afectos: cuando por una parte escuchamos decir a algunas personas: “No puedo amar a Dios porque no le veo”, y por otra parte, a Jesucristo que declara que a Dios nadie la ha visto: *Deum nemo vidit unquam*, y sin embargo nos declara, tomando la expresión de Moisés, que hay que amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Juzgad en base a esto a cerca de los dos amores y constataid que, si el uno se parece al de los animales defendiendo a sus cachorros, el otro es una entrada en un mundo superior en el que el alma sola debe actuar.

purificada por el Espíritu Santo Se trata, si me puedo expresar así, de algo parecido a lo que sucedía en el templo de Jerusalén; la multitud no podía pasar de cierta valla; el sumo sacerdote, tras las purificaciones prescritas, penetraba solo en el Sancta Sanctorum. Así, tenemos en nosotros un montón de afectos que se acercan a Dios, pero que no pueden penetrar hasta él; sólo la voluntad purificada por el Espíritu Santo puede ir hasta el altar de Dios, y Dios viene con gozo a habitar y a pasarse, de acuerdo con la

expresión del Profeta, en este santuario del alma en que el amor de Dios y el amor del hombre se dan cita.

Pero si la voluntad sola, en su principio más puro, es capaz de amar a Dios, el ser humano en su totalidad puede recibir sus preciosos arrebatos. ¿David no ha dicho acaso: “*Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*: mi corazón y mi carne exultaron en el amor del Dios vivo?” (Salmo 84, 3).

Por perfecta que sea esta voluntad, no olvidemos que es siempre Dios quien la pone en marcha y quien le da el poder de lanzarse hacia el objeto de su amor. Escuchad a Santo Tomás: “*Caritas est amicitia quaedam hominis ad Deum, fundata super communicationem beatitudinis aeternae*: la caridad es una amistad del hombre para con Dios, fundada sobre la comunicación de la felicidad eterna”. La esperanza es la que nos muestra la felicidad eterna en Dios. Pero, si Dios es generoso, el alma quiere también serlo a su vez, y así es como se pone, por agradecimiento, a amar a Dios por sí mismo.

**disponiendo grados
dentro de sí misma**

Por lo tanto, comprendemos que la caridad, como un germen dentro de la esperanza, es imperfecta, pero puede crecer indefinidamente: *ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Son como los distintos grados que el alma dispone dentro de sí misma, *ascensiones in corde suo disposuit* [Salmo 84, 6], para elevarse siempre más alto, hasta que pueda contemplar “al verdadero Dios, por encima de todos los dioses inferiores, en la verdadera Sion: *Videbitur Deus deorum in Sion*” [Salmo 84, 8].

**Crecimiento de la
caridad**

Sí, la caridad puede crecer sin cesar, y nadie puede decir, entre los que tienen la dicha de creer: ¡ya basta! *Nemo fidelium, etsi multum profecerit, dicat: sufficit mihi*, exclama San Agustín. ¡Qué, pues! Dios nos ama mil y mil veces más de lo que seremos nunca capa-

ces de amarle; bajo la acción del Espíritu Santo nuestro corazón se puede ensanchar en proporciones desconocidas para amarle siempre más, ¡y cómo no íbamos a aprovechar, en un esfuerzo de agradecimiento, para devolverle a Dios, aunque no sea más que de lejos, algo de sus beneficios! ¡Qué ingratitud no sería la nuestra!

Digamos, pues, con el Doctor de la caridad: “*Caritas meretur augeri, ut aucta mereatur perfici*: la caridad merece ser aumentada, para que creciendo merezca llegar a ser perfecta” (San Agustín). Acrecentémosla cuanto podamos; no puede llegar a ser perfecta sino en el cielo, pero acordémonos de que incluso en el cielo hay diversos grados de perfección en la recompensa, según el grado de perfección que hayamos alcanzado aquí abajo.

Así es como, según Santo Tomás, cuanto más se acrecienta la caridad, más se hace capaz de crecimiento. Por eso la caridad aquí abajo es perfecta cuando amamos a Dios no tanto como se merece, lo cual es imposible, sino cuanto, con el auxilio de la gracia, nos hacemos cada día más capaces de amarle.

Enfriamiento de la caridad

¡Desgraciadamente, la caridad también se enfría! Y eso es lo que el Verbo eterno reprocha en

la primitiva Iglesia a aquel obispo cuya caridad ya no era la misma: “*Habeo adversum te quod caritatem tuam primam reliquisti*: tengo contra ti que has perdido tu caridad primera” (Apocalipsis 2, 4). Existen almas débiles que comienzan y no terminan. Temamos para nosotros tales fluctuaciones, y cuando sintamos que vienen a disminuir las fuerzas de nuestra alma, démonos prisa a rechazarlas.

Si la caridad puede ser disminuida, también puede ser destruida, y un solo pecado mortal basta para esta desgracia.

Guardémonos, pues, del pecado mortal, y recordemos que Satanás ha sido el más culpable de los seres, porque Dios le había hecho el más capaz de amar.

III.- Dios, objeto de la caridad

El objeto de la caridad es Dios y el prójimo por amor a Dios. Pero para no hablar aquí más que de Dios, en quien podemos amar a nuestros semejantes, recordemos que debemos hacer todo lo posible para poseerlo.

La piedra preciosa del Evangelio Se trata de la piedra preciosa del Evangelio que no podríamos pagar demasiado cara, hacia la que toda nuestra voluntad debe tender sin tregua; no gozamos de ella aquí abajo; pero gozaremos de ella en la patria, en un grado inefable, cuando descansemos en él; nos adheriremos a él por él mismo, ya que, como dice San Agustín: *Fruí est inhaerere alicui propter semetipsum*, y sólo Dios tiene derecho a ejercer sobre nosotros esta exigencia, ya que, siendo superior a todo incluso a nosotros, hacia él es hacia quien hemos de tender, como la llama al consumirse tiende siempre a elevarse.

La renovación de nuestra alma En esta elevación por encima de nosotros mismos, para tender hacia Dios, es donde se opera la renovación de nuestra alma. "*Dilectio*, dice San Agustín, *innovat nos ut simus homines novi, haeredes testamenti novi, cantores cantici novi*". ¡Oh, seamos hombres nuevos por la fe, herederos de la nueva alianza por la esperanza, cantores del cántico nuevo por el amor! Y mirad, en efecto, cuando trato de amar a Dios, ¿qué deseo sino amar al mismo amor?: "*Deus caritas est: Dios es amor*" [1 Juan 4, 8]. La tercera persona de la adorable Trinidad viene a mí para unirme a la Trinidad toda. ¡En qué océano de amor estoy invitado a sumergirme, cuando se me propone adherirme sólo a Dios!

La reciprocidad de amor

La caridad implica una mutua reciprocidad; sin embargo, dice Santo Tomás, hablando con propiedad, consiste más en amar que en ser amado, pero cuando Dios, en su amor que ha comenzado, me invita a amarlo a mi vez, ¿qué no debo hacer para ofrecerle los arrobamientos de la más ardiente ternura?

¿Cuándo, pues, amaré como conviene a esta Bondad, a esta Belleza, a esta Perfección infinita? ¿Cuándo me adheriré sólo a ella? ¿Cuándo desearé no gozar más que de ella?

El conocimiento de Dios

Pero como en Dios todo debe ser amado, he de esforzarme por conocerlo, tanto como se pueda aquí abajo, de acuerdo con todo lo que él es.

¡Qué horizontes nuevos se abren ante el alma que desea de una vez por todas entrar en esta senda del amor! ¡Qué miseria la de detenerse en ella, la de retroceder! ¡Oh, Señor, no permitas que me suceda esto a mí! Por el contrario, haz que mi amor, cada vez más ardiente, me acerque siempre más a ti hasta mi último suspiro y me una para siempre a ti durante toda la eternidad.

“La razón para amar a Dios, es Dios mismo, y la medida del amor es el amor sin medida: *Causa diligendi Deum Deus est, modus sine modo diligere*” (San Bernardo).

DÉCIMACUARTA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN

Me propongo hablar de algunas condiciones para la oración, sin las que es muy difícil poder sacar frutos ventajosos.

Las agruparé en seis puntos principales: 1° la atención, 2° la humildad, 3° la confianza, 4° la perseverancia, 5° la adoración, 6° la acción de gracias.

I.- La atención

Nuestra deplorable ligereza

Es triste constatar con qué ligereza rezan la mayor parte de los hombres; entrad en una iglesia,

mirad el ademán de la gente y juzgad por la postura externa sobre la atención que se presta a la oración. Esto para la generalidad de los cristianos.

¿Son las personas piadosas a menudo más recogidas? Su ademán externo es bueno, lo sé; pero, ¿qué sucede por dentro? Adoráis al Santísimo Sacramento, ¿en qué pensáis? Asistís a la misa, ¿dónde está vuestra mente? Incluso en la comunión, ¡cuánto desvarío de la imaginación! Os halláis en relación muy íntima con Dios, ¿cómo son vuestras acciones?

Así funciona la ligereza humana: esto demuestra sin duda una disposición poco favorable de nuestra inteligencia y ante todo poco halagadora. No sabemos recogerlos, no somos dueños de nuestros pensamientos, no tenemos dominio alguno sobre nuestra imaginación: ¡cosa deplorable! Y sin embargo, ¡qué respeto el debido a la majestad de Dios!

El respeto interior debido a Dios Se trata de darse cuenta de sus derechos sobre nosotros. ¿Se contenta, respecto de nosotros, con vanas ceremonias? En absoluto. Ya no se contentaba con ellas bajo la ley antigua. Se quejaba del escaso respeto que le tenían: “*Populus iste labiis suis glorificat me, cor autem eorum longe est a me*: este pueblo me glorifica con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Isaías 29, 13). Si Dios tenía derecho a formular tales reproches bajo la antigua ley, en que no hablaba por decirlo así más que en figura: “*Umbram habens lex futurorum bonorum*: donde la ley era la sombra de los bienes futuros” (Hebreos 10, 1), ¿con cuánta más razón no va a exigir bajo la nueva ley toda la atención de nuestro espíritu y de nuestro corazón? Dios tiene derecho a ir al fondo de las cosas y de nuestros sentimientos más íntimos: “*Deus autem intuetur cor*: mira el fondo del corazón” (1 Samuel 16, 7). En el corazón es donde pone su santuario, quiere que nos repleguemos sobre nosotros mismos, para ser adorado por nosotros en lo que hay de más puro y de más perfecto en el fondo de nuestra vida.

¿Dónde me encuentro a este respecto, y cómo he considerado, en mi oración, los derechos de la eterna Majestad?

II.- La humildad

Conocimiento de mi pequeñez Ciertamente, la dificultad que tengo para recogerme cuando me encuentro en presencia de Dios debería darme humildes sentimientos de mí mismo. ¿Qué soy, en efecto, sino un pecador de tal manera arrastrado hacia las cosas inferiores, que me encuentro incapaz de elevarme hacia lo que es superior, hacia lo divino? ¿Se trata de negocios? ¿Se trata de discusiones sobre política? ¿Se trata de placeres? Mi alma se entrega a ello enteramente. ¿Se trata de mi eternidad? Inmediata-

mente me vuelvo cobarde, incapaz, pesado y los intereses de mayor importancia no me conmueven. Por cierto, he ahí motivo para tener, en lo que me atañe, las disposiciones más bajas. No y no, nada de qué sentirme orgulloso.

Pero si se trata de mis relaciones con Dios, peor aún. ¿Qué es él? ¿Y qué soy yo? Él es la perfección, la grandeza, el poder, la sabiduría infinita. ¡Con qué disposiciones no debo acercarme a su trono! Y si desciendo al fondo de mí mismo, ¡qué miseria y qué corrupción, qué prodigios de ingratitud, qué prontitud a inflarme con méritos que no tengo o que echo a perder si, teniéndolos en un grado cualquiera, me envanezco de ellos! He ahí dónde estoy, a dónde me dejo llevar por mi orgullo. ¿Pero, cuánto durará este estado? ¿Cuándo sabré de una vez romper las ligaduras de mi amor propio y entrar en una vida de anonadamiento como corresponde a un pecador, tanto más cuanto que si deseo que mi oración dé frutos he de recordar la palabra: “*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes”? (Santiago 4, 6).

**Confesión de mi
pequeñez en presencia
de Dios**

¿Voy a Dios con humildad? Al ponerse en presencia de Dios, el religioso debe pensar ante todo que no es sino ceniza y polvo y por tanto: “*Quid superbis, terra et cinis?: ¿Por qué te enorgulleces tú, polvo y ceniza?*” (Eclesiástico 10, 9). ¡Cuán insensato soy, cuando me preocupo por ser un hombre de cierta valía! No, no. “No soy, en expresión de San Agustín, sino mentira y pecado: *quid habet homo a se, nisi peccatum et mendacium?*”. Si quiero que mi oración penetre en los cielos, ha de partir del fondo de mi humillación: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit*” (Eclesiástico 35, 21 [17]).

Y si quiero tener en presencia de Dios otro pensamiento distinto del de mi nada, haré que mi oración sea perfec-

tamente inútil. Por lo tanto, lejos de apartar mis pecados voy a presentarme ante Dios con ellos, con su triste cortejo; me llenarán de vergüenza, y Dios no despreciará esta humillación: me perdonará porque me habré humillado, y me escuchará en lo que le pida para volver a una senda mejor, a una vida nueva.

Mira mi debilidad, Dios mío, la confieso. Date prisa en curarla y en dame la fuerza de servirte en adelante con la humildad de un auténtico religioso.

III.- Confianza en Dios

Esta confianza reposa sobre los únicos méritos de Nuestro Señor. Sé que por mí mismo nada puedo, pero que mediante la gracia de Dios todo lo puedo [Filipenses 4, 13]. Quiero contar absolutamente con esta gracia.

La confianza así entendida es uno de los homenajes que más conmueven al corazón de Dios. Proclamamos que de él procede todo don perfecto [Santiago 1, 17], y al mismo tiempo proclamamos y su bondad y su poder; su misericordia no tiene medida, para emplear la expresión del Salmista: *Et misericordiae ejus non est numerus* [Salmo 147, 5]. ¡Oh, con qué facilidad cede Dios ante los que ponen en él su confianza y cómo se manifiesta entonces su poder!

Nuestra miseria es inmensa, su poder es más inmenso aún; él manda a los vientos y al mar; no hay tempestad que no se apacigüe cuando él le manda que se calle. Sí, recemos con confianza; él mismo lo manda así: "*Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis*: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará" (Juan 16, 23).

Es que Dios quiere tratar con creaturas que, aunque no grandes por sí mismas, al menos engrandecidas por su relación con él; Dios, en su magnificencia, quiere ennoblecer a todos aquellos con los que se comunica, con tal que quieran adquirir sentimientos dignos de él. Así se

realiza el trabajo de elevación sobrenatural que la Iglesia inspira en sus hijos cuando les dice: “*Sursum corda: ¡levantemos el corazón!*”, allá donde los sentimientos se divinizan, donde la confianza se funda sobre lo que hay de excelente en la esencia de nuestro Padre que está en el cielo.

IV.- Perseverancia en la oración

Recordemos a la Cananea: reza con un corazón de madre que ve a su hija cercana a su fin; la muerte se la va arrebatar; persigue al Salvador con sus lágrimas y sus gritos, y el Salvador no presta atención alguna a su sufrimiento. Al final, para deshacerse de ella, son los discípulos quienes piden a Jesús que haga un milagro; y Jesús se lo niega incluso a sus discípulos: “No hay que tomar el pan de los hijos –dice– para echárselo a los perros” [Mateo 15, 26]. ¡Qué aparente dureza! Y la pobre madre, así rechazada, ¿qué debía hacer sino retirarse? Se guardará de hacerlo. Conocéis su respuesta, tan hermosa, que Nuestro Señor exclama: “*O mulier, magna est fides tua: Oh, mujer, qué grande es tu fe*” (Mateo 15, 28). Y lo que pedía se le concede inmediatamente.

Pero Dios, al exigir que nuestra oración sea perseverante, quiere hacernos sentir el valor de sus dones que nosotros estamos demasiado inclinados a subestimar. No hemos, pues, de desanimarnos jamás.

La perseverancia por sí misma es un signo de fuerza y de voluntad; pero la perseverancia es también un ejercicio que duplica y decuplica esta fuerza, mediante una especie de combate con Dios, combate en el que quiere ser vencido, como en el de Jacob con el ángel. Dios parece querer retirarse y el alma, como Jacob, le dice: “*Non dimittam te donec benedixeris mihi: No te dejaré hasta que no me hayas bendecido*” (Génesis 32, 27). A Dios le gusta esta importunidad; Jacob recibe el nuevo

nombre de Israel, es decir, fuerte contra Dios. Dios ha querido ser vencido, y desea serlo por nosotros, con tal que perseveremos.

V.- La adoración

¿Quién piensa en adorar a Dios? ¿Quién se ocupa de aportarle la proclamación de su supremo dominio sobre las criaturas? Y sin embargo, ¿qué hacen los ángeles en el cielo? ¿Qué hacen los santos mediante su cántico sin fin?

La adoración, en la oración, debería manifestarnos los derechos de Dios. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido, y si lo hemos recibido, en vez de gloriarnos de ello, por qué no referir todos esos dones a Aquél que los ha distribuido en nosotros? ¿No sería el mejor medio de obtener otros más abundantes aún?

por nosotros La adoración tiene, por otra parte, una ventaja enorme para nosotros. Sin duda no podemos ofrecer a Dios sino lo que él nos ha concedido antes; pero por su parte quiere hacer realmente como si nuestra voluntad nos perteneciera, para que en la adoración podamos ofrecerle el libre homenaje.

por los que no le adoran Además, en este acto, podemos adorarle por los que no le adoran. Cuando Satanás y sus ángeles fueron precipitados del cielo, los espíritus bienaventurados, que permanecieron fieles y firmes en la gloria para la eternidad, debieron ofrecer a Dios cánticos de reparación y de desagravio por la apostasía de sus antiguos compañeros y para dar al Todopoderoso las adoraciones que los espíritus rebeldes ya no le presentaban. Lo mismo

nos pasa a nosotros sobre la tierra. Cuando el alma llamada a la perfección se ve rodeada como de una deserción universal, cuando el santuario se queda solo, cuando en vez de homenajes públicos a Jesucristo la blasfemia sube de todas partes, cuando en lugar de la debida adoración la rebelión se agita por todas partes, cuando la tierra parece tener la ambición de parecerse al infierno, entonces es útil que se manifieste la abnegación.

**la hora de los
religiosos**

No temo decirlo, es la hora solemne de los religiosos; pueden perseguirlos, desterrarlos, siempre les queda el santuario de su corazón; disponen de adoraciones íntimas, silenciosas, llenas también de valor, y éstas son las más preciosas, porque van siempre acompañadas por la ofrenda de la vida de Aquél que las presenta ante el trono de Dios.

VI.- Acción de gracias

Cuando Nuestro Señor curó a diez leprosos, había entre ellos nueve hebreos, sólo un extranjero. Y sólo este extranjero pensó en dar gracias a Jesucristo.

**El deber de
agradecimiento**

El agradecimiento siempre ha sido muy raro en el corazón del hombre, y los mayores beneficios le dejan bien a menudo ingrato. Un Dios nos ha creado, ¿quién le da gracias? Un Dios nos ha rescatado, ¿quién le devuelve amor por amor? Un Dios, en nuestra ignorancia de la alabanza divina, viene a rezar en nosotros con suspiros inefables [Romanos 8, 26], ¿quién presta oídos a esta plegaria interior, a la que él nos formaría si quisiéramos prestarle alguna atención? ¿No sería mejor

pedir a las criaturas que compartieran con nosotros sus tesoros, sus vanidades, sus placeres, todas sus mentiras? ¡Qué de hombres habrán pasado sus vidas sin pensar en presentar a Dios una seria acción de gracias por todos sus beneficios!

Comprendamos este inmenso deber del agradecimiento. Exclamemos a menudo: “*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*: ¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Salmo 116, 12).

La oración de gratitud Nada inclina tanto a Dios a dar como el darle gracias por sus dones. Oh, seamos agradecidos y aprendamos a ofrecerle toda la gratitud a la que tiene derecho. Si nuestra oración no fuera más que una acción de gracias continua, sería bien poderosa para hacernos agradables a Dios. Demos gracias, demos gracias sin cesar a Dios por todas sus larguezas; démosle gracias incluso por aquello que nos parece duro de su parte: *in omnibus gratias agentes* [Efesios 5, 20]; y cuanto más nuestra acción de gracias sea sincera, amorosa, llena de ímpetu, más fluirán los dones divinos en nuestros corazones, hasta el día en que recibamos y para siempre, el don de los dones: ¡a Dios mismo!

DÉCIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

“Mihī autem adhaerere Deo bonum est. Es bueno para mí adherirme a Dios” (Salmo 73, 28).

La oración de contemplación es el esfuerzo por poseer a Dios aquí abajo, en la medida de lo que somos capaces, con los velos de la fe.

El medio de poseer a Dios es la pureza de corazón, es decir, la destrucción del pecado, la adquisición de la virtud y de la santidad que es el conjunto de las virtudes. La contemplación nos ofrece este medio al desligarnos de las criaturas.

El término de la contemplación es la preparación para el cielo, donde estaremos eternamente unidos a la adorable Trinidad.

Examinemos estas tres proposiciones:

I.- La contemplación es el esfuerzo por unirse a Dios aquí abajo

Pero, ¿cómo unirse a Aquél a quien nada puede abarcar?: *“An ubique totus es, et res nulla te totum capit? ¿No estás enteramente en todas partes, exclama San Agustín, y en ningún sitio enteramente contenido?”*. Y continuando su idea: *“¿Qué eres tú, Dios mío, qué eres tú?: Quid es ergo, Deus meus?”*¹⁾.

¹⁾ En su manuscrito, el P. d'Alzon había hecho copiar aquí sencillamente las citas latinas de San Agustín (edición de los Benedictinos). Aconsejaba siempre a sus religiosos meditar a los Padres en su texto original. Hemos conservado el texto latino y hemos agregado la traducción para uso de las personas que, fuera de los religiosos, quieran utilizar este libro. La traducción francesa está tomada del P. de Labriolle y de B. Roland Gosselin. [La traducción castellana que aparece aquí está hecha a partir del texto francés].

Grandeza de Dios IV.- Quid, rogo, nisi Dominus Deus? Quis enim Dominus praeter Dominum? Aut quis Deus praeter Deum nostrum? Summe, optime, potentissime, omnipotentissime, misericordissime et justissime, secretissime et praesentissime, pulcherrime et fortissime, stabilis et incomprehensibilis, immutabilis, mutans omnia, numquam novus, nunquam vetus, innovans omnia; in vetustatem perducens superbos et nesciunt; semper agens, semper quietus, colligens et non egens, portans et implens et protegens, creans et nutriens, perficiens, quaerens, cum nihil desit tibi.

Amas nec aestuas, zelas et securus es, poenitet te et non doles, irascaris et tranquillus es, opera mutas nec mutas consilium; recipis quod invenis nunquam amisisti; numquam inops et gaudes lucris, numquam avarus et usuras exigit. Supererogatur tibi, ut debeas, et quis habet quicquam non tuum? Reddis debita nulli debens, donas debita nihil perdens. Et quid diximus, Deus meus, vita mea, dulcedo mea sancta, aut quid dicit aliquis, cum de te dicit? Et vae tacentibus de te, quoniam loquaces muti sunt.

IV.- “¿Qué eres tú, pues, Dios mío? ¿Qué eres tú, me pregunto, sino el Señor Dios?” “¿Quién es señor fuera del Señor? ¿O quién es dios fuera de nuestro Dios?”.

Oh, altísimo, buenísimo, potentísimo, omnipotente, misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e imposible de captar; inmutable y que todo lo cambia, nunca nuevo, nunca viejo, renovándolo todo, “llevando a los soberbios sin darse cuenta a la decrepitud”; siempre activo y siempre en reposo; recogiendo y de nada necesitado; llevando, llenando y protegiendo, creando y alimentando, perfeccionando, buscando, ¡aunque nada te falta! Amas, pero sin arrebato; celoso sin debilidad, te arrepientes sin dolor; te encolerizas y sigues tranquilo;

cambias las cosas y no cambias de parecer. Recuperas lo que encuentras sin haberlo perdido; nunca pobre y te alegras de la ganancia; nunca avaro y exiges los intereses. Se te da más de lo debido para que te hagas deudor. Y sin embargo, ¿quién posee algo que no sea tuyo? Pagas tus deudas sin deber nada a nadie; las perdonas sin perder nada.

Y ¿qué hemos dicho, oh Dios mío, mi vida, mi dulzura santa? ¿Qué se puede decir cuando se habla de ti? Y sin embargo, ¡ay de los que se callan acerca de ti!, porque hay muchos charlatanes.

**Humildad de nuestra
condición**

V.- Quis mihi dabit adquiescere in te? Quis dabit mihi, ut venias in cor meum et inebries illud, ut

obliviscar mala mea et unum bonum meum amplectar, te? Quid mihi es? Miserere, ut loquar. Quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas a me et, nisi faciam, irascaris mihi et mineris ingentes miserias? Parvane ipsa est, si non amem te? Ei mihi! Dic mihi per miserationes tuas, Domine Deus meus, quid sis mihi. *Dic animae meae: Salus tua ego sum.* (Ps. XXXIV, 3). Sic dic, ut audiam. Ecce aures cordis mei ante te, Domine; aperi eas et *dic animae meae: salus tua ego sum.* Curram post vocem hanc et apprehendam te. Noli abscondere a me faciem tuam: moriar, ne moriar, ut eam videam.

Angusta est domus animae meae, quo venias ad eam: dilatetur abs te. Ruinosa est: refice eam. Habet quae offendant oculos tuos: fateor et scio. Sed quis mundabit eam? Aut cui alteri praeter te clamabo: *Ab occultis meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo?* (Ps. XVIII, 13-14). Credo, propter quod et loquor. Domine, tu scis. Nonne tibi prolocutus sum adversum me delicta mea, Deus meus, et tu dimisisti impietatem cordis mei? Non judicio contendo tecum, qui veritas es; et ego nolo fallere me ipsum, ne mentiatur iniquitas mea sibi.

Non ergo iudicio contendo tecum, quia, “si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?” (*Confesiones*, I, cap. 4 y 5).

V.- ¿Quién me dará el descansar en ti? ¿Quién me dará el verte entrar en mi corazón para embriagarlo, para que yo olvide mis males y te abrace a ti, mi único bien?

¿Qué eres tú para mí? Ten piedad de mí, para que pueda hablar. ¿Pero qué soy yo a tus ojos, para que me mandes amarte, y que si este amor falta te irrites contra mí y me amenaces con terribles miserias? ¿Acaso no es ya una más que mediana miseria el no amarte? ¡Ah, dime en tu misericordia, Señor Dios mío, lo que tú eres para mí! Di a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Di eso, que yo lo escuche. El oído de mi corazón está ante ti, Señor. Ábrelo y dile a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Correré tras esta voz y te poseeré al fin. No me ocultes tu rostro; que yo muera –para no morir– pero que te vea.

*Demasiado estrecho es el habitáculo de mi alma para que tú puedas entrar en él: ensánchalo. Está derruido, repáralo. Algunas cosas allí podrían chocar a tus ojos: lo confieso, lo sé. ¿Pero quién lo purificará? A quién sino a ti gritaré yo: “Purifícame, Señor, de mis defectos ocultos y libra a tu siervo de los defectos que proceden de las ocasiones ajenas. Creo, y por eso también hablo”. Señor, tú lo sabes. ¿No te he contado, contra mí mismo, mis pecados y no me has “perdonado la impiedad de mi corazón? Nada respondo en el juicio ante ti”, que eres la verdad; y por lo que me atañe, no quiero engañarme a mí mismo, “por miedo a que mi iniquidad mienta contra sí misma”. No, no discuto en el juicio contra ti, porque “si llevas cuenta de nuestros delitos, Señor, Señor, ¿quién podrá resistir?” (*Confesiones*, I, cap. 4 y 5).*

El ejemplo de San Agustín: humilde y constante esfuerzo hacia Dios

¡Qué lenguaje y qué ardor! San Agustín se ve consumido por el deseo de unirse a Dios y siente cuánto su debilidad le aleja de él; sin embargo, ve claro lo que tiene que hacer y, no os quepa duda, lo hará; tenderá hacia Dios con un ardor incesante. Sabe muy bien que Dios es el Bien supremo, al único que es bueno adherirse; sabe que sólo la fe puede conducirle a Dios aquí abajo, y su fe se abrasa en cierto modo de un inmenso amor por aquél a quien todavía no ve, pero a quien quiere adherirse en lo más íntimo de su ser.

Sin embargo, este esfuerzo quiere ser humilde, y cada página de los escritos de San Agustín nos muestra el sentimiento profundo de su miseria, la convicción de que nada puede sin Dios. Pero el cristiano que quiera llegar a la contemplación no puede contentarse con un esfuerzo pasajero; necesita una constancia que supere todos los obstáculos, ya vengan las dificultades de nuestra naturaleza corrompida, o de las tentaciones, o de las criaturas, o de las seducciones del espíritu de las tinieblas. Comenzar y detenerse es no hacer nada, hay que seguir. Caminamos aún por el país de la prueba, en la claridad opaca de la fe, no que la fe deje de ser ciertísima, pero la plena inteligencia de las cosas de la fe no es de este mundo; hay que esperar la hora de Dios, y esperarla con una gran paciencia.

II.- Medio para elevarse hacia Dios mediante la contemplación

Es imposible para el alma elevarse hacia Dios en la contemplación si no se separa de las criaturas. Escuchemos aún a San Agustín: "*O dementia homines humaniter nescientem diligere!*: ¡Oh demencia que no sabe amar a los hombres humanamente!"

Ninguna amistad es estable sino en Dios

IX.- Hoc est, quod diligitur in amicis et sic diligitur, ut rea sibi sit humana conscientia, si non amaverit redamantem aut si amantem non redamaverit, nihil quaerens ex ejus corpore praeter indicia benevolentiae. Hinc ille luctus, si quis moriatur, et tenebrae dolorum et versa dulcedine in amaritudinem cor madidum et ex amissa vita morientium mors viventium.

Beatus qui amat te et amicum in te et inimicum propter te. Solus enim nullum carum amittit, cui omnes in illo cari sunt, qui non amittitur. Et quis est iste nisi Deus noster, Deus, qui fecit coelum et terram et inplet ea, quia inplendo ea fecit ea? Te nemo amittit, nisi qui dimittit, et quia dimittit, quo it aut quo fugit nisi a te placido ad te iratum? Nam ubi non invenit legem tuam in poena sua? Et lex tua veritas et veritas tu.

IX.- Esto es lo que se ama en los amigos, y se ama hasta el punto de que nuestra conciencia se siente culpable cuando no se ama a quien nos ama y no se paga amor con amor, sin pedir nada al ser amado sino las arras de su afecto. De ahí el duelo por la muerte de un amigo, esas tinieblas de dolores, aquella dulzura que se cambia en amargura para el corazón bañado en lágrimas, y la pérdida de la vida de los que mueren pasa a ser la muerte de quienes sobreviven.

¡Feliz quien te ama, que ama a su amigo en ti y a su enemigo por amor a ti! No pierde a ningún ser querido solamente aquél para quien todos son queridos en Aquél que no podemos perder. ¿Y quién es ése sino nuestro Dios que hizo el cielo y la tierra y que los colma porque los ha creado colmándolos? Para perderte hay que abandonarte, y ¿a dónde va quien te abandona, a dónde huye, sino de tu benevolencia hacia tu cólera? Porque ¿dónde no encuentra en su castigo tu ley? Ahora bien, tu ley es la verdad y la verdad eres tú.

**No hay morada
estable para el alma
aquí abajo**

X.- Deus virtutum, converte nos et ostende faciem tuam, et salvi erimus. Nam quoquoversum se verterit anima hominis, ad dolores figitur alibi praeterquam in te, tametsi figitur in pulchris extra te et extra se. Quae tamen nulla essent, nisi essent abs te. Quae oriuntur et occidunt et oriendo quasi esse incipiunt et crescunt, ut perficiantur, et perfecta senescunt et intereunt: et non omnia senescunt et omnia intereunt. Ergo cum oriuntur et tendunt esse, quo magis celeriter crescunt, ut sint, eo magis festinant, ut non sint. Sic est modus eorum. Tantum dedisti eis, quia partes sunt rerum, quae non sunt omnes simul, sed decedendo ac succedendo agunt omnes universum, cujus partes sunt. Ecce sic peragitur et sermo noster per signa sonantia. Non enim erit totus sermo, si unum verbum non decedat, cum sonuerit partes suas, ut succedat aliud.

Laudet te ex illis anima mea, Deus, creator omnium, sed non in eis infigatur glutine amoris per sensus corporis. Eunt enim quo ibant, ut non sint, et conscindunt eam desiderii pestilentiosis, quoniam ipsa esse vult et requiescere amat in eis, quae amat. In illis autem non est ubi, quia non stant: fugiunt, et quis ea sequitur sensu carnis? Aut quis ea comprehendit, vel cum praesto sunt? Tardus est enim sensus carnis, quoniam sensus carnis est: ipse est modus ejus. Sufficit ad aliud, ad quod factus est, ad illud autem non sufficit, ut teneat transcurentia ab initio debito usque ad finem debitum. In verbo enim tuo per quod creantur, ibi audiunt: "hinc et huc usque".

X.- Dios de las virtudes, "vuélvemos hacia ti, muéstranos tu rostro y seremos salvos". Sí, de cualquier lado que se oriente el alma del hombre, sólo para su propio dolor se fija en lo que no seas tú, aunque se fijase sobre las cosas más bellas fuera de ti, fuera de sí. E incluso esas bellas cosas no existieran si no procedieran de ti. Nacen y mueren; al nacer comienzan a ser, por decirlo así;

crecen para llegar a su perfección, y una vez alcanzada esa perfección, envejecen y mueren. Todo no llega a la vejez, pero todo llega a la muerte. Por lo tanto, cuando nacen y se esfuerzan hacia el ser; cuanto más rápidamente crecen hacia el ser más rápidamente se precipitan hacia el no-ser. Tal es su condición; he ahí el papel que tú les has asignado, porque son parte de las cosas que no coexisten nunca simultáneamente y que, mediante las vicisitudes de su aparición y desaparición, integran el conjunto del que son sólo las partes. Se parecen al modo como se desarrolla hasta el final nuestra conversación, gracias al encadenamiento de nuestras palabras articuladas. No llegaría a formularse entera si cada palabra, una vez cumplida su misión sonora, no se desvaneciera para dejar paso a otra palabra.

Que mi alma te alabe por tales bellezas, oh Dios, creador del universo, ¡pero que no se deje apresar por la liga de un amor sensual! Porque esas bellezas van hacia donde han de ir para dejar de ser; y desgarran el alma con sus amores pestilentes, porque la propia alma quiere ser y quiere reposar en las cosas que ama. Ahora bien, en tales cosas no encuentra dónde reposar; no tienen estabilidad, están en un flujo perpetuo. ¿Quién puede alcanzarlas con los sentidos de la carne? ¿Quién puede asirlas, incluso cuando están allí presentes? Porque el sentido de la carne es lento, precisamente porque es el sentido de la carne; está limitado por su propia naturaleza. Basta para otras cosas, para las que está hecho; no basta para las cosas que pasan tan pronto, del comienzo que les está asignado al final que les está asignado. Porque en tu palabra que las ha creado, escuchan este decreto: “De aquí, hasta ahí”.

**Sólo Dios domina toda
inestabilidad**

XI.- Noli esse vana, anima mea, et obsurdescere in aure cordis tumultu vanitatis tuae. Audi et tu: Verbum ipsum clamat, ut redeas, et ibi est locus quietis imperturbabilis, ubi non deseritur amor, si ipse non deserat. Ecce illa discedunt, ut alia succedant et omnibus suis partibus constet infima universitas. "Numquid ego aliquo discedo?" ait Verbum Dei. Ibi fige mansionem tuam, ibi commenda quidquid inde habes, anima mea, saltem fatigata fallaciis. Veritati commenda quidquid tibi est a veritate, et non perdes aliquid, et reflorescent putria tua et sanabuntur omnes languores tui et fluxa tua reformabuntur et renovabuntur et constringentur ad te et non te deponent, quo descendunt, sed stabunt tecum et permanebunt ad semper stantem ac permanentem Deum.

Ut quid perversa sequeris carnem tuam? Ipsa te sequatur conversam. Quidquid per illam sentis in parte est et ignoras totum, cujus hae partes sunt, et delectant te tamen. Sed si ad totum comprehendendum esset idoneus sensus carnis tuae ac non et ipse in parte universi accepisset pro tua poena justum modum, velles, ut transiret quidquid existit in praesentia, ut magis tibi omnia placerent. Nam et quod loquimur, per eundem sensum carnis audis et non vis utique stare syllabas, sed transvolare, ut aliae veniant et totum audias. Ita semper omnia, quibus unum aliquid constat, et non sunt omnia simul ea, quibus constat: plus delectant omnia quam singula, si possint sentiri omnia. Sed longe his melior qui fecit omnia, et ipse est Deus noster, et non discedit, quia nec succeditur ei.

XI.- No seas vana, alma mía, no dejes el oído de tu corazón ensordecerse por el ruido de tu vanidad. Escucha, también tú: el mismo Verbo te grita que vuelvas; el lugar del reposo que nadie puede turbar está allí donde el amor no sufre abandono, si él mismo no abandona. Mira, esas cosas se van para dar lugar a otras, y para que, de todas esas partes, se forme un todo, por raquítico

que sea: “Y yo, ¿me voy a otra parte?”, dice el Verbo de Dios. Fija en él tu morada, confíale todo cuanto de él has recibido, alma mía, cansada de tus decepciones, por decir algo. Confía a la Verdad cuanto has recibido de la verdad, no perderás nada. Lo que hay en ti de corrupto recobrará su frescor; todas tus debilidades quedarán curadas, tus partes perecederas quedarán restauradas, renovadas, estrechamente unidas a ti; ya no te arrastrarán más allí donde bajan ellas mismas; se quedarán contigo de forma permanente, cerca del Dios eternamente estable y permanente.

¿Por qué, fuera del camino recto, vas a seguir a tu propia carne? ¡Date la vuelta y tu propia carne te seguirá! Todo cuanto sientes por medio de ella no es sino algo parcial; el todo al que se relacionan estas partes, tú no lo conoces, y sin embargo son éstas las que te encandilan. Pero si el sentido de tu carne fuera capaz de abarcar al todo, y si para tu castigo no hubiera sido limitado estrictamente sólo a una parte del todo, desearías que pasara todo cuanto existe en el presente, para disfrutar mejor del conjunto. Las palabras que articulamos, tú las escuchas con este mismo sentido de la carne, y naturalmente no deseas que las sílabas permanezcan sino que huyan rápidamente para que dejen lugar a otras de modo que puedas oír el conjunto. Siempre sucede lo mismo con las partes que concurren a formar un todo, sin que exista simultaneidad en el ser de estas partes de las que se forma el todo: el todo gusta mucho más que cada parte considerada separadamente, cuando se puede contemplar en su totalidad. Pero mucho mejor que todo esto es Aquél que lo ha creado todo, que es nuestro Dios, y que no pasa, ya que nada le sustituye.

XII.- Si placent corpora, Deum ex illis lauda et in artificem eorum retorque amorem, ne in his, quae tibi placent, tu displiceas. (*Confesiones*, IV, cap. 9-12).

XII.- *Si te gustan los cuerpos, alma mía, alaba a Dios por ellos, haz remontar tu amor hasta Aquél que es su autor, para no disgustarle en las cosas que te gustan. (Confesiones, IV, cap. 9-12).*

III.- El término es la unión con la Trinidad

El término es la unión con la Trinidad en el cielo: “*Vita contemplativa calcatis curis omnibus ad videndam faciem sui Creatoris inardescit*: la vida contemplativa, dice San Gregorio, tras haber pisoteado todos los apetitos terrenos, se inflama con un ardiente deseo de ver el rostro de su divino Creador”. Tal es el término de la contemplación. En cierto modo es el noviciado del cielo. Aquí el esfuerzo, allá arriba el goce.

Sólo mediante la caridad nos unimos a Dios, nuestra felicidad

XII.- *Secutio igitur Dei, beatitatis appetitus est; consecutio autem, ipsa beatitas. At eum sequimur diligendo, consequimur vero, non cum hoc omnino efficitur quod est ipse, sed ei proximi, eumque mirifico et intelligibili modo contingentes, ejusque veritate et sanctitate penitus illustrati atque comprehensi. Ille namque ipsum lumen est; nobis autem ab eodem illuminari licet. “Maximum, ergo quod ad beatam vitam duci, primumque mandatum est: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et anima et mente. Diligentibus enim Deum omnia procedunt in bonum” (Matth. XXII, 37, 38). Quamobrem paulo post idem Paulus: “Certus sum, inquit, quod neque mors, neque vita, neque angeli, neque virtus, neque instantia, neque futura, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a caritate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro” (Rom. VIII, 28, 38, 39). Si igitur diligentibus Deum omnia procedunt in bonum; et summum bonum quod etiam optimum dicitur, non*

modo diligendum esse nemo ambigit, sed ita diligendum ut nihil amplius diligere debeamus; idque significatur et exprimitur quod dictum est: “Ex tota anima, et ex toto corde, et ex tota mente”; quis quaeso, dubitaverit, his omnibus constitutis, et firmissime creditis, nihil nobis aliud esse optimum, ad quod adipiscendum positivis caeteris festinare oporteat, quam Deum? Item si nulla res ab ejus caritate nos separat, quid esse non solum melius, sed etiam certius hoc bono potest?

XII.- Buscar a Dios, es pues desear la felicidad; encontrar a Dios, es la felicidad misma. Buscamos a Dios amándolo, y le encontramos no llegando a ser absolutamente como él es, sino semejantes a él, comprendiéndolo de un modo extraordinario e intelectual, compenetrados enteramente y rodeados por su verdad y santidad. Porque él es la luz misma, y se nos da ser iluminados por ella. Por lo tanto, lo que conduce a la vida feliz es “el mayor, el primer mandamiento: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. En efecto, todo sirve para el bien a los que aman a Dios” (Deuteronomio 6, 5; Mateo 22, 37; Romanos 8, 28). Por eso Pablo añade un poco más adelante: “Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro” (Romanos 8, 38-39).

Si, pues, para quienes aman a Dios todo coopera para el bien, nadie puede dudar de que haya que amar no solamente al bien soberano, que es llamado también el bien por excelencia, sino que además hay que amarlo de tal modo que nada amemos más que él, que es lo que significan y expresan las palabras citadas: “con toda el alma, con todo el corazón, con todo el espíritu”. Asen-

tadas estas cosas y firmemente creídas, ¿quién pondrá en duda, pregunto, que haya para nosotros algo más excelente que Dios y que hayamos de apresurarnos a alcanzarlo antes que todas las demás cosas? Además, si nada nos separa de su caridad, ¿qué puede haber no sólo de mejor, sino de más seguro que ese bien?

**Nada puede
separarnos del amor
de Dios**

Sed singula breviter attendamus. Nemo nos inde separat, minando mortem. Id ipsum enim quo diligimus Deum, mori non potest, nisi dum non diligit Deum: cum mors ipsa sit non diligere Deum, quod nihil est aliud quam ei quidquam in diligendo atque sequendo praeponere. Nemo inde separat pollicendo vitam: nemo enim ab ipso fonte separat, pollicendo aquam. Non separat angelus: non enim est angelus, cum inhaeremus Deo, nostra mente potentior. Non separat virtus: nam si virtus hic illa nominata est, quae aliquam potestatem in hoc mundo habet, toto mundo est omnino sublimior mens inhaerens Deo. Sin virtus illa dicta est, quae ipsius animi nostri rectissima affectio est: si in alio est, favet ut jungamur Deo; si in nobis est, ipsa conjungit. Non separant instantes molestiae: hoc enim leviores eas sentimus, quo ei unde nos separare moliuntur, arctius inhaeremus. Non separat promissio futurorum: nam et quidquid boni futurum est, certius promittit Deus; et nihil est ipso Deo melius, qui jam profecto bene sibi inhaerentibus praesens est. Non separat altitudo neque profundum: etenim si haec verba scientiae forte altitudinem vel profundum significant, non ero curiosus, ne sejungar a Deo, nec cujusquam doctrina me ab eo separat, ut quasi depellat errorem, a quo nemo prorsus nisi separatus erraret. Si vero altitudine et profundo superna et inferna hujus mundi significantur, quis mihi coelum polliceatur, ut a coeli fabricatore sejungar? Aut quis

terreat infernus, ut Deum deseram, quem si nunquam deseruissem, inferna nescirem? Postremo quis me locus ab ejus caritate divellet, qui non ubique totus esset, si ullo contineretur loco?

Pero examinemos brevemente cada palabra del Apóstol. Nadie nos puede separar de Dios amenazándonos de muerte. En efecto, aquello por lo que amamos a Dios no puede morir sino por no amar a Dios, porque la muerte real es no amar a Dios, lo que no es sino amar pero siguiendo otra cosa con preferencia a Dios. Nadie nos separa de él prometiéndonos la vida. Porque nadie separa de la fuente prometiéndole el agua. Ningún ángel nos separa de él: porque no hay ángel más fuerte que nuestro espíritu cuando nos adherimos a Dios.

La virtud no nos separa de él: porque si la virtud que se menciona aquí es la que tiene cierto poder en este mundo, el espíritu que adhiere a Dios es absolutamente superior al mundo entero. Si la virtud en cuestión es el afecto absolutamente recto de nuestra alma, de dos cosas una: o bien está en otro y entonces nos ayuda a unirnos a Dios; o bien está en nosotros y entonces nos une a él.

Las aflicciones presentes no nos separan de él. En efecto, las encontramos más ligeras por el hecho de que estamos más estrechamente unidos a aquél del que se esfuerzan por separarnos. La promesa de los bienes futuros no nos separa de él, porque es Dios quien promete con mayor certeza toda clase de bienes futuros; y nada hay mejor que Dios mismo, ya presente sin duda alguna en aquellos que están firmemente unidos a él.

Ni la altura ni la profundidad nos pueden separar de él. Porque si estas palabras significan, quizá, la altura y la profundidad de la ciencia, dejaré de ser curioso por miedo a separarme de Dios. Y ninguna doctrina me separa de él, como para arrancarme del error, ya que nadie yerra si no es por separarse de él. Mas, si por altura

y profundidad se entiende lo alto y lo bajo de este mundo, ¿quién va a prometerme el cielo para separarme del creador del cielo? ¿O qué infierno me aterrorizará para que abandone a Dios, ya que, si no le hubiera abandonado, no conocería el infierno? Finalmente, ¿qué lugar podrá separarme de la caridad de quien no estaría en todas partes si pudiera ser contenido en un lugar?

Nuestra propia alma es una creatura que no puede separarnos de la caridad

XII.- Non, inquit, separat alia creatura. O altissimorum mysteriorum virum! Non fuit contentus dicere: Creatura; sed alia, inquit, creatura, admonens etiam idipsum quo diligimus Deum et quo inhaeremus Deo, id est animum atque mentem, creaturam esse. Alia ergo creatura corpus est: et si animus res quaedam est intelligibilis, id est quae tantum intelligendo innotescit, alia creatura est omne sensibile, id est quod per oculos, vel aures, vel olfactum, vel gustum, vel tactum quasi quamdam notitiam sui praebet; atque id deterius sit necesse est, quam quod intelligentia sola capitur. Ergo cum etiam Deus dignis animis notus non nisi per intelligentiam possit esse, cum tamen sit ipsa qua intelligitur mente praestantior, quippe qui creator ejus atque auctor est, verendum erat ne animus humanus, eo quod inter invisibilia et intelligibilia numeratur, ejusdem se naturae arbitraretur esse, cujus est ipse qui creavit; et sic ab eo superbia decideret, cui caritate jungendus est. Fit enim Deo similis quantum datum est, dum illustrandum illi atque illuminandum sese subjicit. Et si maxime ei propinquat subjectione ista qua similis fit, longe ab eo fiat necesse est audacia qua vult esse similior. Ipsa est qua legibus Dei obtemperare detrectat, dum suae potestatis esse cupit ut Deus est.

XII.- “Ninguna otra creatura puede separarnos de él” [Romanos 8, 38], dice el Apóstol. ¡Oh, hombre de los más profundos misterios! No se ha contentado con decir: una creatura, sino que dice: ninguna creatura, advirtiéndonos de que aquello mismo por lo que amamos a Dios y mediante lo que nos adherimos a Dios, —entendamos el alma y el espíritu—, es una creatura. La otra creatura es, pues, el cuerpo: y si el alma es algo inteligible, es decir que sólo se conoce mediante la inteligencia, la otra creatura comprende todo lo que es sensible, es decir, lo que da una especie de conocimiento de sí mediante los ojos o los oídos o el olfato o el gusto o el tacto. Y es necesario que todo esto sea de menor valor que lo que se capta sólo por la inteligencia.

Puesto que Dios puede ser conocido de las almas dignas únicamente mediante la inteligencia, —aunque sea, sin embargo, un espíritu superior al espíritu que le capta, en cuanto que es su creador y su alimentador—, se podría temer que el espíritu humano, por el hecho de pertenecer a los seres invisibles e inteligibles, se creyera de la misma naturaleza que su Creador y por ahí se alejara por orgullo de aquél a quien debe estar unido por la caridad. En efecto, se hace semejante a Dios, en la medida que se le ha otorgado, cuando se somete a Dios para ser instruido por él e iluminado. Y si se acerca a Dios, en cuanto esto es posible mediante esa sumisión que le hace semejante a Dios, se aleja necesariamente de él por la audacia de querer serle más semejante aún. Audacia que le aleja de obedecer a las leyes de Dios, al darle el deseo de ser dueño de sí mismo, como Dios.

Quanto ergo magis longe discedit a Deo, non loco, sed affectione atque cupiditate ad inferiora quam est ipse, tanto magis stultitia miseriaque completur. Dilectione igitur redit in Deum, qua se illi non componere,

sed supponere affectat. Quod quanto fecerit instantius ac studiosius, tanto erit beator atque sublimior, et illo solo dominante liberrimus. Quamobrem nosse debet se esse creaturam. Debet enim creatorem suum credere sicuti est, inviolabili et incommutabili semper manere natura veritatis atque sapientiae: in se autem cadere posse stultitiam atque fallaciam, vel propter errores quibus exui desiderat, confiteri. Sed rursus cavere debet, ne ab ipsius Dei caritate, qua sanctificatur ut beatissimus maneat, alterius creaturae, id est hujus sensibilis mundi amore separetur. Non igitur separat nos alia creatura, siquidem et nos ipsi creatura sumus, a caritate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro.

Cuanto más, pues, el espíritu se aleja de Dios, no por la distancia, sino por el afecto y la concupiscencia, para ir a cosas diferentes de Dios, más se llena de necedad y de miseria. Por consiguiente, vuelve a Dios mediante el amor, que le empuja no a igualarse a Dios, sino a someterse a él. Cuanto más ardor y aplicación ponga en ello, más feliz y elevado será, y bajo el único dominio de Dios será perfectamente libre. Por ello, el espíritu debe saber que es una creatura. Debe, en efecto, creer en su Creador tal como es, subsistiendo siempre con su naturaleza inviolable e inmutable de la verdad y de la sabiduría. Pero ha de confesar que él mismo puede ser presa de la necedad y de la ilusión, engendradas por los mismos errores de que quiere liberarse. Ha de cuidarse aún para no verse separado de la caridad divina, que le santifica para que siga siendo plenamente feliz, por el amor de cualquier otra creatura, es decir, de este mundo sensible. Así, ninguna otra creatura, ya que también nosotros somos creaturas, nos separa de la caridad divina, que está en Jesucristo Señor Nuestro.

Esta caridad sólo se encuentra en Nuestro Señor

XIII.- Dicat nobis idem Paulus, quis iste sit Christus Jesus Dominus noster: "Vocatis, inquit, praedicamus Christum Dei Virtutem et Dei Sapientiam" (I *Cor.* I, 24). Quid? Ipse Christus nonne inquit: "Ego sum Veritas"? (*Joan.* XIV, 6). Si ergo quaerimus quid sit bene vivere, id est ad beatitudinem bene vivendo tendere, id erit profecto amare Virtutem, amare Sapientiam, amare Veritatem et amare ex toto corde, et ex tota anima, et ex tota mente; Virtutem quae inviolabilis et invicta est, Sapientiam cui stultitia non succedit, Veritatem quae converti atque aliter quam semper est sese habere non novit. Per hanc ipse cernitur Pater; dictum est enim: "Nemo venit ad Patrem nisi per me". (*Joan.* XIV, 6). Huic haeremus per sanctificationem. Sanctificati enim plena et integra caritate flagramus, qua sola efficitur ut a Deo non avertamur, eique potius quam huic mundo conformemur. "Praedestinavit enim, ut ait idem Apostolus, conformes nos fieri imaginis Filii ejus" (*Rom.* VIII, 29).

Fit ergo per caritatem ut conformemur Deo, et ex Deo conformati atque configurati, et circumcisi ab hoc mundo, non confundamur cum iis, quae nobis debent esse subjecta. Fit autem hoc per Spiritum sanctum. "Spes enim, inquit, non confundit; quoniam caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis" (*Rom.* V, 5). Nullo modo autem redintegrari possemus per Spiritum Sanctum, nisi et ipse semper et integer et incommutabilis permaneret. Quod profecto non posset, nisi Dei naturae esset ac ipsius substantiae, cui soli incommutabilitas atque, ut ita dicam, invertibilitas semper est. "Creatura enim, neque hoc ego, sed idem Paulus clamat, vanitati subjecta est" (*Rom.* VIII, 20). Neque nos potest a vanitate separare, veritatisque connectere, quod subjectum est vanitati. Et hoc nobis Spiritus Sanctus praestat: creatura igitur non est. Quia omne quod est, aut Deus, aut creatura est.

XIII.- *Que el mismo Pablo nos diga quién es este Cristo Jesús Nuestro Señor: “A los llamados, nos dice, nosotros predicamos a Cristo, Fuerza de Dios y Sabiduría de Dios” (1 Corintios 1, 23-24). ¡Pues qué! ¿Acaso no dice Cristo mismo: “Yo soy la Verdad”? Si, pues, queremos saber lo que es el bien vivir, es decir, tender a la felicidad viviendo bien, ciertamente será amar la Virtud, amar la Sabiduría, amar la Verdad, y amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro espíritu la Virtud que es inviolable e invicta, la Sabiduría a la que no sucede la locura, la Verdad que no se deja modificar ni mostrarse diferente de lo que ha sido desde siempre. Por ella el Padre mismo es contemplado. En efecto se ha dicho: “Nadie va al Padre sino por mí” (Juan 14, 6). Nos adherimos a ella mediante la santificación. Porque, ya santificados, nos inflamamos mediante una caridad plena e íntegra que es la única que hace que no nos alejemos de Dios y que nos conformemos a él y no al mundo. “Nos ha predestinado, como dice el mismo Apóstol, a ser conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8, 29).*

Mediante la caridad es, pues, como nos hacemos conformes a Dios y que, conformados y semejantes a él y separados de este mundo, ya no se nos confunde con las cosas que han de estarnos sometidas. Ahora bien, todo eso es obra del Espíritu Santo. “La esperanza, dice el Apóstol, no defrauda, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Romanos 5, 5). Pero, no podríamos de ningún modo ser renovados en la integridad por el Espíritu Santo, si él mismo no conservara siempre la integridad y la inmutabilidad. Lo que ciertamente no podría hacer si no fuera de la misma naturaleza de Dios y de la misma substancia de Aquél a quien pertenece eternamente la incomunicabilidad y, por así decir, la irreversibilidad. No soy yo, es el mismo Pablo quien lo dice: “La creatura ha sido sujeta a la vanidad” (Romanos 8, 20). Pero lo que ha sido sujetado a la vanidad no puede

separarnos de la vanidad, ni atarnos a la verdad. Esto se nos da mediante el Espíritu Santo. Éste no es pues ninguna creatura: porque todo lo que existe es o bien Dios o bien creatura.

**La Santísima Trinidad
bien supremo del
hombre**

XIV.- Deum ergo diligere debemus trinam quamdam unitatem. Patrem et Filium et Spiritum Sanctum, quod nihil aliud dicam esse, nisi idipsum esse. Est enim vere summeque Deus: "Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia" (Rom. XI, 36). Haec verba Pauli sunt. Quid deinde subicit? "Ipsi gloria". Sincerissime omnino. Neque enim ait, ipsis: nam unus est Deus. Quid est autem "Ipsi gloria" nisi ipsi optima et summa et late patens fama? Quanto enim melius atque diffusius diffamatur, tanto diligitur et amatur ardentius. Quod cum fit, nihil aliud ab humano genere quam certo et constanti gradu in optimam vitam et beatissimam pergitur. Non arbitror cum de moribus et vita fit quaestio, amplius esse requirendum, quod sit hominis summum bonum, quo referenda sunt omnia. Id enim esse patuit, et ratione quantum valuimus, et ea quae nostrae rationi antecellit auctoritate divina, nihil aliud quam ipsum Deum. Nam quid erit aliud optimum hominis, nisi cui inhaerere est beatissimum? Id autem est solus Deus, cui haerere certe non valemus, nisi dilectione, amore, caritate. (*De moribus Ecclesiae catholicae*, I. I, cap. 11-14).

XIV.- Por lo tanto hemos de amar a Dios, unidad trina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de quien nada diré sino que es el ser mismo. En efecto, Dios es verdaderamente y soberanamente; "de él, por él y en él son todas las cosas" (Romanos 11, 36). Estas palabras son de Pablo. ¿Qué añade luego?: "A él la gloria". Con toda y perfecta verdad. Porque no dice: a ellos, puesto que no hay más que

un solo Dios. ¿Pero qué significa: a él la gloria, sino la fama más excelente, la más alta y la más extensa? En efecto, más y mejor se la da a conocer; mejor se le ama y con mayor ardor se le quiere. Cuando esto sucede, el género humano no puede sino avanzar con paso cierto y constante hacia la vida perfecta y bienaventurada.

Cuando se trata de costumbres y de vida, no pienso que haya que buscar todavía más qué cosa sea el bien soberano del hombre, al cual hay que referir todo. Porque queda demostrado, tanto por la razón en cuanto hemos sido capaces, como por la autoridad divina que supera nuestra razón, que no es otra cosa sino el mismo Dios. ¿Cuál puede ser, en efecto, el mayor bien del hombre, sino aquella posesión que le haga plenamente feliz? Este bien es sólo Dios a quien ciertamente no podemos unirnos sino mediante el afecto, el amor, la caridad. (De moribus Ecclesiae catholicae, I. I, cap. 11-14).

DÉCIMASEXTA MEDITACIÓN

LA EUCARISTÍA

*“Memoriam fecit mirabilium
suorum, misericors et miserator
Dominus, escam dedit timentibus se.
El Señor ha hecho un memorial de
sus maravillas; en su misericordia y su
bondad, ha dado de comer a los que le
temen” (Salmo 111, 4-5).*

La Eucaristía es el memorial de todas las maravillas de Dios: de la Creación mediante la transubstanciación; de la Encarnación por aquella manera en que Jesucristo se presenta bajo las especies consagradas; de la Redención mediante la doble consagración del Cuerpo y de la Sangre; de la Resurrección por la garantía que de ella se nos da.

Para nosotros, religiosos de la Asunción, es el principio de una nueva vida de adoración, de imitación, de expiación, de unión. Examinemos estos cuatro rasgos que me parece concretizan, bajo la acción de los beneficios del Salvador, una vida completamente nueva.

I.- Adoración

Excelencia de la adoración de Nuestro Señor en la Eucaristía El sacerdote, después de la Consagración, teniendo la Hostia santa sobre la preciosa Sangre, indica que ofrece todo honor y toda gloria a la adorable Trinidad por Jesucristo, con él y en él: *per Ipsum et cum Ipso et in Ipso*.

La adoración humana es impotente y todos los holocaustos no han podido agradar a Dios. *“Holocaustomata et pro peccato non tibi placuerunt*: Holocaustos por el

pecado no te agradaron” [Hebreos 10, 6]. Entonces el Hijo de Dios, haciéndose hombre, dijo: “*Tunc dixi: Ecce venio: Heme aquí, que vengo*” (Salmo 39, 8). Por lo tanto el Hijo de Dios encarnado es quien viene a ofrecer la más pura adoración a su Padre, y se la ofrece en el estado de anonadamiento al que le ha reducido no sólo la Cruz sino también la Eucaristía.

Unión de nuestra adoración a la suya

Desde el fondo de este abismo es desde donde el Hijo de Dios hecho hombre adora, y unidos al

Hijo de Dios es como nosotros podemos ofrecer nuestras adoraciones más completas; no que las nuestras tengan valor alguno, sino que lo reciben de los méritos infinitos de la Víctima divina, unidos a lo que nosotros podemos añadirles desde nuestra inmensa miseria. Por lo tanto, nosotros adoramos por Jesucristo, que es nuestro Sacerdote, con Jesucristo, que intercede sin cesar por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis* [Hebreos 7, 25], y en Jesucristo, con el fin de que no formando más que uno con él, se haga evidente que su oración es la nuestra y que la nuestra será atendida por su causa.

Jesús es, en efecto, el gran Mediador, “*et non est in alio aliquo salus, in quo oporteat nos salvos fieri: y no hay nadie más en quien podamos ser salvados*” (Hechos 4, 12).

Jesús-Eucaristía, objeto igualmente de nuestra adoración

Jesús ha querido hacerse nuestro hermano, y se encarga de hablar en nuestro nombre, cubierto, como quiere estar, con

nuestros pecados, para sufrir en su humanidad sus consecuencias; pero notad que Nuestro Señor es nuestro Dios, que desea ser adorado, y con la adorable Trinidad recibe este honor y esta gloria: “*Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus sancti, omnis honor et gloria: por él y con él y en él, a ti*

Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria” (Canon de la Misa).

La santa Humanidad del Salvador, escondida bajo los velos eucarísticos, unida a la segunda persona de la Santísima Trinidad, ofrece esta adoración.

Pero Jesucristo, Dios y hombre, unido inseparablemente a la Trinidad, da un valor incomparable a esta adoración y así es como este homenaje en el que podemos participar resulta de una excelencia incomprensible.

II.- Imitación

Jesucristo, enteramente en la Eucaristía, se halla en ella en el más profundo anonadamiento. ¿Qué más anonadado que un Dios hecho hombre, escondido bajo la apariencia de un poco de pan y unas gotas de vino? He ahí a qué desea reducirse para mostrar qué horror tiene del pecado y a qué extremo le ha reducido el pecado, siendo él la inocencia misma. Somos nosotros los que hemos cometido el pecado; nosotros somos los que debemos anonadarnos, abajarnos, o al menos abajarnos mediante los sentimientos viles y bajos que hemos de tener de nosotros mismos. En efecto, ¿qué cristiano animado con un sentimiento de fe puede contemplar la Eucaristía sin sentirse confundido por el estado a que quiere verse reducido todo un Dios?

Silencio de Jesús Y ahí, el que es el Verbo divino, la Palabra eterna, guarda el silencio más profundo; sigue en silencio, no abre la boca, se calla como el cordero ante el esquilador, no tiene reclamación alguna que presentar; ya podemos hacer con él lo que queramos, nunca se quejará. El silencio le parece, por sí mismo, un excelente sacrificio. ¿Quién ha oído nunca la voz de la Hostia en el Sagrario? ¿Quizá algunos servidores privilegiados han tendido el oído y ha resona-

do allí lo que San Agustín llama el elocuente silencio de los misterios, *facundum quoddam et canorum veritatis silentium?* Pero en ese caso las palabras pronunciadas son aquellas que actúan aisladamente en las almas, que las empujan a la más alta perfección, y si bien algunas veces parten del Sagrario, también a menudo llegan al corazón en el recogimiento de la celda.

Paciencia de Jesús Jesús también os invita con él a esperar su día y el vuestro; vosotros tenéis prisa, estáis impacientes, no tenéis razón. Imitad la paciencia de Dios. Se comporta como el sol en el curso de un hermoso día de verano; ¿os dais cuenta de su caminar? Y sin embargo, desde la salida del astro hasta su ocaso, ¡qué camino recorrido! Creéis que nada hacéis con Jesucristo en vosotros, pero corréis con pasos de gigante.

Mirad también su maravillosa paciencia durante los siglos: Y sin embargo ¡qué de revoluciones, cuántas tempestades! Pero sabe elegir el momento y además hay que, de acuerdo con la expresión hebrea, saber esperar esperando: *Expectans expectavi Dominum, et intendit mihi* (Salmo 40, 2).

Amor en el sufrimiento Mirad finalmente qué amor os tiene Jesús en la Eucaristía: “*Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Juan 13, 1). Y antes de morir instituye la Eucaristía. “*Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar*: antes de padecer he deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros” [Lucas 22, 15].

¡En vuestros sufrimientos, id a la Eucaristía con un gran amor, y todas vuestras tribulaciones os resultarán suaves, todos los sufrimientos fáciles! Porque ¿qué amor más grande que el de querer unirse a vosotros mediante

la manducación eucarística? ¿Qué amor más agradable le podéis manifestar que intentar por parte vuestra no formar sino una sola cosa con él? Id pues a Jesús en la Eucaristía y servidle en la plenitud de vuestra ternura y de vuestra gratitud. Es banal decir que nunca le amaréis como él os ama, pero ¡qué honor para vosotros ser llamados a una lid de amor semejante!

Imitadle en sus perfecciones, porque eso es lo que desea ante todo. ¿Qué deseáis? ¿Qué buscáis, si deseáis algo distinto a rehacer en vosotros la imagen de Dios destruida por el pecado? ¡Pues bien!, ese Dios está en vosotros. ¿Qué más queréis, si sabéis dejarle hacer y actuar, y si os aplicáis a formar en vuestra alma la vida, las virtudes, los sentimientos de Jesucristo? *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5]. Pero, ¿a qué grado de santidad llegaríais si Jesucristo forma en vosotros disposiciones dignas de sí, y sobre todo si os dedicáis a traducirlas mediante el sentido superior que daréis a todos los actos de vuestra vida?

Oración de imitación Señor, ¿qué mejor cosa puedo yo hacer para convertir mi vida en vida celestial sobre la tierra que dedicarme a imitarte cada día más perfectamente, de acuerdo con los ejemplos que me das en el Evangelio? ¿Tengo quizá la pretensión de hacerlo mejor que tú? ¿Y tengo algo mejor que hacer para llegar a ser un santo, que tratar de parecerme a ti?

Cuando estabas en la última Cena, al lavarles los pies a tus apóstoles para imprimirles el último sello de pureza y poderles decir al darles de comulgar: “*Jam vos mundi estis*: ahora ya todos estáis limpios”, añadiste al recomendarles que te imitaran: “*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*: os he dado ejemplo, para que como yo he hecho lo hagáis también vosotros” (Juan 13, 15). Ejemplo de humildad, ejemplo de caridad; ¿qué más se puede pedir al cristiano, sino que se anonade y que ame?

Quiero imitarte, Señor, y caminando sobre tus huellas, imitar el anonadamiento de la Hostia y llevar en mí y a mi alrededor las llamas que allí escondes; Señor, Dios mío, ¿en qué otra parte encontraré la perfección? Tú la haces bajar del cielo a la tierra y la pones a mi alcance; ¡que yo la imite y no sea demasiado indigno de ti!

III.- Expiación

¿Qué es Jesucristo en la Eucaristía? Es la Víctima por excelencia. Buscad y ved si podéis inventar un prodigio semejante.

A ejemplo de Nuestro Señor Una justicia infinita ofendida, la humanidad entera incapaz de pagar la deuda contraída por el padre de todos: ¿qué hacer? Un hombre será tomado por un Dios, y Dios, formando una sola cosa con un hombre, le dará su personalidad, conservando la naturaleza de la creatura y del Creador: *Salva utriusque naturae et in unam coeunte personam*. ¡Qué prodigio esa víctima, humana porque el hombre ha pecado y al mismo tiempo divina, para poder reparar los derechos de Dios lesionados!

Expiación por sí mismo Ahora bien, el religioso, dedicado a la vida de sacrificio, debe ser ante todo, en cuanto depende de él, un hombre divino en sus expiaciones; por lo tanto ha de tomar todas sus acciones y transformarlas en ofrendas incesantes. Por lo que respecta a sus sufrimientos cotidianos, se vuelven un rico tesoro, ya que, en la comunión y en la celebración de la Misa, puede aportar a Jesucristo el don de cuanto puede soportar, y decirle al divino Maestro: Señor, que todo en mí sea digno de ti, para que también yo, a mi vez y a imitación tuya, sea

una hostia pura y sin mancha y que te entregue así cuanto me pidas de sufrimientos, de dolores, de angustias, de lágrimas, porque, ya que el discípulo no es más que el Maestro, si tú, la inocencia misma, has sido víctima por mí, quiero ser víctima a mi vez.

por los demás

El religioso, cuando sale de la celebración de los santos misterios, puede decir: Voy a inmolarme con mi Maestro. El sentimiento imperfecto del Apóstol que exclama: “*Et nos eamus et moriamur cum illo*: también nosotros, vayamos y muramos con él” (Juan 11, 16) debe tornarse una perfección para el religioso. Sobre todo después de la comunión, expía por sí mismo; pero, ¡qué honor, a imitación de su Maestro, poder ofrecerse para expiar por los demás! Hoy sobre todo, en que el egoísmo lo invade todo, lo hiela todo, extiende el frío de la muerte sobre cualquier entrega generosa, ¡qué vocación admirable la del religioso que dice: Sufro con Jesucristo crucificado, me inmolo con la Hostia en el altar, muero a todo gozo creado para expiar con Jesucristo! ¡Oh!, quién le dará al religioso, realmente víctima en unión con la Víctima divina, poder exclamar con todos los deseos del amor que clavó al Salvador del mundo a la cruz: “*Adimpleo in carne mea ea quae desunt passionum Christi*: completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo” (Colosenses 1, 24).

Ahí es donde se conoce la perfección del religioso, en el ardor de la inmolución y de la expiación. ¿Te repugna la expiación? Podrás estar vivo, pero en el orden sobrenatural eres mediocre y vulgar. ¿Tiene la expiación para ti atractivos que escuchas? Puedes abrigar la esperanza de progresar. ¿Te cautiva la expiación y sólo de pensarlo se inflama tu corazón? ¡Ánimo! Tienes fundadas esperanzas de llegar a ser un santo.

IV.- Unión con Dios

El término de la felicidad en el cielo es nuestra unión con Dios. Como ya he dicho algo sobre esto al hablar de la caridad y de la contemplación, sólo diré aquí una palabra.

El ojo del hombre no ha visto, la oreja del hombre no ha oído, el corazón del hombre no ha podido comprender lo que Dios reserva a los que quieren adherirse a él y no han puesto su esperanza en otras cosas. Pero, antes de las revelaciones del cielo y de sus contemplaciones inefables, en que nuestra alma, lanzándose en el seno de Dios mismo, estará para siempre unida a él, ¡qué de adoraciones anticipadas! ¡Qué unión misteriosa se da entre el alma y el Hombre-Dios en la Eucaristía! ¡Qué vida ésa si supiéramos comprenderla! ¡Cómo puede el religioso que participa del cuerpo y la sangre de su Dios exclamar mil veces más que la esposa del Cantar de los Cantares: *“Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam: encontré al amor de mi alma, le aprehendí y no le soltaré”* (Cantar de los Cantares 3, 4)! Y a partir de ahí ¿en qué abismos de unión no podrá hundirse? ¡Que se quede siempre ahí y que todo en él exulte a la vista del Dios que le trae, en su unión con él, una vida totalmente nueva! ¿Qué es la vida del religioso alimentado en la comunión con la vida de Dios mismo, cuáles son sus sentimientos, sus actos, sus virtudes? ¡Cómo puede elevarse si, adhiriéndose a Jesucristo que ha bajado hasta él, se une irrevocablemente a su Maestro, y se deja transportar a todas partes a donde su Maestro quiera llevarle en la tierra y en el cielo!



DÉCIMASEPTIMA MEDITACIÓN

LOS MALES QUE HAY QUE COMBATIR

*“Vos estis sal terrae, vos estis lux mundi. Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo”
(Mateo 5, 13-14).*

Me figuro a un apóstol saliendo de la tumba y contemplando el mundo para compararlo con aquél en el que, al término de su carrera, dio su vida por Jesucristo. ¿Qué pensaría? ¿Y qué sentimientos se formarían en su alma, en el supuesto de que recibiese por segunda vez la misión de evangelizar el mundo?

¿No trataría en primer lugar de darse cuenta de la situación actual del mundo?¹⁾ ¿No trataría de remontarse hasta las causas que lo han reducido al estado lamentable en que se encuentra? ¿No buscaría, además de la gracia, a qué medios de celo apostólico debería recurrir para actuar?

Estas son asimismo las tres preguntas que os ruego os planteéis para poder resolverlas provechosamente.

I.- Estado actual del mundo

Oscurecimiento de la fe ¿Qué vemos hoy día al echar una mirada sobre el mundo occidental? Un inmenso oscurecimiento de la fe, si bien con múltiples matices.

por indiferencia Fijaos: en algunos encontráis la más absoluta indolencia por averiguar lo que es verdadero y lo que es falso; ¿qué

¹⁾El P. d'Alzon escribía estas meditaciones en 1879.



les importa? Su mente, curvada constantemente hacia la tierra, sólo se preocupa de las cosas de la tierra; se declaran cansados de buscar. Pero, ¿acaso buscaron alguna vez? Piden ante todo tranquilidad y miran por ella; no les habléis más que de sus intereses, no tienen tiempo para vagar a otra cosa.

Por desgracia, ¡ahí tenéis a las gentes ignorantes, entre las cuales se va perdiendo desde hace mucho la noción del bautismo!

Para ellos, nada se puede esperar del cielo como tampoco temer del infierno; la muerte es el fin de la existencia; tras ella, ¡la nada! Esta actitud va extendiéndose con no sé qué empuje fatal. El hombre sólo piensa en sus órganos, vive en la materia y ahí se queda. Ama la tierra y la adora; de la tierra salió y a ella quiere volver; la nada es el término de su esperanza.

Al desaparecer la idea de una vida inmortal, ¿qué queda? Ansias locas de gozar, odio atroz de quienes no tienen hacia quienes tienen y, finalmente, presagios de catástrofes que, de no detenerlas la mano de Dios, superarán en atrocidades y mortandad todo cuanto se ha visto de más espantoso.

por odio

Pues bien, en semejante ambiente moral, hay hombres que han sentido horror a la verdad y jurado odio diabólico a la Iglesia. Son conscientes de que existe una verdad, pero se niegan a reconocerla y se afanan por destruirla en los demás, de tal modo que aúnan indiferencia respecto a la verdad y odio respecto a su luz. Ésta les ofusca produciéndoles a la vez remordimiento y reprobación: por todas estas razones la rechazan. Y reparad, en efecto, por un lado en la guerra que le declaran sus activos enemigos, y por otro en la estúpida apatía de la mayoría que deja hacer y que, en los golpes asestados a la fe, tan sólo experimenta una emoción más dentro de una nueva

clase de combate. Se disfruta viendo cómo se pelean los animales entre sí. Ya no hay gladiadores como antaño; hoy día existe la gran batalla de creyentes contra infieles; es un auténtico espectáculo y todo espectáculo de por sí apasiona y entretiene.

**Resultados de este
obscurecimiento** ¿Qué amor al deber podrá darse con semejantes disposiciones? Imposible que no se borre del todo su rastro. De ahí, la violación de las grandes leyes de la vida humana.

no más honradez ¿Qué es para muchos el comercio, sino un robo organizado a escala máxima? ¿Qué se busca en todas esas especulaciones y empresas? Dinero, obtenido de la manera más rápida y más abundante; mucho en el menor tiempo posible. Pero, para ir rápido y ganar mucho, habrá que tergiversar la moral; así se hará, y uno se quedará pasmado ante todas esas fortunas, tan inmensas como escandalosas, acumuladas en tan escaso tiempo. Esto en cuanto a los de arriba.

¿Y abajo qué queda? Un afán de imitación con visos de sensatez, ya que los grandes ladrones roban por gusto y los pequeños para vivir; mas, por de pronto, desaparece el respeto al bien ajeno; los que poseen saben que son envidiados e intentan defender por todos los medios lo que adquirieron. Los que no poseen, desean poco, si así os parece, pero de todas formas codician el bien prohibido. ¿Y quién puede asegurar que no ambicionan mucho, aunque sólo sea para compartirlo en sueños con sus compañeros de miseria, o para reservárselo íntegramente, en el caso de ser los únicos beneficiarios?

no más moralidad ¿Qué diré acerca de la inmoralidad? Por desgracia, ¡cuántas mujeres engañadas, pero también cuántos maridos!

¿Quién puede decir con absoluta confianza en ciertas poblaciones a un hombre: “Usted es mi padre”? Y confesémoslo también: ¿qué padres pueden estar seguros de que les asiste el derecho al decir al niño nacido bajo su mismo techo: “Tú eres hijo mío”?

Más robos y menos matrimonios, tal es el balance de la probidad y de la moralidad.

no más caracteres Subamos un poco más arriba. ¿Cuáles son las características que posee una sociedad entregada a todo género de fraudes, iniquidades y orgías culpables? ¿Qué cualidades podemos hallar en su seno? Ninguna, ninguna, o mejor dicho, la inversión del honor. La lealtad, la rectitud, la entereza, la delicadeza, todas estas bellas cualidades han desaparecido. ¿Qué queda? Costumbres relajadas que se arrastran, viles y mezquinas, por senderos sombríos, reñidos con la luz. ¿Por qué iba el día a iluminar visiones tan lamentables? Mejor disimularlas. ¡Qué más da que esté bien o que esté mal lo que uno hace! Con tal de que sea útil o agradable y reporte provecho o placer. ¡Cuán lejos están los grandes caracteres!

La turba de la “gente honrada” Lo dicho va por los hombres formalmente malos. ¿Qué diremos acerca de una categoría de seres que se tapa con la careta de la honradez? ¿Qué es para el pueblo un hombre honrado? Un obrero que no ha sido llevado ante un tribunal correccional. Y ¿qué es un hombre honrado de rango superior? Un señor que ha sido más listo en la ocultación de sus vergonzosas especulaciones, de sus hurtos, de sus adulterios y de sus bajezas para prosperar. ¿Y a dónde conduce esta clase de gente? Al egoísmo más desenfrenado, al interés personal, a la rechifla de todo lo noble y generoso, a la destrucción del sentido moral, a la duda, a la pérdida del respeto.

Pero con esta turba de gente honrada ¿se podrá formar un ejército? Sólo quiere guardias que protejan sus bienes más o menos honradamente adquiridos, no quiere nada más. No contéis con ella para defender las grandes verdades, los principios, las leyes fundamentales, si bien podéis recurrir a ella para custodiar cajas de caudales, aunque, ¡quién sabe! En cuanto a la sociedad, para ellos no es más que una palabra vana.

Con semejantes generaciones, ¿qué porvenir les espera a las naciones? Bien cerca debe andar el castigo, a no ser que la justicia de Dios, no queriendo un triunfo que a ella sola pertenece, desee mostrar su poder sacando un gran bien de un gran mal.

Sea lo que fuere, averigüemos las causas de tan deplorable situación e investiguemos cómo se ha desarrollado; tal vez le encontremos, gracias a la misericordia divina, un remedio adecuado.

II.- Causas del estado actual

A. Hostilidad de los gobiernos hacia la Iglesia

No resulta difícil señalar las causas del estado actual de Europa. Por una parte, la inveterada hostilidad de los gobiernos hacia la Iglesia. Que la Iglesia haya tenido a veces ministros indignos, ¿quién lo niega? Pero ¿quién influía en el nombramiento de tales ministros, sino los príncipes, reyes, emperadores? A eso se reducía la prolongada lucha por las investiduras. Se necesitaba saber si los pueblos serían gobernados por servidores de la Iglesia o por lacayos de los soberanos. So pretexto de que los bienes de la Iglesia provenían de las larguezas regias, intervenían los monarcas en todas las elecciones, de ahí que en los obispados apareciesen con harta frecuencia pontífices mercenarios, y en las abadías abades que se apoderaban de las rentas, dejando a los religiosos sin regla y muertos de hambre.

Siendo así los jefes, ¿qué iba a ser de las Iglesias? ¿Y a qué desórdenes no iban a estar expuestas? Adiós doctrina. ¿Quién la iba a impartir? Los doctores se hallaban sumidos en una profunda ignorancia. ¿Qué ocurría con el pueblo inculto? Se ensayaron algunas reformas, pero ¿en qué situación se hallaban los que vivían en el campo? ¿En qué están los habitantes de las ciudades?

He mentado las *usurpaciones de los príncipes a las Iglesias*; han continuado siempre. ¿Y qué diré de sus escándalos? Cuando el ejemplo fatal proviene de arriba, ¿quién de los de abajo no se siente impulsado a imitarlo? Contemplad con qué fuerza ha cundido la imitación.

¿Y qué ha resultado de todo esto? *La pérdida del respeto a la autoridad*. Los poderes humanos desecharon el cetro de la Iglesia, los pueblos desechan el cetro de esos poderes. Investigad, observad atentamente y considerad lo que se está preparando ahora que, en infinidad de países, se ha erigido la corrupción en *instrumentum regni*. Hay que estar ciego para no verlo. Se diría que el mejor medio para esclavizar más fácilmente a los hombres era convertirlos en inmorales.

Mas, por encima de todo, por no remontarnos demasiado lejos, digamos que, transcurridos tres siglos, al predicar la Reforma la rebelión intelectual en la sociedad, la predicó al mismo tiempo en la sociedad política; y se han pervertido todas las naciones. “Ay de vosotros que llamáis bien al mal, y al mal bien, decía Isaías: *vae qui dicitis bonum malum et malum bonum*” [Isaías 5, 20]. Seguimos en las mismas. No hay que atribuir a nada más la causa primera de los estragos espantosos producidos en las sociedades modernas.

B. Las sociedades secretas

Tal es la primera causa. Pero el mal que, al disolverse se pulverizaba y pasaba en cierto modo al estado de nada, quería mantener una apariencia de vida, merced a una organización. Se creó la masonería.

Siempre se ha sentido el hombre atraído por el misterio, de ahí que gozara en sumirse en Sociedades secretas. A decir verdad, siempre las ha habido. Incalculable es el daño que han originado, y su actuación en ciertas épocas parece adquirir una energía que no es sólo terrenal, sino que también infernal.

Dicen que si se quiere establecer el orden de esa jerarquía satánica, es menester colocar en la base la Internacional, luego las Sociedades secretas de todos los países, a continuación los judíos con su saña anticristiana, por último Satanás, cuyo culto está establecido incontestablemente en los santuarios de la secta, que se cubre con el antifaz del ateísmo, y cuyos jefes simulan una incredulidad que después de todo no tienen, puesto que creen, si bien se dejan llevar por la rabia: *Credunt et contremiscunt* (Santiago 2, 19).

La masonería extiende sus ramificaciones por doquier, en todos los sitios tiene adeptos. Habiendo jurado destruir el cristianismo, en este momento parece estar a punto de llegar al término de sus anhelos. ¿Triunfará enteramente, no hasta el punto de destruir la Iglesia radicalmente, sino de causarle cuantiosas pérdidas, caso de que nos descuidemos? Si la Iglesia sufre en nuestros días persecución en Francia, como ya ocurre en Alemania, Suiza e Italia, tened por seguro que se lo deberá a la masonería.

Por lo demás, lo que afirmaba poco ha León XIII acerca del estado social en Rusia, en Alemania y en Francia, pone de manifiesto la gran preocupación que siente el Jefe de los hijos de Dios ante los ataques ininterrumpidos de los esclavos del diablo. Hace tiempo que no se vivía momento tan solemne; se vislumbra una batalla terrible, cuyo choque repercutirá y por mucho tiempo hasta los últimos confines del orbe.

C. La insipidez de la sal de la tierra

Decía el profeta a la Jerusalén culpable: “*Perditio tua ex te*: tu ruina proviene de ti” [Oseas 13, 9]. ¡Y con cuánta razón, desgraciadamente! Bien poco serían de temer los enemigos externos, si también al interior el mal no fuera grande. La sal de la tierra se ha vuelto insípida, —¿quién lo puede negar?—, si no en todas partes, al menos en amplísimos espacios. Los estudios eclesiológicos descuidados en demasía no proporcionan más que una instrucción deplorable al pueblo y, sin instrucción, la fe no puede sino retirarse rápidamente; el celo por la salvación de las almas desaparece en el corazón de los pastores, y las ovejas vagan por pastos envenenados. ¡Ni la luz para alumbrar la noche que se va cerrando, ni ánimo para despertar a los pueblos adormecidos al borde del abismo! Este estado no es absolutamente universal, pero sí muy generalizado.

He aquí por qué hay que reflexionar seriamente; he ahí por qué tras una seria reflexión, hay que actuar. ¿Cómo? En una próxima charla lo veremos.

DÉCIMOCTAVA MEDITACIÓN

**REMEDIOS CONTRA LOS MALES
DEL TIEMPO ACTUAL**

*“Vos estis lux mundi, vos estis sal
terrae. Vosotros sois la luz del mundo,
vosotros sois la sal de la tierra”*
(Mateo 5, 13-14).

He intentado señalar el origen de los males actuales; pero, ¿basta con eso?, y abandonándonos a un lamento desesperado, ¿dejar que todo se vaya encarrilando hacia la catástrofe? ¡Dios no lo quiera! Dios ha hecho curables a las naciones, y mientras mantengan en ellas el principio cristiano, podrán revivir.

Tenemos derecho a plantear a los católicos contemporáneos la pregunta de Jeremías a los judíos: “*Numquid resina non est in Galaad, aut medicus non est ibi? Quare ergo non est obducta cicatrix filiae populi mei?*”: ¿No hay medicina ni médico en Galaad? Pues, ¿por qué no se sanó la herida de la hija de mi pueblo?” (Jeremías 8, 22). Sí, aún quedan remedios que ofrecer a los pueblos enfermos. Sí, aún se les puede ofrecer médicos. Sí, los hijos de la Iglesia pueden recuperar la salud del alma. Pero ¿cuáles son esas medicinas?

Yo las reduzco a seis: 1º la oración; 2º la frecuencia sacramental; 3º la vida austera; 4º una sólida instrucción; 5º la predicación; 6º las obras populares.

I.- La oración

Jamás insistiremos bastante en este punto: la Revolución cuenta con aliados poderosos tales como: el cortejo

de las pasiones y de las ambiciones humanas, puestas en movimiento por el infierno. Ahora bien, para sanar de las dolencias que el infierno se empeña en multiplicar, hemos de elevarnos a un mundo superior, el de la oración.

Lo que más nos falta hoy día son hombres que oren, que se sitúen entre el cielo y la tierra para decir a Dios: “*Parce, Domine, parce populo tuo: Perdón, Señor, perdón por tu pueblo*” [Joel 2, 17], y que se lo repitan con gran deseo de ser escuchados. Por más que se diga, las plegarias que salían otrora de las montañas, de las selvas y de las soledades, llevaban en sí un poder maravilloso para aplacar la justicia divina, irritada contra el mundo.

Mas, no sólo hay que rezar en la soledad y en la oscuridad de la noche, hay que orar y hacer rezar en las ciudades; hay que dar a las almas hambre y sed de oración. Mientras más avancemos, más la vida cristiana se irá retirando, si dejamos actuar a la Revolución. Exhortemos a los fieles a la vida de oración.

Vemos comarcas donde se conservan las antiguas costumbres piadosas en medio de un aislamiento general por parte de los pueblos vecinos. ¿Por qué no impulsar a esas disposiciones que llevan a la oración frecuente, y por qué no formar a algunos a la vida de oración?

II.- La frecuencia sacramental

Un hecho lamentable es que tengamos que animar a los hombres a comulgar solamente por Pascua. ¡Cómo!, ¡tienen a su disposición un alimento divino y apenas hacen uso de él una vez al año!

¿Por qué será? ¡Oh!, la respuesta es obvia: ¡cuesta tanto dar con un sacerdote, y los sacerdotes están tan atareados! En primer lugar, los sacerdotes no están tan ocupados como se dice. Y luego, es girar en un círculo vicioso. Como no hay sacerdotes, no hay confesiones; pero mientras no se confiese la gente, no surgirán vocaciones

sacerdotales. El sacerdote diocesano inteligente confiesa lo más posible para favorecer las vocaciones, y cuando da con ellas, ha dado a los penitentes el medio para tener confesores.

Por otra parte, para discernir las vocaciones, hay que ocuparse de los niños, hay que exhortarlos a la comunión, y exhortar sobre todo a los que acaban de comulgar por primera vez. Por ahí ha de iniciarse la reforma de las costumbres; por ahí ha de operarse la transformación de las almas. Un cristiano que, tras el primer banquete eucarístico, siente la profunda necesidad de acercarse a él con frecuencia, podrá perder en un momento determinado la santidad, la pureza de su alma, bajo la acometida de las pasiones; sin embargo, tened la seguridad de que habrá recibido un sello indeleble, y que no transcurrirá mucho tiempo sin que recobre el hábito cristiano de volver de nuevo en búsqueda de la fuerza para las luchas interiores, al fondo del sagrario. Animemos a comulgar, estimulemos a menudo a quienes estén aparentemente desgana-dos, que pronto se les pasará la desgana, si lo quieren.

Ya sé que muchos sacerdotes no sienten atractivo alguno por la confesión, sea cual fuere, pero ¡cuánto bien no se haría si se tuviera tanto interés en confesar a hombres como a mujeres! Alentemos a los hombres a confesarse; incitémosles a comulgar, y todo irá adquiriendo paulatinamente otro cariz en la sociedad. Claro que para lograrlo hay que amar la Eucaristía; hay que tener en lo más hondo del alma aquel fuego sagrado por los intereses de Jesucristo. No basta con esperar a los enfermos, hay que ofrecerles la medicina, y a este respecto, empezar de una vez por todas a establecer una alianza íntima entre el corazón del sacerdote y el del Salvador.

III.- La vida austera

a) Reaccionar contra la cobardía y la molicie ¿Cómo es la vida de la mayoría de los cristianos? ¡Qué molicie y qué cobardía! ¡Qué afán de toda clase de comodidades y satisfacciones! ¡Qué deplorables costumbres de irritabilidad!

Para remontar la corriente se necesitarían pruebas muy grandes; y ¿quién nos dice que la Providencia no nos las está deparando con los actuales agobios de la agricultura y del comercio? Lo que no se hace de buen grado, se hace a la fuerza, y las austeridades de la vida se impondrán por sí mismas cuando nos veamos condenados a morir de hambre. Indudablemente se trata de espectáculos dolorosos, pero, y lo digo temblando, si Dios nos pone a prueba, ¿acaso no lo tenemos merecido?

¡Oh!, en primer lugar impongámonos a nosotros mismos mayor severidad en nuestra vida personal, y luego podremos predicarla más fácilmente. Rehuyamos el lujo para nosotros mismos, y tendremos derecho a pedir moderación a los demás. Pues, después de todo, las exigencias de la vida material van tomando proporciones muy funestas. ¿Quién podrá dar para las obras benéficas si nunca se tiene bastante para sí mismo? Recurramos a la caridad de los cristianos dándoles ejemplo. Sepamos desprendernos y veremos desprenderse a los demás.

b) Apaciguar la justicia divina La vida austera proporciona otra ventaja. Nos hemos forjado una idea muy peregrina acerca de la bondad de Dios, ¡como si dejara Dios de ser infinitamente bueno por el hecho de ser infinitamente justo! y como si, en el orden de las perfecciones divinas, ¡no fueran inseparables ambos atributos! En consecuencia, abandonémonos a la bondad de Dios para que nos perdone, no sin antes aplacar su justicia mediante una vida austera que, revestida de carácter penitencial, no será más

que el sentimiento de lo que debemos a los derechos de Dios. Impulsemos a los cristianos a la penitencia a través de nuestros ejemplos, y Dios se dejará conmover.

Por el contrario, ¡cuántos cristianos no se esfuerzan por llegar hasta los límites de lo permitido y no consideran suficientemente que, cuando la cólera de Dios se enciende, no se trata sólo de no provocarla nuevamente, sino de apaciguarla con las debidas reparaciones!

IV.- Sólida instrucción

Desgraciadamente se estudia poco, muy poco, y en consecuencia, se enseña mal. Uno se cree apto para impartir una enseñanza conveniente a la gente inculta, lo que constituye un gravísimo error. Cualquiera que haya participado durante algunos años en los exámenes de los jóvenes sacerdotes, puede atestiguar lo que les queda de teología cuando se les interroga. ¡Qué ignorancia! ¡Qué olvido de lo que estudiaron durante varios años!

¡Cómo puede ser!, que hombres preparados durante largos períodos de estudios sean muy a menudo incapaces de responder a los cuestionarios de un programa previamente conocido, ¡y se pretende que los mismos conocimientos se graben en la mente de hombres cuya frente está constantemente encorvada sobre un trabajo material! Necesitan estos hombres que se vuelva a tratar con ellos, una y otra vez, a cerca de las verdades fundamentales, que se las expliquen, que se las pongan a su alcance; y esta reiterada comunicación de las verdades fundamentales requiere un trabajo constante; máxime, teniendo en cuenta que el hombre es un animal que imita; si ve que el sacerdote trata la enseñanza con ligereza, ¿nos puede extrañar que él a su vez trate sin consideración todo cuanto se le enseña?

La indiferencia del catequista explica muy bien la indiferencia del catequizado. ¡Cuántas dudas surgieron en

almas tiernas, porque los hombres encargados de inculcarles las verdades de la fe no lo hacían profundamente convencidos de lo que enseñaban! El docente cree que puede reservarse el privilegio de tratar la doctrina sin ningún miramiento, y luego se asombra de que la traten los demás con desprecio; o mejor dicho, no se asombra de nada, ya que eso le trae sin cuidado.

V.- La predicación

a) práctica y eficaz ¿Qué es la predicación hoy día?
 ¡Oh!, aquí sí que hay que gemir:
verba et voces, praetereaque nihil: palabras y sonidos, fuera de eso, ¡nada! Se elaboran frases como en tiempo de Massillon, caricaturas del P. Lacordaire, se hinchan los oradores de necia vanidad dentro de una sobrepelliz más o menos elegante, ¡y nada más! ¿Y qué queda de esa simiente evangélica? Pero, ¿era realmente una semilla cualquiera y qué tenía de evangélica? Interrogante éste de suma gravedad.

La predicación ha de tener tres objetivos: instruir presentando la verdad bajo una luz atrayente que, a la par que ilumine, infunda el deseo de instruirse más; convencer y persuadir, en una palabra, convertir; por último, santificar, mediante el impulso hacia un mundo superior. ¿Quién se instruye suficientemente como para poder instruir? Me refiero sobre todo a los hombres. ¿Quién tiene tanto horror al pecado como para comunicárselo a los pecadores? ¿Quién tiene un ardor tal de la santidad que encienda deseos prácticos de ella en las almas llamadas a la misma?

b) cimentada en la oración ¿Cuándo volveremos a la predicación auténticamente apostólica, cimentada en la oración, donde uno se va transformando enteramente en instru-

mento de Nuestro Señor, basada en estudios apropiados para poder enseñar con claridad y con el debido nivel a las personas cultas, basada también en el amor a las almas salvadas por la sangre de Nuestro Señor y que a toda costa queremos preservar del infierno, fundada en el sentimiento profundo de que Dios quiere todavía santos y que hay que preparárselos, sea mediante la predicación que los atraiga, sea mediante una prudente dirección que los vaya formando e inculque en ellos el deseo de aspirar a las metas que Dios les señala? Varias son las vías, pero todos podemos dar mucho más de lo que generalmente damos. El movimiento ha de arrancar del corazón del sacerdote, máxime si es religioso.

Señor, danos muchos santos sacerdotes y santos religiosos que, junto con su actuación pública, vayan ejerciendo esa acción íntima que transporta las almas hacia la claridad de la verdad y las llamas del amor.

VI.- Las obras populares

a) siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor *“Evangelizare pauperibus misit me: he sido enviado a evangelizar a los pobres”* (Lucas 4, 18).

Tal es la norma, que al parecer, se dio Jesucristo. Y da como prueba de su misión que los pobres son evangelizados, *pauperes evangelizantur* (Lucas 7, 22).

¿Quién se ocupaba de los pobres en aquella época? Hoy día es peor, se ocupan de ellos para pervertirlos. Se veían entonces grandes cuadrillas de esclavos sometidos a dueños despiadados, que los convertían en los más degradados instrumentos de sus pasiones. Actualmente las masas populares son transformadas en instrumentos de la ambición y esclavos de la mentira. La pérdida de la fe y de las esperanzas eternas rebaja sus apetencias a placeres materiales a la par que les arranca del corazón toda fibra amorosa. Odio es lo único que se les quiere dejar.

b) agruparlos con el vínculo de la caridad Pues bien, tenemos que reemprender la evangelización de los pobres. Tenemos que ocuparnos de ellos, ir a su encuentro.

Si hay algo que nos puede dar cierta esperanza, es ver cómo se ocupan de los pobres y de los obreros un cierto número de sacerdotes y de valerosos laicos. Ciertamente son muchas las obras: las Conferencias de San Vicente de Paúl, las obras de San Francisco Regis, los círculos obreros, las obras juveniles, la asociación de San Francisco de Sales. Las corporaciones obreras no constituyen aisladamente la salvación de Francia, y aunque reunidas globalmente forman cuerpos humildes y modestos tantos como se quiera, al asociarse con el vínculo de una mutua caridad propiciarán incontestablemente el cuadro de un potente ejército.

Hay que ocuparse de los obreros, hay que ocuparse de los abandonados, ir a su encuentro, predicarles lo que ignoran, mostrarles el camino de la reconciliación y de la paz, comunicarles la ciencia del sufrimiento, y quedaréis asombrados al ver cómo se irán apaciguando las almas poco a poco, y cómo esta paz, ofrecida a unas almas descarriadas pero hechas para ser buenas, traerá el triunfo de la Iglesia y de Jesucristo en el mundo.



DÉCIMANOVENA MEDITACIÓN

LA ENSEÑANZA

“Euntes ergo, docete omnes gentes: Id, pues, y enseñad a todas las naciones”

(Mateo 28, 19).

La misión de enseñar Cuando Jesucristo dice a sus apóstoles: *Euntes docete*, id y enseñad, se lo dice también a sus sucesores y en su persona a todos aquellos a quienes los obispos tomarían como sus auxiliares: sacerdotes, religiosos, laicos piadosos, de forma que la enseñanza cristiana que pertenece al episcopado fue confiada bajo la responsabilidad de los pontífices a cuantos ellos juzgaran idóneos.

La unidad de la enseñanza se da en cada diócesis bajo la inspección de los obispos, como la unidad de la enseñanza se da en la Iglesia entera mediante los obispos bajo la jurisdicción del Papa; la Iglesia es una en su doctrina porque tiene un Doctor universal y, a través de todos los pueblos, doctores que se someten al Jefe supremo de los doctores.

No quiero tomar la cuestión de la enseñanza desde este punto de vista tan elevado; por el contrario, bajo a las últimas filas de quienes enseñan, tomo a los religiosos dedicados a la enseñanza, y planteo estas tres preguntas:

- 1º ¿Qué deben des-enseñar?
- 2º ¿Qué deben enseñar?
- 3º ¿Cómo deben enseñar?



I.- ¿Qué deben des-enseñar a los alumnos?

La enseñanza es como el cultivo de un huerto. Antes de sembrar las buenas semillas, importa mucho arrancar del suelo las malas hierbas. Hoy la cizaña está extendida con tal profusión, que uno tiembla ante el trabajo que hay que hacer para extirparla enteramente de las jóvenes almas en las que deseamos sembrar la verdad.

¿Qué hay, pues, que empezar por desaprender a los niños confiados a nuestra instrucción?

1º las ideas falsas sembradas en el hogar doméstico Examinad las familias y daos cuenta, si podéis, de todas las ideas falsas emitidas en el hogar doméstico. ¡Cuántos vestigios

de ideas volterianas en un padre educado en la Universidad, incluso si no ha sacado las consecuencias que no han osado emitir ante él, y eso si no es completamente libre-pensador! La madre es quizá piadosa, pero ¿qué influencia puede tener? Y si ha tenido la suficiente para hacer colocar a su hijo en un establecimiento cristiano, tened por seguro que durante las vacaciones se apresurarán a emancipar al hijo del yugo clerical, mediante la afirmación de las teorías más decepcionantes y más peligrosas. Entonces, en los días de diversión, el padre destruye todos los esfuerzos de los maestros por plantar la fe en las almas aún puras, y gracias a la inclinación anticristiana, ¡casi siempre lo logra! Y si la madre es débil, ¿qué acción preservadora puede tener? ¡Y todo lo que diga, el hijo lo tomará en sentido inverso!

2º Las ideas de los libros y de los periódicos Hay que des-enseñar las ideas de los libros y de los periódicos. ¡Cuántos niños perdidos por la lectura de los libros que encuentran en la biblioteca del padre de familia y por las novelas

con que la madre satura su imaginación y sus sentidos! Sabemos lo que son ciertos libros, hoy en día. ¡Cómo hay que reaccionar sin tregua contra esas producciones impuras que hacen perder la fe, porque han destruido la inocencia! En cuanto a los periódicos, ya se sabe el mal que causan y cómo se dirigen sobre todo a los más ignorantes para excitar su curiosidad. Por desgracia, ¡cómo la lectura de las novelas piadosas ha preparado la lectura de las malas novelas, y cómo la lectura de algunos periódicos, que se quiere hacer divertidos, dispone a la lectura de los periódicos envenenados!

No nos hacemos una idea del mal causado por los libros y los periódicos que, bajo pretexto de ser buenos para todo el mundo, nunca hablan de Dios ni de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, en una palabra, de cuanto puebla de modo cristiano la imaginación de los niños. Se descarta con cuidado todos esos pensamientos, esos cuadros, y el niño queda preparado para creer que se puede vivir siendo solamente un hombre honrado.

3° Las ideas recibidas en ciertas escuelas ¡Qué esfuerzos no hay que realizar para ayudar a un niño que pasa de un establecimiento poco cristiano a otro que profesa serlo completamente! ¿Qué esfuerzos no hay que hacer para arrancarle las ideas independientes, impuras, escépticas, que ha tenido tiempo de recibir, y qué cosas absurdas, por no decir blasfemias, no hay que prepararse a oírle pronunciar? Por lo menos hay que imponerle el silencio ante sus camaradas, si es que existe alguna esperanza de atraerlo a otras disposiciones; pero si esta esperanza se pierde pronto, urge devolverlo cuanto antes a quienes han presidido tan mal a sus primeros años y le han dejado perderse desde el despertar de su razón.

4º Fortificar contra la mala influencia del ambiente moderno

En estos momentos, hay que confesarlo, el aire está como apestado; la atmósfera moral está tan viciada como algunos médicos acusan a la atmósfera física de estarlo, de donde resulta que muchas ideas malsanas llegan a los niños sin que la vigilancia más precavida pueda darse cuenta.

Encerrar a estas pobres criaturas en una caja de algodón es muy difícil. ¿Qué hacer? Fortificar el temperamento intelectual. Me ocuparé de indicaros los medios.

II.- Lo que hay que enseñar

Ante todo, la verdad católica completa, con toda su majestad, su inmensidad, —si me atrevo a hablar así—, sus horizontes infinitos, su afirmación poderosa de los derechos de Dios todopoderoso, la explicación de los misterios, que crece a medida que crecen las pequeñas inteligencias hacia las que nos dirigimos.

La verdad católica en su unidad y su plenitud

La doctrina católica es una. Es necesario resaltar esa unidad ya sea en su base que es la verdad primera, la Palabra de Dios, ya sea en el conjunto de sus dogmas que vienen a resumirse, en cuanto a lo que hay que creer, en aquel gran hecho de la unidad de Dios en la distinción de las personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: el Padre creador, el Hijo redentor, el Espíritu Santo santificador; y al mismo tiempo en todo lo que hay que hacer, que se reduce a tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, siendo la caridad en fin de cuentas, como dice San Agustín, la vida de las otras dos.

Hay que enseñar estas verdades y las que de ellas emanan: el poder de Dios y su autoridad sobre nosotros, su derecho a recompensarnos y a castigarnos. Parece más

tolerante hablar menos del infierno. ¡Qué debilidad! ¡Cuántas almas necesitan ser atemorizadas con la amenaza de los juicios eternos!

La verdad católica con ejemplos Hay que enseñar la verdad católica con ejemplos. ¡Qué torpeza la de no hablar ya de los santos, de no contar su vida, sus penitencias, su celo, su amor a Dios y a las almas! Es extremadamente importante volver sobre los grandes hechos de nuestros antepasados, ya que la Iglesia tiene sus anales; tiene su gloria que consiste en los triunfos de sus hijos, en su guerra contra el mundo.

Nada empuja tanto a imitar a los santos como conocer su vida; nada tan magnífico como la contemplación de todas sus virtudes. Eso nos anima; nos decimos como San Agustín: “*Tu non poteris quod isti, quod istae?*: ¿no vas a poder tú, lo que éstos y éstas?”. Un excelente medio para recuperar al niño que necesita conversión es mostrarle lo que puede un servidor de Dios inflamado de buena voluntad.

Ahora bien, para enseñar la religión de modo fructífero, la enseñanza debe tomar dos formas: ha de ser directa e indirecta al mismo tiempo.

Enseñanza religiosa directa Debe ser directa, es decir que hay que dedicarle ciertas horas en que los alumnos estén obligados a hacer auténticos deberes. Se trata de los cursos de instrucción religiosa que nunca estarán demasiado bien preparados. ¡Grave responsabilidad para el maestro que prepara de modo insuficiente el alimento que ha de servir! Por desgracia, en cuántas circunstancias la negligencia en dicha preparación no nos permite repetir las palabras de Jeremías: “*Parvuli petierunt panem et non*

erat qui frangeret eis: los niños pidieron pan y nadie hubo quien se lo partiera” (Lamentaciones 4, 4).

Enseñanza religiosa indirecta, constante La enseñanza debe ser indirecta. Me explico: no se puede hacer de todas las clases un curso de enseñanza religiosa, pero se puede en todas las clases introducir alguna consideración cristiana. He ahí lo que hay que enseñar y lo que, de parte de los maestros, exige la más diligente preparación.

Esta enseñanza indirecta alcanza por doquier a las almas jóvenes, las forma o las endereza en todo momento, les presenta a Dios en todo lugar, su acción, su ley, su justicia al lado de su misericordia. ¡Pero cuánta obstinación cristiana se necesita para continuar esta predicación! Hay que enseñar la santidad, el arrepentimiento de las propias faltas, saber presentar disculpas cuando sea necesario, la amabilidad tal como lo pide San Pablo. Todo requiere ser enseñado. Y hay que enseñarlo constantemente, ya que a poco que la enseñanza se afloje, quedaréis sorprendidos de ver cómo todo el edificio, preparado por vosotros con tanto trabajo, se derrumbará.

¿Os diré que esta constancia ha de ser universal? Por desgracia, ¡cuántos maestros parecen dedicarse por ligereza, por oposición, por desdén, a destruir la acción de sus congéneres! ¡Y cuán a menudo nos encontramos con esto! ¡Y cómo esos maestros tan culpables parecen disfrutar destruyendo lo construido! He conocido a algunos, y su paso por establecimientos cristianos, ¡cuán funesto ha sido para todos: para los maestros cuya acción paralizaban, para los alumnos cuya fe naciente parecían complacerse en reducir a los restos de la suya, y me quedo corto!

III.- ¿Cómo hay que enseñar?

Algunas disposiciones son indispensables.

Con respeto Hay que enseñar con respeto.

¡Pobre del maestro que hace de su enseñanza un chiste sin gracia! No pretendo decir que no se pueda dar a la enseñanza un cierto aire, una cierta alegría que la haga amable para los alumnos; al respecto hay que distinguir cuidadosamente entre bromas irrespetuosas y una cierta gracia que dé un poco más de vida a la palabra del maestro.

Hay que tener no menos respeto a los alumnos y no imponerles ideas absurdas, so pretexto de que se trata de misterios. Importa imponer la fe allí donde la Iglesia lo manda; es muy bueno llegar incluso tan lejos como ella lo desea, pero es indispensable dejar libertad allí donde no ha pretendido imponer un yugo. Esta libertad, concedida en algunas cuestiones, predispone a una obediencia más pronta cuando se trata de temas mayores. Sin forzar a nadie a que crea, ¿por qué no indicar las soluciones que la Iglesia tomará probablemente en ciertas circunstancias, como cuando se ha tratado de la definición sea del dogma de la Inmaculada Concepción, sea del dogma de la infalibilidad pontificia? ¿Era tan difícil prever las soluciones que el Espíritu Santo ha dado? Evidentemente no. No estábamos obligados a hacer un acto de fe; pero se podía prever el momento en que la Iglesia lo iba a imponer.

Con convicción Hay que enseñar con convicción. El maestro a quien los

alumnos no sienten convencido es el más desolador de los maestros. Los estragos de su palabra son incalculables; es parecido a esos maestros de los que habla Nuestro Señor, sentados en la cátedra de Moisés, que predicaban y no actuaban conforme a su predicación.

Para ellos enseñar es un oficio. Se les paga para que di-

gan tal cosa, pero quizá lo que dicen no sea cierto. Se huele al mercenario y se le estima como a mercenario. Por desgracia, ¡pocas veces se equivocan los niños! Tienen como un instinto infalible que les indica si tienen que ver con un maestro creyente o dubitante. Opino que los maestros sin convicción han de ser apartados como auténticas plagas.

¡Qué diferentes aquellos hombres cuya convicción se destaca y brilla en sus palabras, sus actos, su porte, su vida entera! ¡Cuán preocupados se les ve del depósito que se les ha confiado! Es el más rico tesoro y ellos lo saben y los alumnos están tan convencidos como ellos; por eso sus inteligencias jóvenes crecen ante la convicción tan sincera que brota de labios santificados por la verdad que de ellos sale. Entonces al alumno no le cuesta creer lo que ve que su maestro cree firmemente. Así el alma está realmente preparada para recibir la buena semilla, y si no la recibe, esta semilla divina, ya no es culpa del sembrador.

Con amor

Hay que enseñar con amor. Se comprende que un maestro experimente aquel amor que San Jerónimo sentía por Cicerón o San Agustín por Virgilio y los platónicos. San Jerónimo nos cuenta que fue flagelado por un ángel a causa de su amor de la bella latinidad pagana. San Agustín deploró en sus *Confesiones* su pasión por libros que no eran los Libros inspirados. Digamos que no hay que exagerar, que sin duda hay allí cosas que admirar, pero que también en los tiempos que corren hay admiraciones ridículas y que lo hacen a uno ridículo.

Pero de ahí a apasionarse por lo Verdadero, lo Bueno, lo Bello divino, hay mucho trecho. Ahora bien, es lícito decir que nada hay tan digno de amor como la perfección divina y las manifestaciones de esta perfección en las grandes acciones de Dios en favor de sus criaturas. ¿Qué más magnífico que un Dios creador, redentor y santificador? ¿Con qué se entusiasmará un alma a quien tales visiones no entusiasman?

Hay que amar la verdad, amar a las almas a quienes se les comunica, amar las formas talentosas bajo las que se comunica. Cuando los alumnos sientan estas llamas en el corazón del maestro, irán a buscar calor en ellas.

Como testigos de la verdad

Por fin, hay que enseñar al estilo del divino Precursor, al estilo de los apóstoles y de los mártires.

Hay que ser testigos de la verdad; hay que respetar el depósito de la verdad y rezar a Dios para que en todos los sitios donde seamos eco de su enseñanza, no seamos demasiado indignos de esta misión tan admirable.

Todo está ahí, y el infierno lo sabe muy bien cuando se esfuerza por destruir la enseñanza cristiana y cerrar las escuelas abiertas por la Iglesia. El mal crece, razón de más para combatir, para predicar, enseñar a tiempo y a destiempo. Llegará una época en que la sana doctrina ya no podrá ser soportada: los espíritus debilitados ya no tendrán la fuerza para ello: *Erit enim tempus ubi sanam doctrinam non substinebunt* (2 Timoteo 4, 3).

Sin desalentarse nunca

Por nuestra parte no nos desanimemos. Si nos cierran las escuelas en pleno día, estemos preparados para ir a las catacumbas. La Palabra de Dios nunca está cautiva si así lo queremos verdaderamente. *Verbum Dei non est alligatum* [la Palabra de Dios no está encadenada] [2 Timoteo 2, 9].

Me acuerdo haber visitado hace algo más de un año la cripta donde bautizaba San Pedro. ¡Qué estrecha era! Y sin embargo, ésa fue la cuna de la fe romana. ¡Qué oscuro estaba! Mas, hoy en día la verdad ha salido de todas esas tumbas, la luz de la profundidad de esa noche; y de aquellas galerías estrechas en que se amontonaban los despojos de los primeros cristianos, sobre todo de los libertos de Claudio, han salido las grandes vías por donde la predicación evangélica se lanzó hasta los confines del mundo.



VIGÉSIMA MEDITACIÓN

LA EDUCACIÓN

“*Instaurare omnia in Christo*. Hay que restaurar todo en Cristo”
(*Efesios 1, 10*).

No basta enseñar. Hay que educar y la educación es una tarea mucho más difícil que la enseñanza.

Para verter alguna luz sobre esta vasta materia, plantearé tres cuestiones principales alrededor de las cuales espero que las demás vendrán a agruparse.

I.- ¿Cuáles son las cualidades del buen educador?

Un maestro cristiano, digno de tal nombre, debería tener todas las virtudes y enseñarlas más con sus ejemplos que con sus palabras. Sin embargo yo le exigiré cuatro principales.

El maestro debe ser: 1º Debe ser paciente. Entregarse a la educación y no esperarse a toda clase de desengaños, es la mayor de las ilusiones. “*O generatio incredula et perversa, usquequo patiar vos?*: Oh, generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo tendré que soportaros?” (Mateo 17, 16), exclamaba el Maestro de los maestros, Nuestro Señor. Sí, se necesita paciencia y mucha paciencia y a la educación sobre todo es a la que hay que aplicar las palabras de Santiago: “*Patientiam autem opus perfectum habet*: sólo la paciencia produce obras perfectas” (Santiago 1, 4).



El jardinero ve crecer ciertas semillas en sus terrenos sólo tras haber esperado mucho tiempo. Les gusta hacerse esperar. Así pasa con los niños. No crecen a veces sino muy tarde y no son siempre éstos los que dan los resultados menos preciosos.

Pero donde más necesaria es la paciencia, es frente a la mezcla de malicia y ligereza que constituye la naturaleza del niño. Tiene buen corazón, pero es ligero hasta la desesperación por su falta de atención. Cuando es serio, seguid sus pequeños complots, su felicidad cuando descubre el punto flaco de su maestro, sin contar a veces no sé qué cálculo maligno del que no siempre se da cuenta, del que es a penas consciente, pero que desconcierta a quienes se ocupan de él. ¡Pidamos paciencia cuando nos topamos con seres semejantes! No siempre son los peores y se ha visto que algunos llegan a ser de los mejores, tanto más cuanto que han terminado por darse cuenta de cuánta virtud ha sido necesaria para soportarlos.

inteligente

2º Debe ser inteligente. El maestro poco inteligente se halla expuesto a todas las desgracias. Nadie juzga al maestro como el alumno. El maestro es para él el objeto de perpetuo estudio sin contemplaciones y, si le falta inteligencia, puede esperarse a toda clase de fracasos.

Sólo hay un remedio para este mal: una santidad multiplicada por diez. De este modo inspirará estima y sus defectos se perderán en la veneración que a veces inspirará; digo a veces, pues también ahí nos podríamos equivocar.

No digo que haga falta ser un genio: un genio perdería la paciencia. Pero se necesita mucho tacto y un sentido común muy grande para desarmar la irritación de los alumnos mediante su sangre fría, pues a menudo la lucha está ahí. El niño intenta agujinear al maestro como se rejonea al toro para ponerlo furioso. Cuando el maestro demasiado irritado ya no es dueño de sí, es el alumno el que se hace dueño de la situación. Ha vencido, y la

alegría íntima de haber sido el más fuerte, le compensa muchas veces por todos los castigos que se le inflijan.

A menudo el silencio es el arma más eficaz del maestro. El alumno que no logra captar lo que se persigue con esto, cae en el despecho y, después de haberse debatido, se somete.

La inteligencia del maestro debe consistir también en dar importancia a lo que la tiene y en cortar a tiempo un abuso en sus inicios; y también en no escandalizarse por algo que en sí no es nada; esta nada aceptada como sin importancia, termina efectivamente por no tener valor alguno.

Aquí está el quid de ciertos maestros que creen que todo está perdido porque su majestad sacrosanta parece haber sido ofendida. Un poco de impersonalidad, una apreciación de sí mismo con humor, evitaría muchos choques, muchos rencores, fuente a veces de medidas de autoridad, a la vez graves e injustas. Los superiores deben apoyar a los maestros, pero los maestros, desgraciadamente, por una susceptibilidad tonta, ¡bien a menudo se vuelven muy insoportables!

¿Dónde estará el remedio? En la inteligencia que les falta. Entonces no existe otro remedio que cambiarlos, sin dar demasiada razón a los jóvenes revoltosos. Tanto más cuanto que en un montón de situaciones, si puedo servirme de una expresión familiar, el mejor modo de hacer de los niños buenos chicos es serlo uno mismo, no hasta el punto de dejarlos tomarse libertades de las que abusarían rápidamente, sino de probarles sin malicia que les conocemos y que no les tememos.

concienzudo

3° El maestro debe ser concienzudo. El punto capital consistirá en formar la conciencia de los alumnos, y no se puede expresar el mal que les hace a estas jóvenes naturalezas un maestro que flaquea en el tema de la conciencia y del honor cristiano.

La primera conclusión que saca el alumno, a menudo sin razón, es que su maestro no tiene fe. ¿Y qué puede hacer, en un establecimiento cristiano, un maestro en cuya fe no se cree? A menudo resulta la ruina de una casa. No he visto, en un espacio de cerca de cuarenta años, sino un sólo caso de un maestro hipócrita y mal sacerdote, sobre el que los alumnos se equivocaron. ¡Cuántas veces no han predicho con mucho tiempo de antelación que tal persona, contratada a prueba, no podría seguir, y estaban haciendo un juicio muy exacto, antes de que el de los superiores quedara establecido!

perseverante

4° El maestro cristiano debe ser un hombre perseverante.

He dicho que incluso en los mejores establecimientos se entabla entre alumnos y maestros una especie de lucha permanente; si el maestro persevera, sin cólera, en plena posesión de sí mismo, ¿quién puede contar las victorias que obtendrá?

El niño por lo general es curable, siempre que se sepa tratarle adecuadamente; todo consiste en tener una valentía perseverante. Es de lo que carecen a veces los maestros jóvenes, porque también ellos tienen sus defectos, y en ellos el desaliento, cuando fracasan, es proporcional al amor propio.

No han triunfado, luego no hay nada que hacer. Razonomiento muy falso. La conclusión a la que deben llegar es que, si no han triunfado, entonces tienen que hacerlo mejor, y desde este punto de vista la experiencia es para ellos un don inapreciable; pero la experiencia llega más tarde y a menudo es fruto de varios intentos sin éxito.

**animado por un celo
auténtico**

Finalmente, el maestro cristiano debe estar animado por un celo auténtico. La tarea es dura, ¡pero qué frutos no se le prometen! Este celo debe beberlo en el amor de Nuestro Señor por las almas; ha de

amarlas como el Salvador mismo las ha amado. Que no se forje pues ilusiones: un alma atraída al bien producirá más tarde el céntuplo, porque habrá sido preparada cristianamente, porque se le habrán ahorrado las caídas, porque se le habrá levantado cuando necesario, porque habrá encontrado un aliento, en el momento favorable. Sus vacilaciones se habrán superado y habrá entrado seriamente en el camino del bien para ya no salirse más de él.

Tal es el resultado del celo paciente, inteligente, concienzudo, perseverante, de un maestro cristiano.

Hablemos ahora de los alumnos.

II.- Quién ha de ser educado

Niños que tienen la marca del pecado original

A esta pregunta hay que responder: una masa turbulenta de niños de toda edad y de todo tipo de carácter, de toda clase de capacidad, sobre los que resplandece, con el más lúgubre brillo, la marca del pecado original. No digo que en muchos el bautismo no haya tenido efectos más marcados, pero sería gran locura creer que bajo esas caritas sonrosadas, esos ojitos límpidos, esos comportamientos inocentes, no se esconda muy a menudo la corrupción, o más exactamente, la tendencia a la corrupción.

Es muy triste, pero es así. Inútil lamentarse y cruzarse de brazos; hay que poner manos a la obra y limpiar ese campo de cardos.

Pequeños, medianos y mayores

Comencemos por clasificarlos por edades, una parte del trabajo quedará listo: están los pequeños, los medianos y los mayores.

Los pequeños son más ingenuos, tienen una fe más crédula; tienen los defectos más disimulados, dependiendo de la primera educación en la familia; son menos dueños

de sí mismos, se les puede guiar mediante el pensamiento sobrenatural de la Primera Comunión, cuando ¡por desgracia! los padres no se aplican por sí mismos a pervertirlos.

Los medianos están en la edad crítica e ingrata. En general es la edad de la crisis temperamental, hay que ejercer una atenta vigilancia, vigilarlo todo, las conversaciones, las lecturas, los juegos, las costumbres. Quizá no haya que concluir demasiado rápidamente a la existencia de una perversión consumada, de una lucha íntima, violenta, en la que un maestro joven no debe siempre inmiscuirse, pero sí debe vigilar con la mayor atención para hacer un informe lúcido a los superiores.

Finalmente, los mayores han de ser tratados aparte. Ya no son niños, tampoco son hombres aún. Hay que ayudarles a entrar en la vida, se necesita con ellos autoridad, se necesita también vigilancia, se necesita quizá mucha más confianza. Sobre todo les impacta la lealtad y quizá sea éste el gran medio para llegar a ellos.

**Variedad de acción
que hay que ejercer:
1° sobre el conjunto**

Sin embargo, hay diversos modos de actuar con ellos. Una acción sobre todos, que es útil para comunicar el estilo de la casa. ¿Cuál es este estilo? Se siente más que se define. Es aquello que hace a un establecimiento *sui generis*, es lo que hace que sea tal establecimiento y no otro.

A la Asunción se le han dado unas características especiales: el sentimiento del deber, la lealtad, la franqueza, la disposición al sacrificio y al desinterés, el espíritu sobrenatural. Es eso y algo más, que se percibe en cada momento sin que se pueda precisar de modo matemático, como se reconocen los rasgos de un rostro sin que se hayan medido con el compás.

Y sin embargo, la formación de este espíritu general es de lo más importante, porque con ayuda de este estilo los

alumnos forman cuerpo, se unen, se quieren, se apoyan, y en el momento de su entrada en la vida persiguen una meta común con mayor inteligencia.

2° sobre los grupos También podemos actuar sobre los niños por grupos; ya sea por clases, y ésa es la tarea del profesor; ya sea según los estudios o las divisiones formadas en varias clases, y eso es tarea del vigilante —y quizá sea la tarea más importante si el vigilante es capaz—; ya sea en las reuniones, y ésa es tarea del maestro que dirige. En todo esto existe una dirección que se comunica como sin que se dé cuenta el que la recibe y que, con toda seguridad, es de las más preciosas.

3° sobre cada uno en particular Finalmente, está la acción íntima, que atañe a los superiores, ya que se necesita un gran conocimiento del corazón humano para no exponerse a muchas desilusiones. ¡Y en cuántos casos el celo más desinteresado viene a fracasar ante no sé qué cúmulo de dificultades que surgen por doquier! Es la sangre que hierve, es la imaginación que sueña, son las pasiones que se inflaman, es una ambición inconsciente que arrastra, es el amor del bienestar que cautiva con sus blandas cadenas y que arrebató la noción de abnegación.

Y sin embargo, no hay que desalentarse. Lo importante es continuar con la tarea, aun contando con el desencanto y estando dispuestos a reconocer que en muchos casos habremos trabajado sin fruto, que habremos sembrado mucho y cosechado poco: la naturaleza de los niños y de los jóvenes está hecha de tal modo que, en el momento en que menos lo esperamos, la independencia estalla y los defectos triunfan.

Vicisitudes y dificultades del colegio ¡Me diréis que es como para desanimarse! ¡De ninguna manera! Desde que se fundó la Iglesia, ¡cuántos desalientos de esta clase han tenido que superar los obreros apostólicos! ¿Qué frutos pareció recoger Jesucristo? Toda su vida fue el gran signo de contradicción; acogido y abandonado por las multitudes; le quieren hacer rey y luego complotaron su muerte; en el momento del Calvario es dejado solo por los suyos; resucita y no creen en su resurrección; quinientos testigos le ven subir al cielo, un cierto número continúa dudando. Sin embargo, la Iglesia ha sido fundada y las puertas del cielo han sido abiertas por Jesucristo, vencedor del infierno.

Esa es la historia de un colegio. El colegio es el resumen de aquella sociedad divina, tiene las mismas cadencias y vicisitudes; sólo que la inmortalidad no le ha sido prometida. Por eso hay que vigilar con el mayor celo por su conservación y por el lado divino de sus componentes.

III.- ¿Qué modelo a imitar debe adoptar el maestro cristiano?

Jesucristo único modelo Ningún otro que no sea Jesucristo. *“Instaurare omnia in Christo: Hay que restaurarlo todo en Jesucristo”* (Efesios 1, 10). Restaurar a todos los niños en Jesucristo y para ello reformarlos sobre aquel tipo divino.

Todos los niños no lo entienden de entrada y eso no tiene nada de extraordinario. ¿Dónde están las familias cristianas que no meten en la memoria y en el corazón de sus hijos más que principios sobrenaturales y que, a partir de los primeros desarrollos de la razón, la riegan con las grandes y fecundas aguas de la vida divina? ¡Cuán escaso es hoy el número de los niños cuya primera formación ha

sido pura, inocente, fuerte, impregnada del horror al pecado, ardiente para el bien, y a quienes se les ha hablado del cielo y de sus esperanzas, a quienes se les ha propuesto a los santos como modelos de la auténtica grandeza y de la verdadera belleza moral!

Lo que los padres no han hecho, los maestros cristianos deben hacerlo, sobre todo con los niños que nos confían para la Primera Comunión. En nombre de esta primera visita de su Dios al fondo de sus almas, ¡cómo se le puede dar a conocer y a amar, cómo se puede inspirar el horror a toda mancha, cómo se puede hacer abandonar los hábitos culpables y hacer romper con un pasado que la vigilancia de los padres no ha protegido suficientemente de todo daño impuro! ¡Cómo, después de esta acción, se puede hablar aún de Jesucristo y de las virtudes de que nos da ejemplo! Todos los detalles de su vida pueden ser comentados, todas sus perfecciones meditadas, todos sus sacrificios inspirados.

¡Ciertamente el cuadro que hay que presentar a estas almas jóvenes es muy diferente de la virtud pagana y de los modelos de esta virtud que tan a menudo no eran más que una inmensa mentira echada como un manto sobre una inmensa corrupción! ¡Hagamos conocer a Jesucristo con nuestras palabras, eco de las suyas, mediante nuestra vida, espejo de la suya!

**El maestro cristiano
tiene que esculpir a
Cristo en las almas**

¡Feliz el maestro que, imitando a un escultor, tiene siempre un modelo y con el cincel reproduce en su mármol los rasgos de una hermosa figura preparada con sus dedos! ¡Feliz el maestro que esculpe a Jesucristo en el alma de los niños que le están confiados, sea cual sea la dureza que le opone el mármol! Sabe que la resistencia estará en proporción a la estabilidad y a la duración de la figura realizada. He aquí un alumno que ha dado mucho que hacer, su oposición ha tomado largo tiempo todas las formas,



pero un día la gracia ha actuado y la dificultad para llegar a su corazón ha resultado ser la medida de la energía de sus resoluciones. Esto no siempre sucede así, pero hay ejemplos y San Agustín, nuestro Patriarca, es uno de los más impresionantes.

Pongamos, pues, manos a nuestra labor; hablemos de Jesucristo, hagamos amar a Jesucristo, hagamos imitar a Jesucristo: ahí estará la línea divisoria entre una educación cristiana y la que no lo es. Preparemos, pese a los peligros que nos amenacen, copias vivas de Jesucristo, y Jesucristo así multiplicado, si puedo hablar de esta manera, tras haber triunfado en lo íntimo de las almas así reconstruidas a su imagen, triunfará públicamente en la sociedad regenerada mediante su gracia y la acción de los maestros cristianos.



VIGÉSIMAPRIMERA MEDITACIÓN

LOS VOTOS

*“Vota mea Domino reddam:
cumpliré mis votos al Señor”
(Salmo 22, 26).*

David en su trono ofrecía votos a Dios, como el sacrificio que podía serle más agradable; la ley nueva los ha aceptado, santificado, consagrado, y nada tan útil como hacer votos, a condición de que sean hechos seriamente.

La cuestión es muy grave, y la voy a tratar con la mayor sencillez posible. Quizá no sea completo; espero sin embargo decir lo esencial.

I.- En el principio de los votos

La generosidad en el amor

Partamos de aquel principio de que la plenitud de la ley es el amor. La ley cristiana es una ley de caridad, pero puede suceder que esta caridad, precisamente a causa de su plenitud, no se contente con la ley. Necesita algo más para demostrar su intensidad. Necesita algo más que los preceptos. Necesita los consejos, no sólo lo que Dios manda, sino también aquello a lo que él invita.

Los consejos evangélicos son múltiples. Sin embargo, la Iglesia propone tres principales a cuantos desean llegar a la perfección: la pobreza que nos despoja de lo que poseemos, la castidad que sacrifica los sentidos y la obediencia que inmola la voluntad.

Ahora bien, el voto no es sólo una simple intención de la voluntad, que nos inclina hacia tal o cual hábito, y que nos lleva a hacer un acto bueno o a huir de una mala acción. El voto es la promesa de realizar o no realizar

esto o aquello, con deliberación de la razón, a la que pertenece poner orden en la vida. Evidentemente, cuando escuchamos la voz interior, algo nos dice en el fondo de la conciencia: “*Amice, ascende superius*: amigo, ¡sube más arriba!” (Lucas 14, 10). ¿Pero hasta dónde? Ése es el secreto de Dios que llama y de la voluntad que responde. Todos no están llamados a emitir votos, pero algunos están invitados a hacerlos.

Tres condiciones fundamentales

¿Qué implica, pues, el voto para dejarse estrechar con estos lazos? Tres condiciones:

1º Tiene que ser hecho con deliberación; la ausencia de esta condición hace nulos los votos. Nos hemos dejado llevar por un entusiasmo ilusorio; creemos haber hecho un voto, y no es así. Por eso nada tan importante como hacer un voto cuando se hace en plena madurez, reflexión, deliberación. Hacer un voto a la ligera, es faltar al respeto debido a Dios a quien se lo ofrecemos. ¿Queréis dedicar un sacrificio a Dios? Hacéis bien, con la condición de que este acto sea reflexionado por vuestra parte.

2º Se necesita una resolución de la voluntad. Sin duda, la inteligencia debe sopesar con madurez los pro y los contra, pero pertenece a la voluntad tomar la resolución, dar, por así decir, su juicio práctico. Para llegar a esto se necesita cierta energía.

3º Pero esto no basta. Se necesita finalmente una promesa formal, mediante la cual se completa la resolución del voto.

La aceptación de la Iglesia

Por lo tanto, deliberación, resolución, promesa positiva, tales son las condiciones fundamentales de todo voto, a lo que hay que añadir, para la vida religiosa, la aceptación de los votos por parte de la Iglesia; porque no siempre los acepta: los votos solemnes, por ejemplo, para algunas Congregaciones más recientes.

Se comprende. Para que un acto sea meritorio ha de ser agradable a la persona por quien se hace, o a quien se ofrece. Si dice: no lo quiero, evidentemente no tiene razón de ser, es como si no existiera.

II.- Objeto de los votos

Se comprende por tanto que, si bien somos libres de ofrecer a Dios una cosa buena que le agrade, no somos libres de ofrecerle algo malo que rechazará con toda seguridad.

Además, el voto sólo se refiere por lo general a algo que no sea obligatorio, porque ahí está la ley para someterme cada vez que me obliga, y en tal caso no necesito deliberar. Ya que el voto va más allá de la ley, implica un acto de virtud que estoy obligado de cumplir, como consecuencia de la resolución tomada por mi voluntad y ofrecida a Dios.

Añado que, siendo el voto el más perfecto de todos los sacrificios ya que va más allá de lo que obliga y que se enraiza en lo más íntimo del hombre, —la deliberación de su inteligencia y la resolución de su voluntad—, implica una idea de adoración, de reconocimiento del dominio de Dios, de lo que se sigue que violar un voto es destruir o al menos retirar un acto de adoración. Por lo tanto hay pecado en dar marcha atrás en los votos emitidos, a menos que seamos dispensados por un motivo superior de caridad más perfecta.

III.- Observancia de los votos

Abordo la cuestión tan terrible de la observancia de los votos.

**Las advertencias del
Espíritu Santo y de la
teología**

El Espíritu Santo ha dicho:
*“Quodcumque voveris, redde;
multo enim melius est non vove-
re, quam post votum, promissa*

non redere: Si has hecho un voto, cualquiera que sea, cúmplelo, porque más vale no hacer votos que no cumplirlos después de haberlos hecho” (Eclesiastés 5, 3-4). Es que, efectivamente, no hay nada tan serio como los votos hechos a Dios; nos va en ello la majestad y la perfección de nuestra alma, a menudo nos va en ello nuestra salvación.

“El hombre, dice Santo Tomás, debe su fidelidad a Dios: en razón del dominio divino sobre toda creatura, y en particular sobre toda creatura inteligente; en razón de sus beneficios en todos los instantes; en razón de las promesas hechas por el hombre”. Este triple lazo es admirable y no se entiende que uno no sea feliz conservándolo. Y sin embargo, ¡cuántos hombres se sublevan contra la autoridad divina, son ingratos con la bondad infinita y, después de haberse comprometido mediante promesas solemnes, retiran vergonzosamente su palabra!

La violación de los votos es una temible infidelidad

Por eso el Espíritu Santo no teme comparar el voto violado con una especie de infidelidad: *Displicet Deo infidelis promissio* (Eclesiastés 5, 3). Por eso, cuando se ha conocido la felicidad de comprometerse mediante los votos, hay que realizar todos los esfuerzos para cumplirlos. Materia escalfriante y sobre la que es importante insistir.

Porque, al fin y al cabo, cuántos religiosos que emiten votos y luego buscan sacudirse el yugo, olvidan aquella palabra: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios” [Lucas 9, 62]. Quizá su infidelidad se debe a que no han reflexionado suficientemente sobre la naturaleza de tales compromisos, sobre la gravedad del estado de un alma que se religa a Dios del modo más fuerte y que ya no sabe cumplir sus juramentos. ¡Qué importante es reflexionar sobre ello! ¡Cuán importante es no forjarse ilusión alguna a fin de que, si la tentación viene a asaltarnos, podamos saber cómo resistirle!

IV.- Utilidad de los votos

Los votos están totalmente para provecho nuestro

¿Resulta ventajoso emitir votos? Cuando hacemos promesas a un hombre, es en interés suyo; por lo general, es él quien

pide un compromiso serio de nuestra parte, del que saca provecho. Pero cuando hacemos una promesa a Dios, no hay otra utilidad que la nuestra. De ahí esta palabra de San Agustín: "*Quod Domino redditur, reddenti additur*: lo que se da a Dios, se añade como bien a quien lo da".

Toda acción realizada por Dios tendrá su recompensa: por lo tanto, ¡qué recompensa no tendrán las acciones más excelentes de la vida cristiana, acciones que no tienen de obligatorias más que lo que nuestra voluntad les imprime!

Dicen algunos que el voto arrebató la libertad absoluta. Volveré sobre esto en otro lugar. Lo que resulta cierto es que Dios, que a causa de su absoluta perfección está en la imposibilidad de pecar, no deja de ser infinitamente libre por ello, el ser más perfecto siendo necesariamente el más libre, ya que su misma perfección hace a su voluntad más fuerte.

Que Jesucristo no haya podido hacer votos, es incontestable. Dios, infinitamente perfecto por naturaleza, no puede prometerse a sí mismo hacer actos de perfección, ya que los realiza por el hecho de su misma esencia. Sin embargo, Dios jura por sí mismo: "*Quia per memetipsum juravi, dicit Dominus*" (Jeremías 49, 13). Pero aquí se trata de un juramento hecho a las criaturas, no de un voto.

El ejemplo de los Apóstoles

Los Apóstoles, por el contrario, han podido hacer votos, y es creencia de la Iglesia que han tomado al pie de la letra los consejos de la vida apostólica, y que han vivido al menos en pobreza y castidad. En

cuanto a la obediencia, movidos como eran por el Espíritu Santo, se puede decir que vivían de un modo especial bajo su dependencia. De ahí esta palabra de San Pedro: “*Obedire oportet Deo magis quam hominibus*: juzgad por vosotros mismos si no hay que obedecer a Dios más que a los hombres” (Hechos 5, 29). Pero la cuestión no está ahí; se trata más bien de saber si han seguido todos los consejos evangélicos que comportaba su excepcional posición; y eso está fuera de toda duda para quien reflexiona sobre su situación de piedras sillares de la Iglesia de Jesucristo.

V.- Acto por excelencia

Hacer votos es un acto de religión, de culto, de adoración. Emitir votos de religión, es ofrecer a Dios el culto más excelente:

1º de adoración

Porque el voto es un acto de latria que nos relaciona con Dios.

No se trata de tal o cual acto bueno o malo en sí mismo, es la intención con la que se lleva a cabo lo que le da bondad o malicia. “*Nec ipsa virginitas, quia virginitas est, sed quia Deo dicata est, honoratur*, dice San Agustín: Incluso la virginidad no tiene valor por ser virginidad sino porque está consagrada a Dios”. Si incluso la virginidad no recibe su mérito sino de Aquél a quien se consagra, ¡con cuánta mayor razón todos los demás votos!

2º de sumisión

Porque el voto nos pone más en dependencia de Dios, lo cual es

excelente. No insisto en ello, es tan evidente.

3º de anclaje de la voluntad en el bien

Finalmente, porque el voto le da a nuestra voluntad algo de inamovible.

Por una parte, si la obstinación en el pecado aumenta la malicia y la gravedad de éste, ¿no resulta evidente, por su parte, que la estabilidad en el bien aumenta su mérito? Mirad a Dios: ¡es inmutable! Lo propio del voto consiste en hacernos imitar en cierto modo su inmutabilidad. Si Dios no puede cambiar porque es infinitamente perfecto, ¿no resulta evidente que esta imposibilidad de cambio, en que nos coloca el voto, nos hace participar en cierta medida de la perfección de Dios mismo?

Holocausto de la nueva ley

Por ello llamamos estado de perfección aquél en que nos consagramos a Dios del modo

más absoluto para su servicio y su gloria; y también por ello el estado religioso es comparado a un holocausto, el sacrificio más perfecto entre los de la ley figurativa.

Por eso el Papa San Gregorio no vacila en decir: “*Sunt quidam qui nihil sibimetipsis reservant, sed sensum, linguam, vitam atque substantiam quam perceperunt omnipotenti Deo immolant*: ¡Los hay que no se reservan nada, sino que sacrifican a Dios omnipotente todo cuanto han recibido: los sentidos, la lengua, la vida y todo cuanto tienen!”. ¿Qué más queréis para hacer del religioso que así se inmola una víctima perfecta?

VI.- Los tres votos esenciales

Fuera de los tres principales consejos que se expresan mediante los votos de religión, todos los religiosos no están obligados a todos los consejos evangélicos.

Los consejos más particulares Santo Tomás hace notar que algunos se contradicen. Así, la vida puramente contemplativa no puede ir junto con la acción y las buenas obras. Mas, cada familia religiosa tiene sus consejos especiales: el Cartujo, la soledad; el Trapense, el trabajo manual; los hijos de San Francisco, el abandono a la Providencia; el Dominico, la predicación; y esto es lo que constituye la belleza de este gran ejército de la Iglesia formado por las Órdenes religiosas: cada legión tiene sus propias armas, su disciplina, su meta particular, cuyo conjunto forma el más maravilloso ramillete de santidad que la tierra pueda presentar al cielo.

El estado de perfección No necesito probar que el sacrificio de los propios bienes, del propio cuerpo, de la propia voluntad, constituye la perfección, ya que es cuanto el hombre tiene y cuanto es.

Terminemos diciendo que, si el estado del religioso es más perfecto que el del simple fiel, si sus méritos son mayores, sus prevaricaciones son también más graves y la violación de sus compromisos sagrados más horrible.

Que Dios nos preserve de semejantes desgracias. Que al hacernos gustar el privilegio de nuestros compromisos, nos haga encontrar en ellos la mayor felicidad sobre la tierra, a la espera del torrente de las delicias con que inundará a cuantos le habrán amado y servido con mayor perfección aquí abajo.

VIGÉSIMASEGUNDA MEDITACIÓN

POBREZA

“Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”

(Mateo 6, 33).

El voto de pobreza implica ciertas obligaciones estrictas, rigurosas, fijadas claramente por las leyes de la Iglesia cuando aprueba las Congregaciones religiosas. No tengo que hablar de esto aquí. Esto se enseña más particularmente en el Noviciado, en las charlas especiales, y nada quiero decir de ello en este momento.

Hoy tengo otra meta. Quiero tratar de los efectos de la pobreza en el alma religiosa. Retendré cuatro principales:

- 1° La liberación de las obligaciones mundanas;
- 2° La libertad del alma;
- 3° La alegría;
- 4° La imitación más perfecta de Nuestro Señor.

I.- Liberación de las obligaciones mundanas

O Dios o Mammón *“Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum: donde está tu tesoro allí está también tu corazón”* (Mateo 6, 21). Ahora bien, si os gustan las cosas del mundo, sus bienes y los placeres que el mundo procura, es imposible que vuestro corazón no eche raíces en ellos.

“Nemo potest duobus dominis servire: nadie puede servir a dos señores” (Mateo 6, 24). Hay que elegir. *“Non*

potestis servire Deo et Mammonæ: no podéis servir a la vez a Dios y a Mammón” [ibid.]. Alternativa terrible y sobre la que es imposible volver atrás después de la sentencia del divino Maestro. ¡Terrible obligación de elegir!

Los amigos de Mammón

Ved, en efecto, por una parte en cuántas injusticias caen los amigos del oro y de la plata, y en qué decadencia se precipitan los sacerdotes, los religiosos, a quienes posee el amor del oro. Ya es feo amar la fortuna por sí misma. Resulta mucho más feo, cuando se tiene, servirse de ella para sumergirse en tantos desórdenes cuyo espectáculo contemplamos todos los días.

Los simples cristianos

No hablo aquí de los cristianos a quienes la Providencia ha hecho nacer rodeados de bienes de este mundo, de los que se sirven sin duda para mantener su rango, pero de quienes se puede decir como del justo alabado por el Salmista: “*Dispersit, dedit pauperibus, justitia ejus manet in saeculum saeculi*: lo ha dispersado todo, ha dado todo a los pobres, su justicia perdura por los siglos de los siglos” (Salmo 112, 9).

Pero dejemos de lado a aquellos hombres a quienes sólo se pide una virtud ordinaria y que, teniendo riquezas en abundancia, no atan a ellas su corazón, de acuerdo con el consejo del Espíritu Santo: “*Divitiae, si affluent, nolite cor apponere*: si abundan las riquezas, no les apeguéis el corazón” (Salmo 62, 11).

Los pobres de corazón

Hablemos de aquellos que, por otra parte, se han comprometido con el voto de pobreza y se aplican a conservar el espíritu. Nada da la libertad del corazón de cara al mundo como la renuncia a las riquezas. Todos aquí abajo quieren ser ricos, y como los límites entre los que tienen son a veces inciertos y sus títulos dudosos, a menudo hay que-

rellas. Ahora bien, si renunciáis a todo, ¿a qué os aferráis y sobre qué os vais a disputar? No digo que vuestra comunidad no tenga que defender ciertos derechos, pero evidentemente no es contigo con quien quieren vérselas.

Situación de la Iglesia En este momento se está haciendo sin duda una gran labor en la Iglesia. Ha sido despojada de sus bienes, y trabaja para procurarse recursos. Quizá la pasión por adquirirlos es demasiado viva en algunos, pero por el momento la Revolución se encarga de hacer las purificaciones necesarias, y podemos decir que por un tiempo el peligro, por lo que respecta al exceso de riquezas, no será muy grande. Y sin embargo, qué poder moral no da el derecho a decir: he comenzado con nada, y si he tenido algo, me he despojado de ello.

¡Oh!, cómo es importante conservar la propia libertad frente a todos y poder declarar que estamos libres de cualquier obligación, excepto de lo recibido como limosna. Conservemos esta libertad frente al mundo; probémosle cuán superiores somos, precisamente porque no tocamos sus fangos ni siquiera con la punta del pie.

II.- La libertad del alma

Es fruto de la pobreza La libertad frente al mundo parte de un principio superior: la libertad del alma. Esta libertad consiste en no ser esclavo de ningún deseo terrestre, y en practicar lo más posible al pie de la letra la palabra de la Oración dominical: "*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*: danos hoy nuestro pan de cada día" [Lucas 11, 3].

La confianza absoluta en Dios nunca queda decepcionada, y si Dios parece a veces complacerse en ponerla a prueba, podemos decir que es para hacer resaltar más su cuidado de Padre para con nosotros.

Hagamos la prueba La libertad del alma es fruto de la pobreza. ¿Cómo queréis hacer oración soñando con los billetes? Pero hay que hacer la prueba. Suponiendo que estás atado a cualquier cosa, examina si tienes el mismo recogimiento, si las preocupaciones no vienen a asaltarte cuando deberías estar más obligado a pensar en los intereses de Dios.

No quiero por cierto hablar aquí de aquellas almas que conservan el peculio y pretenden disfrutar de él. Desgraciadamente, ¡en cuántas circunstancias no se nota la cadena que les ata y les impide emprender el vuelo hacia el cielo! Luego, ¡qué escándalo no causan los religiosos interesados, y con qué alegría maligna se complacen algunos en señalarlos como piedras de escándalo!

El Espíritu Santo ha dicho: “*Avaro nihil scelestius: nada hay tan criminal como un avaro*” (Eclesiástico 10, 9). Sin examinar con rigor el alcance de esta sentencia, no temo decir que la conversación de un religioso nunca estará en el cielo mientras, pese a sus votos, el amor de las riquezas le tenga atado a la tierra.

Mirad, por el contrario, con cuánta estima se rodea en el mundo al hombre desinteresado. No digo, por cierto, que los juicios del mundo sobre este tema sean más infalibles que sobre otros asuntos. Concederé incluso, cuando queráis, que el mundo se equivoca respecto de tal o cual persona. En lo que no se equivoca, es sobre el principio de su juicio, que consiste en postular que nada hay tan noble como un carácter desinteresado, y que nadie es tan independiente como quien se sabe que no desea nada.

III.- La alegría

Alegría inalterable Un hecho incontestable es que la alegría reina sobre todo en las Órdenes más pobres. ¿Por qué? ¿No será que Dios les devuelve lo que hacen por él?

Queremos riquezas para disfrutar en la tierra; ahora bien, cuando se practica seriamente la pobreza se renuncia a disfrutar en la tierra. ¿Dónde se encuentra entonces el disfrutar, o más bien la esperanza de gozar? Si no es aquí abajo, será evidentemente allá arriba. En tal caso, ¿quién puede arrebatar esta esperanza? El religioso auténticamente pobre puede decir sin temor: “*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*: en ti, Señor, he esperado, no seré confundido eternamente” (Salmo 31, 2).

no por la posesión sino por la esperanza ¡Oh!, ya lo sé, hemos visto a hombres mundanos hacerse clérigos, dejarse cortar el cabello por el Pontífice y decir: “*Dominus pars haereditatis meae et calicis mei*: el Señor es la parte de mi heredad y de mi copa” [Salmo 16, 5], y esta parte de la herencia de Dios era un gran beneficio.

Pero, en el caso que trato estamos a mil leguas de tal supuesto, y no temo decir que la fuente de la alegría procede del despliegue de la esperanza. “*Cum invocarem exaudivit me Deus justitiae meae, in tribulatione dilatasti mihi*: Dios, el defensor de mi justicia, me escuchó cuando le invoqué. Oh, Dios, en la tribulación ensanchaste mi corazón” (Salmo 4, 2).

La oración del pobre es siempre escuchada Dios escucha siempre al pobre: “*Iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit eum*” (Salmo 34, 7). He ahí la gran esperanza: ser escuchado por la mise-

ricordia de Dios. Y en efecto, por el hecho de invocar a Dios no quedamos libres de las molestias de la pobreza y de lo que el mundo llama sus tribulaciones. Pero, incontestablemente, Dios aporta las compensaciones que sabe procurar cuando nos adherimos a él y le tomamos por nuestra propia riqueza: *“In tribulatione dilatasti mihi... Oculi omnium in te sperant, Domine, et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis manum tuam et imples omne animal benedictione: Señor, todos tienen los ojos vueltos hacia tí, y tú les das la comida a su tiempo; abres tu mano generosa y llenas a todo ser viviente de los efectos de tu bondad”* (Salmo 145, 15-16).

He ahí lo que cantaba David bajo la ley de las figuras, en que a menudo los bienes terrestres eran imagen de los bienes del cielo y de la esperanza en Dios. Tenía confianza, y esta confianza nunca quedaba defraudada. ¡Cuántas veces no lo experimentó durante las persecuciones que le infligió Saúl! Pues bien, esperemos como David, aceptemos la pobreza a que fue sometido como figura del pobre por excelencia, Jesús, su descendiente, y como David encontraremos nuestra alegría en no contar sino con Dios, y a desdeñar profundamente cuanto no es Dios.

IV.- Imitación más perfecta de Jesucristo

Siendo rico se hizo pobre Jesús en cuanto Dios era rico y, no lo olvidemos, se hizo pobre por nosotros. Ahora bien, por qué sino para enseñarnos el valor de la verdadera riqueza, que es la verdad cuyo principio es él y que, en su acepción más divina, es él mismo: *“Ego sum veritas”* (Juan 14, 6).

¡Cuántas veces todavía no nos dejamos arrastrar por la mentira y la vanidad de las cosas creadas!: *Filii hominum, usquequo gravi corde, ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium!* (Salmo 4, 3). Jesús ha elegido ser

pobre, dejar a las zorras sus madrigueras y a las aves del cielo sus nidos, para no tener dónde reposar su cabeza aquí abajo, ¡y nosotros buscamos la ilusión de cuanto no es la verdad, la vida, la felicidad!

en cada detalle de su vida

Repasemos, repasemos a menudo en nuestra mente todos los detalles de aquella vida pobre, desde Nazaret donde María, pobre obrera, trabajaba para ganarse la vida, en el taller de José, cuando aconteció el misterio de la Encarnación. Dios, en efecto, no envió a un ángel para saludarla en un palacio, sino en un humilde reducto.

El Hijo de Dios quiere nacer y ve el día, tras ser rechazado por sus conciudadanos, en un establo: *eo quod non erat locus in diversorio* [Lucas 2, 7]. Sigámosle en todos los detalles de su existencia; siempre pobre, siempre: o bien se gana el pan con el sudor de su frente, o bien recibe limosna de aquellos a quienes evangeliza. Para sí, nada tiene. Si tiene que pagar el impuesto, hace un milagro para encontrar la moneda necesaria en la boca de un pez. Cuando se trata de preparar la Pascua, recurre a la caridad de un discípulo secreto; cuando está en la Cruz, ha de confiar su madre, pobre como él, a Juan; cuando ha expirado, es colocado en un sepulcro que no le pertenece, tras haber sido rodeado con perfumes y atado en un sudario debido a la caridad de José de Arimatea y de las santas mujeres. ¡He ahí su desnudez!

Su exaltación final

Pero luego, resucita, y su cuerpo, víctima de la indigencia, se torna glorioso. Más aún, tras la resurrección sube al cielo y va a tomar posesión de un reino tal que ningún emperador ha podido conquistar uno parecido, para un tiempo que no tendrá fin, *et regni ejus non erit finis* [Lucas 1, 33].



Comprendamos que las riquezas del cielo se adquieren mediante el desprecio, el sacrificio, el abandono de las riquezas de la tierra; dejemos a los hombres ordinarios usar de las riquezas pese a sus peligros; en cuanto a nosotros, pongamos los ojos en Aquél por quien todo fue hecho y pidámosle nos enseñe a separarnos de cuanto no sea Dios, para poseer un día a Dios enteramente.



VIGÉSIMATERCERA MEDITACIÓN

TRABAJO

*“In sudore vultus tui vesceris pane:
Comerás el pan con el sudor de tu
frente” (Génesis 3, 19).*

¡Terrible sentencia dictada contra el primer padre tras el pecado y que, con el pecado transmitido a su posteridad, se aplica también a los hijos de Adán!

Hay que trabajar, porque somos culpables y el trabajo ha sido impuesto a todos los pecadores. No cesaremos de estar condenados al trabajo hasta que hayamos recuperado la inocencia primitiva. Desde este punto de vista el trabajo es:

- 1º Un castigo;
- 2º Una salvaguarda;
- 3º Una liberación.

Pero somos cristianos y desde que Jesucristo ha santificado el trabajo, encontramos en él:

- 1º Una elevación de nuestra inteligencia;
- 2º El ennoblecimiento de nuestro carácter;
- 3º El culto a Dios;
- 4º La victoria.

I.- El trabajo impuesto a los pecadores

1º *El trabajo es un castigo.* El Maestro por excelencia lo ha dicho: había colocado al primer hombre en un jardín de delicias, y el hombre debía cultivar este jardín admirable. Ya que allí todo era delicias y placer, *in paradiso voluptatis* [Génesis 2, 15], nada debía ser allí peno-

so, fatigoso, excesivo, doloroso. Pero, cuando el hombre se hubo rebelado contra Dios, la tierra y sus frutos se volvieron contra el hombre y la ocupación agradable se convirtió en duro trabajo. Las zarzas y los espinos tomaron el lugar de las más hermosas plantas y de los más magníficos frutos, y entonces el trabajo de las manos se hizo una necesidad fatal: ¡o morir o trabajar! Tal fue el destino de los primeros hombres. Si así fue, la muerte, castigo definitivo, fue precedida por el trabajo, castigo precursor.

Ahora bien, ¿somos nosotros menos pecadores que nuestro primer padre? Y si somos pecadores como él, como él habremos de trabajar. ¿Cómo? En la misma proporción que necesitamos alimentarnos. Esto es muy humillante, pero ahí reside su aspecto de castigo. El orgullo es el principio de la rebelión, el castigo del orgullo es la humillación que proporciona el trabajo.

El esclavo tiene su cadena de hierro; el hombre, esclavo del pecado, también tiene su cadena: el trabajo. La llevará hasta la tumba, y si no la lleva voluntariamente, ¡pobre de él! Porque su cadena y su castigo serán mucho más duros del otro lado de la tumba. De ahí la obligación de plegar la cabeza bajo el yugo del trabajo.

No digáis: otros trabajarán para mí. Si eres pecador, se pide tu trabajo y no el de los demás.

No digas: tengo derecho a descansar. Durante el descanso excesivo, –pues no condeno un descanso legítimo–, ¿pecas menos? Y si pecas más, ¿no tengo derecho a concluir que lo que necesitas es un trabajo doble? ¡Extraña situación! Descansas y pecas. Date prisa a retomar el trabajo, para no pecar más, o para pecar mucho menos.

2º *El trabajo es una salvaguarda.* Si el trabajo es un castigo que estamos obligados a aceptar, o mejor dicho,

que Dios nos impone, también es una salvaguarda. Bajo este aspecto tiemblo por las personas que pretenden necesitar un descanso prolongado.

Los enfermos, es cierto, no pueden trabajar. Peligro terrible, ya que, si la punzadura del dolor no les obliga a volverse hacia Dios, tiemblo por aquellos seres debilitados en su cuerpo y que, de la debilidad física, creen poder pasar a la conclusión de que tienen derecho a sumergir su alma en una inercia moral que los debilita día a día. Confundiendo el descanso con la ociosidad, se exponen a los mayores peligros.

Notad que Adán, colocado en el Paraíso terrenal, seguramente que no estaba condenado a trabajos fatigosos; pero estaba ocupado. “*Posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur eum*” (Génesis 2, 15). Ahora bien, ¡cuántas personas se figuran que el descanso consiste en no hacer nada! Y durante ese tiempo de ocio es cuando viene Satanás. Conversaciones peligrosas se inician, les tomamos gusto, el mal invade el pensamiento; la imaginación se contamina mediante el fruto prohibido, los malos libros, los malos placeres; los sentidos se rebelan y la inocencia se pierde. ¡Triste fruto de la ociosidad! ¡Oh!, si al mismo tiempo que descansábamos nos hubiéramos ocupado de modo sano, y sobre todo si hubiéramos retomado el trabajo cuando veíamos venir la tentación, ¡cuántas caídas no hubiéramos evitado, bajo cuyo peso estamos condenados a gemir!

Pero trabajar resulta duro. ¡Pues, el purgatorio y el infierno son más duros aún!

Por lo demás, mirad un hecho incontestable: la pereza engendra muy a menudo el debilitamiento de la fe. Si tuvierais un ardor cristiano por el trabajo, tendríais menos dificultad en creer en los castigos que impone la justicia de Dios; pero para ello, hay que tener cierta energía que

da el trabajo, cierta confianza de que se hace lo que se puede. Esta energía no la tenemos, no trabajamos, y todo nos lleva a decir: Dios no es tan cruel, por lo tanto sus castigos en el otro mundo no son tan terribles. No serán lo que nos hayamos figurado.

Serán lo que la Sabiduría, la Justicia y el Amor despreciados habrán juzgado justo hacer. Ésta es la verdadera situación. ¿Queréis libraros de los castigos divinos? Trabajad, no sólo para pagar la deuda del pecado, sino para preservaros de nuevos pecados.

3º *El trabajo es una liberación.* Nada tan evidente. “*Qui facit peccatum, servus est peccati*: quien comete pecado, es esclavo del pecado” (Juan 8, 34). Pero si pagáis el precio del pecado, quedáis libres en proporción. Sin duda, esta deuda no será completamente pagada por vosotros; se necesitan los méritos del Salvador.

De todos modos es cierto que Dios ha impuesto el trabajo, y que el trabajo realizado disminuye la pena.

Notad que dejo de lado al hombre sobre el que pesa el pecado original; tomo al cristiano, que después del bautismo necesita ser absuelto; ya lo está: queda la pena por su pecado. Tomad a dos de estos pecadores perdonados. ¿En quién de ellos suponéis que el pecado desaparecerá más fácilmente mediante la expiación? ¿En el hombre entregado a la pereza, o en el hombre laborioso? Plantear la pregunta es responderla.

Jesucristo ha dicho: “La verdad os hará libres” [Juan 8, 32]. Pero para ser liberado por la verdad hay que conocerla, hay que entregarse a un trabajo de estudio.

Cuanta más verdad divina tengamos, más libres seremos. Ahora bien, esto implica trabajo, al término del cual la libertad será tanto más grande cuanto más abundante sea la verdad conquistada mediante el trabajo.

II.- Trabajo propuesto a los cristianos

Pero he aquí vosotros, hechos hijos de Dios y de la Iglesia; no quita que no sois impecables. Si pecáis, necesitáis, como acabamos de ver, de expiación y de castigo; y si estáis sujetos al pecado, estáis obligados a hacer cuanto de vosotros dependa para huir de él; si sois sus esclavos, debéis, mediante todos vuestros esfuerzos, tender a la libertad de los hijos de Dios [Romanos 8, 21] que por desgracia conocéis muy poco. ¡Pues bien!, tenéis que hacer mucho más todavía.

1° *Elevación de la inteligencia.* Tenéis que dar a vuestra inteligencia el desarrollo adecuado. Entendámonos. Si el suelo que pisamos es una tierra que estamos obligados a fecundar mediante el sudor de nuestra frente, *in sudore vultus tui* [Génesis 3, 19], nuestra alma es un campo adecuado para recibir la verdad, y la parábola del Evangelio nos muestra el grano, lanzado por el sembrador, que da diverso fruto según dónde caiga. Ahora bien, estáis obligados a hacer producir a vuestra inteligencia todo cuanto es capaz de producirle al celestial agricultor.

Supongo que estáis liberados de los trabajos materiales. Quedan los trabajos del pensamiento.

¿Qué hacéis al respecto? ¡Y cuántos espectáculos tristes nos ofrecen en nuestros días las inteligencias atrofiadas bajo el peso de una horrible pereza! ¡De ahí tantos seres vulgares como los pensamientos en que se complacen! Repetirán vanas fórmulas y se complacerán en ellas; y los partidarios de Satanás, sabiendo bien que no desean otra cosa que contentarse con vanas palabras detrás de las que se refugia la pereza, las propagarán con risa sonora; la propaganda revolucionaria se realizará y el mal habrá ganado del modo más deplorable.

¡Oh!, ¿quién nos dará cristianos laboriosos, apasionados por la verdad, que estudien con entusiasmo? Se necesitan en todas partes, entre el clero, en los conventos, y sobre todo en el mundo. Ahora bien, una de las plagas de Francia es que tenemos muy pocos.

2° *Ennoblecimiento del carácter.* ¿Qué es el trabajo cristiano? Es el esfuerzo por dominar las dificultades. Es una lucha constante, en la que el carácter se crece fortificándose mediante el combate.

3° *El trabajo es un culto dado a Dios.* El templo tiene sus solemnidades, su liturgia, sus ritos, y conviene que así sea; pero también conviene que Dios sea honrado mediante un culto constante. Este culto, se puede decir, es el trabajo, cuando el trabajo es un esfuerzo libremente aceptado y cuando este esfuerzo es un acto de amor.

Sin duda, allí donde hay amor no hay trabajo, o al menos el trabajo se convierte en un alimento y una prueba de amor: “*Ubi amatur non laboratur, vel si laboratur labor amatur*” (San Agustín).

El religioso, excepto en los momentos de reposo indispensable a la debilidad humana, o reza, o trabaja: tal es su existencia. Ahora bien, su trabajo es un sacrificio de su cuerpo, de su inteligencia, o de su voluntad. Y digo que esto es un culto tributado a Dios durante todo el día. Se trata de querer comenzar y entregarse a ello con vigor.

El culto es tanto más perfecto cuanto más se ofrece con disposiciones fervientes de fe, de humildad, de oración, de amor: trabajamos bajo la mirada de Dios; nos humillamos bajo la sentencia dictada por él y que condena al hombre a trabajar; le invocamos para que dé su bendición

a los sudores vertidos por él; le amamos porque estamos obligados a reconocer que el trabajo es una reparación muy débil, pero fecunda, de las ofensas hechas a su majestad.

4° *El trabajo procura la victoria.* Por lo tanto, en adelante trabajamos con nuevo ardor a imitación del Dios hecho hombre que ha querido desde su juventud pasar por el trabajo; lo transformaremos en una actividad que se parezca a aquella acción continua de Dios sobre la creación. Así mereceremos la victoria, es decir, un salario abundante por nuestro trabajo, porque habiendo sido fieles en lo poco, nos querrá recompensar en Dios y como si hubiéramos hecho mucho.

Trabajemos, trabajemos, el tiempo es corto. Trabajemos como pecadores que merecen el castigo, como obreros que esperan la recompensa, como hijos de familia que, tras haber hecho lo mandado, volverán al atardecer de la vida a la casa de su Padre, para disfrutar allí de la victoria eterna y del eterno descanso.



VIGÉSIMACUARTA MEDITACIÓN

CASTIDAD

“Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt: Felices los de corazón puro porque ellos verán a Dios” (Mateo 5, 8).

Esta virtud parece haber bajado del cielo con Jesucristo. Apenas encontramos algunos ejemplos en el Antiguo Testamento. En cuanto a los tiempos idolátricos, ni hablar de ello.

Dejemos por hoy el examen de las tristes caídas que conlleva la violación de esta virtud, y digamos algo:

1° De sus privilegios;

2° De los medios para conservarla.

I.- Privilegios de la castidad

1° Parecido con Dios: El primero de todos los privilegios de la castidad es el parecido con Dios.
Dios es la pureza misma

¿Qué existe de más puro que el mismo Dios? Es imposible que Dios no sea casto, precisamente porque es un espíritu puro. Las faltas contra la castidad acontecen sólo por la cautividad de los sentidos, y el espíritu puro que está libre de ello, sabe muy bien que nunca será atravesado por el aguijón de una carne que no hace parte de su naturaleza. Los ángeles también son puros como Dios, y si algunos han sido precipitados al fondo de los abismos, son únicamente los pecados del espíritu los que les han arrastrado allí.



En cuanto a nosotros, creados en un estado intermedio entre el bruto y el ángel, ángeles por nuestra alma, pero brutos por el cuerpo, sentimos el peso del cuerpo que pliega al alma, y sabemos a qué está condenada el alma cuando sufre los arrastres de la parte inferior de nuestro ser. Ahora bien, uno de los grandes efectos de la misericordia de Dios es que, sin cambiar nuestra naturaleza creada por él y que conlleva en nosotros la unión indisoluble de alma y cuerpo, sin embargo podamos tender siempre, mediante su gracia, a acercarnos a su pureza infinita. En eso consiste el trabajo de la perfección aquí abajo.

Dios no sería infinitamente amable, si no fuera infinitamente bueno e infinitamente hermoso; y no sería ni infinitamente bueno, ni infinitamente hermoso, si no fuera infinitamente puro. Es la pureza misma. Sin esta pureza no sería la luz infinita, y su inteligencia tendría tinieblas, lo cual es una blasfemia. En esta luz es donde la luz aparecerá para nosotros un día: *“In lumine tuo videbimus lumen”* (Salmo 36, 10).

Sólo los corazones puros pueden verle Pero para ser dignos de semejante favor, hemos de avanzar sin cesar hacia una pureza mayor, y en este aspecto hacernos semejantes a Dios, en la medida en que nos lo conceda su gracia. ¡Cuándo seremos de tal modo imagen de Dios que pueda hacer brillar sobre nosotros la luz de su rostro y que, en esta luz indefectible, mediante la que nos parecemos a él, nos reconozca como hijos suyos!

Pero, cuando nos parecemos más a Dios mediante la pureza del espíritu y mediante una participación mayor en su purísima luz, somos capaces de ver, y Nuestro Señor llega a decir en sus misericordiosas exhortaciones a la pureza: *“Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum vide-*

bunt: felices los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mateo 5, 8).

Aquí abajo no se puede ver a Dios. No sabemos más que lo que el Hijo, que está en el seno del Padre, nos ha querido contar; sin embargo, si ya desde aquí abajo nos es dado sondear algo de sus misericordiosas profundidades, el medio nos es indicado por el Hijo mismo de Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*.

2º Amor de Nuestro Señor

El segundo privilegio es que atraemos más el amor de Nuestro Señor. Lo que él más ama son las almas castas de quienes quiere ser el Esposo: *Sponsus castarum animarum*.

Conocemos su ternura especial por San Juan, el apóstol virgen, a quien fueron confiados los secretos celestiales. Nada extraño. ¿Qué ha venido a combatir el Hijo de Dios sobre la tierra? ¿No es acaso el pecado? ¿Y qué horror no experimenta frente a la carne que ha corrompido su camino, y por el hombre que se ha vuelto carne? Retira de él su espíritu: “*Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est*” (Génesis 6, 3). Por el contrario, cuando encuentra una criatura humana que, lejos de sumergirse en la vida de la carne, se esfuerza por vivir de la vida del espíritu, se complace en ella y en ella reposa.

¡Cuán pocos aprecian esta amistad de Jesús! Y sin embargo, qué hay más digno de deseo, ya que, aquí abajo, esta amistad es la garantía más segura y preludio de las alegrías del cielo.

3º Aptitud para las santas abnegaciones

El tercer privilegio del alma pura es su capacidad de santa entrega.

Nada hace a uno tan egoísta como la impureza, nada deja tanto, en el fondo del alma, la preocupación por el

interés personal. Todo se sacrifica a las pasiones impúdicas, y si quisiera dirigir mi pensamiento hacia ciertos jóvenes que hemos conocido y querido, podría decir que sus hábitos culpables han causado la desesperación de sus familias y la vergüenza de su país.

Por el contrario, el alma casta disfruta de una incomparable libertad para tender hacia todo cuanto hay de bello, noble, grande, generoso. Pedidle un sacrificio: cuanto más pura es esta alma, más libre es para realizarlo; ninguna atadura terrestre le retiene; el pensamiento de una recompensa eterna le inflama; tiene de Dios una impresión que el impúdico no tendrá jamás. Lo que conoce de Dios, por su privilegio mismo, le empuja a exclamar con San Pablo: "*Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis*: No hay comparación entre los sufrimientos de esta vida presente y la gloria que un día se manifestará en nosotros" (Romanos 8, 18). Su mirada purificada le muestra la felicidad muy por encima de los fangos de esta tierra.

La pureza no es retenida por peso alguno; es libre, tiene alas, puede lanzarse hacia la gloria de Dios. *Non sunt condignae...*

Por eso comprenderéis por qué ciertas generaciones tienen más sacerdotes, religiosos, religiosas y otras tienen menos. Allí donde la castidad reina, el espíritu de sacrificio se desarrolla; allí donde la castidad sufre naufragios, las vocaciones desaparecen.

San Ambrosio, celebrando a una virgen mártir, hace notar que la gracia del martirio es concedida a la virginidad, y no la virginidad al martirio: "*Non ideo laudabilis virginitas quia et in martyribus invenitur; sed quia ipsa martyres facit*: no hay que alabar la virginidad porque se la encuentra en los mártires, sino porque la virginidad misma hace a los mártires". La prueba más grande de amor es dar la vida por aquellos a quienes se ama, y ésta es la prueba que da la virginidad engendrando mártires.

**4º Especial
recompensa**

El cuarto privilegio de la pureza es tener incluso en el cielo una recompensa aparte.

Mirad el ejército de las vírgenes, que han lavado sus túnicas y las han blanqueado en la sangre del Cordero, le seguirán porque son vírgenes, a donde quiera que vaya: *Virgines enim sunt* [Apocalipsis 14, 4]. Mirad aquellos santos: son puros, son vírgenes como el Cordero mismo; por lo tanto tienen su recompensa aparte, nos dice San Agustín: “*Profecto habebunt aliquid praeter caeteros in illa communi immortalitate, qui habent aliquid jam non carnis in carne*: tendrán ciertamente algo más que los demás, en aquella común inmortalidad, los que tienen en la carne algo más que no es de la carne”.

Y volviendo sobre el mismo pensamiento añade: “*Gaudia propria virginum Christi non sunt eadem non virginum, quamvis Christi. Num sunt aliis alia, sed nullis talia. Ite in haec, sequimini Agnum, quia et Agni caro utique virgo... Sed ecce ille Agnus graditur itinere virginali; quomodo post eum ibunt qui hoc amiserunt quod nullo modo recipiunt?*”: Las alegrías de las vírgenes de Cristo no son las mismas alegrías que las de los que no son vírgenes, aunque pertenezcan a Cristo. Cada uno tendrá sus alegrías, pero ningún otro tendrá aquéllas. Id a aquellas alegrías, seguid al Cordero, ya que la carne del Cordero también es virgen... Ahora bien, he aquí que el Cordero camina por un sendero virginal; ¿cómo podrían seguirle, aquellos que han perdido lo que no pueden recuperar de modo alguno?” (San Agustín, *De Sancta Virginitate*, XXVII, 27, 29).

¡Ah! Sigamos al Cordero, guardemos nuestro privilegio y, si hemos perdido la virginidad, a ejemplo de San Agustín penitente, recuperemos al menos la castidad.

II.- Medios para conservar la castidad

Indicaré cuatro: la vigilancia, la oración, la devoción a María, la Eucaristía.

1º Vigilancia La vigilancia. Jesucristo ha dicho: “Velad y orad para no caer en tentación” [Mateo 26, 41]. Por lo tanto, la vigilancia nos es esencial. ¿En qué debe consistir?

San Jerónimo nos responde que casi siempre en la huida, porque quien ama el peligro sucumbirá en él. Bossuet lo resume diciendo que para no ser manchado por las criaturas, hay que separarse de ellas.

Ya podéis decir: no estoy contagiado. Desgraciadamente, ya estás contagiado hasta el grado de no darte cuenta, o más bien de no querer ya darte cuenta. Sí, mientras no huyas, mientras no te separes, la vigilancia os servirá poco. Ya puedes tomar las resoluciones más brillantes de no quemarte en medio del fuego, cuando se está en medio de las llamas es imposible no arder.

Ahora bien, ¿qué precauciones tomas para guardar la castidad? El alma casta teme siempre ver romperse el vaso que contiene su tesoro; sabe que lo lleva en vaso de barro, *in vasis fictilibus* [2 Corintios 4, 7], dice San Pablo, por lo tanto en un vaso fácil de romper, y ella lo coloca al abrigo de peligros.

¿Qué hay que vigilar? Los sentidos: los ojos para evitar una mirada impura, un espectáculo peligroso, un libro obsceno; los oídos, huyendo de las malas conversaciones, las músicas lascivas; el apetito, para no dejarse arrastrar por los placeres de la mesa que compartimos con los animales; en una palabra, todo cuanto nos arrastra a la pérdida de nuestra pureza.

2º Oración

Además hay que rezar. Bossuet hace notar que la separación de las creaturas no es un acto egoísta que nos empuja, cuando nos separamos de ellas, a replegarnos sobre nosotros mismos. Lejos de eso.

La felicidad que perseguimos invenciblemente no reside en las creaturas; tampoco está en nosotros, está en Dios, y si sacrificamos los placeres de los sentidos es con el fin de que podamos, mediante una pureza muy grande, unirnos al Dios purísimo. Eso es lo que da la oración.

Sin duda, primeramente es un grito, que desde el fondo del abismo nos hace pedir a Dios ayuda y socorro, y no deberíamos dejar ni un instante de pedir a Dios que venga en nuestro auxilio; pero además la oración es un impulso hacia Aquél que sólo él puede saciar el ardor de nuestros deseos mediante su bondad, su belleza, sus perfecciones, mediante su amor misericordioso. A él es a quien busca la oración, hacia quien aspira, por quien ella se separa de la tierra.

3º Devoción a María

Pero al mismo tiempo, la vista de los peligros que corremos nos muestra la necesidad de una protección perpetua, y por eso nos ha dado a su Madre, la Virgen de las vírgenes.

Ella nos enseñará por su parte el camino de la gloriosísima virginidad, con la ayuda de la segurísima humildad. Sí, la devoción a María reside en la imitación de su humildad: he ahí el modelo que el mismo Jesús nos da: *Ecce Mater tua* [Juan 19, 27].

Por eso San Ambrosio vuelve sin cesar, en unas páginas admirables que ha escrito sobre la virginidad, a los ejemplos que nos da María: para él ahí está el tipo por excelencia de la virginidad.

4º Devoción a Nuestro Señor

Me equivoco, existe otro: es Jesús mismo, presentándose como nuestro modelo durante su vida humana y como nuestra fuerza en su vida eucarística.

El gran arzobispo de Milán, refutando a los herejes que, exagerándolo todo, querían que la virginidad fuera obligatoria, les responde: “El Apóstol no tenía un precepto de parte del Señor, pero tenía su ejemplo: *Praeceptum quidem non habuit, sed habuit exemplum*”. En efecto, la virginidad, el grado más perfecto de la castidad, no puede ser mandada, ha de ser elegida: “*Non enim imperari potest virginitas, sed optari*”. ¡Feliz el alma que sabe elegir, y elige lo que la eleva a la perfección de los ángeles!

He ahí el modelo que Jesucristo nos da en su vida humana y en el silencio eucarístico.

**que nos nutre con su
carne inmaculada**

Pero nadie es puro sin la gracia de Dios. El Autor de la gracia viene en persona y se hace nuestro alimento; por cierto, ¿no es “el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar a las vírgenes?: *Frumentum electorum et vinum germinans virgines*” (Zacarías 9, 17).

¿Queréis vencer a los demonios? Sed castos. ¿Queréis ser castos? Alimentaos con la carne de vuestro Dios, autor de la virginidad. “¿No es él el autor?”, exclama San Ambrosio. “*Ejus auctorem quem possumus aestimare nisi immaculatum Dei Filium, cujus caro non vidit corruptionem, cujus divinitas non est experta contagionem?*: ¿Qué autor le podemos dar, si no el Hijo de Dios inmaculado, cuya carne no conoció la corrupción, cuya divinidad fue extraña a todo contagio?”. Ahora bien, esta carne incorrupta, esta divinidad sin mancha, la recibimos en la sagrada Eucaristía. En la Eucaristía recibimos al autor de la pureza, de la castidad, de la virginidad, y ¿vamos a creer que no nos la va a comunicar, si se la pedimos?

**que nos guarda
mediante su Iglesia**

San Agustín en su tratado “De la virginidad santa”, nos invita a contemplar las legiones de vírgenes, que los jóvenes cristianos y las jóvenes cristianas han dado a Jesucristo: “*Respice agmina virginum puerorum puellarumque sanctarum*”. Son santos, y ¿dónde ha sido formada esta raza de nueva especie? “En la Iglesia, responde: *In ecclesia eruditum est hoc genus*” (San Agustín, *De Sancta Virginitate*, XXXVI, 37).

Preguntad por las vírgenes fuera de la Iglesia católica, no las encontraréis. *In Ecclesia eruditum est hoc genus*. Y cosa asombrosa, nada iguala el furor que se manifiesta contra la Iglesia en aquellos a quienes la impureza aleja de ella. La pérdida de la pureza lleva a la pérdida de la fe, y la visión de lo que es puro suscita odios satánicos en quienes han dejado arruinar en sí mismos esta santa virtud.

Sea cual sea vuestra vocación, sed puros, caminad en pureza, y recordad que nada aquí abajo da tanta fuerza contra los seres manchados por el desenfreno como la pureza y que, puesto que nada manchado deberá entrar en el Reino de Dios, la virtud que nos abre sus puertas es la pureza, como la virginidad es la virtud que nos reserva en él las recompensas privilegiadas.

VIGÉSIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA AUSTERIDAD

“Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur: Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”

(Mateo 5, 6).

Sean cuales sean las interpretaciones dadas a mi texto, hay una sobre la que deseo insistir hoy. Tenemos hambre y sed de placeres, de gloria, de honores, de fama, de empleos, de fortuna. ¿Quién tiene sed de justicia, en su auténtico sentido, quiero decir de la justicia de Dios? ¿Quién es consciente de lo que se le debe? ¿Quién se ocupa de los daños que se comenten contra él todos los días?

Y, dejando de lado todavía los derechos de la justicia de Dios sobre los demás, ¿qué derechos no tiene sobre nosotros, a causa de nuestras ingratitudes, de nuestros pecados, de nuestras rebeliones de toda laya?

Ahora bien, la verdadera hambre y la verdadera sed de la justicia son el hambre y la sed que debemos tener de pagar nuestras deudas con Dios, y podemos evitar los rigores de su justicia más allá de la tumba, gracias a la austeridad de vida en este mundo.

Esto es lo que me propongo desarrollar con vosotros en esta conversación en la que, tras haberos dicho una palabra sobre la austeridad cristiana, procuraré mostraros las admirables compensaciones, según la promesa del Salvador, para quienes desean efectivamente dejarse poseer por el hambre y la sed de justicia divina.

I.- ¿Cuáles son los derechos de la justicia? ¿Qué es la austeridad?

Los derechos de la justicia Para forjarse una idea de los derechos de la justicia, basta recordar cómo un solo acto de rebelión ha precipitado a los ángeles desde las alturas celestiales a los abismos infernales; hay que recordar cómo un fruto, comido pese a una prohibición divina, ha expulsado a nuestros padres del jardín de delicias, los ha condenado a la vergüenza de la concupiscencia, al trabajo, a la muerte en la tierra y al infierno al terminar la vida. Y todo eso es muy justo, aunque no lo comprendamos.

Pero Dios, que no perdonó a los ángeles, ha querido perdonar a los hombres, siempre que su justicia quede satisfecha. Por eso ha enviado a su Hijo a rescatarnos, resucitarnos y vivificarnos: “*Ego sum resurrectio et vita. Si quis crediderit in me, etiam si mortuus fuerit vivet... Credis hoc?*” (Juan 11, 25).

Sin embargo, esta resurrección y esta vida, que es la reparación del orden, no ha de hacerse solamente mediante Jesucristo; está de acuerdo en pagar a la justicia la deuda en su fondo, pero desea que pongamos de nuestra parte la satisfacción, por débil que ésta sea, para que la añadamos a la suya. Asumiremos, pues, los intereses de la justicia divina, haremos de ellos, según la comparación del Salvador, nuestro alimento y nuestra bebida, tendremos de ellos hambre y sed, y encontraremos en ellos una felicidad desconocida de los hombres entregados a los placeres de la tierra y comprenderemos las alegrías de la justicia satisfecha. *Beati qui sitiunt et esuriunt justitiam.*

pacificados mediante la austeridad ¿Cómo llegaremos a estos goces de otra especie? Escuchad bien, porque os voy a causar espanto: mediante la austeridad de vida. ¿Quién desea hoy una vida austera? Nadie. La austeridad que se compone

de restricciones, de privaciones, de humillaciones, de sufrimientos, aceptados o buscados, ¿quién la quiere? Nos hemos precipitado en el amor del bienestar y ahí permanecemos estúpidamente.

La vida de austeridad devuelve al alma el imperio sobre el cuerpo, liberándolo de las exigencias de la carne, de la tiranía de los sentidos: y eso es lo que me he propuesto principalmente mostraros, lo que deseo estudiar atentamente con vosotros.

II.- Ventajas de la austeridad

Que la vida austera espanta a la naturaleza corrompida, es una verdad más clara que la luz del sol; pero ¿por qué? Porque cuesta mucho suprimir la corrupción. No quisiéramos tener una herida vergonzosa, pero si para curarla hay que aplicar el cuchillo y el fuego, retrocedemos, preferimos conservar el mal antes que suprimirlo mediante un procedimiento doloroso.

1º *La austeridad doma a la bestia.* Sin embargo el hombre encorvado bajo el peso de las pasiones vive en estado de bestia. Escuchad al Espíritu Santo gritarle: “*Nolite fieri sicut equus et mulus*: no seáis como un caballo o un mulo” (Salmo 32, [9]). No hay duda de que, siendo animal, posee las voluptuosidades de éste. ¡Pues bien!, la austeridad llega y dice: ¡Fuera las impresiones culpables! Que un freno saludable dome a estos seres envilecidos y les devuelva a la ley de Dios.

El cristiano pecador se resiste, pero si la trompeta de la justicia resuena en sus oídos, le invade un temor victorioso, rechaza la pasión, aleja la ocasión, huye del peligro; si la pasión le persigue, puede combatirla, la domina incluso mediante la austeridad de las privaciones. Todas las teorías de la moral independiente se juzgan por su valor. La privación ofrecida a la justicia suprime las causas del

mal, una vez más la pasión queda vencida y la justicia vuelve por sus fueros.

2° *La austeridad purifica al alma.* Las pasiones la habían manchado. ¿Quién puede expresar lo que los pecados, fruto de las pasiones, cualesquiera que sean, causan de horrores al alma que soporta sus abominables exigencias?

Que las llamas de la austeridad, inflamadas por el sentimiento de la justicia divina, bajen hasta el corazón, templo profanado y lo purifiquen, ¡cuán hermoso volverá a ser, resplandeciente con su inocencia restaurada! ¡Oh, sin duda, nada más admirable que el lirio de la pureza siempre conservada! Pero, ¿no hay algo también muy admirable en la reparación voluntaria? ¡Feliz quien conserva la inocencia del bautismo vertida en el alma en un sueño de ignorancia! ¡Feliz quien, habiendo perdido su primer esplendor, busca recuperarla en la austeridad de la vida, tanto más cuanto que esta austeridad le sienta bien al alma pura! La austeridad, que devuelve la pureza a quien ha tenido la desgracia de perderla, la conserva y la acrecienta en el alma que no necesita reparación.

3° En efecto, *la austeridad aleja los malos placeres* y, por eso mismo, preserva de las caídas. ¡Qué hermoso es ver a un cristiano tan austero cuanto puro, y que se conserva puro tanto cuanto es austero! Por lo tanto, no temo plantear estos dos principios: imposible ser santo si no se es puro; imposible ser puro si no se es austero.

Ahora, ¿hasta dónde debe ir la austeridad? Tan lejos como las tentaciones y tan lejos como el amor por la pureza. El temor del peligro y el amor por la pureza del corazón, he ahí los dos puntos de apoyo de la austeridad. Pues bien, ¿dónde se detendrá? Allí donde ya no haya temor a que las caídas se produzcan. Mientras sean

de temer las manchas, será indispensable recurrir a la austeridad, y como la amenaza subsistirá siempre, será siempre urgente llamar en ayuda nuestra al gran remedio preventivo.

Por lo tanto, ¿eres pecador? Sé austero para hacer penitencia y saldar los derechos de la justicia. ¡Qué privilegio conseguir la reconciliación con Dios a tan bajo precio!

¿Has tenido la dicha de mantener tu alma en la inocencia bautismal? ¡Oh, sé austero para conservar, mediante precauciones saludables, un tesoro tan precioso!

Pero las ventajas de la austeridad no terminan ahí. El alma que se ha hecho cargo de los intereses de la justicia divina, en un arrebato de confianza, se olvida de sí misma y sólo piensa en su misión; desea recurrir a los medios necesarios para cumplirla como Dios se lo pide.

4° La austeridad, mediante los placeres de que se priva y mediante los sacrificios que se impone, *se procura nuevos recursos*. Cuando la riqueza abunda ¿qué no gasta uno? Si faltan los recursos, se economiza.

¡Pues bien!, si la caridad austera se impone estas economías, ¿no las va a emplear acaso para las buenas obras, cuya necesidad es tan poco entendida hoy? ¡Qué maravillosa transformación se operará! ¡Qué no daremos por el bien de las almas, cuando hayamos rehusado al propio cuerpo lo que reclama a veces con tanta importunidad! Mirad, pues, qué campo se abre ante vosotros. ¿Cuándo os dedicaréis a él con el vigor de un verdadero cristiano?

5° *La austeridad procura una legítima independencia*. El hombre austero se contenta con poco; no necesita, pues, pedir. Sabe esperar. Ahora bien, ¿dónde está la fuente de la pérdida de toda dignidad? En el furor de doblegarse para ponerse cómodo. ¡Deplorable abajamiento que aparece por todas partes! “*O homines ad servitutem*

natos!: ¡Oh hombres, nacidos para la servidumbre!”, exclamaba Tiberio. *O homines ad pecuniam natos!*: ¡Oh hombres, nacidos para el dinero!, podemos decir con la misma razón. Hemos nacido efectivamente para la esclavitud; solamente que nos forjamos nosotros mismos cadenas de oro y de plata.

¡Cómo es mucho mejor contentarse con poco y saber mantenerse con la frente alta, como Mardoqueo ante Amán! ¿Cuándo entenderemos que el mundo no se levantará hasta que se levanten los caracteres?

6° *La austeridad forma caracteres hermosos.* El hecho es que, efectivamente, ya no tenemos hermosos caracteres. Desaparecen día a día. Les tenemos miedo, y cuando se presentan les tratamos de inoportunos.

¡Pues bien!, diré cuanto pienso: los hermosos y los grandes caracteres sólo saldrán de las casas cristianas. Serán rechazados en todas partes, o mejor dicho, los aplastarán en germen. ¿Qué queréis que haga un carácter sin espíritu de fe? Caerá allí donde han caído los pueblos cuya religión se ha extinguido, allí donde vemos se dirigen las generaciones presentes.

¡Cómo se ha perdido la noción de grandeza moral! Se perdió el día en que, gracias al olvido de vencerse mediante la austeridad, los hombres han sido colocados entre el placer y el deber, y no han elegido precisamente el deber.

Mirad vuestro porvenir y decid de qué lado queréis ir, y temblad si os arrastra la costumbre de desertar del deber. Ahora bien, ¿por qué habréis traicionado las grandes leyes morales? Porque no habéis comprendido que por encima de los placeres está Dios que nos dice: Haced penitencia, es decir: sed austeros.

7° *La austeridad, escuela de abnegación.* La sociedad no vive solamente del cumplimiento del deber: hay a veces en el deber algo de rígido, como una voluntad

jansenista o protestante, algo grande en el orgullo o la vanidad de su cumplimiento, como entre los sabios de antaño. Eso no basta. Se necesita otra cosa, se necesita la abnegación.

Antaño existían escuelas de abnegación, eran los conventos. Los conventos han conocido, lo reconozco, decaencias, ¡pero qué grandes ejemplos han dado al mundo! ¡Qué figuras las de un Antonio, un Basilio, un Benito, un Domingo, un Francisco de Asís! Aquellos hombres y sus discípulos tenían realmente hambre y sed de justicia; la perseguían a ejemplo de su Maestro. Corrían a todas las inmolaciones de la carne, a todos los sufrimientos del corazón, a todos los sacrificios, humildes, perseverantes, amorosos. Eran austeros, buscaban a Dios para inmolarse con su Hijo en el sacrificio perpetuo.

Aquella raza fuerte, porque era austera, ¿ha desaparecido completamente? No, no; o sería el fin del mundo. Por todas partes, nuevos sacrificios son reclamados; se cumplen.

Mirad a tantas familias religiosas que se dedican a todos los sufrimientos. Las Hermanitas de la Asunción acuden donde sea que se les prometa el pan para las primeras veinticuatro horas de su implantación. Se entregan porque son alegremente austeras.

8º Finalmente, y es lo más importante, la austeridad *hace santos*. Se os ha citado a menudo el dicho del poeta pagano: "*Fecunda virum egestas*: la pobreza es fecunda en hombres".

La pobreza y la austeridad son hermanas, y la austeridad tiene el privilegio de ser voluntaria, mientras que la pobreza no siempre lo es. También ella es fecunda en hombres cabales, y para ser santo hay que ser persona cabal. Sin duda, se necesita la gracia, pero las victorias de la austeridad la provocan y la desarrollan. Ahora comprendéis por qué, en ciertas épocas, la noción de santidad parece perderse: los pueblos se han precipitado en los



placeres. ¿Qué saldrá de ahí? Santos no, estad seguros, ¡ni siquiera hombres!

Y sin embargo, sería tan bueno tener modelos de santos. ¡Qué!, ninguno de vosotros dirá: ¡seré austero para hacerme santo! ¡Espero algo mejor de vosotros; espero que, siendo la austeridad la que gobierne de ahora en adelante vuestras costumbres como conviene a vuestra edad, la santidad dará frutos abundantes en nuestra querida Asunción!





VIGÉSIMASEXTA MEDITACIÓN

LA OBEDIENCIA

“Factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis: Se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Filipenses 2, 8).

Tal es el modelo de la perfección: clavado por obediencia a la Cruz, como se presenta sin cesar a nuestra mirada, para recordarnos que, si la rebelión del pecado perdió a los hombres, la obediencia del Hombre perfecto los ha salvado.

Y esta obediencia, el profeta había anunciado que sería el motivo de la bajada de un Dios del cielo a la tierra. *“Scriptum est de me ut facerem, Deus, voluntatem tuam”* (Salmo 40, 8-9).

Por lo tanto, los dos extremos de la vida de Jesucristo están determinados por la obediencia y, hacia la mitad, el evangelista se cuida de advertirnos que durante los dieciocho años de la vida oculta, “era obediente a sus padres: *et erat subditus illis*” (Lucas 2, 51).

La obediencia parece, pues, ser una de las virtudes fundamentales de la vida cristiana; es incontestablemente la base de la vida religiosa. Se dirige a lo más excelente que se puede hallar allí: la voluntad. La pobreza se refiere a lo que nos rodea; la castidad a lo que envuelve nuestra alma; la obediencia a nuestra alma en lo que tiene de más íntimo: la voluntad.

Hablemos, pues, de la obediencia y estudiemos:

1º La naturaleza de la obediencia religiosa.

2º Su excelencia¹⁾.

¹⁾ El Padre d'Alzon deja para la meditación siguiente el desarrollo de este segundo punto.



Naturaleza de la obediencia religiosa

A. Necesidad de la obediencia La vida religiosa es un ejercicio perpetuo de perfección y los religiosos, para llegar a ser perfectos, necesitan ser: 1º instruidos; 2º dirigidos; 3º mandados; 4º corregidos.

1º Necesitan ser instruidos. Un joven, atraído por el deseo de consagrarse a Dios, se nos presenta. ¿Qué sabe? Muy poca cosa, o mejor dicho: ¡nada! Hay que echarlo, en cierto modo, en un molde y que se le forme en él, pero como la voluntad no es una masa de cera o de metal que se ablanda con el fuego y que luego se vierte en el molde, puesto que es una facultad de nuestra alma íntimamente unida a la inteligencia, es mediante la iluminación de la inteligencia como se forma la voluntad, gracias a la instrucción.

Por lo tanto, hay que establecer que la primera cosa que ha de hacer el novicio es despojarse de las nociones previas sobre la vida cristiana, para rehacerlas mediante la instrucción que se le dará. De ahí viene que, muy a menudo, un novicio formado en una congregación y que pasa a otra congregación, difícilmente asimila el estilo de la segunda, porque guarda el de la primera: los dos estilos son buenos, pero no son lo mismo.

2º El novicio necesita ser dirigido. La instrucción, ya lo he dicho, se dirige más particularmente a la inteligencia, y es necesaria para purificar los actos de la voluntad. ¡Cuántos esfuerzos, en efecto, no han de ser rigurosamente exigidos para suprimir ciertos hábitos, para imponer otros nuevos, para hacer penetrar en todos los detalles de la vida el espíritu sobrenatural, el espíritu de perfección! ¡Qué difícil resulta y cuánto tiempo se requiere!

Pero también, ¡cuán indispensable es que el religioso aprenda a adquirir flexibilidad ante la dirección que se le

da! ¡Cuán necesario le es tomar en serio esta dirección! Porque, si no la acepta ¿para qué le va a servir? Tal es la desgracia de ciertos novicios que desean formar parte de una comunidad pero a condición de conservar sus ideas y sus hábitos.

Fijaos que no digo que tales hábitos y tales ideas no sean excelentes; digo solamente que no son buenas allí donde quieren conservarlas, como en un monumento arquitectónico se haría una cosa muy fea si en medio de un decorado de cierto estilo se quisiera colocar un decorado de estilo completamente diferente.

Dicho esto, no temo afirmar que la resistencia a la dirección es uno de los peores síntomas. ¿Qué será más tarde del novicio que, desde los primeros pasos, rehúsa dejarse guiar y que, sobre todo mediante sus conversaciones lo mismo que mediante sus ejemplos, opone a cuanto se le dice como una insurrección perpetua?

3º El novicio necesita, además, ser mandado. En efecto, hay que bajar a la práctica; ya podemos formar mediante las palabras, pero lo esencial es pasar a los actos, e importa mucho que tales actos sean capaces de mostrar si se es capaz de ser religioso o no.

Ya podemos decir otra cosa, pero son los actos la manifestación más clara de las disposiciones de la voluntad. Por lo tanto, hay que hacer practicar tales actos; y en consecuencia, hay que comandarlos, como al soldado que en el campo de maniobras se le forma para ejecutar todos los ejercicios, de modo que se pueda juzgar a cerca de su capacidad para ejecutar todos los movimientos. Con mucha mayor razón, el religioso necesita esta disciplina, porque el soldado en muchas circunstancias no es más que una máquina, mientras que el religioso debe en cada momento recordar que es formado para los actos más admirables, ya que mediante la obediencia es como más se asemeja al Hombre-Dios.

4° Finalmente, el religioso necesita ser corregido. Toda ley tiene una sanción, y así como en la ley civil está la muerte, es decir la expulsión de la sociedad del mundo del modo más terrible, ya que es la sanción última, la expulsión es también la sanción suprema en las Órdenes religiosas.

Sin embargo, no hay que forjarse ilusiones. Muchos sujetos necesitan ser castigados antes de ser expulsados; y esto se explica fácilmente. Se trata de naturalezas débiles, incapaces de grandes faltas, carentes de suficiente energía para cometerlas, y por lo tanto son naturalezas incapaces también de una gran virtud. Hay que hacerles caminar mediante un cierto temor, para mantenerlos constantemente en tensión respecto del cumplimiento de sus deberes.

Un hecho sin duda muy humillante, pero incontestable: necesitamos ser sujetados con riendas y sentir el látigo y la espuela, si se quiere conseguir algo de nosotros. La generalidad de los hombres se encuentra en esta condición, y es necesario actuar no con las excepciones, sino con las disposiciones de la generalidad de las personas a las que nos dirigimos.

Iré más lejos: aquello que es en general útil a todos, es más especialmente indispensable a los religiosos. No hay sociedad civil, no hay asociación privada sin un cierto lazo de obediencia. Quitad la obediencia del ejército y tendréis inmediatamente la anarquía. Quitad la obediencia en una fábrica y todos sus productos serán desperdiciados.

Pero en todas las sociedades, incluso en las más perfectas, la obediencia es lo que constituye la vida misma del cuerpo moral; y éste es perfecto en la medida en que se obedece en él. Poned obediencia y conseguiréis los más hermosos resultados, ya que, al contrario de las demás sociedades, la entera voluntad ha de ser empleada en ella con toda su capacidad de amar. "*Deus meus volui et legem tuam in medio cordis mei*" (Salmo 40, 9).

**B. El ejercicio de la
obediencia: obligación
para todos**

Si la obediencia tiene tantas ventajas en todas partes y si la obediencia religiosa surge de la perfección misma con la que la voluntad obedece, mirad lo útil que resulta fortalecer esta voluntad contra sus propias deficiencias y encadenarla en cierto modo a estos nuevos y más perfectos deberes que se propone cumplir. ¿Qué otra cosa es sino la obediencia elevada a la santidad del voto? Así considerada, la obediencia no es sino la obligación que la voluntad se impone muy libremente de ser siempre perfecta en la medida en que la naturaleza humana se lo permita.

De ahí, la inmensa utilidad para un religioso de prestar obediencia a sus superiores, bajo el yugo de una regla en la que se ha ejercitado durante cierto tiempo.

La disposición a obedecer es, pues, una disposición a la perfección, y el compromiso de obedecer es un compromiso de perfección; de donde concluyo que, para disponerse a obedecer perfectamente, hay que ejercitarse en ciertos actos preparatorios de obediencia. Y tal es la razón de ser del noviciado en que uno tantea, en cierto modo, sus propias fuerzas, y donde uno se da cuenta hasta qué punto su voluntad puede plegarse. Pero una vez hecha la prueba con éxito, y asumidos seriamente los compromisos mediante el voto, queda mantener la voluntad en su disposición de docilidad, mediante actos de obediencia más enérgicos; no que la obediencia tenga que hacerse sentir más seguido, sino que tome un carácter más serio, porque ella alcanza al fondo mismo de la vida religiosa.

**incluso para los
superiores**

Se dice que ciertos superiores no obedecen. Se equivocan los que lo dicen. Los superiores obedecen en lo externo, en cierta medida, a los obispos, y sin medida al Obispo de los obispos; y en el interior de la familia religiosa obedecen a la regla y a todos los

religiosos en un sentido muy estricto, ya que están obligados a hacerles todos los servicios a los que éstos tienen derecho.

Sólo que aquí se trata de una cuestión de buena fe. El superior ya no se pertenece; pero ha de entregarse a todos con orden y sabiduría, de modo que no esté obligado a conceder siempre al que más pide, sino a quien en conciencia crea deberle más. En todas partes existen exigencias injustas y, sacrificándose por cada uno, el superior está obligado a no tener cuenta de esta clase de injusticias.

en cada detalle de su vida El voto de obediencia religiosa se extiende a la vida entera, no sólo en cuanto a la duración, —aunque en algunas familias menos perfectas se puedan renovar cada año—, sino también en el sentido de que todos los actos que de ella dependen pertenecen a Dios y al prójimo. Hasta tal punto que una gran cantidad de actos, que en sí mismos parecen indiferentes, pueden ser santificados por la obediencia y tomar así un carácter de mérito. Aquí es donde la voluntad, que es el sujeto de la obediencia, puede alcanzar proporciones maravillosas, como santidad de intención. ¿Quién puede decir la intensidad que puede adquirir una voluntad que se entrega? ¿Quién puede expresar cuántas veces la voluntad puede renovar, mediante la obediencia, el don de sí misma?

para afianzar su voluntad Y por eso la obediencia, lejos de encadenar a la voluntad, la perfecciona. ¡Oh, maravilla de la naturaleza humana transformada mediante la gracia! La rebelión del pecado la había, en cierto modo, triturado; Jesucristo la repara y la fortifica mediante su sangre, aplicada a esta voluntad enferma, en el bautismo. Aho-

ra bien, los compromisos del bautismo, que dan al alma bautizada el título de hijo de Dios, la obligan por un contrato muy voluntario a someterse a la ley divina; pero este contrato no le basta. Experimenta la necesidad de hacer no sólo actos buenos, sino también actos perfectos; se obliga a ello mediante un voto. ¿Quién la obliga a hacer un voto? Únicamente ella misma. Es, pues, en la plenitud de su propia libertad que ella se impone esta maravillosa cadena: "*Funes ceciderunt mihi in praeclaris*".

¿Qué hago yo a fin de cuentas? Mediante un compromiso, le quito a mi voluntad la facilidad para pecar, le impongo como una imposibilidad; pero es mi libertad la que lo ha querido y que se ha comprometido. Ahora bien, como el bien perfecciona al ser que lo hace, y habiéndome colocado en la obligación de hacer un bien mayor, le doy a mi naturaleza una perfección superior y por consiguiente a mi voluntad y a mi libertad.

Concluyamos: el voto de obediencia, por su naturaleza, es un acto por el que mi voluntad se obliga a una mayor perfección. Considerado así, el estado de obediencia que se sigue es un hábito santo que nos obliga a llevar a cabo todas las acciones, legítimamente mandadas, para hacer la voluntad de Dios. La vida, una vez más, es tomada en su conjunto, y cuanto más se la deja atrapar por la obediencia, tanto más el alma religiosa progresa en la perfección.

Esta primera consideración sobre la naturaleza de la obediencia la he desarrollado más de lo que me había propuesto inicialmente; la excelencia de la obediencia, será el tema de una segunda meditación.



VIGESIMASÉPTIMA MEDITACIÓN

EXCELENCIA DE LA OBEDIENCIA

*“Ordinavit in me caritatem: Ha
puesto orden en el amor” (Cantar de
los Cantares 2, 4).*

Ya lo hemos dicho: en la vida religiosa ofrecemos a Dios tres sacrificios: nuestros bienes, mediante el voto de pobreza; nuestros cuerpos, por el voto de castidad; nuestras voluntades, mediante el voto de obediencia, y como el cielo está por encima de la tierra, así está el alma por encima del cuerpo y de los bienes del mundo.

De lo cual puedo concluir, en primer lugar, que la excelencia del espíritu sobre la materia constituye la excelencia del voto de obediencia sobre los otros votos. Sin embargo, es necesario que ponga en juego mi voluntad para ofrecer a Dios mis bienes y mi cuerpo en la obediencia. Ahí reside incluso el precio de los demás dones; se convierten así en la materia misma de este don superior. Tras haberlo sacrificado todo, la voluntad se sacrifica a sí misma. ¡Qué hay de más perfecto! ¡Qué hay de más excelente!

Podríamos dejarlo ahí, pero tengo que mostrar la excelencia del voto de obediencia desde otros diversos puntos de vista.

I.- Lo esencial de la obediencia para la vida religiosa

Hablando con propiedad, la esencia de la vida religiosa consiste en obedecer. Obedece y sacrificarás tus bienes y tus sentidos en cuanto se te ordene. La obediencia comprende la vida entera.



En efecto, ¿cuál es el principal motor de la vida humana? ¿Acaso no es la voluntad? Y si pones esta voluntad entre las manos de una autoridad que la mande y le haga actuar en diversos sentidos, ¿tu vida toda no va a quedar enteramente tomada? ¿Y qué otra cosa tendrás que hacer sino aplicarte a conocer y a realizar lo que esta autoridad te mande? Por lo tanto, sólo queda formarse de acuerdo con la regla que hemos abrazado, con la convicción de que las órdenes dadas por los superiores se generarán en el mismo espíritu y tenderán a la misma meta.

Pero entonces dirás, ¿ya no me poseo a mí mismo? Sí y no. No, porque estás atado por un voto. Sí, porque ese voto lo has emitido muy libremente, y además, como se te ha dicho, sólo te has comprometido para obligarte a obrar mejor.

Lo propio del ser inteligente es hacerse más libre a medida que se torna más perfecto; decir lo contrario, sería afirmar que los seres incapaces de comprometerse, como los simples y los niños, son más libres que los seres en plena posesión de su razón; o bien, si lo preferís, que Dios no es libre porque, debido a su infinita perfección, es incapaz de hacer el mal. El feliz privilegio que me coloca en la imposibilidad moral de hacer el mal, hace que me parezca más a Dios. ¿Podemos decir que haya incluso sombra de imperfección en parecerse más al ser infinitamente perfecto y fuente de toda perfección para las criaturas salidas de sus manos? Digamos, pues, que cuanto más me parezco a Dios, más perfecto soy. Cuanto más imposibilitado moralmente estoy de pecar mediante la obediencia, más me parezco a Dios.

Ya sé que hay dos maneras de considerar la obediencia: por el lado pesado, fatigoso, y hay que decirlo, éste es el lado en que se colocan los religiosos cansados de obedecer. ¿Es el lado bueno? Basta plantear la cuestión para resolverla. Pero el lado auténtico es el que va al fondo de la causa por la que uno se ha comprometido. Ahora bien, ¿por qué te has ligado mediante la obediencia?

¿Acaso no fue porque has visto, por una parte, el medio más poderoso para domar tus imperfecciones, tus defectos, incluso tus vicios, y por otra parte, porque no has podido ver en toda tu vida y en todas tus facultades un medio más admirable para inclinarlas a una vida santa; y finalmente porque, ya puedes haber buscado, no has podido encontrar un invento más enérgico para mostrar a Dios la intensidad de tu amor? Para probarnos cuánto nos amaba, un Dios se ha hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz. ¡Qué otra cosa mejor podemos hacer para probarle nuestro agradecimiento, que hacernos por él obedientes hasta nuestro postrer suspiro!

II.- Tres consecuencias

Puedo sacar inmediatamente tres consecuencias.

El religioso crítico Si veis a un religioso argumentar contra la obediencia con pruebas más o menos teológicas, discutir los puntos de la regla, el espíritu de la Congregación, las órdenes de los superiores y sus medidas de administración, decid: he aquí a un religioso tentado en su vocación y que, si no resiste con la más grande de sus energías, pronto no será más que una deplorable ruina, un vergonzoso despojo de su pasada belleza.

El religioso rutinario Mirad también a un religioso que se arrastra, sin reproche ni celo por la regla, asumiendo las prescripciones por rutina, obedeciendo por costumbre, sumiso a la autoridad maquinalmente, como la locomotora al maquinista; si estáis encargados de juzgar a este pobre hombre, decid que se va hundiendo en la tibieza, en el letargo, que tal vez no

hará gran mal, pero que con toda seguridad es incapaz de hacer el bien con el fervor que supone la regla; no será un obstáculo para los superiores porque se mantendrá al margen, pero en cuanto a ayudarles, a hacerles agradable el gobierno, ¡oh, no!, esos sentimientos delicados están a mil leguas de su naturaleza y de las ideas vulgares que se ha forjado de la obediencia.

El religioso fervoroso Por el contrario, mirad a un religioso ardoroso como un caballo de combate, incluso con cierta dificultad para plegarse, pero que encuentra no sé qué encanto en la lucha contra sí mismo para hacerse más flexible, que ha tomado en serio sus compromisos, sabiendo que se ha impuesto ciertos lazos, pero que tales lazos son preciosos y que su herencia no lo es menos: “*Funes ceciderunt mihi in praeclaris, etenim haereditas mea praeclara est mihi*” (Salmo 16, 6). Decid: he aquí un hombre de Dios para quien todo sacrificio es posible, porque en él la obediencia tiene como base probar a Dios cuánto le ama, y que el amor es fuerte como la muerte y como todos los sacrificios que son, por así decirlo, el preludio divino para los amigos de Dios, *fortis ut mors dilectio* [Cantar de los Cantares 8, 6].

Bajo la dirección de la regla Sin duda, siempre hay que recordar las reglas de la obediencia, pero del religioso que obedece con perfección es de quien hay que decir las palabras del Espíritu Santo: “*Lex justo non est posita*: la ley no ha sido instituida para el justo” (1 Timoteo 1, 9). ¿Por qué? Porque tiene tal deseo de obedecer que no necesita inquietarse de si las Constituciones obligan en tal o cual detalle. Sabe que obedece, y si recurre a las leyes particulares de su familia religiosa, sólo es para cerciorarse de si se sale o no de su espíritu a fuerza de obediencia religiosa, ya

que, hay que señalarlo igualmente, un montón de actos de obediencia son buenos bajo una regla y no son aceptados bajo otra, y so pretexto de perfección no hay que salirse del espíritu especial en que se ha sido formado.

Lo propio de la debilidad humana es no poder tomar la forma de todas las virtudes: hay que disponerlas en sí mismo de modo que formen un conjunto, una armonía, una belleza.

Es lo que la Esposa expresa en el Cantar de los Cantares cuando dice que su Esposo ha ordenado, armonizado en ella la caridad: *Ordinavit in me caritatem* (Cantar de los Cantares 2, 4).

Sólo Dios posee todas las virtudes en una unidad y sencillez infinitas; nosotros sólo podemos tener una participación y ésta es la razón por la que todas las reglas religiosas tienen su propia meta especial, que sería peligroso mezclar y confundir.

III.- Conclusión

Tender a la perfección Por lo tanto tendamos al amor con toda la intensidad de que seamos capaces, pero bajo la dirección de la regla que ha de fijar y determinar las manifestaciones de este amor. Una vez en este terreno, no tengamos miedo y avancemos hacia la perfección con la mayor confianza, bajo la mirada de la Iglesia que ha bendecido las leyes de las familias religiosas, y bajo la mirada de Dios que acepta y conserva los votos, sobre todo el más perfecto de todos, aquél en el que se concentran los demás, la obediencia.

a la zaga de Jesucristo Lo he dicho al principio: obedecer es caminar a la zaga de Jesucristo. Cuando Dios hubo resuelto salvar al género humano culpable, la adorable Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ordenaron que la segunda persona, el

Hijo, se hiciera hombre, y la orden partió igualmente de las tres personas. Era Dios quien mandaba, pero el Hijo, en cuanto cordero como inmolado desde el principio del mundo, aceptó el sacrificio. “*Agnus tanquam occisus ab origine mundi*” [Apocalipsis 13, 8]. ¿Qué quiere decir esto? Este cordero no fue inmolado, sino como inmolado desde el principio; es decir, que el Hijo que es eterno, queriendo unirse personalmente a un hombre para salvar a los hombres, aceptó, en nombre de la voluntad humana a la que quería unirse, el decreto de la Trinidad; en cuanto Dios, el Hijo no manda menos que el Padre y el Espíritu Santo; como hombre futuro, *homo futurus*, en expresión de Tertuliano, el Hijo acepta, se somete, obedece. En este sentido, el primer acto de obediencia se cumple en el seno de la Trinidad misma, desde el origen de los tiempos, y sobre este acto de obediencia, de todos el mil y mil veces más perfecto, es donde reposa la salvación del género humano.

pese a los asaltos del infierno Concluamos con la perfección de los efectos de la obediencia de los santos sobre el mundo y comprendamos por qué el infierno con sus rebeldes monta tantos complotos contra los religiosos obedientes, porque con éstos es sobre todo con los que se mete. Son sus verdaderos enemigos, porque son los verdaderos imitadores de Jesús, el juez de Satanás, y porque su obediencia es la continuación del sacrificio de obediencia llevado a cabo en el Calvario, sacrificio mediante el cual el cielo y la tierra han recibido la reconciliación.

apropiándose de sus sentimientos Pero concluamos también que, si me preguntáis cómo hay que obedecer, cuando os haya respondido: con los sentimientos de Jesucristo, *hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5], tendré derecho a añadir: de todos los misterios y de todos los de-

talles de la vida del Salvador brota una doble lección: una lección de amor, auténtico principio de obediencia, y una lección de obediencia, la más grande y la más perfecta manifestación del amor.

La más perfecta de las virtudes es la caridad; y la muerte de la caridad es la rebelión, así como su vida es la regla en el amor. Una vez más, mediante la obediencia Dios ha regulado la caridad, los excesos del amor, si puedo expresarme así, en el alma de los santos. Hasta allá hay que ir, ésta es la vida a la que hay que dirigirse. Amar y obedecer, ahí está todo el religioso; amar y obedecer unidos a Jesucristo y a sus divinas intenciones, hasta allá hay que ir.

**mediante la virtud de
sus misterios**

Que el Dios del pesebre, que el Dios de la Cruz, del altar y del sagrario, nos permita comprender cuán perfecto es obedecer, y que al mostrarnos la obediencia y el amor de los ángeles y de los santos en el cielo, nos haga comprender que no hay auténtica adoración sin obediencia, y que la obediencia y la adoración en espíritu y en verdad aquí en la tierra son la garantía más firme de que un día, en el cielo, la obediencia y el amor serán para nosotros el principio de nuestra gloria y de nuestra felicidad eternas.

VIGÉSIMAOCTAVA MEDITACIÓN

LOS SUPERIORES

“Obedite praepositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant et non gementes: hoc enim non expedit vobis: Obedeced a vuestros jefes y sed sumisos a ellos. Porque velan sobre vuestras almas y deben dar cuenta de ellas; que lo hagan con alegría y no lamentándose, porque eso no os traería ventaja alguna” (Hebreos 13, 17).

Tal es el mandato de San Pablo. Si es importante para los simples fieles, ¡con cuánta mayor razón para religiosos!

La Regla es una letra muerta, es la Biblia para los protestantes. ¿Qué comentarios no han hecho los herejes sobre los Libros Santos, y qué torre de Babel no han formado con ellos? Edificio sin cesar recomenzado y sin cesar destruido, hasta que ya no se entienda nada de los Libros Santos, y que tras haberlos debilitado, no se les considere sino como obra del hombre. La Iglesia con sus enseñanzas resuelve las dudas, mantiene el depósito, revela, llegado el momento oportuno, los tesoros encerrados en la Palabra de Dios, fija el sentido y condena los errores a medida que se producen.

Lo mismo pasa con la Regla. Entregadla a religiosos amigos de reafirmar cada uno su propio parecer; cada uno verá en ella lo que quiera. De ahí la necesidad de

un doctor para aclarar las oscuridades y para resolver las controversias: pero los superiores no son útiles sino a condición de ser aceptados con las disposiciones convenientes, y he aquí mi plan:

- 1° Necesidad de los superiores;
- 2° Condiciones con las que hay que aceptar a los superiores.

I.- Necesidad de tener superiores

¿Dónde no hay jefes desde el momento en que existe, no digo ya una sociedad, sino una agregación de hombres inteligentes? El propio infierno tiene sus jefes, cuyo mando muy duro es como una compensación y un aguijón a su suplicio.

Y si tomamos las cosas desde otro punto de vista, y consideramos a la Iglesia, su organización, ¿de qué magnífica jerarquía no nos ofrece ejemplo? Toma su modelo en los cielos donde las milicias angélicas forman sus coros ordenados en unión con los santos, al pie del trono de Dios.

Pero, aunque las demás sociedades fueran capaces de existir sin un poder vivo, las sociedades religiosas no podrían. Su esencia es la misma obediencia, y ¿cómo obedecer si no hay nadie para mandar?

Ya veis, por este lado, la necesidad de superiores y la obligación de pedirlos a Dios.

Cuatro observaciones: 1° Oigo decir: ¡los superiores tienen sus defectos! En primer lugar, ¿quién no los tiene? Y tú que juzgas con tan grande facilidad los defectos de todo lo que está por encima de ti, ¿no tienes ningún reproche que hacerte? Pero, si no vieras defectos, tendrías un buen espíritu, porque en un

religioso el peor de todos los vicios es el mal espíritu. ¡Oh, cuán necesitado estás de un superior para extirpar ese espíritu de crítica que, como un cáncer horroroso, extiende su contagio a su alrededor! *Quorum sermo ut cancer serpit* (2 Timoteo 2, 17).

Admitamos que tienen aquellos defectos que tú les encuentras. ¿Qué has venido a hacer aquí? A santificarte, ¿no es cierto? Pues bien, toma sus defectos como el instrumento más perfecto de penitencia y acéptalos. ¿Ignoras acaso que San Pablo, al dar a los primeros cristianos las pruebas de su apostolado, pone en primer término la paciencia [2 Corintios 6, 4]? Queréis ser religiosos apostólicos, sed pacientes, y encontraréis en vuestra paciencia la prueba de que estáis llamados a ser apóstoles.

He concedido que vuestros superiores tienen todos los defectos. Pero, ¿los tienen realmente? ¿No será que veis sus defectos a través de los vuestros? No sería por vosotros que Nuestro Señor dijo: "*Hypocrita, ejice primum trabem de oculo tuo; et tunc videbis ejicere festucam de oculo fratris tui*: Hipócrita quita primero la viga que está en tu ojo, y luego pensarás en quitar la brizna de paja que está en el ojo de tu hermano" (Mateo 7, 5).

¡Qué fácil resulta agrandar esos defectos y hacer que parezcan unas enormidades! Lo que es enorme es tu espíritu de crítica, que convierte todo en mal y que no para hasta no haber expandido un pestífero veneno en un horroroso espíritu de insumisión.

Volvamos a la verdad. En general, los superiores buscan a los más capaces; si no los encuentran ¿es por su culpa? ¡Oh, ya entiendo!, ¡no han reparado en ti, y es una lástima! ¡Qué bien no lo hubieras hecho tú! ¡Qué orden no hubieras implantado! ¡Y encima te lo crees! Por desgracia, ¡qué ciegos son el amor propio y el amor de la crítica! Sí, los superiores mayores pueden equivocarse; es probable que se equivoquen de vez en cuando. Ruega a Dios que no se equivoquen al elegirte, porque tu juicio

sería terrible: Dios te pediría, al juzgarte, lo que te quejas de no encontrar en los demás.

los Superiores que merecemos

2° Se ha dicho: un pueblo tiene siempre los jefes que se merece. Tenéis pobres superiores porque

no merecéis tener mejores.

Grave tema de examen. ¿No tengo acaso los superiores que merezco? ¿No serán tan débiles, tan insuficientes, porque no merecéis ser mejor gobernados?

las gracias que reparten

3° Y sin embargo, cuando la maldición no ha caído sobre una casa, poseen gracias muy espe-

ciales. Dios, que nada debe a nadie, hace como si se las diera a ellos a causa de vosotros.

Tratad de merecerlas. Les serán distribuidas para vuestro mayor bien.

el fundamento de su autoridad

4° Acordaos de que la Iglesia, al aprobarlos, les ha confiado cierta jurisdicción sobre vosotros y que

es una gran gracia esta disposición de la Iglesia que, por su medio, quiere que haya orden en las comunidades. Desde este punto de vista, desobedecerles, es desobedecer al Espíritu que gobierna a la Iglesia. Y sin embargo, este Espíritu divino sabía bien que no podía querer superiores sin elegir a hombres sujetos a los defectos de la humanidad.

Pero si tenéis buenos superiores, ¿qué ventajas no sacaréis? Ahora bien, afirmo que podéis forzarles a ser buenos para con vosotros, si sabéis aceptarlos con las disposiciones sobrenaturales que convienen a un religioso.

Examinemos atentamente estas disposiciones.

II.- Disposiciones que ha de tener un religioso respecto de sus superiores

Las condiciones que debe cumplir un religioso respecto de sus superiores se reducen a los consejos que da el Apóstol que he tomado como texto:

1º *“Obedite praepositis vestris: obedeced a vuestros jefes”* [Hebreos 13, 17]. La obediencia, pero la obediencia sobrenatural, esa obediencia tal que ve siempre a Dios en la persona de los superiores.

Cuando te pones de rodillas delante de un Crucifijo, ¿rehúas meditar en los misterios de la Pasión porque la imagen del Salvador en la cruz está mal pintada o mal esculpida? Te recuerda el amor de Jesucristo por nosotros y eso te basta. *Obedite praepositis vestris*. Esto en cuanto a la obediencia.

2º San Pablo añade: *“Et subjacete eis: y someteos a ellos”* [ibid.]. ¡Cuántos religiosos hacen de su convento un infierno anticipado, porque no quieren aceptar la auténtica dependencia! ¡Cuántos sufrimientos desaparecerían si fuéramos realmente dependientes, si sometiéramos nuestro juicio a quienes Jesucristo ha encargado de decidir por nosotros!

Pero no, preferimos colocarnos en plano de igualdad, incluso de superioridad, nos complacemos en nuestro orgullo, y la humilde sumisión a una dirección dada desaparece completamente.

3º *“Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri: velan porque deben rendir cuentas de vuestras almas”* [ibid.]. He ahí algo que no meditamos suficientemente. Vuestros superiores rendirán cuentas de vuestras almas, pero con una condición: que les dejéis conducirlos. Ahora bien, ¿podéis pretender que lleven esa terrible responsabilidad si hacéis todo lo que podéis

para sustraeros a su acción? Evidentemente, no tendrán más responsabilidad que la que les hayáis dado mediante vuestra dependencia a su dirección.

No queréis depender: ¡sois libres! Pero, cuando comparezcáis ante Dios, acordaos de que vuestros superiores, para justificarse de vuestra vida tan alejada de lo que hubiera debido ser, no tendrán más que decir: “Se ha negado a obedecer y a depender. ¡Que asuma solo la responsabilidad de sus rebeliones, de sus caídas y de sus escándalos!”.

4º “*Ut cum gaudio hoc faciant*: de manera que cumplan su cargo con alegría” [ibid.]. Felices las comunidades donde los inferiores ayudan a los superiores a poner vida, mediante una cierta animación que hace circular la alegría de padres a hijos, de suerte que la obediencia es alegre y dulce, porque el mando es alegre y benevolente. Pero ¿cómo conseguir estas disposiciones si no es mediante una gran apertura y confianza? Esto puede parecer difícil de entrada; sin embargo, con un poco de esfuerzo, se consigue y alcanza que los superiores mismos os devuelvan la confianza con la que les rodeáis.

Para que los superiores actúen con animación y alegría, necesitan sentirse queridos. No digo que no deban ser los primeros en amar, pero ¿qué sentimientos queréis que abriguen, cuando sienten sus intenciones ignoradas, sus órdenes criticadas, todos sus procedimientos tomados a mal?

¡Hubieran podido extender la alegría a su alrededor, sólo extienden tristeza! “*Ut cum gaudio hoc faciant et non gementes*”. Preferís que la casa respire el aburrimiento que sale de vuestro corazón. ¡Peor para vosotros! Desgraciadamente, peor también para vuestros superiores y peor para toda la comunidad que lleva el peso de un descontento, de una tristeza de la que sois los únicos responsables.

Los superiores son tristes y sombríos. ¿Qué son los religiosos? Examinad la causa. Viene de vosotros, de vuestro carácter, cuyas consecuencias sufren los superiores y toda la comunidad a través de ellos.

5° “*Hoc enim non expedit vobis*: pues bien, eso no os conviene” [ibid.]. Y sin embargo, ¡cuántos caracteres se dejan llevar por el triste placer de envenenar una comunidad con sus tristezas, sus murmuraciones, su insubordinación! ¿No se llega a veces hasta vejar a los superiores por el mero gusto de hacerlo? Desgraciadamente, ¡cuán frecuente es esta disposición y cuántas ruinas no prepara!

Porque, finalmente, ¿qué resulta de todos esos bellos sistemas de independencia y de crítica perpetua? Antipatías recíprocas y la destrucción de cualquier espíritu de comunidad. ¿Os conviene esto? ¡Cuánta razón tiene el Apóstol!: Eso no os convendrá jamás: “*Hoc enim non expedit vobis*”.

¿Tienen culpa los superiores? Quizá. Os concederé incluso que sí la tienen. ¿Y vosotros? ¡Oh!, bajad por una vez hasta lo profundo de vosotros mismos y mirad el mal que hacéis a los demás y a vosotros mismos. “*Hoc enim non expedit vobis*”. San Agustín, al principio de su hermoso tratado de la Doctrina cristiana, hace esta observación: “*Quidam reprehensuri sunt opus nostrum, quia quae praecepturi sumus non intellexerint*: muchos van a encontrar algo que corregir en este trabajo, porque no habrán comprendido lo que queremos decir”. ¡Cuántos religiosos critican porque no entienden! Y sin embargo, quieren hacer llevar a sus superiores el fruto de su falta de inteligencia. ¡Qué injusticia, o más bien, qué cúmulo de tontería!

Concluamos: el religioso que, por espíritu de fe y pese a los defectos de sus superiores, ve siempre a Dios en sus personas, les obliga muy a menudo a ser Dios para él, es decir, a madurar sus decisiones, a enraizarlas en los más

elevados motivos, a sopesar la gravedad de sus respuestas, a prever todo el alcance de su voluntad.

“Allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” [Mateo 18, 20], dice Nuestro Señor. Ahora bien, ¡cuántos religiosos pueden obligar a Nuestro Señor a colocarse entre el superior y ellos, para ser un lazo de caridad, de suavidad, de fuerza y de vida!

He mostrado, sobre todo, los males que causa a su comunidad el religioso en rebelión contra sus superiores. ¿No hubiera hecho mejor hablar de la comunidad en que una obediencia perfecta mantiene la práctica de la regla, la estima recíproca, el vínculo de la paz, la fuerza que procede de un apoyo mutuo?

¡Qué alegría en las comunidades donde reina este espíritu! Jesucristo en medio de sus discípulos es el modelo de ella. ¿Qué más se puede pedir para tender a la perfección y alcanzarla?



VIGÉSIMANONA MEDITACIÓN

BUENAS OBRAS

“Tibi derelictus est pauper: el pobre te ha sido confiado”

(Salmo 10, 14).

Recordemos la descripción del juicio en que el Hijo del hombre recompensará y absolverá únicamente de acuerdo con las prácticas cumplidas o pasadas por alto de la caridad respecto a nuestros hermanos. Por lo tanto, comprendamos que esta especie de ejercicio de la caridad tiene algo muy importante.

No temo añadir que, si esta importancia es siempre muy grande, lo es más especialmente hoy en día.

Os voy a hablar en primer lugar de la necesidad de las buenas obras. Pero el motor de las buenas obras está muy lejos de ser aquella beneficencia humana que no va más allá de la satisfacción de ir en ayuda a un semejante; tiene condiciones más elevadas, y me propongo señalarlas rápidamente.

1° Necesidad de las buenas obras;

2° Carácter de las buenas obras.

He ahí dos puntos esenciales en los que me propongo detenerme.

I.- Necesidad de las buenas obras

A. La situación actual Si alguna vez han sido necesarias las buenas obras, con toda seguridad es hoy cuando por todas partes explotan las más funestas pasiones y se cometen los más horribles crímenes sociales.



Mirad cómo el furor de las clases sociales inferiores se levanta contra las clases superiores. Se halagan los apetitos populares, se les insufla las ideas más subversivas. ¿Quién pondrá freno al monstruo desencadenado?

El mal social está ahí: los monumentos antiguos se derrumban en general por sí mismos cuando el cemento que une sus muros se disuelve; aquí las piedras son arrancadas con violencia; se complacen en romperlas y dispersarlas en mil pedazos; la destrucción es la necesidad universal.

El desenfreno de las pasiones ¿Qué hay más allá? Lo desconocido. ¿Y quién empuja como fatalmente hacia eso desconocido? El odio. Sí, es el odio. ¿Quiénes son los que se aman fuera de la Iglesia? ¡Qué disposiciones a devorarse mutuamente cuando sean vencedores! Bien lo saben, y sus jefes, al mismo tiempo patronos y esclavos, temen como por instinto el momento del triunfo, porque saben que el triunfo será para ellos el precursor de la catástrofe. Siempre ha sucedido; es la ley de la historia humana. El odio disuelve; no puede durar un momento sino para causar las más profundas ruinas.

El odio satánico Ahora bien, estamos en uno de esos momentos solemnes y terribles en que las tinieblas se extienden por doquier, en que nos sentimos rodeados de abismos, y donde no sabemos ya si tales abismos se encuentran a derecha o a izquierda. Vemos a las naciones odiarse, y al interior de las naciones vemos a los partidos que chocan entre sí, y vemos el odio por todas partes, y en todas partes los síntomas más alarmantes. ¿Qué hacer?

Para quien sondea los males presentes en cristiano, es evidente que si la Iglesia reposa sobre un principio sobrenatural que es Dios, la Revolución reposa sobre un principio antinatural que es el Diabolo. El hombre,

a partir del día de su rebelión, es esclavo del Diablo mediante el pecado. Jesucristo le había liberado, pero el hombre rechaza hoy a Jesucristo al rechazar a la Iglesia, y cuando Jesucristo se retira, es inevitable que llegue el Diablo.

Ahora bien, el Diablo combate mediante dos medios principales: el error o la mentira, de la que no quiero hablar aquí, y el odio. El Diablo, siendo esencialmente mentiroso, miente, miente siempre. Por lo tanto, cuando alguien lo encuentra y le dice: Tú eres el Diablo, él le responde: “De ninguna manera, yo soy un hombre honrado, me ocupo de obras buenas, te equivocas”. Pero mirad más de cerca y bajo las pretendidas obras buenas, veréis el odio más atroz y más sabio al mismo tiempo. Con todas las apariencias de amor a la humanidad, se infunde a las masas los sentimientos más odiosos y los más violentos. La lava volcánica siempre está a punto de desbordarse del cráter abierto. ¿Qué quieren? Cataclismos, ruinas, y sobre esas ruinas su odio triunfante.

Pero si la Iglesia reposa sobre un principio sobrenatural y si tiene a Dios como apoyo, su fuerza debe consistir precisamente en lo contrario del odio: en el amor, que es Dios mismo, *Deus caritas est* [1 Juan 4, 8]. El amor es lo que ha de oponerse a aquél que era homicida desde el principio [Juan 8, 44] y cuyos sufrimientos al parecer no encuentran alivio más que en la sangre del hombre.

La opción que se impone

Mirad inmediatamente las dos fuerzas que se enfrentan: el odio de Satanás de un lado, el amor

de Dios del otro.

No nos engañemos, las cosas están así. La guerra está en marcha entre el cielo y el infierno, y añadiré: se libraría por encima de nuestras cabezas, si no debiéramos ser nosotros mismos la apuesta.

¿Qué hacer? La cuestión es muy sencilla. ¿De qué lado quiero inclinarme? ¿Del lado de Dios o del lado de Satan?

Planteada en tales términos, la respuesta sería fácil, si por desgracia Satán no hubiera penetrado ya en el campo de Dios mismo, para insuflar allí su espíritu de división. Pero, precisamente para nosotros es una obligación tanto más grave ir hacia todas las consecuencias prácticas de la gran ley del amor dirigida por el espíritu de la Iglesia. Y ved cómo, aceptando ciertos principios, la solución es fácil.

Los ataques contra la Iglesia

El gran ataque va hoy dirigido contra la Iglesia, obra de Dios fundada por Jesucristo. ¿Cuáles son los enemigos de Dios? Los que desean derribar a la Iglesia. Y estaréis de acuerdo con que el espectáculo que tenemos ante los ojos, y que por el lado de la Iglesia implica la acción de Dios (hay que reconocerlo si tenemos fe, según la palabra de Jesucristo: "*Ecce ego vobiscum sum*: he aquí que yo estoy con vosotros" [Mateo 28, 20]), ¿no implica acaso por parte de los enemigos de la Iglesia una fuerza infernal, satánica, diabólica?

Mas, negadlo cuanto queráis; la palabra de Jesucristo está ahí. Cuando Jesucristo le anunció a San Pedro que construiría la Iglesia sobre él, añadió inmediatamente: "*Et portae inferi non praevalerunt adversus eam*: y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" [Mateo 16, 18]. La Iglesia de un lado, el infierno del otro, ahí está la palabra de Jesucristo; y cuando asistimos a uno de esos combates entre la Iglesia y sus enemigos, combates como los que se han librado todo lo más tres o cuatro en dieciocho siglos, con los emperadores romanos, Arrio, Mahoma, Lutero, la Revolución, ¿osaréis decir que no está ahí Satanás?

Pero, si Satanás está ahí, está con sus mentiras y sus odios. Dejemos de lado la cuestión de las mentiras trata-

das por los doctores, los obispos, el Papa infalible; nosotros tenemos otras armas: la caridad manifestada en las obras.

B. Urgente necesidad de las buenas obras Inútil es recordar que existen las obras del cuerpo y las del alma.

Nos ocupamos sobre todo de las obras del cuerpo, pero lo que importa alcanzar son las almas. Ahora bien, en este tiempo en que todo es materia, no las alcanzaréis si no es dando bajo todas las formas, y no sólo dando, sino dándoos.

Aquí se presenta la terrible cuestión de lo superfluo. No temo decirlo; si os refugiáis hoy tras lo superfluo, estáis perdidos. Hemos guardado tanto para sí de esto superfluo para las necesidades engañosas que cada uno se crea, que hay que dar de lo necesario.

Haréis como aquel solitario de Egipto que había visto el incendio de los Bárbaros apagado por los trabajos y las penitencias de los monjes del Alto-Egipto; pero vino un momento en que estos trabajos representados por las esterillas no fueron suficientes, y el incendio tomó tales proporciones que se extendió desde los Bárbaros del Norte hasta las hordas de los Árabes conducidas por Mahoma.

Quiera Dios que hoy, dando bajo la acción de la Caridad que es Dios, deis con suficiente generosidad para apagar el incendio prendido por la Revolución, incendio mucho más espantoso que los de los Godos, Vándalos y Hunos.

Después del paso de tales devastadores, se formó una nueva sociedad; tras las invasiones revolucionarias, no podemos esperarnos sino a las invasiones sabiamente razonadas del socialismo que tiende la mano a la *Kulturkampf*.

II.- Condiciones de las buenas obras

Estas condiciones son múltiples, ya que la caridad engloba a todas las virtudes. Podríamos indicar varias. Contentémonos con algunas:

1º *Y, ante todo, el espíritu de fe.* “*Sine fide impossibile est placere Deo*: sin la fe es imposible agradar a Dios” [Hebreos 11, 6]. Ahí reside el sello específico de las obras auténticamente cristianas. Cuanto mayor es el espíritu de fe, más se coloca uno bajo la acción de Dios y más nos aplicamos a no hacer nada sino por él. ¡Cuántas obras perdidas porque no se hacen con espíritu de fe!

El espíritu de fe es valeroso, se enfrenta con el respeto humano, habla sin tapujos, porque cree; sabe decir: “*Creddidi, propter quod locutus sum*: creí, por eso no tengo miedo de hablar” (Salmo 115, 1), y no se para en obstáculos cuando el deber ha hablado. La fe mueve montañas, pero es preciso que quiera emplearse en combatir cuantas objeciones suscitan la pereza y la tolerancia.

2º *La humildad.* La fe nos muestra el poder de Dios y la debilidad del hombre. Cuanto más poderoso es Dios, más el hombre es nada y más, por el contrario, hay que atribuir todo a Dios y nada al hombre.

La desconfianza de sí mismo es hija de la humildad, este auténtico conocimiento de sí que nos hace viles y despreciables a nuestros propios ojos. El hombre humilde y obediente contará sus victorias, porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. ¿Queremos atraer la ayuda de Dios sobre nuestras buenas obras?, ante todo seamos humildes.

3º *Seamos también prudentes.* Desconfiemos de nosotros mismos, y no seamos como aquellos hombres que se complacen culpablemente en tentar a Dios: su castigo es el fracaso y la vergüenza.

4° Dicho esto, establezcamos que la condición de las buenas obras, *es el empeño*. Sí, necesitamos una caridad ardiente, sin la cual nada se hace.

¿No percibís los ardores del infierno en el cielo por la propagación del mal? Oponedles los ardores celestes del amor de Dios. Nadie ama tanto a sus amigos como el que da la vida por ellos. Eso hizo Jesucristo en la cruz. Aquél que no tenía dónde reposar su cabeza, no teniendo nada que dar, se dio a sí mismo dando la vida con su sangre.

¿Qué hermosos los ardores de un Camilo de Lellis que, enfermo él mismo, se entregaba a los enfermos, de un Jerónimo Emiliani, que se consagró a la educación de los niños, de un Vicente de Paúl que, pobre, dio tanto a la pobreza! ¿Qué les empujaba? La caridad. El grito de San Pablo: “*Caritas Christi urget nos: el amor de Cristo nos apremia*” [2 Corintios 5, 14], resonaba constantemente en el fondo de sus almas, y avanzaban dándose a sí mismos y se daban siempre con un celo creciente, con una ternura que nada podía desalentar.

5° Pero lo que ante todo debe atraer nuestra atención, son *los inventos de la caridad*. Mirad cuán hábil es el enemigo para pervertir a las almas. No diré sólo que todos los medios le parecen buenos; inventa otros que le son propios, y uno se sorprende de su habilidad que supera, hay que reconocerlo, toda habilidad humana: la prensa, los teatros, los juegos, la música, el vicio, la elocuencia de los clubs, el atractivo de lo secreto, las asociaciones ocultas, todo le viene bien, y cuando un medio parece usado, recurre a nuevos medios.

¿Por qué, por un lado, no haríamos nosotros lo mismo, en la guerra que tenemos que pelear? A los inventos del odio, sepamos oponer los inventos del amor.

Sin duda, en estos últimos tiempos, hemos visto ejemplos. Las conferencias de San Vicente de Paúl, hijas de asociaciones más humildes, se han extendido de una punta a otra del mundo. Es el gran árbol, si queréis, pero ¡qué

admirables ramas no ha echado: los Comités Católicos, los Círculos Obreros, la Unión de las Obras, etc.! Por todas partes éstas son formas nuevas de un mismo y divino motor, la caridad; y es lo que da esperanza. Allí donde el infierno empuja a odiar mucho, nos sentimos urgidos a amar mucho y a probarlo mediante los hechos. Probadlo, Hermanos míos, dando y dándoos.

En cuanto a los religiosos, no temo decir que su voto de pobreza los hace maravillosamente aptos, no sólo para dar, sino para hacer dar, como Nuestro Señor cuyos pies y manos traspasados y cuyo costado abierto son fuentes divinas de las que mana el amor sobre el mundo. Que los cristianos sean caritativos. Que los religiosos sean caritativos, pero además, que prediquen la caridad mediante toda su vida con un ardor más grande y una creatividad más tierna.

Cristianos y religiosos, demos y démonos, y el odio será rechazado hasta el infierno, y el amor descenderá del cielo hacia los hombres, para hacerles subir hasta el seno de Dios.



TRIGÉSIMA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN EN LOS PADECIMIENTOS DE LA IGLESIA

“Pater, si possibile est, transeat a me calix iste; verumtamen non mea sed tua fiat voluntas! ¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero que se haga tu voluntad y no la mía!”
(Mateo 26, 39).

A ejemplo de Cristo Así hablaba el divino Maestro en la agonía que quiso sufrir en el huerto de los Olivos, antes que Judas le entregara a sus verdugos; así, con toda seguridad, puede hablar la Iglesia en las actuales circunstancias: ¡Padre mío, si es posible, que se aleje de mí el cáliz de la persecución que amenaza!

No temo afirmar que debe rezar así. Porque, no hay duda, las persecuciones en su conjunto le resultan gloriosas, pero ¡cuántas almas débiles se pierden en ella! Y si, incluso a esas almas débiles, la Iglesia puede evitarles la deserción, debe hacerlo. Por eso debe rezar.

Sufrimientos y oraciones En efecto, si bien ha sido necesario que Cristo padeciera para entrar así en su gloria: *“Nonne oportuit Christum pati et ita introire in gloriam suam”* (Lucas 24, 26); si es necesario que todo hombre que se acerca al servicio de Dios se prepare a la tentación, Jesucristo nos manda repetir sin cesar: *“Et ne nos inducas in*



tentationem” [y no nos dejes caer en tentación] [Mateo 6, 13]. Lo que todos los cristianos están obligados a decir sin cesar, ¿por qué la Iglesia, su madre, no podría decirlo sin cesar? Jesucristo no fue escuchado porque, en aquel momento, se necesitaba un salvador. ¿Pero por qué la Iglesia no lo sería puesto que cada uno de sus miembros ha recibido el mandato de presentar la oración dominical?

Respuestas de Dios No, a la Iglesia no se le impide rezar para ser liberada de la persecución. ¡Y cuántas veces ha sido escuchada! La Iglesia, representada por el pueblo hebreo bajo la antigua ley, ¿no fue escuchada constantemente? Moisés y las plagas de Egipto, el mar Rojo atravesado a pie enjuto, ¿acaso no son pruebas evidentes de la asistencia de Dios? Josué, Samuel, Saúl en sus primeros años, David, Nehemías, los Macabeos, para no citar sino a los principales, muestran la asistencia constante de Dios, cuando el pueblo, tras las rebeliones castigadas, grita hacia él.

¿Qué decir de la nueva ley, de la tempestad en el mar, en que la barca en que iba Jesús parecía a punto de hundirse? ¿Qué diremos de Pedro, preservado de los proyectos de Herodes, del triunfo definitivo de la Iglesia tras tres siglos de persecuciones? ¿Qué decir de aquellas épocas maravillosas en que la Esposa de Cristo parecía irremediablemente condenada, y cuando la vemos levantarse gloriosa y parecer no haber estado en peligro sino para mostrar más visiblemente la asistencia de su Esposo?

Pero avancemos, vayamos más lejos y examinemos las grandes ventajas que la Iglesia saca de estas amenazas y persecuciones, que sus oraciones pueden evitar. Voy a considerar sucesivamente los diversos puntos de vista que se presentan, y luego examinaré los resultados prácticos. Es evidente que Dios quiere mostrar su gloria en todo esto. Sí, las persecuciones son útiles a causa de sus resultados.

I.- Resultados generales de la persecución

1° *La separación de los buenos y de los malos.* En efecto, cada día nos impresiona más esta separación acentuada con nuevo esplendor. Nuestro Señor había dicho: “*Qui non est mecum contra me est*: quien no está conmigo, está contra mí” (Mateo 12, 30).

Pero, ¡cuántos hombres de supuesta conciliación, que quisieran tener los pies en los dos campos! “*Quae societates lucis ad tenebras? Quae autem conventio Christi ad Belial?*: ¿Qué relación entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Beliar?” (2 Corintios 6, 15).

Sin duda, el divino Padre de familia no quiere que separemos antes de tiempo la cizaña del buen grano; hay que esperar a la siega. Pero cuando las espigas están maduras y que la mala hierba amenaza con sembrarse a sí misma, hay que saber tomar enérgicamente su partido y apartarse de quienes no sólo quieren separarse de nosotros, sino hacernos una guerra sin cuartel.

¿No estamos en eso? ¡Pues bien!, aceptemos francamente una tal situación. Los buenos serán buenos y los malvados se hundirán más en su perversidad. ¿Dios permitió que la guerra entre los buenos y los malos ángeles fuera muy larga? Se trató de un instante. Y Satanás fue precipitado con sus ángeles a lo profundo de los infiernos. La separación fue instantánea.

2° *El despertar de los adormecidos.* Cuando Dios permite que la barca de la Iglesia sea batida por las olas, vela por ella y sabe el momento en que mandará la calma. Mientras tanto, los pasajeros, llenos de miedo, vuelven sus ojos al cielo, los dormidos se despiertan, todos ayudan en la maniobra; las órdenes del capitán son mejor obedecidas, nos sentimos bajo la amenaza de una situación grave.

Así sucede con la Iglesia. ¡Cuánto torpor en ciertas épocas! ¡Qué sentimientos profundos de fatiga y desaliento! ¡Qué disposición a echar todo a rodar! Situación penosa en que las almas corren grandes peligros, incluso se pierden. Una situación así no puede durar. Tiene que cesar de cara a la persecución. Sin duda, el viento hace que caigan de los árboles muchos frutos pasados, pero los que resisten son mucho más vigorosos.

Existe en la Iglesia, en efecto, una masa de cristianos que no parecen hechos para el infierno, no merecen la pena; ni para el cielo, no son dignos de él. Hay que colocarlos en algún sitio. Parece ser que para ellos se necesita un purgatorio, suave pero prolongado; prolongado porque no merecen ver a Dios; suave, porque no son capaces de gran mal. Para éstos, cierta persecución parece ventajosa. Resultan sacudidos, y aunque en general no comprenden nada, sin embargo el miedo a terribles acontecimientos les hace volver los ojos al cielo, y a su vez exclaman: “*Domine, salva nos, perimus!*: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!” (Mateo 8, 25).

A veces Jesús incluso se despierta, pero para decirles como a los apóstoles: “*Quid timidi estis, modicae fidei?*: ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” [Mateo 8, 26].

En fin, Dios escucha la oración, incluso de éstos, y es una cosa útil saber forzar a Dios para que perdone a la tierra sus prevaricaciones.

3° *La perfección de los buenos.* ¿Quién es bueno aquí abajo? Nadie. “*Si iniquitates observaveris Domine, quis sustinebit?*: Si escudriñas nuestros delitos, Señor, ¿quién podrá sostener tu mirada?” [Salmo 130, 3]. Por eso, apenas me atrevo a pronunciar esta palabra.

Sin embargo, Dios mismo desea diferenciar entre hombres y hombres, y no confundir entre quien apenas se salva: “*tanquam per ignem*, como por el fuego”, y quien dirige todos sus esfuerzos hacia lo que cree más agradable a su majestad infinita.

¡Pues bien!, los buenos necesitan ser purificados, “*tanquam aurum in fornace*, como el oro en el crisol” (Sabiduría 3, 6). Y es necesario que, para despojarse de la escoria, pasen por el fuego. Los cobardes lo pasarán después de su muerte. Dios se lo reserva a los buenos durante su vida, de modo que, de cuanto suceda, resulte este hecho: el que es santo ha de santificarse cada día más.: “*Qui sanctus est santificetur adhuc*” [Apocalipsis 22, 11].

4° *El triunfo de la Iglesia*. Que la Iglesia esté condenada al combate, es lo que se sigue de las diversas fases por las que le plugo a su divino Esposo hacerle pasar. Solamente una vez que haya sido pasada por el crisol, y hecha la selección, se consigue que ella sepa dónde se puede apoyar más firmemente.

Hay dos clases de persecución para la Iglesia: aquellas bajo cuyo peso parece pronta a sucumbir, y las que resultan para ella una ocasión de triunfo.

¿No es algo digno de admiración esa perseverancia de poblaciones casi abandonadas y que resisten admirablemente a todas las vejaciones? Mirad a Irlanda, incluso a los Estados Unidos. En Oriente mismo, Dios ha dejado sus testigos. ¡Felices los que permanecen testigos fieles hasta el final!

Al lado de todo esto está la energía de las poblaciones que han dejado penetrar en ellas las doctrinas envenenadas y que, día a día, mediante nuevos esfuerzos, intentan rechazarlas.

A los ojos de Dios, estos espectáculos son admirables y él encuentra su alegría, no en los sufrimientos de los suyos, sino en el valor de sus combates y la gloria de sus triunfos.

II.- Resultados prácticos de la persecución

1º Conversión posible y personal. La conversión mediante la persecución es útil, y también muy posible.

Con ciertas condiciones: que escuchemos la voz de Dios que habla por todos los medios. Para esto hay que volverse hacia él, con sinceridad y arrepentimiento y penitencia, como Nínive tras la predicación de Jonás. Pero, todavía hay que precisar estas condiciones.

Sí, hay que tener el valor de convertirse, no mediante esos movimientos generales que no quieren decir gran cosa, que se parecen a las olas que el mar lanza sobre sus playas y que retira acto seguido.

No, cada uno ha de convertirse personalmente. La conversión ha de hacerse, no en masa, sino uno a uno. Incluso en aquellas predicaciones en que San Pedro convertía a dos mil o tres mil judíos, el Espíritu Santo descendía sobre cada uno en particular. No se trataba de una resolución común, era obra de almas aisladas.

Si era el plan del Espíritu Santo hacer surgir su vuelta a Dios de manera simultánea, eso es otra cuestión; pero, si puedo servirme de esta expresión familiar, cada uno se convertía por cuenta propia.

2º Oraciones fervorosas. Aquí me coloco completamente en el terreno de Nuestra Señora de la Salvación. Sí, se necesitan oraciones y muchas oraciones. Hay que volverse hacia Nuestro Señor, gritarle a él y no desfallecer.

¿Qué voy a decir de todas las oraciones que la persecución puede hacer surgir? ¿Qué decir al respecto sino que

la oración constante tiene un peso infinito en la balanza divina? “*Multum valet deprecatio justii assidua*: la oración asidua del justo tiene un valor inmenso” (Santiago 5, 16).

Se trata de la admirable obra de la comunión de los santos. Recemos y hagamos rezar, animemos a la oración todo cuanto podamos. Esta oración terminará por penetrar en los cielos junto con la de Jesucristo.

3° *Una vida más austera*. Que la blandura de la vida de los cristianos sea un obstáculo a la acción de la misericordia divina, nada más evidente. ¿Cómo queréis que el corazón de Dios se deje conmover por las oraciones que salen de almas inmersas en todas las búsquedas de una vida cómoda y a veces incluso en los placeres prohibidos?

Sí, hay que tener el valor de llevar una vida más severa, hay que saber romper con una serie de cobardías, de concesiones a los sentidos, que enervan los caracteres, nos dan hombres dispuestos a cederlo todo en el tema de los grandes intereses religiosos, con tal de divertirse.

4° *La acción entre la población*. ¿Qué diré sobre esto? Es seguro que se puede ejercer una acción enorme entre las poblaciones, con tal de quererlo, pero hay que quererlo, y quererlo muy fuertemente.

“Pero, me diréis, ¡yo no soy más que una pobre mujer!”. Escuchad lo que habéis visto hacer en dos meses. ¿Creéis que las *peticiones* no constituyen un movimiento importante? ¿Pensáis que las *oraciones públicas* no han tenido ningún efecto?¹⁾

¹⁾ En los meses anteriores a los años 1878-1879, en que el Padre d'Alzon escribió estas meditaciones, la Asociación de *Notre-Dame de Salut*, bajo la dirección de los Padres Asuncionistas, había presentado *peticiones* con el respaldo de 1.600.000 firmas y *oraciones nacionales* que se habían extendido con admirable impulso a todas las diócesis de Francia.



Sólo que, hay que continuar este movimiento, hay que reproducirlo de diferentes modos hasta que haya dado la victoria.

Además, una oración solitaria a veces produce los prodigios más admirables. Recordad a aquella mujer que contemplaba con gran dolor la pérdida del alma de su hijo. Rezaba. Más que nada lloraba. Un anciano obispo a quien consultó le dijo que era imposible que Dios dejara perecer al hijo de tantas lágrimas. En efecto, la gracia terminó por tocar el corazón de aquel joven, y éste fue San Agustín.





TRIGÉSIMAPRIMERA MEDITACIÓN

LAS RELACIONES DE LOS RELIGIOSOS ENTRE ELLOS

“Mandatum novum do vobis: Os doy un mandamiento nuevo” (Juan 13, 34).

Me propongo tratar de las relaciones de los religiosos entre ellos, y afirmo que dichas relaciones han de ser:

- 1º Edificantes;
- 2º Caritativas;
- 3º Respetuosas;
- 4º Fundadas en la servicialidad.



I.- Relaciones edificantes

El deber de edificación mutua ¿Por qué has venido a buscar la vida común en un claustro, si no para dejarte apoyar mediante las relaciones cotidianas que vas a tener con hombres que tiendan como tú a la perfección? Sin eso, no tenías más que haberte quedado en tu soledad y conservar el género de vida que te cuadrara mejor.

A partir del momento en que buscas la sociedad de ciertos hombres para tener un medio mejor de santificarte, has de compenetrarte con la solidaridad que has adquirido para con ellos. Has pedido ser admitido en su compañía para que pudieran edificarte y sostenerte así en tu marcha hacia las virtudes más perfectas; pero, a tu vez, tienes algo que aportarles. Te edifican: edificales tú también, y acuérdate de que, si su conducta es para ti una predicación viva, mucho más poderosa que la de la



palabra, ellos tienen derecho a reclamarte a ti también esta predicación.

Date cuenta de que el Espíritu Santo ha dicho: “*Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma*: el hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada” (Proverbios 18, 19). Esta ciudad es el convento. Mira qué es lo que has de poner ahí de tu parte. Por el contrario, si desedificas, y cómo tu mal ejemplo será con toda evidencia seguido y arrastrará a otros, el resultado será que un cierto número de religiosos caerá en la decadencia.

Lo ilógico de la desedificación

Pero, dirás, desde que soy religioso ¿cuántos malos ejemplos no he recibido? ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Te vas a quejar de haber sido víctima del mal que has hecho, que haces cada día a los demás?

¿Desde cuándo las faltas de tal o tal persona pueden ser tu excusa? Ciertamente éste es un razonamiento singular. Veamos: has entrado en la vida de un convento para santificarte en compañía de tus hermanos; en vez de eso, has encontrado malos ejemplos; por consiguiente, te vas a poner a dar malos ejemplos tú también.

En otros términos, te dan malos ejemplos, capaces de llevarte a la pérdida del espíritu religioso, a graves decadencias y quizá al infierno. Por lo tanto, sin más y a causa de los escándalos recibidos, te vas a dedicar a hacer perder el espíritu religioso a los demás, a arrastrarlos a cometer faltas graves, ¡quizá al infierno! ¡Admirable razonamiento! Pero convendrás en que no te lo ha inspirado Nuestro Señor cuando decía: “¡Ay, de aquél por quien viene el escándalo!” [Mateo 18, 7].

Mira, por el contrario, el bien inmenso que podrías hacer, si lo quisieras un poco más decididamente. Te concedo que algunos de tus hermanos podrían ser más edificantes. ¿Qué conclusión sacarías si tuvieras espíritu religioso? Quizá, que es necesario examinar bien dónde

entras, pero luego ver qué esfuerzos se necesitan para llevar a nuestros hermanos a toda perfección, más mediante los ejemplos que mediante las palabras.

II.- Relaciones caritativas

¡Qué espectáculo el de hermanos que se quieren! “*Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*: ¡Qué bueno y qué dulce habitar juntos como hermanos!” (Salmo 133, 1). Sí, no hay nada tan bueno como una comunidad en la que nos amamos, pero para ello es necesario que todos contribuyan.

Afecto que alcanza a todos Para que esta caridad sea permanente, importa mucho quitar un montón de sentimientos particulares, que vienen muy a menudo a estorbar aquellas disposiciones de afecto general que debemos tener unos para con otros.

Guardémonos de amistades particulares que suscitan envidias, juicios severos y que disponen a la separación de quienes tratan de actuar aparte. La caridad que se debe tener ha de extenderse a todos y ser muy universal, como la casa donde se habita juntos es común a todos.

serio y profundo a ejemplo de Cristo El alma de cada uno de nuestros hermanos ha sido rescatada por la sangre de Jesucristo, que la ha amado hasta derramar su sangre por ella; que tales almas sean para nosotros el objeto de una caridad semejante, que estemos siempre dispuestos, a ejemplo del Salvador, a darnos y a entregarnos por ellas, como dice el Apóstol: “*Libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris*: daré todo con gusto y además yo mismo por la salvación de vuestras almas” [2 Corintios 12, 15]. Si el trabajador apostólico debe

estar en estas disposiciones hacia los pecadores que encuentra, con cuánta mayor razón ha de tener tales sentimientos por las almas con quienes está llamado a vivir en familia.

Y este afecto, si es serio, no puede no producir su efecto. Ya podemos decir que no nos damos cuenta del bien que hacemos, el religioso abrasado de amor por el alma de sus hermanos siempre hace el bien, y mucho. Se nota que existe un lazo entre ellos y Nuestro Señor. Por cierto, este afecto ha de basarse en una gran franqueza y en una gran lealtad, pero cuando es tal, todo el mundo lo nota, y ¿quién se puede quejar de un amigo que es franco sólo porque desea ser útil?

fiel

Este afecto debe ser fiel y resistir a ciertos roces. “*Amicus*

fidelis, protectio fortis; qui autem invenit eum, invenit thesaurum: Un amigo fiel es un apoyo poderoso; quien lo encuentra, encuentra un tesoro” (Eclesiástico 6, 14) ¡Cuán raras son estas amistades fieles! Se necesita la mayor fidelidad en la caridad de los religiosos entre ellos. A veces se producen roces. Todos los caracteres no tienen la misma igualdad de humor.

Feliz el religioso fiel que no se desanima ni se echa atrás frente a un hermano que se siente herido, ya sea por un malentendido, ya sea por la inconstancia que es la consecuencia de las miserias del corazón humano. El hermano ofendido volverá con tanto mayor afecto cuanto más injusto se sienta en sus apreciaciones, a menos que sea un hombre sin corazón, y en tal caso habrás tenido el consuelo más grande, en el rechazo que hayan sufrido tus intentos, de poder estar seguro de que lo has hecho todo por Dios y nada por los hombres.

Después de todo esto, y habida cuenta del peligro que implican las amistades particulares, que se dé entre los religiosos una estima más especial, por efecto

de trabajos comunes o de mayores esfuerzos, me guardaré mucho de criticarlo, con tal que esté bien claro que tales relaciones entre hermanos están basadas en la estima, que parte de Dios y no de una simpatía puramente humana.

III.- Relaciones respetuosas

Nada esperéis de una comunidad en la que no hay respeto. El respeto cristiano es una de las condiciones más esenciales de la vida en común para los religiosos.

El religioso irrespetuoso para con sus hermanos no se conoce, no los conoce y no conoce el honor que se le brinda al ser admitido en semejante sociedad.

1º No se conoce. Porque si se contemplara en el fondo de sí mismo, a la luz de la fe, vería sus propios defectos, sus imperfecciones, las asperezas de su carácter; comprendería la importancia de hacerlas desaparecer, antes de permitirse faltar al respeto a quien quiera que sea. Y si todos estos obstáculos al respeto quedaran suprimidos, el respeto inmediatamente le resultaría fácil. Admiraría la paciencia que usan con él y se tornaría tanto más respetuoso.

2º El religioso que no respeta a sus hermanos no los conoce o los conoce mal. Que les mire en la verdadera luz y que recuerde esta palabra del divino Maestro: “No juzguéis y no seréis juzgados” [Mateo 7, 1].

Eres severo con los demás, pero examina lo que mereces tú mismo; y si tu mirada, suponiendo que sea exacta, es tan severa para con los miembros de tu comunidad, date cuenta de lo que debe ser el ojo de Dios que te mira. Créeme, antes de erigirte en crítico de los demás, con-

templa las críticas que tus hermanos pueden hacer de ti y el juicio que Dios puede hacer de tu estado.

Además, quizás podrías preguntarte si la destrucción del respeto no es un trabajo que tiende a hacer que el cielo anticipado de la vida religiosa se parezca al infierno. El lugar donde más respeto existe es en la asamblea de los santos en torno al trono de Dios; el lugar de donde todo respeto está desterrado es el infierno, donde los demonios y los condenados intercambian reproches e insultos en su desprecio recíproco, basado en un conocimiento más grande de sus defectos comunes. No los imitéis. Imitad más bien a los ángeles y a los santos, que se respetan bajo la mirada de Dios.

3° El religioso que no respeta a sus hermanos *no conoce el honor que se le hace*. No pretendo ciertamente afirmar que todos los conventos sean perfectos, pero en ellos se tiende a la perfección, y eso ya es mucho: ¡ser admitido al honor de vivir en tal compañía es inapreciable! Podéis hacer reproches, criticar, ¿a qué conduce eso? ¿Corregirás a alguien? Así no se corrige; se exaspera, se divide, nada más. Sé respetuoso y firme, siempre caritativo; entonces las observaciones no serán ni ruidosas, ni amargas; tendrán la suerte de obtener resultados.

“La Iglesia, ha dicho un protestante, ha sido la gran escuela del respeto”. Si el respeto se perdiera, debería refugiarse en los conventos como en un santuario.

IV.- Relaciones serviciales

Quedarse en bellas teorías no basta: se necesita además un espíritu práctico, y el espíritu práctico se traduce en servicios solicitados y prestados.

¿Qué religioso no ha de pedir servicios en una multitud de circunstancias y en cuántas ocasiones no ha de pasar

por el brete de tener que prestarlos? ¿A quién le gusta molestar? ¿A quién le gusta incomodarse?

A ejemplo de Cristo Sin embargo, ¿qué ha hecho Nuestro Señor sino ponerse en continua penuria desde Belén hasta el Calvario? ¿Y qué ejemplos de paciencia no nos da con su presencia en el Santísimo Sacramento? ¡Qué prodigiosos milagros no lleva a cabo para mostrarnos cómo, cuando se es soberanamente bueno, se prestan todos los servicios al precio de grandes abnegaciones!

He ahí vuestro modelo. ¿Quién es más perfecto que Jesucristo? ¿Y quién ha prestado, quién presta en cada instante del día más servicios que él? ¡Vamos!, cuando hayáis prestado a todo el género humano todos los servicios que él se ha dignado abajarse a prestaros, entonces podréis quejaros; mientras tanto, bajad la cabeza, pensad que la rigidez, el espíritu personal, la preocupación exclusiva de sí mismo es lo más opuesto al espíritu de Nuestro Señor.

Bajo la tutela de la utilidad y de la obediencia

¿Qué hacer, pues? Dominarse, olvidarse de sí para ser servicial, con dos salvaguardias: la utilidad y la obediencia.

Cada cual ha de tener su tipo de servicialidad. La Carmelita no ha de ir a curar a los enfermos; ni la Hermana de la Caridad ha de cargarse de instrumentos de penitencia por la conversión de los pecadores; a cada uno su parte. Lo mismo sucede en el interior de los conventos, un hermano coadjutor no ha de dar clases, lo mismo que un estudiante nada hábil no debe cuidar a los enfermos.

Las clases mal dadas producirán ignorantes, y los enfermos mal cuidados poblarán los cementerios; los servicios prestados no han de convertirse en malos servicios.

Por todo ello, fuera de la utilidad que hay que buscar en los servicios, importa mucho añadir la obediencia que ilumina, dirige y da una fuerza especial para prestar servicios útiles e inteligentes. Incluso cuando hay buena voluntad hay que saber dirigir esta buena voluntad; la obediencia está ahí para guiarla.

Concluamos: la edificación, la caridad, el respeto, la servicialidad son cuatro elementos fundamentales de nuestras relaciones entre religiosos. Si se mantienen, la comunidad crecerá en unión y fervor, y dará todos los frutos que Nuestro Señor tiene derecho a esperar de un campo tan bien cultivado por la gracia.



TRIGÉSIMASEGUNDA MEDITACIÓN

RELACIONES DE LOS RELIGIOSOS CON EL EXTERIOR

“Vos estis sal terrae: vosotros sois la sal de la tierra” (Mateo 5, 13).

He hablado de los religiosos entre ellos. Durante mucho tiempo la vida religiosa estuvo aislada, solitaria. Las poblaciones afluían hacia los monasterios; los monasterios se mantenían alejados del mundo y, en el silencio del claustro o en los cantos del Oficio, encontraban santas y castas delicias que nada venía a turbar.

Más tarde, los discípulos de San Benito, en Occidente, descendieron de sus montañas, salieron de sus bosques y se entregaron a una fructífera evangelización.

Hoy, después de San Francisco y de Santo Domingo, las órdenes religiosas forman parte de la vida eclesial, y los Papas se han servido de los religiosos, en los países católicos, para despertar la fe; en los países infieles, para llevar allí su antorcha. Es cosa admitida que los religiosos deben mantener relaciones con el mundo, pero ¿cómo han de ser?

Establezco que estas relaciones deben ser:

- 1º Sobrenaturales;
- 2º Reservadas;
- 3º Benevolentes;
- 4º Exclusivamente en interés de las almas.

Quizá entonces, lejos de dañar, puedan dar frutos abundantes para el cielo.



I.- Relaciones sobrenaturales

Sentimiento de sus responsabilidades

“Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei: que el pueblo

nos vea como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4, 1). El religioso puede aplicarse al menos la primera parte del precepto de San Pablo, y el Agustino de la Asunción que se destina al sacerdocio, a menos que sea hermano coadjutor, puede aplicarse también la segunda parte, ya que debe prepararse a ser sacerdote un día y a cumplir todos los deberes correspondientes y a adquirir todas sus virtudes.

Que el hombre nos considere como ministros de Cristo. Seamos siempre sus servidores y sus enviados y ninguna otra cosa tengamos que hacer aquí abajo con los hombres.

Si nunca saliéramos de nuestra celda sin otra preocupación que ésta, ¡cuántas miserias no evitaríamos! ¡Cuántos peligros no sortearíamos! O mejor, ¡cuánto bien no haríamos! Sólo quiero ser el ministro de mi Salvador entre los hombres, ocuparme con ellos de obras de caridad, de la salvación de las almas ausentes, de la salvación de las almas a las que me dirijo: ¡cuánto bien por hacer al respecto y que yo debo hacer!

Evitar cualquier curiosidad

Pero en ese caso, ¡cómo ha de elevarse mi pensamiento por encima de cualquier chinchorrería y de cualquier chisme! Que los escuche a veces,

únicamente con el fin de hacer algún bien, puedo hacerlo absolutamente, pero debo evitar la curiosidad malsana, la complacencia en cualquier sentimiento malo, el placer de oír las dificultades de las personas que me son poco simpáticas, sobre todo si se trata de escuchar para ir a repetir y si hablo sólo por el gusto de hacer daño con mis palabras.

¡Extraña deformación de las ideas sobrenaturales! ¡He venido al convento para santificarme y voy a buscar al locutorio el medio para perderme! Si he de tener relaciones externas, es para que encuentren en mí a un ministro de Jesucristo, que dice oportunamente al oído lo que en otros sitios está obligado a predicar desde los tejados, pero que al hablar así en la intimidad, penetra hasta el fondo del alma, mueve a la conciencia y procura conversiones en unos o mejoramientos en otros. En vez de eso, ¿qué hago? Soy un hombre vulgar, chismoso, intrigante. En cuanto al bien que vienen a sacar de mí en el locutorio, es nulo.

**Mantenerse
sobrenaturales**

¿Y por qué? Porque no he seguido siendo un hombre sobrenatural. Y no soy sobrenatural

porque no he juntado un tesoro de verdades sobrenaturales y de sentimientos sobrenaturales. Si hablo de Dios, doy la impresión de recitar una lección; mi palabra toma un aire mecánico, cuya fuente quizá sea la memoria, pero en ningún caso el corazón.

Y es que, para ser sobrenatural en las relaciones externas, hay que haberlo sido desde mucho tiempo antes al pie del propio crucifijo o al pie del Santísimo Sacramento. Entonces el pensamiento de Dios, de su causa, el amor de Nuestro Señor, de su Iglesia, ponen en los labios palabras apostólicas, y nadie que venga a nosotros se vuelve sin ser mejor o al menos con la preocupación por llegar a serlo.

¡Cuánto tiempo perdido o mal empleado, por no haber sabido hacer nuestras relaciones con los hombres suficientemente sobrenaturales!

II.- Relaciones reservadas

En muchas circunstancias, la ley de las relaciones consiste menos en decir que en no decir.

Por una parte, ¡cuántos curiosos vienen a buscarnos únicamente para sonsacarnos, o bien para hablar en nuestra presencia, conseguir un gesto aprobatorio y, sobre tan hermosa base, prestarnos sus palabras y atribuirnoslas! Con personas así, ¡qué útil resulta el silencio, qué preciosas las palabras abreviadas! Así no pueden sorprendernos, hacernos decir lo que querían arrancar de nosotros y descubrir nuestra opinión. En ciertas ocasiones no estamos obligados a tener una opinión benévola, pero en semejante caso estamos obligados a no expresarla sino para hacer un gran bien, y no siempre se puede hacer el bien en una conversación con un extraño.

Sepamos, pues, estar constantemente en guardia, y acordémonos que en el locutorio no siempre estamos rodeados de amigos y que muchas veces podemos más bien considerarnos como Daniel en el foso de los leones. Nos toca guardar tan bien nuestra alma que no nos la devoren.

Nada diré de la reserva que hemos de guardar *con las personas del otro sexo*, y cuán obligados estamos a proceder prudentemente en ciertas circunstancias. Hablo para los religiosos de toda edad, porque es una ilusión pensar que la edad pone al abrigo de ciertos peligros; pero me dirijo sobre todo a los más jóvenes y les invito, con la mayor fuerza, a huir de cuanto estas relaciones tienen de decepcionante, para la inocencia de su alma y para la preservación de su castidad. Que presten una atención muy seria a esto, que estén atentos y que se pongan al abrigo mediante la más estricta reserva.

¿Queréis que se estime, no diré vuestra persona, lo que sería vano, sino vuestro carácter religioso y sacerdotal? Mostraos constantemente reservados. No permitáis que mediante inútiles desahogos se perciba la escasa virtud de vuestra vida o el poco valor de vuestros actos; y poco a poco, si no hacéis un gran bien, haréis al menos el que

sois capaces de hacer: en todo caso no haréis ningún mal, lo que ya es inmenso.

III.- Relaciones benevolentes

Establecida la necesidad de la reserva, nada importa tanto como mostrar una gran benevolencia.

¿Por qué presentarse constantemente como el censor de todos y de todo? ¿Qué se saca con eso? Que se os evitará. Quizá sea una ventaja. Pero entonces no os mostréis. La ventaja será mayor para vosotros y sobre todo para los demás.

A ejemplo de Cristo ¿En qué consiste, en efecto, la benevolencia que os pido? En que se note que Jesucristo pasa a través de vuestro ademán, vuestras palabras, todo vuestro ser. *Sic nos existimet homo* [1 Corintios 4, 1].

¿Cuánto tiempo no ha pasado el Salvador en la soledad y en la vida retirada! Pero cuando se mostró, tenía palabras que hacían exclamar a los emisarios enviados a detenerle: “*Nunquam sic locutus est homo sicut hic homo*: jamás ha hablado nadie como este hombre” (Juan 7, 46). Es que experimentaban en su corazón aquella disposición a la misericordia, a la paciencia, a la bondad, a la benevolencia, que constituía su encanto.

Esforzaos por tener este encanto. No impide la reserva. Mediante la reserva evitaréis caer en los bajos fondos de las cosas humanas; mediante el encanto divino, atraeréis hacia lo alto. Una vez más, elevaréis a las almas como aquél a quienes los fariseos decían: “*Quo usque animam nostram tollis?*: ¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso?” (Juan 10, 24).

Quizá el efecto de este encanto no produzca todo el bien que desearíais, y si bien hay circunstancias en las que hay que saber, como nuestro Modelo, abajarse; también hay otras en que más vale quizá saber mantenerse a una cierta altura, en que los hombres sentirán que deseáis serles útil. Pero hay que observar ciertas condiciones.

Bajo la mirada de Dios Aquí es donde el tacto y la prudencia son necesarios. Hay que entregarse, pero entregarse bajo la mirada de Dios y según el espíritu de Nuestro Señor. La benevolencia, cuando busca ante todo el bien de las almas, sabe encontrar mil inventos para atraparlas, si puedo decirlo así, en sus redes. Pero, para conseguirlo, ¡cómo hay que sumergirse y sumergirse sin cesar en el amor del divino Maestro!

¡Feliz quien posee esta benevolencia en toda su pureza!
¡Feliz quien no ve sino a Jesucristo para hacerle conocer y amar, en cada acción que pueda ejercer a su alrededor!

IV.- Relaciones exclusivamente en pro de las almas

Evitar cualquier pretexto de calumnia Una de las mayores desgracias que pueden sucedernos es que se pueda decir con razón que trabajamos por algo distinto del bien de las almas, y que, en nuestras relaciones externas, buscamos un interés personal.

Lo dirán ciertamente de nosotros. Los enemigos de la Iglesia se sienten felices de poder echar ese barro sobre sus defensores y sus hijos, pero una cosa es ser calumniados y otra es merecer que la maledicencia se ejerza con razón sobre nosotros.

La acusación es demasiado fecunda en resultados nefastos porque, si por un lado hacen cuanto pueden para darle apariencia de verdad, por otro lado nosotros no

empleamos nuestros esfuerzos para no merecer semejante reproche; y el mejor modo de no merecerlo es elevarnos constantemente a los pensamientos de nuestra vocación.

No buscar más que el Reino de Dios Somos religiosos para salvarnos y extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿Qué hacemos para alcanzar esta doble meta? ¿Qué encuentra Dios en nosotros que lo sirva mejor, que le lleve mayor número de adoradores en espíritu y en verdad, o más almas llenas del deseo de consagrarse a su servicio en una mayor perfección?

Sí, hemos de ser hombres celestes y sólo hemos de perseguir una meta celestial: poblar el cielo con el mayor número de habitantes. En nuestras relaciones externas, hemos de repetirnos sin cesar: ¿A cuántas almas les soy útil y con qué perfección les resulto útil? He ahí, ciertamente, un campo digno para las más nobles ambiciones: conquistar almas y conquistarlas para Jesucristo, ayudar a Jesucristo en su gran empresa de la salvación del género humano; ¿qué podéis ambicionar de mejor?

con celo, ardor y perseverancia Mas, para correr como el Buen Pastor tras las almas, se necesita celo, ardor, perseverancia; se comienza ese ministerio, pero como está lleno de molestias, de fatigas, y por desgracia, de esterilidad, nos desalentamos y nos volvemos hacia relaciones más fáciles. He ahí el gran mal. Sepamos preservarnos de él mediante un ardor perseverante, que purificará nuestras relaciones mediante el disgusto que podamos encontrar en ellas y las hará más benditas, precisamente por causa de nuestro desinterés.

¡Oh, amemos a las almas, no sólo desde lo alto del púlpito, sino en las relaciones que mantenemos con ellas todos los días! Amemos a las almas y vayamos a apren-

der lo que valen al pie de nuestro crucifijo, memorial de la cruz donde nuestro Maestro ha querido derramar su sangre por ellas; al sagrario donde quiere ser para todos un modelo de paciencia; al altar, donde al inmolarse todos los días, enseña al religioso verdaderamente digno de su vocación a hacerse él mismo víctima humilde y generosa, y a continuar en sí mismo, en tanto cuanto es capaz, aquella gran inmolación mediante la que el mundo ha sido salvado.



TRIGÉSIMATERCERA MEDITACIÓN

LOS ESTUDIOS

Si nuestra familia religiosa ha de estar marcada por un sello apostólico, como no puede contar con la ciencia infusa comunicada a los apóstoles el día de Pentecostés, importa que pueda al menos prepararse para distribuir la ciencia divina mediante estudios serios. En otras palabras, para ser un verdadero religioso de la Asunción, hay que estudiar seriamente.

Vamos a dar en primer lugar algunos avisos generales, y ya que queremos ser prácticos, daremos luego consejos particulares.

I.- Avisos generales

A. Huir de la pereza y la ociosidad; porque causan: Primer aviso: que es absolutamente indispensable, para el religioso, huir de la pereza. Hemos dicho algo al respecto al hablar de la ley del trabajo, como consecuencia del voto de pobreza.

la suficiencia de los predicadores Lo enfoco hoy como condición indispensable para el religioso apostólico: *Nemo dat quod non habet*: nadie puede dar lo que no tiene, y una de las grandes causas de la pérdida de la fe es la pereza de los catequistas y de los predicadores. No saben, y nada entienden. Por eso, los más terribles desquiciamientos serán fruto de su ignorancia: *“Nescierunt neque intellexerunt, in tenebris ambulat, movebuntur omnia fundamenta terrae*: no entienden, carecen de inteligencia, caminan en



las tinieblas y por eso, ¡todos los fundamentos de la tierra serán sacudidos!” (Salmo 82, 5).

Es inútil anatematizar a los impíos; empecemos por lanzar el anatema sobre aquellos predicadores tan pagados de suficiencia como de ignorancia, que hacen huir y despreciar la Palabra de Dios, por la escasa preparación que dedican a su enseñanza. Dios les pedirá algún día una terrible cuenta del tiempo perdido y ¡qué difícil les va a ser encontrar una excusa para su pereza y su parálisis intelectual, que les hace incapaces de cualquier esfuerzo serio de pensamiento!

la decadencia de los conventos

Pero, para venir a un punto de vista que nos toca más de cerca, ¿de dónde ha venido la decadencia de casi todas las Órdenes religiosas? San Bernardo hace notar que la pobreza ha hecho germinar las virtudes, que las virtudes han traído las riquezas, que las riquezas han producido la ociosidad; la ociosidad ha sido pronto la madre de todos los vicios. Tal es el resumen del origen y de la decadencia de un gran número de conventos.

Mirad a esos religiosos cansados de su celda. El autor de la *Imitación* dice con razón: “*Cella continuata dulcescit*: la celda poco a poco se torna dulce”. Pero, ¿cuándo? Cuando sabemos ocuparnos en ella de la oración o del estudio. Por el contrario, pasad en ella largas horas en no hacer nada, se os hará muy pronto odiosa; se transformará para vosotros en una prisión de la que os apresuraréis a salir.

una insaciable curiosidad

¿Y entonces qué haréis? Os dispersaréis por fuera, porque con toda seguridad no saldréis de vuestra celda para ir a la capilla, ni de la verdad escondida en los libros para ir a la verdad escondida en el

sagrario. Iréis a sumergiros en los vanos discursos de los hombres, os gustará, como a los Atenienses, decir o escuchar noticias, “*aliquid novi*” [Hechos 17, 21].

¡Encanto inexpresable de esta curiosidad, que se ceba con lo que se le dice o que alimenta a los demás con lo que ella misma dice! ¿Pero cuál es la finalidad de todas esas conversaciones? Esta palabrería, porque de eso se trata, ¿a qué conduce? A hacer perder las ideas sólidas y sobrenaturales, a excitar las rivalidades, a agriar las antipatías, a provocar juicios severos sobre el prójimo. ¿Es todo esto digno de un religioso? Y si tales conversaciones le degradan y le hacen caer a un nivel intelectual muy inferior, ¿tendremos que asombrarnos de ello?

Y cuando estas conversaciones se han multiplicado, ¿nos causará asombro de que las murmuraciones salgan a la luz, murmuraciones contra los hermanos, murmuraciones contra la autoridad, murmuraciones contra el propio estado?; uno se pregunta qué ha venido a hacer al convento y no sabe qué responder.

De ahí a preguntarse por qué no retirarse de un lugar en que la libertad y la independencia encuentran tales obstáculos, sólo hay un paso, y ese paso pronto se da; tenemos muchos ejemplos.

**o una ridícula
ambición**

Y si uno se resigna a quedarse, se busca una compensación: la ambición crece pronto en un alma que ya no es sobrenatural. Se aspira a los cargos de la Orden; he visto a algunos volverse locos por esta pasión. Locos, eran evidentemente incapaces, pero creían no serlo y vivían infinitamente desdichados porque su mérito no era suficientemente apreciado. Admitamos que no estuvieran completamente privados de razón, pero quizá esto mismo les hacía más peligrosos; porque la ambición les llevaba a toda especie de intrigas, que sin llegar a ciertos extremos, eran tan prodigiosas que cuesta

creerlo. ¡Cuánta perturbación, cuánta desunión entre las almas causada por un espíritu ambicioso!

Y si no se siente satisfecho en sus vanas pretensiones dentro, tened por seguro que se precipitará al exterior so pretexto de celo apostólico; le veremos mezclarse en todo lo que no le importa, y el menor de los males que podrá resultar será, entre la gente del mundo, la pérdida del respeto por los religiosos: se les juzgará o bien nulos, o bien intrigantes, amigos de mezclarse demasiado en lo que no les concierne.

Y no es que no haya que enfrentarse a veces, incluso a menudo, con los reproches y las críticas de los hombres: ese es nuestro destino. Pero es necesario, según el pensar de San Pedro, que seamos perseguidos como religiosos y por odio a la vida religiosa, lo que se nota muy fácilmente. ¡Oh!, sed perseguidos todo lo que el mundo quiera como religiosos, eso será vuestra gloria, pero no como pobres e indignos religiosos; ahora bien, esto es lo que causa la pereza en ciertas comunidades.

B. Evitar la pasión por el estudio Pero, aparte de esta pereza tan deplorable, no tenemos miedo de colocar el defecto contrario: la pasión demasiado humana por el estudio. El religioso aquejado de este mal parece poseído por el demonio de la vana ciencia, la que infla y no edifica.

¿Con qué fin estudiamos así? Por el momento no corresponde examinarlo.

fuente de hinchazón Sé que se ven religiosos frenéticos de estudios; que, para ellos, los ejercicios de la vida comunitaria no significan nada; para ellos ya no hay regla; estudiarán, si os parece, la teología y las demás ciencias eclesiásticas, pero las estudiarán de un modo tan humano que no encontrarán en ellas sino aridez o vana complacencia en las disputas.

El amor propio se infla tanto, como en Simón el Mago, “que creía ser alguien: *existimans se esse aliquem*” [Hechos 8, 9]. Mirad a ese religioso que *se cree alguien*, y que juzga a las personas desde lo alto de su ciencia.

Ahora bien, daos cuenta de que casi todos los que así se creen alguien, se complacen en las ideas más arriesgadas. Se hacen sistemáticos. Encuentran inútil trabajar para pensar como todo el mundo; van solos, y así comprometen no sólo su influencia que se torna funesta sino también su salvación, mediante paradojas contra la fe.

fuelle de testarudez Lo peor es que se vuelven testarudo. So pretexto de que saben más que los demás miembros de la comunidad, se hunden en su manera de ver, se abunda en el propio sentimiento y a veces se recibe ya en este mundo el castigo merecido por su orgullosa testarudez, haciendo el ridículo.

¡Cuánto mejor es para el alma religiosa entregarse, bajo la mirada de Dios, a los santos estudios inspirados por la humildad, la obediencia y el amor a las almas! Formémosnos sobre el modelo de tantos santos, que han estudiado tanto, pero que han tomado por divisa: humildad y amor.

Leed a San Agustín; veréis los trabajos de tan gran Doctor escritos bajo esta doble inspiración. Sin poseer su genio, esforcémosnos por aportar sus virtudes a nuestros estudios: serán el único aroma capaz de preservarlos de toda corrupción.

II.- Consejos particulares

Aquí, he de dirigirme a tres categorías de oyentes: a los nuevos, a los que estudian desde hace algunos años, a los mayores.

A los nuevos A los primeros les digo: Acabáis de llegar, dejaos guiar. ¿Qué sabéis vosotros? Tenéis quizá un bagaje de ideas humanas muy inútil, y del que tenéis que tratar ante todo de despojaros. No creáis que tenemos gran estima por la ciencia que constatan los diplomas universitarios, los aguantamos en el mismo espíritu que la necesidad de conceder el divorcio a los Hebreos: "*Ab initio autem non fuit sic*" [Mateo 19, 8]. Fue un Papa el que estableció los grados. Desde entonces, el diablo los ha vuelto contra la Iglesia; y hasta que no hayan recuperado su espíritu primitivo, hemos de esperarnos a los más deplorables resultados.

Por lo tanto, creedme: dejad de lado todas vuestras ideas extrañas al espíritu cristiano, por una parte, y sobre todo al espíritu de la Asunción, por otra parte.

Pero os habéis alimentado desde hace muchos años en las nociones agustinianas. ¡Tanto mejor! Os diré: aceptad el juicio que vuestros superiores tengan de vosotros.

Quizá no sois muy capaces, pero lo suficiente para que se os acepte como un miembro, si no sabio, al menos útil y quizá más útil que un sabio, si sabéis con gran modestia dejaros guiar. Si no sois muy capaces, no perdáis ni un minuto de vuestro tiempo, tened ocupada vuestra mente, cultivadla todos los días; adoraréis menos al Dios de las ciencias, pero adoraréis más al Dios de la humildad. Con la obediencia, el trabajo que se os impondrá y una gran estima por los religiosos más sabios que vosotros, llegaréis a una alta perfección como San José de Cupertino, y eso es lo esencial de la vida religiosa.

a los más avanzados He aquí otra hipótesis: estáis en una comunidad desde hace cierto tiempo y tenéis medios. ¡Pues bien!, hacedlos valer con toda modestia y aplicación, y para ello seguid con exactitud el plan de estudios que se os da. ¡Por cierto, la Teología mística, la Sagrada Escritura, los Padres, la Historia eclesiástica, la Liturgia, no bastan para vuestro ardor de novicio! Permitidme desconfiar de vuestro celo; me dais la impresión de no saber suficientemente lo que es el orden en el desarrollo de la inteligencia. Por mi parte, diría que es demasiado para un hombre, a quien pareciera que le colocan sobre sus hombros juveniles un fardo hecho para aplastarlo.

a los mayores Ya eres un anciano; después del noviciado te han equipado con estudios filosóficos y teológicos, luego de los cuales te has abandonado un poco a ti mismo.

Créeme, no te fíes únicamente de ti mismo, consulta a tus maestros y, teniendo en cuenta tus preferencias y los trabajos que se te confían, date a ti mismo un plan definitivo conforme a la dirección que se te indique. Quizá no puedas siempre ejecutarlo con un rigor absoluto; sin embargo, tanto en una situación como en otra, siempre podrás retomarlo.

Y si no lo llevas hasta su término perfecto, te daré un gran consuelo: Santo Tomás no pudo terminar su *Suma Teológica* y, sin embargo, Santo Tomás no deja de ser el Ángel de la Escuela. En el cielo te consolarás con Santo Tomás de no haber podido en la tierra ejecutar completamente el programa de estudios que habías elaborado.

Pero, sea cual sea el caos en que te sientas sumergido, acuérdate de que estás de todos modos en una situación muy preciosa.

Un mundo antiguo se va, casi ha desaparecido. ¿Por qué? No necesito hacer un análisis. Constató el hecho y digo que tal desaparición entraba en los planes de Dios.

“La Providencia, ha dicho de Maistre, sólo borra para escribir”. Estamos viendo las instituciones borradas. ¿Cuáles serán las instituciones nuevas? Si llevan la marca divina, participarán hasta cierto punto de la estabilidad de las obras de Dios, de lo contrario no tardarán en desaparecer. ¡Pues bien!, una institución permanecerá: la que está fundada sobre Jesucristo, que engloba al Papa y a los obispos y alrededor de los obispos a los sacerdotes, a los religiosos llamados sobre todo a ocuparse más de doctrina.

Ahora bien, en la noche que producen los vapores que suben de los pozos del abismo, Dios ha puesto algunos faros en los tiempos actuales: la Inmaculada Concepción, que implica el doble dogma de la caída mediante el pecado y la reparación mediante Jesucristo; luego, la proclamación de la Infalibilidad del Papa, y en este dogma, ¡qué fuerza maravillosa para mantener la unidad de la doctrina a través de la Babel del libre pensamiento y de la moral independiente!

Creedme: cuando, gracias a la doctrina de María Inmaculada, somos fortalecidos acerca de la noción de todo el orden sobrenatural que de ella se sigue; cuando, mediante el Vicario infalible de Quien es el Autor y Consumador de nuestra fe, podemos estudiar siglos y siglos con seguridad y podemos sondear las profundidades de los horizontes más dilatados, y la vida más larga resulta corta para llegar al término de la verdad revelada sobre la tierra.

Estudiad, pues, y admirando el modo como Dios afirma la verdad frente a las negaciones del orgullo, tratad de daros cuenta de los magníficos desarrollos de la doctrina católica y refugiaos, como en un asilo, en esta luz que cae cada vez más brillante del cielo.



TRIGÉSIMACUARTA MEDITACIÓN

EL RETIRO ESPIRITUAL DE UN SUPERIOR

Si el retiro es necesario a los simples religiosos, lo es mil veces más a los superiores. Expuestos, por el hecho mismo de su cargo, a darse más al prójimo, tienen mucho menos tiempo para ocuparse de sí mismos.

Ahora bien, es necesario que puedan, bajo la mirada de Dios, tener horas para sí a fin de meditar sobre la cuenta que han de dar al Padre de familia.

He aquí algunos principales puntos de reflexión, de los que han de impregnarse al entrar en retiro:

1° ¿Cuál es su responsabilidad por el hecho mismo de su cargo?

2° ¿Qué medios han de tomar para restablecer o mantener la marcha regular y el fervor en la comunidad?

3° ¿Qué bien han de hacer a las almas?

4° ¿Qué acción externa han de realizar?

I.- Responsabilidad de un superior

El superior de una comunidad ciertamente no se salvará ni se condenará solo. Está rodeado de almas de las que lleva el peso y de las que responde ante Dios.

Los caracteres en una comunidad son múltiples, y hay que hacerlos caminar juntos: trabajo difícil, puesto que, si a causa de sus disposiciones naturales la antipatía causa choques, el superior está obligado a hacerlo todo para evitarlos.

Luego, los grados de perfección son diversos, y el superior está obligado de estar al corriente de todas estas



variedades, que van desde la caída hasta la cumbre de la perfección, pasando por la tentación, la tibieza, el desaliento, la torpeza moral.

**No ambicionar la
autoridad**

El superior encuentra a su lado a Hermanos a quienes la ambición podría empujar a desear su puesto. Ahora bien, tal situación es embarazosa. Si efectivamente, ha deseado estar a la cabeza de la comunidad, ¿cómo predicará la humildad, la modestia, el desinterés a ese rival? Notad que aquí no se trata de esas frases banales que se intercambian en el mundo; se trata de aquello que hay de más serio, de la conciencia. ¡Qué dificultad!

O bien, es superior a pesar suyo, pero en este caso la dificultad es casi igual de grande, porque ya puede uno ser humilde, pero difícilmente se persuade a un ambicioso de que no todo el mundo lo es.

Pero si él mismo lo es efectivamente, ¿qué sucede? Tiene una cierta incapacidad y ya la ha demostrado; ha conseguido su fin, manda. Que mande bien o mal, poco importa ¡Pues bien!, hele aquí con la responsabilidad que ha deseado, pero sin las gracias que Dios le hubiese acordado si no hubiera subido al primer puesto por medios humanos. Por desgracia, ¡qué pesada es su responsabilidad desde los primeros pasos! Mientras tanto, la comunidad marcha mal, precisamente porque todo el mundo se da cuenta del deseo que ha tenido el superior de ser el amo.

No rechazarla

Otro, por el contrario, declina la autoridad. ¿Por qué? Sólo por la molestia. Le gustan sus propias fantasías, trabaja por capricho, hay que aceptarle todo: no mandará, porque mandar tiene sus inconvenientes; no obedecerá tampoco, porque la obediencia es un yugo y ese religioso es en general la cruz de su superior.

No se quiere ser superior por pereza; el trabajo cansa, no se quiere cansarse; pero se quiere tener el derecho a exigir mucho trabajo de quienes nos mandan, para tener menos que hacer uno mismo. Y el superior se ve obligado a trabajar por sí y por los perezosos, de lo contrario nada se haría. ¿En qué medida está obligado a trabajar por los otros? Cuestión de buena fe. Porque es necesario que una cierta cantidad de trabajo se haga, y sin embargo el superior no puede hacerlo todo; tanto más cuanto que, si hace demasiado, algunos caracteres torcidos le acusarán de encargarse de todo y de no dejar nada a los demás.

En todo esto, ¿dónde está la idea de Dios? ¡Oh!, ¿no quieres ser superior vistas las mil dificultades, de las que sólo he mencionado algunas? Pero, si tienes la responsabilidad de ser superior, tu responsabilidad no es menor, si debiendo serlo, no lo eres.

Notad cómo Jonás no quería ir a Nínive, como tú, que huyes de los cargos. Levantó una tempestad, fue lanzado al mar, y el mar le empujó hacia la ciudad a la que temía llegar. ¡Oh!, no estás satisfecho de ser superior; quieres retirarte, vas a levantar tempestades: sólo que yo no sé si, al contrario del profeta, no vas a perecer en ellas.

Elévate, pues, más alto y acuérdate de que tu responsabilidad no puede ser puesta a resguardo sino en la medida en que te hayas puesto entre las manos de la obediencia; sin lo cual te invito a que te imagines el tribunal de Dios y a escrutar todo cuanto te pedirá en tu último día y todo cuanto tendrás que responderle para justificarte sobre el estado en que habrás dejado a las almas confiadas a tu cargo.

Créeme, tu retiro lo haces por todas las almas que deberás santificar. Ahora bien, echa un vistazo sobre tu baño: ¡las almas se arrastran, y no las tomas a cuestras; las

almas cometen faltas incluso graves, y no las castigas; sufren, y no las consuelas; se debilitan, y no las fortificas; se pervierten, y no las conviertes!

Cuando comparezcas ante Dios, ¿qué responderás a estas terribles preguntas del justo Juez, frente a los motivos por los que quizá hayas deseado ser superior, y frente a los pretextos por los que has ejercido mal tu cargo, y de las almas que has dejado errar por un camino detestable, y de toda la comunidad que, por tu culpa, quizá no sea más que una gran ruina?

II.- Medios para instaurar la regularidad y el fervor

El estado de la casa Durante los días de soledad que la Providencia te concede, date cuenta exacta del estado de tu casa.

¿Se observa en ella la regla? ¿Los cargos se desempeñan convenientemente? ¿La oración es estimada? ¿La obediencia es bien aceptada? ¿Los Hermanos son caritativos entre ellos? ¿El trabajo es allí serio y da resultados? ¿El nivel de los estudios se eleva? ¿Las obras son buscadas por un fin sobrenatural? ¿Los extraños son edificados? ¿Se extiende hacia fuera la influencia cristiana? ¿La acción se realiza exclusivamente por Dios? ¿He ahí amplia materia de examen!

El mantenimiento del fervor Cuando tu predecesor te ha transmitido la autoridad ¿cómo estaba la casa? ¿Era fervorosa, regular? ¿Has mantenido la regularidad, el fervor?

Notad que, en este tiempo en que se hacen tantas cosas gracias a las máquinas, no basta tener una para que el trabajo se haga solo. Hay que saber servirse de ella, dirigirla; hay que hacerle el mantenimiento, reparar las averías, renovar sus muelles, engrasar sus engranajes.

Lo mismo pasa con una comunidad: ¡marcha bien, tanto mejor! Importa que continúe marchando bien y por eso se necesita una vigilancia constante, para que nada venga a parar la regularidad de la marcha general, la exactitud en los ejercicios, la vida religiosa en el cumplimiento de todos los deberes, el amor por la vocación, el deseo de una mayor perfección mediante la oración, la dependencia, el afecto recíproco, el espíritu de penitencia, el trabajo y el celo.

La vuelta a la regularidad

Si por el contrario, el superior no ha encontrado más que una comunidad en ruinas, ¡a qué vida de oración no deberá entregarse para reparar, con la ayuda de Dios, las degradaciones ante las que se encuentra!

¿Por dónde debe comenzar? ¿Qué método más eficaz va a emplear? ¿Debe hacer valer su autoridad? ¿Debe ganarse su confianza? ¿Debe comportarse como un verdadero religioso y esperar a que la estima ablande bajo su guía a los religiosos colocados bajo su acción? Si un primer plan ha fracasado, ¿debe abandonarlo aun a riesgo de ser tachado de inconstante? ¿Debe perseverar aun con el peligro de ser tachado de testarudez?

¿No es éste un amplio campo que recorrer para un superior durante su retiro? Y si comienza a ver claro en lo que tiene que hacer, ¿no habrá conseguido mucho?

III.- El bien que ha de hacer a las almas

Es cierto que la confianza no se impone, y que no se puede obligar a un religioso a abrirse más de lo que él quiere. No se trata, pues, aquí de deber estricto. Sin embargo, a causa de esta misma libertad que hay que garantizarles, ¿cuánto bien no se puede hacer a los religiosos?

Atraer la confianza El corazón humano, por más rudo que parezca, tiene necesidad de ser amado y, sin caer en las soserías absurdas de ciertos directores, basta mirar la caridad de San Francisco de Sales, de San Bernardo, de San Agustín sobre todo, para comprender el bien que se puede hacer mediante un afecto sobrenatural.

Los religiosos pueden a veces no responder, pero siempre está permitido preguntarles. Aquí, sin duda, el tacto, la prudencia, cierta reserva son necesarias, pero añadid el respeto y formad un todo con estos cuatro elementos, y veréis si no conseguís obtener que os digan cuanto sea necesario.

Entendámonos. No estáis obligados a hacer que os digan todo, porque tenéis que adivinar muchas cosas; pero con tal de que hayáis podido penetrar no sé qué repliegue escondido, donde se había replegado no sé qué sentimiento íntimo, ¡poco importa que os lo hayan confiado! Estarán muy contentos de que lo sepáis sin que hayan sido obligados a decíroslo, y tendréis un medio tanto más poderoso para ejercer vuestra acción, cuanto que os servís de un arma que voluntariamente no se os había dado.

mediante la ciencia de la dirección Aquí debo detenerme. Un superior debe haber estudiado la ciencia de la dirección de las almas, y en su retiro debe examinar en qué grado la ha adquirido, o en qué medida debe adquirirla, si aún le falta. Cuestión de buena fe, pero de la que depende la paralización o el progreso de su familia espiritual.

Indico el punto capital: la obligación de poseer la ciencia de las almas: “*Ars artium*, el arte de las artes”, como decía San Gregorio. Durante un retiro, un superior, partiendo de la idea de que debe ser un sabio en el arte de formar santos, ha de preguntarse qué bien ha causado, qué obstáculos ha opuesto a la marcha de ciertas almas, y

cómo ha de trabajar, cultivando una a una las conciencias que vienen a someterse a él.

IV.- La acción externa

Dirigir el celo apostólico

Si nuestra familia ha de penetrarse del espíritu apostólico, debe entregarse a una cierta acción externa, y al superior sobre todo es a quien incumbe dirigir y desarrollar este espíritu.

En primer lugar, ¡cuántas imprudencias hay que evitar de parte de ciertos sujetos que creen que todo es posible y no comprenden que no se haga todo, únicamente porque no entienden nada!

Volvamos siempre al ejemplo de Nuestro Señor, que hubiera podido convertir al mundo entero él solo, y que al exhalar su último suspiro sólo tenía a su lado a su madre, a San Juan, a algunas mujeres piadosas y al buen ladrón que estaba allí a la fuerza.

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, ¿no podían transformar el mundo? Se necesitaron tres siglos para que la Iglesia triunfara, y la persecución a muerte no había terminado aún, cuando la persecución de la herejía abría ya su era con furor.

Siempre tendremos que combatir, y eso no debe sorprendernos; avanzaremos lentamente, a veces retrocederemos. Dios tiene sus designios. Pero es seguro que, sin inquietarnos por el resultado, siempre tendremos tarea. Lo esencial es no desalentarse jamás.

Mantener el celo apostólico

Un superior debe siempre reanimar el ardor de sus religiosos y, para ello, les ha de mostrar siempre una meta por alcanzar. Evidentemente ha debido tomar la consigna de más arriba, pero una vez puesto

bajo la obediencia, cuando la prudencia le ha ayudado a combinar sus planes, debe insuflar el celo a cuanto le rodea, y debe apartar esta máxima atroz: ¡ya no hay nada que hacer!, tan detestable como el grito de: ¡Sálvese quien pueda!, señal de todas las derrotas.

Siempre hay que hacer, mientras haya que rezar, que sufrir y que morir.

Se ha dicho que, en la Iglesia, el hombre al que más hay que compadecer es el Papa; que, en una diócesis, el obispo es el hombre al que más hay que compadecer; se puede decir que, en una casa religiosa, el más digno de lástima es el superior, tanto más cuanto que, en general, es el menos compadecido.

Pero añadamos que no debe necesitar los consuelos de sus inferiores; ya tiene los de su divino Maestro en el sagrario y en el altar; allí es donde debe ir a pedirlos tomando las resoluciones que le haya inspirado el retiro, y que mantendrá tanto mejor cuanto con mayor fe, esperanza y amor lo haya realizado, bajo la mirada de Nuestro Señor.

TRIGÉSIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA COMUNIÓN SUS CONDICIONES Y SUS FRUTOS

Permitidme abordar la cuestión de la comunión frecuente en la que todos participáis, y examinar sus condiciones y sus frutos.

I.- Condiciones

1º La fe La primera de todas es la fe; ahora bien, no temo decirlo, la fe sin estar enteramente ausente es a menudo muy débil cuando se trata de comulgar. ¿Por qué? Porque no nos compenetramos suficientemente con el acto que vamos a cumplir. Es el caso de repetir la palabra de Jeremías, que para mí se convierte cada vez más en la clave de muchas faltas: “*Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde*: la tierra está desolada de una extrema desolación, porque no hay nadie que piense atentamente en su corazón” (Jeremías 12, 11).

Si tuviéramos la fe que conviene al acto por el que nos vamos a unir a nuestro Dios, ¿no nos impregnáramos de un más profundo sentimiento de horror al pecado? ¿No haríamos más esfuerzos por purificarnos? Fíjense que no pregunto si no nos confesaríamos más a menudo, sino que pregunto si no nos excitaríamos con mayor atención a la contrición de las propias faltas y a un firme propósito de no volver a cometerlas.

Es una vana ilusión pensar que basta la confesión. Lo que bastaría para hombres que llevan una vida sometida a una disciplina regular, sería un enérgico horror al pecado y una gran vigilancia sobre sí mismo; pero esta

aplicación a purificarse de las propias faltas y a decir con el Salmista: “*Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me*: lávame siempre más y más de mis iniquidades; líbrame y purifícame de mi pecado” [Salmo 51, 4], implica un sentimiento demasiado escaso para lo que es debido, no digo a la justicia, sino a la santidad de Dios.

2º La adoración: de Dios escondido en la hostia

La adoración. ¡Ah!, si tuviéramos una fe más viva, iríamos a la Santa Mesa, no digo con mayor respeto, —dejo esta palabra

para las relaciones con las criaturas—, sino con una adoración mucho más profunda.

¿Qué es adorar? Es reconocer el soberano dominio de Dios sobre todas las criaturas, y sobre nosotros por lo tanto.

Sobre las criaturas: no hablemos más que de aquellas con las que nos relacionamos. ¡Pues bien!, si pertenecen a Dios, suponiendo que dependan de nosotros, entonces no tenemos más que su uso. Si no dependen de nosotros, no debemos ni irritarnos contra ellas, ni apropiárnoslas, ni deseárselas del modo que sea, si no es por Dios.

Pero también nosotros somos criaturas, y hemos de darnos cuenta de lo que en nosotros establece una dependencia respecto de Dios. Si dependemos de él, mirad lo que sucede en la comunión. Mediante un abajamiento inaudito, el Creador de todas las cosas se coloca en una dependencia absoluta con respecto a nosotros; desciende a nuestra lengua para hacerse nuestro alimento, y nosotros ¿no nos anonadaríamos ante las humillaciones de la Majestad infinita? ¿No le devolveremos dependencia por dependencia, y no traduciremos esta dependencia en todos los actos de nuestra vida?

Cierto, Dios se apiada de nuestra debilidad y no exige, ni de lejos, todo cuanto tendría derecho a exigir tras una tan gran bondad. Pero en fin, tiene todo el derecho de

pedir que nuestra adoración se traduzca en actos, y que se muestre en el modo con que le dedicaremos más perfectamente cada día los diversos detalles de nuestra vida.

¡Oh, si nuestra adoración fuera completa, cómo invadiría todos los instantes de nuestra existencia! ¡Cómo nos retiraríamos de la Santa Mesa con un profundo sentimiento de que hemos de dar a Nuestro Señor el sacrificio constante de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de todos nuestros impulsos, de todo cuanto en nosotros es un acto humano!

Adoremos, pues, con el sentimiento de lo que es el Dios escondido en la Hostia, pensemos en todas las perfecciones de su ser del que nos comunicaría algo si fuéramos a él con las disposiciones adecuadas.

**de la Santísima
Humanidad**

Pensemos también en la humanidad del Salvador unida a su divinidad. Este cuerpo es el cuerpo inmolado por nosotros en la Cruz. ¿Cuándo, la divina Víctima nos enseñará la gran ley del sacrificio? ¿Cuándo, esta sangre, que purifica nuestras manchas y hace germinar las vírgenes, nos dará un profundo sentimiento de pureza? ¿Cuándo esta alma, viva en el cuerpo del Salvador y templo de Dios por excelencia, será el modelo de nuestra alma? ¿Cuándo imitaremos su oración incesante, por los pecadores para que se conviertan y por los cristianos en vías de perfección?

¡Oh, qué santidad en el alma de Jesucristo recibido en nuestro corazón! ¿Qué santidad no exige del fondo de nuestro ser? ¿Y por qué no le decimos: Oh, alma, la más perfecta de todas, dame el don de la perfección?

3° El Amor

La tercera condición, para aprovechar la comunión, es el amor.

Ya he dicho una palabra de la necesaria purificación. Pero cuando el corazón ha sido limpiado de todas las manchas, hay que adornarlo. Ahora bien, el adorno más

agradable a Dios es el amor y, como dice San Agustín, hablando con propiedad todo se resume en amar.

Ahora bien, hay que disponerse a ello mediante la oración y el deseo: mediante la oración que medita sobre la inmensidad del beneficio concedido, la oración que pide que lo que falta sea añadido por quien ha dado ya tanto, la oración que enciende las llamas tan necesarias para esta gran acción, *et in meditatione mea exardescet ignis* [y me quemaba por dentro el corazón] [Salmo 39, 4].

Y este fuego que la oración enciende en el corazón, ¿a dónde se dirigirá? Hacia aquél a quien el corazón debe amar y hay que desear, Jesucristo, alimento, víctima, fuente, arras de toda felicidad para su pobre creatura.

¡Pues bien!, examinad con qué tibieza recibís muy a menudo a vuestro Dios. Mirad las escasas pruebas que le dais de que comprendéis lo que ha hecho por vosotros, y tomando a dos manos toda la potencia de amar de vuestro corazón, ofrecedle en el momento en que él se acerca a vosotros con su benevolencia infinita, el homenaje de un amor que no querrá separarse nunca de él.

II.- Frutos de la comunión

Transformación mediante la comunión El Pan de los ángeles es un Pan que transforma todo nuestro ser. En cierto sentido, nunca seremos ángeles: nuestra naturaleza es diferente de la suya. Mediante la gracia, podemos subir tan alto como ellos al pie del trono eterno.

Ahora bien, esta transformación se realiza por una participación en la divinidad, y esta participación se lleva a cabo en la comunión: nos hacemos como uno con nuestro Dios. En el cielo, de acuerdo con la petición de Nuestro Señor, la unión será consumada; aquí, comienza. *Ut sint consummati in unum!* [Juan 17, 19].

¡Pues bien!, démonos cuenta de lo que debiera ser nuestra acción de gracias y de lo que debemos decir a Nuestro Señor cuando reposa en nosotros: “¡Señor, que un día yo sea consumado en tu unidad y que, desde ahora, esta unión comience y llegue a ser cada día más completa; que cada día yo esté, en todos mis pensamientos, en todos mis sentimientos, más unido a tus sentimientos, a tus pensamientos!”. La acción de gracias entonces ya no es momento pasado en adoración, es todo el día, es toda la vida, es todo el tiempo que pasa entre una comunión y otra; la acción de gracias de la comunión recibida debe ser la preparación de la comunión que voy a recibir.

¡Qué vida pasada así en la adoración, el amor, la acción de gracias! “¿Qué le daré al Señor por todo lo que ha hecho por mí?” [Salmo 116, 12], exclamaba David, y añadía inmediatamente: “Tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor” [Salmo 116, 13]. De eso se trata; el alma no sabe cómo expresar su agradecimiento por todos los bienes que ella ha recibido en la comunión, y no encuentra mejor medio para demostrar hasta qué grado los valora, que pedir otros nuevos en una nueva comunión.

Este alimento divino excita los ardores del alma, cuando es bien recibido, y recibir a Jesucristo dignamente es el principio del deseo de volver a recibirlo. El agradecimiento por la visita de un Dios, es el deseo de recibir más numerosas y más útiles visitas; ya que, no hay que olvidarlo, el alimento eucarístico es el auténtico pan de cada día, y no se le pierde el gusto sino cuando se le recibe sin fruto. ¿Queréis que os aproveche? Preparaos a recibirlo cada día. Y entre comunión y comunión, sentiréis realizarse el progreso.

Sus frutos:
**a) una mayor
 perfección**

La comunión es una luz que aumenta nuestra fe. La comunión es una fuerza que nos prepara para el trabajo que hay que hacer, el camino que hay que recorrer, los combates que hay que combatir. Cuando nos hayamos transformado mediante la comunión, hemos de ofrecer a Dios los frutos de sus beneficios: una mayor perfección en crecimiento continuo.

Parémonos un instante a reflexionar sobre qué es la perfección, y digamos que es la realización del ideal que Dios ha pensado para nosotros.

Dios que nos ha creado sin consultarnos, es muy libre para, mediante la Redención, querer que seamos reformados como él quiere, y lo que quiere hacer con nosotros es mil veces mejor que lo que nosotros pudiéramos siquiera soñar. Ahora bien, esta perfección que nosotros somos incapaces de alcanzar, podemos alcanzarla mediante la Eucaristía, mediante los progresos lentos o rápidos, según que nuestra voluntad corresponda a la gracia. Aquí es donde hay que admirar la fecundidad de las obras divinas.

**b) una perfección
 conforme a nuestra
 especial vocación**

Dice San Pablo, que así como una estrella difiere de otra estrella en claridad, así la vida de un alma santa es diferente de la vida de otra alma, igualmente llamada a la santidad. Dos elementos se encuentran aquí: por un lado la gracia y por otro la voluntad. Pero están además el conjunto de las disposiciones divinas que hacen que cada uno, puesto por la Providencia en una posición diferente, ha de cumplir su tarea, y las tareas son múltiples, cada cual teniendo la suya.

Dicho esto, añadamos que cada cual ha de cumplir la suya mediante constantes progresos, aunque no sean idénticos.

He aquí a un cierto número de personas que están sentadas en una misma mesa, que toman el mismo alimento; se levantarán y, con la fuerza que les haya dado la comida tomada en común, se entregarán a ocupaciones distintas, y si son hombres de distintos oficios, cada cual hará un trabajo distinto y todos podrán hacer un trabajo excelente.

Lo mismo pasa con la comunión: todos participan de ella, todos se aprovechan de ella, sin embargo todos sacan de ella frutos perfectos, pero diversos.

Quería decir esto para quitar todo pretexto a los que dicen: No puedo hacer lo que hace tal o cual de mis Hermanos. Date cuenta de que nadie te pide eso; lo que se te pide es que hagas perfectamente lo que se te pide en la fuerza de aquella comunión que tienes la suerte de recibir.

Guardaos de merecer el reproche de aquel siervo que habiendo recibido un talento, no lo hizo fructificar; no lo gastó, lo devolvió tal como se le había confiado, pero no lo había hecho fructificar; no lo había hecho producir todo lo que su amo tenía derecho de esperar, y por ello fue castigado.

Creedme, aprovechad de la comunión; que desarrolle en vosotros los gérmenes de las virtudes que Dios ha sembrado en vuestra alma, pero que no habéis hecho crecer, como hubiera sido necesario mediante vuestros cuidados, y mereced poder decir como el siervo bueno: “Amo, me confiaste cinco talentos, he aquí otros cinco que he ganado”, y el Amo te responderá: “Ánimo, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho: entra en el gozo de tu Señor” [Mateo 25, 20-21].



TRIGÉSIMASEXTA MEDITACIÓN

LA PROPAGANDA CRISTIANA

*“Hora est jam nos de somno sur-
gere: ya es hora de despertarnos del
sueño” (Romanos 13, 11).*

¡Si los primeros truenos que resuenan y anuncian una tempestad inminente no nos despiertan, ignoro quién nos va a despertar, hermanos!

¿A dónde vamos, dónde estarán dentro de poco las casas de educación cristiana, dónde estarán los religiosos? Y los sacerdotes mismos, ¿dónde estarán? ¿Quién puede decirlo?

Quizá Dios en su bondad nos meterá miedo del castigo y en el último momento nos lo ahorrará en su misericordia. Pero, en este momento ¿quién puede estar seguro de nada?

Por eso vengo a deciros más que nunca: ¡despertemos! Y en vez de entregarnos a una inútil desesperación, pongamos cuanto antes manos a la obra y comencemos una activa propaganda.

Nuestra Señora, Auxilio de los Cristianos, cuya fiesta es hoy, nos ayudará¹⁾. Pero, mientras imploramos su socorro, trabajemos vigorosamente, bajo sus auspicios, mediante una propaganda cuya necesidad empiezan a comprender los católicos frente a las organizaciones masónicas. Para llegar a conclusiones prácticas, fijemos las principales características de esta propaganda.

¹⁾ Esta meditación, fechada por el Padre, es de 1879.



Digo que debe ser:

1° Convencida, frente a la sosería de la tolerancia moderna;

2° Enérgica, frente al furor revolucionario;

3° Prudente, para no comprometer la gran causa de Dios;

4° Desinteresada, para no confundir los intereses personales con los de la Iglesia y todos los intereses que la Iglesia representa.

I.- La propaganda ha de ser convencida

Lo que falta hoy por desgracia son convicciones, y las convicciones faltan porque faltan los principios, y los principios faltan, ahogados como están bajo el peso de los intereses y de los placeres.

¡Es tan bueno pasar todo a los demás, para que ellos nos pasen mucho a nosotros!; la tolerancia no tiene otra meta. Nos echamos recíprocamente un velo hipócrita sobre la conciencia. Y la palabra de Nuestro Señor resuena inútilmente, la tolerancia amortigua el eco en el fondo de las almas.

Sin embargo el Salvador ha dicho: "*Vos estis sal terrae, quod si sal evanuerit in quo salietur? ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus:* Vosotros sois la sal de la tierra; si la sal pierde su virtud o se vuelve insípida, ¿con qué la salarán? Ya para nada sirve sino para tirarla fuera y para que la pisen los hombres" (Mateo 5, 13). Esto se dijo a los Apóstoles, esto se dice a los sacerdotes, esto se dice a los mismos cristianos, y no hay que temer repetirlo sin cesar. En ciertos momentos existe la obligación para todos de ponerse a trabajar, ser la sal de la tierra y no merecer que se diga de nosotros que ya no servimos sino para ser arrojados fuera y pi-

sados por los que pasan: *Ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus.*¹⁾

Retiro predicado a los hombres, París 1873.

LA PROPAGANDA CRISTIANA

Hora est jam nos de somno surgere.

Necesidad de la propaganda. No necesita demostración; los que no lo entienden es que están ciegos.

Caracteres de la propaganda

Ha de ser: 1º Convencida contra las soseras de la tolerancia; 2º enérgica frente a los furores revolucionarios; 3º prudente para no comprometer una causa tan importante; 4º desinteresada para que no se confunda el interés personal con la causa de Dios.

I. Convicción

¡Cuánta gente cuya tolerancia no es sino un debilitamiento de la fe!

Vos estis sal terrae, quod si sal evanuerit [Mateo 5, 13].

De la abundancia del corazón habla la boca, y la boca a menudo no dice nada, porque nada hay en el corazón para la causa de Dios.

Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus; quoniam diminutae sunt veritates a filiis hominum [Salmo 12, 2].

Hay que tener la valentía de querer la verdad, de amar la verdad, de querer la verdad entera.

¹⁾ Esta meditación quedó inconclusa, pero el Padre había dejado al lado de este texto incompleto, en su cuaderno manuscrito, las notas de un plan anterior que quería desarrollar; las reproducimos aquí en su integridad.

Debilitamiento de aquellos hombres que no quieren toda la verdad.

Por eso hay que devolverle su esplendor con un espíritu iluminado por sus claridades.

Con un corazón entregado a la causa...

II.- Energía

Mirad los furores de la impiedad.

La guerra es entre el cielo y el infierno.

Dios es negado.

Ventajas del librepensamiento.

El librepensamiento no es nada. Pensad lo que queráis, para eso no hace falta propaganda. El librepensador lógico se queda en su rincón, respeta la libertad de los demás, con tal que respeten la suya... Pero la libertad de pensar no va sola.

Va con la libertad de actuar. Lo cual ya es otra cosa.

La libertad de acción es la libertad para todas las pasiones, la negación de la moral, la liberación de todo lazo social.

¿En qué época de la historia el triunfo de las pasiones no ha sido la acumulación de todas las ruinas?

¿Y pretendéis que los católicos convencidos no sean enérgicos para defender la moral y las verdades que están en su base?

He ahí los sublimes deberes que se les presentan.

Porque, cuanto mayor es el peligro, más dura debe ser la guerra.

Os deseo, hermanos míos, la majestad de Matatías: *moriamur in simplicitate nostra* [1 Macabeos 2, 37]: pero aquel hombre, en su sencillez, había insuflado el celo en el corazón de sus hijos.

Zelo zelatus sum pro domo Dei [1 Reyes 19, 10].

Que vuestra energía se manifieste mediante el celo por la salvación de las almas.

III.- Prudencia

La energía no es la temeridad.

Hay que golpear, pero con golpes útiles a la causa que servimos.

Se necesita: la reflexión.

El estudio.

La subordinación, la organización.

Sí, hay que calcular los golpes.

Porque la conspiración es inmensa.

IV.- Desinterés

Carácter esencial.

¡Ah, y no calculéis los golpes que hay que dar ni lo que os vendrá encima!

San Pablo ya en su tiempo decía: *Inter dispensatores quaeritur ut jam fidelis quis inveniatur* [1 Corintios 4, 2].

Y añadía:

Omnes quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi [Filipenses 2, 21].

Hermanos míos, en vuestro celo por la causa que creéis la buena, ¿buscáis sólo a Dios?

Necesitamos apóstoles con un carácter así.

Necesitamos a los que comprenden el trabajo de la Iglesia.

Sí, hermanos míos, transformaos en apóstoles durante el tiempo pascual.

Haceos apóstoles con convicción, con energía, con prudencia y con desinterés. Para ello comprended lo que significa un alma que hay que salvar.

Lo que es la Iglesia y la grandeza de su causa.

Lo que es Nuestro Señor, el fundador de la Iglesia, el Salvador de las almas y de la vuestra.

Lo que es Dios que os invita a ejercer vuestra misión y que sabrá recompensaros.

TABLA DE LAS MEDITACIONES

1. Necesidad de la soledad para un buen retiro	310
2. Jesucristo y el religioso en retiro	318
3. Los abuso de las gracias	327
4. El hijo pródigo	335
5. Disposiciones para ingresar en la vida religiosa	345
6. La vida sobrenatural	357
7. Los tres grados del pecado en el religioso	365
8. La pureza de intención	372
9. La penitencia	380
10. La regla	388
11. La fe	396
12. La esperanza	405
13. La caridad	411
14. La oración	419
15. La oración de contemplación	427
16. La Eucaristía	448
17. Los males que hay que combatir	456
18. Remedios contra los males presentes	464
19. La enseñanza	472
20. La educación	481
21. Los votos	491
22. Pobreza	499
23. Trabajo	507
24. Castidad	514
25. Austeridad	523
26. Obediencia	531
27. Excelencia de la obediencia	538
28. Los superiores	545
29. Las buenas obras	553
30. La oración en los padecimientos de la Iglesia y las ventajas de la persecución	561
31. Las relaciones de los religiosos entre ellos	569
32. Relaciones de los religiosos con el exterior	577
33. Los estudios	585
34. El retiro espiritual de un superior	593
35. La comunión	601
36. La propaganda cristiana	608

Siete meditaciones suplementarias

El P. d'Alzon había redactado, en 1874-1875, meditaciones para el uso sobre todo de los novicios a los que acababa de tomar un poco más en mano. Incluso proyectaba ofrecerles retiros para un año completo: el primer semestre ya estaba establecido a partir de 1875 y el Padre tenía en reserva otras numerosas meditaciones, compuestas muy a la carrera valiéndose sobre todo de notas de retiros y que el P. Charles Laurent litografiaba con algunos retoques de pura forma.

Todas estas meditaciones fueron editadas por el P. Ernest Baudouy, en 1925-1927, bajo el título de “Meditaciones sobre la Perfección religiosa”. Extraemos aquí siete de ellas que se refieren a los temas más frecuentemente tratados en esta primera parte de los Escritos Espirituales del P. d'Alzon.

1. LA PERFECCIÓN DEL RELIGIOSO DE LA ASUNCIÓN

La perfección es la meta de todos los cristianos, de acuerdo con la vocación que Dios les ha dado. La perfección de los religiosos, por lo general, está por encima de la de los demás; pero, el religioso de la Asunción tiene la suya propia. Destinado a la vida apostólica, si consagra sus fuerzas y su tiempo al canto, a la austeridad, al ayuno, al trabajo manual, le quedará poco tiempo ya sea para los trabajos que constituyen el fin de su familia religiosa, ya sea para la preparación a esos trabajos.

Tomemos la palabra de San Pedro y digamos con él hablando de los apóstoles: “*Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus*: Nosotros por nuestra parte, nos dedicaremos por entero a la oración y al ministerio de la palabra” (Hechos 6, 4), y aunque hayamos de vol-

ver sobre la oración y la predicación, examinemos en una primera mirada lo que deben ser, para el religioso de la Asunción, la oración y el ministerio de la palabra.

I. La oración del Asuncionista

1º Debe basarse en la contemplación de los atributos de Dios. *Ignoti nulla cupido*: nadie ama lo que no conoce. Pese a que el autor de la *Imitación* afirma que vale más amar que disertar, sin perdernos en las sutilezas escolásticas, demos por sentado que importa mucho conocer a Dios y conocerle desde los conceptos más exactos de la teología. Nunca conoceré suficientemente la plenitud del ser de Dios, su independencia, su poder, su sabiduría, su belleza, su justicia, su misericordia. Todo eso requiere de mi parte esfuerzos y esfuerzos muy grandes para mantenerme en un profundo sentimiento de admiración por lo que Dios es en sí mismo y de adoración a causa de su suprema soberanía sobre mí.

2º Debe impregnarse del conocimiento de Nuestro Señor, el auténtico modelo del hombre apostólico. ¡Quién dará a nuestra alma el celo por la gloria de Dios y el amor por las almas, si no es la meditación sobre el precio con que Jesucristo las ha valorado! Importa, pues, volver una y otra vez sobre esta vida del Hombre-Dios, en que la divinidad presta a la humanidad de nuestro Salvador las mayores fuerzas para amar a los pecadores. Mediante la oración al pie de la cruz es como aprenderemos el modo como Jesucristo ha engendrado las almas, y cómo a nuestra vez hemos de engendrarlas, no porque tengamos la fuerza que brotaba de él, sino porque nos la comunicará si se la pedimos.

3º Nuestra oración ha de ser solitaria y recogida. Sí, necesitamos retiro y soledad, y hemos de persuadirnos de que si la sobrecarga de trabajos nos impide disfrutar de

una vida retirada y silenciosa, debemos aspirar a ella al menos durante un cierto tiempo cada año. ¡Pero cuántas ocasiones en que podríamos recogerlos y nos disipamos; en que podríamos callarnos y en que conversaciones inútiles nos impiden rezar como convendría!

4° Finalmente, deberá ser continua en su fervor. Que demos un tiempo a la oración, a la contemplación, nada hay mejor. Pero si los ángeles alaban sin cesar a Dios en el cielo, ¿por qué separar nuestra inteligencia y nuestro corazón del pensamiento y del amor de Dios? Desde este punto de vista, los Hermanos legos pueden rezar como los religiosos de coro; unos y otros pueden andar incesantemente en presencia de Dios y ser perfectos. Si Abrahán, en medio de sus rebaños y de su numerosa servidumbre, pudo alcanzar tan alta perfección manteniéndose sin tregua bajo el ojo de Yahveh, ¿por qué no voy a poder yo llegar a una perfección tan grande de oración en todos los instantes de mi jornada?

Aquí no estoy hablando de la oración del Oficio, tendré que ocuparme de ella en otra parte.

II. Ministerio de la palabra

¡Cuán admirable es este ministerio tal como Nuestro Señor se lo comunicó a sus apóstoles mediante la acción todopoderosa del Espíritu Santo!

Ahora bien, esta evangelización, confiada a los religiosos de la Asunción, implica:

1° Amor a la Iglesia. Somos los soldados del reino de Jesucristo, y como la Iglesia nunca ha sido tan atacada, importa defenderla con el amor más ardiente. No nos hagamos ilusiones. No se quiere nada con Dios, con Jesucristo, con su Iglesia. Por eso, nada hay tan hermoso como entregarse a la causa de Dios, de Jesucristo, de

la Iglesia. Por cierto, no es exagerado decir que todo se derrumba a nuestro alrededor. Se quisiera arrastrar a la Iglesia en esta ruina universal. La belleza de nuestra vocación consiste en empuñar las armas por ella.

2º Preparación adecuada. Precipitarse en la refriega sin las armas necesarias sería una soberana imprudencia. Por lo tanto, hemos de prepararnos. Hay que luchar valientemente, pero con cierta ciencia, y esta ciencia no siéndonos dada directamente como a los apóstoles, hemos de adquirirla mediante el estudio, y en eso consiste la santificación por el trabajo, tan necesario a quienes desean emplearse en el combate de Dios. Pero, ¡qué perseverancia, qué valor en medio de las repugnancias de tal preparación, qué espíritu sobrenatural no hemos de aportar! Porque, al mismo tiempo, hemos de entregarnos a trabajos que tienen que ver con nuestra inteligencia y tenemos que impregnarlos de las intenciones divinas.

3º La acción. Estamos dispuestos al combate. Ahora bien, he aquí el doble peligro al que nos exponemos. O triunfaremos o seremos vencidos.

Si somos vencidos, el desaliento no dejará de apoderarse de nosotros. Ahora bien, por el contrario, he ahí el momento de redoblar la confianza. He ahí la hora solemne de la esperanza. ¿Por qué? Porque nunca somos tan fuertes como cuando nos sentimos débiles¹⁾. Los juicios humanos no tienen aquí cabida. ¿Acaso Jesucristo no ha vencido al infierno mediante su muerte? Y los hombres apostólicos no realizan la obra de Dios si no es entre contradicciones. He de esperarme a toda clase de contradicciones y persecuciones y no dejarme desalentar.

¹⁾ *Cum enim infirmor tunc potens sum* (2 Corintios 12, 10).

También puedo tener éxitos, y ahí está precisamente el mayor peligro, porque al hacer bien a los demás me expongo a hacerme gran daño. Por lo tanto, una gran humildad debe abrigar el escaso bien que soy capaz de hacer. Desde este punto de vista, viendo lo poco que hace, aunque parezca que ha hecho mucho, el religioso de la Asunción debe tratar rotundamente los éxitos que pueda tener, refiriéndolos sencillamente y resueltamente a Dios.

Señor, haz que sea un hombre de oración, un hombre de evangelización, que me santifique en el trabajo, y procure el avance de tu Reino y la salvación de las almas. Así sea.

2. PERFECCIÓN DE ACUERDO CON EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

“*Ambula coram me et esto perfectus*: camina en mi presencia y sé perfecto” (Génesis 17, 1). Después de todo cuanto he escuchado durante el retiro, si quiero ser consciente de la perfección según el espíritu de la familia religiosa a la que pertenezco, he aquí lo que puedo concluir.

1º *Profundo sentimiento de los derechos de Dios*, basado en sus perfecciones infinitas. Debo estar siempre bajo la mirada de Dios, contemplar sus atributos infinitos, darme cuenta de lo infinito de su ser y de la nada de mi origen. Bajo este punto de vista, nunca lograré meditar demasiado sobre las perfecciones divinas, cuya clara visión será para mí la vida eterna y la eterna felicidad. Dios, ser infinito, soberanamente bueno, verdad absoluta, poder, justicia, misericordia, sabiduría, amor, todas estas nociones realizadas en el Ser de los seres en un grado tal que mi inteligencia nunca se hará una idea adecuada:

he ahí algo que arrebatara mi admiración y colma el sentimiento de mi dependencia.

2° *Olvido de sí.* Sí, frente a los derechos de Dios, ¿cuáles pueden ser los míos, débil criatura, sino que no me pertenezco y que le pertenezco a él?; que no me asiste otro derecho sino el de hacer su voluntad, de modo que me olvide totalmente de mí mismo.

3° *El desprecio de sí.* Pero si miro mi pasado, mis incomprendibles rebeliones, mis ingratitudes insensatas, el abuso tan criminal que he hecho de sus dones, ¿qué puedo pensar de mí mismo y qué profundo desprecio no he de tener por la degradación a la que he descendido tan voluntariamente desde hace tanto tiempo? El desprecio sincero de sí mismo, tal es la condición absoluta para entrar en la perfección. ¿No debo decirme a mí mismo lo que los fariseos decían al ciego de nacimiento: “*In peccatis natus es totus*: has nacido completamente en pecado”¹⁾? Ahora bien, ¿cuándo tendré, mediante una humildad no fingida, el sentimiento de mi corrupción original y de las manchas horribles que tan voluntariamente me inflijo cada día! ¿Me será posible tener para conmigo algo distinto de un profundo desprecio?

4° *El don sí.* Uno se desprende fácilmente de aquello que desprecia. Debo pues tenerme en poco. Por eso, si Dios me pide entregarme a él, he de presentarle la ofrenda de mí mismo con el profundo sentimiento de que doy muy poco y que a fin de cuentas debo sentir una cierta satisfacción de ser exonerado de un peso semejante. El don de mí mismo debe ser llevado a cabo no con el pensamiento de que doy algo valioso, sino de que Dios es tan bueno que se contenta con un ser tan indigno de su

¹⁾ Juan 9, 34.

belleza y de su grandeza infinitas. Y sin embargo, ya que Dios se contenta con ello, debo experimentar tal alegría, a causa del honor que me hace abajándose hasta el punto de querer algo de mí, que el don debe ser ofrecido del modo más absoluto, sin reserva alguna y con la persuasión más absoluta de que soy elevado al más alto grado al que puedo aspirar.

5° *El amor a Nuestro Señor Jesucristo.* ¿Cómo me voy a entregar? ¿Hubiera sabido yo jamás cómo podía ofrecerme, entregarme, consagrarme, si Jesucristo mi Salvador no hubiera venido a enseñármelo? Se inclina hacia mí y se rebaja hasta mí. Desciende a mi nada para unirse a mí, ¡tanto me ama! Es mi Salvador, pero también es mi Dios, y al verle exclamaré: “Amemos, pues, a Dios porque él nos amó primero. *Diligamus ergo Deum quia ipse prior dilexit nos*”¹⁾. “El amor de Jesucristo nos apremia: *Charitas Christi urget nos*”²⁾. ¡Oh, amor infinito de un Dios hecho hombre para morir y salvarme mediante su muerte! Sí, su amor me apremia y quiero responderle en adelante con toda la energía de mi ser.

6° *Imitación de Jesucristo.* Pero Jesucristo no es sólo mi Salvador, además es mi modelo; he de aprender a conocerle siempre más perfectamente a fin de imitarle todo lo que soy capaz. Y por eso debo estudiarle en tres libros que se resumen en uno solo:

a) El Evangelio, donde se me narra su vida y donde los menores detalles son fuentes inagotables de la ciencia divina que he de aprender mediante Jesucristo y en Jesucristo.

b) El crucifijo, modelo del sacrificio de mí mismo que

¹⁾ 1 Juan 4, 19.

²⁾ 2 Corintios 5, 14.

debo ofrecer sin cesar unido al sacrificio de mi Salvador.

c) Finalmente la Eucaristía, donde él se me entrega completamente y donde puedo ir a escucharle en su santuario, y donde hace más, ya que él quiere venir a hablarme él mismo desde el fondo de mi corazón.

Y cuando conozca la doctrina divina con la ayuda de estos tres libros, ya sólo tendré que ponerla en práctica para parecerme a Jesucristo y reproducir en mí, según mi vocación, cuanto es posible a una criatura imitar de su Dios hecho hombre para enseñarle la perfección.

7° *Devoción a María.* En su bondad infinita, el Hombre-Dios ha querido darnos una Madre; nos da la suya, para que, por una parte podamos ir con una confianza filial a aquella a quien Jesús ha amado tanto, a quien ha concedido tan gran poder sobre su corazón, y para que, por otra parte, si el modelo que nos ofrece en sus propias virtudes nos espanta, podamos encontrar en su Madre, la más perfecta de las criaturas, el tipo de virtud cuya máxima expresión brilla en su divina persona.

8° *El impulso.* He ahí los modelos, Jesús y María. ¿Con qué impulso no debemos ir al Hijo y a la Madre: a la Madre de un Dios y al Hijo que es Dios? ¡Qué compañía y qué honor ser llamado a un trato semejante! ¡Qué relaciones admirables las establecidas por Jesús entre la tierra y el cielo! ¡Con qué ardor no debo entregarme a cuanto Jesús me pida!

9° *La salvación de las almas.* Ahora bien, lo que me pide es mi santificación ante todo, luego la salvación de las almas que forman su reino. Cualquier obra que concurra a este fin y que caiga bajo mi capacidad de actuar, debo emprenderla sin más pensamiento que el de saber que es para Jesucristo para quien trabajo.

10° *Amor a la Iglesia*. Finalmente, el reino de las almas del que Jesucristo es el soberano monarca, es la Iglesia, su esposa, su cuerpo místico. El amor a la Iglesia, la defensa de sus derechos, el estudio de sus enseñanzas, la santidad de sus miembros, la extensión de sus límites, he ahí mi meta, ya que al consagrarme a la Iglesia me consagro a la obra por excelencia de Jesucristo.

Oh Dios, concédeme realizar este plan. Que te conozca mediante Jesucristo, que te sirva mediante la gracia de Jesucristo, que te ame eternamente en el amor de Jesucristo, el único por quien puedo ir a ti.

3. ORACIÓN CONTEMPLATIVA

“Oportet semper orare et non deficere: hay que orar siempre y no cansarse” (Lucas 18, 1). ¿Cuán grande es la necesidad de orar para el religioso, sea por él, sea por los demás?

I. Necesidad de la contemplación para el religioso

1° Necesidad de enderezar mi apatía habitual. La naturaleza humana está hecha de tal modo que, incluso con las mejores resoluciones, desfallece a cada instante. Es la lámpara en la que hay que verter constantemente aceite. Mi alma desmaya y se extingue a menos que un alimento renovado cada día venga a mantenerla. Este alimento esencial es la oración. Por cierto ya tengo suficiente experiencia de ella. ¿Qué ha sido de mí si he pasado cierto tiempo sin rezar?

No era necesario que mi oración fuera emocionante, llena de consuelo. Tras una oración árida, sentía que, precisamente a causa de los esfuerzos que había empleado en ella, una nueva vida circulaba por mi alma.

2º Necesidad de prevenir mediante la oración la sequía de los estudios. Dirán lo que quieran, pero hay ciertos estudios que resecan el corazón. Se vive de inteligencia, se vive sobre todo en un mundo imaginario, se sumerge uno en las ciencias exactas o físicas, se toma las mismas cuestiones religiosas por el lado de la discusión, de la controversia, que casi siempre las despoja de aquella unción que las bañaría sin eso. De ello resulta no sé qué de parecido a un paisaje barrido por un fuerte viento del Norte. Sin humedad en el suelo, sin savia en la vegetación. Necesito las aguas refrescantes de la oración para darme lo que me falta por el efecto mismo de los estudios a los que, como religioso, estoy obligado a entregarme.

3º Necesidad de la oración, aún en medio de las buenas obras. Las buenas obras tienen su peligro; estoy tentado de tomarlas por el lado humano; mi amor propio se nutre de ellas, y el disfrute que me aportan me fijan a la tierra y me distraen de Dios. Para defenderme de un mal tan grande, necesito rezar, rezar sin tregua. Las buenas obras perturban, preocupan, como turbaron a Marta mientras preparaba el festín del Salvador. ¿Hay algo mejor que preparar la comida de Jesucristo? Sin embargo, la prisa y la agitación no fueron aprobadas por el divino Maestro. Lo mismo conmigo.

¿Habrà que descuidar las buenas obras? Ciertamente no, pero hay que llevarlas a cabo con espíritu de oración.

Señor, que las buenas obras no sean nunca para mí una disipación y que, bajo tu mirada, vaya yo siempre hacia una vida de recogimiento, incluso en medio de las preocupaciones más vivas por el bien.

4º Necesidad de la oración en medio de los quehaceres. El religioso a veces los tiene, y muy absorbentes. ¡Qué refugio contra las exigencias de sus deberes mejor que la oración! Porque, a fin de cuentas, Dios mío, aunque esté

atrapado en medio de trabajos más o menos monásticos, mi meta es siempre la perfección de mi estado y la unión íntima contigo. ¿Qué me procurará ese bienestar si no es la oración?

Por lo tanto, Señor, cuanto más apático esté, árido, entregado a los estudios, a las buenas obras, a los quehaceres, con tanto mayor ardor debo rezar. Se trata de mi salvación, Dios mío, y si no lo consigo, ¿para qué trabajar tanto? ¿Para qué me hice religioso? Ah, Señor, necesito acercarme a ti, necesito subir al altar y cumplir allí las funciones de mediador entre el cielo y la tierra. ¿Qué medio tengo para cumplir tan temible ministerio si no rezo como tú me lo mandas? Rezaré, Señor, y mi fuerza para servirte se renovará en una contemplación fervorosa y asidua.

II. Necesidad para el religioso de rezar por los demás

Cuando considero la grandeza del religioso dedicado a la salvación de las almas, me embarga el estupor. Dios le dice: “Ve y evangeliza”. Pero antes, ese religioso ha debido escuchar la palabra divina, ha debido considerar las almas que le son confiadas, la extensión de su ministerio proporcional a los males que se extienden cada día más sobre la faz del mundo. Por eso está obligado a rezar, no sólo por él mismo, sino por los demás, y las características de esta oración resultan de los distintos trabajos a los que ha de consagrarse.

1º Oración por ciertas almas en particular. Se trata de un pecador empedernido cuyos días declinan, hay que despertarle de su adormecimiento. ¿Qué hacer con él si no se empieza por la oración? Se trata de un joven arrasado por sus pasiones; sin embargo ha sufrido ciertas

sacudidas, una voz interior avisa que se podría hacer algo por él, pero para vencerle, la pura acción humana no bastará, se necesita la acción divina de la oración. Se trata de un alma desesperada, es necesario consolarla; pero la tierra no tiene nada que pueda curar su mal, sólo el cielo puede enviar el bálsamo que cicatrizará las heridas y mitigará sus dolores, a la espera de una curación más radical. Se trata de un niño al que queremos arrancar del mal que le invade; oh, ¡cuán estériles resultan los esfuerzos si no disponen de algo más potente que la palabra humana y si bajo esta palabra no percibe a Dios mismo que le habla! Para que experimente esta impresión, es importante, antes de abordarle, haber rezado mucho por él.

¡Señor Jesús, que en la tierra ibas a buscar a las almas una a una, que esperabas a Nicodemo durante la noche y a la Samaritana al borde del pozo de Jacob, que entrabas en las casas de los que te llamaban y que recomendaste a los tuyos correr tras la oveja extraviada, dame la ciencia de orar por las almas enfermas para curarlas y por las muertas para resucitarlas, y da a mi oración el poder que tenía la tuya para que pueda yo continuar tu obra con los medios que me has indicado!

2º Oración por las obras generales. Hay algunas a las que la obediencia y la caridad me mandan interesarme más especialmente. Hay ahí un bien global que hacer. ¿Lo hago? Por cierto, no es asombroso que sucumba a la pena, si no rezo. Pero si rezo, ¿qué obstáculos no superaré, gracias a la energía que Dios me dará si se la pido? La santidad que imprimiré en las obras de las que estoy encargado vendrá de mi celo y mi celo se alumbrará en mi oración: "*in meditatione mea exardescet ignis*: mientras meditaba se prendió un fuego" (Salmo 39, 4).

Señor, dame interceder eficazmente por las obras de las que estoy encargado.

3º Oración por la Iglesia. Ya esté en la soledad, ya esté en la acción, debo tomar a pecho lo que Jesucristo más ha amado acá abajo: su Iglesia. ¿Qué puedo hacer por ella? Externamente quizá nada. Pero siempre puedo rezar por ella. Rezaré, pues, y rezaré con todo el amor que tengo a Jesucristo. Aunque mi palabra, mis dotes de gobierno, mis trabajos sean cuales sean, fueran útiles a la Esposa por excelencia del Hijo de Dios, no sería menos cierto que resultarían más útiles si estuvieran animados por una ferviente oración.

Señor, dame la oración de los hombres apostólicos y haz que en esta oración, si no soy bastante apóstol, lo sea un poco más cada día.

4. EL RELIGIOSO Y LA CAPILLA

Adoremos a Nuestro Señor Jesucristo que consiente en habitar en un humilde santuario para estar más cerca de los suyos, y examinemos los sentimientos que la capilla debe inspirar al religioso que habita bajo el mismo techo que su Maestro.

I. Sentimiento de asombro

¿Por qué un Dios quiere abajarse así? Jesucristo ha dicho que sus “delicias consisten en vivir con los hijos de los hombres” (Proverbios 8, 31); no deja de ser verdad que los hombres son muy poco dignos de él. Los cristianos le construyen templos, pero no van a adorarlo allí; o si atraviesan sus umbrales es para dedicarle homenajes distraídos.

Señor, me pregunto por qué la presencia eucarística en una multitud de iglesias. Por eso empiezo a comprender por qué deseas santuarios escogidos. ¡Pero no es menos cierto que hay mucho de qué asombrarse por el hecho de que desees a tal punto mis adoraciones y que quieras habitar así entre nosotros!

II. Sentimiento de adoración

No es sino demasiado cierto: no sé adorar. Los ángeles te adoran en el cielo, ¡oh Jesús! ¿Por qué no te quedas allí rodeado de toda tu gloria? No, prefieres descender, despojado de todo esplendor. Oh, Señor, el primer sentimiento que debe brotar de mi corazón, tras el asombro, ¿acaso no es el de la adoración? ¡Cuán justo es que yo te adore por aquellos que no te adoran y cómo mi adoración ha de ser permanente! ¡Cómo debo ir a menudo a la capilla, para ofrecer allí a tu Majestad, que a pesar de estar tan profundamente escondida, no por eso deja de ser una Majestad divina, las compensaciones por tantas adoraciones tramposas de que eres víctima!

III. Sentimiento de la presencia de Dios

Oh, he ahí a lo que debo volver: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1], dice Dios a Abraham. Por su fe, Abraham mereció llegar a ser el padre de los creyentes, ¡pero cuánto más feliz soy yo que el patriarca! Tú estás sin cesar cerca de mí, ¡Dios mío! Cerca de mí, cerca de mis recreos, de mis comidas, de mis estudios, de mi sueño para protegerlo, y cuando deseo hablar más particularmente a tu infinita misericordia, te encuentro siempre en el lugar de la cita.

Tú no lo abandonas jamás, para estar siempre allí a mis órdenes, para que yo nunca me aleje de ti y te encuentre cerca de mí, como un amigo cerca de su amigo, cuando quiere entregarse con él a las más íntimas efusiones. ¡Y cómo no voy a pensar siempre en ti!

IV. Sentimiento de perfección

Dios no sólo dijo a Abraham: “Camina en mi presencia”, ha añadido: “Y sé perfecto” (Génesis, 17, 1).

Debo ser perfecto religioso. La perfección es mi camino; hablando con propiedad, no hay otro para mí, y cuando pienso que la fuente de toda perfección está ahí, a dos pasos, ¿cómo no voy a ir a beber de esta fuente de luz, de fuerza, de vida, de santidad?

¡Oh, misterio sublime, donde todas las virtudes me son enseñadas: la humildad, en los abajamientos eucarísticos; la paciencia, en medio de tantos insultos silenciosamente recibidos; el amor, mediante el don tan completo de sí mismo; la obediencia, mediante la autoridad dada al sacerdote para mandar a un Dios, y tantas otras virtudes que sería largo enumerar!

Oh María, oh José, vosotros los primeros adoradores del Verbo encarnado, ya sea en Belén, cuando apareció en el mundo, o en Nazaret durante su vida oculta, enseñadme cómo tengo que adorarle en el abajamiento, la obediencia, el amor, la oración, el trabajo, la edificación de mis hermanos. Enseñadme a hacer de mi noviciado un nuevo Nazaret donde encontraré a Jesús; donde, siguiendo vuestro ejemplo, aprenderé a aprovechar de su estar conmigo para adquirir toda la perfección que tiene derecho a esperar de una criatura tan colmada de sus beneficios.

Así sea.

5. LA REGLA

“*Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos*: Para todos los que sigan esta regla, que la paz esté con ellos” (Gálatas 6, 16).

Una característica de la vida religiosa es la regla. 1° Ella separa al religioso del mundo; 2° le hace parecerse más a Jesucristo; 3° le comunica su sello específico.

I. La Regla separa al religioso del mundo

Sin duda, en el mundo hay ciertas obligaciones y ciertas limitaciones, como la disciplina militar y la etiqueta; pero todo eso persigue una meta humana. Lo propio de las reglas religiosas consiste en tomar a quien se atiene a ellas y lo consagra a Dios. Someten los detalles de la vida a un yugo riguroso y constriñen a obligaciones que concurren a hacer al hombre más perfecto. La regla da por supuesto que quien la acepta, acepta por el hecho mismo consagrarse absolutamente al servicio de Dios y someterse a prescripciones, cuyo término es la unión con Dios mediante una vida de perfección.

De ahí, un vestido especial, disposiciones molestas, trabajos particulares, vida en común, órdenes manifestadas por la voz del superior y aceptadas, incluso cuando no son comprendidas. De ahí, en fin, todo un estilo de vida aparte que encadena la libertad y fuerza a ir allí donde no quisiéramos, *Alius te cinget et ducet quo tu non vis* (Juan 21, 18), según la propia expresión de Nuestro Señor.

¿Dónde estoy yo al respecto? ¿Cuáles son mis disposiciones respecto de esta separación? Porque no ha de consistir solamente en una separación de hecho, como la del soldado encerrado en su cuartel; debe ser una separación querida, libremente aceptada, como la de un

hijo que habita en la casa de su padre y acepta la autoridad de aquel en cuya casa habita. ¿Es mi caso?

Mi separación del mundo, indicada por mi regla, ¿está realmente en el fondo de mi corazón y estoy feliz de renunciar a ciertas relaciones con las personas de fuera y vivir una intimidad mayor con Dios, mi Padre, por amor a quien me he hecho religioso?

II. La Regla hace al religioso más parecido a Jesucristo

Cuando el Hijo de Dios vino al mundo, recibió su regla de la voluntad de su Padre y la practicó con la más espantosa regularidad: “*Tunc dixi: ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam. Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei:* Heme aquí, que vengo. Al comienzo del libro está escrito que yo debo hacer tu voluntad; Dios mío, lo he querido, y he guardado tu ley en el fondo de mi corazón” (Salmo 40, 8-9). Sí, Jesucristo, en cuanto Dios, regla eterna, ley del universo, Jesucristo ha querido, como hombre, recibir su regla. *In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam.* Así, la importancia de la regla nos es indicada mediante lo que el profeta nos dice sobre la manera como el mismo Salvador ha querido practicarla.

Y el profeta no habla solamente de una manera general, descendiendo expresamente a los detalles de esta regla impuesta al Salvador. Por eso, en el Evangelio se citan a menudo estas palabras: “*Ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam:* para que se cumpliera lo que el Señor dijo por medio del profeta” (Mateo 1, 22). Los profetas son la expresión de la voluntad de Dios sobre Jesucristo y sobre su vida entera. Su concepción, su nacimiento, el lugar y el momento de su nacimiento, la huida, su retorno a Nazaret, su trabajo, sus correrías

apostólicas, sus sufrimientos, los detalles de su pasión, su muerte, todo está previsto. Jesucristo no exhalará el último suspiro hasta que no “sepa que todas las profecías se han cumplido: *sciens Jesus quia omnia consummata sunt*” (Juan 19, 28).

Así, Nuestro Señor es para mí un perfecto modelo de la fidelidad con que debo observar mi reglamento y todas las prescripciones que me son impuestas. ¿Qué hago para imitar a este divino modelo y con qué exactitud observo la regla?

III. La Regla imprime en el religioso un sello específico

Las diferentes reglas religiosas encierran algunas prescripciones generales que son comunes a todas las Órdenes.

Pero, al lado de las disposiciones comunes, hay puntos particulares que varían de acuerdo con el fin específico que se propone alcanzar en tal o tal Orden. En todas partes se ha de practicar la virtud, que es la base de la perfección. Pero, ya que la debilidad humana no puede abrazarlo todo en sus esfuerzos, unos aspiran a más trabajo, otros a mayores austeridades; éstos multiplican los ayunos, aquellos el tiempo consagrado al coro; aquí se vive más en la soledad, allá en las obras de caridad o los trabajos apostólicos. Y la regla ofrece a cada uno los medios conducentes al fin especial que se propone. Al religioso le toca entrar con el mayor ardor posible en el espíritu de su regla, de tal modo que si uno se ha entregado, por ejemplo, al trabajo manual, no se ocupará de las obras de celo, y si se ha consagrado a las obras de caridad, no consume sus fuerzas en penitencias excesivas.

Por este medio, serviré a Dios sólo si guardo mi regla y su espíritu, y si no llego a abrazarlo todo, conseguiré al menos la perfección que me es propia.

6. ESTUDIOS DEL RELIGIOSO

Grave tema, demasiado poco comprendido. Hay que estudiar y hay que hacer estudiar.

I. Hay que estudiar

Miremos a nuestro alrededor. ¿De dónde ha venido en gran parte la decadencia de las familias religiosas? Ya no se estudiaba en ellas. “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19], dijo Dios al primer hombre. Cuando no se labra la tierra como un Trapense, se debe roturar el campo de la ciencia; cuando no se cura las heridas como los hijos de San Juan de Dios, se debe en el púlpito, en el confesionario, en las buenas obras, en las misiones, aplicar la doctrina que sana las almas.

Pero, para ello hay que estar preparado, y para estar preparado hay que estudiar, estudiar sin cesar. Así como en los campos los frutos son múltiples, así las ramas de la ciencia lo son: las lenguas, las Sagradas Escrituras, la filosofía, la teología, la historia, las leyes eclesiásticas, todo eso es inmenso, y quizá haga bien en consagrarme a una especialidad. De todos modos, Dios me pide que estudie mucho y he aquí los motivos.

1º Porque cuanto más posea la verdadera ciencia conservada por la caridad, tanto más útil seré a las almas y al progreso del Reino de Dios.

2º Porque el trabajo mediante el estudio será una expiación por mis pecados y sufriré así el primero el castigo impuesto a Adán: ganaré el pan con el sudor de mi frente.

3°. Porque en este trabajo encontraré una excelente defensa contra un montón de tentaciones. Pensando en mis estudios no pensaré en todo lo que me sugiera mi ociosidad.

4° Debo estudiar porque es una deuda. Me confiarán una predicación, la dirección de almas, una enseñanza. ¿Cómo desempeñar estos deberes sin preparación? ¿Podré dar lo que no tengo? ¡Cuán extrañas ilusiones se hacen muchos a este propósito! ¿No me las he forjado yo en más de una circunstancia?

II. Hay que hacer estudiar

No solamente hay que estudiar por los demás para rendirles servicios especiales, además hay que hacer estudiar.

1° Hay que hacer estudiar la religión. ¿Cómo la he vuelto atractiva? Al preparar mis catequesis ¿qué gusto he puesto al transmitir a los niños más jóvenes los elementos de la religión? Hay quien desdeña este trabajo y se equivoca mucho; cuanto más se estudia más se siente la necesidad de estudiar para enseñar bien luego convenientemente; estas inteligencias tan flexibles cuando se están formando, son muy susceptibles de una falsa impresión si no se está muy atento y cercano.

2° Hay que hacer estudiar en las clases de primaria, la literatura, etc. Los profesores religiosos tienen en esto una obligación doble: la de probar que son tan capaces como los demás en lo tocante a la enseñanza y la de poner un sello cristiano en toda enseñanza que pasa por sus labios. Todo puede resultar para ellos un tema de predicación. ¡Pero qué celo, prudencia, tacto y ciencia no necesitan!

3° Hay que hacer estudiar las partes más elevadas de la enseñanza. Esto no es propio sino de algunos. Razón de más para que éstos pongan en ello el mayor ardor.

No basta tener medios, hay que saber servirse de ellos. ¡Cuántos servidores perezosos han tapado e inutilizado los talentos más hermosos!

¡Qué examen serio no tengo que hacer sobre mi pereza y mi escaso celo para cultivar la ciencia y comunicarla, como conviene a un religioso!

7. LOS ESTUDIOS

“Me oportet operari opera eius qui misit me, donec dies est, venit nox, quando nemo potest operari: Mientras es de día tengo que hacer las obras de aquel que me ha enviado; llega la noche cuando nadie puede trabajar” (Juan 9, 4). La obligación de instruirse cuando se puede, es más seria de lo que se piensa generalmente. El sacerdocio peca por causa de una cierta ignorancia, la ignorancia de saber hablar de Dios.

Si no estamos destinados a los trabajos manuales, estamos obligados al estudio. 1º ¿con qué espíritu?; 2º ¿qué temas debemos estudiar?

I. ¿Con qué espíritu debemos estudiar?

1º Con un espíritu sobrenatural, no para adquirir una vana gloria, no para halagar el oído, sino con un pensamiento sobrenatural bebido en el espíritu de fe. Y a este respecto sepamos que nada es tan grande como la ciencia divina y no tengamos tiempo sino para esta ciencia.

2º Con el deseo de huir de la vana curiosidad. Es una terrible tentación para los jóvenes: suscitar objeciones curiosas, tener gusto por las disputas y salirse con testarudeces funestas, prefiriendo la razón humana a la autoridad divina. Se quiere experimentar todo, del modo más

peligroso y se hace reo de la sentencia del Espíritu Santo: “*Qui scrutator est majestatis opprimetur a gloria*: quien quiera escrutar la majestad (divina) será aplastado por su gloria” (Proverbios 25, 27).

3° Con obediencia. “*Tempore auctoritas, re autem ratio prior est*: la autoridad precede en el tiempo, pero en las cosas la razón tiene la prioridad”. Hay que comenzar por aceptar una dirección, y es un triste signo de una inteligencia estrecha el no querer dejarse dirigir. Debemos tener siempre presente el recuerdo del árbol de la ciencia del bien y del mal: “*Eritis sicut dii scientes bonum et malum*: seréis como dioses conocedores del bien y del mal” (Génesis 3, 5). He ahí lo que Satanás promete, lo que no puede dar, porque no ha permanecido en la verdad y sin verdad no puede haber ciencia.

4° Con orden. Nada tan bello como la inmensidad de la ciencia. ¡Qué horizontes sin fin! Pero esta inmensidad no es el caos. El caos existía, pero Dios separó la luz de las tinieblas, y fue el comienzo del orden. Pongamos orden en lo que estudiemos.

5° Con humildad.

II. ¿Qué hay que estudiar?

1° A Jesucristo. “*In ipso sunt omnia*: en él están todas las cosas” (Romanos 11, 36). Todo está en él. “*In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi*: en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Colosenses 2, 3). Si Jesucristo es expulsado por los gobiernos de la sociedad, lo es mucho más, por los sabios, del campo de los conocimientos humanos, y así como los cristianos han de emplear sus esfuerzos en devolverle a la sociedad, nuestros esfuerzos deben aplicarse también a devolverle a la ciencia humana; y para ello, Jesucristo, más conocido, es indispensable.

2° La teología dogmática. Las inteligencias están hambrientas de la verdad y la base de las verdades es la teología dogmática. Los protestantes, perdidos en las querellas del libre examen, han renunciado al dogma, sólo han predicado la moral. ¿Qué es la moral sin el dogma? *Como si el bien creer no fuera el fundamento del bien vivir.*

3° La moral. La moral privada y la moral social. Error de los partidarios de la gran moral y de la pequeña moral. Los principios de la moral.

4° La Biblia, y Jesucristo en la Biblia. Evidentemente, al leer las Sagradas Escrituras hay que ver la gran figura de Jesucristo dominando todo. "*Finis legis Christus ad justitiam omni credenti: el fin de la ley es Cristo, para la justificación de todo creyente*" (Romanos 10, 4). Jesucristo ilumina toda la ciencia, porque él es la verdad absoluta.

5° Los Santos Padres. Los mejores comentaristas de la Biblia; Los Padres de la teología y fundadores de la literatura cristiana.

6° La historia. Qué campo inmenso donde se considera a la Iglesia, tanto como órgano de la verdad en que todas las luchas doctrinales se presentan con un interés creciente, como sociedad que lucha contra los poderes: ¡qué estudios maravillosos se podrían hacer, desde estos dos puntos de vista!

7° El Derecho Canónico, que se refiere sobre todo al estudio de la Iglesia considerada desde el punto de vista social.

8° En fin, la literatura y la estética, que hay que impregnar de espíritu cristiano.

VI.

COMPLEMENTOS
a la Primera Parte
de los Escritos Espirituales
del Padre Manuel d'Alzon

ESTOS COMPLEMENTOS VERSAN SOBRE:

1° *La meta del Instituto*

2° *Las primeras Reglas*

3° *El tema del Reino*

4° *El espíritu de la Asunción*



I

LA META DEL INSTITUTO

Primeras auroras

Al día siguiente de su voto de humildad sacerdotal emitido ante la imagen milagrosa de la Santísima Virgen, en el santuario de la Consolata de Turín, el P. d'Alzon se siente impelido como por una inspiración celeste, a fundar un nuevo Instituto religioso. Se comunica con la Madre María Eugenia de Jesús y le confía sus primeras intuiciones sobre la obra que quería emprender.

Turín, a 24 de junio de 1844.

Voto de humildad sacerdotal

Paso a hablarle algo de mí mismo. Le confesaré ante todo con un poco de vergüenza que he emitido aquí un voto, del que no sé qué decirle. Una tarde, me impresionó mucho pensar en el estado deplorable a que llevan a la Iglesia las ambiciones de algunos y de otra cosa de la que ya no me acuerdo. Sé que lo que me quedó como resultado fue renunciar a toda idea de dignidad eclesiástica y al día siguiente durante la misa, hice el voto de rechazar cualquier cargo en el mismo sentido que lo hacen los Jesuitas.

Pensando en un nuevo Instituto

Decirle las impresiones que he sentido después de esto me sería difícil. Algunas no son nada gloriosas, lejos de eso. Pero lo que quiero hacerle notar es que desde entonces, una idea que había tenido en otro tiempo, y que sólo estaba ya en estado de recuerdo, me ha



vuelto más fuerte que nunca, la de consagrarme a formarme una comunidad religiosa. Bastaría para decirle cuánto desearía poder conversar con usted. Y sin embargo ¿qué soy capaz de hacer? Nunca había visto más claramente mi cobardía, mi nulidad, mi inconstancia, mi amor propio. A veces me digo que tantos feos defectos deberían quitarme de la cabeza semejantes ideas, y a veces también pienso que Dios, al hacérmelas ver con tanta evidencia, sólo quiere probarme que si algo se realiza, será él quien lo habría hecho todo.

Incertidumbres a este propósito Usted me preguntará seguramente para qué debe servir esta comunidad. Por desgracia, mi querida hija, si se lo pregunta a mi razón, tendría un plan soberbio que exponerle; pero si se lo pregunta a mi sentido sobrenatural, le diré que todavía no percibo nada, y descanso sobre esta idea: Dios lo sabe. Además, (cosa rara en cierto sentido) me parece que Dios quiere solamente que me mantenga listo. ¿Para qué? No lo sé, quizá para partir para la eternidad. Y sin embargo, hay en el fondo de mi ser, un impulso hacia algo que ignoro en los detalles, pero que intuyo confusamente. Está también el reproche de no responder a la gracia. Rece por mí, para que desmadeje este misterio. Creo que ningún sacrificio me resultaría demasiado costoso si viera la voluntad de Dios claramente...

Nimes, a 16 de agosto de 1844.

Pensando en la vida religiosa Voy a ser hoy un tanto egoísta, mi querida hija, y comenzaré por responder a su última carta, en la que me habla de mis proyectos futuros. No puedo ocultarle que el pensamiento de hacerme religioso me ha

preocupado largo tiempo, pese a que no siento atracción por ninguna Orden existente, y si en este momento supiera positivamente que Dios me quiere en algún sitio, como he sabido que Dios me quiere sacerdote, no vacilaría ni un momento. Pero puedo asegurárselo, al menos en el estado actual de mi alma, no percibo ninguna señal muy pronunciada. Hay que esperar por lo tanto que Dios actúe, pidiéndole que haga de mí lo que guste, y esforzándose por corresponder a su parecer, si tiene alguno en el que esté implicado.

**Todavía falta de las
necesarias virtudes**

He aquí cómo me veo. Me parece que si bien tengo algunas de las condiciones para hacer lo que usted quisiera, me faltan muchas cualidades: no soy suficientemente perseverante; a veces me dejo demasiado llevar por el pensamiento de un bien cualquiera a realizar sin calcular, como debiera, el tipo de bien que debo hacer; me falta regularidad. Esto está especialmente determinado por mi temperamento; pero no es menos cierto que opongo muchos obstáculos naturales a la acción sobrenatural. Desde hace algún tiempo, me parece que adquiero mayor regularidad y mayor perseverancia; pero ello no ha llegado, eso me parece, al grado necesario para imprimírselo a los demás.

**Las obras que le
retienen**

Además hay que tener en cuenta ciertos hechos materiales. De entre las obras de las que me ocupo, hay tres que no puedo abandonar antes de verlas consolidadas: el Refugio, las Carmelitas y el colegio o pensionado que he fundado. El Refugio se sostendrá bastante bien dentro de poco. Las Carmelitas me parecen, por su parte, necesitar ser apoyadas al menos

durante dos o tres años. El pensionado me pesa mucho más. Retroceder en este momento me parece terrible, a causa de la postura del clero frente a la Universidad y preveo que deberé comprometerme por sumas considerables. A veces me vienen ganas de ir a alojarme allí, con el fin precisamente de poder observar a las personas y los caracteres que Dios me enviará o enviará, porque si encontrara a alguien que pudiera hacer funcionar las cosas, le cedería el paso gustoso.

Comenzaría en el Midi Desplazarme a París no me inquietaría. Pero tenga en cuenta que París es, para mí, mucho menos esencial que para ustedes, y por lo tanto comenzaré con menos inconvenientes en el Midi, salvo transportarnos más tarde a otros lugares. El Sur sin embargo ha sido bueno para las Órdenes. San Francisco, Santo Domingo, San Benito, San Ignacio y tantos otros han trabajado en el Sur y pese a que actualmente el movimiento está en el Norte, posiblemente la posición de nuestras regiones tendría su lado favorable. Pero todo esto no es sino una cuestión marginal, vuelvo a la principal.

Su falta de atractivo por los Jesuitas Aunque no me gustan los Jesuitas mucho más que a usted, no los juzgo exactamente como usted. Lo que hace que no me sienta atraído hacia ellos, es: 1° su carácter exclusivo; “nada es bello, bueno, perfecto sino la Compañía, non est ex praedestinitatis qui non est amicus Societatis”: me parece horrible; 2° sus tapujos, —me dicen que se van corrigiendo—; 3° su falta de naturalidad, resultado del modo como se las arreglan para domarles; 4° su incapacidad de comprender, al menos hasta el presente, lo que yo llamo la libertad católica y que

constituye, a mi parecer, el arma externa más poderosa de la que la Iglesia debe servirse para triunfar.

Base moral del Instituto proyectado La base moral que quisiera dar a una Congregación nueva sería: 1° la aceptación de todo lo católico; 2° la franqueza; 3° la libertad. Comprendo que nada tengo que decir de aquello que es necesario para que una Orden sea tal; sólo indico lo que debería distinguir a una Congregación moderna de aquellas que ya existen. Insisto: no conozco nada para hacer morir al espíritu particularista y el amor propio que la aceptación de todo lo bueno que hay fuera de uno mismo; nada conozco que gane tanto a los hombres de nuestros días como la franqueza, y no sé de nada más fuerte para luchar contra los enemigos actuales de la Iglesia como la libertad.

El pensamiento dogmático Estos pensamientos pueden ser mejor y más desarrollados, pero son, eso pienso, fáciles de comprender. En cuanto al pensamiento dogmático, si puedo expresarme así, se resume en estas pocas palabras: ayudar a Jesucristo a proseguir su encarnación mística en la Iglesia y en cada uno de los miembros de la Iglesia. Porque siguiendo esta realidad, creo yo, es como se puede plantar la verdad católica con toda su ventaja frente a los errores panteístas y materialistas de hoy...

En resumen, si Dios quiere que intente algo, me parece que me está pidiendo que espere todavía un poco. Sin embargo rezaré y trataré de apartar todos los obstáculos que personalmente pudiera aportar a su obra. A este respecto, acepto todas sus oraciones y el día de la semana que usted me quiera consagrar...

Comparto completamente su manera de ver respecto de lo que usted llama la pasión y la filosofía de las Órdenes religiosas. Mi pasión, la mía, sería la manifestación del Hombre-Dios y la divinización de la humanidad por Jesucristo, y esa sería también mi filosofía....

El nuevo Instituto comienza muy humildemente en el Colegio de la Asunción de Nimes que el Padre d'Alzon había tomado en sus manos en 1843. Sobre la meta y el espíritu del Instituto, he aquí las primeras notas en hojas sueltas, del puño y letra del P. d'Alzon. Las dos primeras, de un mismo tipo de escritura, están fechadas por parte del P. Vailhé "entre 1845 y 1850". La tercera que aparece junta en los archivos es de una fecha incierta.

I.

Nota para la Orden

No hay que olvidar que nos proponemos extender el reino de Jesucristo en las almas, pero que hemos de proponérselo ante todo perfeccionando lo más posible lo que hemos comenzado.

Por eso debemos aplicarnos a acompañar en cierto modo en el mundo a los jóvenes que hemos introducido en él. Cuando hayamos fundado una casa en un país, tendrá como meta desarrollar en su entorno, sobre todo mediante los Terciarios, todas las buenas obras que sea capaz de llevar adelante. Deberá, sea atrayendo lo más posible a los miembros jóvenes hacia el centro, sea organizando retiros, sea mediante reuniones de antiguos alumnos, constituir un hogar permanente de fe y de caridad.

Por eso los noviciados podrán ser largos, porque se podrá guardar como Terciario algún joven que no pudiera ser religioso.

2. Sobre la obra

Meta: el reino de Jesucristo en el mundo, preparación de su reino eterno.

Medios: la expansión de la verdad y de la caridad.

Verdad: enseñanza oral y escrita, ciencia y sus desarrollos, estudios.

Caridad: caracteres fuertes; amor a Dios y a los hermanos; noción de solidaridad, noción del deber; espíritu de oración, espíritu de sacrificio; lucha contra sí mismo, entrega a Dios y a todos; vida regulada por principio de conciencia; amor a la Iglesia.

Condición de los obreros: Amor a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia; celo por las almas; sacrificio e imitación de Jesucristo mediante la obediencia, mediante la pobreza, mediante el estudio, mediante el olvido de sí mismo.

Móvil de la vida: el espíritu de fe, vida en el mundo sobrenatural.

Medios externos: la enseñanza, la educación, el ejemplo, protesta severa contra el mundo, mansedumbre, búsqueda de la unión entre la verdad y los nuevos resultados de la ciencia, acción popular.

3.

No hay vida interior alguna, dice Faber, que no tenga el triple contenido de un interés profundo por las vicisitudes de la Iglesia, un gran respeto por las ceremonias litúrgicas de la Iglesia y un vivo amor por la Santa Sede.

II

PRIMERAS REGLAS

Las Constituciones primitivas se van estableciendo mediante la experiencia. Del primer proyecto que preveía 23 capítulos, destacaremos el número 1 sobre la meta del Instituto, que es el único que ha recibido un cierto desarrollo. La redacción definitiva de las primeras Constituciones data de 1854.

Un “resumen general”, ciertamente anterior a esta fecha, las precedía: lo damos aquí de acuerdo con el cuaderno de noviciado del P. Galabert.

Del primer libro de las Constituciones, llamado “de las reglas comunes”, se han extraído dos capítulos, el 1º y el 7º: veremos mediante un ejemplo cómo el P. d’Alzon ha adaptado nuestro Directorio, tomando textualmente de este primer libro todas las directivas espirituales que contenía. El texto que ha pasado al Directorio, va en caracteres más pequeños.

I. NOTAS PARA UN PROYECTO DE
CONSTITUCIONES
1849-1850

I. Meta de la Orden

La meta de la Orden se manifiesta mediante el cuarto voto de trabajar con todas sus fuerzas en la extensión del reino de Jesucristo en las almas: primeramente en la nuestra, en la de nuestros Hermanos y en la de todos los cristianos.

El espíritu de la Orden es, pues, un espíritu de celo y de apostolado.

Tenderemos particularmente a nuestra meta aplicándonos a hacer triunfar en nosotros y en nuestro derredor:

1º *La fe*, mediante nuestro espíritu de sumisión a la enseñanza de la Iglesia y al espíritu de esta enseñanza; mediante nuestro amor por la unidad de la Iglesia y nuestra filial dependencia de nuestro jefe; mediante nuestro respeto por la verdad que llevaremos en nuestros estudios, dejándonos penetrar por la importancia de nuestra vocación que consiste en hacernos sus defensores y soldados, y por ende los soldados de Jesucristo, Verbo, Dios, Verdad eterna; mediante nuestro espíritu de fe en la práctica de la obediencia, colocándonos siempre bajo la mano de nuestros superiores, como bajo la mano del mismo Dios;

2º *La esperanza*, mediante el desapego de los bienes de la tierra llevados hasta la práctica de la pobreza evangélica y el amor de los bienes sobrenaturales; mediante la humildad, es decir el desprecio de lo que es creado, incluso de nosotros mismos; y mediante la oración, es decir, la petición de la gracia y de sus dones y la aspiración hacia Dios, principio y término del hombre;

3° *La caridad*: a) mediante el amor de Dios a quien amaremos muy únicamente; mediante la castidad, es decir la renuncia a los placeres de los sentidos; mediante la mortificación, guardiana de los sentidos y medio para unir algunos sufrimientos expiatorios a los de Jesucristo; b) mediante el amor a Nuestro Señor que testificaremos sobre todo mediante la imitación de las virtudes cuyo perfecto modelo es él; c) mediante el amor a la Santísima Virgen, su madre y nuestra especial protectora; d) mediante el amor a la Iglesia, su esposa; mediante el celo por la salvación de las almas que se manifestará en nuestras obras de educación entendidas en el sentido más general del término, en las misiones entre los infieles y en la propagación de las obras de caridad, en las que podríamos hacernos ayudar por los Hermanos de la Orden Tercera.

Nuestro espíritu debe ser un espíritu de sencillez, de rectitud en la fe, de oración para acercarnos cada vez más a Nuestro Señor, de humildad en los estudios y de celo por el triunfo de la Iglesia...

2. RESUMEN GENERAL

La meta Nuestra pequeña Asociación se propone santificarse, extendiendo el reino de Jesucristo en las almas. Nuestro espíritu más particular reposa sobre un amor muy ardiente a Nuestro Señor Jesucristo y a su santa Madre, nuestra patrona especial, sobre un celo muy grande por la Iglesia y una adhesión inviolable a la Santa Sede.

Nuestra vida ha de ser una vida de fe, de entrega, de sacrificio, de oración, de espíritu apostólico y de franqueza.

Impactados por el espectáculo de las luchas suscitadas entre el clero secular y el regular, nosotros creemos que debemos observar, por encima de todo, los límites cuyo mantenimiento evitará cualquier choque comprometedor.

No nos inmiscuiremos en las obras a las que el clero secular pudiera especialmente tener derecho, de tal modo que, sabiendo a veces renunciar a un cierto bien, hagamos más perfectamente el que nos sea confiado y lleguemos mediante la edificación de una humilde caridad a estrechar los lazos de fraternidad que deben unir a los servidores de Jesucristo, sea cual sea la parte de la viña en que estén llamados a trabajar.

Los medios Nos proponemos más especialmente extender el reino de Nuestro Señor mediante las obras siguientes:

1° La enseñanza en el sentido más amplio de la palabra, en que nos aplicaremos a formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y a mostrar la necesidad absoluta de una unidad viva, no sólo en el dogma, sino también en la disciplina, bajo la dirección más y más respetada del Soberano Pontífice.

2° La publicación de libros que puedan servir a la enseñanza cristiana.

3° Las obras de caridad, mediante las que se pueda preparar a los niños para el cumplimiento de sus deberes cristianos en el mundo y a la reconciliación de las clases pobres con las clases ricas.

4° Los retiros que daremos ya en nuestras propias casas ya fuera, cada vez que esta clase de obras no cause demasiados inconvenientes.

5° Las misiones extranjeras y los trabajos para la destrucción del cisma y de la herejía.

No nos ocuparemos de obras exteriores, como predicaciones, confesiones y demás, sino en la medida en que estemos seguros de ser agradables a los miembros del

clero secular, bajo cuya jurisdicción nos colocaremos para llevarlas a cabo.

A este mismo fin nos aplicaremos a inspirar a los niños confiados a nuestro cuidado el sentimiento de respeto y afecto hacia sus pastores y la inteligencia de sus deberes de feligreses.

La vida religiosa Además de los tres votos, hacemos el de extender el reino de Jesucristo en las almas.

El voto de castidad no necesita explicación.

Deseamos dar el sentido más absoluto al voto de obediencia.

El voto de pobreza deberá comprenderse así. En el momento de la profesión, el novicio dispone de sus bienes, como él lo entienda, de modo que más tarde ya no pueda cambiar nada sin autorización del Superior general y que sus superiores no puedan forzarle a cambiar el destino indicado. Si algún legado imprevisto o un bien del que no hubiera dispuesto le llega después de la profesión, este legado o este bien pertenece a la comunidad, a menos que, por razones que sólo el Superior general juzgará, se vea como un deber el cederlo a la familia del religioso.

El Noviciado es de dos años. Al cabo de diez años de la entrada al Postulantado, se puede hacer un tercer año de Noviciado, y añadir el cuarto voto de consagrarse a la extensión del reino de Jesucristo en las almas, el cual se cumple mediante la entrega a las obras indicadas más arriba.

Los novicios son recibidos por el Superior general, o por aquellos a quienes el Superior general dé el poder para admitirlos, sea al Noviciado sea a la Profesión.

Miembros del Instituto La Congregación se compone:
1° de religiosos de coro, que se ocupan de las obras de enseñanza, de caridad o de apostolado, citadas más arriba;

2° de Hermanos conversos u Oblatos, que ayudan a los religiosos en las obras de caridad, en la medida de sus talentos y de sus fuerzas, y que no tienen parte en el gobierno, sea de la Congregación, sea de las casas;

3° de una Orden Tercera, cuyos miembros, fuera de la comunidad, se proponen mediante una conducta más severa realizar como una protesta contra las máximas del mundo y que pueden entregarse bajo la dirección de la Orden a las obras de celo, de caridad y de apostolado compatibles con su posición y capaces de extender el reino de Nuestro Señor en las almas.

Su gobierno La Congregación es gobernada por un Superior general vitalicio. El Capítulo general que le nombrará le dará según la necesidad uno, dos, tres o cuatro Asistentes generales que forman el Consejo con voz consultiva, excepto para los asuntos de dinero en que tendrán voz deliberativa.

Si el Superior general falta gravemente a sus deberes, pertenece a los Asistentes generales el deber de advertírsele y si es necesario elevar sus reclamos a la Sede apostólica para que sean tomados los medios para reparar los desórdenes.

Los Capítulos generales se celebran para la elección del Superior general y cada vez que el Superior general piense que lo exige el bien de la Congregación.

3. CONSTITUCIONES

Libro Primero: Reglas comunes

Capítulo I

Meta de la Orden y su espíritu

La meta de nuestra pequeña Asociación consiste en trabajar en nuestra perfección extendiendo el reino de Jesucristo en las almas. Por eso nuestra divisa se encuentra en estas palabras de la oración dominical: *Adveniat regnum tuum*.

El advenimiento del reino de Jesucristo para nosotros y para el prójimo; he ahí lo que nos proponemos ante todo. Los medios para alcanzar esa meta son: para nosotros, la práctica de las virtudes religiosas; para el prójimo, las obras de celo que determinaremos más adelante.

Las virtudes religiosas en las que nos ejercitaremos son:
1° — *La Fe* que nos introducirá en el mundo sobrenatural.
— Creeremos de todo corazón lo que cree y enseña la Iglesia, e iluminaremos de algún modo cada una de nuestras acciones con la luz de los misterios divinos; de tal manera que todas nuestras realizaciones aun las menores estén hechas bajo la mirada de Dios y animadas por un deseo de realizar en nosotros alguna de las enseñanzas de Nuestro Señor.

Practicaremos además esta virtud, mediante nuestra sumisión sin límites, no sólo a la enseñanza de la Iglesia, sino también al espíritu de esta enseñanza; mediante nuestra fiel obediencia al Soberano Pontífice, del que secundaremos con prontitud todas las intenciones conocidas; mediante nuestro respeto por la verdad manifestada en el depósito de los dogmas religiosos, penetrados como estaremos de la importancia de nuestra vocación, que consiste en llegar a ser los defensores y soldados, y por ende soldados de Jesucristo, Verbo de Dios y Verdad Eterna; en fin mediante nuestro espíritu de obediencia a la regla y a nuestros superiores, ya que la fe nos muestra a

Dios mismo en la persona de todos aquellos que en nuestra pequeña asociación están colocados por encima de nosotros.

2° — *La Esperanza*¹⁾: ponemos nuestra confianza en Dios solamente, nunca en los medios humanos: nos esforzaremos por despreciar todos los bienes creados, para adherirnos solamente a los del Cielo. La pobreza evangélica será para nosotros como la prueba externa de la práctica de la Esperanza, y beberemos en ella el auténtico espíritu de humildad, es decir el desprecio y el odio a nosotros mismos; finalmente el espíritu de oración mediante el cual pediremos las gracias necesarias para cumplir la ley de Dios y sus consejos, así como la convicción de que todo aquello que no es Dios y no se refiere a él, no es digno de nosotros.

La Esperanza así practicada, nos inspirará el agradecimiento más profundo hacia los dones de Dios, recordando las palabras del Apóstol que nos recomienda dar gracias por todo lo que nos pasa: *In omnibus gratias agentes* [Efesios 5, 20].

La Esperanza será para nosotros el principio de una confianza absoluta en Nuestro Señor, en todas las pruebas. En el momento de su Pasión decía a sus Apóstoles: *Non turbetur cor vestrum neque formidet. Creditis in Deum et in me credite* [Juan 14, 1]. (Y cómo en el momento en que pronunciaba estas palabras se iba a cumplir en él la profecía que decía de él: será saciado de oprobios: *saturabitur opprobriis* [Lamentaciones 3, 30]).

Sean cuales sean las pruebas que nos sobrevengan tendremos confianza de que, con tal de que le seamos fieles, no nos abandonará; ya que él mismo nos ha prometido la persecución al mismo tiempo que la victoria: *Si me persecuti fuerint et vos persequentur: in mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum* [Juan 16, 33].

Que sobre todo los religiosos de nuestra pequeña familia recuerden:

1° No pedir nada en sus oraciones que no tienda a la mayor gloria de Dios.

2° En las pruebas que Dios les envíe no pedir ser liberados, sino en la medida en que tal liberación servirá a la mayor extensión del reino de Nuestro Señor.

3° Aunque buscando la liberación de las pruebas temporales, que se propongan únicamente una mayor facilidad para el servicio

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 55.

de Dios: al que deben estar enteramente y absolutamente consagrados.

4° Que recuerden que si el Señor Jesús ha salvado al mundo mediante la cruz, en el amor a la cruz es donde deben buscar su bien, su fuerza y su reposo: en fin que estén convencidos de que sus pruebas son nada comparadas con las que ha sufrido Nuestro Señor Jesucristo y que si aman a este divino Maestro deben olvidar sus propias penas frente a las que él ha sufrido y a las que está expuesta, todos los días, la Iglesia, su celeste Esposa: más o menos como un niño que sufre una ligera dolencia lo olvida rápidamente para ocuparse solamente de su madre que cae de repente gravemente enferma. En este sentimiento, ejercitándose en el olvido amoroso de sí mismos, los religiosos de la Asunción ofrecerán en el Santo Sacrificio y a Nuestro Señor presente en el sagrario su corazón y su capacidad de sufrimiento en expiación por todo lo que se comete contra Dios y contra su Iglesia.

3° — *La Caridad*¹⁾: cuya práctica comprende el amor a Dios, a quien amaremos exclusivamente; *la castidad*, que al desapegarnos de todo afecto a los placeres de los sentidos, nos ayudará a dirigir todas las aspiraciones de nuestro corazón hacia Dios; *el amor* a Nuestro Señor, que nos esforzaremos por probárselo mediante la imitación de las virtudes de las que su santa humanidad nos ofrece el más acabado modelo y mediante nuestra dependencia de su espíritu en todas nuestras acciones de acuerdo con lo que él mismo nos dice: *Vos amici mei estis, si feceritis quae praecipio vobis* [Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando] [Juan 15, 14].

La Caridad engloba además el amor a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo y nuestra especial patrona; el amor a la Iglesia cuyos intereses son los nuestros; la devoción a los Santos Ángeles, pero sobre todo a los Ángeles Custodios de nuestros hermanos y de las personas que nos están confiadas.

El amor al prójimo se manifiesta mediante nuestra suavidad en soportar el mal que nos pudiera causar; por nuestra disposición a rendirle todos los servicios que comporta nuestra vocación; por nuestra cordialidad y nuestro espíritu de franqueza:

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 67.

pero sobre todo mediante el celo en todas las obras a las que nos entregaremos para el bien de las almas. En fin, la caridad nos revelará aquel espíritu de unidad que Nuestro Señor pedía a su Padre en el momento en que acababa de instituir el Sacramento de la Eucaristía y en que iba a verter su sangre para la salvación del mundo: *Ut omnes unum sint... ut dilectio qua dilexisti me, in ipsis sit et ego in ipsis...* [para que todos sean uno..., para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos...] [Juan 17, 21] y como Dios es amor, de acuerdo con la palabra de San Juan, y que quien permanece en el amor permanece en él, pediremos sin cesar al Espíritu de Amor que procede eternamente del Padre y del Hijo, que nos una con un lazo indisoluble a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia, a nuestros hermanos y a todas las almas que nos estén confiadas.

Este espíritu de unidad es el que nos mantendrá apartados de las luchas demasiado a menudo levantadas en el seno mismo de la Iglesia, entre el Clero secular y el Clero regular. Nos atenderemos con el mayor rigor a mantener los límites, cuyo respeto evitará cualquier choque con las personas empleadas como nosotros en la salvación de las almas. No nos inmiscuiremos en las obras a las que el clero secular parecerá tener especialmente derecho, y sabremos renunciar a un cierto bien para llevar a cabo más perfectamente el que nos sea más directamente confiado y llegar mediante la edificación de una caridad humilde a estrechar los lazos de fraternidad que deben unir a los servidores de Jesucristo, sea cual sea la parte de la viña en que estemos llamados a trabajar.

Nos proponemos más especialmente extender el reino de Jesucristo mediante las obras siguientes¹⁾:

1° La Enseñanza, entendida en el sentido más amplio de la palabra; es decir, Colegios, Seminarios, enseñanza superior. No nos ocuparemos de la enseñanza primaria si no es para darla gratuitamente. Nos dedicaremos a formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y a mostrar la necesidad de una absoluta unidad viva, no sólo en el dogma sino también en la disciplina, bajo la dirección más y más respetada del Soberano Pontífice. Porque, si uno de los mayores males de los tiempos actuales es

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 96: La enseñanza.

el espíritu de separación que tiende a disolver los lazos de la sociedad de las inteligencias, es necesario que una de las razones de ser de nuestra pequeña asociación consista en los esfuerzos de sus miembros por acercar mediante la enseñanza los espíritus y los corazones al centro común que Jesucristo ha dado a su Iglesia.

2° La publicación de libros que puedan ayudar a la enseñanza cristiana. Las calumnias que desde hace tres siglos acumulan contra la verdad Protestantes y Filósofos, nos ponen en la obligación a los defensores de esta verdad divina de disipar tantas tinieblas que han opacado la ciencia moderna.

3° Las Obras de Caridad, mediante las que se puede preparar a los niños confiados a nuestros cuidados al cumplimiento de sus deberes de cristianos en el mundo. No podemos ignorar que un gran odio subsiste en el corazón de los pobres contra los ricos. Ello viene sea de la pérdida de la fe en las clases inferiores, sea del uso escandaloso que las clases superiores han hecho de sus bienes. Para reparar en la medida de lo posible un mal tan grande, nos aplicaremos a persuadir a los jóvenes que nos sean confiados, del amor y respeto por los miembros sufrientes de Jesucristo y a inculcarles la obligación de mitigarlos, no sólo mediante una fría limosna, sino más bien mediante sus palabras, sus consejos, sus estímulos y sus consuelos.

4° Los Retiros: los daremos sea en nuestras casas sea fuera de ellas, siempre que en este segundo caso, este tipo de obra no suscite graves inconvenientes.

5° Las Misiones Extranjeras y los trabajos para la extinción del cisma y de la herejía.

No nos ocuparemos de obras externas como predicaciones, confesiones y otras, sino en la medida en que estemos seguros que ser aceptados por los miembros del Clero secular bajo cuya dirección nos pondremos para llevarlas a cabo.

Con este mismo fin nos aplicaremos a inspirar a los niños confiados a nuestros cuidados, sentimientos de respeto y de afecto hacia sus pastores y la inteligencia de sus deberes de feligreses.

Capítulo VII

Los Votos

Además de los tres votos de *pobreza*, de *castidad* y de *obediencia*, hacemos un cuarto voto, el de consagrarnos a la extensión del reino de Jesucristo en las almas. Este voto implica para nosotros la obligación de hacernos presentes con todo el celo posible en las obras de caridad, de las que hemos hecho mención más arriba, en los límites de las cuales queremos restringir nuestra acción. Estos votos serán simples, mientras no hayamos recibido la aprobación del Soberano Pontífice, y el Superior general podrá dispensar de ellos, salvo el de castidad perpetua.

La estima en que los religiosos deberán tener sus votos, será la medida de su fervor. Cuanto más los observen regularmente tanto más seguros estarán de atraerse la bendición de Dios sobre ellos; así como también la relajación en estos cuatro puntos esenciales, sería el signo más cierto de decadencia y de la cólera de Dios sobre nuestra pequeña asociación.

III

EL TEMA DEL REINO

Del 5 de noviembre de 1870 al 20 de marzo de 1871, el P. d'Alzon da a las Religiosas de la Asunción, en presencia de la Fundadora y de las novicias replegadas en Nimes, como consecuencia de la invasión alemana, una serie estimable de 53 Conferencias espirituales sobre el espíritu y las virtudes de la Asunción.

Predicaba improvisando a partir de un esquema sucinto. Las Hermanas reprodujeron estas instrucciones tan fielmente como pudieron y el Padre recibió una copia. "Comienzo rindiendo homenaje a las secretarias de mis conferencias, escribía el Padre a la Fundadora, el 12 de noviembre de 1871. Hablando con propiedad sólo la primera está algo mal redactada; las siguientes por el contrario cada vez lo están mejor".

Del 9 de noviembre al 7 de diciembre de 1871 vuelve a dar cuarenta de estas conferencias en el noviciado de Le Vigan adaptándolas a su nuevo auditorio: la minuta de estas conferencias, por desgracia, está muy mal redactada. Estamos forzados a atenernos al texto de Nimes, para los extractos siguientes, y que será fácil relacionarlos con los temas tratados en la primera parte de este libro.

EL ADVENIMIENTO DEL REINO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Hermanas mías:

Divido en dos partes mi tema:

1° ¿Qué ha de ser el reino de Dios para vosotras?

2° ¿Cómo debemos procurar que venga el reino de Jesucristo?

El tema que abordo es importante para vosotras, Hermanas mías, porque ya que hemos impreso un sello a la Congregación, ya que hemos tomado una divisa, hay que ponerla en práctica. Recuerdo que cuando, en la calle Impasse des Vignes, hablábamos con vuestra Madre general de estos comienzos, la divisa *Adveniat Regnum Tuum* fue propuesta por mí. Me había llamado la atención en las Hermanas de Marie-Thérèse por su belleza y su profundidad. Ignoro si entre las Hermanas de Marie-Thérèse la vida está a la altura de esta divisa, pero por lo que a nosotros respecta, Hermanas mías, ¿nos quedaremos siempre por debajo de lo que hemos de hacer para procurar esta gloria a Dios? Creo que la inteligencia de esta palabra es de gran aplicación al tiempo presente.

I. ¿Qué debe ser el reino de Dios para vosotras?

**Los derechos de Dios
ignorados**

Primera proposición: *La proclamación* de los derechos universales de Dios. Estos derechos son más que nunca ignorados por todos los errores del tiempo presente. Pero daos cuenta de que estos errores, que son excesivos, y llegan hasta la extrema negación, tocan al mismo tiempo a la extrema verdad (ateísmo, fata-

lismo). Los errores pululan en nuestros días, destierran a Dios de todas partes. El mundo repite la palabra del libro de Job (21, 14): *Qui dixerunt Deo, recede a nobis*: Dijeron a Dios: “retírate de nosotros”. Y, Hermanas mías, lo mismo que expulsan a los príncipes de sus tronos, así los impíos quieren expulsar a Dios del cielo. ¡Nada de Dios! ¡Abajo Dios! Es la última palabra del ateísmo; es el grito que ha resonado en París en medio del mundo impío. ¡Y tras esto, no habrá en el ejército de Dios guerreros y guerreras que devuelvan a Dios sus derechos! Comprendéis la oportunidad de la Asunción, como os digo, para devolver a Dios sus derechos, para establecer la proclamación del reino de Jesucristo.

El problema social está ahí, Hermanas mías, no se piensa suficientemente en ello, no se busca la solución allí donde se encuentra. Los derechos de Dios implican el reconocimiento de la propiedad soberana de Dios. *Domini est terra et plenitudo eius* (Salmo 24, 1). El comunismo destruye este orden, sustrae al Dueño sus derechos soberanos.

Los ricos dicen: “Los bienes son nuestros”; los pobres: “No son de nadie”. Estos errores proceden de la negación de Dios. Es la eterna lucha entre el pobre y el rico sobre la propiedad de los bienes; durará mientras los derechos de Dios no sean proclamados. ¿Sentís el problema social con sus dificultades insuperables, la lucha entre quien tiene y quien no tiene? Y los dos dicen: Estos bienes son míos porque pertenecen a todos. Cuestión insoluble. Sólo Dios puede resolverla. Que venga con sus derechos de Dueño soberano y diga: “Es mío. Yo doy a los ricos como mis granjeros, y quiero que los ricos den a los pobres y quiero que los pobres no roben. Me perjudican cuando expulsan a mis granjeros, porque el propietario soy yo, soy yo quien distribuye libremente la administración de mis bienes”.

Los derechos de Dios proclamados mediante la adoración La proclamación universal de los derechos de Dios, ¿qué es, Hermanas mías? Es ante todo la adoración, el reconocimiento de su soberano dominio sobre todas las cosas.

La negación de este primer mandamiento es la causa mayor de todos los trastornos sociales. Los pueblos no quieren nada con Dios, y he ahí al comunismo que los golpea. Los gobiernos también le expulsan y Dios se venga en sus príncipes y reyes. El orden no volverá hasta que Dios sea adorado. Los reyes quieren ser Dios. Todos están en ello, unos más otros menos. No digo que Guillermo o Napoleón sean ateos, pero si no lo son en principio, lo son en la práctica, pues su gobierno es ateo. Los reyes osan decir a Dios: “¡Quítate de ahí!”, y ved la contrapartida, los pueblos se lo dicen a los reyes. Para que el orden se restablezca, hay que recolocar a Dios en su trono.

Entonces vosotras decid: “Dios mío, voy a consagrar mi vida a devolveros vuestro trono exterior, no el del cielo, ese nadie puede arrebataroslo, sino el de la tierra; está entre las manos de los malos, me entrego a volver a colocaros en él y voy a dedicar toda mi vida a eso”. ¡Obra hermosa, Hermanas mías! Gran misión que puede ocupar y colmar toda una vida.

Así comprenderéis lo que es trabajar para adorar a Dios y hacerlo adorar. ¡Esa es la vida de los Serafines. Se trata del grito de la Iglesia en las primeras palabras del Oficio: *Venite adoremus*. Porque mirad, hijas mías, que nosotros, en nuestras devociones, en nuestros principios, somos sencillamente católicos. Dejemos a otros los hermosos sistemas, las bellas comparaciones, siempre habrá que volver al Pater noster. Nosotros tomamos estas palabras: *Adveniat Regnum Tuum*. No las hemos descubierto nosotros, no las hemos inventado, –son viejas como el

Evangelio—, pero tenemos la pretensión de sacar de ellas las consecuencias aplicables al tiempo presente para la restauración de la adoración a Dios. Si Francia adorara un poco más no estaríamos donde estamos. De ahí un trabajo que hay que hacer: ¿en qué consiste la adoración que debemos tributar a Dios para expiar el crimen de quienes no le adoran, y de qué utilidad no serán las almas que se entregan a restablecer el reino de Dios?

**La Realeza de
Jesucristo. Su realeza
universal**

Este reino puede ante todo ser considerado bajo un punto de vista: *la realeza de Jesucristo. Postula a me, et dabo tibi gentes in haereditatem tuam* (Salmo 2, 8). Los Salmos, los Profetas, el Apocalipsis están llenos de esta realeza de Cristo. Conocéis las palabras: *Data est ei corona, et exiit vincens ut vinceret* (Apocalipsis 6, 2). *Habet in vestimento et in femore suo scriptum: Rex regum et Dominus dominantium* (Apocalipsis 19, 16). Es el Rey de reyes. Antiguamente Jesucristo era el Rey de los pueblos y de las sociedades, cuando eran cristianas; ya no lo es hoy. No quiero examinar esta cuestión desde el punto de vista político. Existe ahí una triste contrapartida, y tal como van las cosas, nos hemos acomodado bien a ellas. Parece que existiera una conspiración mundial para abolir la realeza de Jesucristo. *Nolumus hunc regnare super nos* (Lucas 19, 14).

**Realeza sobre las
almas**

Paso al segundo rasgo, *Jesucristo es el Rey de las almas*. Cada alma es un reino que le pertenece, en cuanto el hombre es un pequeño mundo y Jesucristo reina sobre cada alma. Aquí la extensión del reino de Jesucristo implica algo muy especial para vuestra perfección. Es necesario que reine sobre nosotros, antes de

que podamos hacerle reinar sobre los demás, es necesario que sea realmente nuestro Rey. Le daremos tanto más la realeza sobre las almas cuanto más hayamos establecido la suya sobre nuestras almas.

Consecuencias personales

Consideremos lo que hay de fuerte y poderoso en este pensamiento de que Jesucristo es nuestro Rey. Recordad que si Jesucristo condesciende en tomar a una pequeña religiosa por esposa, es el Rey quien viene a hacer unas nupcias eternas. Para él ha sido dicho: *Attolite portas, principes vestras, et elevamini portae aeternales: et introibit rex gloriae* (Alzaos puertas, alzad los dinteles, va a entrar el rey de la gloria). (Salmo 24, 7). ¿Quién es ese que viene al encuentro de la esposa en la majestad de su rango? Es el Rey. Es Rey antes de ser Esposo. Habéis sido hechas sus súbditas el día de vuestro bautismo en su sangre, y si, desde entonces, se ha dignado tender la mano hacia vosotras para una alianza sagrada, no lo olvidéis, sigue siendo el Rey.

De ahí proceden para vosotras algunos deberes, deberes de obediencia, de respeto, de relaciones íntimas reforzadas, dulcificadas por sentimientos de esposa. Pero ante todo sois reinas en tanto que esposas del Rey. Ved, pues, el carácter purísimo, altísimo, santísimo, excelentísimo de una religiosa, esposa de Jesucristo, de un Rey. Os invito a ser reinas, a tener sentimientos regios.

Y en primer lugar, reinad sobre vosotras mismas, reinad sobre vuestra alma. *Regnum Dei intra vos est* (Lucas 17, 21). Sed dueñas de vosotras mismas; de lo contrario, se recibe mal a su Rey en un alma en desorden, que olvida que su Esposo viene para reinar sobre ella. Antes de trabajar para hacer reinar a Jesucristo sobre los demás, hacedle pues reinar sobre vosotras. Daos cuenta de que

con el reino exterior también está el reino interior. Tenéis la obligación absoluta de establecer en vosotras el más hermoso, el más ordenado de todos los reinos, de observar sus leyes, recordando que en este reino los consejos son leyes. Así se establecerá en vosotras toda perfección, haciendo verdaderamente que vuestro Esposo reine en vuestras almas.

Servicio a la Iglesia ¿Qué diré sobre *el honor de trabajar en la extensión del reino de Dios en la gran sociedad que es la Iglesia?* En épocas pasadas no se prestaba una atención tan grande a la misión de las mujeres, la acción estaba reservada a los hombres. Es cierto que se ha visto a una Santa Teresa, a María de Ágreda y a otras ejercer una influencia en su sociedad; pero la acción directa de las mujeres es hoy mucho más aceptada, eso es incontestable. Los Papas favorecen el apostolado de los conventos de mujeres, y en ello se puede ver la acción del Espíritu Santo.

La conciencia de ese trabajo está en vuestra Congregación, debéis extender el reino de Jesucristo no sólo en las almas sino también en la Iglesia, la gran Esposa de Jesucristo. Ya veis el lugar que ocupáis en la Iglesia de Jesucristo. Si los primeros ciudadanos del cielo son los Apóstoles, una Congregación apostólica participa de este privilegio especial. Depende de vosotras, Hermanas mías, de vuestra entrega a la causa de la Iglesia.

Entrega que ello impone Quisiera transmitir os un cierto espíritu. Aquí sólo lo esbozaré; vuestra Madre general completará y aplicará lo que voy a decir. Es el momento, Hermanas mías, de plantear una guerra completa a la personalidad mediante una entrega sin límites a la causa de Jesucristo. Que ya no haya cuestiones de personalidad, de

egoísmo, de individualismo; somos indignos de nuestra misión si conservamos algunos sentimientos estrechos. Es el momento de dilatar vuestro corazón: *Dilatamini et vos*, dice San Pablo (2 Corintios 6, 13). Abridlo a las nobles aspiraciones; olvidaos de vosotras mismas totalmente. Sentimientos estrechos, personales, mezquinos ante una obra tan grande, yo digo que es abominable, perdonadme la expresión, Hermanas mías; y sobre todo si consideraréis en vuestra vocación religiosa la llamada a hacer el cuarto voto de extender el reino de Jesucristo en las almas.

Dios os hace un insigne honor, ¿y pretendéis presentarle un corazón encerrado, lleno de sí mismo? Oh, no, ¡*dilatamini et vos!* Tomad un corazón grande como la Iglesia, ese océano inmenso en que Dios ha colocado todos sus tesoros. Lo que Dios más ama es la Iglesia; le ha entregado a sus elegidos. La Iglesia es la Esposa de Jesucristo; más aún, es el resumen de todos los santos y de todas las esposas de Jesucristo; es la obra maravillosa por excelencia. ¿Y vuestro corazón no saldrá de su estrechez? ¿Y no iréis al encuentro de la inmolación? Ah, tendremos paciencia con los corazones encogidos que dudan aún en darse, pero haremos cuanto podamos para animar a las almas a un santo celo. Dejo el comentario práctico a vuestra Madre, pero se necesita el olvido de sí, adorar a Dios, entregarse, predicar con el ejemplo.

Voy a sacar de lo que precede una conclusión que os parecerá severa.

Ya que el honor que se hace a una religiosa por el cuarto voto es tal, hay que examinar mucho antes de permitir pronunciarlo. Se trata de un honor maravilloso y no es dado a todo el mundo el llevarlo. Por otra parte, es cosa muy seria en la Congregación, para poder concederlo sin todas las disposiciones convenientes. Una religiosa per-

sonal, llena de sí, aunque sea muy amable, es incapaz de pronunciar el cuarto voto.

II. ¿Qué hacer para procurar el reino de Nuestro Señor Jesucristo?

1º *Proclamar los derechos de Dios entre el pobre y el rico.* Vosotras no tenéis mucha relación con los pobres, pero ¡qué misiones admirables os proporcionan vuestras obras con los ricos! Tenéis un poder maravilloso para abordar esta cuestión. ¿Cuál es este poder? Vuestro voto de pobreza, Hermanas mías. El amor a la pobreza voluntariamente aceptada os permite decir a los ricos: “La felicidad no está en las riquezas”; y a los pobres: “Encuentro mi felicidad en no tener nada”.

Existe una consecuencia que sacar en los tiempos presentes: es la necesidad para una religiosa de aportar un servicio real a la sociedad colocándose con un gran desinterés entre los ricos y los pobres. Os voy a dar un ejemplo. Mirad lo que las Congregaciones religiosas hacen por los heridos en estos momentos. Ante el pueblo, la gente inculta, eso parece admirable. Desde el punto de vista sobrenatural, una Carmelita en su clausura, ayudando y rezando, dándose la disciplina, hará más, os lo concedo. Pero es evidente, respecto de la acción directa sobre los hombres, que las Hermanas hospitalarias que se entregan a la mitigación de los males presentes, han apaciguado la cólera de los malvados contra los ricos.

Vuestras Hermanas mismas en Sedán, en Auteuil, en Reims, han trabajado en esta gran empresa; tienen su influencia en esta gran lucha de los pobres contra los ricos y también en las disposiciones anticristianas de los ricos contra los pobres. En cierto modo quieren el restablecimiento de la esclavitud mediante la destrucción de los

lazos de caridad que unen a todos los hombres como hermanos.

Vuestra misión, Hermanas mías, será predicar el reino de Dios, decir: “El reino de Dios no está en la riqueza. Vosotros los que la poseéis no busquéis en ella el reino de Dios; vosotros los que sois los desheredados de la fortuna, no envidiéis lo que no os dará la felicidad. La felicidad no está sino en este reino en que Dios quiere ser la recompensa infinita de quienes le sirven: *Ego sum merces tua magna nimis* (Génesis 15, 1). Ved cómo la práctica sincera de la pobreza puede hacer un bien infinito en la sociedad, donde un odio incesante se enciende bajo la instigación de los apetitos materiales y sopla la desunión entre los hombres. Si tenéis dudas considerad a Jesucristo. ¿Qué ha hecho Nuestro Señor? Se ha hecho el más pobre de todos en medio de una sociedad hundida en el materialismo del lujo y del placer. Convenía que así fuese, porque ahí residía su poder para levantar al mundo. Había entonces un mayor trabajo social que hacer que incluso hoy. ¿Por qué tomaríais medios distintos de los de Jesucristo y sus apóstoles?

Hay que ver cómo os las arreglaréis para ello. Colocaos en nombre de vuestra pobreza voluntaria entre el rico y el pobre, pero por encima de todo poned el pensamiento de Dios.

2º *Realizar una acción mediante la adoración.* Ya os he hablado de la adoración. Hay dos maneras de entenderla: una exterior y otra completamente interior englobando el conjunto de las relaciones íntimas con Dios y de las que tantas religiosas no tienen una idea precisa. Se reza, se comulga, se va ante el Santísimo, se recita el Oficio, pero ese sentimiento profundo de la adoración ante la majestad de Dios, no siempre se tiene; o bien si se tiene, se aleja constantemente de nosotros. Ignoro si hay una excepción entre las religiosas de la Asunción; pero

conozco a uno de nuestros religiosos que se ve obligado a recogerse varias veces al día para permanecer en este estado de adoración.

Adorar es ponerse bajo el peso de Dios. Entiendan bien, Hermanas mías. ¿Qué quiere decir el peso de Dios? ¿Quién lo dirá? Perderse en Dios, anonadarse bajo la carga de su gloria, seguir siendo nada ante su presencia, reconocer el todo de Dios. Una religiosa de la Asunción que tuviera la vocación de la contemplación tiene ahí un vasto campo que recorrer: adora, camina tras los profetas.

3° *Extender el reino de Jesucristo en la sociedad.* Me planteo la siguiente pregunta: ¿Tenéis que trabajar directamente en este reino para hacer que las sociedades sean cristianas? No, si se trata de política humana; sí, si se trata de reformar las costumbres sociales, de hacerlas cristianas. Evidentemente desde este punto de vista hay mucho por hacer; hay que estudiar los grandes principios cristianos y propagarlos mediante la educación.

Así como una piedra no es más que un conjunto de granos de polvo aglomerados, así la sociedad se compone de granos de un polvo animado que son los hombres. Vosotras trabajáis en perfeccionar uno de estos granos de polvo, contribuís así a la belleza de todo el edificio. Será poca cosa: tendréis tres, cuatro niñas, cien quizás en algunas casas. Yo os digo que esa influencia será suficiente para hacer calar el sentimiento de Dios en la sociedad y que, para llegar a este resultado, se necesita que vosotras mismas hayáis impreso muy fuertemente en vuestro corazón el sentimiento de adoración.

Hermanas mías, compensemos a Dios, tan desconocido, tan ignorado haciéndole adorar por otros. Lo haréis si estáis vosotras mismas penetradas de esta necesidad de la

adoración, de esta verdad de que todos los males sociales reposan sobre esta negación del todo de Dios. El nivel de las costumbres sube en la medida en que el pensamiento de Dios domina, baja en la medida en que declina.

Me diréis: ¿lo que nos pide es una presencia continua de Dios? Sí, el reconocimiento perpetuo de los derechos de Dios sobre vosotras. Nada más que eso.

No voy a explicar aquí qué influencia pueden ejercer las Órdenes religiosas desde el punto de vista político, importante cuestión que no quiero abordar, hablo sólo de la cuestión social. Está entre vuestras manos, sois solidarias del reino de Dios. Tenéis pues que dar en vuestra enseñanza principios muy claros, muy sencillos, muy rectos y muy enérgicos. Aquí abordo el orden de la fe y examino los derechos supremos de Dios sobre la inteligencia.

Habéis de servir la verdad a las almas; vuestra enseñanza debe estar impregnada del pensamiento de Dios. A vosotras os pertenece realizar el reino de Dios en las inteligencias. El crimen de la Universidad, lo digo muy alto, consiste en expulsar a Dios de las escuelas. Creo que estamos obligados a luchar contra esa tendencia y ahí reside una de nuestras misiones en el tiempo presente. ¿Apreciáis claramente, Hermanas mías, el honor que Dios os hace al confiaros la defensa de su causa? Vosotras sembráis la verdad. Las religiosas de la Asunción, con las manos llenas de principios, salen a sembrar: *Ecce exiit qui seminat seminare* (Mateo 13, 3). ¿En qué campo? En las almas de sus alumnas. Sin duda lo harán con toda la delicadeza, todo el cuidado conveniente, pero sembrarán siempre.

4° *Dar a conocer a Jesucristo a las almas.* Primero en su familia. Una religiosa puede hacer tanto bien en sus relaciones con la parentela, a veces hablando, más a menudo callando, lo cual está mucho mejor. ¡Si supierais todas las cosas absurdas que he escuchado a otras religiosas en otros conventos! Sin embargo, una religiosa guiada por la prudencia de su Superiora, si es joven podrá mediante su buena dirección llevar el espíritu cristiano a una familia. La influencia se hará sentir por sus buenos modales, por esas pequeñeces que hacen percibir que se trata de una santa, que Dios reina en ella. El bien que está llamada a hacer es incalculable.

Esto no es una regla absoluta, porque hay religiosas que no lo logran, hablo solamente de aquellas que son capaces de hacerlo; las otras harán mucho mejor rezando por las que tienen esa capacidad. Con un tacto sobrenatural, estas últimas devolverán ciertamente la práctica de Dios a las familias. Pero llegar allá, ahí está el trabajo. No es raro escuchar decir que una religiosa de la Asunción es encantadora, maravillosa, ¡cuántas veces lo hemos oído repetir! Eso es muy corriente, pero les aseguro que menos a menudo he escuchado decir: ¡es una santa! He ahí una hermosa ocasión para llegar a serlo.

No os gustan los locutorios; hay ahí mucha fatiga para vosotras, aburrimiento, correspondencias penosas, malos caracteres que soportar, y se trata de aquellas personas a las que a menudo se hace mayor bien. Estáis obligadas a santificaros dando la limosna espiritual, pero no necesito añadir que hay que aportar en esta obra mucha prudencia y discreción.

Había pensado hacer una gran lista de las obras que deberíais practicar. Pero, ¿para qué? Se presentan solas cada día. Las cosas son buenas una vez, no lo son en otra ocasión. La introducción del cañón acanalado ha cam-

biado todo el sistema de la guerra, como la forma de los batallones adoptada por Napoleón ha trastocado toda la táctica militar. En todas las cosas, algo bueno en sí puede fallar por la oportunidad.

5° Trabajar por el reino de Jesucristo que es la Iglesia.
Se trata de un gran honor, Hermanas mías. Una de las cosas que me permite esperar un gran porvenir para vuestra Congregación es vuestro amor tan entregado, tan franco, tan leal por la Iglesia; sois de la Iglesia. Se os han hecho grandes reproches. No voy a negar que no tengan en gran parte algún fundamento, a menos en sus tres cuartas partes, lo concedo, y en esto, hijas mías, no me coloco aparte, me solidarizo con vosotras, podéis creerme. Pues bien, hay algo que me consuela, nosotros pensamos como el Papa y la mayoría de los obispos del mundo católico. Se trata de una ligera compensación, me parece. Hemos tenido que sufrir un poco, pero era por una creencia que se ha transformado en un dogma. ¡Hermosa desgracia!

Se han escrito las persecuciones que siguieron a los ocho primeros Concilios; las estamos viendo desencadenarse para éste. No me esperaba, os lo confieso, a todo lo que está pasando, pero el diablo furioso está desencadenado y Dios le permite descargar su cólera como sobre el santo Job. Eso hace bien a la Iglesia, aunque me pasaría de ello a gusto. Es un gran honor padecer con la Iglesia, lo mismo que poder decir por adelantado: pienso como el Papa. Sí, pero eso nos impone deberes.

Hay que servirse de ese sentido profundamente católico que Dios os ha dado; hay que servirse de él con fuerza, con misericordia, con gran caridad apostólica, hundiendo las raíces de nuestra enseñanza en la verdad católica.

Concluyo, Hermanas mías. Necesidad absoluta del reino de Jesucristo en el mundo. Nada más hermoso que ser llamado a restaurarlo. Yo soy indigente, miserable, me diréis, y pese a ello el Señor me confía la más alta de las misiones, si tengo la fortuna de pronunciar un día el cuarto voto, el de procurar mediante toda mi vida la extensión del reino de Jesucristo en las almas.

(Cuarta Conferencia, 8 de noviembre de 1870)

SOBRE LA ADORACIÓN

Hermanas mías, el gran crimen de nuestros días es no sentir la profundidad de este mandato: “Adorarás al Señor tu Dios, lo amarás” (Deuteronomio 6, 5 y 13). Sí, amarás, pero sobre todo adorarás, porque es el papel por excelencia de toda criatura. El Salmista lo canta: “*Domini est terra et plenitudo eius*” (Salmo 24, 1). Sí, la tierra es del Señor y toda alabanza le pertenece, y el gran crimen del hombre es la falta de adoración, la carencia de reconocimiento. Una alabanza incesante debería elevarse hacia Dios de los labios de este ser sacado de la nada y, sin embargo, en el concierto universal de adoración que sube de la tierra hacia el cielo, su voz es a menudo muda. Cada criatura canta la alabanza divina, de acuerdo con el grado que le es asignado en la escala de la creación, y vosotras decís todos los días: *Benedicite omnia opera Domini Domino* (Daniel 3, 57). Los seres materiales adoran, dan gracias a Dios a su manera, pero existe una alabanza más particular que debe ser dada por las criaturas inteligentes. Nosotros debemos decir: “Yo os adoro, Dios mío, considerándoos como mi Señor soberano y como mi

Padre; siento una felicidad que crece siempre considerándome propiedad vuestra. No podéis despreciar la obra de vuestras manos. *Opera manuum tuarum ne despicias* (Salmo 138, 8). Por imperfecta que yo sea, siento algo que me empuja a la perfección”.

(Extracto de la tercera Conferencia,
7 de noviembre de 1870)

EL TRABAJO MANUAL

Hermanas mías, este trabajo conviene excelentemente a religiosas pobres. Es útil sufrir la humillación del trabajo manual. Al respecto debo contaros el resultado de mis propias experiencias y al mismo tiempo la diferencia de opinión que se puede tener en esta cuestión. Acontece a veces en Le Vigan, que el P. Hipólito envía a sus novicios al trabajo del campo, para recoger la hierba, vendimiar, de acuerdo con las exigencias del trabajo. Cuando el P. d'Alzon está en Le Vigan, va también a los prados para dar ejemplo, pero pronto se agota y sus sesenta años le obligan a pararse. Pues bien, el P. Laurent que es, ya sabéis, un excelente religioso, muy fervoroso, incluso muy escrupuloso, está muy escandalizado de este proceder; encuentra completamente inútil emplear en obras serviles a novicios destinados a ser un día sacerdotes, profesores o misioneros. Examinemos, pues, la cuestión, y sin pretender querer plantear una mala querrela al P. Laurent, os diré ante todo que el P. Hipólito tiene razón. Es muy útil imponer a novicios el trabajo manual, porque es bueno sufrir a veces una humillación; porque para curar la pereza y corregir ciertas independencias, el trabajo es un medio admirable.

Sin entrar en las disquisiciones de Mabillon y del Sr. de Rancé sobre el tema, mi convicción es que en ciertos casos, nada tan útil para amortiguar a las malas cabezas como el trabajo al aire libre. Si una religiosa exaspera a su superiora, que la mande a recoger la hierba. Os aseguro que en poco tiempo, sólo por el efecto del aire libre, volverá corregida. Sobre esto he realizado una experiencia completa con los jóvenes. Si se hiciera girar la noria del pozo a las religiosas de mala cabeza, muchas cabezas se arreglarían.

*(Extracto de la novena Conferencia,
13 de noviembre de 1870)*

CELO POR LA PROMOCIÓN DE VOCACIONES

No es suficiente para una religiosa ser feliz con su vocación. Hace falta que sea además feliz suscitando otras vocaciones y que se lo pida siempre a Nuestro Señor. Para ello hay un motivo humano que ni siquiera abordaré porque os respeto demasiado; os hablaré del motivo sobrenatural. En efecto qué cosa más justa que os digáis: “Tengo la parte más hermosa que pueda ser dada a una criatura sobre la tierra, deseo que otras la tengan también. He encontrado un tesoro, y es tan maravilloso que al distribuirlo no lo divido; lo doy a otros y lo guardo en toda su integridad”. Como la luz que Dios envía se distribuye para todos, al tiempo que ilumina a cada uno de nosotros, y así como mi ojo no recibe menos por quedar el universo entero bañado en sus ondas luminosas, así un alma feliz desea compartir su felicidad. Ama

a Nuestro Señor y arde en amor y fervor, estima en alto precio la gracia de su vocación y quisiera poder llevar muchas esposas al Rey. “*Adducentur regi virgines post eam*” (Salmo 45, 15). Entonces, sin ser imprudente, intentará atraer a las almas, hará nacer santos deseos: “*Proximae eius afferentur tibi*” [Ibid.]. Sin duda será cuestión de tacto tanto como de celo, pero hecha esta salvedad, afirmo que una religiosa fervorosa no puede dejar de suscitar vocaciones.

A ejemplo de Nuestro Señor

Desde otro punto de vista, diré además que un alma que ama a Nuestro Señor debe tener sentimientos análogos a los de Nuestro Señor: “*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*” (Filipenses 2, 5). Ahora bien, Jesucristo vino para salvar las almas, evidentemente, y también para llamar a las almas a la perfección. Negarlo sería caer en la herejía. Por lo tanto debéis también vosotras tener el celo por la santificación de las almas, y eso es un apostolado. Encontráis un carácter rígido, orgulloso, voluntario, pero que posee también recursos. Nadie se apoya sino sobre lo que resiste; detrás de un corazón áspero, se esconde a veces una buena vocación. Eso pasa, Hermanas mías, como cuando bajo la cáscara se encuentra un fruto excelente. ¿Por qué no lo intentaríais? Nuestro Señor no se echó atrás ante la incredulidad de Santo Tomás, o ante la bas-tedad de San Pedro; hizo de ellos apóstoles. ¿Por qué no tendríais su paciencia? Nuestro Señor ha llamado a algunos apóstoles porque ha visto un buen corazón bajo el rudo envoltorio de Pedro, y en San Juan una cierta pureza de alma. Luego Nuestro Señor los forma, los modela, los instruye; a veces se enfada: “*Generatio infidelis et perversa usquequo ero apud vos et patiar vos?*” (Lucas 9, 41). Estudiad el Evangelio desde el punto de vista de la paciencia de Nuestro Señor en la formación de

los Doce para el apostolado, veréis cómo hay que arreglárselas para hacer religiosas de vuestras niñas. ¿Podré proponeros mejor modelo?

He aquí todavía una palabra de aliento por parte de Nuestro Señor: “*Amen dico vobis quod vos qui secuti estis me, etc.*” (Mateo 19, 28). Os colocaré sobre doce tronos y juzgaréis a Israel. Sí he ahí el honor que os espera, si sois apóstoles y formáis apóstoles. No os niego que la misión es muy penosa, incluso muy desagradable en algunos momentos, pero creedme que nunca lo será tanto como la de Jesucristo con sus apóstoles. No digáis que no hay vocaciones. Cuando uno se ocupa de ellas las encuentra. Las hay que vienen por sí mismas; no son las más numerosas. Hay pues que buscar y no desanimarse, porque van y vienen, y una vocación descuidada es quizá una vocación perdida. Demos por hecho que son difíciles de encontrar. ¿Dónde estaban las vocaciones cuando Nuestro Señor vino a este mundo? Y sin embargo en tres años encontró más o menos cien, incluidos los setenta y dos discípulos y algunos más. Si os encargáis cada tres años de entregar cien vocaciones a la Iglesia, os aseguro que será muy hermoso. Es un milagro, diréis. Sí, un milagro de la gracia, pero Nuestro Señor ha dicho: Haréis mayores milagros que yo (Juan 14, 12). Sed, pues, sus discípulos y haréis milagros de vocación.

Objeciones mundanas Tomemos las objeciones que plantean las personas mundanas. Cuando Nuestro Señor llegó, no más que hoy, nadie entendía nada de una vocación. El mundo trata de exaltada y de absurda a la persona que quiere hacerse religiosa; se deja llevar, piensa, por un momento de entusiasmo religioso que pronto se enfriará. Como ha dicho una poetisa: “¿Por qué buscar en el fondo de un claustro al Dios que está en todas partes?” Sin duda que está en

todas partes, pero la posibilidad de encontrarlo no está en todas partes. Hay, pues, personas que nada entenderán; quizá sean las personas con quienes os entenderéis mejor más tarde. Tened el ojo fijo en cada persona para ver en qué matiz, en qué medida podréis hacerlas más perfectas y luego más apropiadas para la vida religiosa. A propósito de esto, abordo otra cuestión. Así como la fundación de la Iglesia es, por lo absurdo de los medios, una de las pruebas más sólidas de la divinidad del Evangelio, así la vocación es naturalmente de un tal absurdo que se torna una prueba divina de la verdad. La Dama tal abandona el mundo, las alegrías del salón, los éxitos que le aseguraban su posición. Ella que podía mandar, se va para obedecer; la que podía soñar, se pone a trabajar; disfrutar de su fortuna, duerme sobre un jergón; va al oficio del coro en lugar de ir de fiesta en fiesta en el mundo. Francamente no responde al sentido común. Os lo concedo, y me vais a dar la razón en una cosa. Bajo los defectos y debilidades de los religiosos, inseparables de la naturaleza humana, hay un hecho evidente: el hombre no ha podido inventar la vida religiosa, es de invención divina. Mediante el sentimiento de perfección que ella supone en el corazón corrompido del hombre, es una prueba de la verdad de la religión, y también una prueba de la misión de Nuestro Señor y de los Apóstoles.

Se planteará también esta objeción: Las naturalezas son demasiado bastas hoy día, nadie comprende nada de las cosas de Dios. Ante todo, Hermanas mías, el trabajo de la gracia consiste en transformar la naturaleza y los resultados son admirables. Uno se doma, se hace sufrir un poco a los demás, como ha hecho el P. de Ravnigan, lo cual no le ha impedido ser uno de los religiosos más santos de nuestro tiempo. Un carácter difícil, una cierta rudeza no son impedimento para la

vocación. Los fariseos fueron al encuentro de San Juan Bautista y los llamó ¡raza de víboras! Los publicanos y los soldados fueron mejor acogidos. Nuestro Señor ha dicho: “*Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ*” (Mateo 3, 9). Y yo os digo que de esta tontita, de esta feúcha podéis hacer una santa religiosa, si lo queréis. Se necesita paciencia, hay que estudiar el terreno de las almas, ver lo que necesita cada una y saber, si es preciso, reconocer que nos hemos equivocado. ¡Cuántos medios de santificación, Hermanas mías, en este trabajo! Evito completamente en esto el móvil de la amistad particular. Pero suponed una personita un poco difícil y que queréis llevarla Dios. Si tenéis por su alma el amor sobrenatural que debéis para invitarla a deshacerse de sus defectos, estaréis obligadas a correjiros de los vuestros. ¿Cómo vais a decirle que no hay que ser envidiosa, que hay que estudiar, que no hay que ser susceptible, si ella os ve perezosa, excesivamente sentida, en fin llena de los mismos defectos que le reprocháis? No podréis tener éxito en los esfuerzos de santificación de vuestras niñas más que santificándoos vosotras mismas las primeras.

Motivo de reparación Permitidme deciros además una cosa muy grave. ¿Quién de entre vosotras no ha escandalizado a algunas almas? Pues bien, mediante la preparación de vocaciones existe un medio de reparación. Puede ser que alguna joven religiosa lamente una conversación que ha podido causar daño, o tal ejemplo que ha tenido una influencia fatal. Tal Hermana mayor quizá se diga que una de sus compañeras no estaría en el mundo si ella no hubiera contribuido a hacerle perder la vocación. ¿Qué remedio para estos escándalos pasados? Rezar mucho y esforzaros, consolidando vuestra vocación, por atraer otras a Dios. Hay una responsabilidad; habéis causado la sacudida.

Si, por una misericordia infinita, tú has quedado, no deja de haber una solidaridad en tu alma. Reparad, pues, el daño causado a Nuestro Señor, a las almas, a vuestra Congregación; promoved vocaciones fervorosas, para reparar vuestras faltas.

Tras haberos hablado así, Hermanas mías, creo que el sentimiento con que debo dejaros es el de un gran agradecimiento. Se trata de decir con San Juan: *“Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos”* (1 Juan 4, 19). Es a lo que os invito porque el amor es la mejor acción de gracias. Avanzando cada día en la caridad, daréis en vuestro corazón y en el de las niñas que os están confiadas una cita a Nuestro Señor y así entraréis en la plenitud de vuestra vocación que es la de santificar vuestras almas y santificar las otras. Para ello no conozco mejor medio y más perfecto que formar santos y santas en la vida religiosa.

*(Extracto de la undécima Conferencia,
19 de noviembre de 1870)*

LAS DEFECCIONES DE LA VIDA RELIGIOSA

San Agustín hace observar que la separación de Judas debe consolarnos de la separación de los herejes y de los cismáticos de la Iglesia. También os digo que debemos consolarnos cuando vemos a ciertas religiosas abandonar la Congregación. Eso no os sucederá. Pero en fin, ¿quién sabe? Por lo demás aquí estoy haciendo una observación general. Una vez que Judas se excluye de la comunidad

de los Apóstoles, ¿qué dice Nuestro Señor? “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él” (Juan 13, 31). Parece extraño este texto, sin embargo es muy sencillo. En primer lugar, la traición de Judas ofrece a la Iglesia naciente la ocasión de pasar por pruebas y sufrimientos, será fundada sobre la sangre de Jesucristo y la de los mártires. Como Nuestro Señor ha encontrado su gloria en las humillaciones de su Pasión, la Iglesia encontrará su gloria en sus sufrimientos, será fecundada por la sangre de sus hijos, será incluso glorificada mediante la separación de ciertos miembros que no son dignos de pertenecerle.

No se trata aquí de ideas humanas, se trata de ideas divinas, de modo que en la exclamación de Nuestro Señor, hay un principio de alegría. Es extraño, sin duda, que se pueda uno alegrar de la separación de ciertos miembros, y lo repito, no es el modo humano de enfocar las cosas. Hermanas mías, tengo sesenta años y hace rato que me ocupo de conventos. Soy religioso y tengo experiencia de vida religiosa. Pues bien, ¿sabéis lo que encuentro en la exclamación de Nuestro Señor? La necesidad, por parte de los superiores, de no retener a personas que quieren irse. Es excesivamente grave lo que digo aquí, y no lo digo sin madura reflexión. Una Hermana quiere marcharse, dejadla irse. El resultado será la gloria de Dios. Si en algún momento una mala cabeza se va de la Congregación, decidle adiós de buena gana. El bien de la Congregación se seguirá, mayor firmeza encontrará y Jesús será glorificado.

*(Extracto de la decimosexta Conferencia,
24 de noviembre de 1870)*

EL DON DE SÍ

Religiosas cuya divisa es: *Adveniat regnum tuum*, ¿no deben comprender cuán obligadas están a entregarse, a darse? Es la palabra de San Pablo: Con gusto me gastaré. *“Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris, licet plus vos diligens, minus diligar”* (2 Corintios 12, 15). La religiosa preocupada por la salvación de las almas de sus Hermanas, que sin embargo sabe que no tiene la misión de ser su predicadora, ¿qué mejor puede hacer que entregarse por ellas y serles así una predicación viva? Si está empleada en las niñas, en las clases, en las catequesis a los pobres, en los orfanatos, sentirá que va a abreviar su vida. ¿Qué importa? “Viviré diez años menos y haré mayor bien”. Existe ahí una cuestión muy grave que sólo puede ser decidida para vosotras por la obediencia. Pero una responsabilidad espantosa pesa aquí sobre las superiores. Ahí tenéis a una religiosa que se entrega generosamente, ¿deben las superiores frenarla en su entrega? Ahí tenéis a otra religiosa muy consciente de su valía y que se reserva, para poder cumplir durante más tiempo el bien que se siente llamada a realizar, ¿deben las superiores estimularla? Es una grave cuestión, una vez que las superiores y las inferiores lo han meditado al pie de la cruz, ante la sangre de Jesús derramada hasta la última gota.

La impresión que tuve ayer ante la tumba abierta mientras descendían el ataúd de nuestro pobre Hermano¹⁾, para dejarle allí hasta el día de la resurrección final, esta impresión digo, de la solemnidad de la vida y de la muerte, no se borrará en mucho tiempo. Hace apenas ocho días, este religioso estaba enseñando y estaba en-

¹⁾ El Hermano Edouard PATT.

teramente en su deber. ¿Habré vigilado suficientemente sus fatigas? ¿Hubiera debido frenarle antes? No lo sé; de todos modos es una responsabilidad atroz. Si no cuidamos suficientemente la salud, perdemos a religiosos; si la cuidamos demasiado, hacemos un regimiento de gente que hay que mimar. Es muy complicado.

Dicho esto para las superiores, no impide que vosotras, religiosas, debáis hacer poco caso de vuestra persona, y si desde un cierto punto de vista esta cuestión pesa mucho sobre la conciencia de las personas que tienen que dirigiros, lo cierto es que el mejor partido, el único que debéis tomar, es entregaros generosamente, valientemente y sin reservas. No habéis entrado para otra cosa en la vida religiosa, y si el día de vuestra profesión habéis abrazado la muerte, el momento en que se os enterrará no es sino una cuestión de detalle.

Os hablo muy seriamente, Hermanas mías. Al día siguiente del entierro de uno de mis religiosos, mientras estoy bajo el efecto de tan penosas impresiones, comprenderéis que peso cuidadosamente mis palabras, y sin embargo no encuentro otra cosa que deciros.

Mirad, en el sitio de Sebastopol, el general Canrobert, con toda su valentía personal, perdió más hombres por tratar de ahorrar vidas que Pélissier que tuvo la audacia de dirigir una carnicería. Cuando de la vida religiosa se trata, más vale, creo yo, proceder con cierta rotundidad. Frente a la sensación atroz que sentía ante el féretro de este Hermano, que espera en la tumba el despertar eterno, me he dicho que era duro, pero que era el mejor modo de imitar a Nuestro Señor y de ir al cielo.

¿En qué medida hay que entregarse? A esta pregunta el Sr. de Rancé responde: “Hermanos míos, tenéis que recordar que no vinisteis aquí para vivir sino para morir”. Yo no iría tan lejos. Eso es bueno para los Trapenses, pero una religiosa de la Asunción que se consagra a la

salvación de las almas debe vivir para procurarlo y es una desgracia si sus superiores le dejan gastar sus fuerzas demasiado pronto. Las superiores deben respetar la vida de sus súbditas, es su deber. Pero las religiosas también tienen derecho a pedir que les dejen ir un poco más rotundamente y sacrificar su vida, si es necesario. Mi opinión es que deben conservar su libertad para entregarse en toda la medida que Dios les inspire.

*(Extracto de la vigésima primera Conferencia,
30 de noviembre de 1870)*

OBLIGACIÓN DE ESTUDIAR

I

A menos que vuestras superiores os dispensen positivamente, estáis obligadas a manteneros en una cierta cultura intelectual. No acepto que una Hija de la Asunción pueda pasar un solo día sin cultivar su inteligencia, y si falla en eso, hace mal y no permanece en el espíritu de su vocación. Es completamente seguro que las religiosas de la Asunción, tal como yo las entiendo, deben ser muchachas instruidas, muchachas que han abrazado aquella ley del trabajo en que se dice: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19]. Esta palabra ha sido pronunciada sobre la humanidad entera. ¿Una maestra cristiana va a sentirse exenta? O bien no entiendo nada de vuestra vocación o estáis obligadas –escuchadme bien– a cultivar vuestra inteligencia. El P. Olivieri, gran teólogo,

se levantaba un cuarto de hora antes que los demás religiosos Dominicanos, para trabajar. Poca cosa parece un cuarto de hora cada día, y sin embargo eso impide que uno se oxide completamente.

Lo repito, pues soy inexorable sobre este tema, no acepto que una Hija de la Asunción, a menos que le impongan grandes ocupaciones materiales, no se preocupe de poseer un cierto fondo de instrucción general, tenga o no que dar clases. Voy más lejos, creo que la absolución debería serle negada a la religiosa que no haga, cada día, al menos un cuarto de hora de estudio serio. No digáis que sois incapaces, que vuestra cabeza es un auténtico tonel de las Danaides. Incluso teniendo en cuenta la insuficiencia de los canales de vuestra inteligencia y de lo que pueda tener de agujereada, digo que estáis obligadas de llenar vuestra memoria, y por tanto leer mucho. Olvidaréis mucho, es cierto, pero siempre quedará algo.

*(Extracto de la cuadragésimo octava Conferencia,
24 de febrero de 1871)*

II

Grave obligación que se sigue: Tengo algunas respuestas que dar a las observaciones que me habéis dirigido sobre la severidad de mis palabras a propósito de los estudios a los que estáis obligadas de entregaros para vuestra obra de educación; lo haré muy a gusto aunque tenga que prolongar estas conferencias más allá de lo que había calculado y para apoyar mi palabra en el testimonio ajeno, os diré que dos de mis Padres a quienes he consultado, que per-

tenecen a una escuela completamente opuesta, coinciden conmigo en la misma manera de ver y sostengo con ellos el juicio que os ha asombrado tanto: un confesor debería rehusar la absolución a una religiosa de la Asunción que no quisiera estudiar conforme a lo que pide su vocación.

Mis razones, paso ahora a exponerlas:

a) la ley general del trabajo

Le fue dicho a Adán pecador: “Comerás tu pan con el sudor de tu frente: *In sudore vultus tui*”

[Génesis 3, 19]. Vosotras no estáis dispensadas de la ley del trabajo expiatorio; estáis condenadas al trabajo. Pero debéis trabajar según vuestra vocación, vuestro oficio, aceptadme la palabra. Un albañil no hace el trabajo de un cerrajero, y viceversa. Si fuerais trapenses, trabajaríais la tierra, haríais crecer gusanos de seda; si fuerais hijas de San Vicente de Paúl, curaríais enfermos, trabajaríais con vuestras manos. Hermanas mías, sois Hijas de la Asunción, estáis encargadas de la educación, debéis, pues, cumplir la obligación del trabajo de acuerdo con el estado, el oficio que habéis elegido. Para eso hay que estudiar.

b) el voto de pobreza

Todas habéis emitido el voto de pobreza, es decir de vivir como pobres; los pobres trabajan, por lo tanto debéis trabajar.

c) la justicia frente a los padres

Hay aquí también una cuestión de justicia: así como digo a menudo a los niños que no quieren trabajar que pecan contra la justicia, ya que sus padres pagan por la instrucción que reciben, con mayor razón digo que Hermanas, que no tienen ciencia infusa, están obligadas por justicia hacia los padres y por caridad hacia

las niñas a dar una enseñanza suficiente; y para eso hay que estudiar, hay que preparar su enseñanza.

**d) responsabilidades
en una Congregación
docente**

Finalmente diré que existe una obligación moral frente a vuestras Hermanas y la Congregación. Existen diferentes ramas de la enseñanza: la gramática, la geografía, etc..., todo eso no eleva mucho el nivel de la inteligencia; pero si al lado de muchachas que estudian esas cosas también necesarias, no hay otras que estudian las cuestiones generales, para mantener los espíritus a cierta altura, llegará el día en que caeréis en una vulgaridad tan grande que será el principio de la decadencia de vuestra Congregación. La pereza ha sido causa de muchas caídas; ha precipitado a Congregaciones en el abismo. Sí, es muy de temer que una religiosa que no trabaja, que no estudia, que no mantiene activa ni su inteligencia, ni sus manos, mantenga muy activa su lengua, y las Congregaciones sufren mucho de esas conversaciones interminables cuando se instalan al calor de la ociosidad. Me mantengo en lo dicho: a menos de dispensa de las superiores, rehusaría la absolución a una religiosa que no estudia.

*(Extracto de la cuadragésimo novena Conferencia,
27 de febrero de 1871)*

Sólo nos queda una copia de la instrucción siguiente. Por la presentación externa, de la mano del P. Alexis Dumazer, encargado habitual del Padre d'Alzon para transcribir sus Circulares, por su título de segunda instrucción, por su contenido, todo lleva a datarla en 1876 y presentarla en seguida después de la Instrucción sobre la Oración, reproducida en la página 291, como la segunda dada por el Padre d'Alzon con ocasión del Capítulo: además debería, a nuestros ojos, tener el valor de una Circular.

LOS VOTOS

Mis Hermanos muy queridos,

2ª Instrucción

Las defecciones sobre las que hemos tenido que lamentarnos me obligan a insistir sobre la cuestión capital de los votos.

Existe esta diferencia entre el voto y la simple promesa, que el voto, sobre todo cuando es perpetuo, nos compromete con Dios de un modo más completo y nos establece en la continuidad de un estado superior. La promesa es un hermoso fruto de la virtud, el voto es el árbol en sí. Por lo tanto un religioso que toma fastidio a sus votos, sale de aquel estado permanente de virtud y no se da cuenta del daño que se hace a sí mismo.

Existen varias cuestiones muy importantes que examinar a propósito de los votos.

El vínculo del voto Ante todo la atadura del voto. Sin duda el voto simple no tiene ante la Iglesia los efectos del voto solemne, pero tiene la misma

fuerza según el modo como lo emito y no puedo quebrantarlo sin hacerme culpable de pecado grave. La Iglesia puede dispensarme, pero exige motivos serios previstos por la teología y fuera de los cuales una dispensa conseguida subrepticamente es absolutamente nula. Soy yo quien debe exponer los motivos, pero si los expongo de modo incompleto o mentiroso, no quedo dispensado, en virtud de la cláusula que siempre se añade a las dispensas: *Si preces veritate nitantur*. Y a menudo se forjan muchas ilusiones sobre los pretextos adelantados para conseguir semejantes dispensas. Acordémonos de que nuestros votos son una promesa hecha a Dios y aceptada por él, un contrato celebrado entre Dios y nosotros. Dios nunca faltará a este contrato y nos dará las gracias necesarias para que, por nuestra parte, podamos ser fieles al mismo.

El cumplimiento de los votos Los votos emitidos deben ser cumplidos, porque dice el Eclesiástico, más vale no hacer votos que violarlos. Y por desgracia, ¡cuántos violan sus votos!, al menos de forma venial, a menudo porque no se han tomado la molestia de estudiar las obligaciones a que se han comprometido. El voto es un acto que nos obliga a reflexionar sobre lo que le debemos a Dios. Un religioso se compromete de acuerdo con el tenor de su Regla y sus Constituciones, pero muchos luego no buscan sino el modo de sustraerse a sus obligaciones. El religioso tibio, ¿se preocupa de encontrar límites a sus votos? Como el fervor va declinando en él, quiere hacer cada vez menos; de ahí aquellas interpretaciones devastadoras de los votos que han llevado a tan deplorables resultados. El religioso fervoroso por el contrario nunca discute sobre la extensión de sus votos, porque siempre tiende a una mayor perfección.

Su utilidad

Es útil pronunciar votos. El soldado presta juramento a su bandera y la defiende con mayor valentía, pero hay que notar que las promesas hechas a los hombres siempre van a favor de aquellos a quienes se hacen. Los votos en cambio no se pueden hacer a favor de Dios, sólo nosotros encontramos ventaja en ellos. Nuestra recompensa en el cielo será proporcional a nuestros votos. Y efectivamente, la perfección de la ley consiste en la caridad. Ahora bien, el voto es un acto de caridad y desarrolla en nosotros la caridad, y la recompensa del cielo es dada a la caridad. Es, pues, útil hacer votos, con prudencia sin embargo, y todas las almas no son capaces de esta perfección. Si es útil hacer votos, también será útil impulsar a otros a hacerlos. No hacerlo así sería no impulsar a las almas a la conversión.

Su fin

¿Cuál es la meta de los votos?

La religión, siguiendo su sentido etimológico de la palabra, tiene como meta unirnos a Dios. Cuanto más perfecto sea el vínculo que nos une a Dios, más perfecta es la religión; por eso esta palabra ha sido usada para designar el estado de aquellos que están ligados a Dios de un modo más estricto mediante los santos votos. Nuestra unión con Dios no será perfecta sin duda hasta el cielo donde ella producirá una felicidad perfecta; podemos pues considerar los votos como un medio de llegar a la felicidad. El religioso para quien los votos no son más que una pesada cadena insoportable muestra que ya no posee la caridad. El auténtico religioso, por el contrario, ve en ellos un vínculo sin duda, pero un vínculo amable y admirable siguiendo la palabra del Salmista: *Funes ceciderunt mihi in praeclaris* [Salmo 16, 6]. El voto nos coloca en un estado intermedio entre el ángel y el hombre carnal. En el cielo se ve a Dios cara a cara, en la tierra le conocemos mediante las especies y las ideas generales. En la vida religiosa hay además algo

perfecto en el orden del afecto, que se refiere como una consecuencia a la visión misma de Dios.

Ventajas de los votos El voto diviniza ciertas virtudes y es doctrina de Santo Tomás que es excelente porque constituye un acto de latría. Porque los Padres dicen que no es la virginidad, no es la renuncia a todas las cosas la que forma la virtud sobrenatural, *hoc enim fecit et Crates philosophus*, es la intención y la aplicación a hacer por Dios todas las cosas.

El voto da a vuestra alma una verdadera estabilidad y nos hace por ende participar en cierto modo de la inmutabilidad de Dios, paralizando las divagaciones de nuestra voluntad.

Nos consagra a Dios y constituye un sacrificio perfecto como el holocausto de la antigua ley, que inmola sobre el altar del Señor a nuestro ser entero. El voto de pobreza destruye en nosotros cuanto nos toca fuera de nosotros, la castidad sacrifica nuestro cuerpo, la obediencia da a Dios nuestra voluntad y todo nuestro interior de modo que hace de nosotros sacrificados perpetuos, por lo tanto con razón podemos aplicarnos aquellas palabras que repetimos cada día en la santa Misa, *Sacrificium laudis*. Nuestro sacrificio es en verdad un sacrificio de alabanza que puede renovarse todos los días y contribuir a la gloria de Dios.

Su oportunidad actual En fin, un motivo muy grave que debe impelernos a aferrarnos a nuestros votos es que se trata de una protesta contra los enemigos del nombre de Dios. Los miembros de las sociedades secretas se ligan entre ellos mediante juramentos infernales para hacer la guerra a Jesucristo. Todas las cuestiones sociales o políticas que se plantean en el mundo moderno se reducen a una sola: Nuestro Se-

ñor Jesucristo ¿reinará o será rechazado? Los enemigos de Dios hacen juramentos al diablo, forman un ejército inmenso a favor del Anticristo. Si, pues, existe una jerarquía en el infierno, si esta jerarquía se reproduce en la tierra para el mal, he ahí un motivo poderoso para constituir un ejército de resistencia a favor de los derechos de Dios. Debemos estar a la cabeza de este ejército y comprender el sentido de las palabras dirigidas a San Pedro: *Amas me plus his?* [Juan 21, 15]. Hace falta que amemos a Jesucristo más que los demás, y que le estemos dedicados mediante vínculos más estrechos que son nuestros votos y que, habiendo así atestiguado mayor caridad, recibamos en recompensa una fuerza más grande que nos haga capaces de hacer un mayor bien.

Esta instrucción es la octava de un retiro predicado a los miembros del Capítulo de las Religiosas de la Asunción, antes de las sesiones capitulares del mes de agosto de 1876.

De las demás instrucciones sólo nos quedan los títulos o esquemas que se inspiran en las Circulares dirigidas a los Religiosos de la Asunción. El Padre d'Alzon ha arrancado las páginas de esta instrucción sobre el Apostolado, para dársela sin duda, con las adaptaciones del caso, a sus religiosos con ocasión del Capítulo que se iba a celebrar algunos días más tarde en Nimes. Tendríamos aquí la sustancia de una tercera instrucción: de ahí el valor especial de este documento.

EL APOSTOLADO

Praedicate evangelium omni creaturae [Marcos 16, 15].

La Asunción considerada en su conjunto es una obra apostólica. Sin embargo, si cada religioso y cada religiosa han de ejercer en ella un apostolado, los superiores deben considerarse como directores de los apóstoles. Y, desde este punto de vista, he aquí las condiciones que me parecen esenciales para su misión.

1. El amor muy amplio del reino de Dios, que incluye el amor a todas las almas que les están especialmente confiadas.
2. El desinterés absoluto por todo sentimiento personal en la obra de Dios.
3. La inmensidad de los santos deseos para dar cuanto se puede dar y hacer dar.
4. El límite de la acción personal y de la acción de la comunidad, fijada por la prudencia.

1. Amor muy amplio del reino de Dios

Os habéis consagrado a extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿Pero se trata del reino de Jesucristo lo que queréis extender y no vuestro imperio? El reino de Jesucristo es la mayor de las causas. Desgraciadamente, ¡cuántos obstáculos se oponen: la prudencia, la pereza, la fatiga, el disgusto, el vuestro y el de los demás!

En cada instante, os encontraréis frente a personas que, si vosotros comprendéis, ellas no comprenden; que si vosotros amáis, ellas no aman o aman de otra manera. Hay que ensanchar las inteligencias y los corazones en la gran cuestión de la causa de Dios, hay que abrir horizontes para los miopes, hay que encender braseros para gentes que sólo aspiran a un calentapiés y temen coger un catarro si se les da demasiado calor. ¡Felices los superiores que abarcan el mundo entero en su ambición, porque su ambición les lleva a que Jesucristo reine en todas partes!

Ahora bien, no debéis solamente trabajar directamente sobre las almas, tenéis que hacer escuela. Antiguamente había las escuelas de los profetas; bajo santos superiores habría que ver la escuela de los apóstoles. Me imagino a un superior que ama a Jesucristo con toda su alma y a la Iglesia, el cuerpo, el reino de Jesucristo, diciéndose: “Tengo diez, veinte, treinta almas, que conmigo pueden ser instrumentos de crecimiento de este hermoso reino. Tengo treinta, sesenta, cien alumnas, sobre quienes debo actuar y a través de las cuales puedo acercarme a otras tantas familias. Tengo Hijas de María, tengo Terciarios, a quienes puedo tomar como otros tantos colaboradores y colaboradoras de mi obra; y así como yo voy a buscar la llama en el corazón de Jesucristo, así debo echar aquellas

llamas que incendian mi corazón en los corazones de mis hijas”.

2. El desinterés personal

Habiendo pasado días, meses en este trabajo, esta admirable superiora se reposa, y echando una mirada satisfecha a su alrededor, se dice: “He trabajado bien”; entonces una docena de diablos haciendo eco a su derredor repiten muy agradablemente: “Realmente ha trabajado bien”. ¡Qué alegría infernal para tan atroces criaturas, si el amor propio de esta alma apostólica se complace en elogios salidos del infierno! ¡Oh!, Jesús daba otro tipo de lecciones a sus apóstoles: *Cum feceritis ea quae precepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus: quod debuimus facere, fecimus* (Lucas 17, 10).

Sabed, pues, en primer lugar que no sois capaces de nada en el mundo sobrenatural, que si hacéis naturalmente un bien sobrenatural, no podréis sacar ningún mérito y que desde ese momento toda recompensa está perdida para vosotras; en segundo lugar, el bien realizado sobrenaturalmente, si se vuelve amor propio, es para vosotras un inmenso peligro, ya que el orgullo se nutre de él y os hace semejantes a Satán que se complace en sí mismo; en fin que perdéis la ocasión más importante para consolar a Jesucristo y poderle ofrecer una obra duradera, levantada por vuestras manos y consolidada por vuestra humildad.

El desinterés al servicio de Jesucristo es la cosa más rara. ¿Por qué tantas almas religiosas se dejan arrastrar a caídas vergonzosas tras haber perdido la vocación? Porque se puede decir de ellas lo que San Pablo decía de ciertos sacerdotes de los primeros días de la Iglesia: *Cae-teri quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi*. [Fi-

lipenses 2, 21] ¿Por qué se llega a este extremo? Porque no se ha visto en los superiores un desinterés suficiente. Se los imita en exceso y uno se pierde. ¿Quién tiene la culpa? Los superiores que no se han despojado suficientemente del amor propio. ¡Oh!, bienaventurada pobreza espiritual, no menos importante que la pobreza de los votos y quizá más importante para los superiores. ¿Cuándo, en el amor a Jesucristo, cabrá totalmente en nosotros?

3. La inmensidad de los deseos santos

Nunca haremos por Dios todo lo que deseamos, pero el deseo es una disposición preciosa. Daniel fue un hombre de deseos y por eso agradable al Señor. Jesucristo en la oración dominical nos ha enseñado a ser hombres de deseos. Limitad los vuestros a los de la oración dominical y Santa Teresa os probará que no se necesita más para llegar a la más alta perfección en la vida contemplativa. Lo mismo pasa en la vida apostólica. La gloria de Dios, el advenimiento de su reino, el absoluto cumplimiento de su voluntad, ¿qué más deseáis?

Por lo tanto no es sobre el objeto de los deseos sobre lo que hay que centrarse, sino sobre su intensidad. Pero los deseos no se inflaman sino mediante la oración. Ved a San Pedro proponiendo la institución de los diáconos: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* [Hechos 6, 4]. Orar y hablar, he ahí su función, pero primero orar.

Rezar por el conjunto de su comunidad, rezar por las necesidades de cada religiosa, de cada alumno, de todos aquellos en cuya relación entramos. Rezar por los pecadores, rezar por los santos. Rezar por la perfección de las obras de que estamos encargados. Rezar por las almas que os hacen sufrir de cualquier modo, y si os hacen su-

frir por un mal sentimiento contra ti, qué venganza divina poder decir: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” [Lucas 23, 34]. Es la venganza de Jesucristo en la cruz, que ha convertido al mundo mediante la inmensidad de los deseos de su amor por los pecadores.

4. El límite de la acción personal

Para hacer bien las cosas no hay que hacer demasiado y no hay que hacer hacer demasiado. Recordad vuestra meta, vuestro carácter, vuestro espíritu, no los superéis. No impongáis trabajo por encima de las fuerzas. Hay que servirse de la espuela, hay que servirse también del freno para sí mismo y para los demás.

Los superiores que piden demasiado, no tienen razón; se exponen a agotar y a hacer a sus inferiores incapaces de dar cuanto había en ellos. Esto se refiere también a los superiores que quieren hacerlo todo por sí mismos. Ved lo poco que ha hecho Nuestro Señor. Ha tomado para sí el sufrimiento, la muerte; pero su acción externa, tal como el evangelio nos cuenta, se reduce a poco. Ha formado a los apóstoles y los ha enviado a través del mundo. ¡Gran lección para los superiores que encuentran que nada está bien hecho si no lo que hacen por sí mismos! Esa no es la manera de fundar las tradiciones apostólicas.

Finalmente hay que atenerse a ciertas obras fijadas por los superiores mayores, dejarse de devociones personales. Tal Maestro de novicios o superior, antes de los votos de la Orden o de la Congregación, impondrá infinidad de votos; tal otro penitencias, otro procesiones, tal otro devociones a su gusto. Excelente medio, con todas esas devociones, de impedir que se siga la regla. Ateneos a lo que está reglado y que lo superfluo no absorba lo necesario.

El apostolado de los superiores de comunidad tiene este carácter excelente: los otros apostolados tienen como objetivo hacer cristianos, el apostolado de los superiores tiene como meta hacer santos. Desde este punto de vista, por un lado es más restringido, por otro es más elevado.

¡Que Dios os haga apóstoles de la santidad haciéndoos santas a vosotras mismas! Comenzad a hacer, luego a enseñar, como Nuestro Señor de quien se dice: *Coepit facere, et docere* [Mateo 4, 17]. Que vuestra predicación más eficaz sea el ejemplo, y vuestro apostolado tendrá toda la fecundidad que Dios espera de él.

IV

EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

Los tres documentos que siguen tratan desde puntos de vista distintos del espíritu de la Asunción. El primero es una conferencia al mismo tiempo familiar y elevada a las Religiosas de la Asunción y recomendada más tarde a las Oblatas; la segunda es un esquema más desarrollado del 15° sermón de un retiro predicado a las mismas Religiosas después de 1870; el tercero, un trabajo sobre nuestro espíritu, a partir de textos del Evangelio.

El Padre d'Alzon gustaba de este método de exposición y desde septiembre de 1843 se lo había recomendado calurosamente a la Madre María Eugenia de Jesús: "... reflexionando sobre vuestra meta y el capítulo que debe exponerlo, me viene una idea... Estudiando un poco la Sagrada Escritura, encontraréis en ella una multitud de pasajes que explican lo que queréis decir; tendréis una doble ventaja: la de recibir o mejor buscar vuestra Regla en la Palabra de Dios y la de impedir que puedan atacar vuestros pensamientos de entrega..."

Siguen cuatro extractos de cartas y dos notas cortas.

I. ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN: ESPÍRITU DE UNIDAD

Envío a las Oblatas Vuelvo a encontrar el análisis de una instrucción dirigida por mí hace siete años a las religiosas de Auteuil; os la confío, mis queridas hijas, porque salvo una o dos expresiones sin importancia, las ideas que desarrollo en ella son perfectamente aplicables. Se trata como siempre de algunos rasgos del espíritu de la Asunción. Bebed aquí el sentimiento de perfección que Nuestro Señor parece pedirnos en un don más completo de vosotras mismas a la causa de nuestro divino Maestro.

E. d'Alzon.

Nimes, 19 de agosto de 1876.

Variedad de espíritus entre los Santos Las obras de los santos tienen cada una un espíritu particular. María de Ágreda, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, cada una tiene un sello particular. ¿Por qué? Santo Tomás dice, siguiendo a Aristóteles: *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*; aforismo que, aplicable a las cosas naturales, también lo puede ser a las divinas: toda cosa que se recibe toma la forma del recipiente. Tomemos un ejemplo: el aceite que está en el vaso de esta lámpara ha tomado su forma redonda alargada; si con él se llenara la lámpara de cobre misma, el aceite tomaría sus contornos y entraría en todos sus alvéolos; se trataría siempre del mismo aceite pero con una forma diferente. Así la gracia baja a nuestro

corazón; si es pequeño y estrecho, le llena poco; si es amplio y dilatado, entrará en él abundantemente, sigue siendo la misma gracia.

Apliquemos esto al espíritu de los santos. Todos tienen el espíritu de Dios, pero con un sello particular. Así María de Ágreda tenía el espíritu franciscano; Santa Teresa, diga lo que diga el P. Bouix, seguía la doctrina dominicana: la Compañía de Jesús contaba entonces con muy pocos teólogos; es evidente que es la teología dominicana la que domina todas las obras de Santa Teresa. Dios permite y quiere cierta diversidad entre los santos para evitar una monotonía que resultaría muy desagradable, y para que cuando nos encontremos en el cielo no resulte aburrido. Pero en el fondo siempre se trata del espíritu de Dios.

**En las órdenes
religiosas**

Encontramos lo mismo en las órdenes religiosas. Cada una tiene su espíritu, según la meta que Dios se ha propuesto al dejarlas establecerse en la Iglesia. *Ubi spiritus Dei, ibi libertas* [2 Corintios 3, 17]. Se necesita una cierta libertad en el servicio de Dios. Los unos pretenden que sobre todo hay que servirse de la naturaleza para elevarse hasta Dios mediante el uso y el desarrollo de los dones naturales que nos ha hecho; los otros que hay que destruir la naturaleza para hacer triunfar a la gracia. El hecho es que debemos salvarnos con la naturaleza y mediante la gracia. Esto es una cuestión de más o de menos. Así un hombre al que el médico le receta tomar vino con agua, si le gusta el vino, pondrá mucho vino y poca agua; si le gusta el agua pondrá mucha agua y poco vino. Es cuestión de más o de menos. Por mi parte sabiendo que he de salvarme mediante la gracia, pero con mi naturaleza, es evidente que haré de forma que entre el máximo de gracia y el mínimo posible de naturaleza; pero cada uno es libre de arreglarse como le parezca: *Ubi*

spiritus Dei, ibi libertas. Con tal que esté el espíritu de Dios, el espíritu del Evangelio, importa poco la forma del recipiente.

**El espíritu de la
Asunción**

Vengamos, pues, a hablar de vuestra forma propia, del espíritu de la Asunción. No puedo considerarlo bajo todas sus caras, sería infinito; me dedicaré a una sola para meditarla con vosotras. Jesucristo, en el momento de subir al Calvario, terminaba su sublime discurso después de la Cena mediante las palabras que dirige a su Padre, como su última oración: *Ut sint consummati in unum!* [Juan 17, 21]. Que sean consumados en uno, en la unidad.

No se puede concebir una circunstancia más solemne que aquella en que Nuestro Señor Jesucristo, dejando a sus apóstoles para ir a su pasión, les dirige su último adiós, su última recomendación. Estaba hablando al primer convento de la Nueva Ley. Porque si los Carmelitas se remontan más allá y cuentan como sus primeros Padres a algunos monjes de la antigua Ley, el colegio apostólico era verdaderamente el primero y el modelo de los conventos de la Ley cristiana. Nuestro Señor estaba allí, el divino superior; San Pedro, destinado a remplazarle a la cabeza de los apóstoles; también estaba allí un personaje muy triste, pero en este momento ya estaba ausente.

Jesús, pues, ora a su Padre: *Ut sint consummati in unum:* la unidad, he ahí el bien supremo que les desea, la última palabra de las enseñanzas de su Evangelio. También es lo que propongo a vuestras meditaciones. Nuestro divino Maestro pedía para sus discípulos la unidad con su sagrada persona, la unidad en la Iglesia católica cuyo primer núcleo eran ellos, la unidad entre ellos, la unidad en sus obras apostólicas. Meditemos estos cuatro puntos de vista.

Supongamos por un instante que la Santísima Virgen estuviera escondida en un rincón del Cenáculo y oyese

estas palabras; y, supongámoslo, para poder ponernos en su lugar y escuchar como ella y con ella las enseñanzas de su divino Hijo. Ello hará que esta instrucción, que no trata directamente de la Santísima Virgen, será la instrucción más sólida sobre la imitación de nuestra divina Madre.

I. Unidad con Jesucristo

Y en primer lugar la unidad, la unión con Nuestro Señor Jesucristo. ¿Hubo alguna vez una más perfecta que la de su santa Madre? ¿Pensáis que desde el bienhadado instante en que ella le concibió en sus castas entrañas, María haya cesado un solo momento de estar unida con la unión más completa a su divino Hijo? ¿Y podéis suponer que los sentimientos, los pensamientos, los afectos, los actos de la Santísima Virgen fueran ni siquiera ligeramente distintos de los actos de Jesucristo?

Mediante esta íntima unión de cada instante con Nuestro Señor es como la Santísima Virgen ha alcanzado la perfección sublime, que le ha hecho tan agradable a los ojos de Dios. Es en la Iglesia el modelo, si puedo decirlo así, de las almas cuya vocación es común y corriente, que son las más numerosas; su vida no tuvo nada extraordinario aparte esta unidad con su divino Hijo. Y por eso todo cristiano, y a mayor abundamiento toda alma religiosa, debe y puede imitarla. Esto no quiere decir que llegaréis a la perfección de la Santísima Virgen. Esto no quiere ni siquiera decir que seréis tan agradables a Nuestro Señor y que tendrá por vosotras el mismo amor que por su Madre. Y sin embargo hay en el Evangelio una palabra que debe atraer nuestra atención. Allí se dice: “Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa” [Génesis 2, 24]. No voy a exprimir esta palabra, porque en cierto sentido María era la esposa de Jesucristo, así como era su madre, y con este doble título tiene derecho a todos los

sentimientos del corazón de su Hijo. Pero no es menos cierto que esta palabra es una de las más consoladoras que conozco para un alma religiosa, una fuente de vida y de fuerza en las horas de desaliento y de tristeza.

Sí, hay un cierto sentido, mediante el cual en calidad de esposa de Jesucristo tengo derecho a los más tiernos afectos, y en cierto sentido se separa por decirlo así de su Madre, para unirse a su esposa. Y esto abre horizontes infinitos para un alma religiosa. Si cada una de las gracias que Jesucristo derrama sobre ella y de las que una gran parte cae a tierra, si cada una de estas gracias encontrara una fiel correspondencia, ¿hasta dónde no subiría?

Se dice de Salomón, en la Escritura, que Dios le concedió una amplitud de corazón como las arenas de las playas marinas: *Dedit ei latitudinem cordis, sicut arenam in litto-re maris* [1 Reyes 4, 29]. ¡Amplitud de corazón para recibir a Nuestro Señor! Podéis ver la arena de la playa, podéis medir los contornos y los límites del océano, ¿pero quién sondeará las profundidades? ¿Quién dirá la fuerza dilatante (si es que la palabra existe) del amor de Jesucristo para ampliar el corazón y penetrar en él más profundamente? ¿Y podéis saber hasta qué punto vuestro divino esposo se entregaría a vosotras, os uniría a él, si como la Santísima Virgen, fijos los ojos constantemente en él, respondierais a cada una de sus gracias con una nueva fidelidad, a cada uno de sus deseos con un nuevo sacrificio?

II. Unidad con la Iglesia católica

En segundo lugar, Jesucristo quiere de vosotras la unidad con la Iglesia católica. Santa Teresa decía al morir: “Muero hija de la Iglesia católica”. Y vosotras, ¿no podríais decir con inexpressable felicidad: “Vivo hija de la Iglesia católica”? ¿No se dice de una muchacha que entra

en el mundo y comienza a disfrutar de su libertad que es feliz de vivir? ¿No podríamos nosotros igualmente decir que somos felices de vivir en esta atmósfera católica, de respirar a pleno pulmón este espíritu, puro, sencillo, recto, pero entero de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica? Cuando miro a las Órdenes religiosas que se multiplican hoy día, me parece que entre todas Nuestro Señor os ha querido en particular para cooperar en este magnífico trabajo de unidad que se da en nuestros días en el mundo.

Nuestro Señor ha dicho que al final de los tiempos no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor: *Unum ovile et unus pastor* [Juan 10, 16]. Hacia un resultado así caminamos. Es una de las glorias del Pontificado de Pío IX, gloria de las que me parece que nos ocupamos demasiado poco. Nunca en ningún tiempo de la historia de la Iglesia, desde los primeros siglos, ha habido tantas misiones como ahora. Pío IX ha fundado ya más de 170 obispados y mientras los pueblos ajenos a la Iglesia se apresuran a entrar en su seno, se realiza entre los católicos un trabajo de centralización. Se están agrupando, están cerrando filas en torno a la Santa Sede. Hace veinte años, si se hubiera preguntado cuál sería el primer dogma que se iba a proclamar, se hubiera respondido: el de la Inmaculada Concepción. Hoy, es evidente que el primero del que se ocupará el próximo Concilio, el primero a definir, es el de la infalibilidad del Papa. Todos lo creen y lo proclaman; nadie osaría hoy sostener la tesis contraria. Lo más que se puede decir es que no es oportuno definir tal dogma. En cuanto a la cuestión de la oportunidad, eso le toca al Papa decidirlo. Y si en el Concilio de Nicea, en que participaron 300 obispos, sólo hubo seis que rehusaron firmar el símbolo de la fe, el Hijo de Dios consubstancial; no llegarán quizá a dos docenas, de los 1200 obispos del mundo católico, que rechazarán declarar al

Papa infalible. Por mi parte, lo confieso, casi deploro que se defina este dogma; me sentiría dichoso de poder decir a Nuestro Señor: “Señor Jesús, si la infalibilidad de vuestro Vicario no es un artículo de fe, aunque se sigue evidentemente de las palabras de vuestro Evangelio y de las tradiciones de la Iglesia Santa, creo en ello de todo corazón, porque me gusta ir más allá de lo que mandas a mi fe. Como en materia de perfección, al alma que os ama el precepto no le basta, va hasta los consejos”.

Vosotras en la medida de vuestras fuerzas y de vuestra acción, debéis trabajar en secundar este movimiento católico de unidad, uniros prietas las filas en torno a la cátedra de San Pedro, desarrollar en vosotras una ferviente devoción al Papa, no a Pío IX, a Gregorio XVI o a sus sucesores, sino al Papa, al Vicario de Nuestro Señor, al centro de la santa Iglesia, nuestro jefe, nuestro único pastor. Porque, como decía muy bien aquel buen viejo pastor al que anunciaban que la República había sido proclamada: “Por mi parte, respondía, nunca he visto bien gobernadas las ovejas cuando hay más de un pastor; porque entonces cada uno tira para su lado”. Así, para que todo esté en orden, hemos de unirnos a un jefe supremo, en torno al que deben unirse todos los pastores secundarios, y de ahí consecuencias maravillosas se seguirán para vosotras. ¡Qué seguridad y qué luz en vuestra conducta, en vuestros estudios, en vuestra doctrina! He vivido quince años en la diócesis de Nimes, antes de que en ella se adoptara la liturgia romana. Cada vez las ceremonias variaban, hasta el punto de que un obispo, que me preguntaba un día qué rito seguíamos, le respondí: “Monseñor, nosotros seguimos al sacristán que va delante”. Desde que tenemos el rito romano, todo está regulado, decidido por adelantado; sólo se necesita consultar.

Pues bien, se trata de eso. De la doctrina de la Santa Sede, cátedra de verdad, se sigue toda certidumbre de doctrina y adhiriéndoos a ella estáis seguras de nunca errar. Una de las aberraciones de nuestro tiempo consiste en lanzarse a ideas muy azarosas en algunos puntos de doctrina. Por mi parte, confieso que a menudo no logro comprender nada: los “porque”, los “si”, los “pero”, sólo sirven para embrollar mi espíritu. Experimento, en contacto con tal clase de discursos, algo del terror que sentía un hombre muy respetable de la magistratura francesa, al escuchar a un hombre que ha dado cierto brillo a la cátedra cristiana, el P. Lacordaire: “Cuando le escucho, decía, tengo la sensación de que a cada instante va a dar el salto mortal; es cierto que siempre cae en su púlpito, pero nos ha dado escalofrío”. Guardaos siempre de estos tipos de doctrina, no tengáis otras distintas de las que descienden directamente del centro de la Iglesia santa, una en su fe.

III. Unidad en la Congregación

Veamos ahora la tercera unidad, la unidad en vuestra Congregación. Si considero los dos campos que se reparten el mundo, veo el campo de Satán en que reina el odio y el campo de Dios donde reina la caridad. La Iglesia lucha mediante la caridad contra el espíritu del mal y para ello reúne todas sus fuerzas. Vosotras sois uno de los ejércitos de la Iglesia santa; Nuestro Señor os ha querido como Congregación para combatir con ella. ¿Quiere eso decir que vuestra Madre General os ha fundado por una revelación milagrosa de la voluntad de Dios? No, no lo creo. Pero ¿se trata de una inspiración del Espíritu Santo y por voluntad expresa de Nuestro Señor? Sí, evidentemente, sí. Y tenéis la prueba en la aprobación de vuestro Instituto por parte de la santa Iglesia. Nuestro Señor quiere que como hijas de la

Asunción trabajéis para él; para eso hay que cerrar filas en unidad de espíritu, en la caridad. Ya sois una Congregación numerosa, y si no lo sois tanto como las hijas del Niño Jesús, por ejemplo, que fundadas hace unos pocos años cuentan ya con 800 religiosas, es porque Nuestro Señor os ha distinguido y elegido entre muchas, y precisamente por eso el diablo os acecha.

Cuando se quiso construir una iglesia en las montañas cercanas a Nimes, hubo que traer cemento romano, porque los vientos allí son tan violentos que los muros contruidos con cemento ordinario se derrumban. Si en la santa Iglesia hay edificios expuestos al soplo del demonio, son con toda seguridad los conventos de los religiosos y de las religiosas. Se necesita cemento muy fuerte para resistir a sus ataques. El de la unidad, de la caridad. Sed unas en vuestro espíritu, en vuestro trabajo y vuestro poder de acción se verá redoblado: *Vis unitate fortior est.*

Pero no insisto lo bastante sobre los esfuerzos particulares que cada una de vosotras debe hacer para perseguir esta unidad. Ciertamente ya existe entre vosotras y sé que no estáis en uno de esos conventos que se encuentran en Siria, donde un obispo, viendo ciertos bastones en la sala capitular, preguntó para qué servían, le respondieron que estaban allí para proporcionar a las religiosas el medio de llegar a acuerdos sin terminar con el mobiliario. Pero si entre vosotras no existen tan groseros insultos a la unidad, ¿no existen otros medios más edulcorados para debilitarla; manos y garras de hierro escondidas en guantes de seda, que no dejan de desgarrar la túnica inconsútil de la unidad; palabras halagüeñas y melosas que siembran la división? Estamos en general muy preocupados de la misión que hemos de cumplir fuera, demasiado poco de la que nos es impuesta dentro.

Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis [Efesios 4, 3]. Estad llenas de preocupación por conservar y acrecentar la unidad entre vosotras con el vínculo de la paz. Ayer cantábais: “*Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum*” [Salmo 133, 1]. Es muy hermoso y muy cierto. Pero esa habitación común ¿consistirá solamente en ir al mismo comedor, a la misma sala de trabajo, a tener celdas unas al lado de otras? Evidentemente no. Se trata sobre todo de la vida interior, de la unidad de espíritus y de corazones y a eso debéis cooperar por vuestra parte, cada una con solicitud, como quiere el apóstol. Se trata de un examen asombroso por el escaso número de gente que lo hace, sería éste: “¿En qué hago yo todo lo posible para cultivar a mi alrededor la paz y la unión? ¿En qué siembro yo palabras que son semillas de división? ¿En qué soy yo pacificadora, conciliadora?” He ahí un examen que entrego a vuestras meditaciones. Un joven que en otro tiempo quiso entrar con nosotros, entró con los Jesuitas y pasó allí ocho años, al cabo de los cuales le entró en el cerebro la idea de que Dios le había dado la misión de reformar a los Jesuitas. Pensaba que en muchos puntos las cosas serían mejor de otra manera; le rogaron que se fuera y se fue. Era lo mejor que podía hacer. Os vendrá a la mente que tal cosa sería mejor de otra manera. ¿Pero de verdad las cosas no podrían ir mejor? Ciertamente, hija mía, podrían y todo iría mucho mejor, si tú fueras más humilde, más obediente y más caritativa. Eso es lo que os toca. Hacer crecer la unidad con el vínculo de la paz mediante mayor humildad, más obediencia y sobre todo mayor caridad.

IV. Unidad en vuestra misión

Y llego a la unidad en vuestra misión. Vuestra meta, vuestra razón de existir, consiste en trabajar en la extensión del reino de Jesucristo en las almas. El celo por los intereses de Dios, la sed de la salvación de las almas, he ahí uno de los sellos particulares del espíritu de la Asunción; y si mi afecto por vosotras no me hace ver las cosas al revés, me parece que esta entrega a los intereses católicos, este don de sí a las almas para ganarlas a Jesucristo, no los he encontrado en ninguna parte, tal como yo me imagino que el espíritu de la Asunción debe realizarlos en la Iglesia. Debéis este espíritu a las que os han fundado. No vengo a deciros que adquiriréis lo que no tenéis, sino que desarrolléis lo que tenéis. ¿Pero por qué habéis de trabajar sobre las almas? Para dárselas a Jesucristo, para conducir las a la unidad con él, como debéis vivir vosotras mismas. Y así todo vuelve a nuestro divino Maestro y parte de él. Mediante vuestra unión con él es como atraéis a él las almas y en este sentido podría terminar por donde comencé, porque el Señor Jesús es el principio y el fin de todas las cosas. Hay que trabajar para él y no olvidar que él es el único dueño de las almas y que sólo a él pertenecen.

El Sr. Thiers ha escrito una obra en que quiere establecer que el campo cultivado por el labrador pertenece a este labrador, únicamente por el hecho de que lo ha regado con su sudor. No discuto esta teoría en este momento; pero es un hecho que en todo hombre hay una inclinación extraordinaria a apropiarse del terreno que cultiva. Ahora bien, se trata de encantadores campos los que tenéis que cultivar, deliciosos vergeles, huertos, todo lo que queráis, esas almas y esos corazones en que veréis abrirse a veces una flor, a veces un fruto a fuerza de trabajo; y nos figuramos fácilmente que estas almas son nuestra propiedad.

No hacemos remontar a Dios el perfume de estas flores, la suavidad de estos frutos; olvidamos que estamos en sus manos, somos no diré máquinas, sino humildes instrumentos mediante los cuales él actúa. Diríamos con gusto: ¡qué desgracia que esta niña me abandone, sólo yo podría hacerle bien! Así ponemos nuestro espíritu, nuestros pensamientos en el lugar del espíritu católico, de los pensamientos de Nuestro Señor. A menudo un sacerdote encargado por su obispo de una parroquia más o menos numerosa pone en ella a tal punto su manera de ver, sus ideas, sus devociones, que se llega a encontrar en esas parroquias no el espíritu católico, sino el espíritu del Señor Cura. No nos riamos demasiado, quizá encontremos muy fácilmente el espíritu de la Señora tal.

Trabajad, pues, para Nuestro Señor y por él acrecentad su influencia y no la vuestra. Llevad Jesucristo a las almas y no os llevéis vosotras mismas.

Auteuil, 13 de febrero de 1869.

II. EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

Sectare justitiam, fidem, spem, charitatem, et pacem cum iis qui invocant Dominum de corde puro (2 Timoteo 2, 22).

Se os ha dicho muy a menudo que el carácter de la Asunción es el amor a Jesucristo, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Pero para ver en qué sentido debe desarrollarse este amor, tomo prestada una palabra de las recomendaciones que San Pablo hacía a Timoteo: *Sectare justitiam, fidem, spem, charitatem, pacem*. Examinemos estas cinco virtudes.

1° La justicia

Se trata del conjunto de los derechos de Dios. La justicia es una virtud mediante la que se da a cada uno lo que se le debe; resulta sencillo, es justo que se trate de dar a Dios sus derechos. Disposición esencial en nuestros días en que no se habla sino de los derechos del hombre y se ocupa poco de los derechos de Dios. *Sectare justitiam*. He ahí por qué la Escritura hace un elogio tan bello del justo.

Pero podemos practicar la justicia como Jesucristo devolviendo del fondo de nosotros lo que los hombres le quitan, rezando por los que no rezan, expiando por los que no hacen penitencia, haciendo el bien por los que hacen el mal. ¿Quién dirá como el Salmista: “*Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei*” [Salmo 119, 139].

2° La fe

Es necesaria para todos, pero nuestro sello es la aceptación del orden sobrenatural. No hemos de preocuparnos sino de los juicios realizados a la luz de la fe. Aquí se da

una lucha contra la prudencia humana. Seamos prudentes pero en el orden de la fe y no según los juicios de la carne. *Prudentia carnis mors est* [Romanos 8, 6]. El espíritu de la Asunción que busca los derechos de Dios, los defiende en la luz de Dios. ¡Feliz disposición que evita un gran peligro, el de confundir el interés de la causa de Dios con nuestro propio interés!

3° Spem. La esperanza

Hacerlo todo por Dios es la meta de todos los santos. Pero cuántas almas no se hacen santas porque caen en la inmensa hipocresía de las esperanzas humanas, bajo el velo de las esperanzas divinas.

Dice el Espíritu Santo: *Beatus vir qui post aurum non abiit* [Salmo 1, 1; Eclesiástico 31, 8]. Este oro, tras el que el Espíritu Santo alaba no correr, es todo aquello que ata el corazón a las cosas de acá abajo. El espíritu de la Asunción es esencialmente desinteresado. ¡Desgraciado quien se ata a cualquier cosa que no sea Dios! ¡Feliz quien comprende en toda su extensión la lealtad del desinterés! Esto toca a la pobreza, pero por su lado más alto se desdén toda riqueza que no caiga del corazón de Jesucristo, todo tesoro que no sea divino, toda recompensa que no sea Dios mismo.

4° Caritatem. La Caridad

No hablaré de la caridad en su sentido general, que es lo propio de todos los santos, pero suponiendo ya esta caridad en la Asunción, diré que tiene que ser más que en ninguna otra parte:

A) *Ardiente*, frente a los adormecimientos de tantas almas piadosas. Se ocupan de sí mismos, se refugian en lo más íntimo del propio ser para no pensar más que en sí

mismo. La piedad personal, individual, he ahí una plaga de los tiempos presentes. Nadie me hará decir que se trate de una verdadera caridad.

B) *Audaz*. Diré la palabra, porque se nos reprocha: no seamos temerarios, pero sepamos osar. ¡Qué se puede hacer, efectivamente, sin audacia! Somos criticados; también Jesucristo lo fue, los Apóstoles lo fueron. *Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo* (Juan 16, 2).

He ahí las ideas frente a las que nos encontramos. *Absque synagogis facient vos* (Ibid.): nos dan portazo en todas partes. *In mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum* (Juan 16, 33). He ahí por qué se necesita una fe audaz, osada. Esto espantará a algunos; no pertenecerán a la Asunción; no tendrán su espíritu.

C) *Plena de iniciativa*. Atravesamos una época de trastornos. ¿Quién puede negarlo? Las ruinas nos amenazan por todas partes. Hemos visto algunas espantosas, veremos muchas otras. ¿Pensáis que tras haber derruido, Dios no va a construir? No conocemos los designios de Dios, pero debemos actuar como si dijera como en el Apocalipsis (21, 5): *Ecce nova facio omnia*. ¡Cuántas obras hay que emprender! No se trata de abrazarlas todas, pero ¡cuántos esfuerzos para conseguir lo que Dios tiene derecho a esperar de nosotros! Nos criticarán, eso es conocido, pero iremos siempre más adelante y al final seremos bendecidos. En todo caso, habremos protestado.

5° Pacem. La Paz

Sí, la paz, ¿pero con quiénes? *Cum iis qui invocant Dominum de corde puro* [2 Timoteo 2, 22]. Dos clases de hombres no invocan a Dios con un corazón puro. No hablo de los que han jurado odio a Dios, hablo de los que están positivamente en el error. Esos, desde el deísta hasta el hereje alcanzado por los más ligeros anatemas de

la Iglesia, nunca serán los hombres con quienes podamos tener paz.

Quedan aquellos que, siguiendo a los Jansenistas, pretenden seguir en la Iglesia, a pesar de ella. Esos no invocan a Dios con un corazón puro. Conocen las afirmaciones de la Iglesia, sus reproches, pero porque la Iglesia todavía no ha condenado solemnemente, pretenden conservar ciertas proposiciones que saben deben ser condenadas tarde o temprano. Esos no invocan al Señor con un corazón puro: colocan los propios sentimientos en el lugar de los sentimientos de la Iglesia. No, no podemos tener la paz con ellos. Debemos combatirlos con tanta mayor energía que aceptando la autoridad de la Iglesia, hay mayor esperanza de traerlos.

Después de esto, busquemos la paz en el orden, busquemos la paz en Dios, con Dios y para los hombres, en el amor de Dios; persigamos la obra de pacificación que Dios quiere operar sobre la tierra, bajo la acción de Jesucristo, con la poderosa intercesión de María, con el fin de preparar el triunfo de la Iglesia que es aquí el triunfo de Dios.

III. ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

El propósito del Padre d'Alzon Las reglas de San Basilio sólo son respuestas sacadas de la Sagrada Escritura a preguntas que supuestamente le plantean los religiosos. He pensado que podría ser útil a los religiosos de la Asunción tener respuestas análogas, sacadas de los libros santos, que no serían ni la Regla, ni las Constituciones, ni siquiera el Directorio, sino comentarios, con ayuda de los cuales se podría construir toda perfección sobre las palabras dictadas por el Espíritu Santo mismo.

Su justificación San Agustín no teme afirmar que las palabras dictadas por el Espíritu Santo pueden ofrecer varios sentidos, todos verdaderos según las necesidades de las personas que las meditan. Los religiosos de la Asunción pueden, pues, encontrar en ellas un sentido que les sea especialmente aplicable, según la meta de su obra.

Además, los sentidos se pueden presentar a medida que los tiempos ofrecen nuevos desarrollos. El Evangelio nos dice que Nuestro Señor hizo varias recomendaciones a sus apóstoles que éstos no comprendieron. *Ipsi autem nihil horum intellexerunt* (Lucas 18, 34). Y en otro sitio: *Spiritus Sanctus... vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecumque dixero vobis* (Juan 14, 26). Existen dos enseñanzas: la de Jesucristo, que a causa de la rudeza de los apóstoles es completamente material; luego el Espíritu Santo viene a instruirlos de nuevo. Entonces comprenden. El Salvador mismo actúa así con los apóstoles en una de sus apariciones. *Aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas* (Lucas 24, 45).

Esto se ve a menudo en la vida espiritual. Sucede que estemos algún tiempo sin comprender nada de la vida in-

terior y de repente la luz se prende, y vemos. Por eso es necesario decir constantemente: *Veni, Sancte Spiritus, – Et emitte coelitus – Lucis tuae radium.*

Me propongo, pues, en las notas que siguen, exponiendo los textos sagrados que me parecen indicar mejor el espíritu de la Asunción, ayudar a los religiosos jóvenes a comprender mejor este espíritu y mostrarles cómo se apoya sobre la misma palabra de Dios.

Releed sin cesar el capítulo XV de San Juan, ved allí la **unión constante** que hay que tener **con Jesucristo** para tenerla con Dios.

Él es la vid verdadera, nosotros somos los sarmientos, y sin la unión del sarmiento con la cepa, la savia no puede circular. No existe unión con la vida divina sin la unión con Jesucristo, es decir con su doctrina, sus mandamientos, sus intenciones, sus ejemplos. *Ego sum vitis, vos palmites. Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere* (Juan 15, 5). De ahí la necesidad de hacerlo todo para Jesucristo, por Jesucristo, con Jesucristo. *In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli* (Ibid. 8). Cuanto más discípulos seamos de Jesucristo, más fruto daremos, más es glorificado Dios.

Huida a Egipto: *Ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Aegyptum, et esto ibi usquedum dicam tibi* (Mateo 2, 13). El ángel de Dios avisa a José a causa de Jesús. Pero el religioso expuesto al peligro debe invocar sin cesar a los santos ángeles, para que el peligro sea apartado en la medida en que Dios lo quiera.

El religioso estéril: *Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur* (Lucas 3, 9).

Vocación: *Ambulans autem Jesus juxta mare Galilaeae, vidit duos fratres* (Mateo 4, 18). Jesús puede llamar a quien quiera al apostolado. Pero cuántos religiosos podrían llamar a la vida religiosa, si tuvieran el ardor necesario.

Formación del religioso: En el principio dijo Dios: *Faciamus hominem...* Adán, el hombre viejo, *qui est forma futuri*, es el modelo del religioso que se debe considerar como barro vil, de donde se formará el hombre nuevo, Jesucristo, según la palabra de Tertuliano. *Quodcumque enim limus exprimebatur Christus cogitabatur homo futurus...* (P.L. II, 848). Se trata de formar a Jesucristo.

Pobreza: *Ne solliciti sitis animae vestrae, quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini.* Ver todo el pasaje de Mateo 6, 24, *usque ad finem*. Todo el espíritu de pobreza está ahí. Paz y confianza en medio del mayor despojo y de toda indigencia.

Caridad: *Ut in omnibus quibus utitur transitura necessitas, superemineat quae permanet charitas.* (Extracto de la Regla).

Comentario. No sólo debemos animarnos a la mayor caridad a nosotros mismos sino que debemos animar a los demás, esa es nuestra misión. Pero entendámonos: amemos, hagamos amar a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y mostremos nuestra caridad mediante el ardor con que combatimos lo que está mal, para defender lo que está bien. ¡Triste caridad la que se dirige al error y al pecado! ¡Mentira de caridad ese velo llamado caritativo echado sobre las intrigas de los enemigos de Dios! Amemos, hagamos amar con un celo ardiente, a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia; lo demás vendrá luego.

Prudencia: *Joseph, autem vir ejus, cum esset justus et nollet eam traducere...* (Mateo 1, 19). Seamos prudentes

como San José, y sepamos callarnos cuando nos creamos ofendidos, porque muy a menudo el mayor bien resulta de lo que creemos que es un ultraje. Si San José hubiera seguido su impulsividad, ¿hubiera merecido tomar la parte en el misterio de la Encarnación que Dios le ha dado?

Fidelidad a los signos divinos: *Vidimus enim stellam ejus in Oriente* (Mateo 2, 2). ¡Cuántas personas dejan escapar ciertas señales celestiales! Sin llegar a decir que tengamos los prodigios a nuestra disposición para advertirnos (eso sería fanatismo) ¡cuántos signos nos son dados cuando los pedimos!

Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Hierosolyma cum illo (ibid. 3). Esperémos, cuando hagamos sencillamente y valientemente la voluntad de Dios, a perturbar a mucha gente que no la hace; pero tampoco nos preocupemos más de lo conveniente.

Adoración a Jesús en sus humillaciones: *Et procidentes, adoraverunt eum* (ibid. 11). Los Magos adoran al Niño Jesús en su humildad, y ello les atrae la segunda visita del ángel. Nunca la confesión de Jesús anonadado sucederá sin producir gracias muy abundantes.

Alegría en la penitencia: *Tu autem, quum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava* (Mateo 6, 17). La penitencia tiene que darnos entusiasmo y alegría.

Dios y el dinero: *Non potestis Deo servire et mammonae* (Mateo 6, 24). Hay que elegir. Verdad terrible para todo hombre, diez veces más terrible para cualquier cristiano, cien veces más terrible para todo sacerdote, mil veces más terrible para todo religioso.

Confianza en Dios: *Si ergo vos, quum sitis mali, nostis bona dare filiis vestris; quanto magis Pater vester, qui in coelis est, dabit bona petentibus se?* (Mateo 7, 11).

La confianza en Dios está fundada en su infinita bondad, y yo dudo de la bondad, es decir de la existencia de Dios, en proporción a la menor confianza.

Severidad consigo mismo: *Intrate per angustam portam* (Mateo 7, 13). Puerta estrecha, sea la que sea para el prójimo, para nosotros es siempre la preferible.

Autoridad en la predicación: *Erat enim docens eos, sicut potestatem habens* (Mateo 7, 29). El religioso debe siempre enseñar en nombre de Dios, y es importante que se sienta la Palabra de Dios, no la ciencia.

Confianza y siempre confianza: *Quid timidi estis, modicae fidei?* (Mateo 8, 26). En medio de los mayores peligros, Jesús aparentemente dormido vela siempre sobre nosotros.

Oración por las vocaciones: *Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (Mateo 9, 37-38). El primer acto de la vida pública del Salvador ha sido pasar la noche en oración para elegir a los apóstoles. Sin apóstoles, no hay Iglesia; sin sucesores de los apóstoles, no hay Iglesia continuada. La existencia de la Iglesia depende de la perpetuidad y de la reproducción del apostolado.

Peligros de la misión apostólica: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum* (Mateo 10, 16). Existe pues, un peligro perpetuo. ¡Pero qué felicidad cuando las ovejas vencen a los lobos! Y eso es lo que ha ocurrido cada vez que hemos sido ovejas.

La verdadera familia: *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est* (Mateo 12, 50).

Paciencia contra los autores del mal: *Sinite utraque crescere usque ad messem* (Mateo 13, 30). A veces hay que cortar de raíz los abusos, otras veces cuando por negligencia se los ha dejado crecer, hay que esperar el momento favorable para extirparlos.

Confesión de Jesucristo: *Tu es Christus, filius Dei vivi* (Mateo 16, 16). He ahí la gran fuerza contra el infierno, Jesucristo, y a él es a quien hay que entregarse sin cesar; a él hay que buscar, proclamar, predicar. Su doctrina es lo que hay que enseñar, su moral lo que hay que practicar, su vida entera lo que hay que imitar repitiendo sin cesar: *Tu es Christus, filius Dei vivi*.

Petición de la luz: *Domine, ut aperiantur oculi nostri* (Mateo 20, 33). Poco importa lo que nos impide ver. Que estemos en tinieblas o que nuestros ojos estén enfermos, pidamos constantemente ver. *Domine, ut videant oculi nostri*. Nunca veremos demasiado, si es Jesús quien cura nuestro ojo o si es su luz lo que nos comunica.

Vocación: Un discípulo se presenta; Jesucristo no lo quiere. *Vulpes foveas habent... Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet* (Mateo 8, 20). Aviso para aquellos que toman la vida sacerdotal como una promoción. Luego están los dubitantes. *Sine, ut mortui sepeliant mortuos suos; tu vero vade, et annuntia regnum Dei* (Lucas 9, 60). Los hay que deben ser forzados por los superiores.

*Después de la peregrinación a Lourdes de
"Notre-Dame de Salut", en 1876, continúa:*

1. Fe *Et deduxit illos in via mirabili* (Sabiduría 10, 17). Lo que acaba de ocurrir nos prueba que también nosotros somos conducidos por una senda admirable: ¡Cuántos milagros acaban de suceder!

Por lo tanto: 1º fe en el orden sobrenatural.

Por lo tanto: 2º fe en la protección visible de Dios sobre nosotros. *Dominus regit me, nihil mihi deerit* (Salmo 22, 1).

Por lo tanto: 3º petición de milagros para la curación y la salvación de nuestras almas.

Por lo tanto, petición, durante el Capítulo que se abre, para que las disposiciones que se tomen estén inspiradas por el espíritu de Dios. *Ille est super me, qui fecit me: nemo eum attingit, nisi qui transierit se. Cogita corpus: mortale est, terrenum est; fragile est, corruptibile est; abjice... Él* (San Agustín) recorre todas las criaturas. *Transit ergo omnem mutabilitatem... Effunde super te animam tuam, ut contingas Deum, de quo tibi dicitur; ubi est Deus tuus?* (San Agustín, *In Joann.* Tr. XX – P.L. XXXV, 1562-63).

2. Oración

La vida sobrenatural se manifiesta sobre todo mediante la vida de oración. La oración es el esfuerzo por unirse a Dios. Ahora bien, en Lourdes se decía que nuestra peregrinación... era una peregrinación de oración. 1º Oración por nosotros, 2º Oración por las almas, 3º Oración por la Iglesia.

1º Oración por nosotros, humilde y continua.

2º Oración por las almas, el trabajo, las obras, la búsqueda de los pecadores; el amor a los santos, la preocupación por formarlos.

3º Oración por la Iglesia, cuerpo y plenitud de Jesucristo. La oración por el triunfo de la Iglesia. Ardor en la oración.

3. Alegría en el servicio de Dios

Gaudete in Domino semper. [Filipenses 4, 4]. Existe un espíritu de tristeza. Existe un espíritu de alegría. *Quam bonus Israel Deus!* [Salmo 73, 1].

Se lee en la página siguiente:

DOCTRINA DE LA ASUNCIÓN

Si la Asunción ha de ser una Congregación doctrinal, su doctrina será muy sencilla, la doctrina de la Iglesia comentada por San Agustín y Santo Tomás, el más glorioso discípulo de San Agustín. El ser soberanamente perfecto; la verdad infinita que es su esplendor, el bien infinito que se encuentra en la vida infinita. Porque, dice San Agustín, el ser soberanamente ser, es el ser soberanamente vivo. *Summe ens est ens summe vivens*. Dios nos es conocido por Jesucristo. *Deum nemo vidit unquam; unigenitus filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (Juan 1, 18). Y Jesucristo ha confiado sus revelaciones sobre el Padre a su Iglesia. Dios, Jesucristo, la Iglesia. Para subir a Jesucristo y mediante Jesucristo a Dios, se necesita la gracia; y la gracia es confiada por Jesucristo a María. *Ave gratia plena*.

EXTRACTOS DE SU CORRESPONDENCIA

Sabes que cuando Nuestro Señor confió la Iglesia a San Pedro, le planteó sólo esta pregunta; *Diliges me plus his?* [Juan 21, 15]. Lo esencial es que ames mucho a Nuestro Señor y todo lo que él ha amado, es decir, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Ama a Nuestro Señor con toda tu alma y que cada misa que celebres marque un nuevo grado de amor en tu corazón. Del sacerdote es sobre todo de quien se ha dicho: *Ascensiones in corde suo disposuit*. [Salmo 84, 6]. Frente a Nuestro Señor es donde debes sujetar las asperezas de tu carácter; bajo sus ojos debes realizar todas tus acciones; a él debes pedir consejo sin cesar. Tus estudios incluso deben tomar un carácter com-

pletamente nuevo mediante el sentimiento de fe con el que debes buscar la luz sobrenatural en todas las materias de la ciencia humana.

*(Carta al P. Picard con ocasión de su ordenación,
5 de junio de 1856)*

Te invito ante todo a poner tu confianza en Dios, si quieres ser un auténtico Asuncionista. Ahí está el punto capital. El espíritu sobrenatural debe ser ante todo nuestro móvil: *Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus* [Mateo 6, 33]. He ahí lo más esencial de lo único esencial, lo demás viene por añadidura.

(A Michel Ménard, Nimes, 27 de febrero de 1872)

“Dad a los niños de vuestro alumnado el amor de las doctrinas romanas. Hablando con el P. Picard y el P. Vincent de Paul me dicen ambos que están impactados por la manera como la Asunción tiene su propio espíritu. Ahora bien, cuando trato de ser consciente del motivo por el que este espíritu nos ha dado una utilidad que no es quizá tan abundante en otras Congregaciones, creo encontrar la razón, por una parte en la adhesión desinteresada a las ideas romanas, sea en la manera como los más inteligentes, partiendo de ciertos principios generales, los han aplicado sinceramente”.

(Al P. Alexis Dumazer, 8 de enero de 1875)

Quién se opone a que usted apoye su vida sobre un pensamiento muy serio: el amor a Nuestro Señor, a la santísima Virgen y a la Iglesia por ejemplo, lo cual es el fondo del espíritu de la Asunción. Con Nuestro Señor, us-

ted tiene la comunión, el reino social del divino Maestro, la verdad. Con la Santísima Virgen usted tiene el modelo de todas las perfecciones humanas. Y al entregaros a la Iglesia, usted cumple el gran deber de los cristianos de nuestros días. Si este triple pensamiento que se resume en uno solo os conviene, nada le impide rumiarlo y traducirlo a la práctica.

*(A la Sra. d'Escures. Les Châteaux,
17 de agosto de 1875)*

Nuestro espíritu debe acentuarse cada vez más en dirección a la iniciativa y a la infusión del espíritu cristiano en las almas, las familias, las asociaciones, las corporaciones, la sociedad entera, o si se prefiere, en la vida social.

(Nota del 13 de agosto de 1877)

Debemos tener un espíritu de alegría en la generosidad.

(Nota del 27 de agosto de 1877)

SEGUNDA PARTE

NUESTRA TRIPLE META

Piedad - Instituciones - Combates

INTRODUCCIÓN

El Padre d'Alzon íntimo



NUESTRA META

ADVENIMIENTO DEL REINO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

mediante la Piedad, las Instituciones, los Combates

LA PIEDAD

MEDIANTE LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
y cuantas obras con él se relacionan
MEDIANTE EL AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN,
MADRE DE NUESTRO SEÑOR

LAS INSTITUCIONES

NUESTRA ORDEN

Las Congregaciones de las
RELIGIOSAS, HERMANITAS Y OBLATAS

Las Órdenes Terceras de hombres y mujeres,
los Alumnados, los Colegios, nuestra Universidad,
las Corporaciones de obreros, las Obras populares

LOS COMBATES

LUCHA CONTRA LA REVOLUCIÓN
mediante la predicación, la enseñanza, la prensa

GUERRA A LAS SOCIEDADES SECRETAS
mediante la Orden Tercera y las Sociedades de toda clase

TRABAJO CONTRA EL CISMA
mediante las misiones y la reforma del clero oriental (1874)



INTRODUCCIÓN

El Padre d'Alzon Hombre de Doctrina y de Piedad

El Padre d'Alzon tenía un alma de cristal. Cuando era joven, en marcha hacia el altar, se confiaba fácilmente al corazón de sus amigos; como fundador del Instituto comunicaba con sencillez sus más íntimos pensamientos a la Fundadora de las Religiosas de la Asunción cuya dirección espiritual asumía; a menudo impulsaba hacia la santidad mientras ponía al descubierto este o aquel secreto de su vida interior.

Hemos seleccionado, como introducción a la Segunda Parte de los Escritos Espirituales del Padre d'Alzon, algunas de estas confidencias, a las que hemos añadido las notas íntimas que se nos han conservado.

Estos textos, presentados en orden cronológico, los hemos agrupado de la manera siguiente:

- I. En camino hacia el altar: 1829-1835.*
- II. Los comienzos de la Asunción: 1844-1850.*
- III. Los años de sufrimientos: 1851-1858.*
- IV. Los años fecundos: 1858-1880.*

I. EN CAMINO HACIA EL ALTAR: 1829-1835

LA AMISTAD

Junio de 1829

Meditación

Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit eum invenit thesaurum (Eclesiástico 6, 14)

En la fuente de la amistad Si fuera absolutamente necesario desnaturalizar, mediante un tinte repugnante de materialismo, lo que en este bajo mundo es para el hombre la fuente, si no de las emociones más violentas, sí al menos de los sentimientos más puros y desde luego más duraderos, diría, siguiendo el pensamiento de Montesquieu, que la naturaleza, adaptando las costumbres a los climas, pareciera haber colocado entre la misántropa Inglaterra y el África asqueante de voluptuosidad, algo más noble y más generoso, en la región que las separa, y que la amistad nació en el país de los francos.

Sin duda, también yo soy un franco y tengo un amigo. Mas, sin inquietarme por saber si la causa de mis placeres proviene del clima en que vivo o de la sangre que corre por mis venas, digo cómo late mi corazón, y no trato de disecharlo penosamente para saber qué es lo que le hace latir. Me temo que un trabajo tan infructuoso, sólo ocuparía un poco más mi inteligencia, pero disminuiría, si no extinguía totalmente, este fuego que me hace feliz. No, no es al hombre a quien hay que preguntar, a propósito de este principio de su existencia y de su perfección, sobre este amor que, considerado entre dos amigos, ins-taura una sociedad inefable de la que la sola inteligencia

no puede dar cuenta. Este principio no está en él, y si de él participa, se da bien cuenta de que emana de otra parte.

Quien quisiera descubrir la causa primera de un río, desperdiciaría miserablemente sus sudores horadando las entrañas de la tierra para llegar a los primeros hilillos de agua, que, reunidos, terminan por cubrir inmensos espacios. No está ahí el auténtico medio de buscar. Existe otro, y más seguro, y que ante todo no echará a perder todo el fruto del trabajo, llegado a término. Que mire por encima de sí mismo y vea a las nubes llevar a las montañas el alimento de sus almacenes. ¿De dónde vienen esas nubes? De un mar sin fondo, donde todo entra, de donde todo sale, a donde todo va a engolfarse: la fuente ignorada, llegada a su término por vías subterráneas, como el río, orgulloso de llevar los bajeles de los pueblos comerciantes.

**Dios mismo
en su infinito
amor**

Así sucede con la amistad. No es a la tierra a quien hay que preguntar de dónde mana un sentimiento tan divino. También aquí hay que mirar a lo alto y ver cómo todo nos lleva a un vasto océano, causa primera de todos los seres y de sus afectos; hay que notar cómo, cuanto más nos acercamos, al aproximarnos más al amor infinito, nos acercamos también a la felicidad y cómo la felicidad suprema consiste en perderse en la inmensidad de sus profundidades.

Y para llegar allá ¿qué hay que hacer? Sólo una cosa, *porque una sola cosa es necesaria* [Lucas 10, 42]: creer y luego amar, conocer mediante la fe, y luego amar según nos lo enseña el mandamiento nuevo. Un mandamiento nuevo era, en efecto, el que mandaba al hombre amar a su semejante. Luego que el hijo del primer padre hubo matado a su hermano, todo lazo había sido roto y para re-

construirlo se necesitaba todo el poder de la palabra de un Dios, y de un Dios cuyo amor iba a llevarle a la muerte.

Las enseñanzas del divino Maestro

Escuchemos cómo Jesús, el Salvador, tras reparar y dilatar nuestra inteligencia, quiso asimismo reparar y agrandar nuestro corazón. Fue en aquella última Cena, que había deseado con gran anhelo comer con sus discípulos, *cuando, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* [Juan 13, 1]; fue mientras el discípulo a quien tanto amaba descansaba sobre su pecho. Entre las últimas advertencias, les dirigió estas palabras: *Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir... Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros* [Juan 13, 33-35].

He ahí la amistad en toda su perfección: hay que amar como amaba Jesús. Incluso en el amor, quiere ser nuestro modelo: *como yo os he amado*. Y ¿cómo nos ha amado? *“Hasta la muerte, dice el Apóstol, y una muerte de cruz”* [Filipenses 2, 8].

Así, también en Jesús se purifica el amor, o mejor dicho, brota de él. Antes de él, el amor, la amistad, no era sino un lazo natural de un hombre con su semejante. Por otra parte, no había elevación alguna en una sociedad cuyo lazo de unión no era la divinidad. Un hombre, luego otro hombre, nada más. Hoy ya no es así. Son dos seres inteligentes, dotados de capacidad de conocer y de amar, quienes, para hablar como los poetas serbios, se casan en Dios.

Oración de amistad ¿Cómo es eso?, se preguntará el hombre que no ama o que ama mal. Que escuche aún, que escuche este discurso en que tras haber hecho de la amistad un deber, el Hijo del hombre, dirigiéndose a su Padre exclama: *Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros* [Juan 17, 11].

Y más adelante: *No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos* [Juan 17, 20-26].

Tales fueron las últimas palabras de Jesús en la Cena, tras las cuales está escrito que salió y fue al huerto de Getsemaní, porque sabía que había llegado su hora.

La señal de los discípulos de Cristo Y en primer lugar, ¿no nos asombra que el amor sea presentado aquí como la única prueba de su misión divina? *En esto conocerán todos que sois discípulos míos; y luego, dirigiéndose a su Padre:*

“Que sean uno en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado” [Juan 13, 35 y 17, 21].

He ahí, pues, a un tiempo la prueba más fehaciente de la misión del Hijo del hombre y el prodigio más asombroso que haya realizado, ya que no pide a su Padre ninguna otra prueba que testifique que él le ha enviado. Y, en efecto, ¿puede concebirse algo más maravilloso para los hombres que esta sociedad en que Dios es el principio, el alimento y el término? El amor brota de Dios, por él subsiste y en él llega a plenitud. El amor a los demás, aquí, no parece sino como otro lazo más que nos relaciona con Dios. Pareciera que nuestro amor a Dios aumenta con el amor a todos aquellos a quienes amamos. El sacrificio de nosotros mismos que hacemos para consumirnos en la unidad, nos hace crecer mediante aquellos a quienes nos unimos así, estando ellos mismos unidos a Dios, ya que le pertenecemos también mediante aquellos a quienes amamos y que también le pertenecen.

Tales son las auténticas bases de esta amistad tan celebrada, que necesitamos todos, aunque pocos se den cuenta.

Y es que la mayor parte de las veces, sólo se la busca en el hombre; es que los corazones no saben gravitar alrededor del centro eterno del amor infinito; es que no saben que para amar hay que creer en la palabra de Dios. Que estas pobres almas, todas enfermas, escuchen pues esta palabra, la única que puede curarlas calentándolas; sólo ahí aprenderán a amar, y a amar con amor sin remordimientos...

24 de enero de 1830

A Luglien d'Esgrigny

Llamada de Dios a un mayor servicio Te doy miedo en sotana. ¿Quieres que te diga todas mis cavilaciones, antes de detenerme en esa idea que tanto te repugna?

En primer lugar, hasta la edad de diez a doce años, esta idea me ha complacido singularmente. Luego la abandoné durante algún tiempo, y la carrera que más me sonreía fue la carrera militar. Renuncié a ella, sin embargo, por algunas reflexiones de mis padres. Pero, a partir más o menos de esa época, decidí consagrarme a la defensa de la religión, y esta idea se desarrolló en mí de una manera sorprendente. Desde ese momento, te lo confieso, sentí hacia los cargos públicos una extrema repugnancia. Quería entrar en una carrera, pero hubiera sido por poco tiempo. Hubiera sido para tener la oportunidad de ponerme más al corriente de la marcha de la administración.

Por lo tanto, no veía más que un campo de batalla digno de mí, la tribuna, y creí mi deber prepararme para ello mediante estudios exigentes. Sin embargo, por la misma razón que me llevaba al desprecio de los puestos públicos, y porque me creía en un Estado sin derecho y, por consiguiente, sin poder legítimo, pensaba que allí donde Dios no manda, yo me sentía hecho para aspirar a la soberanía. Ahora bien, esta soberanía, a mi ver, sólo reside en la Cámara electiva, y nada más que en la Cámara electiva...

Pero...pronto me di cuenta de que la soberanía no residía ni en el Palacio de Borbón (Cámara Baja) ni en el de las Tullerías (Senado), y que, en una sociedad tan enferma, no se podía ejercer cierta influencia más que separándose totalmente de ella y ejerciendo sobre ella todo el peso de los derechos que no le pertenece dar. Desde entonces, mi entusiasmo por la representación parlamentaria cesó completamente y no vi en el gobierno francés

más que una máquina de cr pita cuyos engranajes era inútil, incluso peligroso reparar.

Al plantear mi plan de vida, llegué, por otras consideraciones, a tomar la decisión de que, si algún día tomaba estado, sería no antes de los treinta y cinco años, mientras contemplaba con gozo, a lo lejos, la posibilidad de consagrarme a Dios. Poco a poco los deseos de tomar estado fueron cayendo y no qued  ante mí sino el sacerdocio, para el que no tenía nada que sacrificar, pues ya no tenía casi ataduras con el mundo.  Sabes lo que me asust  entonces? La falta de entusiasmo, la frialdad con la que contemplaba los sacrificios correspondientes y la posibilidad de los frutos que podría recoger. Esta facilidad con la que creía poder romper los lazos me asustaba; pero lo que me asustaba más aún, era la ausencia absoluta de entusiasmo. Pero este entusiasmo llegó al fin, y ya no ha tenido que temer sino el peso de la carga que deseaba llevar. Ha llegado y ha ido en aumento cada vez que me he acercado a la Mesa Santa. Se ha apoderado de mí, me ha preservado de varios descarríos y me ha hecho desear vivamente el momento de mi libertad; porque uno se libera verdaderamente a medida que entra en un orden más perfecto.

Ahora, mi único deseo es hacer la voluntad de Dios. No estoy en modo alguno apurado, aunque deseo entrar lo más pronto posible a su servicio; pero estoy tranquilo y me pongo en sus manos.

Todo lo que acabo de decirte, debe probarte que he reflexionado, y que no he querido sino perfeccionar los medios de cumplir la tarea que me había impuesto, que esta evolución sucesiva en mis ideas no deja entrever retroceso alguno y que por lo tanto no hay razón para pensar que me dejo llevar por una ilusión.

8 de noviembre de 1830

A Henri Gouraud

**El estudio de la
Sagrada Escritura**

Un estudio que me encanta, que fortifica espíritu y corazón, que impulsa a amar a Dios, que fuerza a echarse en sus brazos, a no ver más que a él, es el estudio de la Sagrada Escritura. Todos los días dedico hora y media a meditar sea el Evangelio de San Juan sea las Epístolas de San Pablo. Al principio debo forzarme. Me cuesta fijar mi espíritu. Me canso incluso, antes de poder captar las primeras ideas correctamente. Pero cuando penetro bien en mi tema, cuando me parece que descubro, que siento un poco mejor la verdad, no sé cómo expresarte qué exceso de gozo inunda todas las facultades de mi alma. ¡Cómo se ama entonces a Dios! Ya no como a un amigo, como a un rey, como a un padre; sino como a Dios. Imposible sentir por otro lo que uno siente por él.

Esta tarde, sin ir más lejos, meditaba estas palabras de San Pablo: *Nobis autem revelavit Deus per spiritum suum; spiritus enim omnia scrutatur; etiam profunda Dei* [1 Corintios 2, 10]. ¿Qué es el espíritu de Dios? ¿Por qué se revela? ¿Cómo se revela? Me parecía ver este espíritu infinitamente perfecto, sumergiéndose en las profundidades de Dios y revelando toda verdad desde el comienzo, luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Adoraba su acción en la revelación particular, mediante la cual se comunica sin cesar a todas las almas de los fieles, revelación particular que, acrecentando constantemente la revelación general, aumenta como en mil riachuelos particulares el gran río de la verdad que fluye desde el origen del mundo.

Te expreso muy fríamente todo esto, pero cuando lo sientes tan fuertemente, cuando piensas que este espíritu de Dios habita constantemente en nosotros mediante un carácter imborrable, que ilumina sin cesar nuestra alma y que se sumerge sin cesar para ella en las profundidades

de Dios, hay materia, créeme, para emocionarse profundamente y para hacemos pensar seriamente en lo que somos y en lo que deberíamos ser para hacemos dignos de aquél de quien somos templos...

MI RETRATO

19 de febrero de 1831

¿Qué soy yo?

¿Qué quiero ser?

¿Cómo llegaré a ser lo que quiero ser?

Desde hace bastante tiempo, es cierto, tengo un plan de vida. Bien sé, o creo saber vagamente, lo que quiero hacer, pero nunca he bajado al fondo de mí mismo, nunca he calibrado exactamente los medios que quería emplear para conseguir mi meta. Hoy quiero seriamente buscar eso mismo. Quiero claramente conocer lo que soy, lo que quiero ser y con qué medios llegaré a ser lo que quiero ser.

I. ¿Qué soy yo?

Mi inteligencia Mi inteligencia tiene una excelente opinión de sí misma. Se cree bastante abierta, capaz de conseguir lo que se propone, *aunque funciona a saltos, se lanza con ardor*; se desanima a menudo antes del final. Desde que la conozco, me parece que, al madurar, ha ido tomando consistencia; por ello, un trabajo de varios meses ya no me asusta. En medio de su trayectoria, se cansa mucho, pero es capaz de cobrar nuevos bríos.

Gusta de la verdad con entusiasmo; su inclinación religiosa la transporta en medio de sus creencias, como a un mundo en el que todo cobra vida y con el que quisiera identificarse.

Se le reconoce un juicio bastante recto. Lo que más ha contribuido a mantenerla así, *ha sido una firme constancia en atenerse a la verdad dondequiera que esté, aun a expensas propias.* Por mi parte, más de una vez la he sorprendido bastante suspicaz y más a menudo aún un tanto lorito.

Su memoria, desigual; buena para retener los principales rasgos de los hechos o el conjunto de los sistemas; débil e infiel si se trata de retener palabras y algunos detalles.

Una nada distrae su atención. Se centra con dificultad, a menos que esté en caliente. No le habléis en ciertos momentos, ni siquiera de cosas que le interesan, escuchará pero no oírán nada; seguirá en cualquier tema, incluso alguna tontería, pero no os comprenderá. Esta debilidad, sin embargo, se está diluyendo progresivamente. ¿Que algo le gusta? ¡Oh! entonces es otra cosa, lo perseguirá de día y sobre todo de noche, con una cierta alegría que mantiene su fuego, hasta que la cuestión se agote o una cuestión inesperada se cruce en el camino y la oriente hacia otro lado. Esta inclinación no es voluntaria. En vano me propongo durante toda una semana: voy a reflexionar sobre tal tema; no habré ido más lejos al final de la semana de lo que estaba al principio. Pero ya me ha sucedido que una atención concentrada me llevaba a traspasar esa oscuridad, descubrir el objeto de mi investigación y ver allí un montón de cosas que me cautivan y que se tornan atractivas cuando antes me parecían aburridas.

Mi voluntad Nada más flojo que mi voluntad. El orgullo me da una batalla tenaz. En vano, tengo la triste experiencia de lo que influye en mí la opinión que me hago de mí mismo; una y otra vez me

contemplo, me admiro, me adoro casi, y sin embargo el orgullo me rebaja por debajo del piso, me astilla, me aplasta. Es lo mismo, me dejo arrastrar y mi debilidad va en aumento. Lo sé perfectamente; no he valido algo, no he sido exacto en mi plan de conducta, firme en mis trabajos, fuerte frente a mis pasiones, más que cuando he atacado a la primera de todas, cuando me he convencido de mi nulidad, y me he dicho a mí mismo: no eres nada, no vales nada. Todo eso lo sé, y sin embargo, la opinión que tengo de mí mismo siempre es la mejor.

Tengo un orgullo del tipo concentrado. Y no es mi posición mundana la que me infla, más bien me humilla. Mi mal está entero dentro de mí. Soy malo, quizá sea una bestia, pero me creo bueno, me creo un genio. He ahí la palabra: estoy ciego.

Por otra parte, el dominio que tengo sobre mí mismo es débil. Cierto que parece aumentar lentamente, pero tan lentamente... Un día, alguien a quien quiero mucho y que me merece la mayor confianza, me dijo: "Tienes el aire de un hombre propenso a la flojera". Estas dos palabras obraron en mí maravillas; durante tres meses, no fui el mismo. ¡Quién me dijera algo parecido cuatro veces al año!

Algo de pereza para levantarme, cierta glotonería, muy bromista con cierta clase de personas, he ahí la prueba de la incapacidad de mi carácter. No sé dominarme. Contra esta debilidad, lucho por humoradas y es un mal peor, porque me irrito, me fuerzo, hago más de lo que puedo y todo me sale al revés. Por lo tanto, no me domino largo tiempo. Doy golpes de estado que tienen sus jornadas memorables. Soy demasiado ingenuo, demasiado confiado y a menudo cándido; no conozco suficientemente el corazón humano. Desde hace seis meses

la lectura de *Gil Blas* y *L. V.* me han despabilado algo a este propósito.

Mi imaginación es la que me supongo en todas las personas de mi edad. Es una enfermedad de juventud: se cura, no refrenándola completamente, lo que sería imposible, sino mediante la orientación que se le imprime.

Mi corazón Lo digo en confianza, tengo un buen corazón y no quisiera cambiarlo por otro. Quiero a Dios, al menos eso creo. Hace mucho que me entregué a él. Cada día descubro nuevas consecuencias de esta entrega, y lejos de asustarme, me animan.

Quiero a mis padres. Sé lo que les debo. ¿Por qué un capricho o un mal humor me tienen que obligar a veces a un agradecimiento razonado?

Mis amigos son poco numerosos. Me asquean las relaciones banales. Para amar, para que yo me entregue, necesito encontrar una entera conformidad de creencias, de opiniones y de sentimientos. Mis amigos, ya he conocido varios así, podrán actuar mal, pero si la fe permanece, no desespero; al contrario, su miseria me los vuelve más queridos. Tengo pruebas de que se puede volver a Dios desde muy lejos. Se habla de amistades de colegio. Que yo sepa, no me quedan muchas de éstas. Hay alguien con quien he realizado todos mis estudios, a quien he vuelto a encontrar en la Escuela de derecho; íbamos a las mismas conferencias, nos hacíamos visitas. Le he querido con locura; ¿por qué le dejé plantado?

Si quieres que te quieran,

Pastora, debes amar tú también.

Se quejaba de no tener amigos. Ahora tengo algunos amigos. Les quiero como a mí mismo. Intento quererlos por Dios; les debo todas esas alegrías de que se disfruta cuando un corazón se abandona completamente en otro corazón. Buscar mejor, me resultaría imposible; dema-

siado bueno es ya lo encontrado. Ya no buscaré más amistades, porque no sé entregarme a todo el mundo. Hace tiempo que ya no hago nuevas amistades; incluso rehúyo las que me proponen. Quizá esto sea una lástima, pero ¿qué le vamos a hacer?

Me parece que mi amor a las personas es grande, sobre todo mi amor a los pobres. Ser servicial con ellos es para mí un placer. Me cuesta encontrarles defectos, por ello tengo miedo de reñirles. Me creo capaz de sacrificio.

Heme aquí, según la idea que me hago de mí mismo. Estoy lejos de creerme perfecto. Hay muchas cosas que reformar en mí, pero hay muchas otras que bastaría orientar bien.

II. ¿Qué quiero ser?

La meta que me propongo es aprovechar, a la vez, mis buenas y mis malas cualidades para alcanzar toda la perfección de la que mi ser es capaz, desarrollando lo más posible cuanto pueda tener de bueno y destruyendo, en cuanto de mí dependa, todo lo que tengo de malo.

No pretendo una perfección absoluta, pero sí una perfección relativa. Sólo Dios es absoluto y ninguna de sus criaturas puede, sin violar las leyes del propio ser, aspirar a algo por encima de lo que se le propone. Conocer aquello a lo que Dios me destina, he ahí el medio más seguro de saber de qué soy capaz. Trabajar por ocupar dignamente el lugar que Dios quiere para mí, tal es, a mi ver, el camino más cierto para alcanzar mi perfección.

Ahora bien, mis principios, mis afectos, mis gustos, me alejan de eso que llaman la vida del mundo, y mi afición a la ciencia, mi elección de pertenecer a Dios y estar en Dios, me hacen entrever, como el colmo del honor, ocupar un lugar entre los defensores de la verdad.

Adorar al Verbo por quien todo fue hecho, ser eco de la Palabra eterna y como el espejo en que se reflejan en medio de las tinieblas los rayos de quien es la vida y la luz, tal es, a mi ver, la meta más hermosa para mí. En vano el orgullo intenta manchar la santidad de este deseo. Cada día intento purificarlo un poco más, y cada día me parece más noble; cada día se presenta ante mí más vivo, más ardiente, y colma mi alma de una dulce esperanza y como de una alegría anticipada.

III. Con qué medios

**Según el modelo de
Jesucristo**

Para forjar mi alma y hacerla menos indigna del fardo que quiere imponerse, necesita un modelo. Ya ha encontrado este modelo, y en él todas las virtudes que se propone y las fuerzas suficientes para adquirir tales virtudes. Modelo viviente que anima a cuantos le miran, que se ajusta a cuantos quieren imitarle, que se incorpora realmente a quienes quieren realizarlo en ellos mismos por la semejanza. Este modelo es el Hijo de Dios en cada pasaje de su vida mortal, mientras quería ser llamado Hijo del hombre; pero sobre todo, para mí, cuando instruía a los pecadores y anunciaba la verdad a las naciones sentadas a la sombra de la muerte.

Fijos los ojos en él, he de reparar en mí los estragos de la triple concupiscencia, intentando identificarme con quien es a la vez el remedio y el reparador de toda debilidad. *Yo en ellos como tú en mí*, había dicho, cuando en el momento de cumplir el sacrificio, presentó al Padre *a los que amó hasta el extremo* [Juan 17, 21]. Pues bien, ¡sí, Salvador Jesús, yo en ti y tú en mí! Tú lo sabes, de todas las páginas de tu vida mortal ninguna me emociona más que este último discurso en que, dirigiéndote a todos los hombres en la persona de tus discípulos, quisiste, a impulsos de tu corazón, probarles que sólo el amor te con-

ducía a la muerte. De todos los deseos que formulaste, aquel cuyo cumplimiento más anhelo es aquel por el que llamaste al género humano a borrar el antiguo pecado, viniendo a perderse en ti.

¡Que yo permanezca en ti y tú en mí, y mi inteligencia, mi voluntad, mi corazón, se elevarán más y más y cumplirán la meta querida por ti, oh Creador de mi ser!

**Reforma de la
inteligencia**

Mi inteligencia, penetrando por la fe en el dominio de la verdad, buscará más y más a Dios, en sí mismo y en sus obras. Trabajaré, no para sí misma, no por vano deseo de gloria, sino para sufrir la pena dictada contra los hijos de Adán, para glorificar a Dios mediante un mayor conocimiento de sus propias perfecciones y las de sus criaturas; también trabajaré para hacerse más digna de distribuir el pan de la palabra a cuantos tengan hambre de la verdad y hacer brillar su antorcha a cuantos están alejados de ella.

Para afianzar su debilidad, hacer superar su desaliento apático, moderar sus impulsos tan rápidos y tan fugaces, ¡qué fuerza no va a encontrar mi voluntad en la contemplación de aquél que es el orden, que todo lo hace con orden y cuya voluntad es una ley perfecta!

**Reforma de la
voluntad**

Cuanto más conozca mi inteligencia la palabra de Dios, cuanto más se pliegue mi voluntad a la regla divina, más se inflamará mi corazón en amor puro. Amaré a Dios, no desearé más que a Dios, no conoceré sino a Dios, y cuanto no sea Dios lo conoceré, lo querré, lo amaré en él. Así amaré a los hombres y mi amor por ellos me llevará a querer su felicidad, a conocerlos para curar sus males, aliviar sus miserias, sostener sus debilidades.

Apreciando más y más la verdad, todo en mis estudios se referirá a ella. Deseando ser perfecto, despreciaré profundamente cuanto no satisfaga mis expectativas, y una firme resolución de superar cuanto frene mi carrera, nacerá de la convicción de que todo es vanidad.

Reforma del corazón Para hacer mi corazón digno de la Belleza eterna, apagaré en él todo fuego impuro. Velaré sobre mí mismo, ya que el hombre animal no comprende las cosas de Dios y menos aún puede amarlas.

De acuerdo con los tres consejos evangélicos Y ya que esta triple reforma ha de manifestarse externamente, sobre las ruinas de la triple concupiscencia nacerán las tres virtudes, que deben florecer en cuantas almas quieran beneficiarse de la redención, pero que dan frutos más o menos bellos, según el cuidado con que han sido cultivadas.

La pobreza, la obediencia y la castidad, también tendrán para mí su desarrollo particular.

Los bienes de la inteligencia se aprecian en proporción al desprecio por los bienes de la carne. Me esforzaré por hacerme pobre en espíritu y dando gracias a Dios por haberme puesto en una posición que me permite trabajar sin inquietud ni preocupación por el mañana, usaré los bienes que me ha dado para adquirir los conocimientos que me sean necesarios.

La obediencia triunfará sobre mi orgullo y sobre la debilidad de mi carácter. Obedeceré para ahogar ese orgullo que grita sin cesar: *Non serviam!* [*¡No te serviré!*] [Jeremías 2,20]. Obedeceré, porque el orgullo que quiere romper el yugo, nunca ha sabido conducirme, me precipita en malos caminos por los que, unas veces corriendo con imprudencia y otras arrastrándome con dificultad, no

cosecho sino hartas fatigas y el pesar por un tiempo mal empleado.

El primer efecto de la rebelión original fue la pérdida de la inocencia. Sometiendo mi espíritu, purificaré mi corazón y el orden al que someta mi voluntad aportará el orden y la sumisión de mis sentidos.

Oración final

Señor Jesús, tú que no tenías donde reclinar tu cabeza, que fuiste obediente hasta la muerte; Cordero de Dios, cuya sangre es el vino que hace germinar vírgenes, ven e imprime en las tres potencias de mi alma, el triple sello de la regeneración. Que pobre como tú, obediente como tú, casto como tú, me parezca en todo a ti. Tú sabes cuál es mi más ardiente anhelo, cuánto deseo parecerme a ti, sobre todo mediante ese sacerdocio en el que tú fuiste a la vez sacerdote y víctima. Pero antes de ejercer sobre ti tan temibles funciones, concédeme poder ensayarlas de algún modo en mí mismo; inmolarme a ti todos los días de mi vida; ofrecerte todo mi ser: mis pasiones para que se consuman, mi alma para renovarla, mi cuerpo para hacerle esclavo de tu ley; y oírte decirme al llamarme al más alto ministerio: *“Muy bien, siervo bueno y fiel, ya que fuiste fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho y de lo más alto: Quia super pauca fuisti fidelis, super multa ego te constituam”* [Mateo 25, 21].

UN PLAN DE ESTUDIOS

I. Dificultad de la empresa

Febrero de 1831

Encuentro difícil de trazar un plan de estudios, por varias razones. Hay que conocerse y saber de qué uno es capaz. Se requiere una ciencia casi anticipada de lo que se desea adquirir. Hay que saber por qué medios llegaremos a la meta que nos proponemos al estudiar.

El conocimiento del espíritu, de la ciencia y del método; tres condiciones principales, a las que hay que unir como subordinadas la noción del punto de partida, el uso que se piensa hacer de la ciencia y mil otras preguntas más o menos embarazosas.

¿Vale más trazarse uno mismo el plan de estudios que recurrir a una mano caritativa que se encargue de trazar el camino? Pienso que las ventajas se equilibran y me decido por la primera opción, aunque no sea más que por ver si puedo llegar lejos yo solo.

En este plan distingo dos cosas: el fondo y la forma. Tengo bien claro que mi meta no ha cambiado desde que, hace algunos años, sé lo que quiero llegar a ser. Quiero defender la religión y para ello adquirir los conocimientos necesarios. Para combatir con eficacia debo conocer mi religión; la historia, donde veo la religión en su relación con los hombres; la filosofía que la ataca, la misma que hunde sus raíces en su seno; en fin, las ciencias que pudieran aportar armas contra ella, cuando en realidad son poderosas auxiliares. He ahí para el fondo. ¿En qué orden, mediante qué método voy a estudiar la religión, la historia, la filosofía, las ciencias? He ahí la forma.

Ahora bien, esta forma para mí ha variado; y seguirá variando. Sin duda, dentro de dos años, los estudios orientados a la historia me harán reconocer que existe una manera mejor de emplear el tiempo mediante un método diferente. Pero no sé si no es mejor perder tiempo, si con ello gano en experiencia. Un guía me aportará ciencia. Lo sé. Pero ¿le comprenderé? ¿Me comprenderá? Ya sé lo que es seguir un camino sin saber ni a dónde vamos, ni dónde estamos. Está decidido. Lo intento solo. Quedemos en esto.

II. Metodología

¿Qué soy? ¿Qué sé? ¿Qué quiero llegar a ser? ¿Qué deseo saber? ¿Cómo voy a aprender? Tales son las preguntas que me planteo.

¿Lo que soy? Ya me he dicho eso en otra parte, bajo otro prisma. Bajo el punto de vista de la inteligencia, me creo capaz de estudiar cuestiones serias. No deseo más.

¿Lo que deseo llegar a ser? Lo tengo claro también.

¿Lo que sé? Un poco de religión, un poco de historia y un poco de filosofía. Después de salir del colegio he recommenzado mis estudios. He leído bastante; he escrito bastante; en estos momentos estoy estudiando sobre todo la historia.

¿Lo que deseo saber? Ya lo he dicho.

Falta pues el método. Dentro del método entran: el orden que hay que establecer entre las ramas del conocimiento, el tiempo que hay que dedicarle, el estudio más a fondo de tal o cual de ellas y, por subdivisión, la lectura, la composición, los ejercicios, los conocimientos de lenguas.

El orden natural parece ser: la religión, la historia, la filosofía y las ciencias. Ahora bien, ya que la religión es parte de los diferentes estudios, creo que por ahora debo

dejar para más adelante el estudio más profundo de lo que a ella se refiere específicamente. En este estudio engloba la doctrina cristiana, la Sagrada Escritura, los Santos Padres y la historia de la Iglesia.

Dentro de la historia, entra toda la antigüedad con sus prodigios y sus vicios, sus creencias y sus supersticiones, el conocimiento universal de los pueblos y sus formas de gobierno. Sería bueno, antes de bajar a los detalles, recoger como un haz de hechos y desarrollar en un trabajo adecuado el efecto general que produce esta primera visión del mundo y de su vida. Los trabajos particulares podrían hacerse con menos inconvenientes a propósito de tal o cual punto de historia, sin atenerse rigurosamente al orden cronológico.

En la filosofía hay que ver dos cosas, la historia de los sistemas y el desarrollo de su opinión. Para mí la filosofía es lo que era para Malebranche, la explicación de la fe. La fe se fortifica mediante la comprensión, y la filosofía apoyada en la fe constituye un intercambio de ayudas. La historia de la filosofía viene detrás de la historia propiamente dicha y la filosofía después de la religión, y no antes, como pretendía mi profesor.

Pongo en último lugar las ciencias, ya que para mí no son más que objeto indirecto de mis estudios.

Partiendo de aquí, fijo el tiempo, no por años, lo que sería absurdo a mi ver, y digo: la religión siempre, la historia y la filosofía a menudo, las ciencias a ratos.

III. Instrumentos de estudio

Lecturas

Falta lo que yo llamaría los instrumentos para el estudio. Nadie duda de que la lectura sea el más importante. Pero no basta tener mucha tierra, hace falta que sea buena, hace falta que la semilla cubra toda la extensión. Necesito, vista mi memoria, no tanto leer mucho como leer

bien. Si los libros son interesantes, estoy de acuerdo con el método de tomar notas. El hábito de tomarlas, obliga a leer pausadamente; pero no creo que sea útil, incluso diría que es peligroso, leer siempre con la pluma en la mano. ¿Es mejor leer con vistas a un trabajo concreto o bien leer sin propósito definido? Distingo. Hay libros de máximo interés, de primer orden: esos libros merecen ser leídos por sí mismos. Otros, de calidad inferior, se pueden dar por satisfechos si se les relaciona con una idea, para recordarlos. Al mismo tiempo que se lee alguna obra de política abstracta, no estaría mal mezclar la lectura de algunas Memorias bien hechas: es el modo de hacer un paralelo entre la teoría y la práctica, y no dejarse arrastrar hacia una u otra parte.

Entre las lecturas importantes, Leibnitz y, después de él, todos los autores recomiendan que se lean los periódicos. El señor de Maistre tomaba notas de ellos, hacía resúmenes. El estudio de tres o cuatro periódicos con posiciones claras me parecería del mayor interés.

Planteo una cuestión sin resolverla, la composición. ¿Hay que escribir a medida que se lee, o esperar, como quiere el señor de la Mennais, a que el cerebro haya reunido una masa suficientemente amplia de ideas y de hechos para que produzca como por sí mismo? No lo sé.

Idiomas

Los elementos de conocimiento elaborados por extranjeros obligan al conocimiento de idiomas. No voy a estudiar más que el alemán, el inglés y el español. Empezar su estudio cuando se los necesita, dar el gran empujón entonces, luego mantenerlo por el uso, me parece un buen sistema. Me propongo dedicarme al alemán para poder leer en el original las obras que necesite. Con lo que ya sé, un mes

o seis semanas me bastarán, espero, para saber lo que necesito.

Buffon dice: El estilo es el hombre. Hay dos estilos: la organización de las frases, —todos los oradores saben organizar una frase—, y la invención. Uno es el vestido del pensamiento, lo otro es su cuerpo. Uno se adquiere, el otro se modifica para perfeccionarse. El abate de la Menais empuja a traducir. Leer en voz alta también ayuda mucho. La poesía sobre todo.

Coloquios y viajes No puedo hablar de dos medios importantes de instrucción, ya que exigen un tipo de estudio muy diferente, los coloquios y los viajes. Sin embargo, ¿qué beneficio se seguiría para el espíritu de un contacto con otras inteligencias, o de la observación de costumbres nuevas, que tienen todas algo de bueno y algo de malo, pero todas son diferentes? A quien sabe leer en sus corazones y en sus espíritus, los hombres enseñan con seguridad mucho más que los libros...

10 de julio de 1832

A su primo Edmond d'Alzon

Su vocación Parece ser que mi entrada en el seminario da que hablar a mucha gente, de muchas maneras, pero pocas personas han captado mi modo de pensar tan bien como tú. Unos dicen que si tomo la sotana es forzado por el fanatismo de mis padres. En la situación actual, efectivamente, hubieran tenido que ser terriblemente fanáticos para forzarme a abrazar el sacerdocio contra mi voluntad. Otros han dicho que quería servir a Enrique V. Montando una conspiración seminarística, sin duda. ¡Qué imbéciles! Los más ladinos han descubierto que no todo se sabe y que hay gato encerrado. ¿Captas la malicia?

Dios me ha dado la gracia de ser servicial y he sentido crecer en mí el deseo de defender la religión en el momento en que más la atacan. Me gusta pensar que, en estos momentos en que todo está inestable, variable, incierto, en que el porvenir es tan oscuro que todo el mundo, sea cual sea su posición o su opinión, está amenazado, yo me atenía a algo fijo, inmutable, y que si corro algún peligro, al menos es por una causa que merece la pena. Ya te habré dicho más de una vez: nada me indigna tanto como el egoísmo que veo invadir hoy a la sociedad. Es un hiello que lo paraliza todo; es una lepra que avanza rápidamente y extiende la corrupción y la muerte...

CONSAGRACIÓN A JESUCRISTO

Preámbulo

3 de mayo de 1833

Está escrito en el Apocalipsis que San Juan vio, en medio del trono de Dios, un cordero como inmolado, y que los ancianos que rodeaban el trono y los ángeles que le servían se prosternaron y exclamaban con voz potente: *Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem* [Apocalipsis 5, 12].

A este cordero, inmolado desde el principio del mundo, estamos decididos a consagrarnos, para rendir al que está sentado en el trono y al cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. *Amén*. Persuadidos de que cuanto más la impiedad moderna ha querido abatir su poder y aniquilar su gloria, tanto más el que está sentado en el trono hará brillar su gloria y for-

tificará su poder, nosotros venimos a prosternarnos ante él, y continuando los cánticos de los ancianos y de los ángeles, así como el de los cuatro animales misteriosos, repetimos: *Amén, Amén*. Sí, queremos que el poder y la gloria sean dados al Cordero y por ello a sus pies nos unimos para que nuestros esfuerzos concertados atraigan sobre nuestros trabajos las bendiciones de lo alto. Nos proponemos acrecentar, en lo que de nosotros dependa, esta gloria y este poder.

Los medios para conseguirlo, los encontraremos en la imitación, lo más perfecta que podamos, de su estado de víctima. Como San Pablo, no queremos sino una cosa: Jesucristo y Jesucristo crucificado, *Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]. Tal será nuestra divisa: Jesucristo, cuyo sacrificio en la cruz será el modelo en que siempre tendremos puestos los ojos. *Aspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* [Mira y haz según el modelo que viste en la montaña: Éxodo 25, 40]. Vendremos a menudo a contemplar este modelo que, desde el altar como desde la montaña, se nos presenta y nos enseña lo que debemos ser, para rendirle el honor que se le debe. Y tal como Jesucristo se ha ofrecido voluntariamente a su Padre, así nos ofreceremos también nosotros sin cesar a Dios. Así como Jesucristo en la cruz no ha querido más que la salvación de los hombres, así nosotros, amando la cruz, no queremos más que nuestra salvación y la de nuestros hermanos. Así como Jesucristo levantado en la cruz atrajo a todos a sí, *cum exaltatus fuero, omnia traham ad meipsum* [Juan 3, 14], así nosotros nos esforzaremos, mediante el espíritu de penitencia, por subirnos a la cruz para atraer hacia el cielo a tantas almas que miran todavía a la tierra.

El amor al Santísimo Sacramento del altar es el que nos esforzaremos por encender en nuestros corazones. Pediremos a la divina víctima que se digne gravar en ellos su imagen. Le pediremos que transforme nuestros pechos en un horno encendido, del que salgan con nuestras pa-

labras las llamas que vayan a inflamar tantos corazones tibios y fríos, que sólo esperan una chispa del cielo para prenderse.

La vista de los ultrajes que recibe Nuestro Señor en la Eucaristía, sobre todo por parte de los eclesiásticos, será causa de nuestro eterno dolor. Para mitigarlos, en lo que dependa de nosotros, redoblabemos nuestros esfuerzos. Para desagrar de alguna manera al Salvador Jesús por los ultrajes con los que castigan su ternura, abrazaremos el espíritu de penitencia con ardor y propagaremos con todos los medios el conocimiento de los beneficios que reparte a los hombres desde el fondo del sagrario. Y como tenemos prisa por poner en práctica nuestro plan, empezaremos por ensayarlo entre nuestros hermanos; impulsados por estas consideraciones, establecemos el siguiente contrato:

Reglas particulares para lo que nos atañe

1° Tendremos siempre presente a Nuestro Señor en el altar, de modo que nuestra divisa *Jesum Christum et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2], sea como nuestro tema permanente, para que nos enseñe lo que hemos de ser y lo que hemos de hacer.

2° Cuantas veces asistamos al Santo Sacrificio, renovaremos la inmolación de nosotros mismos unidos a la víctima divina.

3° Haremos seis comuniones al año para obtener de Dios las gracias necesarias para que nuestro proyecto se cumpla. Quedan fijadas en las fiestas de Nuestro Señor, es decir en Navidad, la Circuncisión, el Jueves Santo, Pascua, la Ascensión y la fiesta del Corpus.

4° Nuestra fiesta especial es el Jueves Santo: *sciens Jesus, quia venit hora, ut transiret ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos* [Juan 13, 1].

5° En la semana que preceda a cada una de estas fiestas, haremos una mortificación a nuestra elección, para expiar los ultrajes hechos a Nuestro Señor.

Jesum Christum et hunc crucifixum

Acto de Consagración En este día, tercero del mes de María, fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, del año de 1833, nosotros los abajo firman-tes, con vivo y ardiente deseo de consagrarnos a la mayor gloria de Dios y con nosotros los corazones de todos los hombres, declaramos ofrecer a Jesús, víctima por nuestro amor, el sacrificio entero e irrevocable de nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestra alma y todas sus potencias, de todos los bienes que poseemos, tanto temporales como espirituales, para que disponga de ellos a su antojo en el tiempo y para la eternidad.

Imbuidos del espíritu de nuestro divino modelo, y unidos al sacrificio excelente que este cordero sin mancha ofrece sin tregua a su Padre, nos comprometemos mediante juramento solemne y firmado con nuestra sangre, a inmolarnos como él y con él:

1° Trabajando durante todo el tiempo de nuestro seminario y el resto de nuestra vida en perfeccionar en nosotros este espíritu de abnegación, de generosidad, de pobreza absoluta, cuyo manantial es el corazón de nuestro Jesús, etc.

2° Consagrando todos los actos de nuestra vida a la salvación de las almas... (ilegible)... con este amor ardiente con el que el corazón de nuestro amable Salvador no ha cesado de amarnos.

3° Inmolándonos cada día con él durante la celebración del santo sacrificio y consumando esta inmolación con mayor perfección con motivo de las seis comuniones que haremos cada año en las fiestas que... (ilegible).

4 ° Finalmente, mortificando nuestra carne, con nuestro bien amado Salvador, mediante seis penitencias que realizaremos durante la semana que preceda a cada una de las seis fiestas mentadas más arriba.

(En el Seminario de Montpellier)

UN PLAN DE ESTUDIOS

9 de octubre de 1833

Alcance

El plan de estudios que me propongo está fundado, me parece, en la propia naturaleza de la mente humana y limitado según las lindes de mi espíritu en particular. Se necesitaría ser un genio universal para abarcar en un plan de estudios el conjunto de los saberes de los que el hombre es capaz. Sé lo que puedo. Por eso me limito a una frontera que no debería traspasar.

Obligado a hacer de la religión mi estudio específico, debo dedicar todos mis esfuerzos a profundizar en ella. Las demás ciencias no deben ser consideradas por mí sino como auxiliares, a las que recurriré en la medida en que me sean de mayor o menor utilidad para penetrar en los misterios de la teología. Tampoco pretendo entrar en todos los detalles de la ciencia eclesiástica: son infinitos. Sería locura querer penetrar en ellos. Quiero elegir los que más se relacionan con las necesidades del momento, y partiendo de la idea de que hoy se necesita ante todo probar los fundamentos de la fe, al mismo tiempo hay que hacer comprender a las inteligencias cansadas de guiarse por sí mismas, que una vez sometidas a la autoridad de Dios, su espíritu recobra la fuerza y el reposo y se siente penetrado de una nueva vida.

La ventaja que encuentro en un plan de estudios consiste en poder contemplar todas las cosas en un vasto

conjunto, referirlo todo a un mismo fin y explicar los problemas mediante otros ya resueltos.

Qué orden seguir El orden que me propongo seguir es completamente histórico. Hay una razón para ello y es que partiendo de la fe y deseando saber lo que de ella se sigue, el orden histórico me presenta las etapas sucesivas en las que Dios mismo, autor de la fe, ha desarrollado las creencias, y al mismo tiempo podré seguir los extravíos de la razón humana.

Tiempos del Antiguo Testamento Dios habla en el principio y su palabra crea todas las cosas. He ahí el resumen del primer capítulo del *Génesis*. Con este capítulo se relacionan todos los saberes sobre la geología. Es esencial demostrar que la geología no contradice al Génesis, sino que confirma el relato. Desde la creación hasta el diluvio transcurre un período de tiempo que sólo la Biblia nos puede dar a conocer. Por lo tanto sólo se puede estudiar en los Libros Santos.

La iniquidad se extiende por la tierra. Dios, para castigar a los hombres, los anega y se elige una única familia para repoblar el mundo. Esta familia se divide en tres grandes ramas. De la rama primogénita Dios hace surgir un pueblo a quien confía el depósito de las tradiciones y cuya sociedad va a regular él mismo. Este pueblo se mantiene constantemente bajo la mano de Dios, quien le promete a través de sus profetas una regeneración. Este pueblo conserva siempre la verdad en su seno, pero se halla rodeado de naciones que poco a poco pierden las tradiciones primitivas, envolviendo lo que de ellas conservan bajo alegorías más o menos elaboradas. De entre estas naciones se elevan hombres que, devorados por el deseo de conocer la verdad y al no descubrirla bajo el es-

peso velo de los mitos, le preguntan a su razón esperando que les responda. Pero la razón, incapaz de guiarlos, les lleva a caer en mil y mil errores.

El cuadro de las creencias debilitadas sin cesar entre los pueblos paganos y llenos de las convulsiones filosóficas de los pensadores de entonces, forma un contraste chocante con el espectáculo del pueblo judío, siempre feliz cuando sirve a Dios y siempre aplastado por sus enemigos cuando lo abandona.

Tiempos de la Iglesia Tal debe ser, por así decir, la introducción a los grandes combates que el cristianismo nos presentará. Jesucristo nace y funda su religión sobre las creencias antiguas más desarrolladas, al mismo tiempo que da a los hombres, mediante la fundación de su Iglesia, el medio de conocer la verdad, medio ya conocido antes, pero que no se presentaba con los rasgos tan precisos.

Aquí se nos presentan dos grandes divisiones. El cristianismo puede ser considerado en sus dogmas o en su gobierno. En sus dogmas presenta el sistema de verdades más vasto y el más completo; en su gobierno forma una sociedad eterna, en la que Dios es el rey, y que no puede perecer y quien la gobierna tampoco.

Considerado en sus dogmas, el cristianismo ofrece el espectáculo de la lucha, sin cesar renovada, entre el error y la verdad. Nada más bello que ver a los enemigos de la verdad unirse para ahogarla, y enfrente, a los cristianos oponiendo constantes las armas de la autoridad a los amantes de novedades y venciénolos siempre. El estudio de esta guerra continua enseña cómo la verdad siempre sale victoriosa y más esplendorosa de sus luchas, cómo los esfuerzos de las tinieblas para invadirlo todo, aportan una mayor efusión de luz. Las herejías que han aparecido hasta el siglo XVI, deben ocuparnos según su importancia, pero llegados a la época de la Reforma, hay

que dedicarle una mayor atención porque tocamos a una época que influye inmediatamente sobre la nuestra. Hay que mostrar cómo Lutero, al proclamar el dogma de la rebelión contra el Papa, ha proclamado el dogma de la superioridad de la razón, y cómo con la ayuda de este error los filósofos del siglo XVIII han causado las ruinas de las que estamos rodeados. El estudio de los siglos precedentes ha de servir poderosamente para explicar el nuestro, e incluso, para descubrir lo que se prepara para el porvenir, en la medida en que las necesidades de la religión pueden exigirlo.

Bajo el punto de vista social, la Iglesia, en sus relaciones con los reyes y los pueblos, presenta un altísimo interés. Las cuestiones de la soberanía, de la libertad y del derecho de defensa, se ubican aquí. Estudiadas en los tiempos pasados estas cuestiones encuentran una pregunta respuesta más fácil, cuando hay que resolverlas de acuerdo con nuestra posición actual.

**Ventajas del orden
histórico**

El camino que propongo tiene las mayores ventajas, ya que vemos todas las cuestiones según el orden natural: en primer lugar Dios mostrando su poder mediante la creación, su sabiduría mediante la creación del hombre y los preceptos que le da, su justicia mediante el castigo que le inflige, su amor mediante la reparación; el hombre saliendo puro de sus manos, manchado por la culpa original, levantado mediante la promesa de un redentor; la formación de la familia bajo la ley natural, más tarde bajo la ley escrita; la formación de la sociedad judía, y a su lado la de las demás sociedades.

Jesucristo, anunciado por los profetas, aparece, y la gracia es dada por él. La cuestión de la gracia se emplaza aquí de manera natural. El Espíritu Santo enviado a los apóstoles enseña la verdad completa y el conocimiento

del Padre, del Hijo y del Espíritu, nos lleva a meditar sobre las profundidades del misterio de la Trinidad.

La lucha contra los paganos implica la necesidad de probar la divinidad de la misión de Jesucristo, al tiempo que las primeras herejías brindan la ocasión de forjar el poder de la Iglesia, poder que se precisa cada vez más según las circunstancias lo exigen. A partir de esta época, las herejías aportan temas de reflexión. El estudio de los escritos de los Santos Padres que las han combatido es el medio más seguro de conocer la verdad en su desarrollo. El estudio de los diversos sistemas de filosofía, que surgen al lado del cristianismo, formará un interesante cortejo para la verdad.

21 de octubre de 1833

Nota íntima

He tomado la resolución de, cuando pueda hacerlo sin que se note, comenzar una especie de vida monástica y austera, y de hacer todo lo que pueda por castigarme ante el Señor. Lucha contra el orgullo.

26 de noviembre de 1833

A su hermana Agustina

...Roma es una ciudad embriagadora. Te aseguro que no exagero. No he hecho más que correr todo el día. Verdaderamente algo prodigioso...

28 de julio de 1834

Al abate Ginouillac

**Preocupaciones
apostólicas**

Muy recientemente, y para mí mismo, hacía algunas reflexiones sobre mi porvenir particular y me preguntaba cuál era mi meta. La meta me parecía bien clara: la defensa de la religión. ¿Medios? Eso ya me parecía más difícil de explicar. Al no sentir propensión hacia una cosa más que hacia otra, concluí que lo mejor

era dedicarme a la adquisición de una serie de conocimientos tal que más tarde pudiera seguir el camino que la Providencia me indicaría especialmente. De ahí la necesidad primera de estudiar el conjunto de la religión, lo que puede absorberme durante algunos años, sin poder decir sin embargo que pierdo el tiempo...

...Reflexionando sobre el carácter del sacerdote hoy, me ha parecido que uno de los grandes obstáculos para el éxito de las predicaciones cristianas, es que el hombre se muestra demasiado y el espíritu de Dios demasiado poco. El sacerdote que instruye, debe predicar *tanquam potestatem habens*, pero se ha imitado demasiado a los fariseos y escribas. Se ha disertado; por lo tanto el hombre se ha dejado ver. Se habrá hecho una hermosa pieza de elocuencia, una potente disertación filosófica, no se ha hecho una predicación cristiana. Ahora bien, es imposible que el hombre no se luzca en las refutaciones. Mire a ver si alguna vez se adopta este género en los discursos de Jesucristo, de los Apóstoles o de las Epístolas. San Pablo, en la Epístola a los Hebreos, se ocupa menos de combatir contra los judíos que de instruirlos mediante sus propias creencias. Y creo que eso es lo que hay que hacer hoy ante todo...

23 de agosto de 1834

Borrador de carta al abate Fabre

...Por lo que a mí atañe, estudio todos los días y cada día me aferro más a algunos principios cuya importancia me ha hecho captar mi viaje. El primero es que hay que trabajar para Roma, a veces sin Roma, pero jamás contra Roma...

24 de agosto de 1834

Sufrimientos menesianos

...Y si desea saber el resultado que estos acontecimientos han tenido para mí personalmente, pues hacerme sufrir mucho, purificar mi fe, hacerla apoyarse cada vez más en Dios, no querer más que el bien de su Iglesia.

Fuera de eso, ¡qué pequeño, débil, ilusorio es todo! Rece, le suplico, para que saque de todo lo que está pasando ante mis ojos, lecciones de humildad y de esperanza. A veces es penoso tomar la propia alma a pulso; a veces uno está muy abatido. Sin embargo, cuando vuelve la calma, uno se encuentra más débil, más roto, más ligero, más en manos de Dios; y eso es lo que necesitamos...

RETIRO COMENZADO EN SAN EUSEBIO

29 de noviembre de 1834

Tomo como patronos a: Nuestro Señor, que es mi patrón particular, la Santísima Virgen, San José, San Juan Evangelista, San Pablo, San Juan Crisóstomo, San Francisco de Sales y San Ignacio.

30 de noviembre

¡Cuántas veces, al meditar sobre las primeras verdades, no he tratado de aplicárselas a los demás, sin pensar en aplicármelas a mí mismo! Creía que no necesitaba hacer hincapié en el pensamiento de que he sido creado para conocer, amar y servir a Dios, ya que en general estoy dispuesto a entregarme a su servicio. ¡En cuántas ingratitudes no he incurrido, por no haber prestado atención a una verdad que me hubiera permitido comprender la importancia de mis deberes!

Te adoro, Dios mío, por el orden admirable que has establecido entre los hombres que, colocados en distintas posiciones, pueden alcanzar la misma meta, que es

tu gloria y su salvación. Dame, Dios mío, en la posición en que me has colocado, la gracia de estar convencido de que todo es indiferente, con una sola excepción. Dame la gracia de no desear otro instrumento distinto del que has puesto en mis manos para realizar mi tarea, persuadido como debo estar, de que el instrumento que me has dado es el más adecuado para realizar la obra que me has mandado.

Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum [Romanos 8, 28]. ¡Que te vea siempre, Dios mío, como el fin de todas mis acciones! ¡Que tenga siempre presentes estas palabras: *Nemo venit ad Patrem nisi per me!* [Juan 14, 6]. Entonces todo me será indiferente, ya que ser rico o pobre, celebrado o despreciado, sano o enfermo, joven o viejo, poco me importará. Lo que me importará será buscarte, y como sabré que nadie va al Padre sino por ti, sabré también que tú has señalado por adelantado el camino que quieres que sigan tus discípulos: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me* [Mateo 16, 24]. Por lo tanto la abnegación completa. Por lo tanto una indiferencia absoluta respecto de los medios con tal de llegar a ti, Dios mío, fuente de todo bien.

1° de diciembre

¡Así, pues, comienza el mes en que Dios hará cosas tan grandes en mí! Morir sin que se hable de mí en la tierra. ¡Y qué me importa si Dios habla de mí en el cielo! Quiero vivir muchos años. ¿Para aumentar el número de mis pecados?

Cuando he viajado, en los caminos he puesto mi vida en manos de los cocheros, en el mar en las de los marineros, contando sobre su propio interés para conducirme al término de mi viaje. ¿Y no me pondré en manos de Dios para guiarme en el gran negocio de mi salvación? Cuan-

do deseo aprender una ciencia, hago lo que prescribe el maestro: utilizo, para el dibujo por ejemplo, el lápiz o el grabado, según me diga. Y para mi salvación, ¿no voy a emplear los distintos objetos que tengo a mano según plazca a la Providencia?

En la vida de San Ignacio, el pasaje que trata de los combates que tuvo que sostener antes de su conversión, me ha causado una profunda impresión. Dios mío, ¿por qué no puedo decir yo, como San Agustín: *Tu non poteris quod isti et istae?* Sí, Dios mío, yo lo podré con tu gracia. Me entrego a ti. Me considero una nada, como un átomo entre tus manos. Después de todo ¿qué otra cosa soy? Quieres que sea misionero. ¡Pues bien, mi Dios, lo seré! Moriré joven si mi pecho no aguanta las predicaciones. Aguantaré el frío de los Cevenas. Seré despreciado por aquellos que dirán que estoy destinado a hacer otra clase de bien. Estaré enfermo. Poco importa, con tal que esa sea tu voluntad.

Dame, Dios mío, la fuerza para resistir a este amor propio, que es tan potente en mí y que infecta todas mis acciones; o bien, si quieres, déjalo en mí, para que lo combata sin tregua y que el temor de dejarme seducir por sus ilusiones me impida prestar demasiada atención al escaso bien que me imagino hacer.

2 de diciembre

Dios crea el mundo para darse una gloria exterior. Crea a los ángeles, crea a los hombres. Los ángeles se rebelan en parte contra Dios y los rebeldes son precipitados al infierno. Dios crea al primer hombre el cual le ultraja, y el desorden entra en el mundo. Un único pecado ha hecho el infierno; un solo pecado ha hecho la muerte. Y yo, ¡cuántas veces no he pecado! No es otro, soy yo quien se ha rebelado mil veces contra su dueño, quien ha merecido mil veces ser aniquilado, y como la bondad de Dios

me soporta, no pienso en ello. Dios mío, graba este pensamiento en mi corazón. ¡Que piense siempre que estoy bajo la mano de tu justicia, para que no añada la ingratitud a tantas otras faltas!

3 de diciembre

Desde hace tanto tiempo que medito sobre el pecado, Dios mío, ¿y no tengo el horror que debiera inspirarme? Me presento ante ti como mi juez, y tú sólo te muestras como amigo. *Tu qui dulces mecum capiebas cibos* [Salmo 41, 10]. Eso es lo que me dices y no quieres enseñarme tu justicia. ¡Si al menos comprendiera tu amor! Pero soy incapaz y permanezco frío. ¡Qué situación tan cruel!

¡Qué bueno eres, Dios mío! Sólo puedo sentir que te he ofendido haciendo un acto de amor. Entonces veo cuánto me separa de ti. Como un esposo reprocha las faltas cometidas a su esposa culpable cuando se presta a sus caricias, así tú me reprochas con suavidad todas mis infidelidades. ¡Dios mío, ya no quiero cometer ninguna más! Tu bondad me confunde.

¡Qué terrible contraste encuentro en mí! Sé que amo cuanto hay de hermoso, bueno, santo, justo; me arrebató el amor a la castidad y luego cometo el mal: me embriago de orgullo, me dejo llevar por las imágenes más sucias, despellejo a mi prójimo, me entrego a la pereza. ¿Por qué esta lucha continua entre tu gracia y mi naturaleza corrompida? ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo? *Usquequo Domine? Usquequo?*

4 de diciembre

¡Qué bella la muerte del sacerdote, que en su última hora se ve rodeado de las almas que ha salvado y que le han precedido en la gloria; de los ángeles de aquéllas que aún están en la tierra, pero que rezan por quien les ha abierto los ojos a la luz! ¡Haber vivido como Jesucristo, como mediador entre Dios y los hombres, haberse hecho víctima por la salvación de sus hermanos, no haber pensado nunca en sí mismo para animarse a servir a Dios como auténtico apóstol, haber tenido el corazón abrasado por el fuego del amor divino, qué vida más admirable, qué muerte deseable tras una vida así, qué porvenir digno de esperanza!

5 de diciembre

Ten piedad, Dios mío, de un pobre hijo pródigo que no entiende suficientemente ni en qué medida ha sido pródigo, ni cuánta dicha hay en reposar en tus brazos de todos los sufrimientos pasados. Haz que encuentre descanso en ti, que en ti no busque más que tu gloria. ¡Dios de mi corazón!, pese a todo me parece que quiero amarte y que estas veleidades de amor me dan cierto pesar de mis faltas.

El 5 de diciembre de 1834, he recibido la absolución en una confesión general de toda mi vida y como me parece que la he realizado de buena fe, no me queda sino contar con la infinita misericordia de Dios que tendrá en cuenta, eso espero, la miseria de un pobre pecador y su deseo de retornar al camino de la virtud.

¡Gracias te sean dadas, amable esposo mío, por haber querido darle la paz a mi alma! Me acordaré de esta paz cuando piense que no he dicho todo. No me la hubieras dado, así lo creo, si no hubiera tenido la dicha de ser reconciliado contigo.

Salvador mío, ahora estamos en paz. Eres mi padre, eres mi hermano, eres mi amigo, mi Señor, mi Dios, *Deus meus et Dominus meus* [Juan 20, 28].

Dame, te lo suplico, gran abundancia de amor a ti. ¡Oh, río de la vida, fluye en mi alma! ¡Salvador del mundo, inúndame con tu sangre! No quiero amar sino a ti, vivir sino para ti, darme del todo a ti, nada importa en qué lugar, en qué parcela de tu campo quieres que trabaje, de cualquier modo que me quieras emplear.

Dios mío, ven a habitar en mi alma, ven a vivir en mí, para que yo viva en ti y que en ti yo me vea consumado en aquella unidad misteriosa de que hablabas a tus discípulos durante la última Cena, entre las dos mayores pruebas de amor que el hombre haya recibido de su Dios, la Eucaristía y el Calvario.

Recordaré toda mi vida que he de tener una confianza sin límites en Jesús en los momentos más terribles de mi vida.

26 de diciembre de 1834

A su padre

**Hoy, ordenación
sacerdotal**

Hoy he podido leer su carta del tres de diciembre. Llegó hace ocho días, pero como hace quince días que no paso por aquí, no la había recibido. Por un ligero impedimento que aun no comprendo, no pude ser ordenado el pasado domingo, tal como esperaba. Hoy al fin ha tenido lugar mi ordenación sacerdotal. No he podido, pues, celebrar mi misa el día de Navidad, como esperaba. Será mañana, día de San Juan, cuando suba al altar por primera vez.

Sería largo de contarle todas las angustias que he sufrido, antes de recibir las órdenes y toda la felicidad que he experimentado cuando las hube recibido. Son cosas que sólo se comprenden cuando las experimenta uno mismo.

Ya soy sacerdote para la eternidad. Este pensamiento me desconcierta completamente y sin embargo deja en mi alma una alegría dulce que me llena de confianza. Cada vez que me he prosternado ante el obispo, en las tres ordenaciones, mientras cantaban las letanías sobre mí, le he pedido a Dios que no permitiera que me levantara, si no iba a ser un sacerdote según su corazón. Tengo una confianza extrema en el sacrificio de la misa. Ya el Oficio me procura un bien infinito. Quiera Dios, como me decía un buen religioso, que no se encallezcan los dedos que todos los días tocarán la hostia santa.

Le diré por qué decidí pasar un mes en San Eusebio. Me habían hablado tanto de los Jesuitas en todos los sentidos, que he querido juzgarlos por mí mismo. Abandono esta casa con la convicción de que en general los Jesuitas son santos varones, pero que repiten demasiado de la mañana a la noche la oración del fariseo: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres". Lo que se cuenta de la policía que ejercen en Roma, no es sino demasiado cierto; tengo pruebas desgraciadamente muy evidentes. No puedo hallar mejor comparación sobre el estado actual de los Jesuitas, que la de los brotes de un árbol inmenso cuando se ha cortado el tronco: no encuentras más que los vástagos brotando de las raíces.

Me han jugado una bastante mala pasada. Creo que ha sido el obispo del Puy. Sea quien sea, han presentado una denuncia contra mí, a propósito de mis opiniones. No me dicen nada. Sólo que la víspera de mi ordenación de subdiácono, el cardenal Odescalchi, que había tenido la bondad de prometerme que me ordenaría y que entre tanto ha sido nombrado cardenal Vicario, me rogó que pasara a verle. Me preguntó qué pensaba del señor de la M(ennais). Le respondí que estaba en todo sometido a la encíclica, que había desaprobado las Palabras de un creyente antes de la publicación de la condena y que, en cuanto a la filosofía, mis ideas habían cambiado mu-

cho, que solamente no entendía qué quería decir el Papa cuando hablaba de un sistema de filosofía que él desaprobaba. El cardenal me respondió que el Papa había querido criticar en general el sistema mediante el cual el señor de la M(ennais) quería incluir la religión dentro de la libertad y unir ambas cosas, que el Papa no quería condenar todas las opiniones del señor de la M(ennais), que conocía varias personas convertidas a raíz de la lectura del primer libro de este autor y que el Papa le había dicho que estaría contento de que se reimprimiese lo que el señor de la M(ennais) había escrito sobre la Santa Sede. Luego me propuso, en nombre del Papa, firmar una fórmula, mediante la cual yo adhería a la encíclica y me desligaba de la opinión de los que pensaban que la encíclica no condena un cierto sistema filosófico. Me propuso darme tiempo para reflexionar. Le respondí que no lo quería, y firmé en el instante.

Parece ser que se va a exigir una fórmula parecida a todos los obispos; al menos eso me aseguró el cardenal Odescalchi. Hubiera querido enviarle a usted una copia. Se la he pedido esta mañana al cardenal, el cual me ha dicho que me la conseguiría pero que el original está entre las manos del Papa, quien, me ha asegurado, se ha mostrado muy satisfecho de la prontitud de mi sumisión. Es bastante fastidioso atraer la satisfacción del Papa de semejante manera. Me van a presentar a él un día de éstos. Veré cómo me recibe.

27 de diciembre

Primera misa Esta mañana he celebrado mi primera misa en los sótanos de San Pedro. Me ha asistido el abate de Brézé. El señor d'Auriol oficiaba de monaguillo. El señor Poly ha celebrado la misa después de mí. Había cuatro o cinco personas; pero le confieso que, puesto que no podía verle a

usted entre ellos, me daba igual que estar rodeado de una multitud de indiferentes, de los que no se me da mucho y que no habrían hecho más que distraerme. Han comentado que hago muy bien las ceremonias. Sólo que el abate de Brézé me ha obligado a abreviar el *memento* de los vivos. Usted comprende sin embargo que tenía sólidas razones para tomarme con calma un momento semejante. El abate de Brézé me ha llevado luego a desayunar a su casa. Ha sido, lo mismo que el abate de Montpellier, muy bueno conmigo. El abate de Brézé pretende que representaba a mis padres y amigos y, como tal, dice que quiere escribir a mi madre.

No tengo ninguna noticia que darle, si no es que Montalembert regresa a París. Ha escrito últimamente una carta al Papa en la que declara que se somete enteramente a la encíclica. No quiero terminar mi carta sin decirle lo mucho que la suya me ha complacido. He besado vuestro nombre de pura alegría, no pudiendo abrazarle en persona.

18 de enero de 1835

A Luglien d'Esgrigny

Sacerdote para los demás

No, me he hecho sacerdote, al menos eso pienso, para los demás tanto como para mí. El deseo de glorificar a Dios, reconduciendo a él el mayor número que me sea posible de sus hijos descarriados; el deseo de verter un poco de bálsamo en las heridas de esta pobre humanidad, es lo que me ha empujado hacia el altar, que es donde pienso encontrar el remedio. Pero no he subido al altar sino a condición de bajar de él y mezclarme con la sociedad y tener sobre ella la poca influencia de que sea capaz. Pero esta misión que creo que es la mía, con razón o sin ella, esta misión no se va a llevar a cabo sin que cueste grandes decepciones, grandes tristezas, vista la ingratitud de los hombres...

II. COMIENZOS DE LA ASUNCIÓN: 1844-1850

1° de diciembre de 1844 A la Rvda. Madre María Eugenia de
Jesús

...Hoy, primer día del año eclesiástico, he procurado entregarme, a mi manera, para formar en mí a Jesucristo, como se formó en el seno de María. Creo que eso me ha sentado bien. Creo que tengo una voluntad más fuerte, más sostenida, más tierna, de pertenecer a Dios. Se lo debo a usted en parte y para agradeceré se lo hablo de ello.

20 de diciembre de 1844

A la misma

Reaparición de la estrella

...Estoy muy preocupado, de un tiempo a esta parte, en lo que me atañe, respecto de dónde quiere la Providencia que vaya. Cuando recibí las órdenes sagradas hace diez años, quedé como cegado, en el sentido de que ya no vi nada claro en mi porvenir. Hoy me parece que la estrella reaparece, y creo descubrir algo hacia lo que debo avanzar. A veces se levantan en el fondo de mi corazón furiosas repugnancias, pero tengo la sensación de que mi voluntad no tiene en eso participación o muy poca. Estoy dispuesto a todo. Por otra parte, algunas circunstancias externas dan la impresión de disponer todas las cosas para facilitarme los medios de llevar adelante los proyectos que creo son los de Dios. Hay que dejar a Dios actuar. Por mi parte, estoy, así lo creo, dispuesto a todo, cueste lo que cueste...

23 de enero de 1845

A la misma

Aplicación al estudio

...Ya pudiera yo tener una reputación de sabio, que si la tuviera sería inmerecida. Sin embargo, cuando miro a mi alre-

dedor, estudio más que las tres cuartas partes y media de cuantos puedo observar. Sólo que, ellos dicen que se agotan y yo lo digo algo menos. Pero la ciencia requiere algunas aptitudes que no poseo; además, la vida tan activa a la que me impulsan, me quita tiempo. Pese a todo, tras su visita a Nimes, me reservo bastante tiempo para el estudio. Así, ayer, por ejemplo, a pesar de varios enfermos que visitar y varias visitas que recibir, o que realizar, he encontrado el tiempo para leer el volumen publicado por el señor Lacordaire, menos los dos últimos discursos. Pude arañar dos horas más para preparar mi Cuaresma. Le digo esto, para probarle que lo que es buena voluntad, no me falta...

... Me habla usted de tantas vocaciones como podría encontrar para una Orden tal como usted la sueña. Pero, una vez más, ¿tengo yo todo lo que conviene? Mi manera de hacer, de actuar, me prueba, por una parte, que no tengo la dicha de gustar a todo el mundo; por otra, me doy perfecta cuenta de que, en lo tocante a la santidad, no hay comparación posible entre lo que soy y lo que eran los fundadores. Antes de emprender la formación de otros, ¡qué dura educación no se habían impuesto a ellos mismos!

25 de enero de 1845

A la misma

... Ya he leído los cinco primeros capítulos del *Tratado de la vida monástica*. Estoy satisfecho, menos de la distinción entre los anacoretas y los cenobitas. Sus polacos me han robado la idea de una Congregación de sacerdotes para la educación, con una Orden Tercera de profesores seculares para la instrucción. Aunque quizá era usted quien me la había dado...

31 de mayo de 1845

Al Sr. Eugenio Germer-Durand

Decisión irrevocable Se necesita ser la bondad en persona para que me haya escrito una carta como la que he recibido de usted, dos días ha. Pero, se lo diré, si su carta aumenta mi ánimo para proseguir con mi idea, tampoco me hubiera hecho titubear en caso de que hubiese sido del parecer del señor de Tessan. Tienen que convencerse de una cosa: me romperé pero no me plegaré. Sé a qué me expongo; sé que estaré solo y que podría encontrarme solo. Las reflexiones que me hago aquí, me impelen a considerar el porvenir que me estoy preparando, de una manera muy triste. No retrocederé. Felices quienes sólo necesitan obedecer. La obra, tal como yo la enfoco, necesita más que obediencia, requiere la soledad, el aislamiento de mi voluntad frente a las voluntades contrarias que debo doblegar o romper. Si Dios lo quiere, ¿qué importa?

Me siento con la misma decisión para hacerme tratar de insensato, de cabeza de chorlito, de incoherente y de inconstante, con la que he tenido para hacerle mis propuestas iniciales. Estoy incluso más decidido, ya que, desde el momento en que hube adoptado la obra, mi estrella ha aparecido de nuevo. Desde hace diez años no sabía adónde iba; hoy creo saberlo. Voy a sufrir muchas penalidades, disgustos, inconvenientes, pero tengo gran calma. ¿Me mantendrá Dios siempre en este sentimiento?

Por otra parte, si Dios quiere que yo cumpla mi misión, seré yo y no otro, quien deba asumir la responsabilidad. Aceptaré consejos, pero tendré que decidir yo mismo. Los consejos que solicitaré y que no seguiré necesariamente, me atraerán los reproches de quienes más quiero, y también esto debo aceptarlo. Que el abate de Tessan diga lo que quiera. Me entristece no tener su aprobación,

porque le quiero mucho, pero no por ello dejaré de ir hacia adelante. La obra debe proseguir.

Ahora, mi querido amigo, ¿comprende cuánto necesito su amistad, con toda la fuerza de la palabra? Hay en su educación y en la mía eso que yo llamaría una veta de ideas instintivas que permiten que usted, simple cristiano, comprenda mejor, por puro sentimiento, lo que quiero hacer, que otros mediante todos los razonamientos del mundo. Usted comprende también, por qué una serie de buenas obras han podido ser llevadas a cabo por mí sin disfrutar y por qué la empresa a la que ahora me entrego puede absorber, para el resto de mis días, mi ser entero. También yo podría discutir una a una todas las obras que he emprendido y podría justificarme. Pero prefiero admitir un hecho cierto, que no siempre he actuado con el sentimiento de haber puesto todo el interés que hubiera debido. Pero ¿por qué me ha faltado ese sentimiento sino porque he actuado encarrilado y no atraído?

Y, al fin y al cabo, ¿las Damas de (la) Misericordia, van peor desde que me ocupo yo de ellas? ¿El Refugio, ha sufrido retrasos en su desarrollo por mi culpa o por la del obispo y la de otras personas? ¿El porvenir de las Carmelitas, no está asegurado? ¿La Conferencia de San Vicente de Paúl, que se ha formado a pesar del obispo, necesita que la ayude yo en contra de él, ya que lo hace todo sin consultarme? Otro tanto podría decir de la Caja diocesana, donde se toman decisiones que me conciernen, aunque yo sea el presidente, sin que yo lo sepa; lo mismo de la Biblioteca popular, en que Monseñor trata todo con el señor Gareiso, sin tomarme en cuenta. No me quejo. Sólo digo que puedo retirarme sin gran quebranto de tantas obras comenzadas y en las que la gente se sabe manejar sin que yo me ocupe de ellas. No me echarán en falta cuando me aleje y en cuanto a las otras, continuaré

con ellas hasta que otro quiera sustituirme, lo que será fácil, por poco que lo quieran.

En resumen, lo quieran o no, lo intentaré. Tendré éxito, si Dios quiere; fracasaré, si Dios quiere. ¡Poco me importa! La idea está en mi cabeza y en mi corazón; tengo que ponerla en pie, pese a todos los obstáculos humanos que no me asustan en realidad.

11 de agosto de 1845

A Mons. Cart, obispo de Nimes

Las reflexiones a que me entrego desde hace cierto tiempo, me impulsan cada vez más a establecer el reino de Jesucristo y al bendecir en su nombre una casa cuyo único dueño quiero que sea él, me ha dado usted, de su parte, el único espaldarazo que deseaba...

21 de octubre de 1845

A la Madre María Eugenia

Preparación al voto de perfección

... Pues bien, ¡mire mis locuras! ¿Me creerá si le digo que ayer, en la misa, me ha sido imposible negarle a Dios comenzar una especie de noviciado para el voto de perfección? A veces, estoy tentado de creer que no es más que un orgullo estúpido lo que me ha podido inspirar una idea semejante. Pero luego, ¿por qué esta idea me ha venido durante la misa? Resumiendo, Dios me atrae con fuerza a sí, pero yo no tengo más que veleidades de bien. Sin embargo, hija mía, su responsabilidad y la mía, son algo muy serio, que nos pone en la obligación de hacernos santos. Eso hace temblar, pero no se trata de tener miedo, sino de poner en serio manos a la obra...

31 de octubre de 1845

A la misma

El celo por el Reino

...¿Le hablaré de mí? ¿Cómo es posible que, mientras usted se siente tan orgullosa, yo me vea impulsado a un sen-

timiento de humilde agradecimiento por todo el bien que me ha hecho usted desde hace un año? ¡Que Dios, querida hija, se lo devuelva al céntuplo y multiplique, al mismo tiempo, los efectos del celo por la extensión del reino de Jesucristo, que debe constituir la meta de nuestra existencia! Nota, dice usted, que soy mejor que usted. Creo que se equivoca de medio a medio, pero quiero llegar a serlo...

26 de diciembre de 1845

A la Madre María Eugenia

Inicios del Instituto ¿Hago mal, querida hija, en dedicarle la hora que separa la meditación de la misa del undécimo aniversario de mi ordenación? Creo que no, ya que no quiero hablarle sino de la obra mediante la cual Dios me permite pagarle una parte de mi deuda.

Hemos comenzado seis; ustedes comenzaron cinco. A lo menos, que nuestro número compense el tiempo que nos llevan ustedes por delante. Anteayer, por la tarde, nos reunimos como habíamos convenido. Pero esta primera charla fue muy fría. Estaba agotado de cansancio, casi no había dormido la víspera, y había pasado el día en el confesionario; también nuestros hermanos tenían sueño. Hablé, pero poca cosa; sin entusiasmo. A las diez, cuando tuve que salir para la catedral, en que debía cantar el oficio y celebrar la misa de gallo, estaba poco contento de mí y de los demás. Me permití decir a mi vecino, hablándole de un sacerdote, conocido por su falta de talento y que cantaba una lectura: “¿Has escuchado alguna vez una boca escupir la idiotéz a boca llena como la del señor X?” Estará de acuerdo con que fue horrible por mi parte. Durante la misa, me sentí bien, excepto un momento de impaciencia porque no habían pensado en la incensación del altar para el *Benedictus*.

¿Y dónde andaban mis sentimientos? Realmente, no lo sabía. Cuando intentaba entregarme a Dios, tenía la sensación de que eso ya estaba hecho y que no había que insistir.

Me volvía a casa calmado, tranquilo, sin alegría, sin tristeza, maravillosamente apático. Eran las dos de la mañana, me puse la bata de dormir y fui a prosternarme al pie del altar. Quería pasar la noche cerca del pesebre, ya estaba a punto de dormirme, cuando, al cabo de media hora llegó uno de nuestros Padres que había celebrado la misa fuera, él también. Creí que lo mejor era acostarme. Debían despertarme a las seis. Tenía que celebrar la misa para la comunidad a las seis y media. Lo olvidaron y cuando entraron en mi habitación eran las siete menos cuarto. La misa de los alumnos era a las siete; dejamos la nuestra para las siete y media; consecuencia de todo, la misa de gallo fue para usted, la segunda para los alumnos, que me dieron la alegría de comulgar en gran número, y la tercera para los nuestros. Al final de la misa quería decirles unas palabritas, lo mismo que a los de la Orden Tercera, que habían acudido para apoyarnos con sus oraciones. Un malentendido hizo que cuando me di la vuelta no divisé más que dos o tres personas en toda la capilla. Convendrá usted en que no era muy estimulante. Menos mal que allí terminaron mis tribulaciones.

Al salir de mi acción de gracias, varios de nuestros novicios vinieron a pedirme permiso para arreglar sus habitaciones. Les respondí que las escobas estaban preparadas y que estaba esperando que me las pidiesen. Les he advertido que haré lo posible por darles ejemplo e inspirarles el espíritu religioso; que les haría sugerencias, pero que no se las impondría mientras no me lo pidiesen. Me encuentro muy bien con este método, al menos por ahora; los futuros novicios, a medida que va-

yan llegando, tendrán que plegarse a lo establecido. Así, por ejemplo, ya me han pedido dormir en jergón, hecho de paja picada. Uno de nuestros profesores que hace dos meses había hecho tapizar su habitación, ha venido esta mañana a pedirme una sin tapizar. Usted comprenderá que así es mucho mejor.

Durante la misa solemne en la catedral, a la que he tenido que ir para asistir a Monseñor, estuve abrumado por la capa horriblemente pesada que me imponen en semejante circunstancia. Durante el *Credo* dormí un poco, pero aparte de eso, todo anduvo bien. En mi interior incluso estuve algo emocionado; lo digo con una pizca de vergüenza, porque lloré bastante, creo que a causa del canto. No puedo escuchar el *Adeste fideles*, sin llorar.

De vuelta a casa he preparado algunas prácticas de pobreza y de obediencia. Comí, y al salir del comedor me encuentro con un joven diácono, hermano del abate Goubier, que el año pasado fue vigilante en nuestro colegio y venía a pedirme una entrevista para hoy. Parece que le vuelve la vocación. Tenía que ir a las Vísperas de la catedral y pasar la colecta. Estuve a punto de desmayarme. Pasé la colecta y, admire mi valentía: me decidí a quedarme al sermón. No había escuchado uno solo durante todo el Adviento, y el canónigo que lo ha predicado hubiera podido molestarse. Pero para compensar mi buena voluntad, al sentarme al lado del párroco de la catedral, le pedí por favor que no me despertara si me dormía. Le dio tal acceso de risa, que a pesar de que casi se traga la borla de su bonete cuadrado, pensé que habría escándalo. Durante el sermón no me dormí, y pude hacer mi meditación muy bien. El sermón estaba muy bien escrito, frío, predicado tibiamente; podía tranquilamente recogerme y desconectar mi atención. Es lo que hice finalmente.

De vuelta en casa, propuse a nuestros hermanos una nueva reunión, y les elogíé mucho a uno de ellos que ya había iniciado la práctica de la obediencia hacia mí. Les leí las prácticas que les había preparado, les besé los pies para mostrarles la disposición de servicio y de dependencia en que deseaba colocarme como superior frente a ellos. Y ahora ya estamos en marcha.

He querido contarle estos detalles, querida hija. Por ellos verá tanto la poca cosa que soy, como el bien que se puede conseguir de estos pobres Hermanos, cuya sencillez es muy hermosa y que no están más que un tanto asustados...

REGLAMENTO DE VIDA

Diciembre de 1845

Nota íntima

Los pensamientos que me preocupan de un tiempo a esta parte, la vocación a la que me siento llamado, me obligan a entrar en mí mismo e imponerme una regla de vida más exacta y más conforme a lo que creo que Dios exige de mí. Me debo considerar: 1° como cristiano; 2° como sacerdote; 3° como religioso; 4° como superior de comunidad.

1° COMO CRISTIANO

Soy hijo de Adán y de Jesucristo.

Hijo de Adán, soy pecador y debo reconocer mi pecado. Tengo una obligación muy grande de conocerme bajo este ángulo: 1° para adquirir un auténtico desprecio de mí mismo; 2° para adquirir, observando mis pecados y mis vicios, la misericordia para con los pecados y los vicios de los demás, y encontrar, en los remedios que me hayan

sido útiles, una experiencia útil para la salvación de mis hermanos cuya responsabilidad se me ha impuesto.

En tanto que hijo de Adán, estoy condenado a ganarme el pan con el sudor de mi frente, y pobre de mí si olvido un solo día esta ley de mi existencia.

Como hijo de Jesucristo, tengo que adquirir su amor y dejarme penetrar de su espíritu. He de recordar que debo llevarlo a todas partes, conforme a lo que este espíritu debe ser para mí.

El espíritu de Jesucristo ha de ser un espíritu de entrega absoluta, de inmutable ecuanimidad, de amor a mis hermanos como él mismo los ha amado.

El amor a Jesucristo debe ser el alma de todas mis acciones, ya que si su espíritu me debe llevar a hacer todo lo que él hubiera hecho si hubiera estado en mi lugar, su amor me llevará a hacer todas mis acciones con la mayor perfección posible y será para mí un aguijón perpetuo que me empujará hacia la santidad del estado al que estoy llamado.

No debo disimularme que el espíritu de Jesús es muy celoso en sus exigencias y que escuchándolo me expongo a avanzar por un camino que espanta a la naturaleza. El amor a Jesucristo suavizará en mí el rigor de los sufrimientos y por eso me aplicaré a desarrollado en mí, mediante la devoción al Santísimo Sacramento, ya que he observado la influencia sensible que ejerce en mí Nuestro Señor en la Eucaristía, por la diferencia de disposiciones en que me encuentro según que rece en la capilla o en otro sitio.

El espíritu de Jesucristo me ayudará a santificar mi trabajo y lo elevará hasta la dignidad del deber. Trabajaré no como el esclavo, no como el mercenario, que son como *ad oculum servientes*, sino como hijo de la gran familia en la que Jesús, mi modelo, ha querido aportar su parte de trabajo.

2° COMO SACERDOTE

He de compenetrarme, en cuanto de mí dependa, con el carácter de mediador y de sacrificador, a ejemplo de mi modelo.

En cuanto sacerdote, debo ejercitarme en la oración por los demás.

Por lo tanto, en la recitación del Oficio y en la celebración de la Misa, debo unirme a la gran oración de Jesucristo. He de tomar conciencia de la pureza que se necesita para ocupar el lugar de un pontífice semejante; pero ya que el sacerdocio no ha sido establecido sino para la Iglesia, haré los mayores esfuerzos por compenetrarme del mayor amor hacia esta esposa de Jesucristo, que él ha adquirido con su sangre y que él ha escogido para ser la depositaria de todas sus gracias y en la que él reconcilia a todos los hombres con su Padre.

La causa de la Iglesia será el objeto de todo mi celo, y consagraré toda mi existencia a procurar su triunfo. Me haré una elevada idea del honor que representa para mí ser admitido a pelear por la causa de Dios y de lo más querido para él, ya que nada quiere, ni puede querer más, que a su Iglesia. La Iglesia me será tanto más querida cuanto más perseguida la vea. Sus humillaciones serán para mí motivo de sufrimiento, pero al mismo tiempo, el motivo más poderoso para darle en la tierra, según mi debilidad, toda la gloria de que pueda rodearla.

3° COMO RELIGIOSO

Me apropiaré de la idea del señor de Rancé y recordaré que un religioso debe ser ángel, mártir y apóstol.

a) *Ángel*, por la pureza de todo mi ser. Ya que estoy llamado al honor de hablar de Dios, necesito conocerle y sólo los que tienen el corazón puro verán a Dios. Ángel, debo hacer la voluntad de Dios, *qui mittet angelos*

suos spiritus [Marcos 13, 27]. Tengo que compenetrarme con la disposición la más absoluta de cumplir todo lo que Dios quiera, cuando lo quiera y como lo quiera.

b) *Mártir*: Mis perseguidores son mis pasiones y para combatir las he de aceptar los sufrimientos que la lucha comporta. Las pasiones son las falsas deidades que reclaman la adoración de mis sentidos y de las facultades de mi alma. Necesito, si quiero ser salvado, mortificarlas y mientras no ponga por obra esta verdad, estaré perdiendo el tiempo.

Un religioso debe ser penitente, como Jesucristo lo ha sido en la cruz, y debe padecer no sólo por sí mismo sino por los demás, como Jesucristo ha muerto para la salvación de los hombres. Si, pues, mi mortificación no se extendiera más que a lo que me es personal, me haría una idea muy estrecha de mi vocación y correría peligro de caer en una cierta devoción egoísta, que es una de las plagas más funestas de la verdadera piedad.

La naturaleza humana siendo por sí misma y por efecto del pecado extremadamente cobarde, haré cuanto dependa de mí por hacer triunfar en mí la vida del espíritu, lo que no será una de mis mortificaciones menores. Habré de mantenerme, habitualmente, en cuanto sea posible, en una atmósfera elevada de pensamientos y de sentimientos, estando atento, como se lo he recomendado a tantos otros, a no poner los pies en el barro de los sentimientos y de los pensamientos de la tierra.

La mortificación será para mí una purificación, una expiación, una educación: una purificación, porque me purificará de mis vicios; una expiación, porque aplacará la cólera de Dios contra mí y contra los demás; una educación, porque no alcanzaría su meta si no me hiciera mejor.

c) *Apóstol*, debo dar a conocer la verdad, debo estudiarla y no debo olvidarme de mis obligaciones al espec-

to, para tener la valentía de recordárselas a los niños que se me han confiado.

Apóstol, amaré la verdad cuyo principio es Jesucristo, palabra eterna de Dios, Dios él mismo. Mis estudios, aunque sean muy dispersos, serán para mí un tema de atención capital, y si tengo poco tiempo para estudiar, recordaré que debo trabajar tanto y tan bien como me sea posible.

Apóstol, recordaré siempre el respeto que debo tener a la Palabra de Dios y me impondré una penitencia cada vez que me suceda faltar a él. Estando encargado de llevar a los hombres el mensaje de Dios, el apóstol tiene la obligación de llevarlo de modo que pueda ser aceptado, y esta verdad deberá guiarme en las relaciones con las almas, sea en público sea en privado. Predicaré a Jesucristo. Pero ya que Jesucristo ha sido niño, hombre adulto, pobre, rey, pontífice, doctor, en una palabra ha pasado por todas las etapas de la vida, al darle a conocer, lo presentaré en la faceta que le permita ser aceptado más fácilmente. Esto implica para mí, la obligación más absoluta de estudiarlo, tanto como sea capaz, de acuerdo con todo lo que es.

El apóstol no es algo sino por quien le envía, y es tanto más apóstol cuanto mejor cumple aquello que le han prescrito. Por eso haré todos los esfuerzos para ser un apóstol obediente. La obediencia, en lo que tiene de más verdadero, coloca al alma inmediatamente bajo la acción de Dios, y no seré realmente apóstol más que en la medida en que esta acción penetre en mi ser. El apóstol ama a quien le envía, pero debe amar a aquél a quien es enviado, ya que lleva una misión de amor, de misericordia. Me impregnaré de estos sentimientos hacia las almas, sobre todo de los niños que nos están confiados y de las diversas personas con las que tenga que ejercer una misión apostólica.

Pero las almas por las que tendré el más vivo afecto, serán aquellas que deberé guiar como superior, y por ahí entro en la consideración del cuarto punto de mi reglamento.

4° COMO SUPERIOR

Si es verdad que Dios quiere permitirme trabajar para su gloria, si Nuestro Señor no me considera como un obrero indigno de favorecer la extensión de su reino en las almas, si, además, como director de la casa, estoy llamado a ser en un principio el superior de la pequeña comunidad que queremos formar, debo convencerme ante todo de las verdades siguientes:

1° Nadie debe conocerme mejor que yo mismo, ya que si es mi obligación como simple cristiano, lo es mucho más como superior.

2° El conocimiento que tengo de mí mismo habiéndome iluminado sobre mis defectos y habiendo sido durante mucho tiempo uno de los motivos más poderosos que me ha impedido entregarme a la obra a la que me creo llamado, he de estar en radical disposición de colocarme en el rango de simple religioso, desde el momento en que mis Hermanos me expresen este deseo o que yo mismo estime evidente que otro puede hacerlo mejor.

3° Ya que la obra reposa sobre ciertas ideas sobrenaturales, pues no son sino aplicaciones de verdades de fe, tengo la gravísima obligación de hacer esas ideas prácticas para todos mis Hermanos.

4° Nada debe ser capaz de hacerme renunciar a la obra, excepto la única autoridad que, sobre la tierra, recibió de Nuestro Señor la potestad de atar y desatar.

5° Aunque sea poca cosa dar mi vida por aquello que puede procurar la gloria de Dios, la ofreceré cada día

entre las palabras de la consagración del pan y las de la consagración del vino, para que en el momento más solemne de su sacrificio, Nuestro Señor tenga a bien aceptarme como víctima enteramente suya y no me permita volverme a mí mismo.

6° Todas mis oraciones, las pocas obras buenas y cuantas mortificaciones pueda hacer, no tendrán más meta que pedir a Dios las gracias necesarias para semejante empresa.

7° Necesitando la oración más que cualquier otro, aunque esté más a menudo solicitado, asistiré cuanto pueda a los ejercicios de la comunidad, sobre todo al rezo del Oficio, y a menos que esté enfermo, repararé siempre antes de acostarme el tiempo que haya sido detraído de mis ejercicios religiosos por ocupaciones ineludibles.

8° Mis mortificaciones estarán determinadas por mi calidad de superior. Se dirigirán ante todo a lo que pueda facilitar el cumplimiento de mi cargo. Así, la privación de sueño, que me procura tiempo, será preferida a otras que puedan irritar mis nervios y hacerme perder la ecuanimidad, que tanto me falta y que debo esforzarme por adquirir. Ofreceré ciertas austeridades para obtener de Dios las gracias que sepa que mis Hermanos necesitan.

9° Lo que era Nuestro Señor en medio de sus apóstoles, habré de serlo yo en medio de nuestra comunidad, mientras tenga el honor de dirigirla.

Ahora bien, Nuestro Señor en los tres años que pasó entre ellos sobre la tierra, se nos presenta con estos rasgos:

- a) los llamaba y los buscaba;
- b) no les escondía sacrificio alguno que tuvieran que afrontar: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* [Mateo 8, 22];

- c) no se dejaba desalentar por las apariencias;
- d) los instruía poco a poco, unas veces delante de los judíos y otras con los 72; a veces sólo a los doce, otras más en particular, como cuando tomó a Pedro, a Santiago y a Juan; otras en la intimidad, como cuando tomaba a San Pedro o a San Juan;
- e) les hablaba siempre el lenguaje de la fe;
- f) les escuchaba con gran paciencia;
- g) les preparó poco a poco a la noticia de que su reino no era de este mundo y que tendrían que sufrir mucho;
- h) hablaba siempre como su Maestro y decía al mismo tiempo: *Non veni ministrari sed ministrare* [Mateo 20, 28];
- i) los trataba con gran confianza;
- j) les dejó su poder, incluso el de hacer milagros mayores que los suyos.

Estos diferentes rasgos que destaco en la conducta de Nuestro Señor con sus apóstoles, se deberán manifestar en mi conducta con mis Hermanos.

1° Los atraeré hacia Dios en cuanto de mí dependa y me esforzaré por ir por delante haciendo desaparecer, cuanto pueda, esta rigidez y rudeza de carácter que me reprochan con tanta razón.

2° Les imbuiré del espíritu de sacrificio y les repetiré sin tregua que la vida del religioso debe ser una vida de separación, y que hay que optar, entre entrar en la vida ordinaria o ponerse por las buenas en un estado de inmolación.

3° Los caracteres difíciles son la plaga de las comunidades. Mientras doy gracias a Dios por haberme puesto en relación con hombres de cuyos caracteres no tengo sino elogios, no debo disimularme que algún día podrían llegar hombres de humor cargante. He aquí cuál

sería mi conducta. No me cansaré de buenas a primeras, sabiendo que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios. La paciencia es el arma más poderosa que emplearé; esperaré cuanto hubiera esperado Nuestro Señor. Si no se corrige, haré como Nuestro Señor con los de Cafarnaúm, le dejaré retirarse, consciente de que los defectos de los Hermanos que son una ocasión de virtud para el superior pueden ser una ocasión de escándalo para la comunidad, lo que no debe ser tolerado en ningún caso.

Pero una vez más, como Nuestro Señor, no me dejaré asustar por las apariencias y por ello pediré con insistencia el don del discernimiento de espíritus.

4° La franqueza y la apertura de corazón debiendo ser uno de los rasgos de nuestra obra y una de las armas más poderosas de que nos hayamos de servir, esta franqueza y esta apertura las predicaré con el ejemplo en mis relaciones con mis Hermanos, pero de tal manera que esté atento para ver lo que se debe decir en público y lo que se debe decir en privado. Lo que puede ayudar a unos puede hacer daño a otros. Tampoco están todos llamados a la misma perfección. La alianza entre la prudencia y la caridad me llevará a tener siempre presente, como regla constante, el mayor bien de las almas.

5° Un medio que nunca olvidaré como de los más eficaces para formar a los religiosos será el de colocarles siempre de cara a ellos mismos y a Nuestro Señor. Si tienen la convicción de que están gobernados por Jesucristo y de que yo no soy más que su eco, si se dan cuenta de que no me guía más pensamiento que el de introducirles en el mundo superior de las realidades divinas, aceptarán más fácilmente mis palabras, por severas que sean, y las aprovecharán mucho más.

6° Si bien los varones tienen menos necesidad de confianzas, no olvidaré que muchos males del alma se curan con sólo escuchar el relato que hace de ellos quien los padece. Debo exigir de mis Hermanos una confianza absoluta, pero ¿cómo la voy a conseguir si no estoy disponible, cuantas veces quieran confiarme alguna de sus penas, consultarme sobre alguno de los combates tan inevitables desde el momento en que se desea penetrar seriamente en la vida interior?

7° Sólo gradualmente puedo esperar formar a los que no lo estén ya, para esta vida enteramente de desasimiento, de muerte perpetua a sí mismos, sin la cual no hay espíritu religioso. Pero ahí es precisamente donde la debilidad debe ser respetada y donde necesitare paciencia. Si la vida religiosa es una verdadera crucifixión, ¿debo asombrarme de que los que desean abrazarla experimenten a veces, en el momento crucial, las mismas angustias que Jesús en la agonía?

8° Nuestro Señor siempre hablaba como Maestro y sin embargo lavaba los pies a sus apóstoles. Así es como deberé aplicarme siempre a prestar a mis Hermanos aquellos servicios mediante los cuales pueda atraerlos a Dios y convencerlos de mi buena voluntad para con ellos. Pero en todo cuanto concierna a mi responsabilidad, puesto que la responsabilidad de dar cuenta a Dios recaerá sobre mí, actuaré con la independencia que se sigue de la necesidad de conseguir la meta deseada, pese a los obstáculos que puedan aparecer en el camino.

9° Por lo que más deberé velar será por el espíritu de unión. La unión no subsiste sino por la confianza. Les daré las mayores pruebas de ella, haciéndoles apreciarla en cuanto de mí dependa, y les haré comprender que nada detesto tanto como eso que llaman “cachotteries” [secretillos]. La confianza, que es una prueba de estima, siem-

pre ennoblece a quienes la reciben, y lo que debo buscar siempre, es la elevación de mis Hermanos en el plano de la fe y hacerles grandes en Jesucristo, no mediante el orgullo, sino mediante la práctica de la ley de Dios.

10° Finalmente, no estaré celoso de mi autoridad y lo que yo pueda hacer por medio de ellos no lo haré por mí mismo. En todo esto, se necesitan hombres para la obra, no la obra por la obra. Es necesario que la obra misma, en todas sus partes, se resuma en Jesucristo: *instaurare omnia in Christo* [Efesios 1, 10].

Para conseguir esta meta, recordaré que, como hijo de Adán estoy condenado al trabajo; como hijo de Jesucristo, el trabajo se torna expiación para mí, si lo ennoblezco mediante el sentimiento del deber.

Como sacerdote, ya no me pertenezco sino que soy de Jesucristo.

Como religioso, estoy en un camino de perfección en que debo avanzar cada día.

Como superior, mi santificación personal sólo se puede dar en tanto cuanto fomente la santidad de la comunidad a la que pertenezco.

En una palabra, si he de ser santo, sólo lo conseguiré en la medida en que reproduzca en mí la vida de Jesucristo.

Las prácticas que me vaya imponer son:

1° El cumplimiento del reglamento de la casa, en la medida en que me lo permitan las interrupciones a las que estoy sometido.

2° Estar atento a no dejar pasar nunca un día sin rezar, al menos, tanto como el resto de la comunidad.

3° No dormir más de seis horas.

4° Adorar, cuanto me sea posible, a Jesucristo en mí.

5° Conservar habitualmente, cuanto sea capaz, la presencia de Dios.

Entre 1845 y 1850

Nota íntima

Al emitir los votos de pobreza, castidad, obediencia y celo por la salvación de las almas, pretendo comprometerme como sigue:

1. Pobreza. Renuncio a la propiedad de cuanto pueda pertenecerme, en el sentido de que no deseo usarlo más que para la gloria de Dios, reservándome dejar algo o no dejar nada a mi familia, según me aconsejen las personas a quienes consultaré. Me comprometo a vivir pobremente en cuanto a ropas, alimentos y gastos normales, de manera de no hacer nada, sin embargo, que pueda hacer pensar que he tomado una determinación demasiado definitiva. Me obligo a no perder de mi tiempo sino lo menos posible.

2. Para la castidad no necesito más que renovar mi voto de subdiaconado, recordando solamente que estoy ligado por una obligación más estricta.

3. La obediencia resultará para mí de una observancia lo más exacta posible del reglamento, del ejemplo que debo dar para ello, del modo en que deberé entregarme a lo más humilde, cada vez que por este medio crea que puedo edificar a mis hermanos y mostrarles la línea de conducta que deben seguir ellos mismos.

4. Por el voto de dedicarme a la extensión del reino de Jesucristo, me consagraré especialmente a hacer reinar a nuestro divino Maestro en las almas: 1° de mis hermanos. 2° de los niños que nos sean confiados.

5. Hago el voto de dedicarme enteramente a la obra de la Congregación hasta que mis superiores legítimos me prohíban expresamente ocuparme de ella en adelante.

Entre 1845 y 1850

Lo que Dios me pide ante todo en estos momentos es honrar el espíritu de Jesucristo, imitándolo, sea en su vida apostólica, sea en el tiempo entre su resurrección y su ascensión, mientras formaba a sus apóstoles iluminándolos y enardecíéndolos con su paciencia, con sus palabras, con sus milagros, con su amor, con su paz.

Tengo que trabajar para hacer rebrotar a mi alrededor la bondad de Jesucristo en paz, apertura de corazón, franqueza y grandeza de generosidad, y todo esto de un modo muy firme y muy suave.

Entre 1845 y 1850

Plan de estudios Me propongo rehacer mis estudios y, siguiendo mis ideas iniciales, rehacerlos desde un punto de vista histórico. Estudiaré la verdad bajo su triple forma, teológica, filosófica y moral, en la historia.

Comenzaré por el *Discurso sobre la historia universal*, luego San Agustín en *La Ciudad de Dios*, finalmente la *Historia de la Iglesia*, de Rohrbacher.

Leeré la Biblia y sus comentarios.

Consultaré la historia de [?], la *Historia de la Filosofía* por de Gérando y la de Brucker, la *Simbólica* de Kreutzer. Estudiaré más en particular a Platón y a Aristóteles.

Leeré a Tito Livio, Jenofonte, Herodoto, los hombres ilustres de Plutarco.

A partir de esta época, al leer la *Historia de la Iglesia*, leeré las obras de los Padres de la Iglesia que se refieran a la etapa que esté recorriendo, las historias principales que se refieran a los grandes hechos y a los principales pueblos.

Pasaré luego a la Edad Media, seguiré las luchas del poder temporal y espiritual, el movimiento filosófico y es-

tudiaré particularmente a Santo Tomás, a San Buenaventura. Examinaré los primeros gérmenes de la Reforma.

También deberé estudiar la historia de las Congregaciones monásticas. En esa época, la escena se ampliará. El estudio comparado de los ataques de los reyes contra la Iglesia, de las luchas de las herejías, de los triunfos de los filósofos, traerá soluciones a problemas muy interesantes, explicará el presente y ayudará a mirar hacia el porvenir.

2 de enero de 1846

Resoluciones

Mis tres resoluciones para el año que comienza son: 1° ecuanimidad de carácter; 2° continuo espíritu sobrenatural en mi vida; 3° abandono absoluto a lo que Dios quiera hacer de mi vida. Pero he de añadir que mi incapacidad me hace temblar cada día más... Con esto no sé qué pensar cuando veo el entusiasmo que suscito en ciertas personas que vienen a colaborar conmigo de un modo tan admirable. Concluyo, sin embargo, que se dejan arrastrar por la ilusión y que cuando conozcan la verdad, me rechazarán con un desprecio proporcional a la estima que me muestran en su ilusión.

5 de enero de 1846

A la Hermana María Agustina Bévier

**Aplicación a la
pobreza**

...¿Le diré que por fin me aplico a la vida pobre tal y como conviene a un futuro religioso?

Desde hace cierto tiempo, tendía mi cama; pero anteayer he cambiado de celda y la he barrido, muy mal sin duda, pero lo mejor que sé. Hoy he mandado colocar jarrones y calderos en mi pasillo y los novicios que lo pueblan o lo poblarán conmigo se esforzarán por seguir el ejemplo que usted nos da desde hace tiempo, no teniendo más

servidores que sus propios dedos. ¿Le diré que estos pobres dedos me inspiran una compasión infinita? Cuando coloco las mantas bajo el jergón, tengo la habilidad de despellejarlos. Enséñeme, pues, cómo se las arregla usted para no destrozárselos demasiado.

Aunque nadie me garantiza que todos mis novicios se quedarán, no puedo dejar de estar muy edificado por su fervor; eso me hace a veces recapacitar. Su flexibilidad, su obediencia, su buena voluntad me edifican en extremo, y la única cosa que me asombra es que la Providencia haya dispuesto las cosas de tal manera que fuese yo el piloto de una embarcación semejante...

27 de enero de 1846

A la Madre María Eugenia

Su método como superior

...Quiero añadir que mis hijos van cada vez mejor. No los empujo; les impido retroceder, una vez que han tomado una resolución o una práctica. Me atengo a su celo por el progreso. Eso me da un gran ascendiente sobre ellos, ya que me permite exigir lo que ellos mismos han decidido una vez...

14 de febrero de 1846

A la misma

Vida de fe

...He vivido, desde hace unos días, impresionado por tres ideas clave:

1° Me parece que, no sólo he comprendido mejor, sino sentido lo que es la vida de fe.

2° Me impresiona la semejanza con Jesucristo que deben adquirir los que se entregan a la salvación de las almas: es un estado de servidumbre, de amor y de autoridad.

3° Me he sentido empujado a entregar mi cuerpo a Jesucristo para que haga de él el instrumento de penitencia o de santificación que él quiera. A veces he sido infiel a esta disposición. Trataré de entrar en ella, pues se me

ha presentado varias veces durante la misa, en la comunión. Me encuentro más fácilmente recogido durante la oración, sin grandes pensamientos, pero en un estado de entrega absoluta de mi ser a Dios. La disposición que me impele a imitar a Nuestro Señor en la relación con las almas me ha venido, sobre todo, después de la lectura del *Tratado de los deberes de los superiores*, del señor de Bérulle...

29 de abril de 1846

A la misma

... Parece que tengo ciertas ganas de llegar a ser mejor. Me parece, cada vez más, que la estancia en esta casa aporta una mayor abundancia de gracias para su pobre padre. He vuelto a la oración, a mi régimen de comunidad, con una gran alegría. Sin embargo, no creo que en este momento tenga que entregarme a algo extraordinario, ya que ante todo necesito toda mi paz, y la paz está en la fuerza, *pax in virtute*. Dios, así me parece, me llama a un gran espíritu de fe y a un gran abandono a su guía, sea cual sea. A ella me entrego, en cuanto de mí depende, y repito a menudo esta oración: *Domine, quid vis ut faciam?* [Señor, ¿qué quieres que haga?]. Resumiendo, comienzo a darme cuenta de que mi corazón ha sido sembrado, primero como de manera inconsciente. Se me impone como una necesidad trabajar por hacer crecer estas pobres pequeñas virtudes, auténticas briznas de hierba, que muestran su puntita verde a través de una tierra seca y muy polvorienta...

2 de mayo de 1846

A la misma

Abandono en Dios ...Esta mañana, he rezado mucho a Nuestro Señor. Me parece a menudo que experimento mayores gracias, que se me

conceden aquí. Pensar en lo que San Atanasio sufrió por la Iglesia, me ha fortificado mucho. Me parece que estoy completamente decidido a abandonarme de cuerpo entero a lo que Nuestro Señor quiera de mí. Por lo demás, creo que en este momento estoy a buenas con él. Mi meditación es, a veces, involuntariamente distraída, pero me parece que me entrego en ella con suficiente ardor a lo que Nuestro Señor pueda querer de mí...

4 de mayo de 1846

A la misma

Vigorosa puesta a punto

...Ayer por la mañana, en la reunión del Capítulo de mis novicios, mandé realizar el ejercicio de las culpas e hice serias advertencias sobre el espíritu de caridad, el espíritu de celo, de unión, de mortificación, de exactitud; y luego les dije que estaba de vuelta para proseguir la tarea con un triple sentimiento, de tristeza, de confianza y de fuerza: de tristeza, a la vista de los engaños que sabía me esperaban; de confianza, ya que tenía la convicción cada vez más inquebrantable de que Dios quiere la obra; de fuerza, porque me sentía, gracias a Dios, con la energía suficiente para no retroceder ante ningún obstáculo. Desarrollé este tema con la suficiente convicción y seriedad, de modo que la impresión fue bastante profunda.

En la reunión con la Orden Tercera, hablé más o menos en la misma línea. Les dije que tenía una cierta alegría por el resultado de mi experiencia; que al alejarme temporalmente de ellos, había hecho como el pintor o el escultor, que se colocan a cierta distancia de su tela o de su mármol para apreciar mejor los defectos de su boceto o de su esbozo; que había encontrado, en efecto, defectos pero no tan grandes como había temido en un primer momento; que sentía, junto con mi confianza en la obra, como una disposición de paternidad hacia ellos, es decir

un sentimiento de caridad y de autoridad, de los que estaba decidido a usar, ya que yo era para ellos el instrumento de Dios, de quien emana toda paternidad. Estas palabras y lo que añadí en la misma línea, han parecido fuertes a algunos, pero los miembros de la Orden que asistían a la reunión las han encontrado particularmente suaves, comparadas con lo que había dicho por la mañana.

Intento rezar mucho y mantenerme lo más cercano posible de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, porque debo decirle, que creo estar recogiendo bajo este aspecto, el fruto de mis misas en Nuestra Señora de las Victorias. No hubiera creído que amara tanto a la Santísima Virgen. El espíritu de recogimiento me llega mucho. Tengo distracciones, pero también tengo en mi oración ciertas impetuosidades (no sé qué palabra emplear), en las que me parece que me entrego a Nuestro Señor sin límite de ningún género. Mis misas están mejor celebradas y me parece que me elevo suave y fuertemente hacia el mundo hacia el que Nuestro Señor me atrae para vivir una vida nueva...

12 de julio de 1846

A Mons. Cart, obispo de Nimes

Pinceladas sobre la obra

...Me ha pedido, Monseñor, que le ponga por escrito lo que pretendo con mi obra. Creo poderlo resumir en dos palabras: ante todo la gloria de Dios y nuestra santificación mediante la salvación de las almas por medio de la educación. Pero ya que otras obras están fundadas con esta meta, necesito, para justificar esta obra, otro motivo más particular. Para ello tengo dos: el primero que se sigue de las prevenciones, a mi ver casi invencibles, que han encontrado otros cuerpos religiosos y que hay que hacer desaparecer, para hacer el bien, según la palabra de San Pablo: *omnia omnibus factus sum* [1 Corintios 9, 22]; el segundo es la necesidad de impregnarnos de nuevo de lo que yo llamo el espíritu cristiano,

el cual me parece que se diluye cada día como un cubito de hielo en agua tibia, en medio de una piedad de agua de rosas y que, sin embargo, lo encontramos en los últimos hombres que se han ocupado de asociaciones de hombres, e incluso de mujeres, como el cardenal de Bérulle, el Padre de Condren, el Sr. Olier, el Beato Fourrier, San Vicente de Paúl, el abate de Rancé y el abate de la Salle. Cuando se lee la vida de estos hombres y se compara el modo como entendían la piedad en su visión y la manera como se la entiende hoy, no podemos dejar de reflexionar. Comunicar su doctrina en toda su crudeza a los niños sería absurdo, pero se pueden apartar de sus jóvenes cabecitas una legión de prevenciones teóricas, a las que se habitúan demasiado en el mundo las personas piadosas y que dan como resultado que la doctrina de la cruz sea un escándalo y una locura, incluso para cristianos que frecuentan los sacramentos.

Uno de los hechos que más llaman mi atención, es este debilitamiento de la fe práctica entre personas piadosas, y que representa para el edificio de la religión lo que es para un monumento la degradación del revestimiento de las paredes: pronto la humedad le penetra y destruye la fuerza de cohesión del cemento. De entre los males que afligen a la Iglesia de Jesucristo, he ahí uno que la educación puede y debe reparar. Pero para eso se necesita un gran espíritu de unidad, se necesita una asociación entre los educadores. Lo mismo diría del egoísmo, al que hay que oponer el mayor espíritu de sacrificio y desprendimiento...

30 de agosto de 1846

Nota íntima

Hoy cumpla 36 años. Me espanta la inutilidad de mi vida, el tiempo perdido, las gracias que permanecen estériles. Quiero que se dé una renovación de mí mismo desde hoy. Me parece que la gracia de Dios me impele a

ello; quiero serle fiel, al menos esta vez. Lo que Dios parece pedirme como final de mis esfuerzos incesantes, es:

- 1° Una confianza sin límites en su bondad.
- 2° Un gran espíritu de fe en todas mis acciones, y ante todo en mis juicios y determinaciones.
- 3° Una absoluta posesión de mí mismo.
- 4° Una gran ecuanimidad, con una gran suavidad.
- 5° Una aplicación más constante al espíritu de oración.

Me he entregado esta mañana a Nuestro Señor Jesucristo, bajo la protección de la Santísima Virgen, mi madre, de San Miguel, de San Pedro, San Pablo, San Juan Evangelista, San Agustín y Santa Rosa de Lima, cuya fiesta es hoy.

8 de septiembre de 1846

A la Madre María Eugenia

Natividad de la Virgen Desde hace algunos días me venía preparando para esta fiesta... Hubiera querido que fuera para mí como un segundo nacimiento. Era el pensamiento que más me inspiraba. Ahora bien, para ponerme en disposición de entrar en el misterio del nacimiento de María he pasado varias horas reflexionando en estos días. Las cosas que más me llaman la atención son la necesidad de una dedicación sin límites, de una gran delicadeza de conciencia...

En este día renueva los votos que ya había formulado, más el de entregarse enteramente a la perfección de la Madre María Eugenia de Jesús.

25 de septiembre de 1846

A la misma

Me parece que actuó más bajo la acción de Dios, de un tiempo a esta parte. Quiera Dios que dure y aumente.

17 de noviembre de 1846

A la misma

Aspirar a las mayores gracias Leía el otro día en Bossuet una palabra que me ha llamado la atención: “No ceséis, dice, de aspirar a las mayores gracias, pese a vuestras infidelidades...” He aquí una de las máximas que me parecen dignas de figurar en el Evangelio, por lo bien que lo comentan.

12 de diciembre de 1846

A la misma

Copia del cordero Una de las oraciones que más me siento impulsado a rezar es ésta: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem* [Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz]. Y me siento muy atraído a ser, en cuanto de mí dependa, una copia y el representante de este Cordero de Dios, purificando si es necesario, no mediante la sangre de la Cruz, sino por la aceptación amorosa de mis sufrimientos interiores, lo que hay de desorden a mi alrededor.

27 de enero de 1847

A la misma

...No sabe lo que la compadezco por las molestias que le causan ciertos caracteres. ¡Si lo sabré yo! Lo que se reiría usted si pudiera verme, completamente solo, como esta mañana, sorprendiéndome en un acceso de mal humor contra el mal humor de los demás. Gracias a Dios, esto sucede la mayor parte de las veces sin testigos. ...Me parece imposible que un superior haga funcionar santamente su casa si no la gobierna mediante la oración...

28 de enero de 1847

A la misma

Lo que me gusta en Jesucristo ...La indisposición que he padecido me ha dado algo de reposo y me ha dejado algo de tiempo para

mí; lo aprovecho para reflexionar y tomar la resolución de entregarme enteramente a Dios. El Sr. Chavin, con su Vida de Santa Catalina de Siena, en la que habla de todo, incluso de Santa Catalina, me ha beneficiado. ¿Por qué no es usted como esta virgen admirable? ¡Lástima! Por mi parte ¿por qué no poseo la generosidad y el celo ardiente por la sangre de Jesucristo? En lo que me atañe, lo que me gusta de Jesucristo, me parece que es Jesucristo entero, Dios y hombre, y en cuanto Dios-hombre, sacerdote, sacrificador, víctima...

3 de abril de 1847

A la misma

En el confesionario ... Antes de acostarme tengo que dar 200 absoluciones; es espantoso. Ruegue a Dios que no me condene queriendo salvar a los demás. Mañana, más de 4.000 hombres cumplirán con Pascua aquí. Es magnífico para una ciudad de 30.000 almas católicas...

...Medianoche menos cuarto, termino mis confesiones. Estas gentes son admirables; las pasaba a 25 por hora y esperaban con una paciencia admirable. Estoy un tanto asustado en mis adentros. Me consuela que Nuestro Señor ha dicho: *Beati misericordes*. Voy a celebrar maitines en la capilla con nuestra pequeña comunidad que se está levantando. Buenas noches y buenos días.

4 de junio de 1847

A la misma

Breviario Romano ... Tengo una buenísima noticia que darle. Tengo permiso para mí y para los sacerdotes de la Congregación de la Asunción, así como para los postulantes, para rezar el propio de Roma. El Santo Padre, al concedérmelo, me escribe el Padre Jélowicki, me envía para toda la casa la bendición más amplia y más tierna. "Al concederle la gracia de seguir el Oficio del clero de la Ciudad Eterna, continúa, el

Santo Padre se expresó a propósito de usted de la manera más alentadora y más halagadora. Conozco a ese digno sacerdote, le dijo al secretario relator; de todo corazón le concedo esta gracia. Hágale saber que siempre me encontrará dispuesto a secundar sus piadosos deseos y sus trabajos. Que pida y recibirá”.

28 de julio de 1847

A la misma

Autores espirituales ... He querido, en otro tiempo, leer el Tratado de la abnegación del Sr. de Bérulle. Le confieso que no me ha aportado gran cosa y, lo reconozco, cada día me gusta menos el Sr. de Bérulle; es demasiado alambicado. Me vuelvo a Bossuet y a San Francisco de Sales. Fénelon se me vuelve cada día más antipático como director...

8 de septiembre de 1847

A la misma

Ayer, he pedido... aquel amor vigoroso a la Iglesia que sostuvo a San Gregorio VII, cuya fiesta celebrábamos, en medio de los más duros sufrimientos y le permitió cumplir la misión que la Providencia le había asignado.

RETIRO EN CHALAIS

21 de septiembre. – Lo que me parece que Nuestro Señor quiere de mí ante todo, es una disposición absoluta de mantenerme bajo su dependencia y su acción continua, ya sea para mi propia perfección, ya sea para la utilidad de las almas y la gloria de Dios. Debo ser el instrumento de Jesucristo, permitirle ser enteramente dueño de mí, en todo y para todo, y mi atención debe estar vigilante para no apartarme de este pensamiento.

22. – Me parece que Nuestro Señor me pide que vaya a él mediante un sencillo sentimiento de amor que me

guiará, con tal de que me abandone enteramente a ese amor. Luego, debo aplicarme a abandonarme a él para cada acción, esforzándome en hacerlo con la mayor perfección posible, pero sin problematizarme demasiado por la elección de tal o cual medio, cuando dude sobre cuál sería el mejor.

No debo ver a las personas que amo sino en el corazón de Jesucristo, es decir a través de su amor, amándolas porque él quiere que las ame y en la medida que él quiere que las ame.

He quedado muy impactado por estas palabras de Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena: “Yo soy el que es, y tú eres la que no es”.

¡Cuánto tiempo he perdido en distracciones, la búsqueda de mí mismo o el amor de los elogios! ¡Cuántas obras en que hubiera podido ayudar a Nuestro Señor, ya que ha querido aceptarme como obrero suyo! Y he dejado pasar todas esas ocasiones de santificarme.

¿No sería mejor para mí hacer dos retiros al año y un retiro de un día al mes?

23. – Dios parece mostrarme que mediante su gracia, querer es poder, y que una vez adherido a su voluntad, nada me separará por su parte; la separación vendría, pues, de mí. Además, tengo que reflexionar seriamente sobre mi separación de mis padres y del modo que tengo que portarme con ellos para situarme como religioso. ¿No me habré dejado llevar demasiado en este asunto?

He reflexionado mucho en lo que atañe a Sor María Eugenia. Creo que hay que tratarla como a una persona tentada, no escuchar tanto su manera de ver sino la mía. La creo tentada, efectivamente, por un amor propio muy sutil y una búsqueda de sí misma en el fondo de todo eso.

Si quiero entrar en las intenciones de Jesucristo, debo recordar que ha dicho: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur* [Lucas 12, 49]. Sin embargo, como aún no ha extendido ese incendio al mundo entero,

debo examinar hasta qué punto, debo yo mismo, llevar esa llama.

24. – Fiesta de Nuestra Señora de la Merced. He pedido a la Santísima Virgen que, puesto que en Francia ya no hay gente que se dedique al rescate de los cautivos, me conceda, para rescatar a las almas de la cautividad del error, las mismas gracias que concedía antaño a los religiosos que se encadenaban para liberar a sus hermanos.

He prometido también a Nuestro Señor, dejarme guiar por su amor, abandonándome a él en cuanto a las consecuencias de este abandono.

25. – ¡Qué reproches no tengo que dirigirme respecto de las faltas de caridad! ¡Cuántos juicios temerarios, envidiosos! ¡Qué facilidad en creer lo malo, en decírselo a otros! A este respecto Nuestro Señor me pide expresamente misericordia, la que él usaba con los pecadores. De amor y de compasión, he ahí de lo que más necesitado estoy.

Nuestro Señor me pide también un mayor espíritu de paz y de calma interior para poder escuchar su voz, por débil que se torne, frenar mi actividad personal para dejar la puerta abierta a su acción divina.

26. – Gran susto ante mi nada. La percibo cada vez con mayor claridad, menos por lo que veo que por lo que entiendo. He pedido insistentemente a Nuestro Señor que haga de mí su morada.

27. – Asombrado de que Dios se contente con lo poco que soy y hago, incluso tratando de hacer lo mejor que puedo. Porque ¿qué proporción hay entre lo que soy y lo que le es debido? ¿Cómo es que se digna atender, en su infinita perfección, a mi nada y sobre todo a la fealdad de mi alma?

Una de mis principales resoluciones consistirá en tener paciencia conmigo mismo, como Dios la tiene con mis miserias. Experimento gran necesidad de vivir de fe, y de pedírsela a Nuestro Señor.

28. – Disponerme a todo, prepararme a todo, aceptar todo lo que a Dios plazca enviarme en cuanto a sufrimientos y cruz. Decir a menudo a Nuestro Señor: *Tu in me, et ego in te.*

29. – *Resoluciones.*

1° Mantenerme lo más posible a los pies de Jesucristo en la oración.

2° Ejercitarme en ser su instrumento en todo.

3° Manifestarle cuanto pueda en todas mis acciones.

4° Dejarme guiar ante todo por su amor.

5° Ser muy paciente conmigo mismo y con los demás, como Jesucristo lo es conmigo. Mantenerme lo más posible en posesión de mí mismo.

6° Mayor atención al Breviario, mayor devoción a mis patronos y a los de la Asociación.

4 de noviembre de 1847

Nota íntima

Mediante un recogimiento mayor y el pensamiento constante de la presencia de Dios, adquiriré el ademán correcto en mis diferentes relaciones. Me falta mucho en ese renglón, y necesito muchos esfuerzos, pero para mí necesito que el estado interior de mi alma sea la regla de la disposición externa de mi porte.

También deberé examinarme muy seriamente sobre mi manera de pensar a propósito de las cosas que me atañen personalmente y a las obras que me están encomendadas. No pienso en ellas suficientemente delante de Dios, no me preocupo suficientemente en mis oraciones. Tengo que reflexionar enormemente sobre mis negligencias por ese lado.

Mi oración es muy cobarde desde hace algún tiempo. Se supone que me he entregado a Dios y pienso que eso vale de una vez por todas. No vale en absoluto, y siento cuán necesario es renovar a menudo esa entrega de sí y mantenerla mediante actos renovados sin cesar.

Creo que me ocupo muy poco de mortificarme. Me parece que, sin hacer ninguna cosa extraordinaria, podría sin embargo hacer mucho más de lo que hago.

He de intentar hacer más perseverante en mí el sentimiento de dependencia respecto de Dios.

5 de diciembre de 1847

A la Madre María Eugenia

**Sentimiento de
impotencia**

Cada día me hundo más en el sentimiento de mi impotencia y de mi incapacidad radical, y trato de ofrecer todo eso a Nuestro Señor, quien es más misericordioso que los hombres y puede, en su inmensa bondad, colocar su gracia en el lugar de mi nulidad y sacar el bien de la nada, como saca el bien incluso del mal. Sólo este pensamiento me sostiene y cuando me he parado un poco a pensar en ello, retomo con bastantes ganas mi carga y trato de llevar mi cruz con la mayor suavidad posible, en vez de arrastrada, como he hecho tan a menudo y tan mal.

9 de julio de 1848

A la misma

**Tras la agitación de la
Revolución**

Siento un gran escrúpulo por lanzarme demasiado a la política. Algo me impele a mantenerme al margen, sobre todo tras los ocho días que he pasado en una especie de retiro, en que apenas he salido de mi cuarto, leyendo la vida del Sr. Olier. Hay en ella cosas que no están hechas para mí; pero hay otras que me sientan de

maravilla y me impulsan a las reflexiones más serias. He visto por qué he realizado tan poco bien durante el año que acaba de pasar. Ahora bien, me parece que quizá haría mejor encerrándome en mi colegio y dejar que la política siga su curso. ¿Se trata del rasgo de un carácter inconstante? ¿Se trata más bien, como creo, del auténtico sentimiento de la voluntad de Dios? No lo puedo afirmar.

22 de septiembre de 1848

A la misma

El martirio del dinero En este tiempo nuestro en que el dinero lo es todo, los que quieren pertenecer a Dios tienen que soportar el martirio de los escudos. Es el medio para ser pobre y la buena manera de serlo. Con ello, a ratos, la fuerza se le va a uno. Por hoy la dejo; mañana o pasado mañana quizá esté otra vez en forma.

20 de noviembre de 1848

A la misma

...Voy a realizar un retiro de dos días, para pedirle a la Santísima Virgen que me presente a Dios... Hoy hace exactamente quince años que salí de Marsella rumbo a Roma. ¡Quiera Dios que este segundo viaje hacia él sea más rápido que el primero! ¿Dónde estaré dentro de quince años?

5 de diciembre de 1848

A la misma

Nueva encarnación de Jesucristo Tiene usted miedo, y lo tendrá siempre, de la dirección, mientras introduzca en ella su *yo*. Pero ¿no es eso precisamente lo primero que hay que destruir, para poner en su lugar la dulcísima y humildísi-

ma humanidad de Nuestro Señor, de quien debemos ser una segunda encarnación? No se trata sólo de alegrarse con lo que Dios es, como usted quisiera contentarse, hay que alegrarse de lo que Dios quiere ser en nosotros, a condición de que le dejemos actuar...

19 de abril de 1849

A la Madre María Eugenia

...Dios me quiere para él, y no sólo he de entregarme, sino que tengo que deshacerme de cuanto pudiera ser obstáculo entre él y yo. Quizá algún día lo alcance...

12 de septiembre de 1849

A la misma

...En estos momentos leo mucho el *Nuevo Testamento*. Ahí hago mis meditaciones, sin buscar comprenderlo todo, pero deteniéndome en lo que comprendo y tratando de profundizar lo más que puedo...

26 de febrero de 1850

A la misma

**Inculcar el espíritu de
Jesucristo**

...Tengo que hablarle un tanto y siempre de la necesidad de hacer entrar el espíritu de Nuestro Señor en esta pobre obrita de la Asunción. ¿Qué adelantamos, en efecto, con dejar que se desarrolle en ella nuestro propio espíritu? Serían nuestros defectos, nuestras miserias, nuestras ideas humanas. ¿Para eso habrían venido tantas almas a confiarnos la responsabilidad de su salvación y de su santificación? Desgraciadamente, hace años que tenemos esa carga y ¿qué estamos viendo que suceda de bueno? Acuérdense de los detalles que me ha contado de sus hijas. Podría trazarle un cuadro parecido de los míos. Pero en todo eso, ¿dónde queda la vida íntegra de

Nuestro Señor, reproducida con amor, por cristianos que quieren ser perfectos? Todo eso me preocupa mucho, se lo aseguro, y me empuja a pensar que, puesto que no es bueno desanimarse, hay que empezar en lo posible a trabajar seriamente, usted y yo, para llegar a nuestra meta, que es Jesús conocido y glorificado en las almas...

11 de marzo de 1850

A la misma

...Dios me está pidiendo tan fuertemente que me refugie en el corazón de su Hijo que no sé si no soy culpable al no entregarme más a la oración. En fin, espero que algún día le perteneceré de una vez...

21 de abril de 1850

A la misma

Siento claramente que Dios me atrae, pero que respondo poco a su llamada. Todo se me torna obstáculo. Cuando me miro con estos desarreglos, estas emociones que atacan mi vanidad al menor choque, me pregunto cómo podré algún día ser algo entre las manos de Dios. Luego esta salud que no funciona. Tengo ganas de pedirle a la Santísima Virgen que permita, durante el mes de mayo, que haga absolutamente todos los ejercicios sin concederme la más mínima dispensa, para poder juzgar si la voluntad de Dios es que me cuide o no. Si me siento mal al final del mes, eso será la prueba concluyente de que debo cuidarme; si, para esas fechas, estoy bien, concluiré que debo seguir adelante. No puedo ignorar que los continuos cuidados que me impongo resultan terribles maltratos a la regla, cuyo ejemplo será luego funesto a más no poder. Por eso, no sé si Dios quiere que dé ejemplo de un relajamiento tan fácil de imitar, o al contrario, debo hacer lo que la Regla me prescribe. Le conjuro que rece mucho a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen, durante

el mes de mayo, para que vea claramente lo mejor que debo hacer...

FORMULA DE PROFESION EN 1850

Ego Emmanuel Maria Joseph Mauritius Daudé d'Alzon, professionem facio et promitto omnipotenti Deo coram ejus virgine matre in coelos assumpta, et universa coelesti curia ac omnibus circumstantibus, paupertatem, castitatem et obedientiam, et secundum eam peculiarem curam circa juventutis eruditionem.

Insuper specialiter promitto me aucturum pro viribus regnum Domini nostri Jesu Christi apud animas tam christianorum quam infidelium.

Nemausi in nocte natali Domini nostri Jesu Christi, anno millesimo octingentesimo quinquagesimo.

E. d'Alzon.

III. LOS AÑOS DE PRUEBAS: 1851-1858

15 de septiembre de 1851

A la Madre María Eugenia

**Tentaciones de odio y
desprecio** A veces me imagino que usted ha pedido a Dios que me haga sentir las mociones de odio y de desprecio que me ha contado ha sentido hacia algunas personas. Hace quince días que estoy pasando por esto. El retiro me ha ayudado a ganar algo, pero esta misma mañana he tenido que ir a confesarme antes de celebrar la misa. La denegación que me han hecho del abate Bastien y las circunstancias que la han rodeado, han sublevado del fondo de mi ser tal indignación y desprecio, que las ondas se extienden como a mi pesar y a cada instante. Se lo cuento, porque creo que, finalmente, voy haciéndome más dueño de mí mismo.

12 de abril de 1851

A la misma

Hoy, fiesta de la Compasión, rezo a la Santísima Virgen con un fervor bastante doloroso. Le he conjurado a que me enseñe a engendrar las almas como ella recibió el poder de hacerlo bajo el título de Madre de los cristianos.

17 de septiembre de 1851

A la misma

Pido a Nuestra Señora de los Siete Dolores que nos enseñe a los dos a mantenernos a los pies de la cruz de su Hijo con resignación, obediencia y amor.

20 de enero de 1852

A la misma

**Sufrimientos
pecuniarios** Estoy haciendo mi día de retiro. Le rezo mucho a la Santísima Virgen y me reprocho el escaso fervor que siento por su culto. Me parece que podría te-

ner mucho más y las cosas no marcharían peor por eso... Me siento dispuesto a querer lo que Dios quiera, pero con mucho dolor. Estoy muy lejos de quejarme... El sufrimiento, la tristeza, todo eso es bueno cuando lo ofrecemos a Nuestro Señor con paz, con resignación.

11 de febrero de 1852

A la misma

Dios quiere que realicemos su obra en medio del dolor. Esta mañana me he colocado enteramente como un instrumento entre sus manos para que me emplee, me rompa o me deje en un rincón. Creo que quiero pertenecerle totalmente.

10 de mayo de 1852

A la Madre María Teresa
de Commarque

La vida religiosa no es la liberación del dolor; es su santificación.

18 de mayo de 1952

A la Srta. de Pélissier

No existe perfección posible sin amor al sufrimiento.

18 de julio de 1852

A la Madre María Eugenia

La santidad consiste en la perfección de la obediencia, en el amor.

11 de octubre de 1852

A la Madre María Eugenia

Me siento poseído por una gran devoción hacia la Santísima Virgen: me parece que me coloco a gusto como un niño entre sus brazos.

24 de octubre de 1852

A la misma

Me parece... que estoy mejor con la Santísima Virgen. Si no fuera atrevimiento, diría que tengo intimidad con ella.

11 de abril de 1853

A la misma

**Devoción al Espíritu
Santo**

Lo que constituye nuestra miseria ante Dios, es que no amamos lo suficiente y que no damos suficientemente a nuestras acciones el mérito del amor. Y la causa de que no demos a nuestras acciones el mérito del amor, es que no sabemos entrar en relación con el amor substancial que es el Espíritu Santo. Me dirijo grandes reproches respecto a la manera como honro al Espíritu Santo, cuyo templo soy...

Me llama mucho la atención un hecho... ¿cuál es el valor retórico del primer discurso de San Pedro al salir del cenáculo? Francamente no muy grande, y sin embargo convirtió a tres mil personas. El Espíritu Santo estaba en cada una de sus palabras. ¿Por qué un Superior o una Superiora, como usted y como yo, cuya vida tiene algo de apostólica, no se esforzarían por penetrarse tan fuertemente de la acción del Espíritu Santo que pudieran reproducirlo en todos sus actos y sus palabras? Algo me empuja a mantenerme en este estado de dependencia con respecto al Espíritu de Dios hasta Pentecostés...

29 de abril de 1853

A la misma

Quisiera dedicarme de una vez por todas a la santidad. Intento acercarme lo más posible a la meta, y luego me derrumbo. Y sin embargo hago hermosos proyectos para el mes de María. ¡Dios quiera que al fin esta vez tenga éxito!

8 de mayo de 1853

A la misma

El mes de María realiza maravillas en esta casa. Estoy, en cuanto puedo, impregnado en el Espíritu Santo a quien amo con locura. Al menos quisiera estar loco por él y por Nuestro Señor. *Nos stulti propter Christum* [1 Corintios 4, 10].

17 de mayo de 1853

A la Srta. de Pélistier

De entre las cosas que más me ayudan... está la meditación sobre el precio de las almas y el amor que Jesucristo les tiene, lo cual me anima a convertirme. Cuando pienso en todo lo que Nuestro Señor ha hecho por ellas y en todo lo que haría aún si se le dejara libre para actuar en el fondo de ciertos corazones, quisiera, eso me parece, dejarme despedazar para ayudar a nuestro buen Maestro en su obra.

6 de julio de 1853

A la Madre María Eugenia

Estoy haciendo una novena a los Ángeles Custodios de todos los protestantes de la provincia de Aviñón; 150.000 ó 160.000 espíritus celestiales, ¡no es poco!

13 de septiembre de 1853

A la misma

Días de sufrimientos Dos días de angustias bastante grandes. Pero ¿por qué las he tenido? Porque me estoy debilitando. Sin embargo, me parece que, la víspera de la Exaltación de la Santa Cruz, retomo algo de ánimo; no precisamente que sufra menos, sino que amo algo más la cruz y acepto con un poco más de amor la que Nuestro Señor quiere que lleve. En fin,

¡que sea bendito en todo y por todo; sobre todo por medio de mis humillaciones, de mis heridas, de mis temores, de mis sequedades, de todo, con tal que pueda glorificarle un poco! Me parece incluso que soy feliz sufriendo, incluso muy feliz. Algo que me llama mucho la atención, es la palabra de Nuestro Señor a Ananías, a propósito de San Pablo: “Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre” [Hechos 9, 16]. Realmente me veo capaz de dar gloria a Dios, cuando veo que ya no puedo más.

19 de septiembre de 1853

A la Madre María Eugenia

Siete Dolores

Mañana iniciamos un retiro. Creo que Nuestro Señor quiere darme algunas gracias en él. Tengo como el presentimiento y quiero mantenerme bajo su influjo para dejarme moldear como él quiera. Ayer he pedido a la Santísima Virgen que me haga partícipe de esa dolorosa fecundidad que su Hijo le concedió en el Calvario y sin embargo hay que querer sufrir sin engendrar nada, si tal es la voluntad de Dios.

8 de octubre de 1853

A la misma

Al salir del retiro

Me parece que salí del retiro algo despojado de mi ímpetu y de mi rudeza, causada seguramente por mis sufrimientos y algo más suave conmigo mismo y con los demás, porque creo que sentí la fuerza de Nuestro Señor. Acepto el sufrimiento a título de justicia. Tengo lo que merezco. Me parece que ya lo estoy tomando también con amor.

en 1853

A la misma

Mi divisa desde hace algún tiempo es esta palabra de Santiago: *Omne gaudium existimate, fratres carissimi, cum in tentationibus variis incideritis* (Santiago 1, 2).

30 de enero de 1854

A la misma

Leves progresos ¿Le abriré mi corazón, hija mía? Cada día estoy más espantado de los sentimientos puramente humanos que encuentro en él. Veo claramente aquella vía hermosa y luminosa del alma que se posee a sí misma bajo la mirada de Dios, o más bien que es poseída por Jesucristo. Ahí quisiera yo encontrarme, pero cada día recaigo en mí mismo. Veamos si me equivoco. Caigo todos los días, pero salvo mejor parecer, creo que realizo leves progresos.

7 de febrero de 1854

A la misma

En cuanto a mí, me siento cada día más impulsado por el lado de la locura de la Cruz.

15 de febrero de 1854

A la misma

Amor a Nuestro Señor Me parece que, a pesar de las infidelidades sin número por mi parte, Nuestro Señor se apodera cada día más de mí. Es una mezcla de gravedad, de seriedad, de sencillez, de sequedad, de dolorosa ternura, de abandono, de terror, de espíritu de fe renovado, pero sobre todo de necesidad de amar mucho a Jesucristo y a todo cuanto Jesucristo ama, únicamente porque él mismo lo ha amado. Si me hallo triste y roto, amo mi tristeza y mi quebranto en Jesucristo, en la medida en que él quiere que yo lo acepte, queriendo o no queriendo, según las disposiciones de su amor para purificarme. ¡Oh, si todo eso pudiera ser algo más que pura imaginación y parloteo de lorito que repite lo que ha oído decir sin comprender una palabra! Sin embargo me parece que soy sincero, tanto más cuanto que estas disposiciones no me han venido de repente y me producen una gran confusión, a causa de todo lo que

descubro de impuro en el fondo de mi alma, frente a esta hermosa luz que Dios, eso me parece, me manifiesta.

Por eso no he querido dar la última mano a nuestras Constituciones. Más vale esperar a que yo esté más unido a Nuestro Señor y a su espíritu.

28 de marzo de 1854

A la misma

Entro en el tiempo de Pasión con la intención de darle mis pies, mis manos, mi cabeza y mi corazón para que él haga con ellos todo lo que quiera. Me llama la atención el absoluto abandono en que me parece que Nuestro Señor me pide que me coloque frente a cuanto debo hacer, de modo que mis proyectos sean los suyos, o si lo prefiere usted, que estos planes sean suyos y no míos.

4 de mayo de 1854

A la misma

El estado de nuestros asuntos me corroe un tanto. Sin embargo hay algo que me impele, mientras me empleo en ellos, a ocuparme sobre todo de los dolores de Nuestro Señor. Frente a los sufrimientos de la Iglesia, ¿qué es lo que yo puedo aguantar en comparación?

14 de septiembre de 1854

A la misma

Noche de la fe Dios me ha dado la gracia hoy de comprender la diferencia que hay entre quienes pueden decir: *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini Nostri Jesu Christi* [Gálatas 6, 14] y los que no pueden, y sobre todo, los grados por los que hay pasar para poder llegar a decirlo con autenticidad. No creo haber llegado al punto más alto de esta disposición, pero lo deseo, eso creo, muy sinceramente. La noche de la fe se me presenta como un abismo en que hay que precipitarse agarrado a la Cruz y aceptando lo que la Cruz enseña y significa. He ahí mi estado, y como en el fondo

me hace encontrar paz y más amor a Nuestro Señor, me entrego a ella todo cuanto soy capaz.

Colocamos aquí, seguido, el contenido de un cuaderno de notas íntimas titulado:

ALGUNAS IMPRESIONES

Septiembre de 1854. Festividad de Nuestra Señora de los Siete Dolores

He pedido a la Santísima Virgen que me conceda, por los sufrimientos que ella ha aguantado al pie de la Cruz de su Hijo, la gracia de engendrar tan dolorosamente como plazca a Dios, a nuestra pequeña familia.

22 de septiembre. – He tenido, eso creo, durante la misa, una profunda impresión de mi dependencia respecto de Dios, y teniendo entre mis manos la Hostia Santa, le he conjurado a que me acepte, a mí también, como víctima.

24 de septiembre. – *Festividad de Nuestra Señora de la Merced.* He pedido a la Santísima Virgen que, puesto que la obra de la Merced parece no tener ya sentido, que nos transfiera las gracias del rescate de la cautividad musulmana, en gracias de rescate de la cautividad universitaria.

26 de septiembre. – Durante la adoración del Santísimo Sacramento, transferido a un día más tarde, he pedido a Nuestro Señor que me dé a conocer su voluntad con precisión; me ha parecido que me aceptaba para ser humillado, sufrir y morir.

Como consecuencia de mi voto de pobreza, he tenido la impresión de que debía llevar los asuntos de la casa como criado y no como propietario, ya que la casa pertenece a Dios y a la Santísima Virgen.

28 de septiembre. – Al fin y al cabo, ni he sido bastante santo ni he impulsado a los demás a la santidad. Me siento impulsado a tomar mi resolución de una vez y hacerme todo lo que Dios pide de mí. Así se lo prometo a Nuestro Señor, bajo la protección de la Santísima Virgen y de nuestros santos Patronos.

30 de septiembre. – Siento algo que me dice: *Egreedere de domo tua et de cognatione tua* [Génesis 12, 1]. Tengo que mantenerme pronto para seguir a Jesucristo adondequiera que le plazca enviarme, pese a las penas, los inconvenientes y a las tribulaciones.

1º de octubre. – Hoy, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, me he sentido impulsado a la confianza, a la paz, a comunicar esta paz a los demás y a imprimir en mí mismo los misterios del Nacimiento, de la Resurrección y de la muerte de Nuestro Señor. He pedido a la Santísima Virgen que haga todo esto en mí.

2 de octubre. – He encomendado a los Ángeles Custodios la casa. Creo que mi confianza en ellos aumenta cada día.

4 de octubre. – He pedido a San Francisco un gran amor por la pobreza y el cariño que él practicaba tan bien con todas las criaturas.

6 de octubre. – Creo que he pedido a Dios, desde lo más hondo del corazón, la gracia de trabajar en mi santificación. La vergüenza que me causa la mirada a mi vida pasada, la inutilidad de mi vida, las manchas que

mis sentimientos puramente humanos han dejado caer sobre el escaso bien que he podido hacer, todo eso me desquicia. Espero que Dios tenga piedad de mí.

8 de octubre. – *Fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen.* He pedido a María que sea mi madre, la madre de la casa y de la obra, y sobre todo que me conceda un sentimiento maternal hacia las almas. He comprendido que los dos sentimientos más dolorosos que haya sufrido Jesucristo son: el abandono de su Padre y el pensamiento de la aflicción en que sumía a su madre.

9 de octubre. – Volviendo a la fiesta de San Francisco, me ha parecido que necesito absolutamente encontrar la paz y la caridad para con el prójimo en una pobreza espiritual absoluta.

Si no tengo nada, si no tengo derecho a nada, ¿de qué puedo quejarme? Esta pobreza se extiende a todo: mis sentidos, mi amor propio, mi reputación, mi vida. He de ser pobre de todas esas cosas. Siento subir en mí ciertas irritaciones. Pediré a Nuestro Señor, Cordero de Dios, que me dé la dulzura con que ha vencido al mundo.

17 de noviembre. – ¡Más de un mes sin escribir! Y sin embargo el día de Todos los Santos estaba bien dispuesto. También la muerte de San Salvy me había ayudado.

Hoy, fiesta de San Gregorio Taumaturgo, quiero dejarme poseer por Nuestro Señor. La superiora me ha escrito dos excelentes cartas sobre su retiro: adorar, obedecer, anonadarse, tres palabras admirables que me van derecho al corazón. Quiero hacerlas una realidad mía este año.

4 de diciembre. – Quería convertirme el día de San Juan de la Cruz, pero ¿qué he hecho desde entonces?

He debido renunciar al retiro que quería predicar a los miembros de la Conferencia de San Vicente de

Paúl. Hay que querer lo que Dios quiere. Ayer, al abrir la breve adoración que hemos establecido en la catedral, prometí a Nuestro Señor ejercitarme en las virtudes de mi estado, que consisten en el cumplimiento de mis deberes de superior. Quizá por eso me ha hecho incapaz de predicar el retiro sobre el que yo contaba tanto. Pero por más incapaz que me sienta, me parece que puedo tomar mi enfermedad como un santo, y someterme con una gran plenitud de amor a cuanto me pueda suceder de desagradable. Así pues, quedamos en esto, estoy encantado de estar enfermo, ya que Nuestro Señor así lo quiere; y le ofrezco, con todo el amor de que soy capaz, mis pobres pequeños sufrimientos para la extensión de su reino en las almas.

11 de diciembre. – Estoy impactado más que nunca por el tiempo que he perdido en habladurías; por eso tomo esta tarde la resolución de ocuparme de mi obra y de nada más. Quizá por eso me he visto impedido de predicar el retiro de San Vicente de Paúl. Sea como sea, quiero por fin entregarme de lleno a ello.

1º de enero de 1855. – Nunca he iniciado un año con tanta seriedad como este año. ¿Será el último? Quiero recomenzar una vida de religioso. Quiero destruir en mí todo aquello que desagrada a Nuestro Señor. Quiero vivir sólo para él.

He pedido esta mañana la fe de Abrahán, la sabiduría de gobierno de Moisés, el celo por la gloria de Dios de Elías. Me he entregado a Nuestro Señor y colocado más especialmente bajo la protección de la Santísima Virgen y quiero que haya en mí algo que se parezca más al religioso. Pido a Dios el don de la paz para mí y para los demás.

8 de enero de 1855. – Las virtudes que me propongo adquirir sobre todo son: la humildad, la mortificación en el

comer, la oración y el porte externo. No sé si Dios quiere que le pida la salud y no quiero sino lo que él quiera, como lo quiera y de la manera como lo quiera; pero si quiere que se lo pida, me parece que es por intercesión de la Santísima Virgen como debo obtenerlo, y en este caso, hago voto de, si para Pascua estoy completamente curado, ir en peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, por ferrocarril hasta Aviñón. Volveré por el mismo camino, si estoy demasiado cansado; pero de Aviñón hasta Nuestra Señora iré y volveré a pie. Cumpliré mi voto entre Pascua y Pentecostés.

27 de mayo. – Hoy, fiesta de Pentecostés, he tenido una fuerte sensación de que tengo que impulsar a nuestra pequeña Congregación:

1° a la defensa y al conocimiento de los sagrados cánones; 2° a las obras de caridad; 3° a la manifestación de los deberes cristianos, que los hombres colocados bajo nuestra influencia deben cumplir con la mayor perfección; 4° a una gran devoción hacia Nuestro Señor, el Espíritu Santo y la Santísima Virgen.

2 de junio. – El religioso de la Asunción debe tener dos amores que se resumen en uno: el amor a Jesucristo escondido en la Eucaristía, el amor a Jesucristo manifestado en la Iglesia, lo que no es más que un mismo amor; y el amor a María, madre de Jesús pan de las almas, y el amor a María, madre de Jesús esposo de la Iglesia; y todo eso es un mismo amor.

3 de junio. – Lo que Nuestro Señor parece sobre todo pedirme, es que me retire de muchas cosas para no ocuparme más que de mi obra y que deje caer todo cuanto no conviene a esta pobre Obrera.

15 de agosto. – La Santísima Virgen me ha conseguido, eso me parece, grandes gracias.

1. He comprendido que el misterio de la Asunción es el triunfo de Jesucristo transfigurado por la comunión en sus elegidos;

2. Que me predico demasiado a mí mismo y no suficientemente a Jesucristo;

3. Que tengo que atraer más a las almas a base de ser menos burlón, irritable, orgulloso y desdeñoso. Tengo que atraer mediante la paciencia, la humildad y la dulzura, que no tengo y que he de adquirir.

29 de febrero de 1856. – El 29 de febrero, día de la fiesta de las cinco llagas de Nuestro Señor, he consentido en la supresión del Colegio de Nimes. Ruego a Nuestro Señor que la pena y la humillación que resulten de ello para mí, se unan a sus dolores y a sus divinas humillaciones en la Cruz.

14 de junio. – *Vosmetipsos tentate, si estis in fide, ipsi vos probate an non cognoscetis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est, nisi forte reprobati estis ?* [2 Corintios 13, 5].

¡Qué pregunta! Y efectivamente Jesucristo está en mí, y no debo pertenecer más que a él, y mi alma debe ser su instrumento, como mi cuerpo es el instrumento de mi alma. ¡Qué vida! ¡Qué unión! ¡Qué perfección y qué transformación!

16 de junio. – *Estote ergo imitatores Dei sicut filii carissimi et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis, oblationem et hostiam Deo, in odorem suavitatis* (Efesios 5, 1-2). No puedo imitar a Nuestro Señor si no es haciéndome hostia y oblación como él¹⁾.

¹⁾ Las *Impresiones* se interrumpen aquí para continuar el 30 de abril de 1858.

12 de junio de 1856

A la Madre María Eugenia

**Vida en presencia de
Jesucristo**

...En resumen, la estancia en Lamalou me habrá resultado útil. Y no hablo sólo de la salud, que me parece tomar un giro bastante favorable, sino sobre todo para mi alma que se reposa, se pacifica y que en estas largas horas de soledad siente la necesidad de retornar un poco más bajo la mano de Dios.

Leo la *Imitación* y el *Nuevo Testamento*, y no leo casi más que eso. La *Imitación* siempre me había sentado bien. Encuentro en el *Nuevo Testamento* un sabor que desde hacía mucho tiempo se había perdido para mí, de lo que me alegro mucho. Cada día amo algo más a Jesucristo y a su Iglesia. Ayer leía ese versículo de San Pablo: *Vosmetipsos tentate si estis in fide: ipsi vos probate. An non cognoscitis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est nisi forte reprobi estis* (2 Corintios 13, 5). Este reproche de la pérdida del sentimiento de la presencia de Jesucristo en nosotros es espantoso. Y sin embargo, ¡qué transformación si sintiéramos constantemente a Jesucristo en nosotros! Tomo la resolución de aplicarme a sentir lo más posible esta acción divina y a recordárselo, querida hija, porque he ahí nuestro mayor bien: Jesucristo. ¡Ah, si nos impregnáramos completamente de esta vida de fe! ¡Si viviéramos deseosos de esta fusión de la vida de Jesucristo con la nuestra y de la fusión de la nuestra con la de Jesucristo! ¿Pero podemos ir hacia tales pensamientos, sin quedar profundamente humillados por la pequeñez de nuestras mociones interiores, animados siempre por causas miserables? Pido a Dios que me impregne de la grandeza de cualquier acción realizada bajo la impresión de Jesucristo habitando en mí y siendo a mi alma lo que mi alma es a mi cuerpo.

15 de octubre de 1856

La Santísima Virgen me ha hecho grandes regalos, el día de su Maternidad.

2 de noviembre de 1856

A la misma

**Víctima por la
Asunción**

Me voy preocupando cada vez más con el pensamiento de hacerme víctima y... de la Asunción, en el sentido de que me pondría a los pies de todos, y si supiera que tal es la voluntad de Dios, le pediría un poco más de aquellos padecimientos que hacen al hombre incapaz de cualquier otra acción que no sea la de anonadarse en la humillación y el dolor y en un gran amor por aquél que se anonadó y sufrió por nosotros. Luego me pregunto si valgo el esfuerzo que se toma Dios para anonadarme. Rece usted por mí.

20 de junio de 1857

A la misma

Espíritu de infancia

...Creo que para recuperar un poco de amor y la primera frescura del amor, hay que volver a ser niño con Nuestro Señor. He aquí lo que me pasó ayer por la noche. Después de haberme acostado, me acordé de que no había dicho la oración: *En ego...* que se aplica a las almas del purgatorio. Volví a encender la vela, me levanté y recé la oración ante el crucifijo. Lo desprendí del clavo y me lo llevé a la cama conmigo. Le aseguro que este gesto de niño me sentó de maravilla.

Hice una larguísima meditación, la mejor desde hacía mucho tiempo. Creo que, en general, somos demasiado grandes personajes de cara a Dios. Algunos actos de humildad, de sencillez, de mortificación, nos dilatarían

el corazón y permitirían a la gracia llenarlo mucho más fácilmente de ternura amorosa¹⁾...

6 de octubre de 1857

A la misma

**Abandono a la
voluntad de Dios**

Hace dos días que durante la Consagración me resulta imposible decir otra cosa que no sea *fiat voluntas tua*. Sea cual sea la voluntad de Dios la acojo sin saber adónde voy. ¡Si al menos no tuviera mis incredulidades! Quisiera ser un santo, no puedo sino callarme. Felizmente Nuestro Señor también se calló. Me persuado de que en eso sí le imito. Mis nervios, por supuesto, hacen de las suyas de la manera más linda del mundo. Todo ello no es nada, ya que hay que trabajar en el campo del padre de familia *per tribulationes multas et malas* [Salmo 71, 20].

26 de noviembre de 1857

A la misma

Olvido de sí mismo

Tiene usted que olvidarse totalmente de sí misma y tomarlo todo de la vida, de los pensamientos de Nuestro Señor, preocupándose muy poco de lo que le queda por hacer, pero haciendo divinamente lo que hace. Esto se aplica a todo. Es una semilla permanente la que tiene que sembrar a su alrededor, mediante todo aquello que hace, sobre todo en común, ya que sus hijas deben ver ante todo en usted el modelo de sus acciones más corrientes, ya que no están llamadas normalmente a realizar acciones extraordinarias. Me parece que esto implica un olvido muy sencillo y muy crucificante de esa pobre personalidad que siempre desea salir a relucir. Es una entrega completa de

¹⁾ Como consecuencia de esta meditación, al día siguiente el Padre d'Alzon escribió su hermosa carta sobre el Crucifijo o *El Amigo de todos los días*, fechada en Lamalou el 21 de junio de 1857, y dirigida a la Hermana M. Walburge y a las terciarias adoratrices.

sí entre las manos de Nuestro Señor, para que haga o deje de hacer, por nuestro medio o sin nosotros, como quiera.

He ahí lo que creo deber decirle ante Nuestro Señor, a quien pido muy especialmente por usted desde hace unos días. Me impacta mucho un texto del Evangelio. A punto de morir, Nuestro Señor le dice a su Padre: *Opus consummavi quod dedisti mihi* [Juan 17, 4]. Ahora bien, externamente ¿qué había hecho Nuestro Señor? Nada. Es la historia de toda la Iglesia. Nada se hace en ella y todo se hace en ella. Es la historia de todos los santos: no han hecho nada y lo han hecho todo. Lo esencial es unimos al espíritu de quien lo realiza todo en nosotros y en la Iglesia sin darse aires de hacer nada, desde el fondo del sagrario. No sé si me hago comprender, pero encuentro en este pensamiento la muerte de toda actividad humana personal y el principio de esa vida oculta hacia la que me siento empujado y hacia la que la impulso a usted. Porque he de confesárselo: cuando me ocupo de los demás trato de colocarme desde el punto de vista de ellos, pero cuando le hablo a usted me es imposible hacer abstracción de mi alma. Quizá esté equivocado, pero me resulta imposible trabajar en su santificación, con algo distinto de lo que trato de poner en la base de la mía.

IV. AÑOS FECUNDOS: 1858-1880

*30 de abril de 1858*¹⁾. – Cerca de dos años de interrupción me prueban que he tomado resoluciones y no las he cumplido. Sin embargo eran buenas, podían haber hecho de mí un santo.

Celebrando la misa esta mañana, y reflexionando sobre la fiesta de Santa Catalina, he pedido a Nuestro Señor que me diera algunas gracias de vida contemplativa, en el sentido de que pueda ver cada vez más la nada de todo lo que no es él. La lectura de las Actas de los mártires me ha hecho sentir profunda confusión por mi cobardía. ¿Cuándo será mi vida propiedad única de Nuestro Señor?

Me entrego a nuestro buen Maestro, ya que no soy capaz de ser un hombre apostólico, para que envíe apóstoles a su mies. *Mitte operarios in messem tuam* [Mateo 9, 38].

1º de mayo. – Comenzamos por la humildad para elevarnos luego a la grandeza de alma, decía San Policarpo, amenazado por el suplicio en medio del anfiteatro. Si soy tan cobarde es que soy muy poco humilde, o más bien muy orgulloso.

30 de julio. – He hecho la promesa de ejercitarme de aquí al 15 de agosto del 1859, en la perfección, con el fin de pronunciar el voto en esa época.

28 de noviembre. – Hago el voto de no beber más ni licor, ni café puro, ni té, a menos de orden expresa de los médicos, o en caso de urgencia, como por ejemplo amenaza de cólera.

8 de noviembre de 1859. – La historia del abate Cestac me ha impactado profundamente y me parece que algo me empuja a ponerme entre las manos de Nuestro Señor

¹⁾ Continuación del cuaderno de notas íntimas *Impresiones*.

en el Santísimo Sacramento, como él se puso entre las de la Santísima Virgen.

Me parece también que Nuestro Señor quiere que muestre menos afecto a las almas que dirijo, para establecer mejor en ellas su amor sin mezcla.

He de ser cada vez más el amigo del esposo.

10 de enero de 1860. – No me ocupo suficientemente de la santificación de los religiosos.

23 de enero de 1861. – Heme aquí constreñido a hacer el voto de lo más perfecto. Hace quince años que quiero hacerlo, ¡cuánto tiempo perdido!, ¡cuántas cobardías! Consistirá para mí en hacer lo más perfectamente todas las cosas y hacer las cosas más perfectas. *Quid nunc Christus?* [Mateo 27, 22]. Sin embargo, para no caer en exageraciones, que serían abusos de la perfección, he aquí algunos puntos en los que creo necesario fijar más particularmente mi atención.

Mi divisa será: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]; la vida de Nuestro Señor, reproducida en mí, en cuanto de mí dependa:

1° En la oración, en que consultaré a Nuestro Señor para conocer lo más perfecto y en que pediré la fuerza para cumplirlo;

2° Mediante la práctica de las virtudes religiosas de nuestra pequeña congregación, y sobre todo mediante la humildad, el espíritu de sacrificio, la caridad, la prudencia y el celo;

3° Mediante el examen más atento de mis deberes de religioso, de superior y de sacerdote.

22 de diciembre de 1863. – Dios parece manifestar su voluntad. Nuestra pequeña congregación tiene marcada su meta: la reunión de la Iglesia Oriental, la lucha contra el cisma; lo cual exige más particularmente un espíritu de humildad y de caridad para luchar contra el espíritu

de orgullo y de división que ha desgarrado la túnica de Cristo; amor de la unidad, obediencia al jefe de la Iglesia; como condiciones, el estudio de las lenguas orientales, de los cánones, de la historia eclesiástica, de los ritos y de la teología propiamente dicha.

Me siento con prisa por una práctica más exacta de la pobreza y de vender cuanto antes mis tierras. Si Nuestro Señor aprueba la idea, le pido como prueba la vocación de María Correnson.

6 de noviembre de 1865. – Parece que la venta de mis tierras no es lo que Dios me pide ya que la vocación que yo le pedía no parece desarrollarse de momento.

Pero lo que sí se desarrolla es nuestra pequeña asociación misma. Me parece más importante que nunca atraerle protectores espirituales, almas que mediante la oración, la penitencia, las buenas obras, la comunión, le obtengan la bendición de Dios sobre la obra en general, y este año, sobre el colegio en particular. Me propongo empujar a cierto número de personas a rezar cada día el *Veni Creator*; el *Pange lingua*, las letanías de la Santísima Virgen, el *Miserere* y el himno a los ángeles custodios, a ofrecer cada día una mortificación, y cada semana una comunión por esta intención.

4 de agosto de 1866

Sobre una hoja suelta insertada en el
cuaderno

Igitur qui dispersi erant pertransibant evangelizantes verbum Dei [Hechos 8, 4]. En los momentos de decadencia, de persecución, de combate, Dios da auxilios especiales. ¿Por qué en este momento en que Dios va a dispersar a tantos sacerdotes, a tantos religiosos en Italia; donde la infidelidad progresa tanto, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en toda Europa en una palabra, por qué no tendríamos a Nuestra Señora de los Infieles?... Englobo en esta palabra a todos los paganos, protestantes racionalistas,

a todas las personas que no tienen de cristiano más que el bautismo sin la fe explícita, a todos los enemigos de la Iglesia, a todos los miembros de las sociedades secretas que conocen explícitamente sus juramentos.

4 de agosto de 1866. – Igitur qui dispersi erant pertransibant, evangelizantes verbum Dei [Hechos 8, 4]. Al releer las páginas precedentes no puedo dejar de estar impresionado por la manera en que se manifiesta poco a poco la voluntad divina sobre nuestra pequeña familia. Los acontecimientos externos parecen señalarle el surco que trazará en el campo del padre de familia.

¿Cuál es el mal universal? La infidelidad. ¡Pues bien!, nosotros invocaremos a la Santísima Virgen bajo el título de Nuestra Señora de los Infieles. Esto puede parecer insólito, y sin embargo, nada más evidente. ¿Cuál es el mal que corroe a Europa, si no es el de la infidelidad? Se extiende por Inglaterra, Italia, Alemania, España y sobre todo en Francia. Hay que combatirla allí donde aparece, y ya que sus progresos se extienden por doquier, hay que combatirla por doquier.

Los Asuncionistas deben preparar el triunfo de la Santísima Virgen sobre los enemigos de la fe, y para ello deben pedir indulgencias especiales para los que les ayuden, colocándose bajo la protección de Nuestra Señora de los Infieles. *Triumphatrix infidelium – Ora pro nobis.*

Si hiciera construir una iglesia a Nuestra Señora de los Infieles haría colocar en ella tres altares: en el medio el de Nuestra Señora; en un lateral el de los Ángeles Custodios de los herejes o infieles vivos; en el otro, el de todas las almas que habiendo muerto fuera del cuerpo de la Iglesia están salvadas, pero en el purgatorio.

Me propongo impulsar a almas piadosas a rezar las siguientes invocaciones a la Santísima Virgen:

Mater auctoris fidei nostrae.

Scutum fidei catholicae.

*Triumphatrix infidelium et haereticorum, ora pro nobis.
Sancti Angeli custodes infidelium et haereticorum,
orate pro eis.*

Un *De profundis* por las almas de aquellos que han muerto fuera del cuerpo de la Iglesia.

Hacia 1866.

Abdicación entre las manos de Nuestro Señor, de mis sentidos, de mi juicio, de mi amor propio, de mi corazón, para que todo ello resulte un instrumento. *Mihi vivere, Christus est* [Filipenses 1, 21].

Hacia 1866 Sobre una hoja suelta insertada en el cuaderno

Lo que quisiera ser.

1. Un hombre de fe, de oración, de verdadera humildad.
2. Un religioso imbuido del espíritu de sacrificio, grave, en el verdadero sentido de la palabra, ante todo sobrenatural en sus menores intenciones, su porte, su conducta, sus palabras, su acción.
3. Un superior preocupado por desarrollar y santificar a su familia espiritual en caridad, unión, piedad, amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a la Iglesia, según toda la perfección de los consejos evangélicos y del celo apostólico.

Hacia 1866

TEMA DE MI EXAMEN

1. Mi Regla, mi Oficio.
2. Mi vida de oración y de presencia de Dios.
3. Mi amor a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.
4. Mi caridad para con el prójimo.
5. Mi espíritu de servidumbre respecto de las obras.
6. Mi orgullo, mi carácter.
7. La edificación que pretendo, mi celo.

Octubre de 1858¹⁾

A la Madre María Eugenia

**En presencia de
Nuestro Señor**

Desde hace tres semanas, cuando rezo por usted, no tengo más pensamientos que estas palabras de Dios a Abrahán: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]. Esta perfección sencilla, humilde, calmada, paciente, dulce y amorosa bajo la mirada de Nuestro Señor; esta paz en la posesión de sí; el sacrificio del propio ser sin retorno sobre lo que se ofrece; he ahí lo que pido sin cesar para usted. ¿Lo hago porque lo pido también para mí? Seguramente, porque estoy muy lejos de ello.

28 de marzo de 1859

A la misma

**Imitación de los
santos. Perplejidades**

Ya sabe usted que me acusan de querer imitar a todos los santos cuya vida estoy leyendo. Estamos leyendo en el comedor la vida de San Carlos y le aseguro que no tengo ganas de ser ni arzobispo ni cardenal; pero la belleza, la fuerza, la energía, la perseverancia de este carácter me arrebatan. Por otra parte, el bien que intento hacer a mis niños, me ata a ellos; también por otra parte, los escasos novicios que veo llegar me hacen pensar que otros vendrán, pero también la escasa salud que tengo, que un ligero esfuerzo hace tambalear, me desmoraliza. ¿Qué debo hacer? ¿Dónde está en esta situación la voluntad de Dios? Francamente lo ignoro. A veces me reprocho estar demasiado atento a los detalles, a las cosillas; otras veces me encuentro totalmente incapaz de algo fuerte. ¿Qué quiere Dios de mí? Me parece que estoy dispuesto a todo, a condición de verlo claro, pero a ratos veo demasiado y a ratos no veo nada. Deme, pues, su idea, si tiene alguna.

¹⁾ Retomamos aquí la continuación de las *Confidencias íntimas*.

Por el momento, lo que me parece más claro, es que debo concentrarme en mi obra e invertir en ella todas mis fuerzas, pero enseguida se presentan las exigencias del cargo de Vicario general. ¿Tengo que dejarlo y por ende dejar el medio de vida de tres o cuatro religiosos? Eso no es nada y es mucho. ¡Si supiera usted lo que representa esta situación perpleja!

Marzo de 1859

Plan de estudios

Me propongo realizar estudios históricos. Para ello leeré en primer lugar la Historia universal y la Historia de la Iglesia en tres volúmenes, y consultaré a menudo el Rohrbacher.

Teología moral y dogmática todos los días.

Latín, dos horas al menos, en la Vida de los santos.

Preparación de sermones mediante la lectura de la Biblia, Bossuet, Bourdaloue, el Padre Lejeune y sobre todo el Padre Granada.

Hacia la misma fecha

Notas de estudios

- | | |
|---|--|
| 1. Teología dogmática | 1. Teología dogmática |
| 2. Teología moral | 2. Teología moral |
| 3. Disciplina | 3. Disciplina |
| 4. Derecho canónico | 4. Derecho canónico |
| 5. Historia | 5. Historia |
| 6. Controversia | 6. Controversia |
| 7. Filosofía | 7. Filosofía |
| 8. Sermones | 8. Sermones |
| 9. Instrucciones
en el pensionado | 9. Piedad. Libros para
leer y aconsejar |
| 10. Retiros | |
| 11. Instrucciones
en la Misericordia | |
| 12. Literatura. | |

26 de marzo de 1860

A la Madre María Eugenia

Ya sabe que por naturaleza soy movido. Me parece que estoy ganando algo por ese lado, excepto algunas salidas del hombre viejo.

5 de julio de 1861

A la misma

Desde hace algún tiempo me siento poderosamente empujado a establecerme con todo mi ser en una gran dependencia respecto de Nuestro Señor, dependencia de ideas y de sentimientos de los que palabras y acciones no serían sino la consecuencia normal y en esta crisis que estoy atravesando, muchas cosas se pacifican y se transforman.

3 de febrero de 1863

A la Sra. Varin

La oración de Nuestro Señor Hoy es la fiesta de la oración de Nuestro Señor. Es una de mis grandes devociones. En el Calvario, Nuestro Señor sufrió por todos los pecadores. Me imagino que en el Huerto de los Olivos sufría por las oraciones imperfectas de las almas santas, las suyas y las mías, que pretendemos ser piadosos. Intente rezar algo mejor y pida a Nuestro Señor la fecundidad de la oración dolorosa. Rezar con tristeza y angustia es una mortificación admirable, cuando al tiempo rezamos con valor y amor.

31 de agosto de 1865

A la Madre María Eugenia

Tengo 55 años desde ayer; pasado mañana, 2 de septiembre, hará otros tantos que estoy bautizado. Ya no soy joven y sin embargo mi convicción se hace más fuerte. Tengo la sensación de que nos acercamos a una época hermosa. Para alcanzarla habrá que atravesar algunas borrascas, la Tierra Prometida sólo estará al final del desierto.

1° de septiembre de 1865

A María Correnson

Mañana hará 55 años que fui bautizado... ¿Cuánto tiempo seguiré en este mundo? Sólo Dios lo sabe. Quisiera, si Dios quiere, dejar como una cadena de ideas que me parecen apropiadas para ayudar al desarrollo del Reino de Nuestro Señor. Quizá sea un orgullo estúpido el que me hace decir esto, pero lo cierto es que veo un gran bien que hacer.

31 de enero de 1866

A la misma

Quisiera ser un hombre de fe...

6 de agosto de 1866

Cuenta de conciencia al P. Picard

No es a mi hijo, sino a mi director, a quien escribo hoy. Para eso tomo la pluma. Estoy en el sexto día de mi retiro. Me quedan aún ocho o nueve, pero creo que puedo empezar a hablarle de mí mismo. Me preguntará quizá: ¿Por qué hacer un retiro tan largo? En primer lugar, los santos los hacían de cuarenta días. Además, he querido recogerme un poco más largamente porque no soy ningún santo, y aplaudo mi resolución. Los primeros días estaba bajo el peso de una tal fatiga física que me hacía dormir diez y doce horas diarias, por la noche, por la tarde y hasta en el sillón. He creído que debía dejarme llevar sin excesivo escrúpulo por esta necesidad de sueño. Ahora empiezo a inquietarme un tanto, ya que hay que poner un límite a todas las cosas. Esto es lo que pienso, lo someto a su criterio. Es cierto que, por experiencia, estoy en la época en que más duermo, tras las noches veraniegas tan fatigosas, aunque este año no he sufrido tanto; además mi cabeza ha trabajado algo más, por causa de la oración fúnebre del abate Durand, de mis artículos sobre el

movimiento inglés, de mi discurso de distribución de premios, etc. Soy del parecer que haría mejor en retomar la costumbre de dormir de manera que no sea demasiado escandalosa.

En cuanto a mi alma, estoy más avergonzado del tiempo perdido, de las gracias mal empleadas, de la manera tan humana como he vivido, que de mis pecados. Me encuentro un fondo de orgullo, de gula, de falta de benevolencia y de ligereza, que me humilla profundamente. No soy suficientemente hombre de oración. Este es el punto por el que quisiera recomenzar.

Como superior creo ver muchas cosas en las que cedo por desdén, diciéndome: “Lo queréis así, allá vosotros; ya veréis las consecuencias...”

Todo me impulsa para el año que viene a resumir mi vida así: los religiosos, el noviciado, las Oblatas, en cuanto a la acción exterior, y en cuanto a lo interior, esa transformación de mí en Nuestro Señor, sobre la que hago tan bellas teorías, sin realizarlas nunca.

Damos aquí la respuesta del Padre Picard.

Resulta más dulce y más fácil a un hijo pedir consejos a su Padre que dárselos, por eso nunca he estado en mayor aprieto que hoy para escribirle. Pero me pongo bajo la mirada de Dios y le escribo. Lejos de encontrar extraordinaria su resolución, me he alegrado mucho al saber que iba a Le Vigan para encerrarse en el silencio y la soledad durante 15 días. Un largo retiro me parecía un reposo para su cuerpo y un gran bien para su alma. Lejos de reprocharle las largas horas de sueño, le animo a que continúe tomando más reposo, pese a los escrúpulos que puedan asaltarle; es importante que aproveche su estancia en Le Vigan y haga acopio de fuerza para los retiros eclesiásticos y las demás obras de las que está encargado. En ese descanso todo se apacigua, el alma retoma posesión de sí misma y así puede ver cómo entregarse más a Dios entregándose a las otras almas. ¡Un espíritu descansado es mucho más apto para recogerse y para pensar más seriamente en las cosas santas! ¿Quiero decir que la pereza es la mejor disposición para el recogimiento? Lejos de mí tal pensamiento y no escribiría así si

estuviera dirigiéndome a un perezoso. Pero la pereza nunca ha sido su defecto dominante, usted reconoce otros y hace bien intentando combatirlos: la timidez, que no hace, o aguarda demasiado para hacer las correcciones, o las hace al final y empujada por la impaciencia; el desdén y el desprecio que dejando al tiempo y a los hechos el cuidado de impartir lecciones no suelen ser los mejores consejeros de un superior; ni hacen practicar la humildad y la paciencia al padre, ni hacen practicar la virtud a los hijos.

Nuestro divino Salvador actuaba con mucha mayor sencillez con sus apóstoles y él es su modelo y su fuerza; haga los mayores esfuerzos por transformarse en este bien amado Jesús y, en su conducta privada como en sus deberes como superior, plantéese la pregunta sobre la que nos hizo en otro tiempo un sermón tan bonito: “*Quid nunc Christus?*” Poco a poco no tendrá más vida que la de Nuestro Señor, ya que no tendrá más que sus sentimientos y sus pensamientos: “*Hoc sentite in vobis quod in Christo Jesu*” [Filipenses 2, 5]. ¡Ya ve si soy simplón, queridísimo Padre, me estoy tomando en serio lo de director!

Después de haber profundizado en los sentimientos y hablado de esta sencillez fuerte y suave, humilde y benevolente, enérgica y caritativa, que la vida de oración establecerá en su alma, uniendo esta alma tan querida a nuestro divino Salvador, llego ahora con toda franqueza a las preguntas que usted ha tenido la bondad de plantearme.

Permítame añadir los retiros eclesíásticos a las diversas actividades que deben ocupar su año. Ocupándose de los sacerdotes, hará el mayor servicio a la Congregación, dándola a conocer y preparando novicios. El noviciado ha de ser el objetivo de todos nuestros pensamientos.

He ahí, queridísimo Padre... muchas cualidades pueden faltar en mi dirección, pero la sencillez y el corazón no faltan con toda seguridad. He rezado mucho y seguiré rezando mucho por usted. Que nuestro divino Salvador le santifique durante este retiro y que a través de usted nos transforme a todos.

Hno. Picard.

13 de agosto de 1866

Al P. Picard

Creo que mi retiro, que toca a su fin, me habrá sentado bien. Mis inmensas necesidades de sueño empiezan a

quedar atrás y aunque el retiro me haya calentado algo la cabeza, creo que incluso físicamente me ha resultado positivo. Me parece que estoy más dispuesto a ser el servidor de las almas y de las obras, más humilde y caritativo, más dispuesto a abdicar entre las manos de Nuestro Señor todo derecho sobre mi cuerpo, mi voluntad, mi juicio, mi corazón. En cuanto al actuar me atenderé a las circunstancias.

5 de abril de 1867

Nueva carta de dirección al P. Picard

Me dirijo a mi director. Tras el retiro del mes de agosto, he aquí mi constante preocupación: Dios me empuja a separarme de muchas cosas para que me ocupe de una vida nueva. He aquí lo que se me pide, así me parece, tocante a recortes:

1. Renunciar a las cuaresmas, retiros pastorales y otros, excepto uno más el año que viene.

2. Dejar la dirección de las antiguas alumnas de Saint Maur al señor de Cabrières y la dirección de las hijas de María del priorato al Padre Vicente de Paúl o al Padre Emmanuel.

3. Reservarme para alguna predicación de diez minutos en las misas de hombres y dos o tres sermones en la Catedral, cada año.

4. Menos locutorio.

5. Rezar mucho más.

6. Un poco más de penitencia.

7. Ocuparme de las Oblatas y de las Religiosas de la Asunción.

8. Y sobre todo de los religiosos y de los que pueden llegar a serlo.

9. Emplear todos los medios idóneos para encontrar vocaciones.

Rece mucho por mí sobre todo en el tiempo de Pasión. Después de Pascua... haré un retiro corto. Invoque las luces del Espíritu Santo y mire si no es eso lo que se me pide.

¿Si el abandono de los retiros pastorales no fuera más que cuestión de salud?

Respuesta del P. Picard.

Rezo cada día por usted, pero he rezado mucho más estos días ya que van a ir seguidos de un retiro tan importante para su santificación y la nuestra. Sus resoluciones me parecen excelentes: mayor separación de las criaturas, mayor reposo bajo la mirada de Nuestro Señor, más vida de oración; es efectivamente lo que Nuestro Señor debe pedir a un alma a quien quiere santa y de la que se sirve para la santificación de los demás. La multiplicidad que agota ceda el paso a una fuerte unidad; así hará con mayor seguridad la obra de Dios y mortificará más fuertemente su naturaleza. Sus fuerzas no pueden llegar a todo, la Congregación necesita ser seguida de cerca, formada, desarrollada en su espíritu; solo usted puede hacer semejante labor. Que esta obra se torne la ocupación de su vida y así hará mayor bien pues colocará los fundamentos de un edificio duradero. Una cosa me preocuparía y me parecería digna de mantener en reserva, se trata de los retiros pastorales, si mediante un serio reposo pudiera usted hacer acopio de fuerzas para predicar uno o dos al año, eso sería, creo yo, muy útil y deseable para la Congregación. Usted podría quizá imponer una al Padre Laurent, así le abriría un campo en el que podría trabajar con provecho.

No necesito sugerirle los pensamientos piadosos y fuertes que deben animar su vida. Nuestro Señor le urge y le empuja, siga su impulso; pero no se imponga mortificaciones que puedan disminuir sus fuerzas, como puede ser la privación de sueño, un régimen alimenticio poco sustancioso. Sobre estos dos puntos, la obediencia será para usted un sacrificio mejor que todas las privaciones del mundo.

Ya ve, queridísimo Padre, que le respondo con sencillez; le dejo, pues tengo que acudir al confesonario...

15 de agosto de 1867

A la Madre María Eugenia

Mi retiro, que ha transcurrido más en silencio que otra cosa, ha tenido para mí una gran ventaja, la de empujarme

más aún al amor a la Iglesia, al Papa, a la acción en esa dirección y al odio a las sociedades secretas.

1° de junio de 1868

A I P. Picard

Quisiera hacer un retiro en gran soledad. Me encuentro hasta la coronilla del género humano. y sin embargo ayer, para Pentecostés, he querido convertirme. Hasta me parece que he comenzado.

17 de agosto de 1868

A la Madre Correnson

En Lourdes he pedido mi conversión, el espíritu de oración y el don de poner fuego en las almas y de hacer amar a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

1868

A la misma

Tengo una inmensa devoción a la Compasión de la Santísima Virgen.

19 de noviembre de 1869

A la misma

...Mi estancia en Roma me hace sentir cada día la necesidad de una piedad católica, es decir desinteresada, generosa, universal, que se ocupe más de los intereses de Dios que de los nuestros, ya que Dios se ocupará de nuestros intereses mucho mejor que nosotros, cuando nosotros nos ocupemos exclusivamente de los suyos. En este aspecto, también creo que me convierto un poco y que comienzo a hacerme menos cerrado en mí. ¿No será pura teoría? Otro efecto que me produce Roma, es el de llevarme a superar la idea de país. Roma es la capital del mundo católico. Hay que tener no sólo el corazón sino las ideas católicas y cuando se habla de amplitud de ideas no creo que haya ideas más amplias que éstas...

24 de diciembre de 1869

Al P. Picard

Por lo que me atañe, el Concilio me da cada día un poco más el deseo de hacerme un santo según el espíritu de la Asunción. Creo que nunca el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia ha sido tan necesario y apto para fecundar a las almas como hoy.

5 de febrero de 1870

A la Madre Correnson

Estoy hecho un lío. Los acontecimientos me llevan a ocuparme de cosas muy importantes. A veces me pregunto si no me entrego a ellas por mí mismo, arrastrado por la agitación y el activismo que me es connatural. Estoy desolado, porque quisiera no hacer nada que no sea para la gloria de Dios. Pida a Nuestro Señor que no haga yo nada sino por él, para su gloria y nada más que para su gloria.

9 de febrero de 1870

A la misma

Me figuro que Dios me va a dar diez años de vida, de 60 a 70 años, y que así como Nuestro Señor ha hecho su obra externa en tres años y tres meses, me concederá tres veces más de tiempo para hacer nuestra obra. Pero ya que puede que no disponga ni de diez años, hemos de damos prisa, para no llegar con las manos vacías ante su tribunal.

20 de julio de 1871

A la misma

¡Pobre hija mía! No lo ve todo color de rosa con su enfermedad que se prolonga. Permítame que le diga que sé lo que es eso. Yo caí enfermo en mayo (1854), y duró tres o cuatro años con fatigas y torturas inauditas.

Cuando la conocí a usted a mi regreso de París (en mayo de 1857) todavía sufría, pero mucho menos...

2 de enero de 1873

A la Madre María Eugenia

Hoy, antes de la misa, he pasado casi dos horas en la capilla, ante el Santísimo, pero en mi despacho me las arreglo para que todos mis estudios deriven constantemente hacia la meditación. Me ocupo de este mundo, pero le aseguro que me dedico sobre todo a la soledad.

21 de enero de 1874 Última nota íntima de las *Impresiones*

Me parece que la acción de nuestra obra debe ejercerse mediante los religiosos y las religiosas sobre la educación de las jóvenes, las obras de las mujeres cristianas, las Oblatas en las misiones extranjeras.

Pero lo que me ha llamado la atención hoy sobre todo, es el fallo que he cometido al no desarrollar suficientemente la Orden Tercera entre los sacerdotes. Por ahí podríamos llegar a los resultados más preciosos. Elevaríamos su espíritu sacerdotal, su piedad eclesiástica, sus promesas clericales, su celo apostólico.

Les persuadiríamos a que llegaran a una mayor fecundidad mediante las obras de propaganda y la formación de vocaciones.

Una amplia asociación, confiada a estos sacerdotes tendría una utilidad inmensa; se ocuparía de la defensa de la Iglesia contra las sociedades secretas.

13 de agosto de 1874

Al P. Emmanuel Bailly

Respecto de su retiro, sólo le puedo contar el fondo del mío: 1° el sentimiento de mi nada; 2° la mayor confianza sobrenatural en Dios *para todo*; 3° no ser más que un instrumento de Dios en lo poco que puedo hacer...

17 de septiembre de 1874

A la Sra. d'Escure

Por mi parte, a medida que envejezco (tengo desde hace unos días 64 años) no encuentro salvación más que en una vida de abandono a cuantos sufrimientos me quiera enviar Nuestro Señor. Es una de las resoluciones esenciales de mi último retiro y me va tan bien que quisiera comunicarle este modo de estar con Dios...

28 de octubre de 1874

A la Madre María Eugenia

He tomado valientemente mi decisión de no predicar más por mucho tiempo, de hacerme un hombre de oración, en cuanto sea capaz; de retirarme de muchas cosas, de vivir como auténtico religioso.

17 de agosto de 1875

A la Madre Correnson

Esta mañana, celebrando la misa y al repartir la Sagrada Hostia, me decía: "He ahí cómo tengo que llegar a ser. Rompo la Sagrada Hostia, tengo que dejarme romper por Nuestro Señor..." No quiero ser nada más (alusión a ser Vicario general). Quizá sea amor propio a mi manera. ¡Lo difícil que es conocerse bien! Sin embargo, creo que me quiero convertir de una vez.

14 de octubre de 1875

A la misma

Yo también paso por tribulaciones; pero de todo lo que me sucede, saco la conclusión de que es necesario echarme enteramente entre los brazos de Dios y dejarme conducir por él hacia toda la santidad que él quiera desear de mí. No he llegado allá, ni mucho menos, estoy a mil leguas. ¡Pero por qué desanimarme si el Señor quiere hacer las tres cuartas partes y media del trabajo!

17 de octubre de 1876

A la Madre María Eugenia

Estoy muy preocupado por formar en mí la amistad con Nuestro Señor. Este pensamiento ¿encaja con sus preocupaciones sobre los derechos de Dios? ¿Cómo salir adelante con esos derechos tan terribles por su inmensidad? He creído ir mejor mediante el amor.

17 de diciembre de 1876

Al P. Bailly

Desgraciadamente, sí, llevo 42 años de subdiaconado y pronto otros tantos de sacerdocio. Rece por mí para que me convierta al menos este año. Ya casi no salgo. Corro tras el descanso y el estudio de la filosofía escolástica que me encanta cada día más. Estoy profundamente disgustado conmigo mismo, pero conservo la invencible esperanza de un triunfo de la Iglesia. Me dice: Si causamos tanto miedo, es que somos algo. Quizá sólo causamos miedo porque tenemos mal carácter: eso es lo que me digo todos los días. Me horrorizaría de ser algo, excepto una quijada de asno entre las manos del auténtico Sansón.

24 de diciembre de 1876

Al P. Picard

Hace hoy 42 años que Nuestro Señor me hizo el gran regalo de hacerme comprender que hay que hacer todo por él y nada por los demás. Hoy me ha hecho otro, el de hacerme comprender que hay que hacer todo por los demás como él.

21 de marzo de 1877

A la Madre María Eugenia

He querido servirme del libro del señor Gay; le he encontrado alambicado y nado en las meditaciones de Bossuet. ¡Le deseo a usted profundamente un poco de tiempo de aquí a Pascua, para que se retire sobre el Calvario con la Santísima Virgen al pie de la Cruz! Hago lo que puedo

para mantenerme allí y procurar aprender la paciencia, la humildad... dos virtudes que me faltan radicalmente.

3 de junio de 1877 A la Madre María Teresa de Commarque

La enfermedad y la fragilidad tienen la gran ventaja de recordarnos que no somos inmortales. Este pensamiento casi no me abandona y soy muy culpable cuando ofendo a Dios, pues su juicio me está casi demasiado presente. Lo cierto es que no lo tomo por el lado más humilde, sin embargo lo tomo en serio, pero con una gran confianza por una parte, y por la otra, con el sentimiento muy profundo de la obligación que tengo de reparar el tiempo perdido y de no perder ni una hora, ni un minuto.

2 de julio de 1878

A la Madre María Eugenia

He quedado muy impactado leyendo la vida de San Josafat, de ver que su amigo Rustky no fue santo, porque fue el hombre más bien del deber, mientras que San Josafat, habiendo sido más el hombre del amor, mereció ser mártir. Me esfuerzo por inspirar por todas partes donde puedo la iniciativa del amor. He ahí una idea-madre que debo a Dom Guépin y de la que le estoy muy agradecido.

En 1878

Temas de examen

- | | |
|--------------------------------|--|
| 1° Mi vida. | 8° Los noviciados. |
| 2° Los Agustinos. | 9° Los colegios. |
| 3° Las Religiosas. | 10° Las residencias. |
| 4° Las Oblatas. | 11° Las misiones. |
| 5° Las Hermanitas. | 12° Los estudios. |
| 6° Los Capítulos
generales. | 13° La correspondencia. |
| 7° Los alumnados. | 14° Nuestra Señora de la
Salvación. |

- | | |
|---------------------------|-------------------------|
| 15° La Orden Tercera. | 18° Conferencias de San |
| 16° Nuestra Señora de las | Vicente de Paúl. |
| Vocaciones. | 19° Damas de la |
| 17° Comités católicos. | Misericordia. |

26 de noviembre de 1878

A la Madre María Eugenia

No sé qué decirle para su retiro. Por mi parte me aplico a hacer lo más que puedo de oración y, cosa asombrosa, tengo pruebas de que hago bien a las almas cuando he resistido al aburrimiento de una oración seca, árida, llena de hastío y distracciones. Aprender a rezar se está haciendo la ciencia de mis esfuerzos y no sé darle otros consejos sino los que me aplico a mí mismo. Permanecer ante Dios, decirle que no somos nada, que tenemos tanta necesidad de él; pedir a Nuestro Señor que nos dé su espíritu; al Espíritu Santo que nos dé su amor; es sencillo como decir buenos días, y encuentro ahí toda la fuerza y toda la esperanza. No conozco meta más alta que la de buscar a Dios con todas las fuerzas. En una palabra, me simplifico cuanto puedo y no sé qué otra cosa pueda desearle a usted, si no es que se haga cada vez más sencilla en su oración.

14 de enero de 1879

A la misma

Sin estar enfermo, siento tal debilitamiento de fuerzas que, si al final del invierno no me vuelven, me temo mucho que terminaré yéndome. Le deseo, como me lo deseo, el pensamiento constante del cielo y la gracia de realizar todas sus acciones bajo la influencia de su eternidad. No es miedo al juicio de Dios lo que pido para usted sino el sentimiento de la esposa que, mientras espera al esposo, desea que cuando llegue encuentre todo dispuesto, para que no tenga sino que regocijarse. La edad tiene que dar a nuestras acciones un tinte de gravedad divina que no sea sino el reflejo de los dones de Dios en nosotros. ¿Qué

hemos de hacer sino establecemos en la realidad divina y en la verdad, para que a causa de nuestra sinceridad esta verdad sea un día nuestra alegría y para siempre? Esto es quizá un tanto serio. Pero, qué quiere usted, le hablo con las disposiciones de un hombre que tiene que apresurarse para estar dispuesto.

Hacia el final de su vida

De todo cuanto me ha sido dado realizar, me parece que la mejor obra, la que me da más confianza en el momento de comparecer ante Dios, es la cantidad de almas que me ha sido dado consagrarle, las vocaciones y las vírgenes que he podido procurar a Jesucristo. ¡Todo lo demás, al lado de esto, me parece bien poca cosa! A mi ver, ésta ha sido la obra más importante y la mejor de mi vida sacerdotal.

(Según el P. Emmanuel Bailly, Notes et Documents, T. II, p. 194).



I

LA PIEDAD

La Piedad, tal como nos es recomendada por el Padre d'Alzon, consiste principalmente en:

1° el amor de Dios, que emana de las fuentes de la teología mística;

2° el amor a Nuestro Señor sacado de la frecuente meditación de la vida, la doctrina y los misterios de nuestro Divino Maestro;

3° el amor a la Santísima Virgen y a la Iglesia, donde se reflejan, más cerca de nosotros, en sus privilegios y en su historia, las perfecciones de Nuestro Señor.



I. El amor de Dios

El P. d'Alzon le escribía al P. Picard, el 9 de junio de 1972: "Sueño con una teología mística según Santo Tomás. Eso parece difícil y sin embargo es más fácil de lo que se cree. Cada mañana, durante media hora, sirvo un concentrado de esta mística a las Oblatas. Figuraos que me encuentran claro y sin embargo les hablo de las procesiones en Dios, de la creación, del origen del mal". Este curso, esbozado para las Oblatas, es impartido en 1874 a los novicios que estudian en Nimes. El Padre les inculcaba, de un modo nuevo, al mismo tiempo más profundo y más piadoso, el verdadero espíritu de la Asunción. Destacamos de este curso –siguiendo la redacción del P. Alexis Dumazer que entonces ante los estudiantes oficiaba de "socius" del P. d'Alzon– la introducción y algunas lecciones sobre los atributos de Dios. Estas páginas ilustrarán como ejemplo las directrices sobre el espíritu de nuestra oración que el Padre dirigía al mismo tiempo a los miembros del Capítulo.

CURSO DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Necesidad de estudiar la teología mística

La teología mística puede ser definida: la ciencia de la unión del alma con Dios. La mayoría de los autores místicos se han limitado a estudiar el trabajo mediante el cual el alma humana puede subir a la unión divina. Por nuestra parte, nos proponemos estudiar los dos términos de esta unión, Dios y el alma.

La teología positiva y la teología mística tienen el mismo objeto que es Dios, pero difieren en que la última propone más particularmente el estudio de la belleza divina, con el fin de estimular al corazón del hombre a amar más. De ello resulta que estas ciencias deben prestarse un apoyo mutuo y que la verdadera teología mística se guarde bien de abusar del dicho de San Agustín: *Ama, et fac quod vis* [ama y haz lo que quieres], y de la palabra de Nuestro Señor: *Abscondisti haec a sapientibus, et revelasti ea parvulis* [has ocultado estas cosas a sabios, y se las has revelado a pequeños] [Lucas 10, 21]. Como la teología positiva, y apoyándose en ella, es a la vez ciencia y sabiduría.

Seis motivos principales deben empujarnos a abrazar este estudio con ardor, ya que en él encontramos:

- 1° Un medio de interesar a las almas por las cosas sobrenaturales;
- 2° Un medio poderoso de evitar los errores del sentimentalismo y del fanatismo;
- 3° Un desarrollo magnífico del amor de Dios;
- 4° Un arma admirable para combatir los errores modernos y de vengar los derechos de Dios;
- 5° Una fuente de luces para el hombre;
- 6° Un poderoso medio de apostolado.

I.- Interesar a las almas por las cosas sobrenaturales.

Desde el pecado original, todos los objetos del mundo material se han tornado obstáculos para nuestra perfección; nuestra alma sin embargo sigue teniendo la misma necesidad de subir hacia Dios: la teología mística le permitirá alcanzar esas elevadas esferas en que la práctica del bien se hará tanto más fácil cuanto más cerca de Dios se encuentre. Sin duda que este estudio no es igualmente necesario a todos los hombres, pero es indispensable para los directores encargados de formar a las almas a la vida sobrenatural y se le puede aplicar lo que dice Santo Tomás de la dogmática: *Sacra doctrina es necessaria homini ad salutem.*

II.- Evitar los errores del sentimentalismo y del fanatismo.

Después de la Revolución, hubo un tiempo en que los directores procedían por inspiración; afirmaban como llovidas del cielo decisiones basadas en sus ensoñaciones y no en la ciencia; las sostenían con la testarudez de la ignorancia, en gran daño para las almas. No evitaremos tales errores peligrosos sino mediante el estudio, nosotros que tenemos la responsabilidad no sólo de nuestra alma, sino también de las de los demás.

III.- Desarrollar en nosotros el amor de Dios.

Algunos teólogos místicos no han querido ver en esta ciencia sino un método, punto de vista demasiado estrecho, ya que es imposible considerar el ser de Dios, sus perfecciones, su misericordiosa bondad para con los hombres sin ser impulsado a amarle cada día más.

IV.- Combatir los errores modernos y vengar los derechos de Dios.

La Iglesia, tras condenar el quietismo de Fénelon, ha debido luchar contra el panteísmo que le siguió. Dios

mejor conocido y más amado nos ayudará a destruir esos errores y nos dará la fuerza de afirmar sus derechos.

V.- Fuente de luces. Mediante la teología mística el alma se acerca a Dios más por el corazón que por la inteligencia y si la razón es iluminada por la teología positiva, la mística inunda el corazón de luces y lo vivifica con su calor.

VI.- Medio de apostolado. Una cosa es el profesor y otra el apóstol. Han de unirse en la teología mística para que el apóstol, al predicar, pueda hacer vivas las verdades de la fe, que el profesor envuelve a veces en un envoltorio muy frío. La teología dogmática enseña al alma a conocer la verdad, la teología mística debe enseñarle a amarla.

Estas dos ciencias deben, pues, ir unidas: la dogmática más especulativa, la mística más práctica; la primera va a Dios mediante la verdad, la segunda mediante la caridad. La mística mal entendida y separada de la dogmática se torna contemplación estéril o fuente de errores. El olvido de la mística priva a la teología positiva de un elemento de calor vivificante y quizá de este olvido es de donde nació el injusto desprestigio en que cayó la escolástica, cuando dio demasiada importancia a áridas disputas.

Sobre la vida interior

Tres clases de maestros	La vida interior ha sido estudiada y descrita por tres clases de personas: por teólogos, por santos y por santos teólogos. Los primeros, como Fray Luís de Granada, el P. Grou, Bossuet, etc., han basado sus investigaciones sobre ciertas concepciones piadosas pero
--------------------------------	--

arriesgadas y han podido mostrar así a veces los errores de algunos místicos, sin conocer la vida mística por experiencia. Los santos han tratado las mismas cuestiones y no han sido canonizados sino tras examen profundo de sus escritos, examen que es una garantía para nosotros. Al respecto hay que señalar que las mujeres transforman a menudo en comunicaciones celestiales las doctrinas de sus directores (Santa Teresa, María de Ágreda, etc.). Los teólogos escriben por método, los santos proceden más bien por experiencia personal. Los santos que han sido al mismo tiempo teólogos nos ofrecen ambas ventajas, y su doctrina no puede dejar de ser más segura; a ellos hay, pues, que atenerse. (San Buenaventura, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales).

Tres estados de vida interior

Se distinguen varios estados en la vida mística, aunque todos los autores no los dividen de la misma manera: los santos enumeran por lo general aquellos por los que han pasado. No confundir los estados de la vida interior con los estados de oración.

Se distinguen en general tres estados en la vida mística: la vida purgativa, la vida iluminativa y la vida unitiva. En la primera, el alma busca deshacerse de sus manchas y de sus imperfecciones; en la segunda, comienza a considerar todas las cosas a la luz de Dios; en la tercera se inflama del deseo de unirse a Dios. Los santos se han servido de distintas comparaciones para explicarnos estos tres estados. Santa Teresa compara al alma con un hortelano. En el primer estado, este hortelano no tiene sino un pozo del que está obligado a sacar el agua con mucho trabajo; en el segundo, riega el huerto con agua de un manantial y sólo tiene que abrir surcos y guiar el agua; en fin en el tercero, no tiene ningún trabajo porque el agua cae abundantemente en el momento preciso.

Para San Buenaventura, el alma se parece a un serafín que con dos alas se cubre el cuerpo, con otras dos vela su rostro y se sirve de las dos últimas para volar hacia Dios.

San Juan de la Cruz dice que el alma es como un viajero que empieza a caminar hacia el anochecer; cae la noche, el alma se despoja de sus sentidos y camina al resplandor de un resto de luz natural; pronto cae la medianoche cerrada en que el alma sólo vive de fe; después de medianoche viene el alba, comienzo de la luz sobrenatural, a la espera del pleno día que es el cielo.

Estos tres estados del alma también son designados por los autores místicos con el nombre de estado de los esclavos, que sólo actúan bajo el terror por los juicios de Dios; de los mercenarios que actúan por la esperanza de la recompensa; de los hijos que sólo temen disgustar a su padre.

En cuanto a la manera como estos tres estados se relacionan con las virtudes teologales, unos quieren empezar por la esperanza y continuar con la fe, pero Nuestro Señor: (*nisi credideritis, non intelligetis*) [Juan 8, 24-27] y San Pablo: (*Accedentem ad Deum oportet credere quia est*) [Hebreos 11, 6] ponen en primer lugar la fe; y esto resulta lógico, porque la fe nos muestra, según expresión de San Juan de la Cruz, el todo de Dios y la nada de las creaturas; la fe nos da la luz sobrenatural y entonces la esperanza, iluminada por ella, desea ir a Dios como bien supremo, a la espera de poseerlo mediante el amor.

Las fuentes de la teología mística

1° La Sagrada Escritura

Las fuentes de la teología mística son evidentemente las mismas que las de la dogmática, pero empleadas de modo diferente. La primera y más importante es la Sa-

grada Escritura. Es una gran garantía para nosotros tener como base de nuestra vida la palabra de Dios; debemos aplicarnos, pues, con ardor a conocerla a fondo. En este estudio tendremos siempre ante los ojos dos reglas dadas por San Agustín para sacar de la Sagrada Escritura todos los frutos que puede darnos.

Primera regla La Sagrada Escritura encierra pasajes fáciles y otros llenos de oscuridades. Los pasajes fáciles de interpretar han sido dados por Dios para que todos los cristianos que leen las Escrituras puedan encontrar en ellas reglas de conducta; los pasajes difíciles tienen como fin ejercitar la sagacidad de los doctores y de los pastores y empujarles a escudriñar el sentido oculto de la Biblia para encontrar allí la solución de los problemas y refutar las objeciones de los adversarios. Las soluciones sacadas de la Biblia serán siempre de dos tipos, dogmáticas y morales. Nada tenemos que decir de las primeras. Las segundas dan a nuestra inteligencia numerosos puntos de vista allí donde la Iglesia, contentándose con dirigir nuestras investigaciones, no nos impone tal o cual solución particular. De ahí los progresos que podemos hacer en el estudio de la teología mística, progresos que podemos hacer incluso estudiando los puntos fáciles para aprovechar la luz que proyectan luego sobre los otros. *Quomodo dilexi legem tuam, Domine, tota die meditatio mea est* [Salmo 119, 97].

Segunda regla *El Espíritu Santo ha querido dar a la Sagrada Escritura todos los sentidos de que es susceptible.* El sentido literal, invariable en las cuestiones dogmáticas, puede tener a menudo muchos sentidos morales muy prácticos, y la regla de San Agustín tiene entonces su aplicación. Así los milagros de Nuestro Señor en el sentido literal son

la más magnífica prueba de la revelación, pero de ellos podemos sacar también una gran enseñanza moral. Las resurrecciones, las curaciones, sobre todo las parábolas nos elevan mediante las cosas sensibles a las enseñanzas sobrenaturales. *Est naturale homini ut per sensibilia ad intelligibilia veniat* (Santo Tomás), y San Dionisio: *Impossibile est nobis aliter lucere divinum radium nisi varietate sacrorum velaminum circumvelatum*. Estas parábolas son útiles para todos, ya que los más hábiles en las ciencias humanas son muy a menudo los más romos respecto de las cosas del cielo, y San Gregorio papa hace notar que la Escritura es la ciencia de las ciencias que instruye incluso mediante los hechos: *dum narrat gestum, prodit mysterium*. San Dionisio, por su parte, observa que existe una admirable correspondencia entre la ley antigua, figura de la ley nueva, y la ley nueva, figura de la gloria: *Ipsa nova lex est figura futurae gloriae*. El empleo de las Letras Santas nos hará descubrir su riqueza y su belleza, como le sucedió a San Agustín, y comprenderemos que si la discusión teológica de los textos es necesaria, sin embargo hay algo más que descubrir en la Escritura, ya que la palabra del Espíritu Santo que es amor no puede dejar de contener sublimes bellezas e ideas capaces de inflamar los corazones. Adquiriremos mediante la teología mística el conocimiento de estas ideas y encontraremos allí incluso la fuente de una literatura nueva.

2° Nuestro Señor Jesucristo

“Dios ha hablado de diferentes maneras por los profetas, últimamente ha hablado por su Hijo”. *Novissime locutus est in Filio* [Hebreos 1, 1-2]. Quiere que escuchemos a este Hijo muy amado, *Ipsum audite* [Mateo 17, 5]. A Nuestro Señor hemos de ir, pues, para avanzar en la perfección. Y por otra parte, Jesucristo ¿no es acaso nuestro mediador?: *Unus est mediator Dei et hominum*

homo Christus Jesus [1 Timoteo 2, 5]. ¿Y no ha dicho él mismo?: *Nemo venit ad Patrem nisi per me* [Juan 14, 6].

Podemos ir a Nuestro Señor Jesucristo de tres maneras: 1º mediante el estudio; 2º mediante el amor; 3º mediante la imitación.

I. Estudio de Jesucristo

Estudiar a Jesucristo es estudiar la perfección en persona, ya que en él *inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter* [Colosenses 2, 9], y que así la divinidad ha tomado un cuerpo para hacérsenos accesible. La humanidad de Nuestro Señor no es menos perfecta, ya que San Pablo nos dice también: *In quo complacuit omnem plenitudinem inhabitare* [Colosenses 1, 19]; y qué es esta plenitud si no la perfección de Dios. Jesucristo es, pues, el libro vivo que debemos estudiar, libro perfecto y en el que, a diferencia de los otros libros, el trabajo humano es tan perfecto como el fondo, porque según otra expresión del Apóstol: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi* [Colosenses 2, 3]. De lo que se sigue que debemos sacar de Nuestro Señor dos clases de conocimiento: la sabiduría que corresponde a los medios sobrenaturales y la ciencia que implica el estudio mediante los medios naturales.

Que exista para nosotros la obligación de estudiar a Nuestro Señor Jesucristo mediante los medios naturales, es un hecho incontestable, y San Juan Crisóstomo respondía a San Basilio que le objetaba el ejemplo de San Pablo: “Podrás dispensarte de estudiar cuando tengas como San Pablo la asistencia del Espíritu Santo”. El escaso fruto que se hace en las almas proviene a menudo del escaso cuidado que se ha tenido a la hora de estudiar a Nuestro Señor, incluso por los medios humanos; y nosotros, miembros de una Congregación apostólica, tenemos una más estricta obligación de conocer científicamente a Nuestro Señor, para defenderlo contra sus enemigos que pretenden colocarse en el terreno de la ciencia, y para

hablar de él de una manera más atractiva con el fin de hacer amarle más.

¡Pero cuánto más imperiosa se hace esta obligación, si nos colocamos en el punto de vista sobrenatural! ¿Es posible hacer el bien a las almas si no hemos triturado nosotros mismos los alimentos que deseamos darles, si no hemos vivificado nuestros estudios naturales mediante un pensamiento sobrenatural? *In ipso vita erat et vita erat lux* [Juan 1, 4]. Esta luz intelectual es la ciencia, y esta ciencia debe ser viva, sin lo cual ya no es luz, sino tinieblas; y si esta vida llega a faltar, ya no es Jesucristo. ¿No es ésta la razón por la cual tantos sermones dan tan escasos frutos? Se hacen con la sola inteligencia, sin el concurso del corazón y de la fe, y no se logra ni hacer el bien ni evitar el mal.

II. Amor a Jesucristo El estudio y el conocimiento de Jesucristo nos conducen al amor, ya que *ignoti nulla cupido*. Hay dos amores: el amor natural y el amor sobrenatural. Muchas personas piadosas no van más allá del amor natural a Jesucristo. Hemos de ir más lejos y, sin rechazar enteramente los sentimientos afectivos y sensibles, es sobre todo de una manera sobrenatural que debemos tender hacia Nuestro Señor y en esta vía debemos empujar a las almas demasiado a menudo dispuestas a quedarse en la sensibilidad del amor natural. ¿Cómo desarrollar en nosotros este amor? Mediante la fe que nos dará un conocimiento más perfecto de Nuestro Señor y que nos recordará sin cesar cuanto ha hecho por nosotros y los sentimientos de gratitud que deben embargar nuestros corazones hacia él. Exclamaremos con San Juan: *Diligamus ergo Deum, quoniam ipse prior dilexit nos* [1 Juan 4, 19]. Recordaremos aquellas palabras de Dios mismo: *In caritate perpetua dilexi te: ideo attraxi te, miserans tui* [Jeremías 31, 3]. Porque la meta de Nuestro Señor es juntar cielo y tierra mediante su sacrificio y su amor: *Pacificans per*

sanguinem crucis ejus... sive quae in coelis sunt [Colosenses 1, 20]. El primer resultado será un sentimiento de admiración. Nuestra alma, siguiendo la expresión de Bossuet, sentirá la necesidad de exclamar: ¡Oh, Jesucristo! ¡Oh, Jesucristo! De esta admiración nacerá el amor, y diremos con San Pablo: *Caritas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Así, Jesucristo, conocido mediante los diferentes medios de que hemos hablado más arriba, nos empuja hacia la perfección y la unión. En consecuencia, conoceremos mejor lo poco que somos, comprenderemos qué fuente de humildad hay en la contemplación de Dios y diremos con San Pablo: *Si quis non amat Dominum Jesum Christum, sit anathema* [1 Corintios 16, 22]. Y como este amor de Nuestro Señor por nosotros exige el agradecimiento, nuestras intenciones, nuestros movimientos tomarán una dirección distinta. Nos elevaremos mediante la humanidad de Nuestro Señor al amor de Dios, y como aplicación al tiempo presente, recordaremos el texto profético de San Agustín: *Fecerunt civitates duas amores duo, terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, coelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui.*

En conclusión veremos la necesidad de una nueva forma de piedad. La sociedad moderna ha desterrado a Dios de su seno, hay, pues, que rehacer la ciudad de Dios. Por otra parte, nuestra alma penetrada de la necesidad de amar a Jesucristo se encuentra demasiado estrecha para amarle lo suficiente, y de ahí nacerá en ella un gran deseo de hacer amar a Dios por otros y eso será la ciencia de nuestro celo apostólico. ¿Acaso no ha sido el amor de las almas el principio del apostolado de Nuestro Señor? El sacerdote se encontrará así entre dos sentimientos: es enviado por Nuestro Señor, y ama ser así enviado; y estos dos sentimientos le harán crecer en santidad. *Ascensiones in corde suo disposuit* [Salmo 84, 6]. *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21].

III. Imitación de Jesucristo

El amor requiere pruebas. Nuestro Señor ha dicho: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum caelorum, sed qui facit voluntatem Patris mei* [Mateo 7, 21]. Y en otro lugar: *Si diligitis me, mandata mea servate* [Juan 14, 15]. Se necesita, pues, probar nuestro amor mediante la práctica, tenemos que copiar nuestro modelo Jesucristo: *Aspice, et fac secundum exemplar* [Éxodo 25, 40]. Este modelo, es Dios mismo, es la perfección: *Estote et vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est* [Mateo 5, 48]. Jesucristo Dios propone a Dios como modelo a todos los hombres. Exige a todos los hombres al menos una perfección relativa. Ahora bien, el más alto grado de perfección es la vida religiosa, por lo tanto estamos obligados a progresar sin cesar. Para eso debemos imitar a Nuestro Señor Jesucristo. *Mitis sum et humilis corde* [Mateo 11, 29]. *Exinanivit semetipsum* [Filipenses 2, 7]. *Christus sibi non complacuit* [Romanos 15, 3]. Dulzura, benevolencia, pero sobre todo humildad. Encontramos esta humildad en Belén, en el Calvario, en el Sagrario. En Belén, está Jesús anonadado en forma de un niño recostado en un pesebre. *Invenietis infantem... positum in praesepio* [Lucas 2, 12]. En el Calvario, es el anonadamiento en el dolor: *Virum dolorum. Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum* [Isaías 53, 3 y 6]. En el Sagrario, anonadamiento mayor aún, si es posible. Aquél que puede crear y transformar las sustancias se esconde bajo un poco de pan y de vino, obedece al sacerdote culpable que sube al altar, al mal cristiano que profana el sacramento: *Agnus tanquam occisus. Obediens usque ad mortem* [Filipenses 2, 8]. La pobreza, la humildad, la obediencia resaltan en todas partes, acompañadas por el sacrificio y el abandono completo entre las manos de Dios. Por eso Jesucristo debe ser el comienzo y el final de nuestra perfección: *Ego sum alpha et omega* [Apocalipsis 1, 8], y todos debemos establecernos en él, *instaurare omnia in Christo* [Efesios 1, 10]. El religioso debe ser, pues, el imitador de Jesucristo, para poder

decir a las almas: “Imitadme como yo imito a Jesucristo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*” [1 Corintios 11, 1], y ahí está la última razón de todos nuestros trabajos.

3° La Iglesia

I. Su naturaleza Hemos visto cómo Dios habló primero por los profetas, luego por su Hijo. Jesucristo subido al cielo nos habla por medio de su Iglesia que le continúa y a quien debemos escuchar. La enseñanza de la Iglesia es para nosotros fuente de la verdad y de la santidad. Se manifiesta de dos maneras, de manera pública mediante la enseñanza de los doctores, de una manera más íntima por la dirección espiritual. La enseñanza de la Iglesia es infalible, pero la dirección que sucede en lo secreto puede ser falseada, y por ello debe ser controlada por la autoridad suprema. Graves herejías en distintas épocas han visto la luz en el ámbito de la dirección espiritual: Gnósticos, Jansenistas, Molinos, etc.

Jesucristo ha unido al hombre con Dios en su encarnación. Se sigue encarnando místicamente en la humanidad. *Ipsium dedit caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius et plenitudo eius* [Efesios 1, 22]. La Iglesia forma un todo con Jesucristo y le completa en cierto modo, lo que hace exclamar a San Anselmo: *Nihil magis dilexit Deus in hoc mundo quam libertatem Ecclesiae suae*. La Iglesia puede, por lo tanto, ser para nosotros una fuente de perfección que brota de Jesucristo cabeza de la Iglesia. Esta unión de Jesucristo con la Iglesia puede ser considerada desde un doble punto de vista, porque se puede decir de la Iglesia lo que San Juan dice de Jesucristo: *plenum gratiae et veritatis* [Juan 1, 14]. Bossuet resalta que la Iglesia nos da la enseñanza y los sacramentos. La enseñanza de la verdad es la fuente de la libertad, de acuerdo con aquellas palabras de los libros santos: *Qui facit peccatum, servus est peccati* [Juan 8, 34], et, *Veritas liberabit vos* [Juan 8,

32]. Los sacramentos son el manantial de la gracia. *Euntes, docete omnes gentes... docentes eos servare* [Mateo 28, 19-20]. Hay que enseñar lo que el hombre debe creer y lo que debe observar: porque la ley se resume en una palabra, el amor: *Plenitudo legis dilectio* [Romanos 13, 10], y en dos mandamientos: *in his duobus mandatis, tota lex pendet et prophetae* [Mateo 22, 40]. Nuestro Señor añade: *Baptizantes eos* [Mateo 28, 19], y he ahí la gracia de los sacramentos. Mediante la gracia y la verdad que da la Iglesia, Jesucristo está con nosotros hasta la consumación de los siglos; está con la Iglesia docente y con quienes son enseñados, está con el cuerpo pastoral para adoctrinar a los fieles y a los santos: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei. Omnia propter electos* [1 Corintios 3, 21 y 23; 2 Timoteo 2, 10].

Dos sacramentos principales nos unen a Jesucristo mediante la Iglesia: el bautismo borra los pecados, da la pureza a nuestra alma, nos hace hijos de Dios y de la Iglesia, y ahí es donde la acción de Jesucristo y de la Iglesia parece confundirse. ¿Para qué nos da la Iglesia el bautismo? Para hacernos capaces de recibir la verdad. *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri* [Juan 1, 12].

Jesucristo, tras haberse encarnado en el seno de la bienaventurada Virgen María y en la Iglesia, se encarna aún en el adorable sacramento de la Eucaristía, en el que Jesucristo se plenifica en todos: *plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur* [Efesios 1, 23]. Nuestra alma se perfecciona en la Eucaristía y Nuestro Señor mismo parece querer tender a perfeccionarse allí, según otra palabra asombrosa de este divino Maestro: *Pro eis ego sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate* [Juan 17, 19]. *Donec occurramus... in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi* [Efesios 4, 13]. Hemos, pues, por nuestra santidad, de brindar a Jesucristo la posibilidad de santificarse en su cuerpo místico. De

ahí un doble efecto de la comunión, uno individual, singular: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]; el otro colectivo y social: *Unum corpus, multi sumus, qui de uno pane participamus* [1 Corintios 10, 17]. Y ahí reside la gran ventaja de la Iglesia católica sobre las sectas separadas que ya no admiten la presencia real y eso explica la alegre palabra de Santa Teresa al morir: “En fin, Dios mío, muero hija de la Iglesia católica”.

II. Nuestros deberes para con la Iglesia

Nuestros deberes para con la Iglesia son tanto más importantes cuanto que la Iglesia es una sociedad perfecta, que es el cuerpo y la esposa de Jesucristo, que es nuestra madre y nuestra patria.

Primer deber: Amor filial. Demasiados sacerdotes consideran a la Iglesia como un establecimiento; a ella aportan la propia personalidad y por lo tanto, por falta de celo, un elemento de destrucción. Los sacerdotes y los religiosos que no son celosos son la perdición de la Iglesia. Seamos, pues, para la Iglesia hijos entregados y recordemos que, ya que Dios es el término de la Iglesia, nuestro amor hacia ella nunca será demasiado.

Segundo deber: Estudio. La Iglesia es la sociedad de las inteligencias, cuyo alimento es la verdad. Existe, pues, para nosotros la obligación grave de estudiar. Debemos estudiar las verdades naturales y sobre todo las sobrenaturales que han sido propuestas al mundo por Jesucristo.

Filius qui est in sinu Patris ipse enarravit [Juan 1, 18]. Todas estas verdades han de ser estudiadas por nosotros sobrenaturalmente. Por desgracia, demasiado son los sacerdotes que se preocupan poco de esto, y los estudios humanos a los que se entregan no tardan en convertirse en un ejercicio mecánico. La predicación es tratada entonces, Dios sabe cómo: *Adulterantes Verbum Christi* [2 Corintios 2, 17], y podemos decir que existe en este estado prolongado una multitud de faltas que conllevan una ignorancia mortal para nosotros, y un escándalo del

que somos responsables ante Dios; porque una verdad estudiada naturalmente es luego predicada naturalmente y no da fruto alguno, a la espera de que la nulidad del resultado obtenido nos lleve a caer en la pereza más completa. ¿No es esa la plaga de los seminarios y de los noviciados? ¿No es eso lo que pierde a Francia? Y sin embargo, estamos confirmados, hemos recibido el espíritu de sabiduría y de inteligencia; pero como hemos perdido el espíritu de temor de Dios, sólo trabajamos naturalmente, *ad oculum servientes* [Efesios 6, 6], no estudiamos desde el punto de vista de Jesucristo: *Finis legis Christus ad justitiam omni credenti* [Romanos 10, 4], y así caemos en un estado de tibieza y de letargo, que precede a la muerte y que a veces es la muerte misma.

Tercer deber: Espíritu de santidad. *Verba manent, exempla trahunt.* No nos quedemos en hombres vulgares. Las gracias son tesoros, de las que debemos rendir cuentas. *Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum* [Mateo 25, 20]. El fin por el que nos da Dios sus gracias, es nuestra santificación. *Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra* [1 Tesalonicenses 4, 3]. Si después de eso no somos santos, somos unos monstruos, y con toda justicia se nos dirigirá esta palabra terrible: *Ex ore tuo te judico, serve nequam* [Lucas 19, 22]. Nos corresponde elegir entre el lugar que nos espera en la asamblea de los santos o en la de los réprobos, *in Ecclesia malignantium*. Cuando se desea entregarse a Dios se tiene la idea de hacerse un santo. ¿Qué se hace de esta idea? No la cultivamos, nos mentimos a nosotros mismos y al Espíritu Santo mediante las repugnancias, las murmuraciones, las confidencias; destruimos la propia vocación y la de los demás. Se hace servir la mentira para pervertir a las almas. Es mucho mejor ser un buen cristiano en el mundo que buscar ser un cobarde en el ejército de los obreros del Evangelio y que se cumpla la palabra del profeta: *Filii matris meae pugnaverunt contra me* [Cantar de los Cantares 1, 6].

Cuarto deber: Espíritu de propaganda. Se ama uno tanto a sí mismo que no se encuentra tiempo para amar a los demás. Ocupémonos menos de nosotros mismos y un poco más de las almas.

Quinto deber: Espíritu de iniciativa. Obras.

Los atributos divinos

1. Amor, Justicia y Misericordia de Dios

I.- *Deus caritas est* [1 Juan 4, 8]. En Dios, el amor no es una facultad como en nosotros, sino el ser mismo. Dios tiene una voluntad, y esta voluntad se dirige hacia ciertos objetos, y he ahí el amor. Porque el amor es una fuerza que nos lleva a unirnos a un objeto, en el que encontramos nuestro bien. *Amor est vis unitiva*. Las criaturas necesitan un objeto al que amar fuera de ellas mismas, porque ninguna criatura es su propio bien. Dios, por el contrario, no puede buscar más que a sí mismo, y lo que sería el colmo del desorden en nosotros es el orden en Dios, ya que el ser infinito, el bien infinito debe amarse infinitamente a sí mismo mediante una inteligencia y una voluntad infinitas. El amor en nosotros va siempre acompañado de pasión y de emoción, porque nosotros no llegamos a Dios sino mediante los sentidos. En Dios, por el contrario, el amor es elevado, calmado, y hacia esta tranquilidad debemos tender separándonos de los sentidos. Nuestro amor será tanto más perfecto cuanto más se apoye en un conocimiento más perfecto. Ahora bien, nada más perfecto que la fe. Hemos, pues, de desapegarnos de nuestras ideas propias y revestirnos mediante la fe de las ideas divinas. *Accedentem ad Deum, oportet credere quia est* [Hebreos 11, 6]. Desconfiemos de todo aquello que nos vemos llevados a amar fuera de la fe, amemos por encima de la materia y *propter Deum*.

¿Ama Dios a los seres? *Diligis omnia quae sunt, et ni-*

hil odisti eorum quae fecisti [Sabiduría 11, 24]. Ama en ellos el ser, pero no lo que es privación del ser. Detesta los efectos malos de su voluntad. Ama el ser incluso de los condenados y de los demonios y por eso lo conserva. Odia sus faltas, que son *defectos* del ser.

¿Los ama a todos por igual? No. Ama más a los más perfectos. Les ha dado la razón junto con la voluntad y la libertad. Cada ser puede hacer de estos dones un buen o un mal uso, corresponder a la bondad de Dios o alejarse, es decir hacerse más o menos perfecto. Y por esta correspondencia a los dones de Dios algunos hombres serán superiores a los propios ángeles y que la Santísima Virgen María ha llegado a ser su reina. También nosotros podemos crecer sin cesar y adquirir una perfección siempre mayor.

II.- *¿Hay en Dios una justicia?* No, si entendemos la justicia como conmutativa; sí, si se trata de la justicia distributiva. Los dones naturales son distintos según los individuos, pero Dios da a cada cual lo que conviene a su naturaleza. No nos debe nada, cuanto nos da es puramente gratuito y, cosa maravillosa, quiere debernos algo. Nos concede bienes que son una consecuencia de lo que hemos hecho. *Corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus iudex* [2 Timoteo 4, 8]. Nos trata en primer lugar según su misericordia mediante los dones gratuitos, y según el uso que hacemos de ellos se ejercita su justicia sobre nosotros. *Per quae quis peccaverit, per haec et torquetur* [Sabiduría 11, 16]. ¿Qué es la misericordia de Dios? No es como en el hombre, *miserum cor*. Dios no tiene compasión, actúa como si la tuviera. Infinitamente bueno, ama al ser, y cuando este ser se rebela, todavía no le trata con pleno rigor: *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti* [Lamentaciones 3, 22]. Reserva su justicia para con su propio Hijo, *proprio Filio non pepercit Deus* [Romanos 8, 32]. Ejerce su misericordia incluso en el infierno, no castigando a los condenados como lo merecen.

III.- Temamos la justicia de Dios, pero recurramos a su misericordia. Temblemos y esperemos. Los santos llegan a tomar para ellos esta justa templanza: *Confige timore tuo carnes meas, et misericordias Domini in aeternum cantabo. Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt* [Salmos 118, 120 ; 89, 2 ; 85, 11]. El religioso está en un estado santo, pero no siempre es un santo, debe permanecer en el temor, *in timore et tremore*, y recurrir al amor que decidirá todas las dificultades.

2. Providencia de Dios

Santo Tomás dice de la Providencia divina: *Nihil aliud est Dei providentia quam ratio ordinis rerum ad finem*. La inteligencia y la voluntad de Dios producen el orden: *Tua omnia, Pater; providentia gubernat* [es tu Providencia, Padre, quien la gobierna] [Sabiduría 14, 3]. La voluntad de Dios está dirigida por su infinita bondad y siguiendo los principios de esta suprema bondad es como la inteligencia y la voluntad infinitas de Dios lo han creado todo. La Providencia producirá, pues, en las criaturas un aumento de bien y, por consiguiente, de ser en las criaturas, y así se explica la palabra de Nuestro Señor: *Veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant* [he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia] [Juan 10, 10].

La Escritura nos da dos definiciones de Dios: la primera sólo contiene la noción de ser: *Ego sum qui sum* [Éxodo 3, 14]; la segunda, situada en el último libro del Nuevo Testamento, nos hace ver en Dios el principio y el fin de los seres: *Ego sum alpha et omega, principium et finis* [Apocalipsis 1, 8]. El hombre está entre este ser infinito, así considerado como principio y como fin, y todos los seres salidos de Dios han de retornar a Dios. Dios quiere de una manera infinita su propia felicidad; quiere comunicársela a las criaturas y no se tratará de una felicidad caprichosa, sino inteligente.

En el conjunto de los seres, podemos considerar el bien en relación con la sustancia de cada ser en particular o en un orden general. La sustancia en cuanto sustancia es buena, pero si por esta sustancia buena los seres perturbaban el orden, se convierten en malos. Se necesita pues una inteligencia para regular el orden universal.

Todo ha sido creado por la inteligencia de Dios, que es el Verbo: *Omnia per ipsum facta sunt* [Juan 1, 3]. Esta inteligencia infinita debe también gobernar lo que ha sido creado y baja a los menores detalles. Si la Providencia de Dios no se extendiera a los detalles, sería por aburrimiento, impotencia o ignorancia, lo que supondría imperfecciones en Dios. Por otra parte, cuanto más perfecta sea una causa, más se dejará sentir en las mínimas cosas. Todos los pensamientos del hombre son, pues, conocidos de Dios, que es en el sentido latino de la palabra un perfecto *provisor*.

Si esto es así, dicen algunos, ¿por qué el mal? La objeción proviene de colocarse desde un punto de vista inferior y porque se compara la Providencia divina con la de las criaturas. La infinita Providencia de Dios puede permitir el mal para sacar de él un bien. Suprimir todos los males comportaría suprimir mucho bien. Y que no se objete la máxima: *Non sunt facienda mala, ut eveniant bona*, porque Dios no hace el mal, solamente lo permite.

Dios lo gobierna todo; podemos sin embargo distinguir la previsión que sólo pertenece a Dios y el gobierno del que Dios hace participar a veces a ciertos instrumentos para ser honrados.

¿Dios gobierna a las criaturas por necesidad? Sí, para algunas, no, para otras, responde Santo Tomás. Dios coloca cada cosa en su lugar: gobierna mediante la necesidad a las criaturas no inteligentes y mediante la libertad a las inteligentes; se sirve incluso de esta libertad y la hace concurrir a sus fines.

Yo soy una criatura inteligente y libre; Dios es mi bien supremo, es mi término y mi felicidad. Mi libre arbitrio debe dirigirse a él. Dios es infinitamente perfecto. Yo procedo, pues, de una causa perfecta, debo tender hacia una meta perfecta, por la misma voluntad de Dios. *Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra* [1 Tesalonicenses 4, 3]. Es necesario que yo busque cumplir la voluntad de Dios, *fiat voluntas tua* [Mateo 6, 10]. Mi voluntad debe adherir de manera permanente a la voluntad de Dios: es la felicidad de los santos, como la desgracia de los malvados es haber salido de este orden por el pecado. Debo entrar en ella mediante la inteligencia y la voluntad, de ahí la necesidad de una oración inteligente (vida iluminativa), que busca penetrar las razones de la voluntad de Dios. *Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam* [Salmo 119, 34].

3. Predestinación

Algunos principios No trataremos esta cuestión desde el punto de vista dogmático: ello nos llevaría muy lejos y nos toparíamos con problemas insolubles. Pongamos antes algunos principios:

- 1° Se trata de un misterio incomprensible;
- 2° Ante todo, al hablar de predestinación, hay que apoyarse en la fe;
- 3° O bien Dios no existe, o es infinitamente justo;
- 4° Esta justicia no deja de subsistir aun cuando no la comprendamos;
- 5° En Dios la voluntad sigue a la inteligencia, como hemos dicho antes;
- 6° Una voluntad infinitamente inteligente no hace nada que no sea muy sabio.

Predestinación y libertad Dicho lo anterior, Dios predestina a la salvación llamando a los hombres desde toda la eternidad según un plan general. Actúa sin embargo de acuerdo con

la naturaleza de los seres y, por consiguiente, la libertad del hombre no es menos respetada que la omnipotencia de Dios. ¿Pero cómo se combinan estos dos elementos? La predestinación está en la voluntad del que predestina, está positivamente en el pensamiento de Dios. Dios, por el contrario, condena permitiendo que alguno no llegue a la salvación. *Sicut praedestinatio includit voluntatem conferendi gratiam et gloriam, ita reprobatio includit voluntatem permittendi aliquem cadere in culpam, et inferendi damnationis poenam pro culpa.* Los teólogos se han disputado por este texto. Está aceptado por la Iglesia. Está, pues, en Dios la voluntad no de causar sino de permitir la condenación. La presciencia de los méritos no es la causa de la predestinación, porque antes de esta presciencia Dios amaba a los predestinados. Finalmente, Santo Tomás insiste en este punto de que la predestinación es consecuencia de la voluntad de Dios, y es imposible encontrar otra razón. Aquí el pensamiento se perturba, porque si seguimos los cálculos humanos estamos tentados de admitir en Dios caprichos, pero aquí es donde hay que recurrir sobre todo al principio de Santo Tomás, *Voluntas intellectum consequitur*, y recordar que se trata de una voluntad infinitamente inteligente. ¿En qué medida se combina con la libertad humana? He ahí el misterio.

Ante este misterio, examinemos dónde estamos. La naturaleza inteligente creada no es capaz de alcanzar por sus propias fuerzas una felicidad sobrenatural; sólo tiene derecho a una felicidad natural, y aún ha perdido por el pecado este derecho y merecido la desgracia eterna. Los que son llamados lo son por gracia, y en el estado de naturaleza caída esta gracia se hace más insigne. La justicia de Dios se ejerce sobre aquellos que no corresponden a esta gracia, pero no pueden quejarse, ya que Dios ha probado mediante la Encarnación que quería hacerlo todo por ellos. A todos les ha dado los medios de salvarse, y sin embargo el número de los elegidos está determinado.

Otro misterio. Adoremos y temblemos meditando en el conjunto de estas verdades, y démonos cuenta de lo que un alma cristiana ha de ofrecer a Dios a cambio de tantas gracias. ¿Puede la justicia de Dios castigar a un alma que le haya adorado toda su vida y le haya servido en el temor: *Servite Domino in timore, et exultate ei cum tremore* [Salmo 2, 11]? ¿Puede no hacer misericordia a un alma que no confía en sí misma y que se anonada ante la majestad infinita?

**Consecuencias
prácticas**

Las consecuencias que debemos sacar de esta doctrina son principalmente dos: 1° Necesidad de

la oración. Esta gracia de la oración siempre es concedida al hombre y mediante ella puede conseguir otras gracias. Correspondamos a estas gracias mediante el esfuerzo de nuestra voluntad para atraer otras nuevas. Pensemos con temblor en el número inmenso de los réprobos.

2° Recordemos que la segunda virtud teologal es la esperanza, que nos manda contar con los méritos de Jesucristo y pedir con confianza. Desde este punto de vista el misterio de la predestinación es un poderoso estímulo para hacernos salir de la pasividad e impedirnos hacer como el perezoso que se dice: “Mi suerte está fijada por adelantado, nada importa lo que haga”. Si no estamos predestinados, podemos predestinarnos, dice San Agustín, porque Dios no nos abandona nunca el primero: *Non deserit, nisi deseratur*. Nos daremos cuenta un día que Dios nos ha tratado como seres libres, y nos recompensará o nos castigará según que hayamos utilizado bien o mal de nuestra libertad. Sigamos el ejemplo de los santos, que, lejos de cruzarse de brazos, han llegado mediante esfuerzos constantes a la cima de la perfección.

La Trinidad

Dios dijo al principio: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* [Génesis 1, 26]. El hombre ha destruido esta imagen. Jesucristo ha bajado del cielo para repararla y ha dicho a su vez: *Euntes docete... baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* [Mateo 28, 19]. Jesucristo quiere restablecer en el hombre la imagen de Dios de una manera más perfecta y responde a la palabra de la creación mediante la palabra de la regeneración.

Dios Padre es el principio que produce al Hijo y se comunica a él: *Tecum principium – In principio erat Verbum* [Juan 1, 1]. Si es el principio, es el poder, y por eso el poder es atribuido al Padre. El conocimiento de este principio es el Hijo que se convierte así en la inteligencia, la palabra, la sabiduría, el orden, la ley. Dios Padre se conoce y conoce todas las cosas en su Hijo, y así los cristianos evitan el panteísmo; porque para ellos no todo es Dios; es el conocimiento de todo, lo que es Dios. Dios se conoce, se contempla y se ama. Este amor, sustancia misma de Dios, es el Espíritu Santo.

El hombre es regenerado mediante esta imagen. Dios Padre le da más particularmente el ser, el Hijo la inteligencia, el Espíritu Santo el amor. Pero si somos la imagen de la Santísima Trinidad hemos de tener relaciones con las tres personas divinas. Debemos al Padre la sumisión y la obediencia, porque así es como Jesucristo ha satisfecho a la justicia del Padre, *Factus est obediens usque ad mortem* [Filipenses 2, 8]. Dios, para facilitarnos esta obediencia, ha querido establecer dos grados, los preceptos y los consejos. Nuestro voto de obediencia honra al Padre más que todo lo demás y nos hace parecernos al Hijo.

El Hijo es la inteligencia y la verdad. Hemos de ir a él ante todo mediante la contemplación de la verdad, luego

mediante la aplicación que hagamos de sus enseñanzas a nuestra conducta. La verdad es además la riqueza de Dios. Mediante el voto de pobreza alcanzamos esta riqueza, porque siendo la felicidad del cielo *gaudium de veritate*, hemos de vaciar nuestro corazón en la tierra de las riquezas creadas y buscar la verdad en el desinterés.

El Espíritu Santo tiene derecho a nuestro agradecimiento y a nuestro amor por las gracias que nos ha concedido. Hemos de amarlo porque es Dios: *dixit Domino: Deus meus es tu* [Salmo 16, 2]. Le honramos mediante nuestro voto de castidad, ya que es llamado por la Escritura: *Sponsus castarum animarum*.

Consecuencias prácticas

Estemos en una dependencia absoluta de la Trinidad toda, pongamos nuestra inteligencia y nuestra energía en obedecer. Reproduzcamos en nosotros la imagen de la Trinidad. Esa es la felicidad del religioso y su trabajo constante. Abajemos nuestro orgullo mediante la obediencia. *Scientia inflat* [1 Corintios 8, 1]; pero la ciencia sobrenatural es un remedio para la rutina y por ello hay que pedir su inteligencia. *Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiabo illam in toto corde meo* [Salmo 119, 34]. Esta ciencia sobrenatural no se enseña, la encontramos en la oración y en la meditación.

Dios desarrolla nuestra alma mediante la gracia, pero quiere también que nos desarrollemos nosotros mismos. *Apud te est fons vitae* [Salmo 36, 10]. Nuestra vida se acrecerá si vamos a beber a esta fuente que es el Padre, ya que el Hijo mismo ha recibido de él la vida: *Sicut Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio* [Juan 5, 26]. Acerquémonos a Dios Hijo para tener la inteligencia de este orden sobrenatural: *Revela oculos meos, et considerabo legem tuam* [Salmo 119, 18]. Deberíamos pasar nuestra vida contemplando esta inteligencia increada y en interrogar en la meditación a este maestro interior. En

fin, amemos al Espíritu Santo y pidámosle la práctica del orden sobrenatural.

Así desarrollaremos en nosotros alegremente la imagen de la Santísima Trinidad: *Signasti super nos lumen vultus tui, Domine, dedisti laetitiam in corde meo* [Salmo 4, 7]. La tristeza y la queja son diabólicas; recordemos que Jesucristo en medio de sus sufrimientos se alegraba: *qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem...* [Hebreos 12, 2].

El P. d'Alzon se inspiraba en estas altas consideraciones en sus predicaciones, incluso a jóvenes como las Hijas de María del pensionado de Saint-Maur; en Nîmes, como atestigua este plan de instrucción de retiro sobre:

Los derechos de Dios

1. Adoración. 2. Obediencia. 3. Inteligencia. 4. Agradecimiento.

Si él es por sí mismo, es el principio de todo. Todo se refiere a él.

Si él es el bien supremo, todo debe aspirar a él.

Si él es la perfección, todo debe imitarlo.

Si él es la verdad, todo debe confesarlo.

Si él es la vida, todo debe vivir de él.

Si él es la voluntad, todo debe querer su voluntad.

Si él es el amor, todo debe amarlo.

Si él es la justicia y la misericordia, todo debe temerle y echarse en sus brazos.

Si él es el poder, todo debe obedecerle.

Si él es la felicidad, todo debe buscar la felicidad sólo en él.

¡Santo, Santo, Santo!

II. Amor a Nuestro Señor

Nuestro Señor ha sido siempre, a lo largo de las predicaciones de retiro o de Cuaresma, el tema favorito del P. d'Alzon. Sobre este tema se sentía inagotable. Hablaba a partir de algunas notas rápidas. "El estudio, decía, recoge los materiales y los pone en orden. La víspera de predicar es preferible dejar los libros de lado, a menos que sea necesario precisar una cita. Sólo la oración presta la unción y el poder de penetración. El sermón que da fruto no siempre es el más correcto desde el punto de vista literario, sino el que ha sido preparado ante el Santísimo Sacramento y mediante la penitencia, la meditación y la oración". Nadie se extrañará de los escasos sermones o instrucciones de retiro que el P. d'Alzon redactó completamente de su propia mano, en el momento de su plena madurez.

RETIRO SOBRE EL CONOCIMIENTO
de
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

De un retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo damos los 7 temas redactados por el P. d'Alzon, de los 29 que cuenta el índice de materias. Se trata de meditaciones más que de instrucciones. Este retiro fue planeado hacia 1870: en la tercera y la cuarta meditaciones, el Padre retoma las ideas maestras de la cuarta carta al Maestro de novicios, que había quedado en el telar en 1869. Por otra parte, han insertado –sin duda el P. d'Alzon mismo– después de la “adoración de los pastores” una meditación sobre la Epifanía que data, de acuerdo con su presentación externa, de 1878-1879. ¿No estaremos aquí en presencia del segundo cuaderno de meditaciones para uso de los Agustinos de la Asunción, inaugurado por el P. d'Alzon al final de su vida y que quedó inconcluso? O más bien se trataría de una serie de meditaciones, comenzada hacia 1873-1874, que el P. d'Alzon sustituía a la cuarta carta al Maestro de novicios y que en 1879 pensaba terminar: esta serie de meditaciones, por desgracia inconclusa, se impone, pues, muy especialmente a nuestra atención.

I. IMPORTANCIA DE CONOCER A JESUCRISTO

*“Non enim judicavi me scire aliquid inter vos,
nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum”
(1 Corintios 2, 2)*

Todo está resumido en Nuestro Señor, y quien conoce a Jesucristo conoce todo cuanto es necesario para ir al Padre, es decir a Dios y al cielo. Ocupémonos, pues, de Nuestro divino Maestro, entremos en la meditación de cuanto él nos enseña sobre las perfecciones en él y que deben ser nuestra luz y nuestra vida.

Establezcamos que Jesucristo es: 1° nuestro Salvador, 2° nuestro modelo, 3° nuestro rey, 4° nuestro juez.

1° Jesucristo nuestro Salvador

¡Qué misericordia de parte de un Dios la de descender del cielo a la tierra, para buscarnos en el abismo en que yacíamos! ¡Qué perseverancia, sin ningún otro título de nuestra parte sino el de su infinita bondad, ya que por naturaleza nosotros éramos hijos de la cólera: *natura filii irae!* (Efesios 2, 3). Antes de todos los siglos, tiene compasión de nosotros: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te, miserans* (Jeremías 31, 3). Este Dios, cuyo pensamiento eterno encierra en sí todos los seres que serán un día el producto de su sabiduría y de su poder, los amaba; nos amaba, pese a nuestros pecados. En su bondad nos ha llamado a la existencia; en su misericordia nos ha llamado del pecado a la vida de la gracia. Nos llama a la felicidad mediante los anonadamientos a los que bajará al revestir nuestra humanidad, mediante las persecuciones de que será objeto, mediante los más inexplicables sufrimientos, mediante la muerte más cruel. Y todo eso para salvarnos, para solicitar nuestro amor dándonos tan grandes pruebas del suyo.

Contemplémosle en la cruz, cuando al expirar nos dice: “¿Os he amado bastante? ¿Qué más necesita la justicia de mi Padre para satisfacerse, vuestra indiferencia para transformarse en agradecimiento y amor?”.

2° Jesucristo es nuestro modelo

En la obra de nuestra salvación, el divino Redentor no quiere hacerlo todo; quiere dejarnos cumplir algo. ¿Pero qué haremos? Jesucristo se hace hombre; por lo tanto he ahí nuestro perfecto modelo: *Exemplum enim dedi vo-*

bis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis (Juan 13, 15). Oh, sin duda es un Dios, pero es también un hombre dándoos ejemplo de todas las virtudes. Buscad una situación de la vida donde no se presente como vuestro modelo, menos en el estado de pecador; no lo encontraréis. He ahí al hombre perfecto.

Jesucristo es el hombre de la pobreza, naciendo en un establo y rechazado por los hombres. Es el hombre del trabajo. ¿A quién si no a él se refieren las palabras del Profeta: *Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea?* (Salmo 87, 16). Es el hombre de las decepciones. ¡Qué bondad para con las multitudes a las que evangeliza y colma de bienes! ¡Y qué ingratitud de parte de éstas, una vez colmadas de bienes! Todos le engañan o le abandonan. Las multitudes piden su muerte. Es el hombre de todos los sacrificios. Seguidle en sus sufrimientos. ¿A quién mejor que a él se aplican las palabras del Profeta cuando habla del hombre de dolores, conocedor de nuestras dolencias: *Virum dolorum, et scientem infirmitatem?* (Isaías 53, 3). Sufrimientos del cuerpo, sufrimientos del alma, los acepta todos; sólo quiere una cosa, ir adelante y que nosotros le sigamos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me* (Mateo 16, 24).

3º Jesucristo nuestro rey

Domini est terra, et plenitudo eius: orbis terrarum, et universi qui habitant in eo (Salmo 23, 1) ¿Quién osaría negar el supremo dominio de Dios sobre toda criatura? ¡Pues bien! ese dominio lo ha transmitido a su Hijo: *Domini dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me, et dabo tibi gentes in hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae* (Salmo 2, 7). ¿Qué más claro y más manifiesto? Por lo tanto, si no queremos imitarle hemos de obedecerle.

Jesucristo es nuestro rey; somos sus súbditos. Sí, ¿pero qué es su reino? Es ante todo un reino interior: *Regnum Dei intra vos est* (Lucas 17, 21). Reino secreto, que Jesucristo quiere llevar a lo más íntimo del corazón. He ahí de lo que está sobre todo celoso. Quiere alcanzar a las almas en su inteligencia y en su voluntad, en sus luces que proceden de él si son puras, en sus deseos y su necesidad de felicidad que sólo él puede colmar, con tal que ellas le obedezcan desde el fondo de su ser.

El reino de Jesucristo es también exterior. No es de este mundo, pero está en este mundo. Es necesario que sus súbditos estén mezclados con los demás hombres y den testimonio de él; es necesario que sepan tomar las armas y defenderle contra los enemigos de toda laya que le atacan dentro y fuera. Ahora bien, si Jesucristo es nuestro rey ¿qué deberes tenemos para con él?

4º Jesucristo es nuestro juez

Neque enim Pater iudicat quemquam, sed omne iudicium dedit Filio (Juan 5, 22). Sí, es el juez de vivos y muertos. No hay alma alguna que apenas separada del cuerpo no sea juzgada en el umbral de la eternidad por Nuestro Señor Jesucristo. Un día todos seremos juzgados así y nuestro porvenir quedará fijado para siempre por este juez supremo. Además, el que está sentado a la diestra del Padre vendrá un día a juzgar a vivos y muertos: *Inde venturus est iudicare vivos et mortuos*. Esto es de fe.

Jesucristo, mi Salvador, mi modelo, mi rey, me juzgará un día, y cuando me presente a su tribunal en que están desplegadas todas las acciones de mi vida, buenas y malas, ¿qué responderé? Porque no se tratará sólo de una aprobación o de una reprimenda, de una honra fugitiva o de una vergüenza que se pueda ocultar, de una felicidad de algunos siglos o de un castigo, que por duro que sea no durará sino un tiempo limitado; se trata del cielo con

Dios o del infierno con los demonios y para la eternidad. ¿Seré juzgado para una felicidad eterna o para un dolor eterno? He ahí lo que importa meditar de cara a Jesucristo mi juez. Al pie de este temible tribunal es donde debo colocarme. ¿Seré salvado? ¿Seré condenado? Pregunta espantosa. Si no me echo ya en esta vida en los brazos de Jesús misericordioso, encontraré para rechazarme la mano de Jesús juez inexorable.

Desde ahora, iré a la bondad de mi Salvador. Me esforzaré en imitar a Jesús, mi modelo. Seré el fiel de Jesús, mi rey, a fin de que cuando comparezca ante Jesús, mi juez, vea en mí al bendito de su Padre, y que me introduzca en el lugar que me ha sido preparado desde el origen del mundo por su amor infinito.

II. ANONADAMIENTO DE JESUCRISTO

*“Semetipsum exinanivit formam
servi accipiens”* (Filipenses 2, 7)

¡Qué espectáculo el de un Dios, plenitud del ser, yendo a tocar como a los límites de la nada! Y este espectáculo, el Hijo de Dios, Dios él mismo, quiere ofrecérnoslo en el misterio de su Encarnación.

Se trata de los anonadamientos que hemos de estudiar en sus diversos grados. Tomemos como guía a San León 1º, el doctor del misterio de la Encarnación. Mostrémosle contemplando el prodigio de un Dios anonadado. *Salva igitur proprietate utriusque substantiae, et in unam cæunte personam, suscipitur a maiestate humilitas, a virtute infirmitas, ab aeternitate mortalitas.* La majestad, el poder, la eternidad divina descendida hasta el hombre, he ahí los tres grados del anonadamiento de un Dios volun-

tariamente hecho humilde, frágil, mortal para salvarnos. Estos tres grados los vamos a meditar para aprender a ofrecer a Dios la nada que somos, nuestra debilidad y toda nuestra vida hasta la muerte.

1° Humildad de Jesucristo

Suscipitur a maiestate humilitas. ¿Qué es el Verbo? San Pablo nos responde (Hebreos 1, 3): “El esplendor de la gloria de Dios y la figura de su sustancia: *splendor gloriae et figura substantiae eius*”. “Es Dios de Dios, luz de luz. *Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*”. ¿Qué más se necesita? He aquí ahora otro espectáculo. Mirad a esos dos viajeros, un carpintero y su joven mujer buscando un refugio en la ciudad de sus padres, a donde les fuerza ir, para empadronarse, el edicto de un emperador romano. No encuentran cobijo alguno y porque la hora del parto había llegado para la joven esposa, da a luz a un niño en un establo y lo coloca en un pesebre después de envolverlo en pañales. Y este pobre niño es un Dios; y la señal por la que le reconocerán es la de un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. ¿Es bajar demasiado? Me parece que todo orgullo humano queda aquí bastante confundido. ¿Qué madre soñará jamás para su hijo darle a luz en un establo? ¿Qué hombre, si puede elegir, se gloriará de haber tenido por cuna un pesebre? Este establo, esta cuna es lo que ha elegido sin embargo el Hijo de Dios hecho hombre como su primer palacio y para su primer trono.

Se ha abajado en el seno de María, *non horruisti virginis uterum*. Prevé por adelantado todas las humillaciones que le esperan; lo acepta todo hasta su condena a muerte entre los gritos del populacho, los sarcasmos de los fariseos, las blasfemias de los sacerdotes; sí, todo es aceptado.

Y nosotros, orgullosos, llenos de vanidad y de pretensiones, nosotros que sentimos como hambre y sed de aprobaciones y de aplausos, ¿cuándo decidiremos aceptar los abajamientos de la humildad, los desprecios y los desdenes de los hombres? ¿Cuándo sacrificaremos nuestros homenajes prestados de los que estamos tan celosos? ¿Cuándo pisotaremos nuestras gloriosas pretensiones? Es hora de abandonar la mentira de todas esas aspiraciones engañosas; hay que poner en su lugar el amor por la vida abajada, el amor por las humillaciones, o bien admitir que no aceptamos las enseñanzas de un Dios anonadado por nosotros.

2º Fragilidad de Jesucristo

Suscipitur a virtute infirmitas. San Pablo (Hebreos 1, 3) nos presenta al Hijo de Dios llevando todas las cosas mediante la palabra de su poder, *portansque omnia verbo virtutis suae*. Él es el Verbo de Dios, es el poder de Dios, *Christum Dei virtutem* [1 Corintios 1, 24].

¿A qué se condena naciendo este pobre niño envuelto en pañales, no pudiendo sostener su frágil cuerpo y acostado por ello en un pesebre, *pannis involutum et positum in praeseptio* [Lucas 2, 12]? En Nazaret le veréis débil obrero, en todas las fragilidades del trabajo. Tiene manos hechas para llevar el cetro de David y el cetro del mundo, pero que sólo toman la sierra y el hacha del carpintero. En su muerte muestra su fragilidad, experimenta verdaderamente su fragilidad, este hombre de dolores, *virum dolorum et scientem infirmitatem* (Isaías 53, 3). Su divina debilidad se esconde en la Eucaristía donde viene a residir por nosotros. ¿Quién le protege allí contra los cristianos tibios, indiferentes, distraídos? ¿Quién le defiende allí contra los sacrilegios?

La fragilidad es uno de los caracteres a los que más parece atenerse. ¡Qué contraste con toda mi vida! A penas he creído hacer algún bien, enseguida me apresuro a vanagloriarme de ello. Toda esa aureola que tanto deseo colocar en mi cabeza, he de quitarla si deseo relacionarme con Jesucristo. Quiero, pues, en adelante rechazar mis vanas pretensiones a tener fuerza, energía, cuando se trata de mi salvación. Sin duda, todo lo puedo en aquel que me conforta, pero debo recurrir a él. Las fragilidades, las impotencias deben serme queridas. Ahí es donde Jesucristo me comunicará su poder para combatir y para triunfar. *Virtus in infirmitate perficitur* (2 Corintios 12, 9).

Señor, quiero ser frágil, débil como tú, y no quiero poder nada sino por ti, por el poder de tus divinas fragilidades.

3° Poder de morir de Jesucristo

Suscipitur ab aeternitate mortalitas. ¡Qué contraste! Un Dios eterno y un Dios moribundo, y un Dios muerto. Y esta muerte de un Dios, escándalo y locura, es el estado que el Verbo eterno quiere aceptar para traernos la vida. ¿Os podéis representar a un Dios cesando de vivir? ¡Qué confusión! ¡Qué caos! ¡Qué regreso a la nada!

Pero, ¿qué pasa con el mundo con un Dios muerto? Un Dios no puede morir, es imposible. Y sin embargo, he ahí el misterio realizado en un Dios encarnado. Un Dios experimenta estas cosas. Un Dios no hará sino una persona con una humanidad. Y morirá, y será atado a una cruz, y cuando haya exhalado el último suspiro será depositado en una tumba, y la divinidad unida a ese cuerpo privado de su alma acompaña a este cuerpo tras la piedra sellada por el odio de los doctores de la ley. Quiere llegar hasta ahí; quiere perseguir al pecado, principio de la muerte, hasta su último reducto; he ahí por qué quiere morir.

He ahí lo que acepta al encarnarse. Acepta la vida del hombre, acepta también la muerte. En otra ocasión estudiaremos los detalles de esta muerte divina. Lo que en este momento quiero considerar son estas destrucciones, estas ruinas bajo las que un Dios va en cierto modo a esconderse. Ahora bien he aquí la gran pregunta. ¿Quiero yo ir a la muerte de mí mismo? ¿Quiero hacer de mi vida una muerte continua, mediante todo lo que yo destruiré en ella, para destruir al pecado, principio de la muerte de mi Dios? ¿Quiero, al morir a mí mismo, extirpar todos los principios funestos para mi alma que están en mí? ¿Qué destrucción quiero aportar a mi naturaleza, hija de la cólera?

Destruiré mis ideas humanas, mis sentimientos indignos de un cristiano; me humillaré; aceptaré mis fragilidades, no las cubriré con mi orgullo; moriré a mí mismo y esconderé mi vida con Jesucristo hecho hombre, para revivir en Dios que me dará su gloria, su poder, su vida eterna.

III. ANUNCIACIÓN

FORMACIÓN DE JESUCRISTO EN EL ALMA QUE TIENDE A LA PERFECCIÓN

Contemplo el misterio de un Dios formándose en las castas entrañas de María y trato de entenderlo en lo que en él me es aplicable. Para ello me apoyo en tres palabras pronunciadas en tan admirables circunstancias.

Palabra del ángel a María: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35].

Palabra de María: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38].

Palabra del Espíritu Santo: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* [Juan 1, 14].

Palabras tan importantes que la Iglesia, tres veces al día, las propone a la meditación de los cristianos.

1° Acción del Espíritu Santo en su divina iniciativa.

2° Adhesión de la criatura al cumplimiento del misterio.

3° Resultado del concurso de la voluntad divina y de la voluntad humana.

1° Acción del Espíritu Santo en su divina iniciativa

Los tiempos están cumplidos. Aquel que debe venir, el deseado de las naciones va a aparecer. Un ángel es enviado a una humilde virgen para anunciarle el cumplimiento de los designios de Dios. ¿Qué le dice? *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. La Santísima Trinidad se manifiesta al completo: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

El Padre va a ejercer su poder y llevar a cabo un acto divino más admirable, dicen los Santos Padres, que el de la creación, *Virtus Altissimi*, el poder del Altísimo. Se necesita nada menos que este poder para formar un Dios-Hombre en el seno de una virgen.

El Espíritu Santo ofrece las llamas de su amor purísimo, *Spiritus Sanctus superveniet in te*. El seno de María se torna el más admirable, el más perfecto de los santuarios, adornado como está por la acción del Espíritu Santo cuyas operaciones incomprensibles, respetando la virginidad de la hija de David, van a hacer de ella la madre del Verbo encarnado.

El Hijo mismo, mediante un abajamiento como infinito, se da al mundo para la salvación de los pecadores. He

aquí lo que contemplo en María, he aquí lo que puedo contemplar en mí, si miro con los ojos de la fe.

El Apóstol ¿no dice a los cristianos: *Filioli quos iterum parturio; donec Christus formetur in vobis* [hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros] [Gálatas 4, 19]? Hay un nacimiento del cristiano que sigue al primero. *Nisi quis renatus fuerit* [Juan 3, 3]. Jesucristo lo dice muy claramente: después de haber nacido en el pecado, hay que renacer en la gracia; a esta gracia toda la adorable Trinidad quiere colaborar, cuando somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que por el bautismo somos hechos criaturas nuevas. Fuente de admiración y de agradecimiento incesantes para la criatura llamada a esta regeneración.

2º Adhesión de la criatura al cumplimiento de un tan gran misterio

¡Qué espectáculo! Por una parte, la Trinidad enviando un embajador celeste a una humilde virgen y esperando su consentimiento para actuar. La Virgen acepta el privilegio más incomparable que se le ofrece, y responde: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Y el misterio se cumple, un Dios se manifiesta al mundo; le entregará la verdad, le entregará la santidad, morirá por los pecadores y, por la virtud de su sangre, los introducirá en el Reino de su Padre, les comunicará la felicidad eterna.

Ahora bien, lo que sucede en María sucede en todo cristiano que quiera tomar su parte en el prodigio y en el don. ¿Queremos participar de él? Estudiemos las disposiciones de María; he aquí, dice, la sierva del Señor. Palabra de admirable obediencia. La más perfecta de las criaturas se somete a todo cuanto quiere de ella la Santísima Trinidad. *Ecce ancilla*, no es más que una humilde sirvienta, ella, de quien se va a hacer la madre de Dios.

Palabra de inmolación. Un rayo de luz celestial manifiesta a María lo que deberá sufrir. ¿Quién osará decir que María no ha sido iluminada sobre el futuro del Salvador de los hombres y sobre su propio porvenir personal? Tendrá que sufrir mucho, el sufrimiento es la ley de la santidad. Jesús será la primera víctima de la salvación de los hombres. Ella será la segunda. Será la madre del Salvador de los hombres, será la Madre de Dolores. Ahora bien, tal es vuestro modelo, y mediante María nos quedan manifiestas las condiciones de toda perfección a la zaga de Jesús: obedecer e inmolarse. ¿Quieres transitar por este camino? ¿Mi alma querrá decir: *Ecce ancilla Domini*?

¿Quiero que Dios me tome la palabra? ¿Iré al encuentro de cuanto me sea propuesto? ¿Aceptaré de sufrir en mis bienes, mi familia, mi honor, en la persecución, el abandono, todas las pruebas interiores a las que un alma se halla expuesta, cuando se ha abandonado sin reserva?

Grave pregunta, y sobre la que nunca podría reflexionar demasiado.

3º Cumplimiento del misterio

María ha dado su consentimiento, ahora el Hijo de Dios puede venir a anonadarse en la tierra, y los ángeles en lo más alto de los cielos pueden cantar: *Verbum caro factum est*. Algunos seres privilegiados responderán: *Et habitavit in nobis*.

¡He aquí que Jesús se forma en María! Este mismo Jesús quiere por la fe formarse en nosotros. Pero, ¡qué disposiciones no necesitamos para eso! Oh, si el Verbo se ha hecho carne, no es necesario mantener que aquí la carne no sirve de nada, *caro non prodest quidquam* [Juan 6, 63]. No, la carne no tiene nada que hacer, ni los sentidos tampoco, la habitación de Jesucristo en las almas es el triunfo de la fe. *Christum habitare per fidem in cordibus* [Efesios 3, 17].

Sumisión de la inteligencia, la fe la subyuga y en su debilidad no puede subir al orden sobrenatural sino apoyada en la fe. Por cierto que María en el momento de la Encarnación, creyendo que iba a ser la madre de Dios, ha realizado un acto de fe mucho mayor que el de Abraham, que sin embargo le valió ser llamado el Padre de los creyentes. Como María, debo creer, y mediante una fe muy pura adherirme a lo que se me propone, dar todo mi ser para dejar a Jesucristo formarse. Mi voluntad también debe someterse y obedecer a cuanto me es pedido, *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Habla, Señor, que tu siervo escucha, para obedecerte todo cuanto sea capaz, y ¿de qué no será capaz en cuanto tú se lo mandes?

Sumisión de mi corazón, porque aquí ante todo se trata de amar. Jesucristo no vendría a habitar con alegría en un corazón que no estuviera abrasado en amor por él.

¡Qué misterio! Jesús quiere habitar en mí, *et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Qué obediencia, qué amor, qué pureza no debo ofrecerle para que se digne encontrar sus delicias en este hijo de los hombres tan mísero, y que como María consiente en no ser más que uno con él.

IV. NACIMIENTO DE JESUCRISTO EN EL CRISTIANO

*Verbum caro factum est,
et habitavit in nobis [Juan 1, 14].*

El nacimiento de Jesucristo se opera de dos maneras, en el pesebre y en nuestras almas. En efecto, el Verbo se hizo carne en María, se ha manifestado en Belén, se manifiesta cada día en nosotros. *Ubi enim secundum altiore rationem nascitur Christus, nisi in corde tuo et in pectore tuo*, dice San Ambrosio. De este más profundo

nacimiento es del que quiero ocuparme estudiando los efectos admirables que produce en nosotros. Los reduzco a dos principales. Jesucristo se encarna en nosotros: 1° para hacer de nosotros un hombre nuevo; 2° para hacer de nosotros un hijo de Dios.

1° Jesucristo hace de nosotros un hombre nuevo

1° El divino Salvador en su inmensa misericordia quiere comunicarnos su nacimiento. ¿Cómo? Mediante el bautismo; naciendo en nosotros nos fuerza a renacer. Escuchad a San León: *Universa summa fidelium fonte orta est baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in ista nativitate congeniti*. He ahí un nuevo nacimiento y en este nacimiento el punto de partida de nuestra imitación de las grandes transformaciones del Salvador en sus sufrimientos y su muerte, en su victoria cuando destruyó la muerte, incluso en su triunfo en lo más alto de los cielos. Es preciso absolutamente que en estas grandes situaciones seamos auténticos imitadores de Jesucristo; *frustra enim appellamur christiani, si imitatores non sumus Christi*, dice también San León.

2° Él destruye en nosotros el pecado. Si un gran papa no lo hubiera dicho, ¿quién osaría ir hasta ese punto? Escuchad todavía a San León: *Omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem Spiritu replete fontem qui replevit Virginem, ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio*. Nada conozco tan fuerte como esta comparación llevada hasta el extremo, entre la acción del Espíritu formando a Jesús en María y la acción del mismo Espíritu formando al cristiano en la fuente bautismal. Pero entonces, ¿qué ideas debemos tener de nuestro bautismo? Y cómo nos

toma en cierto modo y nos transporta al cielo, después de habernos purificado y operado en nosotros algo de lo que sucedió a Jesús en las castas entrañas de María. *Ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio.*

3° Nos da la humildad. *Ipse vobis ostendat gratiam humilitatis, qui coepit habitare in cordibus vestris*, exclama San Agustín, y por cierto ¿quién ha sido más humilde que el divino Salvador y qué prueba de humildad no nos da cuando viene a habitar en nuestros corazones manchados por tantas pasiones, esclavos de tantos pecados? Y sin embargo a él viene y supera todas las repugnancias de su dignidad, viene al abismo de todas las miserias, no se asusta de ellas y así siembra en nosotros los gérmenes de la humildad cristiana.

4° Cambia la meta de la vida. Se necesitaría un discurso completo sobre este tema. Cambiar el curso de la vida humana, ¿quién lo hará sino un Dios? La vida humana, por su inclinación a la corrupción, va hacia el infierno; la vida humana por la renovación de Jesucristo va hacia el cielo. ¿Y quién dirá a qué perfección se elevará esta nueva vida, que transforma la humanidad obediente a las inspiraciones de Jesucristo? El hombre es después de su pecado un ser diabólico, es un condenado, es el hijo de la cólera divina; y Jesucristo se ha hecho carne, habita en nosotros, y desde que él habita allí una vida nueva circula por nuestras venas, en lo más íntimo de nuestras facultades. Tenemos la energía de las virtudes divinas. La vida está en él y esta vida es luz. Sale, sale de las tinieblas del mal, creatura en la que un Dios viene a habitar. La vida estaba en él: *In ipso vita erat* y la vida era la luz de los hombres. A medida que el hombre se hace más vivo, se hace más luminoso, *et vita erat lux*. La luz de los hombres, *lux hominum*; hay que pesar atentamente todas estas palabras, tienen un significado profundo. Pero qué es,

pues, la vida del espíritu sino la vida inteligente, en la que tenemos conciencia de lo que somos, de la meta hacia la que vamos. Es lo que Jesucristo ha venido a traernos. Nos dice mediante su luz lo que somos, lo que debemos cumplir en el deber, lo que debemos perseguir en nuestros deseos y en nuestras esperanzas. La luz infinita alumbró la luz en nuestras almas, *accende lumen sensibus*, y nosotros vivimos de una vida nueva, somos transformados en hombres nuevos.

2° Adopción de los hijos de Dios

1° He aquí la gran misericordia de Dios y su amor prodigioso. Por el pecado somos sus enemigos. Quiere hacer de nosotros sus hijos. ¿Cómo será eso?, puede preguntar la Iglesia nuestra madre, como María con ocasión de la Encarnación: *Quomodo fiet istud?* [Lucas 1, 34].

Dios envía a su Hijo entre los hombres a nacer en ellos, y a los que lo reciben les concede este privilegio inmenso de convertirse en sus hijos. *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri* [Juan 1, 12]. ¿Quién va a creer nunca semejante maravilla? Sin embargo es lo que el Evangelio afirma desde el principio; para darnos la palabra de este misterio, un Dios que nace en un establo.

2° Habiendo recibido a Jesucristo, nacen de Dios mismo, *ex Deo nati sunt* [Juan 1, 13]. Si han nacido de Dios, son incontestablemente sus hijos. ¿Cómo? Ahí hay un misterio; no hay duda de que si se permite intentar penetrar algo en él, diremos que Dios ha enviado a su Hijo a habitar en casa de los hombres. A través de los hombres ve a su Hijo y decide considerar a los hombres como hijos suyos. *Quotquot autem receperunt eum dedit eis filios Dei fieri*. Ahora bien, si queréis sondear más, escuchad a San Agustín: *Ut homines nascerentur ex Deo, primo ex ipsis natus est Deus, Christum enim Deus, et ex homi-*

nibus natus est Deus. He aquí el intercambio inefable. El Verbo desde toda la eternidad nacido de Dios, quiere nacer en el tiempo de los hombres, *Christus natus est ex hominibus*, y los hombres nacidos en el tiempo mediante Jesucristo nacen de Dios, *Dedit eis filios Dei fieri, et ex Deo nati sunt.* Jesucristo nace de los hombres, Dios ve a su Hijo hombre y en este hombre perfecto quiere ver a la humanidad entera para divinizarla al adoptarla. Ante los ojos de Dios tomamos un nuevo nacimiento. El Verbo es sin cesar engendrado en el seno de su Padre, desde toda la eternidad, en un presente infinito, y en la eternidad perpetua, en este hoy de Dios que hace exclamar al profeta hablando en el nombre del Hijo, el Señor me ha dicho: yo te he engendrado hoy: *Dominus dixit ad me: filius meus es tu, ego hodie genui te* [Salmo 2, 7]. Lo que Dios ha dicho a su hijo en su eternidad, nos lo dice a nosotros en el tiempo. El Verbo nace en nosotros, y en este doble nacimiento nos da los títulos de nuestra adopción. *Noli ergo mirari, o homo, quia efficeris filius per gratiam, qui nasceris ex Deo secundum Verbum eius.* Admirables palabras de San Agustín, que nos muestra a qué altura nos transporta este segundo nacimiento. Jesucristo no se contentará con eso, sino que nos da al nacer en nosotros los títulos de nuestra adopción, y además nos da los derechos. *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi* [Romanos 8, 17]; buscad ahora algo más grande que la herencia de un Dios para compartirla con un Dios. El espíritu se pierde en sus grandezas. Qué podemos concluir sino que debemos dar todo nuestro apoyo a la renovación que Jesucristo quiere operar en nosotros, y que debemos dejar a Jesucristo nacer y habitar en nosotros, para que Dios nos adopte como sus hijos y nos admita a compartir su heredad con Jesucristo.

V. ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Después de lo que el misterio del nacimiento de un Dios me revela, sólo me queda rebajarme profundamente y adorar. Es a lo que fueron invitados los pastores que guardaban sus rebaños en las llanuras de Belén. Un ángel se les apareció y les dijo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Estudiemos el misterio y señalemos:

1° La llamada. - 2° La meta: la gloria de Dios. - 3° La paz.

Todos somos llamados, ¿he respondido a esta llamada? Somos llamados a glorificar a Dios. ¿Es la meta de mi vida gozar de la paz? ¿Puedo encontrarla de otro modo que no sea entregándome a Dios?

1. La llamada

Un ángel llama a los pastores al pesebre. Os anuncio una gran alegría. ¡Qué mayor alegría que la de reconciliarse con su Dios, la de verle recorrer la distancia que le separa de mi naturaleza condenada por las secuelas del pecado! Él, el Santo de los Santos, viene a todas mis cobardías. Sí, me ha nacido hoy un Salvador. Momento solemne, porque si salva una tan gran distancia, es justo que yo dé algunos pasos y eso es lo que yo no quiero. No logro decidirme. Superar este obstáculo me es imposible. Momento solemne, sin embargo, no está dicho que los habitantes de Belén que no habían querido recibirlo hayan sido llamados a un honor tan grande. ¡Qué misterio! Había venido a ellos en las personas de José y de María. Las puertas le habían sido cerradas. Ya no se acercó más a ellos, enviará sus ángeles a los pastores. A ellos les será dicho: *Annuncio vobis gaudium magnum* [Lucas 2, 10], la gran alegría de estar salvado. Esta alegría se os ofrece

y yo puedo deciros como el ángel: Os anuncio la más feliz de todas las alegrías, la alegría de la felicidad eterna. Jesús ha nacido, viene a salvaros, ¿queréis hacer un esfuerzo e ir a él, queréis salir de vuestra dejadez? La mayoría de esos pastores dormían, pero son despertados por una gran luz, y si continúan cerrando los ojos, la luz no les servirá de nada; pero si los abren, esta luz les conducirá a Belén, al pesebre de Jesús.

¿No es ahí donde estáis? Os habéis retirado a la soledad, el enviado de Dios os anuncia que la hora de la salvación ha sonado para vosotros. ¿Queréis aprovecharla? ¿Queréis hacer un esfuerzo? ¿Queréis entrar en relación con este Salvador? *Natus est vobis hodie Salvator* [Lucas 2, 11]. Ha nacido, está dispuesto a iniciar con vosotros una vida nueva. ¡Oh!, no os asustéis, he aquí su señal: encontraréis un niño pequeño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Sólo os pedirá una cosa: pasar del pesebre a vuestro corazón. ¿Ofreceréis este corazón a este niño pequeño, vuestro Dios, que se ha hecho hombre para salvaros? Examinad y sabed tomar una resolución eficaz.

2. La gloria de Dios

Y apenas el ángel que hablaba había hecho oír estas palabras, que la multitud del ejército celestial, un ejército innumerable de ángeles se dejó oír y cantó: ¡Gloria a Dios en las alturas! En el cielo, efectivamente, debió suceder algo parecido a lo que se vio en el momento de la lucha de Miguel contra Satanás. Los ángeles alababan a Dios y le tributaban toda gloria, porque habiendo nacido un Salvador, el imperio de Satanás iba a ser derribado por el Hijo de Dios en persona. Ya no es San Miguel quien combate al príncipe de las tinieblas, es la luz eterna que se esconde bajo las nubes de nuestra humanidad y que viene a derribar la tiranía del ángel rebelde y seductor. Gloria a Dios en las alturas. Ahora bien, esta tiranía se

ejerce en vuestro corazón; ¿en qué grado? Os toca a vosotros saberlo. O quizá ha llegado a un nivel tal que ya ni lo sabéis vosotros mismos. ¿Qué haréis? Solos, iréis dejando a vuestro enemigo acumular el peso de vuestras cadenas, pero he aquí que una voz se ha dejado oír. Dios pone en ella su gloria, esa voz insistirá en salvaros, si queréis; pero atención, Dios se retirará de vosotros si no le escucháis, su gloria consistirá en vuestro suplicio.

¡Asombroso destino del hombre el que Dios ponga su gloria en salvarle y que el hombre ponga su felicidad en no querer ser salvado! ¿Habríais llegado a este punto, o bien, levantaréis en fin la mirada para ver la admirable invitación que se os hace de trabajar por la gloria de Dios, de hacer de vuestra vida el medio de glorificar a Dios? ¿Lo queréis? ¡Id a Belén, id al Salvador, id a la humildad de su pesebre y, contemplando los anonadamientos de un Dios hecho niño pequeño para salvaros, exclamad a vuestra vez: Gloria a Dios que me trata con una bondad tan grande que quiere poner esta gloria en hacerse mi Salvador!

3. Paz a los hombres

En las cercanías del establo donde Jesús había nacido, fue anunciada la paz, la reconciliación, la destrucción del pecado, la liberación de la esclavitud de Satán. Ahora bien, los pastores se decían entre ellos: Vayamos hasta Belén, *loquebantur pastores ad invicem, transeamus usque Bethleem* [Lucas 2, 15]. He ahí lo que yo vengo a deciros también. ¿Queréis la paz anunciada por los ángeles?, dad prueba de buena voluntad, id hasta Belén. ¿Qué quiere decir? Salid de vosotros mismos para ir hasta Jesús. Ahora bien, ved lo que os paraliza. Cuando los pastores hubieron adorado al divino Niño, no está dicho que ellos cambiaran su vida ordinaria, que dejaran allí sus rebaños para abrazar un nuevo estado de vida. De

ninguna manera. Continuaron con su manera de vivir como en el pasado. Y sin embargo, un gran cambio se había operado en ellos, habían visto al Niño Dios; y ¿quién dudará de que la invitación que les había sido hecha, de que esta adoración de la primera hora a la que habían sido admitidos no fuera seguida de gracias inmensas, que conservaron preciosamente en sus corazones y fuera para ellos fuente de salvación? Como los ángeles, habían glorificado a Dios en el nacimiento de su Hijo y se habían llevado una paz celestial.

¿Por qué no compartir una felicidad semejante? ¿Por qué no ir hasta Belén, hasta Jesucristo anonadado para recibirlos? ¿Por qué no pedirle la reconciliación, la paz? Momento solemne en un retiro aquel en que uno se pregunta: ¿Quiero entregarme a la gloria de Dios haciendo mis paces con él? ¿Quiero salir de mí mismo? No se trata para mí de trastocar lo exterior de mi existencia, se trata de entregarme a fondo, de aprovechar los ofrecimientos que un Dios tiene a bien hacerme; ¿cuándo lo querré?; ¿cuándo iré a Belén a encontrar a Jesús, a adorarlo, a pedirle poder glorificar a su Padre y consagrarme a su servicio a cambio de la paz, de la que me dará las arras y un prestigio, a la espera de la paz inefable del cielo?

VI. LA EPIFANÍA

Vayamos a adorar a Jesucristo con los ángeles, ofrezcámosle los dones simbólicos que le presentan los magos de Oriente, guiados por la estrella, después de una parada en Jerusalén, llegan al lugar donde se encontraba el niño.

¿Qué es esta estrella? ¿Qué son estos dones?

1. La Estrella

La estrella es una luz, brilla en el firmamento, pero es una estrella especial, tiene su propia claridad, tiene su propio carácter. No era uno de esos astros que aparecen de vez en cuando para alejarse luego, era la estrella de Jacob anunciada por un profeta, falso, sin duda, pero a quien Dios había permitido entonces decir la verdad. ¿Cómo la reconocieron los Magos? Eso es lo que los Evangelios no nos dicen; tampoco es necesario, que nos baste saber que la reconocieron y que no se equivocaron.

La estrella misteriosa brilla para nosotros. Primeramente en un momento solemne de la vida, cuando hay que darse cuenta de la ruta que hay que emprender, durante el viaje de la vida para ir a Jesús, para ir al cielo. Momento importante y que no podemos subestimar. Pero ese momento ya pasó para mí, mi opción está hecha. Ya me puse en camino. He entrado en la vida religiosa. Sólo me resta perseverar en ella. Los Magos hacen un alto en Jerusalén. A veces se dan grandes pruebas. La política de Herodes, la perfidia de los sacerdotes, cuyo ministerio comenzaba a ser reprobado, podían constituir un obstáculo para ellos e impedirles llegar a la meta. Pero no. Ponen en ello tanta tenacidad que Dios en su fidelidad no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. El desconcierto de Herodes y de Jerusalén no cambia sus designios, siguen adelante. Y llegan. Pero yo, que por mi vocación realizada he llegado en cierto modo a Jesús, tengo que tomar el misterio desde otra perspectiva. Porque si por una parte he ido a Jesús desde que puse el pie en la vida religiosa, necesito sin embargo saber qué progresos he realizado desde que estoy en el convento.

La enseñanza de la Epifanía comienza para mí cada año y no sin motivo. Soy religioso, pero ¿qué hago para participar en la perfección de la vida religiosa?, ¿cuál es

mi fidelidad en mi marcha? Cada año debo ir a llevar mis regalos con los Magos al Niño Jesús, pero cada año debo presentárselos más abundantes y con sentimientos más perfectos. ¿Qué actos de virtud más numerosos llevaré yo este año? ¿Qué progreso en el celo por no dejar pasar ninguna ocasión de entrar en la vida religiosa, con actos de virtud tales como los exige mi estado?

Pero sobre todo ¿qué espíritu religioso más grande tengo este año? El espíritu religioso es la vida, lo demás no es sino cadáver, si me puedo expresar así. ¡La disposición de abandonarlo todo como los Magos su país, de sufrirlo todo como los Magos en su lejano viaje, de dar testimonio de Jesús como los Magos en Jerusalén, de obedecer a Jesús como los Magos cuando advertidos por el ángel se volvieron por otro camino! He ahí la perfección del desasimiento de sí, de la valentía, del sacrificio de la propia voluntad, para ir allí donde Dios nos llama y a todo cuanto Dios quiere de nosotros. El postulante es un inicio, el noviciado es otro inicio, la profesión es el tercero, y cuando la profesión se ha hecho, siempre hay que recomenzar. Tal es la doctrina de los santos religiosos, de San Agustín, de Santa Catalina, de Santa Teresa, de San Francisco de Sales. ¿No me hago ilusiones? y ¿cuándo comprenderé que siempre me toca recomenzar?

2. Los dones de los Magos

El oro, el incienso, la mirra tienen significados diversos. Para los religiosos, el oro ofrecido al Dios muy pobre representa el despojo de las criaturas y por consiguiente el desapego absoluto de los bienes de este mundo. La pobreza, virtud desconocida de los paganos y de los mismos judíos; ¿quién quería ser pobre antes de Belén? Los filósofos cínicos, nos dice San Jerónimo *et hoc fecit Crates philosophus*, pero ¿con qué intención?, ahí está

la cuestión. El oro se ofrece a un rey, es un tributo, es un acto mediante el cual se reconoce su poder. Yo debo ofrecer a mi rey la pobreza de la que me da ejemplo él mismo, despojándome de cuanto me frena en el camino de la perfección; pero ante todo le debo una absoluta obediencia; él mismo ha obedecido excelentemente desde su nacimiento hasta el último suspiro. Al unirme a los Magos para adorarle, iré, pues, a presentarle, con todo lo que poseo, todo aquello a lo que puedo aferrarme, y al mismo tiempo el homenaje que debo a su poder regio sobre mí, y la obediencia de un niño pequeño que me predica tan maravillosamente en los pañales y entre los brazos de María.

Los Magos ofrecen el incienso, símbolo de la adoración y de la oración. La adoración se dirige a Dios únicamente y pone en relación a la criatura con el Creador. Puede pasar que este acto sea poco fino, en cierto modo rudimentario, pero puede alcanzar una inefable perfección. La vida del religioso debe ser una vida de oración, y a esta vida cada vez más íntimamente unida a Dios debe aspirar. Sea cual sea su vocación especial, debe rezar; le corresponde subir de escalón en escalón mediante la adoración continua, mediante una oración cada vez más intensa, a alturas que el vulgo de los cristianos no conoce y que están reservadas a los hijos fieles, perseverantes, sacrificados y llenos de amor. ¿Estoy yo ahí?

Finalmente el tercer regalo de los Magos es la mirra, con la que se conservan los despojos humanos; la mirra le recuerda a Jesús que es hombre, que va a morir. La mirra me enseña que debo morir a mí mismo y que debo esconder mi vida con Jesucristo y en Dios. Sobrecogedor trabajo el de esta muerte continua a la que estoy condenado tras mi Salvador y sin la que no puedo esperar la verdadera vida.

Et responso in somnis accepto, per aliam viam reversi sunt in regionem suam [Mateo 2, 12].

El cristiano, el religioso todavía menos, no deben jamás dar marcha atrás. Vuelven, pero por otro camino: ya no son las mismas personas, están transformados, lo hacen todo con un espíritu nuevo, y su vida, exteriormente la misma, termina siendo la vida de los santos, porque siempre siguen la inspiración divina. Haz Señor, que yo la siga siempre así.

VII. JESÚS HABITANDO EN NOSOTROS

Ecce sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum.
(Apocalipsis 3, 20).

Estas palabras que Nuestro Señor dirige a los pecadores para invitarlos al retorno, os las dirige a vosotros que queréis ofrecerle una morada permanente y llena de consolaciones. En este momento os dice: he aquí que estoy a la puerta de vuestro corazón y llamo.

Y mirad lo que añade: Quien haya escuchado mi voz y me haya abierto, cenaré con él y él conmigo. ¿Acaso, hermanos míos, no es lo que sucede cada vez que abris vuestro corazón a Jesucristo para recibirle? Ahora bien, en esta cena admirable, si Jesucristo dice: yo cenaré con él y él conmigo, examinemos qué aporta el divino Salvador y lo que a nuestra vez debemos aportar.

Jesucristo aporta su cuerpo para alimentarnos y fortificarnos; su sangre para purificarnos, su alma para amarnos, su divinidad para glorificarnos.

1° Lo que Jesucristo nos aporta

Ved, hermanos míos, este alimento preparado por la Sabiduría, que se ha construido una morada: *Sapientia paravit sibi domum* [Proverbios 9, 1]. Esta morada es nuestro corazón. Y ha preparado un templo; *paravit mensam* [Proverbios 9, 2], y ha puesto en ella manjares excelentes. El cuerpo de un Dios es lo que recibís en la mesa santa. ¿Y por qué? Para alimentaros y cuando hayáis comido de este pan misterioso, os será dicho como al profeta: *Surge et comede, grandis enim tibi restat via* [1 Reyes 19, 7]. Levántate y come, eres un desterrado, la patria está lejos, necesitas fuerzas, tómalas. La tierra que hay que conquistar está muy lejos, *surge, comede*, toma fuerzas para combatir a los enemigos, y los encontrarás en efecto. Acab y Jezabel perseguían a Elías, Satanás y el mundo vendrán a atacarte; tendrás que dar la batalla, *surge, comede*. Elías despertado por el ángel comió una primera vez y se durmió, y vosotros también querréis gustar el sueño del amor, pero el ángel os despertará por segunda vez. Es bueno alimentarse del propio Dios, pero hay que sacar el beneficio y continuar, hay que ir al combate, al trabajo, a la tentación, *surge, comede*.

La sabiduría divina no sólo ha preparado la mesa, ha preparado un vino exquisito, la sangre de Jesús que recibís con su cuerpo. Esta sangre ya ha fluido por vuestras cabezas para purificaros, pero como el alma va de belleza en belleza cuando se une a su Dios, vosotros os embellecéis sin cesar mediante la participación en este vino que hace germinar a las vírgenes, *Vinum germinans Virgines* [Zacarías 9, 17]. Vino todopoderoso que aporta al alma todas las virtudes como prueba del amor que Jesús le tiene. Id, embriagaos, embriagaos, estáis invitados a ello, embriagaos con todas las virtudes que se os ofrecen y cuyo perfume se os pedirá.

Venid y recibid el alma de un Dios. Jesús resucitado de entre los muertos ya no muere más, su alma en adelante

es inseparable de su cuerpo. He ahí a vuestro amigo, nadie da mayor prueba de afecto que la de entregar su alma por sus amigos; es lo que él ha hecho en la cruz, y esta alma separada de su cuerpo en el Calvario, unida a este cuerpo para toda la eternidad viene a vosotros y os dice: ¿quieres que te ame? ¡Qué propuesta inefable! Pues bien, ¿queréis permitir al alma de Jesús ofreceros su ternura? He ahí lo que él os pregunta en esta comida íntima que quiere tomar con vosotros.

Quiere más, quiere investiros con su divinidad. Cuando el sacerdote dice: *Corpus... in vitam aeternam*, ¿qué quiere decir sino para la unión sin fin con el Dios eterno? Es la inmortalidad lo que se os ofrece.

Si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum... et ipse mecum.

2. Lo que debemos ofrecer a Jesucristo

Retomemos uno por uno los dones que se nos dan. Ante todo la divinidad. Mirad a qué atmósfera os trasportan la fe y la esperanza: todavía no disfrutáis de los dones divinos en su plenitud, pero ya recibís las arras. Quien se adhiere al Señor no forma sino un espíritu con él. *Qui adheret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17]. ¿Qué más queréis? Esta unión comenzada en el bautismo se desarrolla en la Eucaristía, no formáis sino una sola cosa con vuestro Dios. *Qui adheret Domino, unus spiritus est.*

Daos cuenta de esta vida nueva que fluye en vosotros, y como lo perfecto atrae a lo imperfecto a su perfección, daos cuenta de la perfección divina a la que sois llamados en esta unión de vuestra alma con Dios. *Qui adheret Domino, unus spiritus est.*

Os hablaba del amor que os muestra el alma del Salvador. ¡Qué prodigio! El Salvador, el que ha muerto y que está resucitado, ese mismo viene a vosotros, os trae

sus pies y sus manos, su costado abierto, y os dice: Por estas heridas es que mi alma con la vida se han derramado por ti en el Calvario. ¿Qué quieres darme a cambio? ¿Qué prueba de amor quieres darme? Quiero tu alma entera, que haga moverse a tus pies para traerte a mí, quiero tus manos porque todas tus acciones deben tener el sello de una ternura especial, quiero las ideas que se agitan en tu cabeza; la mía, coronada de espinas por ti, te pide el sacrificio completo de tus pensamientos; me probarás que me amas asumiendo en adelante un pensamiento divino. Mi corazón traspasado por amor a ti, está abierto, para recibir el tuyo, si quieres colocarlo en él. He aquí cómo mi alma, principio de la vida de mis pies, de mis manos, de mi cabeza, de mi corazón, exige que tú me ames.

Recibís la sangre divina derramada por vosotros. He ahí el verdadero principio de la pureza interior. ¡Oh! ¡Cuánto derecho tiene Jesús a querernos puros, ya que es por su sangre como tenemos el poder de lavarnos de cualquier mancha, pero también qué delicadeza debemos aportar para aprovechar un baño semejante! ¡Oh! La sangre del Salvador está a nuestra disposición, no dejemos que fluya inútilmente, sepamos aprovecharla para mantenernos en la blancura de la inocencia.

Se os dice: *Corpus Domini...*, acordaos de que el término es la eternidad, pero que la condición es el combate. Venid, comed, *surge, comede*, una vez más. Pero luego la vida vuelve a comenzar con sus combates. Pues bien, recorreréis vuestro camino, libraréis vuestras batallas *in fortitudine cibi illius*, y si estáis asustados, escuchad las palabras que Jesucristo os dirige inmediatamente después de las palabras de mi texto: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo, sicut et ego vici et sedi cum Patre meo in throno eius* (Apocalipsis 3, 21).

¡Qué esperanza! Morar eternamente con Jesucristo en su trono, ¿lo deseáis? Comulgad, alimentaos, purificaos,

amad, adorad a vuestro Dios y él os dará su ser acá abajo y su gloria en la patria eterna.

VIII. EL ESPÍRITU SANTO HABITANDO EN NUESTRAS ALMAS

*An nescitis quoniam membra vestra
templum sunt Spiritus Sancti?*
(1 Corintios 6, 19)

San Pablo mismo nos lo declara: somos los templos del Espíritu Santo. Y desde entonces, si no expulsamos al Espíritu de verdad, el Espíritu consolador, tenemos la dicha de pensar que él habita en nosotros. ¿Pero por qué el Espíritu Santo actúa en tan pocos cristianos? Porque olvidan el privilegio inmenso de ser los templos del Espíritu Santo, y sobre todo, las condiciones de un templo donde reside la divinidad.

Un templo requiere: un santuario, un altar, un sacerdote, víctimas. Examinemos estas cuatro condiciones.

I. El santuario

Para que un Dios resida en un lugar se necesita un recinto aparte. Mirad la tienda de Moisés, el templo de Jerusalén. Los mismos paganos tenían sus santuarios aparte, por todas partes se ven sus vestigios. La divinidad implica un respeto misterioso que exige refugios más ocultos. ¿Por qué? Porque las comunicaciones divinas requieren algo muy íntimo. Es necesario que haya en el templo un recinto donde lo vulgar no entre. Allí viene la divinidad a impartir sus órdenes, sus invitaciones, sus consejos, sus bondades. Pues bien, nosotros tenemos, bajo la ley del

amor, un especial privilegio. Un Dios que quiere venir a habitar no ya un templo de piedras, de mármol o de oro, sino un templo espiritual, nuestras almas, nuestros corazones. Ahí es donde quiere venir. Quiere pasearse en sus templos, *et ambulabo in eis* [Deuteronomio 29, 19]; quiere ser glorificado y llevado allí, *glorificate et portate Deum in corpore vestro* [1 Corintios 6, 20]. Aquí no se trata de honrar al cuerpo. El cuerpo es el primer recinto, pero el corazón es el más íntimo, y es a este recinto interior a donde hay que acudir para escuchar a Dios que nos habla. Pues bien, no se quiere escuchar a Dios y se cierra el oído a sus palabras. Por eso nos dice el Espíritu Santo: Prevaricadores, entrad en vuestro corazón, *praevaricatores, redite ad cor* [Isaías 46, 8]. ¡Qué injuria tener a Dios en el corazón y no glorificarle como conviene! Y sin embargo, así es como tratamos al Espíritu Santo con una increíble ligereza.

Y, sin embargo, ¿qué nos va a decir si queremos escucharle? ¿Cuándo comprenderemos lo que pueden ser para nosotros las palabras de un Dios? En estas íntimas comunicaciones es donde los pecadores se convierten, los tibios se animan, los santos se hacen.

2. El altar

El altar es, por así decir, el teatro del culto debido a Dios, el punto especial del templo en que se reconoce su soberano dominio mediante el holocausto, su derecho a castigar mediante el sacrificio por el pecado, su bondad mediante las víctimas propiciatorias, sus beneficios mediante las víctimas eucarísticas.

Pues bien, este altar único en la Ley Antigua, para mostrar la unidad de Dios y la unidad de su culto, este altar, en cierto modo, se ha multiplicado con los sacrificios. Pero al mismo tiempo hemos debido aprender a ofrecer a Dios un sacrificio perpetuo, ya sea de adoración, ya de

arrepentimiento, ya de petición o de acción de gracias, y es en el fondo de nuestras almas donde se levanta ese altar. Es necesario que yo adore en él, que allí pida perdón, que allí solicite los auxilios que necesito, que allí exprese mi agradecimiento por las gracias que he recibido.

¿A quién dirigiré mis adoraciones? A un Dios, la tercera persona de la Santísima Trinidad. ¿A quién pediré perdón? A un Dios todo amor. ¿A quién pediré? A quien, siendo el Espíritu de la verdad, ve perfectamente en su realidad mis necesidades. ¿A quién agradeceré? A Dios autor de todas las gracias y que, ya que no sé rezar, pide y da gracias en mi lugar con gemidos inefables. He ahí al Dios a quien debo dirigirme bajo los velos de mi ser. ¡Oh! Le levantaré un altar y le ofreceré un sacrificio de alabanza, y le conjuraré a que los diversos sacrificios ofrecidos por mí sobre el altar de mi corazón sean en adelante consumidos mediante las llamas de su amor. (*Caetera desunt*).

La encarnación, la formación de Jesucristo en nuestras almas es uno de los temas mayores de la espiritualidad del Padre d'Alzon. A él tornaba constantemente, adaptándolo a sus diversos auditorios de sacerdotes, de religiosos, de religiosas, de terciarios, de hijas de María, de cristianos en el mundo. Damos aquí, al margen de la tercera meditación del Retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, otras dos instrucciones en que vemos cómo el Padre d'Alzon bordaba en torno a una idea que le era particularmente preciosa.

“Estoy muy preocupado, escribía el 14 de diciembre de 1868, a la Madre María Eugenia de Jesús, por animar a algunas personas a darse a Nuestro Señor más particularmente por la fiesta de Navidad. Me parece que nada hay tan admirable como aprovechar las fiestas de la Iglesia para hacer, cada año, nacer a Jesucristo en las almas de un modo más perfecto cada vez, luego crecer y desarrollarse mediante la imitación del divino Maestro vivo en nosotros. La triple encarnación de Jesucristo que nace en el pesebre, en el altar, en nuestras almas es un misterio que debiera absorbernos completamente...”

ENCARNACIÓN DE JESUCRISTO EN EL ALMA RELIGIOSA

Ecce ancilla Domini [Lucas, 1, 38]

Tales fueron las palabras, mediante las que una humilde criatura se adhirió a la mayor obra de Dios, aquella de la que el profeta había dicho: *Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos* [Salmo 80, 3]. En la creación Dios obró por sí mismo; en la Encarnación, consulta a su criatura. Gran enseñanza, llena de lecciones prácticas; porque si María se hace la verdadera madre de Dios con una distancia enorme, el misterio de la Encarnación puede realizarse en nosotros, en el sentido en que el apóstol desea que Jesucristo habite en nosotros por la fe cristiana: *Habitare per fidem in cordibus nostris* [Efesios 3, 17].

Estudiemos la Encarnación de Jesús en María, con el fin de saber lo que debe ser la encarnación de Jesús en nosotros: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* [Juan 1, 14]. Estudiaremos aquí: 1° Lo que es la gracia de Dios que nos previene y acompaña; 2° Cuál debe ser el concurso de nuestra voluntad.

1. Gracia de Dios

El anuncio Los tiempos se han cumplido, el ángel de Dios va a ser enviado hacia la Virgen de Nazaret, un Dios que se hará hombre en el seno de la más pura de las criaturas: criatura hija de Adán y criatura inmaculada sin embargo, porque la abundancia de las gracias que ha recibido se eleva a un grado inexplicable. El ángel le ha dicho: *Ave, gratia plena*. Sin duda la plenitud de las gracias no está en ella, como en Jesucristo, *plenum gratiae et veritatis*. Sin embargo, el Señor que la había poseído desde el comienzo de sus caminos ha querido hacer en ella y para ella grandes cosas en la inmensidad de su poder: *Fecit mihi magna qui potens est*. Pero todos estos privilegios, María se los debe a Dios, a él los refiere.

Y yo también, aunque en grado inferior, he recibido las gracias de Dios. Uno de los espíritus administradores, encargados de la vigilancia de aquellos que deben recibir la herencia de la salvación, me ha sido dado; escucharlo sólo depende de mí. Me dirá que el Señor está conmigo, como el ángel se lo dijo a María, como otro ángel se lo dijo a Gedeón y a tantos hombres ilustres de la antigua ley, como Jesús les dice a sus apóstoles, en el momento de subir al cielo: *Ecce ego vobiscum sum* [Mateo 28, 20].

Como María, tengo una porción de las gracias, menor que la suya, pero puedo decir como ella que el Señor está conmigo, mucho más que los simples cristianos. En todo caso, el tiempo de mi noviciado me es dado con este fin. He debido emplearlo para formar a Jesucristo en mí y, desde que hice la profesión, Jesucristo ha debido crecer sin cesar en mi alma. Ahora bien, así como el ángel pone a María en relación con las tres personas de la Trinidad, así entro yo, si quiero, en relación con las tres adorables Personas.

El ángel dice a María: *Ecce concipies in utero, et paries filium* [Lucas 1, 31]. He ahí la meta de la vida religiosa: formar a Jesucristo en uno mismo. *Filioli, quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]. Concebir a Jesucristo en sí, he ahí la vida interior; dar a luz a Jesucristo afuera por su vida, manifestarle mediante sus palabras, sus hechos, sus virtudes, he ahí la vida interior tal como debemos practicarla, para que se pueda decir de nosotros: *Dominus tecum* [Lucas 1, 28].

Las tres Personas divinas

En cuanto a los medios, nada más grande. *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35]. Concebir a Jesucristo, engendrarlo por obra del Espíritu Santo, bajo la protección del Padre, ¡nada más admirable en María! Y así como en el principio Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, así Jesucristo forma en nosotros al cristiano,

al religioso aún más, realizando en él los rasgos del Dios hecho hombre y encarnado en María.

Tal es la obra maestra del poder del Padre: *Et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Dabit tibi Dominus sedem David patris tui, et regnabit in domo Jacob in aeternum, et regni eius non erit finis* [Lucas 1, 32-33]. ¿La profecía se ha cumplido suficientemente en Jesucristo? ¿Qué hombre ha reinado tan universalmente y tanto tiempo como él? Reina de punta a punta del mundo. Ya hace casi veinte siglos que reina y no se ve que su reino vaya a terminar.

Ahora bien, este reino de Jesucristo, por el poder del Padre, podemos formar en nosotros y a nuestro alrededor: en nosotros, dándole un imperio absoluto sobre nuestras potencias, sobre nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestros sentidos, y el reino absoluto de Jesucristo en nosotros, es la santidad; podemos formar el reino de Jesucristo a nuestro alrededor mediante el celo por darlo a conocer, y eso es el apostolado. Ahora bien, todo eso ¿cómo se cumplirá? Mediante una relación con la Santísima Trinidad semejante a la de María. Jesucristo se formará en mí mediante la fe, bajo la intervención del Espíritu Santo y mediante la intervención del Altísimo. ¿Cuándo, pues, penetrado por el honor que se me hace, comenzaré, de una vez, a darme enteramente a esta maravillosa acción de las tres personas divinas en mi alma?

Ahora bien, debo dejar a la Santísima Trinidad actuar en mí para que se forme en mí el reino de Jesucristo. He aquí un orden de contemplación completamente nuevo. Dejaré a la Santísima Trinidad formar a Jesucristo en mí, como ha formado a Jesucristo en María. Y cuanto más flexible, obediente, confiado sea yo, más perfecta será esta imagen de Jesucristo. ¡Qué prodigio! ¿Y cuándo me perderé completamente en él?

¿Pero para cuánto tiempo? Mientras dure el reino de

Jesucristo. Y este reino no tendrá fin: *Et regni eius non erit finis*. ¡Maravillosa duración! Heme aquí inmortal como Dios, que pasa a ser, dentro de un orden maravilloso, mi dueño, mi rey, y para siempre: *Et regni eius non erit finis*. ¡Oh, Señor, que este imperio, en efecto, no cese nunca!; que sea eterno y que, además, yo pueda contribuir a extenderlo a lo lejos, y que como instrumento de vuestro poder trabaje en dilatar vuestras conquistas, y que en cuanto sea yo capaz, siempre repita esta consigna: *Adveniat regnum tuum!* Pero habéis querido que vuestra gracia no lo haga todo, habéis querido el concurso de mi voluntad. Voy a examinar las condiciones requeridas en la respuesta de María al ángel.

II. Contribución de nuestra voluntad

Obedecer

¿Qué responde María a tales promesas? *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38]. Tal es la respuesta de toda criatura. *Dixitque Deus: fiat lux, et facta est lux* [Génesis 1, 3]. Pero he aquí la diferencia. Dios dice: que haya luz y la luz se hizo. Dios dice: *Faciamus hominem* [Génesis 1, 26], y el hombre fue hecho. Pero cuando se trata de la formación sobrenatural del hombre, sucede de otra manera. Dios crea al hombre sin su permiso; no será sin su permiso que el hombre espiritual será formado. Para formar a Jesucristo mismo, se necesita el concurso de la humilde y pura criatura que le servirá de madre. Para formar a Jesucristo en nosotros, es necesario que nos declaremos servidores de Dios y que, como María, digamos: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Sí, siempre hay que volver a esto, a la obediencia y la obediencia más completa. Comienza en Nazaret y se consuma en la Pasión, pero no tiene más término que el momento en que Jesucristo rompe los lazos mortales que retenían todavía a María en la tierra. Ha sido necesario

todo ese tiempo, ha sido necesaria esta perfección, para que haya podido decir con toda verdad: *Dilectus meus mihi, et ego illi qui pascitur inter lilia* [Cantar de los Cantares 2, 16]. En medio de estos lirios es donde habita; su morada sólo se puede fijar en el seno de las almas que son auténticos lirios de pureza: *Qui pascitur inter lilia*. Necesito aceptar, durante toda mi vida, hacer esfuerzos por entrar en una pureza más grande, para que Jesucristo entre en mí con mayor consuelo y alegría: *Dilectus meus mihi, et ego illi qui pascitur inter lilia*.

Alabar a Dios ¿Y cuáles son, mientras Jesús se forma en María, los sentimientos de esta madre admirable? Nos lo dirá ella misma. Sólo piensa en alabar a Dios y publicar su gloria: *Magnificat anima mea Dominum* [Lucas 1, 46]. Tal es su meta; su vida no tiene otra. Se sumerge en la idea de que Dios, que se bastaba a sí mismo, que no necesitaba de nadie para procurarse la gloria que le conviene, ha querido procurarse una mediante las criaturas, pero que para dar un valor adecuado a su alabanza, había ordenado a su hijo hacerse hombre. El Verbo se hizo carne, y toda criatura que se une al Verbo, a la palabra divina, puede acceder a una muy pura alabanza de Dios; y así como esta alabanza es la ocupación de los ángeles en el cielo, será la de los santos en la patria, después de haberlo sido en la tierra. También ellos deberán decir: *Magnificat anima mea Dominum*.

Tal debe ser la exultación de toda alma cristiana, que entiende el trabajo de la perfección. *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* [Lucas 1, 47]. ¿Qué arrebatos no experimenta el alma que, por decir así, no forma sino una cosa con Jesucristo? ¿Por qué? Porque el Señor mira la bajeza de su esclava y la eleva. Mirad a María. ¿Es bastante humilde, bastante pobre, bastante desconocida? *Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* [Lucas 1, 48]. He aquí una vez más la profecía, y la profecía realizada

en todo su esplendor a través de los siglos. La Iglesia, cada día, canta la profecía que el tiempo confirma más y más del triunfo de la humildad: *Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

¿Qué hacer para llegar a esta felicidad? Ser obediente y decir a cada instante del día: *Ecce ancilla Domini.* ¿Qué más? Consagrarse enteramente a la gloria de Dios y ser el instrumento menos imperfecto de Jesucristo para el advenimiento de su reino. ¿Qué más hacer? No poner la propia felicidad sino en el pensamiento de las perfecciones de Dios: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* En medio de estos beneficios conservar la humildad más profunda: *Quia respexit humilitatem ancillae suae;* y contribuir a la gloria divina mediante el amor a la propia humillación; proclamar sin cesar los beneficios de Dios y referirlo todo a él: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen eius.* Feliz el alma que, siguiendo a María, se entrega así mediante un amor absoluto por su voluntad y por su amor a los planes de Dios sobre ella.

Conclusiones

¿Qué concluir de todo esto?

Que no tenemos más que dejar a

Jesucristo actuar en nuestras almas y permitirle formarse en nosotros tal como él lo entienda. Será siempre una manera muy pura, muy perfecta y muy propia para unirnos a Dios.

En segundo lugar, tomaremos las virtudes de María como modelos de las nuestras, en la obediencia, la humildad, la contemplación, el amor. Serán las mejores condiciones para asegurar el triunfo de Jesucristo en las almas. Nos dedicaremos a la obra para la que el Hijo de Dios ha bajado a la tierra. Nos consagraremos al triunfo

de la Iglesia, que Jesucristo engendró en el Calvario y que adquirió con su sangre.

Finalmente, nos acordaremos de que, así como el Hijo se encarnó en María, por obra del Espíritu Santo, a la sombra del poder del Padre, así también debemos formar mediante la fe a Jesucristo en nosotros mediante el poder absoluto de Dios. Que así sea y que la adorable Trinidad, actuando al completo en nuestras almas, se complazca en hacer allí su morada, para que merezcamos habitar en ella por eternidad de eternidades: *in perpetuas aeternitates*.

JESUCRISTO ENCARNÁNDOSE EN EL ALMA RELIGIOSA

*Christum habitare per fidem
in cordibus vestris* (Efesios 3, 17).

Jesucristo no se contentó con encarnarse una vez en el seno de la Bienaventurada Virgen, quiere, al parecer, encarnarse cada día en nosotros, y es lo que quiere decir el Apóstol en cada página de sus epístolas. Intentemos meditar sobre este misterio en el que nos jugamos tanto.

1° La Anunciación

Transportémonos en pensamiento al momento inefable en que Dios Padre envía un ángel a María. ¿Qué le dice? *Ecce concipies in utero, et paries filium* [Lucas 1, 31]. María asiente y el misterio de la Encarnación se realiza. Pero, ¿qué quiere decir el Apóstol cuando dirigiéndose a los primeros cristianos les dice: *Filioli, quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]? ¡Qué trabajo tan prodigioso! ¡Un Dios queriendo formarse de nuevo en el alma de cada fiel! Démonos cuenta de que se trata de un bautizado y que Jesucristo ya está formado en él por el bautismo. El Apóstol les había

engendrado una primera vez; por ello dice: *Filioli, quos iterum parturio*. Se trata de nuevos esfuerzos, de un desarrollo de la vida cristiana y es Jesucristo quien viene a realizarlo en el alma. Por eso quiere formarse plenamente en ella: *donec formetur Christus in vobis*.

¿Qué hacemos nosotros para adherir a este trabajo? Escuchemos la respuesta de María a Gabriel. Cuando el ángel le ha anunciado la cooperación de toda la Trinidad, María no tiene más que una palabra: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38]. No digamos más, ya que en estas pocas palabras se expresa el más completo abandono de la criatura a las voluntades del Creador. También a nosotros se nos dice: *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35]. Pues bien, ¿queremos que el Espíritu Santo venga a operar en lo más íntimo de nuestro ser la formación de Jesucristo? ¿Queremos, a partir de este momento, tomar sus sentimientos, sus pensamientos, entrar completamente bajo su acción? Ahí está, ese divino Maestro. ¿Queremos llevar a Jesucristo en nosotros? Pues para eso es necesario que se forme en nuestras almas: *donec formetur Christus in nobis*.

¿Y acaso no es evidente que Jesucristo se forma de una manera más o menos completa en las almas, según la dependencia y colaboración que encuentra en ellas? He aquí todo el trabajo de mi retiro: formar a Jesucristo en mí. Si trabajo lentamente, será apenas un boceto. Si me empleo en ello con buena voluntad, llegaré a cierto grado de virtud. Pero, ¿quién puede decir la perfección que yo puedo alcanzar si, al dejar a Jesucristo dueño de producir una nueva creación en mí, le entrego todo poder sobre mi ser, para que lo transfigure completamente en él? ¡Oh, prodigio! Jesucristo formado en mí, seré otro Jesucristo. ¿Y cómo sucederá eso? *Quomodo fiet istud?*, puedo decir con la Virgen. Sobre esto quiero continuar mis reflexiones.

2º Revestirse de Jesucristo

Jesucristo es para el alma bautizada una especie de vestido. *Quicumque baptizati estis, Christum induistis* [Gálatas 3, 27]. He ahí el vestido espiritual. Mediante el bautismo estoy investido de la gracia de Jesucristo. ¿Qué significa este vestido, sino que todo mi ser debe mostrar a través de todas sus más mínimas acciones a aquél en cuya sangre hemos sido lavados, regenerados, vivificados? Y esto no es una palabra pronunciada a la ligera. El Apóstol lo repite sin cesar. *Induat vos Dominus novum hominem* [Efesios 4, 24]. ¿Quién es este hombre nuevo sino Jesucristo en contraposición al hombre viejo, Adán? Sin duda soy hijo de Adán y llevo sus estigmas por el pecado original; pero el hombre nuevo me ha despojado del viejo: *Exuat vos Dominus veterem hominem cum actibus suis* [Colosenses 3, 9]. Tal es el trabajo: despojarme de Adán, de su pecado, de sus apetitos, de su castigo; revestirme mediante el bautismo de Jesucristo, del hombre nuevo, de su gracia, de sus dones. Pero para eso se necesita mi cooperación. El vestido se me ofrece; se necesita que yo me cubra con él y me muestre digno de llevarlo.

¡Qué vestido más brillante que el que Jesucristo ha teñido en su sangre! ¡Qué púrpura! ¡Qué mejor manto real que el mismo Jesucristo, y qué dignidad se me impondrá cuando el hombre nuevo me establezca en la justicia y la santidad de su verdad! *In justitia et sanctitate veritatis* [Efesios 4, 24]. ¡Qué enseñanza, si pienso en las cualidades de este vestido espiritual! Está formado por la justicia, es decir la fuente misma de la ley; por la santidad, es decir por la reunión de las perfecciones divinas; por la verdad, que no es sino la segunda persona de la Santísima Trinidad. He ahí lo que debo manifestar en mí: la justicia de Jesucristo, la santidad de Jesucristo, la verdad de Jesucristo. *Quicumque baptizati estis, Christum induis-*

tis. Induat vos Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in sanctitate et justitia veritatis.

3° Mediante la fe

Pero Jesucristo no quiere ser para mí un vestido externo, quiere ante todo penetrar en lo más íntimo de mi alma. ¿Cómo? Mediante la fe, y por eso el Apóstol formula el voto de que Jesucristo habite en nosotros mediante la fe. *Christum habitare per fidem in cordibus vestris* [Efesios 3, 17].

La fe debe introducir a Jesucristo en lo más íntimo de mi alma, como el Espíritu Santo lo introduce en María. Sin duda existen profundidades a las que nunca podré acercarme; sin embargo, si quiero, la fe hace penetrar a Jesucristo en mi alma y lo hace habitar en ella: *Christum habitare per fidem*. ¿Qué es esta habitación de Jesucristo en mí sino una especie de encarnación? Jesucristo, que quiere ser mi vestido íntimo, quiere reinar en el fondo de mi alma. ¿Cuándo le daré un dominio completo sobre mi corazón? ¿Cuándo haré que no le resulte demasiado penoso este habitar en mí que él desea? ¿Cuándo, al llamarle, estaré seguro de que vendrá con su Padre, para hacer de lo más íntimo de mi ser una morada permanente?: *Et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus* [Juan 14, 23]. ¡Qué espíritu de fe no debo renovar en mi alma, para hacerme digno de semejante unión!

Isabel, al saludar a María el día de la Visitación, decía a la Virgen en quien el Hijo de Dios acababa de encarnarse: *Et beata quae credidisti, quia perficientur in te quae dicta sunt tibi a Domino* [Lucas 1, 45]. La felicidad de María consistía en su fe. ¡Que nuestra felicidad consista en una fe semejante, por la que Jesucristo cumpliendo su promesa venga a lo más profundo de nuestro ser! ¡Oh, Dios! Yo creo. ¡Ven, Señor Jesús! *Veni, Domine Jesu* [Apocalipsis 22, 20].

4º Hasta nuestra completa transformación

Ahora bien, cuando Jesús esté en el fondo de mi corazón, será necesario que yo le ceda el sitio, que mi vida se transforme y que con el Apóstol yo diga: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]. Aquí el misterio se hace más profundo. Este vestido, que no es sino Jesucristo, se promete a todos los bautizados. La fe, que es el camino por el que Jesús penetra en mi alma, se les desea a todos los fieles. Pero, existe un abismo que muy pocos tienen el privilegio de cruzar, y que el Apóstol había superado cuando decía: *Vivo jam non ego*. Este privilegio no es ciertamente para todos. Es para las almas llamadas a una perfección más alta; es para los religiosos, para quienes la perfección consiste en suprimir su vida, o más bien en fundirla, en perderla en la de Jesucristo. Recojámonos y preguntémonos si, de acuerdo con nuestra vocación, es cierto que Jesucristo vive completamente en nosotros.

¡Qué santidad, qué amor, qué sacrificio de todo mí mismo no se me pide, si quiero establecer en mí la vida sin mezcla de Jesucristo, si quiero establecer esta encarnación mediante la que Jesucristo será el alma de mi alma, el corazón de mi corazón, la vida de mi vida! ¡Oh!, ¿quién sondeará esta palabra: *Vivo jam non ego*? ¿Quién me enseñará aquel desapego mediante el que ya no deberé vivir de mi vida, en que debo tomar en todas las cosas los sentimientos de Jesucristo, en que estos sentimientos deben ser el móvil de mis actos: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5]?

¿Y qué haré entonces? Me anonadaré como él, viviré una vida de esclavo: *Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens* [Filipenses 2, 7]; a la espera de que Dios me exalte como a él. Y entonces podré decir con el Apóstol: Para mí vivir es Cristo: *Mihi vivere, Christus est* [Filipenses 1, 21]. ¡Qué vida para un religioso! Jesucristo y él, todo uno, ya que la vida del uno es la vida del otro.



¡Oh, misterio! ¿Puede acaso la unión de la criatura con el Dios encarnado ir más lejos? ¡Pero cuántos deberes se le imponen al alma que, bajo la luz de la fe y los ardores del agradecimiento, penetra en esta invención del amor divino! He aquí la unión pedida por Jesucristo a su Padre, la víspera de su muerte, para los suyos. Se ve claro que la pedía para todos los miembros de la Iglesia, pero que había una preferencia para algunos, para sus apóstoles. He aquí la unidad privilegiada cuya consumación Jesucristo me ofrece si yo quiero.

Una vez más, Señor Jesucristo, ven. Ven a vivir en mí, ven a encarnarte en mí, como te encarnas para todos en la Eucaristía, como te encarnas en los labios del sacerdote mediante la predicación de tu palabra, como te encarnas en tu Iglesia mediante la circulación de tu gracia a través de todos sus miembros. Ven, Señor: *Veni, Domine Jesu*, y que el esposo y la esposa digan: ¡Ven!



Cristo que nace en nuestras almas debe crecer en ellas sin cesar en virtud y en sabiduría ante Dios y ante los hombres hasta la completa desnudez del Calvario, hasta la total renovación de la Resurrección. Si el Padre d'Alzon recorría los misterios de la vida de Nuestro Señor; se dedicaba largamente a su Pasión. Ha predicado numerosos retiros sobre este tema; ha conversado sobre ella con los colegiales de Nimes en varias oportunidades, y con los Terciarios (Ver: Instructions aux Tertiaires de 1879, edición de la Bonne Presse); le ha dedicado diez de sus Conferencias de 1870-1871 a las Religiosas de la Asunción: damos aquí dos extractos de ellas. Encontraremos más adelante las directrices tan elevadas dirigidas a las Adoratrices sobre el Amigo de todos los días.

Esta sección comprende:

- 1° una serie de cortas meditaciones sobre la Pasión publicada en el Pèlerin, en 1879;*
- 2° los dos extractos de las Conferencias de 1870-1871;*
- 3° dos meditaciones sobre las cinco llagas y la Resurrección que datan de los últimos años del Padre d'Alzon.*

1° BREVES MEDITACIONES SOBRE LA PASIÓN

Entramos en la gran semana. Comienza con un triunfo, continúa con las intrigas contra la vida de Jesús; a lo que él responde con la humildad lavando los pies de sus apóstoles, con el amor más inmenso instituyendo la Eucaristía, con la oración más dolorosa en la agonía del Huerto de los Olivos.

Las intrigas continúan y se ejecutan. El primer acto es la traición y la negación, el segundo es una condena múltiple, el tercero una serie de suplicios, el cuarto la muerte del Salvador, el quinto la puesta en el sepulcro a la espera de que resucite.

Quisiera presentar a mis lectores unas breves meditaciones sobre estos temas tan importantes.

I. El triunfo

Tras la resurrección de Lázaro, todos los judíos venidos a Jerusalén para la Pascua querían ver a Jesús. Y pese a que el Salvador se escondía desde hacía algún tiempo de la búsqueda de los sacerdotes y de los doctores, creyó deber realizar una entrada triunfal en Jerusalén.

“No temas, hija de Sion, había dicho el Profeta, he ahí a tu rey que viene a ti lleno de suavidad, montado sobre un pollino de borrica, sobre el hijo de acémila” [Mateo 21, 5; Zacarías 9, 9]. Sabemos cómo la profecía se cumplió al pie de la letra. Este pollino que nadie había podido montar era, dicen los Padres, la gentilidad en su rebelión contra la ley de Dios. ¿No podríamos decir, para ser más prácticos, que se trata de los caracteres indómitos que Jesucristo subyuga cuando quiere derribar un alma? También se trata de aquel pueblo que no ha querido conocer freno alguno y que, poco a poco, se ablanda bajo la ley evangélica. Se trata ante todo de la historia continua de la Iglesia. Es perseguida por el odio y las conspiraciones más infernales; siempre muestra su esplendor y su gloria en el momento en que menos se piensa, para retomar enseguida después su vida de luchas, de humillaciones y de sufrimientos en apariencia inútiles. ¿De qué le sirve a Jesús entrar en Jerusalén como triunfador, si no es para espolear la rabia de sus enemigos? También necesita infundir en los suyos un poco de ánimo y, pase lo que

pase, se manifestará a los hombres para preparar la fe y la esperanza de unos, y hacer a los otros más inexcusables.

II. Las intrigas

Un consejo se reúne en casa del príncipe de los sacerdotes. Se discute, se sopesa el miedo que tienen a los romanos. ¡Un gran medio de gobierno, el miedo bien administrado! Es verdad que no siempre es efectivo; lo hemos visto bien en estos últimos días. Pero en fin, Caifás se levanta y dice: “Vosotros no entendéis nada. ¿No veis que conviene que un solo hombre muera por todo el pueblo?” [Juan 11, 50-51]. Ahora bien, anota San Juan, no pronunció estas palabras por su propia cuenta, sino que profetizó, porque era el pontífice aquel año. Dios a menudo habla y pronuncia sus decretos incluso por boca de los malvados.

Prosigue tus intrigas, Caifás. Hábil político, crees haber encontrado una componenda, en que tu odio y tu política encontrarán su abominable ventaja. Haz decretar por tu Sanedrín la muerte de Jesús, pero no por ello evitarás la llegada de los romanos, y conforme a la predicción de Jesús, el auténtico profeta, asediarán Jerusalén, la tomarán por asalto, quemarán el Templo y, tras haber causado la más horrenda carnicería de sus habitantes, venderán por nada a los que se hayan cansado de matar. El sacrificio de las víctimas cesará para siempre; la verdadera hostia, Jesús, ha sido inmolada por tu rabia y la de los tuyos; el altar será dispersado, y ya no habrá más altar que la cruz.

Ahora bien, todo eso se cumplió por disposición de Dios. En el momento apropiado, cuando la plenitud de los tiempos se ha cumplido, cuando los crímenes de la tierra han llegado hasta lo alto, he aquí que aparece la misericordia: *ubi abundavit delictum, ibi superabundavit gratia* [Romanos 5, 20]. El Redentor será ejecutado, Jerusalén perecerá por ello, los judíos dejarán de ser una nación, pero el mundo habrá sido salvado y Dios se habrá adquirido un pueblo nuevo.

Sirvamos a los designios de Dios, pero buscando entrar en pensamientos de misericordia, y no en terribles decretos de castigo. Seamos apóstoles y no verdugos, ni criados de los verdugos, como lo fueron los judíos. Demos a Jesús nuestras vidas, pero pensemos en el sacrilegio que constituye atentar contra su vida o la de la Iglesia, prolongación de Jesús. El castigo de crímenes de esta clase puede hacerse esperar algunos días; pero es infalible que llegará en su momento. ¿Qué necesidad tiene Dios de apresurarse? A veces resulta útil que se tome su tiempo, para que los impíos se duerman en sus laureles y para ejercitar la paciencia de los buenos, demasiado apremiados por el deseo de contemplar la actuación providencial de la justicia infinita.

III. La humildad a los pies de los apóstoles

Sin embargo, Jesús se prepara para morir y para dar a los suyos, a quienes amó hasta el final, la enseñanza de una virtud desconocida hasta entonces: se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, se ciñe una toalla y echando agua en una vasija, les lava los pies, pese a las protestas de Pedro. Y cuando termina, retoma sus vestiduras y vuelve a su lugar y les dice: “Vosotros me llamáis vuestro Señor y vuestro maestro y tenéis razón, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y vuestro maestro, os he lavado los pies, ¡cuánto más debéis lavaros los pies los unos a los otros!” [Juan 13, 13-14].

Mientras los fariseos se ejercitan en todas las iniquidades, Jesús con su ejemplo ejercita a sus discípulos en todas las virtudes. Seréis humildes, os ayudaréis recíprocamente, os adelantareis los unos a los otros, trabajaréis con un fin común, la gloria de mi Padre, que se encargará de recompensaros por vuestras virtudes.

Seamos lo que nos enseña el modelo divino, seamos humildes, abajemos nuestro orgullo y que se vea siempre

en nosotros el deseo de caminar tras las huellas del humildísimo Jesús.

IV. Jesús instituye la Eucaristía

Las Pascua figurativa ha sido celebrada, el cordero pascual ha sido comido según las prescripciones mosaicas. He aquí al verdadero cordero, el cordero como inmolado desde los orígenes del mundo que se va a entregar con sus propias manos: *se dat suis manibus*. Toma el pan, da gracias a su Padre, lo bendice y lo distribuye diciendo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Lo mismo el cáliz: “Tomad y bebed todos, este es el cáliz de la sangre de la nueva alianza, que es derramada por vosotros y por el perdón de los pecados de todos” [Mateo 26, 26-28].

Sí, el cuerpo que va a ser entregado a los gentiles, esta sangre que va a ser derramada, es un alimento, es una bebida ofrecida a todos los hombres bautizados. He ahí hasta dónde llega el amor del Salvador. En seguida, un nuevo elemento, el elemento vital, es introducido en el culto divino, el amor. ¿Quién, pues, había pensado en tener algo de ternura por Júpiter, Juno, Mercurio o Venus? Se los invocaba por miedo, nadie pensaba en amarlos. ¡Para qué amar a semejantes personajes! Jesús nos ha amado hasta el final, hasta la muerte; provoca de nuestra parte un amor semejante. Se entrega, ejercita una nueva forma de entrega, se sacrifica, y mediante el sacrificio de cada día en el altar, nos enseña cómo, también nosotros, debemos llegar a ser víctimas.

La eucaristía engendrará prodigios; la unión con Jesús, tan íntima, tan poderosa, producirá generaciones de santos. ¿A dónde no se irá con la fuerza de semejante alimento, con la energía de una bebida semejante? Los cristianos han llegado a todas las virtudes, al martirio, a los desiertos, a los claustros, a las misiones sobre las playas más desconocidas. La vida de Jesucristo estaba en ellos, y vivían aquí

abajo del espíritu de Jesucristo y de su amor, a la espera de poder vivir de su gloria y de su unión eterna.

V. Jesús en agonía

El testamento del Salvador es dado a sus apóstoles en aquel admirable discurso de la Cena, discurso que habría que meditar constantemente. Las lecciones más fortificantes nos son allí impartidas, las esperanzas desconocidas nos son reveladas en él, el amor de Dios por los hombres se manifiesta aquí; Jesús se levanta, canta el himno prescrito y sale, va donde la traición le espera, pero no le sorprenderá. Allí se prepara mediante esta oración en que todos los terrores y todas las turbaciones vendrán a asaltarle.

Tiene miedo, tanto como un Dios-hombre puede tener miedo. “¡Padre mío, si es posible, que este cáliz se aleje de mí! Sin embargo, ¡que se cumpla tu voluntad y no la mía!” ¿Está arrepentido de haber aceptado morir por los hijos de Adán? ¿Está espantado por lo que la justicia de su Padre le prepara como expiación? No; solamente permite a Satanás, que *por un tiempo* se había retirado de él tras las tentaciones del desierto, que venga a embestir de nuevo contra su humanidad purísima para torturarla por adelantado; porque Satanás, que odia a Jesús con el odio más implacable, no quisiera sin embargo su muerte que va a ser la salvación del género humano. Sus asaltos son más bien intentos para saber con certeza lo que es este hombre extraordinario, cuya vida es enteramente divina, pero que no ha establecido indudablemente que fuera Dios. Ahora bien, Jesús se esconde en sus anodamientos, sus angustias, sus terrores, como en un retiro impenetrable al espíritu de las tinieblas.

Es lo que siguiendo Jesús y a ejemplo suyo han hecho todos los santos. Han aceptado sufrir, perderse en las montañas; allí han resultado invencibles a las potencias del mal. ¡Oh! ¿Cuándo haremos nosotros como ellos?

¿Cuándo, siguiendo su ejemplo, triunfaremos mediante la destrucción de todas las ideas del mundo y mediante la adhesión a la voluntad de Dios?

La agonía se prolonga tanto más dolorosa cuanto que Jesús está solo; sus discípulos favoritos sólo saben tener miedo y dormir; el misterio de esta oración sólo tiene como testigo a un ángel que viene a reconfortar al rey de los ángeles. Aprendamos, también nosotros, a sufrir y a orar sin consuelos ni de la tierra ni aparentemente de Dios.

VI. Jesús traicionado y negado

Jesús reza en el Huerto de los Olivos. Judas lo sabe. Judas ha recibido treinta monedas de plata para entregarle a los sacerdotes; toma la cohorte de la que disponen éstos, los criados de los sumos pontífices (eran diez), y va a buscar a su víctima.

San Agustín, comentando el versículo de San Juan en que se dice: “Jesús sabiendo que su Padre le ha puesto todo en sus manos”, exclama en un admirable movimiento: por lo tanto, también al mismo traidor, porque si no lo tuviera entre sus manos, no se serviría de él como quisiera: *Ergo et ipsum traditorem, nam si eum in manibus non haberet, non utique eo uteretur ut vellet*. Sí, Jesús previendo el crimen de Judas, se deja entregar por su Padre. Judas cumplirá el más atroz de los sacrilegios, y Jesús se servirá de este horrible deicidio para entregar a los hombres el mayor de los bienes, la redención mediante su sangre. ¿Por qué Judas no se beneficia de él? Porque no ha querido. ¿Por qué no ha querido? Porque ha rechazado su vocación de apóstol.

Pero pronto, siguiendo la anotación de San Agustín, se irá con su crimen, entre remordimientos y en la desesperación, a entregarse a los mismos sacerdotes a los que ha entregado a Jesús; se entregará al mismo Satanás que a su vez le traicionará abandonándole a su rabia: *jam tra-*

ditor traditur. El traidor a su vez es traicionado. Quiere confesar su crimen ante los conspiradores de la muerte de Jesús; le responden con una amarga ironía. Les lanza el precio de su traición. ¡Para qué! Irá a quitarse la vida con la ayuda de la horca que se ha fabricado él mismo. Sin embargo, un cínico escrúpulo se apodera de esos legistas; recogen el dinero y compran el campo de la sangre, *ager sanguinis*. Y el nombre de Judas quedará como el más cruel de los insultos.

Sin embargo, Pedro que había dicho a Jesús: *etiamsi omnes, ego non*, Pedro acompaña a su maestro cautivo. Le habían anunciado su negación, castigo de su fanfarronería; había desdeñado la profecía. Pero el peligro es amenazante y Pedro reniega tres veces de su maestro. Sin embargo, mientras el corazón de Judas se había endurecido todavía más, cuando el Salvador le había dicho: “Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre”, una sola mirada basta al discípulo presuntuoso. Sin decir nada, para no comprometerlo, Jesús mira a Pedro y el corazón de éste es traspasado de lado a lado. Sale y llora amargamente, y sus lágrimas, que durarán tanto como su vida, formarán en sus mejillas dos surcos, dice la tradición, ¡tan profundo fue su dolor, tan amargos serán sus pesares! ¡Feliz quien, siguiendo el ejemplo de Pedro, en un gran amor, detesta las faltas incluso grandes! Sus faltas le serán perdonadas en proporción de su arrepentimiento.

VII. Jesús y los tribunales

Cosa asombrosa la cantidad de jueces: Anás, luego Caifás, después Pilatos, luego Herodes, luego el populacho, después finalmente Pilatos por tercera o cuarta vez, porque sólo él tenía la potestad para dictar una sentencia final y que, por una parte encontraba a Jesús inocente, *non invenio in eo causam* [Juan 19, 6], y por otra, no quería exponerse al enfado del César con que le amenazaban.

¡Oh, santa Iglesia de Dios, también tú conoces esta serie de tribunales: cuánto efecto tiene la envidia enmascarada en su piedad mentirosa, cuántos textos de leyes tiene una cierta legalidad para condenar a la inocencia más manifiesta, cuánto desprecio aporta la voluptuosidad adúltera de las cuestiones más importantes, cuán ciego es el furor popular en ciertos momentos, cuántas bajezas comete la ambición que tiembla ante ciertas amenazas!

La Iglesia no lo ignora. La traicionarán siempre, la encadenarán siempre, siempre será condenada a morir en algún punto del globo, y siempre vivirá, y siempre verá sellar la piedra sobre la tumba de sus enemigos.

Hoy, es en Francia, al parecer, donde debe cumplirse en ella la obra de muerte. Lo sabe y no se turba por ello. ¡Desgraciadamente! La Iglesia vivirá siempre en alguna parte de la tierra, pero no le ha sido predicho que vivirá siempre en todas partes.

VIII. Jesús es condenado a muerte

No han esperado la última sentencia para torturarlo. El sufrimiento ha comenzado desde el huerto de los Olivos. Ha continuado en casa de los sumos sacerdotes, cuando le cubrían de escupitajos, cuando le ponían un velo en la cabeza, cuando le llenaban de golpes, cuando le abofeteaban. Era necesario que cualquier conmiseración estuviera ausente, que toda crueldad fuera soportada. Le llevan ante Pilatos, de allí donde Herodes que le trata con irrisión. En el fondo quizá había algún sentimiento bueno en este príncipe. A un loco no se le condena a muerte y Herodes había hecho poner sobre sus hombros la túnica de los insensatos.

Ahora, daos cuenta del medio empleado por Pilatos para salvar a la víctima del furor judío. Jesús será flagelado, coronado de espinas; le golpearán con un cetro de burla, le pondrán el manto de púrpura. ¿Qué más se

requiere? ¡Oh!, nada valdrá. Excitada por los sacerdotes, la multitud, que le había recibido triunfalmente unos días antes, ahora sólo tiene para con él gritos de muerte. ¡Oh bondad y dulzura popular, he ahí algunos de tus golpes!

Recordad que cuanto más perfecto es un cuerpo, más sufre cuando se le causa un dolor. ¿Qué cuerpo más perfecto que el del Salvador? ¿Qué sufrimientos no soportó? ¿Qué paciencia no empleó para soportarlos?

Sepamos sacar de estos suplicios precursores de la muerte una doble enseñanza: el lujo de pruebas que Jesús quiere darnos de su amor —repetámoslo, porque nada hay más verdadero—, he ahí hasta dónde nos ama; y también he ahí los ejemplos que nos da. Jesús befado, insultado, torturado, flagelado, nos enseña la purificación del dolor. Ahí está la vida cristiana. El horror del pecado, la aceptación del castigo es la prueba del amor de la criatura por su Dios, del mismo modo como un Dios ha mostrado su amor por sus criaturas. ¡Feliz quien comprende este misterio! Los santos lo entendieron; por eso son santos. Seámoslo siguiendo su ejemplo tras el rastro sangriento de Jesús.

IX. La cruz y la muerte

La sentencia dictada por el odio sacerdotal, por el furor popular, por la ambición asustada, se va a ejecutar. Tras los azotes, la corona de espinas, el cetro de caña, el manto de púrpura, he aquí la cruz. Cargan las espaldas del nuevo Isaac, y él toma el camino de la montaña en que debe ser inmolido. ¡Cuántas caídas, cuántos golpes, cuántas blasfemias se añaden a su suplicio! Su madre se acerca, y en semejante momento, ¿se puede decir que la presencia de María le sirva de consuelo? Una piadosa mujer le limpia el rostro manchado de sangre, de lágrimas y de barro. Otras mujeres hacen oír los acentos de su conmiseración. Jesús rechaza los consuelos de este tipo: “Hijas de Jeru-

salén, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos” [Lucas 23, 28]. El dolor del hombre no impide la mirada profética de Dios sobre el terrible destino de la ciudad deicida. Temen que la debilidad del condenado no le permita llegar hasta el final de su suplicio. Un forastero, Simón de Cirene, pasa por allí; le echan mano para obligarlo a llevar la cruz con Jesús. ¡Dichoso el cristiano que puede ayudar a la víctima por excelencia a consumir su sacrificio, a entrar en sus sentimientos, a hacerle los dolores menos punzantes, el peso de la cruz menos pesado!

Han llegado al Calvario, la cruz es depositada a tierra, Jesús extendido sobre el funesto y pronto glorioso instrumento de su muerte. Sus pies y sus manos son perforados, la cruz es levantada, el sacerdote y la víctima son así colocados entre el cielo y la tierra, la sangre fluye de tantas fuentes de vida para la curación de los pecadores, la voz del pontífice se deja oír a intervalos. Reza pos sus verdugos: “Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen” [Lucas 23, 34]. Encomienda Juan a María y en la persona de Juan a todos los hombres encomienda a su madre, y dice que tiene sed: sed misteriosa en que las almas son la causa de su suplicio. Se dirige a su Padre y se queja de estar abandonado, con el fin de enseñarles a los cristianos llamados a la perfección qué quebrantos, qué abandonos, qué tinieblas hay que padecer antes de llegar a la necesaria pureza del corazón para conseguir la intimidad de la unión con Dios. Finalmente, da un gran grito y expira, colocando como por sí mismo su alma entre las manos de su Padre. Todo está consumado.

¿Qué más queréis? ¿Jesús ha amado a los hombres? ¿Su salvación le ha costado bastante caro? ¿Qué más puede hacer que morir por ellos? ¿Qué harán ahora ellos por él? Muchos le ignorarán, otros le rechazarán. Será perseguido en su Iglesia, en sus discípulos más queridos. Conviene que así sea, para que hasta el final se prosiga

la lucha entre el odio del infierno y la misericordia del cielo. Solamente, ¡desdichado quien no aproveche de esta inmensa ternura, quien no sepa comprender el amor y los dones inagotables del Salvador! Mas, ¡también dichoso quien los aproveche, quien reciba en su corazón la sangre que fluye del corazón atravesado de su maestro! ¡Dichoso quien viviendo en la contemplación de tan dolorosos misterios se aplica los frutos vivificadores para la eternidad!

El sacrificio está consumado, ¿qué harán con este cuerpo inanimado? Pilatos se lo concede a dos discípulos secretos de su doctrina, escondidos hasta ahora, en este momento llenos de valor. Le bajan de la cruz; María está ahí con algunas mujeres piadosas para honrarle con sus perfumes. Una tumba en que nadie ha sido depositado todavía está, al parecer, providencialmente preparada para recibir el cuerpo de Jesús que, siempre unido a la divinidad, es encerrado allí como en su primer sagrario. Dejemos a los fariseos que vengan, con permiso del gobernador, a poner su sello en la piedra que cierra el sepulcro y a rodearlo de guardias, para que los discípulos no puedan secuestrarlo. La timidez de los apóstoles les paralizará sin duda. ¿Pero quién detendrá al ángel de Dios cuando, llegada la hora, descenderá del cielo y, pese a los sellos puestos, levantará la piedra, derribará a los guardias aterrados y, primer testigo de la resurrección de Jesús, abrirá la tumba de aquél que siempre está libre entre los muertos: *inter mortuos liber?*

2° CORONACIÓN DE ESPINAS

Nuestro Rey Es cosa admirable cómo, en ciertas épocas, los misterios de la vida de Nuestro Señor toman un aspecto maravillosamente práctico. Dejando de lado el comentario personal, tomaré el comentario de la época para mostraros la devoción que debéis tener a Nuestro Señor presentado por Pilatos al pueblo judío cuando dice: “He aquí a vuestro rey” (Juan 19, 4). Un rey maniatado, flagelado, revestido con un pedazo de púrpura, coronado de espinas, llevando en la mano como cetro una caña. ¿No es esa la situación, no diré del Papa —la semejanza es demasiado llamativa y ha sido a menudo evocada—, sino de Nuestro Señor mismo frente a las sociedades modernas? ¿Existe algo más desolador?

Antiguamente los pueblos eran católicos, y si Nuestro Señor ha sido expulsado de las sociedades modernas, la culpa es de los católicos. Está en primer lugar la larga cadena de crímenes de nuestros padres a lo largo de las generaciones, luego y sobre todo están nuestras propias culpas. Si hoy asistimos al doloroso espectáculo de Nuestro Señor presentado a las poblaciones bajo las insignias de una realeza ridícula, como entonces en el pretorio, es por nuestra culpa, Hermanas mías. ¿Qué vendrá luego? Lo ignoramos. ¿Qué harán con este rey coronado de espinas? Sólo él lo sabe. ¿Cuáles son vuestros deberes frente a esta realeza humillada, despreciada, burlada, de esta realeza presa de la duda, del escepticismo, y negada en su principio? ¿No sentís que hay ahí para vosotras una obligación de extender el reino de Jesucristo? Os hablo como a muchachas inteligentes, capaces de comprenderme.

Planteada así la cuestión, yo os digo: Vuestra Congregación, considerada como un cuerpo moral, tiene aquí deberes. Vosotras que sois sus miembros y que habéis tomado como divisa esta palabra: *Adveniat regnum*

tuum, debéis cumplir vuestra misión. Ya que la fórmula de vuestra vida es esta oración: “Dios mío, que venga tu reino”, añadid: Sí, sin cesar, sin tregua, tengo que destruir en mí y a mi alrededor, todo cuanto se oponga a la realeza de Jesucristo; es necesario que contribuya con todas mis fuerzas a levantar esta realeza del abismo de humillación en que sus adversarios la han precipitado y que yo la rodee de majestad y de gloria.

Nuestras armas Ahora bien, ¿cuáles son los medios que vos mismo, Señor, habéis tomado para establecer vuestra realeza y hacerla penetrar en el orden social? Os veo en el pretorio revestido de oprobios y de dolores. Luego, durante tres siglos, haces participar a tu Iglesia y a tus mártires de tus ignominias; continúas padeciendo en ellos las humillaciones de tu Pasión. ¿Qué haré, pues, yo que quiero hacer volver vuestro Reino a la sociedad y ser el testigo del Evangelio no ya como los mártires en las hogueras, en el cadalso o en medio de los suplicios, sino en todas partes, en toda mi vida? Sí, ¿qué haré yo? ¡Oh! Tú mismo me respondes. Debo fundar vuestra realeza sobre el anonadamiento, debo hacer penetrar la noción de los anonadamientos de vuestra realeza principesca a través de la sociedad que se retira de ti.

¿Podemos negarlo, Hermanas mías? El gobierno social se retira de Dios. La sociedad se divide en dos campos muy distintos y realiza más que nunca el pensamiento de San Agustín, cuando dividía el mundo en dos grandes ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del diablo. Ya que vosotras sois guerreras en uno de los campos y que el enemigo despliega sus fuerzas ante vosotras, hay que tomar las armas para defender a la Jerusalén celeste. ¿Cuáles serán estas armas? No toméis otras distintas que las de Jesucristo. Ha querido servirse de la humilla-

ción, del anonadamiento divino, ¿cómo podríais vosotras proceder de otro modo? Mirad a vuestro Maestro. Os ha dejado este ejemplo, para que caminéis por sus sendas y hagáis llegar su Reino a este mundo. No tenéis otro camino posible. Tomad el gran principio de la humildad. Ahí está precisamente la antípoda del principio de la ciudad de Satanás, la fuerza y el poder de la ciudad de Dios. Satanás es el orgullo; le derribaréis mediante la humildad.

Mirad, pues, la manera como toda vuestra vida debe quedar investida por el principio de la humildad. Tomad la resolución seria, enérgica, de no dejar en adelante nada de vosotras mismas presa del orgullo, del amor propio, de la vanidad. Entrad profundamente en el sentido de aquella palabra de San Pablo, que ya os he citado: “Cristo no se ha complacido en sí mismo” (Romanos 15, 3).

Helo aquí, pues, Hermanas mías, aquél que es sacerdote para la eternidad, aquél en torno al cual los ángeles cantan el cántico de David: “*Tú eres sacerdote para la eternidad*” [Salmo 110, 4]; helo ahí revestido como un rey, antes de ser despojado como víctima.

¿Cuándo colocaremos nosotros la humillación en la vida social, como los mártires lo hicieron al entregar sus vidas bajo el hacha de los lictores o en las llamas de las hogueras? En aquel momento supremo de la muerte, se podía decir, al parecer, que iban a la destrucción definitiva. ¿Cuándo tomaremos la resolución de decirle a Dios: “Dios mío, pasará lo que tanga que pasar, pero quiero aceptar, según la obediencia y la regla, todas las humillaciones que me sean propuestas. Poco me importa ir a todos los abajamientos, a todos los anonadamientos, de los que me dais ejemplo en esta realeza paradójica, llena de contradicciones, de los que os reviste Pilatos. Él dijo:

“Tú eres rey”; os presentó en calidad de tal al populacho, embriagado de vuestra sangre; hizo clavar en la cruz la inscripción de vuestra realeza, después de haberos entregado a los golpes de los verdugos, a las burlas, a los insultos de la multitud.

Mirad, pues, mis Hermanas, lo que debéis hacer ante semejante espectáculo. Vais ante vuestro Crucifijo a adorar a Nuestro Señor coronado de espinas y moribundo; vais a adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, en el sagrario o en la custodia, pero siempre despojado de las insignias de su realeza y anonadado. ¿Acaso no le lleváis también mediante la comunión dentro de vosotras, donde está enterrado en la oscuridad de vuestro corazón? ¿Qué debería suceder en el corazón de una religiosa, embargada de amor y corriendo con santo ardor tras los anonadamientos del Salvador? ¿A quién deben dirigirse los insultos, los desprecios? ¿A Jesús o a ella? Ella, esposa culpable de infidelidad constante contra su esposo. Por poco que esta religiosa tenga un corazón, ¿puede dispensarse de pedir a Dios de invertir los papeles, de tomar para él la escasa gloria que ella es capaz de procurarle mediante su adoración y su amor, y de darle a ella, por su parte, los oprobios de Jesucristo? Se trata de restablecer el orden de las cosas, Hermanas mías: la gloria para Dios, para el Santo de los santos, la humillación para la esposa pecadora.

**Consecuencias
prácticas**

Vayamos a las consecuencias.
¿De qué os podéis quejar frente al silencio adorable de Nuestro

Señor flagelado y coronado de espinas? He aquí a Pilatos que os lo presenta, o bien, si lo preferís, estabais en el pretorio en la persona de las santas mujeres, y Pilatos os dice: “He aquí a vuestro rey”, y el pueblo responde: “No tenemos más rey que el César”. Vosotras levantáis la

voz y decís: “Sí, es mi rey, y frente a una sociedad que lo reniega, que lo expulsa de su seno, quiero restablecer su reino”.

Mis queridas hijas, nunca hubo un momento más propicio para una misión semejante. Desde hace siglos, la Reforma mina los fundamentos del trono de Jesucristo, y la Revolución, en los acontecimientos actuales, no hace sino proseguir su obra destructiva.

¿Queréis ser las súbditas de este rey destronado y entregaros, como hijas de la Asunción, durante tres o cuatro siglos, si es necesario, a este trabajo de restauración? Es una gran dicha la que el Señor os propone. Aceptad esta magnífica carga, pedid cada día la inteligencia más profunda de vuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. ¿Queréis ir a tomar a Nuestro Señor sobre aquella especie de plataforma en que Pilatos le ha hecho subir para mostrárselo como espectáculo de burla al pueblo judío? ¿lo queréis, aceptando todas las consecuencias de humillaciones y de sufrimientos para vosotras? La pregunta está claramente planteada, respondedla.

¿Sentís que vuestra divisa, *Adveniat regnum tuum*, colocada frente a la palabra: *Ecce rex vester*, es una respuesta magnífica? Una parte del pueblo exclama: *Non habemus regem nisi Caesarem*; no queremos saber nada de vuestro rey, hemos elegido al César, es decir al mundo con sus pasiones, a Satanás y su imperio. Y vosotras, el rebaño elegido y fiel, vosotras que amáis al Maestro y le habéis seguido en las humillaciones, respondéis: “Jesús, revestido con un pedazo de púrpura, armado con un cetro de caña, Jesús humillado, golpeado, saciado de oprobios, él es nuestro rey. *Adveniat regnum tuum!*”.

*Extracto de la 18ª Conferencia de Nimes,
27 de noviembre de 1870.*

LA CRUCIFIXIÓN

A propósito de la crucifixión, sólo haré tres consideraciones para vuestra seria reflexión: la sujeción de Nuestro Señor, la vergüenza y la humillación, y finalmente el sufrimiento.

1º La sujeción, son los clavos y los clavos son los santos votos. Los clavos atan a Nuestro Señor a la cruz; vuestros santos votos os clavan a la vida religiosa, al instrumento de vuestro suplicio, y esto hasta vuestro último suspiro. En la sujeción de Nuestro Señor está la salvación del mundo y la santificación de los elegidos; en la vuestra se encuentra vuestra salvación como cristianas, vuestra santificación como esposas de Nuestro Señor. Cuanto más perfecta sea la sujeción más asegurada estará vuestra salvación y completa vuestra santificación. Por el contrario, cuanto más os sacudáis esta sujeción y os liberéis de estos clavos, más comprometida estará vuestra salvación y más dudosa será vuestra santificación.

2º La vergüenza, la humillación. Es necesario que toméis vuestro partido de aceptar todas las vergüenzas divinas, a las que una esposa de Jesucristo está expuesta en todos los tiempos y más particularmente en el momento presente. Tal ha sido la parte de Jesús en el Calvario, y siempre será así. ¿Cómo se producirán tales humillaciones? No lo sé. ¿Pero quién de entre vosotras no ha padecido ya una confusión y cómo la ha aceptado? ¿Con su orgullo? Hermanas mías, hay una cosa que siempre me asombra, lo digo de mí como de vosotras, y es que tengamos el valor de mirar a una cruz y luego tengamos orgullo, amor propio y vanidad. Hacemos cien veces al día la señal de la cruz, en el oficio, en la misa, antes de nuestras acciones; besamos a menudo nuestro Crucifijo; se nos bendice en forma de cruz. De todas las enseñanzas, de las humillaciones y de las vergüenzas del Crucifijo, ¿qué

nos llevamos, qué conservamos? Nuestra soberbia, nuestra dignidad, nuestra vanidad, nuestra susceptibilidad y todos los demás sentimientos de orgullo. ¿Qué es nuestra vida, entonces, sino una gran mentira? Meditad esto, mis queridas hijas: Jesús mostrándoos su amor mediante sus humillaciones. Quisiera que aprendierais a ir a la humillación por el corazón, que mostrarais a Jesús cuánto le amáis mediante el amor a las humillaciones. Un convento habitado por muchas religiosas que actuaran así, sería un convento de santas, sería demasiado perfecto. Por eso no existe.

3° Los sufrimientos de Nuestro Señor. No sólo son tan horribles como la imaginación puede suponer, van más allá de toda imaginación. Se necesita el corazón de Dios para comprender todo lo que ha sufrido el Hombre-Dios en la delicadeza y la perfección de su naturaleza humana. Cuando hayáis contemplado a vuestro divino Salvador reducido a un estado semejante, decid: “Dios mío, después de haberos visto mostrar vuestro amor a los hombres mediante vuestro amor a la sujeción, a la vergüenza y al dolor, ¿cómo os amaré yo a mi vez? Aceptando todas las humillaciones que queráis imponerme, todos los sufrimientos que queráis infligirme. Los encuentro en el cumplimiento de mis votos, en las obligaciones de la regla, en las humillaciones de la vida común, en todas las penas que mi vocación me impone”.

¿Os contentaréis con manteneros al pie de la cruz? No, iréis más alto. Y cuando estéis atrapadas por este triple orden de quebrantos, que vengan de Dios, del prójimo o de vosotras mismas, ¿qué haréis? Os sujetaréis a la cruz mediante los santos votos, como Jesús lo está a la suya mediante los clavos, y allí, atadas al instrumento de vuestro suplicio, aceptaréis vuestras penas, vuestros dolores, vuestra vergüenza, como Nuestro Señor ha aceptado los insultos de los fariseos, los gritos del populacho y el odio de sus enemigos que meneaban la cabeza delante de él.

Colocaos frente a Dios Padre con Jesús víctima, sobre quien Dios descarga los tesoros de su cólera y de sus venganzas; colocaos ahí y ved qué es lo que no podéis llevar.

Para terminar, Hermanas mías, y tras mostraros lo que debéis hacer en cuanto religiosas desde el punto de vista de la santificación personal, dejadme que os aconseje prescindir también de vuestra personalidad como religiosas. Nuestro Señor se ha olvidado de sí, no se ha estimado en nada sobre la cruz. Así debéis hacer vosotras, no ser ya vosotras para vosotras, sino convertiros en víctimas y ofreceros para la salvación de las almas y por la Iglesia. Sois esposas de Jesús crucificado, muriendo por los hombres. ¿No podéis tomar la resolución de olvidaros de vosotras mismas, de consagrar toda vuestra vida a llevar la cruz y aceptar la elevación de la crucifixión? Si Jesucristo ha querido hacer totalmente solo la obra de la salvación del género humano, ¿acaso no os ha pedido sin embargo vuestra participación? Id, pues, y decid: “Tomadme, Señor, con lo poco que valgo, según la medida del sacrificio que me ha sido puesto en el corazón, y que espero aumentaréis cada día. Quiero caminar en la sencillez de mi amor y en la vergüenza de la cruz, con el fin de poder satisfacer vuestra justicia por los pecados de los hombres y los sufrimientos de la Iglesia; y así, yendo a vos en la humillación de vuestra Pasión, seré de aquellas que aumentan el tesoro de las riquezas místicas de vuestra Iglesia, de tal manera que pueda cumplir la palabra de vuestro Apóstol: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi* (Colosenses 1, 24). Así es como, en ese gran honor que me hacéis de poder añadir algo a la redención del género humano, podré también añadir algo a la dimensión de mi amor y hacerle inmenso para vuestra gracia”.

*Extracto de la 19ª Conferencia de Nimes,
28 de noviembre de 1870.*

3°

LAS CINCO LLAGAS

El Señor ha colocado sobre su Hijo las iniquidades de todos nosotros, y por ello le tortura en todo su ser. *O vos omnes qui transitis* [vosotros, todos los que pasáis por el camino] [Lamentaciones 1, 12]. Su cabeza ha sido coronada de espinas, su cuerpo triturado por la flagelación. Ahora son los clavos los que atraviesan sus pies y sus manos, y el alma unida al cuerpo le da su capacidad tan perfecta de sufrir. Y como no existe alma más perfecta que la del Salvador, no hay otra que pueda comunicar al cuerpo una mayor capacidad de sufrimiento.

I. Expiación

Helo ahí colgado en la cruz. Sus pies son un signo de vida; van a todas partes donde la acción necesita la presencia del cuerpo. Pero ahora están dolorosamente inmóviles. ¿A dónde no os ha llevado el pecado? ¿A qué espectáculos, a qué reuniones, a qué gestiones? Vuestros pies, servidores de vuestra voluntad, han pecado y por eso Jesús sufre en los suyos: *foderunt manus meas et pedes meos* [Salmo 22, 17].

Las manos también han sido instrumentos de pecado. La glotonería, la vanidad, el deseo de agradar, se servían de las manos. Las de Jesús están atravesadas por causa de vosotras: *foderunt manus meas et pedes meos*.

Pero en esta horrible suspensión, el cuerpo entero del Salvador expía: *Dinumeraverunt omnia ossa mea* [Salmo 22, 18]. Expía, este cuerpo sagrado, todas las manchas de la carne. Así es como los pies atravesados, atado a la cruz, es por excelencia el hombre de dolores, que hurga en todas nuestras enfermedades para curarlas. He ahí su expiación. Colocado entre el cielo y la tierra, expía por todos los pecadores, y por nosotros en particular. ¿Cuáles son nuestros pecados más habituales que expía de modo

especial? A vosotras os corresponde preguntárselo. Porque ¿qué pecado no es expiado por estas sagradas llagas que derraman la sangre a raudales?

Considerad esta víctima, tan cruelmente encadenada al altar, donde debe satisfacer por los pecados de los hombres y mirad cómo, vosotras también, debéis ataros a la cruz y decir con el Apóstol: *Christo confixus sum cruci* [con Cristo estoy crucificado] [Gálatas 2, 19].

II. Prueba de amor

He aquí, ciertamente, la prueba más asombrosa. ¿Qué más ha debido hacer Jesucristo que no haya hecho? ¿Morir? Él ha muerto. ¡Y con qué cortejo de torturas! ¡Cómo han precedido los suplicios, cómo se han proseguido hasta el último suspiro! No quiero convocar aquí a los grandes pecadores, es inútil; quiero dirigirme a lo que supongo de más santo en el pueblo de Dios. Fuera del pecado original, ¿podrías afirmar que en vuestro pasado nunca hubo falta mortal? He aquí el amor del padre del hijo pródigo. Estabas muerto, te recibe en la vida; pero para eso él muere por ti. Vuestro odio, manifestado en el pecado mortal, parece un nuevo aguijón para su amor. ¿Dónde has pecado? ¿En tu inteligencia? Te han mostrado su cabeza desgarrada por la corona de espinas. ¿En tus sentidos? Mira sus pies, sus manos perforadas, y cómo la sangre que fluye de ellos se une a la de la flagelación para lavarte.

¡Qué amor y cómo no exclamar: *Sic nos amantem quis non redamaret*, y dar prueba de nuestro amor aceptando el sufrimiento como a él le plazca enviárnoslo!

III. Enseñanza para la imitación

Cada uno será castigado por donde ha pecado; es lo que el Salvador nos enseña. Expía los detalles de todas nuestras faltas, pero quiere que caminemos por sus sendas. ¿Cuándo comenzaremos a tomar uno a uno nuestros pecados para ofrecer por cada uno de ellos una expiación especial? ¿Qué ciencia de la penitencia no adquiriríamos si buscáramos esforzarnos por dar a cada uno de nuestros pecados la expiación que le es propia! ¡Qué cambio radical de una vida culpable!

Se trata de pequeñas cosas, de faltas ligeras, dirás. Muy bien, pues haz penitencias ligeras. Quizá, si suples a la escasez de expiaciones que ofreces con una contrición tanto más grande, podría suceder que experimentarás el sentimiento de ofrecer algo más, a medida que la gravedad de tus pecados te aparecerá más claramente. Pero en esta invitación de Jesús ofreciéndote sus llagas está el sentimiento de quien es la inocencia misma y que sufre por los demás. ¿Cuándo será tu espíritu lo suficientemente cristiano para aceptar sufrir por los pecadores y participar en este aspecto tan fecundo de las llagas del divino Maestro?

IV. Medio de unión

En Roma, las basílicas mayores tienen cinco puertas, que simbólicamente representan las cinco llagas del Salvador. Por ellas se penetra en el interior del santuario, se llega hasta las confesiones o a los altares, en una palabra, se va a solicitar las gracias, que Dios dispensa más abundantemente en ciertos lugares más favorecidos. ¡Oh!, cuando el Salvador quiso mostrar a los judíos de una manera figurativa que moriría y resucitaría, les dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré” [Juan 2, 19], y el evangelista observa que hablaba del templo de su cuerpo.

¿Qué templo más admirable, en efecto, que aquel en que habita la divinidad corporalmente en su plenitud, siguiendo la expresión de San Pablo? Pues bien, las cinco llagas de la cruz son las puertas misteriosas por las que somos invitados a entrar en el divino templo, en un momento destruido por los judíos, pero en menos de tres días gloriosamente reconstruido. Sí, en él habita la divinidad. Sí, tras los velos, tras los muros de ese cuerpo, podemos encontrar a Dios. Ahí es donde se realiza la unión, cuando las llagas divinas han derramado suficiente sangre para purificar nuestras almas, y cuando en esta unión, dolorosa aquí abajo pero allá arriba llena de gloria, Jesús resucitado quiere conservar la marca de sus llagas. Es su gloria, son las puertas divinas siempre abiertas.

Vayamos a las llagas del Salvador; que los clavos de la cruz atraviesen nuestras manos y nuestros pies; que nuestro costado abierto permita a nuestro corazón lanzarse en aquel del divino Maestro, y la unión se consumará en el amor sufriente en la tierra y en el amor triunfante en el cielo.

RESURRECCIÓN

Surrexit, non est hic
[Marcos 16, 6].

He aquí, dice Bourdaloue, lo que se puede grabar sobre la tumba de Jesucristo, la única inscripción que conviene a la tumba de un hombre resucitado. Porque la tumba de Jesucristo es la única que la fe nos muestra como no teniendo nada que devolver en el último día. Examinemos por qué este prodigio de la resurrección.

1º Por parte de la adorable Trinidad la resurrección era debida, a causa de las humillaciones mediante las que él le había rendido gloria y reparación.

2° Por parte de Jesucristo, la resurrección es la base de la predicación evangélica y de nuestra fe.

3° Por nuestra parte es, con el principio de la fe recibida, la garantía de nuestra reconciliación, de nuestra esperanza y de nuestra gloria.

**1° Por parte de la
Trinidad**

La resurrección debida a Jesucristo por parte de la Trinidad. Cuando me sirvo de esta expresión, hay que establecer con Santo Tomás y San Agustín que, sin duda, Dios pudo salvar a los hombres del pecado por otro medio distinto de la muerte del Salvador; pero desde el momento en que Dios ha establecido este medio, es necesario que algunas consecuencias se sigan. Ahora bien, Jesucristo era inocente. La muerte no le era debida. Era Dios y hombre; la divinidad comunicaba personalmente a su cuerpo la incorruptibilidad. Sin embargo quiso morir para satisfacer la justicia divina y para darle una gloria que ninguna otra criatura podía darle, porque ninguna otra criatura estaba como él personalmente unida a un Dios.

Pero Dios, que abunda en riquezas, ¿permitirá que una criatura le devuelva más de lo que haya recibido? Esto es inadmisibile... Jesucristo ha dado su vida a su Padre, el Padre devolverá a su cuerpo una vida mil veces más santa y más bella. Que Jesucristo haya tenido esta vida desde el primer momento de su encarnación, es algo de lo que no quiero ocuparme aquí; la ha tenido, manifiesta, tras su muerte, y era lo que se necesitaba sobre todo para consuelo de los cristianos rescatados por su muerte. Ahora bien, Jesucristo ha ofrecido a su Padre una humillación tan grande y tan profundos sufrimientos, una gloria, la única digna de la Trinidad, ya que era ofrecida por un Dios; mirad qué poder, qué dicha, qué gloria no debía recibir Jesucristo y cómo, a causa de esto mismo, debía

resucitar. *Nonne oportuit haec Christum pati, et ita intrare in gloriam suam?* [Lucas 24, 26].

**2º Por parte de
Jesucristo**

La resurrección, base de la predicación apostólica. San Juan cuida de decirnos que la gracia y la verdad han sido hechas, es decir, comunicadas por Jesucristo: la gracia, acabamos de verlo, en el perdón concedido a los hombres por la muerte de Jesucristo; en cuanto a la verdad, es moral y lógico que quien exige la fe dé pruebas, dice San Ambrosio. Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, debía dar la prueba de la verdad de su enseñanza. Esta prueba es la resurrección. Si Jesucristo no ha resucitado de entre los muertos, nuestra predicación es vana y nuestra fe lo es también. En tal caso, comamos y bebamos que mañana moriremos. Ya no habría moral, ni ley evangélica, ni predicación autorizada, ni fe exigible. Pero si Jesucristo ha resucitado, él prueba: 1º que es Dios, ya que resucita por su propia virtud; 2º que él es todo cuanto anuncia, y que todo cuanto predica o hace predicar mediante sus enviados es la verdad. Por consiguiente, debemos creerle y tal es la base de nuestra fe. Era necesario que Jesucristo muriese, para resucitar y probar así que él era el verdadero predicador. *Ego autem constitutus sum a Deo super Sion, montem sanctum eius, praedicans praeceptum eius* [Salmo 2, 6-7].

3º Por nuestra parte Por nuestra parte, la resurrección es la base de la fe recibida, la garantía de nuestra reconciliación, de nuestra esperanza, de nuestra gloria.

Acabo de decirlo, por su resurrección Jesús ha traído la fe a los hombres; él es su autor, y también su consumidor. Efectivamente, ¡cuántos hombres escuchan la Palabra de Dios y no quieren comprenderla! Jesús es el

autor de la fe. Pero no se le recibe ni a él ni a la verdad que él trae: ¿para cuántos hombres la fe no es más que una carta cerrada? Pero para quienes la quieren recibir, ¿de qué riquezas no es la fuente? Sólo que, con el don de Dios, se necesita la voluntad de recibirlo.

Pero Jesucristo ha dispuesto las cosas de tal modo que la resurrección es un hecho y que si la resurrección es negada, ya no es posible admitir ningún hecho como cierto en el pasado de la historia. No es el lugar de demostrar esta afirmación, pero es indudable, de modo que después de diecinueve siglos la Iglesia tiene derecho a decir: O creéis en la resurrección, o dudad de cuanto se cuenta del pasado de los pueblos.

Es la garantía de nuestra reconciliación. Se ofrecían víctimas, incluso humanas; pero qué eran sino una gran impotencia, ya que había que destruirlas y renovarlas. Jesús expira, pero para mostrar que su sacrificio es superabundante, no se queda en la tumba más que el tiempo necesario para constatar su muerte. Muere por nuestros pecados, resucita para nuestra justificación. La prueba de que su obra de perdón queda coronada con éxito, es que retoma la vida.

Garantía de nuestra esperanza. En efecto, nos invita a tomar parte en su resurrección. *Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt, quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quae sursum sunt, sapite, non quae super terram* [Colosenses 3, 1-2]. De ahí el desprecio de lo que pasa, el deseo de lo eterno. Mundo nuevo, aspiraciones nuevas. No estamos aún en el cielo, ya no somos de la tierra.

Garantía de gloria. Es el trabajo de Dios. Yo decía, hace unos días, que este trabajo se realiza aquí abajo, sobre todo mediante la Eucaristía, pero el resultado del trabajo

en sí mismo, ¿qué es? El trabajo es el esfuerzo perpetuo de la gracia que nos transforma. Escuchad al Apóstol: *Aeternum gloriae pondus operatur in nobis* [2 Corintios 4, 17]. He aquí esta gloria inmensa que somos incapaces de llevar. Como una roca inmensa que rueda de la montaña y se hunde poco a poco en la tierra empapada por la lluvia, así es el principio de la gloria en nosotros. He ahí el trabajo. El resultado es que comenzamos a unirnos a la gloria de Dios. La realización completa no puede tener lugar aquí abajo, pero aquí comienza: *Aeternum gloriae pondus*. Estamos en el comienzo: *initium aliquod creaturae eius* [como las primicias de sus criaturas] [Santiago 1, 18].

Dejémosle actuar a este divino Salvador y nos dará la gracia y la gloria: *Gratiam et gloriam dabit Dominus* [Salmo 84, 12].

Devoción al Santísimo Sacramento

La Eucaristía es el memorial de la Pasión del Salvador; memorial tanto más vivo cuanto más se haya meditado fructuosamente la vida, la doctrina y los misterios del divino Maestro: la devoción al Santísimo Sacramento está en la cúspide de nuestro amor a Jesucristo.

El Padre d'Alzon redactó en 1874 unas meditaciones para una octava al Santísimo Sacramento (Ver: Méditations sur la Perfection religieuse, tomo I), que presenta al Padre Picard como un comentario a nuestra devoción eucarística. Se había inspirado en una octava al Santísimo Sacramento predicada en Alès en 1861, de cuyas instrucciones una fiel oyente nos ha conservado siete; la octava llevaba el título de Jesús Dios. Cuatro de estas instrucciones fueron también predicadas, durante la Cuaresma de 1862, a las Adoratrices del Santísimo Sacramento (Ver: Eucharistie Lumière de vie, en los Cahiers du P. Alzon, 1953). Hemos seleccionado aquí:

1. Una meditación sobre la Eucaristía, incluida por el Padre Picard en su edición del Directorio, cuyo original no se ha podido hallar:

2. La Octava del Santísimo Sacramento predicada en Alès durante la Cuaresma de 1862, retomando la instrucción sobre Jesús Dios.

3. Algunos pensamientos sobre la Eucaristía sacados de su correspondencia.



MEDITACIÓN SOBRE LA EUCARISTÍA

Si amo realmente a Nuestro Señor, he de buscarlo ante todo en el Sacramento de su amor. Está en él como el objeto y el modelo de mis adoraciones, como mi fuerza para atraerle auténticos adoradores.

1º Eucaristía, objeto de mi adoración

Jesús es mi Dios. Verbo eterno, ha podido tomar la forma de esclavo; ha podido anonadarse en las humillaciones del Calvario y en las admirables impotencias del sagrario, pero sigue siendo el esplendor del Padre y el Dios eterno, merecedor de mis adoraciones.

Los abandonos a los que se condena en el sagrario, los insultos que aguanta en él, la paciencia de que da prueba, lejos de aminorar mi respeto y mi culto, deben por el contrario inclinar mi alma a una adoración y a una obediencia tanto mayores cuanto más pequeño se hace Jesús por amor a mí.

Mi fe descubre bajo las especies eucarísticas el ser de Dios, océano de poder, de luz y de amor.

Océano de poder. Tiene la plenitud del ser, tiene derecho a la plenitud de mi obediencia. ¿Soy consciente de su poder?... ¿Me pongo a sus pies como la criatura a los pies de su Creador?... *Substantia mea tanquam nihilum ante te* [mi existencia cual nada es ante ti] [Salmo 39, 6].

Océano de luz. Lux vera. La lámpara que ilumina a la Jerusalén de las almas, es Jesucristo. *Et lucerna ejus est agnus* [Apocalipsis 21, 23]; debe alumbrar todos los rincones y disipar todas las tinieblas. Debo ver todas las cosas en él, entrar en sus puntos de vista, aclarar mis juicios a la luz de su juicio, aplicarme a ver las cosas como



él las ve. ¿Cómo puedo yo preferir mis puntos de vista humanos y mi sabiduría limitada a esos puntos de vista, a esta sabiduría de mi Maestro?

Sumisión del espíritu, adhesión de la inteligencia, adoración plena, he ahí lo que le debo a esta luz oculta, si deseo ser un auténtico adorador. ¿Lo he entendido? ¿Estoy decidido a someter mi sabiduría llena de oscuridad a esta sabiduría infinita?

Océano de amor: Exinanivit semetipsum [se despojó de sí mismo] [Filipenses 2, 7]. El corazón de un Dios ha realizado esta maravilla. ¿Por qué mi corazón sigue tan frío? ¿Por qué mi voluntad es rebelde? ¡Basta de rebelión, basta de resistencia! Mi corazón pertenece a Dios e inmoló al pie del sagrario mi voluntad y toda mi capacidad de amar.

2º Eucaristía, modelo de mi adoración

Jesús es mi Dios. En cuanto Dios, es el objeto de mi culto; pero ¿quién me enseñará a adorar en espíritu y en verdad?... Sólo Él. Y en el sagrario se presenta como el más perfecto adorador. *Agnus tanquam occisus* [Apocalipsis 5, 6].

Nuestra característica, como religiosos consagrados a la virginidad, es seguir al Cordero a dondequiera que vaya. *Hi sequuntur Agnum quocumque ierit: virgines enim sunt* [Apocalipsis 14, 4]. Para conquistar la gloria de seguirle en el paraíso hay que seguirle en la vida real y mística del sagrario y aprender de él a adorar a su Padre en la pureza, la paciencia, el poder, el agradecimiento, la inmolación.

Pureza. Agnus sine macula [Éxodo 12, 5]. El esplendor virginal que brota del Cordero ha de reflejarse en el alma del religioso, revestido con su sangre inmaculada; ha de presentarse a su Padre separado de toda criatura. Como el incienso, ha de consumirse, y su oración ha de elevarse pura y desinteresada hacia el trono del Padre.

¿A qué se debe que rece yo tan mal? ¿Cómo me atrevo a presentarme ante Dios y osar adorarle con un alma preocupada por las cosas terrestres y un corazón plagado de imperfecciones?

Paciencia. ¿Qué hace el Cordero en el silencio de la Eucaristía? Espera, es paciente; tiene sus derechos, pero no los reclama; es todopoderoso, pero no emplea su poder. Ve acercarse a un alma distraída..., presa de sus pasiones..., ingrata... La acoge, no se irrita, la soporta y adora en su lugar. Escuchemos su palabra: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde* [Mateo 11, 29]. Dulzura y humildad, ¿son ésas las características de mi adoración?

Como religioso, ofrezco el Santo Sacrificio de la Misa; comulgo, visito al Santísimo Sacramento, le adoro. Mi adoración ¿sale de un corazón auténticamente humilde, que lleva con paciencia el peso de la gracia o el peso de las almas, que está dispuesto a reconocer los derechos de su Dios mediante una paciencia capaz de todos los sacrificios?

Poder. El Cordero es poderoso; se nos presenta como a San Juan cargando sobre sus espaldas todos los pecados del mundo que sólo él puede borrar. *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi* [Juan 1, 29]. Como Pontífice está sentado a la diestra de su Padre, intercediendo sin cesar por nosotros. En cuanto adorador, se anonada en el sagrario interpelando con el mismo poder y la misma autoridad.

El religioso, en la adoración, puede tomar parte en este poder de intercesión de Jesús. Cristo resucitado ya no muere más, pero prosigue su obra de intercesor en su cuerpo místico, que es la Iglesia.

¿Qué hace el religioso cuando adora? Representa a la Iglesia, reza con una autoridad que no es suya, pero es una autoridad todopoderosa; transmite por los labios divinos del Mediador celeste su oración en pro de las almas. Va sacando a las almas de las llamas del purgatorio

y obteniendo la conversión de los pecadores, el fervor de los tibios, la perseverancia de los santos, el triunfo de la Iglesia, la extensión del Reino de Dios.

¡Cuántas almas de regreso, fortalecidas, santificadas mediante esa oración frágil del religioso adorador, unida a la oración todopoderosa del adorador por excelencia!

Agradecimiento. Cuando el sacerdote ha comulgado con el cuerpo adorable del Salvador, dice estas palabras: *Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* [Salmo 116, 12]. Dios posee los derechos de su justicia, el Cordero los resarce. Pero el Cordero tiene derechos sobre mí; puede exigirlo todo, ya que le debo todo, le he ofrecido todo, entregado todo mediante mi profesión. ¿Qué le responderé cuando me pregunte: Qué has hecho con mis gracias? ¡Qué lástima!, he dicho sólo a flor de labios: *Quid retribuam Domino?* ¡Y he abusado de sus dones!

Inmolación. El Cordero es la víctima. Desde el origen del mundo, ha elegido revestir ese carácter: *Occisus est ab origine mundi* [Apocalipsis 13, 8]. ¿Y dónde brilla ese carácter con mayor bondad que en la Eucaristía? Llamado a seguir al Cordero he de ser como la víctima llevada al sacrificio: *Sicut ovis ad occisionem ducetur* [Isaías 53, 7]. No se trata de arrodillarme sobre un reclinatorio, ni siquiera sobre la tierra desnuda; sobre el altar es donde debo derramar mi corazón, como una víctima dispuesta a la inmolación y expuesta a las justicias divinas.

¿Qué quedaba de la víctima una vez pasada por el fuego del holocausto? Nada. ¿Qué quedará de mí, si quiero ser un perfecto adorador como el Cordero inmolado, como la Hostia sobre el altar? Nada. La destrucción total de mi propia vida, de mi personalidad, de mis exigencias, de mis voluntades, de mi ser de pecador, tal es el final sublime de mi adoración. ¿Lo he comprendido hasta ahora? *Deus det nobis sensum* [1 Juan 5, 20].

3º Eucaristía, fuerza para atraer a Jesús auténticos adoradores

¡Qué poder confiado al corazón del sacerdote, que hace descender sobre el altar a la Víctima inmolada desde el principio del mundo! ¡Qué poder confiado al religioso que, mediante la comunión y la inmolación voluntaria, se une a Jesús Eucaristía! ¿A qué se debe que use yo tan poco esta autoridad soberana?

El siglo que ha visto la fundación de mi familia religiosa es un siglo de rebelión; diviniza al hombre y niega los derechos de Dios. Por eso la Iglesia ha hecho de él el siglo de María y el siglo del Santísimo Sacramento; por eso he tomado por divisa *Adveniat regnum tuum* [Mateo 6, 10]. Proclamar los derechos de Dios, los derechos de Jesucristo en medio de sus anonadamientos eucarísticos, restaurar el culto al Santísimo Sacramento, gustar de la liturgia, propagar las Cuarenta Horas, las procesiones, en una palabra, todos los actos mediante los que el hombre afirma los derechos y el triunfo de Jesucristo en la Eucaristía, ésa es mi misión.

Sólo Jesús puede darme el comprender esta misión y la fuerza para cumplirla. Me atrae mediante su amor hacia el sagrario; desea unirse a mí cada día. Quiere por mi medio dar frutos de vida eterna: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo... Hic fert fructum multum* [Juan 6, 56; 15, 5].

¿Qué he hecho de esta fuerza?... ¿Soy un apóstol?... ¿Estoy unido a Nuestro Señor como un verdadero adorador?... ¿Le está consagrada toda mi vida de modo que mediante mi oración, mi conducta, mis sacrificios y mi palabra, pueda él restaurar los derechos de su Padre y multiplicar el número de los auténticos adoradores?



OCTAVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I. JESÚS PAN VIVO

*Ego sum panis vivus qui de
coelo descendi [Juan 6, 51].*

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo.

La Eucaristía es un pan vivo, un pan divino, un alimento completamente celestial y a este misterio, considerado el alimento del alma cristiana, ha de dirigirse toda nuestra atención. El catecismo da la siguiente definición de este adorable Sacramento: La Eucaristía es un Sacramento que contiene realmente y en verdad el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Vamos a meditar sobre el cuerpo de Nuestro Señor, principio de pureza; sobre su sangre, principio de vida; sobre su alma, principio de santidad; sobre su divinidad entera, principio de gloria.

I. El cuerpo de Cristo, principio de pureza En primer lugar, el Cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo es para nosotros el principio de toda pureza. Desde el pecado del primer hombre, toda carne ha corrompido su camino, y he ahí por qué nuestra carne, nuestro cuerpo, todas nuestras inclinaciones naturales no son sino corrupción. En efecto, siempre buscamos nuestra comodidad, adulamos constantemente a nuestro cuerpo, corremos tras las satisfacciones materiales que piden nuestros sentidos, y así es como nuestra vida se torna completamente terrestre, completamente sumergida en la materia, y así, cegados por las cosas de este mundo, ya no podemos entender nada de aque-



lla vida completamente pura y angélica que llevan en la tierra algunas almas que han comprendido el respeto que deben no sólo al cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, sino también a su propio cuerpo convertido en templo del Espíritu Santo. Para tanta corrupción extendida por el mundo se necesitaba una reparación, y para reparar la carne corrompida mediante una carne totalmente pura, Nuestro Señor Jesucristo ha tomado un cuerpo, y al darnos este cuerpo en la Eucaristía, quisiera comunicarnos su pureza; quisiera arrancarnos de la vida de los sentidos, arrancarnos de nuestra propia carne que no es sino corrupción, para que nuestras almas, hechas para él, puedan volar hacia las cosas eternas. ¡Oh!, ¿por qué nuestro cuerpo, que tan a menudo se convierte en la morada del Dios de toda pureza, ha de mancharse sin cesar por la búsqueda de mil satisfacciones vanas?... No son pecados, se me dirá: quizá no. Pero son lazos que retienen cautiva a nuestra alma y obstáculos que impiden a la vida divina extenderse en nosotros.

II. La sangre de Cristo, principio de vida

Esta vida divina se nos comunica mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Aunque en el hombre el cuerpo unido a la sangre constituye la vida, sin embargo en la sangre es donde reside principalmente. Y ésa es la razón por la cual en numerosos pasajes de la Sagrada Escritura se habla siempre de modo separado del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. *El que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida en sí mismo* [Juan 6, 54], y así en muchos pasajes análogos. También se dice en otra parte: *Sacaréis agua con gozo de la fuente del Señor* [Isaías 12, 3]. ¿Cuáles son esas fuentes?... Son las llagas causadas por la corona de espinas en la cabeza sagrada de Nuestro Señor, son las llagas en sus pies, en sus manos, la herida de su costado. ¡He ahí las fuentes por las que brota esta

sangre adorable que se esparce luego por nuestras almas mediante la Eucaristía para vivificarlas, regarlas, transformarlas!... Considerad el efecto de esta sangre preciosa desde vuestro bautismo hasta vuestra última comunión y ved si la vida divina ha tomado en vosotros el lugar de la vida humana... Y si, tras tantas comuniones, seguimos siendo tibios y macilentos, entonces es que, por decirlo así, desviamos esas aguas vivificantes y les impedimos regar nuestra alma, inundarla para reanimar en ella aquella vida divina, que Nuestro Señor desea ardientemente expandir en nosotros.

III. El alma de Cristo, principio de santidad

¡Oh!, ¿quién pudiera decir o sencillamente comprender las maravillas de santidad encerradas en el alma humana de Nuestro Señor Jesucristo? Dios Padre ha dicho que ponía en él todas sus complacencias y el Padre celestial no puede complacerse en nada que esté manchado. Nuestro Señor, al entrar en nuestro corazón, quiere comunicarnos esta santidad, y si no somos santos es porque el amor de Nuestro Señor, al no encontrar un asidero en nuestro corazón, resbala sin dejar huella. Nuestra alma es como una piedra fría, o como un mármol pulido, e impedimos a Nuestro Señor operar el prodigio que realizó antiguamente el profeta Eliseo en el hijo de la Sunamita, cuando extendiéndose sobre el cuerpo inanimado del niño le comunicó una vida nueva. La santidad se nos ofrece en la sagrada Comunión, pero, ¿cómo van a comprender las almas tan ocupadas de sí mismas, tan enamoradas de las cosas de la tierra, aquel cántico de los Ángeles ante el Altísimo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus!* [Isaías 6, 3]. ¿Por qué nos negamos a identificarnos con ese Dios tres veces santo?... Porque la santidad nos parece penosa y difícil y preferimos, en lugar de elevarnos hacia Dios, hundirnos de nuevo en una vida cómoda, agradable, pero opuesta a la vida divina.

IV. La divinidad de Cristo, principio de gloria

La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo que recibimos entera en la sagrada Eucaristía es para nosotros principio de gloria como indican las palabras que pronuncia el sacerdote al dar la Comunión: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te guarde para la vida eterna*. Nuestro Señor quiere grabar en nosotros su imagen y su vida como un sello de gloria eterna, ¡y nosotros nos negamos a dejarle actuar!... Quisiera, por decirlo así, hacer de nosotros *dioses* ¡y rechazamos esta sublime transformación! He ahí la condenación de todos nosotros, ya comulguemos a menudo, ya nos acerquemos a la Mesa santa rara vez. No soy lo suficientemente santo para comulgar a menudo, dicen algunos, y he ahí precisamente su crimen. ¡Así pues! Jesucristo nos ofrece la santidad en la Eucaristía ¿y nosotros rehusamos comulgar porque no queremos tomarnos la molestia de preparar nuestra alma?... Somos culpables si no comulgamos o si comulgamos sin fervor y, por lo tanto, sin fruto, y rechazamos la pureza que está en el cuerpo adorable de Jesucristo, la vida divina que está en su sangre, la santidad que está en su alma y finalmente el sello de su divinidad que quiere imprimir en nosotros para la eternidad.

Antes de abandonar esta capilla, Señoras, tomad a los pies de Nuestro Señor una sola resolución, la de dejarle actuar a él solo en vuestra alma y no volver a poner obstáculos a los efectos de su amor en la sagrada Comunión.

II. JESÚS VÍCTIMA

Vi en medio del Trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos, un cordero como degollado [Apocalipsis 5, 6].

¿Cuál es ese cordero que vio el apóstol cuando le fue dado contemplar las maravillas del Cielo?... Este cordero, esta víctima que estaba en medio del trono, es Nuestro Señor Jesucristo y le contemplamos hoy en la Eucaristía como víctima inmolada para la salvación del mundo. ¿Qué veis cuando asistís a la misa?... Un sacerdote revestido de ornamentos simbólicos sube al altar; en el momento de la Consagración sus palabras hacen bajar a Jesucristo sobre este mismo altar. Tras haber tomado su parte de la víctima, la distribuye a los fieles que se acercan a la santa Mesa, y este augusto sacrificio en que Jesucristo es siempre la víctima, se renueva todos los días, un número infinito de veces, de Oriente a Occidente.

Vamos a considerar en primer lugar lo que es Nuestro Señor Jesucristo como víctima, lo que hace como víctima y finalmente lo que espera de nosotros tras haber sido víctima por nuestros pecados.

I. La Víctima ofrecida al Padre celestial

Y ante todo, ¿quién es esta víctima ofrecida al Padre celestial?

Es Nuestro Señor Jesucristo con su inteligencia humana, con su corazón de hombre, con su cuerpo unido a la divinidad, y toda su naturaleza humana unida a su naturaleza divina recibe de ella una perfección que no podemos imaginar. Esta víctima tan perfecta es la que viene a ofrecerse a su Padre, diciendo: *No has querido la sangre de machos cabríos y toros, y he dicho: heme aquí. Heme aquí para hacer tu voluntad* [Hebreos 10, 8-9]. Y entonces el Padre aceptando esta oblación ha tomado todas las iniquidades cometidas desde el comienzo del mundo y todas las que van a cometerse hasta el final de los siglos, ¡y las ha colocado sobre esta Víctima única! ¿Podremos algún día comprender todo lo que ha sufrido Nuestro Señor Jesucristo en su inteligencia humana, la más perfecta que haya existido nunca, al verse cargado

con todos estos crímenes? Esta inteligencia tan pura fue, por así decir, aplastada bajo el peso de tantas prevaricaciones. ¿Y qué decir de los sufrimientos de su corazón, de aquel corazón que amaba tanto a los hombres y que preveía lo poco que iba a ser amado?... ¿Le ha ahorrado acaso sufrimientos a su cuerpo, al que la unión con la Divinidad le comunicaba una delicadeza, una sensibilidad que nunca podremos comprender?... ¿Le ha ahorrado sufrimientos en el Huerto de los Olivos, en el Pretorio, en el Calvario? En la Eucaristía Nuestro Señor ya no puede ni sufrir, ni morir corporalmente, pero no deja por eso de ser víctima. En el momento en que las palabras del sacerdote le hacen bajar al altar, es ciertamente aquel cordero como degollado que vio el Apóstol. Cargado con todos los crímenes de los hombres, su inteligencia, su corazón, su cuerpo, su divinidad entera queda anonadada, y queda aún más velado, más escondido por todas estas prevaricaciones que expía, que bajo las especies sacramentales.

II. Víctima de expiación y propiciación

¿Qué hace Nuestro Señor Jesucristo como víctima en la Eucaristía?... No solamente sufre, sino que además acepta, padece

todos los dolores que le imponen las continuas ingratitudes de los hombres. Abandonado por aquellos mismos por quienes se ha entregado a los abajamientos de la Eucaristía, nuestro divino Salvador, desde el fondo de los sagrarios, ve a hombres insensibles a su amor, arrastrados por las cosas del mundo, rechazando los tesoros que se les ofrece en la sagrada Comunión y poniendo a veces una vida entera de intervalo entre su Primera Comunión y el Viático. Hagámonos una idea, si es posible, de los tormentos impuestos a esta inteligencia sagrada, ante la contemplación de tanto olvido y, más que nada, ante el insulto hecho a su Padre celestial mediante los crímenes de los hombres. ¡Oh!, si pudiéramos comprender lo que su-

pone un solo pecado mortal para la inteligencia purísima y para el corazón perfectísimo de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué no haríamos para disminuir su número?... ¡Pensemos al menos todas las mañanas al asistir a la misa, que Nuestro Señor se ofrece por todos los pecados cometidos sobre la faz de la tierra, que está anonadado bajo el peso de tantos crímenes, y sin hablar de los que se cometen en el mundo, pensemos que los pecados mortales cometidos en esta ciudad desde la víspera bastan para abatir a esta divina víctima!... Y él acepta todo eso, todos los días y varias veces cada día y nosotros no le prestamos atención porque nos hemos acostumbrado. Incluso aprovechamos la abundancia de sus gracias para olvidarlo.

¿Qué más hace Nuestro Señor en la Eucaristía? Mientras la multitud de los hombres le deja en la soledad más completa para correr tras una felicidad que no encontrarán, este divino Salvador no se cansa de rezar por ellos y detener mediante una continua expiación la mano de Dios dispuesta a caer sobre los ingratos. Pero Nuestro Señor no se cansa de tantos sufrimientos y de tantas humillaciones, cuando en medio de la multitud de las almas indiferentes y sordas a su voz, encuentra algunas almas generosas que consienten en hacerse víctimas con él.

III. Lo que esta víctima nos pide

Aquí es, Señoras, donde hay que pensar en serio en todo lo que Nuestro Señor Jesucristo víctima os pide. Tras la institución de la Eucaristía y en el momento de entregarse a sus perseguidores, Jesucristo dijo a sus apóstoles: *Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho, así hagáis también vosotros* [Juan, 13, 15]. Aunque estas palabras sólo se dirigían entonces a los Apóstoles y a sus sucesores, pueden aplicarse sin embargo a todas las almas que participan en el banquete divino de la Eucaristía, y por lo mismo han de sacrificarse como

Jesucristo se ha sacrificado. Él ha sido la víctima primera para que estas almas privilegiadas sean víctimas después de él. Cuando el sacerdote deposita sobre vuestra lengua la Hostia adorable, es Jesucristo mismo, cargado con los pecados del mundo, como lo indican aquellas palabras: *Ecce Agnus Dei*, etc. [Juan 1, 29], el que viene a pedirnos que expiéis, que sufráis, que seáis víctimas con él. No se puede fijar a cada una la medida y el género de sacrificios que debe a Nuestro Señor, pero sí se puede decir a todas que, sea cual sea la posición en que está, hay que sacrificarse, inmolarse y saber sufrir por Jesucristo que no ha evitado ningún sufrimiento por nosotros. Y cuanto más poseída está un alma del amor por Jesucristo, más desea sufrir por él. La llama necesita un alimento para poder seguir existiendo y el alimento de la llama del amor divino es el sufrimiento, porque al sufrir se mantiene, por decirlo así, el sacrificio de Jesucristo. Si tuviéramos un poco de fe, podríamos, al contemplar el Crucifijo, buscar luego todo lo que halaga a nuestros sentidos, todo lo que nos satisface, y sacrificarlo todo al mundo, ¡mientras sacrificamos tan poco a Dios!...

Un alma que comprende algo de la santa Comunión ha de comprender también que, cuanto más se une a Jesucristo en este Sacramento, tanto más ha de unirse a su sacrificio. Nuestro Señor, perseguido en la persona de su vicario, pide ahora muchos sacrificios para expiar todos los crímenes que se cometen sobre la tierra. Busca almas generosas que vengan a consumirse en este inmenso hogar del amor, encendido por el Espíritu Santo, para consumir la víctima divina, y de donde se elevan tales llamas que todas las llamas de la tierra reunidas no pueden dar una idea exacta. Estas llamas han de quemar y consumir todo cuanto hay de humano en nosotros para que, tras haber recibido a Nuestro Señor Jesucristo en la Comunión, podamos decir: tengo en mí a la divina víctima, debo unirme a su sacrificio durante toda mi vida para poder ir

luego con confianza a la vida eterna a gozar de los frutos de su inmolación.

III. JESÚS SACERDOTE

Convenía que tuviéramos semejante Pontífice [Hebreos 7, 26].

Después de haber considerado ayer a Nuestro Señor como víctima en la Eucaristía, vamos a verle hoy como Sacerdote. Nuestro Señor no se contenta con ser víctima por nosotros: su amor se desdobra, por así decir, quiere ser a la vez Sacerdote que ofrece y víctima que es ofrecida. De este sacerdocio de Jesucristo hablaba el Profeta cuando decía: *Juravit Dominus et non poenitebit eum: tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech* [Salmo 110, 4]. Y también todos nosotros somos sacerdotes, ya que si Nuestro Señor quiere que seamos víctimas con él, también quiere que seamos sacerdotes con él. A toda alma regenerada mediante el bautismo se dirigen estas palabras: *tu es sacerdos in aeternum* [Hebreos 5, 6] y unidos a Jesucristo estamos también revestidos de su sacerdocio real. Examinando los diferentes caracteres del sacerdocio de Jesucristo podremos darnos cuenta de lo que exige de nosotros como sacerdotes. El sacerdocio de Jesucristo es eterno, todopoderoso, purísimo, y finalmente eficaz.

I. Sacerdocio eterno En primer lugar, es un sacerdocio eterno, como indican aquellas palabras ya citadas: *Tu es sacerdos in aeternum*. Penetremos un instante en los esplendores de los cielos, pasemos sucesivamente por entre los coros de los ángeles, lleguemos cerca de los Serafines cuyo amor es como una pura llama que arde sin cesar ante el Altísimo, veamos a

María elevada por encima de los Ángeles e intercediendo por nosotros. Todavía no es la oración del sacrificio. Hemos de perdernos en el seno mismo de la Divinidad y contemplar a Nuestro Señor Jesucristo revestido de su humanidad, de pie a la derecha del Padre, ofreciéndole sin cesar su sangre y sus sufrimientos para la salvación de los hombres y la reparación de su gloria ultrajada. En cada instante de nuestra vida podemos representarnos a Jesucristo como sacerdote ante el Altísimo, ofreciéndose a sí mismo con sus propias manos. Tras haberse ofrecido sobre el altar mediante las manos de un hombre, que no es más que su instrumento, pero a quien ha revestido especialmente con la gracia del sacerdocio, Jesucristo vuelve al cielo para presentar a su Padre su sacrificio, y regresa luego con las manos llenas de los tesoros de sus gracias; pero aquellos hacia los que viene rechazan aplicarse los frutos de su sacrificio. ¿Acaso no se trata aquí de un sacerdocio eterno, y Jesucristo no tiene el derecho a exigir que el sacerdocio con el que ha revestido a sus criaturas esté también marcado por el sello de la eternidad?... Es decir, ¿que nuestra vida sea un perpetuo sacrificio?... Nos reviste con un sacerdocio *regio*, que exige víctimas *regias*, es decir, grandes, magníficas, dignas de aquél a quien deben ser ofrecidas. Pero ¿de dónde tomaremos esas víctimas regias?... Jesucristo en persona quiere ser una víctima ofrecida por nuestras manos y, pese a que sólo los sacerdotes pueden subir al altar, toda alma cristiana debe también ella ofrecer esta víctima purísima. Luego, tomando en nuestras manos todas las manchas y todas las miserias de nuestra alma, y todos nuestros esfuerzos por purificarla, y poniéndolos sobre el altar del sacrificio, el fuego que consume a la divina víctima purificará estos holocaustos que se convertirán así en víctimas regias. Y he ahí cómo, cualquier cristiano en virtud del sacerdocio real del que está revestido, está obligado a sacrificar a Dios; y ha de sacrificarse a sí mismo. Hemos de ser como Jesucristo, al mismo tiempo

sacerdote y víctima: es necesario que la sangre del sacrificio y de la inmólación corra sobre el altar de nuestro corazón y si no nos sacrificamos, no sólo un momento, sino todos los instantes de nuestra vida, no somos cristianos.

II. Sacerdocio todopoderoso

El sacerdocio de Jesucristo es un sacerdocio todopoderoso y esta omnipotencia reside en sus sufrimientos y en sus humillaciones. En medio de los tormentos de su Pasión y de los anonadamientos del Calvario, Jesucristo era todopoderoso, y eso mientras se cumplía esta profecía: *parecía un gusano y no un hombre* (Salmo 22, 7). Pero se ofrecía, expiaba y seguro de la omnipotencia de su ofrenda, sabía que su fuerza aumentaría en proporción de la intensidad de sus rebajamientos. También en los anonadamientos de la Eucaristía veo la fuerza y la omnipotencia del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando es depositado en nuestra lengua y, escondido en la sagrada Hostia, se deja destruir en nosotros como un vulgar alimento, entonces es cuando su triunfo es completo, porque para anonadarse así se necesita la omnipotencia de un Dios. Así es como la fuerza de vuestro sacerdocio residirá en vuestras humillaciones y en vuestros rebajamientos, y así como Jesucristo cuando entra en nosotros mediante la sagrada Comunión se deja destruir, así trabajando en la destrucción de vosotras mismas y de cuánto hay de más íntimo en vosotras, os volveréis fuertes y poderosas para sacrificar a Dios todo cuanto os pida, porque si os destruíis a vosotras mismas, Jesucristo, el divino Pontífice, crecerá en vosotras.

III. Sacerdocio purísimo

El sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo es un sacerdocio purísimo. ¿Qué vemos en la obra de la Redención?... Jesucristo, el Pontífice por excelen-

cia, se adelanta solo hacia el altar del sacrificio. Ninguna criatura humana viene a sostenerle. Sin padre, sin madre, como dice la Escritura hablando de Melquisedec. Y cuando su santa Madre a quien ha abandonado para ir a evangelizar y sus demás parientes, no pudiendo acercársele a causa de la multitud que le rodea, le hacen llegar la solicitud de una entrevista, responde: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Únicamente ocupado de los intereses y de la gloria de su Padre, no quiere que ningún afecto humano parezca aprisionarlo; quiere ir a ofrecerse solo, e incluso en el momento de consumir su sacrificio consiente en experimentar la pena más horrorosa para el alma: ser abandonado por Dios, y exclama en la Cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [Mateo 27, 46].

¿Se puede pensar sin estremecimiento en esta soledad inmensa de la que Jesucristo se ha rodeado? Y considerando estos misterios de abandono y de desprendimiento pensad en toda la pureza de corazón con la que debéis acercaros al altar. Nuestro Señor Jesucristo es el Esposo de las almas puras y desligadas de todas las cosas humanas. Y sin pretender alcanzar el estado de algunas almas privilegiadas que logran un grado tan elevado de desprendimiento de los afectos humanos que el mundo no puede comprenderlo, hay que ser conscientes sin embargo de cuanto exige Nuestro Señor en cuanto a pureza en el sacrificio que toda alma debe ofrecerle. No somos Ángeles, pero hemos de trabajar sin cesar en purificar nuestro corazón, para que con las manos más puras podamos sacrificarnos al Padre celestial en unión con su divino Hijo.

IV. Sacerdocio eficaz Finalmente, el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo es eficaz. Recordad aquel momento de la vida del divino

Salvador cuando, llamado junto a la tumba de un hombre a quien había amado, levantó los ojos al cielo y dijo: *Padre ya sé que siempre me escuchas* [Juan 11, 42]. El Padre celestial acepta siempre, en efecto, el sacrificio de su Hijo querido y le concede el perdón que le pide por su sangre. Y ningún otro sacerdocio podría ser eficaz como el de Jesucristo, ningún sacerdote y ninguna víctima podría obtener lo que Jesucristo, sacerdote y víctima, ha conseguido. Para hacer nuestro sacerdocio eficaz, para que nuestros dones sean aceptados, hemos de unirnos al Pontífice divino, ofrecerlo y ofrecernos en unión con él. Nuestro sacerdocio vuelto eficaz en el tiempo mediante esta unión con Jesucristo se prolongará por toda la eternidad, cuando transformados y glorificados por la resurrección, contemplaremos en el Cielo a la santa humanidad de Nuestro Señor y entonces comprenderemos aquella palabra: *Tu es sacerdos in aeternum!*... [Salmo 110, 4].

IV. JESÚS DOCTOR

*Señor; ¿dónde quién vamos a ir?
Tú tienes palabras de vida eterna.* [Juan 6, 68]

Nuestro divino Salvador acababa de dejar entrever a los habitantes de Cafarnaúm el misterio de la Eucaristía, y aquellos hombres carnales habían respondido alejándose de él: *Estas palabras son duras, ¿quién puede escucharlas?* [Juan 6, 60]. Entonces Jesús volviéndose hacia sus Apóstoles les dice: *¿También vosotros queréis abandonarme?* [Juan 6, 67]. Pedro tomando la palabra respondió: *¿Dónde quién vamos a ir, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna.*

También nosotros podemos repetir estas palabras del príncipe de los apóstoles, porque es ciertamente en la Eucaristía donde Nuestro Señor Jesucristo nos enseña

las palabras de la vida eterna. En la sagrada Comunión es donde verdaderamente Jesucristo enseña sin ruido al alma cristiana tres ciencias que no forman más que una: la ciencia de Dios, la ciencia del hombre y la ciencia de la unión del hombre con Dios.

I. La ciencia de Dios ¡La ciencia de Dios! Qué otro maestro distinto de Nuestro Señor Jesucristo podría hacernos entender la grandeza de Dios, puesto que para satisfacer su justicia se ha necesitado una tan grande inmolación; o la sabiduría de Dios, que no podríamos concebir si algunos rayos de su luz eterna no hubieran iluminado nuestra inteligencia; o el amor de Dios para con los hombres, aquel amor tan prodigioso que, según las Escrituras: *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* [Juan 3, 16].

Contemplemos un instante aquella inmensidad del amor de Dios por sus criaturas. Una sola inmolación de Jesucristo era necesaria para satisfacer a la justicia divina, pero no bastaba al Amor de un Dios, ¡y el Padre celestial consiente en que su Hijo único sea inmolado todavía todos los días! Consiente en que su Hijo amado obedezca todos los días y varias veces al día a la voz de un hombre y baje a unas manos, ¡quizá por desgracia, sacrílegas!... ¿Y por qué tantos sacrificios e inmolaciones?... Para dar a este Hijo amado a algunas almas privilegiadas, ¡que ni siquiera piensan en todas las ignominias por las que Nuestro Señor Jesucristo ha querido pasar antes de llegar a ellas! ¡Y Dios Padre acepta todos estos insultos y todas estas ingratitudes para con su Hijo! Para esas pocas almas privilegiadas que tienen la dicha de recibir a menudo a Nuestro Señor Jesucristo, Dios Padre consiente en renovar el misterio de la Creación en la transubstanciación, porque la Eucaristía es como un resumen de todos los misterios más insondables de la omnipotencia divina.

La Eucaristía renueva la Encarnación, ya que mediante la comunión Jesucristo se encarna en las almas, y si envidiamos a la Santísima Virgen que tenía a Jesucristo en ella, podemos decirnos, luego de haber comulgado, que tenemos la misma dicha. El misterio de la Redención se renueva también en la Eucaristía, y aquí es donde verdaderamente se pueden repetir las palabras del Rey-profeta: *Memoriam fecit mirabilium suorum*, etc. [Salmo 111, 4], porque la Eucaristía es verdaderamente el resumen, el memorial de todas las maravillas de Dios. He aquí la ciencia del amor que Jesucristo nos enseña en la Eucaristía, de ese amor cuyas llamas ardientes rodean al planeta entero. El amor de Dios en la Eucaristía es para nuestra alma lo que el aire para nuestro cuerpo: nos rodea, nos presiona por todas partes, y tras la ciencia del amor viene la del sacrificio, porque el amor se prueba mediante el sacrificio, y Jesucristo nos enseña esta ciencia totalmente divina de la entrega completa de sí mismo a Dios. ¿Qué alma cristiana no ha escuchado en una comunión ferviente la voz de Jesús, aquella voz que se deja oír sin ruido, revelarles cosas maravillosas y que ninguna otra voz podría enseñarle? Era un relámpago que brillaba ante sus ojos, y si las divinas inspiraciones de esta ciencia no han quedado gravadas en su alma, es porque ella las disipaba por su ligereza. ¿Qué alma no ha sentido el amor de Jesús urgirla a entregarse y a sacrificarse por él?... ¡Qué culpables somos si nuestra tibieza y nuestra ligereza ponen obstáculo a la efusión de esta ciencia divina en nuestras almas!... Jesucristo mismo, el Verbo de Dios, la ciencia por excelencia, quiere instruirnos, ¡pero somos sordos a su voz!...

II. La ciencia del hombre

Nuestro Señor Jesucristo nos enseña en la Eucaristía la ciencia del hombre, la más útil para nosotros después de la de Dios. Iluminados por la luz

divina podemos medir la profundidad de nuestra debilidad y conocer mejor por eso mismo el inmenso amor de Dios por nosotros. ¡Cuántas buenas resoluciones tomadas y luego fácilmente olvidadas! Y sin embargo, Dios no se cansa nunca; es más perseverante en su perdón que nosotros en nuestra debilidad. Hay personas que creen deber dispensarse de la sagrada Comunión a causa de su debilidad, pero son culpables, ya que conociendo su incapacidad se niegan a ir a la verdadera fuerza que es Jesucristo. ¿Por qué dejarse paralizar por escrúpulos ridículos y preguntarse si se está preparado para comulgar o si no se está?... Hay que ir siempre a Jesucristo que nos llama y entregarse sin calcular, entregarse siempre y no decir: ¿Sacrificaré esto? ¿Daré aquello? Hay que estar dispuesto a sacrificarlo todo, a darlo todo, y un alma así dispuesta está siempre preparada para comulgar.

III. La ciencia de la unión del hombre con Dios

En tercer lugar, Jesucristo nos enseña la ciencia de la unión del hombre con Dios, es decir, la ciencia de su mediación entre Dios y nosotros. Jesucristo, que es un solo y único Dios con su Padre, al unirse a la naturaleza humana la ha unido con la sustancia divina. Pero esta unión se consume de un modo aún más admirable en la Eucaristía, ya que mediante la sagrada Comunión no formamos ya más que uno con Jesucristo y por lo tanto ya no formamos más que uno también con el Padre celestial. ¡Admirable misterio esta unión divina que Nuestro Señor Jesucristo nos apremia a establecer con él! Y ¿no es en la Eucaristía y en la Comunión donde aprendemos esta ciencia divina?... También conocemos en ella la unión de todas las almas en Dios, porque así como en la Comunión el alma unida a Jesucristo ya no forma sino una sola cosa con él, así las almas unidas a este divino Salvador ya no forman sino una sola y misma cosa. La Eucaristía no es

como los alimentos ordinarios que se transforman en la sustancia de nuestro cuerpo, este divino alimento por el contrario transforma a las almas en su propia sustancia; Jesucristo nos absorbe enteramente, y ¿no es cierto que las almas así alimentadas con el Cuerpo de Jesucristo y así absorbidas en él, quedan admirablemente unidas?... Y esta unión tan maravillosa se consumirá más maravillosamente aún en la vida eterna, en que nuestro ser entero será absorbido en Dios. Ya que nuestro destino es así de glorioso, y puesto que la unión con Dios ha de ser un día nuestra eterna felicidad, ¿no es justo y razonable que todas las aspiraciones de nuestro ser estén dirigidas hacia Dios y que, esforzándonos ya en esta vida por unírnos a él, comencemos desde ahora la vida toda en Dios, que habrá de ser la nuestra durante toda la eternidad?...

V. JESÚS JUEZ

Examínese, pues, cada cual.
[1 Corintios 11, 28]

Estas palabras, dirigidas por San Pablo a los Corintios, tras haberles hablado de la institución de la Eucaristía, se dirigen también a cualquier cristiano que participa del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. *Que el hombre, pues, se examine a sí mismo y así coma de este pan y beba de este cáliz* [1 Corintios 11, 28]. Nuestro Señor se presenta al mundo en tres tronos: en su advenimiento se muestra en un trono de debilidad que es el pesebre de Belén. En su última venida, al fin del mundo, aparecerá en todo el esplendor de su gloria en un trono de majestad. Pero entre estos dos tronos hay uno en el que Nuestro Señor se nos presenta a nosotros, es en la Eucaristía, en el sagrario, en un trono de justicia.

En la Eucaristía, Nuestro Señor es verdaderamente un juez, y por eso San Pablo nos dice: Que cada uno se examine a sí mismo. Algunas personas escrupulosas dirán quizá: más vale entonces no comulgar ya que hay que examinarse y juzgarse a sí mismo, y por otra parte, temo el juicio de Dios. Pues que tales personas escuchen aún a San Pablo, que añade: *Y que así coma de este pan y beba de este cáliz*. Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía juzga a cuatro categorías de personas: a los sacrílegos, a los ingratos, a los tibios y a los santos.

No quiero detenerme aquí en la primera consideración. Existen los sacrílegos en el mundo, se trata por desgracia de una espantosa e incontestable verdad. Una de las mayores pruebas del amor de Nuestro Señor por nosotros es que consiente en bajar a los corazones sacrílegos porque espera encontrar a su lado corazones puros.

1. Juzga a los ingratos Nuestro Señor Jesucristo juzga a los ingratos. Aquí, ¿quién de entre vosotras puede responder que no es ingrata?... ¿Quién puede decir que ha rendido a Dios dignas acciones de gracias?... No quiero fijar aquí un tiempo determinado para la acción de gracias después de la comunión, porque no se trata de recitar ciertos actos, de hacer desfilar una a una todas las virtudes, para hacer una buena acción de gracias. San Francisco de Sales no le consagraba más allá de siete u ocho minutos. Un día fue a celebrar la misa en la capilla de uno de sus amigos, Monseñor Camus, y con gran asombro de éste y de las personas presentes, comenzó la misa nada más llegar y se fue inmediatamente después. Y sin embargo San Francisco de Sales dedicaba varias horas diarias a la oración, pero entendía que la acción de gracias no consiste solamente en unos instantes de recogimiento tras los cuales uno va a dispersarse fuera

como si no se hubiese comulgado. La acción de gracias debe durar todo el día, incluso toda la vida. ¿Sois de verdad agradecidas a Nuestro Señor cuando, tras haberle dedicado media hora, incluso una hora, salís de la iglesia y esa misma lengua que acaba de recibir al autor de toda santidad empieza a despellejar al prójimo, os impacientáis, no hacéis esfuerzo alguno y caéis en los mismos defectos? No, eso no es auténtico agradecimiento y siempre es preferible no recitar tantas fórmulas de acción de gracias, sino recordar durante todo el día y toda la vida que se ha recibido al Dios de toda santidad y decir con David: *Quid retribuam Domino?...* [Salmo 116, 12].

No podéis nunca devolver amor por amor a Nuestro Señor, pero hay que darle todo aquel del que sois capaces.

2. Juzga las almas tibias

Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía juzga a las almas tibias. No quiero hablar de aquella tibieza repelente que el apóstol San Juan reprochaba a un obispo de la Iglesia primitiva; hablo de esa flojera, de esa apatía, que permite a un alma decir: no iré más allá. ¡Pues, qué! ¿Nuestro Señor ha descendido tan bajo como sólo el amor de un Dios podía descender para darse a vosotras, y vosotras no vais a saber tomar vuestra resolución animosamente para ir tan lejos como él os lo pide por el sendero del sacrificio y de la inmolación?...

Me coloco en espíritu cerca del altar, y allí, en presencia de la Hostia adorable, os pregunto a todas: ¿Dais a Nuestro Señor Jesucristo todo cuanto os pide? Todas me responderéis que *no*. Pero algunas tienen deseos de llegar a la perfección que Dios exige de ellas, mientras otras, la mano sobre la conciencia, se ven for-

zadas a confesar que no tienen valor para salir de la apatía y de la flojera.

Nuestro Señor juzgará a estas almas tibias que creen que podrán evitar este juicio manteniéndose lejos de la santa mesa. Pero no, no lo evitaréis y cada vez que paséis delante de una iglesia, Jesucristo desde el fondo del Sagrario os juzga, y experimentaréis el terror del criminal que pasa ante quien debe condenarlo. Pobres de vosotras si sois insensibles a este temor, pero temblad también si os acercáis a menudo a la mesa santa y vuestra vida no cambia. Si no comulgáis seréis juzgadas severamente, porque no es un temor filial lo que os aleja de Jesucristo, es el temor de veros obligadas a realizar esfuerzos constantes, y sin embargo, hay que comulgar, pues de lo contrario ¡no tendréis la vida en vosotras! Y si os acercáis a la mesa santa, hay que ceder a este amor que os apremia y que pide siempre más. Temed, pues, no con el miedo del esclavo o del mercenario, que teme un castigo o la retención de su salario, sino temed como los niños que temen no satisfacer a su padre; ese es el temor de los Santos.

3. Juzga a los santos Finalmente, en la Eucaristía Nuestro Señor Jesucristo juzga también a los santos. De acuerdo con la expresión de las Sagradas Escrituras, los santos necesitan siempre lavar sus pies, es decir, que existe en la vida cristiana un trabajo de purificación y de santificación que las almas puras nunca deben interrumpir. Leemos en el Evangelio que antes de la Cena nuestro divino Salvador, sin retroceder ante ningún rebajamiento, quiso lavar él mismo los pies de sus apóstoles a quienes iba a alimentar con su carne sagrada. San Pedro, viendo a su divino Maestro disponerse a lavarle los pies, exclamó: ¡No, Señor, no me lavarás los pies!... Jesús le respondió: Si no te

lavo los pies, no tendrás parte conmigo. En ese caso, Señor, le respondió San Pedro, lávame no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza [Juan 13, 8-9]. Pero Nuestro Señor sólo le lavó los pies. Así las almas puras no necesitan lavarse las manos, porque sus acciones son puras, no necesitan lavarse la cabeza, porque sus pensamientos son puros; pero necesitan lavarse los pies, porque hay en su contacto con el mundo como un polvo que empaña las zonas de su alma que se comunican con las cosas externas, y hay que quitar sin cesar ese polvo. Y este admirable trabajo de purificación dura toda la vida, porque tras una imperfección descubren otra, y cuanto más se unen esas almas al Dios de toda pureza, más se dan cuenta de cuánto necesitan ser purificadas. Nuestro Señor juzgará a estos santos, sobre todo en la obra admirable de su glorificación en el cielo. Sed, pues, dignas de ser juzgadas en este mundo con los santos por el Dios de la Eucaristía, ya que tras haberle tenido como juez y como testigo de vuestros esfuerzos en esta vida, ya no temeréis comparecer en su presencia cuando os llame para entregarse al fin a vosotras en los gozos de la patria eterna.

VI. JESÚS AMIGO

Ya no os llamo siervos sino amigos.

[Juan, 15, 15]

Estas palabras fueron dirigidas por el divino Maestro a sus apóstoles, después de la Cena, en el momento en que iba a morir por ellos. Y la seguridad tan consoladora de la amistad de Jesús no se dirige solamente a los Apóstoles, sino a todas las almas cristianas. Sí, Jesucristo quiere ser vuestro amigo, y en la Eucaristía ante todo es donde nos ofrece esta preciosa amistad que no podemos rechazar sin hacernos culpables de la más es-

pantosa ingratitud. ¿Cuáles son los rasgos de esta amistad divina?... Es desinteresada, atenta, paciente, llena de delicadeza.

**1. Amistad
desinteresada**

¿Quién osaría decir que el amor que Jesucristo nos tiene, no es desinteresado? ¿Acaso

nos necesita Dios?... ¿Nos necesita para ser feliz? Para nada, y sólo por un efecto incomprensible de su bondad se digna exigir nuestro amor. ¿No le bastaba haber salvado a sus criaturas a quienes no debía nada? Pero su amor no se detiene ahí y en la Eucaristía se ofrece a nosotros sin tener nada que ganar en sus comunicaciones con ingratas criaturas. Quizá digáis, Nuestro Señor a veces reposa en magníficos templos construidos por mano de hombres. Sin hablar ahora de los ultrajes que recibe a menudo Nuestro Señor en los lugares en que se despliegan al parecer las mayores magnificencias para honrarle, pensad, os lo ruego, que la mayoría de esos monumentos en que Nuestro Señor reposa han sido levantados no en su honor, sino en honor de su Madre o de algunos de sus Santos. Admirad hasta dónde llega el desprendimiento de este divino Salvador: se esconde, por así decir, en la casa de uno de los que él ha llamado sus amigos; admirad también otra forma de desprendimiento: Nuestro Señor reposa en vasos de oro y de plata, pero si sus hijos los pobres tienen necesidad de estos tesoros, ¡se deja despojar!...

¿Acaso no se ha visto a menudo en la Iglesia primitiva a algunos santos papas y santos obispos, adivinando las intenciones del divino Maestro, hacer fundir los vasos sagrados para distribuirlos a los pobres?... ¡Y he ahí al amigo que se entrega a nosotros!... ¿Qué pide a cambio? ¿No es justo que habiendo entregado a su criatura todos los tesoros encerrados en esta divina amistad, exija de ella un inmenso amor? Id a la Mesa santa, ya

que Jesucristo os ofrece ser vuestro amigo, y no seáis tan ingratas como para negaros a abrirle la puerta de ese corazón que, a fin de cuentas le pertenece desde el bautismo, y en el que tiene derecho a exigir una preparación adecuada.

2. Amistad atenta Nuestro Señor Jesucristo es atento en su amistad. Desde toda la eternidad Jesucristo nos ha amado, nos ha mirado a cada uno en particular, y aunque no hubiera habido más que una sola alma en la tierra, desde toda la eternidad, hubiera previsto que la salvaría y que le ofrecería su amistad. Jesucristo ha visto desde toda la eternidad el momento de nuestro nacimiento, de nuestra Primera Comunión. También ha visto todas nuestras infidelidades, todas nuestras resistencias y nada le ha impedido amarnos antes de que le amáramos. ¿Acaso este divino Salvador no es quien el día de nuestra Primera Comunión se ha revelado a nuestra alma como su amigo, que la ha llenado de atenciones y de las más preciosas gracias con el fin de forzarnos a ser sus amigos? *Amad, pues a Dios*, decía San Juan, *ya que él nos ha amado primero* [1 Juan 4, 19].

3. Amistad paciente No sólo Nuestro Señor Jesucristo es delicado en su amistad, sino también paciente; no se cansa de nuestras negligencias en el sacrificio completo que pide de nosotros. No quiero aquí afirmar que hayáis descargado golpes mortales sobre Nuestro Señor Jesucristo, pero daos cuenta, con toda la vivacidad de vuestro carácter meridional, de las pruebas a que habéis sometido la paciencia de Nuestro Señor. Todas las pequeñas impaciencias, todas las pequeñas debilidades, todas aquellas faltas a la caridad, en una palabra, todas esas pequeñas miserias de las que vuestra vida está llena, son como otros tantos alfilerazos

para Nuestro Señor, y así es como, si puedo decirlo, dais ocasión de practicar la virtud al corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Y sin embargo nunca se cansa de ofrecer su amistad a tales almas que no saben hacer un esfuerzo por ir a él un poco más rápidamente. También aquí podemos admirar el desinterés de Nuestro Señor; quiere que para reparar todas vuestras demoras en su servicio, seáis a vuestra vez pacientes con el prójimo, y considerará como hecho a él todo cuanto hagáis por su amor en favor de vuestros hermanos. Soportad, pues, en vuestros hermanos los defectos que ponen a prueba vuestra paciencia, vosotras que habéis puesto a prueba tantas veces la paciencia de Jesús, y tomad, por fin, la resolución de expulsar de vuestro corazón todas esas pequeñas miserias, todas esas pequeñas manchas, que ponen tantos obstáculos, pequeños quizá pero numerosos, a la divina amistad que Nuestro Señor quisiera sellar con vosotras.

4. Amistad llena de delicadeza

Nuestro Señor Jesucristo es plenamente delicado al ofrecernos su amistad; efectivamente, ¡cuántos medios emplea para penetrar en nuestro corazón! Se trata de una buena inspiración, a veces de un rayo de luz que nos llega en medio de una lectura, a veces una humillación, una alegría, una prueba, ¡qué sé yo!... ¿Quién podrá contar todas las invenciones del amor de Nuestro Señor para llegar hasta un alma?... ¿Qué pide a cambio de tanta delicadeza? Señoras, es necesario que en las reservas inagotables de vuestro corazón de mujer, encontréis también invenciones delicadas para responder a tanto amor del Dios de la Eucaristía. Tú que pasas por ser amable, que sabes decir una palabra agradable a todo el mundo, ¿habrás perdido para Nuestro Señor ese tacto del corazón que Dios ha puesto en ti?... No, no será así, y tras la santa comunión sabrás probar a Nuestro Señor por la santidad de tu vida que has comprendido todo cuanto

de consolador había en tenerle como *amigo*, y no le rehusarás la entrega de tu corazón, porque ése es el único sagrario que él ambiciona en la tierra, y si desde esta vida es tu amigo por encima de todos los demás, será todavía mucho más tu alegría en el cielo.

VII. JESÚS REY

Ecce rex vester [Juan 19, 14]

Estas palabras, pronunciadas en Jerusalén por quien representaba al pueblo-rey, estaban dirigidas a los judíos y designaban a Jesús, entonces sujeto y maniatado y cercano a ser entregado a la muerte.

Estas son también las mismas palabras que os dirijo, hoy, mostrándoos a Jesús, ya sea en casa de Pilatos, sea en el Calvario o en nuestros altares; sí, he ahí a vuestro Rey, que lleva sobre sus hombros la marca de su realeza, a vuestro Rey clavado en el trono de la Cruz, que no puede ni siquiera apoyar sin dolores su cabeza coronada de espinas en el madero de su trono. De esta realeza divina quiero hablaros hoy, y considerar con vosotras en qué consiste y a qué nos obliga.

Realeza universal La realeza de Jesucristo se extiende a toda la tierra y a todas las naciones. *Todas las naciones le han sido dadas en herencia* [Salmo 2, 8], dice la Escritura; es su Rey y quien sostuviese lo contrario no sería católico. Es pues nuestro Rey porque el Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y es muy importante que nos hagamos una idea justa y grande de este poder soberano, para saber y entender que nos debemos enteramente a él. Jesucristo es también nuestro rey por derecho de conquista, y por aquella realeza de amor, tiene derecho a dominar sobre

nuestros sentidos, sobre nuestra inteligencia, sobre nuestros pensamientos y sobre nuestro corazón.

Sumisión: de nuestro cuerpo Ya que todo poder ha sido dado a Nuestro Señor Jesucristo en el cielo y en la tierra, es evidente

que es el dueño de nuestro cuerpo, creado por él y rescatado al precio de su sangre. Por eso, Señoras, convertidas por el bautismo en súbditas de Jesucristo, habéis de someterle vuestros sentidos, de lo contrario es que habéis renunciado a tan gloriosa sujeción. Los sentidos son como el término medio entre Dios y nuestra alma, y precisamente es sobre este intermedio, sobre este intermediario que quiere dominar Jesucristo.

de nuestros sentidos Por los sentidos es por donde Satanás entra en un alma, son las puertas por donde llega a nuestro corazón, y si mediante la mortificación y la inmolación no hacéis reinar allí a Jesucristo, pronto seréis las esclavas de vuestro enemigo. Ya sé que los grados de mortificación no son los mismos para todo el mundo, pero la ley no deja de ser general y Jesucristo tiene derecho a exigir que le dejéis reinar sobre estas puertas de vuestro corazón.

de nuestra inteligencia Jesucristo es el rey de nuestra inteligencia, de la parte más noble de nuestro ser, y que necesita de la Verdad eterna como alimento. Ya que esta inteligencia regenerada con la sangre de Jesucristo sólo puede ser saciada con la Verdad, ¿acaso Jesucristo, el Verbo de Dios, la Verdad por esencia, no va a tener derecho a reinar en ella y exigir que se aplique únicamente a su fin que es conocer a Dios?... Al reinar sobre nuestra inteligencia, Jesucristo también tiene derecho

a reinar sobre nuestros pensamientos. ¿En qué pensáis, Señoras?... ¿Es Jesucristo el único objeto de vuestras preocupaciones? Cuando os reunís en un salón, ocupadas en hablar de mil futilidades, ¿qué diríais si Jesucristo, vuestro rey, apareciese en medio de vosotras y viniera a preguntaros si realmente sois sus súbditas? No renunciéis a este título glorioso y someted en fin vuestros pensamientos a este rey divino, único digno de cautivarlos todos.

de nuestro corazón Finalmente y ante todo, Jesucristo quiere reinar en vuestro corazón; quiere todos sus afectos y todos sus latidos, quiere ser realmente su rey. Examinad ahora en qué medida dividís en dos partes vuestra vida. Le dais una pequeña parte a Nuestro Señor diciéndole: Dios mío, te lo ruego, conténtate con esto, te amaré un poco, incluso bastante; pero luego la otra parte de mi corazón será para mi familia, para mis amigos, para mi fortuna, para mí mismo en una palabra. No es así como hemos de actuar, y Jesucristo nuestro rey no quiere tal reparto. Quiere que le amemos únicamente y que todos los demás afectos se pierdan en él, porque si nos reservamos algo, nuestro corazón pronto se liberará del dominio de tan divino Rey.

VIII. JESÚS DIOS

Hablaremos en primer lugar de la divinidad de Jesucristo, probada mediante la Eucaristía misma.

1. Omnipotencia divina Jesucristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios hecho hombre, igual a su Padre, nos prueba su poder divino instituyendo la Eucaristía.

Dios Padre había mostrado el suyo creando el mundo y creando al hombre; más tarde, dándonos a su Hijo único, en el misterio de la Encarnación, había llevado más lejos aún su poder y su amor. Pero Dios Hijo va aún más lejos; esta naturaleza humana a la cual ha sido unido por su Padre, no satisface todavía su amor a los hombres. ¡Llevará este amor hasta reducirse a no parecer sino un trozo de pan! Se anonadará hasta estar contenido en esta materia muerta y sin vida que llamamos hostia. Dios Padre, creando al hombre, tenía en la mira a este hombre perfecto, que no es sino Jesucristo.

Pero Jesucristo, superando a su Padre, quiere convertirse, en cierto modo, en criatura del hombre. Da a algunas de sus criaturas, salidas de la nada con vistas a sí mismo, el poder creador y ellas lo ejercen sobre él mismo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Mediante las palabras de la Consagración, el hombre tendrá derecho de creación sobre Dios mismo; tendrá el poder de hacerle descender del cielo sobre la tierra a toda hora del día y en todos los puntos del globo y de multiplicarlo tantas veces como hostias consagre, porque en todas ellas se encuentra Jesucristo, Dios y hombre a la vez. ¡Oh, cómo supera este milagro a todos los que le han precedido! Mediante la Encarnación, el Hijo de Dios había descendido al seno de una Virgen; pero en el misterio de la Eucaristía, a la voz de un hombre, desciende sobre nuestros altares, para ponerse a la disposición de cuantos le quieran recibir, para ser su alimento y encarnarse en otros tantos corazones que visita.

2. Amor infinito Jesucristo nos demuestra tanto su amor como su poder quedándose en nosotros bajo los velos eucarísticos. En cuanto Dios, no podía darnos nada más querido a su corazón que él mismo, el objeto de todas las complacencias del Padre, y en cuanto hombre, tras habernos entregado su vida,

¡imagina darnos su carne divina como comida! Pese a la crudeza y a la rudeza de sus palabras, no temo emplearlas tal como las trae la Sagrada Escritura. ¿Podéis imaginar algo más fuerte? ¿Qué hombre ha dado jamás prueba de un tal exceso de amor? Pues bien, es Dios mismo quien llega hasta ahí; que se rebaja y se anonada por amor a nosotros, hasta hacerse nuestro alimento, para que no seamos más que uno con él, y hacernos como partícipes de su divinidad, ya que este pan es el Pan de vida que hace germinar para la eternidad. Si es él el pan de vida, también es el pan de muerte, y no nos hace morir sino para hacernos vivir eternamente con él... Todo esto requiere explicaciones que vendrán más tarde. Por hoy contentémonos con reconocer que un Dios no podía amarnos más, que trata de hacernos partícipes de su divinidad, que nos llama a ser como dioses, y que un día, en el cielo, nos dará parte de aquella felicidad de la que él disfruta.

3. Adoración

Por tanto amor, ¿qué debemos nosotros dar a Dios? La adoración, ese sentimiento mediante el cual damos a Dios todo cuanto somos, nuestros sentidos, nuestros corazones, nuestros cuerpos, nuestras inteligencias y nuestras almas. Cuán pocos adoran así y cuántos disputan a Dios aquellos mismos dones que nos ha dado, para ayudarnos a amarle únicamente y enteramente. Hemos de adorar a Dios bajo los velos eucarísticos con la ayuda de las tres virtudes teologales. La fe nos lo muestra anonadado, humillado, disminuido y limitado, a él, el Dios infinito, el Dios fuerte, el Dios poderoso; la esperanza nos lo muestra como el motivo de nuestra esperanza y el único con quien podemos y debemos contar, porque ¿quién nos ha amado jamás o nos amará como este amor increado? ¿Cómo separar la esperanza del amor? Se confunden. ¿Cómo no amar a este Dios que, a la voz del hombre, desciende sin cesar a nuestros altares, se encierra bajo las santas Es-

pecias y ahí se queda hasta que el hombre se una a él en la unión más íntima que podamos imaginar? ¿Cómo no amar a un Dios que para venir a nuestras almas se expone a obedecer a la voz de un hombre, a veces indigno del carácter del que está revestido, que se deja poner sobre labios culpables y sacrílegos, que acepta vivir en corazones impuros? ¡Oh! ¿Qué devolveremos a este Dios que no retrocede ante ningún sacrificio? Él nos da sin cesar y nosotros le rehusamos alguna cosa; ¿cuándo deja de fluir su sangre sobre nuestros altares? Y ¿cuándo su carne no está a nuestra disposición? Mediante la comunión nos da más que la vida, porque es el autor de la vida; más que la gracia, ya que es el autor de la gracia; nos da su divinidad, en una palabra. Consumámonos, pues, por él, durante nuestra vida aquí abajo; no busquemos el reposo; eso no es posible con Jesús en el sagrario. ¿Acaso se reposa Jesús en él? No cesa de entregarse; entreguémonos también nosotros, ante todo comulgando, pero luego viniendo a adorarlo en el sacramento de nuestros altares. Si entonces nos sentimos incapaces de ofrecer a Dios una adoración digna de él, armémonos mediante la fe con la adoración de este Hombre-Dios, convertido en pan por amor a nosotros, y ofrezcámosela, seguros de que será para él de agradable olor. Ofrezcámoslo a él mismo a su Padre; él suplirá a nuestras propias adoraciones.

(Tomado de la Cuaresma de 1862)

PENSAMIENTOS SOBRE LA EUCARISTÍA

Nimes, 3 de mayo de 1853

Me dices que sólo tienes momentos de desfallecimiento cuando estás lejos del Santísimo Sacramento y que

prostrada a sus pies quieres pertenecerle totalmente... He ahí una puerta abierta para salir del círculo alrededor del cual pretendes girar: la voz de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. En tu lugar me dedicaría a pasar allí el mayor tiempo que pudiera y a alimentar allí mi corazón con pensamientos de sacrificio e inmolación, y me ejercitaría en disminuir mis repugnancias naturales y consentiría en vivir el día a día hasta que plazca a Nuestro Señor ensanchar mi horizonte. Todo lo que te digo aquí es para mí cuestión de experiencia.

24 de agosto de 1855

En nuestra unión con el Cuerpo glorioso y siempre inmolado del Salvador en el Sacramento de su amor es donde encontraremos la fuerza de morir lo suficientemente a nosotros mismos para trabajar por su gloria y por el desarrollo de su Cuerpo místico.

Lamalou, 28 de septiembre de 1856

No puedo expresar, querida hija, la alegría que me causa la disposición de corazón en que estás respecto a Nuestro Señor. Tu devoción al Santísimo Sacramento es la mía, ya lo sabes, si finalmente tengo alguna. Sumérgete en este abismo de amor y pide ser la gota de agua que el sacerdote mezcla con el vino del cáliz, símbolo de la unión de la Iglesia y de cada santo en particular con la sustancia divina.

Lavagnac, 9 de octubre de 1856

Toma cada vez más la comunión como el centro de tu vida. Hazte pequeña, nada, silenciosa, paciente, obediente como Jesús y según el espíritu de Jesús, en la sagrada Hostia. Hazte como él, toda para todos, según la medida de tus fuerzas y de tus deberes y sin medida en cuanto

a los deseos, en unión con el corazón de nuestro buen Maestro. Si entras en esta senda, pronto serás una santa.

Finales de abril de 1857

No te abandones. Haz esfuerzos continuados: esfuerzos de presencia de Dios, esfuerzos de humildad, esfuerzos de buena presencia. Que tu vida sea una lucha. Prepara cada mañana el pan de los fuertes: que se note que te alimentas con él.

13 de enero de 1859

Al acordarte que es necesario que el grano muera para dar fruto, recuerda también que ese grano más tarde ha de ser molido para producir pan y que el grano de tu alma está más especialmente destinado a hacerse pan eucarístico. En efecto, todo tu ser ha de tender a eso. Tu vida es Jesucristo, y si se entrega a ti en la sagrada Hostia, es para enseñarte a convertirte en ese pan misterioso que él ofrece a su Padre y que prolonga en los suyos su sacrificio y su inmolación...

Nimes, 25 de junio de 1859

Nuestro Señor, divina víctima en el santo Altar, se presenta allí a nosotros con toda la perfección de su sacrificio, y desde el primer momento su sacrificio ha sido perfecto porque era el sacrificio de un Dios. Pero este mismo sacrificio, reproducido por nuestra parte, requiere que lo intentemos repetidamente, porque nuestra debilidad no puede alcanzarlo del primer salto, pese a todo el empuje y a toda la generosidad a que podamos llegar mediante una serie de esfuerzos. Lo que se te pide es muy duro, pero verás cómo poco a poco lo conseguirás por poco que se desarrolle tu ternura por Nuestro Señor.

7 de julio de 1860

Insisto absolutamente en que superes tu miedo a la comunión y que te acerques lo más a menudo posible a la santa Mesa... Una vez que estés bien convencida de que la comunión ha de ser tu vida, agruparás todas tus acciones en torno a esta acción principal, harás de ella el hogar de todos los buenos sentimientos del día, te prepararás a la comunión siendo muy dulce y muy paciente, darás gracias al Señor por sus visitas siendo muy caritativa y tan trabajadora como tu estado te lo permita.

26 de marzo de 1862

(Para mantener una comunidad en calidad de Superior), se necesita una entrega continua de sí. Nuestro Señor quiere que recommencemos a darnos sin cesar como se da él mismo en las miles y miles de hostias. ¡Qué bueno sería imitar a nuestro buen Maestro en esta señal inefable de su amor!

4 de octubre de 1864

Al Padre Victorin Galabert

... He aquí una idea. La herejía de los iconoclastas ha traído en Oriente la reacción del culto a las imágenes. La herejía protestante ha traído en Occidente la reacción del culto a la Eucaristía. Pero Oriente es muy culpable para con Nuestro Señor: el Oriente cismático a causa de sus sacrilegios; el Oriente católico a causa del escaso homenaje que rinde a la Eucaristía. La vida debe retornar en Oriente haciéndole tomar parte en la reacción occidental. La unidad volverá cuando podamos decir: *Unum corpus multi sumus omnes, qui de uno pane participamus* [1 Corintios 10, 17]. Cuanto más participemos del cuerpo de Jesucristo, tanto más se hará la unidad. Creo que hay que desarrollar el amor a Nuestro Señor en la Eucaristía, y si fundas la Adoración Perpetua en vuestra capilla

cuando tengáis al Santísimo Sacramento, estoy seguro de que atraerás muchas gracias. No digo que haga falta que el Santísimo Sacramento esté expuesto, lo que digo es que haría falta que siempre algunos de vuestros niños más juiciosos estuviesen ante el Santísimo. Piénsalo. Me parece que la herida vital está ahí. Cuando sintamos la felicidad de estar unidos a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, querremos pertenecer a la Iglesia que más hace participar en él...

15 de mayo de 1865

Cuando vas a misa, sube al Calvario y pide a la Santísima Virgen que te mantenga, aunque indigno, cerca de ella y de San Juan, bajo la sangre de Jesucristo.

19 de enero de 1867

Urge mucho a tus hermanas al amor de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Desearía mucho que esta devoción tomara un gran desarrollo: me parece que es la del tiempo actual.

1º de abril de 1867

¿Qué es una obra buena sin sufrimiento? ¿Dónde quedarían los dolores de parto? ¡Jesucristo ha dado a luz a la Iglesia en la Cruz y a ti te gustaría hacer la obra de Santa Teresa (de las niñas protestantes), acostada sobre rosas! Hay que sufrir mucho. Sufrir en primer lugar para expiar tus pecados, luego para mostrar a Nuestro Señor que eres su esposa. ¿Por qué Nuestro Señor ha querido que el símbolo y el sacramento de su amor fuese el pan transformado en su cuerpo? Es que para ser santo hay que ser primero amasado y luego transformado. Eso no se hace sin dolor.

6 de septiembre de 1867

...A cada momento puede dejarse sentir la abnegación. Pero para impregnarse de su espíritu hay que saborearla por adelantado en la comunión en que recibimos a un Dios que se ha negado a sí mismo de un modo tan terrible. Ahí es donde podemos sumergirnos completamente en un amor sin límites, en ese amor del que Nuestro Señor da testimonio y que nos hará comprender el grado de agradecimiento que estamos obligados a manifestarle.

8 de octubre de 1878

Deja que Picard (el cajero del colegio) chille y no vayas a pensar que la salvación de la Asunción está escondida en el fondo de su caja; está en el Sagrario, mi querido hijo; vete allí a buscarla.

III. Amor a la Santísima Virgen

El mes de María, incluido en las Méditations sur la Perfection religieuse, tomo 1° (reeditado en 1954 en los Cahiers d'Alzon) es presentado por el P. d'Alzon al P. Picard como el comentario sobre nuestra devoción a la Santísima Virgen. No lo reproducimos aquí, pero recogemos algunas instrucciones o fervorines sobre los principales misterios de la Santísima Virgen dirigidos a diversos auditorios. La Anunciación, como ya se ha señalado, y la Compasión han sido más particularmente los temas de las predicaciones marianas del P. d'Alzon.

“Tengo una inmensa devoción a la Compasión de la Santísima Virgen”, decía; sabía por experiencia que a ejemplo de la Madre de los dolores, “aquí abajo el sufrimiento es la condición de toda fecundidad”.

INMACULADA CONCEPCIÓN

*Inimicitias ponam inter te et mulierem,
et semen tuum et semen eius:
ipsa conteret caput tuum, et tu
insidiaberis calcaneo ejus.
[Génesis 3, 15]*

Asombrosa sentencia que se cumple todos los días. El demonio bajo la figura de la serpiente viene a tentar a la primera mujer. Ella sucumbe y arrastra en su caída al padre del género humano. Y la posteridad de Adán es condenada a la maldición de sus obras, al trabajo, a la muerte. La mujer también recibe su castigo. Satanás, ya castigado, recibe un suplemento de torturas. Pero Dios, en el mismo castigo, quiere depositar un germen de esperanza y he aquí lo que dice: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo illius* [Génesis 3, 15]. Estudiemos los personajes que abren la lucha, los caracteres de las dos razas, los resultados definitivos de esta guerra que debe prolongarse a través de los siglos.

I. Satanás y su raza

Satanás: Su condena La primera figura que contemplo es la serpiente. Satanás ha tomado la figura de este horrendo animal. El ángel, el serafín, Lucifer se ha rebajado a cubrirse con la máscara de una bestia. Hele aquí a este ángel caído; ¿qué hace? Desde que ha emitido el grito de revuelta contra Dios, ¿de qué es capaz sino de proseguir su rebelión? Y así como ha arrastrado a una parte de los ángeles, así quiere arrastrar al género humano. Quien ha conseguido tener semejante ventaja en el cielo, ¿por qué no la tendría también en la tierra? Es un orgulloso y a pesar de todo se arras-

tra. El Señor le obliga a esta vil condición: *super pectus tuum gradieris* [Génesis 3, 14]. ¡Oh, degradación de la naturaleza angélica! Dotado de las más admirables cualidades, ya no le sirven más que para mayor sufrimiento y para hacer el mal con mayor extensión. Irá, pues, este astro caído, este Lucifer que se levantaba por la mañana con tanto esplendor y que ha arrastrado en su caída a la tercera parte del cielo; irá y se arrastrará: *Super pectum tuum gradieris*. ¡Oh, situación humillante! El infierno no le ha sido suficiente; ha salido de él, ha necesitado la tierra, ahora trata de devorar a sus habitantes. Y hele aquí a este ángel, comerá tierra todos los días de su vida: *Terram comedes cunctis diebus vitae tuae* [Génesis 3, 14]. ¿Qué es comer tierra para un ángel? No será suficiente, queda maldito una vez más. Había sido maldito entre todos los ángeles. Todavía le quedaba algo de qué estar orgulloso; incluso en su orgullo podía gloriarse de ser lo más grande que había, a causa de la magnitud misma de su caída. Este consuelo no se le permitirá. Será maldito entre todos los animales de la tierra. ¿Se trata de la serpiente, se trata de Satanás? La maldición es sobre la serpiente, porque el demonio la ha convertido en el instrumento de su trampa. Pero, ¿quién puede dudar de que el espíritu de las tinieblas recibe aquí un nuevo suplicio? Buscará los actos más viles y rastreros; estará presente en todo mal; persuadirá del mal a todos; *Maledictus inter omnia animantia terrae* [Génesis 3, 14]. ¡Qué destino! *Super pectus tuum gradieris*. Según San Agustín, se dice esto para la confusión del orgullo. El demonio se ha sublevado; llevará a todas partes la huella de su orgullo. Dios no le interroga y esto ya es una prueba del desprecio que le tiene. Su condena está ya pronunciada desde su primera caída; pero el solo hecho de no ser interrogado comporta una nueva maldición: *Super pectus tuum gradieris*. En efecto, no tiene ninguna excusa. Aunque esté ya condenado, lo será de nuevo por cada crimen al que arrastre a los hombres. Nada le impedirá incitar al mal; pero dada

la manera como amó la condena del género humano, seguirá adelante y su sufrimiento se acrecentará con el de todos aquellos a quienes habrá hecho caer mediante sus seducciones; porque, dice San Agustín, uno de sus suplicios es haber tenido en su poder a quienes desprecian los preceptos divinos, *pœna enim ejus est, ut in potestate habeat eos qui Dei præcepta contemnunt*. ¿Y por qué? Porque han de ser castigados y su castigo se repercute sobre quien es la causa mediante sus seducciones. Multiplicad por cada condenado el suplicio de los demonios que los han seducido; multiplicad por cada víctima el suplicio de quienes han renovado en sus compañeros las seducciones de Satanás; id, y si podéis, según la medida de la justicia de Dios, daos cuenta del suplicio que espera en el fondo del infierno a aquellos desdichados que se hacen los proveedores de Satanás y los seductores de sus hermanos. Satanás es en adelante, bajo la forma de la serpiente, el enemigo del hombre; ¿pero cuál es su meta? No os la escondáis a vosotros mismos: la disminución de la gloria de Dios y el homicidio de su criatura.

Sus metas

La disminución de la gloria de Dios, su rebelión lo prueba suficientemente. Por envidia, detestaba a Dios en la majestad del cielo; ¿qué será cuando su odio habrá crecido con el sufrimiento? ¡Cómo deben sus torturas inexpresables empujarle a las blasfemias! ¡Y cómo sus blasfemias incessantes deben traer nuevas torturas! Ahí está su desesperación. Quiere quitar a Dios su gloria, pero por su suplicio mismo, hele ahí obligado a confesar la justicia divina y el poder infinito de este Dios, en adelante su enemigo o más bien su juez eterno. ¿Qué saldrá de todo esto? Helo aquí: los proyectos más espantosos del ángel rebelde para siempre. Y como no puede realizarlos contra Dios, en cuanto de él dependa los realizará contra sus criaturas. Y así es como desde el comienzo de la creación, perseguirá

al género humano con su rabia y cumplirá la palabra del Salvador, cuando decía: *Ille homicida erat ab initio* [Juan 8, 44]. Es por excelencia el gran asesino de hombres. Mirad, en efecto, esas largas generaciones de hombres plegados bajo su yugo. ¿Por quién ha entrado la muerte en el mundo? Por el pecado. ¿Y quién ha sido el gran instigador del pecado, sino Satanás? He ahí al gran asesino de la raza de Adán. *Ille homicida erat ab initio*.

La raza de Satanás Pero no es solamente un ángel, aunque sea el jefe de los ángeles, el que combatirá contra la mujer y su linaje; se trata del linaje de la serpiente. ¿Qué es, pues, este linaje? Se puede decir que en primer lugar se trata de la raza de los ángeles rebeldes caídos con Satán, aquellos de los que se dijo a los condenados que, siendo malditos, irán al fuego eterno, preparado para Satanás y sus ángeles: *Ite, maledicti, in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus* [Mateo 25, 41]. Pero quiero hablar de otra raza y quiero, como he dicho, estudiar sus caracteres.

Triple carácter: 1° *Raza de rebeldes* como Satán. ¿Dónde no se han rebelado contra Dios? Corren, según la expresión de la Escritura, tras sus deseos: deseos de ambición, deseos de riquezas, deseos de impureza, deseos de rebelión. ¿Qué salen ganando? Lo mismo que ha sacado Satanás, el castigo. ¡Poco importa! Se rebelarán. Dirán a Dios: Retírate de nosotros; *qui dixerunt Deo: Recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus* [Job 21, 14]. No, no quieren obedecer; se glorían de estar en rebelión perpetua. ¿Y no es eso lo que se ve por todas partes? ¿Cuál es el mal del mundo sino la rebelión contra Dios y el reino del hombre? La filosofía, la política, las costumbres, todo se ha coaligado y todos dicen a Dios: “Vete, no queremos conocer ni tus caminos ni tus leyes”:

qui dixerunt Deo: recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.

¿De dónde no ha sido expulsado Dios bajo el paganismo? ¿De dónde no ha sido expulsado Dios desde hace trescientos años sobre todo? Al principio se guardaron las formas externas, ¿pero luego? ¿Dónde está el respeto social de Dios? Sois demasiado jóvenes para verlo. Pues bien, ¿dónde está en ciertas familias? ¿Dónde está en varios de vuestros camaradas? Todo se juzga, todo se critica, sobre todo los dogmas de la fe, sobre todo la enseñanza de la Iglesia, y pequeños incrédulos en ciernes empujan a sus camaradas a la incredulidad. Tampoco ellos quieren nada con Dios ni con sus mandamientos: *Qui dixerunt Deo: recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.*

¿Es suficientemente monstruoso? Parece que no; ya que, pese a las medidas más severas, prosiguen mezclando la corrupción con la impiedad y esforzándose por ser los asesinos de la inocencia de los cuerpos, como han sido los asesinos de la pureza de las almas, y se les puede aplicar aquella palabra de Nuestro Señor a los judíos: “Vosotros sois hijos del diablo, vuestro padre: *vos ex patre diabolo estis*” [Juan 8, 44]. ¡Oh!, si hay algunos entre vosotros, sólo tienen que hacer una cosa, borrar el sello impreso en sus frentes por el bautismo y poner en su lugar la señal de Satanás, ya que son de su linaje, *vos ex patre diabolo estis.*

Y esto ha ocurrido con cierta perversidad desde Caín hasta aquellos hijos de los hombres, aquellos gigantes que fueron engullidos por el diluvio; todo ocurrió con cierta ignorancia de corrupción desde el paganismo hasta Moisés, desde los profetas hasta Jesucristo. Y a partir de Jesucristo, en el mundo cristiano, lo vemos aún en los herejes y en algunos Estados. Era siempre Satanás y su raza, *vos ex patre diabolo estis.*

El asesinato

2º Pero además, como su padre,
la raza de Satanás es una raza asesina. Quiere cadáveres, le gusta el olor a sangre; y

como ciertos pájaros fúnebres vienen a lanzar sus graznidos lúgubres, atraídos por el olor de los cadáveres, así la raza de Satanás busca las almas muertas y se sacia de su fetidez: *laetantur in rebus pessimis, et exultant cum invenierint sepulcrum...* ¿Y qué no intentan para conseguir cadáveres de almas? ¿A qué maquinaciones tortuosas como los anillos de la serpiente tentadora no recurren? También ellos tientan mediante sus provocaciones, sus miradas, sus conversaciones, sus escándalos. Algunas veces la conspiración contra las almas bautizadas es organizada en gran escala, otras veces atacan una a una a sus víctimas. Con tal de conseguir muchas, emplean su tiempo; el olor a muerto excita su apetito. Poseen su propaganda infernal y están dispuestos a todo. No les digáis que está mal; precisamente el mal es lo que quieren hacer: el mal, y mucho mal, he ahí su alegría. Hacer daño a la autoridad social que rechazan, daño a la autoridad de la familia cuyos lazos sagrados rompen; hacer daño sobre todo a la autoridad religiosa, porque detrás de ella, es a Dios mismo a quien quieren golpear. Todo les sirve para esta sacrílega conspiración, en que juntan los esfuerzos del infierno con los del mundo de los rebeldes. ¡Ah!, ¡si para colmo de homicidio pudieran dar muerte a Dios, como un día en el Calvario se la dieron a su Hijo encarnado! ¡Si, no pudiendo alcanzar a Dios, pudieran alcanzarlo en su culto, de manera que ya no tuvieran que ocuparse más de él! No pudiendo hacerlo desaparecer, ¡si al menos se pudiera rechazar el entrar en relación con él! ¿Acaso no hace tres mil años que el profeta, repitiendo el lenguaje de estos hombres, decía: *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra, et non memoretur nomen eius amplius* [Salmo 74, 8 y Jeremías 11, 19]. Actuaremos como si Dios no existiera. Mirad si la civilización moderna no ha suprimido bastantes fiestas, si no ha estimulado, pese a las leyes siempre incumplidas, la violación del domingo: *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra et non memoretur nomen eius amplius*. ¿Dónde está Dios

en los códigos modernos? El derecho de Dios ha sido abolido. La ciencia dice que Dios es una hipótesis inútil para explicar los fenómenos de la tierra, *et non memoretur nomen ejus amplius*.

La serpiente tras haber expulsado a nuestros primeros padres del paraíso de delicias, parece a punto de expulsar a Dios de la tierra. Todos los esfuerzos de su raza están ahí. Por cierto que se han servido del arma por excelencia, porque a tantos otros caracteres Satanás ha añadido un tercero.

La mentira

3º *Et in veritate non stetit* [y no se mantuvo en la verdad] [Juan 8, 44], dice de él el Salvador de los hombres. Comenzó por una mentira cuando dijo: “Subiré al cielo y seré semejante al Altísimo: *In coelum conscendam, et similis ero Altissimo*” [Isaías 14, 13-14]. Y continúa con una mentira cuando engañó a nuestros primeros padres, cuando les dijo: “Seréis como dioses: *et eritis sicut dii*” [Génesis 3, 5]. Y desde entonces siempre está la mentira. Y en cuanto a su raza, se la reconoce por este sello, la mentira. Miente. Voltaire ha dicho a sus discípulos: “Mentid, mentid, siempre queda algo”. Y desde entonces la mentira está a la orden del día entre los enemigos de Dios: mentira impúdica, mentira hipócrita, mentira del idólatra, mentira de los políticos, mentira de los diplomáticos, mentira de los ambiciosos, mentira de los sabios, mentira de los filósofos, mentira de los disolutos, mentira de los hipócritas. Siempre la mentira. Lo mismo que su padre, la raza de Satanás no puede permanecer en la verdad; los pies le queman en el camino de la franqueza y de la lealtad. Se dice de ella lo que se dice de su padre, el padre de la mentira, *In veritate non stetit*.

Así se prosigue este triple carácter de la horrible posteridad de la serpiente entre los hombres: la rebelión, el

asesinato, la mentira. Abrevio, pero ¡cuántas cosas habría que decir todavía de esta raza sacrílega, satánica! Pero he de mostraros a la gran enemiga de Satanás y los combates de su estirpe.

2. La Inmaculada y su estirpe

Inimicitias ponam inter te et mulierem [Génesis 3, 15], había dicho Dios a Satanás. ¿Quién es esta mujer? ¿Es Eva? Sin duda, pero Eva es la gran vencida arrastrando en su derrota al padre de los hombres. Eva puede tener una profunda enemistad con Satanás, su vencedor y el verdugo de sus hijos e hijas. En cuanto a la lucha, fruto de estas enemistades, la busco y no la encuentro. Satanás dio un golpe terrible a Eva en el paraíso terrestre, y le asestó un segundo golpe más terrible aún para su corazón materno, cuando Caín mató a Abel y Adán y Eva encontraron a su paso al primer hombre muerto que era su hijo. El demonio parecía no haber querido que la primera víctima muriera de muerte natural, a la que Dios nos había condenado. Era necesario que hubiera sangre, la sangre del justo, pero que se contentaba con reclamar venganza desde el fondo de la tierra que la había absorbido, sin tener ninguna eficacia. Se necesitaba otra mujer, otro hijo muerto, otra sangre derramada; se necesitaba a la purísima María.

La Inmaculada 1° Y mirad el admirable plan providencial. La mujer ha sido la primera en ser atacada; una mujer será, mediante una gracia incomparable, la primera preservada de toda mancha; será la única elevada al privilegio de una belleza inmaculada. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te* [Cantar de los Cantares 4, 7]: “Toda hermosa eres, amada mía, exclama el esposo celestial de las vírgenes, y en ti no se encuentra mancha alguna”.

Destrucción absoluta del pecado, nada de mancha, ninguna sombra en María; todo es belleza, perfección, luz. Y con esta belleza ella se avanzará, como su Hijo, *specie tua et pulchritudine tua, intende, prospere procede, et regna* [Salmo 45, 4]. Será la reina por excelencia, será la reina de las vírgenes, *adducentur regi virgines post eam* [Salmo 45, 15]. Y esta belleza es su humildad: su humildad que expulsa al orgullo, principio de toda mancha: *quia respexit humilitatem ancillae suae; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* [Lucas 1, 48]. Satanás ha encontrado atroces y eternos dolores como fruto y castigo de su orgullo; María encuentra en su humildad alegrías eternas e inefables, que desde aquí abajo todas las generaciones proclamarán bendiciéndola e invocándola: *Quia respexit...*

La humildad y la pureza son dos hermanas que caminan al paso. A veces, después de la caída, la humildad camina sola en la humillación; pero la pureza sin la humildad prepara, como ya se ha dicho, demonios en cuerpos mortales, y esta pureza no dura mucho tiempo. Será pura y humilde, será muy obediente: *Ecce ancilla Domini*. Satanás había creído indigno de un ángel servir a Dios; María, la Reina de los ángeles, sólo aspira a servirle. Madre de Aquél que se hará obediente hasta la muerte, quiere introducirlo en sus castas entrañas mediante un acto supremo de obediencia: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38].

Madre de los hombres 2º Satanás sólo sueña con la muerte de los hombres al no poder matar a Dios. María será la auténtica madre de la vida. Jesús es la resurrección y la vida, María es la madre suya. Y María, mediante el acto de amor más incomparable, dará a su hijo para la vida del género humano, que será salvado en la muerte de su Hijo. ¡Qué maravilloso contraste! Satanás aporta el odio al mundo, María aporta el amor y el amor más eficaz. ¡Oh, sí, comprendo la ene-

mistad de la mujer por excelencia contra Satanás! ¿Qué puede el odio del enemigo del género humano contra un amor tan grande? ¿No es la madre del más bello de todos los amores, ya que no sólo lo posee sino que además lo comunica: *Ego Mater pulchrae dilectionis* [Eclesiástico 24, 18], y que ella devuelve al corazón de sus hijos la esperanza: *Et timoris, et agnitionis, et sanctae spei* [ib.]? Hela aquí, la verdadera madre, con un amor como sólo entre las criaturas una madre es capaz de tener por sus hijos. María ama a Dios, ama a su Hijo, ama a todos los hombres. Teme por ellos, le gusta conocerlos y darse a conocer de ellos y darles la esperanza del cielo: *Ego mater*. Sí, ella es madre y ama mucho, verdadera y divina madre, y su amor salvaría a todos los hombres, si consintieran en ser salvados.

Madre del Verbo eterno

3º María, madre del Verbo eterno, de la Verdad infinita que se hizo hombre, ella ama la verdad como su Hijo y como su Dios que viene a habitar en sus castas entrañas. María ama la Verdad como ninguna criatura puede amarla, y en eso persigue al padre de la mentira, y tal es la razón profunda por la que la Iglesia le dirige las siguientes palabras: *Gaude, Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*. Esa es la causa del amor de los apóstoles de la verdad por ella. La Iglesia la llama Reina de los apóstoles. Ella los instruía en el Cenáculo, les animaba en sus trabajos; sostiene a los misioneros. *Regina apostolorum*. ¿Dónde está la fuente de la sabiduría y de todas las verdades, de las que la Sabiduría da el amor y la inteligencia? En el trono divino que es el corazón de María: *Sedes sapientiae*. Buscad un amor más grande que el de María por su hijo, y su hijo es la Verdad; *ego sum veritas* [Juan 14, 6], ha dicho él de sí mismo; haceos, si podéis, una idea del amor de María por la Verdad que es su Hijo Jesús.

La estirpe de la mujer ¿Qué diré ahora de la lucha entre la raza de la serpiente y la estirpe de la mujer? Mirad a esta mujer, reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes; esta reina cuya posteridad se compone de todos los santos. ¡Quién contará la obediencia de los santos, su caridad, su pureza: *o quam pulchra est casta generatio cum claritate* [ver Vulgata: Sabiduría 4, 1]! Recoged si podéis, la idea de todas las perfecciones humanas aumentadas con la ayuda de Dios; buscad toda invención de desarrollo moral; después de Jesús y de María, encontraréis todo lo que podáis exigir de más admirable en algún miembro de la estirpe de María; ella lo ha tocado con su mirada, con su soplo, con su bendición, con su amor. No me siento con ánimo de contar las maravillas de esta hermosa, pura y gloriosa estirpe, *o quam pulchra est casta generatio cum claritate!* El mundo no la comprende, pero María la estimula, y ella camina apoyada en María, su madre, y ella va en la obediencia, el amor y la verdad prosiguiendo su obra aquí abajo, condenación viva de la raza de la serpiente; y por eso Satanás la persigue con un odio tan profundo. Por eso la destruiría mediante la rebelión, el asesinato, la mentira, por todos los medios dignos del infierno. Pero no lo conseguirá; el pie de la mujer está ahí para aplastarle la cabeza y, pese a todas sus emboscadas, es necesario que a la serpiente se le aplaste la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* [Génesis 3, 15].

3. Conclusiones prácticas

Hijos míos, cuando os considero con el afecto que la santísima Virgen me ha dado por vosotros, me pregunto angustiado: ¿Son todos verdaderos hijos de la mujer, madre de Dios? ¿Por ella son dignos de ser hermanos de Jesús? Colmados de gracias incomparables que no han sido

concedidas a otros, ¿dan todos aquellos resultados que se deberían esperar de la estirpe de María? ¿No tienen ellos también ese espíritu de independencia y de rebelión que ha precipitado a los ángeles desde el cielo? ¿No tienen ese espíritu de orgullo curioso que, con el afán de conocer el bien y sobre todo el mal, ha expulsado a nuestros primeros padres del paraíso terrenal? ¿No dicen, como el rey de los infiernos: no obedeceré, *non serviam*? ¿Ninguno ha dado aún muerte a sus hermanos mediante malos ejemplos, malas conversaciones, mediante la provocación al mal? ¿No hay alguno a quien Dios dice como a Caín, el primero de la raza maldita: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra [Génesis 4, 10]; no la sangre de su cuerpo, sino la sangre de su alma matada por el pecado mortal? ¿No hay alguno entre vosotros que mediante las mentiras, los errores, las blasfemias, haya causado la pérdida de la fe en alguna joven inteligencia? ¿Algunos de vosotros merecen que se les diga, como Jesucristo a los judíos: “*Vos ex patre diabolo estis* [Juan 8, 44], vosotros tenéis al diablo por padre, y os complacéis en la mentira, por huir de la verdad que os acusa?” ¿Qué terrible futuro os prepararíais? Comprended con qué cuidado celoso apartamos a todos los camaradas apestados, aquellos camaradas en quienes estamos condenados a ver la raza de la serpiente, para conservar pura la estirpe de esta mujer, llena de todas las gracias para ella y para todos sus hijos, y que, Madre de Dios, es la Madre de los hombres para dárselos a Dios. ¡Oh, sed vosotros también humildes en la obediencia, impregnados de una caridad activa; francos y leales, llevad en todas vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestra sencilla mirada la sinceridad, hija de la verdad! ¡Que vuestras almas sean puras y vuestros cuerpos lo sean también! Entonces podréis disponeros al gran combate. Hijos de María, hombres de su estirpe, podréis combatir a la raza de la serpiente. Quién sabe si Dios no está permitiendo que en estos bancos, a vuestro lado, vengan a sentarse algunos miembros de esa

raza maldita, con el fin de ejercitar vuestra entereza y enseñaros en estos primeros ensayos de las armas espirituales el modo como se triunfa de los enemigos de Dios, de los esclavos del infierno. Seréis, cada vez que lo queráis, los más fuertes. Para ello hay que abrazar fuertemente la causa tan bella de María.

Rezad hoy por la Iglesia, por el Papa, su jefe, por Francia expuesta a tantos peligros. Vendrá un día en que las emboscadas de la serpiente se dispersarán y serán confundidas; en que el talón de María aplastando su cabeza, le precipitará al abismo. ¡Oh, poneos del lado de esta María divina y triunfad con ella en el campo de batalla para la gloria de Dios!

A los colegiales de Nimes, 1877.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

Roma, 29 de marzo de 1870

A Mons. Dupanloup,
obispo de Orleans

Me han hecho notar en su reciente respuesta al Ilustre Arzobispo de Malinas las palabras siguientes: “Por mi parte, mis observaciones no me han venido sino después de las provocaciones lanzadas desde lo alto del púlpito por Vicarios generales, en la catedral misma”. Quizá las personas que vigilan, de parte suya, las provocaciones de los Vicarios generales, en la catedral misma, han descubierto a varios culpables. Yo soy uno de ellos, quizá el único; no importa. Ya que usted también me provoca, Monseñor, permítame participarle una convicción ya muy vieja. Reposa sobre una teoría muy católica, cuya sustancia es la siguiente.

La verdad es la luz, el alimento de nuestra inteligencia, y cuanto más verdad recibe nuestra inteligencia más se desarrolla y fortifica, más luminosa llega a ser. En la Iglesia las verdades, trasunto de la Verdad suprema, se dividen en dos categorías: aquellas que su autoridad divina impone bajo la sanción de anatema y las verdades que enseña, sin excluir todavía de su seno a los rebeldes que no las aceptan. Para algunas personas la libertad de sus conciencias consiste en no aceptar más que los dogmas rigurosamente definidos, como si en materia de fe no hubiera más pecado que el de la herejía formal. La mayoría de los católicos, celosos por cumplir plenamente con su deber, se anticipan a la enseñanza de la Iglesia, con tal de que sea de la Iglesia. Dejando a otros su rígida independencia, estos católicos, precisamente ellos, necesitan conocer mejor creyendo más, para amar más.

¿Quiénes son más felices? La Iglesia tolera, sin aprobarla, la peligrosa libertad de unos, pero a la plenitud de su enseñanza sólo responde la perfecta docilidad de los otros. Tal es la teoría de varios grandes teólogos, de Suárez en particular. Ahora bien, para aplicarla a las actuales circunstancias, hace ya más de veinticinco años que se ha dicho que si se quisiera estudiar el futuro de la doctrina católica era fácil prever que la primera flor salida de su tallo sería la definición de la Inmaculada Concepción y la segunda la infalibilidad del Papa. Pues bien, cuando la Inmaculada Concepción fue definida, numerosos cristianos, incluso Vicarios generales, se han permitido decir que la infalibilidad no tardaría en serlo.

En efecto, aparte de muchos otros motivos, hay en la relación de estas dos verdades una razón de conveniencia que parecía reclamarla imperiosamente. Jesucristo ha tratado siempre en un pie casi de igualdad, a María, su madre, y a la Iglesia, su esposa. Ambas son madres, ambas son vírgenes, anota San Agustín: *Ecclesia quoque*

et virgo et mater est. Si María es la más pura de las vírgenes, la Iglesia no lo es menos: una ha engendrado a la Verdad, la otra tiene el depósito de la verdad. Ahora bien, parecería admirablemente conveniente que el Pontífice, que ha colocado la más pura de las coronas sobre la frente inmaculada de María, viese proclamar en su persona lo que se puede llamar el triunfo de la virginidad de la Iglesia. El doctor de Hipona nos muestra a los obispos urgidos a velar por la virginidad de la esposa de Cristo: *Quomodo virgo non est, cujus integritate consulimur?* Ahora bien, ¿dónde reside esta virginidad en todo su esplendor? No está en la Iglesia discente. ¿Podemos decir de manera absoluta que está en el episcopado, cuando se han visto y se ven aún a tantos obispos heréticos? Reside, como en su depósito, en la cabeza y en el corazón del Soberano Pontífice, desde donde se extiende sobre el episcopado unido a Pedro. Y será un gran concilio aquél que, mediante la Infalibilidad del Papa, haya proclamado aquí abajo el principio de la virginidad de la Iglesia...

PUREZA

Ego flos campi et lilium convallium

[Cantar de los Cantares 2, 1]

Tal es la palabra del Cantar de los Cantares que la Iglesia aplica a la Santísima Virgen María; sencilla criatura, pero la más pura de todas, se nos propone como modelo de pureza y de virginidad. Por eso San Ambrosio dirigiéndose a vírgenes les dice: *Sit vobis tamquam in imagine descripta virginitas vitaeque beatae Mariae, de qua velut in speculo refulget species castitatis, et forma virtutis.* Pero esta castidad, esta virginidad, tan hermosa en María fluye de otro sitio y quisiera, antes de mostrársela

en la reina de las vírgenes, dárosela a conocer en su principio, en su fuente, que es Dios mismo, y en su canal más magnífico que es Nuestro Señor Jesucristo. Así, remon-temos a Dios, que es virgen por encima de toda criatura; vayamos a Jesucristo, descendamos hasta María, la reina de las Vírgenes, y contemplémosla luego en todas las vírgenes que siguen al Cordero.

1º En Dios

La característica de la virginidad es la separación; y el ser puro entre todos es Dios en su divina soledad. Está allí solo, y porque es infinitamente puro e infinitamente perfecto es feliz sin mezcla alguna. La pureza de su ser es una condición de su perfección; y en esta pureza infinita, saca su perfección infinita; y la contemplación de su perfección produce la delectación y esta delectación es su felicidad eterna. Quiere ser puro porque si dejara de serlo, cesaría de ser perfecto y cesaría de ser feliz. Quiere su pureza con la misma fuerza que quiere su felicidad y, lo repito, siendo esta felicidad infinita como su gloria, no dará a nadie esta felicidad, lo mismo que su gloria no quiere cederla a nadie: *et gloriam meam alteri non dabo* [Isaías 42, 8].

Si, pues, queréis buscar la fuente de toda pureza, remon- taos hasta la esencia divina misma. El paganismo, con sus ideas limitadas por la debilidad de la razón, no ha sabido ir más allá y ha visto en la creación una decadencia de la divinidad. Los sabios de las religiones antiguas no han podido comprender a un Dios que produce la materia sin mancharse, y muchas religiones antiguas están basadas en esta noción. Noción errónea, ya que hay en Dios dos especies de emanación: la emanación por generación, y Dios engendra a su Hijo en la unidad de la sustancia, infinito, perfecto, simple, puro como él; y la emanación por inspiración, de la que procede el Espíritu Santo, infinito, simple, puro como el Padre y el Hijo, de los que procede. Al lado

de esta emanación interior en la substancia divina, hay que poner la emanación por creación, y ésta no mancha a Dios, porque está enteramente separada de él. Dios está tan por encima de las criaturas que ninguna de sus imperfecciones podría alcanzarlo, ya que lo que tienen de perfectas, lo han recibido de él y lo que tienen de imperfectas, viene de la nada de la que han sido sacadas.

2º En Nuestro Señor Pero en el orden sobrenatural todo nos viene de Dios por Nuestro Señor Jesucristo, en quien están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; que hemos contemplado lleno de las gracias que venía a traer al mundo. Por él es como debemos recibir todo lo que nos viene de Dios, y por lo tanto la pureza. Porque si la pureza está en él como en su fuente, en cuanto que es Dios, está en él como en un canal muy perfecto en cuanto que es hombre. Nuestras almas no pueden recibir en ellas la inmensidad de las perfecciones de Dios; se necesitaría que fueran inmensas como Dios mismo. Por eso estas perfecciones en Nuestro Señor se acompañan a los límites de nuestro ser. Pero ¿quién dirá la belleza, la grandeza y el esplendor que conservan en este Hijo, en quien Dios ha puesto sus complacencias?

Y ya que hablamos de la pureza, ¡qué diremos de quien ha querido ser llamado por el Espíritu Santo el Cordero de Dios, a causa de su inocencia! Ha querido tomar una carne semejante a la nuestra, con el fin de purificar en nosotros esta carne de pecado. ¡Pero seguidle paso a paso del pesebre a la cruz, qué pureza admirable! Y convenía que así fuese en quien venía a borrar los pecados del mundo, en quien llevaba en sí, como Dios, el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia del Padre.

Seguidle paso a paso, ¿qué sombra de imperfección, qué apariencia de mancha encontráis en él? He ahí vuestro modelo por excelencia. Sondead, escrutad, nada en-

contraréis de más puro, de más casto, de más virginal que Jesucristo en su santa humanidad.

3º En María

Pero si el Salvador del mundo, por su divinidad está en el seno del Padre, Dios con él, por su humanidad ha querido recibir un cuerpo de la más pura de todas las criaturas. La ha tomado aparte, la ha hecho salir en cierto modo de la boca del Altísimo, según la expresión de la Escritura: *Ego ex ore Altissimi prodivi* [Eclesiástico 24, 3]. Sin duda, por efecto de la creación, todos los seres tienen un origen parecido; pero hay una elección especial en María, engendrada antes que las colinas, es decir, en el pensamiento de Dios antes que las criaturas imperfectas, representadas por esas masas que se levantan por encima del suelo de la tierra.

Estudad la virginidad de María, ved las expresiones que el creador emplea para pintar su perfección. “Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles: *Ego flos campi et lilium convallium*” [Cantar de los Cantares 2, 1]. Vive retirada en la soledad de los campos, su esplendor no queda ajado por el polvo de los caminos del mundo, y cuando el esposo tome la palabra, dirá: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias* [Cantar de los Cantares 2, 2]. Tal es la superioridad de María por encima de las criaturas que no participan de su pureza, un lirio y espinas. Comparad. Por eso el esposo del *Cantar* continúa: “Eres completamente hermosa, oh mi bien amada; eres totalmente bella” [Cantar de los Cantares 1, 15]. ¡Qué expresiones! Habría que pintar aquí todas las perfecciones de María, lo que es imposible. Lo que podemos decir es que desde siempre la Iglesia, que también ella, según la expresión de San Agustín, es virgen y madre a la vez, le ha saludado con el título de virgen por excelencia. Virgen antes del nacimiento del Salvador, virgen después del nacimiento del divino Cordero de su seno purísimo, virgen hasta la muerte, virgen eternamente en los cielos.

En Dios tenemos el modelo inimitable; en Jesús, un modelo en cierto modo accesible, porque en él se encuentra el elemento humano; en María sólo contemplamos a una criatura, pero la más pura de todas: una criatura que, según la expresión de San Bernardo, ha complacido de entre sus perfecciones por su humildad y ha engendrado por su virginidad: *humilitate placuit, virginitate concepit*.

4º En nosotros ¿Qué diremos ahora de la manera como esta pureza se derrama de Dios en Jesucristo, de Jesucristo en María y en nosotros? ¡Oh! sin duda, María es un canal mediante el cual la gracia llega hasta nosotros; pero, hay que repetirlo, llega a nosotros sobre todo y esencialmente por Jesucristo. María, si puedo decirlo así, es un mar inmenso de pureza que nos comunica de su sobreabundancia; pero la fuente es Dios; y aquel por quien esta fuente llega a nosotros es ante todo Nuestro Señor Jesucristo. No quitamos nada a la madre, a quien el Hijo ha dado según su amor. Pero no nos está permitido quitar nada al privilegio del hijo, por quien toda pureza ha bajado del cielo mismo a María. Ahora, si colocándonos entre Jesús y María contemplamos la pureza del hijo y de la madre, ¡qué maravillas no se nos presentarían!

Pues bien, en la tierra hay almas llamadas a tomar parte en ella. Que sean vírgenes como Jesús y María, he ahí su privilegio. Vosotras recitáis varias veces al día: “Santa María, Madre de Dios”... y este privilegio es en cierto sentido el privilegio de María. Y sin embargo es doctrina de los santos Padres que toda virgen es la madre y la esposa de Jesucristo. ¡Oh!, el sacerdote, por el privilegio del sacerdocio, engendra a Jesucristo cada día sobre el altar; pero que sea un santo o un miserable, este privilegio le pertenece, es un privilegio de carácter sacramental. Por el contrario, la maternidad en la virgen es un privilegio de virtud que crece a medida que se hace más virgen me-

diante los esfuerzos de pureza que hace, y ello en parte se explica.

La pureza infinita brota del seno de Dios; se dilata en Jesucristo para recaer sobre la humanidad. Cada cristiano que la recibe la conserva o la destruye. Pero cuanto más estos cristianos se aplican a conservarla en su limpidez, en su transparencia, tanto más esta admirable virtud se parece a la perfección de Dios mismo. Ese es el trabajo de los santos, y este trabajo que no tuvo en María ningún sufrimiento, sí lo tiene en las demás criaturas bautizadas; y es lo que San Pablo explica cuando dice: “Toda criatura gime y da a luz” [Romanos 8, 22]. ¿Qué engendra? A Jesucristo. Pero las almas que más puramente lo engendran, que lo reproducen más perfectamente, son las almas que San Agustín llama las vírgenes de Jesucristo y a las que promete en el cielo una gracia completamente especial.

Pero, me diréis, ¿sólo las vírgenes tendrán parte en ello? San Agustín responde: habrá una gloria común, pero dentro de esta gloria común habrá una particular para las vírgenes, porque los demás pertenecen a Jesucristo pero no son sus vírgenes.

¿Qué decir sin embargo de tantos santos que han sido grandes pecadores? ¿No tendrán una recompensa proporcional a su penitencia? Evidentemente la tendrán; y si me puedo servir de una comparación: he aquí un agua muy pura que se vierte en un depósito, donde se la ensucia. Se necesita que la suciedad se escurra con el agua para que otra agua pura pueda remplazarla; pero si se renueva hay que saber conservarla. Así hizo Agustín penitente, cuyo amor y penitencia renovaron la vida de sus primeros años.

¿Qué diremos de los frutos de la pureza? Es una ga-

rantía de salvación. Es un acercamiento a la semejanza divina. Es una mayor facilidad para la contemplación. Es una disposición más particular para el don de sí. No insistamos, pero pidamos a María que nos consiga tan bella virtud. Pidámosela a Jesús, el esposo de las almas castas, y merezcamos poder perdernos un día en el océano de la pureza de Dios.

COMPASIÓN

*Stabat juxta crucem Jesu
Maria mater ejus*
[Juan 19, 25].

Jesús está suspendido en el árbol de la cruz, todos los Apóstoles, excepto uno, han huido. Juan ha permanecido fiel y silencioso, la amistad de Jesús le ha retenido con su divino encanto. ¡Qué de temas de contemplación! Detengámonos un instante en el amor de María y estudiemos sus principales rasgos.

1º La compasión; 2º su respeto; 3º su valor; 4º su obediencia.

1º Compasión ¡Qué no sufre viendo a Jesús reducido a semejante estado! Es una madre, lo más amante que existe en la naturaleza. Esta madre está condenada por amor a ver expirar a su hijo. Quiere permanecer ahí hasta que haya exhalado su último suspiro. No quisiera ser arrancada de semejante espectáculo y este espectáculo es su suplicio. ¿Dónde sufriría más, alejándose o quedándose? Todo es dolor para este corazón de Madre. Es una Madre, la más perfecta de las criaturas, porque de todas es la más delicada en sus

sentimientos. Nadie aquí abajo es capaz como María de disfrutar de su título de Madre, nadie es más capaz de sufrir; se trata de aquellas circunstancias dolorosas en que la perfección misma se convierte en un aumento del dolor. Nadie ha sufrido las angustias de Jesús, nadie ha experimentado sus tristezas, sus desgarros; su propio cuerpo, templo de su alma, ha tomado parte en ellos. Ahora bien, he aquí a la mujer bendita entre todas las mujeres, condenada a enfrentar el suplicio más horroroso en su más grande privilegio. María es una madre, la más santa de las madres, y al pie de la cruz el fruto admirable que está colgado es el más bello de los hijos de los hombres, el Hombre-Dios. Sola entre todas las criaturas, María ve a su Dios en su hijo, y le está no solamente permitido sino mandado amar a su hijo como a su Dios. He ahí a lo que se había ejercitado con el más grande corazón de madre, con el corazón más puro de Virgen, desde el primer instante de la Anunciación. ¡Cuánto había crecido este amor en las disposiciones de esta naturaleza exquisita, en los hábitos de la maternidad y bajo la acción de un Dios que había escogido a esta criatura para amarla más que a cualquier otro ser salido de sus manos creadoras! Amor de madre, amor de la más perfecta de las madres, amor de la madre de un Dios, amor de madre multiplicado por todas las gracias que un Dios es capaz de derramar en el corazón de aquella que él ha escogido para ser su madre: tal era el corazón de María, y tal era su verdugo en el momento de la muerte de Jesús. Cuanto más perfecta era María, tanto más sufría; cuanto más inefable era el objeto de su amor, tanto más hacía sufrir a María.

Sobre el Calvario me represento al corazón de Jesús y al corazón de María como dos hogares que se reenvían el sufrimiento, así como en la ciencia se coloca uno frente al otro dos hogares que se reenvían la luz. El dolor que partía del corazón de uno para ir al corazón del otro tomaba, por efecto del amor, inexpressables proporciones.

Adoro a Jesús que aumenta silenciosamente sus dolores con todos los dolores que hace sufrir a su madre; admiro a María que acepta estos dolores que vienen a sumarse a los suyos, puesto que piensa que ella es un aumento de sufrimiento para Jesús, y la admiro porque acepta ser la criatura por la que Jesús más sufre ya que es la más amada. Me pierdo en las profundidades de estos sufrimientos y en los abismos de estos amores. Pero después de todo, ¿por qué, ¡oh Jesús!, ¡oh María!, sufrís así por mí? ¿Cuándo, pues, a mi vez, al pie de la cruz, junto a María, aprenderé a sufrir cada vez más ejercitándome en amar más?

Respeto de María a la Cruz ¡Qué oprobios no acepta María sobre la montaña del Calvario!

Aunque no hubiera habido más que los clamores de los fariseos contra Jesús, ya hubiera sido suficiente; a ellos se mezclan los de los soldados, el populacho continúa con sus gritos, y ella, hela ahí, madre del ajusticiado cerca del instrumento del suplicio. El resto de los parientes y conocidos se mantienen lejos. *Noti a longe stabant* [Lucas 23, 49]. Era un grupo de prudentes y de temerosos. ¡Oh María!, tu valentía materna no conoce esos temores; cuanto más insultado es tu hijo, tanto más te reafirmas en reconocerle como tu Dios, y tus sufrimientos por mí se explican por la gran misión que cumples en este momento. ¡Adoras y estás ahí! De estos dos sentimientos se forma el culto de honor, de alabanza, de respeto que tú le rindes a él; tu silencio se reviste de respeto, pero la fe, que me muestra que ninguna criatura ha amado y adorado como tú, me enseña con qué clase de culto de respeto compensas a Jesús por todos los oprobios de los viene cubierto. ¡Oh, María!, enséñame a ofrecerle un culto semejante, para reparar las irreverencias pasadas y poder así compensar las que otros le hacen padecer.

Valor*Noti autem respiciebant a longe*

[Lucas 23, 49]. Sus conocidos

miraban desde lejos. ¿Qué está sucediendo, pues? La más amante, la más respetuosa de las criaturas es aquí la más valiente. No teme ir a Jesús, pese a todo cuanto hubiera podido retenerla; esta tribulación no es para ella sino un estímulo más. ¡Oh María!, ante este valor maternal quiero plantearme esta pregunta: ¿No me he ruborizado nunca de Jesús? Quiero que tú seas testigo de mis resoluciones de valentía al servicio de tu hijo. Tu actitud al pie de la cruz será mi modelo; tú no te abandonas a los ímpetus de un dolor que sería, después de todo, totalmente normal. Tú estás de pie y silenciosa, tu dolor se hace cada vez más grande a medida que se hace más concentrado; pero si tu hijo te lo ha hecho más profundo, te lo ha hecho también más generoso. ¡Oh María!, que en mis pruebas pueda yo mostrar tu valor y tu generosidad.

Obediencia de María

Jesús es su Dios y su hijo. Como hijo debe cuidar de su Madre, y

en el testamento de Jesús encuentro la prueba de su ternura para con el discípulo amado: ¡le confía a su madre! ¡Oh, Jesús, enséñame a hacerme cargo de los intereses de María! ¡Oh, María, enséñame a obedecer como tú has obedecido a Jesús, que ha dispuesto con una palabra de todo el resto de tu vida! Jesús ha dicho a Juan: *Ecce mater tua* [Juan 19, 27], y desde aquel día Juan recibe a María en su casa. Pero Jesús dice a María: He ahí a tu hijo, y la Iglesia entera considera a Juan como el representante de la humanidad. ¡Oh hombres! ¡He ahí a vuestra madre! Vosotros me dais la muerte, y después de haberme entregado por vosotros os ofrezco el corazón más amante, el corazón de mi Madre, y María obedece, y su obediencia va a aceptar como hijos a los auténticos verdugos de su hijo; porque los soldados romanos no han sido sino instrumentos. Los verdaderos verdugos son los pecadores. Oh María, en un inmenso esfuerzo de amor obediente,

tú nos aceptas; con ternura maternal, tú nos adoptas; que a partir de este día mi corazón acepte como hermanos a todos cuantos quiera Jesús y que mi obediencia para vencer lo que me repugna tome como modelo tu obediencia a Jesús que te llevó a adoptar a los que le dieron muerte.

SERMÓN SOBRE LA COMPASIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Nimes, 31 de marzo de 1871

La fiesta de la Compasión de la Santísima Virgen se nos presenta con una doble característica. Veo en los sufrimientos de la Madre de un Dios el tipo de los dolores de la madre de familia; veo en ellos también, en el martirio de la más pura de las Vírgenes, la fiesta de todas las almas llamadas mediante una elección divina a enterrar y a transformar su perfección en el sufrimiento. En una palabra, María al pie de la Cruz, Madre y Virgen, he aquí las dos consideraciones que quiero abordar hoy al estudiar en el misterio de la fiesta de la Compasión la grandeza y la fecundidad de los sufrimientos de la madre cristiana y de la Virgen, esposa de Jesucristo.

I. Modelo de las madres

Dolores de las madres Consideraré en primer lugar a la madre de familia. Señoras, cuando toco esta cuestión, siento que tengo a la vez mucho y poco que decir. ¿Qué madre no ha sufrido y mucho? ¿Y qué puedo enseñaros al respecto? ¡Cuántas preocupaciones en su corazón! ¡Cuántas responsabilida-

des en su espíritu! Sus afectos son una cruz, sus deberes la arrastran; lleva como una pesada carga el peso que la rodea: su marido, a quien ama y que la ama, sus hijos, sus familiares; todo el peso de la casa finalmente. Todo cuanto rodea a esta madre de familia activa su solicitud y sus angustias. Y además está ese círculo que se va extendiendo alrededor de ella, sea en la familia, sea en la esfera de la amistad y que, aunque sea más amplio, no deja de abrazarla dolorosamente. Sí, debe sufrir la mujer que ha unido su destino al de su esposo; la madre que vela sobre su hijo desde la cuna hasta la hora cruel de la separación. Llevará paso a paso las preocupaciones de su infancia y las tareas de la educación, y luego, cuando haya dado una ternura inmensa, verá a veces volverse contra ella aquel corazón que ella ha calentado con su amor y, sin hablar de este dolor punzante de la ingratitud, llegará la hora en que el hijo abandonará la casa paterna para ir a sentarse en otro hogar y a derramar sobre otra criatura el afecto que había dedicado en exclusiva a su madre. Sí, he ahí vuestro destino, madres cristianas, sin hablar de los otros dolores que brotan de la mina inagotable de vuestro corazón. Donde quiera que vuestro afecto descansa aquí abajo, siempre choca, se hiere, y durante toda vuestra vida habéis de ir a abrir vuestro surco ensangrentado en el sufrimiento, desgarrándoos con las espinas del camino. Y todo eso, Señoras, porque sois cristianas y toda alma cristiana tiene que entregarse, y lo sabéis, entregarse es sufrir. Si no os donáis no sois cristianas y no alcanzaréis la perfección del cristianismo hasta que os hayáis dado en medio de los dolores, de las lágrimas, de las angustias de vuestra vida. ¿Esto os faltará? Por desgracia, Señoras, no. Reíd en ciertos momentos, os lo concedo; disfrutad de tiempo en tiempo de los encantos de la familia y de las alegrías del corazón; eso os será a veces dado. Es un hecho que a la salida de estas fiestas, caéis en el duelo, que vuestras

sonrisas más alegres terminan en una lágrima. Mirad a vuestro alrededor y ved cuál es el recorrido de todo viajero de este mundo, ¿acaso no es una peregrinación de dolores?

Dolores fecundos Pero si esto es así, ¿habéis pensado en todos los méritos que podéis acumular, la fecundidad que podéis dar a vuestros dolores, en vez de dejarlos allí estériles y vanos? Aquí no hablo de aquellas personas que rechazan el sufrimiento o que se lanzan al abismo de la desesperación; quiero hablar de las almas que por una inconcebible negligencia convierten en inútiles sus sufrimientos. Pues bien, Señoras, todas vosotras que sufrís y deseáis hacer fecundos vuestros sufrimientos tenéis en esta fiesta de los Siete Dolores un modelo incomparable. La santísima Virgen, al pie de la cruz, es por excelencia la Madre de las madres; es el tipo de la madre de dolores, vasto como las olas del mar es el océano de amargura que vino a sumergir su alma: “¡Oh, vosotros todos que pasáis, venid y ved si hay dolor como mi dolor!” [Lamentaciones 1, 12]. Ninguno hay semejante, Señoras, y no pretendo confrontarlo con los vuestros. Pero no por ello deja de quedaros un deber: ¡debéis hacer provechosos vuestros sufrimientos, sean cuales sean, en primer lugar para vosotras mismas, luego para vuestras familias, vuestros amigos y para la Iglesia de Dios! Por lo tanto, nada de quejas, nada de murmuraciones, ¡mirad a María! ¿De qué os vais a quejar, Dios mío, frente a semejante dolor? ¿Sufrís, os pregunto, la milésima parte de los dolores que se precipitaron en el corazón de la Santísima Virgen? ¿Habéis ni siquiera tocado con los labios el cáliz que ella tuvo que beber entero? Si no sois cristianas, nada tengo que deciros aquí, huid del dolor y de su influencia divina, rechazadlo; desesperaos, endureced vuestro corazón para sentir menos fatalmente sus

golpes, lo podéis hacer. Pero si pertenecéis a Jesucristo, si habéis decidido caminar en pos de él, sabed sufrir como María, no temáis, no tratéis de encallecer la delicadeza de vuestra alma; sin duda, cuanto más delicada sea vuestra alma, más sufrirá. ¿Hay que lamentarlo? No, os pareceréis más a la Santísima Virgen.

Os he dicho, en otra circunstancia, que al pie de la cruz bañada en la sangre de Jesucristo, la santísima Madre del Salvador todavía cantaba su *Magnificat*; estaba allí, de pie, el silencio de la adoración y del amor absorbía su dolor, redactaba el himno de su exultación y de su humildad. Si esto es así, ¿por qué no escaparía también de vuestros labios un cántico de alabanza en el sufrimiento? ¿Por qué no se vería a vuestros corazones humillados plegarse bajo la mano de Dios? ¿Es pedir demasiado? La aceptación de los sufrimientos, no de los sufrimientos extraordinarios, fuera de toda proporción, que han aplastado el corazón de María, sino la parte de dolor tal como el Señor os la da de acuerdo con el destino de todo ser creado.

Dolores apostólicos Así, pues, Señoras, en primer lugar estáis obligadas, rigurosamente obligadas, a entrar en esta aceptación total de las voluntades de Dios sobre vuestra vida: esto resulta de vuestra condición de cristianas: es un deber indispensable. Pero no es suficiente; si quiero, puedo salvar almas, puedo engendrar almas a Jesucristo. Soy madre, como María era madre y a doble título al pie de la cruz. El Sr. de Maistre ha dicho: El gran título de la mujer es hacer hombres. Os ofrezco algo más grande todavía: ¡hacer almas! ¿Por qué no entraríais en este misterio de la maternidad dolorosa de la Santísima Virgen? ¿Por qué no aceptaríais la conversión, mediante vuestros sufrimientos, de las almas que conocéis y de las que no

conocéis? Quizá fue dado a la Santísima Virgen descubrir con una mirada profética, a través de los siglos, las generaciones que la llamarían dichosa; quizá vio las almas que serían rescatadas por la sangre de su Hijo y encontró, en este momento supremo de angustia, una inmensa consolación en este espectáculo. Es posible: no deja de ser cierto que ha sufrido, que ha unido sus dolores a la Pasión de su Hijo y que por la pasión de su alma ha sido la cooperadora, la colaboradora de la salvación del género humano. Y vosotras, Señoras, ¿no podríais hacer nada mediante vuestros sufrimientos, no tendríais vuestra parte en la obra de la salvación de vuestros hermanos? No hay mujer cristiana que no pueda llevar a su hogar doméstico el tesoro de sus dolores aceptados y que no pueda convertirse también ella, a ejemplo de la Santísima Virgen, en una distribuidora de grandísimas gracias en el mundo. He ahí, Señoras, la obra de vuestra maternidad dolorosa.

II. Reina de las Vírgenes

Pero, en este misterio de la Compasión, quiero sobre todo considerar el papel de María, Reina de las Vírgenes. Estamos en la última hora de la vida mortal de Jesucristo. En el momento en que el Hijo de María iba a expirar, en que la muerte se iba a apoderar de aquel cuerpo santo formado en las castas entrañas de la Santísima Virgen, se puede decir que la obra materna de María había terminado. Sin duda todavía es la madre, al pie de la cruz; pero es ante todo la Virgen, y en este misterio de dolor, aparece en toda su belleza esta maternidad virginal absolutamente desconocida del mundo.

Dolores de la Virgen Sí, era una Virgen la que estaba allí, de pie en el Calvario; había conservado sin mancha su corona de rosas blancas, quizá teñidas con algunas gotas de sangre que caían del cuerpo de su Hijo; porque, para hacer de su Madre la Reina de los mártires, como le canta la Iglesia, *Regina Martyrum*, podemos creer que Jesucristo le devolvía, al morir, un poco de la sangre purísima que ella le había dado para formar su adorable cuerpo humano. María es, pues, el modelo de aquellas que siguen al Cordero: *Sequuntur Agnum quocumque ierit... laverunt stolas suas in sanguine Agni* [Apocalipsis 14, 4 y 7, 14]. Son vírgenes, han lavado sus almas en la sangre de Jesucristo y, como el Cordero, traen la salvación al mundo.

Quiero considerar a esta alma que se ha entregado a Dios sin reservas, que se ha abandonado a las justicias de Dios y que dice: “Señor, golpeadme a mí; estoy entregada por amor a vuestros divinos golpes”. Señoras, a las vírgenes pertenece decir tal cosa; entender la castidad sin el sacrificio de todo su ser, es caer en las tinieblas. Las cosas se relacionan misteriosamente: para comprender a la Virgen sufriente, se necesita comprender también el amor que le tiene al que ha tomado como esposo. ¿Quién es? *Virum dolorum et scientem infirmitatem* [Isaías 53, 3]. Es el hombre de dolores por excelencia, habiendo acumulado todos los sufrimientos humanos en la persona de un Dios, para darles un valor infinito. Esta alma, pues, que se ha entregado perdidamente al Esposo hecho cordero para la salvación del mundo e inmolado desde el principio: *Agnus qui occisus est ab origine mundi* [Apocalipsis 13, 8]; esta alma, digo, debe tomar los sentimientos del Esposo, debe entrar en la perfección de los sacrificios mediante la cual ha salvado al mundo: la gran ciencia de esta Virgen pasa a ser el conocimiento del misterio de la cruz, del misterio que ha rescatado a las almas. Su amor le enseña que esto es para ella un gran honor, una

gran gloria y una gran alegría el sufrir porque Nuestro Señor ha sufrido. ¿Qué ha querido Jesús inmolado en el sufrimiento? ¿Cuál ha sido el fin de su Pasión? ¡Sin duda rescatar al mundo, pero también santificar a su Madre en el dolor, enriquecerla con las gracias del martirio! Desde lo alto de la cruz parece decirle: Mira cómo te amo, no solamente sufro por ti, sino que te hago partícipe de mis sufrimientos; mira cómo te he embellecido por haber conservado tu castidad purísima. Y María responde: “Yo que era tu Madre, quiero unir a las angustias de mi maternidad los dolores que tú reservas a las almas vírgenes y esposas; para parecerme más a ti, quiero sufrir contigo y... habrá delicias en parecerme a ti sufriendo”.

Colocaos, Señoras, en medio de estos dos combatientes en el sufrimiento, si puedo hablar así; colocaos en el Calvario entre los sufrimientos de Jesús y los sufrimientos de María; tomad conciencia de esa necesidad de sufrir que siente Nuestro Señor para embellecer el alma de su Madre y de esa felicidad dolorosa y llena de angustia que inunda el corazón de María para hacerla más y más pura en el sufrimiento y más semejante al Salvador del mundo.

A ejemplo de la Virgen Si Nuestro Señor os llama a ese rango de esposa, mirad cómo el sufrimiento se convierte en el signo inseparable del amor. Dejadme suponer por un instante que no haya más que Jesús y vosotras en el mundo: Jesucristo, Dios de los sufrimientos, embriagado de sufrimientos a fuerza de amar y un alma virginal que se ha entregado a él. ¡Pues bien! He aquí a Jesús sobre el Calvario y vosotras estáis a sus pies recogiendo las gotas de su sangre. Señoras, de lo alto de esta cruz chorreante de sangre y de amor, no cae otra palabra sobre esta alma sino ésta: hay que sufrir, hay que entrar en este camino real para transformarse en la per-

fección del sufrimiento. Ved, pues, ¡qué vida totalmente nueva la virgen cristiana bebe al pie de la Cruz! De qué tenéis derecho a quejaros cuando sufrís: Jesucristo os da su sangre, vosotras dais vuestros dolores, os unís al sacrificio de Jesús para participar en las maravillas de su salvación. Daos cuenta, pues, de esta vida interior de la cruz en la que entraréis mediante las humillaciones de Jesús y de la Virgen. Comprended lo que debe ser vuestro crucifijo; es la imagen de vuestro Dios expirando; es el resumen de una vida de oprobios y de dolores. Ahí aprenderéis, Señoras, lo que debe ser vuestra vida y cómo hasta vuestro último suspiro debéis ir al sufrimiento constantemente, generosamente y con amor.

En la santa misa Luego, Señoras, vosotras que tenéis la dicha de asistir frecuentemente a la Santa Misa, comprended también lo que este misterio debe decir a vuestras almas. La misa, el sacrificio de un Dios inmolado de un modo no sangriento, es vuestra imagen. ¡Señoras!, vosotras no tendréis probablemente el honor de verter vuestra sangre, el martirio no os aguarda, aunque en nuestros días no se puede saber lo que el futuro nos prepara, pero vosotras tenéis un martirio secreto que sufrir, una larga inmolación no cruenta pero no menos real, y cuando vais en la comunión a uniros al Hombre de dolores, lo hacéis para formar en vuestras almas la ciencia del dolor.

Cuando, pues, asistís al sacrificio del Calvario renovado en nuestros altares, id también a la Cruz, contemplad ese prodigio de un Dios que está allí atado por nosotros, mirad esos clavos que retienen sus miembros sagrados fijados al instrumento del suplicio y preguntaros qué podéis hacer, también vosotras, para clavaros en una cruz. Se tratará de despojarse de cierta libertad de acción, aceptando la santa esclavitud del sufrimiento y haciendo,

Señoras, todo lo que os convertirá a su vez en esclavas voluntarias de la Cruz.

Dolores fecundos: Pero no debo hablaros solamente de cuanto habréis de sufrir,
a) en la oración

Señoras mías, hay más aún para las perfectas imitadoras de la Virgen María. Después de haberos dicho que la Virgen, esposa de Jesucristo, debía sufrir, debo mostraros su fecundidad mediante el sufrimiento. Lo que Nuestro Señor quiere en la cruz son las almas; tiene sed de las almas. ¿Qué podéis hacer al respecto? Está el trabajo de los apóstoles, ése no puede ser el vuestro; dejando de lado la predicación según la palabra del Apóstol: *Mulieres taceant in ecclesiis* [1 Corintios 14, 34]; dejando también de lado las buenas obras reservadas a los diáconos, y que también os pertenecen, sólo me detendré hoy en la carrera apostólica que os está reservada, el apostolado de la oración. Es el de Jesucristo en la cruz, cuando en un gran silencio su oración salva al mundo. De su boca divina unas palabras llenas de fecundidad descienden sobre los pocos amigos fieles, los pocos guardias que velan en torno al crucificado; pero son escasas, y es en el silencio de la oración y de la adoración muda como Jesucristo reconcilia al mundo con su Padre. Ahí está, el gran intercesor, el gran mediador invitando a toda alma que mediante la castidad adquiere el derecho de acercarse a él, invitándolas, digo, a unirse a esta grande y única mediación.

Entrad, pues, Señoras, en este misterio con una gran fe y un gran valor. ¿Dónde iréis vosotras, una vez sumergidas en estos abismos sobrenaturales?, es algo que nadie sabrá decir, y ¿cuándo podréis hacer mejor estas cosas, Señoras mías? ¡En el momento de la comunión! Jamás vuestro poder de intercesión será más grande. Daos cuenta de todo lo que una virgen cristiana puede pedir a Dios

en su oración de adoración cuando le dice: Tú eres mi primer amor, he renunciado por ti a todos los afectos de este mundo; ya que sufriendo puedo engendrarte almas, acepto todo sufrimiento que te plazca enviarme. Heme aquí, Señor, en mi soledad, en mi silencio, sólo te pertenezco a ti, sólo vivo para ti, estoy unida a ti con el corazón y el alma, no pido más que añadir mi parte de sufrimientos a los inenarrables sufrimientos de tu Santa Humanidad; vierte, pues, los tesoros de tus dolores en mi corazón, en mi alma; que puedan adquirir méritos y participar en los de tu divinidad y transferirlos a las almas que quieras elegir para salvarlas. Señoras mías, ¿no encontráis en estos pensamientos un aguijón para vuestro valor? ¿Será posible no amar los sufrimientos cuando se ha meditado sobre los sufrimientos de un Dios? ¿Será posible quedarse en una cobarde inacción cuando nos es dado poder derramar sobre las almas tibias, enfermas, quizá muertas, los beneficios, la vida divina, el amor maravilloso de Jesucristo?

b) en las buenas obras ¿Qué diré ahora de vuestra acción? No os pediré que la extendáis mucho: no es ésa vuestra misión, al menos en lo externo. Pero tenéis obras que emprender y para consolación de quienes entre vosotras se ocupan de ellas especialmente, os recordaré que el primer mártir fue un diácono, un hombre de buenas obras. También vosotras podéis dar a vuestra caridad un rasgo más elevado que el de una limosna material; podéis transformarla en apostolado. Cuando os ponéis en camino, Señoras, para visitar al pobre o al enfermo, os pido que vayáis también en espíritu al pie de la cruz y que allí, contemplando a Jesús y a su madre, os hagáis esta pregunta: ¿“Qué almas puedo salvar”? Examinad seriamente, Señoras, si no ha llegado el momento para vosotras de comenzar esta misión apostólica. ¿Cuándo os entregaréis a esta acción

sobre las almas? ¿Cuándo uniréis por ellas la oración y el sufrimiento?

c) en la inmolación Pero subamos todavía más alto; por encima del apóstol está el sacerdote. No hablo aquí del sacerdote como vestido del carácter sacerdotal, sino del sacerdote considerado como sacrificador. En este sentido dice San Pablo: *Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech* [Salmo 110, 4]. La virgen cristiana no está llamada a serlo en el sentido del sacerdocio, pero toda alma que ama el sufrimiento puede ser sacrificadora. He aquí el rol de la virgen: es sacrificadora. ¿Quién será la víctima? ¡Ella misma, sobre el altar de su propio corazón, teniendo en mano la espada del sacrificio, ella se inmola! Se ofrece a sí misma a Dios, sacerdote y víctima a la vez, como Jesús ofreciendo el sacrificio del Calvario. Entrando en estos sentimientos con un poco de generosidad, un inmenso campo se le abre y la virgen esposa de Cristo llega al sacrificio supremo. El instrumento del sacrificio es su amor; la víctima, es ella misma. Si deseáis saber hasta dónde se puede ir en esta vía dolorosa, mirad a la Santísima Virgen en la fiesta de la Compasión; y para vosotras, Señoras, hasta dónde iréis en la imitación de un modelo tan perfecto, lo ignoro, pero en la medida en que queráis avanzar en él habrá que suprimir todas vuestras quejas. No importa que la prueba venga en vuestra fortuna, en vuestra salud, en vuestros afectos: es un holocausto que debe ser ofrecido a Dios. “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el Nombre del Señor” [Job 1, 21]. Habrá, pues, que abandonarse totalmente uno mismo y abandonar cuanto uno posee y todo lo que se ama, entre las manos de Dios. Sí, abandonarse hasta la muerte, este último y supremo sacrificio de dolor. Pero si obráis así, Señoras, la muerte no será solamente un dolor; si

bien es un castigo, el salario del pecado, también es para el alma casta y pura la consumación de su unión con su Dios.

Conclusión

Tal es el término de todo sufrimiento llevado con Jesús en esta vida, tal es la recompensa prometida a la virgen cristiana que ha emprendido seguir al Cordero por el camino del Calvario. Rogad, pues, a la Santísima Virgen que sea vuestra doctora, vuestra maestra; que os enseñe algo del precio, de la fecundidad del sufrimiento. Cuando estéis completamente convencidas de estas verdades admirables, ya no os quejaréis de nada, y besando los pies de vuestro crucifijo, esas llagas sagradas de donde ha brotado la salvación del mundo, pediréis a Nuestro Señor que haga brotar de vuestros sufrimientos, de las llagas de vuestro corazón, la virtud fecunda que salva a las almas; os quedaréis con María en la cruz, y así como Jesucristo ha vertido su sangre en el amor, vosotras verteréis vuestro amor en el sufrimiento para que os sea devuelto purificado, renovado, transformado en el cielo.

Amén.

En el Priorato de las Religiosas de la Asunción.

MISTERIO DE LA ASUNCIÓN

Veni de Libano, veni, coronaberis
[Cantar de los Cantares 4, 8].

Al término de este retiro y de las disposiciones en las que estoy convencido os encontráis, nada me parece más oportuno que hablaros del misterio bajo la idea del cual nuestra Congregación está colocada. No lo hemos elegido nosotros, por decir así se ha impuesto por sí mismo.

La piedra colocada sobre la puerta de entrada de nuestra casa ya estaba grabada varios años antes de que viniéramos a tomar posesión de la cuna de nuestra familia religiosa. Podemos decir que no somos nosotros quienes hemos elegido a María triunfante en los cielos como nuestra protectora; es María quien, desde lo alto de los cielos, parece haber dicho: Esta casa me ha sido dada y yo, a mi vez, os la doy. Creced en los pensamientos que mi gloria debe inspiraros y sed auténticos hijos de mis victorias, de mi triunfo, de mi coronación.

Por eso, hermanos míos, vengo a exhortaros a que os impregnéis cada día más de las grandes y fecundas lecciones que María en su Asunción nos da. ¿Qué veis, en efecto, como religiosos en este favor especial concedido a una criatura, madre de Dios, constituida reina de los ángeles y de los santos? Nada más útil y más estimulante para nuestro estudio.

Finas atenciones de la gracia

Ante todo, démonos cuenta de lo que Dios puede hacer por su humilde sierva. La ha liberado de la ley universal, la ha establecido pura entre todos los hijos de Adán y Eva. “Eres toda bella, mi bien amada, y en ti no hay mancha alguna: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*” [Cantar de los Cantares 4, 7]. Privilegio excepcional, lo reconozco, pero privilegio compartido por nuestros primeros padres, al que respondieron con una caída tanto más espantosa. María ha sido inundada de bienes, a los que ella ha correspondido.

¿A qué perfección no puedo yo elevarme si, a partir de este momento, entro en un auténtico trabajo de perfección? Son cuestiones en las que el pensamiento se pierde. ¿Cuál es en este momento el estado de mi alma? ¿Qué puede llegar a ser si yo quiero? ¿Tengo un auténtico

tico deseo de lanzarme hacia las alturas de las virtudes cristianas? ¿Cuál es la sinceridad de mi deseo? Percibo horizontes inmensos y siento que mis fuerzas no bastarán nunca para alcanzar su profundidad. Pero ahí está Dios que dará, si yo lo quiero, el vigor a mis pies; ¿qué digo?, me dará alas, y entonces no caminaré, volaré. *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam* [Salmo 55, 7]. Pero no me detendré en este vuelo, poderoso, rápido, hasta que haya encontrado el lugar de reposo que Dios me prepara y, mientras tanto, iré como los verdaderos servidores de quienes se ha dicho: *ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Las virtudes se acrecentarán sin cesar en mí. Con los ojos fijos en mi reina en su gloria, veré bien la distancia que me separa de ella, y sin escuchar las tristes tentaciones del desaliento, diré a María: “¡Oh, cuán lejos estás de mí! Pero no te pido que te inclinéis sobre mis miserias, te pido que me atraigas a ti”.

¡Oh!, ¿quién dirá hasta dónde llegaré, si mi oración es sincera, si mis esfuerzos son generosos? Porque, a medida que mi carrera se prosiga y que las distancias disminuyan, veré mejor lo que Dios me pide y lo que debo darle; veré mejor qué perfecciones han sido realizadas en María y cómo debo imitarlas. Quizá me deslumbren al primer momento, pero no importa. Iré a María y María me dará el secreto de los encantos tan enternecedores de su alma virginal.

Nacimiento de Cristo en mí

Ahora bien, comprenderé mejor mis deberes y mis relaciones con Dios, a medida que vaya compenetrándome mejor con los prodigios realizados en María. María, elegida desde toda eternidad, recibe en sus castas entrañas a un Dios que quiere tomar en ellas nuestra naturaleza. Pero, ¿no he recibido yo en el santo bautismo un germen divino que debo desarrollar en mí? ¿No

soy yo mismo hijo de Dios? ¿No he recibido, acogido a Jesucristo? El evangelista dice: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis filios Dei fieri* [Juan 1, 12]. Pero así como el niño crece sin cesar, ¿mediante qué espíritu de fe y de amor debo desarrollar a Jesucristo en mí y hacerle crecer? ¿De qué modo debo crecer con él?

María ha llevado a Jesús en sus castas entrañas durante nueve meses. ¿Cómo debo yo llevar a Jesús en mi corazón cuando ha bajado allí en el Eucaristía? ¿Qué transformación se operaba en la Virgen por excelencia, en esta concentración de su ser en torno al Niño-Dios, el cual, perfecto sin duda desde el primer instante de su concepción, vertía en el seno de su madre las gracias más abundantes y la nutría con los dones espirituales más exquisitos, mientras recibía de ella lo más puro de su sangre materna para formarse un cuerpo semejante al nuestro? ¿Cómo debo hacer yo también un intercambio de todo mi ser con el ser de Jesús? *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]. ¿Quién me hará comprender esta sustitución, mediante la cual un Dios toma mi vida y me da la suya?

**Vida de Cristo
manifestada en mí**

Y no se trata solamente de una vida secreta, íntima; se trata de una vida que el mundo deberá conocer, aunque acarrearla la condena de los esclavos del mundo. Y María, dando a luz a Jesús, trae el juicio de este mundo. *Nunc judicium est mundi* [Juan 12, 31]. El cristiano, también él, debe manifestar a Jesucristo mediante toda su vida.

A partir de su nacimiento hasta los treinta años, la vida de María y la de Jesús no forman sino una sola, y ahí es donde debo ir a buscar las lecciones, debo hacerme instruir por María sobre las perfecciones de Jesús en su vida oculta. ¡Oh, enseñanza admirable! ¡Y qué modelo para un noviciado, en que la maestra de novicios es María y

el novicio es Jesús! Escucharé sin duda las lecciones de mis directores; ¡pero cómo sería facilitada su acción si yo tomara ante todo las lecciones de María para hacerme más parecido a Jesús!

¿No puedo yo seguir a María hasta la cruz, donde termina la vida apostólica de su Hijo? Si durante toda mi vida la cruz es la meta de mis trabajos; si trabajo, actúo, predico, evangelizo, sufro para prepararme a ser yo mismo un digno discípulo de la Cruz, ¿no tendría derecho a ir algunas veces a colocarme entre María y Jesús, a los pies del divino crucificado, para aprender a sacrificarme y a morir?

Finalmente, cuando haya aprendido así de María a vivir de la vida de Jesús, imitando en cuanto de mí dependa sus perfecciones y sus virtudes, ¿no podría esperar que María, mi esperanza, *spes nostra*, me haga participar de su corona y de la gloria de su Hijo, de quien habré sido fiel servidor?

*Sermón de clausura de un retiro a los
Religiosos de la Asunción.*

IV. Amor a la Iglesia

En su entrega a la Iglesia es como el P. d'Alzon ha dado la medida de su amor a Nuestro Señor, Fundador y Jefe de la Iglesia, y a la Santísima Virgen, su modelo ideal. La Iglesia ha sido el tema de numerosas predicaciones y conferencias de actualidad, de las que desgraciadamente sólo nos quedan ecos. Las daba con una vehemencia muy meridional que electrizaba al auditorio; uno se hubiera sentado en un tenedor, se decía, para escuchar a un tal predicador.

Ya se ha mencionado a menudo a la Iglesia en esta recopilación. He aquí algunos textos más para recordarnos nuestros deberes respecto de la Iglesia que combate en la tierra, que sufre en el Purgatorio y que triunfa en el cielo.

AMOR A LA IGLESIA

I. La Revolución, enemiga de la Iglesia

Mis queridas hijas, vamos a comenzar hoy a estudiar la tercera característica distintiva que hemos tratado de dar a la Asunción, que es el amor a la Iglesia.

Repitamos lo que ya hemos dicho a menudo, la Asunción es un pequeño regimiento de la Iglesia. Tenemos que enfrentarnos a un enemigo implacable, que triunfa por todos los medios: triunfa mediante la democracia, mediante la aristocracia, mediante los reyes y los emperadores. Se trata de la Revolución. Esta Revolución, múltiple en sus efectos, se resume en una sola palabra: *Non serviam*, palabra pronunciada antes de la creación del hombre. Esta palabra, la bandera de toda rebelión, ha llevado el desorden en el cielo; ha turbado la paz en el paraíso terrenal, ha trastornado las sociedades humanas, lleva la herejía al seno de la Iglesia; a veces se introduce en los claustros, allí donde la santidad debería refugiarse como en un santuario. Cuando la religiosa, en la ofuscación de su orgullo, también dice: “no obedeceré”, entonces la revolución se forma en su alma. En este sentido es miembro de aquella inmensa sociedad revolucionaria que nació en el cielo en el origen de los tiempos, que se perpetúa en la tierra bajo diversas formas, todas igualmente impías, y que, ya castigada desde sus inicios, tendrá su término eterno el día del juicio definitivo, en los suplicios del infierno.

Esta Revolución, que crece hoy como una marea invasora, comienza por negar toda verdad. *Ille homicida erat ab initio, et in veritate non stetit, quia non est veritas in eo* (Juan 8, 44). Por eso Satanás es llamado padre de la mentira, padre del error. Es contraria a la ley de Dios, ya

que su divisa es el grito de la desobediencia: *Non serviam*. Frente al amor de Dios que se resume en estas palabras de Nuestro Señor: *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* (Juan 3, 16), sólo respira odio, tiene por jefe a quien fue homicida desde el principio, dice Jesucristo.

Por estas tres características infernales, la Revolución es la gran enemiga de la Iglesia. Se presenta en el orden de las ideas mediante el libre-pensamiento; en el orden social mediante la anarquía; en el orden de la vida práctica mediante la inmoralidad, el culto al placer y al bienestar material; en las relaciones humanas, mediante el egoísmo personal llevado hasta la apoteosis de la humanidad.

¿Qué queda cuando la Revolución ha tomado estas proporciones espantosas? Sólo Dios lo sabe. Pero lo cierto es que hay hombres que siguen los mandatos de su jefe, Satanás, y que han reconocido su imperio. Se podría realmente creer que el poder ha sido dado en nuestros días a la Revolución, y que esta palabra terrible pronunciada por Nuestro Señor la noche de la Pasión, sigue aún realizándose: *Sed haec est hora vestra, et potestas tenebrarum* (Lucas 22, 53).

...Por una parte, la Revolución, aquella mujer que se nos muestra en el Apocalipsis sentada sobre un dragón, teniendo en sus manos una copa llena de la sangre de los mártires y en cuya frente estaba escrito: Misterio (Apocalipsis 17, 4ss); porque en efecto, se trata de misterios de iniquidad, de mentira, los que se encuentran en su pensamiento. Por otra parte, el campo de Jesucristo. La Revolución frente a la Iglesia: Satanás de una parte; Jesucristo de la otra.

Pero esta situación así definida, así expuesta, implica deberes muy especiales, y debemos bendecir a Dios de que nuestra pequeña Congregación de la Asunción haya

llegado en estos tiempos tempestuosos, porque hay nuevos deberes que cumplir. Es siempre el mismo enemigo, la misma guerra que combatir. Satanás prosigue la lucha comenzada al pie del árbol del paraíso terrenal; pero según las distintas fases del combate, se necesitan armas diferentes. Dios nos las pone entre las manos, y pese a que los hijos del siglo son más hábiles que los hijos de la luz, podemos abrigar la esperanza del éxito. Para ello, ¿qué hacer? Combatir la Revolución y defender a la Iglesia tan ardientemente como podamos. ¿Y cómo? Tomando los medios que la Iglesia nos da. Ahora bien, Hermanas mías, la Iglesia presenta tres características principales. Tiene como suyas, la verdad, la ley de Dios y los consejos evangélicos, la gracia concedida a su debilidad humana para poder creer y practicar la ley de Dios y sus consejos de perfección.

II. La Iglesia, custodia de la verdad

En cuanto a la verdad, es incontestable que ésta lleva en sí misma una imposibilidad en cuanto a sus relaciones con la inteligencia del hombre. Por sí mismo, el hombre no se elevará al conocimiento de la verdad sobrenatural; necesita de la gracia. Además, hay en el corazón del hombre algo que se opone a la verdad, es el punto en que la verdad se encuentra con nuestro orgullo para condenarlo. El espíritu humano la ha rechazado porque no quiere abdicar de sus derechos y porque en todo acto de fe hay un acto de humildad. Respecto de esto, San Agustín hace notar que propiamente hablando había encontrado en Platón una cierta noción de la Santísima Trinidad, pero que el Hijo de Dios se haya hecho hombre, eso no lo había encontrado. Se puede, en efecto, encontrar en ciertos autores paganos ideas confusas sobre ciertas nociones superiores como la naturaleza divina y los atributos de Dios; pero de que Jesucristo haya sido crucificado, que

haya muerto por la salvación del hombre, no se encuentra rastro en ellos.

Y es que los atributos de Dios son cosas magníficas, pero que no implican relaciones directas con la vida del hombre; no imponen ningún esfuerzo por reparar sus ruinas. Pero cuando Dios le presenta a su Hijo que nace en un pesebre, que camina toda su vida en medio de los desprecios y de la pobreza, que muere sobre una cruz, nuestra pobre naturaleza humillada comienza a gritar. Los Protestantes se las arreglan diciendo que la fe sin las obras basta para la salvación, pero la Iglesia católica declara que Cristo ha padecido por nosotros, dejándonos un ejemplo que imitar: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia eius* (1 Pedro 2, 21). Las huellas que nos ha dejado son huellas sangrientas de sufrimientos y de sacrificios. Esto parece ser demasiado duro y el hombre prefiere no creer antes que seguir a un doctor así. He ahí el nudo de la guerra.

La Revolución dice: “Bebamos, comamos, embriaguémonos con la copa de los placeres, coronémonos de rosas y disfrutemos, que mañana moriremos” (Sabiduría 2, 6-9). Es la filosofía practicada en nuestros días (Universidad; Jules Simon; prohibición de hablar de Dios en las escuelas; libertinajes). Es lógico. Puesto que niegan el alma, la vida eterna, Dios y su Iglesia, la tierra es el final de la vida, el placer es su única meta; no hay nada más allá.

Hemos de luchar contra este desbordamiento del materialismo con el arma de Jesucristo, el arma de la cruz. Ved la belleza de la verdad: penetra en las almas mediante la cruz, se fundamenta en la cruz.

III. La Iglesia, custodia de la ley divina

Además, la Iglesia posee el depósito de la ley de Dios, es decir, todo cuanto hay de más desconocido en nuestros días. Os respeto demasiado como para expresaros hasta

qué punto ella es violada. Aquellas de entre vosotras que frecuentan el locutorio en Auteuil, pueden hacerse una cierta idea. Existen abominaciones, desde la blasfemia hasta el trabajo del domingo, el robo bajo todas sus formas, y tantos otros crímenes que no puedo ni nombrar ante vosotras. Y queréis que, si Dios ha tenido a bien dar mandamientos a los hombres, y que los hombres insensatos le responden: *Dirumpamus vincula eorum, et proijiciamus a nobis jugum ipsorum* (Salmo 2, 3), queréis, digo, ¡que la cólera de Dios no se encienda contra ellos! Está dicho en la Escritura: *Et terra infecta est ab habitatoribus suis, quia transgressi sunt leges, mutaverunt jus, dissipaverunt foedus sempiternum* (Isaías 24, 5); y más aún: han cambiado la noción del derecho, han querido sacudirse el yugo de la ley: *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum: ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras; ponentes amarum in dulce, et dulce in amarum* (Isaías 5, 20). Ahí estamos hoy, y es el triunfo de la Revolución.

Dios viene y da su ley, y no sólo esta ley sino también la de la Iglesia; porque si la ley de Dios ha sido promulgada en el monte Sinaí, quiere que algunas aplicaciones de moral práctica sean encerradas en las leyes de su Iglesia. Hay más aún. Para llevar al hombre a la perfección, establecerá los Consejos, y ahí reside precisamente la meta de la vida religiosa. Y porque la práctica de los Consejos os es impuesta, los conventos son detestados por el mundo. ¿Cómo, los que no quieren ni siquiera la ley estricta y rigurosa de los mandamientos, tolerarían la práctica de los consejos de perfección? La vida religiosa es la condena de los apetitos humanos y sensuales. Ahora bien, la Iglesia tiene el depósito de la verdad y la misión de predicar la ley de Dios, y tiene los tesoros de los socorros necesarios al hombre para creer en la verdad, recibir la ley divina, practicarla y llegar a la perfección.

Estos tesoros son la gracia, los sacramentos, la predicación y las gracias íntimas. Después de esta primera gracia que llamaré social, que introduce al hombre en la Iglesia mediante el bautismo, existe un flujo de gracias interiores que no cesan de manar de esta fuente abierta del bautismo. La Iglesia posee todo eso. ¡Y queréis que los enemigos de Dios, los que dicen: “No serviré”, los que tienen una inteligencia y rechazan creer, un corazón y rechazan obedecer, no tengan contra la Iglesia un odio profundo, un odio tanto más encarnizado y terrible, cuanto más grande es su inteligencia del mal que la Iglesia les hace!

IV. Deberes para con la Iglesia

Y vengo a las tres categorías de deberes propuestos a todos los cristianos, a todas las religiosas, pero en particular a las hijas de la Asunción. Los tres grandes deberes de los miembros de la Congregación para con la Iglesia respecto de la verdad son: el estudio, la enseñanza, la predicación mediante la palabra evangélica.

El estudio Que tengáis mucha inteligencia o que tengáis poca, Hermanas mías, estáis obligadas a darle todo el desarrollo que es capaz de adquirir, para que podáis ser soldados de la verdad, trompetas de la verdad. *Nemo dat quod non habet*. No podéis dar a las almas la verdad, si no la poseéis vosotras mismas. Es un crimen pretender enseñar, como ciertos conventos lo han hecho, sin un conocimiento completo de la verdad. De ahí han venido un montón de ideas falsas que han preparado la ruina de la fe, dando lugar a los ataques de nuestros enemigos. No tenían razón al sacar consecuencias contra la fe, pero tenían razón al emprenderla contra las ideas que parecían salir del ca-

tolicismo, porque eran ideas falsas. ¡Ay de la religiosa que pretende dar instrucción sin los conocimientos suficientes! Muchas religiosas lo hacen y se trata aquí de un verdadero crimen.

Lo repito, hoy las necesidades son grandes. La Iglesia os llama al combate, tenéis una misión muy particular para con las inteligencias. El gran mal de nuestra época es el debilitamiento de la verdad. Sois culpables si no dais a vuestra inteligencia todo el alcance que pueda tener, si no le dais todas las armas que necesita para combatir y vencer. Por lo tanto, estudiar, desarrollar su inteligencia es un deber riguroso para con la Iglesia de toda hija de la Asunción. Tendréis cuidado por supuesto de no dejaros envanecer por la ciencia, según la recomendación del Apóstol, pero quiero que seáis instrumentos de la verdad.

Sobre todo hoy, hay necesidad de ser perfectamente consolidadas y fundadas en la verdad, como dice San Pablo: *In fide fundati, et stabiles, et immobiles a spe evangelii* (Colosenses 1, 23). Si queréis llevar a cabo la obra de la Asunción, hay que estudiar. Os hago de ello una obligación en vuestra calidad de soldados de la Iglesia. Hago aquí una salvedad con aquellas que, por una u otra razón, serían empleadas fuera de la obra de la instrucción y reservadas para las pequeñas tareas; también hay que contar con momentos de fatiga, de enfermedad, que piden interrupción del trabajo. Pero fuera de eso, recordad esta palabra: “El reino de los cielos es semejante a un doctor que saca de su espíritu cosas antiguas y nuevas” (Mateo 13, 52); lo cual se refiere al Antiguo Testamento y al Nuevo. Tenéis una tarea análoga que cumplir. Es necesario, para un trabajo constante de vuestro espíritu, que busquéis la enseñanza que conviene y que se aplique a las necesidades de los tiempos actuales.

Antiguamente, durante cien o ciento cincuenta años, cuando un predicador de cierto talento moría, se metían sus sermones en una caja y de allí se sacaba para predicarlos de nuevo. ¿Cuál es el resultado? La Revolución. Eran sermones sin valor que habían perdido su savia. Hay que hacer y rehacer sin cesar el trabajo de la distribución de la verdad. Una maestra modifica su enseñanza según a quiénes habla. Las conferencias del Sr. de Frayssinous hicieron mucho bien, hoy ya no lo harían: las necesidades son otras, el campo de batalla se ha desplazado. Lacordaire lo mismo, pese a su talento prodigioso. La estrategia cambia. Fuera de algunos Padres de la Iglesia, inmortales como San Agustín, San Juan Crisóstomo, Bossuet, es ley universal. Incluso allí encontramos cosas que ya no van con nuestro tiempo.

Estáis, pues, obligadas a estudiar la antigüedad. Debéis sacar vuestros conocimientos de un tesoro que os hayáis formado; hay que haberlos colocado en vuestro espíritu, haberlos reestudiado, reflexionado mediante un trabajo no sólo de memoria, sino de inteligencia. Luego, a este fondo de ciencia de las cosas antiguas le daréis una nueva forma; se tratará de un vestido nuevo dado a las cosas antiguas: *Non nova sed nove*. Si cambiáramos el fondo de la enseñanza, ya no sería la eterna verdad; nos contentamos con ponerla al alcance de las inteligencias. Y no ha sido dado más que a la palabra de Nuestro Señor ser de todos los tiempos y de todas las situaciones. El Evangelio tendrá siempre respuestas sublimes para todas las necesidades del alma.

El apostolado Finalmente, Hermanas mías, estáis obligadas a la palabra evangélica, debéis hacer penetrar la verdad en vuestras conversaciones, debéis ser apóstoles en las relaciones exteriores. En cuanto a la ley de Dios, hay distintas explicaciones, diversos comentarios a esta palabra vieja como

el paraíso terrenal y como el monte Sinaí. Pero estáis obligadas ante todo a predicar la obediencia a la fe, la observación inteligente de la ley de Dios. Detrás de la ley de Dios hay una gran noción de la que vuestra vida entera debe hablar, es la noción del deber, y este deber se sigue de los derechos de Dios. Desde el momento en que Dios tiene derecho a mandar a los hombres, éstos tienen el deber de obedecer.

Hay que sentar este gran principio que se sigue de la ley divina, frente a la teoría independiente que quiere plantear el deber por el deber, como Víctor Hugo quería hacer el arte por el arte. El deber por la sola satisfacción de la conciencia es sencillamente absurdo. ¿Qué es la conciencia sin sanción? ¿Qué es una sanción sin autoridad y qué otra autoridad puede haber, si no la autoridad todopoderosa de Dios? ¿Qué olvidado tenemos todo eso! Es indispensable que demos a conocer la obligación exacta y rigurosa del deber mediante la predicación de nuestra vida. Aquí toco al orden sobrenatural. *Sine me nihil potestis facere* (Juan 15, 5). Y en otro sitio: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate* (Filipenses 2, 13). No podéis practicar la ley sin el auxilio de la gracia.

Tenéis todavía más que hacer, y llego a una obligación muy especial de las hijas de la Asunción. Daos cuenta cómo hoy la noción de la perfección se va perdiendo en muchas almas. Por poco que tengáis alguna relación con personas del mundo, incluso las mejores, habréis visto cómo el sentido católico es anulado. No os ocultaré que se dicen de vosotras cosas poco agradables; a veces me las han dicho a mí mismo. El mundo os juzga severamente. Hay dos maneras de comportaros frente a esos ataques: una que no es cristiana y que consiste en justificarse agriamente; la otra que es obligatoria para vosotras y que consiste en tomar la resolución de llegar a la perfección

de la santidad, de hacer amar, comprender, apreciar la santidad mediante vuestros ejemplos, mediante vuestras virtudes. Creedme, es la más fecunda de las predicaciones. *Verba movent, exempla trahunt*. Haced eso en vuestras relaciones con vuestras Hermanas, con los niños y con las personas de mundo. El ejemplo de vuestras virtudes será vuestro gran medio de servir a la Iglesia y de demostrarle vuestro amor.

Finalmente, tenéis una parte de la distribución de las gracias de Dios. Los frutos de los sacramentos están a disposición de las religiosas. La confesión hace bien. ¿Quién la continúa? Vosotras. Se predica un retiro, la palabra del predicador conmueve a las almas: perfecto. Pero ¿quién dará la interpretación de los sermones, quién iluminará los pensamientos demasiado oscuros, quién hará resaltar el lado práctico? Vosotras, y en ello debéis poner el sentimiento profundo de lo que hacéis. ¿Quién inspirará la piedad? Vosotras, una vez más, y como la piedad es útil para todo, si inspiráis una verdadera piedad, esclarecida y no como la gente del mundo la entiende, la haréis pasar a toda la vida de los niños.

Conclusión

He aquí, pues, los tres grandes servicios que estáis obligadas a prestar a la Iglesia: 1° el estudio de la verdad, la enseñanza de la verdad, la palabra apostólica en ciertas circunstancias; 2° el ejemplo de obediencia a la ley de Dios y con una obediencia inteligente, el sentimiento profundo del deber, las virtudes cristianas, la noción de perfección; 3° en fin, el empleo de los medios sobrenaturales que están a vuestra disposición.

Si queréis alcanzar las metas que os proponéis como soldados de la Iglesia, es necesario que trabajéis en vencer a la Revolución mediante los medios antirrevolucionarios. La Revolución está basada en el orgullo: oponedle

vuestra humildad; está basada en la independencia: sed obedientes. Estáis obligadas, frente a Satanás que quiere destruir el reino de Jesucristo, a restablecer el orden sobrenatural (Peligro de la escuela naturalista: buenas intenciones, soplo apestado). Debéis luchar contra esa corriente de naturalismo, construir sobre la noción divina, buscar el orden divino en la verdad. Debéis levantar el nivel de las costumbres. Ahí está vuestro gran trabajo de predicación en la Iglesia mediante los catecismos, la enseñanza, las asociaciones de jóvenes y las relaciones externas. Tender a levantar el nivel de las costumbres debe ser vuestro esfuerzo constante mediante vuestras conversaciones, mediante vuestra influencia. Mirad, hay que levantar los corazones. Se van, disminuyen cada día. Se van rodando como una piedra desprendida de la montaña y tirada al torrente, que se rompe y se pule y ya no es más que una arena movediza cuando llega al mar.

XXVI^a Conferencia de Nimes, 11 de diciembre de 1870.

SUFRIR CON LA IGLESIA

A las Religiosas de la Asunción

Os presento una idea fundamental, la noción de lo que debéis a la Iglesia, el sentimiento con que debéis amarla. No os hablaré de las desgracias actuales de la Iglesia; y por cierto, para una hija digna de una madre semejante, habría con qué alimentar su fervor, pero con una condición, que se olvide de sí misma.

En medio de estos grandes acontecimientos, de estas angustias del jefe de la Iglesia, de esta marea de revoluciones que sube cada día, cuando encuentro almas que se preocupan tanto de sí mismas, que gimen bajo sus

sufrimientos: –una superiora que no las comprende; un confesor demasiado rudo; no se las toma suficientemente en cuenta–; ¿queréis que os diga sencillamente mi parecer? Son triples pequeñas necias. Os lo digo con todo el respeto que os tengo, pero también con el sentimiento de verdad que brota del corazón. Si tenemos un resto de fe en el corazón, todos los quebrantos deben borrarse ante los quebrantos de la Iglesia. Cuando me suceden naderías, –porque yo también tengo las mías, como vosotras las vuestras–, os lo digo sencillamente que, en ese momento me siento feliz de poder ofrecérselas a Nuestro Señor crucificado. Entre lo infinitamente pequeño y lo más grande, hay sin embargo una relación. El vicario de Jesucristo sufre; es justo que yo sufra. Es una alegría para mí, porque eso me muestra que soy católico. El siervo no está por encima de su amo, el discípulo por encima de quien le enseña.

Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis (Santiago 1, 2). Son palabras textuales de Santiago a sus fieles. Nada tenéis que replicar a eso. Si estuvierais dispuestas a poner en práctica este consejo, ¡cuánta paz daríais a vuestras Superiores! ¡Cuánto abreviaríais vuestras confesiones! Encontraríais materia de meditación, no tendríais tiempo de pensar en vosotras mismas: tanto pensaríais en la Iglesia. Os sentiríais felices de poder padecer algo por Jesucristo. Y por su esposa, la santa Iglesia. Llevad esto como consecuencia de vuestro retiro espiritual: será el medio más excelente de barrer de vuestras almas un montón de pequeñas miserias.

“Todo eso va a convertirse para mí, –perdón por la expresión–, en pan bendito. Si una Hermana me contraría, si no tiene atenciones para conmigo, no será nunca para mí lo que Garibaldi es para el rey de Nápoles¹⁾. Mi superiora me da una orden rigurosa, imperiosa: no será tanto como la peregrinación del Papa Pío IX a Gaeta, ni la que

¹⁾ Garibaldi invadía en ese momento el reino de Nápoles.

tenga que hacer quizá algún día a otra parte". Abrazaréis todas vuestras diversas situaciones con gran gozo: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis* [Santiago 1, 2].

Encontraréis la felicidad en la tentación, en el sufrimiento, en las pruebas. Si este pensamiento os anima, si tenéis el sentimiento de hijas de la Iglesia, cualquier pena se transformará en alegría, estaréis alegremente tristes de poder testimoniarle a la Iglesia vuestro amor y sufrir con ella. Iréis, pues, al encuentro de las penas, de las contradicciones, del sufrimiento, para pareceros más a la Iglesia, esposa de vuestro Salvador. Dejadme esperar que me separe de vosotras con esta resolución.

Bien mirado, no es más que puro catecismo la doctrina que os predico. ¿Qué es el bautismo? Es un sacramento por el cual somos hechos hijos de Dios y de la Iglesia. Tened, pues, los sentimientos de vuestro padre y de vuestra madre. Vuestra madre sufre, sufrid con ella. No se trata más que del comentario del primer sacramento, mediante el que sois regeneradas y hechas ciudadanas del cielo. Esta comunidad será, pues, la más alegre, la más jubilosa, la más santamente jubilosa de las comunidades. Los sufrimientos de la Iglesia le causarán una alegría interior y podréis decir con Isaías: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima* (Isaías 38, 17). Entre los inconvenientes posibles: aburrimiento en la oración, cansancio en la observancia del reglamento, susceptibilidades con mis compañeras, órdenes injustas, fracasos con las niñas, observaciones infundadas, etc. Dios mío, estaré contenta de tener algo que ofrecerte. Bien mirado, es la mejor manera de pasar la vida. ¿Qué es la vida? Muy poca cosa. Santiago dice: *Vapor est ad modicum parens, et deinceps exterminabitur* (Santiago 4, 14); y los Libros Santos están plagados de apreciaciones por el estilo. Lo sabéis, de los ferrocarriles sale un humo que se extiende por los campos y parece besar la tierra, y en ese beso encuentra la muerte. Para mí es una imagen de la vida. Algunos tienen alegría

otros tienen pena, todo dura poco. Debéis, en estos días, unir vuestros pequeños esfuerzos a los combates de los grandes santos por la Iglesia. Importa que haya hombres sobre las murallas de Jerusalén para defender a la Iglesia exteriormente; pero se necesita también una defensa interior mediante las lágrimas que apaciguan al cielo. Comparando lo que sufre la Iglesia con lo que vosotras sufrís, estad alegres. ¿Os estoy deseando muchos sufrimientos, muchas pruebas, etc.? No, sólo deseo a cada una de vosotras aquellos que será capaz de soportar, según la medida de su amor y de su inteligencia espiritual de los caminos y de los designios de Dios, con el fin de que purificadas *quasi per ignem*, un día hagáis parte de la más hermosa porción de la Iglesia triunfante en el cielo. ¡Así sea!

Último sermón de retiro, 24 de agosto de 1860.

HISTORIA DE LA IGLESIA

Su interés para los jóvenes

Esta obra¹⁾ nos parece dirigirse especialmente a los jóvenes católicos llegados al final de los estudios clásicos. Fuera de los grandes centros en que se espera encontrar guías seguros, en este momento de la vida, cuando una inteligencia de dieciocho o veinte años comienza a tomar plena posesión de sí misma, ¿acaso no vemos a jóvenes, devorados por el deseo de saber, perder un tiempo precioso por carecer de alguien que los dirija en sus trabajos? Faltan en su entorno verdaderos sabios, y sus facultades no están suficientemente desarrolladas

¹⁾ Se trata de la *Histoire de l'Eglise*, del abate Darras.

para bastarse a sí mismas. Supongamos a un joven lleno de fe, dotado de una bella inteligencia y de un corazón animado por un gran amor a la Iglesia; quiere hacer algo por la causa tan atacada de las verdades divinas; quiere al menos estar preparado para refutar los errores de cada día, quizá incluso hacer una propaganda como los laicos cristianos pueden hacerlo hoy día. Pues bien, no conozco mejor arsenal para este joven que el libro del Sr. Darras. Además, encontrará ahí una iniciación preciosa a todo un conjunto de trabajos. Es un magnífico plan de estudios, y quizá el más útil de todos y el más fecundo. *Filia temporis veritas*, la verdad se forma a lo largo de los siglos; y a medida que la historia desarrolla los anales de la Iglesia, aparecen no sé qué horizontes, siempre nuevos, siempre más amplios. La historia de la Iglesia es la historia de esta porción de humanidad que ha conservado siempre la verdad, para la que han sido hechos todos los tiempos, para quien la ciencia reserva la solución verdadera de sus problemas.

A la edad en que se siente, junto con una exuberancia de vida en las venas, una exuberancia de curiosidad en la inteligencia, y si la pureza del alma se ha conservado en medio de los inevitables peligros, es imposible no experimentar el deseo de dar una dirección superior a este ardor devorante, que necesita un alimento y que se precipitará en las profundidades del mal si no se lanza hacia las cumbres del bien, de lo bello y de lo verdadero.

Porque no basta haber leído veinte o treinta volúmenes para haber sacado de la historia de la Iglesia todo cuando se puede obtener de ella; es necesario además detenerse ante los problemas suscitados a cada instante, a cada paso, en esta marcha a través de la vida de los pueblos. No es con una mirada rápida como hay que devorar estas páginas cargadas de hechos, de afirmaciones, de refutaciones más o menos desarrolladas. Pluma en mano

es como hay que hurgar en estos filones y agotarlos en cierto modo. Allí donde la verdad aparece a pleno día, allí hay que tomar como punto de apoyo las verdades incontestables; allí donde la luz parece faltar, hay que volver una y otra vez con paciencia y obstinación y no avanzar sino con prudencia; hay que sacar muchos extractos, y también poner muchos puntos de interrogación. Se dice que las biblias de Bossuet y sus ejemplares de San Agustín estaban acribillados de notas; yo quisiera que el joven a quien me dirijo, condenado a estos estudios solitarios, como hace el genio y que hacen a los genios, como dice el Sr. de Bonald, quisiera que también él maltratara de esa manera su ejemplar de historia eclesiástica y que lo tomara, si la expresión es justa, cuerpo a cuerpo, y que tras haberlo leído una vez, lo volviera a leer, aunque encontrara manchas, lagunas, soluciones incompletas. Siendo el fondo admirable, el resultado sería un crecimiento de tesoros en su memoria, de vigor en el juicio y también de aquella llama por la causa de Dios, que parece faltar tanto en nuestros días.

Desde este punto de vista, la obra del Sr. abate Darras me parece la guía más preciosa recomendable a los jóvenes católicos condenados a completar sus estudios en el aislamiento y resueltos sin embargo a completarlos.

**Ventaja del método
histórico**

En efecto, la ciencia real no se adquiere solamente mediante una exposición más o menos bien hilvanada de las verdades que se desarrollan sucesivamente y se encadenan entre ellas. Cuando Dios ha querido revelarse a los hombres, lo ha hecho, por así decir, mediante el método histórico, como el más asequible a todas las inteligencias. Mirad más bien qué lugar ocupan los relatos históricos en los libros sagrados. El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de ellos. La historia es

el medio más seguro de fijar, en el espíritu del hombre, la verdad en la exposición de los hechos.

Y es que la verdad misma es un hecho; la revelación es un hecho; la creación, la caída del hombre, la reparación son hechos; la misión de Jesucristo es el mayor de todos los hechos, de los que la Iglesia es el testigo perpetuo. Y el hombre, por naturaleza, capta más fácilmente los hechos históricos que los sistemas teológicos y sus más profundas investigaciones. Dios me libre de querer rebajar la ciencia de las ciencias, la teología, en provecho de la historia; lo que digo es solamente que el joven abandonado a sí mismo podrá prescindir más fácilmente de un maestro, en caso de que no lo tenga, en los estudios de historia, que en los estudios más bellos de los teólogos antiguos o modernos.

¿Pero no podríamos decir que los estudios del joven a quien me estoy dirigiendo encontrarán un plan muy real, incluso cuando en sus estudios y sus trabajos parece no seguir más que el curso de los tiempos? Belarmino, en el discurso que pone a la cabecera de sus controversias, si no me equivoco, ¿no hace observar el encadenamiento lógico de las herejías, fuente del encadenamiento muy lógico de las verdades católicas, promulgadas sucesivamente por los Concilios y por los Soberanos Pontífices?

Mirad más bien. En primer lugar es la unidad de Dios lo que se afirma frente al paganismo y la Gnosis; luego la Trinidad contra los Arrianos y los Macedonianos. Pareciera que Nestorio no aparece sino para fijar junto con Eutiques, mediante los anatemas de que ambos son objeto, desde un doble punto de vista, el dogma de la Encarnación. Donato inaugura, por así decir, la cuestión de la Iglesia; Pelagio, la de la gracia. Más tarde, sus errores desarrollados debían ser retomados en subcontrata por los Protestantes. Hoy volvemos a la negación absoluta de lo sobrenatural. Se diría que Dios, tras haber tomado un momento posesión del mundo mediante Jesucristo, deba

de nuevo ser expulsado de él mediante la rebelión radical del hombre excitado por la rebelión de Satanás.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

A los colegiales de Nimes, 1878.

Ut sit Deus omnia in omnibus
[1 Corintios 15, 28].

Esta es la recompensa de los santos: Dios es todo en ellos, de acuerdo con todos sus deseos y, tras algunos días de combate, son llamados a la eterna recompensa. Estudiemos su dicha y tratemos de darnos cuenta de cómo la eterna Trinidad lo es todo en todos los santos: *Ut sit Deus omnia in omnibus*. El Padre derrama en ellos un ser más perfecto; el Hijo les comunica los rayos de su luz infinita; el Espíritu Santo los colma con los efluvios de su amor y les une a la divinidad mediante un lazo inexpresable: *ut sit Deus omnia in omnibus*.

I. El Padre comunica a los santos una perfección incomparable del ser

Al Padre se le atribuye más particularmente la creación, y en el Apocalipsis, mientras el Hijo se nos muestra bajo la figura del cordero, el Padre es especialmente representado en su trono, rodeado de millones de ángeles y de santos; y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que hago nuevas todas las cosas, *et dixit qui sedebat in throno: ecce nova facio omnia* [Apocalipsis 21, 5]. Esta renovación de todas las cosas no se aplica a los ángeles; se aplica a los elegidos que son renovados, ¿y

cómo? Escuchad a San Pablo: *seminatur corpus animale, surget corpus spiritale* [1 Corintios 15, 44]. Este cuerpo debía ser incorruptible, el pecado lo había condenado a la corrupción, pero por la gracia de Dios ha sido el cuerpo de un santo: *seminatur in corruptione, surget in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surget in gloria* [1 Corintios 15, 43]. ¿Y eso cómo? Porque aquél que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que hago nuevas todas las cosas, *et dixit: ecce nova facio omnia*.

Pero si esto acontece con el cuerpo, ¿qué diremos para el alma? El alma por el pecado había caído al nivel más bajo de enfermedad, de debilidad, de ignominia. *Seminatur in infirmitate, surget in virtute*. ¿Qué poder? El del ser perfeccionado. ¿Acaso no sentís en vosotros mismos los días de buena salud y los días de enfermedad? Lo propio pasa en el alma: tiene sus días de languidez y sus días de energía. Pero en el cielo esta misma alma recibirá de Dios un poder de ser completamente nueva, un poder de vida divina; sus facultades quedarán agrandadas, perfeccionadas, divinizadas. ¿Quién hará ese prodigio? El Creador de todas las cosas que por sus elegidos hace una nueva creación y renueva todas las cosas en ellos. *Ecce nova facio omnia*, él que es todo para todos.

Pero recordad sin embargo que este prodigio es para los elegidos solamente. Si hay santos a quienes están reservadas estas magnificencias de la liberalidad divina, también están los réprobos a quienes están reservados maravillosos tormentos, según la expresión de los libros santos. Mirad arriba para contemplar la felicidad de los elegidos, pero mirad abajo para haceros una idea de los suplicios de los condenados, y elegid.

II. El Verbo da a los elegidos su luz

El Verbo que existía desde el principio, por quien fueron creadas todas las cosas, eterno como el Padre, era la luz que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo.

Ahora bien, esta luz aquí abajo se comunica de acuerdo con la debilidad de nuestros ojos. A nosotros se nos comunica mediante la fe. Esta luz se acrecienta sin cesar, como después de la noche los primeros rayos de la aurora. Pero el sol no brillará jamás plenamente aquí abajo para los ojos de nuestra alma. En la tierra sólo tenemos un comienzo de gloria, *inchoatio quaedam gloriae*; hay que saber contentarse con ello. Se trata de la palabra de Dios puesta a nuestro alcance por la revelación y la enseñanza de la Iglesia. Pero en la patria será totalmente distinto.

El que es Dios, que procede de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, es también para los santos la luz que los deslumbra. Dios Padre les ha dado ojos más perfectos para ver, y ven, y contemplan aquella luz de verdad más abundante. Porque para el alma, la luz es la verdad comprendida. El Verbo, la palabra eterna, se presenta a ellos y, en la luz eterna, ven la luz que les conviene. *Signasti super nos lumen vultus tui, Domine, dedisti laetitiam in corde meo* [Salmo 4, 7]. ¿Y qué ven? Ven la felicidad de los santos y admiran la sociedad a la que han sido elevados, admiran los adornos de los que sus almas están como investidas, admiran sobre todo la gloria de Dios y todo cuanto esta gloria les aporta de embriaguez, de arrebatos y de recogimiento. ¡Oh, quedan saciados! *Satiabor, cum apparuerit gloria tua* [Salmo 17, 15].

Ver a Dios, contemplar a Dios, ésa es la alegría de los elegidos. Nosotros encontramos admirables un cuadro, una estatua, una figura, un horizonte. ¿Qué es todo eso en comparación con Dios, con su esencia, con sus atributos, su poder, su justicia, su bondad? Y le veremos tal como él es: *Videbimus eum sicuti est* [1 Juan 3, 2]. Sin nubes, sin enigmas, sin oscuridades. Le veremos en su misma luz: *Videbimus eum sicuti est*. Oh verdad eterna, la alegría de contemplaros será la eterna felicidad de vuestros santos. Pero no os contemplaremos de lejos, estaréis en nosotros:

Ut sit Deus omnia in omnibus [1 Corintios 15, 28]. ¿Y eso cómo? Escuchad aún.

III. El Espíritu Santo nos comunica la perfección del amor

¿Qué hacéis cuando abrazáis a vuestra madre? Desearíais tanto amarla, vosotros, fundiros en ella; pero eso es imposible, vuestros cuerpos mismos se oponen. Pero Dios es espíritu puro y podéis adheriros a él mediante el alma y no hacer más que un espíritu con él: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17]. Eso se inicia ya aquí abajo mediante la gracia de Nuestro Señor, pero la plenitud de tal unión sólo puede realizarse plenamente en la patria, en el cielo. Allí nuestro ser será renovado, fortificado, agrandado por el Padre todopoderoso. Allí los rayos del sol de verdad nos iluminarán con sus esplendores divinos. El Cordero se habrá convertido en nuestra luz, y seremos capaces de actuar, de conocer, de amar; veremos mejor la belleza de Dios y querremos lanzarnos hacia ella en un esfuerzo supremo. Ahora bien, seríamos incapaces de esta unión mediante el amor. Pero lo que se realiza ya aquí abajo mediante el amor de Dios, que nos es dado por el Espíritu Santo, se realizará mucho más perfectamente aún, cuando Dios lo sea todo en todos: *Ut sit Deus omnia in omnibus*. ¡Oh!, dicen los santos: ¡Dios mío, cuán admirable eres! ¡Quién expresará lo que tu luz nos muestra de tus perfecciones! ¿Pero cómo ir hasta ti?

Algo de este misterio se realiza ya aquí abajo cuando, siendo incapaces de amar, Dios nos comunica su amor mediante el Espíritu Santo, que nos es dado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* [Romanos 5, 5]. Pero allá arriba ya no hay más barreras que la distinción entre Creador y criatura. Dios viene a nosotros; está en nosotros, un ser

engrandecido, luz inundando nuestro ojo, amor abrasando nuestra alma; en una palabra, es todas las cosas en todos los santos. Queréis amar, he ahí el amor de Dios. Queréis arder de amor, he ahí las llamas del Espíritu Santo. Queréis, en vuestros arrebatos, no formar más que uno con Dios, no descenderéis nunca tan profundamente en vuestro corazón que Dios no pueda descender en él más profundamente aún, tanto para amaros como para enseñaros a uniros a él: *Ut sit Deus omnia in omnibus*.

Y este Espíritu divino da a cada uno su recompensa, además de la dicha común. Pero existen tres recompensas más particulares, llamadas aureolas: para los doctores, para los mártires y para las vírgenes, porque, dice Santo Tomás, éstos han sostenido los mayores y más continuos combates.

¿Y por cuánto tiempo? Para siempre. He ahí por qué Jesucristo, anunciando la pobreza, las lágrimas, las persecuciones a sus discípulos, añadía: *Gaudete et exultate* [Mateo 5, 12]: alegraos y saltad de gozo, he aquí que vuestra recompensa es grande en los cielos.

He aquí. Esta expresión en el estilo de las Escrituras es una certeza, hace notar Bourdaloue. He aquí una recompensa cierta, —las del mundo nunca lo serán—; recompensa abundante, —las del mundo no son sino fuente de descontento, a causa de lo poco a que se reducen—; recompensa eterna, ya que os espera allí donde reina la eternidad. Id, pues, a Dios, pedidle que sea todo en vosotros y, en la esperanza que no será decepcionada, despreciad la tierra y trabajad por merecer en el cielo la posesión de quien será todo en vosotros.

LA VIDA DE LOS SANTOS¹⁾

Que los santos sean hoy una molestia considerable para numerosos espíritus, ¿quién lo va a negar? Molestan a los amigos de los placeres con su moral severa; molestan a los enemigos de la Iglesia, de la que son tan hermoso ornato; molestan sobre todo a los librepensadores, que no quieren oír hablar del mundo sobrenatural. ¡Qué inmensas legiones se levantan contra los santos!

Sin embargo, hay que tomar partido, los santos son un hecho, y al mismo tiempo son una excelente gloria para la humanidad caída, una inmensa fuerza para la Iglesia, una manifestación irrefutable de lo sobrenatural, para que los cristianos jamás deban consentir en abandonarlos al odio de los malos, incapaces de imitarlos.

Estimo que más que nunca debemos ponerlos en honor, y que la *“Vida de los santos”* es una de las mayores y más pacíficas enseñanzas que se pueden ofrecer a una masa de lectores incapaces o demasiado propensos a las vacilaciones funestas que resultan de ciertas obras.

Evitar las malas lecturas

¿No sería ya un gran logro si mediante la lectura de la vida de los santos se suspendieran las oleadas de malas lecturas que a cada momento se lanzan sobre las imaginaciones para estimularlas de manera malsana? ¡Cuántas infelices lectoras son ya incapaces de cualquier lectura seria porque las novelas las han agotado!...

Hay que reaccionar contra este hundimiento de las almas causado por lecturas muy a menudo inmundas; tras estos desvaríos de la imaginación, después de esas horas de perezosa ensoñación, sólo queda el aburrimiento de

¹⁾ El Padre d'Alzon presenta en la revista *La Croix* una nueva colección: la *“Vida de los Santos”*.

los deberes más simples, la incapacidad para cualquier esfuerzo generoso, la imposibilidad de cualquier lucha ante los peligros y los combates más importantes de la vida.

**Llevar al mundo
sobrenatural**

El conocimiento de los santos transporta a un mundo nuevo, el mundo de la bondad. “¡Dios mío, exclamaba San Vicente de Paúl, qué bueno debes ser cuando el Sr. de Genève lo es tanto!”. Con muy pocas excepciones, este reflejo de la bondad divina ilumina a casi todas las fisonomías de los santos; ya salía de Jesucristo durante su vida mortal una fuerza atractiva: *Ningún hombre, decían, ha hablado nunca como éste* [Juan 7, 46].

A una distancia muy grande, sin duda, pasa lo mismo con los santos. El Hijo del hombre fue crucificado y mediante la cruz, símbolo supremo de su bondad, atrajo todo a sí. Los mártires eran a menudo víctimas de la rabia popular, y sin embargo, desde lo alto de la hoguera, en medio de la arena de los anfiteatros, bajo la espada de los verdugos, ¿a cuántos cristianos no atrajeron? Se ha visto a centenares pedir el suplico, viendo el espectáculo de un mártir que espiraba. Dios daba a sus testigos el poder de hacerse querer e imitar, haciéndoles muy buenos frente a esos hombres acostumbrados a la dureza de sus amos, al odio de sus semejantes y al egoísmo incapaz de creer en la abnegación.

La bondad es la que conquista las almas, la bondad es lo que las impulsa al bien después de haberlas arrancado del mal. Mirad a esos santos que eran buenos, incluso con los animales, y que mandaban a seres desprovistos de razón mediante una fascinación que no tenía más secreto que el poder sobrenatural de su bondad.

Hablo de los efectos de la bondad, pero ¿dónde hay que buscar el principio si no en los sentimientos de hu-

mildad que experimentan los santos pensando en sus pecados y que les hace misericordiosos para con los demás, y también en el sentimiento de la bondad paciente con la que Jesucristo les ha tratado? Su corazón, aun cuando no hubiera sido hecho bueno por los primeros favores del cielo, lo habría sido a causa del agradecimiento por la mansedumbre del Salvador para con ellos...

Proponer modelos Uno de los más hermosos triunfos de la Iglesia consiste en mostrar el ideal de lo grande, de lo hermoso, de lo justo en las maravillosas figuras de aquellos de sus hijos que propone a la admiración de los pueblos y a su invocación. Se trata de un secreto que sólo la esposa de Cristo posee. ¿Dónde habéis encontrado, fuera de la Iglesia, la memoria de hombres desaparecidos hace siglos y a quienes se ama aún con un piadoso y tierno afecto? Su recuerdo prosigue y se conserva a través de las generaciones como un perfume imperecedero. Se les invoca, se les reza en el cielo a donde llegaron y desde donde nos envían las gracias obtenidas de Dios para nosotros, nos obligan a levantar la cabeza y a atraer a nosotros la esperanza. Su auxilio se deja sentir según las disposiciones de aquella providencia sobrenatural que vela sobre los cristianos, como la otra providencia vela sobre los hombres y sobre el universo.

Ahora bien, es imposible penetrar en este mundo superior sin sentirse poseído de no sé qué impresión de alegría, de entusiasmo, de respeto, viendo lo que Dios ha hecho con el fango humano, manchado por el pecado, pero remodelado para una nueva creación con la sangre de su Hijo. Este Hijo es el hombre perfecto; plugo a su Padre hacer habitar en este objeto de todas sus complacencias la plenitud de todas las perfecciones, *omnem plenitudinem*, y cuando Jesucristo las ha resumido todas en un grado inimitable en su persona divina, se diría que las toma en su corazón y las lanza dispersándolas sobre la

pobreza de los hombres, de tal manera que cada uno recibiera una partícula que bastará para hacer de él un santo, y cada santo habiendo recibido una partícula diferente, todos serán perfectos, pero reproducirán, en grados y bajo aspectos diferentes, la perfección del modelo común y, según la expresión de Bossuet, de este hombre universal que es Jesucristo.

Estudad todo lo que queráis, quedaréis obligados a constatar este prodigio: no hay un santo que se parezca totalmente a otro, y todos se parecen sin embargo a Jesucristo. Todos tienen algo del jefe divino de esta familia desconocida hasta entonces: todos reproducen los rasgos humildes, fuertes, llenos de dulzura, de amor, de ardor, de desinterés, expresando el don de sí mismos en el sacrificio, el desafío sin orgullo lanzado al dolor y a la muerte, todos llevan un reflejo de la perfección ideal del único modelo...

Suscitar santos

Sería una tentación muy peligrosa dejarse llevar por el pensamiento de que los santos disminuyen y que la sangre que les hace germinar desde la cruz se ha empobrecido y que resulta inútil trabajar en preparar nuevas generaciones. Sin duda se dan épocas tristes en que el santo parece escasear, *deficit sanctus*, épocas en que hay que suplicar al cielo con mayor energía. Así hacía el salmista. Pero que Dios se reserve siempre valientes servidores que no consienten jamás en plegar las rodillas ante Baal, eso se veía bajo la antigua ley, eso se ve y se verá siempre bajo la ley nueva...

Si cada época ha tenido santos con sus características particulares, conforme a los tiempos que corrían, a los errores que había que combatir, al alivio de las miserias, al ideal por alcanzar, no temo decir que la Iglesia, muy quebrantada sin duda, se prepara para engendrar nuevos santos. Después de la Revolución será como después de la Reforma. La Reforma no está completamente muerta,

pero nuestros santos sobrevivirán a su último estertor. La Revolución también tendrá su decadencia; dad lugar a los santos que se preparan, que quizá ya han nacido. La Iglesia, siempre la misma, pasa por diferentes fases. La persiguen hoy, mañana engendrará, estad seguros.

Pero un esfuerzo común puede preparar este nuevo estado de cosas; es el esfuerzo por imitar a los santos. Ahora bien, para imitarlos, hay que conocerlos; ésta es la razón de la publicación de nuestras vidas de santos. ¡Ojalá inspiren muchos buenos deseos de seguir el camino recorrido por estos admirables precursores! ¡Que Dios bendiga nuestros intentos! Otros, después de estos ensayos tan imperfectos, excavarán en las minas inagotables de nuestros anales. ¡Que un mayor amor a los santos produzca un mayor ardor por la santidad, y la esperanza de alcanzar una cumbre tan alta que, con la ayuda de Dios, no es imposible para los cristianos!

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS

A los colegiales de Nimes, 1878.

Una de las pruebas más conmovedoras de la divina misión de la Iglesia es la conmemoración de los difuntos. Mirad cómo se extiende a todo. Mientras el hombre de los placeres y de la corrupción aparta el pensamiento de la muerte, la Iglesia reunía el despojo de sus hijos en sus templos o en torno a sus iglesias; el pensamiento de la muerte es un buen pensamiento. Hoy se relegan los cementerios lo más lejos posible. No se quieren tan importunos recuerdos. Por nuestra parte, pensemos en los muertos:

- 1° para rezar por ellos,
- 2° para rezarles,
- 3° para hacer una saludable reflexión sobre nosotros mismos.

1. Recemos por los difuntos

¿Quiénes son esos muertos por los que debemos rezar? Las almas de aquellos que hemos conocido, amado, a quienes quizá hemos arrastrado al mal. ¿Qué persona, llegada a una edad incluso poco avanzada, no recuerda a personas que ha conocido y que ya no están? ¿Dónde están? Están o en el infierno, o en el purgatorio o en el cielo. La caridad no permite detenerse a considerar su condenación; el pensamiento de que ya están en el cielo les puede resultar perjudicial, ya que nos dispensaríamos de ese modo de la obligación de rezar por ellas. ¿No es mejor pensar piadosamente que están en el purgatorio? Pues de inmediato surge el pensamiento de aliviarlas. Y ciertamente es un pensamiento consolador este poder dado al cristiano y que se extiende más allá de la tumba. Puedo resultar útil y no lo soy. Por cierto he ahí algo que derriba las pretensiones de mi corazón a una cierta delicadeza. ¡Ved qué egoísmo! Sólo pienso en mis asuntos, en mis placeres, en mis conveniencias. Dejo sufrir a tantas almas, a las que he prodigado tantas engañosas protestas de amistad, de afecto, de ternura. ¿A dónde han ido a parar todos esos vanos discursos? Al olvido y nada más.

¿Y sin embargo, quiénes eran esas personas? Ante todo mis padres a quienes he conservado cierto tiempo: mi padre, mi madre, sus padres y sus madres. No es necesario remontarse a generaciones muy lejanas para verlos con el pensamiento recostados en su tumba. ¡Qué digo! ¿Dónde están las cenizas de la cuarta y quinta generación de quienes me dieron la vida? Excepto algunos pocos privilegiados, ¡qué cambios en las tumbas! ¿Qué sepulcros han guardado los huesos que les fueron confiados? Y después de todo, no es más que un poco de polvo; unas cenizas y nada más. Elevémonos un poco más. Esos antepasados tenían un alma. ¿Dónde está? ¿Dónde están las almas de tantos cristianos a quienes me han unido

los lazos familiares? ¿Quién piensa en rezar por ellas? ¿Dónde están las almas de mi padre, de mi madre, de mis parientes más cercanos? No lo sé. Finalmente, si han sido virtuosos, ¿existe una razón para creer que hayan volado directamente al cielo? Extraña excusa de la pereza, de la cobardía, para querer colocar tan rápidamente a los suyos en la morada de la felicidad para deshacerse de la preocupación de rezar por ellos. Sí, necesitan oraciones, expiaciones, precisamente porque ignoramos su estado. He ahí a esa persona que tanto me amó. Ella sufre, quizá mucho más de lo que la mente humana puede concebir, y yo no me preocupo por ella; me remito a sus virtudes que exagero para calmar mis alarmas ya tan frágiles, porque mi fe es también ella misma muy frágil.

Pero si esta alma está en el purgatorio por mi culpa, por mis incitaciones, mis escándalos, por una comunidad de faltas cometidas de concierto por ella y por mí, ¡qué interés no tengo en rezar por ella, para impedir que sea mi acusadora un día ante el tribunal de Dios! Ella ya ha comparecido ante ese tribunal; su condena no es eterna; pero está en las llamas del purgatorio. Ella está allí porque yo he sido culpable y ¡no haré todos los esfuerzos posibles para mitigar su pena! Pero llegará el día en que me toque a mí, ¿acaso no se levantará de su lecho de llamas para pedir que yo sea extendido en él en proporción a los sufrimientos que mis impulsos le hacen sufrir? Si echo una mirada a mi alrededor y con el pensamiento evoco a todos cuantos he conocido o que me han amado, a todos aquellos a los que hubiera podido hacer el bien y he hecho el mal, ¡qué horrorosa responsabilidad y qué reparación debo hacer! ¡Cuánto no debo llamar en mi auxilio a la sangre de Jesucristo para extinguir las llamas que quizá yo contribuí a encender!

2. Hay que rezar a los difuntos

Pero todas las almas conocidas mías no están en el purgatorio. Las hay que están ya en el reposo eterno. Unas y otras pueden serme útiles. Los habitantes del cielo pueden interceder por mí desde allí, sobre todo si mediante mis oraciones he contribuido a adelantar su liberación. ¿Quién puede decir cuánto es su agradecimiento? Es proporcional a su dicha, y en el cielo la dicha no hace a nadie ni olvidadizo ni ingrato. Aunque todavía estuvieran condenadas a sufrir, pueden serme de gran utilidad; porque Dios ya no les permite merecer por ellas, pero en su misericordia les permite interceder por los demás de una manera eficaz. Ahora bien, ¡cuánta ventaja hay en tomar como protectoras a estas almas, poderosas para mí, si yo quiero! ¡Y qué amigos no tengo a mi disposición, si les doy todo lo que depende de mí para introducirlos en la patria, en el seno de Dios! He ahí el verdadero poder del cristiano: rezar por las almas del purgatorio y forzarlas a que recen por mí.

No había pensado en ello. A partir de este momento, daré mucho a las almas del purgatorio e invocaré a esos amigos desconocidos, pero que me conocen, ya que asumo su interés, y por consiguiente su agradecimiento es seguro. ¡Feliz y fecundo comercio cuyos beneficios son incalculables! ¡Oh!, ¡cuándo mi corazón será lo bastante amplio para despoblar el purgatorio y aumentar sin medida el número de los habitantes del cielo!

3. Los difuntos deben hacernos pensar en nuestro futuro

Cada día, veo sucumbir a derecha e izquierda a personas conocidas. Las llevan a su tumba y helas allí hasta el último día. Pero si bien no sé mi día, sé que llegará infaliblemente como ha llegado el de tantos otros. ¡Oh, gene-

razones pasadas!, ¿dónde estáis, pues, y cuál es vuestro destino? Una vez más, ¿estáis en el cielo, en el purgatorio, en el infierno? Esta triple alternativa me espera a mí también. Y si puedo esperar que evitaré el suplicio eterno, no puedo ciertamente contar con que iré directamente al cielo. ¿Qué haré? ¿Qué amigos puedo implorar, cuando veo un olvido tan general de los difuntos? ¡Oh!, tengo, si quiero, un medio seguro de hacerme con protectores para ese día terrible, ¡tendré una tierna devoción a las almas del purgatorio! Que los vivos me olviden: por desgracia es una costumbre común; pero los difuntos, si he pensado en ellos, si he rezado y sufrido por ellos, ¡ciertamente no me olvidarán!

Almas santas, he aquí el tratado que os propongo. Vosotras sufrís en las llamas del purgatorio. Pues bien, por intercesión de María, yo ofrezco a Dios lo poco que le puedo ofrecer de expiación hasta mi último día; me despojo a favor vuestro, que todo lo que pueda hacer de bien se vuelva para vosotras en alivio. Por vuestra parte, cuando llegue mi hora, desde lo alto del cielo y desde el fondo del purgatorio, en caso de que todavía estéis allí, rezaréis, intercederéis por mí; me obtendréis perdón y misericordia, como voy a intentar obtenerlo para vosotras; y, mientras tanto, meditaré sobre vuestro estado doloroso, para corregir mi vida, disminuir mi castigo y merecer que la misericordia divina me introduzca cuanto antes allí donde pido que me precedáis.

Así sea.



II

LAS INSTITUCIONES

I. LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

II. LAS RELIGIOSAS DE LA ASUNCIÓN

III. LAS OBLATAS DE LA ASUNCIÓN

IV. LAS ADORATRICES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

V. EL COLEGIO DE LA ASUNCIÓN



I. – LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

Esta sección comprende:

- A – *Diversas consignas.*
- B – *Preocupaciones del P. d'Alzon de 1869-1871.*
- C – *Formación de los jóvenes religiosos.*
- D – *Alumnados.*
- E – *Instrucciones sobre la vida religiosa.*

– A –

Directrices al Hermano Francisco Picard

estudiante en Roma y encargado de los intereses de la Congregación

10 de abril de 1856

...Entre las explicaciones que te pedirán, destaca nuestra posición entre los Jesuitas y los Dominicos, nuestro deseo de rehabilitar las formas monásticas y recibir a aquellos cuya salud les impide soportar la severidad dominicana. Haz hincapié en el elemento de caridad manifestada en las obras a las que empujamos a los jóvenes. Si ves a Mons. Bizzarri, hazle notar que hay muchos padres muy cristianos que quieren una educación distinta de la de los Jesuitas. Habla también de nuestra disposición a ser los auxiliares y no los contrincantes del clero secular, así como de nuestra inclinación hacia las doctrinas romanas.

Si presentas alguna petición, saca las principales ideas de los primeros capítulos de las Constituciones, y guarda copia. La nota que yo había redactado en su momento

y que precede a las Constituciones debería bastar, con alguna modificación de palabras¹⁾.

1° de diciembre de 1856

...El asunto de los Agustinos me preocupa cada día más. Leo con toda la atención posible sus Constituciones²⁾. Contienen cosas que nos van muy bien; pero hay otras que hay que modificar absolutamente. Estoy haciendo un trabajo sobre ese tema, y quizá sería necesario que lo tenga terminado antes de pensar en que yo vaya a Roma. En el supuesto de que haya una edición de las Constituciones de los Agustinos impresas desde hace algunos años, harías bien en mandármelas per *breuiorem viam*.

Te invito a sondear siempre con cuidado el terreno. He aquí lo que habría que decir ante todo. El lugar de los Agustinos estaría entre los Jesuitas que dejan de lado las formas religiosas y tienen pocas austeridades, para consagrarse con mayor facilidad a las obras de celo, y los Dominicos que tienen la predicación y la austeridad junto con las formas religiosas. Nos dirigiremos a las personas que sienten atracción por las formas religiosas y las obras de celo, y a quienes su salud no permite entregarse a grandes austeridades. En los tiempos que corren encontraríamos muchos hombres a quienes la severidad de la regla aparta de los Dominicos o a quienes cierto espíritu aparta de los Jesuitas y que sin embargo pueden trabajar mucho en la Iglesia de Dios...

¹⁾ Se trata del Resumen general dado en la p. 648.

²⁾ Se trataba de una unión con los Ermitaños de San Agustín. El proyecto fue tomado en consideración varias veces y definitivamente descartado, en tiempos del P. d'Alzon, como consecuencia de una decisión de la Congregación para los Obispos y Regulares, del 9 de julio de 1880.

7 de enero de 1857

Tengo varias observaciones que hacerte, en caso de que el consultor nombrado para nuestro asunto te pregunte:

1. El nombre que quisiéramos tomar es el de Agustinos de la Asunción y no Agustinos de Francia.

2. Si no ponemos grandes austeridades es como ya te lo he hecho observar, porque queremos recibir religiosos de pequeña salud, los otros pueden ir con los Dominicos o con los Carmelitas.

3. No nos unimos a los Agustinos Ermitaños o a los Canónigos, porque los Canónigos me parecen tener una regla demasiado fácil y los Ermitaños tienen Constituciones que podrían frenarnos en la acción que nos proponemos llevar a cabo.

4. Nos atenemos sobre todo a la práctica de la pobreza. La creemos indispensable para los tiempos presentes y como protesta contra las costumbres actuales. No estamos fijados todavía en el tema de tener o no propiedades, fuera de nuestros colegios y nuestros conventos. Las propiedades nos exponen a perder algún día el espíritu de pobreza, pero por otra parte son útiles para fundar orfanatos y obras de caridad de este género.

5. Nos atenemos a la recitación del Oficio y preferimos tener menos casas y hacerlo recitar más regularmente.

6. Nos atenemos más particularmente a las obras de caridad, que nos permitirán actuar directamente sobre el pueblo y frenar en cuanto sea posible su desmoralización.

7. Procuramos por encima de todo desarrollar en las mentes y en los corazones el amor a la Iglesia romana.

Tales son, mi querido amigo, las bases sobre las que debes apoyarte en las explicaciones que des al consultor.

Consejos a los superiores de la Asunción, 1858

El pensamiento de dar consejos a los demás, cuando yo paso a los ojos de tantas personas por imprudente, puede parecer una imprudencia más. Sin embargo, puedo compartir con mis hermanos el resultado de mis faltas. Es una especie de experiencia tan útil como otra. Lo esencial es que otros puedan sacar provecho, aunque no sea más que aprendiendo cómo y por qué hay que hacer las cosas de otra manera a como yo las he hecho.

La primera observación que hacer es que no me propongo redactar un tratado en forma y por orden de materias. Se trata de simples notas que pueden ser útiles, pero tales notas serán lanzadas como el tiempo me lo permita y según que los acontecimientos me vayan brindando la ocasión.

Lo que un superior de la Asunción debe proponerse ante todo es hacer amar a Nuestro Señor y a todo lo que Nuestro Señor ha amado, en el orden en que Nuestro Señor lo ha amado. Todo está ahí: amar a Jesucristo y a todo lo que él ama. Si llevamos esta disposición en todo, amaremos a Dios y su santa voluntad; lucharemos como Jesucristo ha luchado, en la paz, la dulzura, la humildad.

Un superior de la Asunción debe ser otro Jesucristo en todas las cosas. Rezar, sufrir, anonadarse, evangelizar con Jesucristo, ahí está su fuerza.

Si el noviciado se forma en Nimes, en el mes de octubre de 1858, será extremadamente necesario que un religioso se encargue de la ejecución del reglamento, y que sea la regla viva. Habrá que establecer desde el principio los cargos, con el fin de que los empleos se cumplan lo mejor posible desde el primer momento. Los novicios no deberán ocuparse más que de su regla, de la capilla y los domingos de la instrucción religiosa.

Yo deberé dar los cursos de noviciado al menos tres

veces por semana, y probablemente los lunes, miércoles, jueves y sábados, a las 11 horas.

Los novicios deberán tener una *Biblia* y una *Imitación*.

Para sostener el noviciado los superiores de cada casa deberán entregar cada año una ofrenda proporcional a sus recursos. En todas las casas, un libro de misas, llevado por un sacerdote, deberá establecerse en cada sacristía.

En la recepción de candidatos, lo importante es estudiar su naturaleza y disposiciones interiores. Algunos necesitan ser tratados muy exigentemente, para forzarles a mostrarse tal cual son; otros por el contrario necesitan ser tomados con pinzas para poder hacer algo con ellos. En cuanto a atraerlos, no conozco todavía sino la oración.

Amar mucho y sufrir mucho, tal debe ser la divisa del superior que quiere engendrar almas para Dios.

En general, no somos lo bastante humildes y no procedemos con bastante cuidado y dependencia respecto de las almas; no vamos lo suficiente por delante de ellas por amor a Dios.

Nota del P. d'Alzon.

La Asunción frente a las persecuciones de la Iglesia

2 de diciembre del 1861

Al R. P. Francisco Picard

No veo para qué pueda servir nuestra pequeña Congregación, si no se compromete en la causa de la Iglesia. Por eso suplico que me dejen en el Consejo de San Francisco de Sales, si sólo se trata de hacernos daño¹⁾. Si se estima que el Consejo tendrá más libertad de acción mediante mi retirada, es diferente. Estoy muy contento de *com-*

¹⁾ Las reuniones de la Obra de San Francisco de Sales acababan de ser prohibidas en Francia.

prometernos, pero estaría desolado de comprometer a la Asociación permaneciendo en su Consejo. Por lo tanto, que Mons. de Ségur decida...

.....

En fin, adiós. Recemos mucho. Nadie me sacará de la idea de que, en los tiempos que corren, los que quieren ser santos tienen cien veces más gracias que en tiempos normales. ¡Peor para los que insultan a Nuestro Señor, pero tanto mejor para los que se entregan a consolarlo!

14 de diciembre de 1868

A la Rda. Madre
María Eugenia de Jesús

No somos hombres de oposición, somos hombres de *afirmación*; establecemos claramente los principios católicos y los propagamos, combatimos a los que los contradicen. ¡Peor para aquellos a los que encontramos en nuestro camino!

En presencia de ciertas defecciones

Le Vigan, 13 de julio de 1876

Al R. P. Francisco Picard

Creo que el P. François nos dejará. ¿Dónde ira? ¿Qué será de él? No creo que sea aún el momento de prohibirle celebrar la misa. Sin duda está en pecado mortal, pero no pienso que los superiores sean responsables de ello. Los superiores deben buscar el mayor bien general, antes que el mayor bien particular. *Si discedit, discedat* [1 Corintios 7, 15], podemos decir con San Pablo, a propósito del marido pagano de la mujer cristiana. No tenemos la responsabilidad, no hacemos el mal, le dejamos hacer, después de haberle advertido caritativamente; pero no descargue-

mos ningún golpe apresurado. Si se hubiera procedido así con Sor Marie-Louise, se habría retirado por sí misma y no hubiera habido necesidad de una componenda que no puede durar. Me parece que en los tiempos que corren es preferible advertir con toda caridad a ciertos sujetos, como ha hecho el P. Vicente de Paúl con el P. François, como he hecho yo con Sor Marie-Louise, y luego dejarlos partir. Santa Teresa en su *Camino de perfección* profesa absolutamente la misma doctrina. ¿El P. François está cometiendo pecados mortales? Es más que probable. ¿Somos nosotros responsables de ellos? No lo creo, ya que le hemos advertido. Y si parte, él habrá querido irse. Entonces no podrá celebrar más la misa. Pero esa será su responsabilidad, no la nuestra. ¡Cómo importa deshacerse de esta clase de sujetos, qué útil es abrirles suavemente la puerta, sin que puedan quejarse! En el fondo somos del mismo parecer, diferimos en los medios...

- B -

En 1869-1871, el P. d'Alzon se preocupa de la orientación nueva, más doctrinal, que el Concilio quiere imprimir a las Congregaciones modernas y del sello más especial del que la Asunción debe ser dotada. Precisa el objetivo del cuarto voto para facilitar su aprobación por parte de la Iglesia y piensa en un examen particular distintivo del religioso de la Asunción. Da consignas a sus religiosos para hacer dar al Concilio todos sus frutos: la Asunción debería ser, como lo dice en otro sitio, como una floración de la Iglesia. Preside el punto de partida de esta magnífica acción apostólica que marca los diez últimos años de su vida.

Quid agendum?

Roma, 19 de noviembre de 1869

En el momento en que se va a inaugurar el Concilio, me recojo y me pregunto cómo debo aprovechar de la dicha de asistir, en la misma Roma, en esta solemne asamblea. Dejo de lado un montón de cuestiones, cuya solución me interesa desde luego en alto grado, pero que no tienen directamente que ver con la cuestión que quiero considerar como padre de una pequeña familia religiosa.

Santidad

La Iglesia se encuentra frente a la humanidad, que en cierto modo parece separarse de ella. Se necesita, no que la Iglesia se reconcilie con la sociedad, sino que la convierta: no mediante concesiones, sino mediante luces más abundantes, mediante una acción más poderosa. La primera conclusión práctica es que, para transformar a los otros hay que transformarse a sí mismo; para convertir,

hay que estar convertido; para hacer santos, hay que ser santo uno mismo.

El Concilio debe santificar. Y he ahí la primera conclusión, es necesario que el Concilio nos santifique. Cada siglo tiene sus vicios. Es necesario sobre todo que tengamos las virtudes contrarias a esos vicios. En este sentido muy serio y muy fecundo es en el que debemos ser de nuestro tiempo.

Santidad auténticamente católica

El Concilio Vaticano tendrá esta ventaja: que mientras los precedentes estaban formados casi únicamente o en su gran mayoría por las Iglesias de Oriente o bien por las Iglesias de Occidente, —excepto el de Florencia, en que los obispos eran poco numerosos—, esta vez habrá obispos venidos de los cinco continentes. Desde este punto de vista será el más universal jamás celebrado, y hay que observar por lo tanto que las cuestiones de países deben borrarse ante las cuestiones universales, las cuestiones verdaderamente católicas. Ante esta conclusión necesariamente deben caer las cuestiones de país, de nación, todos los principios adoptados por tal o cual pueblo. Hay que tomar evidentemente principios universales, como todo el universo, y abandonar los otros que, propiamente, no lo son.

Enseñanza

Lo que llaman en ciertos países la sociedad moderna está orgullosa de sus ideas que toma como principios. Ir contra ellas de frente puede tener inconvenientes. ¿Pero qué necesidad hay de preocuparse demasiado? ¿Por qué no dejarlas por lo que valen, y, apoyándonos sobre una ciencia verdadera, sincera, leal, comunicarle la superabundancia de las verdades divinas que poseemos en exclusiva, poseyendo a Jesucristo? *In quo sunt thesauri sapientiae et scientiae absconditi* [Colosenses 2, 3].

De ahí la necesidad de una enseñanza muy desarrollada, pero por encima de todo, penetrada, bajo todas sus

formas y en todas sus ramas, de la verdad católica. De ahí esta otra conclusión: necesidad absoluta de apoderarnos de nuevo de todos los niveles de la enseñanza, desde los primeros elementos hasta sus alturas más profundas; por lo tanto de las universidades por arriba y de las escuelas del pueblo por abajo.

Alrededor del Papa Por otra parte, cuanto más la disolución social es amenazante, más debemos agruparnos en torno al centro de la unidad. ¡Ahora bien, qué estupidez eso de que el centro de la unidad en la fe pueda estar sujeta al error! He ahí sin embargo lo que habría que aceptar si el Papa no es infalible. Pero no quiero abordar aquí el tema de la infalibilidad. Lo que quiero es considerar al Papa como centro de esta unidad para la acción. En torno al Papa, como centro de esta acción, convergen los obispos, *quos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere ecclesiam Dei*. Que algunas de estas relaciones sean abolidas porque se trata de puras cosas de Cancillería, se comprende, pero con la condición de que todas las otras relaciones se hagan cada vez más frecuentes. Por cierto, Pío IX ha contribuido a aumentarlas tanto como ha podido, atrayendo tan a menudo a Roma al episcopado católico.

Las familias religiosas Sin embargo, el Papa tiene otros medios de actuar sobre el mundo, mediante ejércitos espirituales, que no son sino las familias religiosas. Sólo que, sería importante hacer comprender a Roma cómo el Papa, defendido por estas tropas, debe protegerlas a su vez. Los obispos son sus primeros auxiliares; no son los únicos. Los obispos ayudan al Papa a gobernar la Iglesia; los religiosos son los instrumentos especiales de la acción directa del Papa para defender y extender la Iglesia. Por su parte, los religiosos también deben agruparse en torno al Papa, no permitir que les separen de él y sacar la fuerza de su fuerza. El tiempo de las

mutilaciones religiosas ha pasado. Los poderes han podido, en tiempos nefastos, imponerlas a Roma, cuando se creaban vicarios generales de órdenes para ciertos países. Las Órdenes se debilitaban, la acción del centro se volvía nula y los enemigos de la Iglesia destruían sin esfuerzo la ciudadela, cuyos defensores, aislados y dormidos, no podían oír la voz del primer jefe.

Por lo tanto, necesidad para los religiosos de agruparse en torno al Papa, para defender a la Iglesia; necesidad para los religiosos de agruparse en torno al Papa para extender los límites de la Iglesia.

La Asunción

Colocándome desde el punto de vista de nuestra Congregación, me pregunto si no es importante aprovechar la indicación especial que nos ha sido hecha por Pío IX mismo, y ocuparnos de la Iglesia búlgara y de todas las ramas de la gran familia eslava. Rusia y su cisma son uno de los grandes peligros para la Iglesia. Si los zares llegan algún día a Constantinopla es con la esperanza de llegar pronto a Roma y, humanamente hablando, ¡qué peligro!

El Papado está entre dos escollos: la Revolución y el cisma oriental. Nuestra pequeña Congregación debe combatir a la Revolución mediante la santidad en primer lugar, luego mediante la enseñanza bajo todas sus formas y las obras de caridad que nos permitan penetrar en el pueblo. Debe entregarse sobre todo a luchar contra el cisma, mediante la santidad, mediante las misiones y todas las obras que se relacionan con las misiones.

Conclusión

Resumiendo: santidad, santidad verdaderamente católica; enseñanza bajo todas sus formas; todas las obras capaces de transformar la democracia; lucha contra los cismas, misiones y obras capaces de frenar sus invasiones; tales son las bases principales de nuestra obra. Añado a este espíri-

tu esencialmente católico, sobre el que no podría insistir demasiado, unión cada vez más íntima con la Santa Sede, fuente de toda vida, centro de toda unidad, principio de toda acción.

Nota sobre el Concilio

Noviembre de 1869

La Obra del Concilio El Concilio debe proponerse combatir la incredulidad, el racionalismo, el naturalismo, el socialismo.

La incredulidad mediante la afirmación más clara de los principios de la fe.

El racionalismo mediante la proclamación del principio de autoridad más netamente definido, mediante la proclamación de la infalibilidad del Papa.

El naturalismo, mostrando el término de la felicidad en un mundo superior y los medios de obtenerlo en los auxilios aportados por Nuestro Señor Jesucristo.

El socialismo mediante una nueva proclamación de los grandes principios sociales que sólo la Iglesia posee y mediante la predicación del principio de caridad, con la ayuda del cual sólo ella puede curar las heridas que el espíritu de egoísmo, de odio y de rebelión ha causado a la sociedad enferma.

Papel de las Congregaciones modernas Frente a estas ideas, ¿cuál es el papel de las Congregaciones modernas? Contra la incredulidad:

1º Afirmar a Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, y para afirmarlo más útilmente estudiarlo más que nunca.

2º Entregarse a la enseñanza entendida en el sentido más amplio.

3º Desarrollar el celo por la predicación de Jesucristo

no sólo entre los cristianos, sino también entre los incrédulos, los heréticos, los Judíos y los paganos.

Contra los racionalistas:

1° Mostrar la superioridad de la inteligencia, que toma como punto de partida la autoridad inmutable.

2° Mostrar la necesidad de fortificar el poder pontificio desde el punto de vista moral e intelectual, a medida que el poder temporal y político parece disminuir.

Frente al naturalismo:

1° Santificarse uno mismo en primer lugar, para predicar con el ejemplo.

2° Luego, trabajar en hacer penetrar por doquier las costumbres cristianas.

Queda el socialismo. Las Congregaciones religiosas se encuentran aquí frente a los males más horribles. Es necesario que los curen penetrando en las clases gangrenadas. La democracia es un hecho. Hay que sacarle todo el partido posible, ocupándose de todas las obras que puedan cristianizarla.

El Concilio y las Oblatas

Roma, 4 de diciembre del 1869

A la Madre Correnson

Meta del Concilio Estudiando atentamente la meta del Concilio, se ve que se propone sobre todo restablecer todo el orden sobrenatural aportado por Nuestro Señor a la tierra y atacado por la incredulidad (el naturalismo), el racionalismo y el socialismo. He ahí el mal.

A la incredulidad se quiere oponer los principios de la fe; al naturalismo todo el plan de los socorros espirituales y de las esperanzas sobrenaturales; al racionalismo la base inmovible de la autoridad divina, fortificada mediante la doctrina de la infalibilidad del Papa; al socia-

lismo la noción más perfecta de los principios sociales, tal como los comunica la gran sociedad cristiana, la Iglesia. Las afirmaciones de la fe, la superioridad de la idea de felicidad y de los medios para conseguirla, el poder de los motivos de creer, la vida social, he aquí lo que el Concilio tomará como punto de partida.

**Consecuencias
prácticas**

Pero cuando los grandes hitos hayan sido colocados, habrá que sacar las consecuencias.

De la fe fuertemente afirmada se sigue una enseñanza poderosa: renovación de los estudios; de las esperanzas sobrenaturales opuestas al naturalismo moderno se sigue una noción más fecunda de la santidad; de la autoridad del Soberano Pontífice más enérgicamente confesada, la necesidad de recibir de él una dirección más vigorosa; de la manifestación más completa de los principios de la Iglesia, una luz para trabajar en sanar los males de la sociedad. Pero a eso hay que añadir que estos grandes principios combinados entre ellos arrojan unos resultados no menos admirables.

Para las Oblatas

Del principio de la fe más claramente afirmado se sigue, para

las Oblatas, la obligación de estudiar más seriamente la religión, con el fin de enseñarla un día, y un celo mayor por llevar esta divina antorcha a los países extranjeros.

De las enseñanzas relativas al orden sobrenatural resulta para ellas: 1º la obligación de ser santas; 2º la convicción de la sublimidad de su vocación, que les invita a acoger a cismáticos, herejes, judíos y paganos, y a hacer de ellos también santos.

De la promulgación de la infalibilidad del Papa se sigue rigurosamente: 1º la necesidad de adherirse desde lo más hondo de su ser a aquel centro imperecedero de la Iglesia; 2º el privilegio, no menos grande, de servirla como conviene, para extender el reino de Nuestro Señor.

En fin, de la promulgación de los grandes principios de la sociedad cristiana se sigue una admirable misión, si las Oblatas quieren hacerse dignas de ella: un trabajo incesante, mientras estén en Europa o cuando se les reclame allí, para ocuparse con inteligencia de las obras que les pertenezcan, que tenderán a luchar contra el socialismo y que les prepararán para ocuparse de obras análogas allí donde se les envíe.

Ahí os doy el cuadro de un libro que hay que hacer y cuyos capítulos se van clasificando poco a poco en mi espíritu. Este libro quisiera titularlo: Las Congregaciones religiosas y el Concilio. Rogad a Dios para que tales ideas se desarrollen en mi espíritu. Me parece que sobre este tema hay un buen trabajo que producir.

El sello de la Asunción

29 de enero de 1870

Al P. F. Picard

Un cuarto voto Esto es para usted, el P. Vicente de Paúl y la superiora. Existen dificultades, al parecer, para conseguir el cuarto voto de extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿No se le podría remplazar por el voto de emplearnos en todas las obras que el Soberano Pontífice nos propusiera, con vistas a combatir la Revolución y la francmasonería, que es la grande y satánica encarnación de la Revolución? De un lado Jesucristo y la Iglesia; del otro Satanás y la francmasonería o la Revolución. He ahí, creo yo, algo que está más claro que el día.

He preparado una nota que tendría posibilidades de éxito; me voy a ocupar de ella. Se trataría de una Asociación contra la francmasonería y la Asunción tomaría, según su exigua dimensión, contra la Revolución el lugar que ocuparon los Jesuitas hace ya tres siglos contra la Reforma...

24 de enero de 1870

A la Madre Correnson

Mi muy querida hija:

Proyecto de un examen particular ...Acabo de tener una conversación que me ha llevado a reflexionar fuertemente respecto a nuestra obra. Alguien muy serio me decía: "Si vuestro obispo muere, le pasará como a tantos otros obispos. Nada quedará de su paso porque habrá gobernado mediante la arbitrariedad y no ha fundado instituciones". Por desgracia eso es muy cierto. Si un obispo galicano le sucede, ¿qué encontrará en el Cabildo, en el seminario, en el desarrollo científico del clero, que pueda resistir a una presión funesta?

¡Pues bien! Me pregunto si usted o yo viniéramos a morir, ¿qué quedaría de nuestra obra? ¿Qué principios habríamos establecido? ¿Qué cohesión hemos dado a esta familia? Ya sé que es muy reciente, pero creo muy importante comenzar a fijar las piedras fundamentales desde el punto de vista de la duración.

Tengo algunas ideas al respecto, que le comunicaré en mis cartas; prepárese, por su lado. Espero que llegaremos a hacer algo muy bueno, pero convéznase de que debe poner en su examen diario: "¿Qué he hecho hoy para fundar mi obra?".

Bajo este aspecto, lea sobre todo en la Vida de los santos todo lo que atañe a la organización de sus trabajos; sea lo más que pueda el modelo, sino de toda la regla (vuestra salud no os lo permite), al menos del espíritu de la regla. No se extrañe de ciertas miserias, pero busque sus raíces para cortarlas, o mejor extirparlas enteramente.

Creo que voy a instituir un Capítulo General de los Agustinos de la Asunción para exigir el signo distinti-

vo de nuestra obra. San Ignacio ha dado a los suyos los *Ejercicios Espirituales*, una hora de meditación y dos exámenes particulares. Es necesario que establezcamos algo semejante...

31 de enero de 1870

A la misma

**El examen particular
de las Oblatas**

Desde hace algún tiempo estoy preocupado por el cuarto voto que los religiosos de la Asunción deben hacer. He aquí lo que quisiera ensayar para las Oblatas. Se trataría de exigir de ellas, que cada día dedicasen un cierto tiempo de su meditación a examinar lo que quieren hacer durante la jornada para hacerse capaces de ir a las misiones. Por la noche, harían un examen de lo que han hecho.

He aquí qué temas de examen podrían proponerse:

- 1° ¿En qué quiero ser religiosa?
- 2° ¿En qué soy pobre, virgen, obediente?
- 3° ¿Cuál es mi humildad y mi caridad para con las Hermanas?
- 4° ¿Cuál es mi práctica de la regla?
- 5° ¿Qué dedicación quiero darle al estudio, si tengo tiempo?
- 6° ¿Cuál es mi espíritu de sacrificio y mi desinterés?
- 7° ¿Con qué ardor quiero ofrecer mis oraciones y mis penitencias por las almas que hay que salvar?

Sólo se trata de algunos hitos, pero si usted se dedica a hacer que hagan sobre este tema dos exámenes: por la mañana, sobre lo que se quiere hacer; por la noche, sobre lo que se ha hecho durante el día, insistiendo unas veces sobre un tema y otras sobre otro, estoy seguro de que conseguirá resultados. Por mi parte, ya he comenzado en lo que a mí me toca, y le invito a que haga otro tanto por su parte.

Mi examen se limita así. ¿En qué he avanzado el reino de Jesucristo, destruyendo el reino de Satanás en mí? ¿En qué he combatido el reino de Satanás en el mundo y hecho avanzar el reino de Jesucristo?

Había en mis cartas a las Adoratrices algunos pasajes que pudieran resultaros útiles. Por lo demás, sólo se trata de una idea que usted podría ayudarme a perfeccionar, y si deseara ayudarme le estaría agradecido. Esto que le escribo es más serio de lo que usted piensa, porque el bosquejo que le envío será el sello distintivo de la Congregación de la Asunción, y quisiera que el fuera el suyo, porque me parece que usted es enteramente nuestra mediante un montón de lazos íntimos.

1° de febrero de 1870

A la misma

Explicaciones

Vuestra carta del 29 me llega; dispongo de un minuto y la respondo. Ayer os escribí, pero me vi molestado por un montón de distracciones. Me parece que hoy me haré comprender mejor. No hay que hacerse ilusiones. La sociedad está muy gravemente amenazada. Necesita ser sostenida por todos los medios contra la Revolución y contra el ejército de la Revolución, la francmasonería. Espero que el Concilio haga algo contra la masonería. Pero ya que parece que ponen obstáculos a nuestro voto de entregarnos a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas, he pensado que no podrían impedirnos transformar este voto (hablo de los religiosos) en otro que consistiera en entregarnos a todas las obras que el Santo Padre nos proponga contra la Revolución y la masonería. Pero hay que darle un espíritu a esta acción. Ahora bien, para hacer eso me propongo presentar al futuro Capítulo General la constitución siguiente, expresada más o menos en estos términos:

“Los religiosos de la Asunción harán cada día, maña-

na y tarde, un examen: en el primero examinarán lo que quieren hacer para destruir el reino de Satanás en su corazón y en la tierra y para hacer crecer en su corazón y en el mundo el reino de Nuestro Señor; el segundo consistirá en repasar lo que durante la jornada se ha hecho con este fin”.

Os he indicado algunos puntos, sobre los que vuestras hijas, mediante un examen análogo, podrían prepararse a cumplir su voto...

(El examen hubiera tenido como meta a los ojos del P. d'Alzon preparar para el cuarto voto y facilitar luego su ejecución).

Esperanza de una aprobación de este cuarto voto

Roma, 4 de febrero de 1870

Al P. F. Picard

Mi querido amigo:

...Te había hablado de la idea que tenía de cambiar nuestro *cuarto voto* de consagrarnos a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas, por el de entregarnos a todas las obras que nos proponga el Santo Padre, para combatir la Revolución y la francmasonería. Ahora bien, ayer recibí la visita de monseñor de Lucca, subsecretario de la Congregación de los Regulares, y tras haberle hablado de varias cosas, le sugería algo de nuestro cuarto voto. Me respondió: “En general, la Sagrada Congregación rechaza los cuartos votos como inútiles, ya que son la expresión del espíritu general del Instituto; pero de entrada estoy convencido de que se haría una excepción para el voto que usted propone, sea porque contiene algo muy característico, sea porque me parece algo enteramente adaptado a las circunstancias presentes de la

Iglesia y a los enemigos que debe combatir”. Y al despedirse me rogó que contara con él y me pidió que, cuando tuviera que hablarle, le pidiera venir, porque así es más cómodo para platicar a gusto.

7 de febrero de 1870

Al P. E. Bailly

Ensayo de examen Recibo su carta del 3, que debieron entregarme ayer. Usted quiere pues llegar a ser un santo. Le prometo ayudarle en la medida en que yo sea capaz, y para ello permítame aprovechar sus buenas disposiciones para ensayar con usted lo que quiero proponer al primer Capítulo General.

Si usted aprueba nuestro *cuarto voto* tal como lo formulo, haga dos veces al día un examen: el primero para buscar en qué intentará expulsar al diablo de vuestra alma y poner allí a Jesucristo y en qué quiere servir a la Iglesia combatiendo fuera a la Revolución y a la francmasonería; y por la noche examinará lo que haya hecho para mantenerse en estas disposiciones y por traducirlas mediante un trabajo práctico; luego me dará cuenta. Es necesario que busquemos juntos una buena fórmula para este examen, que luego se tornará la piedra angular de nuestra obra, como el examen particular de San Ignacio es la piedra angular de los Jesuitas.

Mirad, ensayad, como trato de examinar por mi parte; luego me dará cuenta de sus resultados. No le prohíbo hablar de lo que esta idea tenga de aplicable a la Congregación tanto a los religiosos como a la Superiora General de las Oblatas. Quizá después de haber rezado mucho, encontremos en ello una gran luz y una gran fuerza...

Consignas del momento

I. A la casa de París

Roma, a 10 de febrero de 1870

A los Padres Picard
y V. de Paúl Bailly

Mis muy queridos amigos:

Sigo con gran atención la marcha del Concilio, no tanto en sus deliberaciones como en sus agitaciones externas e íntimas a la vez; y en los efectos que pueden seguirse del choque de tantas ideas contrarias y tantas corrientes opuestas. ¡Pues bien!, para mí evidentemente resulta esto, que la Congregación que se proponga sacar, en cuanto de ella dependa, todas las consecuencias prácticas del Concilio, será la que Dios más bendecirá. Desde este punto de vista, sería muy importante que pudiéramos darnos bien cuenta ante Dios de lo que tenemos que hacer, con el fin de limitar nuestra acción en una cierta medida y circunscribirla con el fin de fecundarla en cuanto sea posible y también con el fin de no desperdiciar nuestras fuerzas...

Sin afectación, pero con un plan bien continuado, debéis agrupar en torno a vosotros a laicos y a sacerdotes y, mediante vuestras conversaciones, proponeos atraer a la vida del Concilio todas las inteligencias viriles, sobre las que podáis tener alguna influencia. Creedme, trabajad lo más que podáis en esa dirección. El Concilio del Vaticano se resumirá en un nuevo tratado de la religión y de la Iglesia, las otras cuestiones no serán más que colorarios. Por lo tanto, tomad estas cuestiones en mano, apropiáoslas, hacedlas vuestras lo más posible, aplicadlas, menos por vosotros mismos, que empujando a otros a aplicarlas...

He aquí lo que debéis proponeros para empezar: 1º extender, en cuanto dependa de vosotros, la obra de San Francisco de Sales; 2º dar un valor religioso al Boletín

bibliográfico; 3º hacer sentir la necesidad de acrecentar el óbolo de San Pedro; 4º hacer rezar mucho para obtener buenas vocaciones religiosas; 5º sin hablar demasiado del Concilio, tomar el espíritu de esta magna asamblea y, sin contención, infundirlo por todas partes, con el riesgo de resultar a veces pesados; 6º impulsar a toda obra popular, ya sea ocupándoos vosotros mismos, sea sobre todo impulsando a los católicos a ocuparse de ellas.

II. A la Asunción en general

15 de febrero de 1870

A la Madre Correnson

Acabo de hablarle de usted, hablemos ahora de lo que a mi ver saldrá del Concilio respecto de la obra de la Asunción. Es para mí perfectamente evidente que nos faltan los hombres y que, si place a Dios enviánnoslos, pues bien, ¡tendríamos trabajo para diez mil religiosos! Sin embargo, encuentro asimismo que podemos empezar enseguida:

1º A adquirir una asociación, con ayuda de la cual podríamos hacernos con un montón de trabajos científicos: ¿os imagináis que se han dirigido a mí para esto? He aceptado.

2º A preparar una Universidad católica; lo cual resultaría mucho más fácil si nos hubiéramos apoderado antes de hombres como acabo de decir.

3º A ejercer una acción sobre los periódicos. No me creeréis si os digo que he sido autorizado por los presidentes del Concilio a dirigir una correspondencia para mejorar la situación de los espíritus y refutar todo aquello que los periódicos católico-liberales hacen propagar para amotinar la opinión contra Roma.

He ahí un breve resumen de lo que tengo que disponer y de lo que tengo que ocuparme en mis momentos perdidos. Estudio lo más que puedo la filosofía escolástica

y estoy maravillado de cuánto se hace en Nápoles al respecto...

III. A la casa de Nimes

16 de febrero de 1870

Al P. E. Bailly

...Vuestra santidad puede desarrollarse mediante el impulso sobrenatural que usted puede dar a los estudios y a los de vuestros religiosos. No perdáis de vista un solo instante este punto y aplicaos a santificaros mediante la enseñanza.

En este momento me saturo de filosofía y llego a ciertas consecuencias. Es: 1° que hay que volver a Santo Tomás; 2° que la filosofía se ha descarriado plenamente bajo la acción de la Reforma; 3° que la filosofía es una ciencia mucho más positiva de lo que se supone y que, lo que ha hecho olvidar en demasía esta verdad es la confusión de Babel que Descartes, a la zaga del Protestantismo, ha infiltrado en las ideas de los mismos católicos. Hay toda una filosofía que rehacer en la senda de la vieja escolástica, y me estoy preguntando si esta refacción de los estudios no es uno de los trabajos más importantes a los que podemos entregarnos. ¡Ah!, mi querido amigo, cuántas cosas que hacer y que rehacer. Dirija su deseo de santidad hacia esta especie de trabajos...

IV. A los religiosos de la Asunción, en Nimes

Roma, 11 de abril de 1870

Vais a disponer de un cierto reposo durante el tiempo de Pascua; me parece útil haceros algunas recomendaciones.

1º Recordad que la meta especial de nuestro Instituto es la enseñanza en todos los niveles. Ahora bien, el cardenal Reisach decía a uno de nuestros amigos que el más poderoso resultado del Concilio sería el de relanzar los estudios eclesiásticos. Sí, pero para esta restauración se necesitan dos cosas: hombres y tiempo. Respecto del tiempo, mirad ante todo si no lo perdéis. Mirad, en segundo lugar, lo que habéis hecho para trabajar de modo que os preparéis estudios útiles. No nos hagamos ilusiones, los estudios por todas partes son de una mediocridad desesperante y se debe al descrédito en que ha caído la gran teología basada en la gran filosofía. La teología, reina de las ciencias, habiendo bajado a un grado deplorable, las ciencias, excepto las ciencias materiales, han bajado otro tanto, y las ciencias mismas, que no tienen más meta que la materia, han perdido el sentido divino de su origen.

¿Qué se necesita? Que os dediquéis a restablecer, mediante el estudio fuerte y serio, las diversas ramas de las ciencias que os permiten discurrir la verdadera sabiduría en vuestras inteligencias; y que iluminéis la ciencia, objeto de la inteligencia inferior y cuya finalidad son las cosas creadas, mediante la razón superior que tiene como objeto la sabiduría, es decir, el conocimiento de las cosas divinas. Ahora bien, llegaréis a eso por dos caminos distintos: sea por el trabajo intelectual, sea mediante la oración. Y ahí reside una gran prueba de que rezamos mal, ya que después de haber rezado, conseguimos tan pocos resultados. La conclusión evidente es que nuestras oraciones y nuestros estudios son algo rutinario y maquinal. Si pusiéramos en unas y otros el esfuerzo de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, ciertamente llegaríamos mucho más alto desde todo punto de vista.

Importa convencersos bien de esta verdad, porque entonces haréis caminar al mismo tiempo, como deben hacerlo los religiosos, vuestro desarrollo místico y vuestro desarrollo intelectual.

2º Habéis de compenetraros con esta verdad, de que

el mundo, incluso en decadencia, es gobernado por las ideas. Después del Concilio, aquellos religiosos que se hagan sembradores de ideas, pero de ideas verdaderas y fecundas, serán los verdaderos regeneradores de la sociedad... Importa además, en este punto, que os apliquéis a compenetraros de ideas verdaderas y de grandes principios. Ahora bien, estas ideas y estos principios, ¿dónde están sino en los tesoros de la ciencia divina, cuyo depósito posee la Iglesia y que está encargada de distribuirlos al mundo? Sufro por deciros tan mal estas cosas, porque veo en ello la salvación de los hombres descarriados por tantas ideas falsas, cuyo oscurecimiento se extiende cada día de un modo más decepcionante para todos aquellos que aman un poco verdaderamente el reino de Dios y el triunfo de Nuestro Señor en las almas.

3º No hay que ocultarse que la Iglesia, tras la definición de la infalibilidad, se va a encontrar en una situación muy extraordinaria. El Papa será como un general de un gran ejército, cuyos regimientos son dirigidos por un cierto número de coroneles sublevados. Será necesario que el general pase por encima de sus cabezas para apoyarse en los capitanes y en los soldados. Los coroneles rebeldes son los obispos galicanos. El Papa debe apoyarse, por una parte en los sacerdotes y en los simples fieles, —y he ahí el inicio de la jurisdicción ordinaria e inmediata sobre las diócesis—, y por otra parte se necesita que tenga sus propias tropas y que las acuardele, en medio de los regimientos cuyos coroneles le den la impresión de empujar¹⁾ a sus hombres a la rebelión. Estas tropas más personales del Papa son las Congregaciones religiosas y tal es la razón profunda por la que habrá motivo para aumentar sus privilegios y exenciones, en vez de disminuirlas.

Todo esto será quizá desarrollado por mí en una carta o un trabajo más detallado. Por el momento me contento con haceros explicar lo que no comprendáis por el P.

¹⁾ El manuscrito dice: entrar

Laurent o por el P. Emmanuel. Estas ideas me parecen uno de los puntos de vista más importantes bajo los que se puede contemplar el Concilio.

Adiós, mis muy queridos Hermanos. Creedme enteramente vuestro en Nuestro Señor.

Nos siguen prometiendo el esquema sobre la infalibilidad inmediatamente después de la sesión del domingo de Cuasimodo.

29 de abril de 1870

Del P. Galabert
al P. Vicente de Paúl

**Nuestra meta más
especial**

El P. d'Alzon está siempre dispuesto a secundar vuestros esfuerzos en lo que concierne a las buenas obras; pero no quisiera que se conviertan en la meta principal de nuestra Congregación. En su intención, la meta esencial de nuestra pequeña Congregación es el desarrollo tan completo como sea posible de la enseñanza de la doctrina católica, sobre todo mediante el estudio, la educación de los niños y la predicación. No quisiera que la multiplicación de las obras populares, muy útiles por cierto, llegue a desviarnos de nuestra obra principal, y lo mismo que ha combatido las tendencias del P. Hipólito que quería empujar a los jóvenes religiosos hacia las misiones en las aldeas, así también se opondría a nuestra absorción por las buenas obras.

Le Vigan, 25 de octubre de 1870

Al P. E. Bailly

Planes de acción

No tengo nada muy especial que decirle, pero estoy preocupado por un hecho que me llama la atención, tanto en los establecimientos de la Iglesia, como en la formación de las Órdenes religiosas, como en las sociedades secretas, o en las guerras de pueblo a pueblo.

No se consigue el éxito sino cuando se tiene una meta determinada. Nuestro Señor ha dicho: *Quaerite primum*

regnum Dei et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis [Mateo 6, 33]. La Iglesia, el reino de Dios, ha sido fundada. Seguid a los grandes obispos, siempre han tenido una meta. Estudiad las guerras: el general, cuyo plan ha sido más estudiado y cuya acción está más en relación con los recursos, es el que tiene mayor éxito. En cuanto a las sociedades secretas, esto es más que evidente, y si no consiguen más que a destruir y nunca a fundar, es porque al primer éxito se desbandan y sus miembros vuelcan sus fuerzas, divididas por intereses personales, unos contra otros. He ahí por qué los hombres honrados, pese a su falta de inteligencia y su apatía, no resultan todos engullidos, como se lo merecerían por la Revolución.

¿Qué deciros ahora sobre mis conclusiones prácticas? He aquí. Nosotros queremos hacer llegar el reino de Nuestro Señor en la tierra. Todo en nuestra vida, en nuestros pensamientos, debe quedar subordinado a esta idea matriz. Miremos atentamente cuál debe ser nuestro plan y cómo hemos de utilizar nuestras fuerzas, cómo debemos evitar malgastarlas, cómo debemos dirigir las con una cierta unidad. Mediante la enseñanza, mediante los estudios teológicos, mediante las misiones, mediante la ayuda dada a ciertas Congregaciones de mujeres, mediante nuestra participación en la vida social.

Quisiera que sin cesar pudiéramos perfeccionar nuestros planes, partiendo de los mismos principios que son principios eternos, pero modificando la aplicación práctica. Así, sería necesario que usted pudiera ofrecer a la Congregación un plan de estudios y de educación; el P. Hipólito presentaría un trabajo sobre el noviciado; el P. Picard sobre la acción en París, sea respecto de los hombres y de los sacerdotes, sea respecto de las Congregaciones de mujeres; el P. Vicente de Paúl trataría de la cuestión de las obras; y si cada uno trabaja así por su lado ofreciendo al Superior General trabajos preparatorios que serían discutidos en la primera reunión general o

en el primer Capítulo, quizá llegaríamos a ver más claro nuestro futuro. Me resumo así:

1. Enseñanza y educación.
 2. Estudios superiores.
 3. Misiones.
 4. Acción social.
 5. Obras de caridad.
 6. Relaciones con las Congregaciones de mujeres.
- Cambio adrede el orden de los números.

27 de octubre de 1870

Al P. E. Bailly

Un Consejo de guerra Vienen todos los días a hacer sus ejercicios bajo nuestros castaños de Indias y admiro cuán necesarios son los movimientos de brazos, de piernas, las voces de mando fallidas o exitosas, para formar soldados, que no serán al fin y al cabo más que pacíficos guardias nacionales. ¡Pobre patria guardada por semejantes gentes! ¡Pobre nación con tantos guardias! Pues bien, en la vida religiosa, es lo mismo. ¡Cuántas repeticiones de los mismos ejercicios, antes de llegar a ser lo que Dios quiere de nosotros! Sin contar aquellos que no hacemos. Pero cuando toda Francia sólo fuera una gran guardia nacional o incluso un valiente ejército, ¿de qué sería capaz sin un jefe? Es necesario, pues, que todos los miembros de la Congregación trabajen en diversos niveles, desde el postulante hasta el Superior General. Solamente que, en vez de un jefe único, se necesita una especie de aristocracia, con el fin de que la idea matriz no muera con el jefe. Se necesita, si puedo decirlo así, un consejo de guerra perpetuo, si no reunido permanentemente, al menos agrupado frecuentemente e intercambiando sus puntos de vista por correo, lo más a menudo posible.

Pero ahora me interrumpen, volveré sobre el tema...

Emisión de un voto de fidelidad

Del P. E. Bailly al P. d'Alzon

1. Instancias del P. E.

Bailly

...Quisiera insistir ante usted, Padre, para obtener que pida o haga pedir lo antes posible al Papa la aprobación del cuarto voto del que habíamos hablado: el voto de luchar a ultranza contra la Revolución, sus ideas, sus libros, sus obras, etc. Lo que Santo Domingo hizo contra los Albigenses, ¿no podríamos nosotros pedirle a Dios poder hacerlo contra la Revolución y la francmasonería? El momento en que Pío IX cautivo es crucificado por la Revolución ¿no estaría bien elegido? Y aunque no seamos nada, aunque humanamente no tengamos ningún medio apropiado, ninguna fuerza seria para luchar, ¿no podríamos contar con la misericordia de Dios que bendeciría sin duda nuestro intento hecho con la sincera intención de restablecer su reino y defenderlo?...

Adveniat Regnum Tuum.

2. Fórmula del voto

En presencia de las agitaciones sociales de nuestra época, nosotros los abajo firmantes, religiosos de la Asunción, nos comprometemos a seguir fieles a la práctica de nuestras reglas y de la vida común, sean cuales sean las circunstancias en medio de las que nos podamos encontrar y sea cual sea la situación que deparen a nuestras obras o a nuestra Congregación los acontecimientos.

Queriendo así ligarnos más fuertemente a nuestros votos de religión, aceptamos todas las dificultades y todos los quebrantos que pudieran seguirse de este compromiso, sin poner en ello más límites que los que nos sean marcados por la obediencia.

Nîmes, conmemoración de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, a 14 de abril de 1871.

Firmado: E. BAILLY, A. DUMAZER, GERMER-DURAND,
Hermano PIERRE, JOSEPH MAUBON.

Aprobado por el Superior General,
E. D'ALZON.

- C -

Formación de los novicios*7 de septiembre de 1850*

A la Madre María Eugenia

Usted me ha invitado a preparar un plan seguido de instrucciones para el noviciado. Voy a intentar hacerlo. Le envío un bosquejo; le ruego tenga a bien hacerme sus observaciones.

Parto de esta pregunta: ¿Por qué estamos aquí? Cuatro motivos: 1° para salvarnos; 2° para llevar una vida perfecta; 3° para glorificar a Dios; 4° para extender el reino de Jesucristo.

1° Estamos aquí para salvarnos. ¿Qué es la salvación? ¿Qué es para el conjunto de los hombres? ¿Para el cristiano? ¿Para religiosos? ¿Para religiosos de la Asunción? ¿Para cada uno de nosotros en particular?

¿Quiénes son los enemigos de la salvación? Las pasiones, los sentidos, el mundo, el diablo. ¿Qué medios para combatirlos?

2° Estamos aquí para salvarnos santificándonos: mediante la fe, la esperanza, la caridad, como cristianos; pero de un modo más perfecto, como religiosos, añadiendo la castidad, la pobreza, y la obediencia. Examen, de acuerdo con Santo Tomás, de las virtudes que se siguen de aquellas, y de los vicios o pecados que se les oponen.

3° Para procurar la gloria de Dios. ¿Qué es Dios para nosotros? ¿Su gloria, su poder, su sabiduría, su amor, sus perfecciones, su providencia, su gracia? El fin de la gracia, o sea la glorificación del hombre, se opera en el seno de la gloria de Dios. El religioso debe alimentarse con estos pensamientos en la oración y, por ellos, dedicarse a la extensión del reino de Jesucristo.

4° ¿Qué es el reino de Jesucristo? – Su Iglesia. Amor a la Iglesia, amor a las almas. Dos clases de almas: las

almas puras, los niños que hay que formar, y los ignorantes que hay que instruir o los pecadores que convertir. De ahí la educación y las misiones.

A. – Educación: 1° Educación propiamente dicha: acción sobre los alumnos, sobre los padres; buenos ejemplos, conversaciones. ¿En qué medida?

2° Instrucción: estudios, vigilantes, profesores, estudios superiores; espíritu con el que hay que estudiar y enseñar.

B. – Misiones. ¿Qué cualidades? Fuerza, prudencia, perseverancia.

Finalmente tomo cada detalle de la vida religiosa y la comparo con cualquier parte de la vida de Jesucristo. Me parece que hay ahí con qué llenar un año entero. Me propongo, cuando les hable, exigirles que hagan análisis para retomarlos al principio de cada charla. Por este medio podrán hacer su provisión de ideas religiosas y caminar en un mismo espíritu...

Temas de conferencias para el noviciado de la Asunción

Nota de 1858

1. El espíritu de la Asunción siendo un gran amor a Nuestro Señor, el mejor medio de formarse en este amor es tomar el crucifijo y decirse: “He aquí hasta dónde me ha amado Jesucristo; ¿quiero yo amarle hasta la cruz?”

2. Si amo a Jesucristo, debo imitarle. Ante mi crucifijo puedo preguntarme aún: “He aquí mi modelo. ¿Quiero imitarle en sus repugnancias, su despojo, sus sufrimientos, su muerte?”

3. Para entrar en este pensamiento seguiré paso a paso el Vía crucis. ¿Quiero morir con Jesús?

4. ¿Quiero llevar mi cruz con Jesús?
5. ¿Quiero aceptar las caídas con Jesús?
6. ¿Qué fuerzas, un religioso consolado como Jesús por María, no encuentra en sus penas?
7. ¿Qué gracias el religioso llamado a enjugar las lágrimas, el sudor y la sangre de Jesús, no recibe para sufrir?
8. ¿Qué confianza el religioso no puede sacar en sus caídas, ante las caídas de Jesús camino al Calvario?

2 de abril de 1874

Al P. Alexis Dumazer

Directrices para el noviciado Usted merece un tirón de orejas, no me habla del noviciado, en esto comete un error grave. Yo, sí le voy a hablar. Tengo la esperanza de que en breve usted tendrá de 15 a 20 novicios o postulantes. En primer lugar hay que buscarles sitio; luego hay que encontrarles ocupación; finalmente hay que formarles mucho mejor de lo que otros han sido formados hasta el presente. Para ello me propongo hacer un comentario de la Regla, del primer libro de las Constituciones, del Directorio y dar un curso de meditaciones. Fuera de las que preparo, trataré de explicar un método para meditar bien. Quisiera comenzar en el mes de mayo. Me parece que podríamos así formar finalmente una tradición de vida religiosa.

Doy por sentado que usted me ayudará. Este curso ocupará del primero de mayo al 15 de enero aproximadamente. Ya le diré por qué me detendré en esa época. En fin, me parece que en 9 meses se puede formar a mucha gente y decirles un montón de cosas. No olvidemos que a aquellos que hacen un noviciado estricto hay que hacerles estudiar: 1° la Sagrada Escritura; 2° los Padres de la Iglesia; 3° la Historia eclesiástica; 4° la Liturgia. Si a eso se añade la teología mística, el tiempo puede estar bien empleado. Se trata de darles los medios para profundizar

en estas materias y, para eso, hacerles tomar notas de manera útil. Le indico el trabajo a grandes rasgos, con el fin de que examine de lo que puede hacerse cargo y que yo pueda ayudarle en lo demás.

¿Tiene usted *El año litúrgico* de Don Guéranger? Me parece que es un libro importante que debe conseguir. Darras o Rohrbacher pueden escalonarse de manera útil. Con la Patrología usted puede preparar un elenco importante, sobre todo con San Agustín, que es una mina inagotable para todo, y lo es asombrosamente para los principios de una piedad sólida. Pienso bajar al noviciado en cuanto llegue. Esto me pondrá al abrigo de tanto tiempo perdido y me permitirá asentar la obra de la formación de los religiosos, la más importante de todas para mí en este momento.

Notas sobre el noviciado

Después de 1870

Las instrucciones del noviciado deberían durar dos años y se debería explicar aquí la segunda parte de la *Suma de Santo Tomás*. Habría que hacer el curso en latín, y para ejercitar a los novicios en esto sería bueno comenzar por algunas instrucciones preparatorias en latín, donde se les explicarían los detalles más sencillos; luego, después de algunos días, se comenzaría el curso propiamente dicho en latín. Esta segunda parte, en la que se suprimirían tantas cuestiones inútiles, serviría para fundamentar la doctrina de la perfección en la doctrina del Ángel de la escuela. Estas lecciones prepararían a los jóvenes al estudio de la teología moral.

Se dirá quizá que la teología moral debería preceder a la teología ascética. Hablando en buena lógica, no digo que no, pero lo cierto es que este sistema es sencillamen-

te imposible, ya que el noviciado debe preceder a los estudios teológicos.

Las consideraciones filosóficas, que surgen a cada paso bajo la pluma de Santo Tomás, deben ser desarrolladas o dejadas de lado según la capacidad de los alumnos. Sin embargo, no se debe olvidar que es importante elevar sin cesar el nivel de las inteligencias y que, obligándolas a prestar una atención más constante, se hace florecer por decir así su capacidad de concebir y de razonar.

Creo que cada año haremos bien en consagrar alrededor de 20 lecciones a la explicación de la Regla y de 30 a la explicación de las Constituciones. El curso del noviciado comenzaría cada año por ahí, ya que por lo que respecta a las Constituciones es inútil explicarlo todo.

Sobre los estudios superiores para los religiosos

Nota de 1874

1. Después de haber terminado los cursos en el alumna-
do de humanidades y el noviciado, los jóvenes religiosos
serán destinados a los estudios superiores.

2. Estos estudios comprenden para el curso completo:
tres años de filosofía y cuatro de teología, a los que habrá
que adjuntar, según la capacidad de los alumnos, otras
ramas de conocimientos que se relacionen con estas dos
ciencias maestras.

3. Los jóvenes profesos menos capaces podrán ser
afectados a un curso de filosofía de un año y de teología
de dos años.

4. Nuestros estudiantes recordarán siempre que, para
no estar expuesto a la ciencia que hincha, deben desa-
rrollar simultáneamente en ellos la caridad que edifica y
preocuparse del espíritu en el que deben dirigir sus tra-
bajos. Por eso, mientras se ocupan con su inteligencia

de Dios, término de toda ciencia, deben acercarse a él mediante el corazón, como al infinitamente perfecto.

5. El maestro, encargado de guiarlos durante el período del Escolasticado, les recordará sin cesar que deben sobre todo hacer crecer en sí mismos las tres virtudes teológicas, base de sus relaciones con Dios: la fe que adhiere a la verdad revelada, que se anonada mediante la humildad y que adora; la esperanza que reza, que se confía, que desea poseer mediante Jesucristo el bien infinito; y la caridad que trata de unirse a quien, el primero, tanto nos ha amado.

6. Se ejercitarán a comprender que todo estaría muerto en las ciencias humanas, si la vida no les fuera comunicada por el Verbo de Dios; pero que este Verbo divino la comunica, con una abundancia mucho más grande, a todo lo que se refiere a la doctrina sagrada en cuanto viva.

7. Los profesores o, si nuestros alumnos siguen los cursos en una facultad de teología, nuestros repetidores se aplicarán a hacer avanzar al mismo ritmo los progresos en la ciencia divina y el desarrollo de las virtudes que se relacionan con el objeto de esta ciencia.

8. Una de las características esenciales de nuestros estudios será la unión de la práctica de las virtudes y de la ciencia, de tal manera que un sujeto que descuidara su perfección, fueran cuales fueren sus medios intelectuales, sería reenviado a los cursos elementales de filosofía y de teología para ser puesto más tarde en la imposibilidad de participar en un Capítulo General, o si ya estuviera demasiado avanzado en el curso superior para ser excluido, las notas que se le habrían dado serían puestas a la consideración del Capítulo General, en el supuesto de que fuera propuesto para participar en él.

9. San Agustín y Santo Tomás serán en filosofía y en teología nuestros maestros por excelencia, a los que habrá que volver siempre para la solución de los problemas que abordaron.

10. Si los estudiantes no se sumergieran con ardor en la ciencia sagrada, quizá habría que retirarlos de ella, ya que con toda certeza más tarde la despreciarán todavía más.

Los maestros harán comprender que la ciencia sagrada no es una ciencia muerta, perdida en abstracciones que flotan con los vientos, variable como el pensamiento humano, sino una ciencia inmutable como Dios, luminosa como su Verbo, viva y fecunda como su amor.

A 3 de octubre de 1876

Al Hno. Mathieu Lombard

Señor hijo mío:

**Consejos a un joven
filósofo**

Le agradezco su buena carta. Le invito a escribirme así de vez en cuando: será el mejor modo de no perdernos de vista, y comprenda cuánto me agrada todo lo que me recuerda su graciosa y simpática carita. Ha realizado pues un retiro. ¿Quiere añadir una resolución más? La de ser muy severo en su recitación del Oficio. No está aún obligado a recitarlo, pero eso llegará. Ponga en ello mucha atención y cuando esté obligado, no le costará resistir a la tentación de abandonarlo. Luego aplíquese a recitarlo bien. El sacerdote que recita bien su Oficio está en el camino de la santidad.

Otro consejo. Rómpace la cabeza en los primeros meses de su filosofía. No se imagina lo que me ha costado a mí ponerme a comprender más tarde, porque había descuidado los comienzos. El trabajo se hace cien veces más duro y además menos fructífero. Acose a su profesor hasta que haya respondido a todo. No se pierda en objeciones insignificantes, pero exija que nada se deje pasar sin que quede claro y probado. Felicite de mi parte

a todo el noviciado y crea, querido amigo, en toda mi ternura.

6 de diciembre de 1876

Al P. F. Picard

**Estudio de Santo
Tomás**

...Invito al P. Géry a hacerse con el Zigliara. Yo lo estudio a tope. Lo encuentro quizá más claro que Goudin, más al corriente de los sistemas recientes, más metódico en su plan que puede *ad libitum* ser distribuido en dos o tres años. Solamente hay algunas partes más difíciles al lado de otras perfectamente claras. Quisiera que se sirvan de él. El Capítulo General ha adoptado a Goudin, pero no se lo puede utilizar en su física particular. Su lógica es muy larga y la exposición de los nuevos sistemas es nula por la fuerza de las cosas. En Zigliara se encuentra el mismo conjunto de ideas que en Goudin, excepto, me parece, con una mejor exposición. En todo caso, los Dominicos le tienen por lo mejor que existe en estos momentos. Evidentemente sólo hablo del gran curso de filosofía; el corto debe contentarse con el abreviado de San Severino. Paso mi tiempo leyendo y releiendo a estos autores...

- D -

Los Alumnados de la Asunción

Aunque *La Asunción* ya haya publicado algunas reflexiones sobre los alumnados fundados por ella, me parece muy útil decir todavía algo sobre ellos. Lo diré sin mucho orden, pero deseo resultar persuasivo. La cuestión toma cada día mayor amplitud.

1. Su fundación providencial

Que la institución de los alumnados sea una inspiración providencial, no hay cómo ponerlo en duda si se piensa en sus oscuros principios y en sus progresos maravillosos. ¿Quién de nosotros pensaba en ellos antes del Concilio? ¿Qué recursos teníamos en hombres, en dinero, en edificios? Nada, absolutamente nada. Sin embargo poco a poco los hombres se encontraron, el dinero llegó, los niños también. Los niños, seis el primer día, pronto reducidos a dos, son hoy un centenar; muy pocos pagan una pensión insignificante, el resto es aportado por la caridad. Cada día se nos hacen nuevas peticiones, que se rechazan con dolor, *mensis multa, operarii autem pauci* [Mateo 9, 37]. Tendríamos niños a millares, ¿pero profesores? *Pauci, paucissimi*.

2. Educación plenamente sacerdotal

Dios nos preserve de querer criticar a otros métodos de educación clerical, otros modos de enseñanza cristiana. Pedimos sólo permiso para exponer nuestro método propio, y de indicar el motivo.

Para formar a aspirantes al sacerdocio se necesita, me parece, comunicar una vida plenamente sacerdotal, y para ello darles las costumbres eclesiásticas. Un gran obispo decía que no bastaba a un sacerdote ser hombre

de Dios; necesita además ser hombre de Iglesia. Tiene que tener los hábitos de la Iglesia, sus costumbres, sus virtudes, hasta sus alegrías y sus tristezas; necesita estar impregnado de los perfumes del santuario; y para ello, tener los pensamientos, las inspiraciones, la doctrina en sobreabundancia.

Todo debe ser pues para el niño que aspira a subir las gradas del altar una lección llena de encanto en que se reflejen a cada paso los misterios de los que será un día dispensador. Esto depende del maestro, de los instrumentos de ciencia puestos a disposición del maestro, de la atmósfera moral que el futuro sacerdote y sus compañeros deben respirar. Nada debe ser artificial o convencional, todo debe manifestar las santas realidades de la meta que se propone.

La influencia no debe ser impuesta, sino inspirada: cosa difícil cuando el número es grande. Por eso se restringe el número de alumnistas. Se necesita para moldearlos una vida de familia; pero ¡encontradme una vida de familia con doscientos, cien o incluso cincuenta alumnos! Llegados a más de treinta es casi imposible no recurrir a los castigos. Ahora bien, en la formación de las almas tal como la soñamos, los castigos quedan excluidos.

3. Vigilancia de los superiores

¿Cómo arreglárselas para no castigar? – 1º Velar muy atentamente sobre la inteligencia, la piedad, el carácter de los niños que se reciben. – 2º Hacerles pasar exámenes en que se estudia menos su ciencia que su capacidad de saber. – 3º Rodearse de toda la información que no siempre dan de modo enteramente sincero aquellos a quienes se creería poder pedírsela con mayor confianza. – 4º Una vez entrados, establecer un tiempo de prueba de tres a seis meses. – 5º Al cabo de este tiempo, declararles definitivamente admitidos o devolverles a sus familias, según se esté o no se esté satisfecho con

ellos. – 6° Hacer pasar numerosos exámenes durante el alumnado de gramática y despedir a los perezosos, a los incapaces, a los malos caracteres. No hablo de los malos sujetos que deben desaparecer inmisericordemente en cuanto se les descubre. – 7° Hacer pasar una última y severa prueba antes de pasar al alumnado de humanidades. No se castiga, se advierte; y si las advertencias repetidas no bastan, se despide.

4. Una élite

Es comprensible que haya dos maneras de proceder en los colegios incluso cristianos: o multiplicar indefinidamente las exclusiones o guardar los alumnos que no son demasiado malos con la esperanza de mejorarlos. En los alumnos no se conserva más que lo mejor porque la institución no es diocesana. No se propone solamente formar sacerdotes, sino buenos sacerdotes. Tenemos derecho a tomar sólo a quien queremos, ventaja inapreciable y que aparta cualquier apariencia de crítica hacia quienes están obligados a proceder de otra manera.

5. Una ciencia humilde Ante todo, en los alumnados damos mucha importancia a no formar bachilleres. ¿Por qué? Porque para esa operación ya están los colegios y que el bachillerato es la ruina de las vocaciones. *La ciencia infla* [1 Corintios 8, 1], dice San Pablo, sobre todo la de ciertos exámenes. Se infla a las ranas, que no tienen otra cosa que hacer que desinflarse, pero en cuanto a formar jóvenes instruidos con los procedimientos modernos: ¡ni por asomo! No digo que más tarde no los presentaremos al bachillerato, pero se hará tan tarde que no merece la pena hablar de ello.

6. Ante todo la vida divina

Lo que queremos comunicar ante todo es la vida, la vida divina. *He venido para que tengan vida*, decía Nuestro Señor, y *para que la tengan en*

abundancia [Juan 10, 10]. Quisiéramos hacer circular la sangre de Jesucristo lo más abundantemente posible en las almas, y para eso hacer que se preocupen sobre todo del amor de Dios, de su Hijo, de la Santísima Virgen, de la Iglesia, de los santos y, en una palabra, de aquella gran causa en que están en juego los intereses del Cielo contra los del Infierno. ¡Oh, quién nos diera modelar a nuestros niños para hacerlos guerreros contra Satanás y el mundo; médicos para las almas heridas o enfermas; amigos de las clases obreras, en las que hoy se acumula tanto odio contra todo cuanto hay de bueno, justo, verdadero; doctores frente a la ciencia moderna; y frente a los envilecimientos modernos, caracteres tan fuertemente templados que no se contenten de una virtud común, sino que tengan la ambición de todas las perfecciones para ellos mismos y del proselitismo para los demás.

Revista *L'Assomption*, 1875.

12 de febrero de 1874

A la Madre María Eugenia

Los alumnados: se trata de una de las obras más importantes a las que nos podamos dedicar.

6 de noviembre de 1874

Al Padre Bailly

La obra de los alumnados debe preocuparnos extremadamente. Es el porvenir de la Congregación.

21 de abril de 1875

A la Sra. d'Escures

Antes de morir me gustaría mucho hacer crecer esta obra de los alumnados que es a mi modo de ver una de las más importantes para la Iglesia.

1 de octubre de 1875

Al Padre Alexis Dumazer

No olvide que la obra de los alumnados es quizá la más importante de nuestras obras.

5 de octubre de 1875

A Numa Baragnon

Tengo 65 años. Dios bendice una obra muy modesta por ahora pero de la que debe salir, según mi parecer y si Dios la fecunda, un nuevo clero, tal como lo necesitamos hoy día. Usted comprenderá que esta obra requiere muchas vidas de hombre y yo sería muy feliz si Dios quisiera tomar las ruinas de la mía para el preludio de esta obra gigantesca. Por eso me quedo sobre mi roca entre tres torres feudales, al pie de las que aun se encuentran, de vez en cuando, puntas de lanzas de la edad media. Hemos construido una casa en que los niños se preparan para ser sacerdotes, misioneros, religiosos. La savia divina me parece circular por sus venas y el espectáculo que me dan me parece mil veces más hermoso que aquel del que se puede disfrutar desde lo alto de los Vicariatos Generales de la tierra.

25 de octubre de 1875

Al Padre Bailly

Hace ya más de un mes que estoy en les Châteaux. Recuerde que tenemos la llave del futuro, ¡si queremos! ¡Oh! Necesitaremos hombres que tengan la inteligencia de los alumnados. Lo que se puede hacer con esta maravillosa cera blanda que llaman un alumnista, es increíble.

Nota sobre los alumnados: 1877

Importa ante todo que los niños pertenezcan a familias honradas. Se diga lo que se diga, siempre queda algo de la sangre que se ha recibido y de la leche que se ha mamado. El alumnado reposa:

- 1° sobre la confianza en Dios para la manutención;
- 2° sobre la santidad, la firmeza, la vigilancia y el trabajo exclusivo del superior;
- 3° sobre el espíritu de fe comunicado a los niños y el sentimiento de que se les ama;
- 4° sobre el vigor de los estudios que se les impone;
- 5° sobre la animación que se les debe comunicar, para que no se aburran en la soledad que les rodea;
- 6° sobre la aplicación para que obtengan lo mejor posible el hábito de trabajar rotundamente;
- 7° sobre la elección de los directores: a medida que la Congregación se desarrolle, deberán ser escogidos con especial cuidado.

Hay que pedir absolutamente, cada tres meses, un informe sobre los niños, que debe ser enviado al Superior. Este informe debe ser hecho a finales de octubre, a finales de enero, a finales de abril y a finales de julio. En el de octubre se dará cuenta de los progresos que han tenido lugar en el inicio de clases; a finales de julio, se recapitularán los resultados generales del año. ¿Es necesario hacer avanzar a los alumnos más inteligentes más rápidamente que a sus camaradas?

Dar un modelo de informe:

- 1° ¿Qué meta particular de su vocación? – 2° Su piedad. – 3° Sus defectos. – 4° Su carácter. – 5° Su inteligencia. – 6° Su trabajo. – 7° Sus progresos.
-

– E –

INSTRUCCIONES SOBRE LA VIDA RELIGIOSA¹⁾

I. Cuaresma de 1874

I. Espíritu sobrenatural

Diferentes espíritus conducen al hombre:

1º Espíritu diabólico El espíritu diabólico, en las persecuciones sufridas por la Iglesia, por parte de los poderosos. Nos encontramos frente a otros enemigos distintos de los poderosos: unos, encarnizados, deseosos de aplastar a la Infame; otros, gente hábil, que difunden ideas anticristianas y contribuyen a expulsar a Jesucristo. A estos hombres, pretendidos conservadores, los tenemos enfrente: hay los no inteligentes, a quienes el diablo utiliza a causa de su necesidad, los vanidosos, los débiles, que predicán la tolerancia de las doctrinas, peligro muy grande porque es muy pérfido. *Nunc saeviebat, nunc docet* [San Agustín, *In Ps. 39*]: profesor y periodista.

El espíritu de caridad difiere mucho de este espíritu de tolerancia. El culto a la verdad es la afirmación de la verdad: *Qui me confessus...* La tolerancia es, por el contrario, la negación. Es la fuente de la pérdida de una multitud de almas y un mal espantoso. Se ven muchos de estos hombres, moderados, amables, suaves, tolerantes, con tal de que se haga apostasía de la verdad. Se abandona entonces al Papa, y a fuerza de mentiras diplomáticas, se llega a intentar destruir a la Iglesia. El espíritu sobrenatural nos llevará quizá a la cárcel en nombre de la tolerancia diabólica.

2º Espíritu de pecado *Qui facit peccatum, servus est peccati* [Juan 8, 34]. En nuestro tiempo de libertades ¡cuántos hombres esclavos! La

¹⁾ Notas de oyente.

libertad no da derecho a hacer el mal: se pierde la libertad por ahí. Somos pecadores *moderados*, cometiendo pecados pequeños, y nos quedamos ahí por costumbre: somos esclavos. La costumbre del pecado se torna una tiranía.

3° Espíritu humano Espíritu que todo lo mira bajo el prisma de las ventajas humanas. – Necesidad de preparar una nueva generación sacerdotal, porque las ideas humanas han invadido los seminarios. ¡Cuántas circunstancias en que, incluso en la vida religiosa, nos dejamos guiar por las ideas humanas! Entonces llegan la corrupción del clero y la insipidez de los pueblos. ¿Cuáles son nuestras ideas? El sacerdote debe comportarse como un santo, y no solamente como un hombre honrado; lo mismo el religioso. – De ello se sigue la vulgaridad, en la que se cae necesariamente a la larga. Como el diablo, *super pectus tuum gradieris... comedes terram*. “El diablo es un ser mediocre” (Hello). Se arrastra no sólo sobre el vientre, sino sobre el pecho y sobre el corazón.

4° Espíritu sobrenatural El espíritu sobrenatural se planta frente a estos espíritus: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*. Todo el mundo puede, pues, poseerlo; mientras no se le expulsa por el pecado, lo tenemos en nosotros: *Quicumque Spiritu Dei aguntur...* [Romanos 8, 14].

Existen diferentes formas:

1° Espíritu cristiano recibido en el bautismo, que desarrolla en nosotros motivaciones cristianas para actuar. Hay que devolver este espíritu a la sociedad y es el deber de los católicos en el tiempo presente. Ahora bien, el espíritu del bautismo es el espíritu de la sangre de Nuestro Señor y de las llamas del Espíritu Santo, que nos hará beber nuestras motivaciones en la fe y en el pensamiento de que Dios nos ha creado para él. Pero existen varias mora-

das: *mansiones multae* [Juan 14, 2]; varias jerarquías de ángeles: hay que aspirar a las más altas.

2º Espíritu de perfección. Es el más alto grado del espíritu sobrenatural. Existe un falso espíritu de perfección; el verdadero consiste en estas palabras: *Estote et vos perfecti* [Mateo 5, 48], dirigido a todos; *si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes* [Mateo 19, 21], dirigidas a algunos. No ser como los apóstoles: *Nescitis cuius spiritus estis* [No sabéis de qué espíritu sois: Lucas 9, 55, en algunos manuscritos]. Desapego: no dejarse arrastrar sino por aquello que hay de más perfecto en Nuestro Señor; y eso en cada detalle de la vida; llegaremos a una perfección cuya medida será el ardor con que hayamos imitado a Nuestro Señor. Así es como la meta del verdadero religioso es Jesucristo: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]. Vivir cada vez más de la vida de Jesucristo, difícil, pero magnífico, con el fin de comprender aquellas otras palabras: *Cum apparuerit vita nostra Christus* [Colosenses 3, 4].

II. El don de sí

La vida religiosa consiste en esto, pero hay distintas maneras de darse. El religioso se dona hasta la perfección. Debemos plantearnos esta pregunta: ¿Yo, me he dado? Retenemos para nosotros hasta las cosas más insignificantes; todavía menos dar nuestras ideas, a las que no renunciamos. Se hace a la ligera, pero las consecuencias son terribles, porque somos falsos religiosos; sólo hacemos simulacro de darnos.

¿A caso no hemos conservado las costumbres del pecado? ¿Con qué sentimientos nos damos? Con sentimientos humanos que presiden a los juicios que hacemos sobre los superiores, sobre la regla, sobre los propios deberes. Uno es bueno, complaciente, alegre; pero no hay nada de sobrenatural.

A veces, uno se ha dado y luego se ha retractado. Es la historia de muchos. Han empezado dándose, pero luego se

han vuelto atrás y en adelante se entregarán lo menos posible, esclavos *ad oculum servientes* [Efesios 6, 6], halagando a los superiores, denigrando a los religiosos fervorosos y comportándose hipócritamente ante ellos.

La entrega que hacemos de nosotros mismos tiende a destruirse, es necesario, pues, renovarla. Nos hemos entregado en algunas ocasiones solemnes, ¿en qué se ha convertido ese don? O si no nos hemos entregado: *amice, ad quid venisti?* [Mateo 26, 50].

Todo está ahí. El clero trabaja poco, porque se cuida, se presta o se alquila, pero no se da. Los religiosos hacen tan poco porque se entregan lo menos posible. Don de sí, de labios para fuera, de mala fe. Ananías y Safira fueron castigados con la muerte, y sin embargo sólo engañaban sobre el don de una propiedad. En nuestro caso se trata de mucho más. ¿Qué responderemos a Nuestro Señor y qué castigo sufriremos? *Nomen habes, quod vivas, et mortuus es* [Apocalipsis 3, 1]. Tenéis un nombre de religioso y estáis muertos, porque vuestro nombre es una mentira.

Por lo tanto, vivimos de nuestra propia vida, pero es de la vida de Dios de la que tenemos que vivir. Se trata no de un religioso criminal, sino de un religioso honrado, pero sin espíritu sobrenatural.

¿Qué decir del religioso cambiante, que se entrega y se retoma sin cesar, veleta espiritual que gira a todos los vientos?, no *omni vento doctrinae* [Efesios 4, 14], sino a cualquier palabra. Inconstancia, ligereza, inestabilidad.

Pero hay en esto una cosa espantosa: la facilidad para faltar a nuestros compromisos. Podemos ser débiles sin duda: pero ¿en qué queda la seriedad con la que hay que asumir las promesas hechas Dios?... Se faltará con facilidad a las mayores cosas... ¡Cuán vil es eso a los ojos de Dios!

Un joven se ha entregado; ha considerado las consecuencias de este don; se ha dado cuenta de todos los sufrimientos futuros; ha comprendido, pese a ligeras caídas, que había que esforzarse; se ha entregado con reflexión, sin restric-

ción. El diablo ha podido tentarle, pero no le ha vencido. Se ha colocado por encima de las motivaciones humanas, y eso ha sido producto de su fe y de su voluntad. La fe le ha mostrado lo que es Dios y Jesucristo y ha dicho: Iré. Lo ha realizado tras luchas interiores; pero cuando ha dicho: me entrego, ha mantenido esa entrega, porque es un hombre de honor. El religioso necesita el honor, cuando se trata de las cosas de Dios, como lo dice Dios mismo: *Juravit Dominus, et non poenitebit eum* [Salmo 110, 4]. Tendrá la tentación de una vida más suave, pero la rechazará, porque ha entregado no sólo el fruto sino el árbol. Este religioso es semejante al hombre que construyó sobre roca, es incommovible porque se ha entregado de la mejor manera.

Preguntémosnos sobre qué hemos construido y qué solidez tienen los cimientos que hemos colocado. ¿Construimos sobre Jesucristo? Tres respuestas: el religioso cobarde, que dice: sólo me he entregado a medias, pero me siento incapaz de hacer más; el religioso tibio, que no quiere entregarse sino en la última hora; el religioso fervoroso, que reflexiona sobre sí mismo y promete entregarse en adelante completamente, para no hacer más que uno con Jesucristo: *qui adheret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17], para tener a Dios por recompensa.

III. Comentario del Evangelio

del miércoles después del segundo domingo de Cuaresma (Mateo 20, 17-29).

Tres escenas: 1º el tipo de la auténtica vocación; 2º las ideas humanas destruyen lo divino de la llamada divina; 3º una aspiración muy humana y el modo como el Señor la endereza.

1º Noviciado del Colegio apostólico. Nuestro Señor trata a sus apóstoles virilmente, aunque sean poco in-

teligentes, y les instruye mediante el misterio del dolor. Jerusalén, ciudad sacerdotal donde Jesucristo quiere ser condenado. Nuestro Señor se lo dice a los que quiere formar. Lo mismo a quienes se encargan de los demás. Jesucristo va a ser entregado a los príncipes de los sacerdotes, que han conservado los restos de la soberanía, y a los escribas, los jurisperitos y abogados enemigos de la Iglesia, los hombres de la falsa ciencia. Aquellas personas condenaron a Jesucristo a muerte; así la Iglesia es condenada en los consejos de los reyes, que la entregan luego al pueblo. Si quiero ser imitador de Jesucristo, es necesario que yo sea entregado *ad illudendum...* *Et tertia die, resurget* [Mateo 20, 19]: los mártires no esperan tres días para resucitar: van directamente al cielo; la Iglesia espera a veces, pero por todas partes donde hay mártires, siempre hay resurrección... Imitación de Jesucristo por parte de los religiosos.

2º Apenas Jesucristo ha pronunciado estas palabras llenas de tristeza, cuando la madre de los hijos de Zebedeo viene a proponer sus intereses humanos, con piedad, con formalidad, para hacerse preguntar: *adorans et petens* [Mateo 20, 20]. Ella pide. Jesucristo ve a los jóvenes y se dirige a ellos, o quizá a los tres; les pregunta si pueden beber el cáliz del que acaba de hablar. Ellos llenos de ardor aceptan. Pero Jesucristo, como hombre, no puede dar el sitio a su derecha o a su izquierda: lo cual es una condena de las ambiciones y una lección a quienes dispensan los lugares, para que consulten la voluntad de Dios. Los inferiores deben aceptar lo que viene de Dios mediante los superiores. Los diez estaban indignados, porque ellos contaban con esa plaza. Es lo que sucede en el orden humano y también entre el clero. La dicha en la vida religiosa consiste en no ser nada.

3º Los apóstoles se habían alejado. Nuestro Señor los vuelve a llamar a sí. Diferencia entre los príncipes de las

naciones y los superiores religiosos de la Iglesia. Ponerse a la disposición los unos de los otros. Dominar en la humildad, sin hacer sentir su poder, solamente el espíritu de Dios; ser el servidor de todos, como el Hijo del Hombre, venido para servir y entregarse por los demás.

IV. Sobre el carácter

Malo, hace sufrir a los demás; bueno, se forja grandes ilusiones y se hace insoportable a Dios. Malo, escandaliza; bueno, duerme a quien lo posee en una falsa seguridad.

¿Qué carácter hay que tener? Grande, cristiano, religioso. Hay que domar al malo, santificar al bueno.

Medios para domar al malo

1° Prevenir las ocasiones, ejemplos; 2° vigilancia para aprovechar las victorias ya alcanzadas.

El carácter es como una casa que hay que mantener en buen estado cada día si no se quiere verse obligado a hacer grandes dispendios. 3° Lucha abierta contra los ataques abiertos y violentos. 4° Resolución enérgica de vencerse. 5° Medio práctico: el castigo. El carácter es un caballo indómito que necesita que le pongan el freno y que tengan la brida corta: *castigo corpus...*, con mayor razón el carácter. Darse cuenta de aquello que le hará mayor impresión como castigo, ir al fondo: *per quae quis peccaverit* [Levítico 5]. 6° Ejercitarse en la virtudes contrarias a los defectos o vicios del carácter. Los malos caracteres se hacen sobre todo mal a sí mismos: de ahí la tristeza, el desaliento, etc.

Santificar el buen carácter

Carácter natural, que no merece recompensa, y quizá merezca castigo porque no habrá reali-

zado el bien. Hay, pues, que realizar todas las cosas con espíritu de fe. Es tanto más necesario cuanto que hoy nos dejamos arrastrar por las ideas humanas. *Accedentem ad*

Deum oportet credere quia est [Hebreos 11, 6]. El espíritu de fe es el que lo hace todo por Dios. Por eso las intenciones del carácter se transforman; celo sobrenatural, en lugar del instinto que nos empuja.

Recogerse y preguntarse por quién trabajamos. Dios mira el éxito en el sentido de que nosotros estamos obligados a hacer todo lo que podemos para conseguirlo. Hay que buscar a Dios muy puramente, pero sin hacerse ilusiones. Los caracteres buenos se forjan esa ilusión cuando no son sobrenaturalmente buenos al mismo tiempo. *Job vir simplex et rectus* [Job 1, 1]. Dirigir la intención hacia Dios...

Otro medio, la humildad. El buen carácter está muy sujeto al orgullo. La humildad nos enseñará a despreciarnos y nos dará la paz. *Cum mihi molesti essent, induebar cilicio* [Salmo 35, 13]. Quedarse en su rincón y alegrarse de que nos dejen allí.

Se necesita energía. *Gaudium cum in variis tentationes incideritis* [Santiago 1, 2]. Necesidad de aprovechar de esas dificultades para llegar a la santidad mediante la energía.

Modelo de carácter: Nuestro Señor Jesucristo. Si Jesucristo está demasiado alto, tomar la vida de los santos cuyo carácter se parece más al nuestro.

V. Sobre la enseñanza en la Asunción

Conferencia característica

San Pablo: *Non arbitratus sum me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]: resumen de nuestra enseñanza.

Proponerse siempre a Jesucristo. Suponed a un artista ante un bloque de mármol; la estatua sólo se formará a partir de un ideal. Nuestro ideal es Jesucristo. Es necesario que tengamos como una visión de Jesucristo. ¿Con qué condiciones se formará un ideal y con qué condiciones se realizará?

1º Esfuerzo de unión con Jesucristo. *Vosmetipsos tentate si estis in fide* [2 Corintios 13, 5]. Abismo que separa al maestro cristiano de otro que es librepensador. Hay que elevar a la infancia hacia esa fe, sin lo cual no hemos hecho nada. Necesidad de predicar el espíritu de fe bajo todas sus formas. Es lo que hace el religioso que comunica la fe: *Justus ex fide vivit* [Gálatas 3, 11]. San Pablo añade: *An non cognoscitis quia Jesus Christus in vobis est, nisi forte reprobi estis?* [2 Corintios 13, 5]. Pocos maestros comunican a Jesucristo, porque está muerto en ellos por el pecado mortal, o dormido por el pecado venial. El maestro cristiano está más expuesto a la reprobación, si Jesucristo no está vivo en él y no es comunicado por él; porque no enseñando a Jesucristo falta a su vocación y se condena. Diréis: no enseño nada contrario a Jesucristo. Eso no basta. La mayor injuria que se pueda hacer a Dios es no ocuparse de él. Si mi enseñanza no se remonta a Jesucristo, niego que todo haya sido hecho por él.

2º Recordar aquella palabra: *Coepit Jesus facere et docere* [Hechos 1, 1]. La enseñanza del ejemplo. Ejercitarse en la imitación de Jesucristo. Se hacen en esto esfuerzos prácticos. Se aprende a realizar en sí mismo las virtudes de Jesucristo, con el fin de realizarlas más fácilmente en los demás. Se necesita, pues, hacer un esfuerzo de imitación, y para ello estudiarlo en las Sagradas Letras, en el crucifijo. Trabajo de la inteligencia; trabajo de la voluntad. Jesucristo, tipo perfecto demasiado elevado, ha modelado distintas arcillas, con sus distintas virtudes, en los santos, que reproducen cada uno ciertos aspectos y perfecciones del modelo. El maestro cristiano que trata con distintos caracteres debe estudiar estas diversas formas que puedan hacer conocer mejor a Jesucristo, como si se tratara de diversas aplicaciones. San Vicente de Paúl se remontaba a la bondad de Dios mediante la de San Francisco de Sales. En Jesucristo *plenitudo divinitatis*

corporaliter... in quo sunt thesauri sapientiae et scientiae absconditi [Colosenses 2, 9 y 3]. Jesucristo las ha plasmado en la imagen de los santos, en las que habita en cierto modo. Adquiriremos un cierto aire de familia con los santos. Crimen del renacimiento que ha sustituido a los santos con los dioses. Existen, pues, las costumbres familiares de santidad, que predisponen a conocer a Jesucristo.

3º Comunicar la enseñanza con un celo *dolorido*: *Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* [Gálatas 4, 19]. Toda enseñanza es un parto; y en él hay dolor. Hay que hacer de un niño insoportable un cristiano y un santo. Saber las lágrimas que hay que verter ante Dios para ganar un alma. Obligación de separarse de la enseñanza universitaria, donde se procede mediante ideas humanas. Le han costado a Jesucristo para salvar al mundo. Nos costarán a nosotros para formar a Jesucristo en las almas. Pero nos elevaremos a una gran altura mediante este ministerio: *libentissime impendam, et superimpendar ipse* [2 Corintios 12, 15]. Tenemos algunas almas que salvar. Hay que salvarlas como Jesucristo, en la tristeza y en el dolor.

4º Adquirir la ciencia que refiere todo a Dios por Jesucristo. Las ramas de la ciencia humana son múltiples: en ninguna de ellas se encuentra el Dios de las ciencias. Todo se refiere a Dios, que es la ciencia. Es evidente para algunas, es cierto para todas. Siendo el hombre semejanza de Dios y ya que las criaturas llevan los vestigios de Dios, encontraremos a Dios en todas partes y en todas las ciencias. Las leyes de los seres son dadas por el autor de los seres. Ciencia que hay que rehacer. Ver a Dios y a su Verbo como principio de todas las ciencias; nos separaremos de la ciencia moderna, que cuando no niega a Dios, lo ignora.

Sicut nemo a seipso esse potest, ita etiam nemo a seip-

so sapiens esse potest, nisi ab illo illustrante, de quo scriptum est: Omnis sapientia a Deo. (San Agustín).

VI. Sobre el amor propio

Encontramos a menudo a religiosos poseídos de diversas repugnancias. Su causa es el amor propio, que a menudo también es su resultado.

1ª causa: El egoísmo deseca al alma desde la raíz. Nos hacemos un santuario interior cerrado. Hacemos poco, pero estamos poco satisfechos y llevamos en nosotros un principio de muerte. Personas que se aman tanto que no pueden amar a los demás. Forma horrible del amor propio.

2ª causa: La vanidad. No se es gran cosa, pero uno se cree alguien y se cree deber hacer actos de humildad cuando sólo cabe la humillación. Esta vanidad aparenta mucho a los ojos del mundo.

3ª causa: La susceptibilidad. *Tange montes, et fumigabunt* [Salmo 144, 5]. El amor propio profesoral se alimenta de susceptibilidad.

4ª causa: El orgullo. Naturalezas llenas de sí mismas. Todo eso lleva a la decadencia de las comunidades religiosas, porque el amor de sí mismo es el enemigo esencial del amor de Dios.

1er resultado: Pérdida del espíritu de comunidad. El egoísta sólo se encuentra bien consigo mismo.

2º resultado: Pérdida del espíritu de fe, por el amor a los halagos y a las cosas de este mundo.

3º resultado: El amor propio en el orgullo es capaz de todo. No respetará nada, ya que se ama con un amor de

adoración. Lucha entre Dios y el diablo sobre este punto.

El amor propio produce el interés personal, horror en un religioso. No se miran las cosas más que bajo un punto de vista ventajoso; lo demás no cuenta. Este interés es la gran plaga del sacerdocio; ya San Pablo dice: *Coeteri quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi* [Filipenses 2, 21]. Un religioso que busca su interés personal, no puede actuar sobrenaturalmente. Las nociones primordiales del cristianismo desaparecen bajo este interés. Se necesitan luego personas santas y esfuerzos inauditos para remediar estos inconvenientes. *Dominus det vobis sensum... ut sitis in vero Filio Jesu Christo.*

Viene luego el amor por los establecimientos terrenos; se pierde el gusto por el Cielo. San Pedro en el Tabor: *Bonum est nos hic esse* [Marcos 9, 5]. Nos hacemos ilusión sobre lo que somos capaces de hacer. ¿Se puede uno ocupar de Dios, de la oración, en tales condiciones?

El interés propio es la ruina de la caridad; luego vienen las repugnancias, el amor de las comodidades.

Hoy día, en que el espíritu de fe se aleja, hay que darse y llevar una vida de sacrificio.

*II. Instrucciones de Retiros***SOBRE LA DISTINCIÓN SOBRENATURAL¹⁾**

Lo que la constituye Cuando el alma es grande y bella, esta grandeza y esta belleza se exteriorizan en la fisonomía; sobre todo durante la juventud la cara se modela bajo la forma del corazón. Cuando la piedad es viva, cuando la inteligencia alcanza todo su poder, cuando las virtudes florecen y dan frutos, cuando la conciencia reposa en paz, existen en los rasgos, en los ademanes, en las acciones, incluso en las palabras, como un reflejo brillante de todas estas bellezas escondidas.

Por el contrario, si la tibieza toma posesión del alma, si el espíritu permanece inculto y estéril, si el corazón se marchita mediante los afectos terrenales, si la virtud desaparecida perturba como un remordimiento todos los recuerdos, entonces la cara parece perder su brillo, ya no hay más que rasgos vulgares, sin delicadeza y sin vida, el ojo ya no se ilumina con el fuego interior, da la impresión de que el cuerpo se vuelve pesado, que la palabra se haya vuelto materia como los afectos y que el hombre entero haya sufrido la decadencia del alma.

Esta alianza íntima de la belleza de dentro y de fuera, esta irradiación del alma sobre su revestimiento externo es lo que constituye la distinción sobrenatural.

Accesible a todos mediante el esfuerzo Esta distinción, compañera de la santidad, no es privilegio de un origen ilustre: es accesible a todos, al pastor como al príncipe. San Vicente de Paúl llevaba a los salones de Ana de Austria su pobreza religiosa y humilde recuerdo de su oscuro nacimiento. El campe-

¹⁾ Instrucción del P. d'Alzon redactada por el P. Edmond Bouvy.

sino cristiano puede mantener tan noblemente como los grandes de la tierra la inocencia de su juventud y el honor de sus canas.

Todo hombre está colocado en un gran camino; por un lado, la montaña escarpada y por el otro el vallecito risueño. La montaña está casi desierta, pero la ruta del vallecito está llena de alegres viajeros: se trata de la distinción y de la vulgaridad.

Para distinguirse de lo vulgar, hay que subir esa difícil pendiente. El descenso es más cómodo, pero hay senderos terribles que anuncian una salida funesta.

¡Excélsior! ¡Subamos! La cima está delante y Dios habita en ella, se necesitan esfuerzos, la pendiente, la perseverancia, pero ¡ánimo! Pongamos los ojos en nuestro ideal y su amable presencia nos confortará contra todas las fatigas.

Fruto de la educación La distinción, cuando es fruto de una noble educación cristiana, cuando se ha desenvuelto en las primeras luchas de la juventud, puede desaparecer en el umbral de la edad madura. La vida de rutina y de tibieza, el hábito de la ociosidad, el apego a las cosas terrenas, conducen poco a poco al alma a sentimientos menos elevados y las acciones externas a una fisonomía más vulgar.

Así mismo, si vuestra infancia ha sido entregada a educadores indignos, si habéis vivido largo tiempo en el estrecho egoísmo que gobierna al común de los hombres, si vuestra alma ha estado hasta hoy en este estilo rastrero en que parece caminar el mundo entero, nunca es demasiado tarde, ¡entregaos a la acción de la gracia, luchad bravamente contra vuestra pesadez natural!, venceréis la vulgaridad de vuestra infancia y tomaréis el empuje de la distinción sobrenatural.

Sus variedades: Existe la distinción del laico; es el laico la nobleza del cristiano. Dios le ha entregado la esperanza como deber, le ha destinado al cielo; su corazón debe despegarse del destierro y fijarse en la patria.

el sacerdote Existe la distinción del sacerdote. Es la aureola de su sacerdocio. Sus labios deben destilar la ciencia, su conversación debe residir en los cielos, todo su ser debe revestirse de aquella distinción suprema que es la de Jesucristo.

el religioso Pero existe también la distinción del religioso, del religioso apóstol, del religioso de la Asunción. Su vocación es ser el caballero, el heraldo de Dios. ¡Qué misión tan alta! Pero ¡qué grandeza de alma exige! No basta que los sentimientos terrestres sean vencidos, es necesario que desaparezcan.

Lejos de nosotros esa vulgaridad de la pereza que debilita todas las nobles facultades y proyecta en la cara los rasgos de la languidez y de la impotencia; aquella vulgaridad de la presunción que lo reduce todo a sí misma, que no ve más que su propio mérito y no actúa sino para su gloria; aquella vulgaridad de la resistencia a la gracia que pone límites a la vocación divina, que resiste a las inspiraciones de lo Alto, que mide el trabajo, la piedad, la entrega.

Seamos distinguidos por la generosidad de nuestros sacrificios, distinguidos por el fervor de nuestras iniciativas, distinguidos por la edificación de nuestros ejemplos, distinguidos por el entusiasmo de nuestro amor.

el santo La santidad es la distinción llevada a su más alto grado; la cara de un santo resplandece con un brillo particular. No es una belleza corporal, porque los cuerpos no tienen esa

pureza de luz; es una belleza que deriva a la vez de la inteligencia y del corazón.

Un santo, enfrascado en su oración, sea cual sea la debilidad de sus rasgos, parece revestido de la belleza misma de Dios; su palabra es dulce y suave en su sencillez; su ademán y todas sus acciones poseen un sello ignorado por la gente vulgar; se nota, cuando se nos acerca, que Dios está con él, que Dios habla en su voz, actúa en sus actos y nos bendice por su mano.

Dios

Dios es el ideal supremo de la distinción y de la santidad, sólo hay un Dios porque es el único infinito, y no hay sino pocos santos, porque hay demasiados hombres vulgares. No hay más que un Dios que nos invita a la perfección y se propone a sí mismo como nuestro modelo.

Jesucristo

Pero para asustar menos nuestra debilidad, ha enviado a su Hijo, que no forma sino uno con Él, y este Hijo se hizo hombre: *Ecce homo!* [Juan 19, 5]. Helo ahí, el ejemplar único de la santidad y de la distinción, el ideal que percibimos de lejos sobre la montaña y que nos llama a él para perdernos en su luz, el más bello de los hijos de los hombres, cuya divinidad brota a través de los poros de su humanidad, el tipo que debemos reproducir imitando su vida y abrazando su cruz, regulando nuestro corazón sobre el suyo, muriendo a nosotros mismos para vivir por él y en él.

¡Oh! Si nuestras oraciones, si nuestras contemplaciones, si nuestras comuniones son fervorosas, si en aquel momento sobre todo, cuando Jesucristo, tras haber pasado por nuestros labios, penetra en el santuario de nuestros corazones, escuchamos sus inspiraciones inefables, si nos dejamos calentar con el fuego que ha venido a traer a esta tierra, si nos unimos a él mediante un abrazo indisoluble, si le amamos en la medida en que nuestro corazón puede amar, ¡que cambios rápidos en nuestra vida!

Nuestro Bien-Amado, que se complace entre los lirios, hará germinar en nosotros aquellas flores de su predilección. La castidad desaparecida volverá a florecer para una nueva primavera. Luego vendrán los frutos de gracia y de salvación.

Entonces nuestra inteligencia se levantará en el poder de su humildad, el corazón se dilatará para encerrar a Dios mismo, el alma, como la paloma, se sentirá con alas para huir de la vulgaridad de la tierra, y deseosa de aquella distinción que es aquí abajo la corona de la santidad y en el cielo la corona de los elegidos, emprenderemos el vuelo hacia las regiones elevadas de la perfección, llevando en nuestros rostros el reflejo de los esplendores que nos esperan.

JESÚS LLAMA AL ALMA RELIGIOSA

Después de 1870

Representémonos a Dios en el momento en que acaba de crear el cielo y la tierra. Los ángeles, en lo más alto de los cielos, cantaban sus alabanzas, pero en la tierra, ¡qué espectáculo! El caos. *Terra autem erat inanis et vacua* [Génesis 1, 2]. El mundo está sin forma, sin fecundidad, vacío de toda belleza, estéril. *Et tenebrae erant super faciem abyssi* [ib.]. Tinieblas profundas sobre los abismos, de los que el Señor hará brotar criaturas de toda especie. Sin embargo esta materia, esta tierra, este abismo, todo eso está creado. ¡Pero en qué estado! Imagen de mi alma en el momento en que Dios me llama. No soy sino una tierra vana y vacía, sin forma, sin virtud, un alma cuyo abismo de iniquidades quizá, de ingratitudes al menos, está cubierta de espesas tinieblas: *et tenebrae erant super faciem abyssi*. ¡Qué motivo para humillarme, ya que no soy sino un ser informe, vacío de todo bien, sumergido en las tinieblas más espesas!

Sin embargo, no debo desesperarme, porque el texto sagrado añade inmediatamente: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas* [ib.]. Esta tierra estaba rodeada de aguas impuras como ella. Pero, con su poder creador, el Espíritu Santo estaba allí, presto a fecundizar esta tierra, a incubarla, según el comentario de San Jerónimo. *Incumbebat*, dice este Padre. E inmediatamente Dios dice: “¡Hágase la luz! Y la luz se hizo”. *Dixitque Deus: fiat lux, et facta est lux* [Génesis 1, 3]. Imagen de mi estado y de las disposiciones inefables de Dios respecto de mí. El Espíritu Santo, que me llama a una nueva creación íntima, planea sobre mí: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas*. Y pronto dirá: *Fiat lux!* Y la luz se hará en mí, prelude de la creación de gracias que este espíritu quiere operar en las profundidades de mi ser. *Emitte spiritum tuum, et creabuntur et renovabis faciem terrae*.

1º desde toda la eternidad

¿Y desde cuándo quiere Dios realizar estas maravillas en mi alma? Desde toda la eternidad,

ya que desde toda la eternidad me ama: *In caritate perpetua dilexi te* [Jeremías 31, 3]. Su amor por mí es eterno, como su pensamiento y su misericordia. El mundo no existía, pero su Verbo eterno ya estaba, y en el Verbo me veía, me conocía, me amaba: *in caritate perpetua dilexi te*. He aquí el origen de mi vocación a pertenecer a la vida cristiana, a la vida religiosa. De parte mía, nada; de parte suya, pura misericordia: *Ideo attraxi te, miserans tui* [ib.].

¿Cómo corresponderé yo a este amor, eterno como Dios, y que parecía esperarme en el tiempo, en el umbral de mi existencia, para rodearme de la manera más admirable, si no es mediante el amor, en la medida en que mi corazón, ayudado por la gracia, pueda ser capaz? ¿Cómo corresponder a esta misericordia que me llama, me quiere, me atrae, si no mediante el abandono absoluto a su acción divina sobre mí? ¡Oh!, Dios, me habéis amado eternamente, quiero amaros por siempre. Me habéis atraído-

do, he aquí que me dejo llevar por tu gracia; no resistiré más, me abandono en ti y para siempre.

2º actualmente 2º Jesús me llama *actualmente* durante el retiro. *Ecce sto ad ostium, et pulso* [Apocalipsis 3, 20]. ¡Cuántos pretextos quisiera yo poder levantar entre la llamada de Dios y yo! ¿Pero? Está a la puerta de mi corazón y llama. ¡Oh, qué persecución más importuna, por su parte, y cómo preferiría poder decir que no le oigo! Pero, ya puedo yo hacer, ya puedo yo no abrirle; está ahí. Está ahí, con la incomodidad de mi conciencia, con ciertas inquietudes que me perturban y no me dejan respiro. Ya puedo refugiarme tras los más engañosos pretextos, de nada sirve: está a la puerta, reconozco muy bien su voz.

¿Qué haré? ¿Le rechazaré? Pero si se retira, ya no volverá; si me dice, como decía a los judíos: me voy y ya no me encontraréis. *Ego vado, et quaeritis me, et in peccato vestro moriemini* [Juan 8, 21]. ¿Qué significa eso? ¿Quiero rechazar a Jesús de tal manera que ya no pueda volver a encontrarle, y que yo esté condenado a morir en un pecado del que no quiero deshacerme? ¡Oh! Noto mi pecado, y siento que mi pecado no puede habitar en mi corazón al mismo tiempo que este divino Maestro. ¿Qué haré? ¿No es el retiro el tiempo propicio, el tiempo de salvación? Sin duda puedo decirle: Señor, te abriré más tarde, pero ¿quién soy yo para hacer esperar a mi Dios? Y si se retira, ¿quién me garantiza que su Majestad ofendida por mis rechazos no quede impedida de revenir? Mi buen Maestro, llamáis. ¡Pues bien, os abro! Mi corazón es indigno de vos. Entrad, purificadle, tomad posesión de él y reinad en él para siempre.

3º gratuitamente Nos llama *sin ningún mérito de nuestra parte*. ¿Quién es aquel a quien no se le puede decir, como el fariseo al ciego de nacimiento: *In peccatis natus es totus?* [Juan 9, 34].

¡Pero poco importa! Dios nos llama. Nos quiere para él, sin mérito alguno, y podemos decir con San Agustín: *Misericordia ejus praevenit eos secundum gratiam, et non secundum meritum.*

¡Oh!, si todo viene de la misericordia ¿por qué replegarnos sobre nosotros mismos? Hemos llegado a la existencia, sin ningún título a la vida; hemos llegado a la gracia sobrenatural, sin ningún derecho a los dones de Dios. ¿Cuándo, pues, reconoceremos la profundidad de nuestra nada, la profundidad de nuestras miserias, y en qué sentimiento de humildad no debemos mantenernos en adelante, con el fin de lanzarnos desde ahí hacia Jesucristo que nos llama? ¡Feliz el alma, suficientemente humilde para entrar por este sendero! ¡Feliz el religioso que, penetrado de su nada y convencido de que la humildad es el primer paso hacia la perfección, escuchando la voz de Jesucristo, toma la resolución de seguirle desde Belén hasta el Calvario para renacer con él, vivir con él una vida nueva, morir con él sobre la cruz, ir por todas partes por donde el divino Maestro quiera llevarle!

4º a la santidad

Jesucristo os llama a la santidad.

Para darnos cuenta de la santidad a la que estamos llamados, meditemos sobre las primeras palabras de la carta a los Efesios. *Benedictus Deus et pater Domini nostri Jesu Christi, qui benedixit nos in omni benedictione spirituali, in coelestibus, in Christo!* [Efesios 1, 3]. Mirad en primer lugar todas las bendiciones espirituales que hemos recibido, de acuerdo con este hebraísmo: *Benedixit nos in omni benedictione spirituali.* Toda bendición, todo don, toda gracia, toda fuerza, toda luz ha bajado para nosotros del cielo, *in coelestibus.* Desde lo alto del cielo nos han sido concedidas estas gracias, estas bendiciones espirituales *in Christo.* Jesucristo es el mediador siempre, el enviado divino, por quien toda gracia de lo alto nos es enviada por el Padre, nuestro Dios: *Benedictus Deus et pater.*

¿Con qué fin? *Sicut elegit nos in ipso* [Efesios 1, 4]. En él, que es su Verbo, en él en quien están encerradas todas las criaturas a las que saca de la nada, en él hace su elección: *Sicut elegit nos in ipso*. Los tiempos no existían, el mundo no existía, pero el pensamiento del universo y de las criaturas ya estaba en Dios. Él ha elegido un número determinado, y nosotros formamos parte de ese número: *Sicut elegit nos in ipso*. ¡Elección admirable, elección misteriosa que depende de la pura voluntad de Dios, de su bondad y de su misericordia infinita! *Sicut elegit nos in ipso, ante mundi constitutionem* [ib.]. ¿Pero por qué? *Ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus, in charitate* [ib.].

Nos ha elegido, nos ha llamado. *Quos autem praedestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit, hos et justificavit; quos autem justificavit, hos et glorificavit* [Romanos 8, 30]. ¡Admirable encadenamiento! Somos elegidos, estamos predestinados. Si respondemos a nuestra predestinación, seremos llamados; si respondemos a esta vocación, a esta llamada, seremos justificados; justificados, seremos glorificados. Tal es el encadenamiento. Pero al mismo tiempo, no hay que olvidar que antes de la glorificación, después de la justificación, está este misterio de santidad y de pureza al que estamos llamados. Dios ha dicho que ningún ser vivo es justo en su presencia: *Non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens* [Salmo 143, 2]. Pero cuando somos justificados por él, no por nuestra justicia, sino por la suya, que su misericordia nos comunica entonces, ya no pone límites a sus divinas exigencias sobre nosotros; quiere que seamos santos y sin tacha: *Sancti et immaculati*. ¡Qué profundidad en esta santidad, qué perfección en esta pureza! ¡Quién puede decirlo! ¿Hasta dónde debe ir? Hasta aguantar su presencia: *In conspectu ejus*. Su ojo es el que escrutará lo más íntimo de nuestro ser para saber si somos realmente santos y puros como él lo entiende: *Ut omnes sancti et immaculati in conspectu ejus* [Efesios 1, 4].

Pero si su mirada divina está ahí, también está su amor. ¿De qué temer entonces, sino de no corresponder suficientemente a este amor? La última palabra a esta llamada es, pues, el amor divino. Dios me ha elegido, me ama. ¿Quiero responder a su elección, a su amor, en la santidad y en la pureza? Ahí está toda la cuestión.

Cuando el divino Salvador fue a consolar a Marta y a María por la muerte de Lázaro, que fue permitida para hacer resplandecer la gloria divina, Marta llegó la primera ante el Salvador, y después que las primeras palabras de esperanza le fueron dadas, Marta se acercó a su hermana y le dijo silenciosamente, *silentio dicens*: El Maestro está ahí, te llama: *Magister adest, vocat te* [Juan 11, 28]. María se acerca, y al cabo de un momento, Jesús, Marta y María se acercan a la tumba, de la que Lázaro iba a ser llamado.

Algo semejante pasa en vosotros, excepto que vosotros sois a la vez María y Lázaro. Lázaro está muerto, ha descendido al sepulcro desde hace cuatro días. Pero Jesucristo se acerca; viene hacia María, hacia vuestra alma, y yo os digo de parte de Jesús, como Marta a María: *Magister adest et vocat te*. ¿Queréis escucharle? ¿Queréis seguirle? Quizá estáis muertos, ¿qué importa? Escuchad al Salvador: *Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet* [Juan 11, 25]. ¿Estáis muertos? He aquí que se te ofrece la vida. ¿Queréis aceptar esta vida? Será vuestra justificación en el tiempo, y será la liberación en la eternidad. *Qui credit in me, non morietur in aeternum* [Juan 11, 26]. ¿Queréis vivir eternamente? Id a Jesús para siempre, porque está ahí y os llama. *Magister adest et vocat te*.

LA VIDA RELIGIOSA

*Amen dico vobis, auferetur a vobis
regnum Dei, et dabitur genti facienti
fructus ejus [Mateo 21, 43].*

Espantosa sentencia dada por el Salvador contra el pueblo judío, contra las naciones en otro tiempo cristianas, y que el Salvador quiere dar igualmente contra aquellas familias religiosas que, colmadas de dones, han abusado de ellos indignamente. Espectáculo lamentable y del que hemos sido bastante a menudo testigos, para preguntarnos si, pese a nuestro escaso pasado, no estábamos expuestos a un castigo semejante. *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti faciente fructus ejus* [Mateo 21, 43]. Por eso importa grandemente reflexionar sobre el punto en que estamos de nuestra vida religiosa. Y para ver en ella de modo que no nos hagamos ilusión examinemos: 1º los deberes de un estado tan santo; 2º la práctica de las virtudes que este estado nos impone.

I. Deberes de la vida religiosa

Nada tan triste como constatar cuán pocos conocen sus deberes. Se sigue el propio interés, sus ideas personales; se hacen arreglos para llevar una vida según las ideas humanas y, ¡por desgracia!, las más vulgares. Pero para organizar los días que hay que pasar sobre la tierra de un modo sobrenatural, conforme a la voluntad divina y a la ley de Dios, ¡oh, cuán pequeño es el número de los que se ocupan de eso!

Y lo que digo de los cristianos en general, lo digo de manera muy especial de los religiosos. Que los deberes del alma encadenada a Dios mediante los lazos de los santos votos sean más estrictos, ¿quién lo ignora? Nos contentamos con saberlo, a condición de no hacer nada en consecuencia. ¿De dónde viene eso? De que no se re-

flexiona, de que nos dejamos llevar a la pérdida de los ejercicios religiosos. Los deberes de la vida religiosa si no son meditados, dejan de ser apreciados; se los olvida, pronto dejarán de ser conocidos. ¿Cómo queréis que sean practicados? Sin embargo, si queréis pensar en ellos seriamente, es fácil resumirlos en algunos puntos muy sencillos.

1º El recuerdo de lo que se ha aprendido en el noviciado. Por imperfecto que ese noviciado haya podido ser, es seguro que en él se han tratado ciertos deberes muy serios. Se los ha tratado como un asunto de forma externa. Había en el corazón ciertas durezas que impedían a la palabra divina penetrar. Lo que los indiferentes sienten por las instrucciones parroquiales, los religiosos de cierta clase lo experimentan en el noviciado, lo experimentan desde su profesión. Sus maestros, sus superiores pueden decirles, como Nuestro Señor a los fariseos: *Sermo meus non capit in vobis* [Juan 8, 37]. ¿Qué puede quedar de todo lo que se ha escuchado con tales disposiciones? Y sin embargo, ¡qué conjunto de doctrina se ha recibido, cuántas instrucciones apropiadas a nuestro estado, cuántos coloquios íntimos puestos a nuestro alcance!

2º El segundo medio de conocer estos deberes son las lecturas serias sobre estos mismos deberes. No es cuestión de un momento recobrarlo, cuando se ha perdido el sentido de la vida religiosa. Pero si el religioso, una vez comprometido, no se puede salvar más que bajo el yugo sagrado que él mismo se ha impuesto, ¡mediante qué esfuerzos no debe renovarse y qué provecho no sacará de estas lecturas fuertes y fecundas que despiertan al alma de su torpeza, la obligan a considerar el porvenir y, más allá del horizonte terrestre, la eternidad sin límites!

Desgraciadamente, por esta razón, ¡qué importante es la elección de vuestras lecturas! ¡Qué peligros en las ilusiones que causan ciertos libros muy piadosos pero insus-

tanciales! Tienden a dar un impulso, pero sin que nada lo sostenga; luego uno se abrasa como las cañas secas, y no queda nada. Hemos tenido buenos sentimientos; impresiones de otra especie vienen y los sofocan. Hemos sido por un momento todo llamas; muy pronto no somos más que un poco de ceniza.

3° Tercer medio: exámenes concienzudos, en que se pueda comparar lo que nos habíamos propuesto ser en los días en que Dios hablaba al alma y lo que somos efectivamente. ¡Cuántas resoluciones tomadas! ¡Cuántas resoluciones evaporadas en las nubes de una imaginación que recae sobre sí misma! El esfuerzo penoso para ir a hurgar al fondo de esas fealdades es algo muy humillante y muy doloroso. El hombre siente mucha repugnancia a reconocer que hay algo horrible en su vida, sin embargo hay que llegar a eso. Tanto más cuanto que esos exámenes pueden encontrar un punto de arranque en las resoluciones tomadas en retiros precedentes. Con motivo de vuestra primera comunión, a lo largo de vuestros estudios, habéis tenido retiros; repasadlos. Recordad lo que habéis prometido y lo que no habéis cumplido. La nomenclatura es considerable y vuestras infidelidades problemáticas.

Hay un punto ante todo sobre el que llamo vuestra atención. Hay un momento en la vida en que el alma religiosa, ajada por la tibieza y sus arideces culpables, vuelve sobre lo que ella llama ilusiones de sus primeros tiempos de fervor. Hay una edad en la que, lo que más tarde se ha llamado el tiempo de las ilusiones, era en realidad el tiempo de la verdad, porque en aquel momento las relaciones con Dios eran sinceras y, si no han sido perseverantes, sólo hay que acusar a vuestra cobardía. Pero retomando en detalle cuanto habías prometido hacer y llegar a ser, quizá comprendáis que tenéis mucho más que hacer y llegar a ser verdaderamente mejores para reparar el pasado.

4° En fin, ¿qué cosa mejor podéis hacer, si queréis retomar la verdadera noción de vuestros deberes y volver a la oración práctica, si no repetir sin cesar: “Escucharé lo que diga en mí el Señor, mi Dios” y poner en ello vuestro espíritu? En el fondo todo está ahí: ¿queréis conocer sinceramente a Dios? ¿Queréis sinceramente servirle? Estad a vosotros mismos a sus pies, id a lo más profundo de vosotros mismos durante estos días de bendición. Pero allí, con los conocimientos adquiridos, con una conciencia de buena fe: *in fide non ficta* [Timoteo 1, 5], escrutad lo que sabéis que debéis ser y que no sois. Ved si es tiempo de entrar en el sendero de los mandamientos de Dios y correr por ellos para recuperar el tiempo perdido. Quizá entonces comprenderéis cuánto os importa transformaros y convertirlos mediante una renovación completa.

II. Práctica de las virtudes que impone el estado religioso

Esta práctica se reduce para mí, en primer lugar, en la resolución permanente de tender a la perfección.

Sin duda no habéis hecho como Santa Teresa el voto de tender a la perfección, pero todos los teólogos os dicen que debéis estar en la disposición de tender a la perfección. ¿Por qué? Porque os habéis ligados por voto a practicar los consejos evangélicos. Lo que no es para los simples fieles más que una invitación, para vosotros es una obligación rigurosa, mediante la cual toda vuestra vida debe estar impregnada y todo en vosotros debe ser transformado. Cuestión terrible: ¿cómo enfocáis vuestros votos? ¿A qué se reducen para vosotros? Estoy espantado cuando abordo esta pregunta, porque existe una sinceridad que sólo Dios conoce y de la que es único juez.

¿Cuál es, en efecto, en el fondo de vuestro corazón la intensidad de esta disposición? Conoceréis muy pronto, en la respuesta que os daréis a vosotros mismos, el grado de vuestro fervor. Porque, fijaos bien, esta disposición se traduce en actos. Os es muy fácil examinar hasta qué punto sois pobres, castos, obedientes, mortificados, hombres de oración. Podéis saber sin mucho esfuerzo si sois fieles a la regla o si la violáis con facilidad. Esto espanta, porque vosotros ejercéis el juicio sobre vosotros mismos y Dios sólo tiene que sancionarlo.

Tenéis otros medios de saber dónde estáis. Tenéis tentaciones, ¿cómo las resistís? ¿De qué clase son? ¿Cuál es su intensidad, cuáles vuestras victorias y cuáles vuestras derrotas? Vuestras derrotas os muestran lo poca cosa que sois, vuestras victorias, los progresos que habéis hecho en las virtudes de vuestro estado. Daos cuenta de vuestros pecados más habituales. ¿Por qué estas lamentables cadenas que parecen haceros esclavos de faltas ligeras, si queréis, pero que su frecuencia terminan por hacerlas graves? Daos cuenta de los vicios que habéis permitido que envenenen vuestro corazón.

¿Queréis saber dónde estáis? El religioso es un hombre de penitencia. Cada miembro de una familia religiosa debe practicarla según su estado. ¿Cuál es la vuestra? ¿No lleváis una vida demasiado ordinaria, la vida de un hombre honrado y nada más?

El religioso, más que nadie, debe aplicarse la palabra que el Salmista dice de los justos: *Ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Cada día deberías adquirir una virtud nueva, al menos hacer algún progreso en las virtudes de vuestro estado. ¿Dónde están esos progresos? ¿Cuál es su solidez y qué se puede esperar para el porvenir? Pero, diréis, soy bueno, tengo un buen carácter, ¿por qué pedir más? ¿Por qué? Porque las cualidades naturales nunca serán virtudes sobrenaturales, y para un

religioso la perfección consiste en las virtudes sobrenaturales.

En fin, y aquí me paro, se conocerá lo que sois por vuestro amor a Jesucristo, por vuestro deseo constante de agradarle. El alma religiosa no cree nunca haber hecho nada mientras no le quede algo por hacer, y a medida que avanza, siente que el amor divino le pide nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios. Estos sacrificios, hay que hacerlos; estos esfuerzos, hay que llevarlos a los pies de Jesucristo como una prueba de amor. Hay que comprobar los progresos.

La esposa en el *Cantar de los Cantares* dice: *Veniat dilectus meus in hortum suum, et comedat fructus pomorum suorum* [Cantar de los Cantares 4, 16]. El huerto del bien-amado es el alma religiosa, es el jardín donde Jesucristo gusta bajar y reposar y tener su consuelo como compensación por todos los insultos de que es víctima, de todos los odios con los que es perseguido. *Veniat dilectus meus in hortum suum* [ib.]; y allí recogerá los frutos de sus árboles y se nutrirá de ellos. Qué son estos árboles sino los dones divinos, las virtudes infusas y las virtudes religiosas. Y estos frutos qué son sino los actos cumplidos bajo el sentimiento impuesto por la santidad de nuestro estado.

Dios mío, ¿dónde estamos? Y ¿cuándo aplicaremos enérgicamente toda nuestra voluntad, ayudada por la gracia, a la práctica de los deberes y de las virtudes del estado perfecto al que estamos llamados?

PROGRESOS EN LA PERFECCIÓN

Ibunt de virtute in virtutem [Salmo 84, 8]

El alma que ha tomado la inquebrantable resolución de avanzar en la perfección debe plantearse diversas preguntas. ¿Qué hacer? Ahora bien, todas las sentencias de los Libros santos se resumen en dos palabras: sufrir y avanzar. San Agustín, comentando el salmo 83 [84], ha tratado esta cuestión maravillosamente. No haré más que seguirlo en cierto modo, contemplando las ráfagas de luz que hace salir de las palabras del profeta regio. Estudiemos cómo, en efecto, sufrir y avanzar son los dos grandes medios para llegar a la unión divina.

I. Sufrir

Nada en los libros santos es inútil y hasta el título de los salmos tiene su significado y su enseñanza. ¿Qué quieren decir aquellas palabras: *pro torcularibus filiis Core* [Salmo 84, 1]? ¡Oh!, responde nuestro doctor, considerad los racimos de uva y considerad las olivas. Mientras están unidos a sus cepas o a sus ramas, disfrutan de una deliciosa libertad meciéndose en el aire. ¿Pero qué resultados dan estos frutos? Por el contrario, metedlos bajo la prensa, aplastadlos, y destillará de ellos un vino generoso o un aceite abundante.

¿No pasa lo mismo en el alma que quiere colocarse bajo el yugo de Dios? Acaso no se ha dicho: *Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem*. [Hijo, al entrar al servicio de Dios, tente en pie en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación: Eclesiástico 2, 1]. No existe vida cristiana sin una regla que resulte de la justicia, y si aplicamos estas palabras a un religioso, es incontestable que debe ver en las leyes de su familia espiritual la expresión de esta justicia más abundante que Jesucristo ha venido a traer

aquí abajo. Y ya es un sufrimiento el bajar la cabeza, el corazón, la voluntad bajo esta prensa: *sta in justitia*, he ahí la regla – *et timore*; sí, hay que saber experimentar el temor saludable, sin duda de su debilidad, sin duda de sus defectos, pero también de los superiores que están encargados de inspirar este temor y que están obligados a ello, porque se trata de intereses muy graves: *sta in justitia et timore*. Afincaos bajo la práctica de la regla, bajo el báculo de los superiores; sin eso no digáis que queréis avanzar, decid más bien que bajo la apariencia de la vida religiosa queréis seguir vuestros caprichos contra la regla y vuestras rebeliones contra el mandamiento: *sta in justitia et timore*.

¿Pero, por qué? Porque la obediencia a la regla y a los superiores es la gran preparación a este combate de la tentación, que es, digan lo que digan, el fondo de la vida religiosa: *Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem*.

Sí, tendréis que sufrir las tentaciones por todos lados: tentaciones por parte del mundo que os reprochará el abandonar, que se lamentará por el rechazo que le hacéis de edificarlo mediante vuestros buenos ejemplos; tentaciones de parte de Satanás, furioso porque le desterráis de vuestro corazón para hacer de éste un santuario muy puro, muy misterioso de Jesucristo; tentaciones de vuestras pasiones, irritadas porque queréis expulsarlas de vuestra alma o transformarlas en virtudes. ¡Oh!, sí, tendréis que sufrir mucho.

No estoy hablando de las tentaciones interiores, bajo el propio techo de la comunidad: tentaciones a causa del carácter de vuestros compañeros; tentaciones por el lado de las obras diversas a las que seréis expuestos; tentaciones de repulsa hacia los alumnos que no progresan; tentaciones por parte de los niños, tentaciones por parte de los padres que quieren imponeros las exigencias más ridículas cuando no culpables; tentaciones de parte de los extraños que hunden sus miradas indiscretas en el secreto del claustro para censurar, juzgar, criticar; tentaciones de entrar en su manera de

ver y de provocar sus censuras, con el fin de hacer apología de vuestra conducta contra reproches quizá merecidos. Ved a qué tentaciones estáis expuestos, a partir del momento en que os dediquéis seriamente a querer avanzar al servicio de Dios: *Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem.*

Esto para el comienzo, para la preparación, pero siguiendo paso a paso a nuestro gran doctor, veamos lo que sigue. *Sede, quoniam dictum est: fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem. Accedens quisque ad servitutum Dei, ad torcularia se venisse cognoscat.* [Siéntate, porque está dicho: hijo, al entrar al servicio de Dios, afiánzate en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación. Al entrar al servicio de Dios, que sepas que has venido a la prensa del lagar]. Ahora bien, ¿qué sucederá al alma que acepta ponerse bajo estas prensas? *Contribulabitur; conteretur; opprimetur*: será pisoteada, será aplastada, será oprimida. Y esta doctrina no es nueva; cantada por David, ha sido renovada por Jesucristo, la víspera de su muerte: *In mundo pressuram habebitis* [en el mundo tendréis tribulaciones: Juan 16, 33]. Las playas de los mares africanos las han recibido como un eco de los labios de Agustín: *contribulabitur; conteretur; opprimetur*. Ser pisoteado, ser machacado, ser oprimido y aplastado, es la herencia de todo aquel que tiende a la perfección. Y esto no es un vano desafío lanzado al mundo para declararle una guerra a muerte. No se quiere dejar el mundo por el placer de separarse de él: *Non, ut hoc saeculo pereat, sed ut in apothecas Dei fluat*, sino para que fluya en las bodegas de Dios. El ejemplo, nos dice el obispo de Hipona, nos ha sido dado, porque grande y magnífico es el racimo que no es sino Jesucristo: *botrus ille grandis*.

Por eso, en esta opresión universal, les queda Dios. *Restat illis desiderandus Deus*. ¡Oh!, el alma se deja pisotear, triturar, aplastar, pero en el fondo sabe que más allá está Dios, el objeto de sus deseos: *restat illis desiderandus Deus*. Y

termina comprendiendo cuán bueno es para ella estar bajo este horroroso lagar. *Si ergo sentis pressuras mundi, etiam cum felix es, intellexisti esse in torculari.* [Si pues sientes los aprietos de este mundo, incluso cuando eres feliz, es que has entendido lo que es estar en el lagar].

He ahí la gran separación del alma tibia, cobarde; del alma que cae y del alma cuyos deseos atraen la luz del sufrimiento. *Si ergo sentis pressuram hujus mundi, etiam cum felix es, intellexisti esse in torculari.* Tal es y tal será siempre la distancia infranqueable, que subsistirá entre las almas del mundo o que penden hacia el mundo, y las almas resueltas a caminar hacia toda santidad mediante las invenciones de Dios y los ejemplos de los santos.

No insisto sobre lo que San Agustín dice a cerca de las últimas palabras del título de este salmo: *pro filiis Core*, los hijos del calvo. El calvo por excelencia, según varios intérpretes, es quien se ha despojado de todo, Nuestro Señor Jesucristo. El alma religiosa se hace cortar los cabellos, para mostrar su deseo de despojarse de todo lo superfluo, significado por la cabellera. Despojada de todo, pisoteada, triturada, aplastada, el alma se da cuenta de que no está hecha para la tierra. Y por eso San Agustín, entrando en el texto del salmo, concluye: *Ergo in pressuris tentationum constituti, edamus hanc vocem, et praemittamus desiderium nostrum: Quam dilecta tabernacula tua, Deus virtutum!* [Por lo tanto, cuando estemos metidos en las angustias de la tentación, escuchemos aquella voz y expresemos nuestro deseo: ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!]. Tal es la fuente del valor del alma que sufre, el deseo de las moradas del Dios de las virtudes.

Pero hay dos clases de moradas, dice aún nuestro doctor, las moradas de los lagares y las moradas de la patria. Hay que pasar por unas para llegar a las otras. Y, en un sentido, se puede decir que la morada del sufrimiento, es el mundo. Se puede decir también que la vida religiosa, imitando al divino Maestro, es la que se ha colocado en el lagar de la cruz, con

el fin de entrar en el cielo vencedor del infierno y liberador de las almas.

Examinemos cómo se pasa de las moradas del sufrimiento a la morada de la alegría, del triunfo, de la patria, del reposo.

II. Avanzar

El profeta, en medio de los quebrantos que él mismo experimentaba, exclamaba: *Quam dilecta tabernacula tua, Dimine virtutum; concupiscit et deficit anima mea in atria Domini*. [Qué amables son tus moradas, Señor de los ejércitos, mi alma ansía y anhela los atrios del Señor: Salmo 84, 2-3]. El sufrimiento mismo le da deseos de avanzar. Siente que hay una casa de Dios que es su padre, la auténtica casa de la familia, y ama esta casa mil veces más que un hijo ama la casa paterna. Y llegada al umbral, al vestíbulo, al atrium, su alma desea y desfallece: *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini*.

El umbral, el vestíbulo pueden significar las casas santas, que muchos llaman vestíbulo del cielo, cuando son habitadas por personas ya celestes. Éstas han recorrido como una primera etapa del mundo al monasterio, y cuanto más se han separado del destierro, más avanzan hacia la patria, hacia las moradas de Dios, y más grandes son sus deseos. *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini, cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. [Mi alma ansía y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo]. ¡Oh, lo que desea es la vida y la vida está en Dios! Esa vida nos es comunicada por aquel Jesús, del que declara San Juan que en él estaba la vida: *In ipso vita erat* [Juan 1, 4]. Lo que es este Dios, vida eterna en sí mismo, que se comunica a sus criaturas, el profeta no lo sabe apenas. ¿Qué podemos nosotros saber de ella? Nosotros sabemos que nuestra vida es tan pesada que va a la muerte por su propio peso. Pero aquella vida, que es Dios mismo, no sólo hace exultar al alma, sino que

la misma carne experimenta misteriosas exultaciones: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.*

El gorrión ha encontrado su casa, la tórtola un nido donde dejar sus polluelos. Para el alma que tiende a la perfección, su morada, su nido, son los altares del Dios de los ejércitos. *Altaria tua, Domine virtutum, rex meus et Deus meus* [Salmo 84, 4]. Seguid al alma hasta el altar del sacrificio, el altar de los perfumes; tiene hambre del Dios de las virtudes, de la realeza de su Maestro, de su divinidad; se inmola, reza, obedece, adora. Todos los sentimientos perfectos están ahí.

Beati qui habitant in domo tua, Domine; in saecula saeculorum laudabunt te. [Felices los que viven en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán: Salmo 84, 5]. Parémonos un momento para penetrar la profundidad de estas palabras. Los judíos carnales sólo entendían evidentemente en estos cantos el templo de Jerusalén, y eso les bastaba. Para David, se trataba de la patria, se trataba del cielo. Para el alma religiosa, no se trata ya de las moradas de los pecadores, y todavía no se trata del cielo; es una tienda, una morada; es el claustro y sus delicias, a los pies de Jesucristo que viene a nosotros, porque nosotros no podemos estar aún lo suficientemente purificados para ir hacia él. *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.*

Nosotros ya estamos en la casa de Dios, hermanos míos; se trata de afirmarnos en ella para poder alabar al Señor por los siglos de los siglos, y a eso es a lo que nos ayudan maravillosamente nuestros votos. Estamos comprometidos para la eternidad. Felices cadenas, lazos preciosos, que, si los conservamos, nos merecerán alabar a Dios eternamente. *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.*

Beatus vir; cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit. [Feliz el hombre cuyo auxilio está

en ti, en su corazón dispuso subidas: Salmo 84, 6]. Por nosotros mismos somos incapaces absolutamente de ir a la casa de Dios, pero Dios nos ayuda en ello y, como por lo general no quiere llevarnos allá de un solo salto, pone grados en nuestros corazones. El bautismo, la vocación, la respuesta, el noviciado, los votos, tales son las preciosas etapas que Dios nos señala y que el alma, abrasada del deseo de perfección, coloca en su corazón. *Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit*. Estos grados, los hemos pasado, y cada día se añaden otros nuevos, para facilitarnos la elevación a la cima de la montaña. ¿Pero de dónde se eleva de esta manera? Del valle de lágrimas, de la morada que se ha fijado: *In valle lacrymarum, in loco quem posuit*.

No lo olvidemos, no estamos aún en la patria. Estamos en el valle de lágrimas y ahí nos hemos fijado un lugar de espera, el retiro del monasterio: *in valle lacrymarum, in loco quem posuit*. Ahí es donde Dios da sus bendiciones más abundantes: *etenim dabit Dominus benedictionem*. Ahí están los santos progresos: *ibunt de virtute in virtutem*. Sin embargo, San Agustín parece adoptar una traducción que dice: *ibunt de virtutibus in virtutem* [irán de las virtudes a la virtud]. ¿Qué quiere decir? ¡Oh!, responde este intérprete admirable, el alma religiosa tiene virtudes, pero tiene algunas que no son más que el medio para ir a aquél que es la virtud, el poder y la sabiduría de Dios: *Christum Dei virtutem et Dei sapientiam* [1 Corintios 1, 24]. Las virtudes de la tierra nos acercan a la virtud del cielo, la virtud del cielo donde Jesucristo nos comunica con qué acrecentar nuestras virtudes terrenas y transformarlas en virtudes divinas. ¿Y cuál será el premio? La visión de Dios. *Videbitur Deus deorum in Sion* [veremos a Dios en Sión: Salmo 84, 8]. Seremos como dioses: *Ego dixi: dii estis* [Salmo 82, 6]. ¡Progreso admirable!

¡Oh! ¿Quién no suspirará por una dicha semejante? Escuchad el grito del profeta: *Domine, Deus virtutum,*

exaudi orationem meam, auribus percibe Deus Jacob. [Señor, Dios de los ejércitos, escucha mi oración, inclina el oído, Dios de Jacob: Salmo 84, 9].

Protector noster, aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui. [Protector nuestro, mira, oh Dios, y mira el rostro de tu Cristo: Salmo 84, 10]. ¡Oh!, sí, Señor, míranos y mira también la faz de tu Cristo. Pero ¿por qué mirar a este Cristo? ¡Oh, se trata del esposo de las almas castas! Miradle, las ama y tú las amarás a causa de él. Miradlas y comunicadles la belleza de este Cristo, que es el esplendor de vuestra gloria. ¡Oh, protegéd a estas almas para que avancen en semejanza de vuestro Cristo, como avanzan hacia quien es vuestro poder eterno!

Quia melior est dies una in atriis tuis super millia. [Porque es mejor un día en tus atrios que otros mil: Salmo 84, 11]. Penetremos en el sentido profundo de estas palabras. El hombre puede tener miles de días: comienzan con la luz que cae por primera vez en sus ojos, y terminan asimismo con el último rayo de sol que toca estos mismos ojos dormidos para siempre. No es lo mismo con Dios. Dios sólo tiene un día, el día eterno que no ha comenzado y que no terminará. Es a este día al que el hombre aspira: *Melior est dies una in atriis tuis super millia.*

Y para comprar este día, que es la visión de Dios, que es la participación en su gloria, que es el triunfo eterno, ¿qué se necesita? Abajarse, anonadarse. Es lo que hace el alma en su progreso hacia Dios. Cuando con mayor abundancia se derraman en ella las virtudes, más se anonada ella. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* [Preferí ser un abyecto en la casa de mi Dios a habitar en la morada de los pecadores: Salmo 84, 11]. Grande y terrible lección. Por muy alto que esté elevada un alma, tiene que abajarse. Prefiere la abyección, no sólo en la casa de Dios, sino en la casa de su Dios. No tiene nada, es vil y abyecta; pero

tiene algo que lo es todo: tiene a su Dios; y tiene en poco la casa, ya que posee al propietario. ¡Oh!, este Dios le pertenece, es suyo y seguirá estando con ella mientras ella no lo abandone. Feliz criatura, que al dejarlo todo lo encuentra todo, ya que al elegir la abyección encuentra a su Dios, y que la felicidad de la tierra, los honores, los placeres, todo le resulta despreciable, para estar en la casa de su Dios. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

¿Y por qué? Ved a qué mundo sois transportados: *quia misericordiam et veritatem diligit Deus* [Salmo 84, 12]. La misericordia, la bondad, la verdad, ¡qué elección! *Gratiam et gloriam dabit Dominus* [ib.]. He ahí el medio y he ahí la recompensa. ¿Es bastante grande? Dios no quiere que se priven los que caminan en la inocencia. La tendréis, hermanos míos, esta gracia y esta gloria, si sabéis estar santamente celosos de ella. No, Dios no privará de ella a los que se esfuerzan cada día por avanzar en la inocencia. *Non privabit eos qui ambulant in innocentia* [Salmo 84, 13]. ¡Oh!, sí, ¡oh Dios de las virtudes!, ¡feliz el hombre que pone su confianza en ti!

Confiemos en Dios, y aunque suframos, aunque combatamos, avanzaremos siempre. Nos quedará la victoria y nuestro triunfo será eterno.

II. – LAS RELIGIOSAS DE LA ASUNCIÓN

Fuera de los extractos que nos dan a conocer el alma íntima del P. d'Alzon, por falta de espacio nada podemos publicar de la importante correspondencia dirigida a la Madre María Eugenia de Jesús. El P. d'Alzon se había consagrado mediante voto a la santificación de la Fundadora; extendió ampliamente su solicitud a todo el Instituto; le procuró numerosas vocaciones; precisó, de acuerdo con la Fundadora, su espíritu, tal como atestiguan los documentos ya citados.

Añadimos aquí solamente algunos pasajes de las instrucciones de retiros, que mejor expresan la originalidad del Padre d'Alzon.

LUCHA CONTRA SÍ MISMO

18 de agosto de 1860 *Militia est vita hominis super terram*
[Job 7, 1].

Mis queridas hijas:

Continuemos el examen de las gentes contra las que debemos luchar. Vamos a hablar del sujeto múltiple que es el hombre. Debéis luchar contra vosotras mismas.

1º *Contra vuestro cuerpo*. Aunque San Pablo diga: “No sólo debemos luchar contra la carne y la sangre” [Efesios 6, 12], sin embargo tenemos que luchar contra la carne y la sangre, contra este “querido andrajo”, como le llamaban las “femmes savantes” [Personajes de la comedia clásica francesa]. Hemos de darnos cuenta del dominio que el cuerpo intenta ejercer. Es un mal carruaje que nos vuelca a la izquierda cuando intentamos evitar que nos

vuelque a la derecha. Si no nos cuidamos, enfermamos; y así estamos arreglados. Si nos cuidamos demasiado, he ahí que el cuerpo se rebela; nos volvemos glotonos, perezosos, etc. Hemos de luchar contra la glotonería, resulta vergonzoso decirlo.

Yo, a los seis años era ya glotón. Le hacía levantarse a mi niñera a medianoche para que me diera un caldo frío. Las personas más inteligentes, tienen estas miserias u otras parecidas. Encontramos mil y un pretextos para mimar a nuestro cuerpo. Le queremos. Una religiosa sólo tiene que obedecer. Pero aquí se presenta una dificultad. ¿Presentaré a mi superiora sencillamente mi situación o me andaré con rodeos para conseguir lo que deseo? ¿Y qué hacemos con aquella palabra de San Pablo: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis?* [Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y sus apetencias] (Gálatas 5, 24).

Se necesita una crucifixión. ¿Está vuestro cuerpo crucificado? La crucifixión no siempre consiste en la austeridad, no para todos. Conozco una dama que me hablaba del placer que experimentaba dándose la disciplina. No se necesita ningún exceso. Pueden librarse muchos combates para hacer durar la crucifixión por más tiempo. De-seáis romper vuestras ataduras, y decís: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo* (Filipenses 1, 23) y también: *Quis me liberabit a morte corporis hujus?* (Romanos 7, 24). No siempre, aunque seáis muy santas. Yo he visto personas que habían arruinado su salud como consecuencia de imprudencias y que tenían miedo de comparecer ante Dios, precisamente por eso. Si se encuentra en ello una excesiva satisfacción, se trata de una ilusión más, de una treta del diablo. La obediencia es el remedio para esto.

2º *Lucha contra la imaginación.* Tenéis imaginación. ¿Qué muchacha no la tiene? Leyendo a San Felipe Neri, he sentido deseos de ser levantado de la tierra. ¿Nunca os ha sucedido? Él se había preparado para eso haciendo

cuarenta horas seguidas de oración y no comiendo durante tres días. Sin embargo, si no aspiramos a imitarle, arreglamos las cosas de manera que nuestros superiores no entienden nada —son bastante bastos—, nosotros necesitamos consultar a maestros en Israel. En algún claustro he visto almas contemplativas llevar cruces y tormentos allí donde no era para tanto. No es vuestro caso; creo que es más bien propio de gente que vive en soledad. No se trata de saber si Dios nos llama a la vida interior y a los santos horrores de la contemplación, según la expresión de San Juan de la Cruz, sino que no sean otra cosa que sufrimientos imaginarios.

Santa Teresa hace observar que ella misma había curado a algunas Carmelitas de males espirituales horribles dándoles una buena comida. El amor propio incluso encuentra su paga en los sufrimientos. Seré una religiosa como las demás, yo que quería ser una religiosa extraordinaria. La lucha contra la imaginación debiera disiparse mediante un soplo de obediencia o al menos de razón.

3º *Lucha contra la voluntad.* Se me ha acusado en un seminario donde yo predicaba, de querer arrancar la primera piel de mis oyentes. Pues, no es la primera piel la que quisiera arrancar de vosotras, sino lo que está debajo de la piel. ¡La voluntad está de tal modo en nosotros, y no sólo en el exterior! Las tristezas, las susceptibilidades, etc., vienen de la voluntad. Quisierais mandar, tener influencia, que se ocupen de vosotras. Una persona que no ha entregado toda su voluntad podrá tener contemplación, hacer comuniones, etc., y estará triste. ¿Por qué? No se hace su voluntad.

“Nuestra Madre no tiene sentido común”. — La Hermana tiene mucho más que ella, por supuesto. — “Tal niña quiere a otra religiosa más que a mí. Y aquella idea de santidad de la que desearía verme rodeada y que haría que se siguieran mis consejos. — No se tiene en cuenta

esta sabiduría que me asiste. – No se trata de saber si tengo voluntad, se trata de saber si mi voluntad es buena y razonable, ¿por qué no la siguen?”

Ageo ha dicho: *Habéis sembrado mucho y cosechado poco...* [1, 6] e Isaías: *Ecce in sacrificiis vestris invenitur voluntas vestra* (58, 3). He ahí por qué el santo voto de la obediencia es tan precioso. Pero la voluntad es al mismo tiempo mi enemigo más cruel y más sutil, porque necesitamos tener voluntad. Yo quiero muchachas con voluntad. No quiero voluntades de papel mojado, camina como te empujo y ni eso. Sed fuertes mediante la obediencia, mis queridas hijas.

4º Podría hablaros aquí de la lucha contra la inteligencia, prefiero hablaros de la *lucha contra el carácter*: Vosotras estáis todas perfectamente bien educadas, por lo tanto no se encuentran entre vosotras aquellas formas desagradables. Nuestro Señor decía que había que desconfiar de ciertos personajes. No, no citaré aquella palabra. Pero bajo formas encantadoras tenéis vuestro carácter. ¿Qué hacéis con él? Existe el carácter malgeniado, el carácter dominante, el carácter disimulado y hábil. Pero éste no es el talante de la Asunción, gracias a Dios. Si fuera así, lo consideraría como una de las amenazas para la caída de la Congregación. ¿Cuál es la disposición de vuestro carácter? ¿Es un carácter envidioso, desagradable para sí, para el prójimo, siempre triste? La caridad hace desaparecer eso. Dios no quiere que sus esposas sean envidiosas las unas de las otras. La humildad del corazón, de la voluntad, la destrucción del orgullo de la vida, como dice San Juan, corregirán esta tendencia. La envidia reposa sobre una exageración de nuestros derechos. *Quid habes, quod non accepisti; si autem accepisti, quid gloriaris.* [¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo recibiste de qué te glorías?] (1 Corintios 4, 7).

Conoceréis aquella historia de Carlos V. Dos damas se peleaban por sus derechos. Carlos V, no sabiendo cómo

terminar esta discusión de precedencia, dijo: “Que la más loca pase la primera”. Normalmente de eso se trata.

“Pero, Padre, no peleo por mí, peleo por el honor de la Congregación”. Encontradme un solo santo que haya hablado así. Mientras tanto veo tal cosa entre vosotras. Si estuviéramos desasidos de nosotros mismos, nos daríamos cuenta de que entre las razones que pueden turbar nuestra paz está el sentimiento magullado de nuestros derechos no reconocidos.

¿El talante de vuestro carácter no es tal que evade algunas veces la caridad? La caridad es recta, y nosotros tomamos precauciones, formamos juicios. La voluntad, combinada con el carácter y la inteligencia lleva a ciertos juicios que no están completamente conformes con el que Dios dará un día.

5º Finalmente, *lucha contra vosotras mismas como un todo*. Antaño, el demonio tomó a Nuestro Señor y llevándole a lo alto de un monte le dijo: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*. [Todo esto te daré si postrándote me adoras] (Mateo 4, 9). Existe un monte sobre el que el demonio nos lleva y allí nos dice: “Adórate a ti mismo”. Y nos dejamos engañar por la maña. El yo es odioso, dice Pascal; Port-Royal y los Jesuitas tienen largas tiradas sobre el asunto. Vayamos al fondo y allí encontraremos la adoración de nosotros mismos.

¿Qué es la adoración? El reconocimiento del dominio soberano de Dios sobre todas las criaturas. – Referir a Dios todas las cosas. – ¿Qué es lo que no referimos a nosotros mismos? No queremos, ya lo sé, gobernar en Júpiter o en Urano, sino en nuestra esfera. Combatís, es cierto, pero si soltáis las riendas, ¿no volvéis a este sentimiento de adoración? Si no es así, ¿por qué somos tan susceptibles, tan poco obedientes? ¡Exagero! Quizá, pero por mi parte estoy convencido de esta verdad.

Si examináis bien, veréis pequeños detalles en los que referís todo a vosotras. Es necesario que esta tendencia sea objeto de un combate encarnizado, es necesario que sintáis esta necesidad de luchar contra vosotras mismas. ¿Queréis tomar durante este retiro, la resolución de combatir como un buen soldado? *Labora sicut bonus miles Christi Jesu* (2 Timoteo 2, 3). Os invito al combate y a la victoria mediante la gracia de Nuestro Señor. Si no queréis abrazar estos dos combates interior y exterior, ¿por qué lleváis el santo hábito religioso? Debéis anonadaros, uniros a Nuestro Señor ante todo, poner en él vuestra confianza, conforme a la palabra del salmista: *ponere in Deo spem meam* [Salmo 73, 28].

No quisiera desanimaros, os predico la esperanza con el fin de que, saliendo de vosotras mismas, os echéis en los brazos de Dios y que digáis con el salmista: *Mihi adherere Deo, bonum est* (Salmo 72 [73], 28); Señor, sálvame de mis enemigos espirituales, *spiritus nequitiae* [Filipenses 6, 12], pero sobre todo de mí misma. Mediante la gracia de Nuestro Señor triunfaréis de todos estos enemigos, seréis victoriosas en la lucha que debéis tener contra la carne y la sangre, contra vuestra voluntad, vuestra imaginación, vuestro carácter, contra vosotras mismas y seréis coronadas en el cielo. ¡Así sea!

EL USO Y EL DISFRUTE

21 de agosto de 1860

Mis queridas hijas:

No sé definiros lo que voy a deciros esta mañana. Lo llamaremos si os parece, *sobre el uso y el disfrute*, y serán términos vagos, si no me explico sobre una doctrina que me resulta sin embargo muy clara. Voy a desarrollar al-

gunos puntos de la doctrina de San Agustín, en su libro 1º del tratado *De la doctrina cristiana*. Aquellas de vosotras que saben latín pueden leerlo, sobre todo los pasajes de los que voy a sacar lo que sigue.

1º Los principios Él da por sentado que los seres se dividen en tres categorías: aquellos de los que se disfruta, aquellos que se usan, y finalmente aquellos que usan y disfrutan, y trata de definir lo que es disfrutar y usar. *Disfrutar*, es adherirse por amor a un objeto por él mismo. *Usar* es servirse de una cosa con el fin de alcanzar un objeto que se ama. Sólo hay una cosa de la que esté permitido disfrutar: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Fuera de la adorable Trinidad que es esta sola cosa, el principio y la causa de todas las cosas, no hay que disfrutar de nada. Todo debe ser referido a Dios.

El mundo se divide en dos: *Dios* del que hay que disfrutar por él mismo y sus *criaturas*, de las que hay que servirse por Dios. Yo no debo poner mi felicidad, mi reposo sino en Dios. Por eso San Agustín dice: “Nos has creado para ti, mi Dios, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Porque nuestro corazón sólo puede disfrutar de Dios y en Dios, Dios es el único ser que se pueda amar por él mismo.

San Agustín dice que hay cuatro especies de seres: los que están por encima de nosotros, los que están por debajo de nosotros, los que están a nuestro alrededor o con nosotros y finalmente nosotros mismos. Dios no nos ha mandado amar a los seres que somos nosotros, es decir *caro et sanguis*. Es normal, nadie necesita mandamiento para eso. Nos ha ordenado amar a los que están con nosotros, es decir a nuestros semejantes. El ser que está por encima de nosotros, es Dios; debemos amarlo y adorarlo. Los seres que están por debajo de nosotros, debemos servirnos de ellos sin amarlos.

**2º Consecuencias
prácticas: a) en el
orden natural**

Vengamos a las consecuencias prácticas. Cuando me gusta un objeto para comerlo y disfruto de él, cometo un pecado de gula

si me deleito en el disfrute de los sentidos. Eso es sensualidad. Si disfruto de mis ventajas personales, me apoyo en una criatura, porque soy un hombre y Dios dice: “¡Maldito el que confía en el hombre!” (Jeremías 17, 5). Si disfruto de mis éxitos, de mi influencia, pasa lo mismo. ¿De qué modo habéis disfrutado de todas estas cosas que no son malas en sí mismas, que pueden ser excelentes? ¿Las disfrutáis u os servís de ellas? *Divitiae si affluent, nolite cor apponere* (Salmo 61, 11). Y estas palabras se entienden de cualquier orden, espiritual o material. Ser-viros de ellas pero no os apeguéis a ellas.

Si descendemos al fondo de nosotros mismos, encontramos nuestras facultades de las que debemos usar y no disfrutar: la inteligencia, la voluntad, el corazón. Mi corazón no me pertenece, no es el término de la creación. No debo disfrutar con mi corazón apeguándome a la criatura, ni de mi corazón por egoísmo. Esto es abominación ante Dios. La amistad es una virtud; es la caridad o el acto en que amo por Dios. El término está siempre ahí: Dios, el supremo y último disfrute.

Hagamos un estudio particular del modo como he disfrutado de las criaturas o como me he servido de ellas. *Ut in omnibus quibus utitur necessitas, superemineat caritas*. He ahí la regla y vuestra regla, porque se trata de una parte esencial de la regla de San Agustín. Encontraréis el comentario en San Agustín. Siendo Dios el centro de todo, todo debe referirse a Dios. Yo soy un rayo de esta inmensa esfera. Si encuentro un objeto, me sirvo de él para remontarme de la circunferencia al centro, me sirvo de la criatura para ir a Dios. El cardenal Belarmino desarrolla esto en su tratado *De ascensu per creaturam ad*

Deum. Yo podría aquí pulverizar nuestros corazones y ver cuáles son nuestros sentimientos y cuáles no remontan a Dios.

**b) en el orden
sobrenatural**

Abandonemos el orden natural. Para subir hasta Dios por nosotros mismos somos incapaces.

Deum nemo vidit unquam: unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit (Juan 1, 18) ¿Cómo nos ha contado las cosas de Dios? Haciéndose hombre. San Agustín dice en su carta a Dióscoro: “El hombre ha sido tomado por la divinidad, ha sido constituido mediador”. Y San Pablo dice: *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesus* (1 Timoteo 2, 5). San Pablo no dice: Jesucristo Dios ha llegado a ser mediador; eso sería inexacto, porque Dios no puede ser más que término; sino que dice: *Mediator homo Jesus Christus*. Es la naturaleza humana la que es mediador. Por lo tanto la santa humanidad sola no es más que un medio.

Me diréis que voy a caer en el error de los místicos que dicen que hay un momento en que la santa humanidad no serviría ya de nada. No es eso lo que digo. Digo que si consideramos la naturaleza divina, ella es término, porque es Dios. Si tomamos la naturaleza humana, está unida eternamente a la divinidad y debemos amarla a causa de esta unión. Nada hay en el mundo más excelente que la naturaleza humana de Cristo, después de Dios. Él es el *primogenitus omnis creaturae*: primogénito de toda criatura (Colosenses 1, 15). Y esta palabra debemos entenderla en sentido estricto, no sólo en sentido místico. Porque en realidad en Jesucristo no hay una criatura, sino algo creado. Hubo un momento en que esta parte de la naturaleza no existía. Por eso, ¿cómo llama el Espíritu Santo a Cristo? *Mediator Dei et hominum*. Se trata de un mediador, de un medio: medio activo, es cierto, pero

siempre mediador. De ello se sigue que la santa humanidad no debe ser el término de nuestro reposo.

¿Pero para qué toda esta teología? He aquí el lado práctico. Si no me está permitido disfrutar de esta santa humanidad de modo que me repose en ella, por lo tanto no me está permitido disfrutar de las gracias que de ella se siguen y que son menos que la santa humanidad. Debo valorarlas mucho porque son medios, pero no el premio completo, testarudo, que muchas personas ponen en él. Dios es poderoso, puede emplear tal o cual medio para santificarnos. Lo mismo que no debo apegarme a la santa humanidad por ella misma, no debo apegarme a los medios que son menores.

**c) en nuestra vida
íntima**

Establecido esto, tomo nuestra vida íntima, sobrenatural. ¿A qué estáis apegadas? ¿Sentís aquel despojo que hay que realizar para no apegaros más que a Dios solo y la libertad en que debéis manteneros para servirlos, sin ataros a ellos, de los medios que la santa humanidad os dará, ateniéndoos al amor de Jesucristo en cuanto a los medios que él querrá daros? Si *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* (Juan 3, 16), ateneos al amor del Hijo en cuanto a los medios.

Estos medios son conocidos; se trata de los sacramentos de la santa Iglesia. Pero las gracias particulares nadie puede decir cuáles son. *Spiritus ubi vult spirat, et nemo scit unde veniat aut quo vadat* (Juan 3, 8). Y también: *Non datus est ad mensuram* (Juan 3, 34). Cuando decís: “Quisiera avanzar en la perfección mediante tal o cual medio”, estáis diciendo una cosa absurda o una impertinencia. Una cosa absurda frente a la sabiduría divina, o una impertinencia, porque Dios es el único dueño de saber mediante qué medios quiere atraeros a él y darse a

conocer de vosotras. Examinad vuestras relaciones íntimas con Jesucristo. Encontraréis en ellas una porción de voluntad humana, caprichosa, insensata —es la palabra— que siempre ponemos en nuestras relaciones con Dios. Queréis tener contemplación, mortificaros, etc. Sí, pero con la condición de que no os apeguéis, que no serán más que puros medios. Entonces todo os resultará favorable o perjudicial según plazca a Dios. Tendréis alegría o tristeza, tendréis oración, tendréis tal o cual pasión puesto que no sois dueñas de tenerlas o no. Pero eso os resulta favorable, eso se purifica, se torna un medio para ir a Dios.

3º Conocimiento de Dios

Tras los exámenes que acabamos de hacer, me veo forzado a reconocer que existe un punto importante en todo retiro, intentar conocer a Dios y a Jesucristo, porque no se puede desear lo que no se ama. No debemos tratar de conocer la gloria de Dios que nos aplastaría, pero a medida que trato de escrutar a Dios con un sentimiento de amor, me adhiero a Dios, no hago sino una cosa con Dios. Conocer a Dios cada día más, penetrar con fe en la naturaleza divina o llegar a ella mediante Jesucristo, por quien únicamente podemos conocer a Dios. Jesucristo sólo hace una descripción de Dios. Es en el orden de la fe como hay que aplicarse en conocer a Dios, y este orden tiene algo de muy oscuro. No os asombréis si encontráis fatigas, penas, angustias, incertidumbres en la fe. No vemos. *Deum nemo vidit unquam* (Juan 1, 18). Tenemos que referirnos a Jesucristo, mediante quien Dios nos ha hablado. *Locutus est nobis in Filio* (Hebreos 1, 2). Y ahí es donde se siente la incapacidad del hombre para hablar de Dios. San Agustín dice: “Si Dios es inefable, desde el momento en que digo algo de él, digo lo que no hay que decir”. El triunfo de la Sabiduría consiste en habernos dado a conocer algo de Dios;

se puede en la medida en que nos ajustamos a las luces de la fe. *Haec est enim vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum* (Juan 17, 3). El conocimiento de Dios mediante Jesucristo mediador, he ahí mi meta, con el fin de que conociéndole pueda disfrutar de él.

Disfrute de solo Dios Poco importa que esté yo seco, árido, que no tenga consolación, mi vida debe transcurrir en una aspiración constante a Dios. Si Dios nos manda consolaciones, se trata de supererogación, de sobreabundancia; no debéis necesitarlas. ¿En qué consiste el amor? En apegarnos a Dios sin consolación. La tierra no es más que un destierro. Lógicamente, por avanzadas que estéis en la oración, no debéis disfrutar aquí abajo; eso es para el cielo.

¿Qué es Dios? Lo más perfecto que existe. ¿Qué es vuestra alma? Está llena de miserias e imperfecciones. Con sólo considerar el abuso de las gracias, ¿no merece todo eso la prueba, la purificación? Jesucristo ha querido ser llamado el hombre de dolores, se ha hecho víctima por nuestros pecados. Aquí abajo no tenéis más derecho que a este sufrimiento del amor, al amor sufriente. En principio Dios puede daros consolaciones, pero sólo tenéis derecho a las gracias que purifican. Ha entrado en el plan divino de salvar al mundo mediante el sufrimiento. Por eso debemos impregnarnos de los ejemplos del Hombre-Dios y mostrarle nuestro amor a Dios, como él nos ha mostrado el suyo por nosotros. Ha vertido su sangre por nosotros. Vosotras no estáis llamadas a verter la sangre del cuerpo, sino a verter la sangre de vuestra alma, vuestras lágrimas: no las lágrimas de los ojos, sino las lágrimas del corazón mediante vuestras aspiraciones, vuestros pesares, vuestra detestación del pecado. Si tuviéramos esta razón sobrenatural para juzgar las cosas,

comprenderíamos que no tenemos derecho a nada y que habiéndonos Dios introducido en el orden sobrenatural, sólo tenemos derecho a la purificación.

Conclusión

Por lo tanto, siendo así que el mundo está dividido en estas dos categorías, Dios y las criaturas, dado que no debo *disfrutar sino de Dios y servirme de las criaturas*, examinemos si nuestra conducta ha sido conforme a estos principios. En el orden natural, ¿no he profanado a las criaturas? En el orden moral, qué uso he hecho de las facultades que Dios me ha dotado. En el orden físico, ¿cómo he usado de mis sentidos; en el orden del corazón, de mis afectos? En el orden sobrenatural, ¿qué uso he hecho de las gracias de Dios? ¿Me he pegado a ellas de una manera insensata? Este apego ¿no ha sido para mí causa de caídas, de desaliento, de angustias?

Necesidad de la penitencia. – Necesidad para mí de entrar en esa libertad que rompa mis ataduras, que hará que sólo me apegue a Dios y no querer para santificarme sino los medios que él quiera. ¿Cómo quiero entrar en las luces que Jesucristo me concede aquí abajo para buscarle en la purificación, con el fin de entrar en su disfrute en el cielo? Esa es la verdadera doctrina, la doctrina católica.

He aquí las consecuencias prácticas. ¿En qué habéis cifrado vuestro descanso? ¿Cómo habéis merecido que Dios se retire de vosotras? Disfrutando de aquello de lo que sólo debíais servir. Aquí no se trata de pecado, sino solamente de abstención, de fibras del corazón que no están quizá totalmente vueltas hacia Dios. ¡Que estas consideraciones os hagan entrar en la santa caridad! ¡Que por Dios améis lo que debéis amar, que no disfrutéis de las criaturas, que rechacéis todo lo que sea abuso! Encon-

traréis así la facilidad de lanzaros en primer lugar hacia Jesucristo y de llegar al seno de vuestro Padre. ¡Así sea!

ESPÍRITU DE ORACIÓN

Septiembre de 1871

Oportet semper orare et non deficere

[Lucas 18, 1].

En la vida de oración hay muchas almas que nunca llegan a la meta y así como los judíos decían a Nuestro Señor: “Estas palabras son duras de oír” [Juan 6, 60], así encontramos muchas religiosas para quienes la oración es penosa y que vienen a las horas de oración para distraerse, descansar, ¡no diré para dormir! Así es como un tiempo destinado a las comunicaciones con Dios se convierte en un tiempo perdido, si no en un tiempo culpable.

Ya que la meta de la vida religiosa es la unión con Dios, ¿qué preparación más magnífica para esta vida que la oración? ¿Y quién puede decir los progresos que el alma puede hacer en sus relaciones con Dios? San Agustín dice que hay un montón de cosas que creemos sin haberlas visto, la amistad, por ejemplo. No veis el afecto que una persona os tiene; tampoco podéis mostrarle el que tenéis por ella. Pero quitad la fe al amor y todas las amistades de este mundo quedan trastocadas. Así, añade el mismo doctor, como revelamos a los que nos quieren los secretos de nuestro corazón, así es muy conveniente que la sabiduría divina se manifieste en los espíritus, en las inteligencias, en las almas que son dignas de recibirla, mediante la palabra interior, ya que esta manifestación es en cierto modo la manifestación de Dios mismo, y es muy conveniente que sea llamada la palabra de Dios.

Por lo tanto la meta de la oración consiste en que hablemos a Dios y que Dios nos hable. Ved, pues, lo que

se quiere de vosotras en la oración. Que seáis dignas de escuchar a la Sabiduría eterna. Por eso se necesita una preparación. Para escuchar a la Sabiduría se necesita atención, y cuando la Sabiduría ha hablado, hay que conservar los frutos de esta palabra.

¿Cómo debemos prepararnos a escuchar a esta Sabiduría que nos manifiesta los secretos del Padre? ¿En qué situación debe estar un alma cuando entra en comunicación con Dios y qué frutos debe sacar de esta manifestación de los secretos de Dios? – Estudiemos en primer lugar lo que debe ser la preparación a la oración.

1º Preparación para la oración ¿Creéis en el purgatorio? Es un lugar donde el alma justa se prepara para ver a Dios y para entrar en la unión perfecta con él. He ahí la purificación que la justicia de Dios tiene derecho a exigir de un alma justa, pero que no se ha preparado suficientemente en la tierra para esta comunicación con Dios.

Las relaciones del alma con Dios, en el tiempo y en la eternidad, no tienen sino esta diferencia en más o en menos. Dios se comunica al alma en el cielo y en la tierra, sólo que aquí abajo ella le recibe mediante la fe y allá arriba le recibirá en la clara visión. Santo Tomás dice que la fe es el comienzo de la gloria. Pero cuando sobre la tierra el alma no se ha preparado suficientemente para ver a Dios, existe entre el tiempo y la eternidad una purificación espantosa que se realiza en el purgatorio. Esto nos indica qué pureza exige Dios para que un alma entre en comunicación con él.

Mediante esta noción del purgatorio llegamos a la siguiente conclusión. Cómo debo purificar mi alma aquí abajo a fin de poder unirme a Dios durante la eternidad. Ahora bien, el momento en que esta unión comienza aquí

abajo para mí, es sobre todo en la oración y en la comunión. Por lo tanto, puesto que hablo de oración, ¿cómo mi vida debe ser una preparación a la oración para purificar mi alma?

Se necesita en primer lugar una preparación de silencio, haciendo callar a las criaturas; una preparación de deseo, ya que el término de mi dicha es Dios; finalmente una preparación de terror, porque he de reconocirme indigno de entrar en comunicación con la perfección increada. He ahí la verdad. Y ahora ¿qué es aquella religiosa que va, que viene, y que en un momento dado entra en la capilla, se arrodilla, cruza las manos y pretende ponerse en presencia de Dios? ¿Es oración eso?

Ahora, dejando de lado la justicia eterna de Dios que prepara mediante el fuego del purgatorio al alma justa para la unión en el Paraíso, démonos cuenta de cómo Dios quiere que nos evitemos este terrible castigo.

Existe un medio incontestable, es Jesucristo, Nuestro Señor, es su preciosa sangre. Me puedo cubrir enteramente con la sangre de Jesucristo, y esa sangre puede purificarme; la he recibido en el bautismo, luego en la penitencia, luego en la Eucaristía. Pero, ¿cómo he tratado la sangre de Jesucristo en estos dos sacramentos? ¿Cómo he recibido esta sangre divina, en tantas confesiones y comuniones, en que la gracia viene a caer sobre mí como un rocío bienhechor y purificador? Estoy empapada por la sangre de Jesucristo en algunos momentos solemnes mediante los sacramentos y a cada instante mediante la gracia como una lluvia incesante. ¿Cómo amo esa sangre? ¿Cómo valoro, cómo amo a Aquél que la ha derramado por mí? ¿Cómo entro en comunicación con el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Cómo entro en comunicación con la humanidad de Jesucristo para llegar a la divinidad misma? ¿Qué hago de los tesoros, de los dones

de Jesucristo? ¿Cómo me dirijo a esta santa humanidad de Jesucristo para que este divino Salvador, en cuanto hombre, sea mi introductor ante la divinidad? ¿Cuál es mi agradecimiento a este divino Salvador que se ha hecho hombre, con el fin de llevarme a su Padre? ¿Cómo me empleo en purificarme mediante los méritos de esta sangre divina? La sangre de Jesucristo es más poderosa para purificarme que todas las llamas del purgatorio, pero con una condición: que la utilice y la trate con todo el respeto conveniente.

Es necesario que encontréis en vuestras relaciones con Jesucristo el medio de dejaros llevar a Dios y, para volver al texto de San Agustín, si Jesucristo es la palabra, hay que escucharla.

¿Qué atención prestáis a Jesucristo en vuestras almas? Jesucristo os toma y os levante, pero vosotras no queréis ser levantadas. Hay muchas almas que dicen como San Pedro... “¡Señor, se está bien aquí!...” [Mateo 17, 4]. Pero si Nuestro Señor les dice: ¡Subid más alto! Ellas responden: “¡No, estoy muy bien aquí, me hacéis demasiado honor, prefiero quedarme con mi vidita calma, apacible!...”. ¿Es eso vida de oración? – He ahí por qué no hacéis más progresos en la vida interior. Siguiendo a Jesucristo hubierais tenido sin duda algunas consolaciones, pero hubierais tenido también quebrantos, y ahí es donde el alma fiel encuentra el gran medio de purificarse. Un alma que se hace consciente de las llamas del purgatorio, del precio de la sangre de Jesucristo, esta alma se prepara para la oración mediante el desgarrar. Desgarra lo que hay de imperfecto; se prepara a la oración mediante la consideración de las grandezas de Dios y de su nada; se prepara mediante la fidelidad en escuchar la palabra de Dios, entrando en los sentimientos de fe, y así se dispone a recibir una inteligencia más alta y más grande de las grandezas de Dios.

Y así, sean cuales quieran las sombras de aquí abajo, el alma avanza en conocimiento de Dios, a condición de dejarse purificar y conducir por Nuestro Señor. Un alma que se mantiene en este estado y que espera esas horas benditas en que Dios se comunica más íntimamente con ella, esta alma se mantiene siempre dispuesta y entonces Dios, para recompensarla, la invade viniendo a ella.

2º La oración misma ¿Qué sucede entonces en la oración? Hablamos a Dios y Dios nos habla. San Agustín muestra cómo la Sabiduría del Padre, que nos da a conocer a este Padre muy escondido y muy misterioso, se llama la Palabra. Esta palabra se deja oír en el fondo de nuestro corazón y aunque estemos en las tinieblas... *Lux in tenebris lucet*. Es cierto que San Juan añade: “*Et tenebrae non comprehenderunt eam... In propria venit et sui eum non receperunt...* – pero a los que le recibieron: *dedit eis potestatem filios Dei fieri*” (Juan 1, 11-12).

Por lo tanto esta sabiduría es el Hijo de Dios que nos da la capacidad de llegar a ser hijos de Dios; y daos cuenta de esto: recibimos a Jesucristo para que Jesucristo nos entregue a su Padre. Esta adopción comienza en el bautismo, pero debemos avanzar cada día en esta filiación, de modo que introducidos al pie del trono de Dios por Nuestro Señor Jesucristo en la oración, no nos encontremos ya ante un rey, ante un creador, sino ante el mejor de los Padres y se establecen relaciones de padre a hijo entre Dios y nosotros. ¡Y pensar que sólo de nosotros depende el llegar a ser cada día más hijos de Dios mediante la oración recibiendo al Verbo de Dios!

Y daos cuenta del disgusto que debe experimentar Nuestro Señor frente a algunas almas a las que dice: “Te autorizo a hacerte mi hija, lo quiero” – y que responden: “sí, quiero llegar a serlo, pero no demasiado”.

¿Comprendéis por qué tantas almas se han parado a la puerta de este hermoso reino de la oración?... es porque no quieren llegar a ser hijas de Dios, no comprenden al Verbo, porque no quieren recibir la luz. Existe una palabra secretísima, muy íntima: “un silencio elocuente y armonioso”, dice San Agustín, que cae en nuestras almas, y a veces en el momento en que menos pensamos, pero con una condición: que estemos en un estado de dependencia y adoración.

Después de todos los detalles del Creador, el alma debe instalarse en la adoración; es el reconocimiento del dominio supremo de Dios: se trata de la dicha de ser la criatura de Dios. “Yo era la nada, y me habéis dado el ser; era hija de la cólera, y me habéis hecho vuestra hija, y más que vuestra hija, ¡vuestra esposa! Vuestra palabra se deja oír en mí; al principio no es más que un soplo, pero que poco a poco se acompasa a mi debilidad. ¡El Verbo llega hasta mí, la misma palabra que ha creado el mundo, que crea a Jesucristo en mí, que habita en mí!...”. ¿Y no le vamos a adorar? ¿Y no comprenderemos la sublime vocación a que estamos llamados?... Nuestra vocación es a la unión más íntima con Dios. Pues bien, la oración no es sino el medio para llegar a esta unión. ¿Por qué en la oración no llegamos hasta allá? Jesucristo lo quiere, lo permite, está ansioso de manifestarse a vosotras, quiere hacerse vuestro dueño, vuestro doctor y hacer vuestra inteligencia más pura y más capaz de esta unión. Y luego se oye decir: la oración es aburrida – tenéis razón, pero reparad que estáis fuera de la oración. La oración es crucificante, lo concedo, pero si tenéis el valor de aceptar esta crucifixión, os acercaréis al divino Crucificado y, por Él, os acercaréis más a Dios. Y mirad la admirable posición que ocupa Jesucristo en la oración entre el alma y su Padre, y cómo es necesario unirse a Jesucristo, apoyarse en Jesucristo, vivir de la vida de Jesucristo para llegar un día a vivir de la vida de Dios. Ninguna lengua humana puede

narrar lo que sucede entre el alma y Jesucristo en la oración. Pero con una condición, y es que la Esposa comprenda que los sacrificios y la inmólación de sí misma, son los únicos medios de merecer esta divina unión.

3° Frutos de la oración Llegamos a la consideración.
– Es que no sólo quien dice: “Señor, Señor” [Mateo 7, 21], entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Podéis entregaros a las más sublimes contemplaciones y ser todavía muy imperfectas. Además se necesita la acción de gracias. San Pablo dice: “Dad gracias a Dios por todo” [1 Tesalonicenses 5, 18]. El Evangelio nos habla de la curación de diez leprosos. Sólo uno vino a dar gracias a Nuestro Señor y los otros nueve se van; ya tienen lo que buscaban y que den gracias o no, poco les importa. Lo mismo vosotras, habéis hecho vuestra oración, pero no os creéis obligadas a dar gracias. Uno se imagina a menudo que las gracias de Dios nos son debidas. La ausencia de agradecimiento es una falta enorme; cuanto más se agradece a Dios más gracias concede. Por eso, si la vida de una religiosa debe ser una oración perpetua, debería ser también una perpetua acción de gracias.

Habéis comulgado, realizado vuestra oración, vuestra adoración, y al salir de allí, ¿cómo conserváis las gracias recibidas? – En lugar de eso se dice: pasemos a otra cosa. Y así se trocea la propia vida y no se crea un lazo de unión entre un punto y otro. Todo debería referirse a Dios en la vida de una religiosa. En medio de sus ocupaciones, su oración debe continuar. Dios ha dicho no sólo a Abraham, sino mucho más a sus esposas: *Ambula coram me et esto perfectus* (Génesis 17). Es necesario que vuestra vida sea una continua ejecución de las resoluciones

tomadas en vuestra oración, porque si no aportáis como fruto alguna de las virtudes cristianas, se puede decir que vuestra oración es una oración de imaginación. A qué grado de santidad llegaría una religiosa que se ocupara de acercarse continuamente a Dios y que continuara desarrollando a lo largo del día en su alma, las gracias que Dios hubiera depositado en ella por la mañana. ¿Por qué las cosas no suceden así? Por desgracia, el reino de los cielos se parece a un rey que invita a las bodas de su hijo. Manda decir que todo está preparado, y he aquí que cada uno de los invitados se excusa y no acude. También vosotras tenéis vuestras disculpas para no acudir a las invitaciones de Dios. No se trata de asuntos graves; será una nada, un arreglo de nada en la celda, un lazo formado en vuestro corazón, no es más que un hilo, pero ese hilo os impide ir a Dios, sois prisioneras.

Conclusión

Para ir a Dios en la oración, se necesita generosidad. Por causa de vuestra cobardía no hacéis progresos en la oración. Es duro oírse acusar de cobardía y sin embargo si nos colocamos frente a los beneficios, a las delicadezas, a las misericordias de Dios, somos cobardes si no avanzamos en la oración.

Pero si tomamos una firme resolución de prepararnos para la oración, de avanzar en las profundidades de la oración, mediante la adoración, la atención, la dependencia, la acción de gracias, mostraremos que sabemos aprovechar las comunicaciones de Dios con nosotros y que queremos hacernos cada vez menos indignos de ellas.

¡Oh!, mis queridas hijas, si un cierto número de entre vosotras quisiera tomar la resolución de hacerse hijas de oración, vuestra Congregación, no temo decirlo, tomaría una vida completamente nueva. Entrando en esta vida de

oración, no negándole nada a Jesucristo, y dándole todo, mereceríais entonces que Nuestro Señor os lo diera también todo. No sólo en esta vida mediante su gracia, sino también en el cielo, en su amor y en su gloria. *Amén.*

EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO

*Sacrificate sacrificium justitiae
et sperate in Domino (Salmo 4).*

La naturaleza humana está caída, pero ha sido renovada y esta renovación ha tenido lugar mediante el sacrificio. Hemos sido regenerados por el sacrificio de Jesucristo. Este sacrificio bastaría para purificar todos los pecados del mundo y sin embargo San Pablo dice: *Adimpleo in carne mea ea quae desunt passionum Christi* (Colosenses 1, 24). San Pablo no quería decir con eso que faltaba algo a la pasión de Nuestro Señor, eso sería una horrible blasfemia, pero Nuestro Señor ha querido esta ley: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (Juan 13, 15). Jesús decía eso en el momento en que acababa de lavar los pies a sus discípulos y en que iba a completar el sacrificio del Calvario. Así Jesucristo nos ha dado ejemplo y quiere que le imitemos. Nuestros sacrificios son agradables al Padre si los unimos a la sangre de su Hijo.

Sentados estos principios, examinemos tres puntos de vista principales sobre el sacrificio:

1. La reparación del alma mediante el sacrificio.
2. La conservación del alma mediante el sacrificio.
3. La preservación del alma mediante el sacrificio.

1º Reparación No existe vida religiosa sin el sacrificio. ¿Queréis ser hijas de sacrificio, en qué medida queréis serlo? Toda la cuestión religiosa está ahí.

¿Queréis ser hijas que se tienen por poca cosa a sí mismas? ¿Quién comprende algo del misterio de la cruz, quién comprende la necesidad del sacrificio? – Si queréis eso entonces mis palabras tendrán un sentido para vosotras. Lo que os voy a decir es difícil, pero la dificultad no está en la inteligencia, está en el corazón.

a) para vosotras Hay que abrazar el sacrificio desde dos puntos de vista: desde vuestro punto de vista y desde el de la Iglesia. Desde vuestro punto de vista sois una pecadora. Disponéis sin duda de la sangre de Cristo para purificaros, pero si le complace a Jesucristo que añadáis algo de vosotras mismas, ¿en qué medida debéis añadir algo a las expiaciones de Nuestro Señor Jesucristo? Considerad a Jesucristo expirando en la cruz y preguntaos en qué medida debéis entrar en su expiación.

Los primeros principios de la fe os dicen que como simples cristianas debéis entrar en el sacrificio para la expiación de los propios pecados. Todas, por pura que haya sido vuestra vida, debéis expiar. Tenéis cada una vuestras expiaciones personales y, como Santa Magdalena, como San Pablo, tenéis una vida de expiación que vivir. Creo, para hablar con verdad, que si tenéis una atadura de corazón y grandes faltas que reprocharos, habrá ahí un aguijón que hará de vosotras hijas de expiación, de sacrificio; sobre todo si en vosotras existe algo de aquel amor que atrajo el perdón a Santa Magdalena. Lo que más temería sería que fueseis una buena chica, cometiendo faltas ligeras, sin pasión por el mundo, pero sin ternura por Jesucristo, en una palabra viviendo en una honesta mediocridad. Si vivís en este estado, el sacrificio os es necesario; pero no llegaréis a él sino con esfuerzo, porque sentiréis menos su necesidad y anhelo. Las superiores deben impulsar a estas almas hacia el sacrificio; les falta empuje; ahora bien, es necesario en la vida religiosa

y no conozco nada que lo preste mejor que el espíritu de sacrificio.

Os supongo en este momento tan puras como la Santísima Virgen, San Juan o Jeremías. Las naturalezas de gran pureza experimentan la necesidad de sufrir, de darse. En efecto, ¿qué hombre ha sufrido como Jeremías? ¿Qué hombre ha sido más mortificado que San Juan Bautista, y qué criatura ha sido más admirable en los sufrimientos que Nuestra Señora de los Dolores?

Aquí estoy tocando un misterio: algunas almas sienten la alegría, la dicha del sufrimiento hasta el punto de temer esta dicha. Si vosotras hubierais llegado a este punto, comprenderíais que nada hay mejor que sufrir. Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su hijo, y Jesucristo ha amado tanto a los suyos que ha muerto por ellos.

El alma embargada por los castos abrazos de Jesucristo experimenta la necesidad de sacrificarse, de inmolarse y antes de unirse a Dios, en el cielo, en la felicidad, se une a Jesucristo, en la tierra, en el sufrimiento y el sacrificio. Hay ahí misterios que nadie osa sondear. Hay ahí tesoros, riquezas que Dios reserva a las almas generosas. Lo que sucede en esas almas, nadie puede decirlo. Jesucristo, el celeste Esposo, se complace en tomar a sus víctimas y colocarlas sobre su altar, cada una de un modo diferente. Para convenceros, leed la vida de aquellas vírgenes que sólo han sido martirizadas por el amor, que no han ofrecido su cuello al verdugo, ni su cuerpo al potro de la tortura, sino que han trabajado en unirse a Dios en la soledad. Mirad a Santa Catalina de Siena, consumida en las llamas del amor, y ¿quién dirá las mortificaciones de Santa Rosa de Lima?

Todas han sido hijas de sacrificio. Cierto que cuando se entra en esa vida, nunca se sabe hasta dónde se lle-

gará, pero una muchacha generosa no teme darse toda entera.

b) para la Iglesia Ahora tomemos el sacrificio desde el punto de vista de la Iglesia. ¿Por dónde va el mundo de nuestros días, por dónde se encuentra el reino de Jesucristo? Mirad el abandono de la Iglesia y las conspiraciones para arrebatarse a Dios la tierra que se había reservado. Jesucristo ya no tiene a Jerusalén, quizá pronto ya no tendrá Roma. Frente a estos hechos, ¿qué nos queda por hacer? La acción apostólica no basta; Jesucristo ha predicado tres años en la tierra, pero esos años de predicación no son nada al lado de las horas que ha pasado en la Cruz. Es el derramamiento de su sangre lo que constituye la meta de su descenso a la tierra, y en eso consiste la perfección de su vida. Para vosotras, sus esposas, ¿acaso la perfección no consistirá también en una vida de sacrificio? Un santo decía: “Dios mío, ocupaos de mis asuntos, yo me ocuparé de los vuestros”. – Mirad el amor desinteresado de un alma que se olvida completamente de sí para no vivir más que para Jesucristo y que, aunque sintiendo su incapacidad, se entrega entre las manos de Jesucristo para hacer cuanto él quiera. Ve a Jesucristo salvar al mundo mediante su pasión y dice: “Dios mío, tomadme, heme aquí toda entera como víctima, y ya que el momento más solemne de vuestra vida humana ha sido la hora del sacrificio de la cruz, que yo trabaje sin duda como Vos, pero que sobre todo, como Vos, yo tienda al sacrificio y a la inmolación”. Mirad entonces cómo vuestro sacrificio, unido al de Jesucristo, tomará una inmensa dilatación. Nuestro Señor también quiere instrumentos; mediante los méritos adquiridos por vosotras, en unión con Jesucristo, salvaréis almas. Es el trabajo de la comunión de los santos y de la reversibilidad de los méritos, mediante los cuales no sólo los sacerdotes, sino también las vírgenes cristianas,

herederas de las santas mujeres al pie de la cruz, que tomando una copa y llenándola con la sangre de Jesucristo, la derraman sobre las almas; y si la sangre de Jesucristo llegara a faltar, ellas pondrían la propia, entregándose e inmolándose enteramente.

He ahí el sacrificio, he ahí la belleza moral a la que todo cristiano debe aspirar.

El momento en que Jesucristo ha sido más agradable al Padre es aquél en que era objeto de horror para los hombres. Dios miraba a su Hijo con mayor complacencia en el Calvario que en el Tabor. Decía entonces: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (Mateo 3, 17). Y así también vosotras os haréis hijas amadas del Padre si os unís al sacrificio de Jesucristo.

2º Conservación

Examino ahora la conservación del alma mediante el sacrificio.

Todos los seres creados tienen un tiempo de crecimiento; por un momento quedan estancados, luego viene la decadencia. Cuando la planta ha dado su flor, se seca, y el árbol centenario de los bosques cae a su vez. Lo mismo le pasa al hombre. Entre los cuerpos morales sólo la Iglesia tiene promesas de inmortalidad; es un árbol que crece siempre, pero las órdenes religiosas que son sus ramas, se secan y caen a su tiempo. Los solitarios que tantas maravillas produjeron han desaparecido. Tantos monasterios, en que los monjes se entregaban a mortificaciones cuya narración nos hace temblar, han desaparecido poco a poco. ¿Pero cómo oponerse a esta decadencia religiosa? – Adhiriéndose a Jesucristo que ha dicho: *Ego sum via, veritas et vita* [Juan 14, 6]. Hay que adherirse a la vida eterna, vida que se ha manifestado sobre todo en el árbol de la cruz, ya que allí ha destruido a la muerte... *Ego mors tua, o mors* (Oseas 13, 14).

Hay que ofrecer a Dios sacrificios de conservación para evitar la muerte. Lo que más se olvida en general son los

derechos de Dios, el reconocimiento de su dominio, de su poder, y sin embargo no hay sacrificio más conservador de la santidad que la adoración. Nuestra naturaleza está de tal manera modelada, impregnada de mentira, que hay mucho de artificial en nuestras relaciones con Dios. El mejor medio de llegar a la realidad es la adoración mediante la que reconocemos el soberano dominio de Dios sobre nosotros. Pues bien, el acto de adoración más perfecto es el sacrificio, el holocausto: holocausto es la destrucción de la víctima. El sacrificio de Jesucristo ha sido un sacrificio de holocausto; para nosotros será la adoración lo que restablecerá la realidad de nuestras relaciones con Dios. Ella nos hará ver cómo aquél que nos ha sacado de la nada puede volver a sumergirnos en ella. Comprenderemos la Providencia de Dios respecto de un pobre ser, un pobre esclavo liberado por una misericordia infinita, y nos abandonaremos para, por una parte reparar nuestras faltas, y por otra adorar.

No creo que haya un medio de conservación más poderoso que el holocausto. Cuando un alma perece, es que Jesucristo se ha retirado de ella, porque Jesucristo es el alma de la humanidad regenerada. Cuando la vida de Jesucristo se retira también de las sociedades, éstas perecen, pero existe un medio de hacerle revivir en ellas, es el sacrificio, en vosotras en primer lugar y a vuestro derredor mediante el ejemplo. Una comunidad que ofreciera el ejemplo del sacrificio, de la regla, de la oración, de la adoración... *hostiam laudis*... atraería gracias inmensas, y esta nube del sacrificio, elevándose por encima de la tierra, Dios la aplicaría a Oriente, a Occidente, al Norte o al Sur; nadie lo sabe, pero ahí habría una fuente de méritos incontestable.

3º Preservación Termina con el sacrificio de preservación. La religiosa debe ante todo preservarse ella misma mediante el sacrificio,

luego debe preservar a los demás. *Cum autem dormirent homines venit inimicus ejus et superseminavit zizaniam in medio tritici et abiit* (Mateo 13, 25).

Vosotras sois muy fervorosas, habéis recibido con amor la palabra de Dios, pero la palabra de Satanás vendrá a su vez, ¿y cómo os preservaréis de ella? – Mediante el sacrificio, mediante la clausura, tan útil a la virgen cristiana. – Existen para el alma tantas ocasiones de mancharse: estáis rodeadas de peligros, de trampas; el mejor medio de preservaros de ellos es permanecer siempre atadas al árbol de la Cruz. La paloma soltada por Noé volvió al arca, volved a la Cruz como a vuestro lugar de refugio. Existe para el alma religiosa generosa como un placer en vengar a Nuestro Señor barriendo en ella hasta los últimos vestigios de la vida de los sentidos. Es aburrido, es penoso. También la paloma estaba cansada, y sin embargo voló hasta que volvió al arca. Vosotras que estáis obligadas a relacionaros con el mundo, las niñas, las personas de fuera, pobres de vosotras si no volvéis muy pronto al arca. No temo decirlo, debéis ser religiosas tanto más sacrificadas cuanto más expuestas estáis a peligros mayores. Mirad ahora lo que debéis dar a Dios: ¿todo o solamente alguna cosa?

Es seguro que algunas de vosotras dentro de ocho días serán lo que eran antes; otras caminarán durante dos meses, tres meses con un cierto empuje; pero ¿cuántas habrá que tomen la resolución firme, enérgica de una santificación continua mediante el sacrificio? ¡Esas serán felices, serán realmente esposas, verdaderamente santas!

Plazca a Nuestro Señor que sea la mayoría. Todas podéis ser fervorosas, sedlo mediante el sacrificio y la inmolación. Que vuestro sacrificio suba como incienso de agradable olor ante el trono de Dios.

Dejad a Jesucristo, víctima y sacrificador, realizar su obra en vosotras. Como víctima, será vuestro modelo; como sacrificador, abandonaos a sus divinos golpes. Cuanto más obréis así, más aumentaréis su amor por vosotras; más le amaréis también; más gustaréis la excelencia de esta inmolación que os hará, en su momento, resucitar con la víctima del Calvario, de acuerdo con la palabra de San Pablo: “Dios nos ha resucitado con Cristo para hacernos sentar con él en la gloria” [Efesios 2, 6].
Amén.

CLAUSURA DE RETIRO

23 de septiembre de 1878

*Beati immaculati in via, qui
ambulant in lege Domini*
[Salmo 119, 1].

Mis queridas hijas:

Estas palabras que la Iglesia pone cada día en nuestros labios, nos recuerdan sin cesar las auténticas condiciones de la felicidad. Quieres ser feliz, dice San Agustín, sé inmaculado: *Si vis esse beatus, esto immaculatus*. Al término de vuestro retiro, os supongo a todas en esta pureza perfecta del alma, resueltas a caminar en la ley del Señor; y por eso vengo a añadir a los excelentes consejos que habéis recibido durante ocho días, algunos consejos prácticos, que llamaré peticiones paternales. Los escucharéis con los sentimientos que me los dictan, y espero que contribuyan a dar un sello especial a vuestra vida religiosa, durante el año escolar que se va a abrir para vosotras.

I. Despojarse de sí misma

Lo que solicito de vosotras ante todo es que en adelante no os deis ninguna importancia. ¿Qué somos, en fin de cuentas? ¿Qué es nuestro cuerpo en la inmensidad del espacio? ¿Qué es nuestra alma en el mundo casi infinito de los espíritus? ¿Qué es nuestra vida aquí abajo en la serie de los siglos? ¿Qué valemos por nosotros mismos, si colocamos sobre nuestra inteligencia el peso de nuestra ignorancia o de nuestros errores, sobre nuestra voluntad el peso mucho más pesado de nuestras faltas? Y sin embargo, es este pequeño ser tan inflado de miserias, de mentiras, de vanidades, que aspiramos a hacer pasar por objeto de algún valor, con derecho a consideraciones. ¡Oh!, cuán verdad es aquel dicho de San Agustín: *Magna est miseria superbus homo!* Y seríais vosotras esta gran miseria si siguierais en vuestro orgullo, satisfechas de vosotras mismas. Saldréis de ella al contemplar, frente a vuestra gran miseria, la mucho más grande misericordia que Dios os presenta desde el fondo de la humildad, a la que ha querido descender, para mostraros cuán bueno es contarse por nada. *Magna miseria homo superbus, sed major misericordia humilis Deus.*

Por lo tanto, cuando estéis dudosas entre las pretensiones de vuestro orgullo y el deseo muy perfecto de no daros ninguna importancia, fijaréis vuestras miradas en los rebajamientos de vuestro Dios. Eso será para vosotras la fuente de la misericordia. Rechazaréis todas las miserables pretensiones del amor propio, y haréis fluir sobre vosotras la misericordia divina mediante la humildad del Salvador: *Magna miseria homo superbus, sed major misericordia humilis Deus.* Echad por adelantado una mirada a todas las ocasiones en que la miseria de vuestro orgullo viene a chocar contra la humildad de Jesucristo, y comprenderéis cuánto la humi-

llación os conviene para entrar en el conocimiento del plan sobrenatural de Dios para con vosotras, de modo que podáis decir: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas*. No hay ciencia divina, no hay inteligencia de los caminos de este Dios sin humildad y sin humillación: *Bonum mihi, quia humiliasti me*. Este gran bien es el que os pido ante todo que adquiráis, los demás vendrán después en abundancia.

Y de ahí procede aquel grito del alma, que viendo su debilidad y su anonadamiento, exclama: *Adhaesit pavimento anima mea*. No es capaz sino de quedar echada sobre el polvo, en el pavimento del templo: *Adhaesit pavimento anima mea*; pero allí irá Dios a buscarla para devolverle la vida: *Vivifica me secundum verbum tuum*. ¡Oh, Dios!, exclama San Agustín, ¿dónde está el hombre, propiedad tuya, ya que se anonada en sí mismo para llenarse de ti: *Ubi est homo tuus exinaniens se, ut impleatur a te?* Vosotras os despojaréis de vosotras mismas, os anonadaréis, no os daréis mucha importancia; he aquí mi primera petición. Os llenaréis del espíritu de Dios: tal es la segunda petición que os planteo.

II. Llenarse de Dios

Llenarse del ser de Dios, después de haberse purificado enteramente de cuanto el corazón encierra de corrupto, ¡qué meta para la criatura que está llamada a la verdadera felicidad! No encuentra esa felicidad a su alrededor; no la encuentra dentro de sí misma; sólo la encuentra por encima de sí, pero encima de sí misma no hay más que Dios. *Quod est anima melius, id Deum dicimus*. He ahí el concepto: abandonaros, porque valéis poca cosa, si es que tras el pecado valíais algo, y buscad algo mejor que vuestra alma; y mejor que vuestra alma no hay sino Dios. *Id autem quod est anima melius, id*

Deum dicimus. ¿Y cómo le poseeréis, cómo le alcanzaréis a este Dios tan por encima de vosotras? Escuchad aún a San Agustín. *Cui quisquis eum intelligit, junctus est.* Nos unimos a él cuando tenemos su inteligencia. ¿Pero qué es tener la inteligencia de Dios? La inteligencia completa de las perfecciones divinas no es de este mundo. Pero entre los dones del Espíritu Santo está el de inteligencia con cuya ayuda nos son reveladas aquí abajo las cosas divinas, en la medida en que somos capaces de conocerlas. Así es como la inteligencia nos hace avanzar hacia Dios.

Existen diversos grados de inteligencia, según como abramos los ojos del alma a las claridades divinas, y eso depende de nosotros. La luz común en primer lugar. Pero si cerráis los ojos, ya no es culpa de la luz si ella no os ilumina. *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non receperunt* [Juan 1, 5]. ¿Cuál es, pues, el deber del alma a quien Dios ha dado el don de la inteligencia? Aplicarse a ver, a comprender y siempre más; consiste en unirse a Dios mediante la contemplación. Ahora bien, ¿quién está más llamado a la contemplación que el alma religiosa? De estas almas es de quien se dice que buscan al Señor con todo su corazón: *In toto corde exquirunt eum.* Así le buscan, así le encuentran, pero es necesario que sinceramente quieran encontrarlo. Y reparad en un gran principio de San Agustín: *Sciens verba Dei non posse custodiri per obedientiam, nisi videantur per intelligentiam, hoc quoque orationi addit et dicit: Revela oculos meos.* El alma, sabiendo que las palabras de Dios no pueden ser practicadas por obediencia, si no son manifestadas por la inteligencia, añade esta petición a su oración y dice: *Revela oculos meos*, abre mis ojos.

De ahí se sigue la necesidad de esta constante preocupación de Dios mediante la oración, de la vida de Dios, de la unión con Dios, de la entrega de toda la vida a Dios

solo. ¡Oh!, si sólo Dios os ocupa, si le veis por todas partes: en lo que os rodea mediante su Providencia, en el gobierno de las almas mediante su Iglesia, en vosotras mismas mediante los misterios de la vida interior, en los que deberíais poner vuestra dicha, ¿a qué perfección no subiríais?

III. Mediante la más exquisita obediencia

Ahora bien, los medios para alcanzar esta perfección –y ésta es mi tercera petición– consisten en la vida religiosa, cuyas sagradas prescripciones deberíais practicar con un celo santo. Escuchad al salmista: “*Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*: Dios mío, has ordenado observar tus mandatos con exceso” [Salmo 119, 4]. ¿Qué es este exceso? ¡Oh!, no se manda a todos sino a las almas privilegiadas.

A cerca de esta palabra de que hay que custodiar los mandatos de Dios con exceso, San Agustín hace observar la diferencia entre la sabiduría de los paganos y la de los cristianos. Los paganos tenían por regla de su conducta: *Ne quid nimis*, nada de excesos. ¿Por qué? Porque la idea de la virtud referida al hombre tiene sus límites. La virtud del cristiano, por el contrario, teniendo por meta a Dios que es infinito, nunca alcanzará su meta perfectamente; y por ello el profeta exclama: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*. La plenitud de la ley es el amor. ¿Pero qué criatura amaré nunca a Dios lo suficiente? No hay que temer mandar a amar demasiado, ya que nunca amaré lo suficiente.

Pero ésta es vuestra gloria, vosotras llamadas a la perfección: ser invitadas mediante la práctica de los consejos evangélicos a ir más allá, a alcanzar ese exceso del que la debilidad común parece incapaz, pero que

es posible para aquellas que buscan a Dios con todo el corazón. Qué os voy a decir, pues, sino que subáis a las cimas de los mandamientos de Dios, que miréis más allá, que veáis lo que el amor añade mediante los consejos, y que os dediquéis seriamente a aplicaros este grito que cada día dirigís a Dios: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*. Y cuando deis vuestro corazón a Dios; cuando al despertar os revistáis con vuestro santo hábito como de Jesucristo; cuando, vosotras mismas, os dirijáis a la santidad de las comunicaciones de Dios mediante la oración; cuando sujetéis vuestros cuerpos a las leyes de la penitencia y añadáis a esto lo que la vida religiosa os permita; cuando llevéis valientemente el yugo de la regla; cuando os hayáis hecho obedientes hasta la muerte, amantes como aquél que ha dado su vida por sus amigos; cuando vayáis a adorarle, con todas las intenciones de los ángeles, a los pies del trono de Dios; cuando, unidas a él mediante la comunión, le pidáis todos estos sentimientos para reproducirlos con constancia y ya no los substituyáis a los vuestros; en una palabra, cuando, llegadas a ser copias fieles del gran religioso, el Hijo de Dios hecho hombre, podréis decir: Para mí vivir es Cristo, *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]; entonces comprenderéis estas palabras: “Dios mío, tú mandaste custodiar tus mandatos en exceso”, porque los habréis observado como perfectas religiosas.

Entonces también encontraréis las verdaderas alegrías de la tierra, como sólo las almas religiosas pueden gustarlas, y repetiréis además: *In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis*. ¿Qué riquezas pueden procurar semejantes alegrías? ¿Qué criaturas pueden causar semejante dicha? Pero eso no basta. La vida religiosa ha hecho de vosotras valientes obreras; veamos, para terminar, a qué obras debéis con-

sagrar, tanto los trabajos preparatorios del sacrificio de vosotras mismas, como la visión de las perfecciones de Dios y la santidad de vuestras obligaciones religiosas.

IV. Mediante el amor desinteresado a las almas

Nuestro Señor, al pedirnos que no os escondáis tras las rejas de un claustro, os ha llamado evidentemente a una cierta acción. Ahora bien, esta acción, ya lo sabéis, ha de ejercerse sobre las almas. Y recordad esto, no por vosotras, sino por Dios: son las almas de Jesucristo, no son las vuestras; no os pertenecen, son de Dios. No, vosotras no sois las propietarias, y muy a menudo la usurpación de la propiedad de las almas es una de las más tristes causas del escaso progreso que se les hace hacer.

Esto no impide amarlas, y amarlas mucho, pero las amaréis por Dios. A veces están sublevadas y se necesita apaciguarlas; fácilmente se vuelven asustadizas, hay que domesticarlas; a veces son recelosas, hay que disipar sus fantasmas con la luz de una gran sencillez. Testimoniadles la amistad de los buenos consejos. Sobrellevad sus cargas: son ligeras para vosotras que sois fuertes, son grandes para ellas que son débiles. Caminad en este apoyo a las almas, que debéis practicar las unas para con las otras, pero que vosotras debéis practicar sobre todo con las niñas que os están confiadas.

San Agustín, apropiándose una palabra del Apóstol dice: *Ipsa est ergo lex Christi, ut onera nostra invicem portemus*. Se puede reconocer la santidad de una religiosa en el celo con que lleva la carga de las almas. ¡Y cuánto bien hacen entonces! No esperáis que os haga aquí un curso de educación. Pero era necesario, al final de este retiro, recordaros los importantes deberes de la formación de las almas.

Una vez más, no os regateéis más. Lanzaos a corazón abierto en los brazos de Dios. Sed religiosas santas, sed vírgenes apostólicas. Tales son mis deseos para vosotras, al final de este retiro. ¡Que Dios las bendiga y las haga fecundas para la santificación de vuestras almas! ¡Así sea!

III.- LAS OBLATAS DE LA ASUNCIÓN

La correspondencia del P. d'Alzon con la Madre Correnson (Madre Emmanuel-Marie de la Compassion) ya ha sido parcialmente editada por la Bonne Presse en 1933. Escogeremos de aquí algunos textos que esclarezcan mejor la meta y el espíritu de la Congregación de las Oblatas de la Asunción.

El P. d'Alzon ha dejado en herencia a las Oblatas, bajo el título de Testamento espiritual, sus notas de un retiro dado en 1877. Algunas de esas instrucciones fueron utilizadas en las Meditaciones destinadas a los Religiosos de la Asunción, en 1879.

Otro retiro sobre la Santísima Virgen, dado en septiembre de 1879, ha sido editado en 1941, por la Casa Madre, en un pequeño fascículo. Lo señalamos simplemente y damos aquí algunos extractos de las cartas a la Madre Correnson y algunas instrucciones inéditas dirigidas a las Oblatas durante los últimos años de vida del Fundador:

A. Extractos de la correspondencia del P. d'Alzon.

B. Instrucciones a las Oblatas.

— A —

4 de octubre de 1864

A María Correnson

**Una Asociación
eucarística para
Oriente**

Quisiera tratar de explicarle hoy lo que pienso pedirle. ¿Quisiera ayudarme usted a fundar una Obra en Oriente destinada a reparar las ofensas que a diario recibe Nuestro Señor en la Eucaristía y a extender su culto y su amor?

Me parece más claro que el día, que la gran devoción de los tiempos modernos, frente a las negaciones de los

protestantes, debe ser la exaltación de la Iglesia, el culto de la Santísima Virgen y el amor ardiente hacia el Santísimo Sacramento. Ahora bien, mientras que en Occidente la incredulidad, hija del protestantismo, rechaza esta triple manifestación de piedad católica, ¿acaso no sería útil, o mejor dicho, acaso no entraría en los designios de Nuestro Señor que le ofreciéramos una Asociación que se proponga propagar por todo el Oriente cismático la gloria del divino Maestro, presente en la Eucaristía, como desagravio por tantas injurias y sacrilegios? ¿Acaso no sería éste un buen medio para preparar la unidad?

Cualidades requeridas de sus miembros Las personas que se consagrarían a fundar una Asociación de este tipo deberían tener:

1º Un amor ardiente a Nuestro Señor inmolado en el altar.

2º El deseo de reparar los agravios que recibe, mediante la oración, la penitencia y las obras de celo apostólico. Las personas que sólo pudiesen dedicarse a la oración y la penitencia podrían unirse de un modo más efectivo.

Las personas que se ocupasen de las obras de celo apostólico podrían multiplicar sus ramificaciones o asociarse con otras organizaciones ya existentes.

Medios Los medios para reparar los agravios cometidos contra Nuestro Señor, además de la oración y de la penitencia, son:

1. La construcción de iglesias en Oriente.
2. El cuidado de los ornamentos.
3. La catequesis dada a los niños para prepararlos a la Primera Comunión, infundiéndoles el deseo de la comunión frecuente.
4. La formación de escuelas con este fin.
5. La renovación del clero.
6. Establecer en esos países la adoración perpetua.

No necesito, querida hija, explicarle más esta idea; creo que ya se explica por sí sola.

Una llamada Pero, ¿qué puedo hacer yo?, me dirá usted. Primero que todo, pensar sin cesar en esta idea, madurarla a los pies de Nuestro Señor, ofrecer sus comuniones, sacrificios y limosnas durante algún tiempo, para ver si Dios la quiere en esto. Cuando empiece a sentir algo en lo profundo de su corazón que la impulse a entregar su vida a Jesucristo en la Eucaristía, en reparación por tantos agravios como recibe y para colaborar en la expansión de su culto en Oriente, tendrá entonces que poner manos a la obra y podrá decir: Bueno, ¿cómo puedo ocuparme de estas cosas? Ahí le contesto yo: ¿Cómo la señorita Jaricot, una pobre chica siempre enferma, fue capaz de fundar la Obra de la Propagación de la Fe? ¿Cómo una pobre mujer de Lyon, carente de recursos, pudo fundar la Obra del Cumplimiento Pascual Militar, que lleva ya 25 años ayudando a miles de soldados a cumplir con Pascua por toda Francia? ¿Y cómo tres colegialas internas de Saint-Maur fundaron en Nimes la Obra de San Francisco de Sales? Cuando Nuestro Señor quiso establecer su Iglesia, le preguntó a un pobre pescador: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?”. Y yo les pregunto a dos chicas de buena voluntad: “María e Isabel¹⁾, ¿amáis mucho a Jesucristo?”. Eso es todo.

Un plan de acción Sé muy bien que todo el mundo no tiene la misma vocación, pero pienso que hay situaciones providenciales y creo que está usted en una de esas situaciones. Empiezo por decirle que no tengo intención en absoluto de mandarla

¹⁾ Isabelle de Mérignargues, una Adoratrix del Santísimo Sacramento.

para allá. Usted debe trabajar aquí. Quizá quiera adelantar algo y me pregunte usted: Bueno, ¿y qué haremos cuando nos hayamos entregado? Le podría contestar en primer lugar: ¿Piensa usted que cuando Nuestro Señor le dijo a San Pedro: “¡apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas!”, se volvió más listo por eso? Yo no lo creo; primero porque aún no había recibido el Espíritu Santo, luego porque, probablemente, los designios de Dios sólo se le fueron revelando poco a poco, como se deduce de la conversión del centurión Cornelio. Pero yo voy aún más lejos. En cuanto usted me diga: “Padre, mi vida pertenece a Nuestro Señor en la obra que me propone usted”, nos pondremos entonces a organizar las cosas según las circunstancias, según los obstáculos que serán muchos y según las facilidades que serán tal vez mayores aún de lo que pensamos. Vea, pues, algunas ideas que se me ocurren:

1º Establecer una casa de las Hermanas de la Asunción en Andrinópolis con la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, tanto mediante ellas mismas como mediante las jóvenes católicas del país.

2º Ocuparme en la formación de religiosas y de religiosos para Bulgaria.

3º Conseguir fondos para mandar libros.

¡Ay, Dios mío, y dice usted que no tendrá nada que hacer! Bordará toallas, cuando no tenga otra cosa que hacer. Por ejemplo, ¿por qué no se libera y saca tiempo para pasar ratos más largos ante el Santísimo Sacramento orando por esta intención? Si la idea de trabajar de acuerdo con Isabel le gusta y a ella también, ¿por qué no ir juntas algunas veces a comulgar con este fin y por qué no ir juntas de vez en cuando a adorar al Santísimo Sacramento para pedirle luz, fuerza y consejo? Si esto que le propongo le parece bien, puede ense-

ñarle esta carta a Isabel. Aunque es mayor que usted, por algún tiempo tendrá menos libertad que usted. La salud de su madre y los asuntos familiares la absorben. Sin embargo, tras mucha oración, pienso que esta obra debe edificarse sobre ustedes dos, sin excluir otras ayudas más adelante.

FUNDACIÓN DE LA OBRA DE BULGARIA

No tengo intención de escribir una historia. Me propongo sólo reunir algunas notas sobre los inicios y los progresos de una obra cuyo origen parece estar marcado por un sello providencial. Los obstáculos que debían ahogarla en sus inicios se convirtieron en elementos para su desarrollo. Llovieron sobre ella las bendiciones de Dios por donde parecía más bien que iba a llegar su sentencia de muerte, aun antes de nacer. Cuantos han estudiado el Oriente están convencidos de que, si algún día se podrá injertar la fe católica en el tronco del cisma, será mediante las escuelas. Esta persuasión, confirmada por la experiencia, llevó a algunas personas a comprometerse y a unirse para favorecer la formación de una pequeña familia religiosa cuya misión sería establecer escuelas en las aldeas búlgaras; algo que se había hecho ya en algunas regiones de Asia.

Al parecer, se necesitaba para esto una persona fuerte y enérgica, con espíritu de iniciativa y organización, capaz a la vez de dirigir con firmeza y de ser flexible ante las situaciones delicadas. Era difícil ciertamente encontrar a alguien así. Después de larga espera, parecía al fin haberla hallado. Pero cuando hubo que poner manos a la obra de una vez, aparecieron las dudas y temores. Total, cuando ya todo parecía listo, todo se desvaneció como por encanto.

El fundador y las tres fundadoras que se había buscado se encontraron ante un proyecto abortado y sin ele-

mentos para volver a empezar. Era una situación bastante desalentadora. Había actuado la mano del hombre, que no tenía de qué gloriarse ante este fracaso total; pero la mano de Dios no se había mostrado aún.

Sin embargo, parecía que algo quería el Señor. De modo que fundador y fundadoras se pusieron de nuevo a ver qué habría que hacer, aunque sólo fuese como protesta por nuestra primera aventura.

Por esa época, empezaba en Le Vigan el pequeño noviciado de los Agustinos de la Asunción. El Padre Hipólito, que era el director, pensaba que en los Montes Cevenas quizá se pudiese hallar lo que ni los llanos del Vistre ni las riberas del Hérault habían dado. Algunas muchachas que se confesaban con él comenzaron, bajo su dirección, a acariciar la idea de consagrarse a Dios. Algunas hacía ya tiempo que lo venían pensando, pero no habían podido superar ciertas dificultades. Otras eran piadosas, sin llegar a esa certeza consciente de la vocación que sólo dan circunstancias providenciales y benditas.

De modo que el P. Hipólito fue combinando poco a poco el material de que disponía. Era durante el invierno de 1864 a 1865. El intento hecho en Nimes había fracasado en la primavera de 1864.

En Le Vigan las cosas se presentaban de otro modo. Para empezar se necesitaba una casa. Se presentó una maravillosa ocasión de poder alquilar por nueve años una especie de villa, donde se podría alojar sin mayor dificultad a 20 o 30 novicias, incluso algunas más, apretándose un poco, como ocurre en todos los inicios de una obra.

Una docena de personas estaban listas para entrar en la Asociación y formar así el primer núcleo. El P. Hipólito seleccionó seis; de acuerdo con el P. d'Alzon, escogió el 24 de mayo, fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, para colocar el Santísimo Sacramento en una

pobre capillita donde Nuestro Señor seguramente no siempre había sido honrado.

Para darle una mayor solemnidad a tan humildes inicios, se invitó a algunas señoras piadosas de Nimes para que animasen con su presencia el proyecto de estas humildes chicas que, con sencillo y gran valor y confiando en la Providencia y en Nuestra Señora de Bulgaria, querían consagrarse como esposas de Nuestro Señor Jesucristo. Con un corazón generoso le ofrecían al Señor la escasa instrucción que la mayoría de ellas tenía, pero también su inmensa buena voluntad para formar e ignoraban esas desconfianzas tras las que se oculta a veces un espíritu de independencia que aparenta ser obediente.

Sor Margarita, Sor María Magdalena, Sor María de la Anunciación, Sor Teresa, Sor Luisa y Sor Verónica; pronto se unió a ellas Sor María de los Ángeles; fueron ellas las piedras fundamentales de la obra.

Nota del Padre d'Alzon.

20 de julio de 1866

A María Correnson

Puntos fundamentales Examine bien, hija mía, las preguntas que le voy a hacer:

1º ¿Se siente usted con fuerzas para entrar poco a poco en lo íntimo de la obra?

2º Pasando todavía un tiempo fuera, ¿cree usted que podrá ser algún día la Madre?

3º ¿Tendrá bastante paciencia para aguantar ciertos reproches y ciertas críticas que nunca faltan al inicio de toda obra que comienza?

4º ¿Consentirá en no chocar demasiado con algunos caracteres poco amables que no dejará de encontrar por el camino?

5° Si hay personas de su misma clase que se unan a usted, ¿aceptaría dirigir las con suavidad, bondad y, sobre todo, espíritu sobrenatural?

6° ¿Se siente con fuerzas para tener un auténtico corazón de madre? (Pregunta esencial).

7° ¿Está resuelta a dar a luz esta obra con todos los dolores fáciles de prever?

8° Las probables separaciones ¿no la asustan demasiado?

9° La vida dura y penosa que quizá algún día se le imponga ¿no será algo superior a su naturaleza?

10° ¿Será capaz su voluntad de volverse tan estable, con la gracia de Dios, que le permita llevar y afirmar a las voluntades vacilantes que la rodearán?

11° ¿Quiere usted llegar a ser una verdadera santa y asentarse firmemente en el orden sobrenatural, de tal modo que todo lo considere únicamente desde este punto de vista?

12° Y en fin, ¿quiere usted ser un apóstol y comunicar ese espíritu apostólico a las demás?

Mire que no le digo: “¿quiere usted ayudarme?”. Me parece que eso tendría un aspecto demasiado humano; pienso que, aún con los pies bien puestos en la tierra, debemos construir todo para el cielo. Esto es algo importante y solemne para usted; y cuando trato de resumir nuestras conversaciones precedentes, y trato de fijar algunos puntos fundamentales, créame que siento una emoción profunda al pensar que voy marcándole a una hija tan querida las etapas de una vida futura que en realidad consiste sobre todo en una corona de espinas y en los clavos de la cruz...

Profesión de la Fundadora

En presencia de la santísima y adorable Trinidad, y bajo la protección de la Santísima Virgen María, mi madre, yo, Sor Emmanuel-Marie de la Compassion, prometo y hago voto a Dios, a quien adoro aquí presente en

esta Hostia, de vivir para siempre en pobreza, castidad y obediencia y consagrarme a las misiones extranjeras, según la voluntad de mis Superiores y según la Regla de San Agustín y las Constituciones de las Oblatas de la Asunción.

Nimes, 18 de abril de 1867.

“Un Deber”

En 1868

El espíritu de la Asunción consiste en un gran amor hacia Nuestro Señor en la Eucaristía; 2º en un amor filial a la Santísima Virgen, y sobre todo, en una entrega total a la Iglesia y a la salvación de las almas.

Su piedad es franca, leal, desinteresada y enérgica. El vigor y la fuerza hacen parte sobretodo de su carácter porque no admite afectación de formas ni estrechez de ideas. Las obras de celo por la extensión del Reino de Nuestro Señor encuentran un gran apoyo en sus miembros. El espíritu de sacrificio les impulsa a trabajar en las misiones, donde se sienten felices de ganar almas para Nuestro Señor. La sumisión y la firme adhesión a la Santa Sede me llaman más la atención que en otras comunidades.

En la enseñanza se aplican sobre todo a formar *hombres* que sean inteligentes y profundamente cristianos, pero sin hipocresía; lo que se pretende inculcar ante todo es energía y lealtad.

En 1868

A la Madre Correnson

Corrección del deber Cuando le exigí, hija mía, que pusiera por escrito lo que más le llamaba la atención en la *Asunción*, es porque quería obligarla a darse cuenta de aquello en que usted pudiera tomar una parte más activa. Y para llegar a ese resultado, uno de los medios más poderosos es coger la pluma y escribir.

Entiendo que no quede satisfecha con el borrador ni con su primera copia, pero paciencia. Este trabajo se irá haciendo poco a poco y, como es usted misma quien lo

ha hecho, ya no se contentará con decir que las ideas de la Asunción son amplias e inteligentes; usted misma verá en qué consiste esa amplitud y su grado de inteligencia. Por ejemplo, habla usted de nuestra devoción a Nuestro Señor, al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen, de nuestra sumisión a la Santa Sede; pero ¿cuántas otras Órdenes tienen la misma meta? ¿Cuál es pues la especificidad de nuestra Congregación bajo ese punto de vista? Eso es lo que le pido buscar y, si le falla la reflexión, la memoria le recordará lo que yo le he dicho tan a menudo.

Habla usted de nuestra energía, pero ¿cuál es su fuente? Otra pregunta que espera respuesta. Note que lo que destaca a una familia religiosa son las ideas. Hay que difundirlas. Y para comunicarlas a otros es absolutamente necesario tenerlas, y sobre todo saber darles forma. Eso sólo se consigue mediante la reflexión. Espero pues que usted continúe reflexionando y expresando el resultado de sus meditaciones y, con la ayuda de Dios, llegará por su propio esfuerzo a compenetrarse tan bien del espíritu de la Asunción que será luego capaz de transmitírselo fácilmente a sus hijas.

Espero que haga usted un trabajo más desarrollado donde me diga: 1º Qué hay de más especial en la Asunción, en el amor a Nuestro Señor, al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen; 2º ¿De dónde saca su energía la Asunción?

17 de julio de 1869

A la Madre Correnson

Como a una santa ...Vamos a ver, ¿quiere usted que le hable como hablaría a una santa?

1º Tiene usted que tomar la resolución de dar a entender cada vez más que el poder sólo le importa porque

se lo han impuesto; para eso le falta aún limar bastante delante del Señor algunas partes angulosas de su querida pequeña personalidad.

2° Tiene que olvidar un poco más los puntos de vista que provienen de ciertas personas para tratar más los asuntos en sí mismos y en un sentido más general. Le señalo aquí un escollo que proviene más de su sexo femenino que de su naturaleza propia; creo incluso que con su personalidad usted posee todo lo necesario para liberarse de cualquier inconveniente propio más bien de su naturaleza femenina que de su carácter personal. Al contrario, la considero muy capaz, por poco que se esfuerce, de conquistar el don de dejar de lado las pequeñeces de las cosas; pero para esto usted tiene que hacer esfuerzos todavía.

3° Usted ama mucho a Nuestro Señor como su esposo, quizá no tanto como su rey. Impulsa muy lejos la delicadeza de sus relaciones con él; lo quiere para usted sola; pero la Fundadora de las Oblatas tiene que quererlo para sus hijas y para cuantas almas sus hijas conviertan y para toda la Iglesia y para todos los pecadores. Esfuércese por levantarle un trono en su corazón y preocúpese constantemente de los medios necesarios para ponerlo sobre un trono que domine todos los corazones. Y para eso, no sólo tiene que orar mucho y ofrecerle sus sufrimientos como un medio para cooperar al misterio de la redención, sino que debe preocuparse mucho más de todo cuanto pueda interesar a la gran causa de la Iglesia. Me parece que su inteligencia debe crecer mucho en ese aspecto.

Olvidese de las tentaciones de toda clase que le sugiera el diablo; es una manera muy hábil que tiene él de hacerle perder el tiempo. Mucho mejor empleado estaría ese tiempo si usted se dedica, en cuanto su salud se lo permita, a estudiar todo aquello que le haga comprender

las grandes necesidades de la Iglesia. Hay en esto todo un mundo nuevo que se abre para usted. Queda por ver qué hará usted, qué podrá usted hacer. Sé por experiencia que cierto cansancio físico impide el trabajo del espíritu. Por eso en ese aspecto, para no hablar de otros, mis deseos más fervientes son que recupere usted la salud en Vichy.

Usted no quiere que se petrifique ahí su corazón, y tiene toda la razón. Preferiría que pudiese usted hacerlo mil veces más grande y más ardiente para con cuánto hay de grande, de bello, de divino en las perfecciones de Jesucristo y en la causa de la Iglesia. Tiene que entrar en una vida completamente nueva mediante cierta fuerza de la inteligencia, de la que usted es extremadamente capaz, y mediante la dilatación de su capacidad de amar a las almas, como Nuestro Señor mismo las ama. María, regrese como una verdadera santa. Se lo repito, sin que usted se petrifique, corte, trinche, amplíe, agrande todo lo que en usted está hecho para dirigirse hacia el infinito y entrar en la plena posesión de Dios, mediante el cumplimiento de todos sus designios sobre usted.

Adiós, hija mía. La bendigo con un desborde de cariño y con un deseo muy ardiente de verla levantar el vuelo hacia la meta de su vocación, con unas alas tan grandes como el mundo y tan potentes como las de un serafín.

19 de julio de 1869

A la Madre Correnson

Dos años ya Dentro de unos días, mi queridísima hija, cumplirá usted 27 años. Hace ya dos años que le pertenece a Nuestro Señor. ¿No cree que la soledad de Vichy pueda resultarle muy favorable para hacerla entrar en sí misma y ayudarla a meditar qué es usted ante Dios y qué debe llegar a ser?

Evidentemente, si mira hacia atrás, desde aquel famoso 27 de junio, usted ha sufrido, ha hecho proyectos que se

esfumaron, afianzó más sus relaciones íntimas con Nuestro Señor, adquirió más experiencia, ha encarado sus deberes desde otros puntos de vista, y tal vez a veces consideró su vida con cierta tristeza; también formó proyectos de perfección; tuvo horas de profundo desánimo.

¡Bueno!, pero en medio de todos esos estados de ánimo que la han dominado sucesivamente y con toda esa ciencia práctica que ha adquirido, ¿en qué disposiciones se encuentra ahora ante Dios? ¿El amor es lo más profundo de su naturaleza? Esta inmensa capacidad de amar que surge en su corazón ¿quiere dirigirla enteramente hacia Nuestro Señor?

Va a entrar usted en un periodo de la vida muy precioso. Entre los 20 y los 27 años ha atravesado muchas emociones y muchas tormentas; de los 27 a los 33, la edad de Nuestro Señor, debe usted asentar su vida en la santidad. Esta vida debe repartirse en dos: la que dará usted a los demás y la que reserve en lo más íntimo de su ser para su esposo. De esta última quiero decirle una palabra.

Cualquiera que sea su vida externa, me parece evidente que, si usted quiere, la acción de su divino esposo sobre su alma puede llegar a un límite que supere toda expresión humana. Él la espera y le pide que se dé a él. Se trata de establecer nuevos lazos.

Es un abandono sin límites; la necesidad de hacer amar y de servir es la causa de todos los intereses que hay que defender; es la pérdida de su propio ser en el suyo, de su amor en el de él. Es la renuncia a todo lo que no sea él y para él.

La vida en él es una vida nueva, una vida divina; el amor en el sacrificio es la renuncia a todo sentimiento humano de amor propio, de orgullo, de satisfacción o de provecho personal. Es el dominio del rey, del amigo celoso. Es la pérdida total de sí misma en aquél que quiere ser su todo.

He aquí, hija mía, como veo yo su vida, si la miro desde el lado de Dios. Añádale la perfección de las virtudes cristianas y religiosas; la fe, que la hará resistir a todas las ideas humanas; la esperanza, que le muestra la sangre de Jesucristo que corre incesantemente por usted y le muestra también el cielo en el más allá; el amor, que quiere transformar su corazón en un volcán; y esa pobreza, esa castidad, esa obediencia que, practicadas por usted, deben ser la perpetua predicación de una madre para con sus hijas. No sé por qué, pero mi corazón está lleno de sentimientos por usted. María, regrese a mí transformada. Es preciso que la encuentre hecha una santa. Rezo mucho por usted, hija mía. ¿No le gustaría que tuviéramos allá arriba un hermoso lugar?

Adiós. La bendigo y le ruego que reciba con esta bendición todos los votos que hago para que usted se eleve a la cima de las exigencias que tiene Nuestro Señor para con su alma.

14 de diciembre de 1869

A la Madre Correnson

Hermanas conversas ... Vuelvo sobre lo que me decía de las hermanas conversas. Uno de los motivos que me llevan a prescindir de ellas es que, si tuviera que recomenzar, tal vez las descartaría en la Asunción. No se haga ilusiones; el tiempo de las hermanas legas ya pasó.

Estoy profundamente convencido que, para lograr la conversión de los pueblos, hay que abandonar hoy sobre todo las formas aristocráticas. Vamos hacia una democracia cuyas exigencias serán tremendas; y desde este punto de vista, usted no se imagina todo lo que yo observo por acá. Los puestos de honor ciertamente ya no les pertenecen a los obispos húngaros, que son los últimos grandes señores de Europa; pertenecen a los obispos

misioneros, que van a pie al Concilio, porque no tienen carruaje. Tampoco a los grandes expertos que ayudarán a redactar decretos y cánones. Se ve que trabajan para otros y que los destinatarios del Concilio son los amigos de Dios, los pequeños y los pobres. Créame, ahí está el poder del futuro. Si aún se puede salvar el mundo, lo será por la pobreza y la humildad.

Si algo pudiera apesadumbrarme, sería ver desviarse la obra de las Oblatas; y si pudiera buscar una razón de mi debilidad por ellas, sería precisamente ese espíritu más humilde y más apto, creo yo, para llegar a esa porción del mundo que Nuestro Señor ama muy especialmente y de la que es urgente ocuparse en primer lugar. Lo que usted podría hacer en adelante es tener una mayor exigencia en la selección. Auméntela, pero sobre todo mediante un espíritu de gran santidad que se verá en sus hijas, porque estará presente en su madre.

28 de febrero de 1870

A las Oblatas de la Asunción

**Recomendaciones
para la Cuaresma**

A veces me pregunto si se imaginan cuánto pienso en ustedes y cómo las tengo continuamente presentes en mi mente. Cuanto más pienso en la finalidad de su fundación, más me convengo de que hay en su obra los elementos para hacer un gran bien. Sólo que, como ya se lo dije tantas veces, el germen necesita ser desarrollado. Para esto se necesitan varias condiciones. He pensado recordárselas al inicio de la Cuaresma.

1º *Un gran olvido de sí mismas.* Una Oblata que incessantemente se vuelca hacia su querida persona no llegará jamás a algo grande. Y ya ven con qué facilidad se cae en esto. Vemos un abuso cualquiera, una violación de la Re-

gla, un defecto en una Hermana, y uno se dice: “¿por qué no puedo yo hacer lo mismo?”. Se recibe una llamada de atención e interiormente se piensa que siempre me caen a mí y nunca a las otras. Vemos que hubo alguna atención especial para con una hermana, y nos sopla el diablo al oído: “¿por qué no la hubo también para contigo?”. Nos sentimos fervorosas y miramos de reojo a ver si la comunidad se da cuenta; y pensamos que en la comunidad sólo hay ojos para ver lo malo. ¿Conocen ustedes a algunas personas así?

2º *Espíritu de oración.* Queridas hijas, recuerden que nunca tendrán tantas facilidades como ahora para ejercitarse en la oración. ¡Cuánto quisiera yo que, en medio de todas sus labores, estuvieran siempre unidas de corazón a nuestro divino Dueño! Ambiciono a veces que mis hijas tuviesen el poder de conseguir para mí todo lo que necesito. Es muy cierto que en ninguna otra rama de la Asunción confío tanto como en las Oblatas de Nimes y de Le Vigan para que le hagan violencia a Nuestro Señor en favor mío. Por supuesto, creo que almas santas tienen la bondad de orar por mis obras, pero yo confío en que las mejores intercesiones por las demás obras salgan de vuestras dos capillitas. Pero al mismo tiempo, ¡qué obligadas están ustedes a que sus oraciones vayan acompañadas de virtudes muy especiales y de aquel fervor que atraviesa las nubes y llega hasta el trono de Dios!

3º *Una obediencia franca y leal.* ¡Ah!, hijas mías, quizá me hago ilusiones, pero no es la dureza del gobierno lo que les da miedo de su Madre o de mí. A veces me reprocho de no ser bastante severo, ¡pero bueno!, quizá eso cambie un día, mientras tanto obligo en conciencia a su Madre a que las trate con franqueza. Por parte de ustedes, creo que tienen que obtener de Nuestro Señor esa obediencia que lo llevó hasta la muerte y muerte de cruz. Si durante esta Cuaresma hacen algún progreso en ese

sentido, ya sería un gran logro. ¿Qué más les diría sobre los males de la desobediencia que no sepan ya? No voy a insistir. Sólo que, como la desobediencia es tan funesta, huyan de ella.

4° *La caridad fraterna.* Les suplico: estén muy unidas entre ustedes. Todos tenemos defectos y necesitamos que los demás tengan con nosotros una inmensa paciencia. Cuando se presente la ocasión, tratemos de practicarla alegremente por nuestra parte; evitemos todo cuanto pudiera lesionar su autoridad o sus derechos. Cuando yo vuelva, quisiera muy especialmente encontrar en el fondo de sus corazones estas disposiciones, de modo que se note bien, en toda la extensión de la palabra, que tienen un solo corazón.

5° *El amor a la Iglesia.* Algo muy natural para ustedes, tanto por su vocación como por las circunstancias presentes. Ustedes deben ser muy especialmente las obreras de la Iglesia y, al mismo tiempo, tienen que pensar que, teniendo la dicha de vivir durante un Concilio, han de aprovechar al máximo el cúmulo de gracias que tal ocasión les depara, como auténticas cristianas. Recuerden que están destinadas a promover el amor a esa Iglesia a la que confió Dios la salvación del mundo.

6° *El amor a Nuestro Señor.* Por ahí hay que empezar y terminar. ¿Qué es una Oblata de la que Jesucristo no es la vida? ¿Qué es una Oblata que comulga varias veces por semana y no es *un todo* con su esposo? ¿Qué es una Oblata que va a misa todos los días y que piensa más bien en otras cosas que en inmolarse completamente a su esposo, a fin de demostrarle que lo ama como esposa suya? Jesús el Salvador le ha probado su amor inmoldándose por ella. Amen pues a este divino Dueño con un amor ardiente, absoluto, celoso de sus derechos, pero demuéstrenselo

sobre todo en la perfección con que imitan los ejemplos que él les da.

20 de abril de 1870

A la Madre Correnson

Hija de la Iglesia ...Me persuado a veces de que Dios, eligiendo lo más débil del mundo para confundir a lo más fuerte, reserva para las Oblatas una maravillosa misión.

Esto depende de usted si, dejando de lado tantas pequeñas miserias, se dedica a inculcar a fondo en sus hijas toda la amplitud y toda la altura de miras del espíritu católico. Tiene que ser hija de la Iglesia Católica; no debe tener otra preocupación más grande que ésta y debe impulsar todos sus esfuerzos hacia esta meta. Para esto no se necesita una gran inteligencia, pero sí hace falta tener un inmenso espíritu de fe, que debe transmitírsele a sus hijas. Hábleles de la Iglesia con frecuencia; lea, mientras su salud se lo permita, cuanto se refiera a la Iglesia y le ayude a comprender cuán bello es servir la causa de Nuestro Señor y de su Iglesia. Una continua preocupación mía es ver qué podemos hacer al respecto...

27 de noviembre de 1874

A la misma

Una misión más especial ...Hace ya algún tiempo que ando preocupado por darles a las Oblatas una misión más especial con relación a los religiosos y a las demás obras de la Asunción. Ahora bien, leyendo en los Estudios del P. Danzas sobre los primeros tiempos de los Dominicos, encuentro lo que dice sobre el Beato Jordán de Sajonia, que fundó en Bolonia el convento de Santa Inés destinado sobre todo a conseguir vocaciones para la Orden de Santo Domingo. Le escribe continuamente a la Bea-

ta Diana, superiora de ese convento, para informarle de los candidatas que ha recibido gracias, como dice, a las oraciones de sus hijas. Le suplica que continúe y al mismo tiempo que dé gracias a Dios por todos los novicios que toman el hábito. ¿Por qué no se propondría usted una meta semejante? Puesto que han sido fundadas para ser nuestras auxiliares en las misiones, tienen que implorar para nosotros santos misioneros. Y si con sus oraciones, sus penitencias, sus comuniones, sus buenas obras, todas ustedes, mis hijas Oblatas, tejen con nosotros lazos de familia más íntimos, ¿acaso no podemos esperar que Dios será así glorificado? Esto me preocupa desde hace algún tiempo. Lo que le digo es un germen apenas. Si viene de Dios se desarrollará poco a poco y traerá grandes frutos, con la bendición de lo alto...

4 de enero de 1875

A las Oblatas de la Asunción

**Misterio de la
Epifanía**

Quería escribirles esta mañana, mis muy queridas hijas, pero estuve tan ocupado con otra correspondencia que no me quedó tiempo para cumplir mi propósito. El tiempo pasa y su formación religiosa debe avanzar también. Para ayudarlas quisiera hablarles del hermoso misterio de la Epifanía desde un punto de vista especial. Fíjense en primer lugar que, después de los pastores, llegan también los Magos al pesebre. Alrededor de un Dios nacido en la pobreza hacían falta los pobres como sus primeros adoradores, lo mismo que para los primeros predicadores del Evangelio hacían falta los ignorantes. Esto era el milagro; pero después de probar con milagros su misión divina, Dios no quiere seguir haciendo milagros sin parar. Por eso, después de los pastores, llegan los magos, es decir la gente culta. La adoración de los magos fue sin duda un milagro, a causa de la estrella que se les apareció;

pero hubiera brillado inútilmente en el cielo esa estrella si no hubiesen sabido que era la del rey de Judá.

La Congregación de estudes estaba formada al principio por chicas que no sabían mucho, luego poco a poco fueron llegando personas mejor instruidas y espero que vendrán otras. Empezaron los pastores, siguieron los magos. No sabemos qué quedó de los pastores de Belén; lo que quedó de los magos fue la preparación al Evangelio en Oriente. Por eso la Iglesia no celebra la fiesta de la adoración de los pastores, en cambio ha hecho de la adoración de los magos una de sus grandes fiestas. Primero fueron invitados los pastores, en segundo lugar los magos, pero se da más énfasis a los magos.

Conclusión práctica: es bueno que entre ustedes algunas no sepan mucho; pero es indispensable, mientras el Espíritu Santo no renueve el milagro de Pentecostés, que ustedes lleguen a ser capaces lo más posible de estudiar y de saber, para después enseñar.

Estas reflexiones, queridas hijas mías, me parecen de la mayor importancia. Deben ustedes entregarle a Nuestro Señor todo el trabajo de la mente de que sean capaces; y me parece indispensable que entiendan bien su obligación en este punto. Algunas, por supuesto, no pueden empezar estudios que les serían inútiles; pero en lugar de sacar satisfacción y vanidad, deberían humillarse. En cuanto a las otras, que ya saben un poco más, que reconozcan que se podría hacer un libro muy gordo con lo que ignoran y uno bien chiquito con lo que saben.

Invoquen a los pastores, mis hijas más ignorantes; invoquen a los magos, mis hijas que tienen la obligación de alcanzar mayor instrucción. Sean muy humildes: unas porque no saben nada, otras porque siempre sabrán demasiado poco. Pero si las unas y las otras son humildes,

se darán cuenta de cuántas gracias atrae la humildad sobre sabias e ignorantes, aunque sólo fuera la conservación de la caridad.

Mil veces suyo en el Niño Jesús, adorado por ignorantes y sabios.

10 de septiembre de 1876

A las Oblatas de la Asunción

Testamento espiritual Les presento el testamento espiritual que les he destinado.

No sé si les predicaré otros retiros, pero en el momento en que el envío de algunas de ustedes a Andrinópolis nos permitirá establecer en esa misión una regularidad definitiva, cuando un noviciado más numeroso nos da esperanzas más sólidas para el porvenir, cuando el paso del tiempo les ha permitido establecer tradiciones más estables en la Casa madre, y en fin, cuando de acuerdo con su Madre General he establecido un Consejo para que la ayude con su colaboración, me ha parecido muy importante decirles con qué espíritu me gustaría verlas avanzar hacia la perfección en las virtudes religiosas, según su vocación particular.

Conserven pues el esquema de estas instrucciones como el fundamento de su vida espiritual. Ya les di unas Constituciones y un Directorio. Ambos trabajos son casi los mismos para ustedes y para los religiosos. En este retiro quisiera acentuar más enérgicamente el sello distintivo y la característica por la que se las va a reconocer como verdaderas hijas de la Santísima Virgen, Reina de los Apóstoles.

Anímense, pues, mediante un nuevo celo por su santificación personal, tal como se les exige para ser unas valientes obreras en esos campos que tendrán que regar con sus sudores durante mucho tiempo, antes de ver florecer las cosechas que el padre de familia espera.

No todas ustedes tienen el mismo trabajo, pero sí la misma meta. Lo que no consigan con la palabra deberán obtenerlo mediante la oración, el trabajo que será su penitencia principal, la edificación, la unidad en la obediencia a sus superiores y una gran caridad entre ustedes.

No se sorprendan si les hablo con cierto vigor. En el momento en que estamos, conviene suprimir de raíz hasta el menor abuso y recordarles la gran santidad a la que tienen que tender, si quieren ser auténticas religiosas misioneras.

Que Nuestro Señor, la Santísima Virgen y los Apóstoles las tomen bajo su protección, para que puedan ustedes iluminar a aquellos que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte y dirigir sus pasos por el camino de la paz.

30 de enero de 1877

A la Superiora
de las Oblatas de Andrinópolis

...Aquí tiene algunas observaciones sobre lo que me parece a mí que debe ser una superiora en Andrinópolis. Para comprenderlo bien, méditelo largo rato y dese tres veces la disciplina.

Nota sobre cómo debe ser una Superiora Oblata en misiones extranjeras.

1° Su meta ha de ser, ante todo, la de santificarse mediante el más completo olvido de sí misma, poniendo siempre el espíritu de Nuestro Señor en lugar del suyo, y no siendo más que su instrumento en aquello que pueda hacer de bien por la salvación de las almas.

2° Debe renovar con la mayor frecuencia posible el don de sí misma a Jesucristo, su esposo, recordando que no sólo es su sierva, sino su esposa, y para eso debe suplicar incesantemente alcanzar el más ardiente amor en todos los detalles más simples de la vida.

3° No es solamente esposa de Nuestro Señor en cuanto religiosa, sino que es también madre como superiora, y por lo tanto debe tener para con las almas de sus Hermanas una ternura lo más materna posible. Para cumplir bien con su deber, debe hacer observar tanto la Regla como el espíritu de la Regla, no dejando pasar jamás ninguna violación que la infrinja, pero sobre todo inspirando el deseo de asumir ese espíritu, que se pierde tan fácilmente cuando no es objeto de una atención muy particular.

4° Debe castigar, pero con buen tino, mucha calma, dulzura y firmeza.

5° Tiene la obligación de ser siempre un modelo viviente, de tal modo que siempre puedan decir sus Hermanas: “nuestra superiora es una verdadera santa”. Si no lo llega a ser, toda su acción será nula.

6° Pero no debe ser santa para sí misma, sino que debe serlo para las demás, en el sentido de que debe tener las virtudes de una superiora. Estas virtudes consisten sobre todo en:

1° El olvido de sí misma, de tal manera que sólo se vea a Dios a través de ella.

2° La ternura materna.

3° La previsión de cuanto pueda suceder.

4° Una gran prudencia.

5° Una cierta iniciativa para el bien que hay que hacer afuera.

6° Mantener la caridad entre las Hermanas.

7° Reprimir cualquier abuso desde el principio para evitar así penosos desórdenes.

8° Velar para que las Hermanas no pierdan el tiempo, sobre todo en charlas inútiles. La superiora que no se preocupa de suprimir tales conversaciones se hace culpable de los pecados, a menudo mortales, que no impida.

9° Pensar en la eternidad y en la locura que significa, siendo religiosa, no hacerlo todo por Dios, y en la terrible cuenta que tendrá que rendirle por todas las gracias desperdiciadas.

10° En fin, pensar en el cielo y en la recompensa que tiene allí reservada la religiosa que habrá luchado bien.

12 de abril de 1879

A la Madre Correnson

Amor a Jesucristo ...¡Que Nuestro Señor le conceda la alegría de su Resurrección, pero sobre todo que le dé sus virtudes! ¡Cómo me gustaría, cuando nos encontremos, que pudiésemos reconocernos como verdaderos discípulos del Dios resucitado! ¡Cómo le deseo los verdaderos ardores del cielo y el menosprecio de todo lo que es creado, así como la preocupación por el Reino de Dios y la voluntad decidida de hacerlo todo *propter amorem Domini Nostrí Iesu Christi!* ¡Vea, tenemos que convertirnos! Es mucho lo que nos queda por hacer para no entregarnos a ello lo antes posible y de una vez por todas...

INSTRUCCIONES A LAS OBLATAS

MARTES DE PASCUA

30 de marzo de 1875

Vamos a hablar hoy de la aparición de Nuestro Señor a todos sus Apóstoles y a sus discípulos reunidos. Era la fiesta de Pascua por la tarde y, probablemente, los discípulos de Emaús ya habían regresado. Estaban cerradas las puertas, aparece Jesús en medio de ellos y les dice: La paz sea con ustedes [Juan 20, 19].

La paz de Nuestro Señor Hijas mías, hay diferentes paces. Así, la paz que le impone el vencedor al vencido es una especie de condición a veces muy desagradable de aceptar. Una Superiora, una Madre pone paz restableciendo el orden, pero no puede poner toda la paz que desearía. La paz que trae Nuestro Señor es muy particular, ya que es el vencedor de la muerte, la muerte de la muerte, como dice el profeta; viene con toda la plenitud de su poder a traer la paz a los hombres. Pues tengan en cuenta que verdaderos pacíficos sólo pueden serlo los fuertes, y que sólo la debilidad de ustedes es lo que ocasiona desconcierto y desorden. Si ustedes fueran fuertes, poseerían en paz sus almas y la impaciencia que las agita a veces es justamente una prueba más de debilidad. Observen un árbol muy fuerte; por más que sople el viento, su tronco sigue inmóvil; ciertamente las hojas se agitan porque son débiles; las ramas nuevas se agitan también, pero a medida que crecen y se vuelven fuertes, se quedan inmóviles. Sin embargo,

la paz que trae Jesús no está exenta de sufrimientos; ya lo dicen las Sagradas Escrituras: Habrá una amargura muy amarga en la paz que ustedes disfruten. Esa es la paz de Nuestro Señor al subir al Calvario; una paz impregnada de los dolores de María al pie de la Cruz; la paz de todos los santos en medio de sus trabajos y sufrimientos.

En el Antiguo Testamento se dice: Dios tienta a Abraham; efectivamente, no fue Satanás quien lo tentó, sino Dios mismo para probar su fe; y cuando Isaac lleva la leña del sacrificio y pregunta por la víctima, Abraham se contenta con decir: Dios proveerá [Génesis 22, 8]. Abraham es fuerte y posee la verdadera paz. Si quieren ustedes alcanzar la paz, ejercítense en ser fuertes.

Llevar la paz

Pax vobis, dice Jesús. Es lo que él trae: ni riquezas, ni honores, sino la paz. Recibamos pues esta paz del divino Maestro y aprendamos también nosotros a darla. Jesucristo sufrió: por eso tiene derecho a darnos la paz. Aprendan a sufrir, ustedes también hijas mías, para ser verdaderas religiosas, Oblatas fervorosas que lleven la calma y la paz del Señor por doquier fueren enviadas.

De la misma manera que Jesús se entregó por ustedes, sepan con su ejemplo entregarse por los demás. Hay algo realmente maravilloso al aspirar a esta semejanza con Nuestro Señor, que es sin embargo el deber que les impone su vocación. Mediante el ejemplo de sus virtudes deben ustedes llevar la paz al mundo. Pero recuerden que, antes de llevar la paz a los demás, hay que poseerla uno mismo y tenerla entre ustedes como los ángeles en el cielo.

Antes de la venida del Espíritu Santo, vemos que los Apóstoles se peleaban entre ellos, pero Jesús no les hizo ningún reproche en su primera aparición; sólo piensa en la alegría de encontrarlos a todos de nuevo y les dice:

¡La paz sea con ustedes! ¡Singular modo de dar la bienvenida!

Aceptar la paz *Pax vobis!* Luego dice: ¿por qué se turban? Vaya consolación

para tantos predicadores que quieren llevar la paz y que a veces perturban a todo el mundo. “Vean que soy yo mismo” [Lucas 24, 39], dice Jesús. ¡Qué misericordia la de Nuestro Señor! Los Apóstoles, espíritus burdos, dudan aún que sea Jesús; piensan que se trata de un espíritu y no de un hombre resucitado. ¿Qué situación es ésta? Es la de una persona a quien Nuestro Señor le habló al fondo de su corazón; soy yo, le dice; es tu Jesús que te trae la paz, la fuerza, el amor. ¿Van a rechazar tales dones? ¡Por desgracia, sí! Porque hay en nosotros un cierto fondo de orgullo, una tonta vanidad que nos ofusca y nos paraliza para el bien.

Si bajásemos a lo profundo de nuestro corazón, Jesucristo nos enseñaría en primer lugar a ser humildes y a vernos pequeños. ¡Mira estas cicatrices de mi amor en mis pies y en mis manos; vine hacia ti para mostrarte cuánto te amo; camina en la obediencia y en la paz; no busques demasiado tener razón y cree que mi presencia es verdadera; no es imaginación, yo sufrí en mi cuerpo y tú deberás sufrir también en tu cuerpo!

Vean, mis queridas Hijas, la necesidad de aceptar la paz de Jesucristo; no es una sombra, sino una realidad; es un hombre que ha sufrido y que ahora está glorificado. Sin embargo, como ustedes pueden ver, los Apóstoles aún no creen, pero están admirados. ¿Qué hace entonces Nuestro Señor? Les dice: “¿tienen algo de comer?” [Lucas 24, 41], y ellos le ofrecieron pescado y una porción de miel. Después de comer delante de ellos, tomó las sobras y se las dio. ¡Qué condescendencia la de Nuestro Señor para convencer a sus Apóstoles! Sigamos su ejemplo y dejemos al menos obrar a Jesucristo en nosotros; no

pongamos obstáculos a su acción divina y él nos tratará entonces con ciertas gracias especiales para atraer nuestras almas e inflamar nuestros corazones. La miel que ofrecieron los Apóstoles a Jesús es figura de la misión del Salvador en la tierra y el pescado, ἰχθύς, es la palabra compuesta de cinco letras que quieren decir: Jesucristo Hijo de Dios Salvador.

La razón de que no nos comuniquemos bastante con Nuestro Señor es porque nuestra fe es débil; lo digo y lo mantengo, que una religiosa después de la comunión debe creer que Jesucristo está realmente en ella y debe preguntarle sobre la perfección que debe alcanzar y qué medios debe emplear para conseguirlo. No hay que quedarse sólo en las dulzuras, en las alegrías de la comunión; hay que recibir a Nuestro Señor como el varón de dolores y llegar a ser una hija de sacrificio.

Escuchar y comunicar la palabra de la paz Era necesario que se cumpliera todo lo que estaba escrito; les abrió luego el espíritu para que entendiesen las Escrituras. Es incontestable, mis queridas Hijas, que Dios se comunica a las personas que caminan en la humildad y el amor, y que un alma pura, recta, franca y humilde recibe luces incomparables que las demás no tienen. Cuentan que San Carlos Borromeo y San Felipe Neri no podían ponerse de acuerdo sobre un punto de teología; fueron a buscar a Félix de Cantalicio quien, aunque ni siquiera sabía leer, les dio sin embargo una magnífica explicación sobre el pasaje que no habían podido entender. ¿Acaso no es consolador para ustedes, Hijas mías, pensar que Dios podrá revelarles sus secretos a pesar de su pequeñez? Por eso escucharé lo que el Señor mi Dios dirá en mí, porque me dará palabras de paz. ¡Mil veces dichosas las personas que escuchan la Palabra de Dios y sobre todo que la ponen en práctica! La lección, Jesucristo, es una lección de sufrimiento. Era nece-

sario que Cristo sufriese de esa manera, que resucitase al tercer día y que se predicase en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones. Ustedes se han hecho Oblatas, Hijas mías, y su título y su vocación las obligan a predicar también la penitencia y la remisión de los pecados donde quiera que las envíen. Es la misión que Jesús confió a los Apóstoles, a sus sucesores los obispos y a los sacerdotes; pero a ustedes también, en su calidad de hijas apostólicas: su misión es predicar con el ejemplo y encender en todos los corazones el fuego más ardiente del amor de Dios.

Examinen, les ruego, la forma en que Nuestro Señor procede para formar apóstoles; elige gente ruda, espíritus incultos y a ellos les confía la misión de enseñar y de extender su doctrina divina por el mundo entero. Pero la debilidad de los instrumentos será una nueva prueba de la verdad del Evangelio y su pronta difusión otra prueba que evocará San Pablo cuando dice: “Sonaron ya las doce trompetas por todo el mundo y no queda región alguna en el universo que no haya oído la buena nueva”.

TOMA DE HÁBITO DE LA HERMANA TERESA AGUSTINA

25 de septiembre de 1878

Quam pulchri super montes pedes praedicantis pacem, evangelizantis bonum (Isaías 52, 7).

¡Qué bello es, sobre los montes, Jesucristo anunciando la paz y evangelizando el bien! Los montes en que se apoya son los Apóstoles, dice San Jerónimo; pero los pies de los Apóstoles son muy hermosos, y también los pies de aquellos que anuncian la paz y evangelizan el bien. Bellos son tus pies, mi querida hija, pues están des-

tinados también a llevar la paz y el bien. Y si bellos son tus pies, como los de Jesús y como los de los Apóstoles, qué diré de tus manos destinadas a llevar los bienes de la caridad; de tu cabeza, que debe guardar el tesoro de la verdad para proclamarla; de tu corazón, que debe ser un volcán de amor, cuyas benéficas llamas lleven en lontananza el fuego de la caridad de Jesucristo. Vengo pues a decirte: Sí, eres muy bella a los ojos de quien quiere ser tu esposo, pero con una condición: que, además de las virtudes religiosas que debes practicar, tienes que adornarte con las virtudes de la virgen misionera, que resumo en tres principales: menosprecio de sí misma, amor y confianza.

1º Menosprecio de sí misma

Acaso no dice el Apóstol: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret* [1 Corintios 1, 27-28]. Busque ese carácter apostólico. ¿Quién mejor que el Apóstol de las naciones lo ha conocido? Para ser un instrumento poderoso de Dios tiene uno que ser un instrumento débil. ¿Por qué? Porque donde más débil es el instrumento mejor resalta la fuerza de la mano que lo empuña. No basta que usted sea débil, tiene que estar profundamente convencida de esto y es importante que entienda que usted no es nada. Porque con la nada destruye Dios lo que es: *Et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere acaso Dios la destrucción de los seres que creó? En absoluto; pero quiere la destrucción de sus errores, de su ignorancia, de sus vicios, de sus pecados. Pero para eso quiere que nos demos cuenta de que es él quien actúa y no la creatura. Es necesario que Dios actúe enteramente, pero cuanto más él actúe, más debe sentir la creatura que no es nada y someterse a la acción de Dios manifestada por los superiores.

Ahora bien, la debilidad es tanta que nunca condenaré lo suficiente a ciertas religiosas. Son como esos ídolos de que habla el Salmista. Tienen ojos y no ven, no prestan atención a nada: *oculos habent, et non videbunt*; tienen oídos y no oyen: *ares habent, et non audient*; les habla uno y como si nada les dijese; *nares habent, et non odorabunt* [Salmo 115, 5-6], incapaces de inhalar los celestes perfumes que esparce sobre ellas su esposo; permanecen en no sé qué vulgaridad que las hace incapaces de recibir el impulso que Jesucristo quisiera imprimirles. ¿Por qué? Porque sus ojos se fijan en la Regla, sin comprender el espíritu de la misma; porque sus orejas escuchan las órdenes de los superiores pero su distracción no les permite fijarse en las órdenes recibidas; porque por más que respiren la atmósfera de la vida religiosa, les falta el necesario tacto para captar tanto su misteriosa belleza como sus santas exigencias.

Usted no será una de esas vírgenes necias porque, cuanto más sienta que es poca cosa, mayor necesidad sentirá de respirar la vivificante brisa de la perfección, de escuchar las directrices que le den, de fijar su vista en los más ligeros ademanes de aquellos a quienes viene a pedir la formación en la vida religiosa. *Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, sicut oculi ancillae in manibus dominae suae; ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* [Salmo 123, 1-2].

2º El amor de Dios

Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur [Lucas 12, 49], decía Nuestro Señor. De modo que quien quiera unirse a la obra de Jesucristo debe estar inflamado de un inmenso amor. Por eso la exclamación del Apóstol: *Charitas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Hay que sentir el fuego de ese amor y, como el di-

vino Maestro, echar una mirada sobre esas naciones que parecen ovejas sin pastor: *Tamquam oves non habentes pastorem* [Marcos 6, 34]. Falta el pastor allí donde la enviarán un día. Las ovejas sobreabundan, ya que esas víctimas tan numerosas han sido bautizadas. Pero ¿dónde está el verdadero pastor? Jesucristo sólo dispone allí de mercenarios.

Pero profundice en el misterio. El reino de los cielos se parece a una red que arrojada al mar recoge toda clase de peces. Están bautizados esos cismáticos, como lo están también tantos católicos indignos del carácter que se les ha impreso. Pues bien, cuando llegue el momento, vendrán los ángeles, esos ayudantes de los pescadores apostólicos, y separarán a los buenos de los malos. Pero aquí está el misterio. ¿Qué eran los Apóstoles, qué eran los primeros discípulos? ¿No se los podría colocar también entre los peces malos y peligrosos? ¿Quién los volvió buenos? ¿Quién hizo aquella maravillosa pesca de 153 peces excelentes? Fueron los Apóstoles, pero el verdadero autor fue Jesucristo. Ahora bien, ¿por qué Jesucristo? Porque nos ha amado y porque acababa de derramar su sangre por nosotros.

Pues bien, mi querida hija, el amor de Jesucristo hizo esos prodigios, e imitándolo a él, usted hará otro tanto, si así lo quiere. Y mientras el amor de las almas consume su corazón, bajo la presión de los pies del divino Salvador usted trabajará por la conversión de las almas y les hará un gran bien; transformará esos peces y hará una pesca abundante. Ame, pues, las almas con un olvido total de sí misma; ame las almas de sus superiores para obedecerles de manera exacta, en verdad y con inteligencia; ame las almas de sus Hermanas para edificarlas; ame las almas de los herejes y cismáticos para esclarecerlos y convertirlos. Esta es su vocación, de la que el amor de Nuestro Señor la hará digna.

3° La confianza en Dios

¡Qué locura humana empeñarse en derribar el cisma griego, oriental, ruso, con unas pobres mujeres! Acuértese, hija mía, de la visión de aquel rey de Asiria que vio en sueños levantarse ante él una inmensa estatua, que una pequeña piedra la derribó y la redujo a polvo, a pesar de su altura. ¿Quién puede decir que Dios no prepara también hoy piedrecitas, motas de polvo, con las que operar grandes cambios? Dios se sirve de todos los medios y también se servirá de usted, una pobre hija, tanto o más incapaz que Pedro, Andrés, Santiago y Juan, de los que hizo sus apóstoles. ¿Bajo qué condición? Que esté usted convencida de que todo lo puede en Aquél que la conforta. ¿Qué tendrá frente a usted? Un inmenso imperio, corroído de arriba abajo por la incredulidad, los vicios, la borrachera. ¿Y qué es usted? ¡Nada! ¿Qué era San Pablo cuando habló por primera vez en Atenas? ¿Qué era San Pedro cuando vino, él, hombre inculto, a enfrentarse con la Roma de los Césares? Pero está dicho: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo* [1 Corintios 1, 19].

¿Quién puede negar que se preparan en estos momentos inmensos trastornos? Según la sabiduría humana, ¿a quién pertenece el porvenir? A los revolucionarios y anarquistas. Pero, según la locura de Dios, a menos que caigamos en el reino del Anticristo, a los más humildes, a los que más aman, a los que más confían en Dios y no en sí mismos.

Venga pues, hija mía, a tomar el santo hábito y ejercítese en el menosprecio de sí misma, en el amor a Jesucristo y en la divina confianza para las grandes cosas a las que Dios destina su nada. Escóndase en las fecundas sombras del noviciado; enciérrase durante tres años como se encerró tres días Jesús en el sepulcro. Saldrá de él victoriosa,

sabiendo morir a sí misma. La humildad le habrá dado muerte al pecado, el amor la transformará y la confianza en Dios le hará alcanzar esas victorias con las que su esposo la coronará por toda la eternidad. Así sea.

INICIO DE CLASES

2 de octubre de 1879

*Angelis suis mandavit de te, ut
custodiant te in omnibus viis tuis*
(Mateo 4, 6).

Hoy han sido confiadas a dos clases de ángeles: a sus ángeles de la guarda, aquí presentes, y a sus maestras, encargadas de cumplir ante ustedes la misión de los ángeles. ¿Y qué les pedimos a ustedes que sean? ¡Ángeles!, y que los imiten en todo lo que de ustedes dependa.

Encuentro que hay tres condiciones que cumplir.

1° Los ángeles encuentran su dicha en la contemplación de la verdad eterna. Ustedes, para prepararse a contemplarla un día, tienen que estudiarla con gran espíritu de fe, a pesar de la imperfección de su naturaleza humana.

2° Los ángeles son los mensajeros de Dios y le obedecen. Del mismo modo, ustedes tienen que practicar la obediencia de fe para con sus maestras, así como los ángeles obedecen a San Miguel, el príncipe de las milicias celestiales.

3° Los ángeles se aman entre ellos, mientras que los demonios se detestan. Miren a ver si entre ustedes quieren amarse como los ángeles en lo alto, o detestarse como los demonios en el infierno.

Ya ven qué meta les propongo: hacer de esta casa como la antesala del cielo.

BENDICIÓN DE LA CAPILLA

15 de abril de 1880

Antes de celebrar por primera vez los santos misterios en esta capilla, —que un hombre de arte consideraba hace unos días como un monumento único en Nimes, no tanto por la amplitud y capacidad, o el tipo de materiales exteriores, sino por la pureza de sus líneas, la armonía del conjunto y la perfección de los detalles—, déjenme evocar el recuerdo y el pensamiento de todas aquellas personas por quienes voy a ofrecer la Víctima por excelencia.

El edificio material ¡Cuántas han venido, desde hace quince años, a inscribir sus nombres en la naciente asociación de las Oblatas y ya no están aquí! Bien porque hayan entregado el último aliento en tierra de Francia, o bien porque hayan preferido, antes de partir al cielo, hacer un ensayo de apostolado al que Dios las había llamado.

Permítanme sobre todo pronunciar el nombre de aquella valiente cristiana con quien había preparado yo durante largo tiempo una obra que sólo pudo atisbar de lejos, pero que en su lecho de muerte quiso inscribir su nombre en esta naciente familia y que, desde el cielo, donde probablemente intercede por sus hermanas, continúa entregándoles el afecto que les prodigaba acá en la tierra. Se trata de la señorita Eulalia de Régis, que vino a ayudar en los humildes inicios de Rochebelle y que, cuando una colonia de Oblatas emigró de Le Vigan a Nimes, las rodeó de sus atenciones. Por la ayuda que me aportó, por su generosidad, es ciertamente una de las fundadoras de las Oblatas de la Asunción.

¡Cómo no oraría yo por el hábil y concienzudo director de estos trabajos! ¡Con qué ciencia preparó los planos y ejecutó su obra! ¡Cómo no oraría también por su sin-

cero colaborador! Miren a este hombre, un prototipo de buen nimeño, cuya inteligencia, energía y perseverancia se unen a la bondad y a esa fe antigua, lista para toda abnegación, que hacen de Nimes una ciudad aparte en nuestra hermosa Francia.

Oraré por todos ustedes, señores, que supieron asociarse tan bien para esta obra común. Incluso oraré por aquellos que no cumplieron su palabra; pues, si hoy no pueden sentarse las religiosas en la magnífica sillería encargada hace tiempo, no podemos menos de felicitarlos, ya que una delicada atención cubrió estos muros con magníficos tapices; esto nos prueba que todas las formas de belleza tienen en Nimes hombres capaces de reproducirlas con un arte perfecto. Oraré por ustedes, poderosos obreros, que secundaban tan bien a sus jefes y en cuya compañía me encantaba encontrarme todos los días, pues con su concurso parecían formar una sola familia católica, tan unida como ya raramente se ve.

Pero elevémonos por encima del edificio material. Que nos inspire pensamientos más altos y digamos con San Agustín lo que significa una iglesia dedicada a Dios.

El edificio espiritual Una iglesia ofrecida a Dios es una enseñanza perpetua. Las piedras son un símbolo; representan las piedras vivas del templo santo que deben elevar al Señor quienes vienen a orar. Antes que la capilla, ya le habían construido ustedes al Señor un lugar sagrado más precioso aún: su propia asociación. Usted, Madre, es la piedra angular. Pero ya ve usted, a medida que una piedra es extraída aquí abajo, el divino arquitecto parece complacerse en transportarla al cielo para el templo de la Jerusalén celeste, de modo que ambos edificios parecen levantarse juntos: uno acá en la tierra y otro allá arriba. Y todo eso para la gloria de Dios.

Pero aquí tenemos una aparente contradicción. Mientras que Jeremías se lamentaba sobre las ruinas de Jerusalén y la destrucción del Templo, y proclamaba como uno de los mayores desastres la dispersión de las piedras del santuario: *dispersi sunt lapides sanctuarii* [Lamentaciones 4, 1], nosotros rogamos que Cristo proteja esta capilla para que las vírgenes, que estén listas, vengan cada día más numerosas a tomar parte en las bodas del celestial esposo: *Et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias* [Mateo 25, 10]; nosotros tomamos las piedras del edificio espiritual y pareciera que nos complacemos en dispersarlas a lo lejos. Y en vez de afligirnos como el profeta de las Lamentaciones, nos alegramos cuando podemos exclamar con otro sentido: *Dispersi sunt lapides sanctuarii*. ¿Cuál es el fondo de esta contradicción, el sentido de este misterio?

Jesucristo, el divino arquitecto por quien todo fue hecho, quiere hacer en el mundo algo aún más bello que el mismo mundo. Planta los hitos de un edificio inmenso: son las piedras que lanza para que sirvan de indicación de su plan. Así hizo mediante los apóstoles, lo hace mediante los misioneros; los dispersa para levantar un templo más grande.

Jesucristo hizo dos templos: el de la ley antigua, el templo de Salomón y luego el de Zorobabel, continuación del primero. Faltaba otro con piedras vivas. Cuando se dedicó el de Zorobabel cantaron el Salmo: *Cantate Domino canticum novum* [Salmo 98, 1]. ¿Qué es este salmo, sino el mandato nuevo dado por Jesucristo? Dice San Agustín: *Quid enim habet canticum novum, nisi amorem novum. Cantare amantis est: vox hujus cantoris fervor est sancti amoris. Amemus, gratis amemus: Deum enim amamus quo nihil melius invenimus. Ipsum amemus propter ipsum; et nos in ipso, et tamen propter ipsum. Ille enim veraciter amat amicum, qui Deum amat in amico, aut quia est in illo, aut ut sit in illo. Haec est vera dilec-*

*tio. Propter aliud si nos diligimus, odimus potius quam diligimus*¹.

Dios es el cemento de ese templo espiritual donde se predica la verdad, se inflama la caridad y se eleva la santidad. La luz misma canta en ese templo: *cantabit claritas*.

PROFESIÓN DONDE LAS OBLATAS

3 de mayo de 1880

Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum (1 Corintios 2, 2).

¡Qué otro tema más maravilloso podría presentarles hoy que no sea Jesucristo, y Jesucristo crucificado, en el día en que se van a convertir en sus esposas! Jesús, y Jesús crucificado, fue la ciencia del Apóstol de los gentiles y ésta debe ser la de ustedes. ¿En qué consiste? En cuatro condiciones que voy a desarrollar rápidamente: 1º la humildad, 2º la obediencia, 3º el sacrificio, 4º el celo.

1º La humildad

Exinanivit semetipsum [Filipenses 2, 7]. Y sin embargo era

Dios; se rebajó hasta la nada.

Sin Jesucristo nada podemos hacer: *Sine me nihil potestis facere* [Juan 15, 5]. Para llegar a ser seres capaces de ser impulsados por Jesucristo, tenemos que tomar nuestro partido. No haremos nada bueno para al cielo si no dejamos obrar a Jesucristo en nosotros y nos eclipsamos como él.

2º La obediencia

Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis

¹) El P. d'Alzon llevaba en su breviario como tema de meditación habitual este texto de San Agustín (P.L. XXXVIII 1472, Sermón 336, 1 y 2).

[Filipenses 2, 8]. He ahí la destrucción del orgullo. Durante toda su vida tienen que obrar por obediencia. La naturaleza se rebela, pero es la perenne lección que les da el Salvador desde lo alto de la Cruz. *Vir obediens loquetur victorias* [Proverbios 21, 28]. Si quieren hacer el bien, sigan el gran estandarte de la obediencia, la cruz.

3° El sacrificio El hombre siente un inmenso impulso a apoderarse y una inmensa repulsión a darse. La Cruz es la ciencia del don de sí mismo. *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* [Juan 10, 11]. Aprendan a entregarse, contemplando a Jesús crucificado. Aprendan a sacrificarse en todo cuanto Jesús les pida.

4° El celo por las almas *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* [Juan 12, 32]. ¿Qué es esta fuerza de atracción? La potencia con que muestra su amor y atrae por su amor. Y como nadie ha amado como él, nadie atrae como él. Pero tras él y por él hay que atraer con la llama de la caridad; hay que conocer el precio de las almas: la sangre de Jesucristo derramada sobre la Cruz, y hay que entregarse para atraérselas. Jesús las atrae desde lo alto de la Cruz; será desde lo alto de sus cruces que ustedes deberán atraerlas. Ese es el misterio de los santos: se inmolan, atraen y triunfan.

Por encima de las vírgenes y de los anacoretas, están los apóstoles.

¡Feliz coincidencia! Ustedes hacen sus votos en el día de la Propagación de la Fe. Una humilde joven, que yo he conocido, creó esta obra admirable de ayuda a los misioneros. Rueguen a Dios para que ustedes siempre sean sostenidas por Aquél que da de comer a los que tienen hambre: *dat escam esurientibus* [Salmo 146, 7].

SERMÓN DE TOMA DE HÁBITO

24 de mayo de 1880

*Ut scivi quoniam aliter non
possem esse continens, nisi Deus
det, et hoc ipsum erat sapientiae,
scire cujus esset hoc donum: adii
Dominum, et deprecatus sum
illum (Sabiduría 8, 21).*

La vocación religiosa tiene su nudo en la castidad. La castidad va más lejos que el sacrificio de la tierra y de sus riquezas; y mediante su vida angélica, prepara a esa obediencia perfecta de la que toman nombre los espíritus bienaventurados: *Qui facit angelos suos spiritus* [Hebreos 1, 7].

Pero por más que quisiéramos entregarnos mediante la pobreza, la castidad y la obediencia, sólo con una condición podríamos conseguirlo: que Dios nos dé la fuerza: *Aliter non possem esse continens, nisi Deus det* [Sabiduría 8, 21]. Y esa ayuda hay que pedirla, y hay que pedirla mediante la oración.

San Agustín desarrolla admirablemente esta doctrina en una de sus cartas a la abuela y a la madre de la virgen Demetríades. Ésta se había consagrado al Señor, y uno de los grandes heresiarcas de esa época pretendía que hubiera podido practicar por sí misma la vida perfecta. El obispo de Hipona refuta este error y demuestra que, sin la gracia, no podemos consagrar a Dios nuestra castidad; se apoya en el texto sagrado que no habla sino de la continencia; con cuanta mayor razón será necesaria la ayuda de Dios cuando se trata de la virginidad.

Así pues, si me pregunta en qué debe consistir su noviciado, le diría: en el aprendizaje de las virtudes religiosas. Pero si quiere penetrar la substancia del estado religioso, le diré: en la oración constante. Al alma religiosa sobre todo dirige el Apóstol sus palabras: *Oportet semper*

orare, et numquam deficere [Lucas 18, 1]. Por eso nada me pareció más apropiado que dirigirle estas palabras al inicio de esta vida nueva que comienza para usted, y hablarle de la necesidad de la oración para una novicia, de los progresos que debe hacer en ella y de la perfección que su oración debe alcanzar.

1. Necesidad de la oración

No es de hoy que usted reza, mi querida hija: pasó su infancia en una casa de oración, y desde hace varios años deseaba consagrarse a Dios. Parece que hubo obstáculos, sin embargo: una salud delicada se oponía, pero desde que entró a esta casa su salud se fortifica y así parece recibir la confirmación de la llamada que usted oyó. Se hizo una de esas hijas de María de las que habla San Bernardo y que, por la gracia de Aquél a quien desean tomar por esposo, reciben los más abundantes favores. *In omnibus siquidem et per omnia providens miseris, trepidationem nostram solatur; fidem excitat, spem roborat, diffidentiam abigit, erigit pusillanimitatem.* Eso es lo que Jesús le concedió en su oración. Con la Iglesia, usted le pidió a María: *Sancta Maria, succurre miseris.* Ha experimentado el abismo de la miseria común a todos los hijos de Adán; se dirigió a María y ella, como lo dice el gran abad de Claraval, se dirigió a su Hijo que todo se lo concede a su madre. *Quia sic voluntas eius, qui totum nos habere voluit per Mariam;* pues tal es la voluntad de Aquél que quiso que todo lo alcancemos por María, incluso a él mismo.

2. De una oración perseverante

Así pues usted invocó a María y ella le alcanzó el medio de obtenerlo todo de Jesús por su intercesión: *Quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.* ¡Sí!, gracias a María recibió

usted de Jesús el don más hermoso de todos, el don de la vocación. Vea la recompensa que alcanzó ya su oración. Hace ya algún tiempo que lleva usted las primeras insignias de la vida religiosa, de las que con gran alegría se revistió. Hoy tendrá algo más, se lo diré enseguida. ¡Que el Señor la despoje del hombre viejo y la revista del hombre nuevo! Pero de nada serviría ese despojo y ese cambio de ropas, si su renuncia a toda idea humana no es absoluta.

Ya sé que tenía usted prisa y que se le pueden aplicar las palabras de San Ambrosio sobre María dándose prisa para ir a visitar a Isabel, con la gloriosa posesión del Hijo de Dios en su seno: *Exiit cum festinatione* [Lucas 1, 39]. El gran obispo de Milán hace observar que la gracia del Espíritu Santo no conoce las lentitudes de los obstáculos: *nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia*. Pero ya que se trata de la gracia del Espíritu Santo, dejemos atrás el vestido de penitencia, el cingulo de la obediencia, la cofia y el velo de la modestia, la lámpara de las vírgenes sabias, la corona que recibirá con anticipación, pues no será reina hasta que no sea esposa. Entremos en el templo de su corazón y veamos qué le pide el Espíritu Santo. Le pide la perseverancia de la oración, le pide comprender que la inteligencia de la oración ya es un gran don: *Et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum: adii Dominum, et deprecatus sum illum*.

Luchará en esta oración como Jacob, luchará mejor que los discípulos en el Huerto de los Olivos. Avanzará pasando de algún modo de mano en mano de quienes tienen el encargo de formarla; pero tenga en cuenta que la formación, ya provenga del piadoso sacerdote que le sirvió aquí de padre por mucho tiempo, o de las superiores que encontró aquí, no es nada comparado con Dios que da la gracia de querer y de cumplir. Seamos quienes

seamos, tanto su primer director como nosotros que la recibimos aquí con alegría, debe considerarnos bajo el punto de vista en que se colocaba San Agustín cuando le escribía a Juliana, la madre de la virgen Demetriadés: *Cum professa fuisset sanctimoniam virginalem, hoc ingens Dei donum quod per servos quidem suos plantat, et rigat, sed per seipsum dat incrementum.*

¿Y la perfección de esta vida? Viene de Dios, pero sólo tiene en la tierra comienzo y crecimiento. Usted crecerá, hija mía, y llegará a la perfección.

PRIMERA COMUNIÓN

27 de mayo de 1880

Tota pulchra es, amica mea
(Cantar de los Cantares 4, 7).

Este es el lenguaje que Nuestro Señor quiere hoy dirigir a cada una de ustedes, mis queridas niñas: «¡Eres toda hermosa!» Hermosas lo fueron por el bautismo, borraron sus manchas con la sangre de Jesucristo en el santo tribunal; y si algo les falta, pronto lo van a recibir. Porque escuchen este misterio. Sus mamás, que las quieren tiernamente, desearían, en un sentido muy inferior, que fuesen las más bellas de las criaturas, pero no pueden hacer otra cosa al respecto que expresar deseos estériles. Por el contrario, este Dios que quiere venir a habitar en ustedes, que se llama el más bello de los hijos de los hombres, tiene poder para darles esta belleza, no a sus cuerpos —ésta la desdeña— sino a sus almas. Quiere que ustedes sean lo que él es. El pecado había destruido esa belleza en ustedes; él se la devuelve mediante su sangre, se la devuelve en esta visita que va a hacerles, y en lo profundo de sus

corazones hará resonar estas palabras: “¡Oh, amada mía, qué bella eres!”.

¿Pero qué belleza espera de ustedes? Me alargaría al infinito, si entrase en detalles; señalaré sólo dos puntos principales: Jesucristo les da la belleza de su gracia y la belleza de su verdad.

1º Belleza de la gracia La belleza de la gracia de Jesucristo es el poder bajado del cielo que las hace capaces de todo bien. Pero esta gracia es exigente. Jesucristo no sólo viene a traerles sus dones en abundancia, sino que quiere darse a sí mismo. No les quiere quitar la sed con el agua del río, sino que les trae el manantial mismo. Él, que es el esplendor de la gloria del Padre y belleza de la sustancia divina: *splendor gloriae, forma substantiae eius* [Hebreos 1, 3]; él, que sostiene todas las cosas en la palabra de su poder: *portansque omnia verbo virtutis suae* [ib.]; él, que borra toda mancha del pecado: *purgationem peccatorum faciens* [ib.], él viene a darles su pureza, su poder, su belleza, su esplendor; pero ya que las quiere embellecer así, se dirige a su voluntad y espera una grande y pronta obediencia.

La Sagrada Escritura está llena de terribles ejemplos de la forma en que Dios castiga a las almas a las que ha dado todo, pero que se quedan en su voluntad. Veán a la mujer de Lot. El Señor recomendó a su servidor que huyera a toda prisa, él, su mujer y sus hijas; sólo pone una condición para el rescate de esta familia, maravillosamente arrancada de las llamas vengadoras de los crímenes de Sodoma. La mujer de Lot, ya sea por curiosidad, ya sea por nostalgia de dejar una tierra tan bella, por su fecundidad en aquel entonces, vuelve la vista atrás; queda convertida inmediatamente en estatua de sal. Ya no es un ser vivo, es materia tosca. Desapareció toda la perfección de esta alma porque se volvió para mirar lo que Dios le mandó dejar.

¡Ay, hijas mías! Si quieren permanecer siempre puras, bellas, dignas de Jesucristo, nunca miren para atrás. Ninguno de los que ponen la mano en el arado y vuelven la vista hacia atrás está hecho para el reino de Dios. Miren siempre adelante, tiendan siempre a una mayor perfección, tal como se la pide Jesucristo; caminen con la fuerza de aquel que quiere ser su fuerza, dejen que las adorne con todas las virtudes. Si ustedes lo quieren, va a comenzar para todas una vida nueva en ustedes, la vida que está en Jesucristo: *Christus vita vestra* [Colosenses 3, 4], como dice el Apóstol. Entren en esta vida, en esta belleza: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede* [Salmo 45, 5]. Esa es la belleza de las virtudes que les comunica Dios. A la gracia hay que añadir la verdad.

2º Esplendor de la verdad

¿A quién van a recibir? A un Dios hecho hombre. Pero este Dios es la verdad eterna; ahora es cuando hay que repetir: es el esplendor de la gloria: *splendor gloriae*. Jesucristo, hijo de María, es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, escondiendo bajo su humanidad esa luz inextinguible, *lumen indeficiens*; es además la belleza infinita. Hace notar San Agustín que los seres sacan su belleza de la luz. Ustedes tienen ante sus ojos el espectáculo más maravilloso. Pero si ningún rayo de luz lo ilumina, ustedes no ven nada: es bonito, pero no son más que tinieblas. Es pues la luz la que da a los seres su belleza. Y nuestro Doctor añade: “¿Acaso no es el sol, cuya luz da la belleza a los seres, el más bello de todos en la naturaleza? ¿Pero qué es el sol al lado del esplendor de la gloria divina, de esa luz que es Dios?”. Esa belleza infinita quiere bajar hasta ustedes y traerles algo de su infinita hermosura. Y cuando se la haya transmitido en su luz, les dirá: “¡Oh, amada mía, qué bella eres!”.

No quiere hacerlo todo él; la verdad quiere ser meditada, contemplada, adorada. Así es como se comunica; a quienes la reciben los vuelve radiantes. Y usando otra comparación, miren lo que canta hoy la Iglesia en la primera antifona de Laudes: *Sapientia aedificavit sibi domum* [Proverbios 9, 1-2]; la sabiduría, es decir la verdad, se construyó una casa, puso la mesa y preparó el vino, *miscuit vinum* [ib.]. La casa son ustedes, el vino es la Sangre divina, la mesa es la Eucaristía, que le da al alma la fuerza, la salud del alma y la ilumina con su belleza.

Vengan pues y coman; tomen y beban; reciban a su Dios, eterna belleza, en su poder, su sabiduría, su luz y su verdad.

IV. LAS ADORATRICES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

El proyecto de esta Asociación remonta a los años 1854-1855. Dirigía entonces el Padre d'Alzon a ciertas personas cuya situación familiar o estado de salud las descartaba de la vida religiosa, pero que podían llevar en el mundo una vida de total entrega a la Iglesia. Impulsándolas a una alta perfección contaba el Padre con la ayuda de su oración y de sus buenas obras. Esta Asociación, iniciada de hecho el día de Pentecostés de 1857, se presenta como una "Orden Tercera reforzada", o mejor dicho, como un Instituto Secular antes del tiempo, ya que pretendía cierta vida de comunidad a futuro.

El Padre d'Alzon siempre tuvo un gran afecto a la Asociación, como lo dan a entender sus cartas circulares; seguía además a cada miembro a través de frecuentes cartas de dirección espiritual de singular elevación. Le debe a esta Asociación sus inspiraciones más notables. Leeremos más adelante sus cartas sobre el Crucifijo y las lecciones del Crucifijo. El germen de nuestro Directorio estaba ya en el Examen Razonado que les destinó en mayo de 1859. Sus Conferencias de 1870-1871 sobre la Eucaristía (publicadas en 1954 en los Cuadernos d'Alzon: "Eucaristía, Luz de Vida", págs. 71-100), ya habían sido esbozadas para las Adoratrices en septiembre de 1862.

Esta sección comprende:

A. Las cartas circulares, dirigidas a las Adoratrices por medio de Sor María Walburga, Superiora del Priorato de la Asunción.

B. Algunos recuerdos de las Instrucciones, recogidos por las Adoratrices.

A.- CARTAS CIRCULARES

Entre 1857 y 1860 A la Orden Tercera de Santa Teresa¹⁾

La meta que deben proponerse es la de vivir como religiosas en el mundo para hacerse esposas de Nuestro Señor un poco más cada día. Les doy como madre a la Santísima Virgen. Será nuestra Patrona común y a sus pies nos encontraremos siempre como a los pies de una madre a quien rodearemos con nuestro amor, y como a un modelo al que tratarán siempre de imitar.

1° Se dedicarán a vivir en el mundo como vivió la Santísima Virgen. María, modelo de religiosas, no se mantuvo escondida en un claustro, sino protegida por su modestia. Como ella, pueden aspirar a la más alta perfección, imitándola en sus relaciones externas.

2° Se aplicarán a imitar en María su espíritu de humildad, de oración, de obediencia y de caridad. Esas cuatro virtudes se desprenden, para ustedes, de un gran espíritu de fe y estarán coronadas por el talante de franqueza que debe reinar en todas sus acciones.

3° No les puedo fijar un reglamento que se imponga a toda hora. Eso llegará más tarde. Por ahora, me limito a pedirles un tiempo fijo para dormir, media hora para levantarse, media hora al menos de meditación diaria, la misa, tres horas de silencio por la mañana o por la tarde, la adoración del Santísimo Sacramento, el Santo Rosario, un capítulo del Nuevo Testamento, una lectura espiritual y el examen de conciencia.

¹⁾ La “Orden Tercera de Santa Teresa” fue el primer título de las Adoratrices, uno de cuyos fines apostólicos era la conversión de los Protestantes; se interesaban entre otras cosas por las niñas protestantes convertidas, en la llamada “Obra de Santa Teresa”.

Les toca a ustedes proponerme qué orden seguir en el desarrollo de los diferentes ejercicios y de las otras ocupaciones.

Entre 1857 y 1860

Es evidente que si Dios quiere que yo les sea útil, como creo que podré serlo, no será de una manera ordinaria. Espero de ustedes la resolución, muy especial, de prepararse para hacer aquella clase de bien que comporta su título de religiosas en el mundo. Espero, pues, una mayor severidad en la compostura y en sus relaciones externas, mayor espíritu de caridad en las conversaciones, una mayor modestia si es posible en su arreglo personal. En una palabra, espero que se transparente hacia fuera lo que desean ser en lo profundo de sus corazones.

Deberán emplear su actividad en las buenas obras. Quisiera sin embargo darles como meta principal preparar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento y la conversión de los protestantes. Dos objetivos que se reducen a uno: el triunfo de Nuestro Señor en las almas; en otras palabras, la extensión del Reino de Nuestro Señor Jesucristo.

Para ello quisiera que se enamorasen perdidamente de nuestro bondadoso Maestro en el Sacramento de su amor; que se ofreciesen a él cada día como sus víctimas; que mantuviesen un continuo esfuerzo de purificación de sus corazones hasta convertirlos en sagrarios; que tratasen continuamente de compensarle con sus mortificaciones por las ofensas y el desprecio que recibe de los hombres; y que tengan la valentía de hablar con frecuencia de este tema tan olvidado por todos.

En cuanto a la conversión de los protestantes, hablaremos más largamente en otra ocasión.

10 de junio de 1857

A la Madre María Walburga

Esperaba que mi querida hija me diese noticias suyas, al menos de esa pequeña Asociación que le confié muy especialmente; le confieso incluso, que me parecería muy bueno que pudiésemos entendernos un poco sobre lo que hay que hacer con esas excelentes personas. Vea por qué. Algunas un día serán religiosas. Por un lado, podría usted ir ya preparándolas; por otro, creo que yo puedo darle algunas indicaciones útiles, si queremos llegar a mejorar la piedad de algunas personas del Sur. Tomando así las cosas, nuestra pequeña Asociación podría alcanzar excelentes resultados, esté usted segura; y aunque dejemos que nuestra Madre le dé su parecer sobre sus hijas, las religiosas, quizá pudiera yo también aconsejarle algo sobre sus hijas, las terciarias, y hacerle así algún bien.

Permítame, pues, que les escriba de cuando en cuando por medio de usted. Lo dicho anteriormente es para usted, lo que sigue es para ellas.

Le ruego que les transmita, de mi parte, a esas queridas hijas, una nota que leí hace poco en *Todo por Jesús*, de Faber. Nuestro Señor le reveló un día a Santa Teresa que le agradaba más un alma que trabajase por su perfección, que mil almas viviendo en comunidad. Hay aquí con qué inflamar muchos ardores y sacudir muchas perezas. ¡Qué no daría uno por amor a Nuestro Señor!

Veía yo en el Oficio de hoy el Reino de los cielos comparado a una piedra preciosa que un mercader compra por el precio de toda su fortuna. Pero esa piedra preciosa ¿qué otra cosa podría ser sino el amor de Nuestro Señor, prenda del cielo sobre la tierra para nosotros y en el cielo nuestra felicidad por toda la eternidad? Espero, pues, que este pensamiento de ser amadas por Nuestro Señor más que millares de cristianos, las dispondrá a hacer todos los sacrificios posibles e imaginables. Di-

rán como San Pablo: “Señor, ¿qué quieres que haga?” [Hechos 9, 6].

La perfección y el amor a Nuestro Señor son los dos temas de meditación que les doy para la octava del Santísimo Sacramento. Irán a adorar a Nuestro Señor, consumido de amor por los hombres, y le pedirán que hasta la última fibra de sus corazones sea consumida por ese fuego que abrasa al suyo. Luego se preguntarán a cada momento del día si sus acciones están conformes con tan bellas disposiciones. Una octava del Santísimo Sacramento vivida como impulso a la perfección en el amor, sería un bonito medio para santificarse rápidamente.

15 de junio de 1857

A la misma

Me encanta escribirles a las hijas de la Asunción. Mis cartas les dan una inmensa alegría y, aunque mi corazón no tuviese esa satisfacción de creer que causa tanta dicha, dígame usted si el amor propio no estaría ya satisfecho. Pero le aseguro que nada tiene que ver aquí el amor propio; es únicamente el corazón el que hace correr la pluma.

¿Sabe que estoy muy edificado del celo que pone usted en el progreso de la nueva Asociación? ¡Tantas veces me dijo que este trabajo le parecía aburrido, que a usted no le gustaba empujar a nadie! Veo sin embargo que, cuando quiere, empuja muy bien. Tiene usted terror a hacer el cuarto voto de las Asunciadas, pero veo que trabaja como si ya lo hubiera hecho. Manténgase muy firme e impulse a la práctica de sólidas virtudes, a la victoria sobre todos los defectos de carácter, a la verdadera caridad que soporta el mal pero no lo hace.

Ya que hace falta más dinero del que tienen esas pobres chicas para recibir a señoras de edad, que se contenten por ahora con visitar a algunas, el resto vendrá más ade-

lante. La práctica de llevar costura y de trabajar durante las reuniones es excelente. Eso les permite quedarse más tiempo a las que lo deseen y da además la ocasión de unirse sin molestias. Vigilando con atención esas charlas, se puede comunicar muy fácilmente el espíritu de celo y el espíritu religioso...

21 de Junio de 1857

A las Adoratrices

Aunque estoy esperando una carta que me ha anunciado nuestra Madre María Walburga, quisiera sin embargo conversar un poco con ustedes. Creo que tengo algunas ideas de las que podrían sacar provecho y, como estoy imposibilitado de hacer gran cosa, sería para mí un gran consuelo si me permitiesen ejercitar una brizna de apostolado para con ustedes. Las grandes teorías ya no están hechas para mi cabeza, pero pienso que tengo algo mejor que proponerles que una teoría. Se trata de una cosa muy práctica.

El Crucifijo

¿Tienen un crucifijo? ¿Cómo se comportan con él? Déjenme primero aconsejarles que se consigan uno como los de las religiosas. Tienen una ventaja. Los crucifijos muy chiquitos no inspiran mucha devoción (al menos a mí); los demasiado grandes molestan. Si la ropa les permite llevarlo puesto, quítenselo lo menos posible, pero hagan de manera que puedan utilizarlo cuando quieran, ponerlo sobre la mesa cuando escriben, encima de sus rodillas mientras trabajan, para mirarlo de cuando en cuando y besarlo; ténganlo entre sus manos al dormirse.

Ciertamente, no hay nada más valioso que la comunión frecuente y la adoración al Santísimo Sacramento, pero no podemos tener siempre a Nuestro Señor substancialmente presente en nuestro corazón; no podemos estar

continuamente a sus pies; pero se puede tener siempre su imagen consigo o cerca de uno, y ¡cuántas cosas nos dice esa imagen!

El Amigo de todos los días

Si por la mañana, al levantarte, besas tu crucifijo con amor y prometes llevar tu cruz durante todo el día, caminando tras las huellas del divino Crucificado; si durante la meditación, —a menos que sea en la iglesia—, mantienes la cruz entre tus manos y te propones inmolarlo sobre el altar del sacrificio de Jesús; si para despertar tu fervor tocas de vez en cuando el crucifijo con tu mano y si lo aprietas más fuertemente en los momentos de angustia, de dolor, de luchas, de tentaciones; si al salir para hacer alguna obra buena lo adoras recordando que es precisamente a Jesucristo a quien vas a socorrer en los pobres; si al practicar alguna austeridad besas las divinas llagas que son las fuentes de la vida de la Iglesia y los manantiales de nuestra purificación; si al atardecer caes a sus pies para rendirle cuenta de tu jornada, de tu orgullo frente a su anonadamiento, de tus vanidades frente a sus humillaciones, de tu cobardía frente a sus angustias, de tu pereza ante los sudores de ese divino cuerpo; de tu egoísmo frente a su amor infinito; de tus impacencias, de tus despechos, de tus faltas de caridad frente a sus largas esperas e inalterable dulzura; ¡ah! entonces, hijas mías, ¡me parece muy difícil que tu crucifijo no se convierta en tu amigo, tu confidente!; o, mejor dicho, Nuestro Señor te amará, te instruirá, te fortalecerá a través de su imagen y, en ese trato más constante, a través de este intercambio mudo pero bendito con tu esposo, sentirás como una transformación de todo tu ser.

**Transformación en
Jesús Crucificado**

Ya no será únicamente la madera o el metal lo que reproducirá para ustedes los rasgos del Salvador; éstos se grabarán más vivamente en sus almas. Sentirán la acción más inmediata de quien estuvo colgado en la cruz por ustedes; desearán transformarse en él y decir como San Pablo: “*Para mí la vida es Cristo*” [Filipenses 1, 21]; y sus vidas cobrarán un carácter nuevo y descubrirán nuevos horizontes en el conocimiento cristiano, dejándose llevar por el amor; y toda vida, toda ciencia, toda dicha, se resumirán en estas dos palabras: “*Jesucristo, y Jesucristo crucificado*”: *Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2].

**Al momento de
acostarse**

Les confesaré con toda sencillez que para mí el mejor momento del día es la hora de acostarme.

No se requiere gran esfuerzo para ponerse a pensar en este buen Maestro, cuya imagen tiene uno en sus manos. Uno le dice que lo ama; le pide uno perdón por sus tonterías; de pronto queda uno sorprendido por ese perdón que cayó de lo alto de la cruz; con remordimiento, piensa uno en el dolor que le ha causado el pecado, en el tiempo que uno ha perdido, en las gracias recibidas. Le agradecemos por sus beneficios; le hacemos promesas ardientes; nos avergonzamos de estar en una buena cama, mientras él murió en un patíbulo; y nos incentivamos a amarlo y a recuperar el tiempo perdido. Adoramos a Dios Padre, presentándole a su Hijo; invocamos al Espíritu Santo que él nos ha enviado; oramos por la Iglesia, que nació en el Calvario; nos avergonzamos de ser tan malos cristianos; pero después nos animamos pensando en el amor y el poder de Dios; y si para entonces aún no ha llegado el sueño, el tiempo se hace corto en tan grata compañía.

He aquí, mis queridas hijas, algunas ideas que espero les lleven a establecer un trato íntimo con su crucifijo; él

hará más presente a Jesús en su mente y en su corazón. ¿Qué más quieren?

Me encantaría saber que la Asociación crece cada día en virtudes sólidas, en humildad, en sencillez, en amor de Dios. Ruéguenle a la Santísima Virgen que les enseñe cómo deben pegar sus labios a las llagas de su Hijo, y a encontrar ahí el valor y el ardor que deben caracterizar a las vírgenes, esposas de un Dios.

¡Que la cruz sea su riqueza, su esperanza, su vida y su recompensa!

24 de junio de 1857

A la Madre María Walburga

Esperaba con gran impaciencia una carta suya, mi querida hija. Si espera librarse de las mías no escribiéndome, se equivoca del todo. No sé por qué estoy convencido de que nuestra pequeña Asociación puede llegar a ser algo muy bueno, y quiero intentarlo. De momento, propóngales esto. Pretendo mandarles una serie de cartas sobre las lecciones que les puede dar el crucifijo. ¿No tendríamos así ocasión de buscar un nombre apropiado para el priorato donde se reúnen, conforme al espíritu que yo quisiera darles? ¿No podríamos llamarlas Adoratrices de Jesús Crucificado, o sencillamente Adoratrices de Jesús?

Después de hablarles del crucifijo, tengo intención de hablarles también del Santísimo Sacramento; las designaremos sencillamente con el título de Adoratrices. Piénselo y deme su opinión. Si quiere darme algún signo de vida, que sea en Lavagnac, por Montagnac, en el Hérault.

Adiós, mi querida hija. Mil buenos recuerdos a sus hijas del priorato. Todo suyo en Nuestro Señor.

LAS LECCIONES DEL CRUCIFIJO

I. La Contrición

24 de junio de 1857

Además de los sentimientos, cuya fuente ya les mostré en el uso del crucifijo, pienso que puedo decirles algo también a cerca de una importante disposición del alma que tiende a la perfección, algo que me parece muy olvidado, se trata de la contrición.

La mayoría de las personas piadosas se detienen en su progreso hacia la perfección porque no combaten con bastante energía sus defectos; y no los combaten porque no les tienen verdadero horror a los pecados a donde tales defectos las conducen. ¿Qué progreso han hecho ustedes desde hace algún tiempo? ¿Y por qué no avanzan más? Porque no sienten suficiente deseo de conversión, si no del mal al bien, al menos de la imperfección a la perfección, sin lo cual se cae en la indolencia y la apatía. Ustedes no pueden quedarse en ese letargo. Hay que salir de él y, para eso, les traigo el auxilio de su crucifijo.

Motivos de contrición ¿Por qué murió Nuestro Señor?
Para pagar el precio de nuestros pecados. ¡Y ustedes, sus esposas, no le tienen horror al pecado! Entendámonos. Me inclino a pensar que aborrecen el pecado mortal, ¿pero cómo se sitúan con relación al hábito del pecado venial? Ese amor propio, esa susceptibilidad, esas antipatías, esa imaginación, ese deseo de aparentar, esa ligereza para con las cosas de Dios, esa negligencia en la oración, en una palabra, ese conjunto de pequeñas infracciones a la ley de Dios que constituye el bagaje de una persona piadosa cuando se va a confesar, ¿en qué queda todo eso? ¿Acaso esta carga se hace cada

día más liviana? ¿Se hace más pesada o bien se mantiene en el mismo peso?

Veán las consecuencias. No le doy la muerte, entre una confesión y otra, al que llamo mi esposo, pero lo hiero continuamente con mis rebeldías, con mis negligencias, con mis ligerezas, con mis distracciones, siempre culpables cuando se trata de Dios. Tomen en cuenta todas las tentaciones de insubordinación, de murmuraciones, de desánimo, de despecho por las que pasan. No pretendo pintarlas enteramente. La verdad es que, cada ocho o quince días, le prometen a Nuestro Señor corregirse, santificarse, pero siguen siendo más o menos las mismas. ¿Por qué esto? ¿Por qué? Por muchas razones. Les daré una sola: no conocen bastante su crucifijo, no aman suficientemente a aquél del que es imagen, no poseen ustedes el suficiente conocimiento de los dolores de Jesús; este conocimiento se los dará su crucifijo cuando se lo pidan.

Dejemos de lado el pecado mortal que causó la muerte al Salvador de los hombres. El hecho es que en la cruz lo veo desgarrado por los latigazos de la flagelación, coronado de espinas, devorado por una sed abrasadora. Esos sufrimientos habrían podido no darle la muerte. Pero, ¡cuánta sangre derramada ya, qué torturas en esa divina cabeza, qué angustias en ese pecho devorado por el deseo de salvar a los hombres! Asuman su parte en todo esto; son nuestros pecados veniales la causa. No fuimos nosotros quienes hundimos la lanza en su costado, no clavamos nosotros a Nuestro Señor en la cruz, pero lo hemos entregado a los dolores más insoportables y lo seguimos entregando a ellos cada día, cada vez que por falta de generosidad volvemos a caer una y otra vez en esos pecados nuestros que llamamos habituales. ¡Y decimos que lo amamos!

¡Ah!, mis queridas hijas, una sierva de Dios alcanzó la santidad porque sufrió sin quejarse, durante varios años, que su marido la atase cada noche a un poste y la azota-

se hasta sacarle sangre. ¡He aquí de qué hacer una santa! Ustedes la admiran; pero, ¿qué piensan del marido? Que era un monstruo, ¿verdad? Pues, ¡ese marido son ustedes! Le pegaba sin motivo a su mujer. ¿Qué motivos tienen ustedes para azotar a Nuestro Señor? Ese marido merecía que su mujer se separase de él. ¿Qué trato merecerían ustedes de parte de su bondadoso Dueño?

Vayan a su crucifijo; consideren a Jesús, a quien con tanta frecuencia han abandonado, insultado, despreciado, escupido, flagelado, coronado de espinas, y tengan el valor de decirle que lo aman, si no están decididas a arrancar de su corazón cuanto pudiera desagradarle, hasta las más mínimas imperfecciones.

Preparación para la confesión

Me gustaría que se preparasen para la confesión ya sea ante el Santísimo Sacramento, ya sea ante el crucifijo. Supongo que nunca cometieron un pecado mortal, pero ¿quién de entre ustedes puede estar totalmente segura? Y si ni siquiera están seguras de no haber perdido jamás la inocencia, ¿piensan que no tienen nada que reparar, que expiar a los pies de su Dios?

Espero de su pequeña Asociación y de su amor por nuestro buen Maestro una preparación más seria a la confesión. No quiero nada que las turbe, nada de escrúpulos, pero sí les pido un profundo horror del pecado. No les digo que examinen con más atención, sino que detesten sus faltas con más energía y eficacia. Ponderen su gravedad según lo profundo de las llagas del Hijo de Dios y tomen la firme resolución al pie del crucifijo de destruir en ustedes todo, sin reserva, cuanto pudiera desagradar a Nuestro Señor.

Quedo todo de ustedes, mis queridas hijas, con el deseo más ardiente de que el reino del pecado desaparezca de sus vidas.

II. El Odio al pecado

3 de julio de 1857

Al condenar a muerte a su Hijo, quería Dios que la tierra conociese el horror que le causa el pecado. Y no pueden colocarse ustedes al pie de su crucifijo sin decir: “A esto redujo el pecado a un Dios”. Ahora bien, este Dios que expira en medio de los más atroces dolores es el esposo de ustedes; y es al mismo tiempo la cabeza de la Iglesia, la madre de ustedes, mediante la cual les comunica sus gracias, las alimenta con su cuerpo y las hace hijas de Dios.

Cuanto más amen a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia, tanto más deben detestar el pecado, y no sólo el pecado en el que tengan la desgracia de caer, sino el pecado en sí mismo, es decir, esa suma de rebeldías contra la ley de Dios, de ingraticudes contra su amor, de sacrilegios contra sus dones, de blasfemias contra su poder, de incredulidad reflexionada contra su existencia misma. La vista de su modelo, crucificado por el pecado, es un continuo aguijón que les recuerda lo que el pecado debe significar para ustedes. Saco de aquí algunas consecuencias prácticas, sobre las que deberán reflexionar.

1º Horror del mundo Si el pecado debe serles tan odioso, deben aborrecer también los lugares donde se comete. El lugar del pecado es el mundo. Deben tenerle horror al mundo. Me dirán ustedes: “Pero si yo no voy al mundo, no me gusta el mundo”. Eso no basta. Hay que protestar contra el mundo y decir como San Pablo: “*El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo*” [Gálatas 6, 14]. ¿Qué quiere decir, mis queridas hijas, y qué significa esta doble crucifixión? Entre las diferentes explicaciones que se pueden dar, me quedo con ésta: El mundo debe ser una cruz para

el cristiano y todas sus relaciones con el mundo deben constituir una continua crucifixión. El mundo crucificó al Maestro, y no debe ser el discípulo mejor tratado que su divino Maestro. Cuanto más amen a Jesús crucificado, más el mundo deberá ser para ustedes una cruz y una crucifixión. De este modo el mundo está crucificado para ustedes y ustedes crucificadas para el mundo, que ignora su dicha de vivir enteramente entregadas a Jesús, que las censura, las critica y las persigue. Y deben sentirse muy felices por esto, ya que demuestra que ustedes se asemejan cada vez más a su esposo. Deben estar crucificadas a los ojos del mundo para dar continuidad al terrible misterio del juicio y condenación contra su príncipe, según las palabras de Nuestro Señor. Deben mostrar a los ojos del mundo todo el horror del pecado mediante la crucifixión voluntaria de toda su vida, para que el mundo conozca, no por palabras sino con hechos, la verdad de la doctrina de la cruz, y que, fuera de dicha doctrina, no hay salvación alguna.

2º Mortificación Una segunda consecuencia es que, si tienen verdadero horror del pecado, hace falta, a ejemplo del divino Maestro que murió para destruirlo, combatirlo mediante todos sus esfuerzos y con los mismos medios que él utilizó. Ustedes no deben morir, pero sí mortificarse. Toda mortificación implica, además de la expiación personal, un acto de odio contra el pecado y un acto de amor a Dios. En otras palabras, no sólo deben hacer penitencia por ustedes mismas, sino también por el prójimo. Es precisamente ése uno de los más hermosos privilegios de las esposas de Jesús: es dejarle a él en cierto sentido el cuidado de la salvación personal y de la deuda por los propios pecados, para entregar su vida a fin de acrecentar el tesoro de los méritos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Su penitencia ya no es el acto de un deudor que paga, sino el

esfuerzo de una esposa que busca compensar las pérdidas del padre de familia. ¡Dichoso privilegio del alma que ama a Dios y puede desagaviarlo y consolarlo por tantos insultos de que es objeto!

3° Amor a la Iglesia El horror del pecado y el amor a la Iglesia, nuestra madre, requieren de cierto valor para defender a esta madre insultada y cubierta en cierto modo de la suciedad que sus hijos rebeldes y sus enemigos le arrojan. ¡Qué consuelo poder llevarle a nuestra madre insultada el tributo de nuestros generosos esfuerzos en servirla, con tanto mayor ardor cuanto más abandonada está! ¡Ah!, mis queridas hijas, no amamos bastante a la Iglesia y por eso no entendemos suficientemente que toda nuestra vida debería estar consagrada a extender sus conquistas a través del imperio del pecado.

Quisiera presentarles aún otras consideraciones, pero las voy a dejar para otra carta. Desearía vivamente que estas cortas líneas les hiciesen comprender mejor cuánto agradecimiento deben de tener para con Nuestro Señor, que las ha liberado del pecado y las ha llamado a su luz admirable y pura. ¡Que él sea su alegría y su amor por toda la eternidad!

III. La Preciosísima Sangre

6 de julio de 1857

Celebrábamos ayer la festividad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor. Como ya las he invitado tantas veces a cobijarse bajo el árbol de la cruz, desde donde esa divina sangre se derramó sobre la tierra por nuestros pecados, quisiera decirles hoy algo de sus maravillosos efectos.

Dstrucción del pecado

La condición absoluta puesta por Dios Padre para la salvación de todos los hombres fue la efusión de la sangre de Jesucristo; por eso nuestro agradecimiento no puede tener límites para quien no dudó en derramar su sangre en medio de tantos dolores, dándonos así prueba de la inmensidad de su amor. Un Dios capaz de derramar hasta la última gota de su sangre para lavarnos de nuestras manchas y abrirnos las puertas del cielo es, ciertamente, un espectáculo muy apropiado para reanimar nuestro horror del pecado, para confundir nuestra ingratitud y para decidimos por fin a iniciar generosamente la obra de nuestra conversión.

Semillero de virtudes

Pero quiero hacerles ver en la sangre de Nuestro Señor muchas otras ventajas para las personas que quieran, no sólo convertirse, sino que además llegar a ser perfectas. La sangre de Jesucristo no solamente destruye el pecado y expía los más espantosos crímenes, sino que es el principio del bien y la semilla de las más delicadas virtudes. ¿No la llama acaso un profeta el vino que engendra vírgenes? Desde este punto de vista quisiera yo hablarles hoy.

La sangre de Nuestro Señor estaba unida a la divinidad y por eso su mérito era infinito; por eso también no sólo debía tener un efecto negativo: ser remedio de la espantosa enfermedad original, sino que debía purificar las almas y devolverles su belleza primera; incluso debía hacer algo más: debía agregar algo a esa prístina hermosura. El Hijo de Dios que reina en el cielo tiene una corte digna de él, que son los ángeles. Dios es espíritu, y un ejército de los espíritus más puros rodea su inaccesible trono. El Verbo al hacerse hombre quiso también tener una corte compuesta por seres semejantes a él, revestidos como él de carne mortal, pero con algo de esa pureza divina que él vino a traer a la tierra. ¿Quién, sino las vírgenes, po-

dría constituir esa corte de espíritus angélicos en cuerpo mortal? Y las vírgenes nacen, nos dice el Espíritu Santo, de la sangre del Hijo de Dios. Ahora ven de inmediato, mis queridas hijas, lo que ustedes son y de qué misteriosa fuente fluye su maravilloso privilegio. Siendo vírgenes, remplazan a los ángeles alrededor del trono de Dios hecho hombre, y son vírgenes únicamente gracias a la poderosa fecundidad de su sangre.

**Sus frutos más
preciosos**

Dejo de lado la primera consideración. Hablaremos más tarde de lo que ustedes son, en cuanto puestas alrededor del Cordero al que tienen que seguir a dondequiera que vaya. Me detengo a considerarlas como el más precioso fruto de esta maravillosa semilla que Nuestro Señor sembró en la tierra haciendo correr en ella su sangre.

1º Ustedes son el fruto de una sangre divina. Sin duda, son hijas de Eva, pero vean lo que la sangre de un Dios hace por ustedes. La sangre de nuestro divino Maestro me parece que está representada en el Apocalipsis por ese mar de cristal que vio San Juan delante del trono de Dios. Las vírgenes van a lavar y blanquear sus túnicas en la sangre del Cordero. Evidentemente, esta sangre divina se transforma y transforma a quienes se sumergen en ella. En ustedes todo tiene que ser puro, blanco, radiante, sin la menor mancha.

2º Ustedes son el fruto de una sangre divina, y por eso todo debe llevar en ustedes el sello de su origen sobrenatural, que es la sangre de Jesucristo derramada en la cruz. También ustedes fueron dadas a luz en el dolor, y es en el dolor, la penitencia y el sufrimiento que podrán conservar sus maravillosos privilegios. No se engañen. Si las espinas de la mortificación no las rodean, su tesoro les

será arrebatado. No puede haber virginidad sin combatir con las armas de la penitencia.

Pero al mismo tiempo esta sangre divina las transforma, hace de ustedes criaturas nuevas. No tienen más que estar atentas a ese trabajo interior. Ya que Jesús las hizo vírgenes por su sangre, fluye ésta mejor por sus venas mediante la comunión. Es preciso, pues, asumir la vida nueva que les aporta esta sangre y, puesto que los Libros Sagrados dicen que la sangre es la vida, al participar más íntimamente de la virtud de la sangre de Jesucristo, tienen que ser ustedes en cierto modo más divinas, que todo en ustedes sea divino: sus pensamientos, sus palabras, todo su ser.

3° Ustedes son el fruto más excelente de la sangre de Jesucristo. Nos lo dice el Espíritu Santo por medio de San Pablo: quien es virgen puede ocuparse mejor de las cosas de Dios y, por consiguiente, amarlo más. La castidad es, pues, el principio de la caridad y la condición para la perfección última. Dense bien cuenta, entonces, de todo lo que tienen que ofrecerle a Dios para alcanzar todo lo que él espera de ustedes. No, ustedes no deben ya ser de la tierra, tienen que ser enteramente del cielo. Dios las quiere todas para él. ¿Acaso lo más excelente no le pertenece precisamente a causa de su misma excelencia? Así pues, mis queridas hijas, que su virginidad, regada continuamente con la sangre de Nuestro Señor, se desarrolle y crezca para él. No teman hacer todos los sacrificios necesarios para conservarla y acrecentarla. Jesucristo les ha dado de su misma substancia, a fin de poder colocar sobre ustedes la corona de las vírgenes y de las esposas de Dios, para que también ustedes den algo, para que lo den todo.

¡La sangre de Jesucristo! He aquí, una vez más, la fuerza de ustedes, si llegasen a desfallecer; he aquí el baño en el que tienen que sumergirse a la menor mancha contraída, a la menor salpicadura en su vestido nupcial. ¡Ah,

hijas mías!, abracen la cruz con toda la fuerza de su amor y que, unidas a su esposo en este árbol misterioso, reciban allí, junto con la comprensión de los dones que él quiera concederles, la gracia de hacerlos crecer hasta el día en que no sean más que una cosa sola con él por toda la eternidad.

IV. El trabajo de la Perfección

31 de julio de 1857

Hace ya días que quería escribirles, pero varias causas me lo impidieron. Me parece, sin embargo, útil dirigirles de cuando en cuando algunas palabras de aliento, a fin de que el poco bien que hemos podido hacerles siga desarrollándose cada vez más.

Despojarse

Todo el trabajo de la perfección consiste en dos cosas, según la expresión de San Pablo: despojarse y revestirse. Se despoja uno mediante un trabajo cuya finalidad es destruir en sí mismo todo defecto, todo apego humano, toda imperfección. Las asperezas de carácter, las tristezas demasiado naturales, los desánimos, los sentimientos de amor propio, las susceptibilidades, el amor a las criaturas, a los consuelos, a las alegrías humanas, el replegarse sobre sí mismo, las motivaciones humanas en las mejores cosas, una cierta pereza, un inmenso deseo de reposo en medio de ciertas pruebas: todo esto y todo lo que se le parezca debe ser descartado con la mayor diligencia de nuestra alma. Y, ciertamente, el esfuerzo ha de ser continuo, si no queremos que la tibieza y la cobardía recubran con su musgo los pedacitos de terreno ganado al enemigo. Sí, tenemos que despojarnos y, mientras conservemos puestos algunos harapos de nuestra naturaleza mala, no

podremos pretender al traje de luz que Nuestro Señor nos tiene destinado.

Con frecuencia les habrán presentado esta comparación: cuando nos apegamos a alguna de nuestras miserias o a algún apoyo humano, no somos más que mendigos cubiertos de harapos, que se niegan a renunciar a ellos para revestirse con el traje de honor que un rey les ofrece. Desciendan, mis queridas hijas, al interior de sí mismas y pregúntense cuál es el andrajo al que tan apegadas están aún y que se opone a que su despojo sea completo. Con frecuencia será simplemente una cosa de nada. A veces nos parece imposible el despojo, porque ese sucio vestido que hay que abandonar se ha amoldado tan bien a nuestro cuerpo que nos parece que si nos lo quitamos arrancaríamos hasta la piel. ¡Pues bien!, peor para nosotros si, por nuestra culpa, ese vestido de ignominia, es decir, los hábitos de imperfección se han inoculado de tal manera en nosotros que parecen no hacer más que un todo con nuestro ser. Razón de más para hacer desaparecer esos viejos y sucios harapos que le impiden a Jesucristo darnos el vestido nupcial. Háganse pues esta pregunta: “¿Qué es lo que se opone en mí a que Nuestro Señor me entregue mi traje de boda?”

Ya ven que toco aquí un gran misterio. ¡Desdichadas ustedes, si no comprenden toda su dignidad, y desdichadas también si, siendo esposas de Jesucristo, pretenden conservar en ustedes cualquier cosa que pueda desagradarle! ¡Despójense pues, y despójense de todo! Si conservan algo para sí, no son dignas de alcanzar la perfección de las esposas de Jesucristo. Será un trabajo tanto más largo, cuanto menos generosas sean. La generosidad puede abreviarlo. Aquí todo depende de la fuerza de voluntad con que traten de arrancar de su alma el pecado y sus más mínimas impurezas.

Revestirse de Cristo Pero, luego de despojarse, mis queridas hijas, hay que revestirse. ¿En qué debe consistir este trabajo? Nos lo dice San Pablo en dos palabras: “*Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*” [Romanos 13, 14]. La santísima humanidad del Salvador, esta misteriosa túnica con la que se revistió su divinidad cuando se anonadó para salvar a los hombres, ése es el vestido que les está destinado. Tomar los sentimientos de Jesucristo, las palabras de Jesucristo, las acciones de Jesucristo y convertirlos en sus propias palabras, sus propias acciones, sus propios sentimientos; no hacer, decir o pensar nada que no hubiera pensado, dicho o hecho el Salvador en esta tierra; me parece que esto es lo que quiere decir revestirse de Jesucristo. Examinen ahora su vida y compárenla con este modelo. De todas maneras, esa vestidura divina tiene la propiedad de penetrar de tal modo aquello que recubre que todo su ser queda transformado en Dios. ¿Este trabajo está ya comenzado en ustedes? Y sin embargo, ¿cuántos años hace que recibieron la vestidura del bautismo? ¿Desde hace cuántos años que Nuestro Señor baja con frecuencia al fondo de su alma para revestirla, adornarla y embellecerla? ¿Por qué siempre está igual?

No se pueden abordar estos temas sin quedar extrañado por un contraste: por un lado está lo que Dios quiere hacer por nosotros; por el otro, la manera con que no queremos que lo haga. Ciertamente quisiéramos alcanzar todos los privilegios de la santidad, pero no queremos aceptar las condiciones. Como dice San Pablo, queremos ser revestidos, pero no despojados.

Otro día les explicaré, mis queridas hijas, lo que yo entiendo por este revestimiento de Nuestro Señor. Por hoy, conténtense con examinar cuándo y cómo se piensan despojar enteramente de sí mismas.

¡Que Nuestro Señor lo sea todo en todo para ustedes!

V. El revestimiento de Jesucristo

12 de agosto de 1857

Cada vez que trato de entender bien lo que quiere decir San Pablo cuando nos invita a revestirnos de Jesucristo, confieso que me siento algo perplejo. La unión entre el alma y Jesucristo es tal que toda comparación es incapaz de expresarla. Por eso se la representa a veces como la unión que debiera existir entre el esposo y la esposa; otras veces, a través de la figura del alma que vive en el cuerpo, se nos presenta a Nuestro Señor viviendo en el cristiano, a fin de animar en él hasta sus más mínimos movimientos, y mostrar así que él ha de ser el principio de todas nuestras acciones

1° Así, pues, cuando nos dice el Apóstol "*Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*" [Romanos 13, 14], no pretende sino expresar el mismo misterio bajo un diferente punto de vista. El hombre aparece bajo el traje que lleva, pero este traje, sin embargo, lo modifica de una cierta manera. No son lo mismo los harapos de un mendigo que los ropajes de un rey. De modo que, si ustedes han de ser revestidas de Nuestro Señor, deben presentarse a los hombres con un aspecto divino. Los buenos ejemplos, la vida cristiana, la santidad del conjunto de sus acciones, las costumbres sobrenaturales, si puedo hablar así, he ahí lo que se tiene derecho a esperar de ustedes. En todo esto deben mostrar que Nuestro Señor las cubre y, en las santas acciones que realizan, deben acordarse de la misión que se les confía de manifestar a Nuestro Señor que les sirve de vestido.

2° Sin embargo, podemos decir también que San Pablo quiere mostrarnos que la acción de Nuestro Señor se ejerce en nosotros de varias maneras. Obra como la semilla de la planta que se desarrolla en el macetero en que fue sembrada. Crece, se desarrolla poco a poco y obra en ese caso, si se puede decir así, desde dentro hacia fue-

ra; su acción pasa a través de todos los poros de nuestra substancia; nos penetra enteros, si no ponemos ningún obstáculo. Experimentamos estos resultados sobre todo después de la comunión, cuando Nuestro Señor viene en lo más íntimo de nuestro ser. Pero puede también este divino Maestro proceder desde afuera hacia adentro, e investirnos de algún modo con su gracia, con su luz y con su fuerza. Es entonces cuando este maravilloso vestido nos cubre, protege nuestra debilidad y nos aporta un calor saludable; de nuevo, es Jesucristo. Estamos protegidos por él y por él somos puestos al abrigo de todos los peligros a los que nos expone el contacto con las cosas exteriores.

3º Pero, ya que tenemos que ver a Nuestro Señor tal como se presenta ante nosotros, me parece que, para que tengamos una idea exacta del maravilloso revestimiento de nuestras almas que es Jesucristo, hay que recordar muy bien lo que él mismo es. Nos dice San Pablo que, en el seno de la Trinidad, él es el esplendor de la gloria y la forma de la substancia divina. Cuando este esplendor glorioso y esta forma inefable se complacen en revestirnos con su resplandor y sus rayos, entonces lo que nos envuelve es verdaderamente un vestido de gloria, como infinita. Será ésa nuestra recompensa en el cielo. En la tierra, debemos aplicarnos a acostumbrar a nuestros miembros a llevarlo; mientras los vestidos ordinarios deben ser adaptados al cuerpo para el que están hechos, nosotros al contrario, y por un especial privilegio, tenemos que esforzarnos en ser dignos de tan magnífico manto real. De modo que todo su ser, sus facultades, su corazón, sus sentimientos, todo en ustedes se transforme, para que sean dignas de llevar ese inexplicable vestido que es, lo repito, el esplendor de la gloria de Dios y la forma de su substancia.

¡Qué grandeza, qué majestad, mis queridas hijas! Pero también cuánto esfuerzo necesitan para hacerse dignas de alcanzar semejante honor; necesitan también dejar de una

vez y para siempre las imperfecciones, las diversiones, las niñerías, las ligerezas, en una palabra ¡tantas nimiedades que absorben su vida y le restan la majestad de su carácter cristiano!

¡Que Jesucristo sea su única preocupación y que, para ser revestidas de él, renuncien de ahora en adelante a cuanto sea indigno del honor al que las quiere elevar!

3 de mayo de 1859

No quisiera dejar pasar la festividad de hoy, la Inven-
ción de la Santa Cruz, sin recordar que hace dos años
les escribía desde aquí mismo unas reflexiones sobre el
Crucifijo. Quisiera, si ustedes me lo permiten, añadir a
los pensamientos que les sugería entonces, algunos otros
aún más tristes, pero que cobran valor de los espectáculos
que tenemos ante nuestros ojos.

**Las pruebas de la
Iglesia**

La Iglesia de Jesucristo tiene que luchar hasta el fin de los siglos y por eso se llama militante. Pues bien, conviene que luche con armas que le sean apropiadas, y estas armas le han sido dadas. Son los látigos del Pretorio, la corona de espinas, la cruz y los clavos del Calvario; en otras palabras, el sufrimiento y el menosprecio. “¡Sufrir y ser despreciado!”, exclamaba San Juan de la Cruz. Así pues, en medio de las agitacio-
nes del mundo, es el medio más seguro para alcanzar la paz. ¿De qué se puede quejar quien pone su felicidad en el sufrimiento? ¿Quién podrá turbar al que halla su alegría en el menosprecio?

Cualesquiera que sean las pruebas que tenga que soportar quien se propone sufrir, sólo tiene lo que desea. En

cuanto al amor del menosprecio, les pregunto qué podría turbar a la adoratriz que partiese de este principio: “Soy una orgullosa y quiero luchar contra mi orgullo. La mejor manera de conseguirlo es amar el menosprecio y recibir con presteza todas las humillaciones que se presenten. En adelante, iré al encuentro de todas las que pueda prever”. Se lo repito, todo lo que la preocupaba se le convierte en pan bendito, ¡qué paz no alcanzará!

Pero no tengo razón para insistir en esto, porque me aparto del tema, ya volveremos más adelante.

Quería decirles que para la Iglesia parece que se avencinan tiempos difíciles, que las naciones se agitan aún y que los pueblos urden todavía sus vanos complots. Vivimos tiempos de incertidumbre. Estamos bajo la presión de no sé qué angustia y, aunque desde hace sesenta y cinco años Dios se complace en hacer avanzar a su Iglesia hacia el triunfo, a pesar de sus tribulaciones, no podemos predecir lo que sucederá dentro de poco: si las culpas de unos, la cobardía de otros, la furia del infierno, no atraerán un castigo sobre quienes olvidan tan rápidamente que la misericordia de Dios es grande, sin duda, pero que su justicia no lo es menos.

La hora de las víctimas

En estos momentos, mis queridas hijas, es muy hermoso el papel de las almas que sienten la dicha de ser víctimas, pues continúan la obra de Nuestro Señor en la cruz. Y bien, déjenme decírselo, llegó el momento de redoblar el fervor y de ofrecerse aún más completamente a Dios.

¿Qué será del Papa? ¿Qué será de la libertad de la Iglesia, en medio de las agitaciones que comienzan y cuyo fin nadie puede prever? Evidentemente, hay proyectos espantosos y quienes creen manejar el curso de los asuntos no son más que instrumentos ciegos en manos de un poder superior. Pero por encima de todo está Dios, que se

dejó doblegar, hace mil ochocientos años, por la sangre de su Hijo derramada en la cruz. Y Dios, antes de dar a los ejércitos el poder de vencer y a los diplomáticos la ciencia de los protocolos, enseñó a los cristianos la ciencia y el poder de la oración. Yo les suplico, mis queridas hijas, que oren en unión con Nuestro Señor clavado en la cruz, que oren aceptando y haciendo suyas todas las enseñanzas de la cruz, que se hagan más que nunca víctimas, de modo que puedan afirmar, por su parte, que aman a la Iglesia y que hacen todo cuanto depende de ustedes por tratarla como a una buena madre.

Les escribo un poco deprisa. Ofrecí esta mañana la misa por ustedes y espero que también ustedes oren algo por mí. Esto es sólo un pequeño saludo. Ya les enviaré más tarde su famoso examen.

EL EXAMEN RAZONADO

10 de mayo de 1859

El propósito del Padre d'Alzon Ya es hora de que yo cumpla mi promesa de enviaros el breve examen razonado que os había prometido. Es cierto que, hablando con propiedad, ya lo teníais en esas líneas que os di sobre el espíritu de la Asunción, pero esas líneas necesitan algunas explicaciones que os hagan captar el conjunto y seguir la concatenación del pensamiento que las ha dictado.

Al daros, ante todo, como finalidad principal el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su madre, y a la Iglesia, su esposa, no solamente quedáis informadas de que todos los latidos de vuestros corazones deben dirigirse hacia ese triple objeto, sino que, además, debéis

desarrollar en vosotras todas las virtudes cuyos modelos os presentan Jesús y María, y todas las que exige el servicio a la Iglesia, y prepararse a cuantos sacrificios os sean reclamados como prueba de vuestro amor. Ahora bien, esas disposiciones quieren ser desarrolladas y por eso debemos apoyarlas sobre algo sólido y práctico a la vez.

No conozco nada más sólido y práctico que las tres virtudes teologales y las virtudes religiosas y cristianas que de ellas se derivan directamente. Ahora bien, entre tantas virtudes que fluyen de esas tres fuentes, podemos elegir aquellas que mejor se corresponden con la meta que nos hemos propuesto. Tratemos de proceder con orden.

I. La Fe

Fe en Nuestro Señor, verdad eterna que se ha manifestado a los hombres; fe imitando a la Santísima Virgen, que hizo el acto de fe más sublime jamás realizado cuando dijo: *“He aquí la sierva del Señor”* [Lucas 1, 38]; fe en la Iglesia, a la que debemos someter nuestra razón, nuestras dudas, nuestras rebeliones, en todo cuanto nos enseña. Espíritu de fe que nos lleva a buscar y a adorar la voluntad de Dios en todo lo que nos sucede. Espíritu de fe que nos lleva a unir de manera sobrenatural todas nuestras acciones a las de Jesús y María cuando estaban en la tierra, y nos incita a cumplirlos, en lo que de nosotros dependa, con aquella perfección que ellos ponían en sus más mínimos actos, palabras o sentimientos.

De la fe se sigue el amor a la verdad, su culto. Una de las maneras de hacer honor a la verdad viva es la franqueza, y esta virtud será uno de nuestros sellos distintivos.

**A la luz de la fe: la
obediencia**

Pero la fe es una sumisión del espíritu a la verdad, es un acto de obediencia del corazón que, elevado a su mayor grado, se convierte en la obediencia religiosa. Pero ya veis cuánto valor y fuerza adquiere esta obediencia cuando es iluminada por las luces de la fe; cuando con la ayuda de estas luces tratamos de ser obedientes, como Jesús, hasta la muerte y muerte de cruz, en unión con María que cumplió en sí misma el misterio de la Encarnación mediante su obediencia al ángel que le traía la palabra de Dios, y al obedecer, ya sea a la Iglesia, en representación de la autoridad de Jesucristo en la tierra, ya sea a aquellos a quienes hemos prometido nuestra obediencia.

la humildad

Hay más. La fe nos ilumina sobre lo que debemos creer y hacer, pero nos aclara también sobre lo que somos, y por lo tanto, sobre lo poco que somos, sobre nuestros defectos, nuestros vicios, nuestros hábitos, nuestros pecados, nuestra corrupción. Y cuando hayamos visto, a la luz de la fe, todo este entramado de tristes elementos que componen nuestro ser; y cuando a esto añadimos la visión de nuestro rechazo de la gracia, no queda mucho de qué estar orgullosos de nosotros mismos; quedamos entonces evidentemente bajo el peso de un gran desprecio de nosotros mismos, que engendra o la desesperación o la humildad. Hay que rechazar la desesperación y contentarse con ser muy humilde, conocerse bien tal como uno es, menospreciarse y aceptar el desprecio de los demás como castigo por nuestros pecados y por nuestro orgullo; acordarnos de que aceptaremos el ser menospreciados en proporción del amor que sintamos por la justicia de Dios ofendida, y del deseo que tengamos de ofrecerle una reparación tan grande como seamos capaces.

Examen sobre: la fe De ello se sigue un examen concebido así. ¿Tengo la fe? ¿Estoy dispuesta a creer todo lo que la Iglesia me enseña? ¿Qué intensidad tiene mi fe? ¿He adorado suficientemente a Jesucristo, verdad eterna y, en cuanto Dios, objeto infinito de mi fe? ¿He ido a Dios mediante Jesucristo, autor y consumidor de mi fe? ¿Tengo bastante reconocimiento a Jesucristo que me ha dado la fe? ¿He tratado de imitar la fe de la Santísima Virgen? ¿Mediante mi fe, he atraído a Jesucristo en mí, como María en el misterio de la Encarnación? ¿He creído en todo lo que me enseña la Iglesia? ¿He comprendido el valor del depósito que se le ha confiado para mí, el tesoro de la verdad por el que seré salvada? ¿Tengo espíritu de fe? ¿Me he aplicado a dar a mis pensamientos, a mis sentimientos, a mis palabras, a mis acciones, un valor lo más grande posible, uniéndolos a alguno de los misterios de la vida del Salvador que me son revelados por la fe? ¿Conociendo al Salvador por la fe, lo he tomado como mi modelo en todo, lo mismo que a María, su madre? ¿Me doy cuenta de la grandeza y valor que pueden alcanzar cada uno de mis actos, si los realizo con espíritu de fe? ¿En qué he desarrollado en mí el espíritu de fe?

la obediencia ¿Cuál es mi obediencia a Jesús y a María, en las buenas inspiraciones que me envían, y a la Iglesia en sus mandamientos? ¿Qué significan para mí los mandamientos de Dios y los de la Iglesia? ¿Qué es para mí la obediencia religiosa, que es el cumplimiento más perfecto de aquellos? ¿En qué soy obediente? ¿Hasta qué grado, con qué espíritu, con qué abandono?

la humildad Finalmente la fe me enseña a conocerme. ¿Qué sinceridad he empleado en el estudio de mí misma? ¿Bajo qué pretextos me escudo a menudo para no ver mis defectos?

bien, no se posee a Dios, sino con la ayuda de Dios y por los medios que a él le plazca darnos; y aunque se anticipa con sus dones, siendo el primero en darnos los medios para ir a él, desea además que se los pidamos. De donde baso la necesidad de la oración.

Los sacramentos Los medios que da Dios son o internos o externos. Los medios internos son la gracia, bajo cualquier forma que se presente. Los medios externos son, sobre todo, los sacramentos, cuyo depósito ha confiado a su Iglesia. De donde además deduzco: el respeto por los sacramentos y el agradecimiento a la Iglesia que tiene el depósito y que me los dispensa.

La pobreza Pero nadie puede servir a dos señores. Si permanezco apegada, siguiendo la inclinación de mi naturaleza, a las alegrías, a los placeres, a los bienes de la tierra, no puedo amar el cielo. El amor del cielo, el deseo de poseer a Dios como bien supremo, no puede ir a la par más que con el desprendimiento de las cosas de aquí abajo. Cuanto mayor sea mi deseo de poseer el bien infinito, mayor será mi desprecio de los bienes creados; y la perfección de este deseo de poseer a Dios, este desprecio, este desapego de cuanto no es él o no es medio para llegar a él, llevado a su más alto grado, eso es la pobreza religiosa, que no sólo se desapega de corazón, sino de hecho, de todas las criaturas para ir al Creador, al Padre de quien procede todo don perfecto.

Pero si quiero ser pobre, sin embargo tengo que vivir. De ahí la necesidad del trabajo, que se puede considerar, es cierto, como un castigo del pecado, pero también como una secuela de la pobreza voluntaria. La pobreza misma se puede considerar también por el lado espiritual: todos somos pobres ante Dios, todos tenemos algo que pedirle.

Sólo os indico aquí los puntos principales sobre los que tendréis la bondad de reflexionar. Ahora comienza el examen.

Examen sobre: la esperanza ¿Cuál es mi esperanza? ¿Dónde he colocado mi bien supremo? ¿Cuál es mi más íntimo deseo?

¿Dónde tengo mi confianza? ¿Está solamente en Jesucristo? ¿Acaso no confío sobre todo en mí? ¿No me creo capaz de todo, con la fuerza de mi voluntad? ¿Qué valor les doy a las gracias que me prodiga Nuestro Señor sin cesar? ¿Cómo se lo he agradecido? ¿Cómo le he pedido otras nuevas? ¿En qué situación estoy con relación al orden sobrenatural? ¿Refiero todo a mi salvación, de modo que sólo estimo lo que me la facilita; desprecio lo que le es inútil; tengo horror a todo lo que se le opone?

la oración Las gracias de Dios aumentan en mí mediante la oración.

¿Cómo las pido? ¿Qué hago para alcanzar nuevas y más abundantes?

Las gracias son interiores y requieren de un cierto recogimiento, que le deje a Dios la posibilidad de actuar. ¿Qué tan recogida soy? ¿Cuáles son las distracciones, las preocupaciones que me absorben y se roban mi tiempo?

Las gracias llegan con la inspiración de buenos pensamientos. ¿Cómo las recibo cuando llegan? ¿En qué he tratado de multiplicarlas?

Las gracias son también ayudas, un aumento de fuerza. Cuando he tenido esa fuerza más grande, ¿cómo la he desarrollado mediante el ejercicio de acciones que podían serme pedidas?

los sacramentos Las gracias son exteriores y las más preciosas son los sacramentos. ¿Cómo los he recibido? ¿Cómo me he preparado a ellos? ¿Qué fruto he sacado? Tantas absoluciones

recibidas, tantas comuniones hechas, el Espíritu Santo residiendo en mí por la confirmación, ¿qué provecho he sacado de todos estos tesoros? ¡Con mucho menos se haría una santa! ¿Qué contrición he tenido al confesarme y qué fervor al comulgar? Por mi profesión, yo tenía la posibilidad de corresponder más particularmente mediante la oración pública de la Iglesia a estas gracias exteriores concedidas a mí por la Iglesia. Ya que tengo la dicha de recitarlo al menos en parte, ¿cuál ha sido la atención, el respeto, el sentimiento de adoración, de petición, de agradecimiento, con el que he recitado el Oficio, en unión con Jesucristo y en nombre de la Iglesia?

la pobreza

¿Respecto de la pobreza, ¿tengo su espíritu? ¿Estoy desprendida de todas las cosas que están a mi disposición? ¿Estoy dispuesta a sacrificarlas? ¿No estoy apegada a ciertos bienes, aunque no fuese más que a mi reputación? El verdadero pobre está desprendido de todo, incluso de sí mismo. ¿No estoy enormemente apegada a mi persona, a mis comodidades, a mis satisfacciones? Si soy realmente una religiosa pobre, todo debe serme indiferente, dentro y fuera de mí, excepto la posesión de Dios y lo que me la procurará. ¿He llegado a eso? ¿O al contrario, no estoy aún muy lejos? ¿Qué voy a hacer en adelante para llegar al desapego completo? La pobreza propiamente dicha, ¿es siempre exactamente practicada por mí? Al no poder hacer más por causa de mi posición, ¿hago siempre lo que puedo? ¿En qué punto se encuentra mi trabajo? ¿Puedo decir que me gano la vida? Puedo ganarla por el cuidado que pongo en el manejo de la casa, por el trabajo de mis manos, por la privación de cantidad de caprichos, por el empleo de mi tiempo en las buenas obras, por el silencio que me hará el trabajo más fácil. ¿En todo esto, qué he hecho de lo que hace una verdadera religiosa?

Habiendo sido la pobreza el patrimonio de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, debe de tener para mí un precio inestimable, pues ha sido para Nuestro Señor una manera de demostrarnos su amor, y porque a ejemplo de María podría ser para mí un medio de demostrarle mi amor. ¿Qué valor les he dado, hasta ahora, a esas finezas de la pobreza que tan bien conocieron los santos?

La práctica de la pobreza me permite hacer algunas economías. ¿En qué las he empleado? Hay pobres de otra categoría distinta de la mía a quienes eso superfluo les sería muy necesario. ¿Qué empleo le doy a lo que está a mi disposición y con qué miras sobrenaturales lo uso? ¿Mis buenas obras no me procuran acaso amor propio y no hacen de mí un pobre orgulloso, una de las cosas que más horror le causan a Dios?

la envidia

La esperanza y la caridad, de las que vamos a hablar, tienen que luchar contra un vicio del que ni siquiera las personas más piadosas están exentas, la envidia: se entristecen por el bien espiritual que otros tienen y ellas no poseen. ¿No soy acaso envidiosa? ¿No ha engendrado en mí la envidia ciertas tristezas, ciertos rencores, ciertos rechazos, palabras poco caritativas, desánimo? ¿He entendido bien que los dones de Dios son como la luz del sol que penetra en todos los ojos, sin que la porción que reciben unos disminuya la parte de luz que reciben los otros?

En una palabra, ¿pongo mi confianza únicamente en Jesucristo? ¿Soy una persona de oración? ¿He orado bastante por la Iglesia? ¿Soy pobre, laboriosa? ¿Empleo bien mi tiempo? ¿Está mi corazón libre de toda envidia y de todo sentimiento de celos?

III. La Caridad

La *caridad* produce también sus virtudes. Para ser más libre de poder unirse a Dios, la caridad renuncia a todo afecto terreno y produce:

1° La castidad, el amor de Dios que exige el sacrificio de cuanto pudiese empañarlo, incluso en las cosas permitidas.

2° La oración, considerada como unión con Dios.

3° El apostolado.

Examen sobre: ¿Soy bastante consciente del in-
la caridad menso amor que Dios me tiene
desde toda la eternidad? No soy

más que una nada, pero Dios pensaba eternamente en mí.
¿Qué hago para devolverle su eterno pensamiento y su amor eterno? ¿Cuál es mi agradecimiento por todos sus beneficios? Y ya que me ha dado a su Hijo para unirme a él, ¿cómo he respondido a ese deseo de unión divina?

la castidad ¿Cómo he vivido la virtud de la
castidad? ¿Con qué espinas he

rodeado ese lirio mediante el cual puedo ser la esposa de Jesús, más especialmente la imitadora y la hija de María? ¿En qué me he esforzado para alcanzar esa pureza de corazón que merece, a quienes la poseen, ver a Dios más de cerca?

Y no hablo ahora de la contemplación, pues volveré sobre ella enseguida.

caridad para con el Pero si de la caridad para con
prójimo Dios pasamos a la caridad para
con el prójimo, ¿en qué estoy?

¿Me he formado una idea del bien que puedo hacer a través de mi vida regular, de mis protestas prácticas contra la vida del mundo, de mis buenos ejemplos, de mis conversaciones, de mis buenas obras? ¿Cuál es mi objetivo

en todo esto? ¿No se desliza por ahí a veces el amor propio en lugar del amor de Dios? ¿Y no me he dejado llevar por algún sentimiento de satisfacción cuando puedo decir: “he hecho muchas buenas obras” o “las he hecho muy bien”?

el celo por las almas Toco aquí la meta más específica de la Asunción, que es la extensión del Reino de Nuestro Señor en las almas y que implica el doble amor a Jesucristo y a las almas. Jesucristo está vivo en cuanto Dios en su santa humanidad y en la Iglesia, que es a la vez su cuerpo, su esposa y su reino. Todas estas expresiones son muy pobres, como se ha observado, para expresar la unión que, en su amor, quiere establecer Nuestro Señor entre él y las almas de los santos. Sus delicias consisten en no ser más que una sola cosa con ellos. Por tanto, después de haberme esforzado por unirme enteramente a él, no puedo desear otra cosa que unirle el mayor número posible de almas, y lo más santamente posible. Desde este punto de vista, el celo por la extensión de Reino de Nuestro Señor en las almas y el espíritu apostólico son absolutamente la misma cosa. ¿Tengo este celo? ¿Tengo este espíritu? No voy a decir que esto no atañe a las mujeres. Santa Teresa, una simple mujer y monja de clausura, tenía el celo de los Apóstoles. ¿Por qué no lo tendría yo también? ¿Por qué no haría cuanto de mí depende? Y en esto, como el estado de cada una es diferente, cada una tiene que examinarse según su estado, para apreciar lo que hubiera podido hacer en el pasado, lo que hace ahora y lo que podrá hacer.

IV. El sello especial de las Adoratrices

En fin, mis queridas hijas, tenéis un sello más especial aún, sobre el que voy a insistir más particularmente. Sois adoratrices, y si, como estoy profundamente persuadido,

ésa es vuestra verdadera vocación, dejadme deciros cuán magnífico es este privilegio, que os merece haceros cada día más parecidas a los ángeles que rodean el trono de Dios. Permitidme indicaros cuatro condiciones principales que, según mi parecer, debe tener vuestra condición de adoratrices. Se trata del anonadamiento, la expiación, el celo, la unión.

Cuatro condiciones *El anonadamiento.* En efecto, ¿qué es la adoración? Es un acto mediante el cual reconocemos el dominio supremo de Dios sobre toda criatura; el sacrificio que en la Antigua Ley se refería a la adoración es el holocausto, donde la víctima era enteramente consumida por el fuego. El gran crimen de los tiempos modernos es que Dios ya no es suficientemente adorado, ni es suficientemente reconocido como dueño soberano de todas las cosas. Pues bien, vuestra vida de adoratrices debería consistir en adorarlo por vosotras y por los que no lo adoran. Ved con qué anonadamientos, con qué destrucción de sí mismas, con qué proclamación de los derechos de Dios, deberíais reparar los insultos que recibe.

La expiación. Ciertamente, para expiar nuestros crímenes subió Nuestro Señor al Calvario. Pero cuando estáis a sus pies, ¿no sentís acaso que quiere ser adorado en unión con los sentimientos que él tuvo? Aunque resucitado de entre los muertos, no por eso es menos la víctima por excelencia, el cordero que quita los pecados del mundo; y aunque su oblación es superabundante, os pide que la hagáis más superabundante aún, si puedo expresarme así; y bajo ese punto de vista, podéis ser víctimas por el pecado.

Cuando al pie del Santísimo Sacramento os consideráis, como Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, frente a la justicia de su Padre, ¿entráis en todos los sentimientos que anegaban el alma de nuestro divino Maes-

tro en aquel terrible momento? Considerad lo que puede ser entonces vuestra oración; mirad lo que ella puede ofrecer; ved cómo entre esta oración dolorosa y una vida de expiación debe haber una relación íntima, y cómo al retiraros de la presencia de esa adorable víctima, debéis haceros víctimas vosotras mismas, y hasta qué grado.

El celo. No podéis ser apóstoles como los hombres del Evangelio, pero podéis ser su alma, como María era el alma de los apóstoles en el cenáculo. Ella es aún la reina, y vosotras que sois sus hijas, podéis orar como ella por los apóstoles; y mediante vuestro celo al pie del Santísimo Sacramento, al pie de Quien ha enviado a los apóstoles, podéis obtener para el sucesor de los apóstoles, Nuestro Santo Padre el Papa, para los obispos, para todos los sacerdotes, todas las gracias de apostolado que necesitan más que nunca.

Mirad, hijas mías, el cuerpo humano tiene como dos focos: la cabeza y el corazón. La cabeza comanda, dirige, gobierna; pero el principio del calor y de la vida es el corazón. El corazón no actúa, pero es un principio de acción; y vosotras como adoratrices pertenecéis más especialmente al corazón de la Iglesia y de Jesucristo. El corazón es invisible y sin embargo, ¡qué importante es su acción! Vosotras no tenéis que mostraros demasiado, pero ¡cuántas cosas santas no debéis remover, si poseéis un verdadero celo!

La unión. ¿En qué consistirá la felicidad en el cielo? En la unión con Dios. Y vuestra vida de adoratrices en la tierra debe ser un comienzo del cielo. ¿Qué tendréis en el cielo? A Dios. Y mediante el celo, ¿no lo tenéis en el Santísimo Sacramento? Nadie puede decir aquí en la tierra en qué debe consistir esta unión, cuáles son sus misterios, cuáles sus arrobos. Esta unión va precedida sin duda de grandes padecimientos. ¡Qué pureza, y en consecuencia, cuánta purificación no exigirá Dios a un alma con la que

quiere unirse! A vosotras, hijas mías, os toca ver qué precio queréis pagar aquí abajo por esa unión con Dios en la eternidad.

Examen

Esta última parte de nuestro examen será breve.

Debo *anonadarme*. ¿Acaso no estoy llena de orgullo, de altivez, de susceptibilidad, de independencia? Quiero ser pisoteada y alzo la cabeza sin cesar y expongo mis quejas. Quiero ser tenida por nada y sin cesar quiero que me consideren para algo o para mucho.

Quiero *expiar*. ¿Qué sentimientos de horror me producen las ofensas hechas a Dios, tantas impiedades, sacrilegios, blasfemias, impurezas y crímenes que ensucian la faz de la tierra? ¿En qué medida se inquieta por eso mi amor a Jesucristo? ¿No tengo acaso una de esas piedades estrechas, egoístas, que se repliegan sobre sí mismas y se preocupan poco del prójimo, de las almas que se condenan, de la causa de la Iglesia traicionada, de la gloria de Dios tan desdeñada? ¿Qué hago en cuanto a expiaciones y a mortificaciones reparadoras?

El *celo* implica olvido de sí. ¿Cuándo terminaré por olvidarme de mí misma? ¿Con qué ardor le ruego al padre de familia que envíe obreros a su mies? ¿Qué hago ante el Santísimo Sacramento? La fuente del celo es la oración, y si no consigo tener el que debería devorarme, debiera al menos obtener con mi oración que el celo pase a aquellas almas que tienen la gracia y la misión de evangelizar. ¿Qué esfuerzos he hecho por imitar a la Santísima Virgen cuya vida, después de la Ascensión de Nuestro Señor, fue a la vez una vida oculta y una vida de celo? Aunque no vivió en un convento, ¿qué no hizo ella por la Iglesia, y qué pudiera hacer yo, si quisiera imitarla de verdad?

Unión. ¿Consiste acaso toda mi dicha en no ser sino una sola cosa con mi divino esposo? ¿Todos los latidos de mi corazón se dirigen sólo a él? ¿Estoy dispuesta a

sacrificarlo todo por unirme más a él? ¿Qué hago para probarle que es el Dios de mi corazón y mi única herencia para la eternidad?

Conclusión:
vuestro Directorio

He aquí, mis queridas hijas, el examen que os había prometido. Pienso que contiene casi todo cuanto espero de vosotras para ayudarlas a alcanzar el espíritu de verdaderas adoratrices. Os invito a leerlo con frecuencia. Podéis dividirlo en cuatro partes. Os aseguro que si empleáis cada día unos minutos en meditarlo, descubriréis en vosotras cantidad de cosas que corregir, virtudes que desarrollar, defectos que modelar, costumbres que suprimir y disposiciones que modificar. Será para vosotras como una especie de *Directorio*, de donde sacaréis esa unidad de vida espiritual que hará de vuestra pequeña Asociación un cuerpo más compacto y os imprimirá una energía más inteligente para el bien.

No pretendo que todas vosotras os toméis todo al mismo nivel. Los incentivos son diversos y es bueno tenerlos en cuenta. Unas serán llamadas a más humildad, otras a más mortificación. Algunas prefieren una vida oculta, otras finalmente la oración. No insisto en esto, os dejo la libertad y, sobre todo, la libertad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere; pero insisto en que estéis atentas a su impulso, que no cerréis los oídos a su voz, por más sacrificios que os vaya a pedir.

¡Que Nuestro Señor y la Santísima Virgen bendigan estas breves líneas y las hagan producir en vuestras almas frutos de santidad, para que seáis dignas de adorar eternamente al Cordero divino en las puras llamas de los serafines!



B.- RECUERDOS DE INSTRUCCIONES

26 de marzo de 1858

Festividad de la Compasión

María, modelo de las Adoratrices

Su energía La festividad que celebramos hoy, mis queridas hijas, es una de las que mejor convienen a las Adoratrices, después de la del Santísimo Sacramento. Qué modelo más perfecto en sus adoraciones podrían tener que el de María al pie de la cruz, a donde siguió a Jesús. Los judíos saciaron su odio y los esbirros su crueldad; Judas realizó su traición y los Apóstoles se dispersaron; sólo María, acompañada de algunas piadosas mujeres y del discípulo que Jesús amaba, lo siguió hasta el Calvario. ¿Piensan que su corazón de madre no sufrió angustias espantosas y que llegó hasta allí sin haber vencido la debilidad de la naturaleza, desestimando los sufrimientos que le esperaban? No, no lo duden, la magnitud de su sacrificio se le presentó con todo lo que tenía de terrible; ella sabía que iba a ver expirar a su Dios y a su hijo, pero quería asistir a ese momento de dolor supremo y quedarse junto a Jesús hasta su último suspiro.

Sus dolores Siguiendo el ejemplo de María, mis queridas hijas, y tomándola por modelo en sus adoraciones, quédense también ustedes al pie de la cruz, cada vez que a Jesús le plazca clavarlas allí con él. Que los disgustos, las sequedades, las molestias, e incluso las tinieblas que se presentan a veces en la oración, no sean obstáculo para prolongarla cuanto deben. Sufirán, es verdad, y serán inmoladas, pero el mismo Dios del Calvario y la Madre de ustedes al pie de



la cruz sufrieron mil veces más. Sólo una cosa las sostendrá si son fieles: la gracia que les es concedida de poder añadir sus debilidades y sufrimientos a los de su Dios y a los de su tierna Madre.

María al pie de la cruz no pensaba sino en los tormentos de su divino Hijo. No se dice que sucumbiera bajo el peso de su dolor sino, por el contrario, que estaba de pie. Se olvidaba enteramente de sí misma para referirlo todo a la gran víctima del Calvario que, junto con darle un intenso sufrimiento, le concedía también una gran fortaleza y un gran consuelo en el dolor. ¡Quién pudiera comprender los raudales de amargura que fluían del corazón de Jesús y anegaban el de su madre! ¡Quién pudiera expresar lo que pasaba en esos corazones y quedar insensible a tanto amor! María al pie de la cruz representaba a la Iglesia entera, en nombre de la cual y por la cual ella adoraba a Jesús.

Su abnegación

Que María sea también su modelo, mis queridas hijas, en todas sus adoraciones; a ejemplo suyo, olvidense de sí mismas y no piensen sino en Jesús. En este momento él es olvidado, insultado y ultrajado por la mayoría de los hombres; la fe es atacada de todas las formas; incluso las personas que practican pareciera que se dejan insinuar pensamientos y sentimientos contrarios a los de Jesús. Si tuviésemos una fe viva y ardiente, nos paralizaríamos de dolor a la vista de tantos males y de tanta ingratitud; al menos, no seamos nunca del número de los que ultrajan a Jesús. Y a ejemplo de María, nuestro modelo, olvidémonos de nosotros mismos para asumir sus intereses, para ganarle corazones con nuestra oración y nuestro ejemplo y para resarcirlo de todo lo que sufre, consintiendo en sufrir con él. Con María, sentiremos entonces la fuerza que él nos dará para sufrir y el consuelo que se encuentra en el sufrimiento.

Su compasión de los pecadores En fin, María al pie de la cruz es verdaderamente el refugio de los pecadores, ya que los recibe a todos como a sus hijos, en lugar de Jesús que está por expirar. Admiramos con qué generosidad y amor ella acepta a los verdugos de su Hijo y a quienes son la causa de su muerte. Ella puede entonces decir a su Hijo, orando por ellos: “He aquí todas las almas rebeldes que te ultrajaron; te las ofrezco en estos mismos brazos que tantas veces te llevaron y en los cuales quisiste reposar. Acuérdate de tantas fatigas que he soportado, de tantos cuidados que te prodigué, y te suplico, en nombre de todo eso, que te apiades de todos estos hijos que ahora me entregas y que yo acepto por amor a ti”. Y sobre todo durante sus adoraciones, hijas mías, deben orar por las almas descarriadas; pero, a ejemplo de María al pie de la cruz, no olviden a aquellos pecadores de los que más quejas ustedes tengan. Oren por ellos más especialmente y encomiéndenlos a Dios para que los salve. Imitando así la caridad del Salvador y el amor de la madre de ustedes, se harán dignas de estar unidas por toda la eternidad al que es el Esposo de sus almas.

Jueves Santo, 1° de abril de 1858

Jesús en Getsemaní, modelo de las Adoratrices

En mi última instrucción les mostraba a María al pie de la cruz como el modelo que deben seguir en sus adoraciones. Les voy a proponer hoy un modelo aún más perfecto: Jesucristo mismo en agonía en el Huerto de los Olivos, cuya oración deben continuar ustedes.

Después de instituir la última y la más grande maravilla de su amor y de haber establecido el sacerdocio para

perpetuarla hasta el fin de los siglos; después de decir a sus Apóstoles, para mostrarles la unión que existía entre ellos: Yo soy la vid, ustedes son los sarmientos [Juan 15, 5], y otras palabras llenas de amor y de ternura, sigamos a Jesús a Getsemaní, donde lo consideraremos como víctima de la justicia de su Padre y del abandono de los hombres.

La justicia de Dios La justicia de Dios es infinita, es el ceñidor de sus lomos, como el mismo Espíritu Santo lo dice; quién podrá comprender entonces sus terribles efectos, ya que va a actuar sobre el mismo Dios, revestido de las iniquidades de todos. Y se dilata aún el corazón de Jesús para recibir los raudales de dolor que le prepara su Padre, que olvida todo lo que este Hijo predilecto es, para no ver en él sino la persona de los pecadores y dejarle todo el horror de su sacrificio del que no puede sostener la vista. Así, abismado por el sufrimiento y sucumbiendo bajo el peso de esa justicia infinita, implora que se aparte de él ese cáliz, porque no puede soportar su amargura y verlo inútil para tantas almas que no lo aprovecharán. Pero Dios Padre permanece insensible y no se deja doblegar. ¿Qué pueden hacer, mis queridas hijas, sino aceptar ser víctimas con Jesús? Es el momento de ponerse a su lado y de desarmar a la justicia divina. Es con él que tienen que ofrecerse para continuar su oración y expiar los crímenes que se cometen cada día.

El abandono de los hombres Mas, si Jesús es triturado por la justicia de su Padre, los hombres por los que tanto ha hecho ¡no se olvidarán de él y lo sostendrán en ese terrible momento del enojo de su Padre! Pero no será así, mis queridas hijas. Tomó consigo a tres Apóstoles, a Pedro el discípulo de la fe, a Santiago el discípulo de la esperanza

y a Juan el discípulo del amor. Pero ellos no entendieron nada de lo que Jesús les había dicho, y lo dejaron solo, y no pensaron ni en consolarlo ni en sostenerlo. Con el sueño de los tres Apóstoles, Jesús quiere hacernos comprender que las tres virtudes que ellos representaban ya no lo consolaban en el momento de su abatimiento. Aprendan con esto a sacrificar todos los afectos y todos los socorros humanos; que nada las frene ni detenga; inmólese sin reservas por un Dios que, por amor a ustedes, ha querido inmolarlo todo.

El ángel del consuelo Jesús, abandonado, vuelve a su oración y encuentra en el Padre la misma inflexibilidad. Sucumbe entonces bajo el peso de su dolor y con la sangre que derrama fecunda a la Iglesia, que constituye con sus sufrimientos.

En ese momento de suprema agonía, un ángel, enviado de los ejércitos celestiales, viene a fortalecer al Salvador. Se cree generalmente que fue el arcángel Gabriel, cuyo nombre significa Fuerza de Dios; pues, habiendo sido enviado a Zacarías para anunciarle el nacimiento del Precursor del Mesías y a María para saludarla como a la Madre de Dios, parece normal que haya sido elegido para sostener a Jesús. ¡Qué humillación para un Dios recibir la ayuda de su creatura! Jesús la acepta, sin embargo, y consiente en querer ser levantado por amor a nosotros y para compadecerse de nuestras debilidades. Entiendan bien, hijas mías, cuán admirable es la misión de ustedes. No las pongo en el lugar de los Apóstoles pues, aunque estuvieron acompañando al Salvador, se durmieron; pero yo les digo: son ustedes las que han sido elegidas para consolar a su Dios del olvido de tantas creaturas. Con su amor, deberán ustedes cumplir la función del ángel para con Jesús. Y voy más lejos: tienen que ser aún más que eso, las pongo en el lugar mismo de Jesús; es la oración de Jesús la que ustedes tienen que continuar durante toda su vida,

una oración poderosa, una oración fecunda, una oración agradable a Dios. Tengan en cuenta, hijas mías, que el Ángel desaparece y lo deja, una vez que ha consolado a nuestro Salvador; así es la consolación, que tiene su tiempo y luego se retira. ¡Aprendan, pues, a inmolarse! Que su reclinatorio sea el altar en el que se sacrificarán cada día y a cada instante del día. Ya que Jesús salva las almas sufriendo y derramando por ellas su sangre, sepan que las vírgenes que son sus esposas y el corazón de su Iglesia, deben con sus lágrimas y también con su sangre, trabajar por las almas que él ha salvado y por las que quiso morir.

La rabia del infierno En fin, nuestro Dios sometido a la justicia del Padre y al olvido de los hombres es además víctima de la rabia del infierno. Se le permitió a Satán atormentarlo, aunque ignorando quien era, pues si lo hubiese sabido, jamás hubiera osado acercársele. Veo pues al Salvador en presencia de cuanto hay de terrible, en los horrores de la muerte, en el abandono de su Padre celestial y, sobre todo, en el pensamiento de la inutilidad de su sacrificio para un gran número de almas que persisten en perderse. Todos los crímenes del mundo se aglomeran en su corazón para atormentarlo, y su alma divina no puede soportar el terrible combate que el infierno le presenta al mostrarle su amor desconocido y ultrajado. ¡Quién puede expresar sus angustias y comprender su dolor! Como el divino Salvador y a ejemplo suyo, deben también ustedes vencer al infierno, que no ahorrará nada para abatirlas y desanimarlas. La tentación se presentará muy a menudo para tratar de quitarles a Jesús. ¡Ay, hijas mías, aprendan del Salvador que sólo con la perseverancia en la oración podrán resistir! Que jamás las pruebas las alejen de él; por el contrario, que la magnitud de la prueba sea la medida del amor de ustedes, y que este amor creciendo sin cesar y convirtiéndose para ustedes en vida, las una a su Dios cada vez más y las haga

sufrir todo para agradarle hasta el día en que lo poseerán para la eternidad.

Jueves Santo de 1862

Tres características de las Adoratrices

He querido, mis queridas hijas, reunir las hoy y a esta hora, en la que realmente fue instituida la Eucaristía, porque este día y esta hora pareciera que les pertenecen muy especialmente a causa de su título de Adoratrices y de su consagración más grande al amor y a la adoración de Nuestro Señor en la Eucaristía. Vamos a reflexionar, pues, sobre el alcance de este título de Adoratrices. Comprometidas como están por los votos, deben tener ustedes, hijas mías, unas características distintivas que yo resumo en tres.

Voy a partir de muy alto para indicarles su primera característica como Adoratriz; pero estudiándola conmigo comprenderán que, por muy elevada que sea, debe constituir realmente su punto de partida.

Serafines ¡Pues sí, hijas mías, por el amor tienen que ser Serafines aquí en la tierra! En el cielo, por encima de los Ángeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Potestades, en lo más alto de la escala angélica, están los Serafines que arden de amor y se consumen cantando este cántico inmortal: ¡Santo, Santo, Santo...! [Apocalipsis 4, 8]. Con ellos me atrevo a compararlas, hijas mías; tienen que arder de amor a Dios. Sí, aquí en la tierra, la vida de una Adoratriz debe ser semejante a la existencia de esa lamparilla; su corazón ha de consumirse de amor a Dios y brillar como una llama. El amor de ustedes ¿sería acaso digno de aquél cuyo ob-

jeto es, si no fuese infinito? Su pobre corazón, limitado en sí mismo, deja de serlo al entregarse en toda la amplitud de su ser y de su fuerza; de este modo, su amor puede ser infinito, ¡siempre y cuando ustedes mismas no le pongan límites! ¡Ah!, no digan: va más allá de mis fuerzas. Ya se lo decía yo hace unos días: cuando comulgan ¿no reciben acaso al autor de toda santidad, de toda perfección, de toda pureza, al autor mismo del amor? Está, pues, allí, en su corazón, en el momento de la comunión, para comunicarles su santidad, su pureza y su amor; sólo de ustedes depende participar de todo esto; déjenlo hacer, no pongan ningún obstáculo a su acción; y él inflamará su corazón de un amor tan ardiente como el que consume los corazones de los Serafines. Dejen que Nuestro Señor sea dueño de actuar en ustedes y él obrará verdaderas transformaciones en ustedes, porque el amor es un fuego que quema, y al arder ¡consume y purifica! ¡Ay!, ¡cuántas cosas no quemaría, consumiría y purificaría en ustedes, si le entregasen del todo el corazón, y la intensidad de su llama aumentaría cuanto más ella consumiera!

Sí, hijas mías, mediante el amor pueden pretender igualar a los ángeles. ¿No es acaso María, su Madre, la Reina de los Ángeles y por eso superior a ellos? En ella se realiza esta palabra de la Escritura: El hombre ha sido puesto un poco por encima de los ángeles [Salmo 8, 6]. Que sus vidas sean en adelante una vida de amor, que su corazón se transforme en hoguera y así serán verdaderas Adoratrices.

Esposas

La segunda característica de ustedes podría parecerles, a primera vista, inferior a la primera; pero tal como yo la considero, pronto verán el progreso que hay en ella. La segunda característica es la de esposa. Sí, hijas mías, ¡son ustedes las esposas de un Dios! ¿Han pensado alguna vez en todo lo que este título supone de intimidad y unión entre Dios y ustedes?...

Si, en cuanto Serafines, deben amar a Dios con un amor ardiente y sobrenatural, ¡como esposas están llamadas a ser una cosa sola con él!... Esas palabras que pone la Iglesia en boca de sus ministros al administrar el sacramento del matrimonio: serán dos en una sola carne [Génesis 2, 24; Mateo 19, 5], ¡también se pueden aplicar a ustedes, hijas mías! Serán con Nuestro Señor uno en una sola carne. Este prodigio se cumple sobre todo en la comunión; Jesucristo se apodera de su cuerpo, se incorpora a él y ustedes ya no son sino uno con él. ¡Qué unión más grande, más íntima y más completa que la del esposo con la esposa! Es la suya, hijas mías, gracias a su título de Virgen.

Ya lo ven pues, esta unión implica un perfecto acuerdo. Así lo dice San Agustín: la casa bien organizada es aquella donde el esposo manda y la esposa obedece. Tomando estas palabras en serio y aplicándolas con todo el debido respeto a sus relaciones con Nuestro Señor, encontrarán en ellas grandes enseñanzas de sumisión y abandono, con las que debemos seguir la voluntad de nuestro celestial Esposo. Sus deseos deben ser los nuestros y nuestra alegría ha de estar en complacerlo hasta en las más pequeñas cosas.

Al ser Jesucristo su Esposo, es también su Dueño; tiene todo el derecho de mandarlas; y si ustedes son esposas fieles, con los ojos fijos en su mirada, sabrán prevenir hasta sus más mínimos deseos; y verán en todo lo que les ocurra la manifestación de la voluntad de aquél a quien están unidas por los más íntimos lazos. Este pensamiento de que aceptando los más mínimos acontecimientos que les sucedan están aceptando la voluntad de su Esposo, será para ustedes un apoyo y una fuerza.

Víctimas

Su tercera característica, mis queridas hijas, es la de Víctima.

De nada servirían el amor de los Serafines y la unión de la esposa, si no se hicieran víctimas con Jesucristo. Para

que sean auténticos, el amor y la unión de la esposa exigen una continua inmolación; esta inmolación estrecha de tal manera los lazos de ustedes con su Esposo que, siendo ya una sola cosa con él, se convertirán en otros Cristos.

Jesús se inmola sobre el altar; también ustedes se inmolarán haciéndose víctimas con él. Ya ven que esta característica sobrepasa a las otras. La primera las obliga a un amor único y ardiente; la segunda a una perfecta unión del corazón y de la voluntad con su esposo; la tercera las obliga a convertirse en otro Jesucristo mediante la inmolación y el sacrificio continuamente renovado de su corazón, de su cuerpo, de su voluntad, de su inteligencia, de su libertad, en una palabra de todo su ser. He aquí, hijas mías, lo que tienen que ser para Dios. Miren ahora ¿qué le han entregado desde que son Adoratrices y están ligadas de modo particular por los santos votos?...

Nuestro Señor, mediante sus divinos anonadamientos, ¡se ha ligado también por amor nuestro! ¿Qué le han dado ustedes a cambio? ¿En qué han hecho consistir su vida de sacrificio y de víctima? Piensen, hijas mías, que esta vida de sacrificio y de víctima no cesará para ustedes sino con la muerte. Se han comprometido en ella por medio de los votos, pero Nuestro Señor, que es un Dios celoso, encontrará siempre nuevos sacrificios que pedirles. ¡Desdichada el alma a la que cese de pedirselos! Significaría que se está apartando de ella. Si alguna vez en la vida, a los momentos de fervor se siguen otros de tibieza, ¡atribúyanselos a un rechazo al sacrificio o a una falta de generosidad por parte de ustedes!

Conclusión Examinense seriamente, hijas mías, sobre el pasado, sobre lo que hubieran debido hacer y no hicieron. Tomen luego serias resoluciones, no en general, pues quien da todo a menudo no da nada, sino sobre los puntos más importantes para sus almas. Unas, las tomarán y marcharán luego

con gran impulso, lo cual es bueno; otras, las madurarán con reflexión, lo que también es bueno; poco importa en qué dirección su naturaleza las impulse, con tal que se dirijan por ese camino con generosidad, ardor y perseverancia, para ser realmente Serafines por el amor, esposas por la unión y víctimas por la inmolación de sí mismas.

Lo importante es que nunca den marcha atrás en el don de sí mismas. Dios no lo permita, que alguna de ustedes pudiera algún día retroceder y renegar de lo que ha prometido a Dios. Déjense apremiar para entregarse cada día aún más a Nuestro Señor. Mediten seriamente sobre qué es lo que Dios les pide como Adoratrices, y principalmente, sobre aquello a lo se comprometieron por los votos. Hay luego un punto que se vuelve tan íntimo para el alma donde yo ya no la puedo seguir; ¡tiene que comunicar y tratar a cerca de su perfección y purificación directamente con Dios! En una palabra, vean qué quieren ser en adelante como Serafines, como esposa y como víctima. El amor ardiente de los Serafines se añadirá a la unión de la esposa y, mediante la inmolación, merecerán acompañar eternamente a ese cordero inmolado, cuyas huellas habrán seguido aquí en la tierra.

Agosto de 1862

La oración

Tenemos dos medios para ponernos en contacto directo con Dios: la oración y la comunión. Hoy vamos a hablar del primero.

Dios es poder Una de las causas que hace
estéril nuestra oración es que
no estamos bastante penetrados de la presencia y de la

grandeza del ser de Dios... Dios es esencialmente Poder, Luz y Amor. El poder de Dios llena el universo, está en todo y en todas partes; nosotros estamos en él, vivimos en él, respiramos en él como en un Océano. Estamos aún más en Dios que nuestros cuerpos en el aire o que los peces en el agua. Sí, habitualmente estamos de tal modo rodeados por la divinidad, que (aún sin perder nada de nuestra libertad) no podemos pensar ni obrar fuera de ella; y lo estamos de un modo más particular cuando nos separamos de las cosas externas, para recogerlos en su presencia; entonces es cuando esa presencia debería penetrarnos de un profundo sentimiento de dependencia que le diese a nuestra oración y a nuestra adoración esa fuerza que les falta. Al reconocer en toda su extensión el soberano dominio de Dios sobre nosotros, desaparecerían todos esos caprichos a los que nos aferramos demasiado...

Sí, hijas mías, déjenme decírselo: ¡no tratamos a Dios con suficiente respeto!, ¡no lo tomamos bastante en serio! Nos damos y luego nos echamos atrás; trazamos nuestro camino, limitamos nuestros sacrificios; en una palabra, olvidamos que Dios es nuestro *Dueño* soberano, que estamos en él, vivimos en él, que él conoce todos nuestros pensamientos de independencia y todas nuestras rebeldías... Parecemos decirle: mira, Señor, ¡por supuesto que quiero ser tuyo, pero concédeme en cambio esto y lo otro!

Que los reconozcamos o no, los derechos de Dios son muy reales. Ese infinito poder, que nos envuelve por completo, sabrá llevarnos precisamente a donde quiere que vayamos. Entonces, ¿por qué no dejarnos llevar por él?... Reconozcamos enteramente el soberano dominio de Dios sobre nosotros y estemos listos para cualquier sacrificio que nos pedirá y que tiene derecho a exigir...

Poco importa lo que hagamos o seamos, con tal de que cumplamos en todo la voluntad de Dios.

Dios es luz

Dios es también luz por esencia.

Sólo él tiene el conocimiento exacto de lo que él es y del valor real de cada cosa. Es a la vez luz y sabiduría. Esta sabiduría y esta luz son tales que, si se nos revelasen, no podríamos soportarlo: nos aplastaría y nos aniquilaría al instante... Por eso cuando Dios se nos manifiesta lo hace en proporción a la debilidad de nuestros ojos y al alcance de nuestra inteligencia; sin embargo, esa mirada y esa inteligencia tienen diferentes grados y sólo depende de nosotros alcanzarlo. Pidámosle a Dios en la oración que nos conceda la capacidad de ver más claro; dirijámonos a esa sabiduría divina para que nos enseñe a conocer las cosas tal como las conoce Dios..., y a juzgarlas tal como las juzga y aprecia él.

Si nos esforzásemos durante la oración por acercarnos a esa divina luz, nuestra vista se fortalecería, de modo que descubriríamos en nosotros lo que se nos escapaba antes y lo que no percibíamos... Elevándonos luego más alto, aprenderíamos a conocer mejor a Dios, penetraríamos más hondo en el secreto de sus divinas perfecciones y beberíamos de los tesoros de su sabiduría. Sí, hijas mías, si no ponemos obstáculo a los rayos de esta luz divina, si supiéramos olvidarnos un poco más de nosotros mismos junto a Dios, sin volver continuamente a lo que nos afecta o nos ofende, entonces nos sumergiríamos de otro modo en esa adoración que no es otra cosa que el reconocimiento del dominio soberano de Dios sobre nosotros. Perdiéndonos en él alcanzaremos la fuerza y la libertad que nos faltan para estar dispuestos a ir allí donde Dios nos quiere.

Dios es amor

Dios no es solamente poder y luz, ¡es también amor! ¡Qué poco conocemos este amor que vela sobre nosotros sin cesar, que nos rodea con tanta solicitud, que nos colma de tantas gracias y nos invita a gozar de él por toda la eternidad! Es horroroso ver cuán desconocido es este amor; cuán poco que llena nuestros corazones; sólo le entregamos una parte y guardamos el resto para las criaturas, y eso con un descuido y una facilidad que muestra a las claras el poco caso que hacemos del amor de un Dios. ¿No deberían conmoverse todos los hombres al verse tan amados? ¿No deberían sus vidas ser un acto continuo de amor y de reconocimiento? No, en lugar de eso se preocupan de política, de ciencia, de comercio, de afectos, ¿y de Dios? ¡Nunca o casi nunca! Sin ir más lejos, hijas mías, ¿es nuestra vida una vida de amor, en nosotros que hemos sido colmados de tantas gracias y que recibimos con tanta frecuencia a Nuestro Señor?... Esto es lo sorprendente e incomprensible: que seamos tan fríos, tan cobardes, tan preocupados por las criaturas, tan llenos de nosotros mismos, estando a los pies de Nuestro Señor, de ese Dios al que venimos a adorar y al único que deberíamos amar...

Que en adelante nuestra oración sea más seria; ¡abandonémonos al poder de Dios, para que haga de nosotros lo que él quiera; a su luz, para que nos ilumine a cerca de nuestras miserias, a cerca de la nada de las criaturas y de la grandeza de Dios; y en fin a su amor, para que sólo él llene nuestro corazón!

29 de septiembre de 1862

Festividad de San Miguel

Semejantes a los Ángeles

La festividad que celebramos hoy me brinda la oportunidad de desarrollar esta idea, que encaja perfectamente con las anteriores instrucciones: “Que siendo vírgenes, deben ser ustedes semejantes a los ángeles”. Los ángeles, hijas mías, son puros, obedientes, portadores de las órdenes de Dios, y encargados de cantar sus alabanzas. Tienen otros muchos atributos, pero sólo nos ocuparemos de estos cuatro.

1º *Los ángeles son puros*, y por su pureza ¡la virgen debe ser un ángel! Los ángeles están libres de todo lazo y exentos de todo apego; tienen mirada y amor sólo para con Dios y su gloria, y preocupación sólo por su servicio. También la virgen debe estar libre de todo lazo, desapegada de todo y no tener otro amor que Dios ni otra preocupación que servirlo. He aquí, hijas mías, lo que deben ser... ¿Lo han pensado seriamente alguna vez?... Los ángeles fueron sometidos a una prueba, conocieron la tentación del orgullo, pero ninguna otra tentación los alcanzó jamás. De modo que no es bajo este aspecto que les propongo la pureza de los ángeles como modelo de la suya; su pureza me aparece aquí como desapego y como tal se la propongo. Les puedo aplicar también lo que se dice de Melquisedec: “No tenía ni padre, ni madre, ni genealogía; no se vinculaba sino a Dios” [Hebreos 7, 3]. La esposa común abandona a su padre y a su madre, pero para ustedes, que deben ser semejantes a los ángeles, no se trata de eso en absoluto; se trata únicamente de su esposo; él ha de ser *su todo*, y por lo tanto, debe ser para ustedes *toda cosa*... De modo que me refiero a lo más

íntimo de su alma, al sacrificio de todo cuanto retiene aún su corazón... Semejantes a los ángeles, deben estar libres de todo lazo, de todo apego, de todo afecto, para estar siempre listas a partir y para ir a donde Dios las mande. Para alcanzar esta libertad no es necesario cambiar de estado, hacerse trapense por ejemplo, no; se trata sencillamente de hacer todo lo que hacemos con todo el amor de que somos capaces, y una gran pureza de intención; toda la perfección está aquí; sale del corazón, y no es más que un inmenso deseo de agradar a Dios; cuanto mayor sea ese deseo, más nos pareceremos a los ángeles...

2° *Los ángeles son obedientes.* No hay obediencia más grande, más pura, más pronta que la de los ángeles; al menor signo de la voluntad de Dios, se precipitan para apresurar su cumplimiento. Están deseosos de que se cumpla siempre y en todo lugar, pero sobre todo, de que se cumpla en ellos mismos; éste es el punto sobre el que quiero insistir. La virgen no debe amar nada tanto como la voluntad de su esposo y no desear nada tanto como el cumplimiento de esa voluntad, alrededor suyo, pero sobre todo en sí misma. Si realmente ustedes son esposas y si su corazón se separa de todo para no ser sino de Dios, es imposible que la voluntad del esposo no se haga sentir interiormente en su alma, a través de los mil sacrificios que se les pedirá y de las muchas exigencias que las irán apartando de todo para unir las más a Dios. Pues bien, en el trabajo de su perfección, nada debe parecerles más grato que el cumplimiento de la voluntad de Dios. Deben ustedes aportar un celo y una obediencia iguales al celo y a la obediencia de los ángeles. Deben estar deseosas de arrancar de ustedes cualquier cosa que desagrade a su esposo; deseosas sobre todo de entregarse a las purificadoras brasas del amor de Dios, para que destruyan y consuman todo cuanto pudiera impedirles parecerse a los ángeles.

3° *Los ángeles son portadores de las órdenes de Dios.* Ya lo indica su nombre: ángel quiere decir enviado. Se encuentran alrededor del trono de Dios, listos a partir, al menor signo, para ir hasta el último extremo del mundo. Como vírgenes, hijas mías, ésta es también su misión; ustedes son las enviadas de Dios en la tierra para manifestar su voluntad mediante todos sus actos, mediante su dulzura, su paciencia, su humildad, en una palabra, mediante todos los buenos ejemplos que tienen que dar a su alrededor. Una misión de edificación pesa sobre ustedes. Su cuerpo entero pertenece a Dios; todos sus miembros deben ayudarles a glorificarle y a extender su reino. De la cabeza a los pies, si así puedo expresarme, le pertenecen a él; pero será sobre todo con la lengua y con los pies, hablando y caminando, para ir allí donde Dios las quiera enviar, como manifestarán sus órdenes sobre la tierra. Su lengua y sus pies tienen que ser como sus alas, a fin de manifestar las órdenes de Dios y comunicarlas a su alrededor. Sobre todo mediante su vida angélica serán ustedes realmente las mensajeras de Dios.

4° *Los ángeles cantan las alabanzas de Dios.* Y la virgen adoratriz ¿qué tiene que hacer sino alabar y glorificar a Dios? Ésta es su vocación. Ustedes están pues llamadas, hijas mías, a glorificar a Dios y todo en ustedes debe tender a este fin. Millones de ángeles rodean el trono del Altísimo, cantan eternamente sus alabanzas y se consumen de amor a sus pies. Como vírgenes, ustedes tienen los mismos derechos, les corresponde aquí abajo rodear su trono y amarlo con un amor que se convierta en la unión más estrecha posible. Así podrán ustedes igualar a los ángeles e incluso sobrepasarlos y decirles algún día: “Permítanme, oh ángeles, que me coloque entre ustedes. Soy su hermana, y hasta me atrevería a decir que soy su hermana mayor; María, mi Madre, es la Reina de los Ángeles y como virgen, como esposa, ¿acaso no estoy

llamada no sólo a rodear el trono de Dios, sino a compartirlo con él?”. Ya ven, hijas mías, que ustedes pueden igualar y hasta sobrepasar a los ángeles mediante su amor, su desapego y su unión con Dios, que empieza en la comunión y continuará en el cielo. Lo que es en ellos efecto de su naturaleza, será en ustedes el resultado de la gracia. Tengan pues, hijas mías, la ambición de igualar y de sobrepasar a los ángeles. Sí, ¡sean ambiciosas e incluso celosas de los ángeles! ¡Esa envidia sí que se las permite, y hasta se las deseo! Sean santamente envidiosas de igualar la pureza de los ángeles, por su desapego y por su amor; de igualar su obediencia, no rehusando jamás nada a las mudas exigencias de la gracia; de igualar su celo en el llevar las órdenes de Dios, haciendo de sus vidas una íntima manifestación de sus mandatos; en fin, tengan el corazón tan repleto de este divino celo, que todo en ustedes no tienda sino a glorificar a Dios y que sus vidas no sean más que un acto continuo e incesante de amor y de adoración.

V. EL COLEGIO DE LA ASUNCIÓN

Una primera serie de documentos contiene una selección de consignas y de directrices dirigidas a los Maestros del Colegio de la Asunción de Nimes, sacerdotes y laicos, que formaban la Orden Tercera, a partir de 1845. Han sido clasificados en cuatro capítulos.

- I. Principios de la Asociación*
- II. Consignas espirituales*
- III. Principios de educación cristiana*
- IV. Consignas prácticas.*

La segunda serie comprende algunas instrucciones dirigidas a los alumnos del Colegio, hacia el final de la vida del Fundador.

1. Principios de la Asociación

En la sesión del 27 de diciembre de 1845, el P. d'Alzon presenta la Regla de la Asociación de los Maestros del Colegio. Esta Asociación era el preludio de la fundación de la Congregación y de la Orden Tercera de la Asunción. El espíritu de la nueva Asociación se fue despejando, como se verá, a lo largo de las primeras reuniones por parte del Fundador.

REGLA DE LA ASOCIACIÓN DE LA ASUNCIÓN

Meta de la Asociación

Los miembros de la Asociación de la Asunción se proponen una doble meta que se resume en una sola, la gloria de Dios y la salvación de sus almas mediante la extensión del reino de Jesucristo. En este sentido, su divisa podría ser ésta: *Adveniat regnum tuum.*

Los medios que se proponen son:

- 1° La ayuda que resulta de la unión fraterna.
- 2° La victoria sobre sí mismos mediante la sujeción a una regla.
- 3° La protesta contra la vida del mundo mediante una vida más severa.
- 4° La manifestación del reino de Jesucristo mediante la evangelización de las almas.

Espíritu de la Asociación

1° Su espíritu es un espíritu de amor a Nuestro Señor, modelo y ejemplar perpetuo de todos los asociados.

2° Un espíritu de caridad compasiva y paternal para con las almas.

3° Un espíritu de franqueza, de apertura y de libertad en el cumplimiento de los deberes y en las relaciones con los hermanos.

4º Un espíritu de pobreza para consigo mismos, en lo que consistirá su principal mortificación.

Miembros de la Asociación

Los asociados se dividen en dos clases: los que viven en la casa y los que viven fuera e incluso están casados. Unos y otros deben asumir lo más posible el espíritu de la vida religiosa. Deben considerarse como religiosos en medio del mundo, no por sus vestidos, sino por sus costumbres; no por ciertas prácticas más o menos aceptables para todos, sino por sus virtudes.

Por lo tanto deben estar profundamente convencidos de que, según la hermosa expresión del abate de Rancé, los religiosos deben ser ángeles, mártires y apóstoles: ángeles por la pureza de su vida, de sus intenciones y el fervor de su oración; mártires por su generosidad en la lucha contra el demonio, la vida de los sentidos, el espíritu del mundo; apóstoles por su celo sobrenatural por dar a conocer a Jesucristo, la eterna verdad y la eterna ley manifestada en el tiempo por la misericordia de Dios, y por la meditación continua que deben hacer sobre el precio de las almas y sobre el honor al que están llamados de glorificar a Dios preparándole adoradores.

Los asociados que viven en el mundo deben comprender a qué peligros está expuesto su fervor por el contacto continuo con el mundo, por el que Jesucristo no ha reza-do, y concluirán de ello sobre la necesidad de la humildad y la desconfianza en sus propias fuerzas; asimismo las caídas que puedan tener les inspirarán un mayor desprecio de sí mismos, cuando estén solos, así como una gran confianza en Dios, en quien todo lo podemos, y un mayor agradecimiento por su bondad que les sostiene mediante el socorro que encuentran en la compañía de sus Hermanos, siguiendo aquella expresión del Espíritu Santo: *frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma*

[el hermano que es ayudado de su hermano es como una plaza fuerte] [Proverbios 18, 19].

Los asociados que habitan en la casa, elevándose siempre a pensamientos de fe, darán gracias a Dios por haberles dado a entender a qué les llama y le pedirán sin cesar mediante la oración nuevas luces. Recordando que forman, hablando con propiedad, el punto central en torno al que gira en cierto modo la obra entera; que son la base del edificio que nos proponemos construir para la gloria de Dios y del cual las almas que nos son confiadas son las piedras vivas; cimentarán mediante los lazos de la caridad la unión más completa con la piedra angular por excelencia, Nuestro Señor: *ipso summo angulari lapide* [Efesios 2, 20].

Consultarán con el Espíritu Santo mediante la oración, para que sus luces les sean concedidas y que puedan conocer hasta qué grado de perfección les llama la gracia de Dios.

Medios externos

Los medios externos son:

1° La educación.

2° La predicación.

3° La composición de obras cristianas.

4° La aplicación del espíritu cristiano a las artes.

Pero, ya que todo debe ser considerado desde el punto de vista de la Asociación, importa declarar de entrada que estos cuatro medios principales necesitan, para ser comprendidos en el sentido en que los comprendemos, explicaciones que serán dadas más tarde.

Sobre la admisión

El Director elige a los miembros susceptibles de ser admitidos. Le serán presentados por los miembros ya recibidos a la profesión.

Las condiciones de admisión son:

1° Tener una edad razonable, al menos de dieciocho a veinte años.

2° Pertenecer a una clase instruida.

3° Estar resuelto a tomar como meta de su vida la gloria de Dios, la extensión del Reino de Jesucristo, el bien de las almas.

El Director no necesita consultar al Consejo para admitir a prueba. Por los distintos miembros de la Asociación recoge las informaciones necesarias para juzgar si los candidatos propuestos reúnen las condiciones y las cualidades requeridas. Durante el tiempo de prueba, el maestro de novicios y el prior están encargados de examinar a los postulantes más de cerca y de conversar con ellos para conocerlos mejor, ponerlos en relación con los otros Hermanos y hacerlos venir a las asambleas, en las que sólo asistirán sin embargo a la recitación del Oficio. Al cabo de algunos meses de probación, los postulantes podrán ser recibidos al noviciado por el Director, quien escuchará el parecer del Consejo, en el que tiene voz preponderante.

.....

Se procederá de la misma manera para la profesión, que se concederá igualmente mediante voto del Consejo a presentación del Director, y normalmente un año después de la admisión al noviciado. Esta profesión se hace solamente por un año. Pero tras haber renovado su profesión diez años seguidos, los Hermanos podrán ser autorizados a emitirla a perpetuidad. Al recibir a los Hermanos al noviciado, se les dará un Nuevo Testamento y un crucifijo. Llevarán habitualmente el crucifijo bajo sus ropas.

Obligaciones

Mediante la profesión de la regla, los Hermanos se comprometen:

1° A la *obediencia* al Director en todas las obras que puedan ser llamadas espirituales, es decir, que se refieren directamente al servicio de Dios y del prójimo, de tal manera sin embargo que el Director no pueda imponerles abrazar aquellas obras que pudieran repugnarles y que les sea dejada la elección. Solamente, no emprendan ninguna de aquellas obras que les inspiran atractivo sin permiso.

2° En cuanto a la *pobreza*, los Hermanos y las Hermanas se aplicarán a la pobreza de espíritu; la practicarán regulando su estado de vida más bien por debajo que por encima de sus medios, con el fin de hacer aprovechar a los pobres. Observarán una gran sencillez y modestia cristianas en cuanto a sus vestidos. Usarán solamente colores austeros y estarán obligados por su profesión a no llevar joyas. En cuanto a los objetos de devoción, a los que el mundo no tiene ningún derecho, practicarán muy especialmente la pobreza no teniendo más que las cosas que convienen a religiosos.

3° Respecto de la *castidad*, a los Hermanos se les recomienda guardar la castidad que conviene a su estado y, si quedan viudos, a no volver a casarse, a menos de un permiso expreso de los directores.

4° Además del compromiso que engloba la profesión, los Hermanos pueden hacer anualmente, con el permiso del Director, los votos simples de pobreza, castidad y obediencia, e incluso el cuarto voto de consagrarse a extender el Reino de Jesucristo en las almas.

Los Hermanos recitarán todos los días el Oficio de Jesús, a menos que reciten el gran Oficio. Consagrarán al menos media hora a la meditación y media hora a una lectura seria que se harán indicar por el Director; y para adquirir perfectamente el espíritu cristiano que deben

empeñarse en comunicar, leerán cada día un capítulo del Nuevo Testamento, de rodillas en lo posible. Ayunarán la víspera de las cuatro fiestas siguientes: la solemnidad de Jesús el 28 de enero, el Santísimo Sacramento, Navidad y la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Harán cuatro comuniones generales en las fiestas de Navidad, del Santísimo Sacramento, de la Asunción y de la solemnidad de Jesús. Se les invita, por lo demás, a acercarse a los sacramentos lo más frecuentemente posible y según el juicio de sus confesores.

Se prohíbe a los Hermanos ir a fiestas del mundo, bailes, espectáculos y grandes festines, salvo las excepciones concedidas por el Director.

Uno de los deberes más importantes para los Hermanos, en cuanto su posición se lo permita, es velar sobre su hogar; establecer en él los usos cristianos, en lo posible la oración en común y la observancia de las leyes de la Iglesia; desterrar de él los malos libros y los malos discursos; no tolerar en él ninguna especie de escándalo, poner orden en sus asuntos, incluso temporales, y emplearse de un modo muy particular en la educación cristiana de sus hijos.

Cuando los Hermanos abandonen la ciudad donde habitan, lo advertirán al Director.

Cuando un Hermano esté enfermo, el Director encargará al enfermero que lo visite y designará, además, a dos Hermanos para que vayan cada día a verlo, a cuidarlo y a consolarlo según Dios. Si un miembro de la Asociación llegara a morir, los sacerdotes dirán una misa y los otros Hermanos recitarán una vez el Oficio de los difuntos por el reposo de su alma.

Organización

Los Hermanos estarán bajo la guía de un Director. Además de eso, elegirán anualmente un prior, cuyo cargo será presidir las asambleas en ausencia del Director, vi-

gilar a los Hermanos y dirigirlos en las obras de celo que hayan asumido en el exterior. Será ayudado en sus funciones por un sub-prior, un maestro de novicios, un enfermero, un ecónomo y un secretario que serán elegidos anualmente por la Asociación y que formarán el Consejo.

El Director podrá dispensar a los Hermanos de ayunos y otros puntos de la regla por razones serias. Podrá incluso dar el poder de dispensar al prior.

Reuniones

Cada quince días, hay reunión a la hora y lugar que designe el Director. Después de misa, si es por la mañana, la recitación del Oficio y la exhortación que les será dirigida por el Director, los Hermanos se acusarán de las faltas que hubieran podido cometer contra la regla. Después de esto, los Hermanos reunidos bajo la presidencia del Director informarán de cuanto concierne al bien de la Asociación y del progreso de las buenas obras de que están encargados.

LA OBRA DE LA ASUNCIÓN

27 de diciembre de 1845

El Sr. d'Alzon llamó nuestra atención sobre los compromisos que deseamos asumir, cada uno según nuestra posición y nuestras disposiciones particulares, al consagrarnos a la obra de la Asunción.

Su meta

La meta que nos proponemos alcanzar nos es ya conocida. La Iglesia, privada hoy día de la influencia que las Órdenes Religiosas ejercían en la educación pública, no puede sin embargo renunciar, en una cuestión tan grave, a sus derechos más legítimos. Puede sacrificar a los prejuicios

actuales algunas Órdenes contra las que se han levantado injustas pero invencibles antipatías, pero no debe abandonar el depósito de la fe que perece entre las manos extranjeras que pretenden arrebatárselo. Es necesario que salve esta fe y que, por las buenas o por las malas, la conserve entre las generaciones que crecen bajo nuestra mirada.

No quieren Órdenes religiosas: sacerdotes y laicos que se unan, en un común espíritu de entrega, para realizar, si Dios quiere, lo que habían emprendido esas mismas Órdenes religiosas, es decir, concurrir, mediante la educación cristiana de la juventud, al progreso del reino de Jesucristo. Esta unión, la estamos intentando. ¿Lo lograremos? No nos inquietemos por el porvenir. Vayamos con espíritu de fe, de entrega, de santidad y de oración. Seamos pacientes y prudentes; y nuestra obra se desarrollará por sí misma, con la ayuda de Dios.

Sus miembros

Por el momento, constituyéndonos en una comunidad, vamos a comenzar un primer esbozo de esta asociación del sacerdote con el laico, los unos imponiéndose las reglas de la vida religiosa, los otros entrenándose en el noviciado de una Orden Tercera, uniéndonos todos en una misma comunicación de influencia caritativa, en una común edificación.

Esta separación se hace necesaria en nuestra Asociación, ya que queremos imprimirle un carácter religioso. Pero si ella nos distingue, no nos desune. No se trata más que de un intercambio más abundante de oraciones y de buenos ejemplos que va a establecerse entre nosotros. No habrá ni censores ni vigilantes; solamente amigos más fieles y más entregados, que se ayudan unos a otros en la caridad, a practicar todas las virtudes cristianas. Esta caridad, que será nuestra regla y nuestro deber, reforzará los lazos que nos unen, lejos de debilitarlos. Sobre todo

allanará las dificultades de esta nueva vida común y sin embargo distinta; en medio de los diferentes elementos que podrán componerla, sabrá formar una secreta unidad que los acercará a todos.

Su espíritu

La unión así mantenida y fortificada entre nosotros, ¿en qué espíritu se desarrollará la Asociación? Está enteramente expresado en la meta que se propone: la extensión del reino de Jesucristo. La apertura de corazón y la franqueza, estas virtudes amables que atraen a las almas y que se inspiran en la caridad; la ciencia que instruye, la verdad que clarifica; sobre todo el celo, la fe, la entrega que hace fáciles los sacrificios y triunfa de los obstáculos, tales deberán ser los medios de acción y de influencia. La pobreza y la obediencia, entre otras virtudes, ayudarán a la Asociación en este difícil y laborioso apostolado.

La pobreza, que sabrá limitar sabiamente su acción y que al restringirla le da mayor amplitud, la preservará de la ambición. En espíritu de pobreza se aplicará a hacer las cosas lo mejor posible, antes de multiplicar lo más posible los elementos de su acción. La obediencia, no la obediencia a éste o a aquél, sino a Jesucristo; la obediencia, con una mirada sencilla a Jesucristo, en todo y por todas partes, tanto en los niños que hay que formar como en la Regla que hay que seguir; la obediencia iluminada por la fe, disciplinando la voluntad y la inteligencia, sin debilitar a la una ni extinguir a la otra; la obediencia libre y espontánea, sumisa sólo a Dios, sobrenaturalizando todas las acciones mediante un sentimiento elevado de fe, redoblará la energía de la voluntad, desposeída del orgullo mediante la humildad, y fecundará mediante la piedad, en un desarrollo libre, perseverante y concienzudo, la inteligencia voluntariamente regulada y sumisa.

ESPÍRITU ECLESIAÍSTICO Y ESPÍRITU LAICO

28 de junio de 1846

El Sr. d'Alzon examina la cuestión de la unión del espíritu laico y del espíritu eclesiástico.

Ninguna oposición radical

¿Hay oposición entre uno y otro? No debería ciertamente haberla. Todos, en cuanto cristianos, no formamos sino una sola cosa; somos todos un mismo cuerpo puesto que participamos todos de un mismo pan eucarístico [1 Corintios 10, 17]. Sin duda los ministerios son diversos. Pero estos ministerios variados no establecen sino matices, no oposiciones. Si el espíritu eclesiástico es de por sí más elevado y más sublime, si el sacerdote puede y debe presentar un modelo más perfecto de santidad y de entrega, las gracias espirituales pueden igualmente abundar y abundan a menudo en el laico que puede aspirar a la perfección del sacerdote, como individuo, y superarla. San Luís y tantos otros son ilustres ejemplos de ello.

Si nos detenemos en las aptitudes particulares, las gracias, que Dios vierte en el corazón del sacerdote, le dan sin duda mayor acción y poder para la educación de las almas. ¿Pero hay que concluir de ahí que sólo el sacerdote puede actuar sobre las almas? Evidentemente sería afirmar una consecuencia ilegítima. Ahí también hay una unión de funciones, como en la enseñanza propiamente dicha, en que sería excesivo no admitir sino al laico, reservando para él lo profano y abandonando lo sagrado al sacerdocio. Las oposiciones verdaderas residen en los defectos particulares de uno u otro espíritu.

Pero sí tendencias divergentes

El Sr. d'Alzon aborda con franqueza esta cuestión delicada, tras haber establecido las ne-

cesarias reservas. Señala en el espíritu eclesiástico una inclinación al orgullo, a la dominación, al aislamiento, a la ignorancia; señala en el espíritu laico los abusos de la ignorancia y de la independencia.

1. Entre los sacerdotes: orgullo

El sentimiento mismo de la elevación y de la sublimidad de su ministerio empuja al sacerdote a un espíritu de dominación. El hombre se exalta en sí mismo viendo el poder con que está revestido por Jesucristo. Se complace en ejercer tal poder y tiende a apropiarse de lo que sólo es un préstamo en él. El poder le viene de Jesucristo, pero se deja llevar por la creencia de que puede hacer de él un uso humano. Tiende a apropiárselo y a usarlo como un derecho. Que se llame Lutero o que sea un Gregorio VII, estas tendencias son connaturales a todo poder considerado humanamente. Se quiere atraer hacia sí mismo, concentrar y absorber en sí todo cuanto puede parecer legítimamente por debajo de uno mismo y dependiente. Ahí reside el nudo de las luchas perpetuas entre el poder temporal y el poder espiritual. Una y otra están entrenadas para la invasión. Ahora bien, el sacerdocio ha merecido este reproche, hay que reconocerlo valientemente, tras tener en cuenta las calumnias indignas de los enemigos de la Iglesia. Ha querido dominar, ha querido ser servido. Bajo el título de ministerio, ejerce una función social, y por ello tiene relaciones, comunicaciones con la sociedad. Muchas veces ha dejado de pensar en el deber que estas relaciones legítimas, necesarias, conlleva y las ha considerado como un derecho absoluto; de ahí las resistencias, las luchas, los roces deplorables, que han terminado en la separación y el aislamiento de nuestros días.

Aislamiento Aislamiento ventajoso en un sentido, ya que ha separado al sacerdocio de la influencia de los vicios sociales, pero en

un sentido también aislamiento funesto y deplorable, porque ha colocado al clero fuera de la sociedad que ya no recibe la útil impronta del espíritu religioso mediante la acción constante del sacerdocio y de la cual el sacerdocio mismo, retirado de todo contacto con ella, termina por ignorar las necesidades, las exigencias, la verdadera situación, haciéndosele cada vez más extranjero en su soledad.

Ignorancia

De ahí una deplorable impotencia. La palabra del sacerdote se ha vuelto una palabra muerta. Su lenguaje es un lenguaje extranjero: ¿cómo puede atraer a la sociedad a sí? Ya no la conoce; viene a resolver objeciones que ya no lo son, refuta errores olvidados y remplazados por otros errores, por otras objeciones. Opone la ciencia teológica a la ignorancia religiosa, mientras las otras ciencias plantean sus dificultades; y no ha abordado el estudio de aquellas ciencias que combaten contra él y de las que podría, por el contrario, hacer sus poderosas auxiliares. Se queda en el misticismo y se le piden hechos, historia, demostraciones, razonamientos; ya no tiene a la multitud, sólo ha guardado un auditorio de devotas. La humanidad se le escapa, él la ignora.

Este mal es reparable: se trata de resistir a estas tendencias perniciosas de orgullo, de aislamiento, de ignorancia. No se trata ya de dominar. Construir sobre el espíritu de dominación es arruinar la obra emprendida. Hay demasiada independencia a nuestro alrededor, demasiada resistencia al absolutismo. Hay que abajarse voluntariamente, hacerse laico, en cierto sentido, preparar una reintegración, una fusión. Se necesita, al mismo tiempo que aislarse mediante la vida religiosa, restablecer las comunicaciones interrumpidas, respirar el aire de la sociedad. Hay que estudiar no desde un punto de vista muerto sino vivo, familiarizarse con las objeciones de toda especie, familiarizarse con el lenguaje actual, con las ideas que circulan.

2. Entre los laicos Orgullo, aislamiento, ignorancia en el sacerdote; independencia, rebelión en el laico, ignorancia profunda. El laico quiere secularizarlo todo; así como el sacerdote tiende a la concentración, así el espíritu laico tiende a la disolución de toda unidad. De ahí, espantosas perturbaciones, el agotamiento, la ruina del principio de autoridad y una anarquía inevitable. Rebelión del espíritu laico: ignorancia sin medida. El espíritu eclesiástico se ha retirado de la humanidad, o al menos se ha asociado poco a ella; el espíritu laico no se ha asociado en absoluto a la sociedad cristiana. De ahí espantosos absurdos, increíbles equívocos; y se han visto inteligencias de élite retirarse de la Iglesia por no haber estudiado el catecismo.

El espíritu laico contiene elementos de muerte, pero encierra también elementos de vida. Se puede sacar gran provecho del ardor que le anima a las investigaciones de toda especie, de aquella curiosidad que le lleva a buscar la solución de todos los problemas y le incita a bajar a las recónditas profundidades de la ciencia. Hay que hacer de esta curiosidad mala y enemiga, una curiosidad saludable, servicial, y, armada con la antorcha de la fe, emplearla en el estudio de la religión, de las ciencias, de las letras, con el fin de defender la religión y de mantener la verdad.

Neutralización de estas tendencias Las oposiciones que son inherentes a los defectos particulares de uno y otro espíritu cesarán tan pronto como se moderen mutuamente en una aproximación cotidiana. Es la meta práctica de nuestra Asociación. Una Orden requiere unidad, y la unidad es fruto de la obediencia. El espíritu de dominación desaparece en cuanto es contrabalanceado por el espíritu de obediencia. En cuanto tal, el sacerdote debería mandar en la Asociación; pero como simple miembro, como simple religioso, se despoja de este mando y se vuelve laico;

nuestra Asociación nos da los medios que permiten tomar las actitudes francas y libres del laico; el laico las da de por sí y se las comunica al sacerdote. De ahí un espíritu misericordioso, bueno, comprensivo, aceptado en cierta medida. El sacerdote se une al laico sin asustarse de lo que ha sido, asumiendo el pasado, no mirando más que las consecuencias felices de este acercamiento; y mediante el laico, entra en comunicación con el mundo, se hace a su lenguaje, aprende a hacer considerar la verdad desde un punto de vista aceptable.

Todo se restablece así en el espíritu de Jesucristo. Nos hacemos todo para todos mediante la caridad. No nos apropiamos del bien, no hacemos de él un monopolio; nos apoderamos de la ciencia, del estudio, del trabajo, para asimilar los progresos del espíritu humano; obedecemos cristianamente en la libertad y en la franqueza. El espíritu de dominación se rebaja, se modera, se torna humildad; el espíritu de rebelión se somete, se regula, se torna obediencia. El aislamiento cesa, la separación ya no existe; todo se alinea en una dulce y pacífica armonía.

LA FRANQUEZA

15 de noviembre de 1846

En medio de las malas ideas que las Revoluciones nos han traído, un excelente principio de conducta sin embargo nos ha sido dado: la franqueza. Se trata de una necesidad actual en el mundo de las relaciones sociales. Decir hoy lo que se es, sinceramente, sin disimulo, es ganarse la estima y la confianza, si no la simpatía y la aprobación. Esta franqueza conviene particularmente al católico: es su característica, es su deber. Bendigamos a Dios por habernos intimado a retomar esta franqueza y esta libertad.

El cristiano puede hoy manifestar públicamente su fe, sin levantar sospechas de servir a sus propios intereses y de querer hacer fortuna, como se podía sospechar en los tiempos en que el poder protegía a la Religión. Ya no se nos protege hoy día. Por el contrario, tenemos que proteger y hacer respetar nuestra fe. Es un deber serio para nosotros manifestarnos públicamente como cristianos; es una conveniencia en el estado actual de las costumbres. Debemos ser francamente y abiertamente católicos.

Mostrémonos tales. Ahora bien, hay varias maneras de mostrarse cristianos. *Qui fecerit et docuerit vocabitur magnus* [el que los observe y los enseñe, ése será grande] [Mateo 5, 19]. Es el consejo que nos da Nuestro Señor en persona. Aunque fuéramos pensadores o doctores o profesores de religión, nuestra labor será estéril y seremos infinitamente pequeños ante Dios: *Minimus vocabitur in regno coelorum* [ib.]; y de muy poco valor ante los hombres, que no verán en nosotros más que habladores y gente del sistema. Hay que añadir a la palabra la práctica: *Qui fecerit et docuerit* [ib.]. De ahí la necesidad de las prácticas. Se las admite pero no se las quisiera exteriores. Se cree que sería más útil no manifestarse; en una palabra, se quiere ser apóstol sin parecerlo. No hay más que una respuesta para esta dificultad: atengámonos a la franqueza, para ser de nuestro tiempo. La posición que nos viene dada nos permite actuar francamente. Que nuestra predicación sea franca. Sin duda nada de devociones minuciosas, nada de prácticas sobreabundantes, nada de mortificaciones exageradas; pero prácticas sin embargo y prácticas fuertes, católicas. No seamos cristianos a medias. Mostrémonos de una pieza. Hace algunos años los Caballeros del Espíritu Santo cumplían públicamente algunas prácticas de devoción. Eso no chocaba en absoluto. ¿Por qué no hacer lo mismo? ¿Que eso ya no hace parte de las costumbres? Hagámoslo entrar. Ahí está precisamente nuestra empresa.

La franqueza nos reinstala en la valentía, en la acción, en la lucha. No declinemos este honor. En dos palabras muy sencillas: ¿queremos arrastrarnos a remolque de las costumbres del día? Entonces, borremos de nuestra frente los signos que revelan al cristiano. ¿Por el contrario, queremos traer de nuevo las costumbres al nivel del cristianismo? Mostrémonos cristianos y hagamos hoy lo que estaba permitido hacer antaño, retomemos los buenos hábitos olvidados. Después de todo, las exageraciones de las costumbres anticristianas ¿no nos darían el derecho en cierto sentido a colocarnos en el exceso del bien? Ya que la incredulidad se precipita en el extremo del mal, ¿no podríamos muy legítimamente ir hasta el extremo del bien? Este fue el espíritu de los primeros tiempos del cristianismo; y si preguntamos a la historia sobre los progresos de la Religión cristiana, encontraremos que ha vencido al paganismo porque nuestros padres en la fe se plantaron francamente en oposición a las costumbres paganas...

2. Consignas espirituales

El Padre d'Alzon se aplicó ante todo a desarrollar entre los Maestros del Colegio una piedad lúcida, generosa, práctica, enteramente orientada al advenimiento del Reino de Nuestro Señor en las almas de los alumnos confiados a sus cuidados. Estas primeras instrucciones nos han sido conservadas por la pluma atenta de Monnier, uno de los maestros más distinguidos y de los más piadosos del Colegio, que iba a morir prematuramente en 1856.

LAS VIRTUDES DE UN BUEN MAESTRO

17 de enero de 1847

La seriedad

I. Seriedad interior ¿En qué consiste la seriedad?

No puede ser cuestión aquí de aquella gravedad cuyo exceso intolerable raya en la pedertería. La gravedad recomendada por el abate de la Salle a sus discípulos tampoco es la seriedad en la que debemos formarnos. En las Escuelas Cristianas, les basta a los Hermanos alcanzar una cierta seriedad, ciertos modales que impresionen a las naturalezas un tanto toscas de sus alumnos y les inculquen un temor respetuoso. El maestro que se dirige a las clases superiores debe aportar algunas modificaciones a este tipo de gravedad. La que adoptará, tomará algo de la del discípulo del abate de la Salle, pero interior. Será como una irradiación de la gravedad interior la que, comunicándose al conjunto de sus actos, irá a compenetrar de respeto a sus alumnos.

¡Seriedad interior! Destaquemos en efecto que las ocupaciones más graves no constituyen la gravedad. El carácter de los hombres ocupados en cosas serias, no es por ello muy a menudo ni más grave ni más serio. Hay ahí un resultado deplorable de las costumbres ligeras del tiempo presente. Hoy se está singularmente dispuesto a la ligereza de carácter, no se sabe dar a las cosas toda su importancia y elevarlas hasta la seriedad cristiana. Por eso, todo hombre que no tiene el espíritu cristiano, resultará siempre, haga lo que haga, ligero en algo.

La seriedad tampoco consiste en una cierta dignidad, una cierta majestad de costumbres; esto es una cualidad, feliz con toda seguridad y deseable en muchos aspectos, pero no es la virtud de la gravedad. No se siente aquí aquella constancia, aquella energía de esfuerzos con cuya ayuda, colocándonos en el espíritu cristiano, llegamos a considerar todas las cosas seriamente, gravemente... La gravedad desde este punto de vista es, pues, el pensamiento de la salvación fuertemente impreso en todos nuestros actos, el pensamiento religioso, el recuerdo de Dios, la preocupación constante por la meta de la vida.

II. Salvación personal Si cualquier hombre que no presta a estas ideas serias la atención que merecen no es un hombre grave, la consecuencia es que la salvación, no siendo sólo la obra de un acto aislado, sino del conjunto de la vida, todo adquiere entonces una gravedad, relativa sin duda, pero en fin muy positiva; y las simples diversiones, las distracciones permitidas deben siempre ser consideradas seriamente y colorearse de gravedad. Descuidar el aportar seriedad en todos los detalles de la vida es, pues, además perder el tiempo, y Dios nos pedirá cuentas del tiempo perdido, ya que deberemos responderle por toda palabra ociosa [Mateo 12, 36]. Faltamos, pues, a un deber importante cuando no habituamos a nuestra voluntad a relacionar los hechos,

los actos, los pensamientos de nuestra vida entera a la obra seria de la salvación. El negociante toma en serio su comercio; calcula seriamente todas las gestiones, todos los compromisos, ése es su estado. Si nuestros cálculos, nuestras gestiones, nuestros compromisos desembocan en nuestra condenación o en nuestra recompensa eterna, en nuestra profesión de cristianos, ¿queremos poner en ella menos seriedad que el negociante en sus negocios?

III. Salvación de las almas

Otra consecuencia de la gravedad desde el punto de vista cristiano. Si la obra de nuestra salvación está unida a la de la salvación de otras almas, la responsabilidad de cada uno de nuestros actos aumenta el purgatorio. Nos jugamos la eternidad; aventuramos el porvenir de nuestra alma. Pero tenemos también entre manos la salvación de algunas almas. La cosa se torna completamente seria. Padres de familia, nos hacemos serios a medida que nos preocupamos más del porvenir de nuestros hijos, de su situación, de su éxito en el mundo. Frente a la eternidad, ¡cómo han de crecer nuestras preocupaciones! Sacerdotes-religiosos, ¡la responsabilidad se hace también seria! Si tiene su gloria, tiene también su carga. ¡Cuánta dedicación se nos impone! ¡Cuántas obligaciones nacen para nosotros! Ante los ojos de Dios y de cara a la eternidad, nuestros deberes, respecto de nosotros mismos y respecto de las almas que nos están confiadas, toman un carácter extremadamente serio; necesitamos convencernos de esto cada vez más.

IV. Ejemplo de Cristo

¡Triste condición, efecto de nuestra debilidad! La ligereza nos domina y la naturaleza siempre prevalece. Preguntamos a los años transcurridos de nuestra vida, a esos años de los que sólo queda el recuerdo de recompensa

o de castigo para la eternidad; ¿cómo hemos empleado esos momentos tan breves y tan pronto escurridos entre nuestras manos? ¡Todos ellos eran efecto o principio de gloria o de confusión eternas! Merece la pena sopesar estos pensamientos; nos ayudan a comprender y a definir para nosotros la gravedad cristiana; nos mantienen en una seriedad constante; nos ayudan a superar fácilmente la ligereza, tan pronto como nos dejamos deslizar hacia la distracción o la negligencia. — Encadenemos nuestro corazón a la seriedad, tengamos los pensamientos de Jesucristo. Éstos se resumen en el amor a Dios y a los hombres, fundamento único de su ley. Recordemos que Jesucristo quiere el honor de su Padre y el triunfo de su Iglesia. Para eso, cada día, a cada hora, opera la separación misteriosa de los buenos y de los malvados. ¡Que este recuerdo nos haga temblar y nos arranque de nuestra ligereza natural! Cuando comprendamos a fondo la necesidad de ayudar a Jesucristo a salvarnos y a salvar a los otros, tendremos aquella gravedad cristiana, esa gravedad interior de la que Nuestro Señor ha sido el modelo, y daremos un gran paso adelante en la perfección. Reconducir incesantemente el propio espíritu a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia, al fin supremo de la vida; entrar seriamente en estos pensamientos; pensar en los intereses de su eternidad; resistir a la ligereza: he ahí el esfuerzo que hay que hacer para adquirir la virtud de la gravedad, y la virtud adquirida, poseída, se transmite fácilmente. Cuando la gravedad esté en nuestros pensamientos, en nuestro corazón, se derramará por sí sola al exterior; cuando todo en nuestra vida se impregne de gravedad, inspiraremos el respeto y, respetados nosotros mismos por nuestro carácter cristiano, haremos respetar las cosas de Dios.

V. Gravedad exterior El Maestro predica mediante toda su persona: a la gravedad interior debe unir la gravedad externa. Pero ésta se adquiere por sí misma cuando se apoya en la primera. Si

algunas ventajas naturales de carácter, de costumbres, de experiencias nos dan ya esta gravedad, conservemos tales ventajas, pero que no nos ahorren el adquirir el fondo interior. La oración, la presencia de Dios, nos ejercitarán en ello grandemente. Pongamos ante todo en práctica la palabra de San Vicente de Paúl y repitamos a menudo con él: *Quid nunc Christus!* Por encima de todo, acostumbremos a desprendernos de cuanto es ligero, movimiento de vanidad, tonterías de puntillo de honra, susceptibilidades, amor propio. Elevémonos poco a poco a una cierta altura; hagamos poco caso de tantas naderías a las que nuestra pobre naturaleza se apega fuertemente; poseámonos en toda calma y no tengamos más urgencia que de una sola cosa: nuestra salvación.

7 de febrero de 1847

VI. Recuerdo de las propias faltas

Si hay un pensamiento doloroso para el alma cristiana, es con toda seguridad el pensamiento de sus imperfecciones y de la inclinación al mal que conserva pese a todas las gracias y a todas llamadas de Jesucristo. Estas ofensas, estas ingratitudes, estas rebeliones contra Dios, tanto en nosotros mismos como en los demás, son un triste espectáculo que se contempla. Esta tristeza ¿no debería resultar todopoderosa para arrancarnos de nuestra ligereza y devolvernos a la gravedad? La gravedad nace entonces de una doble emoción: tristeza y terror.

A. *Tristeza.* Cuando consideramos nuestras miserias de cara a Dios, por un lado, ¡cuánto amor!, y por otro, ¡cuánta ingratitud! Esta ingratitud nos hace odiosos a los ojos de Dios, nos tornamos sus enemigos. Si salimos de nosotros mismos, seremos capaces de considerar la precocidad del mal en las almas jóvenes de nuestros alumnos y seguir los estragos en sus corazones. Con esta visión

del pecado en nosotros y en los demás, ¿acaso el recogimiento grave, serio, no vendrá por sí mismo a llenar las almas?

B. *Terror*. ¿A dónde nos llevan sin embargo estas ofensas? ¡Qué consecuencias deberán tener nuestras cobardías! ¡La pérdida de la fe, el abandono de Dios! Dios nos llama a actuar en las almas; nos entrega los intereses de la libertad de su Iglesia para defenderlos: ¿hemos tenido sobre nuestros alumnos toda la influencia que debíamos o que podíamos tener? ¿Hemos entregado toda nuestra parte de dedicación a la defensa de la Iglesia? Si no lo hemos hecho, ¡qué responsabilidad la nuestra! ¡Qué consecuencias graves para nuestra salvación!

Estos pensamientos podrán ser una preparación suficiente para el santo tiempo de Cuaresma. Recojámonos en presencia del mal; detestémoslo, odiémoslo; para luchar contra él tomemos los sentimientos de fe, de energía, de celo, de generosidad, de abnegación. Ahoguémoslo en nosotros mismos; aprestémosnos a combatirlo, a vencerlo también en las almas de nuestros alumnos. En esta lucha de fe y de caridad, otro sentimiento nos ayudará también a tornarnos graves: aquella alegría de la que habla el Apóstol, aquella alegría triste que da al cristiano, en medio de la preocupación por el mal, la fe en Jesucristo. Sufrimos por el mal al recordar el amor de Jesucristo, al pensar en su cólera; pero la esperanza viene a mezclar de alegría esta tristeza. Sabemos que luchando por Dios, luchamos con Dios y Dios triunfará tarde o temprano sobre las rebeliones del mal.

14 de febrero de 1847

La caridad

La caridad es el lazo de toda asociación: debemos estrecharla lo más posible en nuestra comunidad naciente. Veamos cuáles son nuestras disposiciones frente a esta

virtud principal del cristianismo; examinemos retrospectivamente nuestra conducta a este respecto, escuchando a San Pablo, que nos define de manera tan precisa las cualidades de una caridad perfecta [1 Corintios 13, 4-7].

Patiens! ¿Qué es la paciencia? ¿Es apatía de la voluntad? ¿Es una cierta somnolencia, una cierta indiferencia de carácter? Ciertamente no. Para ser paciente hay que sentir. Por lo tanto, la definición de San Pablo, que ataca a los caracteres menos apasionados, no deja ninguna excusa a los caracteres más vivos. La vida del cristiano es una vida de combate. Hemos de luchar contra nosotros mismos sin tregua. Somos, pues, inexcusables cuando no superamos nuestras imperfecciones. Vayamos a Jesucristo, que nos enseñará esta admirable virtud de la paciencia. Al replegarnos sobre nosotros mismos, al analizarnos sobre todas nuestras miserias, comprenderemos que la virtud de la paciencia consiste en aquella benevolencia natural que nos hace evitar cuidadosamente herir a los demás. Combatamos los impulsos interiores; no escandalicemos; dictémonos una ley del sufrimiento continuo que el hombre experimenta al dominarse valientemente. *Pati!* ¡Sufrir! Es el sentido profundo de la paciencia. Seamos pacientes voluntarios; que todo se convierta para nosotros en ocasión de virtud, de sacrificio; de un sacrificio real, cuya llama será la caridad; la paciencia será el sacerdote; nosotros mismos seremos la víctima mediante el sufrimiento. Quebrantos, choques involuntarios de caracteres, aburrimiento de la enseñanza, fatigas de la educación... ¡tantas ocasiones de transformarnos!

Benigna. La benignidad es la virtud más sosa a los ojos del mundo. Sólo la acepta con los aderezos de su gusto. Consiente en no causar pena a los presentes, pero se le debe permitir al menos la maledicencia sobre los ausentes. Dejémosle estas ideas mundanas. Para nosotros, la benignidad es buena. Pero, ¡qué difícil es! ¡Cómo! ¡No

tener antipatías por ciertas personas!, ¡sin ninguna excepción legítima! Alumnos, colegas, ¡a todos hay que abrazar en la caridad benévola universalmente, diariamente! ¡Sacrificarse siempre! ¡Inmolarse siempre! ¡Efectivamente es una dura práctica!... Hay naderías a las que no hay que rebajarse. —No soy lo bastante fuerte para superar ciertas repugnancias. —Quizás tengas razón, por desgracia. Pero el cristiano es más fuerte que todo ya que se apoya en Dios. —¿No es, pues, una imbecilidad? —Sí, desde el punto de vista humano; pero en sentido divino, la locura es sabiduría. —Hay que decidirse en su favor y renunciar a las objeciones. Quememos en la llama viva de la caridad todos esos pequeños sentimientos mezquinos.

Meditemos un poco sobre el poder que le da al maestro el espíritu de benevolencia. ¡Qué imperio no tiene! Atrae a las almas: es como un pegamento donde vienen a aferrarse y a someterse al amable yugo de Jesucristo. ¡Qué bien no podríamos hacer si tuviésemos aquel espíritu de benevolencia que no es la tontería de un optimismo exagerado, sino una disposición de dulzura, de amor que nos lleva a desear por encima de todo el bien de las almas! ¡Un alumno es desagradable! Nos sobrepone quizá por un esfuerzo de razón. Pero analicemos nuestro corazón: ¿qué encontramos en él? La satisfacción personal de haber sometido o quizá reconducido a una naturaleza difícil. Bajo la apariencia de bien, se esconde una vana complacencia en nosotros mismos. El mérito ha desaparecido, porque no nos hemos limitado a la caridad. Habíamos comenzado en el niño y hemos terminado en nosotros. Nos hemos contemplado en vez de servir de canal de gracia para él; quizá nos convirtamos en ocasión de recaída.

Parezcámonos pues a Jesucristo. Seamos lo que él es, en el silencio, en el olvido del sagrario. Está ahí, autor y consumidor de la gracia, disponible para todos, benevolente para todos, seamos quienes seamos. A qué altura nos elevaríamos respecto de nuestros alumnos, si supié-

ramos tomar esos mismos sentimientos. Iríamos siempre adelante, pese a todo; les conduciríamos a Jesucristo.

Non cogitat malum. Piensa mal y acertarás. Es un refrán de sentido común cuya aplicación resulta a menudo cierta. Pero Jesucristo no la quiere. Nos reprende: no penséis mal. Quien no piensa el mal fuerza a hacer el bien. Existe una ley de prudencia sin duda que hay que observar; pero por encima de todo, se trata de una cuestión de celo y de caridad: forzaremos al bien creyendo en el bien. En un montón de circunstancias el mal consiste en la forma como enfocamos las cosas; se las mira por el lado malo, con una disposición de desconfianza, y sucede que la intención, buena en sí misma, desaparece bajo la apariencia del mal que nos imaginamos. Así sucede que exageramos las faltas de los niños y que tomamos a mal sus defectos naturales. Por regla general, abstengámonos de pensar mal. Cuando nos dejamos arrastrar a esta costumbre de la sospecha, a una opinión siempre desfavorable, el mal viene del juicio mismo que hacemos y se envenena por lo mismo; creer preferentemente al bien, es darse herramientas para apartar el mal. La caridad, en cuanto caridad, suspende sus juicios. ¡Cuántas sospechas, cuántas suposiciones, cuántas falsas apreciaciones, excluidas de hecho por este carácter de la caridad cristiana! ¡Y qué paz establece en el corazón, cuando sabemos mantenernos perseverantemente en estos sentimientos de bondad y de equidad!

Congaudet veritati. ¡Huir de las falsas posiciones, retirarse con rapidez! Quedarse con lo bueno, con el bien, atenerse a él, buscar lo que es verdadero, amar lo que es verdadero, permanecer en la calma y en la imparcialidad: ¡qué de veces faltamos a estas reglas de conducta tan seguras y tan sabias!

Omnia suffert. El silencio del amor propio, los roces ahogados, la insensibilidad externa: sí, Dios nos pide todo eso; tan literalmente como podemos leerlo en San Pablo.

Sperat. Todo lo podemos con Dios. Y sin embargo, ¡cuán poco pensamos en ello! Sea por cobardía, sea por descuido, sea por falta de fe. ¿Cuándo, pues, viviremos en Dios, para Dios y con Dios?

Sustinet. ¡El sufrimiento amoroso! Confesémoslo: ¡no entendemos nada de esto! Y sin embargo hablamos de nuestro cristianismo. Sí, ahí es donde nos quiere Jesucristo, inmolados, crucificados, pero alegremente, con toda buena voluntad, en la paz, sin murmuración, sin rebelión, con resignación, con amor. Si queremos, tomémonos la cabeza a dos manos, como se dice, por miedo a que nos dé vueltas cuando escuchemos estas palabras de San Pablo. Pero, en fin, eso, todo eso, por las buenas o por las malas, es hachazo, alfilerazo, bastonazos, estocada, en lo grande, en lo pequeño, el alma debe sufrirlo todo. No juguemos a ser niños: aquí se trata del combate del amor, del combate del valor, se trata del honor de las almas, rescatadas al precio de la sangre de Jesucristo. ¡Qué! ¡Miraríamos al honor, al valor, al amor!

Sí, somos niños en cuanto a la santidad, niños en cuanto a la piedad. Aceptemos sin embargo con confianza la ley que se nos da. La naturaleza puede espantarse, pero no escuchemos los sustos de la naturaleza. Se trata de ver en qué queremos abandonarnos a Jesucristo que nos apremia, a la caridad que nos solicita, a la fe que nos ilumina, a la esperanza que nos sostendrá. Se trata de aplicar al conjunto de nuestra conducta esta hermosa ley de la caridad que debe ser el estilo vivo de Jesucristo en nosotros. No dudemos: mereceríamos verdaderamente el

nombre que San Pedro daba a los paganos: seríamos sin corazón, *sine affectione*.

24 de febrero de 1847

In caritate non ficta Seamos fieles ministros de Jesucristo, en la sinceridad y la caridad: *In caritate non ficta* [2 Corintios 6, 6]. Apliquemos esta palabra a la solidaridad de nuestras obras, a nuestra responsabilidad común e individual, particularmente a nuestra conducta en las relaciones diarias. En nuestras relaciones de los unos para con los otros recordemos que la caridad pasa y no dura, cuando se limita a las formas, a la pura cortesía; en este caso no es más que una corteza. El mundo puede contentarse con esto, pero Jesucristo lo rechaza; necesita algo más que exterioridades y puras apariencias. Evitemos, pues, toda acritud. Es imposible seguramente que humores distintos no produzcan ciertos roces. En este sentido aceptemos pacientemente las dificultades que nos sucedan. Pero apliquémonos a encontrar los motivos a esas palabras y a esos actos que nos hayan herido. Esos motivos, a menudo somos nosotros los causantes y la ofensa que nos apena parte muchas veces de nosotros mismos. Vayamos valientemente a los últimos límites del corazón y veamos si no hay en estos arrebatos, en estos debates, en estas brusquedades, mucha culpa de nuestra parte. *In caritate non ficta*. Sin duda es agradable sentirse víctima inocente, nos importa no mentirnos a nosotros mismos, queremos tener razón; pero la caridad sincera sabe ir más allá de estos embustes, de estas sorpresas causadas a la conciencia, y pone el dedo en la miseria del corazón; se reconoce culpable, reconoce con franqueza que los errores están de nuestro lado, que sólo tenemos lo que hemos buscado. Dios da, cuando se la pide, esta limpieza de la mirada interior. Si podemos decirnos con entera sencillez que no hemos hecho nada para causar la

ofensa, todo está dicho; uno se calla, no se envenena, se acepta la humillación, el dolor, el quebranto; uno queda en una disposición pacífica, se espera a que pase la tormenta.

Practiquemos esta paz, esta suavidad y podremos adquirir sentimientos superiores a los sentimientos humanos. Nuestra moral será realmente una moral cristiana y no nos quedaremos en un estéril paganismo. ¿Acaso no tenemos en Jesucristo a un sublime modelo? *Videte qualem caritatem*: ¡qué caridad desinteresada! Todo es para el hombre. ¡Y qué modo de soportar nuestras ingratitudes! ¡Qué condescendencia frente a nuestras debilidades! Tendemos a preferir las formas amables, el buen tono, el encanto del mundo; y sin embargo ¡qué hipocresía se esconde bajo este barniz falso, bajo esta máscara adornada! Podemos encontrar ciertas bestedades, cierta rudeza en el talante cristiano. Sepamos adaptarnos. Ahí siempre está la franqueza. Y cuando la franqueza nos alcanza a nosotros mismos, cuando no nos pasa nada por alto y se dispone siempre a no excusarse, ¡qué dignidad no nos confiere! ¡Qué autoridad también y qué derechos!

Por lo tanto, bajo este epígrafe, una ruda guerra a nuestras inclinaciones, a nuestras susceptibilidades, a nuestras amarguras. Llevemos el amor de Dios al fondo de nuestros corazones y hagámosle prevalecer. *In caritate non ficta!* Desgraciadamente queremos el nombre pero no la cosa. *Deus caritas est*: he ahí a Dios, he ahí al hombre sobrenaturalizado. Superémonos generosamente, dejemos de lado o ahogemos las repugnancias, las resistencias y lleguemos a actuar según los pensamientos de Dios, en una esfera superior a las bestedades de la naturaleza.

28 de febrero de 1847

La prudencia

Tras la virtud de la gravedad viene la virtud de la prudencia, que no nos resulta menos necesaria, sea como vigilantes, sea como docentes. Y ante todo como vigilantes. Todos lo somos más o menos y por eso todos y todos los días tenemos algo que adquirir tocante a la prudencia.

En la vigilancia Tenemos frente a nosotros el mal; tenemos que combatir la prudencia mala de los alumnos, sus astucias, sus estratagemas, sostenidas muchas veces por la habilidad del demonio que quiere expulsar a Jesucristo de sus almas para tomar posesión de ellas. Pero, ¿se trata de combatir actuando habilidad contra habilidad? Sería prudencia humana y nada más. La prudencia del maestro cristiano, cuando se da cuenta de las astucias del alumno, evita herirle; le corrige sin lastimarle. ¿Es tan difícil por otra parte descubrir el mal cuando se quiere realmente? Pero, ¿cuántas heridas vienen a agravar el mal si uno no emplea la prudencia unida a la caridad, es decir, la prudencia cristiana? El buen médico sondea la herida para conocerla mejor y curarla mejor, pero lo hace con mano delicada, experta; si, por el contrario, una mano inexperta va a rascar las carnes vivas, la sangre brota enseguida y el dolor se hace más agudo. Hay, pues, que ver el mal pero con habilidad. El alumno sorprendido en falta y descubierto es como el animal que cae en la trampa, se rebela, se enfurece y termina a menudo por romperse el miembro cautivo; luego a veces se escapa pero mutilado. Un alumno es malo, urde alguna trama con algunos camaradas, malos como él o solamente dudosos; si la trama es descubierta sin los miramientos convenientes, estos alumnos serán severamente castigados, incluso excluidos: la ma-

yoría de ellos seguramente se harán peores. La autoridad puede triunfar, ¿pero dónde queda la prudencia?

La prudencia es también necesaria para saber casar la indulgencia con la severidad. Si castigamos tanto es porque somos imprudentes. En ciertos momentos aflojamos demasiado las riendas, luego tratamos de recogerlas, pero no lo conseguimos si no es al precio de una severidad desacostumbrada y de castigos exagerados. Todo buen vigilante debe poseer la inmovilidad de la fuerza y ser siempre el mismo. El que sea fuerte y ajustado al reglamento conseguirá un orden más perfecto. Los castigos numerosos son a menudo signo de debilidad y de inexperiencia. No se domina suficientemente a sus alumnos porque no se domina a sí mismo lo suficiente. Debemos formar caracteres. Abordar esta tarea sin prudencia es exponerse a deformar los caracteres en vez de formarlos, es correr el riesgo de darles una dirección falsa. Usemos, pues, la prudencia en la aplicación de los castigos. Sepamos distinguir cuidadosamente el momento en que hay que imponer o no imponer tal o cual castigo; el momento de hablar, el momento de callarnos.

En la educación Es una falta de prudencia juzgar, ya sea entre nosotros o ante los alumnos, las palabras y las acciones de los demás; es una falta de prudencia en su enseñanza no reflexionar ni preguntarse a menudo, pensando en los diferentes caracteres de los alumnos a los que nos dirigimos, qué se debe enseñar sobre tal o cual punto y qué hay que dejar de lado. ¿Practicamos algunas veces el abandono y otras veces la gravedad, según las circunstancias y los caracteres? Por lo que respecta a nuestros alumnos, los hay ingenuos que lo creen todo y los hay escépticos que dudan de todo. ¿Sabemos adaptar nuestra enseñanza a estas naturalezas

tan diversas? ¿Tomamos todas las precauciones necesarias para llegar a un resultado feliz? En una palabra, ¿qué lugar tiene la prudencia en nuestra enseñanza? ¿Qué progresos hacemos en este dominio? ¿Hemos impedido el mal? ¿Hemos previsto las causas? Un maestro tiene que vigilarse mucho en sus mínimas palabras, en sus menores respuestas. ¡Una sola palabra puede a veces causar tantos desórdenes, una sola palabra evitar tanto mal!

Hasta aquí el lado humano de la prudencia. Considerémosla ahora por el lado sobrenatural. Bajo este aspecto, la prudencia es difícil. Nos vienen ganas de hablar, uno tiene ciertas ideas o ciertos juicios que comunicar. Uno siente que no sería prudente, que valdría más callarse. ¡Poco importa!, se va adelante, se cede a la tentación de mostrar autoridad. Las lecturas que hacemos ante los alumnos o los juicios que pronunciamos ante ellos deben llamar también nuestra atención. La prudencia es a veces algo tan sutil que puede suceder que faltemos a ella sin darnos cuenta. Se trata de una cuestión de tacto. Sin duda, el tacto se da o no se da, se tiene o no se tiene. Pero incluso cuando uno lo tiene, puede estar dormido, hay que desarrollarlo, formarlo. Sólo él permitirá practicar la prudencia, en nuestras relaciones de profesor a vigilante y de vigilante a profesor, en los juicios que hacemos los unos sobre los otros en presencia de los alumnos. No olvidemos nunca que es un deber nuestro saber apreciarnos unos a otros. ¿En cuántas circunstancias no sucede que los alumnos aprenden a juzgar a un maestro por las palabras de otro maestro? ¿Qué imprudencia no hay cuando se autorizan críticas malévolas, juicios poco delicados mediante los juicios y las críticas de una lengua intemperante?

La virtud de la prudencia

¿Qué es la prudencia en su origen? Una cierta disposición que lleva al cristiano a evitar el mal.

Si el celo practica el bien, la prudencia se mantiene a resguardo del peligro. Ahora bien, el peligro está en todas partes, y si no queremos caer en él, es necesaria la huida. A menudo, la imprudencia de nuestra conducta ha podido tener consecuencias lamentables para nuestros alumnos: es que no nos hemos observado, contenido; no hemos sabido prever. Y sin embargo, ahí está el mérito, la virtud. Cuanto más leemos el Evangelio más nos sorprende la extrema prudencia de nuestro divino Salvador en todos sus discursos y en todas sus acciones. Nos admiramos de sus respuestas a los doce años; y más tarde, en los días de su vida pública, con qué habilidad prevé las consecuencias de sus mínimas palabras, de sus mínimos pasos. ¿Tenemos nosotros esta vigilancia cristiana? Para poder vigilar a los demás, hay que ser primero prudente en vigilarnos a nosotros mismos. El maestro cristiano, que tiene que tener la prudencia para dos, debe saber también que no adquirirá la prudencia conveniente, si no la ejerce primero sobre sí mismo.

Hagamos sobre nosotros mismos un examen severo: que esta vigilancia y esta atención sean de todos los instantes. Hagamos de ello nuestra preocupación personal. Seamos prudentes en nuestro exterior, la prudencia exterior se traducirá en nuestro porte; el porte es hijo de la prudencia, que en este punto se alía con la seriedad. Preguntémonos si en esto no hacemos a veces algunos compromisos. Y seamos prudentes para evitar ciertas efusiones, porque es dar al niño una ventaja de la que abusa con gusto. ¡El niño es tan hábil para sacar ventaja del maestro que se desahoga con él! Y sin embargo las familiaridades son necesarias: abren el corazón del niño y ganan su confianza; sin ello no hay acción eficaz sobre el carácter y el corazón de los alumnos. Sólo la virtud de la prudencia podrá indicarnos la medida y los límites. Cal-

cularemos hasta dónde debemos ir con tal o cual alumno, para abrir su corazón y no abrirle el nuestro, para seguir siendo dueños de nosotros mismos y al mismo tiempo saber entregarnos. Todo eso exige un profundo conocimiento del corazón humano. Estudiémoslo en nosotros mismos y en los niños. Para adquirir esta acción y esta influencia que deben ser nuestra principal ayuda, hay que tener en nuestro corazón de educadores tacto, observación, porte, cualidades que implican mucha reflexión.

Por encima de todo, propongámonos la gloria de Dios. En nuestra acción sobre los niños a menudo pensamos demasiado en nosotros mismos. Por el contrario, refiramos a Dios los intentos realizados por formar a estos jóvenes corazones. Solamente teniendo esta visión superior conseguiremos preservarlos del mal y conducirlos al bien.

14 de marzo de 1847

La sabiduría

La virtud de la sabiduría

La sabiduría es una virtud que consiste en dar a nuestras buenas acciones un motivo superior. Es un don del Espíritu Santo, don muy precioso, tanto más precioso cuanto más raro. Si examinamos el conjunto de la vida cristiana, incluso la mejor, la encontraremos siempre llena de manchas, de faltas que opacan su brillo. Todas las acciones que forman su tejido no están hechas por motivos sobrenaturales. Y sin embargo, eso es lo que la sabiduría pide. Nos manda hacer todas las cosas con el pensamiento y el temor del Señor: *Sapientia timor Domini* [El principio de la sabiduría es el temor del Señor] [Eclesiástico 1, 14]. Pero lejos de que así sea, por lo común cumplimos todo de una manera ordinaria, vulgar, lejos de cualquier pensamiento de fe. Tratemos de dar a cada uno de nuestros actos la importancia que con-

viene, y que esta importancia vaya creciendo mediante el sentimiento sobrenatural, el sentimiento de fe al que referimos nuestros actos. La cosa no es fácil, sin duda. Se necesitarán de entrada muchos esfuerzos en la oración para apartar todas las distracciones. Entre nosotros algunos dicen el Oficio, otros asisten a él: todos hacemos actos de piedad; la distracción, que viene a tomarnos mientras los llevamos a cabo, paraliza la dirección de nuestro pensamiento hacia un fin sobrenatural. Eso no sucedería si estuviéramos bien convencidos de la importancia de tales actos. Por desgracia no lo estamos o no lo estamos suficientemente. Y ahí se nota que somos insensatos, que nos falta sabiduría. En esos momentos en que parece interiormente que queremos acercarnos a Dios, no lo hacemos, cuando lo podríamos y lo deberíamos hacer, en las relaciones más humildes y más íntimas con él. ¿Cuál es el resultado? Que nuestros actos pierden el sentido de sabiduría que podrían tener para revestir un carácter humano, vacío, estéril.

¿Qué queda, en efecto, de un acto sobrenatural realizado sin una intención suficiente? Nada, o casi nada. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos para adentrarnos en las intenciones de Dios, para aportar toda la perfección posible a nuestras relaciones con él. La mayor atención en estas relaciones nos es necesaria si queremos practicar aquella sabiduría que Salomón pedía a Dios para reinar bien: *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam* [dame la Sabiduría que se sienta junto a tu trono] (Sabiduría 9, 4). Imploramos la ayuda de esta sabiduría para que nos asista y trabaje con nosotros para hacernos más perfectos.

Su fuente

Pero esta sabiduría, ¿en dónde beberla sino en Dios? Comprenderemos toda su importancia; y a medida que valoremos mejor su precio, Dios nos concederá una parte mayor en

ella. Para estimar esta sabiduría como se merece, echemos un vistazo a nuestra vida. ¿Cuándo damos a nuestras acciones la altura de miras y de intención que deben tener? Por la mañana, en nuestras oraciones, tomamos resoluciones, nos animamos a vivir en presencia de Dios, nos prometemos cumplir todos nuestros actos con un pensamiento de fe. Pero olvidamos muy pronto todas estas intenciones de la mañana; la jornada transcurre en las ocupaciones y las acciones que deben llenarla y retomamos el curso de la vida ordinaria y si, en un momento dado, examinamos retrospectivamente nuestra conducta para escrutar el móvil que nos guía, retomamos en cada uno de estos actos, quizá buenos en apariencia, las motivaciones más comunes, vulgares y a veces incluso los motivos más rastreros y vergonzosos que apenas osamos reconocer; será, por ejemplo, un sentimiento de pereza o de rencor, o serán maledicencias, malos pensamientos, malas conversaciones, falsos juicios. Es que nuestra sabiduría consiste en una sabiduría humana fundada en nuestro interés personal y que, si se presentan a nuestro espíritu algunos pensamientos de fe que no se dejan desviar de su meta, pronto los dejamos escapar.

Finalmente Dios no es el móvil de nuestras acciones, somos nosotros mismos, y en esto consiste la locura. Tenemos el sentimiento de los deberes cristianos para cumplirlos externamente, pero existe en el fondo de nuestro corazón algo que nos paraliza, ya sea porque nos hemos dicho: no iré más lejos (y ¡pobre del cristiano que quiere ponerse un límite en la perfección!, debe subir sin tregua y responder a las llamadas de la gracia), ya sea que, como efecto de una funesta dejadez, hayamos caído en aquel estado de falsa seguridad en que creemos que Dios ya no nos pide nada más. La sabiduría de Dios nos hace descubrir siempre un punto más alto de sabiduría. Somos culpables si no damos a Dios todo aquello que nos pide en esta dirección. Un cristiano de este tipo colma la pa-

ciencia de Dios y cae en la tibieza, si no más bajo. Si nos dejamos arrastrar a esta vida vulgar, si caemos sin cesar en nuestra rutina, es que no sabemos ver en la sabiduría de Dios, ni considerar las cosas en la claridad de sus rayos. Sólo ella sin embargo puede enseñarnos a tener en cuenta una meta sobrenatural en todas nuestras acciones; a descubrir los medios necesarios para triunfar en nuestras luchas contra las corrientes vulgares, contra aquella pesadez natural que devuelve sin cesar nuestra alma a la tierra, cuando ella querría elevarse. ¿Cómo hacer para adquirir esta sabiduría tan preciosa? Rezar mucho, regular la propia vida en la oración al pie del Crucifijo, en la acción de gracias después de la comunión. He ahí las fuentes de la sabiduría; si queremos beber en ellas, es necesario que nos acerquemos a ellas.

Su importancia

Cuando tengamos la sabiduría en el fondo de nuestro corazón, habrá que reprimir la prudencia humana y habrá entonces luchas difíciles de sostener. Cuando, gracias a la sabiduría, una motivación sobrenatural superior ilumine todas nuestras acciones, la prudencia humana vendrá a oponerse a estos impulsos de la fe. Otros obstáculos surgirán en tropel. Si queremos enseñar esta sabiduría a nuestros niños, —y debemos esforzarnos por enseñársela, porque ¿cuánto no les animaría?—, ¿qué energía y qué superioridad no dará a sus caracteres haciéndoles ver todo cuánto hay de vacío y de miseria en sus pequeñas pasiones? Pero para darles este principio superior de acción, es necesario que lo practiquemos nosotros. Ahora bien, nosotros no lo hacemos. La sabiduría se acerca mucho por un lado al espíritu de sacrificio, que es una sabia locura, que no tenemos, retenidos como estamos aún por los cálculos de la prudencia del mundo, obligados como estamos a adquirir la sabiduría para nosotros mismos, obligados a comuni-

cársela a los demás; sólo podemos hacerlo saliéndonos de las nociones humanas.

Examen

¿Somos realmente sabios con esta sabiduría? Confesémoslo, hay muchos puntos en los que estamos obligados a decir: No, la sabiduría de Jesucristo no está en nosotros. ¿Qué contraste en efecto no existe entre nuestras faltas de intención y aquella perseverancia con la que Nuestro Señor Jesucristo tiende constantemente hacia su meta que es la gloria de su Padre? Toda acción sabia implica una meta: ¿Qué metas cristianas hemos alcanzado en esta jornada? Hemos rezado, hemos leído, conversado, estudiado: ¿cuántos momentos ha habido en que hemos actuado con la razón cristiana? Siendo la sabiduría una luz que viene de Dios, debe iluminarnos sobre todos nuestros deberes: ¿qué perfección hemos tratado de dar a nuestras diversas acciones durante esta jornada? Hemos celebrado la misa, las vísperas, etc. ¿Hemos dado a Dios todo el honor que tiene derecho a esperar de nosotros? Y si hemos actuado en todo eso sin intención, maquinalmente, ¿hemos sido sabios? Y si nuestra vida se compone de una sucesión de días parecidos a éste, ¿qué habrá habido finalmente de sabio en nosotros?

La Escritura dice del hombre injusto: *Noluit intelligere ut bene ageret* [renunció a ser sensato, a hacer el bien] (Salmo 36, 4). Esta palabra se aplica también al cristiano que no hace el mal, pero tampoco el bien, y que no quiere comprender por miedo a tener que dar demasiado a Dios; que en un montón de ocasiones en que podría actuar sobrenaturalmente no lo hace; que encuentra demasiado penoso tener siempre el corazón elevado, y vuelve a caer en sí mismo y se remite a las falsas luces de la prudencia humana. Habíamos sin embargo recibido el espíritu de sabiduría en el sacramento de la Confirmación. ¿Qué

hemos hecho de él? Lo hemos ahogado o al menos no hemos hecho nada por desarrollarlo. Ha quedado estéril en nuestro corazón: ¿Por qué? Porque no somos más que barro y pecado, y porque el pecado es lo contrario de la suprema razón. Pero el cristiano puede liberarse de esta vergonzosa esclavitud dejándose guiar siempre por motivos superiores, viviendo conforme con la sabiduría divina. Estudiémosla en sus oráculos, escuchémosla en nuestro corazón cuando Nuestro Señor viene a reposar en él. Todo cuanto hagamos, hagámoslo con las miras de Dios y de su gloria y podremos esperar tener un día esta misma sabiduría como recompensa en la Eternidad.

La contemplación

14 de enero de 1851

...La meditación del *Pater* podría ser ya para nosotros una materia inagotable. ¿Quién creería que ha saboreado suficientemente esta palabra divina de Nuestro Señor? Sin embargo, y para mayor seguridad, atengámonos a las reglas ordinarias. Dos condiciones son necesarias para la contemplación.

I. Preparación lejana Hay que pensar por adelantado en la propia contemplación, recogerse. Cuando hemos solicitado audiencia a un grande del mundo, sabemos lo que queremos pedir. Antes de ser introducidos, hemos conversado con nosotros mismos sobre el objeto de esta audiencia. La contemplación también es una audiencia: vamos a hablar con Dios; ¿pondremos en ella menos preparación porque la audiencia es más solemne? Por lo tanto, necesidad de cierto recogimiento. ¿Tenemos este recogimiento? Podemos ponerlo

en duda, sin equivocarnos. Adquirámoslo: y, para eso, retirémonos de las lecturas inútiles, de las conversaciones vanas, de los espectáculos peligrosos; en una palabra, sepamos poner una salvaguardia a nuestros sentidos. Estas precauciones son otras tantas preparaciones lejanas para la contemplación. ¿Por qué hacemos tan pocos progresos en la contemplación, sino porque vivimos habitualmente en la disipación? Opongámosle una vigilancia general, sostenida, activa, dedicándonos a lecturas más serias, ocupándonos de obras de caridad, huyendo de conversaciones ociosas.

II. Preparación cercana

Con el corazón y el espíritu más llenos, tendremos mayor facilidad para entrar en la preparación positiva. Elijamos entonces un tema particular, volvamos a él a menudo, conversemos la víspera sobre el tema elegido con preferencia a otros, de modo que no tengamos que improvisar al día siguiente, cuando llegue el momento. Invoquemos al Espíritu Santo: es una buena costumbre; nos ponemos mejor en presencia de Dios cuando hemos realizado esta invocación. La meditación puede comenzar luego. Nos damos cuenta del estado de nuestra alma. Para ayudarnos en esto opongamos a nuestra imperfección la perfección de Dios. Que nuestra mirada se dirija ante todo hacia él, y baje luego a nosotros. Nuestra propia miseria resaltará más fuertemente de esta comparación.

III. Método

Quizá aceptemos el método. ¡Pero cuántas objeciones no pondremos! ¡Cuántas dificultades pondrá la naturaleza como pretextos! En primer lugar nuestra libertad, ¿acaso no se ve coartada por esta regularidad tan puntual?; luego ¿de qué conversar en esta entrevista a solas con Dios y

cómo conversarle? ¡Tenemos tanto miedo a someternos a reglas!, pero ¿qué perdemos al hacerlo? Fijar nuestra distracción, ¿es tan poca cosa? ¿De qué conversar? Pues de lo más urgente, del asunto más importante, de nuestra enmienda espiritual. Tantas reformas son aquí urgentes. Queremos hacer bien la oración: tenemos razón; sólo recordemos que la dificultad no está en saber si hacemos oración contemplativa con facilidad, sino en saber si tenemos dificultad en ponernos a ello. Ahora bien, nos gustaría persuadirnos de que para eso se necesita mucho tiempo, una larga experiencia, una ciencia consumada. Estas no son más que pobres derrotas. ¡Vaya sobrecarga que supone un cuarto de hora o media hora como mucho dada a la oración! ¿Se necesita más tiempo?

Pero tenemos distracciones: no las analicemos. Volvamos tranquilamente al objeto de nuestra meditación mediante un acto de humildad y de amor a Dios. Nos humillamos por no poder detenernos un momento a contemplar las maravillosas perfecciones de Dios; protestamos, pese a todo, de nuestro firme deseo de unirnos a él. Pero rápidamente volvemos a nuestras simpatías, a nuestras antipatías, a nuestros roces; y Dios queda olvidado, y la visión de nuestra miseria se borra. Excelente ocasión de despreciarnos, de estimarnos en nuestro valor real ante la prueba. Pero las distracciones dejarán infructuosa nuestra oración. Si es culpa nuestra por falta de preparación, sí; pero no podemos quejarnos. Si la distracción es involuntaria, no; habremos aprendido una vez más la triste clase de personajes que somos y en qué medida nuestra alma está todavía bajo el peso de los sentidos.

Ya que el orgullo es nuestro gran enemigo: ¡qué mejor ocasión para combatirlo mediante la viva humillación que podemos sentir a la vista de nuestra bajeza, de nuestra falta de finura espiritual! Y en esta humillación, ¿cómo no va a nacer la oración? Nuestra debilidad bien sentida nos hace comprender la necesidad de recurrir a Dios: pero recurrir a Dios, es ya oración. Por lo tanto, la

distracción involuntaria tomada con paciencia, sin despecho, humildemente, nos llevará a la oración mediante la confusión que nos dejará el sentimiento de nuestra incapacidad. ¡Esta no es una contemplación improductiva!

21 de enero de 1851

IV. Meta de la contemplación

Hay que penetrar más a fondo en el cuerpo de la contemplación. Mas, si queremos avanzar en la contemplación estemos resueltos a seguir la voz de Dios, a escucharle, a hacer lo que hayamos oído en el recogimiento y el silencio de nuestra alma. Si Dios nos habla, tratemos su palabra con un profundo respeto y estemos dispuestos a aceptar lo que él nos diga. Primer examen serio: ¿Estamos en estas disposiciones de sumisión absoluta y de completa generosidad?

No basta ir a la buena de Dios, asumiendo sólo lo que puede soportar nuestra fragilidad. Es necesario prepararnos a dar más. Quedarse allí, conservar, en una meditación regulada, puntual, en una cierta regularidad de oración, recogerse un momento, a una hora determinada, es permanecer en una actitud de espera, en una preparación, en una especie de noviciado. Dios quiere más.

¿En qué medida abandonarse? En esto es imposible fijar reglas. Cada uno es llamado según su camino. San Pablo, derribado en el camino de Damasco, exclama: “Señor, ¿qué quieres que haga?” [Hechos 22, 10]. Y está resuelto a hacer lo que sea. Semejante generosidad no se impone. Lo que nos basta saber es que necesitamos ejercitarnos sin cesar, con una aplicación constante, y con el firme propósito de desapropiarnos, de elevarnos hasta aquel don sin reservas de todo nuestro ser, de no pertenecernos ya, de no ser entre las manos de Dios sino dóciles instrumentos. Eso es la oración de contemplación consumada.

¿Qué hacemos al respecto? ¿Qué despojo aceptamos? Si no llegamos a ninguna renuncia, no llegamos a nada. Nuestra oración no es entonces sino una vana especulación. Si la perfección cristiana se da bajo la condición de este abandono, de este despojo, entonces vemos cuán útil e indispensable es enfrentarse valientemente a los propios deseos, a la propia voluntad; domar esta naturaleza que siempre se resiste; frenar los perpetuos deslizamientos del alma hacia todo lo que la aleja de estos duros sacrificios, en los que ella puede sin embargo reencontrarse, recuperarse. Sí, es costoso, pero el ejemplo lo tenemos ante nosotros. Nuestro Señor agonizando en el Huerto de los Olivos es la imagen del cristiano que lucha así contra sí mismo, contra las repugnancias de su corazón. Sí, es costoso, porque hay que sacrificar la admiración personal, el amor propio, las complacencias en sus propios deseos, en sus pensamientos, en sus ideas propias. ¿Cómo hacer literalmente el sacrificio que se resume en esta palabra del Señor: *Non sicut ego volo, sed sicut tu?* [No se haga mi voluntad, sino la tuya] [Lucas 22, 42]. No nos engañemos: ahí es donde hay que llegar, en esos sentimientos es donde debemos colocarnos. Pasar por encima de estas aversiones; sentir la propia voluntad debatiéndose y no dejarla que se vuelva atrás; no resistirse a estas destrucciones totales: he ahí como se construye el cristiano, o mejor dicho, he ahí cómo se da en nosotros el triunfo de Dios.

Comprendido esto, se trata de comenzar. No nos inquietemos por el tiempo que se requiera para alcanzar la meta. Vayamos, actuemos, sin contar con las dificultades o sufrimientos; y pongamos manos a la obra. Ahí está, una vez más, la contemplación, toda la contemplación: una crucifixión de cada día. La meditación es una preparación a este rudo ejercicio, a este solemne combate, a este estado violento de la naturaleza que se ahoga a sí misma. Pero ella no es más que un medio, y por eso mis-

mo, es insuficiente. Por cierto que Dios no pide a todos, en el mismo grado, tales voluntarias agonías. Todos no están llamados a los prodigiosos combates de los Antonio, de los Pablo, de los Hilarión; pero de más cerca o de más lejos, todos deben tender hacia allá. Recordemos solamente que cuanto más amemos, más haremos; que cuanto menos amemos, menos daremos a Dios y más nos retrasaremos en el progreso espiritual. Puede que haya ahí un cristianismo honrado; pero no será un cristianismo animado por la fe y el ardor de la caridad.

Conclusión ¿Queremos quedarnos en el estado de cristianos vagos, indecisos? ¿Queremos dar, finalmente, frutos? ¿Qué sacrificios estamos dispuestos a ofrecer a Dios? ¿Cuándo nos decidiremos a este generoso y heroico sacrificio general de nosotros mismos? ¿Cuándo querremos uniros a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo mediante el despojo absoluto? Si nos sentimos interiormente empujados a comenzar la obra, ¿queremos continuarla hasta sus últimas fronteras? En una palabra: ¿queremos escuchar a Dios?

La señal de la Cruz

17 de noviembre de 1851

Preocupémonos particularmente de la fidelidad a las cosas pequeñas. Cuántos actos en la piedad cuyo mérito se pierde para nosotros porque ponemos en ellos demasiado poca atención. Tendrían, sin embargo, un valor positivo si quisiéramos reflexionar más, con el fin de hacerlos más personales. ¿Qué es la señal de la cruz, por ejemplo? Muy poca cosa aparentemente. Y sin embargo ¿cuántas enseñanzas no encierra?

Elevemos nuestros pensamientos. Dos grandes hechos deben formar el término de nuestra vida: el Cielo y el

Infierno. Entre los dos coloquemos el purgatorio. Tengamos bien presente que una serie de actos irreflexivos puede prepararnos para una caída; que a fuerza de permanecer indiferentes ante algunas cosas, podemos debilitar el vigor de nuestra fe dentro de nosotros. Si muriéramos con un pecado mortal, ¿no tenemos acaso motivo para temblar ante el solo pensamiento? Apartémoslo. Detengámonos ante el purgatorio. Una serie de méritos, ligados a un montón de pequeños actos, ¿no puede adquirirmos gracias que nos eviten el fuego del purgatorio? Virtudes nuevas se formarían, se desarrollarían en nosotros bajo la influencia de estas gracias. Examinemos la señal de cruz desde este único punto de vista.

Invocación

Invocamos en primer lugar a la Santísima Trinidad. Si ponemos en esta invocación un sentimiento de fe, ¿acaso no nos unimos entonces, mediante la adoración, a Dios, cuya posesión debe ser, más allá del tiempo, la consumación de nuestra vida terrestre? Unirse a Dios desde aquí abajo, ¿es tan poca cosa? La imagen de Dios está impresa en el hombre. Invocar sobre nosotros a la Santísima Trinidad, ¿no es hacer un acto de obediencia al Padre, de adhesión al Hijo, de amor al Espíritu Santo? Que profundizáramos estos pensamientos cada vez que hacemos la señal de la cruz, sería pedirnos demasiado. Pero si alguna vez, una vez por semana nos esforzáramos por aplicar nuestra mente a estos pensamientos, el ejercicio los haría insensiblemente más intensos y llegaríamos así a ponernos más frecuentemente en contacto con la Sabiduría, la Verdad infinita, con el Amor soberanamente perfecto.

Enseñanza

Bajemos a la práctica. La señal de la cruz ¿no enseña elocuentemente al profesor que la realiza con fe? Al comenzar su clase, la señal de la cruz le dice que su palabra, de alguna manera, va a ser una manifestación de la verdad, una ini-

ciación a la sabiduría, una irradiación del hogar mismo del amor. Al final de su clase, la señal de la cruz puede ser una ofrenda de inmolación y de sacrificio. Presenta a Dios aquella fatiga de su trabajo, aquellas molestias, aquellas penas que ha podido sentir, como holocausto de resignación y de sumisión, como una expiación de sus pecados. ¡Oh, cómo es más fuerte, cuánto es digna la enseñanza que se une así a Dios! ¡Qué valor reviste, qué carácter más respetable le es impreso! El maestro habla entonces como en nombre de Dios, *tamquam Deo exhortante per nos* [2 Corintios 5, 20]. Es un embajador de la omnipotencia celeste. Por su parte, también el alumno crece. Porque a fin de cuentas, también el alumno es un poder con el que Dios condesciende a tratar, hacia el que, de algún modo, envía como delegado al maestro cristiano. Con estos pensamientos, ¡qué sentimiento de su dignidad y de la dignidad de sus jóvenes oyentes no experimentará!

¿No significa esto, pues, ponerlo todo en la señal de la cruz? En definitiva, ¿acaso no lo es todo la cruz, no es la escala que vio Jacob y que subía de la tierra al cielo? ¿Queremos ir más lejos? Hacemos esta señal de la cruz sobre nuestros cuerpos. ¿Qué queremos decir? Que aceptamos la necesidad, mejor dicho, el deber de llevar nuestra cruz como la llevó Jesús. Sí, la enseñanza tiene su fastidio, el estudio su trabajo. Aceptémoslos, carguémoslos sobre nuestros hombros. Desde la mañana, al levantarnos, tomemos la cruz mediante la aceptación voluntaria y por adelantado de las dificultades de nuestro día. Así nuestra vida quedará compenetrada enteramente por el pensamiento de la fe. Y seremos entonces verdaderos hombres del deber y de abnegación. Dedicuémonos a juzgar nuestro pasado y nuestro presente a la luz de estas reflexiones.

Concluyamos con la rigurosa obligación en la que estamos de actuar con estos pensamientos de fe, de recor-

darnos sin cesar que estamos hechos para la perfección, que hemos de avanzar en ella, que detenerse es retroceder, que debemos avanzar en este sendero mucho más de lo que pensamos. ¿Por qué entonces esta flojera en los esfuerzos, por qué tantas vacilaciones? ¿Hasta dónde hemos aceptado el sufrimiento? Dicho de otra manera, ¿hasta dónde hemos amado? Sí, si una sola vez por semana hiciéramos lentamente, reflexivamente, en perfecto espíritu de oración y de adoración nuestra señal de la cruz, entonces la cruz entraría en nuestras almas y daría sus frutos. No estamos llamados únicamente a ser rescatados por la sangre de Jesucristo: el Salvador quiere también que seamos santos.

12 de enero de 1857

Saludo de año nuevo

Hubiera debido responderos antes y expresaros a mi vez mis saludos de año nuevo. Están resumidos en una palabra de San Pablo que encuentro admirablemente bella, sobre todo si se aplica a hombres dedicados a la enseñanza: *Tamquam ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur*¹⁾. ¡Que toda vuestra enseñanza emane de Dios! ¡Que no pronunciéis palabra sino bajo la mirada de Dios! ¡Que todo vuestro ser esté sumergido en cierto modo en el espíritu de Jesucristo! Tal es el ámbito en que quisiera veros vivir y ejercer vuestra acción; y si esta acción no ha sido siempre tan fértil como se hubiera podido esperar, es porque no nos hemos obligado bastante a mantenernos en la presencia de Dios y de su Hijo, *coram Deo, in Christo*.

¹⁾ 2 Corintios 2, 17. El texto de San Pablo dice: *sicut ex Deo, coram Deo...*

3. Principios de educación cristiana

El P. d'Alzon ha recordado a menudo a los maestros del colegio los grandes principios de la educación cristiana. Aquí se encuentran: 1º dos instrucciones que datan de 1846, en los inicios mismos de la Asociación; 2º una serie de 9 instrucciones, dadas entre 1867 y 1868, y destinadas a remontar el colegio tras un periodo de baja. Los informes son bastante esquemáticos, pero la familiaridad del tono no quita nada de la riqueza y de la altura del pensamiento. El P. d'Alzon ha retomado en parte estos mismos temas adaptándolos para las Religiosas de Asunción, en las conferencias de 1870-1871, que tratan de la Educación (Ver: Aspectos de Pedagogía cristiana. Les Cahiers d'Alzon, IV, pp. 11-88).

EL ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN

1º de febrero de 1846

Hemos de compenetrarnos profundamente con el pensamiento cristiano mediante la fuerza, la fe y el amor, bebidos en el conocimiento de Dios y de la Iglesia, y extender hacia fuera, fuertemente y en todas partes, en la inteligencia y en el corazón de los niños este pensamiento cristiano, para obrar sobre su ser entero, sin desalentarnos ante los obstáculos que presentan su ligereza y su ignorancia.

Triple comunicación ¿Cómo comunicar esta fuerza, esta fe y este amor a los niños?
¿En qué consiste este triple desarrollo?

Si el cristiano, que entra en comunicación con la vida divina, considera su alma como una potencia, la encontrará fecundada incesantemente por todo el ser de Dios.

En el Padre desarrolla su fuerza, en el Hijo su inteligencia; y a medida que conoce la verdad, se siente atraído hacia ella, se adhiere a ella y la ama; es el Espíritu Santo quien se inclina entonces hacia esa alma, la toma, la levanta. Sin este triple desarrollo, la vida del alma está incompleta; y para realizar en sí toda la perfección a la que debe aspirar el cristiano, debe permitir que actúe en sí esta triple influencia de la vida divina que fluye hacia él mediante una triple comunicación.

1. La fuerza ¡Cuán necesaria nos es! Bajemos a nuestro corazón, encontremos en él una voluntad rota: queremos y no queremos. El vicio original paraliza nuestros anhelos y hace estériles nuestros esfuerzos. Con esta debilidad interna ¿cómo pretender manifestar a Dios? Y ¿qué medios nos pueden ayudar en esto?; sólo aquellos que nos devuelvan nuestra fuerza primitiva, sumergiéndonos en el poder mismo de Dios y manifestándonos nosotros mismos, como él, mediante el poder. Cuanto más fuerte seamos, más poderosamente y eficazmente manifestaremos a Dios; cuanto más nos quedemos en nuestra debilidad, más incapaces seremos de extender la vida cristiana en los corazones y nuestra acción quedará sin efecto. Salgamos, pues, de nuestra debilidad y, con la mirada puesta en Dios, sepamos cuáles son los recursos que se nos ofrecen para levantarnos, para devolvernos a nuestra dignidad y reconquistar toda nuestra fuerza.

Veamos cómo actúa Dios mismo y cómo se manifiesta: crea, repara. Mediante esta doble acción es como se da a conocer al mundo. Imitemos a Dios en esta acción reparadora y mediante ella manifestemos en nosotros el elemento de la fuerza. Lo podemos. Restauremos nuestro mundillo y el mundillo que nos rodea. En esta obra de restauración Dios nos asocia a él y ha querido que fuéramos sus cooperadores. ¿Por qué temer y dudar? Así, ayudados por la fuerza de Dios, recogiendo en él nuestra vo-

luntad dividida y repartida, comunicaremos eficazmente a los niños la fuerza que a ellos les falta y que nos habrá sido transmitida. Sin duda necesitamos mucha fortaleza para luchar contra los numerosos obstáculos que nos presentan los caracteres de los niños, contra sus rechazos, contra el mal, contra todas las influencias del espíritu de las tinieblas. Necesitamos una fuerza inmensa; la tendremos en Dios y con Dios. Recemos, perseveremos; demos nosotros mismos ejemplo, seamos buenos modelos, hagamos como Nuestro Señor: *coepit facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1].

2. La inteligencia Uno de los medios para comunicar esta fuerza es la enseñanza, mediante la que haremos conocer la verdad. ¡Pero cuán oscurecida está nuestra inteligencia! ¡Cuántas tinieblas se dispararán poco a poco! Veamos lo que somos, comprendamos las contradicciones de nuestros corazones, entremos en la comprensión del mundo, apreciándolo en lo que vale. Sintamos disgusto por nuestra débil voluntad que, conociendo el bien, siempre hace el mal. A la luz de la fe, estas miserias se nos revelarán claramente. Y, despojados del orgullo, de la mentira, de la ilusión, estaremos preparados para acoger la verdad, a la que nos habremos crucificado voluntaria y valerosamente. Ella es la que nos liberará de la esclavitud de nuestra voluntad mustia y nos dará el deseo de salir de aquella confusión en que nos encontramos, para atraernos hacia ella y colocarnos bajo sus claridades.

Cuando la verdad sea así incorporada en nosotros, cuando nos la hayamos apropiado, no nos preocupemos por saber cómo la comunicaremos. La boca habla de la abundancia del corazón. En la medida en que la verdad se vaya inoculando en nuestras almas, irradiará hacia fuera. Nos sentiremos urgidos a dirigir también a los niños hacia Dios, a liberarlos de la mentira, a elevar sus almas hacia la verdad, a transformarlos en ella, haciéndoles

comprender que no hay nada tan real y tan bueno como la verdad. Nos tornaremos ingeniosos, con la ayuda de la caridad, para apoderarnos de ellos, para presentarles la verdad bajo todas sus formas, para saber descubrir en estos caracteres viciados la materia inflamable que se esconde en ellos y sobre la que bastaría lanzar la chispa.

3. El amor

La verdad no es sólo un objeto del sistema, un objeto de pensamiento para el cristiano. Es sobre todo un objeto de amor; y quien la busca, quien la desea, una vez que la posee, se apasiona por ella. Este amor, ¿de dónde lo sacaremos sino de Dios mismo, cuando nos adentramos en las realidades del Ser divino y nos adherimos fuertemente a la verdadera vida que está en Dios, que está en la Iglesia? Si nosotros mismos tenemos este amor a la verdad, trabajaremos generosamente para hacerla amar también por los niños, para luchar contra las influencias malsanas que rodean su debilidad y contra el mal que está en su corazón. Nos apasionaremos por el deseo de liberarlos, independizarlos, elevarlos hasta la verdad, atarlos a ella, consagrarlos a ella.

LAS RELACIONES CON LOS ALUMNOS

8 de febrero de 1846

Hemos de meditar, a la luz de la fe, sobre qué es un alma, cuán admirable es un alma, cómo en el cristiano tiene un sello de dignidad que ni siquiera posee la naturaleza angélica, ya que Dios, para manifestarse, ha preferido elegir la naturaleza del hombre y la raza de Adán. Este sello de dignidad le ha sido impreso sin duda en el Bautismo, pero no hay ahí todavía sino rasgos esbozados. Han de ser desarrollados. Esta tarea, este desarrollo, es obra de la educación.

I. La obra que hay que realizar El alma entonces es como un metal con el que hay que hacer una medalla, o como un mármol con el que hay que hacer una estatua. Dios ha trazado los primeros rasgos; queda por hacer resaltar el relieve del metal, por dibujar los contornos del mármol. El modelo está dado, es Dios mismo. Hay que reproducirlo. Nosotros somos los obreros encargados de esta reproducción. Los instrumentos han sido puestos en nuestras manos. Se nos da la fuerza para acabar la obra. Dios mismo trabajará con nosotros, ablandará el mármol, preparará el alma del niño para ser amasada, moldeada, esculpida, como el mármol o el metal.

¿Pero vamos a trabajar con nuestras ideas o con las de Dios? El obrero a quien el escultor confía el mármol para desbastarlo, a quien da un modelo, un compás, cinceles, ¿dejará satisfecho al artista si trabaja únicamente según su propia idea y no según el modelo que se le ha indicado? Si no es fiel en reproducir la idea del maestro, estropeará ciertamente el trabajo; habrá sustituido la inspiración del genio con la habilidad del hombre práctico. Así sucede con la educación. Hemos de plasmar, modelar nuestras estatuas sobre Jesucristo si queremos lograrlas bien. Para ello hemos de compenetrarnos más y más con el pensamiento de Jesucristo y unirnos a su acción general sobre las almas; y en el trabajo especializado y personal que nos podrá ser confiado, preguntarle cuál es su voluntad, sus proyectos, sus designios sobre las almas, con el fin de progresar con mayor seguridad en nuestro trabajo.

II. Elementos de la educación Desde este punto de vista consideremos los diversos elementos que integran la educación: el alma que hay que modelar; el modelo que hay que seguir; el instrumento que hay que emplear; la fuerza que nos ayudará a realizar el modelo.

1° El alma de los niños. Es el bloque de mármol. Hemos de conocer su naturaleza. Puede ser duro o blando; habrá que hundir el cincel más o menos. El mármol es diferente de la piedra, la piedra es diferente del yeso: con cada uno hay que trabajar de modo distinto.

No basta conocer la naturaleza del mármol que se nos confía. Hay que considerarlo con vistas a Jesucristo. Si tenemos que hacer una estatua procederemos de modo distinto a si tenemos que construir una casa. Habrá que estudiar luego los pliegues y repliegues de los vestidos que vamos a poner en el mármol; hay que establecer los contornos de los miembros, fijar la expresión del rostro, caracterizar la fisonomía, impregnarla aquí de fe, allá de pureza, acullá de humildad.

2° El Modelo que hay que seguir. La fisonomía dominante es la de Jesucristo. Pero toma formas diferentes según los caracteres: *non est inventus similis illi* [y no se halló quien le igualara] [Eclesiástico 4, 19]. Hemos de ver, pues, en Jesucristo lo que debemos tomar para plasmarlo en el mármol, es decir en el alma. Sin duda nos será imposible expresar exactamente la pureza y delicadeza del modelo. Pero busquemos siempre qué parte podemos reproducir. ¿Trabajaremos en platería? ¿Trabajaremos en bronce? El modelo reproducido en plata, ¿no correrá el riesgo de resultar debilitado y sin relieve? ¿La impronta no quedaría mejor fundida en bronce? He ahí, pues, tantos otros metales que hay que estudiar en función del modelo, para la fidelidad de la expresión y de la fisonomía. Este conocimiento del divino modelo lo adquiriremos por medio de la meditación; y Jesucristo, mejor conocido por nosotros, se transformará mejor en las almas.

3° La fuerza que hay que desplegar. Otra condición es aún necesaria para el éxito de nuestro trabajo. Necesitamos la fuerza. Pongamos herramientas en manos de un cadáver, el cadáver no hará nada. Se necesita fuego para fundir la dureza del metal; el brazo de un niño no bastará para pulirlo. Del mismo modo, por encima de nuestras

fuerzas tenemos que colocar una fuerza superior: la de la oración. Como Moisés en la montaña, comuniquémonos con Dios mediante la oración. Escuchemos en estas comunicaciones íntimas cuanto se agita en nosotros bajo el soplo de Dios; concentremos en nuestros ojos la luz que nos presenta horizontes sin límite; recibamos las aguas que correrán por los canales de la vida. En una palabra, vayamos a Jesucristo para que él mismo nos inspire, para que nos ilumine, para que nos dé calor.

4° *La imitación de Cristo*. Con esta luz divina veremos con claridad cómo imitar a Jesús en nuestras relaciones con los niños. Aquí las consideraciones de la fe nos elevan singularmente: puesto que nuestras relaciones con los alumnos pasan a ser las mismas que las de Jesucristo con las almas. Jesús ama a las almas. Ha dado su vida por ellas. Nosotros también podemos dar nuestra vida por estas almas jóvenes. Aquí reside la perfección de la entrega. *Fortis ut mors dilectio* [es fuerte el amor como la muerte] [Cantar de los Cantares 8, 6]. ¡Amar a las almas como Jesucristo amó a las almas, prodigarlo todo y prodigarse uno mismo por las almas! Sin duda todos no están llamados a estos sacrificios sublimes. Pero finalmente en esto está la perfección, no lo olvidemos: podemos inmolarnos por las almas. ¿Qué es, al fin y al cabo, nuestra sangre para un alma?, ¿no es demasiado ligera?, ¡pues se ha necesitado toda la sangre de Jesús para salvar a las almas! ¿Iremos hasta allá? Si Dios nos empuja a ello, no miremos mucho más, e inmolémonos como Jesucristo se ha inmolado. Por lo demás quedan todavía muchos grados de sufrimiento que recorrer antes de alcanzar esta inmolación: estemos dispuestos a recorrerlos generosamente. ¿Acaso la sangre de Jesucristo no estaba impaciente por derramarse por los hombres?

5° *El amor por los niños*. Ahí está todo el amor que hemos de tenerles a los niños: amor de apostolado, amor comunicado por parte de Dios y por parte nuestra, convertidos en intermediarios entre Dios y los niños; apos-

tolado extraído de la verdad, apostolado salvador; iluminación de las almas a las que comunicamos el amor y que ellas mismas nos devolverán una viva y abundante luz. Santo Tomás, transportándonos al seno del mundo angélico, nos presenta la verdad que fluye de grado en grado a través de todas las jerarquías celestes. Así desciende sobre nosotros la verdad y, de cascada en cascada, la derramaremos sobre las jóvenes inteligencias colocadas cabe nosotros.

Pero, y seamos bien conscientes de esto, cuanto más vaciada esté nuestra alma, tanto más ampliado y agrandado será este frágil vaso, y más grande será la porción de verdad que se derramará en nosotros y más grande la que desbordará sobre nuestros alumnos. Apasionémonos por este apostolado. Hagámonos dignos de él. Sacerdotes y laicos, todos estamos llamados a esta comunicación de la verdad y del amor mediante la educación. Hagamos de ello el objeto de nuestras meditaciones, de nuestros deseos, de todos nuestros esfuerzos.

INSTRUCCIONES A LOS MAESTROS DEL COLEGIO EN 1867

I. Nova et vetera

22 de octubre de 1867

A la luz de la Escritura Buscando un plan para la serie de instrucciones que debo daros, el primero que me ha venido en mente es aquel que se encuentra en las palabras del divino Maestro: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* [Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo] [Mateo 28, 19]. Notad sobre todo esta palabra *baptizantes eos*: la educación cristiana en efecto debe

ser un verdadero bautismo, una verdadera purificación mediante la cual debemos hacer nacer a Jesucristo en las almas de nuestros alumnos. También podríamos tomar como tema de meditación aquellas palabras del Salvador: *Simile est regnum caelorum sagenae missae in mare et ex omni genere piscium congreganti: quam, cum impleta esset, educentes et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt* [Es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos] [Mateo 13, 47-48]. Las redadas de las casas de educación son los prospectos; a veces la pesca es exitosa; algunas veces, como nos ha pasado este año, los peces se nos escapan y entre los que quedan puede haber buenos y malos. A vosotros, Señores, toca hacer la selección de la que habla aquí Nuestro Señor; cierto que añade en el mismo lugar que esta selección, este discernimiento, sólo se hará al fin del mundo. *Sic erit in consummatione saeculi*. Por lo tanto, el juicio de los alumnos expulsados puede ser considerado como el preludeo del juicio final en que los ángeles, como dice también Nuestro Señor, serán encargados de hacer esta separación: *Exibunt angeli et separabunt malos de medio justorum et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium* [Mateo 13, 49-50]. Sí, Señores, en una casa cristiana de educación los profesores, y los directores sobre todo, encargados de esta selección entre buenos y malos alumnos, deben considerarse como ocupando el lugar de los ángeles.

Pero las palabras que quiero sobre todo tomar como base de la presente instrucción son las que en la Escritura vienen inmediatamente después de las que acabo de comentar. Tras haber expuesto a sus discípulos esta parábola, Jesús les pregunta: “¿Habéis entendido todo esto?: *Intellexistis haec omnia?*”. Los discípulos a quienes Jesús acababa de comparar con los ángeles no quisieron pasar por ignorantes y se apresuraron a responderle:

“Ciertamente, hemos comprendido. *Dicunt ei: Etiam*”. Entonces Jesucristo añade: *Ideo omnis scriba doctus in regno caelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera* [Mateo 13, 51-52]. *Omnis scriba*: todo escriba, es decir todo profesor, *doctus in regno caelorum*, instruido, sabio en las cosas del reino de los cielos; por eso la educación cristiana debe tener siempre como meta elevar las almas hacia el cielo, pero volveré más tarde sobre esta bella palabra *doctus in regno caelorum*.

De thesauro suo Permitidme comentaros primero esta palabra: *profert de thesauro suo nova et vetera*: saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. *De thesauro*: por eso el profesor cristiano debe tener un tesoro, tesoro que puede haber conseguido por medio de otros en sus estudios; pero al que debe añadir mucho de lo que le es propio, porque es su tesoro, *thesauro suo*, y le pertenece. ¿Pero este tesoro ha de guardarlo para sí? No, debe comunicarlo; debe, nos dice el divino Salvador, sacar de él *–profert–* cosas nuevas y antiguas, *nova et vetera*. El profesor cristiano no debe temer perder su originalidad al comunicar su ciencia; debe dar todo cuanto ha recibido, debe permitir a cada uno venir a sacar de su tesoro. Y ahí reside, Señores, nuestro magnífico privilegio de dar lo que hemos recibido, de no recibir sino para darlo inmediatamente. Y si quisiéramos guardar para nosotros nuestra ciencia, ya no seríamos aquel padre de familia, del que habla Nuestro Señor: *Omnis scriba, similis est homini patrifamilias*. Seríamos más bien el profesor universitario que no enseña sino por interés. Si somos de verdad padres de familia no tendremos en cuenta más interés que el de nuestros niños; y no estoy hablando solamente de un vil interés de dinero, demasiado despreciable para que yo quiera detener en él un solo instante mi pensamiento. Pero otro interés, del que es bien difícil despojarse enteramente, es aquel interés personal que

hace que en nuestra enseñanza nos busquemos a nosotros mismos más que a nuestros alumnos, y mediante el cual un profesor dirá aplaudiéndose a sí mismo: “Doy mi clase con estilo, sólo hablo a punta de citas, envuelvo cada una de mis palabras con una cierta elegancia que, por así decir, les comunica un valor mayor”. No, así no es como habla y actúa el profesor verdaderamente cristiano, aquél que es *doctus in regno coelorum*, que conoce el precio del Reino de los cielos y conoce el precio de las almas que le están confiadas; es sin duda inteligente, incluso espiritual, pero sus palabras no las pronuncia para atraerse la gloria; es padre de familia, tiene un corazón amplio respecto de sus niños. Ha meditado mucho aquellas palabras de Vísperas: *Dispersit, dedit pauperibus* [Salmo 112, 9]. Dispersó, por así decir, ha dado, pero ha dado generosamente, *dispersit*, diré casi: ha despilfarrado. Lo que ha dado a estas inteligencias débiles, desnudas, es la verdad, son las cosas nuevas y viejas, *nova et vetera*.

Nova et vetera

Nova, cosas nuevas: se necesita en efecto que el profesor cristiano dé de lo nuevo; de ahí la necesidad para el profesor de preparar su clase, volviendo a lo que ya he dicho la última vez¹⁾. *Nova*, es lo que el profesor tiene de su propio fondo; es necesario que el profesor cristiano sea original, al menos si puede. La palabra *nova* es, pues, la condena del profesor rutinario; la rutina debe ser desterrada de la enseñanza cristiana; el profesor no debe tener frases estereotipadas en cierto modo; debe aportar a sus alumnos *nova*, es decir, dando a esta palabra otro sentido del que tiene en retórica, debe tener invención.

Pero eso no basta, es necesario también que el profesor cristiano saque de su tesoro *vetera*, es decir que posea a

¹⁾ Ver los consejos dados a los Maestros del Colegio, el 8 de octubre de 1867, página 1381.

los autores antiguos, que tenga experiencia: no debe contentarse con preparar a sus autores en el momento mismo de la clase. *Vetera* es pues la ciencia, pero ante todo las verdades religiosas, la antigüedad de la verdad revelada, y es lo que el profesor que es de veras instruido en las cosas del cielo, *doctus in regno coelorum*, dispensará a sus alumnos. Sabe demasiado, para faltar a sus deberes, cuán preciosas son las almas que le están confiadas, las telas que pinta no tendrán nada que sufrir de las injurias del tiempo, porque ha mojado sus colores en la sangre de Jesucristo. No será él quien tomará en consideración una sórdida ganancia o la satisfacción del amor propio: trabajará para el cielo; es verdaderamente padre de familia; se muestra verdaderamente digno de administrar este bautismo de la educación cristiana de la que hemos hablado; no es avaro de su tesoro, lo prodiga con profusión. *Dispersit, dedit pauperibus*, porque sabe que en eso consiste la verdadera justicia, la justicia que dura eternamente y *justitia eius manet in saeculum saeculi* [Salmo 112, 9]. Por eso aquellos rayos de luz que ha prodigado para hacerlos servir a la iluminación de las inteligencias se transformarán un día para él en rayos de gloria. *Et cornu eius exaltabitur in gloria* [ib.]. Así sea.

II. Cuatro medios de purificación

Un nuevo bautismo *Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...* [Mateo 28, 19]. La educación cristiana no es solamente una enseñanza, es una purificación, un bautismo; y antes de entrar en materia es bueno haceros observar que la Iglesia, queriendo que el mayor número posible de hombres tuvieran parte en esta regeneración espiritual del bautismo, ha permitido que todo infiel, judío o mahometano, pudiera comunicarlo. Pero no es así de esta educación cristiana en la que se

han de purificar también las almas, no del pecado original ya borrado por el bautismo, sino de aquellas miles de miserias a las que está sujeta la naturaleza humana: para purificar a otros es del todo necesario estarlo uno mismo. ¡Hermosa misión la del profesor cristiano!: es la misión del sacerdote en el altar, misión del sacerdote en el tribunal de la Penitencia, y sobre todo misión del sacerdote en el catecismo. Por eso, me parece que el profesor debería siempre, antes de comenzar su clase, recitar estas bellas palabras del diácono antes del Evangelio: *Munda cor meum et labia mea, omnipotens Deus, qui labia Isaïae prophetae calculo mundasti ignito. Ita me tua grata miseratione dignare mundare, ut sanctum evangelium tuum digne valeam nuntiare* [Limpia mi corazón y mis labios, Dios omnipotente, que limpiaste los labios del profeta Isaías con un tizón ardiendo. Así, por tu gracia misericordiosa dignate limpiarme, para que pueda anunciar tu Evangelio de manera digna]. Sí, es el Evangelio lo que el profesor con su palabra, sea matemática, sea histórica, sea filosófica, sea literaria, puede y debe anunciar sin cesar y para ello se necesita que sus labios hayan sido purificados. Lo repito, nada hay en el mundo más hermoso que una misión tal: purificar las almas, aumentar su brillo, su blancura; hacerlas más dignas de Jesucristo, es decir, de aquél que es la pureza misma.

a) El ejemplo Pero, ¿por qué medios podrá el profesor cristiano operar más eficientemente esta purificación, administrar este bautismo? Los medios son numerosos y el primero de todos, el más eficaz, es el del ejemplo. *Verba movent, exempla trahunt* [las palabras mueven, los ejemplos arrastran], se ha dicho con razón. Efectivamente, se puede juzgar del alma de un profesor según los resultados que produce, desde el punto de vista moral, en los alumnos. No quiero exagerar: un santo podrá no obtener sobre el alma de sus alumnos sino éxitos mediocres, un maestro, indigno de su

misión, podrá por el contrario tener una buena influencia sobre aquellos que está encargado de formar. Pero estos no son más que fenómenos muy raros, y aquí sobre todo está permitido decir que la excepción confirma la regla. Pero ese buen ejemplo que estamos obligados a dar a los niños cuya educación nos es confiada, encuentra muchos obstáculos y el mayor es el *respeto humano*. Hablemos francamente: este respeto humano que paraliza muchas veces a los alumnos en el cumplimiento del bien, ¿no paraliza muy a menudo también a los maestros? No se quiere dejar que se perciba en la casa que uno ha cambiado de conducta, que uno se ha hecho mejor. Ahora bien, si queremos ser dignos de la misión de maestros cristianos hemos de combatir el respeto humano, y los alumnos, viéndonos practicar el bien, lo aceptarán, estemos seguros, más voluntariamente y más francamente.

b) El horror del mal Un segundo medio, que se aproxima al precedente y casi se confunde con él, es el horror del mal, que debe ser manifestado en todo momento por el profesor cristiano. Y permitidme al respecto hablaros con franqueza: no temo decir que existen comedias incluso entre el sacerdocio; sí, existen sacerdotes que por la manera como hablan del mal parecen estar representando una comedia. Se diría que el horror que le tienen no es real, que es un horror convencional. Y si tal abominación se encuentra incluso en el sacerdocio, ¿no puede encontrarse también entre los profesores laicos? ¡Oh!, mantengámonos muy alejados de esta disposición, de esta comedia, de la que los alumnos no se dejan engañar; porque, para decirlo de paso, los alumnos ven muy bien nuestros defectos, mejor que nosotros, mejor incluso que nuestros colegas; observan hasta los menores detalles y muy a menudo adivinan. No digo que vean todo, pero ven mucho. Por eso, cuando hablemos delante de ellos del horror que debe inspirar el mal, hagámoslo con toda la energía de nuestra alma

y que sea con la mayor sinceridad. Estad persuadidos de que este horror, si es sincero en nosotros, pasará y se impregnará tanto más fácilmente en el corazón de nuestros niños. ¿Pero, para eso qué hay que hacer? Lo que hay que hacer es muy sencillo: hay que comenzar por detestar el mal en nosotros mismos y, para volver a lo que decía al principio, es necesario que nos purifiquemos nosotros mismos. Me faltaría tiempo para desarrollar adecuadamente esta idea; pero la dejo a vuestras reflexiones y la desarrollaréis vosotros mismos.

**c) El buen
comportamiento**

Otro medio que puede ayudarnos en la educación cristiana son los modales. Hay dos clases de comportamientos: el oficial y de él no hago mucho caso; ya sabéis lo que son los discursos oficiales, las ceremonias oficiales, el lenguaje oficial: no es muy diferente a los comediantes callejeros de títeres y a los polichinelas. He ahí qué cosa es el comportamiento oficial. Pero existe otro comportamiento, el realmente cristiano, y del cual el anterior no es más que un remedo: comportamiento que muestra que se respeta a los demás y se respeta a sí mismo. Quizá tenga que hacerme reproches a mí mismo en este tema; pero examinaos bien, también vosotros, y ved si en más de una ocasión no os habéis visto imposibilitados de hacer a los alumnos todo el bien que tenían derecho a esperar de vosotros, por causa de esta falta de ademanes. Nada de afectación, sin duda; por otra parte eso es cosa vuestra, si no queréis veros expuestos a hacer el ridículo. Pero se necesita ese talante que es una especie de predicación, ese ademán de un sacerdote en el altar, ese comportamiento que proviene del recogimiento del alma, ese ademán finalmente que prueba que se anda siempre en presencia de Dios, de acuerdo con lo que le fue dicho a Abrahán: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]. Sí, Maestros cristianos, estad continuamente en presencia de Dios y conseguiréis la perfección.

Admirad al mismo tiempo la fecundidad de este ademán, de esta disposición que consiste en andar continuamente en presencia de Dios. Abrahán recibe de la boca de Dios, inmediatamente después y como consecuencia de la palabra *ambula coram me*, la promesa de que nacerá de él un gran pueblo y que en él serán bendecidas todas las naciones de la tierra.

d) La comunión frecuente

Finalmente me queda hablaros de un último medio que se añade al del horror al mal, del que ya hemos hablado: es la comunicación, la insuflación del bien. Volveré, pues, a las palabras que ya he citado, las del diácono antes del Evangelio. ¿Cómo podéis purificar mejor a otros si no es interiorizando a quien es la pureza misma? Como Isaías, acercaos al altar del Señor y allí no será un serafín, sino un sacerdote quien depositará en vuestros labios y en vuestro corazón, después de haberlo tomado del verdadero altar, ese carbón encendido, si puedo hablar así, en el fuego del amor, Nuestro Señor Jesucristo. Ya habéis comprendido el sentido de mis palabras: lo que aconsejo ante todo al maestro cristiano es la comunión frecuente, y anotad que yo no digo la comunión *rutinaria*, sino la comunión *frecuente*. ¡Qué hermoso es ver al profesor cristiano avanzar hacia la mesa santa, rodeándose con el pensamiento de las almas que le están confiadas o al menos de sus ángeles custodios! ¡Qué bien comprende ese profesor su misión, que se dirige a Jesucristo mismo y que, para hacer brillar la verdad en las almas, se nutre de aquél que es la verdad misma, la Palabra de Dios, el Verbo encarnado que encuentra sus delicias en habitar entre los hijos de los hombres! ¿A quién más se puede recurrir para hacer brillar la luz en las almas, la luz que purifica, sino a quien es el sol de justicia, a quien declara que ha venido a traer a la tierra el fuego del amor del que todas las almas deberán ser abrasadas? ¡Oh, comprended bien, Señores, la belleza

de vuestra misión, comprended todo el bien que podéis hacer a vuestros alumnos mediante vuestro ejemplo, mediante la majestad de vuestro porte, comprended en una palabra que podéis, al hacer santos, llegar vosotros mismos a ser santos! Así sea.

III. La imagen de la Trinidad

La educación no es sólo una enseñanza, no es solamente una purificación; es además, si puedo expresarme así, una *impresión*. Cuando Nuestro Señor envió a sus apóstoles a predicar el Evangelio a toda la tierra, les dijo: *Euntes docete...in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* [Mateo 28, 19]. Para crear al hombre, Dios había tomado un poco de barro y había dicho: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* [Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza] [Génesis 1, 26]. El hombre tenía, pues, en sí la imagen de Dios; esta imagen el pecado la destruye, el bautismo la repara. Lo mismo pasa con la educación, y el maestro cristiano debe de algún modo *incelar* en el alma de los alumnos la imagen de Dios. La educación perfecciona esta imagen ya reparada por el bautismo; la educación es, pues, el suplemento del bautismo. Estamos encargados de imprimir y de grabar en las almas la imagen de la Santísima Trinidad.

In nomine Patris. El Padre representa para la inteligencia humana la facultad de recibir o más bien de conservar las ideas. Todo está en él, hasta la perpetua emanación, la eterna generación de su Hijo. Si no recurrimos, pues, a este Padre Celeste para que haga descender a nuestras almas las ideas de las que él es la fuente, nuestra enseñanza no será nada, o más bien será algo frío y lánguido. Seremos auténticos loros que no lograrán ni siquiera formar a otros loros. Entremos, pues, introduzcámonos en

estas ideas, en estos poderes del Señor de los que habla el profeta: *Introibo in potentias Domini* [Salmo 71, 16]. ¿Cuáles son estos poderes del Señor? Son los misterios divinos, los actos mediante los cuales Dios nos manifiesta su poder. Ved, por consiguiente, cuán bella es esta misión del profesor cristiano, para un hombre que tuviera un poco de entusiasmo (Monseñor me hablaba el otro día de un hombre muy virtuoso, de un santo varón, que carecía de entusiasmo); ved, digo, cuán bella es la misión del profesor cristiano: tomar los corazones que le están confiados y conducirlos a la unión con Dios. Que se juzgue por ahí lo absurdo de la enseñanza universitaria que pretende encontrar algo más bello que los poderes del Señor, *potentias Domini*, que los misterios divinos que deben formar parte de la enseñanza cristiana. En efecto, sea literariamente, sea filosóficamente, sea científicamente podéis introducir a las almas de los alumnos en estos misterios, en estos poderes, en aquellos puntos de vista divinos de nuestra religión. Tomad después la enseñanza que se sigue del conjunto de estas sublimes verdades; ¿se puede encontrar algo más hermoso y más grande? Pero para eso hay que conocer esta bella ciencia de la religión, de la teología; hay que entrar uno mismo en las potencias del Señor: *Introibo in potentias Domini*. Es cierto que las palabras del profeta que preceden son aplastantes para el profesor: *Quoniam non novi litteraturam*, dice, *introibo in potentias Domini* [Porque no conozco la literatura, entraré en las potencias del Señor] [Salmo 71, 16]. Pero, ¿qué es esta literatura, sino la vana literatura, la vana historia, la vana gramática, la vana retórica y la vana ciencia? La literatura no es sino un vestido, pero es un vestido conveniente cuando es modesto. En cuanto a lo fundamental, a lo que está en la base de la enseñanza, hay que buscarlo en aquellos poderes del Señor en los que debemos introducirnos con el fin de introducir en él a los demás.

In nomine Patris et Filii. Pero las ideas no bastan, se necesita que vayan combinadas con un cierto orden, una sabiduría eterna cuyo modelo es la sabiduría eterna del Hijo. Las ideas son indispensables sin duda; Santo Tomás las llama los arquetipos; pero no bastan y hay profesores llenos de conocimientos que sin embargo no son buenos profesores cristianos, porque no regulan sus conocimientos sobre esa sabiduría eterna e inmutable del Hijo. Poned juntas una gran cantidad de piedras, haréis un montón; pero para construir un edificio o una pared se necesita orden y una cierta combinación, en una palabra, una inteligencia. Por medio de la inteligencia, el Verbo ha hecho todas las cosas: *Omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est* [Juan 1, 3]. Por medio de esta sabiduría divina ha dado a sus obras la vida: *Quod factum est, in ipso vita erat* [Juan 1, 4], según la puntuación admitida por algunos Padres y por San Agustín en particular. Si queréis que vuestra enseñanza sea viva, conformaos, pues, a esta divina sabiduría que alumbrá a todo hombre que viene a este mundo. Vosotros sois los que debéis ser en cierto modo los portadores de la antorcha de esta luz. Vosotros no podéis ser buenos profesores, profesores cristianos, si no lleváis impresa en el fondo de vuestros corazones la imagen del Verbo, de la divina Sabiduría, del Hijo de Dios.

In nomine Spiritus Sancti. Pero tampoco podéis prescindir del Espíritu Santo. ¿Y qué es el Espíritu Santo sino el amor que une al Padre y al Hijo?; el profesor cristiano debe pues unirse a Dios mediante el amor. Aquí es sobre todo donde se deben repetir aquellas palabras: *Nemo dat quod non habet* [Nadie da lo que no tiene]. ¿Cómo vais a alumbrar en las almas aquel fuego del amor divino, si vuestras palabras no salen de un alma inflamada por este amor? Que hay que amar a Dios y hacerle amar, es una verdad sin duda aceptada a nivel de la conversación, pero

demasiado poco practicada a nivel de la acción. Y sin embargo, la educación ya no es nada sin este amor que la reanima y la vivifica. Sea cual sea la ciencia que tenéis que comunicar, no dejéis jamás de inflamar al mismo tiempo a las almas con el amor a Dios, en quien reside la ciencia infinita.

Estas consideraciones podrían desarrollarse más largamente; os las entrego. Meditad y tratad de daros cuenta de la magnífica misión que os está confiada, y cuando comencéis vuestra clase mediante estas palabras: *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, os acordaréis de que estas palabras son en cierto modo una clase que os dais a vosotros mismos, con el fin de aprender a hablar dignamente de la Santísima Trinidad que es la única que os puede comunicar de una manera eficaz la ciencia, la inteligencia y el amor. De esta manera, grabaréis en vuestra alma la imagen de la Santísima Trinidad y la grabaréis en las almas de vuestros alumnos, y mereceréis que esta Santísima Trinidad sea vuestra recompensa en la eternidad. Así sea.

IV. El buen ejemplo en la escuela de Nuestro Señor

La enseñanza cristiana no es solamente un bautismo, no es solamente una purificación, no es solamente una impresión de la Santísima Trinidad en las almas; es además, si puedo hablar así, la transformación de los hombres en Dios. Y para operar esta transformación, ¿qué otro modelo podemos estudiar que no sea Jesucristo que ha reunido en sí mismo estos dos elementos: la divinidad y la humanidad, con el fin de que, por su medio, la humanidad entera se divinizase: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus?* He ahí la enseñanza de todos los Padres, admirablemente resumida por Santo Tomás. Estudiaremos,

pues, a Jesucristo: él será el modelo según el cual nos formaremos como maestros cristianos.

Necesitamos para ello buscar en la Escritura algún sitio en que podamos encontrar a Jesucristo enseñando; entre otros pasajes de los libros sagrados, tomaré como texto estas palabras: *Coepit Jesus facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1], que podrían darnos materia para un gran número de instrucciones. Veremos más tarde el método de la enseñanza de Jesucristo, el modo como se las arreglaba para expandir o inculcar la verdad en las almas. Por hoy, me atenderé a esta única palabra: *Coepit facere*; os mostraré a Jesucristo predicando con el ejemplo, lo que debe ser siempre la preocupación constante del maestro cristiano. Permitidme recordaros una vez más aquellas palabras: *Verba movent, exempla trahunt* [Las palabras mueven, los ejemplos arrastran].

Sin respeto humano Necesitáis el ejemplo, en primer lugar, para combatir y destruir el respeto humano en los alumnos. La humildad aquí debe desaparecer para dejar sitio a la caridad. *Luceat lux vestra coram hominibus ut glorificent Patrem vestrum qui in caelis est* [Luzca así vuestra luz ante los hombres para que glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo] [Mateo 5, 16]. Sé muy bien que los señores Durand y Allemand, cuando tenían veinte años menos, podían dar ejemplos de mayor eficacia; por eso ahora me dirijo sobre todo a los profesores jóvenes; su edad les acerca más a la edad de los alumnos; pueden, por consiguiente, hacerles mayor bien mediante su ejemplo; a ellos les digo, en particular, que trabajen en destruir el respeto humano en los alumnos: ¡y para ello es necesario que empiecen por destruir el respeto humano en sí mismos! ¡Oh, cuánto compadecería a aquellos de entre vosotros que tuvieran el respeto humano de sus alumnos! El respeto humano es, entre muchos otros sin duda, el mayor mal que aflige a

nuestra época. Para destruirlo, hay que estudiar y estudiar sin cesar. ¿Y qué hay que estudiar? A Jesucristo. Porque Jesucristo, hay que reconocerlo, vino en una época extraña, que tiene por cierto algunas analogías con la nuestra; aquella época de la invasión romana, cuando llegan los legistas feroces que vienen a implantar como principio que: *Quidquid Caesari placuerit, lex sit* [Todo cuanto le guste al César, sea ley]. No sé si cito con exactitud. El profesor cristiano debiera, pues, estudiarse y estudiar a sus alumnos para saber con qué medios podrá ejercer sobre ellos la mejor influencia posible. Deberá mostrarles en sus obras que no les teme, si quiere habituarlos a no tener miedo de sí mismos.

El alcance del buen ejemplo

Y en esta palabra *facere* (os pido perdón por entrar en tantas subdivisiones), distinguiré aún el ejemplo y la habilidad del ejemplo; porque existen personas que cometen torpezas hasta en los buenos ejemplos. Por eso hay que distinguir bien entre el ejemplo secreto y el ejemplo público. Si no sois, en efecto, más que un hombre honrado, si no dais buen ejemplo sino porque estáis obligados a ello, si os decís: “me cuesta un poco, pero he de hacer un pequeño esfuerzo, porque debo dar el buen ejemplo”, os compadezco muy sinceramente. En otras palabras, si os hacéis una moral blanda y elástica en privado y una moral austera en público, podéis estar seguros de que los alumnos lo percibirán y que fracasaráis con ellos y, permitidme una expresión familiar, estaréis “hundidos”. Ahora bien, es lo que no debe suceder. Pero que los alumnos se dan cuenta de esta diferencia que se hace entre conducta pública y conducta particular, de eso tengo pruebas incontestables desde hace algunos días. Desde que el Padre Vicente de Paúl está en Roma, entrevistado a un gran número de papás y de mamás (aunque dejo una parte importante al Padre Emmanuel) y me

entero por ellos de cosas sorprendentes. Revelaciones singulares me son hechas sobre la mayoría de vosotros y son el resultado de las observaciones tanto de los pensionistas, los días de salida, como de los semi-pensionistas y de los externos, y sobre todo de estos últimos. No os imagináis cómo estos muchachitos lo observan y critican todo. Existen muchas ocasiones en que no creéis estar dando en modo alguno un mal ejemplo e incluso a veces ningún ejemplo, ni bueno ni malo; ¡pues bien!, en esas ocasiones sobre todo es cuando sois vigilados. Sobre todo a partir de los ejemplos secretos es como los alumnos os juzgan en público. Cuando el profesor hace alarde en cierto sentido, cuando posa, nadie presta atención; pero es sobre todo al profesor que se esconde al que se le vigila, se quiere saber lo que hay debajo ¡y muy a menudo se adivina con justeza! Permitidme citaros un ejemplo: el alumno Hedde, cuyo retrato habéis visto en mi despacho, dijo un día de un profesor que yo tenía en esta casa: “Antes de dos años, estará agotado”. Juzgad de mi asombro, yo que quería hacer de este maestro un religioso (hoy tiene mujer e hijos), al escuchar un juicio así pronunciado por un alumno dos años antes de que el maestro estuviera agotado. ¿Cómo puede un alumno adivinar con tal precisión sino porque está en perpetua observación, rastreando en cierto modo la conducta del maestro? Ya veis cuán necesario es que os vigiléis, tanto en privado como en público, e incluso más todavía, con el fin de que, a ejemplo del divino Maestro, guiéis sin cesar tras vosotros a vuestros alumnos por el camino de la virtud y que no desmintáis mediante vuestra conducta los preceptos que estáis encargados de gravar en su espíritu. Estudiad sin cesar este divino modelo que se os propone con el fin de que, mediante la gracia de Dios, podáis realizarlo, en la medida en que la fragilidad y la debilidad humanas os lo permitan. Así sea.

V. Fe y ciencia en la enseñanza

Hemos tomado como tema de nuestra última conversación las palabras de la Escritura: *Coepit Jesus facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1]. Mostraremos hoy al divino Maestro hablando y predicando mediante la palabra: porque si el maestro cristiano debe sobre todo predicar mediante su vida, su conducta, sus ejemplos, también debe predicar con la palabra. Y esta palabra, para que produzca grandes frutos en las almas, debe estar inspirada por la fe, por la ciencia y por el amor.

1° La Fe

Hace poco me enteraba yo de que el Sr. Berryer, uno de los mayores oradores de nuestro tiempo, había hecho colocar en su capilla estas palabras: *Credidi, propter quod locutus sum* [Creí, por eso hablé] [2 Corintios 4, 13; Salmo 116, 10]. Así pasa con todos los oradores; incluidos los paganos, los que son de veras elocuentes tienen fe en algo, tienen fe en su república. Sin esa fe, sin esa convicción, sólo se logrará alinear frases, como Sócrates, pero uno no será verdaderamente elocuente. Bien sé que a veces la pasión o el sórdido interés sustituyen a la fe; pero no tengo que considerar la cuestión desde este punto de vista. De lo que quiero persuadirlos es que la enseñanza cristiana, digna de tal nombre, no puede ser ejercida sino por quienes tienen fe y que todo maestro cristiano debe poder decir: *Credidi, propter quod locutus sum*. Se necesita la fe, el entusiasmo (pues las personas sin entusiasmo son realmente somníferos); por otra parte, en eso consiste la vida y la fecundidad de la enseñanza cristiana; es lo que hace también que fuera de esta enseñanza no hay más que “pedantes” y “jactanciosos”, como se ha dicho; y si he pronunciado estas palabras, es porque espero que vosotros no sois ni seréis nunca ni pedantes ni jactanciosos.

a) Ciencia humana La palabra del maestro cristiano debe estar inspirada también por la ciencia, y aquí hay que distinguir cuidadosamente la ciencia divina y la ciencia humana. Siempre, pero más especialmente en nuestro tiempo, bajo el manto de la ciencia humana, si puedo expresarme así, hay que hacer penetrar la ciencia divina. El maestro cristiano debe dominar esta ciencia humana y esta ciencia, como ya he dicho, implica preparación. Sin esta ciencia, la inteligencia más brillante y los dones naturales más aventajados no llegan a resultado alguno. Por muy ricos adornos que se revista a la nada, seguirá siendo nada, vacío. La ciencia humana es para nosotros una deuda y respecto de nuestros alumnos somos deudores y, en nuestro examen de conciencia, sería bueno que nos preguntáramos si siempre hemos pagado esta deuda a nuestros alumnos en la medida requerida. Y no se trata aquí de examinar sólo tal o cual clase mal impartida, sino del conjunto de nuestros cargos. No seamos, os lo suplico, como esos profesores que miran a cada momento su reloj, suspirando a cada instante por el final de una clase en la que no pueden dar una enseñanza que no tienen ellos mismos. Esta ciencia, ya lo sé, sólo se adquiere tras un largo y penoso trabajo; pero ¿acaso no debemos todos ganar nuestro pan con el sudor de nuestra frente?, y esta sentencia que según el señor de Lamennais fue pronunciada sobre todo para los escritores, ¿no es todavía más cierta aplicada al profesor cristiano?

Permitidme decíroslo con franqueza, con toda sinceridad (porque no merecería la pena que nos reunamos aquí en esta capilla a las siete de la mañana para no recibir más que cumplidos): si un estúpido ministro ha tenido la extraña pretensión de confiar a profesores universitarios la instrucción de las muchachas, es que la enseñanza impartida por maestros católicos tiene más de una laguna. Sí, hay que reconocerlo, demasiado a menudo no somos

más que profesores rutinarios y perezosos (y os encargo comunicar esto al gran número de profesores que faltan esta mañana a nuestra reunión, ignoro por qué). Éste por su pereza, aquél por su mal humor, quedan impedidos para entregarse a estudios serios, a los que están obligados por su deber de maestros católicos. Y sin embargo, la situación es grave; toda auténtica enseñanza, la enseñanza cristiana, puede ser puesta en peligro por nuestra negligencia; se trata del futuro de los estudios. Si pues, lo repito, el señor Duruy ha tenido la extraña idea, la locura, ¿cómo lo diré?, el crimen, he aquí la palabra justa, de querer pervertir la enseñanza dada a las muchachas, es porque ha visto que la enseñanza ya estaba pervertida en su fuente y quizá algo por la culpa, por la incuria de los maestros católicos. Hay, pues, que trabajar por adquirir esa ciencia humana que estamos obligados a distribuir a nuestros alumnos y además hay que, lo repito, bajo el manto de esta ciencia, hacer penetrar en sus almas la ciencia divina.

b) Ciencia divina Pero, me dirán, ¿esta tarea no incumbe propiamente al sacerdocio? El sacerdocio está, sin duda, más especialmente consagrado a extender y a hacer germinar la palabra de Dios en las almas; ¿pero le está vedado llamar en su ayuda a los maestros laicos? ¿Y qué hay de más hermoso, por otra parte, para estos últimos que ser la ayuda del sacerdocio y echarle una mano vigorosa? Sin duda los sacerdotes tienen para ellos el privilegio particular, especial, legítimo de consultar las Sagradas Escrituras; pero sería un gran error creer que los maestros católicos no deban estudiar las santas letras. Al contrario, esta cátedra cristiana establecida en la Iglesia tiene como hermana, si puedo hablar así, a esa cátedra del profesor, incluso laico, de donde puede y debe brotar la ciencia divina tanto como la ciencia humana. La ciencia humana no será sino

la forma, la ciencia divina será el fondo y no creáis que esta alianza sea un adulterio, de acuerdo con la expresión de San Pablo: *Adulterantes verbum Dei* [falseando la Palabra de Dios] [2 Corintios 4, 2]; por el contrario, es una feliz unión, y es la meta principal de nuestra enseñanza. Además, no es algo nuevo esta llamada de la Iglesia y del sacerdocio cristiano a los laicos; la célebre escuela de Alejandría contaba, sobre todo al principio, con personajes que sin duda más tarde fueron elevados, a causa de sus servicios, al honor del sacerdocio, pero que primero habían sido laicos. *Ammonius Saccas* fue, aunque el señor Durand haya pretendido lo contrario, un maestro cristiano; Orígenes, tan célebre en todas las iglesias de Asia y de África, fue primero un laico. Aunque sea tarea del sacerdote y sobre todo de los obispos vigilar de modo particular a los laicos cuando esparcen la simiente divina, éstos no están menos obligados a sembrarla con todo el celo posible.

Hemos, pues, de examinar si siempre hemos cumplido bien este deber y si siempre hemos distribuido a las almas el pan de la verdad. Por último, notemos que en la palabra referida en la Escritura a la divina simiente, Jesucristo sólo habla de la mala calidad de la tierra, no habla de la mala calidad del grano o del trigo impuro; examinemos, pues, si esta semilla, por así decir, no ha tomado algo de la torpeza de nuestras manos y si no hemos sido causa de su escaso fruto en las almas. Volveré sobre esta grave cuestión de la ciencia humana y divina en otra charla.

Había además indicado otro apartado, el amor; pero, como me falta tiempo, lo dejo para el martes que viene.

VI. El amor en la enseñanza

Me faltó tratar la vez pasada acerca de una de las tres consideraciones que os había presentado sobre el modo como debemos enseñar. Esta tercera consideración es el amor, el amor a la ciencia que se enseña, el amor a las almas a quienes se enseña esta ciencia y el amor a Dios en nombre de quien se la enseña: tales son las tres formas en que debe manifestarse este amor.

1º El amor a la ciencia Amor a la ciencia que se enseña. Existe en las ciencias lo que yo llamaría las ciencias fundamentales y las ciencias instrumentales. A decir verdad, no hay más que una ciencia fundamental, la ciencia religiosa. Por eso Santo Tomás declara que las demás ciencias deben ser las sirvientas de la teología y a esta última aplica la parábola de la mujer fuerte del Evangelio: *Vocavit ancillas suas et misit ad arcem* [Llamó a sus criadas y las envió a lo más alto de la ciudad] [Proverbios 9, 3]. Sin duda ya es mucho para el profesor cristiano ser instrumento de una de las siervas de la ciencia y de la verdad divina. Por eso, juzgad de qué fuerza y de qué energía priva a su palabra si habla sin amor a la ciencia que enseña. Este amor a la ciencia implica, como os lo he dicho ya tantas veces, la preparación. Porque si uno ama la ciencia que está encargado de enseñar, no descuida nada para presentarla bajo su mejor aspecto. Cuando Ester se decidió a presentarse ante Asuero, se adornó con sus mejores galas; el profesor cristiano debe hacer lo mismo; debe revestir a la ciencia con los adornos más aptos para hacerla aceptar por los alumnos.

La preparación es, pues, necesaria, pero quizá ya lo sabéis todo como la palma de la mano, por así decir, de modo que no necesitáis ninguna preparación. En tal caso,

permitidme que os lo repita una vez más, bordeáis de muy cerca la rutina, lo cual no es un medio para hacer que la ciencia sea realmente agradable a los alumnos.

2º El amor a las almas Junto con el amor a la ciencia que se enseña hay que unir el amor a las almas a quienes se enseña. Que el alma humana haya sido creada a imagen de Dios y que los hombres no amen a las almas de sus semejantes, es algo que no se puede entender. Ahora bien, cada profesor puede, sea cual sea la verdad que enseña, pronunciar en las dos horas de su clase una palabra de fe, una palabra capaz de hacer bien a las almas.

Hace más o menos una veintena de años, un profesor de matemáticas me decía: “¿Qué relación puede haber entre el cuadrado de la hipotenusa y la teología?”. “¿Cómo puede usted ignorar, le respondí, lo que han dicho los Padres: que la sabiduría divina reposa sobre el número y por consiguiente que en las matemáticas, es decir en el estudio de los números, no es imposible elevar a las almas hasta Dios?”. Por lo tanto, sea cual sea la ciencia que tenéis que enseñar, siempre podéis, mediante esa ciencia, inculcar en las almas la ciencia divina. Un canónigo le decía al obispo de Digne: “Cuanto más profundizo en las ciencias, más me admiro de que Dios haya querido hacer al hombre partícipe de las alegrías y delicias que se encuentran en el estudio de estas ciencias; en ellas se encuentra en cierto modo un pregusto de la visión beatífica”. Y el tal canónigo, sabedlo bien, era una de las mentes más sabias y al mismo tiempo más modestas de Francia. Por eso el profesor de matemáticas, por eso el profesor de filosofía, pueden y deben llegar a la misma meta en la enseñanza. El profesor de griego también debe tender a ello. El griego puede sernos útil en el sentido de que nos ayuda a leer los decretos de gran número de los

concilios y en que nos descubre las bellezas que contienen los escritos de muchos Padres de la Iglesia; el latín es aún más útil; el hebreo nos sirve para leer la Biblia. Todo esto sin duda es tratado por mí desde un punto de vista poco elevado y no penséis que no lo siento. El profesor de lenguas vivas podrá también preguntarme cómo debe arreglárselas para llevar a las almas mediante su enseñanza a la verdad divina. La respuesta es muy sencilla: enseñándoles a ir a beber en los trabajos de los ingleses y de los alemanes nuevos argumentos contra los racionalistas. En lo que a mí me atañe, lamento no haber aprendido el alemán en mi juventud para poder leer los escritos, no de la exégesis racionalista, sino los escritos de la exégesis muy católica que se escriben en lengua teutónica, y si no tuviera 57 años, rogaría al señor Trotmann que me diera lecciones de alemán.

3º El amor a Dios

Se necesita además en el profesor cristiano el amor al Dios de la verdad, al Dios de las almas a las que se dirige nuestra enseñanza. Y en primer lugar, ¿queréis saber por qué los profesores cristianos, los profesores católicos, logran en general hacer penetrar tan poco la verdad en las almas?, ¿por qué su enseñanza, perdonadme la familiaridad de la expresión, no es más que “papilla para gatos”?, porque no son hombres interiores, hombres de oración. (Este punto lo abordaré probablemente el martes que viene).

No meditamos lo suficiente la palabra de Dios y he ahí por qué no somos capaces de hacerla penetrar en el corazón de los niños cuando la hacemos pasar por sus orejas; porque *fides ex auditu*, nos dice San Pablo, y añade: *auditus autem per verbum Christi* [la fe viene del mensaje, y el mensaje por la Palabra de Cristo] [Romanos 10, 17]. Podemos, pues, crear la fe en las almas mediante nuestra enseñanza y mediante esta creación las liberamos de la

ignorancia y del pecado, las iluminamos y las abrasamos con el amor de Dios. Y si recordáis lo que os he dicho de la enseñanza cristiana, que era una impresión de la Santísima Trinidad en las almas, comprenderéis que podemos incluso producir en nosotros la imitación de la Santísima Trinidad. *Dixit et facta sunt*. La enseñanza es una creación, se da un nuevo nacimiento a los hombres al sumergirlos en los tesoros de la verdad eterna y así el profesor cristiano es el imitador del Padre. *Dixit et facta sunt*.

La enseñanza es una redención ya que libera a las almas del yugo del pecado y de la ignorancia, y así imitáis al Hijo. *Dixit et facta sunt*. Vuestra enseñanza ilumina a las almas, las inflama y las abrasa con el amor y así imitáis al Espíritu Santo. Así pues sois los imitadores y los instrumentos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡He ahí lo que podéis imitar en vosotros y producir en las almas: lo que hay de más admirable, de más hermoso, de más glorioso en el mundo: la adorable Trinidad! Mirad, pues, si no tenéis ningún reproche que haceros sobre el modo como habéis tratado hasta ahora de imprimir la imagen de la Santísima Trinidad en vuestra alma y en la de los alumnos, y si podéis esperar ser un día recompensados por esta Trinidad de la que habréis extendido el reino aquí abajo. Así sea.

VII. Oración del Maestro

1º Poder de la oración Os voy a mostrar hoy a Jesucristo como modelo del maestro que reza, y permitidme ante todo deciros que me reprocho muy a menudo el no haber empujado bastante a los maestros a rezar. Cuando pienso en la influencia que ha prometido Nuestro Señor Jesucristo mismo a la oración: *Petite et accipietis, quaerite et invenietis, pulsate et aperietur vobis* [Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, lla-

mad y se os abrirá] [Lucas 11, 9], cuando considero esta influencia y veo por otra parte los escasos resultados que obtenemos, me veo abocado a concluir que no somos hombres de oración. En efecto, si pudiéramos constantemente la salvación de las almas de quienes nos están confiados, la recibiríamos: *petite et accipietis*; si buscásemos sin cesar los medios de hacerles el bien, los encontraríamos: *quaerite et invenietis*; y cuando llamásemos a la puerta de las almas, la oración sería la llave que nos las abriría: *pulsate et aperietur vobis*. He ahí una verdad incontestable para quien tiene fe en el misterio de la gracia.

En las revoluciones de las que está rodeada la Santa Sede en este momento, ¿de dónde le viene a la Iglesia su mayor fuerza, sino de las oraciones que hacen sin cesar los fieles por su padre perseguido? Estad incluso persuadidos de que, como en tiempos de San Pedro, si toda la Iglesia se pusiera a rezar con ardor, el sucesor de San Pedro sería aun más rápidamente liberado. Mirad, yo no soy profeta ni hijo de profeta, y no quiero afirmar que el concilio ecuménico prometido por el Papa podrá celebrarse pronto. Pero la convocatoria de este concilio debía fijarse para el día 8 de diciembre; pues bien, gracias a las oraciones de la Iglesia ha habido en Francia, el día 5 de este mismo mes de diciembre, un voto del cual el Papa habrá podido enterarse por telégrafo, de manera que ha sido posible fijar la convocatoria del concilio para el 8 de diciembre; no puedo asegurar sin embargo que haya sido así. Pero, ¿se podía esperar, os pregunto, el día uno de diciembre, tras el discurso del Arzobispo de París, que los asuntos de Roma se fueran a terminar tan felizmente? Algunos de entre vosotros pueden recordar, aunque no los más jóvenes, cuán eficaces fueron las oraciones de los fieles contra el revolucionario español Espartero. Ya sé que los racionalistas dirán: *post hoc, ergo propter hoc* [después de esto, luego por esto]. Pero nosotros diremos: las oraciones se hicieron con ese fin, ahora bien el fin se consiguió, por lo tanto...

2º Ejemplo de Moisés Pero para haceros ver aún más la importancia de la oración, tomaré a Moisés, ese personaje del Antiguo Testamento por quien tengo una devoción muy particular. Moisés había hecho salir a los hebreos de Egipto y los había guiado a través del desierto al pie del monte Sinaí. Vosotros habéis hecho lo mismo con los niños: los conducís al pie de vuestra cátedra tras habérselos arrancado a sus familias que son muy a menudo una especie de Egipto para ellos. Moisés llega a la cima de la montaña y mientras tanto los alumnos, es decir los hebreos, para emplear una palabra coloquial, se dedican al “carnaval”. Moisés descende furioso, rompe las tablas, pero eso no le sirve de nada y vuelve a subir para rogar de nuevo al Señor. El Señor le dice entonces: “Déjame hacer, *Dimitte me*, y te voy a poner al frente de otro pueblo. —De ninguna manera, responde Moisés, yo quiero a éstos; son unos bribones no hay duda, pero precisamente por eso es que los quiero”. Muy a menudo, señores, tenemos que educar a algunos pequeños malvados, a pilluelos como los de Moisés. Sería sin duda más fácil y más corto sacárselos de la casa; ¿pero es ésta la mejor solución porque es la más ventajosa para nuestra pereza? ¿Hemos implorado antes con fervor la salvación de estas almas? ¿No nos hemos servido demasiado a menudo de nuestra única autoridad? Sin duda es bueno servirse de la autoridad y hacerla respetar; pero, ¿acaso no es evidente, siguiendo el ejemplo de Moisés, que es mejor a veces sustituir la brutalidad que castiga por la dulzura paciente y firme de la que Jesucristo nos ofrece el modelo más perfecto? Bien sé que a veces la gracia viene a chocar con ciertas dificultades imprevistas, tales como ciertas manías de profesor, una manera equivocada de enseñar, la mala voluntad de los alumnos, etc.

3º Ejemplo de Isaías Permitidme aún citaros aquí el ejemplo de otro personaje del Antiguo Testamento, Isaías. Tuvo una visión, veía a Dios sobre un trono, *super elevatum et excelsum solium* [en un trono excelso y elevado] [Isaías 6, 1]; vio ángeles que tenían seis alas, dos de las cuales servían para cubrirse la cara; dos para cubrir los pies del Señor y las otras dos para volar. Y cantaban: *sanctus, sanctus*. ¿Y qué decía Isaías? Isaías, totalmente asustado por esta visión, decía: *Vae mihi, quia vir pollutus labiis ego sum*: ¡Ay de mí, que soy un hombre de labios impuros!, *et Regem Dominum exercituum vidi oculis meis* [y al Rey y Señor de los ejércitos han visto mis ojos] [Isaías 6, 5]. Examinémonos bien a nosotros mismos, Señores, y veamos si no tenemos que dirigirnos el mismo reproche que Isaías se hacía a sí mismo. Purifiquemos nuestros labios en la oración y entonces un serafín se acercará a nosotros, con un tizón ardiendo en la mano y nos dirá como a Isaías: *Ecce tetigit hoc labia tua* [He aquí que esto ha tocado tus labios] [Isaías 6, 7].

4º Las jerarquías celestiales Ya que os he hablado de los ángeles que esparcen sin cesar oraciones ante el trono del Eterno, permitidme deciros que tenéis una misión semejante; y esto basado en la enseñanza de Santo Tomás, de San Gregorio Magno y de San Dionisio Areopagita. Santo Tomás, que no admite más que ángeles de especie diferente, es decir que para él cada ángel tiene su especie, de modo que las diferentes especies de ángeles se multipliquen al infinito, aunque se alineen en diferentes coros, en jerarquías; Santo Tomás, digo, considera a los maestros cristianos como cumpliendo la función de los ángeles ante los niños, son como ángeles terrestres. Esta enseñanza la había tomado de San Gregorio Magno, quien a su vez la había tomado de San Dionisio Areopagita. Ved que estamos muy cerca de los Apóstoles, ya que San Dio-

nisio había recibido la enseñanza de San Pablo. Se trata en efecto de algo importante; pues, así como los ángeles de una jerarquía superior que reciben la luz de Dios la transmiten a los ángeles inferiores, así también vosotros mediante la oración debéis ir a beber en el seno de Dios los tesoros de iluminación que repartiréis luego en el corazón y en el alma de los alumnos.

También enseñan los Padres que el hombre, aunque por naturaleza es algo inferior a los ángeles, *minuisti eum paulo minus ab angelis* [a penas inferior a un dios le hiciste] [Salmo 8, 6], puede sin embargo llegar hasta una jerarquía superior; ya que mediante su gracia está por encima de los ángeles, a ejemplo de la Santísima Virgen y de Jesucristo. Así pues, podéis sacar directamente del seno de Dios las verdades que debéis transmitir a los niños y para eso no tenéis más que rezar. Ahí está el secreto de vuestra santidad: sed hombres de oración.

Todavía no he llegado al tema de Jesucristo, modelo del maestro que reza; pero estamos sobre la hora y no quiero iniciar este tema que podrá ser objeto de varias instrucciones. Os invito, para terminar, a examinar si habéis rezado siempre suficientemente a fin de dar una enseñanza eficaz y, por otra parte, si habéis trabajado lo suficiente para curaros de esas manías, de esos defectos, de esas mil sinrazones que hacen que, aun siendo hombres de oración, no hacéis a los alumnos todo el bien que podríais procurarles. Os hablaré, pues, la próxima vez de Jesucristo como modelo del hombre que reza; os lo mostraré guiando una escuela de doce imbéciles que le plantean las preguntas más descabelladas; lo que debe mostrarnos que no hay que desesperar cuando en nuestra clase tenemos algunos alumnos un tanto “zopencos”, incluso un tanto brutos, con la condición de que coloquemos toda nuestra confianza en la ayuda de Dios, en la oración, y que cumplamos respecto de los niños el papel de los arcángeles con respecto a los ángeles inferiores. Así sea.

VIII. Utilidad de la oración

A ejemplo de Cristo: Os había hablado la vez pasada de Jesucristo modelo del maestro que reza; os lo había mostrado formando a doce alumnos, los doce Apóstoles, a quienes me había permitido llamarlos con el término un tanto escandaloso de “imbéciles” y que ha asombrado a algunas personas. No retiro la expresión, que está avalada por un montón de pasajes de las Escrituras, en que se ve a los Apóstoles dirigir a Nuestro Señor las preguntas más extrañas. Pero lo que me había propuesto mostraros sobre todo era a Jesucristo modelo del maestro que reza y esa charla es la que quiero continuar hoy. Vemos en la Escritura que Jesucristo antes de elegir a los Apóstoles no cesaba de rezar: *erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche entera orando a Dios [Lucas 6, 12]. No os pido que hagáis lo mismo, porque si pasáis la noche rezando, podríais tener mucho sueño al día siguiente y os dormiríais en clase; eso sería irregular.

a) soportar a los alumnos Pero, ¿por qué Jesucristo repetía a su Padre esta oración incesante? Me diréis que era porque iba a elegir a sus Apóstoles. Sin duda; pero además preveía lo que tendría que sufrir por parte de los judíos que iban a crucificarlo y también de aquellos mismos Apóstoles que iban a mostrar tanta debilidad y tanta cobardía. En cuanto a lo de elegir, no podemos imitar a Jesucristo; Jesucristo era libre para elegir a sus Apóstoles, nosotros no somos libres de elegir a nuestros alumnos, nos son impuestos en cierto modo por la voluntad de sus padres; y es así, os lo concedo, excepto en los casos en que nos place despedir a algunos alumnos y a ciertos padres. Pero es bueno rezar cuando se quiere cumplir dignamente con la función de maestro cristiano, porque tendremos de par-

te de los alumnos muchas aficciones, muchos disgustos o al menos muchas incomodidades que sufrir. Entonces es cuando el maestro cristiano debe refugiarse en la oración al pie de la cruz de nuestro divino Salvador. Desde lo alto de su cátedra, es decir, como lo enseñan todos los santos Padres y todos los santos Doctores, desde lo alto de su cruz, Jesucristo nos enseña la paciencia, la dulzura, el perdón de las ofensas. Los niños son a veces un tanto malvados; son, si queréis, pequeños verdugos, pero que, menos aún que los verdugos de Nuestro Señor, *no saben lo que hacen*, y la mayoría de las veces, por desgracia, no lo saben porque no nos hemos tomado el trabajo de enseñárselo. Hay, pues, que rezar para que Dios cambie las disposiciones de sus corazones y para que nos enseñe a nosotros mismos lo que debemos enseñarles. Y aquí, permitidme que me aflija no ya de la estupidez de los Apóstoles, sino de nuestra propia estupidez, que damos la impresión de no comprender el poder de esta arma que tenemos entre manos: la oración y la cruz de Nuestro Señor. Que el vigilante o el profesor en su cátedra se imaginen sin cesar que están en el lugar de Jesucristo en la cruz, que sean hombres de oración y verán que se puede llegar, mediante este medio tan eficaz y tan fácil, a resultados mucho más grandes que los que han conseguido hasta ahora usando su sola autoridad.

**b) la efusión del
Espíritu Santo**

Pero la oración no es sólo útil para darnos la fuerza de soportar las pequeñas miserias que nos llegan de parte de los alumnos; es además un medio, si puedo hablar así, de la efusión del Espíritu Santo en sus almas. Decimos al comenzar cada clase y cada estudio: *Veni sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium et tui amoris in eis ignem accende* [Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor]. Paso rápidamente sobre estas palabras

que exigirían un comentario largo y vengo a éstas: *Emitte* o *emittes* (se pueden decir las dos) *spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae*: envía o enviarás tu Espíritu y se hará una nueva creación. ¿Cuál es esta creación, Señores? No se trata evidentemente de la creación del mundo, sino de una nueva creación de las almas. ¿Cómo no voy a lamentarme viendo que comprendemos tan poco nuestro poder? ¡Cómo! ¿Nos está permitido en cierto modo entrar en la participación de este don divino y esencialmente incomunicable de la creación? ¡Y no sabemos aprovecharlo! Permittedme citaros aquí aquellas palabras admirables de Tertuliano: *Quod limus exprimebatur, Christus cogitabatur, homo futurus* [Lo que en el barro se expresaba, de Cristo se pensaba, el hombre futuro]. Los gramáticos pensarán quizá que habría más bien que decir *limo* que *limus*, pero cito a Tertuliano como está. Sea lo que sea, tenemos en cierto modo la misión de moldear, de crear de nuevo las almas de los niños, sirviéndonos de aquel barro divino que es Jesucristo. Y para eso hay que rezar; hay que rezar si queremos renovar las almas: *et renovabis faciem terrae*. Lo repito, pues: lo que me aflige es ver que la mayor parte de las veces sólo vemos en nuestra enseñanza unos textos que explicar, problemas que resolver, hechos históricos que presentar más o menos hábilmente y que no sabemos, a través de esta vulgar envoltura, hacer penetrar en las almas algún pensamiento de fe y de amor a Dios.

Es necesario, pues, rezar; rezar para conseguir la paciencia, la resignación en las dificultades que podamos tener que aguantar por parte de los niños; hay que rezar para obtener ser instrumentos del Espíritu Santo, para que nos ayude a abrasar a las almas; hay que rezar finalmente para lograr hacer de nuestros niños unos santos y llegar a serlo también nosotros. Así sea.

IX. Vigilancia de los maestros por parte de sus alumnos

Hubiera deseado poder continuar con vosotros el tema que había elegido, pero una corta ausencia y el hecho de que tengo que dar unas instrucciones a los alumnos durante la Cuaresma, me fuerzan a interrumpir y a clausurar la serie de mis consideraciones sobre la educación. En esta última instrucción, voy a considerar al maestro vigilado por sus alumnos y el bien que el maestro puede hacer a los alumnos por medio de esta vigilancia que ejercen sobre él.

Razones de esta vigilancia

Y para empezar ¿de dónde viene esta vigilancia? Tres causas me vienen a la mente: 1º El don de la observación tan natural en la infancia. El niño quiere observarlo todo, espía nuestras menores acciones, nuestras menores palabras, nuestros menores pasos. Nada se le escapa, capta el más mínimo fallo, el ridículo más imperceptible. 2º La segunda causa de la vigilancia ejercida por el alumno sobre el maestro cristiano consiste en que, para alumnos como los nuestros casi constantemente encerrados, no hay otra ocupación más que ésa. Juzgar a su maestro es una forma de pasar el tiempo. 3º Finalmente la tercera causa es que los alumnos quieren desquitarse de la vigilancia que nosotros ejercemos sobre ellos; en cierto modo se trata de pagar con la misma moneda. ¡Tú me observas, se dicen, pues bien, yo también voy a observar y no dejar pasar nada!

Beneficios que se pueden obtener

Comprenderéis por lo tanto la ventaja, el bien inmenso que el maestro cristiano puede conseguir de esta vigilancia a la que le someten los niños. Le obliga, en primer lugar, a vigilarse un poco más a sí mismo para hacer desaparecer los defectos, voluntarios o no, que pudieran chocar a los alumnos. A veces, aunque

reconociendo que se prestan a la crítica, los maestros se ponen a decir: “Sí, pero si los alumnos fueran mejores”. ¡Ah, Señores!, tratemos de curarnos primero a nosotros mismos, de ser mejores nosotros mismos y así haremos mejores a los alumnos. Ya sé que los alumnos, si fueran razonables, deberían más a menudo cerrar los ojos sobre los defectos de su maestro y cubrir con el manto de Sem y de Jafet [Génesis 9, 23] la desnudez de Noé, su profesor; también sé que se dijo: Honrarás padre y madre, y que representamos ante los alumnos la santa autoridad de los padres. Pero lo que igualmente sé es que los maestros muy a menudo no hacen suficientes esfuerzos para conseguir la estima de sus alumnos.

Y por eso, en el momento en que los alumnos espían al maestro para sorprenderlo, en el momento en que se dicen: “¡Ah, lo sabemos, ahora va a hacer tal cosa, se va a dejar llevar por esa pequeña miseria!”; en ese momento, digo, es cuando el maestro cristiano que se observa a sí mismo debería aprovechar para dar una lección, un buen ejemplo, a quienes está encargado de formar. Pero muy a menudo, por falta de mortificación, por rutina o por pereza, nos dejamos arrastrar por nuestras malas costumbres. Sin embargo, a los alumnos, podéis creerlo, pese a su disposición hostil hacia los maestros; –porque, tal como lo ha dicho La Fontaine:

Nuestro enemigo es nuestro Maestro:

Os lo digo en buen francés–,

a los alumnos, digo, no les desagradaría encontrar en nosotros las cualidades opuestas a nuestros defectos. Porque nuestra alma, corrompida sin embargo por el pecado original, es por una parte naturalmente buena, aunque no puede serlo completamente sino en las personas llegadas a un cierto grado de perfección, y nos gusta encontrar siempre el bien en los demás.

Estad, pues, bien convencidos, Señores, de que si no sacamos ningún fruto para los alumnos de esta vigilan-

cia a la que nos someten, lo más a menudo proviene del hecho de que no hacemos bastantes esfuerzos sobre nosotros mismos. ¿Cómo, por ejemplo, un maestro que no tiene buenos modales podrá dárselos a sus alumnos? Así también, y esto lo puedo decir porque no hay secreto alguno en ello, ¿de dónde viene el hecho de que tengamos tanta dificultad en formar a estas buenas Oblatas¹⁾ que, sin embargo, no están faltas de inteligencia, que no tienen en cuenta sus vidas y que se acostumbran tan fácilmente a las fatigas del cuerpo y a la vida ruda y penitente? ¿De dónde viene por lo tanto que en muchas ocasiones dan prueba de falta de inteligencia y de una cierta rudeza? Eso procede sencillamente de que en sus montañas no tenían ningún modelo al que pudieran conformarse. La mayoría de ellas no tenían a la vista más que a un padre campesino burdo, más inclinado a las imprecaciones y a las palabrotas que a las maneras educadas y a las palabras agradables. En cuanto a sus madres, no habiendo recibido educación alguna, tampoco podían transmitírsela a sus hijas: *Nemo dat quod non habet* [Nadie da lo que no tiene]. He ahí por qué, aun cuando están dotadas de una cierta inteligencia y de una gran dosis de buena voluntad, estas buenas muchachas carecen de muchas cosas. Es que no tuvieron, repito, ningún modelo al que pudieran modelarse.

Pasará lo mismo con los alumnos: serán lo que hagáis de ellos mediante vuestros ejemplos y vuestra conducta. Cada vez que os observen, podréis sorprenderlos agradablemente (y aquí empleo la palabra en su sentido cristiano del que os hablaba hace poco); podréis actuar sobre ellos tanto más y hacerles mucho bien cuanto que es el momento en que menos se lo esperan. Podréis inspirarles

¹⁾ Algunas de las primeras Oblatas se habían encargado, al inicio del año escolar, de algunos servicios en el colegio con mucha entrega y alguna inexperiencia.

el sentimiento de piedad, y tomo aquí esta palabra en el sentido más elevado, es decir, el de las relaciones íntimas con Dios. Pero que esta piedad sea sincera, porque los alumnos saben muy bien distinguir entre la piedad sincera y la piedad estrecha, la piedad afectada, y no hablo de la piedad hipócrita, —porque me atrevo a esperar que ninguno de nosotros tiene este tipo de piedad—, sino de aquella que se echa a perder a causa de ciertas brutalidades o de ciertos amaneramientos que los alumnos no pueden soportar. Finalmente, podréis inculcar a los alumnos las ideas de abnegación y de sacrificio, ciertamente no mediante largos discursos, sino por la manera como deis vuestra clase, por el modo como les vigiléis en el estudio y finalmente mediante todos los medios que están a vuestro alcance para actuar sobre el alma de quienes os están confiados. Pero para ello hay que imitar el modelo que os he propuesto tan a menudo e inspirarse en los sentimientos de Jesucristo y sacar de su vida aquellas ideas de sacrificio y de amor a las almas, cuya práctica puede sólo ella hacer perfecto al maestro cristiano. Así sea.

4. Consignas prácticas

Los consejos prácticos que siguen no han perdido con el tiempo nada de su actualidad. Los Superiores de casas de educación, enfrentados a las mismas dificultades, encontrarán aquí felices sugerencias para su celo por mantener el fervor y la conciencia profesional de los maestros cuya responsabilidad tienen.

Diversiones

29 de enero del 1849

La cercanía del Carnaval ofrece al Sr. Director la ocasión para hablar de las diversiones a las que pueden entregarse los hombres que deben dar ejemplo de espíritu cristiano. Hay que divertirse de modo útil y para lograrlo hay que hacerlo con el fin de reposarse y de formarse el espíritu. En efecto, un miembro de la Orden Tercera, para protestar en el mundo contra el espíritu del mundo, necesita hacerse considerar como hombre de espíritu y de buenas maneras; para eso se requiere tacto y humildad, porque el hombre orgulloso no tiene el espíritu del que habla el divino Maestro. También hay que saber usar convenientemente el propio espíritu y ponerlo al alcance de todos. Es necesario en fin hablar y dar buen ejemplo, no tanto con la intención de hacerse admirar sino para divertir a los demás. Lo que Jesucristo tolera para ser bueno, es la búsqueda de un pensamiento cristiano en medio de las diversiones. Finalmente hay que divertirse con una cierta cortesía unida al espíritu de caridad que puede cultivar entre las personas de la Orden Tercera relaciones más estrechas.

La diversión puede también considerarse como un deber, porque podemos por este medio operar un mayor

bien en los niños eligiendo el tipo de juegos que mejor convenga a su edad, conscientes del poder que podemos ejercer sobre ellos divirtiéndolos. Deberemos, pues, plantearnos las preguntas siguientes y meditarlas con seriedad: 1° ¿Cómo me divierto? 2° ¿Qué bien he intentado hacerme a mí mismo y a los demás al divertirme? 3° En los juegos, ¿en qué he tratado de no lucirme? 4° ¿Cómo he buscado mejorarme y mejorar a los demás? 5° ¿Cómo debo mezclarme con los demás?

Castigos

11 de febrero de 1850

El Sr. Director nos anima a examinar seriamente el modo como castigamos a nuestros alumnos, ya que el abuso de los castigos desarrolla en los niños la inclinación al mal. Hay que guardarse de castigar con cólera o con ironía, si se quiere que los alumnos reciban el castigo con resignación y humildad. Debemos comprender más que nunca la obligación que tenemos de cumplir convenientemente nuestro cargo de maestro de la Asunción y hacernos respetables por nuestra conducta y por la entrega de la que daremos prueba. Los niños tienen un instinto admirable para captar la diferencia que existe entre la entrega real y lo que podríamos llamar una entrega de pacotilla. Nuestro único motivo de entrega debe ser Jesucristo, por amor a él debemos hacerlo todo.

Sentimiento de paternidad cristiana

27 de mayo de 1850

El Sr. Director examina de qué manera y en qué proporción debemos mezclarnos con los niños. La regla más

sencilla a seguir es la de obedecer en esto a un sentimiento de paternidad cristiana. Hay en este pensamiento una sencillez que nos da ante todo más facilidad y libertad en nuestras relaciones con los alumnos. Uno de los principales rasgos de la ternura paterna es ser universal, de extenderse a todos los hijos, porque todos deben creer que poseen en el mismo grado el afecto de su padre. También nuestros alumnos deben persuadirse de que les queremos de la misma manera y que, si algo nos desagradaba en ellos, son sus defectos y no su persona. Hay, pues, que evitar lo que pueda parecer exclusivo. Si el afecto procede del sentimiento paterno, la autoridad también puede encontrar aquí su fuente y, en su amor por el hijo, el padre debe imprimirle un sentimiento de respeto que es el nervio de la autoridad. La autoridad fuerte y enérgica no necesita castigos, que a menudo no son más que auxiliares de la debilidad; y así como la madre dirige al niño mediante la ternura y la persuasión, el padre debe hacerlo mediante la autoridad. En nuestras relaciones con los niños actuemos en nombre de Dios; duplicaremos así nuestras fuerzas y nos pondremos al abrigo del capricho.

Deberemos examinarnos, pues, si hemos actuado con nuestros alumnos mediante el afecto y la autoridad, si hemos experimentado hacia ellos un sentimiento de paternidad cristiana. Si extendemos este afecto a los alumnos que no nos pertenecen, pensemos que, ya que tendremos en nuestras relaciones con ellos mayor dulzura, debemos no dejar que nuestro corazón se prenda.

Preparación de las vacaciones

21 de julio de 1851

El Sr. d'Alzon invita a los Terciarios a ocuparse de las vacaciones, es decir, a dar a los alumnos, durante estas tres últimas semanas, consejos personales, individuales,

que sean como la aplicación y el complemento de las indicaciones generales que les son impartidas, sobre este tema, en las instrucciones de la capilla. Estos consejos íntimos y particulares deberán versar sobre cuatro puntos principales: 1° el trabajo de los niños durante las vacaciones; 2° sus recreaciones; 3° sus relaciones; 4° sus lecturas.

1° En cuanto al *trabajo*, hay que persuadirles de dedicarle algunas horas cada día, no demasiado tiempo, dos o tres horas como mucho. Debemos, pues, estudiar las aptitudes de nuestros alumnos o al menos de algunos de entre ellos, de aquellos que creamos que tienen más necesidad de esta dirección y que juzguemos mejor dispuestos a recibirla. Con el conocimiento así adquirido o que ya poseemos de tales disposiciones, de sus gustos, de sus necesidades, nuestros consejos podrán servir al niño y ayudarnos a iluminarle sobre su vocación. ¡Qué de ejemplos podríamos citar de hombres que, después de haber sido malos alumnos en el colegio, han llegado a ser más tarde distinguidos en tal o cual especialidad, porque una palabra, una circunstancia fortuita, una nadería, les había revelado un día su auténtica capacidad! Estemos convencidos de esto; este trabajo libre, así llevado a cabo por nuestros alumnos, con los consejos y bajo la dirección del profesor ausente, estas vacaciones bien empleadas, podrán tener, entre otros resultados útiles, el de hacerles ver a los alumnos de qué son capaces.

2° Respecto de *las lecturas* que se les indique, unas deberán ser serias, otras divertidas. Tendrán como meta (y como efecto si están bien elegidas) apartar a los niños de los libros peligrosos. Habría que hacerles por adelantado una elección de buenos libros a su alcance. No se pueden excluir en absoluto algunas novelas como las de W. Scott o de F. Cooper. Queda todavía elegir entre ellas.

3° Se puede también, hasta cierto punto, utilizar sus *recreaciones*, orientándoles por adelantado en la elección de los juegos a los que piensan entregarse, de los proyectos de diversión de los que tal vez nos informan: todo esto pertenece a la vida íntima y requiere consejos personales, individuales.

4° *Sus relaciones*, sobre todo aquellas con niños de su edad, educados en otros establecimientos, constituyen un punto muy importante. No hay que dejar de invitarles a huir de las malas relaciones y enseñarles en qué signos reconocerán a un camarada cuya compañía puede serles perjudicial. Los maestros de la Asunción podrían hacer un gran bien ocupándose de preparar buenas vacaciones para aquellos alumnos nuestros de los que se interesan más especialmente. Podrían también invitar a los niños a escribirles durante estas mismas vacaciones. Sin duda que los niños que escriben a uno de sus maestros están inclinados a mostrarse mejores de lo que son; pero son todavía demasiado ingenuos para no revelarse, al menos en parte, a un ojo un tanto experto. Una correspondencia un poco larga, un poco seguida, sería, entre un maestro y un alumno, puede hacerle a éste mucho bien e iluminar a aquél sobre los puntos en los que debe basar su acción. Incluso hablándole solamente de estudios, se puede moralizar, educar al niño, darle una excelente orientación a su carácter y a sus ideas.

Los maestros Terciarios deben, pues, darse cuenta al final de este año, del modo como deben intentar levantar la moral de sus alumnos. Estos niños se dejan abatir por los calores del verano y su alma comparte la languidez de su cuerpo. Los profesores deben hacer un esfuerzo sobre sí mismos para reaccionar luego más eficazmente sobre sus alumnos y conseguir de ellos comportamientos, sobre todo comportamientos morales. Esta necesidad de levantan-

tar el nivel ha producido en estos últimos días algunas expulsiones. Démonos cuenta también de la parte que hayamos podido tener, hasta cierto punto, en tan lamentable resultado. ¿Hemos hecho todo lo que estábamos obligados a hacer para impedirlo? Tomemos, pues, desde hoy, la resolución de tener influencia sobre las almas de los niños para prepararles a hacer de sus vacaciones y de su libertad un uso tal que puedan, en su día, sin peligro para su alma, disfrutar de completa libertad.

Conversaciones con los alumnos

4 de noviembre de 1851

El Director llama la atención de los Terciarios sobre las conversaciones con los alumnos, qué influencia pueden tener y qué bien podemos hacer por este medio. Este año propongámonos actuar sobre los alumnos mediante nuestras conversaciones. Hacedlo tanto más en los patios cuanto menos se hace en las clases. No nos engañemos: ha habido el año pasado, en este aspecto, influencias funestas ejercidas sobre varios niños; se trata de reparar el daño causado. Que sea ésta la preocupación de los Terciarios.

Para actuar con fruto, una regla indispensable es el espíritu de unidad. Cada uno tiene sin duda la libertad de actuar según su carácter; pero tened como un deber de conciencia el no colocarse al margen de la dirección general. El año pasado, una vez más, la unidad ha sido destruida varias veces; es de desear que esos hechos no se repitan.

Para mantenerse en el espíritu cristiano, hay que convencerse de que la fe, una piedad seria y la estima misma de la piedad son necesarias. ¿Qué influencia, en efecto, podrá ejercer alguien cuya boca no habla de la abundancia del corazón y que no encuentra en sí mismo

sino tibieza y frialdad? Es necesario, pues, que todo en el Terciario exprese una profunda estima por la piedad, que se le vea observante de la regla en los ejercicios, que esté en la capilla en ciertos momentos, que tenga la valentía de hablar de Dios, de orientar las conversaciones hacia Dios, de reprobear severamente las murmuraciones, de saber presentar a quienes murmuran el punto de vista verdadero de las cosas.

Se necesita sobre todo respetar a la autoridad respetándola uno mismo; puede ésta, es cierto, no tener razón a veces, pero no hay que decirlo. No nos damos cuenta lo bastante del mal que pueden hacer esas desautorizaciones indirectas, esas críticas, esas murmuraciones, en una palabra, esas nimiedades en apariencia de las que no calculamos suficientemente la mala influencia. Es natural hacer oposición: por desgracia, no sólo está en nuestras costumbres constitucionales, también hay como una necesidad de nuestra vanidad y de nuestro orgullo. Tengamos, pues, una fe más valiente, sepamos finalmente colocarnos por encima de nosotros mismos, y no nos rebajemos a todas estas pequeñeces. Hay que fortificar la autoridad en todo y en todas partes, y si se dan abusos (¿dónde no se deslizan algunos?) no hay que quejarse públicamente, sino señalarlas por deber a la autoridad. Lo cual es muy distinto de publicarlas o de criticarlas.

Recordemos que en los recreos se puede hacer mucho bien y también mucho mal. Distingamos dos posturas: ¿buscamos a los niños para divertirnos con ellos o para divertirnos a su costa? Es muy bueno divertirse con ellos, ¿con qué espíritu vamos a ellos para divertirlos? ¿Pensamos en hacerles el bien y queremos hacer que los recreos sirvan para la gloria de Dios? Tales son las preguntas que debemos plantearnos seriamente; merece la pena profundizar en ellas. ¡Cuán compenetrados deberíamos estar del respeto a las almas! ¡Con qué delicadeza, con qué cuidado, qué tierna solicitud deberíamos estimular para el

bien de estos jóvenes muchachos! Sepamos que tenemos en la casa en estos momentos un cierto número de niños sobre los que actúa la gracia. Aspiran a Dios, su alma se prenda del amor de Dios, se vuelve hacia la piedad, hacia el mundo sobrenatural. Detenerlos en este impulso sería muy culpable; pero no hacer florecer estos gérmenes de fe, si pudiéramos hacerlo, ¡sería una falta todavía más grande ante Dios!

Formemos un buen núcleo de estos jóvenes cristianos, generosos, ardorosos para el bien, llenos de fe; y tengamos la convicción de que habremos asentado sobre fundamento sólido el edificio de nuestra educación, y que venceremos con ellos el mal que pueda subsistir todavía, que reaparecerá siempre, pero que ya no podrá causar devastaciones irreparables. Nuestro celo, nuestra acción, ¿acaso no serán secundados por todo el celo, por toda la acción de estos jóvenes hermanos?

La distinción

3 de abril de 1854

El Padre insiste sobre la ordinariez y sobre la necesidad de salir de ella.

I. En el mismo esfuerzo que se hace para salir de ella, ya se da un acto que eleva precisamente porque mortifica. Hay que cortar con sus pequeñeces, y eso cuesta. Pero comenzar esta separación, es ya comenzar a crecerse. Hay que aplicarse entonces a cultivar en sí mismo una actitud distinguida. El alma de un cristiano siempre tiene su distinción. ¡Pero cuántos la entierran o la pierden poco a poco, por no saber o no querer desarrollar este germen precioso!

Pero, digámonos que llegar a la distinción en los pensamientos y en los sentimientos no es fácil. Sí y no. Existen medios muy sencillos y muy prácticos que podemos poner en práctica para facilitar el trabajo. Así, tomemos a grandes trazos la vida de un maestro: ¡Cuántas ocasiones para elevarse y que parecen nacer por sí mismas! Partamos ante todo del principio que debemos alimentar nuestro espíritu con estudios distinguidos, como conviene a personas que tienen una cierta cultura del espíritu; imponerse la obligación de llegar a la altura a la que podemos alcanzar, como conviene efectivamente a maestros que aspiran a elevar el nivel de las inteligencias jóvenes. Ahora bien, ¿en este capítulo, dónde estamos? En nuestras clases, en nuestras lecciones particulares, con nuestros alumnos, en nuestra familia (si estamos casados), ¿cuál es el orden habitual de nuestras ideas, de nuestros discursos? ¿No domina la banalidad? Bastaría interrogarnos sobre los temas diarios de nuestras conversaciones si tuviéramos al respecto necesidad de información precisa. Los chismes, por ejemplo, pueden resultar ciertamente un recurso para los espíritus vulgares, pero son con toda certeza un signo de decadencia para los espíritus distinguidos. Ahora bien, ¿qué es un maestro que, por su estado, está ocupado en estudios serios o que debería estarlo? y ¿qué es un maestro que vive de chismes?

II. Una palabra bien comprendida puede rápidamente ponernos en pie. *Dominus possedit me* [El Señor me creó] [Proverbios 8, 22]. Penetremos en el sentido de esta palabra y veremos muy bien que es necesario, que es posible ir a Dios por uno u otro extremo. Hay ahí una llamada al orden en todos los instantes. Bajemos a las ocasiones menos esperadas. Estamos en el comedor: ¿por qué no elevaríamos nuestro pensamiento a Dios? ¿Por qué no escuchar atentamente la lectura que se hace? Un simple versículo de la *Imitación de Cristo* bastaría para elevar-

nos. Padres de familia, yendo desde la Asunción a vuestra casa, en el camino, ¿por qué no decirle a nuestro hijo una palabra piadosa? En la mesa, ¿no encontraríamos nada que eleve nuestro mundo y a nosotros mismos, un hecho que contar, una palabra que comentar, una obra que aconsejar? La verdad es que si no lo hacemos es porque no queremos. Lo encontramos aburrido. Y así dejamos a estos jóvenes corazones, a estas jóvenes inteligencias morar en las ideas comunes. Es que, para tomar las cosas desde la altura hay que ejercitarse en ello. De nuestras lecturas ¿qué nos queda? ¿Cómo las asimilamos? ¿Nos nutren? ¿Vivimos con una idea que nos ha llamado la atención, con un modelo que se nos presentó a los ojos? El alma se forja como el hierro. Hay que golpear y volver a golpear. Se trata de un metal noble que debe tomar una forma determinada. No la tomará sin nosotros, y Dios, por su parte, no quiere trabajar solo para hacerlo. Nosotros, ¿cómo nos forjamos? ¿Tal vez nos cuesta trabajo si nos consideramos por el lado de la inteligencia? Tomémonos por el corazón. ¡Oh, qué aspecto más rico!, pero también aquí ¡cuántas pobreza! La delicadeza, la bondad afectuosa, las atenciones, la caridad, que sustituyen a las impertinencias, a las rudezas, a los egocentrismos, a la personalidad agria, viva, susceptible, al espíritu burión, y sobre todo a las grandes miserias de las antipatías. ¡Qué bien y qué bueno sería, y de buen tono y de buen gusto, dejar de lado todo eso!

¡Las conversaciones! ¿Por qué no codearnos con ciertas inteligencias más distinguidas? ¿Por qué mantenemos en un cierto mundo que no piensa, que no lee? ¿Por qué no tratar de elevar las conversaciones en las que nos encontramos envueltos? Por qué... siempre es la misma pregunta y la buena voluntad que siempre falla. Regateamos para hacer un esfuerzo, para comprometernos. Preferimos conversar de a dos, ¿por qué no entre tres?; ¿por qué no sólo con éste, sino también con éstos y con aquéllos. Les haríamos sin embargo mucho bien. Saldríamos finalmente

de nosotros mismos, sería caridad; o bien nos sacarían de nosotros mismos, y eso sería muy provechoso.

III. Aquí viene el ramillete espiritual; en lugar de las rosas, las espinas. Mirándose a sí mismo de cerca, imponiéndose un esfuerzo para retirarse del tren de vida ordinario, uno llega pronto a verse así mismo tal como uno es. Ahora bien, resulta muy humillante y muy mortificante confesarse a sí mismo que no se es alguien distinguido, que no se tiene mucho espacio ni gran amplitud ni en el corazón ni en la cabeza. Tanto mejor: el letargo cesa cuando la picadura o la quemadura se hace sentir. En vez de encerrarse en su despecho, en su tristeza, el esfuerzo que se hace por desvulgarizarse, dilata, abre, da plenitud. Nos íbamos a desesperar, nos llenábamos de cólera, nos ahogábamos; nos sentimos renacer, nos fundimos, respiramos, tomamos aire colocándonos un poco en las alturas. La desesperación no es más que una bobería del orgullo. Por muy bajo, por muy por los suelos que uno esté, siempre se puede llegar, se puede subir, cuando se quiere.

Tomemos, pues, esta resolución, se trata de una excelente mortificación para ponerla en práctica en Semana Santa y con ella haremos un buen vía crucis.

Consejos para la vuelta al colegio

8 de octubre de 1867

El trabajo Llamaré ante todo vuestra atención, Señores, sobre un punto muy importante: el trabajo. Cuando queremos hacer bajar a los demás, hay que dar el ejemplo y trabajar uno mismo. Sucede muy a menudo que se dice a un alumno:

eres un perezoso; y uno mismo no tiene el ánimo para corregir sus composiciones o sus deberes. No sé, Señores, hasta qué punto un maestro concienzudo puede ir a dar su clase sin haberla preparado; hay en esto por parte vuestra un deber de conciencia, y cuando el señor Durand, con su experiencia y su talento, nos confiesa que jamás va a su clase sin prepararse mediante un trabajo de tres cuartos de hora o de una hora, me parece que los jóvenes profesores y los demás deben consagrarle al menos otro tanto de tiempo. Veo a los padres de familia; he escuchado muchas confidencias de los niños, y confidencias en que el mal espíritu no tiene ningún lugar, y cuando escucho decir que en algunas clases los deberes no se corrigen durante dos meses seguidos, entonces ya no me asombro del descontento de algunos alumnos y del terror que sienten sólo con pensar que tendrán que entrar en tal o cual clase en que estarán expuestos a padecer esta manera de actuar.

El amor a los alumnos No basta trabajar, Señores, hace falta además saber querer a los alumnos. Monseñor Gerbet, en su libro sobre la *Eucaristía*, dice que Dios en su amor es como un plano inclinado que se inclina hacia las criaturas. Pues bien, vosotros sois maestros cristianos, Señores; y si debéis amar a las almas en virtud del precepto de la caridad, cuanto más debéis amar a las almas que os están confiadas para elevarlas hacia Dios. Ahora bien, no podríais creer en todos los tesoros de odio y de antipatía que se acumulan en el corazón de estos niños contra sí mismo por causa de ciertas críticas amargas o por ciertas palabras punzantes, a las que no pueden responder porque su edad no les permite ponerse a la altura de vuestro espíritu. Quizá incluso algunos maestros se dejan llevar por antipatías o rencores que se manifiestan sin que se den cuenta, y no sé cómo se compaginan con el deber de caridad que les incumbe; sin tratar a los alumnos con aquella altanería universitaria

que todos abominamos, hay que guardarse de tratarlos tan a menudo como al vecino de calle. Vamos y venimos, pasamos cerca de ellos, pero tenemos miedo a mezclarnos con ellos; y aquellos grupos que se formaron el año pasado, en que se daban conversaciones deplorables, no hubieran tenido tan tristes resultados si los maestros no se hubieran alejado tanto de ellos. ¿Es ésta la caridad de un maestro cristiano? No lo creo. *Plenitudo legis, dilectio* [Romanos 13, 10]. La plenitud de la ley es la caridad llevada hasta la ternura, *dilectio*; os conjuro, pues, Señores, que miréis el grado de culpabilidad en que os encontráis al respecto.

Desinterés

Una de las condiciones de este afecto es el desinterés, y estoy hablando aquí del desinterés que conviene tanto a los maestros libres como a los religiosos. No hablo de aquello que este tema pudiera sugerir desde el punto de vista de un interés vil y bajo, que no conocemos aquí; dejo de lado este aspecto de la cuestión, porque no quiero haceros la injuria de pensar ni por un instante que haya aquí alguien que concorra con semejantes miras a la misión generosa y elevada de un establecimiento cristiano. Pero os ruego solamente que observéis si comprendéis correctamente este desinterés que consiste no sólo en dar ayuda, ciencia, trabajo, sino además en darse a sí mismo, en entregarse completamente a una causa. No hablo de una causa como sería la de la Asunción en particular, porque también podría haber ahí, en cierto sentido, una meta interesada, el éxito de un establecimiento o de una obra; sino que hablo de un desinterés que nos empuja a entregarnos a una causa superior, a una gran causa como es la de formar, cueste lo que cueste, a jóvenes fuertemente cristianos para el futuro, de educar a ciudadanos y a defensores de la Iglesia. Este desinterés no excluye aquellos motivos legítimos que pueden atraernos, pero debe dominar y penetrar toda nuestra vida. Debemos llegar a decir

con San Pablo: *Omnia impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris* [Todo lo gastaré y me gastaré a mí mismo por vuestras almas] [2 Corintios 12, 15]. Por eso, os impondréis algunos sacrificios y, por ejemplo, comprenderéis que, la educación religiosa siendo la principal educación, y después de haber enseñado las verdades secundarias, vosotros debéis ir con vuestros alumnos a adorar juntos a la Verdad Eterna y enseñarles esta adoración mediante vuestra asiduidad a todos los ejercicios de la capilla. Nos quejamos de que estos ejercicios son cada vez más abandonados por los maestros. Vosotros querréis ser en esto, Señores, más puntuales, y al ver los bancos desiertos y vacíos quizá tengáis que preguntaros si no sois por vuestra negligencia y vuestra impuntualidad la causa de estas deserciones.

La puntualidad

La puntualidad, Señores, es otra de las mortificaciones que el P. Prefecto de disciplina os suplica de rodillas que os impongáis con energía. Os pide además sobriedad en las recompensas y en los castigos; en cuanto a las medidas de detalle que me ha señalado, os las comunicará él mismo y os podrá entregar antiguos impresos que contienen el reglamento de los maestros libres y que yo quisiera ver puesto en práctica en la casa.

Permitidme, Señores, abordar otra cuestión.

Distinción sobrenatural

Señores, se ha hablado a veces en estos últimos tiempos del descenso del nivel social de los alumnos; se ha repetido que ya no nos dirigíamos quizá a clases de alumnos tan elevadas y que por lo tanto habría que emplear maneras menos distinguidas para hacerse comprender de los niños. Creo, Señores, que nos hacemos ilusiones al respecto y creo que nunca sería demasiado aplicarnos a conservar las formas más elevadas en

presencia incluso de formas menos corteses de algunos alumnos. Esta cortesía externa, que yo llamaría la cortesía material, me parece la más magnífica barrera que se pueda levantar entre las personas descorteses y uno mismo. Ella da una superioridad incontestable a quien sabe ponerla de su parte, y cualquier maestro que se rodee de ella preservará su autoridad por este medio mejor que por cualquier otro.

Pero por encima de las maneras externas, existe, Señores, una cortesía superior; es la forma exquisita, distinguida, delicada y cuidada que vosotros debéis dar a vuestra enseñanza. Sin duda es necesario el fondo, pero también se necesita la forma para hacerlo aceptar, para hacerlo aprobar: *Virtus ex illo exibat* [salía de él una fuerza] [Lucas, 6, 19], se dice de Nuestro Señor. Una virtud secreta salía de su alma, de su divinidad, que parecía pasar a través de los poros de su cuerpo; de igual modo debéis esforzaros en hacer vuestra alma traslúcida, de acuerdo con la bella expresión de Lacordaire; no objetéis la necesidad de oponer a las debilidades de los niños una severidad que se cuida poco de las formas. Esa severidad absoluta, excesiva, no penetra, no conmueve. Actuando así, hacéis de la enseñanza cristiana un espantajo y desaprovecháis sus ventajas.

Un día los fariseos, después de haber oído hablar a Nuestro Señor, se volvían diciendo: *Nunquam locutus est homo, sicut homo ille locutus est nobis* [Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre] [Juan 7, 46]. He ahí, Señores, lo que hemos de imitar en nuestro lenguaje; aplicarnos a dar a nuestra palabra aquel carácter sobrenatural que cautiva, encanta y eleva. Para ello hay que preparar la clase, aplicarse a adquirir cada día lo que nos falta y no darle poca importancia a aquella virtud secreta que acompaña a las formas superiores de la palabra. Mirad la historia de la pintura: ahí tenéis un ejemplo de lo que intento decir. Miguel Ángel ha podido muy bien, en los frescos

de la Sixtina, presentarnos los músculos con sus curvas fielmente interpretadas; sin embargo, no dejan de ser en su vigorosa ejecución una obra que asombra más que atrae; mirad por el contrario las figuras de Fra Angélico; quizá sean un tanto rígidas, pero al mismo tiempo mirad cómo están envueltas, rodeadas y animadas de una gracia de forma que hace, de estos santos, unos santos que al menos no dan la impresión de aburrirse en el paraíso; se dice que un sermón sobre el paraíso es muy aburrido y que los santos se deben aburrir mucho allí si allí no hay más alegría; sin embargo, la pintura de ese sermón en que se representa a los santos no es aburrido ciertamente. Apliquémonos, pues, Señores, a poner aquel encanto en nuestro modo de hablar, aquella forma que nos ponga al alcance de todos, conforme a la palabra del Apóstol: *Omnia omnibus factus sum* [Me he hecho todo a todos] [1 Corintios 9, 22]. Me he hecho todo para todos, ¿acaso para hacerme popular? Un motivo semejante sería muy vil y por ello San Pablo añade: *Ut omnes Christo lucrifaciam* [para ganármelos a todos para Cristo] [ib. 9, 19-23].

Preveo una objeción: pero, se dirá, los apóstoles procedían con sencillez y severidad. Escuchad la respuesta de San Juan Crisóstomo en su *Tratado del sacerdocio*: “Si no tenéis la inspiración de los Apóstoles y de San Pablo, no tratéis de imitar su severidad en la dirección de las almas”. He ahí, Señores, lo que dice el “Boca de oro”; esforzaos, pues, por llegar a ser profesores brillantes, en el sentido sobrenatural que damos a esa palabra; que los antiguos adquieran cada vez más y que los jóvenes saquen sus diplomas para llegar también allí con mayor eficacia, y puesto que todos debéis mirar a que se diga de vosotros que sois profesores brillantes, santificad esta tendencia natural en todo maestro celoso y que se diga de vosotros bajo la influencia santificante de vuestra palabra: *Nunquam locutus est homo sicut homo ille locutus est nobis* [Juan 7, 46]. Ya sé que existen enseñanzas secas y áridas

como las matemáticas, cosa burda según Pascal, que no requieren tales formas, pero los profesores de letras sobre todo deben aplicarse a adquirirlas.

Así es, Señores, como aplicándoos a ser maestros cristianos os atraeréis, si no la recompensa del reconocimiento por parte de vuestros alumnos (reconociendo muy raro, porque los niños son a menudo muy ingratos y esta vuelta al colegio nos ha dado pruebas de ello), al menos la recompensa eterna.

Lavagnac, 12 de octubre de 1878 Al R. P. Emmanuel Bailly

...Trabajemos por hacer de nuestros alumnos unos cristianos, lo demás vendrá después. ¿No cree usted que quizá nos hemos ocupado demasiado de los defectos de nuestros alumnos y no lo suficiente de las virtudes que hay que inculcarles? Hemos procedido por negación, o si lo prefiere, por destrucción, y no lo suficiente por edificación o plantación. Me dirá usted: "Pero antes de plantar buenos árboles hay que extirpar las malas raíces". No siempre. En América dejan muchos troncos que se pudran en los campos y las cosechas resultan de las más hermosas. Se trata del obstáculo transformado en medio. Dejemos las cuestiones menores de las que estamos invadidos, como si fueran zarzas, peguemos fuego a todo eso un buen día y prosigamos nuestra obra. Pidamos muchas virtudes a los niños, tengamos el valor de hablarles de su santificación y entrenémoslos. Si los padres de familia gritan, dejémosles gritar; hagamos la obra de Dios en humildad, confianza, valor y perseverancia. Está seguro de que la Asunción se prepara hermosos días, si ella no quiere sinceramente más que a Dios y a la Iglesia; amemos y hagamos amar a Jesucristo y a la Santísima Virgen; lo demás vendrá después. Pero para esto se necesita una gran fe *muy contagiosa*...

A los Colegiales de Nimes

El P. d'Alzon ha presentado él mismo en las "Mémoires d'un ancien" (Memorias de un antiguo) las famosas "Instrucciones del sábado" del Colegio de la Asunción. Dos series de estas instrucciones, que nos han sido conservadas, han sido editadas por el P. E. Baudouy. Las que tratan de la educación completan muy afortunadamente, —desde el punto de vista de los alumnos—, los principios del P. d'Alzon. Las señalamos sencillamente sin reproducirlas aquí, porque es fácil todavía conseguirlas.

Esta sección comprende dos artículos extraídos de la Revue de l'Assomption; dos sermones, de entre un cierto número que el P. d'Alzon, hacia el final de su vida, redactaba de un modo más definitivo, y los sabrosos "Consejos de vacaciones" sobre el tema de la formación de una Europa cristiana, frente al Oriente cismático y del mundo aún infiel.

LAS INSTRUCCIONES DEL SÁBADO

Se dice que la Asunción tiene su sello especial. Este sello lo debe sobre todo a las *Instrucciones del sábado*. Renovando un recuerdo del colegio Stanislas, de París, el P. d'Alzon había decidido que cada sábado se cantarían en la capilla las letanías de la Santísima Virgen. Pero, para aprovechar esta reunión de todos los alumnos, hizo que a las alabanzas de la Señora de la Casa le siguieran algunos consejos. No eran en efecto más que recomendaciones; hablaba sencillamente en sotana. La familiaridad misma de la charla permitía entrar en ciertos detalles, y hay quien pretende que estos detalles tenían para los alumnos, precisamente por su originalidad, un sello especial.

Se los recordaba, se hablaba de ellos, porque no se decían como en otras partes. Eran ideas muy firmes, que ciertos maestros antiguos no siempre aprobaban, eran promulgadas categóricamente. Uno podía oponerse a ellas; el P. d'Alzon nunca lo ha temido mucho, a veces cedía, pero cuando se le había puesto una idea en la cabeza, todo el mundo sabía que no la tenía en los pies.

Los alumnos siempre son los mismos; basta que se les diga una cosa, para que algunos espíritus agudos sientan la necesidad de decir lo contrario. El P. d'Alzon atacaba sobre todo el respeto humano; no hizo falta más para que muchos quisieran tratar la cuestión del duelo y del puntillo de honor. Una larga sesión de verano se empleó en tratar del tema. Se dejaron de lado las objeciones y al cabo de poco tiempo los más acalorados dejaron de hablar de batirse a propósito de todo y de nada.

Sin embargo, el sello particular de estas instrucciones, o mejor dicho la continuidad de estas observaciones que se agrupaban en torno a algunas ideas maestras, las hacía penetrar en la mente y sobre todo en el corazón de los alumnos. El pequeño número de éstos permitía ejercer sobre ellos una influencia más íntima. Los consejos del sábado eran seguidos de comentarios, dados sobre todo por el señor Monnier; llegaban con gran poder de fecundidad a las conciencias, a veces como una luz y lo más a menudo como un remordimiento; de ahí resultaba que las ideas se ampliaban, que el talante de la Casa se delineaba y que el espíritu general se afirmaba. La Asunción no era todo el mundo, y gustaba que no fuese todo el mundo.

Se aprendían las buenas obras y se entrenaba en las Conferencias de San Vicente de Paúl; se convertía uno en ultramontano; se practicaba la piedad por convicción, y los menos devotos al ser poco molestados mostraban poca oposición al fervor de sus compañeros. Se vio que algunos, aburridos de no ser molestados, se plegaban a la costumbre común porque no había ninguna ventaja particular en no hacerlo.

Las *Instrucciones del sábado* se transformaron poco a poco, sobre todo cuando se pasó de la pequeña capilla formada por el aula de filosofía y la sala de los periódicos actuales a la gran capilla. Entonces el P. d'Alzon tomó la sobrepelliz, se propuso un tema que seguía o no seguía, y entonces comenzaron también los meses de María, las instrucciones de Cuaresma, en fin, el P. d'Alzon se esforzó por hacerse solemne. ¿No se tornó aburrido? Uno se pregunta si no hubiera hecho mejor en seguir siendo como era, un buen impartidor de consejos prácticos sobre los deberes del cristiano y del alumno de la Asunción.

Un antiguo.

EL ESPÍRITU AMPLIO Y EL ESPÍRITU ESTRECHO

El espíritu amplio se emplea en ver las cosas como son en sí mismas; el espíritu estrecho las ve en relación a sí mismo. Sin embargo, he encontrado personas que siempre decían que hay que ver las cosas en su profundidad, pero que lo veían todo al revés; eran espíritus falsos.

El espíritu amplio se entrega a una causa, el espíritu estrecho se entrega a sí mismo en cualquier causa; el espíritu amplio se esfuerza por planear sobre las cumbres mientras que el espíritu estrecho excava galerías de topos, y se regocija de poderse esconder al abrigo de un agujero; porque la meta esencial del espíritu estrecho consiste en no comprometerse; y llama a eso prudencia.

La prudencia es una virtud que ayuda a gobernar las cosas y a los hombres para el bien general. La prudencia del espíritu estrecho nunca ha tenido en cuenta más que *su cosa y su persona*.

El espíritu amplio es completamente inútil sin un carácter fuerte y generoso; ve lo que hay que hacer y no hace nada. El espíritu estrecho con un carácter enérgico hace

más mal que bien, a lo más hace mucho ruido para nada; y si el carácter va al diapasón del espíritu os podéis esperar a que todas las estupideces sean justificadas mediante las razones más grotescas, cuando no las más tontas.

El espíritu amplio lleva consigo cierta deficiencia, porque, viendo lejos, comprende que podría ver más lejos aún. El espíritu estrecho se encuentra tan a gusto bajo una tapadera de marmita que el fondo de la marmita le preocupa poco; ese fondo es demasiado profundo, se da con la cabeza contra la tapadera y dice: ya veis bien que no hay nada más allá. ¡Feliz el mortal que toma la tapadera por toda la extensión de los cielos!

¡El espíritu de cuerpo es una cosa hermosa! En 1826 ó 1827, el señor de Bonald publicó un opúsculo muy notable sobre el *espíritu de cuerpo y el espíritu de partido*. Estaba a favor de todos los frutos admirables que puede producir el espíritu de cuerpo, con la condición de que el espíritu de cuerpo sea amplio. Si es estrecho, podéis esperar a ver esa estrechez multiplicada en sentido inverso por el número de los que componen el cuerpo. Un espíritu estrecho aislado puede hacer tonterías, pero ¿cuántas no hará un cuerpo entero con semejante espíritu?... *Incedo per ignem*: caminemos como gato sobre ascuas y digamos: ¡felices los espíritus amplios servidos por un buen carácter! Recemos para que los espíritus estrechos no sean a la vez espíritus malvados, inconscientes del mal que realizan.

Un Antiguo.

LA CAPILLA

1877 ó 1878

El centro de toda casa cristiana es la capilla. La capilla de la casa cristiana es un lugar tan especial que ella sola basta para hacer ver el abismo que separa al joven de fe

del hombre del mundo. En efecto, la capilla es un santuario en que encontramos:

- 1° A Dios para conocerlo en sus perfecciones y adorarlo.
- 2° A Jesucristo para escuchar sus enseñanzas e imitar sus ejemplos.
- 3° Al Espíritu Santo para perfeccionarse con la abundancia de sus gracias.

1.- *La capilla, santuario en que se aprende a conocer las perfecciones de Dios y a adorarle.*

La capilla es un santuario, un lugar santo. ¿Por qué? Porque ahí se halla Dios. *Locus iste sanctus est* [Este lugar es santo] [Génesis 28, 17], decía Jacob después de su sueño misterioso, *et ego nesciebam* [y yo no lo sabía] [ib. 28, 16]. ¡Cuántos cristianos ignoran la santidad de la capilla! Sí, este lugar es santo, porque Dios está más presente aquí. ¿Qué quiere decir eso? ¿No está Dios en todas partes? ¡Quién lo ignora! Pero está sobre todo allí donde, según nuestro pobre lenguaje, actúa con mayor energía. Ahí es donde muestra su poder, su justicia, su misericordia, en aquel sacrificio que ha pedido una vez en el Calvario y que pide aquí todos los días.

Su poder. ¿Acaso el prodigio de la transubstanciación no es el último grado de los prodigios? Sacar la materia de la nada, es un acto divino; crear a los espíritus puros, lo es más aún, ya que los seres producidos son más perfectos; pero tomar un poco de materia y hacer de ella el cuerpo y la sangre de un Dios, de manera que hay ahí un hombre y que ese hombre es Dios, ¿qué más queréis como poder?

Su justicia no está menos ahí. Frente al pecado, la justicia infinita necesita una víctima infinita: hela ahí.

Su misericordia está también ahí. Porque si se producen esos prodigios es para perdonarnos; y para llevar las cosas a sus últimos límites, el Dios escondido se hace nuestro alimento: *miser cordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt* [la misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la paz se besan] [Salmo 85, 11].

He ahí Dios puesto a nuestro alcance y, pese a su abajamiento, no deja de ser adorable. Sigue siendo el todopoderoso, el justo, el misericordioso a quien hay que adorar; sentimiento que huye de las almas y que hay que volver a poner en ellas, si queremos volver a poner en nosotros al Dios que se aleja.

2.- *La capilla es un santuario donde encontramos a Jesucristo para escuchar sus enseñanzas y aprender a imitar sus ejemplos.*

Buscad cuanto queráis en el fondo de vosotros mismos, no encontraréis la verdad que necesitáis para llegar a la felicidad. ¿Dónde la encontraréis? En Jesucristo solo, en aquel de quien el Padre ha dicho: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite* [Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle] [Mateo 17, 5]. En Jesucristo, la verdad en persona. He ahí la enseñanza verdadera, viva, fecunda; la enseñanza que ilumina todas las tinieblas, disipa las incertidumbres; la enseñanza vida, la enseñanza luz; todo nos es revelado ahí. *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* [El Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado] [Juan 1, 18]. Enseña mediante su Evangelio, mediante sus Apóstoles, mediante su Iglesia, y la Iglesia no es más que el eco de quien es por esencia la Palabra de Dios, *Verbum caro factum* [Palabra hecha carne]. Pero, hecho carne, este hombre ha hecho antes de enseñar, y cada una de sus acciones es un ejemplo de virtud. Yo hablaba de las perfecciones divinas; tales como están en Dios son inimitables; tal como están en Jesucristo, se ponen a nuestro alcance: *exemplum dedi vobis* [os he dado ejemplo] [Juan 13, 15]. ¿Queremos imitar a Jesucristo? Ahí lo tenemos; está en el sagrario. Id, penetrad en este santuario más íntimo; le encontraréis ahí: en la adoración, en la misa. Dicen que hay cristianos que se aburren en la capilla: ¡pobres!

Id allí a encontrar a Jesucristo. ¿Os figuráis que la vida no es más que diversión? La vida es una larga cadena de deberes. ¿Queréis hacer que esta cadena sea suave? Id a encontrar a Jesucristo. La vida es una serie de esfuerzos para llegar a ser perfecto. Id a encontrar a Jesucristo en la capilla, allí donde está realmente presente; os enseñará todas las virtudes que os ayudarán a llegar a ser perfectos. ¡Qué locura la de ser cristiano y no emplearse en imitar a Jesucristo para llegar a ser santo!

3.- *La capilla es un santuario en que encontramos al Espíritu Santo para perfeccionarse con la abundancia de sus gracias.*

¿Sois un ser tan rico que no necesitéis de nada? Necesitáis consejo para conocer vuestro deber y fuerza para ejecutarlo. La capilla os recordará que vosotros mismos sois un lugar muy santo, un templo, el templo del Espíritu Santo. Id a la capilla y en el recogimiento de sus muros encontraréis la luz, el consejo, la fuerza.

¿No tenéis necesidad de consejo para vuestra vocación, a fin de considerarla seriamente? ¿No tenéis necesidad de fuerza contra vuestras inclinaciones al placer y vuestras pasiones nacientes? La capilla os recordará que el Espíritu Santo vive en vosotros, si no le habéis expulsado por el pecado.

¿No sentís que, pese a vuestra dificultad para separaros de lo terrestre, necesitáis subir más alto? ¿No sentís las alegrías de un mundo superior? ¿De dónde os vais a elevar más fácilmente que tomando la capilla como punto de arranque? ¿Sois tan egoístas que no tengáis tiempo para amar a nadie? ¿Dónde mejor que en la capilla rezaréis por los vuestros, por vuestra madre? ¿No lloráis a alguna persona amada? Refugiaos en la capilla para rezar mejor por los que ya no están y ayudarles a entrar en el reposo de Dios. ¿No tenéis tentaciones? He aquí el arsenal de armas espirituales para combatirlas.

Finalmente, habrá que morir. Venid aquí y, por muy joven que seáis, venid y pensad en la muerte. Otros, tan jóvenes como vosotros, han venido y ya no están en la tierra; su cuerpo ha desaparecido en la tumba. Venid y pensad en vuestra muerte, en vuestro juicio, en vuestra eternidad. Las mejores respuestas que obtengáis a estas cuestiones, os las da vuestra conciencia en el recogimiento de la capilla.

EL TRABAJO

1877

Inicio del curso

*Ego autem in laboribus a juventute mea
[Criéme en trabajos desde mi tierna edad]
(Salmo 88, 16).*

Estas palabras del Salmista se aplican a Jesucristo trabajando en Nazaret.

Estas palabras, vengo a proponéros las. Son duras, pero ésta es la condición humana.

Ahora bien, vuestro trabajo debe ser obediente, perseverante, inteligente, santificante.

1. Trabajo obediente

El trabajo es un castigo; hay que someterse a él por fuerza o voluntariamente. Escoged. Y para mostraros desde el principio la importancia de la obediencia en el trabajo, tomemos, por absurdo que parezca, la finalidad de vuestros estudios universitarios: el bachillerato. ¡Oh! Y si desde vuestra entrada hubierais obedecido, no temo decir que nunca conoceréis el fracaso. Pero uno tiene sus ideas; quiere trabajar a su modo; no se trabaja en absoluto o, lo que es peor, se trabaja al revés. Luego uno se asombra de haber fracasado.

2. Trabajo perseverante

Hay obstáculos que se oponen a la perseverancia: la pereza, la ligereza, el capricho.

La pereza. Se consiente en dejar que esta horrible herrumbre cubra bellas inteligencias. Sin embargo, se trabaja en todas partes, pero visto que uno no logra mantenerse a la altura mediante el trabajo, pronto se pierde en la más vergonzosa nulidad, salvo honrosas excepciones. ¿De dónde provienen los seres nulos? De la pereza.

La ligereza. No se es capaz de atención alguna, no saben concentrarse. Concentrarse cuesta; ninguna perseverancia, ningún esfuerzo. ¿Qué queda? Una naturaleza cuyos frutos serán nulos.

El capricho. Las casas de educación encierran algunos espíritus extraños, incapaces del yugo, que proceden a saltos, y sobre todo por testarudez. Las malas razones les encantan y, con tal de haber dado una respuesta a las observaciones merecidas, se quedan felices. Tal respuesta es absurda. Poco importa. Han respondido, están felices. Pero con estos caprichos comprometen su porvenir. ¡Mucho les importa su porvenir, con tal de que su capricho triunfe! ¿A qué resultado llegarán? A ser pobres seres insoportables a todo aquel que esté condenado a vivir a su alrededor. En cuanto a su carrera, mejor no hablemos. ¿Qué carrera es posible sin perseverancia? Y su capricho no les ha permitido perseverar en nada.

3. Trabajo inteligente

Me explico. El joven que ha practicado en sus estudios la obediencia a la dirección de sus maestros, que ha trabajado con una perseverancia encarnizada, con menos medios quizá, llegará sin duda alguna a resultados más serios que aquellos pequeños genios en camiseta, muchachos de espíritu en pantalones cortos, seres vulgares

cuando les crece el bigote, nulidades supremas al salir del colegio y que, para consolarse de los fracasos en todo, no tienen más que una compensación: hacerse malos tipos y más tarde radicales. Conozco a más de un alumno de la Asunción que ha pasado por estas tristes caídas.

Por el contrario, conozco a otros que, sin ser genios, mediante la obediencia y la perseverancia, han dado maravillosos resultados. Cierto que cuando hay inteligencia natural, nada mejor se puede desear. Pero tomad dos alumnos de la misma capacidad: uno es obediente y perseverante, el otro sólo escucha a su independencia y su pereza, su ligereza y sus caprichos. Pronto veréis los resultados opuestos.

4. Trabajo santificante

El trabajo es penoso, ya lo sé: por eso expía y santifica. ¿Pero para qué sirve el trabajo si no tiene una meta digna de nosotros?

Este joven habrá trabajado; habrá conseguido fortuna, medios para disfrutarla, honores y gloria. ¿De qué le sirve en su lecho de muerte? Queremos dar a vuestro trabajo un móvil, un término superior. Sois hijos de Francia e hijos de la Iglesia. ¡Pues bien!, debéis trabajar por Francia y por la Iglesia. Por Francia, que debéis devolver a su antiguo destino; por la Iglesia, a quien pertenecen las eternas promesas, pero a quien Jesucristo no ha prometido mantener siempre en las mismas regiones.

Trabajad con fe por la resurrección de la Francia cristiana. Trabajad con amor por la Iglesia. La recompensa eterna está ahí.

Consejos para las vacaciones

A los colegiales de Nimes

Rehacer Europa: Un famoso diplomático habría dicho: Desde 1870, ya no hay Europa. Quisiera que el dicho fuera cierto para poder responderle: ¡Pues bien!, los católicos la reharán. En efecto, Europa no va bien, la Revolución le causa dificultades y le hará pagar caro el entusiasmo por las ideas modernas; pero, en fin, así como la Revolución ha comenzado, así también puede terminar. Si las ideas son modernas, quiere decir que datan de hace poco y que en poco tiempo pueden desaparecer. ¿Es posible torcer el cuello a la Revolución para devolverle la vida a Europa? Esa es la cuestión.

¿Queréis examinarlo conmigo durante las vacaciones?

mediante el sacrificio En primer lugar, lo que hace que ya no haya Europa es que ya no hay solidaridad. Cada cual para sí, cada uno en su casa. He ahí la divisa universal que de hecho es la divisa del egoísmo elevado a su máxima potencia. ¿Queréis combatir este mal? Comenzad vosotros mismos por combatir el egoísmo en vosotros. Combatidle no dando importancia a vuestra personalidad, a vuestros pequeños cálculos, a vuestros placeres. ¡Cuántos puntos en los que podéis combatir al egoísmo sin salir de vuestros zapatos!

Persiguiendo a ultranza el egoísmo y a los egoístas, mostrad vuestra generosidad, sed hombres entregados, impregnaos del espíritu de sacrificio; actuad, actuad, en el trabajo que forjará vuestra alma, en el celo por la caridad, en la prosecución de las grandes ideas basadas en los grandes principios. Luchad contra lo que os parece mal. Tened la valentía de vuestra fe. Sobre todo, guerra al respeto humano y a sus variantes. Cuando eso esté lo-

grado, creo que os será fácil tender la mano a vuestros hermanos y uniros a ellos; la coalición del bien se hará; seréis primero vencidos y de nuevo vencidos, pero así aprenderéis a vencer.

**mediante el espíritu
de fe**

Europa se va, quizá ya se ha ido, porque le falta la fe: ¡qué triste es decirlo! Vemos en este momento a dos pueblos combatir porque creen¹⁾; pero si estos pueblos tienen fe, ¿no podemos nosotros, sin arriesgar mucho, prometer una bien grande recompensa a quien descubra la fe de sus jefes? Si los jefes fueran creyentes, ¿qué no se podría conseguir? ¿Pero dónde están los jefes creyentes? Y en el resto de Europa, ¿dónde están los pueblos creyentes?

Si la pérdida de la fe es la pérdida de la vida social, la vuelta de la vida social no sucederá sino con la vuelta de la fe. ¡Oh!, amigos míos, pensad en ello, si uno de entre vosotros tuviera una fe grande como un grano de mostaza, moveríais montañas, y si cien de entre vosotros tuvieran una fe grande como una montaña levantaríais el mundo. ¿Qué hay de imposible en que cien jóvenes tengan una gran fe?

Escuchad un hecho en el que yo no desempeño un papel muy brillante. El año pasado, yo creía que nuestros Padres de París harían bien poniendo punto final a sus peregrinaciones. El muy testarudo del Padre Picard insistió tanto que me arrancó el consentimiento para peregrinar todavía una vez más. Se peregrinó, pues, hacia nuestra querida Señora de Lourdes. ¿Sabéis cuántos milagros consiguió la caravana? Doce bien contados, de los cuales varios trajeron la conversión de familias enteras, entre otras la de un francmasón que, al ver que su hija moribunda volvía a la vida y estaba completamente curada,

¹⁾ Se trata de la guerra ruso-turca.

fue a confesarse. ¿Qué concluir? Que el P. Picard tenía más fe que yo y que sabía mejor servirse de ella.

Por lo tanto hay que tener una gran fe y si la Santísima Virgen no siempre la recompensa con doce milagros, podemos estar seguros de que siempre será recompensada, tanto más cuanto que los milagros no siempre son signo de santidad. Pero no deja de ser cierto que el medio para triunfar del mundo es la fe, como dice San Juan.

Seréis hombres de sacrificio y seréis hombres de fe, dos condiciones para devolver la fe a Europa.

**para los combates de
la Iglesia**

Lo que no existe no puede combatir. Europa tiene tramos que se entrechocan; pero desde la Reforma, no se puede decir que Europa combate. Para devolverle a Europa esa vida de combates gloriosos de antaño, hay que devolverle la unidad; y, cosa asombrosa de la que nada comprenderéis a primera lectura, es que Europa ha perdido la vida cuando perdió la unidad y que su unidad se evaporó el día en que ya no se quiso más la unidad católica en diversos grados. En este capítulo, los primeros culpables son los Protestantes, los segundos son los Jansenistas y los Galicanos, los terceros son los filósofos tipo Luis XV, y los cuartos los católicos liberales. Pero esto es demasiado fuerte para vosotros; me detengo aquí, dejándoos las vacaciones para meditar el problema y comprenderlo.

Después de esto, sed juiciosos, obedeced a papá y a mamá, dad buenos ejemplos al hermano pequeño, no tiréis de los pelos a vuestras hermanas, no hagáis rabiar a los criados, y no recibáis a las visitas sacándoles la lengua. Consejos muy importantes para aquellos que no han entendido nada de lo anterior.

III

LOS COMBATES

- I. *Lucha contra la Revolución.*
- II. *Guerra a las Sociedades Secretas.*
- III. *Trabajo contra el cisma.*

Que nadie se extrañe del modesto espacio reservado a esta selección de escritos de combates. Requerirían numerosas explicaciones históricas para ser convenientemente interpretados y, por su naturaleza misma, revisten un menor carácter espiritual. Hemos elegido, sin embargo, algunos textos para evocar toda la amplitud del celo desplegado por el P. d'Alzon para la defensa de la Iglesia.

La lucha contra la Revolución ha sido muy vigorosamente llevada mediante “la predicación, la enseñanza, la prensa”. De las predicaciones de controversia del P. d’Alzon, no nos quedan en general más que rápidas notas, pero que atestan de la minuciosa preparación dedicada a este apostolado. En dos ocasiones la Revue de l’Enseignement Chrétien ha combatido por la libertad de la enseñanza y la formación auténticamente cristiana de los niños y de los jóvenes confiados a los establecimientos religiosos. En cuanto a la prensa, desde siempre el P. d’Alzon comprendió su importancia para una más eficaz difusión de las enseñanzas de la Iglesia. Encontrarán aquí documentos de fechas distintas que tratan de la enseñanza y de la prensa.

ESPLENDORES DEL ARTE CRISTIANO

Mientras que las preocupaciones de la ciencia moderna parecen dirigirse sobre todo hacia aquello que aumenta el bienestar material y mientras que cierta escuela literaria escarba en las bajas regiones del corazón humano para descubrir allí los secretos de las más vergonzosas emociones, en esta reunión que, aunque está dedicada a la coronación de los estudios clásicos, no por eso debe dejar de conservar su carácter religioso, me ha parecido bueno mostraros el destino del arte cristiano y cómo, empleando elementos externos, prosigue a través del mundo de los sentidos la gloriosa misión de elevar la materia hacia el cielo y de dar un sentido divino a todo cuanto toca.

¿Qué es el arte en efecto? ¿No es la manifestación de lo bello? Y lo bello, como decíamos en una circunstancia parecida, ¿no es el esplendor de lo verdadero? Lo verdadero es, pues, la base de lo bello y del arte. Pero hay dos

tipos de verdadero: el que expresa las cosas pasajeras y creadas; y lo verdadero como forma eterna del Ser infinito, infinito como él, que se une a él en la unidad más absoluta de una misma sustancia.

1. Dios, fuente y creador de belleza

Considerado desde este punto de vista, lo verdadero, la verdad, es Dios mismo; se trata de la belleza incomprendible cuya contemplación causa su inalterable felicidad.

Jamás algo creado podrá manifestar, de un modo completo, la irradiación de las perfecciones de Dios, la belleza divina. Sólo Dios conoce sus misteriosos abismos, porque sólo él conoce su esencia. Y sin embargo, el Ser infinito, principio de todos los seres, posee, en su seno inmenso y fecundo, todas las verdades relativas, la noción de todos los seres secundarios, el tipo de las formas que deben revestir cuando suene la hora de su realización; y el hombre, que por su cuerpo es la primera de las criaturas materiales, puede aspirar a ser entre ellas la más bella, porque Dios ha impreso en él el esplendor de su propia faz: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* [Nos has mostrado Señor la luz de tu rostro] [Salmo 4, 7].

Si Dios es la fuente de lo bello, para adquirir la verdadera noción de lo bello hay que ir a pedírsela a Dios mismo; y si el arte no tiene otra meta que la de manifestar lo bello en las cosas sensibles, se comprende enseguida cómo necesita, sin embargo, ir a buscar sus inspiraciones en Dios; se comprende también cómo el hombre, creado a imagen y a semejanza divina, imitación de Aquél que lo ha moldeado con sus propias manos, puede establecer las más maravillosas relaciones entre Dios y él. Cuando el artista, empleando los elementos materiales, les da con una nueva forma su pensamiento y su soplo, entonces es la imagen más fiel del Creador; pero, para que se mantenga

ga a semejante altura, colocado entre el cielo y la tierra, se necesita que pida a la tierra los instrumentos de su pensamiento y al cielo los tipos de lo bello que su entusiasmo quiere manifestar.

¿Sería lo bastante respetuoso decir que, tras haber sacado la materia prima de la nada, Dios fue el supremo artista, ya sea al dar su luz a los astros que sembró en el espacio, ya sea al hacer converger sus obras hacia una misma meta, es decir, su gloria eterna, manifestada a través de los siglos? Mientras los hijos de Dios le alababan en los cielos, y las estrellas de la mañana exultaban de alegría, el murmullo de la olas, la tristeza de los desiertos, la furia de los vientos, el perfume de las flores, las voces del día, el silencio de las noches indicaban que un gran arte había revelado maravillosas bellezas al ojo y al oído del hombre. El Creador le dejaba sentir su presencia detrás del velo de sus obras; el hombre, si bien no veía claramente la imagen perfecta de Dios en las riquezas de la creación, comprendía sin embargo que sólo un Dios había podido producir todas estas riquezas y ordenar todas estas bellezas.

Nadie puede decir lo que hubiera sido el arte para el hombre en estado de inocencia. Porque, hay que reconocerlo de entrada, el arte no es expresión fría de una belleza muerta; el arte implica de parte de quien se entrega a él, la comprensión y el entusiasmo por lo bello; implica una especie de facultad creadora que reproduce hacia fuera lo que el alma ha contemplado en el interior de sí misma. Lo que era el alma del hombre inocente en presencia de su Dios y de las comunicaciones que recibía de él, lo que era su pensamiento frente al mundo cuyas leyes primitivas y su armonía nada venía a turbar, ¿quién lo dirá? ¿Quién dirá, por lo tanto, qué obras de arte hubieran salido de sus manos? ¿Hubiera habido moradas? ¿Hubiera tenido que añadirles ornatos? ¿Qué culto hubiera rendido a su Dios? ¿Con qué cánticos hubiera celebrado su gloria? ¿Le ha-

bría dado gracias? ¿Qué perfección hubiera alcanzado su palabra? Y en la fecundidad de su pensamiento y en la riqueza de sus expresiones ¿qué lugar hubiera ocupado el arte? Preguntas inútiles e insolubles al mismo tiempo.

Pero el estado de inocencia no dura, y Dios ve la voluntad del hombre que aporta la turbación y el desorden en el plan de la creación. Ahora bien, ¿qué hará Dios? Artista admirable, opondrá a las destrucciones del pecado, a las perturbaciones de la rebelión y (si puedo expresarme así) a la fealdad del mal, la más esplendorosa belleza que la creación pueda alcanzar. La creación rebelde, culpable, debe aportar los elementos necesarios para manifestar a un Dios habitando entre los hombres: aparecerá un hombre en la tierra y ese hombre será Dios.

2. La belleza de Cristo

No me detendré a examinar de qué belleza material estaba revestido el cuerpo del Hijo de Dios hecho hombre; me detengo en esta palabra de San Juan: “El Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria” [Juan 1, 14]; y yo le diría a un artista: Exprésenos eso; reproduzcanos con su cincel, con sus pinceles, sus cantos, su palabra, este misterio, tal como usted lo entiende. Es un hombre, he aquí vuestro dominio, pero es un Dios y es necesario que lo reconozcamos. El poder, la sabiduría, el amor, la justicia, la bondad, la fuerza, la independencia, lo infinito, todo eso, hay que hacérselo sentir. Dios, espíritu puro, fuego que consume, no puede ser reproducido bajo una forma sensible; pero he aquí a Dios que oculta sus rayos y los proporciona en cierto modo a nuestros ojos; estos rayos, sin embargo, si no podemos verlos en todo su destello, al menos hay que adivinarlos bajo las sombras de la humanidad que los recubre.

Un Dios tal como nos lo enseña el cristianismo, un hombre con todos los dolores de la caída original sir-

viendo de vestimenta a la divinidad, este hombre y este Dios no forman más que una misma persona en la que el hombre y el Dios serán sin embargo realmente distintos; he ahí el tipo, he ahí el modelo que el arte podrá copiar sin cesar, que le proporcionará inspiraciones hasta el final de los tiempos, pero del que nunca superará la belleza, porque el arte, por perfecto que sea, nunca superará lo infinito.

San Pablo, a quien hay que recurrir siempre cuando se quiere tener la última palabra en las cosas grandes, explica admirablemente por qué Jesucristo es, por excelencia, el tipo del arte: “Es, dice, que la plenitud de la divinidad habita en él corporalmente. *In quo inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter*” [Colosenses 2, 9]. Y ahora, artistas, no digáis que la divinidad está demasiado elevada para vosotros; hela ahí habitando corporalmente en un hombre. Mirad cómo podréis representar a este hombre de tal modo que nos veamos obligados a adorar y a amar a un Dios.

3. Los dos focos de la elipse

Pero, ¿el arte no debe acaso pintar más que lo bello en su estado puro, lo bello que deriva de la verdad y del bien?

No; existe una cierta belleza en el mal, del que el espíritu de las tinieblas, el rey de los infiernos, Satanás, nos proporciona el lamentable modelo. “La forma, exclama el autor del *Essai sur l'indifférence* [*Ensayo sobre la indiferencia*], la forma permanece con su belleza esencial, imperecedera, y temblamos al verla. El mal está ahí, el mal ideal, encarnado en esa forma; las tinieblas irradian en este rostro, el odio destella en estos ojos, el orgullo inflexible se asienta en esta frente. Esta forma atractiva, aislada de su Creador, aislada de la creación, está suspendida en el vacío como un meteoro espantoso”.

Y Bossuet, dirigiéndose a todo el ejército infernal: “Oh, ángeles inconsiderados, os habéis sublevado contra Dios; habéis abusado de vuestras cualidades excelentes, ellas os han vuelto orgullosos. El honor de vuestra naturaleza que os ha inflado, aquellas hermosas luces a través de las cuales os habéis seducido, serán para vosotros una plaga y un tormento eterno; vuestras perfecciones serán vuestros verdugos y vuestro infierno seréis vosotros mismos”.

Lo que el señor de Maistre decía de la Edad Media, se puede decir del mundo de lo bello: que es una gran elipse en la que los dos focos son Jesucristo y Satanás, la belleza de toda perfección y la belleza del mal. No que el mal sea bello por sí mismo; en sí, es la fealdad absoluta, a menos que sea la nada absoluta; pero el mal, manifestado en su más alto grado de desarrollo, no podía existir sino en una de las obras maestras del Creador, y esta obra maestra es Satanás, el más hermoso y el más culpable de los ángeles.

Ahora bien, ved cómo se alinean, en torno a estos dos jefes, el ejército del bien y el ejército del mal: el mal, con sus pasiones, sus vicios, sus esclavos, sus víctimas, los demonios y los condenados; Cristo, con sus austeras virtudes, sus mártires, sus vírgenes, sus apóstoles, sus ángeles y sus santos, mezclados en la tierra en dos vastos campos. Estudiad todos los choques, estudiad las diversas fases de la guerra que dura desde Caín y Abel, que durará hasta el fin de los tiempos; seguid, mediante el pensamiento, todos los combates interiores, las seducciones del crimen afortunado, el encanto de no creer cuando se tiene interés en no creer, el fantasma de los remordimientos apareciendo a ratos como una última llamada de Dios, a veces vencedor, pero más frecuentemente hundiéndose para siempre en la noche de la indiferencia, los insolentes éxitos de algunos malvados, breves, después de todo, como lo que se puede colocar entre una cuna y una tumba.

Poned, del otro lado, todo cuanto las luchas de la virtud pueden aportar en cuanto a estudios fascinantes. Algo de esto ha sido ya estudiado, sin duda, por el arte pagano; pero lo que no lo ha sido, lo que no ha podido serlo, es la virtud entendida tal como Cristo ha traído la noción a la tierra; y aquí es donde el arte tomará su desarrollo más completo.

Sólo el cristianismo, al darnos de Dios un conocimiento más extenso, nos reveló tres condiciones esenciales para el desarrollo del arte: en primer lugar, una noción más exacta del Ser perfecto; luego, la idea de las perfecciones que puede comunicar a sus obras en cuanto Creador; finalmente, mediante la perfección misma que las obras pueden alcanzar, una inteligencia más verdadera de su degradación y de su desorden, cuando violan las leyes de su naturaleza.

He aquí, por lo tanto, los límites del arte considerablemente extendidos y su dominio ampliado. A eso hay que añadir un hecho, un hecho inmenso en la humanidad y que modifica las condiciones de su existencia. Es que hubo en efecto una rebelión del ser razonable contra su Autor; hubo caída, castigo y, frente a esto, una reparación divina mediante la inmolación, mediante el sacrificio. Si el arte se apropia tales datos, y si los fecunda en las esferas en las que, bajo la mirada de la fe, puede lanzarse a todo su vuelo creativo, ¿qué resultados no podrá alcanzar?

Quedan algunas cuestiones por resolver.

¿No hay nada bello fuera del arte cristiano? No plegue a Dios que osemos afirmararlo. La naturaleza tiene sus bellezas, bien a menudo reflejo muy lejano de las perfecciones de su Autor. Cada ser tiene su razón de subsistir, su armonía y, por lo tanto, el tipo de belleza que le es propio. El arte puede apropiarse todo eso; pero si la meta del arte es volver a llevar, mediante las cosas externas, a los grandes y sublimes puntos de vista del mundo de las

inteligencias, que se nos conceda que la pintura de ciertos detalles domésticos o que el retrato de algunos animales puede darnos alguna satisfacción, pero no elevará nuestras almas.

No quiero despertar viejas querellas, y concedo que el arte antiguo llegó a una perfección de formas de la que estamos aún tan lejos como se quiera; no estoy hoy de humor para disputas. Pido solamente permiso para tomar dos de esas obras maestras del arte pagano: el Apolo y el Laocoonte del Belvedere; y después de haberles rendido el tributo de admiración que merecen, busco cuál es la moralidad de estas dos estatuas. Apolo acaba de matar al monstruo enviado por el furor de Juno contra Latona, Diana y él; lo ha vencido, y la alegría del triunfo y el sentimiento de su fuerza destellan en la pose y en todos los rasgos del joven dios. De hecho, ¿qué se esconde aquí? El hijo de la adúltera rechaza los ataques de la esposa legítima, irritada y abandonada del rey de los dioses; el derecho legítimo, poco atrayente, es vencido por el vigor y la gracia de las formas.

Frente al dios [Apolo], veo a su sacerdote que expira [Laocoonte]. Juno, que no ha podido vencer a Apolo con una sola serpiente, envía dos para tener mejor éxito contra el imprudente sacrificador que quiere frustrar la superchería del caballo de Troya. Uno tiembla al ver a los dos reptiles avanzar hacia Laocoonte. Helos ahí, están en la rivera, Laocoonte y sus dos hijos quedan atrapados en sus horribles nudos. ¡Oh! Hay algo de horrible en las convulsiones del padre y de sus dos niños, y hasta en los gritos que este mármol tan vivo no emite. Pero, una vez más, ¿cuál es el sentido moral de todo esto? Un sacerdote, perfecto hombre honesto, advierte a sus compatriotas de una trampa que va a ser la ruina de su ciudad. Una diosa, furiosa porque no se le ha dado el premio de la belleza, envía dos monstruos contra este ciudadano virtuoso; y el dios, que tan bien ha sabido matar a millares de griegos para otro de sus sacerdotes,



no sabe proteger a éste. Lo que hay de moral, de religioso, de divino en todo esto, no será yo quien me encargue de indicarlo.

Una estatua del arte antiguo, sin embargo, me ha encantado con una admiración sin reserva. A través de las galerías del Capitolio, se llega a una sala donde la vista, cansada de las numerosas representaciones de Antinoo, se reposa sobre un mármol iluminado por una luz que procede del Coliseo; se trata del Gladiador moribundo. Su cuerpo no ha sido aún retirado; está ahí, tendido sobre la arena; apoyado en un brazo, mira cómo la vida huye con su sangre; y en sus ojos que se apagan, uno cree percibir, bajo un velo de tristeza, un no sé qué rayo de esperanza.

Ignoro completamente el nombre del escultor y de la época en que el cincel hizo brotar del bloque semejante obra maestra; pero afirmo que el autor del Gladiador moribundo había visto expirar a cristianos y entendido algo de los grandes misterios del martirio.

4. El Verbo de toda belleza

¡Oh!, podéis exaltar cuanto queráis la perfección del arte griego; cuanto queráis, os concederé que posee la perfección de las formas externas y el don de expresar ciertos sentimientos naturales; pero lo que hace grande al hombre, lo que le recuerda su destino, lo que le acerca a Dios, lo que le impulsa a imitar al más sublime de los modelos, lo que coloca por encima de todas las bellezas de la tierra la belleza de las virtudes nacidas en el Calvario y del Sacrificio ofrecido a Dios por un Dios, sólo el arte cristiano lo revelará, sólo el arte cristiano lo podrá realizar.

¿Pero para qué perdernos en consideraciones sobre las inspiraciones que reproducen el mármol o los colores? No necesitamos preparar pintores o escultores; queremos

devolveros hijos que sepan hablar francés, y aquí las riquezas del arte cristiano son inagotables.

Así como Jesucristo es el modelo de toda virtud, lo mismo que es el principio de toda verdad, así también es la fuente de toda belleza, es el ideal y el tipo del arte por excelencia, si le consideramos como el Dios-Hombre, que inspira a los artistas que quieran reproducirle mediante la pintura o el mármol; pero lo es también de manera muy diversa para aquellos que persiguen la belleza de la palabra humana. ¿Qué noción más magnífica nos podemos hacer de ella si no es buscando su origen, de eco en eco, hasta en el seno mismo de Dios? ¿Queréis saber lo que es la palabra por excelencia? Escuchad: “En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios y la palabra era Dios” [Juan 1, 1].

He ahí, a la vez, el punto de partida de la teología católica y del arte cristiano de la palabra. Y si ahora queréis saber lo que es esta palabra, se os responderá que se trata del esplendor de la gloria divina, que es la forma, el revestimiento de la sustancia infinita. ¿Encontraréis algo más glorioso, más espléndido, más bello que la forma que Dios mismo ha querido darse hablándose eternamente a sí mismo y contemplándose en su amor infinito?

Pues bien, ésta es la palabra que “se ha encarnado de mil maneras mediante los patriarcas y los profetas, y que Dios ha dirigido al mundo en estos últimos tiempos mediante su propio Hijo” [Hebreos 1, 1-3]. “Ningún hombre habló jamás como este hombre” [Juan 7, 46], decían de él los emisarios de los fariseos. Esta palabra es la que después de los profetas han repetido los apóstoles; por ella han sido convertidos los pueblos. No se parece en nada, lo concedo, “a los acentos persuasivos de la sabiduría humana” [1 Corintios 2, 4]; ella adoptó incluso en los comienzos no sé qué dureza que la separaba bruscamente de la blandengue y sutil habilidad de los griegos; pero más tarde, cuando ya no hubo ne-

cesidad de probar que la Verdad había establecido su imperio en el mundo sin ningún auxilio humano, les fue permitido a los cristianos mostrar que nadie puede prestar a la verdad un vestido conveniente como quienes poseen la verdad divina.

Ahora bien, considerando las cosas en sí mismas, ¿dónde la palabra humana puede desarrollarse mejor que bajo la influencia de aquellas grandes y sublimes doctrinas enseñadas por Dios mismo al hombre? Hay aquí para el artista cristiano, si podemos servirnos de esta palabra desgraciadamente envilecida por ciertos abatimientos modernos, hay aquí como una perpetua desesperación: la desesperación de no poder llevar jamás el arte de la palabra humana tan alto como su ideal, ya que este ideal es Dios; y el estímulo de poder superar siempre a los que nos han precedido, ya que, entre lo que se ha hecho y lo que se puede hacer, está el abismo del Infinito. ¿Quién podrá expresar la fuerza, la majestad, la flexibilidad, la suavidad de esta palabra? ¿Quién dirá la tristeza de estos acentos frente a las miserias del hombre, el ardor de su esperanza saludando los bienes prometidos, su odio vigoroso al mal, su compasión por las almas débiles y caídas, su indignación frente a los provocadores al vicio? Todos los elementos del pensamiento humano vienen a ponerse a su disposición y le prestan su concurso, ya sea para instruir, amenazar o animar a los hombres, ya sea para celebrar las alabanzas de Dios.

Considerada desde este punto de vista, la palabra humana alcanza una altura que la hace digna de todo respeto; tiene derecho a un culto, y tal culto no es otra cosa que el trabajo y el cuidado para no profanarla por el contacto con el error.

Finalmente, y con estos pensamientos terminamos, todos no son igualmente capaces de llevar el arte de la palabra a la misma elevación. Sin duda se necesita una cierta inteligencia para explotar los tesoros que ella encierra;

sin duda se necesita un cierto entusiasmo para vivificar y poner en funcionamiento los diversos elementos que ella presenta a los obreros del pensamiento. Todos no han recibido la misión de ser poetas, oradores, escritores; pero mientras la humanidad no haya rodado, a fuerza de decaencias, hasta el fondo del abismo a donde le llevan las malas pasiones, será verdad decir que nada puede ayudar a dar a la palabra sus formas más admirables, sino la inspiración de un pensamiento divino o el sentimiento que inspira la defensa de la causa de Dios.

Y, para resumir, si el arte es la manifestación externa de lo bello que brota como de su fuente de las profundidades de lo verdadero y de lo bueno, entonces entre lo verdadero, el bien, lo bello y el arte hay una alianza íntima. Emplead el arte para otro fin que no sea el triunfo del bien o la propagación de la noción de lo verdadero, causaréis las perturbaciones más profundas en las regiones elevadas de la inteligencia.

Y he ahí el crimen de quienes han profanado el arte poniéndolo al servicio de las malas obras. ¡Son muy culpables esos hombres que profanan así el más hermoso don que Dios nos ha hecho en el orden natural! Pero, hay que decirlo también muy alto, ellos no se envilecen vendiendo su lengua o su pluma sino porque encuentran en la sociedad compradores tan viles como ellos.

Conclusión

Hijos míos, una de las metas principales de la instrucción que recibís aquí es la de haceros apreciar las bellezas del arte cristiano. Ya sea que no llevéis al terminar vuestra educación (y ésta será la parte de la mayoría) sino la facultad de sentir y de apreciar lo que es conforme o contrario a las leyes de lo bello; ya sea que, mejor dotados o más perseverantes, queráis vosotros mismos tratar de proseguir en algunas de sus manifestaciones el arte de la

palabra humana, recordad que torcer ciertos dones contra la verdad es una horrorosa profanación. Vergonzosos ejemplos de ello, lo sé, os son presentados todos los días. El crimen, por mucho que se multiplique sobre la tierra, no deja de ser crimen; y aunque algunas veces se haya visto a la justicia humana disminuir los castigos porque los delitos eran demasiado numerosos, que yo sepa la justicia divina nunca ha cedido todavía nada de sus derechos insultados.

¡Oh!, creedme, frente a esas inteligencias que no parecen encontrar su alegría sino en hacer servir al error y al mal aquello que Dios había hecho para la propagación del bien y de lo verdadero, tomad la resolución valiente de luchar, o bien mediante la nobleza de vuestras obras, o bien mediante la energía de vuestros juicios, contra estas seducciones tan fáciles y tan vergonzosas.

Que el arte cristiano sea siempre para vosotros una cosa santa, como todo cuanto toca a Dios mismo y a su imperio, y que nunca se os pueda reprochar el haber traicionado, so pretexto de culto al arte, la causa del bien y de la verdad.

(Discurso de distribución de premios, 1859).

**Nota sobre la cuestión de los estudios
y sobre la acción que la Santa Sede debe ejercer
por ellos en la Iglesia**

El Papa va a ser proclamado infalible. Este privilegio, coronación de su título de doctor universal, le planteará nuevos deberes y, entre otros, no sólo la obligación de condenar el error sino de enseñar y de hacer enseñar en toda la Iglesia la verdad. Bajo este aspecto quiero enfocar la cuestión de los estudios y, para establecer un cierto orden en lo que voy a decir, plantearé seis cuestiones:

1° Los derechos de la Iglesia sobre la enseñanza de las ciencias y la utilidad general que se seguiría si ella tomara la dirección de la misma.

2° Los motivos más específicos que deben llevar a la Santa Sede, en las presentes circunstancias, a apoderarse de la enseñanza.

3° Las razones muy particulares que tiene el Soberano Pontífice para vigilar, reformar y dirigir la enseñanza religiosa tal como se da hoy sobre todo en los seminarios.

4° ¿Qué medios debe emplear para establecer esta vigilancia, esta reforma y esta dirección en el mundo católico?

5° ¿En qué debe consistir la reforma de los estudios desde el punto de vista católico?

6° ¿Qué desarrollos hay que dar sucesivamente a una Universidad católica?

1° Los *derechos de la Iglesia* sobre la enseñanza de las ciencias y la utilidad general que se seguiría si ella tomara la alta dirección de la misma.

Esta primera cuestión no necesita desarrollo para las personas a las que se dirige esta nota. El derecho de la Iglesia reposa sobre las palabras de Nuestro Señor: *Euntes... docete* [id... enseñad] [Mateo 28, 19-20]. La enseñanza de la verdad implica la enseñanza de todo cuanto pueda contribuir a darla a conocer. Solamente, si estas líneas estuvieran destinadas al público, habría que mostrar cómo esta verdad es combatida: 1° mediante el monopolio gubernamental; 2° mediante la ciencia independiente alemana, 3° mediante el librepensamiento revolucionario; 4° mediante la tolerancia galicana. Pero *intelligenti pauca*.

2° Los *motivos más específicos* que deben llevar a la Santa Sede, en las presentes circunstancias, a apoderarse de la enseñanza.

En nombre de los derechos del Estado, se quieren enseñar todas las ciencias *laicas o laicizadas* y, por un respeto hipócrita de la Iglesia, se las quiere separar del elemento religioso. En el fondo, eso tiende nada menos que a hacer atea la enseñanza de las ciencias, y los resultados obtenidos por el espíritu revolucionario no hacen sino corroborarlo. Ahora bien, si la separación de la Iglesia y del Estado se realiza cada día, al menos hay que retirar el beneficio de que la Iglesia tenga el derecho legal a instruir a sus hijos y a darles una enseñanza completa: sea mediante universidades libres y vigiladas, dirigidas, fundadas; sea mediante escuelas de diversas clases, de modo que pueda ofrecer, mediante la superioridad de su enseñanza, el medio para los católicos de conseguir una verdadera superioridad intelectual sobre aquellos que sólo aspiran a recibir la ciencia separada del elemento religioso.

Cuando los Papas constituyeron las Congregaciones romanas, establecieron el Santo Oficio para defender en el seno de la Iglesia la verdad atacada por la herejía, y la Propaganda Fide para llevar la antorcha de la fe a los herejes y a los infieles. Después del Concilio del Vaticano, estas dos Congregaciones quieren ser completadas por una tercera, la Congregación de los Estudios, que no solamente protegerá la verdad como el Santo Oficio, sino que la extenderá, y no sólo fuera de la Iglesia, como la Propaganda, sino en su interior, frente a la enseñanza secularizada. Volveré dentro de un momento sobre este pensamiento.

3º Las *razones muy particulares* que tiene el Soberano Pontífice para vigilar, reformar y dirigir la enseñanza religiosa en todas partes donde sea dada en nombre de los obispos, sobre todo en los seminarios.

Después de las doctrinas emitidas por algunos obispos en el Concilio; después de la manera como se ha podido notar la ignorancia de algunos, el servilismo de otros o el mal espíritu de lo que llaman la minoría; después de

haber constatado la funesta influencia ejercida por ciertas Congregaciones religiosas en los seminarios que les están confiados; después de comprender la acción deletérea del Estado, la decadencia o el espíritu de rebelión y de herejía en muchas universidades, ¿no es evidente que en nombre de su título de doctor universal, infalible, encargado de confirmar a sus hermanos los obispos y de instruir a todos los pueblos, el Soberano Pontífice está obligado en primer lugar a informarse sobre el estado de los estudios en todo el mundo católico, y a emprender su reforma en todas partes donde están en peligro? ¿No es acaso evidente que a él corresponde no sólo indicar las reglas de la enseñanza elemental mediante el pequeño catecismo para el pueblo y para los niños, y la dirección que hay que dar a la instrucción para las clases de los católicos más instruidos, sino también asegurarse de que, después de lo sucedido en el Concilio, los obispos den en todas partes al clero la enseñanza católica tal como conviene transmitirla a los fieles en toda la Iglesia en los tiempos que corren?

Evidentemente, hay aquí todo un plan de combate que formular. Nos encontraremos frente a los gobiernos con sus desconfianzas, a los obispos con sus pretensiones y a las instituciones con sus costumbres establecidas; pero eso no es razón para desanimarse, si estamos decididos a aplicar el hierro a la herida.

4º ¿Qué *medios debe emplear* el Soberano Pontífice para establecer esta vigilancia, esta reforma, esta dirección y sobre todo esta iniciativa en cuanto a los estudios en el mundo católico?

A. Como decía hace un momento, el establecimiento de una Congregación general de los Estudios, formada por hombres venidos de todos los puntos donde se sabe que se dan abusos que hay que combatir, o algunas instituciones para laicos y para sacerdotes que hay que dirigir o reformar o fundar.

B. La creación de inspectores generales para los seminarios que irían a conferir los grados teológicos allí donde los obispos lo pidieran. Esto requeriría explicaciones muy fáciles de dar.

C. La preparación de informes presentados a la Congregación de los Estudios. Se podrían hacer por grupos para Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, España, América del Norte, América del Sur, la India y China, el Oriente que toca a África, el Oriente vecino de Rusia. Estos informes, comenzados lo más pronto posible y en oposición con los realizados por los obispos, llevarían al descubrimiento de muchos abusos y ayudarían a fijar el remedio y la dirección que dar.

5° ¿En qué debe consistir *la reforma* desde el punto de vista de la ciencia católica?

Esto nos llevaría muy lejos. Me limito a decir que el mal presente consiste en que mucha gente es católica como si no lo fuera y *viceversa* no son católicos aunque quieren conservar el nombre. De ellos se puede decir en este aspecto: *Nomen habes, quod vivas, et mortuus es* [Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto] [Apocalipsis 3, 1]. Para remediarlo es el espíritu católico romano el que hay que hacer penetrar en lo más profundo de las inteligencias mediante la enseñanza, para curarlos del espíritu revolucionario, liberal, separado, tal como existe en un montón de buenos espíritus enfermos, como se ha dicho muy bien, de herejía intelectual sin saberlo.

Hago notar que aquí no me ocupo de lo que tendrían que hacer los obispos. Tienen mucho que hacer, pero para decirlo me saldría del tema que me he propuesto.

6° Plan de *desarrollo* que hay que dar a una Universidad católica.

Esta última cuestión, a mi parecer, no está madura. Quiero hablar sólo de Francia. Encuentro gravísimos inconvenientes e inmensas dificultades para fundar uni-

versidades. ¿Mandarían los obispos alumnos allí donde ellos no serían los dueños? Si se envían alumnos a establecimientos como la casa de estudios superiores de la que Lyon ha sido amenazada en un momento, ¿qué desastre no sería para el espíritu católico? Si se prepara una Universidad libre en una diócesis cuyo obispo es de la oposición, ¿qué obstáculos no habría?

¿Es insoluble el problema? No lo creo, pero debe ser estudiado más seriamente de lo que yo he podido hacerlo hasta ahora.

Conclusión

De todo cuanto precede, resulta para mí que una de las más importantes cuestiones que hay que tratar después del Concilio, si no durante el Concilio, es la cuestión de los estudios. Es consecuencia inmediata del infalible magisterio del Soberano Pontífice, tal como va a ser proclamado. Es uno de los medios más poderosos, el *más vivo* quizá, para hacer penetrar la acción pontificia en todas partes donde penetrará la verdad católica; y en un tiempo de independencia y de rebelión en nombre de la conciencia, de la ciencia, del librepensamiento, en esta época de la Revolución en una palabra, es el medio más práctico, a mi ver, de hacer triunfar la acción pontificia en el mundo de las inteligencias, como en la Edad Media esta misma acción triunfó en el mundo de la política. Pero para ello importa en sumo grado que Roma no se detenga solamente en el elemento conservador de su misión. Es necesario que acepte el deber de una poderosa iniciativa y que el Papa infalible repita sin cesar a quienes están encargados de enseñar: *Euntes... docete*.

Nota de 1870

Delenda Carthago

Tras quince años de silencio, los redactores de la *Revue de l'Enseignement chrétien* retoman su tarea. He aquí por qué:

Las desgracias que Francia ha sufrido, las ruinas que se han producido, las reconstrucciones de nuevo necesarias, han obligado a los católicos a reflexionar, a agruparse, a poner en común sus esfuerzos. Una asociación les es indispensable para reclamar todos sus derechos.

Volveremos más tarde sobre esta Asociación, pero ya sabemos qué adversarios se oponen ante todo a nuestros deseos más legítimos.

El enemigo más terrible de la Roma pagana fue Carthago; y el Senado no tuvo descanso hasta que esta rival, largo tiempo invencible, fue reducida a cenizas.

Entre nosotros, la mayor enemiga de la Roma cristiana, de la Iglesia, es la Universidad, y por eso venimos a lanzar el grito: *Delenda Cartago...*

...Combatir la Universidad, derribarla, si es posible, por los medios que da la ley;

Ayudar a la fundación de universidades católicas;

Ofrecer un centro de acciones y de correspondencias, tanto privadas como públicas, a quienes quieran ocuparse de esta inmensa cuestión;

Tomar como punto de partida la enseñanza de la Iglesia; como apoyo, la dirección de Roma y de los monseñores obispos que quieran bendecirnos;

En cuanto a la elección de los medios, suscitar todas las propuestas útiles que se produzcan, y a propósito de estas propuestas diversas, provocar correspondencias, objeciones, controversias pacíficas....

Revue de l'Enseignement chrétien, 2ª serie, 1871.

Contra el monopolio de los programas

...¿De qué pretexto se sirven para borrar las cuestiones religiosas del programa de bachillerato? Se dice: el Estado debe la enseñanza a todos; ahora bien, existen divergencias sobre la religión; suprimamos lo más posible aquello que no hace sino dividir. ¡Maravilloso! Pero se olvida que en materia de enseñanza la idea que debe dominar es la primera de las ideas: es Dios. Excluís a Dios en cuanto de vosotros depende; por lo tanto, en cuanto de vosotros depende, excluís la primera de las ideas, el primer principio. Heos ahí condenados a una enseñanza sin principios, ya que rechazáis el primero de todos. Pero la idea de Dios, del primer principio, no es una pura abstracción, sino una verdad de la que se siguen todas las otras verdades esenciales, lo que, en materia de enseñanza, ya es mucho. Para los cristianos, este primer principio de las ideas y de todas las verdades teóricas es al mismo tiempo la base de todas las verdades morales, y el hombre moral no subsiste sino con la condición de estar penetrado por ellas. Al suprimir a Dios, quitáis de la enseñanza la base de la moral cristiana, ¿y pretendéis que esto no es nada? Tanto más cuanto que para nosotros, católicos, dejar a Dios de lado es un crimen: “Amarás al Señor, tu Dios”, le fue dicho a Moisés; está al inicio de la antigua ley. “Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a él adorarás” [Mateo 4, 10], ha sido repetido por Jesucristo, hablándole al diablo para ponerlo en fuga –notad este detalle– y Satanás huyó. Satanás, que en nuestros días quiere quedarse en la enseñanza, propone que no se hable allí de Dios; Satanás es muy lógico: sólo que parte de los principios del infierno.

Nosotros que no tenemos, para esta especie de principios, un excesivo entusiasmo y que nos preocupamos poco de ser compañeros del diablo y de mantener buenas relaciones con él, tratamos de poner a Dios en todas

partes: “Ya comáis, ya bebáis, todo cuanto hagáis, hacedlo todo en el nombre de Nuestro Señor” [Colosenses 3, 17], dice San Pablo, y preferimos la sociedad de Dios a la del príncipe de este mundo. Tanto más cuanto que no hay en esto solamente utilidad, conveniencia o lógica: hay *obligación*. Estamos obligados, si tenemos fe, de poner a Dios en el origen de todo, en medio de todo, al final de todo. Y este destierro desdeñoso, que la pretendida ciencia moderna le inflige, es una de las más horribles infamias que hayan visto jamás los siglos; infamia tal que no se necesita ser muy hábil para prever un castigo terrible, tanto para quienes lo han cometido como para quienes han participado de él. Mirad: se trata todavía, después de diecinueve siglos, del grito de los judíos frente a Jesucristo: “¿No tenemos más rey que el César!” [Juan 19, 15]. Jesucristo es el Hombre-Dios; el César es el Hombre-Estado, a la espera de que sea el Estado-Dios.

Algún día será un hermoso tema de estudio establecer las sinuosidades a través de las que la Universidad ha deslizado sus ondulados pliegues, para llegar a la supresión de Dios de arriba abajo de la enseñanza. Pero observad cómo empieza por arriba. Razón de más para exigir nuestros derechos por arriba con tanta o más insistencia como por abajo. Estamos ante un momento solemne de la lucha entre el bien y el mal. ¿Seguirá siendo Dios el poseedor, no diré de todas las almas francesas, sino al menos de las almas católicas? ¿Será Dios desterrado del mundo, de la ciencia, de las inteligencias, de la sociedad, no mediante ataques directos sino que a través de la enseñanza que le suprime, en apariencia por cortesía, pero en el fondo con la más horrible hipocresía que quiere obligarle a no existir ni para la creación ni para cuanto ésta encierra? He ahí el problema sacrílego que se encierra detrás de la Universidad dueña de la enseñanza superior, secundaria y primaria, mediante

los programas cuyo monopolio exclusivo se reserva la Universidad...

*Carta abierta a Louis Veillot
Revue de l'Enseignement Chrétien, 1873.*

Proyecto de un diario católico

Al P. Emmanuel Bailly

...Quisiera que antes de abandonar Le Vigan, usted hiciera el programa de un diario católico, para que apareciera el primero de enero. Habría que explicar: 1° que somos católicos ante todo; 2° que no somos un partido político; 3° que sin embargo somos un partido político en el sentido de que, como católicos, queremos nuestro lugar a pleno sol, dispuestos a tender nuestra mano a todos los hombres honrados de todos los partidos, dispuestos a respetar sus opiniones con la condición de que respeten nuestros principios. En cuanto a las formas políticas, creemos que habrá espantosos disturbios europeos y el triunfo más o menos lejano de la democracia. Puesto que ya no existe la aristocracia, quisiéramos que la burguesía de algunos grandes centros, haciéndonos comprender hacia donde la burguesía... sobre todo hay que dirigirse al pueblo (¿?). Me vienen a interrumpir.

Pensad en la predicación de las ideas católicas que hay que hacer penetrar en la sociedad. Sin salir de casa, tendréis un auditorio que no siempre viene al sermón y que poco a poco, con el estilo de las tres primeras páginas de vuestra carta, les haréis tragar muchas cosas. Le encomiendo esta idea.

5 de diciembre de 1870

Necesidad de una Prensa Popular Medios para fundarla

En este momento el clericalismo, es decir el clero, es atacado sin tregua; hay que defenderlo. Los religiosos y las religiosas son expulsados de las escuelas, hay que procurarles otras nuevas y crearles un presupuesto. Las obras católicas están amenazadas en su existencia, hay que afianzarlas.

Si se logra hacer subsistir todas estas instituciones fuera del Estado, que se separa de ellas, se les da un poder inmenso, pero hay que vivir.

¿Cómo? Interesándose por su vida.

¿Y el medio para hacerlas amar y socorrerlas?

Mediante una prensa popular.

¿Cómo tener esa prensa?

Ya tenemos un ejemplo, *el Pèlerin*, que edita 60.000 ejemplares, *ab actu ad posse valet consecutio* [del hecho al poder está el conseguirlo].

Sin embargo, estos medios han de ser estudiados, pero estoy convencido de que no es imposible encontrarlos.

Nota de 1878

Sobre la Prensa católica

Es inútil hablar de un montón de fracasos: La *Liberté pour tous*, periódico que contenía algunos errores sin darse cuenta; la *Revue de l'Enseignement chrétien*, en la que un doctor de Salamanca ha encontrado herejías, según nos aseguran; el *Pèlerin*, el *Bulletin des Oeuvres ouvrières*, donde algunos de los nuestros vierten ríos de tinta y de elocuencia. Todo eso está muy bien, pero sentimos que se necesita más, mucho más, mil veces más. Sólo que no somos muy fuertes, tenemos deseos, *et non venerunt ad partum* [que no llegaron al parto]. ¡Qué lástima!

Pero qué, ¿no hay nada que hacer? Frente a las sociedades secretas, ¿no hay ninguna acción que ejercer?

Nota de 1878

II

Frente a las Sociedades secretas al servicio de la Revolución, a partir de 1870-1871, el P. d'Alzon piensa en una amplia organización, bajo la alta dirección de la jerarquía, que ya entonces llama la Acción Católica. Esta Acción Católica tendría como animadores espirituales a sacerdotes y religiosos; como clavijas maestras a católicos fuertemente impregnados y en lo posible adscritos, para sostener su fervor apostólico y su vida espiritual, a diversas Órdenes Terceras. Muy unida en su meta y en su esfuerzo, se hubiera desplegado, según las necesidades de las almas y de las categorías de fieles, en numerosas asociaciones y obras de caridad o de propaganda.

Prácticamente no había miseria espiritual en Nimes que el P. d'Alzon no tratara de socorrer por sí mismo o por los suyos, religiosos, religiosas o terciarios. Según un estado de la Congregación establecido en 1874, la Asunción, con sus 63 religiosos, se ocupaba, en 14 casas de obras o de residencia, de 92 obras de las cuales 54 con fines diferentes.

ORDEN TERCERA de los Agustinos de la Asunción¹⁾

META. – Una vida más perfecta y como intermedia entre la de los cristianos y la de los religiosos, – el apoyo que se encuentra en una asociación cuyos miembros se sostienen recíprocamente en el fervor, – el pensamiento de ofrecer a la Iglesia, para defenderla, una organización análoga a la de las sociedades secretas, que intentan derribarla, – la importancia de acrecentar las fuerzas del

¹⁾ Este documento y el siguiente acompañaban a la circular sobre las Órdenes Terceras, dirigida a los miembros del Capítulo General de 1876 (pág. 202).

bien frente al mal, tan poderoso hoy, – tales son las intenciones que han presidido a la formación de nuestra Orden Tercera, y que se resumen en esta palabra: extensión del Reino de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso hemos tomado como divisa esta palabra de la oración dominical: *Adveniat regnum tuum.*

A la espera de que estos pensamientos sean desarrollados especialmente para los Terciarios, se encontrará un comentario de los mismos en el Directorio de los Religiosos de la Asunción. La Iglesia, que sin cesar tiene que librar nuevos combates, necesita continuamente nuevas tropas y, fuera de su inmutable organización, convoca a su alrededor al mayor número posible de combatientes. La característica de nuestra pequeña Sociedad es una mayor energía en el bien, una disposición para la vida de sacrificio más generosa, un mayor espíritu de franqueza y de iniciativa y la tendencia a juzgar las cosas desde el punto de vista sobrenatural.

ADMISIÓN. – Se necesita ser presentado por un religioso de la orden o por un Terciario.

El Director, solo, admite al Postulantado. Más tarde, para la admisión al Noviciado y a la Profesión, se necesita el sufragio del Consejo.

Para ser admitido se debe tener: 1º una cierta instrucción; – 2º un carácter fácil para las relaciones de la vida; – 3º un verdadero deseo de la perfección según su estado; – 4º la posibilidad de ocuparse de las obras de la Asociación.

Una vez recogidas cuidadosamente las informaciones, si son buenas, se le presenta al Noviciado. Lo mismo para la Profesión. El Director proporciona por sí mismo o por medio de personas capaces, los informes apropiados para esclarecer al Consejo.

El novicio admitido es formado mediante ciertas pruebas; éstas serán fijadas por las Reglas.

El Noviciado dura al menos un año. – La Profesión se renueva cada año.

El signo distintivo es un crucifijo, que uno se quitará lo menos posible.

Por la Profesión, uno se compromete a vivir una vida más exigente, a retomar de los votos de religión, aunque sin obligación, lo que puede asumir una persona que vive en el mundo en lo referente a pobreza, castidad y obediencia.

La pobreza lucha contra la inclinación al bienestar y al lujo; – la castidad tiene sus reglas incluso en el matrimonio; – la obediencia de espíritu favorece mediante el sacrificio de la voluntad el desarrollo de las buenas obras, y aunque nadie puede ser obligado a ninguna de ellas, tiene la obligación solamente de no emprender ninguna obra nueva sin permiso.

PRÁCTICAS. – Cada día – media hora o al menos un cuarto de hora de oración mental, – media hora de lectura seria, – un capítulo del *Nuevo Testamento*, – el examen de la noche; – un día de retiro al mes; – cuatro comuniones especiales al año: por Navidad, en la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, en la fiesta del Corpus, en la Asunción.

Se huirá de las fiestas del mundo, los bailes, los espectáculos.

Se practicará la mayor caridad hacia los enfermos.

Se rezará con afecto por los difuntos.

Se adquirirá un *diurnal* para recitar, del Oficio de la Iglesia, si se puede, las Horas del día, al menos Prima, Vísperas y Completas.

ORGANIZACIÓN. – Será muy sencilla: Un Director religioso, seis consejeros, que se repartirán los empleos.

Las reuniones tendrán lugar, en lo posible, cada quince días, cada ocho días si se puede. En ellas se dará una instrucción; se conversará con toda sencillez sobre el estado

de la Orden Tercera, de sus progresos y desfallecimientos y de los medios para despertar el fervor.

ACCIÓN. – Después de haberse ocupado de su santificación personal, los Terciarios se ocuparán, mediante todas las buenas obras posibles, –enseñanza, propaganda, evangelización popular–, de reconducir a Jesucristo a tantas almas descarriadas. *Messis quidem multa, operarii autem pauci* [La mies es mucha, y los obreros pocos] [Lucas 10, 2]: esta palabra del divino Maestro nunca ha sido tan oportuna. Se necesita, pues, rezar mucho, para que un gran número de obreros se entreguen al trabajo necesario para llevar toda la cosecha a los graneros del Padre de familia.

Nota

Este proyecto de Reglamento ha sido reducido todo lo posible; sería quizá útil desarrollarlo: a ello se invita a los miembros del Capítulo General.

Examinar si, en lugar de Orden Tercera, no sería mejor ponerle como título: Asociación de San Agustín.

Se ruega insistentemente exponer todas las ideas correlativas con la nuestra y capaces de mejorarla.

El P. Picard, en sus momentos de soledad, ¿no podría redactar un Directorio? Le enviaríamos las ideas más o menos fecundas de cada uno.

REGLA

de la Orden Tercera de los Sacerdotes de la Asunción

Fuera de la Familia de los Agustinos de la Asunción, se constituye una Orden Tercera integrada por sacerdotes que deseen llevar en el mundo una vida más perfecta.

META. – Adquirir toda la perfección del estado eclesiástico en las funciones del ministerio, – practicar lo más generosamente posible todas las virtudes sacerdotales, – procurar la extensión del Reino de Jesucristo en las almas mediante las distintas obras de apostolado.

ESPIRITU DE LA ASOCIACIÓN. – El amor más ardiente a Nuestro Señor Jesucristo, a María, su madre, a la Iglesia, su esposa. – Este triple amor se manifiesta mediante la consagración a la causa de Jesucristo, quien desterrado de todas partes, debe retomar su imperio en todas partes, – mediante la filial imitación de las virtudes de María, modelo de la vida interior, – mediante la entrega más desinteresada al triunfo de los derechos de la Iglesia, de su enseñanza, de sus leyes, de sus obras.

Las tres virtudes principales son el espíritu de fe, el espíritu de sacrificio, el espíritu de iniciativa. – La fe rechaza las ideas humanas; el sacrificio acepta todas las oposiciones y todos los sufrimientos; la iniciativa combate la indolencia, la pereza y las cobardías del egoísmo.

LA ADMISIÓN. – Se es admitido bajo la presentación de los Religiosos de la Asunción o de los miembros de la Orden Tercera.

El Director, solo, puede admitir al Postulantado.

Se necesita, para la admisión al Noviciado, los dos tercios de los votos de los consejeros.

Los postulantes y novicios dan cuenta de sus disposiciones al Director o al Maestro de novicios.

Sobre los postulantes se recogen las informaciones necesarias para saber si son aptos para formar parte de la Orden Tercera.

Los postulantes y novicios asisten a los ejercicios comunes de los profesos, excepto al Capítulo de culpas.

La profesión no implica los votos, sino una simple promesa de seguir durante un año la Regla de la Orden Tercera.

Después de cinco años, se puede hacer una profesión perpetua.

El signo de la admisión es un crucifijo entregado en el momento de la profesión.

El Director puede admitir individualmente a la práctica de la Regla. Pero no se forma parte de una Confraternidad sino en la medida en que se ha sido admitido por el Consejo y tras un noviciado ordinario.

Sin embargo, si en un país se encuentran varios Terciarios aislados, con la autorización del Superior General podrían ser erigidos en Confraternidad.

OBLIGACIONES. – Por la profesión, los Asociados se comprometen:

1º a la obediencia entendida así: como sacerdotes, la más completa obediencia a su obispo para todos los empleos, misiones, obras que les confíe; – como asociados, obediencia al Director para su vida interior, reglamento personal, obras de supererogación, de tal manera que no puedan ser forzados a emprender ninguna a pesar suyo, pero que tampoco emprendan ninguna sin permiso.

2º a la pobreza mediante la sencillez en su alojamiento, vestimenta y comidas. – Pedirán permiso para cenar en la ciudad y viajar. – Trabajarán con la intención de ganar su vida como pobres. Podrán someter al Director su presupuesto anual.

3º La castidad de su sacerdocio les será particularmente apreciada. – El Director está especialmente obligado a advertirlos de cualquier imprudencia cometida por ellos, o de hacérsela advertir según la prudencia.

Además del compromiso de la profesión, los Terciarios podrán hacer el voto de practicar las tres virtudes de religión; pero este voto se hace en particular.

PRÁCTICAS. – La oración, el rosario, la lectura espiritual, el examen particular, la visita al Santísimo Sacramento se combinarán en el reglamento especial, adaptado a la situación de cada Terciario.

Se ayunará, en lo posible, una vez por semana.

Un asociado, al abandonar una ciudad, no deja de pertenecer a la Orden Tercera de esta ciudad.

Se procurará con la mayor caridad visitar a los hermanos enfermos. Se les advertirá en caso de peligro. – Este último punto es uno de los más esenciales de la Asociación.

Cuando muera un Terciario, los asociados dicen una vez el oficio de difuntos y una misa por el reposo de su alma.

Además de estas reglas, los Terciarios pueden acercarse en su vida a los Agustinos de la Asunción, cuyo Directorio y las Reglas comunes estarán a su disposición.

ORGANIZACIÓN. – La Orden Tercera está gobernada por un Director, un Maestro de novicios y un Consejo, cuyos miembros son fijados según el número de los asociados.

El Director otorga las dispensas necesarias.

REUNIONES. – Las reuniones tienen lugar en lo posible cada ocho días. – Se recita en común una hora menor o vísperas; se escucha una instrucción, se hace el capítulo de culpas de las faltas contra la regla y, si quieren conversar, se reúnen fuera de la capilla.

BUENAS OBRAS. – Ya que la meta de la Orden Tercera es la realización de la divisa: *Adveniat regnum tuum*, los Hermanos deben dedicarse a las obras apostólicas que mejor puedan contribuir a ello. No se especifica ninguna; se admiten todas. – Hay que entregarse a ellas con un desinterés tal que se esté siempre dispuesto a ceder a otro el bien comenzado por nosotros. Así se debe practicar sin

espíritu propio la propaganda católica, tan necesaria en nuestros días.

Los Terciarios recordarán sin cesar que sus primeros deberes son los de su estado y que, antes de dedicarse a las obras de supererogación, deben asegurarse de que las obras impuestas por su primer Superior, el Obispo, han sido cumplidas por ellos.

Así, conservando el orden establecido, harán en primer lugar lo que es obligatorio y luego lo aconsejado.

Asociación para la defensa de la Iglesia católica

Un gran combate se libra hoy en el mundo entre la Iglesia católica y la Revolución. La Revolución se propone abiertamente derribar la Iglesia, el reino de Jesucristo sobre la tierra. Es la guerra de Satanás contra Dios.

La Iglesia tiene su organización, su clero, sus asociaciones. La Revolución tiene su organización, la francmasonería y todas las sociedades secretas que con ella se relacionan.

La Iglesia tiene sus principales medios de acción, la oración y la palabra, *oratio et ministerium verbi*. La francmasonería también tiene sus medios de acción, no la oración sino su culto, el culto de las pasiones que hunden al hombre en el fango, con el fin de apartarle de modo seguro del orden sobrenatural en que encontraba a Dios.

La Iglesia tiende al triunfo del espíritu, la Revolución al triunfo de los sentidos mediante la rehabilitación de la materia. Y Satanás está detrás de este barro, como estaba detrás de la manzana del paraíso terrenal.

La Iglesia y la francmasonería tienen sobre todo a su servicio la palabra. La palabra de la francmasonería, mediante los periódicos, los malos libros, la enseñanza, los discursos y ciertas leyes, toma cada día proporciones más

espantosas. La Iglesia también tiene su palabra, pero hay una gravísima cuestión que hay que examinar: si es todo lo que ella debería ser, y si no se debe recomendar a sus ministros que no sean de los que San Pablo dice que son *adulterantes verbum Dei* [los que falsean la Palabra de Dios] [2 Corintios 4, 2].

Por un lado, las masas se van pervirtiendo cada día más; por otro, el mundo no nos presenta ya una sola nación, una sola sociedad, que sea cristiana. El escepticismo está en la base de todos los Estados. ¿No sería tiempo para la Iglesia de intentar recuperar sus derechos trabajando por apoderarse de las masas, en las que el poder tiende cada vez más a descender? ¿No sería el momento de organizar contra la Revolución y sus doctrinas, contra la francmasonería y sus planes de campaña, bajo la protección del Papa y de los obispos, una Asociación que tomara el contrapíe de todas las combinaciones inspiradas por el infierno?

1. La francmasonería actúa mediante la prensa. Contra la mala prensa, ¿por qué no organizar y desarrollar la buena?

2. La francmasonería actúa mediante la enseñanza, sobre todo la enseñanza del Estado. ¿Por qué la cuestión de la enseñanza, y de la enseñanza libre y católica, no sería estudiada bajo todas sus facetas y por qué las diversas soluciones prácticas no serían aplicadas bajo todas sus formas?

3. La francmasonería adula las pasiones carnales: ése es su culto. Nos esforzaríamos por atraer a los pueblos hacia los esplendores y las alegrías del culto católico y de darles el sentido de la oración y los consuelos de la esperanza de un mundo mejor.

4. La francmasonería tiene sus reuniones, en las que se enseña y practica la ciencia de la perversión. Se multiplicarían las misiones, los ejercicios espirituales y las asociaciones piadosas y caritativas.

5. La francmasonería trata de penetrar en las masas, cuyas necesidades son su gran preocupación. Nos ocuparíamos de toda obra que tendiera a mejorar la suerte del pueblo haciendo cristianas sus costumbres.

6. La francmasonería zapa la influencia de la Iglesia despojándola de sus bienes. Propagaríamos toda obra capaz de procurar recursos más abundantes a la Santa Sede, a las misiones interiores o extranjeras, a los establecimientos de instrucción, a las obras populares, a la difusión de las publicaciones católicas. Pero, se dirá, eso ya se está haciendo. Sin duda, pero sin aquel conjunto y aquella unidad que multiplica por diez sus resultados.

Una Asociación, cuyos miembros se comprometerían a trabajar en común por el triunfo de la Iglesia con los medios indicados más arriba, daría evidentemente resultados fecundos al cabo de algunos años de perseverancia y de un desarrollo fácil de suponer. Si estas ideas madre fueran adoptadas, cada una de las partes del plan general sería estudiada por separado y sería objeto de notas especiales.

Se colocaría la Asociación bajo la protección: 1º de María triunfante en los cielos y cuya Asunción condena la negación del alma y las afirmaciones del materialismo moderno; 2º de San Miguel, jefe de los ejércitos celestiales; 3º de San Pedro, fundamento incommovible de la Iglesia que quiere derribar la Revolución.

Nota de 1871

Liga de los Derechos de Dios

Artículo primero. — Una Asociación católica se forma bajo el título de: *Liga de los Derechos de Dios*.

Art. 2. La meta es combatir los ataques del librepensamiento, de la moral independiente y de las sociedades

secretas contra las verdades reveladas, la Ley de Dios, la Iglesia, en una palabra, contra los derechos de Dios en toda se plenitud.

Art. 3. Toma como divisa el grito del Arcángel derribando la tropa de los demonios: *Quis ut Deus?* [¿Quién como Dios?].

Art. 4. Sus fiestas son las de la Inmaculada Concepción cuyo misterio nos ofrece el fruto más admirable de la humanidad regenerada por Jesucristo, y el más magnífico florecimiento del orden sobrenatural; de San Miguel, el príncipe de las milicias celestiales y el vencedor de Satanás; de San Pedro, el primer vicario de Nuestro Señor sobre la tierra y la base inquebrantable de su Iglesia.

Art. 5. Los medios de la Liga son: 1º la oración; 2º la frecuentación de los sacramentos; 3º todos los trabajos de propaganda católica que se puedan oponer a todas las especies de propaganda impía que tienden a arruinar la fe.

Art. 6. El espíritu de la Liga no es otro sino el espíritu de celo en todas las aplicaciones a la causa de Dios y de la Iglesia.

Art. 7. La organización consiste en la formación de Comités en todos los sitios donde sean posibles. Cada Comité se desarrollará conforme a los medios que la ley civil permite. En cada ciudad en que la Liga se establezca, se forma un Comité con reglamentos adaptados a las circunstancias locales.

Art. 8. Frente a las Sociedades secretas de las que uno de los más poderosos medios consiste en actuar en las tinieblas, una condición esencial de la Liga de los Derechos de Dios es la de no actuar nunca sino a plena luz.

Fórmula para pronunciar en la Comunión de admisión:

“En presencia de la Santísima Trinidad y de Nuestro Señor a quien adoro en esta Hostia, me comprometo a defender con todas mis fuerzas los derechos de Dios atacados y a la santa Iglesia católica”.

1872

Sermón de clausura del Congreso católico
(Iglesia de los Carmelitas, 7 de abril de 1872)

Pax vobis

Señores, ¡qué adioses más oportunos que las palabras tomadas del Evangelio de este día podría yo dirigiros al término de estos trabajos fecundos, así lo pienso, y donde nuestra unión se ha mostrado tan grande! Los apóstoles unidos en el Cenáculo, en lo que yo osaría llamar el primero de los congresos, estaban tristes por la separación de su Maestro; y él, para consolarlos, se les aparece milagrosamente y les dice estas sencillas palabras: La paz esté con vosotros. Las tomo de los labios del Salvador para dirigiros, a mi vez: *Pax vobis*. ¡Que esta paz sea el fruto de vuestros trabajos pasados y la meta de vuestros trabajos futuros!

¡La paz esté con vosotros! Con vosotros en primer lugar, pero también con los otros, porque al separarnos tenemos una gran misión de pacificación que cumplir. Ahora bien, dejadme deciroslo, el secreto de esta paz lo encontraréis para vosotros y para los demás en la fe, la esperanza y la caridad.

Para vosotros en primer lugar: Sed hombres de fe, caminad en esta luz que hace ver los acontecimientos y los deberes como Dios mismo los considera. Sed sobre todo hijos de la verdad, aferraos desde el fondo de vuestro co-

razón a los principios y huid de la *manía de los expedientes*. Que vuestra vida entera, regulada por la doctrina del Salvador, tenga las santas audacias suyas, sus virtudes y su fecundidad. Tened la paz en la verdad.

Tened la paz en la esperanza. ¿Qué es lo que perturba a los hombres la mayoría de las veces? ¿Acaso no son las delicias de la tierra? Mediante la esperanza os elevaréis más alto. No pediréis la felicidad a aquello que pasa, tendréis la ambición de lo que es eterno y, por lo tanto, las cosas temporales, las vanas disputas de los hombres os perturbarán poco. Estando vuestro tesoro en el cielo, no daréis importancia a las ventajas de un día y seréis hombres pacíficos, porque la paz de Jesucristo resucitado os enseñará a no buscar más que lo que está arriba, a saborear solamente lo que está arriba: *Quae sursum sunt, quaerite...*, *quae sursum sunt, sapite, non quae super terram* [Buscad las cosas de arriba..., aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra] [Colosenses 3, 1-2].

Tened la paz en la caridad. Amad a Dios, ¡Que sólo él llene vuestros corazones, que sea vuestro móvil, vuestra vida, vuestro todo! Comprended la grandeza del trato con Dios, y de esta unión maravillosa a la que el Creador quiere elevar a la criatura. Allí encontraréis la única paz, la paz de Dios: *pax Dei quae exsuperat omnem sensum* [La paz de Dios, que supera todo conocimiento] [Filipenses 4, 7].

Os deseo: *la paz para los demás*. Todo cuanto viene de Dios es un bien, cuyo privilegio consiste en que no disminuye al ser compartido. Vuestra fe, vuestra esperanza, vuestra caridad se acrecentarán en la medida en que las comuniquéis a vuestros hermanos. Id, pues, y llevadles la fe. El mundo perece en las tinieblas del error y de la mentira; salvadlo devolviéndole la luz, dándole la verdad mediante vuestras palabras y sobre todo mediante vuestros ejemplos. Que vuestra vida sea una perpetua predicación de la fe, y también vosotros seréis apóstoles, a quien Jesucristo vendrá a decir: *Pax vobis*. Y, lo sabemos,

los deseos de Jesucristo se transforman en realidad para quienes le aman.

Dad la paz a los demás. La esperanza os lleva a despreciar los bienes terrestres. Sed generosos sobre todo con el pobre, y la limosna que el desdén por las riquezas hará más abundante en vuestras manos, en primer lugar apaciguará sus cóleras tan acumuladas, luego le dispondrá para aceptar su indigencia, cuando vea que os despojáis en su favor. Cuanto más deis, más comprenderá que la felicidad no se encuentra en el oro, y le enseñaréis el deseo de los bienes de arriba mostrándole que no os apegáis a los goces terrenos. En este aspecto vuestra misión es admirable, porque tenéis la última palabra de la reconciliación posible entre los que tienen mucho y los que no tienen nada.

Finalmente, os deseo que deis la paz en la caridad. Sois hombres de buenas obras, Señores, pero las buenas obras se llevan a cabo de muchas maneras. Al venir a hablar poco de las que habéis llevado a cabo y mucho de las que se presentan para ser hechas, habéis realizado un acto de humildad y de buena voluntad. Sí, el campo es amplio; proseguid vuestras santas tradiciones del bien por amor de Dios. A medida que los odios suben por alguna parte, como las olas de la tempestad, recordad que las aguas de ningún mar furioso han podido apagar la caridad: *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem...* [Grandes aguas no pueden apagar el amor] [Cantar de los Cantares 8, 7]. Acrecentadla, por el contrario, cada día, mediante nuevas invenciones, llevadla por todas partes desde el centro de Francia y hasta sus extremidades. Sí, en todas partes donde el odio del revolucionario se haga notar, que la caridad del católico se muestre mayor aún; ¡que las armas del infierno sean vencidas por las armas del cielo! Y así como, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor os deseo la paz, así podréis no solamente desearla, sino dársela a los demás.

Al separarnos, recordad que pocos días después de la visita de Jesús, los apóstoles que habían visto a su Maestro

subir al cielo, habían invitado a María, su madre, a permanecer en medio de ellos. Haced como los apóstoles, invitad a María a presidir vuestros futuros esfuerzos, poneos especialmente bajo su protección. Prodigios muy recientes nos prueban cuál es su constante poder. Invocadla y mediante ella transformaréis vuestros trabajos en milagros.

A las Conferencias de San Vicente de Paúl de Nimes y de Montpellier¹⁾

*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala
liberabit eum Dominus*

[¡Dichoso el que cuida del débil y del pobre!
En día de desgracia le libera el Señor] [Salmo 41, 2].

Señores,

Ya es una prueba de caridad inteligente venir a reanimar vuestro celo por los pobres en un santuario consagrado a una Virgen, que por sus antepasados era hija de reyes, que por su Hijo es reina del cielo y de la tierra, y que sin embargo ha pasado su vida, la más santa de todas, en la indigencia y en la pobreza. Permitidme saludaros ante todo aplicándoos las palabras de mi texto: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*. Feliz quien entiendo los misterios del indigente y del pobre.

La inteligencia de la caridad Esta inteligencia de la caridad, la manifestáis además viniendo a rezar, vosotros miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en una capilla restaurada por la piedad de las hijas de vuestro patrono,

¹⁾ En la Peregrinación a Prime-Combe, el 7 de mayo de 1876 (según una copia).

y confiada a sus hijos continuadores de sus virtudes bajo un manto de humildad que les ha dejado caer, así parece, desde el cielo. Venid, Señores, con estos pensamientos de piadosa devoción tanto hacia María como a San Vicente de Paúl, y pedid las luces que necesita vuestro celo para llevar a cabo las grandes cosas que os son requeridas; porque a la caridad necesitamos añadir, para socorrer a los pobres, la inteligencia de los santos y llegar así a evitar, en los días malos que nos amenazan, los males que han preparado los odios explotados diabólicamente entre aquellos que nada tienen contra los que poseen. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.* Feliz quien entiende los misterios del indigente y del pobre, en el día malo Dios lo librá.

Los malos tiempos Sí, los peligros son grandes, tanto más grandes cuanto que no se quieren ver las causas y que los sabios del día parecen complacerse en acrecentarlos, como los médicos ignorantes que aumentan la intensidad de la enfermedad y aceleran el último día mediante los remedios envenenados que prescriben y el modo como los aplican.

¿Queréis permitirme, Señores, deciros todo lo que pienso sobre uno de vuestros grandes deberes en los tiempos presentes? Derramáis abundantes limosnas en el regazo de los pobres, les tendéis la mano, los visitáis, los consoláis, tratáis de fundar establecimientos donde la infancia sea protegida o donde la vejez y la enfermedad estén al abrigo de la miseria. Y sin embargo, ¿qué sucede para que de un extremo al otro de Francia, la envidia y los celos de los proletarios contra los ricos acumulen furores, tras los cuales los grandes jefes de la industria, pese a una largueza real en las buenas obras, creen adivinar la guerra civil? Queremos creer que se equivocan, pero es necesario que espectáculos muy sombríos se ha-

yan presentado a sus ojos, para que hayan manifestado semejantes temores.

El pobre, el proletario está descontento; está lleno de rencor. De nada sirve escribir en el frontispicio de nuestros monumentos: Igualdad, Libertad; la Fraternidad es nula para él y la rechaza. ¿Por qué? Buscad. En el fondo quiere más de lo que tiene y quiere tener para disfrutar. ¿Y de dónde le ha venido esa sed revolucionaria de disfrutar? Le ha venido en primer lugar de los ejemplos funestos que le han sido dados por aquellos que han escondido sus placeres excesivos, su lujo, sus malas pasiones detrás del abandono de sus deberes religiosos y de un escepticismo tanto más burlón cuanto que casi siempre es más ignorante. Los pobres han dicho: “¿Con que vosotros os hundís en la orgía, y para ser más libres malbaratáis vuestra fe! También nosotros ya no creemos más. Pero si ya no hay creencia, tampoco hay ya moral, y sin moral ¿qué queda sino los apetitos? Tenemos los mismos que vosotros. Como vosotros, queremos satisfacerlos. No tenemos nada; tomaremos de vosotros, ya que tenemos el número y la fuerza. Compartamos y que entre vosotros y nosotros reine la igualdad del capital, del trabajo y del disfrutar”.

La cuestión obrera ¿Acaso exagero, Señores, y mis palabras no son más que el lamentable eco de las afirmaciones demagógicas que se oyen resonar, como el retumbar de la tempestad que avanza y que se dispone a precipitar en sus abismos a ricos y pobres, a la sociedad entera?

¿Soy indiscreto repitiéndoos una conversación que tuve, hace a penas algunos días, con uno de vuestros cofrades de los más altamente situados, cuya sangre fría iguala casi a la caridad y le ayuda a hundir con la calma más cristiana su mirada tan inteligente en los problemas más tristes de ahora? “Se habla mucho, me decía, de la

cuestión obrera. Para mí, no existe o más bien cada cual debe resolverla. Cuando las mujeres cristianas, en vez de comprar vestidos de mil francos, los compren de cien; cuando la sencillez de los muebles remplace a todos los inventos de la molicie; cuando la frugalidad en las comidas haya desterrado todos los descubrimientos de los cocineros y de los confiteros; entonces los ricos darán a manos llenas, los menos ricos quedarán asombrados del superfluo puesto a su disposición para ayudar a los obreros indigentes, y los obreros, todavía a gusto, asombrados por estos ejemplos de moderación, perderán poco a poco algo de la ferocidad de sus apetitos; teniendo otros modelos, se acostumbrarán a tomar otras costumbres”.

Tal vez me separaré de vuestro ilustre cofrade, no negando lo que él quería decirme, sino yendo un poco más lejos que él y creyendo en la existencia de la cuestión obrera. Su convicción me parecía excelente, cuando pedía la reforma voluntaria del lujo de los ricos, para socorrer mejor la indigencia y dar con el ejemplo un impulso práctico y fecundo a la reforma voluntaria de los pobres y a su apaciguamiento. Pero, ¿no podemos preguntarnos si, fuera de estas reformas individuales muy deseables, otras reformas más generales no son posibles, como se ven en los establecimientos formados por valientes católicos y donde disposiciones útiles para el obrero les hacen más laboriosos, más ahorradores, más morales y más cristianos?

Ejemplos de celo Por eso no temo invitaros a pedir a la divina Madre de Nuestro Señor una dosis abundante de celo en una sobreabundante dosis de inteligencia, para el cumplimiento de los grandes deberes que os esperan y de los que sois quizá responsables ante los ricos y ante los pobres. Frente a los ricos. – Recordadles que si quieren la reconciliación, a ellos corresponde dar los primeros pasos. Francia cuenta

con alrededor de 160.000 grandes fábricas, donde en general el despotismo altanero del patrón para con el obrero y el odio profundo del obrero hacia el patrón pueden hacer prever las catástrofes más espantosas. Sin embargo, los hechos están ahí. En todas partes en que los patronos han tomado la delantera a los obreros, no sólo con la limosna en la mano, sino con medidas inspiradas en una caridad inteligente, se ha constatado un resultado triple: el trabajo se ha acrecentado, la moralidad se ha afirmado, los beneficios han aumentado y, como coronación, por encima de los odios extinguidos, una leal reconciliación se ha dado.

Pero, me diréis, ¿cómo se las han arreglado estos felices jefes de industria?

No soy de los que creen que haya un único procedimiento. Los medios son múltiples según la región, los trabajos, las costumbres y los hábitos legítimos, a menudo patriarcales, pese al vandalismo de las leyes. Sin embargo, podemos repetirlo, tras la experiencia de una escuela cada vez más cristiana, los medios generales son la observancia de la ley de Dios, el respeto por la autoridad paterna, la protección concedida a la infancia y a la mujer, muchacha, esposa o madre, la previsión que conduce a tener gustos económicos, el atractivo de la propiedad. El obrero, convertido en propietario con el ahorro de su salario, pierde el entusiasmo por la taberna y por la Revolución, ama al patrón que le ha preparado para esta transformación. Llegado a este punto, está cerca de hacerse honrado y cristiano, si no lo es ya, y la demagogia ya no tiene más que constatar la pérdida de poderosos auxiliares de sus designios de anarquía.

Lo que digo con certeza de los proletarios de las fábricas, porque he profundizado un poco más este problema, no temo afirmarlo de todas las aglomeraciones obreras, que leyes fatales empujan a hacerse enemigos de la sociedad y de quienes vuestra caridad inteligente debe ha-

cer sus más sólidos defensores. Para alcanzar esta meta, hay que reflexionar, examinar, estudiar sin duda, porque hoy más que nunca la caridad, frente a los grandes deberes, consecuencia de los grandes peligros, necesita luces y vosotros, pese a la humildad y al silencio que convienen a toda obra, estáis obligados por la fuerza de las cosas a ofrecer luz a las clases pobres como el fruto más precioso de la caridad.

**El primer
mandamiento**

Señores, cuando Nuestro Señor Jesucristo se disponía a hacer al culpable género humano la limosna de su sangre, trazaba en estos términos a sus apóstoles sus últimas recomendaciones: “Hijitos míos, os dejo un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros y que así como yo os he amado, os améis entre vosotros” [Juan 13, 34]. Estas palabras, caídas del corazón de Nuestro Señor a través del corazón de San Vicente de Paúl en el corazón de algunos jóvenes cristianos, han producido las maravillas de vuestra obra.

La caridad siempre ha existido en la Iglesia de Dios bajo múltiples formas, las que adoptaron vuestros fundadores fueron admirables. Pido a Nuestra Señora de Prime-Combe hacerlas más admirables aún mediante la consideración de los deberes que os imponen los peligros de la hora presente. No os contentéis con amar a los pobres, mostrad a los ricos la obligación de amarlos como vosotros; haced que los pobres sean cariñosos, inspiradles un santo afecto hacia quienes han sido acostumbrados a considerar como enemigos debido a pasiones rencorosas. Para cumplir esta tarea usad aquella inteligencia que el salmista consideraba una auténtica felicidad: *Beatus qui intelligit* y, ampliando la práctica del testamento de nuestro divino Maestro, salvad la sociedad de los furros de los revolucionarios, si puede ser salvada. Es para vosotros el verdadero medio de ser liberados por Dios

incluso en los días malos, *in die mala liberabit eum Dominus*. Es lo que deseo ardientemente que se pueda decir de vosotros tanto en los días malos de la vida como en el temible día de la eternidad. Así sea.

La renovación del clero

14 de noviembre de 1877

Al P. Picard

Lo que le he dicho de la renovación del clero y de la reforma de los profesores abraza dos partes muy distintas. Ambas se unen en la idea común de la resurrección de Francia, como hija primogénita de la Iglesia, pero son dos acciones muy diferentes las que hay que ejercer. Si los curas rurales fueran todo lo que debieran ser, la cuestión de los profesores no pesaría lo que una pluma. La renovación del clero debe hacerse fuera de los Congresos, pero debe hacerse mediante todos los medios sobrenaturales y legítimos. Mi convicción es que los Agustinos de la Asunción no deben ser los únicos en trabajar en esto, pero sí deben hacer de ello una de sus grandes preocupaciones.

Ahora bien, ¿cómo arreglárselas? Formándose una alta idea del sacerdocio en sí mismo, del que se está revestido, del que Nuestro Señor comunica a los demás, de la gloria que se procurará a nuestro divino Maestro, ayudándole en la obra que más a pecho toma, el sacerdocio, ya que por medio de él es como evangeliza a los pobres, como comunica los bienes de la Penitencia y de la Eucaristía. Estas ideas, una vez fuertemente ancladas en los religiosos, es fácil ver lo que debe hacer cada cual. Todos no trabajarán con la misma eficacia, pero todos pueden hacer algo:

- 1° Siendo sacerdotes modelos.
- 2° Rezando mucho por los sacerdotes.
- 3° Teniendo la valentía de hablar de cuestiones sacerdotales ante los sacerdotes.
- 4° Siendo serviciales sobre todo con los pobres sacerdotes caídos.
- 5° Siendo siempre benevolentes con los sacerdotes.
- 6° Le confieso: el enfado que experimento al escuchar continuamente de ciertos labios chanzas constantes sobre los sacerdotes, ha causado en mí una feliz reacción, y me he prometido protestar, al menos con el silencio, contra estas chanzas perpetuas que terminan por recaer sobre el carácter sacerdotal, a fuerza de atacar a las personas que están revestidas de él.

Quedaría la cuestión de saber si hemos de hacer una Orden Tercera de sacerdotes. Tengo muchas dudas. Usted podría hacerla quizá en París. En Nimes, mientras sea Vicario General, sería perfectamente imposible. No puedo actuar más que sobre individuos.

Los maestros cristianos

14 de noviembre de 1877

Al P. Picard

Le he escrito esta mañana, mi querido amigo, sobre el modo como yo entiendo por nuestra parte la renovación del clero; me falta decirle mi pensamiento sobre la segunda cuestión.

En un Congreso, la entrada en materia sería fácil. Yo tendría sólo que establecer que, puesto que las Universidades han entrado bajo el dominio de los obispos, los católicos sólo tienen que procurarles dinero y alumnos. Pero existe una cuestión a cerca de la enseñanza no me-

nos grave, es la enseñanza del pueblo. Sin atacar a una clase de ciudadanos en el conjunto de los maestros, hay que reconocer que un gran número de entre ellos son deplorables y se han constituido en adversarios natos de los párrocos. ¿Qué hacer? Conseguir buenos maestros. ¿Cómo? Apoyando de todas las formas posibles a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y a los Hermanos que trabajan en el medio rural. Para esto, los párrocos pueden hacer mucho. Si cada cura párroco tuviera en su presbiterio cuatro niños, sea para el seminario sea para prepararse a ir con los Hermanos, ¿qué resultados no se obtendrían? Aunque no hicieran más que preparar maestros cristianos, sin hacerlos religiosos, ya sería mucho.

Conclusión: 1° Se necesitan fondos para Escuelas Normales de Hermanos.

2° Hay que preparar vocaciones para el presbiterado.

3° Hay que fundar en las localidades donde no las hay, escuelas libres y cristianas, cuando la escuela comunal es mala.

4° Cuando el maestro es bueno, hay que atraerle, ocuparse de él. En segundo lugar, es necesario que los Comités católicos se ocupen de los inspectores; algunos de ellos son buenos, la masa es detestable. Hay que vigilar su propaganda, muy a menudo revolucionaria.

He aquí una primera pincelada. Estoy seguro que comentando las cinco o seis ideas principales, se conseguirían resultados. Examínelo y vea si el *Pèlerin* no puede abrir la campaña bajo la forma de cartas a los señores curas párrocos; no a todos, porque tendríamos problemas, sino a algunos curas amigos nuestros. Esto prendería, poco a poco, estoy seguro, y si actuamos con perseverancia, obtendríamos ciertamente si no una transformación, al menos numerosos resultados.



III

Nos quedan documentos muy numerosos que testifican el celo del P. d'Alzon en favor de la Unidad de la Iglesia. Desde los comienzos de su ministerio, se preocupó de la cuestión protestante en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania. En 1854, lo encontramos en el origen de la Obra de San Francisco de Sales. A partir del momento en que puede disponer libremente de su fortuna, muertos sus padres, la pone a la disposición de la Santa Sede que la orienta hacia la cuestión búlgara; detrás de esta misión, es todo el Cisma oriental el que considera y muy especialmente toda la inmensa e inquietante Rusia. Damos aquí algunos documentos para evocar este tercer aspecto de los combates emprendidos por el P. d'Alzon a favor del Advenimiento del Reino de Nuestro Señor.



La cuestión de Oriente – Junio de 1862¹⁾

Al llegar a Roma, Mons. Howard me empujó a ocuparme de los Búlgaros; Mons. Lavigerie y Mons. Talbot me impulsaron igualmente; respondí que ya había comenzado una obra a favor de los Sirios con el consentimiento del cardenal Barnabo y que no podía cambiar sin una manifestación de la voluntad del Santo Padre o de la Propaganda, so pena de pasar por un hombre ligero.

Mons. Talbot me prometió hablar con el Santo Padre, Mons. Lavigerie me pidió algunas citas a las que falló perfectamente, Mons. Howard me propuso llevarme donde Mons. Simeoni, que estuvo muy bien. Howard quería que inmediatamente abandonáramos nuestras reglas para

¹⁾ Relato hecho por el P. d'Alzon de diversas conversaciones que tuvo en Roma sobre el tema de la Misión de Bulgaria.



adoptar la regla de San Basilio; también hablaba de gestionarnos el permiso para seguir a veces un rito y otras veces otro, según que estuviéramos en Oriente o en Occidente.

Simeoni me acogió maravillosamente bien; me prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para favorecer el cumplimiento de nuestros proyectos. Sin embargo, no ocultó: 1° que si el asunto más importante en este momento es el de los búlgaros, esas pobres gentes están en la más absoluta ignorancia; 2° que se necesitaría una orden del Papa para cambiar las normas de la Propaganda que permiten el cambio de un rito al otro, pero de manera definitiva.

Olvidaba decir que era el martes 27 por la mañana cuando vi a Howard y a Talbot; que Talbot, que estaba de servicio, había hablado a Simeoni que tiene su audiencia el martes por la tarde; que probablemente éste había hablado al Papa mismo, pero que al menos Simeoni, informado por Talbot, había recibido órdenes de Pío IX, el cual me había hecho decir que viera a Barnabo.

Cuando Simeoni me habló de ello, le hice observar que no sería prudente que yo viera a Barnabo antes de que fuese informado. Me prometió ponerle al corriente de todo y además de volver a hablar con el Santo Padre.

Era el lunes 2 de junio, a las 10 horas, cuando le hablé; me dio cita para dos días más tarde. En efecto, el miércoles 4, yo estaba en su casa; me informó de la conversación con el Santo Padre, a quien había hecho saber varias objeciones de Barnabo, el cual había sin embargo declarado que no hacía una oposición absoluta. Parece que el Papa habría dicho varias veces: *E se io dico che lo voglio*. De donde Simeoni concluía que, ya que el Papa lo quería tan positivamente, había que ir adelante.

Yo hice entonces estas preguntas: *¿Hay que ocuparse de los búlgaros? ¿Cómo y cuándo?* Ya no recuerdo si fue en la primera o en la segunda conversación cuando estas

preguntas fueron formuladas de este modo. La primera quedaba decidida por la respuesta del Papa. La segunda, el *cómo*, fue, si no me equivoco, examinada más atentamente. Hice observar que, desde hacía algún tiempo, los religiosos polacos habían hablado de un acercamiento de las dos Congregaciones; que sería muy fácil encontrar entre ellos los hombres para enviarlos inmediatamente a Oriente. Yo proponía, para proceder con orden, elegir a alguien que fuera al sitio, que viera, lo examinara todo y volviera a darnos cuenta. Simeoni aprobó. Tanto más, hice observar, cuanto que yo no podría disponer de la suma que pensaba destinar a la obra sino en un plazo de dos o tres años.

Simeoni me previno que el Papa quería verme y me comunicaba que me hiciera presentar por Berardi, el viernes siguiente. Fui rápidamente a ver a éste, pero Simeoni ya le había advertido. En fin, el viernes 6 de junio, me presenté en el Vaticano, a las 9,15; no esperé más que cinco minutos. El Papa me recibió en su biblioteca particular.

Habló él primero, me dijo que estaba al corriente de todo, que lo aprobaba todo, que un colegio para preparar a los búlgaros a la vuelta a la fe católica le parecía una obra necesaria, que la dificultad residía en regenerar el país mediante los sacerdotes, dado que los sacerdotes estaban más corrompidos que las poblaciones. Le hablé de los polacos que podrían ayudarnos; aprobó la idea con la condición de que la Propaganda diera su consentimiento a la elección que yo pudiera hacer; me dijo que los polacos eran buena gente, pero que algunas veces le habían cometido imprudencias. Hice observar que el príncipe Czartoriski nos había ofrecido un colegio para que lo tomáramos en aquellas regiones, pero que no habíamos aceptado para no hacer política.

(Reflexionando en esto he tenido un pequeño escrúpulo por no haber sido más exacto en lo que le dije al Santo Padre).

Sea como sea, el Papa aprobó muy enérgicamente que dejáramos de lado cualquier matiz político y que no hiciéramos más que apostolado.

Le pedí una casa de estudios, en Roma, para los polacos y para nosotros; me la prometió, con la condición de encontrarla.

Al salir de donde el Papa, me dirigí donde Simeoni, que estaba en consejo con Barnabo; se mostró encantado con el cariz que tomaban las cosas y me animó a seguir la vía indicada por Pío IX. Le rogué que fuera a pedir para mí una audiencia con Barnabo, que me citó para esa misma tarde.

Fui puntual. Presenté mis excusas a Barnabo el cual se mostró perfecto. He de declarar que me edificó profundamente por la rotundidad con que me dijo que había que seguir siempre la dirección del Papa, que tenía la asistencia constante del Espíritu Santo, mientras que él no la tenía. Me propuso enviar dos personas a Constantinopla y a Bulgaria, para estudiar el estado de las cosas; me ofreció cartas...

(Nota que quedó incompleta).

La Misión de Oriente¹⁾

Llama a misioneros... No se podría echar un vistazo comparativo sobre el clero unido a Roma y el de las iglesias separadas sin quedar impactado, desde el punto de vista moral, por el abismo que les separa. Mientras los sacerdotes cismáticos, oprimidos por el yugo de las usurpaciones del poder civil, ya no son

¹⁾ Extracto del discurso de distribución de premios, 1863.

más que un instrumento político degradado por la más vergonzosa simonía, el clero católico, vivificado sin cesar por su comunicación permanente con el centro de la acción divina, el Papado, se presenta en todas partes con una dignidad cuyo sentimiento, sin su ejemplo, hubiera desaparecido desde hace tiempo entre los discípulos de Focio. Ahora bien, un clero que no es digno, es incapaz de cumplir su misión; las poblaciones, por su parte, tienen su instinto; lo demuestran mediante su escasa prisa para recibir la doctrina que cae de aquellos labios ignorantes o deshonorados. En efecto, ¿qué es para esas poblaciones la predicación, y qué puede ser, con la escasa preparación científica que la mayoría de las veces se da al sacerdocio? Lo que se necesita es ante todo la instrucción dada con espíritu de iniciativa y de proselitismo católico; una vez más, se necesitan misioneros. Nunca serán demasiado insistentes los llamados que hagamos a las almas que fomentan el amor por una gran causa y el deseo de acrecentar el reino de Jesucristo y de la Iglesia. La mies está madurando, espera a los obreros. ¡Que Francia se los entregue! La simpatía que nuestra lengua inspira cada día más, ¿no es una indicación providencial de la elección que el Cielo parece querer hacer?

y a religiosas

Los hombres no bastarán para ello. Se ha observado desde hace tiempo que el siglo en el que ha sido proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción era aquel en que las mujeres parecían haber recibido un lugar más grande en la Iglesia de Dios. Las maravillas llevadas a cabo por las Hijas de la Caridad, las Damas de Sión y otras Congregaciones; las religiosas Armenias, fundadas por Mons. Hassoun; los ensayos intentados para establecimientos análogos entre los griegos católicos y los resultados obtenidos, pese a tantos obstáculos, son una garantía del bien que se hará, el día en que nuevos enjambres, partidos de Occidente, irán a poblar esas regiones, decadentes

sin duda, pero dispuestas a recibir la verdad bajo todas las formas de la enseñanza. ¡Que se multipliquen las escuelas, los pensionados, las casas de providencia sobre estas tierras ávidas de fe! Que por su parte, las escuelas de muchachos y las colonias agrícolas sean confiadas a corporaciones de hombres; y así, en unos pocos años, se verá cómo el Oriente bendice a la Iglesia Romana por haberle devuelto la verdad y cómo bendice a Francia que le habrá proporcionado los obreros evangélicos.

Formación de un clero autóctono Y todo esto es poco aún; hay que intentar una obra más fecunda. Enviar misioneras y religiosas es una cosa excelente, pero es algo transitorio; lo importante es tener un clero nativo, y estoy orgulloso, lo confieso, de que el Soberano Pontífice haya querido confiarme el encargo de participar en la preparación de uno, mediante la fundación de un seminario. Quisiera establecer una casa de estudios eclesiásticos cerca de los lugares célebres por las persecuciones de San Juan Crisóstomo y de la plaza donde estuvieron las ruinas del templo que albergó al concilio de Calcedonia, aquella asamblea que proclamó muy alto las prerrogativas de los Pontífices Romanos, como una protesta por adelantado de Oriente contra el cisma de Focio. Constantinopla y sus alrededores ofrecen esas maravillosas situaciones, donde los recuerdos parecen brotar del suelo. Un seminario patriarcal, en el que búlgaros y griegos pudieran formar, con la bendición de los Soberanos Pontífices, un núcleo fecundo, y donde, al mismo tiempo que se estrechan los lazos de unidad con el centro Romano, se ejercitarían en bastarse a sí mismos, ¿no sería el medio más poderoso de probarles a estas poblaciones, celosas de su rito, que se quiere conservarles cuidadosamente el símbolo más precioso de su nacionalidad, y prepararlos a vivir su propia vida, a partir del momento en que dispusieran de un número suficiente de sacerdotes virtuosos e instruidos?

**Un patriarcado
católico**

¿Hablaré en fin de un proyecto cuya elaboración debe hacerse sin duda en regiones de más alto nivel? He escuchado a menudo preguntar: ¿por qué el patriarca católico de Constantinopla no residiría cerca de su sede? ¿Jerusalén no tiene un patriarcado católico? ¿Por qué la ciudad de los Crisóstomo, de los Gregorio, de los Ignacio está privada de él? Grandes dificultades se elevan, lo sé; y tal vez si enumerase algunas tocaría, a mi pesar, a cuestiones políticas que quiero evitar. Que me sea, al menos, permitido expresar mi convicción profundamente reflexionada. Un patriarca católico en ciertas condiciones, lejos de perjudicar a la influencia francesa, la aumentaría tarde o temprano y haría mucho más fácil el movimiento de regreso de las diversas nacionalidades a la unidad Romana. Los hombres siempre han querido la dignidad de sus jefes; y los Orientales, al comparar al pastor cismático con el pastor legítimo, estarían obligados por la evidencia de los hechos a constatar de qué lado se encuentra la majestad del derecho y de la verdad.

El lugar de los laicos No me está ya permitido, Señores, hablaros de las ventajas materiales que la difusión de nuestra lengua procuraría en Oriente a la industria francesa. Sería descender de las alturas religiosas a las demasiado mezquinas proporciones del mercantilismo; pero quizá tenga yo derecho a tomar la cuestión por el lado contrario y decir a los jóvenes franceses: la abnegación tradicional de vuestro país, ¿os lleva a las conquistas de la inteligencia? He ahí un campo digno de vosotros, abierto a vuestras exploraciones y a vuestros trabajos. ¿Son vuestras pretensiones más humildes? ¡Pues bien! Ahí tenéis un medio de ennoblecer una carrera modesta. ¿Os atraen la industria y el comercio? Mirad qué barreras se abaten ante vosotros, del lado del Oriente. Dirigid hacia ellas vuestras esperanzas

y vuestros esfuerzos; pero, al recordar que sois cristianos, sabed, aunque sea dentro de límites prudentes, servir a los intereses de la fe. Es tradición en esos países en que hemos dejado tanta gloria, confundir influencia católica e influencia francesa. En la medida de vuestro poder, aumentad la unión de estas dos grandes fuerzas. Recogeréis los beneficios, que pueden ser numerosos, y tendréis la conciencia de haber cumplido, como franceses y como católicos, un deber de orden más elevado.

Os he dicho, Señores, algunos de los pensamientos que se amontonaban en mí, cuando visitaba aquellas bellas y tristes playas orientales. ¡Cómo quisiera estar seguro de haberlos expresado de modo que estimularan deseos generosos y ambiciones grandes y desinteresadas! Quisiera haberos demostrado que la resurrección de Oriente no puede venir más que de una palabra salida de Roma y llevada sobre las alas de Francia. ¿El cisma no ha sufrido un suplicio suficientemente grande? El tiempo de la misericordia, ¿se hará esperar todavía mucho? ¡Qué hermoso sería para los católicos franceses que, al ayudar al triunfo de la Verdad, contribuyesen a la pacífica liberación que únicamente esta reina de las inteligencias puede traer a los hombres y a las naciones!

Proyecto de evangelización en Rusia

30 de marzo de 1878

Nota a la S. C. de la Propaganda

El martes 3 de junio de 1862, Pío IX, de gloriosa memoria, encargaba a Mons. Simeoni, a la sazón secretario de la Propaganda para los ritos orientales, que dijera al P. d'Alzon que le concedería una audiencia, no solicitada, el viernes 6, hacia las 9 de la mañana. En esta audiencia, el Santo Padre quiso efectivamente decir al P. d'Alzon

que estaría muy contento de verle trabajar en la conversión de Bulgaria: 1° mediante la formación de escuelas católicas; 2° mediante el establecimiento de un seminario; 3° mediante el paso de un cierto número de sus religiosos al rito eslavo.

Para estudiar mejor este asunto, el P. d'Alzon fue en 1863 a Constantinopla a predicar la Cuaresma, luego fundó una escuela de muchachos en Filipópolis y envió religiosos a Andrinópolis, donde poco a poco se formaron escuelas para muchachos y para muchachas.

Sin entrar en la historia de lo que ha sucedido en estos quince años, baste decir que en Filipópolis se ha fundado, bajo la protección del obispo, una escuela de muchachos a la que asisten según la estación 120, 150, 200 niños. Estos niños, cuando se hacen mayores, se mantienen en el espíritu cristiano gracias a un círculo católico, y es entre ellos donde se han encontrado vocaciones al sacerdocio. Tres de entre ellos son sacerdotes paulicianos, es decir de rito latino. Los religiosos son cuatro o cinco en Filipópolis. A Andrinópolis el P. d'Alzon ha enviado religiosas, en número de alrededor de veinte, para llevar un hospital. Durante la guerra, cuidaban a una media de cincuenta soldados turcos y cincuenta mujeres búlgaras. Tienen una escuela para niñas pequeñas pobres y un pensionado para muchachas más acomodadas. Han recibido el encargo de recoger, después de la guerra, a los pequeños huérfanos turcos, que les han sido confiados por el gobierno; muchos mueren por las secuelas de los sufrimientos que han padecido y, en el último instante, se les bautiza en secreto, cuando están aún en la cuna.

Los religiosos, además de la capellanía de las religiosas, la visita a los enfermos, la instrucción religiosa de las muchachas, tienen también: 1° un orfanato agrícola, en el que recogen a un cierto número de niños abandonados y donde se selecciona a los más inteligentes para orientar-

los hacia los estudios; 2º un pensionado para los hijos de familias más acomodadas y que pagan una modesta pensión; 3º una escuela, donde se ha reunido a los niños que se cree pueden ser destinados a los estudios eclesiásticos.

Estos detalles, ciertos hace algún tiempo, pueden haberse modificado por efecto de los acontecimientos. Espero en vano, desde hace más de un mes, un informe del P. Galabert, superior de nuestra misión de Andrinópolis y visitador de nuestra misión en Filipópolis. La suspensión de las relaciones postales es la causa de este retraso. Sin embargo, partiendo de estos datos, he aquí lo que me permito proponer: formar al rito eslavo a los jóvenes religiosos que vamos a educar para ser sacerdotes; según el deseo de Pío IX, permitir a algunos de nuestros religiosos tomar el mismo rito y preparar así un clero autóctono dotado de alguna instrucción, con la ayuda de un seminario de rito eslavo.

Sería hacerse una extraña ilusiones creer que las poblaciones sienten gran entusiasmo por la dominación rusa. En el fondo, quieren una autonomía imposible de realizar, creo yo, por el número restringido de su población. Pero, separándose del patriarcado de Constantinopla y no queriendo saber nada del Santo Sínodo ruso, quizá sería fácil atraerlos hacia la Iglesia católica y a la autoridad de la Santa Sede que, debido a su alejamiento, no puede ser sino muy suave.

Paso a otro orden de consideraciones. Desde que Pío IX me propusiera la misión de Bulgaria, mis miras se han extendido mucho más lejos: Rusia se ha convertido en mi gran preocupación. Hacia el mes de mayo de 1877, hace menos de un año, habiendo sido recibido en audiencia por el Santo Padre, me permití pedirle su bendición y sus palabras de estímulo para preparar un seminario destinado a formar misioneros para Rusia. Pío IX me animó mucho, me dio sus bendiciones, y me retiré, preocupado

por este pensamiento. Después, una señora rusa católica me ha ofrecido establecerme en sus dominios, en el Cáucaso, con algunos jóvenes. Aceptaría si supiera que allí se pudiera aprender la lengua rusa en toda su pureza; si no, pediría que se diera un sacerdote francés a la colonia francesa de Odessa, y vería lo que se puede hacer en esta ciudad que me aseguran está muy corrompida. Pero la corrupción de Corinto no le impidió a San Pablo ir a pasar allí mucho tiempo; fue el centro de su predicación en Grecia. Me aseguran que si se estableciera un convento para la educación de jóvenes, al cabo de poco tiempo se tendría por medio de las señoras una gran influencia y una cierta libertad.

Diversos motivos me impulsan a creer que ha llegado el momento de ocuparse de Rusia.

1º La invasión de las ideas revolucionarias que minan a este coloso y no le permiten mantenerse en el poder mediante la Iglesia cismática.

2º La disminución del clero. Los conventos habiendo sido despojados de sus bienes, los monjes son allí cada vez menos numerosos; en cuanto a los popes, además de su inferioridad intelectual, desde que los hijos de los popes no están obligados a hacerse popes ellos mismos, casi todos se dedican a una carrera administrativa y el clero parroquial pronto no tendrá reclutas.

3º ¿Es muy imprudente decir que Rusia es demasiado extensa para permanecer unida?

4º Desde hace mucho tiempo se habla de dar a Rusia un régimen parlamentario. Al día siguiente que este acto suceda, —y esto es consecuencia de la liberación de los siervos—, la libertad de cultos deberá ser proclamada.

5° Después de la actual guerra, ¿no es lógico pensar que tras haberse batido para dar a los cristianos la libertad frente a los turcos, será necesario que Rusia se la conceda a los católicos?

19 de julio de 1875

Al P. Galabert

Una casa en Odessa ¿Sabe cuál es el primer establecimiento que desearía ver formarse? Una casa en Odessa. Es difícil, pero es mi idea. Me crea, ahí hay algo que hacer. Rusia debe ser nuestro objetivo, créalo, y las dificultades no deben ser un impedimento.

29 de agosto de 1876

Al mismo

Tarde o temprano Rusia nos abrirá sus puertas, aunque tengamos que lubricar sus cerraduras y sus goznes con nuestra sangre.

Nota sobre Rusia.
1877

En la audiencia que Pío IX me ha dado, el 2 de mayo de 1877, ha bendecido y animado la idea de trabajar por la conversión de Rusia. Los cardenales Pitra, Howard, Sacconi me han animado a ello; Aloisi-Masella se ha mostrado encantado, el cardenal Sacconi sobre todo. Rampolla muestra interés en esto; Segna, el minutante de la Propaganda, pone en ello gran celo. Por otra parte, en Lyon, la Propagación de la fe nos sostiene. Los buenos Padres polacos están muy expuestos en Andrinópolis y amenazados, si Rusia avanza por esos lados. Quizá tendremos nosotros entonces una posición más fuerte. Pero poco importa; nuestra meta es Rusia.

12 de junio de 1878

A la Sra. Condesa d'Escures

Yo, por mi parte, estudio mucho a Rusia y trato de informarme en lo que respecta a este pueblo tan contradictorio por sus jirones de tradiciones, sus innovaciones, su juventud envejecida en contacto con las corrupciones modernas, su venalidad, su espíritu religioso y mercantil, sus aspiraciones hacia lo desconocido como un socialista francés, su ola destructora como un colegial alemán, su nihilismo nacional, sus sectas, sus grandes señores que ya no lo son, su despotismo, sus siervos liberados y que sólo merecen serlo para emborracharse con aguardiente que enriquece al Estado. ¡Oh, cuántas tristezas! Sin embargo, hay ahí de lo bueno y ya que están bautizados y que Nuestro Señor ha muerto por ellos, es útil tratar de convertirlos...

ULTIMA VERBA

Últimos momentos del P. d'Alzon

El P. Picard había pedido al P. Emmanuel Bailly que redactara la siguiente circular sobre los últimos momentos del P. d'Alzon. La colocamos al final de esta compilación, subrayando las supremas recomendaciones de nuestro venerado Fundador.

Nimes, 16 de noviembre de 1880.

Mi querido Padre,

Desde ayer por la tarde, nuestro muy querido Padre se ha debilitado a tal punto, que hemos creído llegado el momento de reunir a todos los religiosos en torno a su cama para pedirle una última bendición.

En medio de su debilidad y en los instantes en que la postración que le abrumba se lo permitía, no ha dejado de mostrar una lucidez de mente y una serenidad de alma admirables. Su paciencia, su resignación dulce y calmada se manifiestan sin cesar en sus palabras que demuestran que está ciertamente con el buen Dios y que es todo suyo.

- ¿Qué desearía, Padre?
- *Sólo quiero la voluntad de Dios.*
- ¿Desearía, Padre, expresar algún deseo?
- *Sólo deseo el cielo.*

Hoy, a la una y media de la tarde, estando reunidos todos los religiosos en una sala contigua a su habitación, me acerqué a su lecho y le dije:

– Padre, los religiosos desearían verle un momento; están todos reunidos. ¿Puedo hacerles pasar?

– *Sí, amigo mío, hágales pasar en un instante.*

Los religiosos se alinearon todos en torno a su cama; él, mientras entraban, sonreía con bondad y, esforzándose por mantener los ojos abiertos, los miraba con ternura. El P. Hipólito y el P. Picard, el P. Laurent y yo estábamos a los dos lados de la cama; luego estaban los profesos y los novicios, por orden de antigüedad, llenando su celda. Tras un instante de silencio, el Padre, cerrando de nuevo los ojos y teniendo los brazos extendidos sobre la cama, con voz emocionada y débil, que apenas podíamos oír, pero con gran lentitud y mucha calma:

– *Mis queridos Hermanos, sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen vosotros sois lo que más he amado en el mundo...*

Tras un instante de silencio, prosiguió, recalcando lentamente cada una de sus palabras.

– *¡Vamos a separarnos...! ¡Sumisión a la voluntad de Dios...! ¡Él es el Dueño!*

La emoción nos embargaba a todos; nos costaba contenerla; parecía darse cuenta, volvió a abrir los ojos, nos miró un momento; luego cerrándolos, continuó con la misma calma:

– *¡Hay muchos buenos religiosos que no están aquí, mi corazón les alcanza!*

El Padre, habiendo callado de nuevo, el P. Laurent pensó que era el momento de pedirle la bendición. El P. Picard, sobreponiéndose en lo posible a su emoción, le dijo entonces con voz llena de lágrimas:

– Padre, le pedimos perdón por todas las penas que le hayamos causado.

El Padre respondió enseguida:

– *¡Soy yo quien debiera ponerse de rodillas y pedirlos perdón a todos!*

– Oh, Padre, dijo el P. Picard, denos su bendición.

Al instante caímos todos de rodillas, presa de una emoción que ya no podíamos contener y el Padre, levantando enseguida el brazo y manteniéndolo levantado como para

una bendición solemne, con gran esfuerzo y durante varios instantes, como si quisiera bendecir a una gran multitud, nos impartió su suprema bendición.

El P. Picard, dijo inmediatamente:

– Una bendición también, Padre, para todas las casas. Y rompió en sollozos.

– *Sí*, respondió el Padre, *estoy con ellas*. Y su brazo cayó sobre la cama como bajo el peso de un fuerte cansancio tras un gran esfuerzo.

– ¡No nos olvidará, Padre, replicó el P. Picard, estará con nosotros!

– *Me voy, pero mi corazón estará con vosotros*.

– ¡Nos protegerá!

– *Todo cuanto pueda*.

Mientras el P. Picard le besaba una mano, con la otra nuestro Padre apretaba la mía con un apretón lleno de emoción. Cada uno se acercó llorando y, arrodillándose, le besó la mano. Profundamente emocionado él mismo dijo:

– *¡Sean buenos religiosos!*

Nada puede expresar el tono lleno de bondad y al mismo tiempo de solemnidad con que el Padre nos habló en estos breves instantes que nunca olvidaremos. Era una escena desgarradora, en medio de la cual sólo él parecía dominar la emoción que a todos nos embargaba. Tuvimos que retirarnos para llorar un poco más a gusto; debíamos además evitar prolongar su fatiga de la emoción que le había invadido visiblemente, pese a sus esfuerzos por superarla. El P. Picard envió a los religiosos a la capilla.

Unos minutos después, llegaba un despacho de Roma. Era la respuesta al que el P. Picard había enviado ayer y que rezaba así:

“A Monseñor Macchi, Roma.

Nuestro fundador y Superior General, el P. d’Alzon, está muriéndose. Le ruego que le ponga a los pies de Su Santidad y que pida para él la bendición”.

PICARD.

La respuesta decía:

“Su Santidad concede la bendición implorada”.

El P. Picard, el P. Hipólito, el P. Laurent y yo fuimos enseguida a ver de nuevo al Padre.

– Padre, le dice el P. Picard, el Papa le envía su bendición.

El Padre abrió los ojos, miró la misiva que estaba entre las manos del P. Picard y dijo:

– *¿Todos nuestros religiosos están en la capilla?*

– Sí, Padre. Y el Padre, pensando enseguida más en los demás que en sí mismo, como hizo siempre, repuso con preocupación:

– *¿Se la ha leído?*

– No, Padre, he querido comunicársela a usted, en primer lugar, antes que a los demás.

– *¡Gracias!, Léasela a ellos.*

– Sí, Padre. Y mientras el P. Picard trazaba el signo de la bendición, el Padre hizo lentamente y por sí mismo una gran señal de la cruz.

Al salir de esta escena tan dolorosa y tan consoladora al mismo tiempo, os escribo, mientras los religiosos rezan en la capilla.

Sumisión a la voluntad de Dios. Él es el dueño. ¡Su corazón nos alcanza a todos y estará con nosotros! Recemos. Vuestro de todo corazón en Jesucristo y con él.

E. BAILLY.

INDICE DE LAS CITAS BIBLICAS

Génesis.

- 1, 2 : 1121.
 3 : 910, 1122.
 26 : 717, 871, 908, 910,
 1345, 1403.
 2, 7 : 240.
 15 : 507, 509.
 24 : 702.
 3, 5 : 635, 995.
 14 : 990, 1106.
 15 : 989, 996, 999.
 18 : 243.
 19 : 94, 200, 208, 243,
 507, 632, 683, 685.
 4, 4-5 : 375.
 10 : 1000.
 6, 3 : 516.
 12, 1 : 328, 349, 816.
 15, 1 : 57, 292, 667.
 17, 1 : 27, 223, 291, 618,
 627, 830, 1162,
 1343.
 19, 26 : 1221.
 22, 1 : 1203.
 8 : 1203.
 28, 12 : 1327.
 16 : 1392.
 31, 40 : 273.
 32, 24 : 91, 1219.
 24-28 : 423, 424.

Éxodo.

- 3, 14 : 352, 866.
 20, 5 : 122.
 12 : 1368.
 25, 40 : 751, 859.
 32, 10 : 1361.

Levítico.

- 26, 12 : 904.

Números.

- 11, 29 : 79, 139.
 24, 17 : 896.

Deuteronomio.

- 6, 5-13 : 672, 1421.

- 32, 11 : 412.

Jueces.

- 16, 19 : 366.

1 Samuel.

- 2, 17 : 333.
 8, 5 : 143.
 16, 7 : 376, 420.

2 Samuel.

- 12, 7 : 274.

1 Reyes.

- 4, 29 : 68, 703.
 19, 7 : 179, 900, 902.
 8 : 902.
 10 : 611.
 18 : 1055.

2 Reyes.

- 4, 34 : 955.

Nehemías.

- 4, 9 : 1043.

1 Macabeos.

- 2, 37 : 611.

Job.

- 1, 1 : 1112.
 21 : 1023.
 3, 22 : 994.
 7, 1 : 1142.
 21, 14 : 660, 992, 993.
 28, 13 : 294.
 30, 21 : 336.
 39, 25 : 250.

Salmos.

- 2, 3 : 1034.
 6 : 944.
 7 : 328, 877, 891.
 8 : 227, 662, 977.
 9 : 227.
 11 : 870.
 3, 2 : 314.
 4, 2 : 503.
 4 : 504.
 6 : 1163.

7	:	25, 873, 1049, 1403.	28	:	400, 427, 1147.
9	:	115.	73, 8	:	994.
6, 2	:	333.	74, 3	:	226.
8, 6	:	1271, 1363.	76, 11	:	334.
10, 14	:	553.	79, 3	:	907.
11, 2	:	610, 1055.	81, 5	:	586.
12, 4	:	379.	6	:	1139.
14, 1	:	313.	82, 5	:	994, 995.
15, 5	:	373, 503.	83, 3	:	415.
6	:	331, 537, 541, 689.	8	:	722, 1131, 1133, 1141.
16, 15	:	1049.	12	:	946.
18, 2	:	211.	84, 9	:	89, 1130, 1205.
6-7	:	398.	11	:	286, 866, 1393.
21, 7	:	963.	87, 6	:	930.
13	:	314.	16	:	513, 877, 1395.
17	:	939.	95, 1	:	1214.
26	:	491.	101, 27	:	407.
22, 1	:	721.	102, 20	:	1279.
23, 1	:	225, 660, 672, 877.	103, 4	:	780, 1217.
7	:	663.	30	:	1122, 1366.
25, 5	:	863.	108, 22	:	314.
30, 1	:	503.	109, 3	:	871.
15	:	69, 872.	4	:	933, 961, 1109.
31, 9	:	525.	110, 4	:	448, 967.
32, 9	:	1359.	10	:	1315.
33, 7	:	503.	111, 9	:	500, 1339, 1340.
34, 13	:	1112.	113, 5-6	:	1208.
35, 4	:	378, 1319.	115, 1	:	558, 1352.
10	:	316, 515, 872.	12	:	426, 605, 951, 971.
37, 10	:	360.	16	:	152.
38, 4	:	310, 409, 604, 625.	17	:	1168.
5	:	373.	118, 1	:	1170.
6	:	293, 948.	2	:	1173.
39, 2	:	451.	4	:	1174, 1175.
8	:	449, 531, 630.	14	:	1175.
9	:	52, 534.	18	:	872.
40, 2	:	1439.	34	:	404, 868, 872.
44, 5	:	997, 1222.	71	:	1172.
15	:	141, 675, 997.	97	:	391, 854.
50, 4	:	315.	101	:	391.
5	:	602.	120	:	866.
19	:	387.	139	:	39, 711.
54, 7	:	1026, 1121.	121, 1	:	345, 356.
15	:	763.	7	:	329.
61, 11	:	500, 1149.	122, 2	:	792.
70, 15	:	1346.	127, 3	:	1208.
72, 1	:	721.	129, 3	:	251.
25	:	401, 408.	132, 1	:	564.
26	:	58, 1263.		:	571, 708.

133, 2 : 316.
 142, 2 : 1126.
 143, 5 : 1115.
 144, 15-16 : 504.
 145, 7 : 1216.
 146, 5 : 422.

Proverbios.

2, 14 : 994.
 8, 22 : 907, 1379.
 25 : 1006.
 31 : 626, 1344.
 9, 1 : 1223.
 2 : 900.
 3 : 1356.
 16, 4 : 211, 352.
 18, 19 : 203, 389, 570, 1285.
 21, 28 : 1216.
 25, 27 : 50, 635.

Eclesiastés.

5, 3-4 : 494.
 4 : 688.

Cantar de los Cantares.

1, 5 : 863.
 2, 1 : 1003, 1006.
 2 : 76, 1006.
 4 : 538, 542.
 16 : 324, 911.
 3, 4 : 324, 455.
 4, 1 : 1006.
 7 : 996, 1025, 1220.
 8 : 1024.
 5, 1 : 1132.
 2 : 115.
 6, 2 : 1121.
 8, 6 : 541, 1395.
 7 : 1438.

Sabiduría.

1, 7 : 1106.
 2, 6-9 : 1033.
 3, 6 : 565.
 4, 1 : 999.
 5, 6 : 372.
 8, 21 : 1217, 1219.
 9, 4 : 1316.
 15 : 313, 516.
 10, 17 : 720.
 11, 17 : 865, 1111.
 25 : 864.

14, 3 : 866.

Eclesiástico.

2, 1 : 384, 1133, 1134.
 5, 4 : 339.
 6, 14 : 572, 728.
 10, 9 : 421, 502.
 24, 5 : 1006.
 6 : 1222.
 24 : 998.
 31, 8 : 712.
 34, 9 : 158.
 35, 21 : 421.
 44, 20 : 1334.

Isaías.

5, 18 : 333.
 20 : 461, 1034.
 6, 1-7 : 1362.
 3 : 955.
 7, 9 : 853 (*Versión africana*).
 11, 5 : 1267.
 12, 3 : 954.
 14, 14 : 136, 995.
 22, 13 : 944, 1033.
 24, 5 : 1034.
 29, 13 : 420.
 30, 15 : 88.
 38, 17 : 1042, 1203.
 42, 8 : 1004.
 46, 8 : 311, 904.
 52, 7 : 1206.
 53, 3 : 859, 877, 881, 939,
 1018, 1020, 1153.
 6 : 314, 859.
 7 : 450, 951.
 58, 1 : 279.
 3 : 49, 1145.
 65, 2 : 327.

Jeremías.

2, 20 : 136, 743, 1000,
 1030, 1031, 1035.
 8, 22 : 464.
 12, 11 : 601.
 17, 5 : 1149.
 31, 3 : 411, 857, 876, 1122.
 49, 13 : 495.

Lamentaciones.

1, 12 : 939, 1015.

- 3, 22 : 865.
 28 : 312.
 30 : 49, 653.
 4, 1 : 1214.
 4 : 477.
- Baruc.**
 3, 34 : 1404.
- Daniel.**
 2, 34 : 1210.
 3, 57 : 672.
 12, 3 : 913.
- Oseas**
 13, 9 : 463.
 14 : 1167, 1202.
- Joel.**
 2, 13 : 387.
 17 : 465.
- Ageo.**
 1, 6 : 212, 1145.
- Zacarías.**
 9, 9 : 920.
 17 : 74, 521, 603, 744,
 900, 1239.
- Malaquías.**
 2, 7 : 1119.
 3, 6 : 407.
- Evangelio de San Mateo.**
 1, 19 : 717.
 22 : 630.
 2, 2 : 718.
 3 : 718.
 11 : 718.
 12 : 899.
 13 : 716.
 3, 7 : 678.
 9 : 678.
 15 : 30.
 17 : 955, 980, 1167.
 4, 1 : 380.
 2 : 102, 386.
 3 : 385.
 4 : 252.
 5 : 385.
 6 : 1211.
 9 : 1146.
- 10 : 1421.
 17 : 380, 528.
 18 : 717.
 5, 6 : 523, 524.
 7 : 798.
 8 : 74, 514, 516.
 12 : 1051.
 13-14 : 456, 464, 577,
 609, 610.
 16 : 1349.
 19 : 1297.
 48 : 40, 218, 394,
 859, 1107.
 6, 11 : 243, 252, 322,
 501.
 13 : 561.
 17 : 718.
 21 : 499.
 24 : 65, 499, 717,
 718, 1254.
 33 : 499, 1087.
 7, 5 : 547.
 7 : 1359, 1360.
 11 : 718.
 13 : 719.
 21 : 859, 1161.
 25 : 1109.
 29 : 719.
 8, 20 : 64, 65, 720.
 25 : 564.
 26 : 719.
 9, 36 : 1209.
 37-38 : 719, 1099, 1262.
 10, 16 : 719.
 24 : 1041.
 27 : 579.
 11, 11 : 169.
 12 : 384.
 25 : 849.
 29 : 266, 859, 950.
 12, 30 : 563.
 34 : 1331, 1371.
 48 : 964.
 50 : 719.
 13, 8 : 511.
 25-30 : 563, 1169.
 30 : 720.
 42 : 1337.
 45 : 363, 1227.
 47 : 1209, 1337.

- 50 : 1337.
 52 : 1036, 1337, 1339.
 14, 24 : 563.
 15, 21-28 : 423.
 16, 16 : 720.
 18 : 38, 177, 556.
 24 : 877.
 17, 4 : 1116, 1158.
 5 : 855, 1167, 1393.
 16 : 481.
 26 : 505.
 18, 7 : 370.
 20 : 552.
 19, 8 : 590.
 21 : 164, 1107.
 28 : 676.
 20, 17-29 : 1109-1110.
 28 : 784.
 33 : 720.
 21, 21 : 558.
 43 : 1127.
 44 : 132.
 22, 2 : 1162.
 37 : 414.
 40 : 861.
 23, 2 : 478.
 25, 1-13 : 115.
 10 : 1214.
 12 : 374.
 20 : 863.
 23 : 744.
 24-26 : 607.
 31-46 : 553, 879.
 41 : 992.
 26, 26-28 : 923.
 39 : 561, 924.
 41 : 519.
 50 : 330, 1108.
 56 : 377.
 27, 8 : 926.
 46 : 964.
 28, 17 : 228.
 18 : 978.
 19 : 397, 472, 860, 861,
 871, 1336, 1340,
 1345, 1415, 1419.
 20 : 232, 556, 908.

Evangelio de San Marcos.

- 1, 22 : 759.
 5, 41 : 365, 370, 371.

- 6, 31 : 382.
 9, 28 : 102.
 10, 45 : 78.
 14, 29 : 926.
 36 : 1324.
 16, 6 : 942.

Evangelio de San Lucas.

- 1, 28 : 166, 722, 907.
 31 : 908, 913.
 32-33 : 909.
 33 : 505.
 34 : 890.
 35 : 167, 883, 884,
 908, 909, 914.
 38 : 32, 53, 168, 883,
 885, 887, 907,
 910, 912, 914,
 997, 1250.
 39 : 1219.
 45 : 33, 169, 916.
 46 : 169.
 46-49 : 33, 911-912, 997.
 48 : 1017.
 49 : 907.
 2, 7 : 505, 880.
 10 : 892.
 12 : 859, 880, 881.
 15 : 894.
 19 : 110.
 47 : 1314.
 51 : 110, 531.
 3, 9 : 716.
 4, 13 : 924.
 18 : 470.
 5, 5 : 228.
 6, 12 : 273, 291, 310, 312,
 314, 316, 1364.
 19 : 1385.
 37 : 573.
 45 : 610, 1331, 1377.
 7, 14 : 368.
 22 : 470.
 37-38 : 384.
 47 : 342.
 8, 25 : 422.
 54 : 370, 371.
 9, 23 : 761.
 41 : 675.
 55 : 1107.
 58 : 264, 505, 559, 744.

- 60 : 720, 783.
 62 : 152, 494, 1222.
 10, 2 : 186, 825, 1428.
 40-41 : 623.
 42 : 729.
 12, 8 : 1105.
 49 : 80, 800, 1208.
 14, 10 : 492, 1158.
 15, 12-21 : 337, 343.
 16, 8 : 1032.
 17, 5 : 402.
 6 : 1399.
 10 : 79, 694.
 11-19 : 425.
 17 : 1161.
 21 : 150, 663, 878.
 18, 1 : 622, 1155, 1217.
 34 : 240, 715.
 41 : 377.
 19, 14 : 136, 662.
 22, 15 : 451, 730.
 32 : 177.
 48 : 926.
 53 : 1031.
 23, 28 : 929.
 34 : 929, 1365.
 49 : 1011, 1012.
 24, 26 : 561, 944.
 36-47 : 1204-1206.
 45 : 715.
- Evangelio de San Juan.**
 1, 1 : 871, 1411.
 3 : 867, 1214, 1347.
 4 : 171, 362, 857,
 889, 1137.
 5 : 362, 1159, 1173.
 9 : 151, 1048, 1222.
 11 : 362, 1159.
 12 : 171, 861, 890,
 1026, 1159.
 13 : 171.
 14 : 133, 169, 219, 860,
 884, 886, 887, 889,
 907, 1005, 1405.
 17 : 944.
 18 : 210, 219, 397, 414,
 516, 722, 862, 1150,
 1152, 1393.
 29 : 950, 1260.
 2, 19 : 941.

- 3, 3 : 885.
 8 : 215, 1151, 1263.
 13 : 346, 347.
 16 : 23, 45, 966, 1031,
 1151, 1165.
 34 : 1151.
 4, 23 : 23, 544, 949.
 5, 22 : 354, 878.
 26 : 872.
 6, 5 : 252.
 51 : 953.
 55 : 954.
 56 : 952.
 60 : 1155.
 64 : 886.
 68 : 133, 321, 965.
 71 : 239.
 7, 46 : 581, 1053, 1385,
 1386, 1411.
 8, 12 : 362.
 21 : 339, 1123.
 32 : 510, 860.
 34 : 510, 860, 1105.
 37 : 1128.
 44 : 555, 992, 993,
 995, 1000, 1030.
 9, 34 : 1123.
 10, 10 : 866, 1102.
 11 : 273, 1216.
 16 : 704.
 24 : 581.
 11, 3 : 365.
 16 : 377, 454.
 25 : 371.
 25-26 : 524.
 26 : 1126.
 28 : 1126.
 42 : 965.
 43 : 381.
 49-51 : 921.
 12, 24 : 984.
 31 : 1027.
 32 : 751, 1216.
 36 : 189.
 13, 1 : 451, 730, 741,
 752, 920, 923.
 3 : 925.
 8-10 : 922, 972.
 10 : 452.

- 15 : 30, 72, 236, 325,
452, 877, 959,
1163, 1393.
- 25 : 730.
- 33 : 730.
- 34 : 569, 730, 1444.
- 35 : 730, 731.
- 14, 1 : 56, 653.
- 2 : 152, 1107.
- 6 : 132, 504, 761,
856, 998, 1167.
- 12 : 676, 784.
- 15 : 859.
- 18 : 320.
- 23 : 324, 326, 916.
- 26 : 417, 555, 715.
- 27 : 56, 653.
- 15, 5 : 952, 1038, 1215,
1267.
- 13 : 559.
- 14 : 654.
- 15 : 973.
- 16 : 260.
- 20 : 56, 653.
- 16, 2 : 713.
- 13 : 222, 401.
- 20 : 350.
- 23 : 422.
- 24 : 62.
- 33 : 56, 158, 653, 713.
- 17, 3 : 731.
- 4 : 23, 141, 1153.
- 9 : 1284.
- 19 : 861.
- 21 : 68, 655, 741, 802,
918.
- 23 : 604, 701.
- 26 : 68, 655.
- 18, 36 : 784.
- 38 : 926.
- 19, 5 : 1120.
- 14 : 735, 931, 977.
- 15 : 735, 1422.
- 25 : 1009.
- 27 : 505, 520, 1012.
- 28 : 631.
- 20, 21 : 397.
- 26 : 1436.

- 28 : 765.
- 21, 11 : 1209.
- 15 : 691, 722, 1180.
- 17 : 177, 241, 1181.
- 18 : 629.

Hechos de los Apóstoles.

- 1, 1 : 236, 242, 273, 697,
1113, 1331, 1349.
- 8 : 144.
- 4, 11 : 132.
- 12 : 449.
- 32 : 71, 390.
- 33 : 138.
- 5, 29 : 496.
- 41 : 158, 350.
- 6, 4 : 157, 614, 695, 1432.
- 8, 4 : 827, 828.
- 9 : 589.
- 9, 6 : 364, 792, 1228,
1323.
- 16 : 812.
- 12, 5 : 1360.
- 15, 9 : 403.
- 10 : 337.
- 17, 21 : 587.
- 25-28 : 25.
- 28 : 218, 292, 1275.
- 20, 28 : 21, 279, 913, 1071.

Romanos.

- 1, 17 : 1113.
- 4, 11 : 627.
- 18 : 410.
- 25 : 945.
- 5, 5 : 23, 405, 412,
1050, 1051.
- 20 : 921.
- 6, 9 : 950.
- 7, 24 : 1143.
- 8, 3 : 1005.
- 6 : 712.
- 14 : 1106.
- 17 : 172, 891.
- 18 : 406, 517.
- 21 : 511.
- 22 : 1008.
- 24 : 397.
- 26 : 220, 293, 295,
425, 905.
- 28 : 281, 761.

- 30 : 1125.
 32 : 865.
 10, 4 : 28, 95, 110, 133,
 210, 636, 863.
 14 : 396.
 17 : 1358.
 18 : 1206.
 11, 4 : 1055.
 33 : 320.
 36 : 635.
 12, 10 : 477.
 13, 10 : 861, 1383.
 11 : 608, 610.
 14 : 90, 1244, 1245.
 15, 3 : 859, 933.
- 1 Corintios.**
 1, 19 : 1210.
 21 : 138, 230.
 23 : 132, 140, 882.
 24 : 210, 881, 1139.
 27 : 1207.
 2, 2 : 132, 206, 212, 322,
 751, 752, 875, 1112,
 1215, 1231.
 4 : 223, 1411.
 9 : 455.
 10 : 735.
 14 : 221.
 3, 15 : 565, 1043.
 22-23 : 211.
 4, 1 : 210, 578, 581.
 2 : 612.
 7 : 424, 1145.
 10 : 811.
 5, 6 : 247.
 6, 17 : 27, 222, 901,
 1050, 1109.
 19 : 903.
 20 : 904.
 7, 15 : 1067.
 32 : 1241.
 8, 1 : 48, 97, 199, 212,
 872, 1036, 1095,
 1101.
 9, 22 : 794, 1386.
 25 : 389.
 27 : 1111.
 10, 17 : 146, 861, 985, 1292.
 31 : 1422.

- 11, 1 : 263.
 28 : 969, 970.
 12, 3 : 220.
 5 : 1292.
 12-14 : 275.
 14-17 : 373.
 13, 4-7 : 1304-1310.
 13 : 411.
 14, 34 : 1021.
 15, 17 : 944.
 28 : 406, 1047, 1048,
 1050, 1051.
 41 : 606.
 43 : 1048.
 44 : 1047.
 47 : 240.
 16, 22 : 133, 858.

2 Corintios.

- 2, 17 : 862, 1328, 1355,
 1433.
 3, 17 : 700.
 18 : 407.
 4, 5 : 132.
 7 : 519.
 17 : 946.
 5, 4 : 1244.
 14 : 263, 559, 620,
 858, 1208.
 20 : 1327.
 6, 13 : 665.
 15 : 563.
 8, 9 : 314, 504.
 11, 26 : 212.
 12, 9 : 882.
 10 : 617.
 15 : 239, 571, 681,
 1114, 1384.
 13, 5 : 820, 821, 1113.

Gálatas.

- 2, 19 : 940.
 20 : 237, 861, 917, 1027.
 3, 27 : 915.
 4, 6 : 24.
 19 : 99, 135, 141, 166,
 168, 169, 235, 237,
 253, 885, 908, 913,
 1114.
 5, 17 : 102, 359.

- 24 : 1143.
 6, 1 : 97.
 14 : 122, 814, 1236.
 16 : 629.
- Efesios.**
 1, 3-4 : 1124, 1125.
 10 : 132, 210, 481,
 488, 787, 859.
 23 : 21, 135, 860, 861.
 2, 3 : 227, 876, 883,
 889, 1150.
 6 : 1170.
 20 : 211, 496, 1285.
 3, 17 : 45, 886, 907, 913,
 916.
 4, 3 : 129, 708.
 13 : 235, 236, 861.
 14 : 1108.
 15 : 222.
 22 : 357.
 24 : 915, 916.
 5, 1-2 : 820.
 20 : 55, 62, 653, 1161.
 27 : 136.
 31 : 1272.
 32 : 21.
 6, 6 : 778, 863.
 12 : 1142, 1147.
- Filipenses.**
 1, 18 : 140.
 21 : 20, 237, 264, 318,
 324, 826, 829, 858,
 917, 1107, 1175,
 1194, 1231.
 23 : 1143.
 2, 5 : 312, 357, 452, 543,
 675, 917.
 7 : 859, 879, 917, 948,
 1215.
 8 : 52, 54, 531, 540,
 730, 744, 859, 871,
 1193, 1215, 1251.
 12 : 866.
 13 : 1038.
 21 : 694, 1116.
 3,12-13 : 294.
 17 : 860.
 20 : 1119.

- 4, 4 : 349, 721.
 7 : 253, 1437.
 13 : 58, 882, 1210.

Colosenses.

- 1, 15 : 1150.
 19 : 133, 856, 1054.
 20 : 133, 858.
 23 : 1036.
 24 : 76, 938, 1163.
 2, 3 : 132, 319, 635, 856,
 1005, 1070, 1114.
 9 : 856, 942, 1113, 1406.
 3, 1 : 1437.
 2 : 945.
 3 : 123, 237, 883.
 4 : 1107, 1222.
 9-10 : 915, 1242.
 22 : 1107.

1 Tesalonicenses.

- 4, 3 : 863, 868.
 5, 18 : 426.
 19 : 293.

1 Timoteo.

- 1, 13 : 338.
 17 : 141, 225.
 2, 5 : 219, 856, 1150.
 3, 15 : 135.
 4, 2 : 366.
 6, 8 : 157.

2 Timoteo.

- 1, 12 : 410.
 2, 3 : 1147.
 9 : 480.
 15 : 213.
 17 : 547.
 22 : 711, 713.
 3, 3 : 1309.
 4, 3 : 274, 480.
 8 : 232, 865.

Hebreos.

- 1, 1-2 : 1411.
 2 : 397, 855, 860, 1152.
 3 : 73, 322, 880,
 881, 1005, 1221,
 1222, 1246, 1411.
 6 : 318.

- 14 : 166, 908.
 2, 11 : 449.
 4, 12 : 122.
 7, 3 : 964, 1278.
 17 : 1023.
 25 : 114, 449, 950.
 26 : 961.
 10, 1 : 420.
 7 : 82.
 8-9 : 957.
 11, 1 : 397.
 6 : 217, 396, 558, 853,
 864, 1112.
 12, 1 : 407, 409.
 2 : 45, 132, 210, 240,
 592, 873, 944, 1073,
 1252.
 13, 17 : 86, 545, 549, 550,
 551.

Santiago.

- 1, 2 : 812, 1041, 1042,
 1112.
 4 : 409, 410, 481.
 17 : 23, 130, 422, 1254.
 18 : 946.
 2, 19 : 462.
 4, 6 : 421.
 14 : 400, 1042.
 5, 16 : 567.

1 Pedro.

- 2, 21 : 1033.
 25 : 275.
 3, 14 : 588.
 4, 14 : 588.

2 Pedro.

- 1, 4 : 981.

1 Juan.

- 3, 1 : 1310.
 2 : 1049.
 4, 8 : 68, 417, 555, 1310.
 16 : 68, 417, 555, 864.
 19 : 620, 679, 857, 975.
 5, 4 : 400.
 20 : 951, 1116.

Apocalipsis.

- 1, 8 : 859, 866.
 2, 4 : 416.
 3, 1 : 1108, 1418.
 15 : 971.
 20 : 899, 901, 1123.
 21 : 902.
 4, 6 : 1240.
 5, 6 : 919, 956, 958.
 11-12 : 750.
 14 : 750.
 6, 2 : 662.
 7, 14 : 518.
 8, 1 : 293.
 13, 8 : 52, 543, 750, 923,
 951, 952, 1018.
 14, 4 : 518, 949, 1018.
 17, 3-5 : 137.
 4 : 1031.
 19, 16 : 662.
 21, 3 : 135, 211.
 5 : 713.
 23 : 1050.
 22, 2 : 231.
 11 : 565.
 14 : 518.
 20 : 916, 918.

INDICE DE NOMBRES

— A —

Abel: 996, 1407.

Abraham: 291, 616, 818, 887.

Acab: 900.

Adán: 236, 989, 996.

Adoratrices: 947, 1079, 1224-81,
1232.

Adrianópolis: 160, 1181, 1198,
1199, 1456, 1457, 1459.

África: 728.

Agustinos: 1063, 1064.

Agustín (san): 140, 142, 149, 171,
213, 234, 303, 304, 305, 390,
415, 451, 475, 490, 495, 568,
589, 598, 604, 636, 722, 789,
796, 889, 897, 932, 943, 1003,
1037, 1045, 1094, 1096, 1124,
1158, 1159, 1160, 1170, 1172,
1213, 1222, 1347.

Páginas P.L. XXXII Col.

1148: *Confes.* I, 1: 661.
427-30: *Confes.* I, 4-5: 662-3.
479: *Confes.* I, 13: 670.
568: *Confes.* III, XII: 692-3.
432-37: *Confes.* IV, 9-12: 699-700.
1032: *Confes.* VII, 9: 740-1.
475, 762: *Confes.* VIII, 11: 761.
872: *Confes.* X, 23: 793.
304, 715: *Confes.* XII, 31: 844.
635: *De Ordine.* 9: 1007.
437-47: *De Mor. Eccl.*, I, 11-14:
1319-21.
392, 1149: *Reg. Mon.*, VIII, 3: 1382.

P.L. XXXIII

293, 1150: *Ep.* 118: 431.
292: *Ep.* 130, 18-19: 501.

296: *Ep.* 187, 17, 19: 838.
1220: *Ep.* 188, 1: 849.

P.L. XXXIV-XXXV

551, 1148: *De Doctr. Christ.*: 15.
417: *De Doctr.* I, 4: 20.
1152: *De Doctr.* I, 6: 21.
854: *De Doctr.* II, 9: 42.
412: *De Doctr.* III, 10: 72.
715: *De Doctr.* III, 27: 80.
991: *De Gen. contra Man.*,
XI, 17: 209.
890, 891: *In Joan. Ev.*, II, 14: 1395.
421, 1272: *In Joan. Ev.*, V, 1: 1414.
721: *In Joan. Ev.*, XX: 1562-3.
925: *In Joan. Ev.*, LV, 5: 1786.
417: *In Joan. Ev.*, LXV, 1: 1808.
416: *In Joan. Ev.*, LXXIV, 2: 1827.
849: *In Joan. Epist.* VII, 8: 2033.

P.L. XXXVII

383: *In Ps.* XXVII, 14: 404.
1133-41: *In Ps.* LXXXIII: 1055-1068.
381: *In Ps.* CI, 3: 1306.
1174: *In Ps.* CXVIII, 4, 1: 1509.
1173: *In Ps.* CXVIII, 7, 4: 1518.
346: *In Ps.* CXIX, 1: 1597.
346: *In Ps.* CXX, 1: 1606.
347-8: *In Ps.* CXXI, 1: 1618.
352: *In Ps.* CXXI, 5: 1622.

P.L. XXXVIII

1214-1215: *Serm.*, 336, 1-2: 1472.
319: *App. Serm.*, CXXXVIII, 1: 1997.

P.L. XL

1176: *De Div. Q.*, 71: 83.

1155: *De fide rerum*, II: 173.
 1114: *Enchiridion*, I, 1: 231.
 1171: *De Cat. Rud.*, IV: 316.
 1003, 1006: *De Virg.*, II: 397.
 496: *De Virg.*, VIII: 400.
 518: *De Virg.*, XIII: 402.
 518, 1008: *De Virg.*, XXVII: 411-2.
 522: *De Virg.*, XXXVI: 417.
 1217: *De Bono Vid.*, 16: 442.
 512: *De Bono Vid.*, 21: 448.
 294-5: *De Util. Jej.*, I: 708.

P.L. XLI

858: *De Civ. Dei*, XIV, 28: 436.
 393: *De Civ. Dei*, XV, 22: 467.

P.L. XLII

1085: *De Trinitate*, XII: 998.

P.L. XLIV

336, 339, 870: *De nat. et Gr.*, XXVI:
 261.
 399: *De Pred. Sanct.*, V: 963.
Albigenses: 155, 203, 222, 1090.
Alejanría: 1355.
Alemania: 203, 462, 827, 828.
Alès: 947.
Allemand (Sr.): 1349.
Alzon (Augustine d'): 758.
Alzon (Edmond d'): 749.
Alzon (Emmanuel d'):
Amor de la Iglesia: 759, 779,
 799, 838, 839, 1041.
Amor de la Santísima Virgen:
 794, 796, 801, 804, 806, 808,
 809, 810, 812, 815, 816, 817,
 818, 819, 822, 827, 828, 838,
 839, 842, 1462.
Amor del Señor: 305, 742, 769,
 778, 783, 784, 789, 797, 804,
 805, 811, 813, 814, 817, 818,
 821, 822, 826, 829, 832, 834,
 838, 839, 842, 1462.

Castidad: 743, 779.
Crucifijo: 822, 823, 1231.
Devoción al Espíritu Santo: 810,
 811, 819, 844.
Devoción eucarística: 734, 751,
 752, 753, 754, 778, 815, 825-6,
 840, 841, 982, 983.
El Religioso: 779-782, 826.
El Sacerdote: Retiro de ordenación: 760-765.
El Superior: 782-7, 791, 793,
 794, 797, 810, 818, 819, 826,
 829, 834.
Espíritu de sacrificio: 780, 782,
 783, 812, 813, 814, 816, 820,
 822, 829.
Estudios: 745-9, 754-8, 769-70,
 789-90, 831, 842.
Examen particular: 1079, 1081.
Fe: 791, 814, 833.
Humildad: 833, 834.
Inicio del Instituto: 770, 771-3,
 774-7, 1283.
Mortificación: 783, 803.
Obediencia: 743, 744.
Olvido de sí mismo: 305, 823.
Oración: 305, 783, 792, 803,
 806, 832, 840, 841, 844.
Ordenación sacerdotal: 765-768,
 779, 826.
Otros votos: 639, 773, 796, 825,
 826.
Patronos: 760, 816.
Pobreza: 743, 790, 816, 817, 827.
Pruebas: 759, 804, 806, 808, 809,
 811-12, 820, 839, 840, 841.
Reglamento de vida: 777-87.
Resoluciones: 787, 790, 796,
 802, 818, 820, 829, 835, 836,
 839, 840.
Retiros: 760-5, 799-802, 812,
 834, 835, 838, 840, 844.
Santos y Ángeles: 811, 816, 828,
 829, 830.
Sufrimientos: 809, 813, 814, 840.

Testimonio de humildad: 641, 763, 795, 808, 810, 813, 816, 818, 832, 833, 834, 1065, 1143.
Vocación religiosa: 639, 640, 641, 758, 769.
Vocación sacerdotal: 733, 734, 749, 750.
Votos de religión: 788, 807.
Alzon (Visconte d'): 765.
Ambrosio (san): 520.
In Ev. sd. Luc. C. II; P.L. XV, 1640: 944, 1219.
Id., 1647: 170, 887.
 De Virg. L. I, C. III; P.L. XVI, 202: 517.
 De Virg. L. I, C. V; P.L. XVI, 206: 521.
 De Virg. L. I, C. III; P.L. XVI, 206: 521.
 De Virg. L. II, C. II; P.L. XVI, 220: 1003.
América: 1387.
Ammonius Saccas: 1355.
Ana: 926.
Ana de Austria: 1117.
Ananías: 1108.
Andrés (san): 1210.
Angélico (Fra): 1386.
Anselmo (san):
Epist. Liv. IV, IX; P.L., 159: 860.
Anticristo: 691, 1210.
Antinoo: 1410.
Antonio (san): 529, 1325.
Apolo del Belvedere: 1409.
Arianos: 1046.
Ario: 556.
Aristóteles: 699, 789.
Arras: 175.
Asuero: 1356.
Atanasio (san): 793.
Atenas: 1210.
Atila: 142.
Australia: 160, 185.
Austria: 162.
Auteuil: 666, 699, 710, 1034.
Aviñón: 819.

- B -

Babel: 225.
Babilonia: 136, 137.
Bailly (P. Emm.): 254, 308, 836, 840, 845, 1081, 1087, 1088, 1089, 1090, 1103, 1350, 1387, 1423, 1461, 1464.
Bailly (P. V. de Paul): 288, 723, 836, 842, 1068, 1076, 1082, 1087, 1088, 1102, 1350.
Baragnon Numa: 1103.
Barnabo (Card.): 1448, 1451.
Baronio: 213.
Basilio (san): 529, 715, 856, 1449.
Bastien (abate): 808.
Baudouy (P. Ernest): 614, 1388.
Belarmino: 1046, 1149.
Belén: 33, 34, 65, 575, 628, 859, 892, 894, 895, 969, 1124.
Benito (san): 155, 157, 279, 304, 390, 529, 577, 642.
Berardi (Card.): 213, 1450.
Bernardo (san): 103, 586, 598.
De Consideratione, II, 13;
 P.L. 182, 756: 335.
De diligendo Deo; 974: 418.
Super Missus; P.L., 183, 59: 1007.
In Nat. B.M.V.; P.L., 183, 441: 1218.
Bérulle (Card. de): 792, 795, 799.
Bévier (Sor Marie-Aug.): 790.
Bizzarri (Mons.): 1062.
Boletín de las Obras Obreras: 1424.
Bolonia: 1195.
Bonald (de): 1045, 1391.
Bossuet: 189, 213, 519, 520, 789, 797, 799, 831, 842, 851, 858, 860, 1037, 1045, 1055, 1406.
Bouix: 700.
Bourdaloue: 213, 831, 942, 1051.
Bouvy (P. Edmond): 1117.
Brézé (de): 767, 768.
Buenaventura (san): 213, 790, 852, 853.

Buffon: 749.
Bulgaria: 186, 1181, 1182-83,
 1448, 1451, 1453, 1456-57.

- C -

Cabrières (Card. de): 836.
Caifás: 921, 926.
Caín: 993, 996, 1407.
Calcedonia: 1453.
Camilo de Lellis (san): 559.
Camus (Mons.): 970.
Canrobert: 682.
Capitolio: 1410.
Carlomagno: 233.
Carlos Borromeo (san): 830, 1205.
Carlos Martel: 233.
Carlos V: 1145.
Carmelitas: 701, 1064.
Cart (Mons.): 773, 794.
Cartago: 178, 1420.
Catalina de Siena (santa): 699,
 798, 800, 825, 897, 1165.
Cestac (abate): 825.
Chalais: 799.
**Chambourdon (Padre François
 d'Assise):** 1067, 1068.
Châteaux (les): 1103.
Chavin (Sr.): 798
Cicerón: 479.
Clérgos Regulares: 155.
Clodoveo: 233.
Coliseo: 1410.
Combalot: 42.
**Commarque (Madre María Teresa
 de):** 809, 843.
Comuna (la): 178, 184.
Condren: 795.
Constantino: 232.
Constantinopla: 1072, 1451,
 1453-54, 1456-57.
Cooper: 1374.
Cornelio (centurión): 1181.
**Correnson (Madre Emmanuel-
 Marie de la Compassion):** 827,
 833, 838, 839, 841, 1074, 1077,

1078, 1079, 1083, 1178, 1184,
 1185, 1186, 1187, 1189, 1191,
 1195, 1201, 1213.

Crates: 897.
Cusse (Padre): 297.
Czartoriski: 1450.

- D -

Daniel: 329, 330, 580.
Danzas (Padre): 1195.
Darras: 213, 1043, 1044, 1045,
 1094.
David: 39, 491, 562.
Demetriades: 1217, 1220.
Descamps (P. Pierre): 1090.
Diana (Beata): 1196.
Dionisio Areopagita: 855, 1362.
Domingo (santo): 155, 198, 202,
 203, 204, 529, 577, 642, 1090.
Dominicos: 684, 1062, 1063, 1064,
 1098, 1195.
Donato: 1046.
Dumazer (Padre Alexis): 687,
 723, 848, 1090, 1093, 1103.
Dupanloup (Mons.): 1001.
Durand (abate): 833.
Duruy: 1354.

- E -

Egipto: 33, 557.
Elías: 179, 818.
Enrique V: 749.
**Escures (Condesa d', de soltera:
 de Pélissier):** 724, 809, 811, 841,
 1102, 1460.
España: 162, 828.
Espartero: 1360.
Estados Unidos: 565
Ester: 1356.
Europa: 180, 1388, 1398-1400.
Eutiques: 1046.
Eva: 319, 996.

- F -

- Faber:** 645, 1227.
Fabre (abate): 759.
Felipe el Hermoso: 143.
Felipe Neri (san): 1143, 1205.
Félix de Cantalice (san): 1205.
Fénelon: 799, 850.
Filippopoli: 160, 1456, 1457.
Florenca: 1070.
Focio: 1452, 1453.
Fourrier (san): 795.
Francia: 142, 173, 177, 180, 181, 184, 222, 233, 394, 462, 471, 662, 827, 828, 927, 1089, 1360, 1397, 1420, 1438, 1440, 1442, 1445, 1452, 1453, 1455.
Francisco de Asís (san): 151, 155, 157, 202, 204, 529, 577, 642, 816, 817.
Francisco de Sales (Obras de San): 1066, 1083, 1180, 1448.
Francisco de Sales (san): 213, 216, 598, 760, 799, 852, 897, 970, 1053, 1113.
Frayssinous (Mons.): 1037.

- G -

- Gabriel (san):** 32, 165, 166, 168, 907, 908, 913, 1268.
Gaeta: 1041.
Galabert (Padre): 297, 646, 985, 1087, 1457, 1459.
Gareiso (abate): 772.
Garibaldi: 1041.
Gay (Mons.): 842.
Gedeón: 908.
Genserico: 142.
Gerbet (Mons.): 1382.
Germer-Durand (Padre): 297, 1090.
Germer-Durand (Sr.): 771, 1349, 1355, 1382.
Géry (Padre): 1098.
Gil Blas: 739.

- Ginouillac (abate):** 758.
Gladiador moribundo: 1410.
Godos: 557.
Goubier (abate): 776.
Goudin: 1098.
Gouraud: 735.
Granada (L. de): 831, 851.
Gregorio (san): 437, 855, 1362.
In Ezech., II; P.L., 76, 1037: 497.
Homel., XXV; P.L., 76, 1189: 350.
Reg. Past. I; P.L., 77, 14: 598.
Gregorio de N. (san): 1454.
Gregorio Taumaturgo (san): 817.
Gregorio VII: 304, 799, 1293.
Gregorio XVI: 705, 767.
Grenoble: 181.
Grou (Padre): 851.
Guépin (Dom): 843.

- H -

- Halluin (Padre):** 175.
Hassoun (Mons.): 1452.
Hedde F.: 1351.
Hello: 1106.
Hermanitas de la Asunción: 160, 305, 726.
Herodes Antipas: 562, 926, 927.
Herodes el Grande: 33, 896.
Herodoto: 789.
Hilarión (san): 1325.
Hugo (Víctor): 1038.
Hunos: 557.

- I -

- Ignacio de Constantinopla (san):** 1454.
Ignacio de Loyola (san): 204, 642, 760, 762, 1078, 1081.
Inglaterra: 728, 827, 828.
Inocencio III: 222.
Irlanda: 565.
Isabel (santa): 169, 916, 1219.
Isaías: 1362.
Islamismo: 233.

Italia: 162, 203, 222, 462, 828.

– J –

J. B. de la Salle (san): 795, 1299.
Jacob: 896.
Jafet: 1368.
Jairo: 370.
Jaricot (señorita): 1180, 1216.
Jenofonte: 789.
Jeremías: 1165.
Jerónimo (san): 479, 519, 898, 1122, 1206.
Jerónimo Emiliani (san): 559.
Jerusalén: 33, 121, 136, 144, 351-56, 903, 920, 921, 1043, 1110, 1166, 1213, 1214.
Jesuitas: 642, 708, 766, 1062, 1063, 1076.
Jezabel: 900.
Job: 671.
Jonás: 566, 595.
Jordán de Sajonia (san): 198, 1195.
Josafat (san): 843.
José de Arimatea: 505.
José de Cupertino (san): 590.
José (san): 33, 100, 303, 505, 628, 716, 717, 718, 760, 892.
Josué: 562.
Juan (san): 505, 599, 675, 760, 1009, 1210, 1267.
Juan Bautista (san): 169, 480, 1165, 1268.
Juan Crisóstomo (san): 760, 856, 1037, 1386, 1453, 1454.
Juan de Dios (san): 632.
Juan de la Cruz (san): 213, 216, 817, 852, 853, 1144, 1247.
Judas: 925, 926.
Juliana: 1220.

– K –

Kulturkampf: 557.

– L –

La Fontaine: 1368.
Labriolle (de): 427.
Lacordaire: 469, 706, 770, 1037, 1385.
Ladrón (el buen): 599.
Lamennais: 748, 749, 766, 767, 1353, 1406.
Laocoonte: 1409.
Laurent (Padre Ch.): 200, 201, 208, 614, 673, 837, 1086, 1462.
Lavagnac: 147, 149, 254, 1232.
Lavigerie (Card.): 1448.
Lázaro: 365, 368, 920, 1126.
Leibnitz: 748.
Lejeune: 831.
León (san):
Sermón 21; P.L., 54, 192: 453, 879.
Sermón 24; P.L., 54, 206: 171.
Sermón 25; P.L., 54, 212: 170.
Sermón 26; P.L., 54, 213: 170, 319, 320.
León XIII: 462, 1464.
Liberté pour tous: 1424.
Ligorio Alfonso (san): 213.
Lombard (Padre M.): 1097.
Lourdes: 181, 721, 1399.
Lucca (Mons.de): 1080.
Luglien d'Esgrigny: 733, 768.
Luis (san): 233, 1292.
Luis XV: 1400.
Lutero: 556, 757, 1293.
Lyon: 181, 1180, 1419, 1459.

– M –

Mabillon: 674.
Macabeos: 162, 562.
Macedonios: 1046.
Magdalena (santa): 1164.
Maguncia: 177.
Mahoma: 556, 557.
Maistre (de): 592, 1016, 1407.

Malebranche: 747.
Marcos (san): 390.
María de Ágreda: 664, 699, 700, 852.
María de Betania: 1126.
Marsella: 181.
Masella Aloisi: 1459.
Massillon: 469.
Maubon (Padre Joseph): 1090.
Ménard (Michel): 723.
Mérignargues (Isabelle de): 1180-81.
Metz: 177.
Miguel (san): 893, 1211, 1278, 1434, 1435.
Miguel Ángel: 1386.
Milleret (Madre Marie-Eugénie de Jesús): 42, 639, 658, 698, 706, 727, 769, 770, 773, 774, 791, 792, 793, 796, 797, 798, 799, 803, 804, 805, 806, 808, 809, 810, 811, 813, 814, 817, 821, 822, 823, 830, 832, 837, 840, 841, 842, 843, 844, 906, 1067, 1076, 1091, 1102, 1142.
Moisés: 398, 562, 818, 903, 993, 1335, 1361.
Molinos: 860.
Mónica (santa): 568.
Monnier: 1299, 1389.
Montalembert: 768.
Montesquieu: 728.
Montpellier: 754, 1439.
Montpellier (de): 768.

- N -

Naím: 368.
Napoleón: 671.
Nápoles: 1041, 1084.
Nazaret: 33, 34, 65, 94, 95, 320, 505, 628, 630, 910, 1395.
Nehemías: 562.
Nerón: 141.

Nestorio: 1046.
Nimes: 254, 288, 658, 707, 848, 1065, 1084, 1090, 1180, 1212, 1213, 1425, 1439, 1446.
Nimes (Colegio de): 160, 271, 275, 305, 641, 642, 644, 919, 1388.
Nínive: 566, 595.
Noé: 1169, 1368.

- O -

Oblatas de la Asunción: 43, 160, 186, 196, 254, 305, 698, 699, 726, 834, 836, 840, 848, 1074, 1075, 1076, 1078, 1079, 1178-1223, 1192, 1196, 1198, 1212, 1369.
Odescalchi (Card.): 766, 767.
Odessa: 1458, 1459.
Olier: 795, 803.
Olivieri (Padre): 683.
Oriente: 565, 985, 1178, 1179, 1182, 1388, 1448-60.
Origenes: 1355.

- P -

Pablo (san): 52, 138, 141, 275, 318, 477, 760, 1164, 1210, 1362, 1386, 1406.
Pablo el Ermitaño (san): 1325.
París: 160, 177, 181, 183, 201, 270, 642, 660, 1446.
Pascal: 1146, 1387.
Patt (Fr. Eduardo): 681.
Pedro (san): 38, 138, 141, 480, 562, 566, 588, 675, 701, 926, 1210, 1267, 1434, 1435.
Pelagio: 1046.
«Le Pèlerin»: 919, 1424, 1447.
Péllissier: 682.
Pernet (Padre): 305.
Picard (Padre): 15, 42, 82, 129, 192, 201, 207, 254, 270, 271, 288, 297, 305, 308, 723, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839.

842, 848, 947, 988, 1062, 1066,
1067, 1076, 1080, 1082, 1088,
1399, 1428, 1445, 1446, 1461.
Picard (Sr.): 987.
Pilatos: 229, 926, 927, 930, 931,
933, 934, 935, 977.
Pío IX: 145, 175, 176, 184, 704,
705, 1003, 1041, 1071, 1072,
1090, 1448, 1449, 1450, 1451,
1455, 1457, 1459.
Pitra (Cardinal): 1459.
Plantier (Mons.): 304, 1077.
Platón: 789, 1032.
Plutarco: 789.
Poitiers: 233.
Policarpo (san): 825.
Poly: 767.
Port-Royal: 1146.
Proba: 296.
Prusia: 173, 184, 186.

- R -

Rampolla: 1459.
Rancé (de): 304, 674, 682, 779,
795, 1284.
Ravignan (Padre): 677.
Régis (Eulalie de): 1212.
Reims: 666.
Reisach (Cardinal): 1084.
Religiosas de la Asunción: 16, 41,
82, 124, 160, 305, 658, 668, 669,
683, 692, 698, 726, 840, 919,
935, 1024, 1036, 1040, 1142-77.
Religiosos de la Asunción: 17, 36,
41, 42, 44, 57, 61, 70, 73, 78, 82,
96, 104, 107, 124, 132, 148, 165,
168, 182, 186, 195, 211, 215, 222,
231, 266, 306, 309, 578, 585,
614, 615, 654, 692, 715, 819,
834, 836, 840, 1062-1141, 1119,
1196, 1425, 1426.
Rochefort: 819.
Rohrbacher: 213, 789, 831, 1094.
Roland-Gosselin: 427.

Roma: 141, 142, 175, 177, 758,
759, 838, 941, 1063, 1069, 1071,
1072, 1083, 1166, 1210, 1360,
1419, 1420, 1451, 1455.
Rusia: 186, 462, 1072, 1448, 1457,
1458, 1459, 1460.
Rustky: 843.

- S -

Sacconi (Mons.): 1459.
Safira: 1108.
Salamanca: 1424.
Salette (La): 181.
Salomón: 1214.
Salvy: 817.
Samuel: 562.
San Severino: 1098.
Santiago (san): 1210, 1267.
Saugrain (Padre Hippolyte): 254,
271, 287, 288, 673, 1087, 1088,
1183, 1462.
Saúl: 504, 562.
Sebastopol: 682.
Sedán: 177, 666.
Segna (Mons.): 1459.
Ségur (Mons. de): 1067.
Sem: 1368.
Simeoni (Mons.): 1448, 1449,
1450, 1451, 1455.
Simón de Cirene: 929.
Simon Jules: 1033.
Sinaí: 177, 1034, 1038, 1361.
Sócrates: 1352.
Stanislas (Colegio): 1388.
Suárez: 1002.
Suiza: 462.
Syllabus: 164, 205.

- T -

Talbot (Mons.): 1448, 1449.
Teresa de Ávila (santa): 664, 695,
699, 700, 703, 852, 862, 897,
1068, 1130, 1144, 1227, 1259.

Tertuliano: *P.L.*, II, 848: 543, 717, 1366.

Tessan (de): 771.

Thiers: 709.

Tomás (santo): 675.

Tomás de Aquino (santo): 213, 226, 303, 304, 498, 591, 690, 699, 722, 790, 855, 943, 1084, 1094, 1095, 1096, 1098, 1336, 1347, 1356, 1362.

Summa Theologiae:

Ia Pars, Q. 1, art. 1: 850.

Ia Pars, Q. 22, art. 1: 866.

Ia Pars, Q. 22, art. 4: 867.

Ia Pars, Q. 23, art. 3: 869.

Ia Pars, Q. 106, art. 4: 1336.

Ia Ilae, Q. 17, art. 9, ad secundum: 221.

Ia Ilae, Q. 11, art. 1: 399.

Ia Ilae, Q. 23, art. 1: 411.

Ia Ilae, Q. 23, art. 2: 412.

Ia Ilae, Q. 24, art. 2: 415.

Ia Ilae, Q. 24, art. 3, ad

secundum: 1049, 1156.

Ia Ilae, Q. 24, art. 7: 416.

Ia Ilae, Q. 27, art. 1: 418.

Ia Ilae, Q. 88, art. 3: 494.

IIa Pars, Q. 1, art. 2: 1348.

Sententiarum, D. 49, Q. 5, art. 5: 1051.

Trento (Concilio de): 187, 213, 260.

Trotmann: 1358.

Turin: 639.

– V –

Vailhé (P. Siméon): 644.

Vándalos: 557.

Varin d'Ainvelle (Sra.): 832.

Vaticano (Concilio): 145, 147, 173, 175-77, 192, 205, 214, 234, 839, 1069, 1070, 1073, 1074, 1076, 1079, 1082, 1083, 1085, 1086, 1099, 1360.

Veillot Louis: 1423.

Vicente de Paúl (san): 559, 795, 1053, 1113, 1117, 1303, 1439, 1444.

Vigan (Le): 147, 254, 270, 271, 281, 658, 673, 834, 1183, 1423.

Virgilio: 479.

Voltaire: 180.

– W –

Walburge (Sor): 823, 1224, 1227, 1229, 1232.

Walter Scott: 1374.

– Z –

Zacarias: 1268.

Zebedeo: 1110.

Zigliara: 1098.

Zorobabel: 1214.

INDICE ANALITICO

- A -

- Abnegación:** 139, 987.
Acción: 79, 599, 600, 617, 696.
Acción de gracias: 61, 93, 425-6, 605, 679, 970, 1161.
Acostarse: 115
Admiración: 42, 323.
Adoración: 22-24, 28, 30, 42, 89, 114, 146, 181, 424-25, 448-450, 493, 496, 602-603, 627, 661-662, 667-669, **672-3**, 718, 898, **948-52**, 981, 1146, 1160, 1168, 1260.
Advertimiento: 278-279.
Afectos: 311.
Aislamiento (del sacerdote): 1293-94.
Alegria: 503-04, 550, 718, 721, 724, 1304.
Altar: 77, 146, 331, 408, 584, 600, 624, 904, 951, 952, 957, 962, 977, 980, 984, 1273, 1341.
Alumnado: 187, 235, **246-53**, 254, 261, 297, **1099-1102-04**.
Amabilidad: 105.
Ambición: 587-88, 594.
Amistad: 728, 732.
Amistades particulares: 571, 572, 678
Amor: 77, 153, 347, 348, 479, 491, 512, 544, 560, 603-04, 1050, 1332, 1356, 1359.
Amor de Dios: 24, 68, 74, 77, **131**, 364, 392, 393, 411, 555, 559, 579, 654, 717, 848, 850, **864-70**, 898, 1153, 1172-4, 1208-9, 1358-9, 1363.
Amor (Triple...): 20, 40, 42, 44, 45, 70, 128, 129, 131, 143, 168, 193, 242, 243, 249, 262, 711, 722, 723, 724, 819, 839, 847, 1102, 1249, 1387.
Amor a Nuestro Señor: 20-31, 38, 49, 73, 74, 76, 81, 88, 92, 93, **132-4**, 140, **165-72**, 194, 236, **322-4**, 331, 490, 516, 579, 616, 620, 645, 648, 654, 701, 717, 778, 797-798, 813, **857-8**, **874-946**, 902, 1065, 1194, 1201, 1209, 1223, 1283, 1387.
Amor a la Santísima Virgen: 21, **32-35**, 67, 73, **134-5**, 141, 648, 654, 988-1028, 1387.
Amor a la Iglesia: 21, **36-9**, 67, 70, 96, 97, **135-9**, 142, 144, 195, 212, 579, 616-617, 622, 645, 648, 654, 671, 693, 717, 779, 862, **1029-1060**, 1064, 1194, 1238, 1249.
Amor a las almas: 67, 70, 80, 158, 273, 470, 484, 583, 654, 1176-77, 1209, 1283, 1357.
Amor a los alumnos: 1335, 1382-83.
Amor propio: 589, 1115-16.
Anacoretas: 1216.
Ángeles: 113, 114, 187, 294, 295, 424, 514, 515, 521, 654, 689, 911, 1175, 1211, 1268, 1270-1, 1278-81, 1284, 1336, 1337, 1362-3.
Ángeles Custodios: 67, 90, 654, 811, 816, 828, 1211.
Apertura de corazón: 49, 264, 785, 1283.
Apostolado: 64, 193, 647, **692-7**, 851, 1037-1039.
Apóstoles: 157, 158, 167, 169, 239, 273, 310, 350, 480, 495, 496, 612, 675, 676, 780-81, 851, 1216, 1284.
Ardor: 559, 583, 712.
Aristocracia A.A.: 186, 201, 1089.
Arrepentimiento: 342-44.
A.R.T.: 78, 107, 128, 130, 131, 139, 147, 150, 303, 304, 394, 652, **659**, 661, 681, 910, 931, 935, 952, 1283, 1426, 1431.
Arte cristiano: 1402-14.
Asociación: 1083, 1420, 1425, 1432-1436.
Atención: 419.

Audacia: 137, 138, 189, 713.
Austeridad: 76, 102, 199, 247, 294-95, 467-68, 523-30, 567.
Autoridad: 162, 283-84, 594, 787, 1377.
Autosuficiencia: 312, 586.
Avisos: 274
Ayuno: 76, 386.

- B -

Bachillerato: 1395, 1421.
Bautismo: 36, 37, 170, 320, 327, 328, 861, 885, 888, 914, 915, 975, 978, 1042, 1106, 1157, 1159, 1336, 1340.
Bello cristiano (lo): 245, 246.
Benevolencia: 581, 582.
Benignidad: 1305-1307.
Burguesía: 163, 184.

- C -

Cáliz: 68.
Calvario: 33, 34, 43, 72, 80, 92, 122, 135, 222, 575, 765, 832, 859, 913, 929, 936, 948, 958, 977, 986, 994, 1010, 1019, 1163, 1167, 1203, 1231, 1410.
Canon de la misa: 24, 423, 449, 690.
Canto: 265, 299.
Capilla: 265, 626-28, 1212-15, 1377, 1391-95.
Capítulo de culpas: 121, 260, 274, 297.
Capítulo general: 128, 129, 147, 148, 172, 173, 174, 192, 197, 198, 199, 201, 208, 215, 254, 280, 287, 289, 290, 291, 297, 651, 692, 721, 1079, 1081, 1096.
Capricho: 1396.
Caridad: 67-71, 72, 75, 78, 91, 101, 104, 121, 145-146, 183, 193, 212, 213, 257, 280, 305, 411-8, 491, 544, 559-560, 571-573, 632, 648, 712-713, 717, 1194, 1258-1259,

1304-10.
Castidad: 52, 73-74, 77, 141, 514-22, 648, 650, 654, 872, 1241, 1258.
Castigo: 279, 285-87, 507-508, 1372.
Católico: 131, 394, 703, 709, 710, 838, 862, 1067, 1070, 1072, 1195, 1423.
Celda: 71, 265, 283, 578, 586.
Celo: 67, 72, 78-81, 108, 150, 212, 238, 249, 276, 484-85, 583, 599, 611-612, 647, 655, 758, 759, 768, 773, 774, 780-82, 798, 799, 811, 833, 845, 983, 1113-14, 1216, 1229, 1259, 1261, 1262.
Celos: 1257.
Ceremonia: 247, 265.
Ceremonial: 297-301.
Ciencia: 199-201, 632, 965-69, 1114, 1353-54, 1354-55, 1356.
Don de la: 94, 199, 404.
Circulares: 147, 309, 687, 692, 1425.
Círculos militares: 182.
Círculos obreros: 181, 182, 560.
Clero: 648, 649, 650, 655, 656, 1103, 1424, 1445-46.
Clero indígena: 1453.
Cobardía: 467.
Colegio: 194, 239-46, 261, 288.
Colonias agrícolas: 181.
Comidas: 102-03.
Comités católicos: 178, 560.
Comportamiento: 105, 984, 1343-44, 1369.
Comunión: 59, 72, 93, 244, 264, 300, 453, 455, 466, 489, 601-7, 899-902, 956, 958, 960, 963, 966, 968, 983, 984, 986, 1120, 1194, 1220, 1229, 1246, 1274, 1318.
Comunión frecuente: 181, 244, 984, 1344.
Conciencia: 282, 483-84.
Confesión: 117-8, 466.
Confianza: 33, 34, 56, 59, 292, 422-3, 597, 598, 653, 718, 719, 1210.
Confirmación: 1256, 1320.
Congregación: 17, 18, 37, 65, 70,

75, 84, 86, 100, 114, 155, 160, 165, 172, 173, 187, 192, 194, 197, 198, 200, 201, 207, 208, 251, 255, 256, 257, 258, 262, 369, 370, 371, 643, 650, 651, 659, 680, 686, 722, 826, 837, 856, 1024, 1031, 1066, 1072, 1082, 1425.

Congreso católico: 178, 185.

Consejos evangélicos: 202, 305, 389, 491, 1034, 1174.

Constituciones: 16, 42, 48, 82, 124, 157, 195, 248, 256, 259, 260, 261, 275, 277, 281, 283, 298, 300, 541, 646, 688, 715, 814, 1062, 1079, 1093, 1095, 1198, 1431.

Contemplación: 77, 79.

Contrición: 91, 117, 1233-35.

Conversiones: 71, 73, 105, 108, 1376-8, 1380.

Conversión: 566.

Convicción: 478-79, 609.

Copia: 31, 107, 259, 318, 490.

Cordialidad: 67, 257, 279, 571, 654.

Corporación: 183, 196.

Cortesía: 105, 265-66.

Costumbres cristianas: 180-86.

Crítica: 89, 540, 547.

Crucifijo: 549, 579, 584, 621, 934, 936, 960, 1092-93, 1113, 1224, 1229-32, 1233, 1234, 1235, 1247, 1318, 1427, 1430.

Cruz: 34, 36, 52, 54, 57, 58, 72, 77, 92, 135, 138, 141, 325, 346, 359, 449, 531, 559, 603, 813, 815, 820, 928, 936, 939, 977, 986, 1020, 1166, 1169, 1215, 1365.

Cuestión obrera: 1441-42.

Cuestión social: 225, 660, 666, 669, 690.

Cuestionarios: 267-70, 596, 597.

Culto: 265, 512-513.

Curiosidad: 89, 111, 578, 586-87.

— D —

Dedicación: 39, 41, 80, 90, 195, 239,

516-17, 528-29, 664-66.

Defectos: 243, 263.

Democracia: 142, 143, 162, 163, 175, 195, 225, 1074.

Dependencia: 153.

Derecho Canónico: 213, 632.

Derechos de Dios: 139, 151, 152, 153, 161, 210, 218, 226, 231, 236, 420, 424, 468, 475, 523, 618-619, 659-61, 666-67, 669, 711, 712, 850, 873, 952, 1168.

Derechos de Dios (Liga de los): 1434-35.

Deseo: 152, 263, 264, 360, 695.

Despojo: 357-361, 1171-72, 1242-43.

Desprecio de sí mismo: 1207-08.

Difuntos: 1056-60, 1427.

Dios:

Atributos: 864-870, 1392, 1403.

Conocimiento: 396, 397, 418, 615, 966, 1152.

Dios Padre: 23, 24, 52, 61, 68, 114, 140, 161, 167, 217, 218, 223, 325, 327, 655, 871, 884, 908, 957, 966, 979, 1047-1048, 1156, 1158, 1159, 1231, 1330, 1345.

Dios Hijo: 23, 24, 52, 68, 161, 167, 219, 220, 655, 871, 884, 979, 1047, 1048-50, 1330, 1347.

Dios Espíritu Santo: 23, 24, 68, 161, 167, 220, 222, 655, 872, 884, 1047, 1050-1051, 1231, 1330, 1347-48.

Gloria: 33, 34, 893, 894, 911, 912.

Dirección: 158, 195, 267, 599, 860.

Directorio: 16, 17, 18, 41, 42, 82, 116, 122, 124, 128, 129, 147, 148, 193, 198, 646, 715, 1093, 1198, 1224, 1263, 1426, 1428, 1431.

Disfrute y uso: 1147-55.

Distinción: 1117-21, 1378-81, 1384-87.

Diversiones: 1371-72.

Don de sí mismo: 97, 199, 262, 619-20, 681-83, 1107-09.

- E -

Edificación: 107, 108, 113, 569-70.
Educación: 98, 141, 184, 235-53, 481-90, 668, 684, 1118, 1312-13, 1329-32, 1333-36, 1336-70, 1388.
Egoísmo: 1118, 1398.
Ejemplo: 273, 476, 1113, 1341, 1348-51.
Ejercicios: 275.
Elevación de sentimientos: 312-13.
Encarnación mística: 141, 166, 168, 171, 235, 236, 319, 804, 886, 887-91, 906, 909, 910-13, 913-18, 1026-27.
Energía: 313, 378-79, 611, 1112.
Enfermos: 509.
Enseñanza: 46, 94, 96-97, 141, 158, 193, 195, 229, 246, 303, 304, 472-80, 649, 655, 861, 1070-1071, 1073, 1084, 1112-14, 1338-40, 1346, 1352-59, 1421, 1422, 1433.
Epifanía - Magos y Pastores: 1196-98.
Escolasticados: 1095-97.
Esperanza: 55-60, 61, 64, 69, 91, 183, 193, 363, 405-10, 617, 647, 653-54, 712, 870, 945, 1147, 1253, 1255.
Espíritu de fe: 62, 119, 169, 242, 558, 794-95, 916, 1111, 1112, 1116, 1250, 1399-1400, 1429.
Espíritu de la Asunción: 20, 21, 147, 148, 174, 192, 242, 256, 258, 259, 265, 271, 276, 486, 618-622, 647, 648, 658, 698, 699-710, 711-14, 715-24, 1186-1187, 1249, 1283-84.
Espíritu de Nuestro Señor: 22, 28-31, 778, 789, 805.
Espíritu de sacrificio: 72, 1163-70, 1216, 1398-99, 1429.
Espíritu eclesiástico-espíritu laico: 1292-96.
Espíritu religioso: 897.
Espíritu Santo: 37, 68, 69, 70, 94, 95, 97, 167, 176, 215, 288, 293,

295-96, 380, 385, 412, 414, 415, 417, 548, 566, 655, 706, 715, 810, 819, 871, 884-85, 888, 903-05, 909, 1106, 1321, 1365, 1366, 1394.
Espíritu sobrenatural: 261, 634, 1105-1107.
Esposas de Nuestro Señor: 41, 144, 663, 703, 934, 936, 1019, 1225, 1232, 1233, 1237, 1243, 1258, 1269, 1271-72, 1279.
Estrechez de espíritu: 188, 1390-91.
Estudio: 75, 94-95, 188, 199-201, 208-14, 247, 249, 265, 408-09, 468, 469-70, 585-92, 617, 623, 632-36, 683-686, 862, 1035-37, 1085-86, 1095-97, 1414-19.
Estudio de Nuestro Señor: 22, 28-31, 240, 318-22, 635-36, 856-57, 1349.
Eucaristía: 22, 39, 67, 68, 72, 73, 74, 77, 81, 146, 161, 164, 181, 243, 244, 270, 320, 324, 448-55, 466, 519, 520-21, 621, 627, 655, 752, 765, 778, 861, 918, 923, 945, 948-52, 1157, 1175, 1223, 1392.
Evangelio: 29, 32, 84, 194, 320, 620, 1341.
Evangelización: 196, 616.
Examen de conciencia: 90, 117, 1129-30.
Examen particular: 116, 1077-1080.
Examen razonado de las Adoratrices: 1249-63.
Examen: 188, 199, 262, 468.
Expiación: 179, 208, 632, 939, 940, 1260-61, 1262.

- F -

Fe: 33, 45-47, 50, 53, 57, 91, 92, 101, 110, 121, 183, 189, 210, 215, 217, 260, 316, 362, 396-404, 456, 478, 512, 573, 601, 602, 647, 652-53, 711-12, 720, 916, 944, 1112, 1250, 1251, 1352, 1387.

Fervor: 596.

Filiación divina: 53, 171-72, 327, 890, 891.

Filosofía escolástica: 1084, 1097, 1098.

Finalidad A.A.: 17, 160, 163, 164, 197, 199, 303, 394, **639-45**, **646-9**, **652-656**, 794-95, 826, 1072, 1084, 1087, 1259.

Franqueza: 67, 83, 109, 119, 145, 199, 242, 271, 282, 643, 654, 785, 1225, 1250, 1283, 1296-98, 1310, 1426.

Fuerza: 355, 407, 1330-31, 1334.

— G —

Generosidad: 199, 724.

Gracia: 58, 59-60, 61, 62, 63, 1221-22, 1255.

Gracias (Abuso de las): 327-34.

Guía: 49, 119-20.

— H —

Hermanas Conversas: 1191.

Hermanos Conversos: 100, 575, 578, 616, 651.

Hermanos enseñantes: 184, 1446-1447.

Hijo pródigo: 335-44.

Hinchazón: 588.

Historia eclesiástica: 265, 476, 591, 1043-47, 1093.

Método histórico: 757-58, 1045-46.

Holocausto: 72, 497, 690, 951, 962, 1168, 1260.

Homicidio: 993, 994.

Honradez: 458.

Humildad: 48-51, 55, 59, 79, 91, 94, 95, 96, 101, 121, 171, 212, 257, 266, 293, 296, 314, 420-22, 512, 558, 589, 618, 619, 635, 647, 653, 889, 933, 936, 997, 1112, 1215, 1251, 1252-53.

— I —

Ideas falsas: 473-74.

Ideas personales: 357-58.

Iglesia: 47, 68, 76, 80, 84, 113, 143, 161, 162, 163, 169, 180, 181, 185, 205, 303, 304, 345, 356, 381, 388, 397, 492, 501, 522, 542, 548, 643, 652, 703, 705, 714, 719, **860-64**, 920, 1075, 1086, 1166-67, 1195, 1231, 1414-19.

Dedicación a la Iglesia: 90, 108, 664-65, 671, 1066, 1397, 1400.

Defensa: 155, 194, 203, 204, 222, 251, 733, 1304, 1432-35.

Estudio: 211.

Hijos de la Iglesia: 46, 123, 1195, 1397.

Hostilidad a la Iglesia: 205, 460-61, 556.

Oraciones por la Iglesia: 61, 81, 92, 1166-67, 1231.

Política de la Iglesia: 228-34.

Pruebas: 57, 175, **561-68**, 654, 927, 1247-48.

Unidad de la Iglesia: 303, 304, 647, 703.

Ignorancia: 209, 391, 1294.

Igualdad: 164.

Imagen de Dios: 515, 871, 873, 1326, 1345.

Imagen viva: 70.

Imaginación: 89, 1143-44.

Imitadores de Nuestro Señor: 19, 41, 123.

Impresionabilidad: 359.

Incredulidad: 194, 462, 1073, 1074, 1179.

Independencia: 86, 89, 157, 527.

Indiferencia: 456-57.

Infalibilidad pontificia: 478, 592, 704, 705, 1001-03, 1074, 1075, 1086.

Informes: 259, 268, 269, 277.

Ingratitud: 50, 62, 970.

Iniciativa: 242, 713, 864, 1426,

1429.

Inmolación: 1023.**Inmoralidad:** 458-59.**Instrucción:** 469.**Instrumento:** 19, 41, 49, 469, 820, 910, 1323.**Inteligencia:** 482, 483, 511-12, 1331-32.*don de...:* 403-04, 863, 1173.**Interés propio:** 1116.**Intolerancia:** 134.

- J -

Jesucristo:*Misterios:* 29-30, 46, 112, 165, 544, 630.

Doctrina: 28-29.

Encarnación Cfr.: María.

Epifanía: 892-99, 1196-98.

Getsemani: 561, 924, 1266-1270.

Infancia: 236, 320, 716.

Nacimiento: 169-72, 887.

Pasión: 76, 80, 89, 882, 919-30, 931-38, 939-42.

Resurrección: 942-46.

Sufrimientos: 928, 937, 1018.

Vida pública: 320.

Títulos:

Jesús Amigo: 133, 730, 731, 901, 929, 940, 973-77.

Jesús Dios: 948-49, 979-82.

Jesús Doctor: 965-69.

Jesús Esposo: 964.

Jesús Juez: 878-79, 969-73.

Jesús Rey: 146, 161, 167, 168, 227, 228, 230, 662, 663, 877-78, 910, 931-35, 977-79, 1188.

Jesús Sacerdote: 933, 961-65.

Jesús Salvador: 876.

Jesús Víctima: 956-61.

Modelo: 32, 40, 100, 133, 165, 219, 246, 260, 263, 310, 314, 353, 470, 488, 571, 575, 581, 631, 676, 741, 859, 876-877, 1007, 1112, 1236, 1266, 1302,

1310, 1333, 1334, 1348, 1359, 1361, 1363, 1364, 1406.

Preciosísima Sangre: 60, 78, 117, 448, 470, 559, 603, 900, 902, 915, 923, 954, 1106, 1157, 1158, 1167, 1223, **1238-42**, 1335, 1340.

Santísima Humanidad: 22, 28, 40, 450, 603, 654, 805, 858, 924, 1006, 1150, 1245.

Virtud: 628.

Belleza: 1405-06, 1410-11.

Humildad: 880-81, 922.

Obediencia: 531, 543.

Oración-Adoración-Silencio: 114, 314, 449, 450-51.

Paciencia: 451, 950, 975.

Pobreza-Trabajo: 100, 505, 667, 877.

Potencia: 950.

Pureza: 949, 1005, 1341.

Amigo de Jesús: 74, 76, 305.*Conocimiento de...:* 97, 140, 210, 219, 236, 240, 318, 615, 670, 875.*Entrega a...:* 236, 520, 521.*Imitación de...:* 152, **324-26**, 450-53, 490, 504-506, 543, 620, 631, 654, 716, 859, 941, 1113, 1302, 1335, 1393.**Juicios personales:** 358.**Justicia:** 711.**Justicia de Dios:** 467-68, 524, 865-66, 869-70, 1267, 1392.

- L -

Laico: 1119, 1292, 1295-96, 1454-55.**Lecturas:** 59, 103, **110-11**, 1128-29.**Levantarse:** 90.**Ley divina:** 229, 388, 1033-35.**Liberación:** 157, 499, 510.**Liberalismo:** 204.**Libertad:** 153, 157, 163, 501-02, 539, 868, 869, 1283.**Liga Católica:** 177, 178.

Ligereza: 89, 390, 419, 1300, 1301, 1302, 1396.
Limosna: 144, 294, 656, 1438.
Limpieza: 265.
Liturgia: 591, 645, 952, 1093.
Lucha cristiana: 384-86, 407, 1142-47.

— M —

Madres cristianas: 1013-17.
Maestro cristiano: 236-39, 244-45, 481-85, 488-90, 1299-1387, 1387.
Maestro de Novicios: 128, 216, 258-60, 262, 263, 264, 265, 267, 269, 281, 282, 283, 309, 696, 875.
Males actuales: 456-60, 553-54.
Causas: 460-63.
Remedios: 464-71.
Maria: 19, 53, 55, 79, 89, 90, 110, 112, 141, 149, 165, 179, 309, 505, 608, 628, 701-02, 760, 794, 796, 952, 967, 1060, 1165, 1218, 1219, 1232, 1388, 1434, 1439.
Anunciación: 165-68, 883-87, 907-16, 988.
Asunción: 134, 820, 1024-28.
Compasión: 75, 92, 135, 928, 929, 930, 988, 1009-24, 1203, 1264-66.
Devoción a María: 90, 249, 520, 621.
Fe: 32, 45, 886-887.
Hijos de María: 74, 123, 999, 1000, 1258.
Imitación de María: 161, 702, 1225.
Inmaculada Concepción: 134, 478, 592, 704, 989-1003.
María y la Iglesia: 1002, 1003, 1006.
Maternidad espiritual: 34-35, 997, 998.
Modelo: 32, 40, 45, 100, 112, 134, 161, 520, 621, 702, 886, 912,

1007, 1012, 1264.
Obediencia: 32, 53, 89, 168, 885, 1012.
Pureza: 1003-1004, 1006-1007.
Visitación: 169.
Mártires: 47, 480, 780, 1284.
Masones: 461-62, 1076, 1079, 1090, 1432-35.
Meditación: 59, 194, 216, 240, 1093.
Mentira: 995.
Mezquindad de espíritu: 188, 1390-91.
Milagro: 226-28, 230-31, 234, 721, 1399, 1400.
Misa: 92, 93, 251, 419, 453, 454, 779, 950, 957, 959, 1020, 1194.
Misiones: 144, 160, 185, 186, 649, 656.
Modelo: 100, 133, 134, 199, 621, 1411.
Divino: 26, 40, 240, 244, 353, 1007, 1351.
Los Angeles: 1278-1281.
Los Santos: 1053, 1113, 1361.
Modestia: 49, 71, 107, 265.
Monástico: 176, 297-98, 300, 1062, 1063.
Mortificaciones: 39, 72, 75-77, 102, 113, 648, 780, 1226.
Muerte: 333-34, 1023.
Mundo (Horror del): 1226, 1284.

— N —

Nada: 50, 116, 840.
Naturalismo: 1073, 1074, 1075.
Novelas: 473, 474, 1052.
Noviciado: 81, 147, 148, 166, 188, 214, 250, 252, 254-70, 297, 305, 329-31, 499, 535, 591, 628, 644, 650, 834, 863, 897, 908, 1027, 1065, 1066, 1092, 1093, 1094, 1095, 1128, 1210, 1217.
Novicios: 124, 182, 190, 196, 201, 250, 260-62, 282, 285, 369, 370, 532, 533, 590, 614, 650, 673, 716,

1065, 1066, 1091, 1092.

Nuestra Señora de la Salvación:
179, 566, 567, 720.

— O —

Obediencia: 33, 49, 52-54, 72, 75, 81, 84, 87, 90, 104, 109, 110, 153, 168, 257, 273, 377-78, 399, 531-44, 546, 549, 575, 576, 635, 647, 650, 653, 871, 898, 910, 1174-75, 1193, 1215, 1251, 1252.

Obispos: 38, 39, 142, 194, 275, 472, 557, 592, 600, 1420.

Óbolo de San Pedro: 1083.

Obras (Buenas): 76, 143-44, 158, 178, 195, 205, 553-60, 623, 649, 670, 671, 1022, 1062, 1063, 1064, 1072, 1087, 1228, 1257, 1425, 1428, 1431, 1440.

Obras populares: 179, 195, 206, 470-71, 1083.

Obras católicas: 178.

Ocio: 585, 586, 633.

Odio: 457, 554, 560.

Oficio: 113-114, 265, 297, 667, 1064, 1097, 1256, 1287, 1427.

Olvido de sí mismo: 139, 1192, 1199.

Optimismo (Falso): 189.

Oración: 55, 56-57, 61-63, 75, 88, 113, 123, 179, 199, 241, 242, 251, 256, 273, 298, 409, 419-26, 464-65, 520, 561, 562, 566, 615-616, 647, 653, 783, 870, 898, 1021-22, 1057-59, 1066, 1083, 1085, 1193, 1218-20, 1253-54, 1255, 1359-66.

Intenciones de la oración: 39, 81, 92, 114, 624, 625, 721, 951, 1001, 1057.

Oración de contemplación: 61, 91, 110, 172, 215-24, 249, 287, 290-96, 427-47, 469, 622-26, 1130, 1155-63, 1274-77, 1320-25.

Orden Tercera: 192, 194, 195, 196, 202-207, 287, 305, 644, 648, 651, 840, 1224-25, 1282, 1283, 1371,

1425, 1446.

Órdenes religiosos modernas:
1071, 1072, 1073, 1074, 1076.

Orfanato: 144, 175, 181.

Orgullo: 50, 1115, 1293.

— P —

Paciencia: 75, 409-10, 451, 481, 482, 547, 720, 975, 976, 1305.

Papa:

Amor al Papa: 38, 70, 194, 600, 645.

Doctor: 96, 184, 472, 557, 655, 671, 1003, 1414-19.

Guía: 143, 1071.

Hostilidad al Papa: 136, 146, 931, 1248.

Obediencia: 647, 648, 652, 826.

Oraciones por el Papa: 39, 81, 92, 1001.

Papa y Religiosos: 577, 1086.

Pasiones: 339, 341, 383, 554.

Pasto: 102-03.

Paternidad espiritual: 1372-73.

Patronos: 90, 149.

Paz: 354, 355, 713, 714, 894-95, 1202-06, 1436-39.

Pecado: 50, 116, 365-71, 510, 1236-38.

Peculio: 502.

Penitencia: 76, 95, 101, 208, 249, 380-87, 1154.

Sacramento de la...: 117, 1157, 1341.

Peregrinación: 179, 180, 1399.

Pereza: 321, 585-86, 1396.

Perfección: 27, 40-41, 111, 157, 164, 258, 263, 454, 498, 542, 606-07, 614-22, 628, 1038, 1106-1107, 1132, 1133, 1242.

Perseverancia: 79, 197, 198, 350-51, 423-24, 484, 583.

Piedad: 247-49.

Don de la...: 199.

- Pobreza:** 52, 55, **64-66**, 157, 209, 257, 264, **499-506**, 560, 586, 647, 650, 653, 666, 667, 685, 712, 717, 790, 791, 872, 897-98, 1064, 1254, 1256-57, 1284.
- Postulantes:** 259, 261-62, 897.
- Precauciones:** 277, 278.
- Predestinación:** 868-70.
- Predicación:** 140, 158, 161, 193, 194, 229, 469-70, 719, 862, 874, 1073.
- Prensa:** 473, 474, 1083, 1402, 1423, 1424.
- Presencia de Dios:** 22, **25-27**, 61, 223, 224, 291-92, 627, 628, 821.
- Preservación:** 208, 508-10, 633, 1168-70.
- Profesión:** 331-34, 908.
- Profeso:** 270, 286, 288.
- Progresos espirituales:** 896-97, 1137-41.
- Propaganda cristiana:** 608, 610, 863.
- Protestantes:** 636, 656, 985, 1033, 1084, 1179, 1225, 1226, 1400.
- Providencia:** 156, 161, 178, 187, 189, 226, 228, 252, 255, 260, 278, 288, 296, 467, 500, 592, 606, **866-68**, 1174.
- Provincias:** 270, 289.
- Prudencia:** 33, 81, 189, 274, 558, 612, 717, 1311-15, 1390.
- Pruebas:** 34, **56-57**, 91, 134, 158, 316, 335-36, 409-10, 653, 654.
- Publicaciones:** 185, 649, 656.
- Puntualidad:** 1384.
- Pureza:** 902, 911, 953-54, 964, **1003-09**.
- Pureza de intención:** 34, 48, 63, 223, 372-79.
- Purgatorio:** 38, 39, 77, 92, 509, 564, 950, 1057-60, 1156, 1158, 1326.
- Rebelión:** 992-93.
- Recogimiento:** 61, 89, 112, 256.
- Reconocimiento:** 55, 62, 425, 426, 653, 1161.
- Recreos:** **104-06**, 260, 262, 265, 274.
- Refectorio:** 265, 274, 297.
- Reforma:** 155, 461, 756, 935, 1055, 1076, 1084, 1400.
- Regla:** 17, 18, 54, 65, 77, 81, **84-85**, 86, 98, 109, 165, 260, 263, 304, 337, 341, **388-95**, 539, 541, 542, 545, **629-32**, 653, 688, 715, 1093, 1095.
Regla de la Asociación de la Asunción: 1283-89.
Regla de las Órdenes Terceras: 1425-32.
- Reino de Nuestro Señor:** 36, 61, 79, 94, 96, 130, 147, 303, 306, 394, 583, 645, 647, 650, 652, **658-72**, 693, 709-10, 774, 833, 933-35, 1088, 1289.
en nosotros: **150-54**, 909.
en torno a nosotros: **155-59**, 909.
Medios: 158, **160-62**, 194, 195, 303, 304, 645, 649, 652, 655, 1088, 1283, 1285.
Obras: 143, 144.
- Regularidad:** 75, 275, 596, 597.
- Relaciones:** **107-09**, 169, **569-76**, **577-84**, 1332-36.
- Renuncia:** 257.
- Reparación:** 146, 678-79, 1163-70.
- Repugnancia:** 359.
- Reserva:** 579-80.
- Resoluciones:** 91, 92.
- Respeto:** 70, 266, 292, 420, 478, 573-74.
Respeto humano: 47, 558, 1342, 1349-1350, 1389.
- Responsabilidad:** 272-73, 593.
- Retiro:** 88, 649, 656.
- Revestirse de Jesucristo:** 915-16, 1244-47.
- Revolución:** 136, 137, 156, 164, 175, 184, 185, 186, 194, 213, 226, 287,

303, 304, 464, 501, 554, 556, 557,
850, 935, **1030-1033**, 1055, 1056,
1072, 1076, 1079, 1088, 1090,
1296, 1398, 1401, 1418, 1425,
1432, 1433.

Revue de l'Enseignement chrétien:
178, 185, 1402, 1420, 1423, 1424.

Rito Romano: 298, 798.

Rosario: 112.

Rutina: 112, 360, 540, 1357.

— S —

Sabiduría: 863, 1315-20.

Sacerdocio: 37, 840, 858, 1097,
1099, 1106, 1119.

Sacerdocio de los fieles: 961, 962,
963.

Sacerdotes: 39, 862, 1097, 1119.

Sacramento: 37, 230, 249, 465-66,
860, 861, 1039, 1151, 1254, 1255,
1256.

Santísimo Sacramento: 22, 73, 74,
77, 81, 113, 146, 161, 181, 249,
274, 419, 575, 579, 667, 751, 874,
947-87, 1181, 1225, 1226, 1228,
1229, 1235, 1259-1263.

Sacrificio: 41, 59, 63, 72, 90, 135,
242, 257, 960.

Santo Sacrificio: 57, 72.

Sagrada Escritura: 265, 304, 591,
715, 735-36, 805, **853-55**, 1093.

Sagrario: 57, 73, 89, 320, 584, 587,
600, 654, 824, 859, 934, 948, 950,
952, 972, 987, 1306, 1393.

Sanciones: 285, 286.

Santidad: 197, 198-99, 809, 863,
955, 1069-70, 1125-26.

Santos: 38, 39, 114, 335, 389, 394,
424, 529, 530, 699, 700, 851, 972,
973, 999, **1047-51**, 1055, 1112,
1113, 1119, 1120.

Vida de los Santos: 321, 476, **1052-**
56, 1077, 1112.

Satanás: 102, 130, 136, 151, 156,
158, 176, 243, 339, 384, 385, 386,

387, 392, 416, 424, 462, 509, 511,
543, 554-56, 563, 635, 694, 893,
924, 933, 978, 989, 1000, 1030,
1031, 1039, 1076, 1079, 1134,
1169, 1269, 1407, 1421, 1432,
1435.

Satisfacción: 76, 77.

Señal de la Cruz: 936, 1325-28.

Separación: 310-12, 328, 346, 629,
630.

Separación entre buenos y malos:
563.

Seriedad: 49, 70, **1299-1304**.

Servicialidad: 574-76.

Siervo de Nuestro Señor: 20, 41, 53,
69, 87, 100, 578.

Silencio: **88-89**, 108, 256, 283, 293,
383-84, 450-51.

Simplicidad: 110.

Sinceridad: 110, 261, 342, 376-77.

Sobrenatural: 46, 136, 157, 161,
212, 261, 332, **357-64**, 380, 381,
401, 578-79, 721, 723, 850, 872,
1053, 1105-07, 1150.

Socialismo: 1073, 1074, 1076.

Sociedades secretas: 194, 195, 206,
287, 303, 304, 461-62, 840, 1088,
1401, 1425, 1434.

Soledad: 88, 89, 310-17, 381-82.

Sufrimiento: 135, 406, 886, 1133-37.

Sufrimiento por la Iglesia: 1040-43,
1247-49.

Sumisión: 496, 549, 978-79.

Superior: 49, 53, 65, 70, 73, 79, 81,
86-87, 88, 104, 105, 109, 110, 119,
120, 192, 199, 247, 248, 251, 257,
260, **271-280**, 288, 301, 337, 338,
341, 483, 487, 535-36, 540, **545-52**,
593-600, 629, 653, 681, 682, 683,
686, **692-97**, 782-787, 791, 810,
985, **1065-66**, 1067, 1100-1101,
1107, 1110.

Superior general: 201, 256, 257,
258, 259, 270, 277, 284, 286, 297,
650, 651, 657, 1088, 1089.

Superiora: **1199-1201**.

Susceptibilidad: 50, 51, 1115.

– T –

Temor (don del): 403, 863.

Tentación: 209, 278, 384, 385, 1134-35.

Teología mística: 195, 265, 591, 848-73, 1093.

Testarudez: 589.

Tibieza: 971-72.

Tolerancia: 1105.

Toma de hábito: 1217.

Trabajo: 64, 65, 66, 94, 200, 201, 275, 275, 507-13, 685, 1381-82, 1395-97.

Trabajo manual: 100-101, 208, 247, 673-74.

Trinidad: 22-24, 28, 52, 156, 161-62, 166, 168, 217, 224, 326, 437, 449, 475, 542-43, 871-73, 884-885, 905, 908, 943, 1004, 1032, 1046, 1047, 1148, 1274-1277, 1326, 1345-48, 1359.

– U –

Unión: 104, 145, 406, 407, 786.

Unión con Dios: 455, 968, 1261, 1262-63.

Unión con Nuestro Señor: 941-42, 1112.

Unidad: 67, 702-10, 1400.

Unidad de la Iglesia: 194, 647, 826, 985, 1448-60.

Universidad: 204, 473, 642, 669, 1033, 1415, 1422, 1423.

Universidad católica: 141, 185, 194, 205, 1083, 1418-19, 1446.

Uso y disfrute: 1147-55.

– V –

Vacaciones: 1373-76, 1398-1400.

Vanidad: 1115.

Verdad: 222, 475, 476, 647, 872,

915, 998, 1002, 1032-33, 1222, 1223, 1250, 1307, 1331.

Vergüenza: 340.

Víctima: 72, 304, 454, 923, 938, 951, 962, 1226, 1248-49, 1261, 1272-73.

Victoria: 513.

Vida común: 389.

Vida interior: 33, 61, 89, 122-23, 645, 715, 851-53.

Vida oculta: 33, 34.

Vida religiosa: 166, 256, 305, 309, 345, 538, 577, 650, 784, 786, 809, 859, 936, 1127-1133.

Vida sobrenatural: 121, 323, 357-64, 850, 1151.

Vigilancia: 285, 519.

Vigilancia (en la educación): 98-99, 104, 187, 262, 265, 275, 277, 278, 281, 283, 1311-12, 1367-70.

Virgenes: 141, 1007-08, 1017-24, 1216, 1240, 1241, 1269, 1278.

Virginidad: 949, 1241.

Virtudes evangélicas: 242, 393, 531, 538, 1250.

Virtudes religiosas: 91, 112, 538, 871-72, 1191, 1216, 1250.

Virtudes teologales: 44, 91, 183, 193, 292, 362-64, 396, 411, 413, 475, 600, 647, 648, 652-55, 853, 981, 1096, 1191, 1250, 1267, 1308, 1436-38.

Vocación: 206, 243, 249, 260, 261, 328-29, 348, 349-51, 355, 466, 674-79, 717, 719, 720, 1109-10.

Voto (Cuarto): 36, 43, 80, 107, 647, 650, 657, 665, 1076, 1079, 1080, 1081, 1090, 1228.

Votos: 200, 333, 351, 388, 389, 491-98, 539, 650, 657, 687-91, 788, 936, 937.

Vulgaridad: 312, 361, 863, 1106, 1118, 1119, 1121, 1378.

INDICE GENERAL

PREFACIO	7
PRÓLOGO	9

PRIMERA PARTE

Meta y Espíritu de la Asunción

I.- DIRECTORIO

<i>Preámbulo</i>	17
Primera Parte: <i>Sobre el Espíritu de la Asunción</i>	20
1. El espíritu de la Asunción . . .	20
2. Amor a Nuestro Señor	22
3. Sentimiento de la presencia de Dios	25
4. Espíritu de Nuestro Señor . . .	28
5. Amor a la Santísima Virgen . . .	32
6. Amor a la Iglesia	36
7. Deseo de perfección	40
Notas	41
Segunda Parte: <i>Las Virtudes</i>	44
1. La fe	45
2. La humildad	48
3. La obediencia	52
4. La esperanza	55
5. La oración	61
6. La pobreza	64
7. La caridad	67
8. El espíritu de sacrificio	72
9. La castidad	73
10. La mortificación	75
11. El celo por la salvación de las almas	78
Notas	81
Tercera Parte: <i>Medios de santificación</i>	83
1. La Regla	84
2. Los Superiores	86
3. El silencio	88
4. Levantarse	90
5. La oración	91
6. La misa	92
7. La comunión	93
8. El estudio	94
9. La enseñanza	96
10. La vigilancia de los niños . . .	98
11. El trabajo manual	100
12. Las comidas	102
13. Los recreos	104
14. Relaciones con el prójimo . . .	107
15. Lecturas espirituales	110
16. El Rosario	112
17. El Oficio divino	113
18. Acostarse	115
19. El examen particular	116
20. La confesión	117
21. La cuenta de conciencia . . .	119
22. El Capítulo de culpas	121
23. La vida interior	122
Notas	124
<i>Índice del Directorio</i>	125

II.- INSTRUCCIONES Y CARTAS AL NOVICIADO

<i>Instrucción de clausura del Capítulo General de 1868</i>	128
<i>Cuatro Cartas al Maestro de novicios 1868-1869</i>	147
Carta de Introducción	148
1. El advenimiento del reino de Dios en nosotros	150
2. El advenimiento del reino de Dios a nuestro alrededor	155
3. Algunos medios	160
4. Nuestro amor a Nuestro Señor	165
<i>Instrucción de clausura del Capítulo General de 1873</i>	173

III.- CIRCULARES A LOS MIEMBROS DE LOS CAPITULOS GENERALES 1874-1875

1. Nuestra meta más especial	199	7. La Educación	235
2. Los miembros del Capítulo	197	8. El Noviciado	254
3. Las Órdenes Terceras	202	9. Deberes de los Superiores	271
4. El estudio	208	10. Cuestiones por examinar	281
5. La oración	215	11. Convocación del Capítulo	287
6. Cuestiones sociales	225		

Dos circulares inéditas

1. Sobre la oración	290	2. Sobre el Ceremonial	297
-------------------------------	-----	----------------------------------	-----

IV.- NOVISSIMA VERBA

302

V.- MEDITACIONES DESTINADAS A LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

1. Necesidad de la soledad para hacer un buen retiro	310	15. La oración de contemplación	427
2. Jesucristo y el religioso en retiro	318	16. La Eucaristía	448
3. Los abusos de las gracias	327	17. Los males que hay que combatir	456
4. El hijo pródigo	335	18. Remedios contra los males del tiempo actual	464
5. Disposiciones para ingresar en la vida religiosa	345	19. La enseñanza	472
6. La vida sobrenatural	357	20. La educación	481
7. Los tres grados del pecado en el religioso	365	21. Los votos	491
8. La pureza de intención	372	22. Pobreza	499
9. La penitencia	380	23. Trabajo	507
10. La regla	388	24. Castidad	514
11. La fe	396	25. Austeridad	523
12. La esperanza	405	26. Obediencia	531
13. La caridad	411	27. Excelencia de la obediencia	538
14. La oración	419	28. Los superiores	545
		29. Las buenas obras	553

30. La oración en los padecimientos de la Iglesia	561	33. Los estudios	585
31. Las relaciones de los religiosos entre ellos	569	34. El retiro espiritual de un superior	593
32. Relaciones de los religiosos con el exterior	577	35. La comunión	601
		36. La propaganda cristiana	608

Siete Meditaciones suplementarias 614

1. La perfección del Religioso de la Asunción	614	4. El Religioso y la Capilla	626
2. Perfección de acuerdo con el espíritu de la Asunción	618	5. La Regla	629
3. Oración contemplativa	622	6. Estudios del Religioso	632
		7. Los Estudios	634

VI.- COMPLEMENTOS A LA PRIMERA PARTE

<i>La meta del Instituto</i>	639
<i>Primeras Reglas</i>	646
<i>El tema del Reino</i>	658

1. El advenimiento del Reino de N.S. Jesucristo	659	5. Las defecciones	679
2. Sobre la Adoración	672	6. El don de sí	681
3. El trabajo manual	673	7. Obligación de estudiar	683
4. Las vocaciones	674	8. Los Votos	687
		9. El Apostolado	692

El Espíritu de la Asunción 698

1. Espíritu de unidad	699	3. Según la Escritura	715
2. Cinco virtudes	711	4. Extractos de correspondencia	722

SEGUNDA PARTE
Nuestra Triple Meta

INTRODUCCION

El P. d'Alzon, hombre de doctrina y de piedad

En camino hacia el altar: 1829-1835 728

1. La amistad	728	6. Otro plan de estudios	754
2. Vocación	733	7. Roma	758
3. Mi retrato	736	8. Retiro en San Eusebio	760
4. Plan de estudios	745	9. Ordenación	765
5. Consagración a Jesucristo	750		

<i>Comienzos de la Asunción: 1844-1850.</i>		769
1. Vocación religiosa	769	4. Retiro en Chalais
2. Apertura del Noviciado	774	5. Profesión religiosa
3. Reglamento de vida	777	807
<i>Años de pruebas: 1851-1858</i>		808
<i>Años fecundos: 1858-1880</i>		825

I.- LA PIEDAD

Amor de Dios

<i>Necesidad de estudiar la Teología Mística</i>		849
<i>La vida interior</i>		851
<i>Fuentes de la teología mística</i>		853
1. La Sagrada Escritura	853	3. La Iglesia
2. Jesucristo	855	860
<i>Atributos divinos</i>		864
1. Amor. Justicia.		2. Providencia
Misericordia	864	3. Predestinación
<i>La Trinidad</i>		868
		871

Amor a Nuestro Señor

<i>Retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor</i>		875
1. Importancia de conocer a Jesucristo	875	5. Adoración de los pastores
2. Anonadamiento de Jesucristo	879	6. Epifanía
3. Anunciación	883	7. Jesús habitando en nosotros
4. Nacimiento de Jesucristo	887	8. El Espíritu Santo habitando en nuestras almas
		903
<i>El tema de la Encarnación mística</i>		906
1. Encarnación de Jesucristo en el alma religiosa	907	2. Jesucristo encarnándose en el alma religiosa
		913
<i>La Pasión de Nuestro Señor</i>		919
1. Breves meditaciones sobre la Pasión	919	3. La Crucifixión
2. La coronación de espinas	931	4. Las cinco llagas
		5. La Resurrección
		936
		939
		942
<i>Meditación sobre la Eucaristía</i>		948
<i>Octava del Santísimo Sacramento</i>		953
1. Jesús Pan vivo	953	5. Jesús Juez
2. Jesús Víctima	956	6. Jesús Amigo
3. Jesús Sacerdote	961	7. Jesús Rey
4. Jesús Doctor	965	8. Jesús Dios
		979
		969
		973
		977
<i>Pensamientos sobre la Eucaristía</i>		982

Amor a la Santísima Virgen

<i>Inmaculada Concepción</i>	989
<i>Inmaculada Concepción e infalibilidad pontificia</i>	1001
<i>Pureza</i>	1003
<i>Compasión: meditación</i>	1009
<i>Compasión: sermón</i>	1013
<i>Misterio de la Asunción</i>	1024

Amor a la Iglesia

<i>La Revolución, enemiga de la Iglesia</i>	1030
<i>Sufrir con la Iglesia</i>	1040
<i>Historia de la Iglesia</i>	1043
<i>Fiesta de Todos los Santos</i>	1047
<i>La Vida de los Santos</i>	1052
<i>Commemoración de los difuntos</i>	1056

II.- LAS INSTITUCIONES

Los Agustinos de la Asunción

<i>Diversas consignas</i>	1062
<i>Preocupaciones del P. d'Alzon de 1869-1871</i>	1069
1. Quid agendum	1069
2. Notas sobre el Concilio	1073
3. El sello de la Asunción	1076
4. Consignas del momento	1082
<i>Formación de los novicios</i>	1091
<i>Los Alumnados</i>	1099
<i>Instrucciones sobre la vida religiosa</i>	1105
1. Espíritu sobrenatural	1105
2. El don de sí	1107
3. Vocación	1109
4. Sobre el carácter	1111
5. La enseñanza en la Asunción	1112
6. Amor propio	1115
7. Distinción sobrenatural	1117
8. Jesús llama al alma religiosa	1121
9. La vida religiosa	1127
10. Progresos en la perfección	1133

Las Religiosas de la Asunción

<i>Instrucciones de retiros</i>	1142
1. Lucha contra sí mismo	1142
2. Uso y Disfrute	1147
3. Espíritu de oración	1155
4. Espíritu de sacrificio	1163
5. Clausura de retiro	1170

Las Oblatas de la Asunción

<i>Extractos de correspondencia</i>	1178
<i>Instrucciones a las Oblatas</i>	1202
1. Martes de Pascua	1202
2. Una toma de hábito	1206
3. Inicio de clases	1211
4. Bendición de la capilla ..	1212
5. Profesión	1215
6. Toma de hábito	1217
7. Primera Comunión	1220

Las Adoratrices del Santísimo Sacramento

<i>Cartas Circulares</i>	1225
1. El Crucifijo	1229
2. La Contrición	1233
3. Odio al pecado	1236
4. La preciosísima Sangre ..	1238
5. El trabajo de la Perfección	1242
6. El revestimiento de Jesucristo	1245
7. Las pruebas de la Iglesia ..	1247
8. El examen razonado: Directorio de las Adoratrices	1249
<i>Recuerdos de instrucciones</i>	1264
1. María, Modelo de las Adoratrices	1264
2. Jesús en Getsemaní, Modelo de las Adoratrices ..	1266
3. Tres características de las Adoratrices	1270
4. La oración	1274
5. Semejantes a los Ángeles ..	1278

El Colegio de la Asunción

— A —

<i>Principios de la Asociación</i>	1283
1. Regla	1283
2. La Obra de la Asunción ..	1289
3. Espíritu eclesiástico; Espíritu laico	1292
4. La franqueza	1296
<i>Consignas espirituales</i>	1299
1. La seriedad	1299
2. La caridad	1304
3. La prudencia	1311
4. La sabiduría	1315
5. La contemplación	1320
6. La señal de la Cruz	1325
<i>Principios de educación cristiana</i>	1329
1. El espíritu de la educación ..	1329
2. Las relaciones con los alumnos	1332
<i>Instrucciones a los Maestros del colegio en 1867</i>	
1. Nova et vetera	1336
2. Medios de purificación ..	1340
3. Imagen de la Trinidad ..	1345
4. El buen ejemplo	1348
5. Fe y ciencia	1352
6. Amor	1356
7. Oración	1359
8. Utilidad de la oración ..	1364
9. Vigilancia de los maestros por parte de los alumnos ..	1367

<i>Consignas prácticas</i>	1371
1. Diversiones	1371
2. Castigos	1372
3. Paternidad espiritual	1372
4. Preparación de las vacaciones	1373
5. Conversaciones con los alumnos	1376
6. La distinción	1378
7. Consejos para la vuelta al colegio	1381
8. Fe contagiosa	1387

— B —

<i>A los Colegiales de Nimes</i>	1388
1. Las Instrucciones del sábado	1388
2. Espíritu amplio y espíritu estrecho	1390
3. La capilla	1391
4. El trabajo	1395
5. Consejos para las vacaciones	1398

III.- LOS COMBATES

<i>Lucha contra la Revolución</i>	1402
1. Esplendores del arte cristiano	1402
2. La cuestión de los estudios en 1870	1414
3. Delenda Carthago	1420
4. Contra el monopolio de los programas	1421
5. La Prensa católica	1423
<i>Lucha contra las Sociedades Secretas</i>	1425
1. Orden Tercera de los laicos	1426
2. Orden Tercera de los sacerdotes	1428
3. Asociaciones	1432
4. Congreso católico (1872)	1436
5. A las Conferencias de San Vicente de Paúl	1439
6. Renovación del clero	1445
7. Los maestros cristianos	1446
<i>Lucha contra el cisma</i>	1448
1. La cuestión de Oriente	1448
2. La Misión de Oriente	1451
3. Rusia	1455
Apéndice: <i>Ultima verba</i>	1461

INDICE BIBLICO

1465

INDICE DE NOMBRES

1475

INDICE ANALITICO

1484

INDICE GENERAL

1495